

ERAN JÓVENES DE ALTA CUNA, PERO SE VIERON  
OBLIGADAS A LUCHAR POR LO ÚNICO QUE NO TENÍAN:  
LA LIBERTAD

MARÍA VILA

LA LEYENDA  
DE LAS DOS



PIRATAS

# ÍNDICE

Sinopsis  
Dedicatoria  
Cita  
Prólogo

## PRIMERA PARTE

Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII

## SEGUNDA PARTE

Capítulo XIII  
Capítulo XIV  
Capítulo XV  
Capítulo XVI  
Capítulo XVII  
Capítulo XVIII  
Capítulo XIX

## Capítulo XX

Epílogo

Ilustración de una carraca del siglo XVI

Mapa de Gran Bretaña en el siglo XVI

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Londres, año 1579. Dos jóvenes aristócratas —la futura condesa Inés Braukings y la princesa bastarda Victoria Dudley— se rebelan contra la vida que les corresponde por nacimiento y escapan en busca de libertad. Para huir lejos de la jaula de oro que el futuro les tiene reservada, se embarcarán en *El Miguel*, barco pirata que capitanea el hábil y frío Miguel Saavedra, amigo personal de la reina Isabel, la cual no sospecha de las actividades criminales del español. Cuando la relación con el capitán y su tripulación pirata comience a complicarse, Inés y Victoria se verán obligadas a alejarse y fletar —con ayuda de la letal y audaz Shatidje— su propio navío. *La leyenda de las dos piratas* es una novela de aventuras, de duelos al atardecer, de amores imposibles, de intrigas y muertes, de amistades inquebrantables, en un tiempo en que solo el honor lograba dar sentido a la vida.

*A mi padre,  
que me recitaba a Espronceda  
cuando era pequeña.*

*Y a mi Soldado,  
contigo, siempre.*

*Allá muevan feroz guerra  
ciegos reyes  
por un palmo más de tierra:  
que yo tengo aquí por mío  
cuanto abarca el mar bravío,  
a quien nadie impuso leyes. (...)*

*Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi Dios la libertad,  
mi ley la fuerza y el viento,  
mi única patria la mar.*

José de Espronceda, *Canción del pirata*

## PRÓLOGO

---

El estallido de los cañones al lanzar las salvas de aviso sacudió al navío inglés, sumiéndolo en un vaivén mayor que el de las olas del Atlántico.

—Con esto habrán de cambiar el rumbo y dejar de seguirnos —dijo el segundo de a bordo mientras se aferraba a la baranda del castillo de popa.

El capitán, a su lado, se sujetaba entre pulgar e índice la barba recortada. Tenía unos ojos intensos y azules que se clavaban ahora en el navío que los perseguía a media milla de distancia.

—No está virando —respondió al fin.

El segundo de a bordo, un hombre rechoncho y con enormes agujeros de la nariz que le daban aspecto porcino, se apresuró a mirar por el catalejo. No, el navío no estaba virando. Al contrario, seguía ganándoles distancia.

—Que carguen los cañones de nuevo. Esta vez con munición —dijo el capitán.

—¡No creeréis que pueda alcanzarnos! —exclamó el segundo de a bordo—. Nuestro navío es de los más rápidos de Inglaterra y, además, ellos también navegan bajo pabellón inglés.

—¿Estáis seguro de eso, señor Perkins? —preguntó el capitán, señalando con el mentón al navío que los perseguía. Este, una hermosa carraca de tres palos y más de cien pies de eslora, arriaba la bandera inglesa y, en su lugar, como un buitre que augura la muerte, había comenzado a izar una bandera negra, sin nada dibujado en ella ni otra señal más que una letra ilegible recortada en la tela.

—¡Piratas! —masculló el segundo de a bordo—. ¡Traidores! Iban navegando con nuestra bandera. ¡Y se aproximan por barlovento! Por eso nos ganan terreno.

El capitán inglés respondió con flema británica:

—A esta distancia el barlovento no tiene nada que ver. Nos ganan distancia porque su navío es más rápido o su capitán más diestro. ¡Señor Green! ¡Señor Wilson! ¡Larguen los juanetes! ¡Quiero todo trapo!

Pero antes de que los hombres pudieran obedecer, Perkins gritó:

—¡Nos están dando la borda! ¡Van a disparar!

—A esta distancia imposib... —había comenzado a contestar el capitán, pero el estruendo de los doce cañones del otro navío disparando a la vez se llevó el final de sus palabras. Las balas cortaron el aire, y aunque llegaban sin fuerza para perforar el casco, una rompió los cristales del castillo de popa y cayó en el salón, dos agujerearon la vela mesana y una tercera le acertó al timonel en la espalda, el cual cayó al suelo inerte. Por un momento el caos se abrió paso en el puente. Perkins llamaba a Wilson para que ocupara el lugar del timonel mientras sostenía él mismo la caña, al tiempo que el capitán llamaba al médico de a bordo, que llegaría demasiado tarde. La orden de largar los juanetes había quedado de pronto olvidada. A la mesana se le escapaba el aire por los dos agujeros de bala, y comenzaba a rasgarse con la tensión. Los ojos azules del capitán echaban chispas. Le arrancó a Perkins el catalejo de la mano y oteó el navío pirata. Estaba más cerca. La maniobra de virar para disparar apenas le había restado impulso. Eran diestros, muy diestros. Estaban ya a unos dos mil pies tan solo. El capitán inglés pudo descubrir a su rival en el puente. Iba vestido de negro de pies a cabeza, con una capa que ondeaba como la bandera del palo mayor. Demasiado sobrio para un pirata. Y parecía joven. Estaba en el castillo de popa, junto al timonel, un hombre corpulento y barbudo que le sacaba dos cuerpos.

—¡Preparaos para abrir fuego! —ordenó el capitán inglés, aun sabiendo que, solo con sus cinco cañones y ofreciéndole el barco pirata la proa, tenía poco que hacer.

Los hombres apuntaron los cañones a la espera de que Wilson, que había tomado el puesto del timonel, virara la embarcación. El capitán aguardó. Los quería tener más cerca y había tiempo. Ellos tenían que recargar.

Estaban a trescientas yardas. Era el momento. El capitán inglés dio orden de poner el navío de lado para presentar toda su artillería y, a continuación, de abrir fuego, y de nuevo los hombres ensordecieron con el terrible tronar de los cañones. Pero el navío pirata era largo y esbelto y, de proa, apenas ofrecía blanco. Además, el cálculo de los artilleros no había sido el mejor. Las cinco balas se hundieron en el agua, sin que ninguna provocara daños. Aquella andanada, sin embargo, dio a los piratas justo lo que necesitaban: el flanco del navío de la Corona. En una maniobra fugaz, el navío pirata viró mostrando toda su borda de babor, sus doce cañones de hierro fundido, que volvieron a disparar a la vez en un rugido atronador. Esta

vez dispararon a la altura de la línea de flotación y reventaron el vientre del navío inglés.

—¡Aprisa! ¡El carpintero! —gritaba Perkins—. ¡Todos los hombres a cerrar las vías de agua!

—¡No! —ordenó el capitán—. ¡Quiero a todos los hombres en cubierta para repeler el abordaje! ¡Velas al paio!

Y masculló:

—Este navío se hunde. Necesitamos el suyo.

Los hombres tomaron mosquetes y arcabuces y se apostaron en las barandillas de estribor, aguardando para abrir fuego, mientras el agua entraba a raudales por el costado del navío, arrancando gritos de pavor a la bodega.

Perkins sudaba profusamente y jadeaba al respirar. También él había tomado un mosquete.

—Capitán, ¿creéis que saben lo de la joya? —le susurró.

—Solo cuatro hombres estábamos al tanto. Pero muy pronto podréis comprobar si alguno de los otros dos ha hablado de más.

En efecto, el otro navío ya estaba sobre ellos, con los piratas subidos en las escalas y dispuestos a lanzarse al abordaje. El capitán inglés dio orden de abrir fuego y sus hombres dispararon mosquetes y arcabuces. Pero los piratas todavía se guardaban otra andanada de los doce cañones, esta vez apuntando a la cubierta, y los dispararon justo antes de que sus hombres saltaran adentro. Los enormes proyectiles barrieron la cubierta, llevándose piernas, brazos, torsos y cabezas. Cuando los piratas se descolgaron en el combés, el barco de la Corona ya estaba casi rendido.

El capitán pirata se lanzó al puente, a lo alto del castillo de popa. Perkins acababa de abrir fuego y tenía el mosquete sin munición, de modo que solo pudo utilizarlo asiéndolo con ambas manos para defenderse de la estocada que el hombre de negro le lanzó al caer. El capitán inglés también desenvainó su espada, pero no le sirvió de mucho. El pirata, joven, mucho más joven de lo que el capitán inglés había calculado, lo desarmó en tres toques y le puso el filo de su acero toledano en el cuello. Otro pirata, un viejo lobo de mar con un parche en el ojo, le había arrancado el mosquete a Perkins y le apuntaba con una pistola.

El capitán inglés clavó su mirada azul brillante de furia en los ojos color miel del pirata.

—¡Solo podéis ser Saavedra! —masculló, pues la punta de la espada de su rival apenas le permitía hablar—. Nadie en su juicio seguiría a un capitán

tan joven a no ser que su padre le hubiera regalado el barco que capitanea. De modo que es cierto que sois un pirata...

—Capitán Clayton —repuso el pirata con voz glacial—, todo lo que digáis acerca de mi edad solo os desmerece, pues a pesar de ella, os hemos abordado sin dificultad. Y ahora, dejémonos de cuentos y decidme, ¿dónde está la piedra?

La voz de otro pirata los interrumpió desde el combés. Era un hombre flaco y desagradable que sostenía la trampilla para bajar a la bodega al tiempo que miraba dentro.

—¡Capitán! ¡Esta es buena! ¡Aquí debe de haber unas quinientas libras en esclavos!

—¡Baja con Stowe y libéralos! —ordenó el capitán.

El hombre flaco abrió mucho los ojos, sorprendido.

—Rata, somos piratas, no esclavistas —aclaró el tal Stowe, un pirata moreno y muy apuesto que se lanzó sin dudarle al interior de la bodega a cortar las ataduras a la masa de negros asustados, a los que el agua les llegaba ya por las rodillas.

—La piedra —repitió Saavedra apretando aún más la espada contra la garganta del capitán inglés.

Clayton sonrió con amargura.

—Se hundirá con el navío antes de que os la entregue.

Saavedra se volvió hacia un niño de apenas diez años que se disponía a saltar dentro de la bodega con los otros dos piratas.

—Willie, revisa los aposentos del capitán.

El muchacho asintió y corrió al interior del castillo de popa.

A continuación, el capitán pirata volvió a dirigirse al capitán inglés.

—Vamos, Clayton. Tengo un hombre especializado en desollar hombres vivos, pero ahorradme el espectáculo.

—Llamadlo —respondió el inglés—. No le dará tiempo a desollarme antes de que este navío se hunda con la joya.

—En eso tenéis razón —respondió el pirata y, sin pensárselo dos veces, tomó la pistola del pirata viejo que aún aguardaba a su lado y disparó al inglés en la rodilla.

Después se la devolvió para que la recargara.

Clayton aullaba de dolor en el suelo, pero logró recomponerse y apretó los dientes. Perkins trató de agacharse a ayudarlo y Saavedra le hundió la

espada en el pecho. Le dio una patada para desensartarlo y se volvió al capitán.

—Sabéis que vais a morir, Clayton. Pero seguro que preferís hacerlo rápido.

—Pudríos.

Saavedra le tendió la mano al viejo, que le entregó la pistola de nuevo. Esta vez el pirata le disparó en el hombro. Clayton dejó los ojos en blanco mientras apretaba los puños. Saavedra le tendió de nuevo la pistola al viejo para que se la recargara y, cuando se la devolvió al joven, este interrogó de nuevo al capitán.

—Pensad bien lo que hacéis. Si abandono este barco sin encontrar lo que busco os llevaré conmigo y os mantendré vivo hasta que me aburra de torturaros.

Clayton estaba de rodillas en el suelo, rebozado en sangre. Miró temblando al pirata, con sus ojos azules llenos de lágrimas de ira y dolor. Después cerró los ojos y los apretó con fuerza.

—Sea —dijo entonces.

El capitán tomó de nuevo la pistola, pero antes de poder volver a dispararla, el crío de nueve o diez años al que el pirata había llamado Willie apareció en lo alto del puente.

—¡Ya la tengo, capitán! ¡No ha sido difícil!

En el centro de su manita sucia había un rubí que casi le ocupaba la palma, engastado en una cadena de oro. Saavedra lo cogió con una sonrisa.

—Es vuestro día de suerte, Clayton —dijo.

Le apuntó a la cabeza con la pistola y disparó. Los sesos del capitán salpicaron la cubierta.

—Ya tenemos lo que buscábamos. ¡Regresemos a nuestro navío!

Los hombres obedecieron y saltaron de nuevo a la hermosa carraca pirata. Antes de que todos hubieran abandonado el navío inglés, el pirata moreno y apuesto que había saltado a la bodega a liberar a los esclavos llegó hasta Saavedra.

—Capitán, los esclavos no caben en los botes.

—Pues que naden o se ahoguen. No hemos venido aquí a salvarlos.

El pirata moreno asintió.

—¿Alguno habla inglés? —preguntó entonces Saavedra.

El moreno asintió y agarró del brazo a uno de los negros que ayudaba a los demás a salir de la bodega.

—Este, capitán.

—¿Solo ese?

El moreno asintió. Entonces el capitán desenvainó la espada y se la clavó en el vientre al esclavo.

—¡A bordo, Stowe! Aquí hemos terminado.

El pirata moreno echó una última mirada a los esclavos que aún estaban en el navío y obedeció.

El viejo tuerto que había acompañado todo el tiempo al capitán miró al esclavo retorcerse moribundo en el suelo.

—Aunque los demás no hablen inglés, podrán referir de algún modo lo ocurrido, capitán. No solo este.

Saavedra se volvió con curiosidad hacia el viejo.

—Cierto, Henry. Pero no habrán reconocido mi nombre, ni el de mi navío. ¡Dejad que alimenten la leyenda! —dijo con un orgullo que no podía contener.

Y le dio un cable al viejo, y tomó otro él, y ambos saltaron al interior de la hermosísima carraca en el preciso instante en que el navío inglés profería un último lamento y se partía en dos

# PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO I

El capitán escribía deprisa en el diario de a bordo. Tenía los labios apretados en un gesto de concentración mientras la pluma se deslizaba dibujando garabatos sobre el papel. Treinta de mayo... Treinta y uno de mayo... Primero de junio... El joven llenaba las páginas rápido, con una caligrafía apretada, deteniéndose apenas el instante que le llevaba mojar de tinta la pluma. Sobre la mesa, junto al diario de a bordo, yacía abandonada la joya imponente: una cadena gruesa, de oro, de la que pendía un rubí del tamaño del corazón de un zorro. La luz que entraba por la ventana lo atravesaba y dibujaba destellos rojos en el papel.

Golpearon la puerta del comedor de oficiales y acto seguido se abrió. En el umbral apareció un enorme hombre moreno, de barba larga y muy densa, labios generosos, cejas pobladas y mirada intensa, oscura. De su oreja izquierda colgaba una perla grande como un garbanzo. Era un hombre fornido, con la piel tostada por el sol, brazos como leños y, al cinto, un pistolón dispuesto para el combate. Pero a pesar de su aspecto fiero, al capitán le bastó levantar ligeramente la mano izquierda para detenerlo. El hombre, del que se podrían sacar dos capitanes, cerró la puerta tras de sí y aguardó dócil a que el joven terminara el párrafo y dejara la pluma sobre la mesa. Entonces, la mirada color miel de su capitán fue invitación suficiente para que hablara.

—Hemos echado casi veinte brazas de ancla y dos rezones. La nao está firme y los hombres esperan instrucciones.

Aunque hablaba en inglés, tenía acento portugués, y un vozarrón que acompañaba a su aspecto.

El capitán asintió y cerró el cuaderno. Se puso en pie con el diario en la mano y fue a guardarlo en un cajón de la librería. El portugués aprovechó para acercarse a la mesa y tomar en su mano el enorme rubí. En su mano no parecía tan grande.

—También he venido a deciros que tenéis un comité de recepción en el pantalán. Una decena de oficiales de rojo.

El capitán cerró el cajón y se volvió deprisa a mirar a su segundo de a bordo.

—¿Braukings? —preguntó frunciendo el ceño.

Salvo por la estatura —los dos hombres eran altos—, el capitán era todo lo opuesto al portugués. Flaco, casi barbilampiño, labios finos, manos delicadas y un aspecto frío, contenido...

El portugués meneó la cabeza, acariciando la joya.

—No, Braukings aún no está en el puerto. Aunque imagino que no tardará. Es... el crío ese..., el lameculos que lo sigue a todas partes. Nunca recuerdo su nombre...

—¿Walcott? —inquirió el capitán. Su acento inglés era impecable.

—¡Sí! ¡Walcott!

El capitán asintió de nuevo con la cabeza.

—Que los hombres me preparen un bote —dijo y, acercándose a la silla en la que había estado sentado, tomó el tahalí que colgaba del respaldo.

El portugués asintió, aún mirando la piedra, acariciándola con su pulgar.

—¿Y qué hacemos con el botín? Sin duda vienen buscándolo.

El capitán terminó de ceñirse la espada, se echó una capa negra sobre los hombros y caminó hasta su oficial. Cogió la hermosa joya roja por la cadena, arrancándosela de la mano al portugués, y se la pasó por la cabeza.

—Del botín me encargo yo —respondió.

Ocultó la piedra debajo de la camisa y volvió a cerrarse el jubón.

El portugués le contestó con una sonrisa.

—Mientras estoy fuera —prosiguió el capitán— envía a Stowe a la taberna, a ver si Brace ha dejado algún mensaje para nosotros.

Un nuevo asentimiento, mientras el capitán se disponía a abandonar el comedor. El portugués observó al joven abrir la puerta y salir al pasillo. Estaba cerrando tras de sí cuando se detuvo y volvió a abrir.

—¡Ah! ¡João! —le dijo al segundo de a bordo con su habitual tono de autoridad—. Una cosa más: no volváis a llamar crío a Walcott delante de mí. Es mayor que yo.

El portugués respondió con una sonrisa ancha que le partía la barba, y masculló en un tono inaudible:

—*Presunçoso* —al tiempo que se cerraba la puerta.

Inés dejó escapar un bostezo y volvió a centrar la vista en el libro de latín, a pasear su mirada entre las letras apretadas, sin leerlas. En aquellos instantes la vida de Aníbal le parecía lo más soporífero del mundo. Fuera, al otro lado de la ventana del segundo piso, Londres estaba vivo. Desde su casa de piedra, hermosa y señorial, se podía ver el Támesis envuelto en una suave bruma, a los barcos entrar y salir con las velas desplegadas y a los marineros cargando y descargando mercancías en el puerto lleno de gente. Un mundo mucho más apasionante que las campañas del cartaginés.

—Si escribieras la historia de tu vida, ¿cómo la comenzarías? —le había preguntado una vez Victoria.

Inés la había mirado sin comprender.

—¿Y quién habría de interesarse por leer mi vida?

Su amiga contestó poniendo los ojos en blanco en una mueca teatral.

—¿Acaso importa? ¿Cuáles serían tus primeras palabras?

Inés se había encogido de hombros.

—Doy fe de que no lo sé. Son pensamientos muy profundos para tan de mañana, Victoria.

Victoria arrugó su nariz respingona en un gesto de desaprobación por la visible falta de entusiasmo de su amiga.

—Yo comenzaría hablando de mi madre —explicó—. No concibo otro modo de narrar mi vida. ¡Pardiez que lo he intentado! Pero siempre la menciono antes de llegar a la tercera línea.

Su madre... Era fácil que Victoria hablara de su madre. Toda Inglaterra lo hacía. Lo difícil habría sido lo contrario.

—Victoria, poco me parece para que te preocupes. Tenemos dieciséis años. No hemos tenido tiempo para ser conocidas por otra cosa que nuestra cuna —dijo quitándole importancia al tema.

A continuación, le había puesto la mano en el hombro a su amiga y le había dicho con dulzura:

—Sé que la vida te reserva grandes cosas, Victoria. Ten paciencia.

Pero la paciencia no era el fuerte de Victoria. Ni siquiera el de Inés. Y por más que hubiera tratado de animar a su amiga con aquellas palabras, con frecuencia volvía a preguntarse qué podían hacer dos muchachas de dieciséis años para lograr fama. Aníbal se había hecho famoso por su valor. Aunque, claro estaba, él era un hombre. Todo era distinto para los hombres. Y no tenía dieciséis años cuando se quedó a las puertas de Roma con sus elefantes.

Inés se puso en pie y se asomó a la ventana de su habitación a observar los barcos.

—¿Cómo empezaría a narrar la historia de mi vida? —se preguntó en voz alta.

Se apoyó en la jamba cerrando los ojos y comenzó a divagar.

—Rondaba el 1579, siete años después de que el corsario Francis Drake se apoderara de una flota de galeones en Panamá y dos después de que devastara las costas pacíficas de América y regresara a Europa por la ruta de Asia. La reina Isabel de Inglaterra lo nombró caballero, como a muchos otros corsarios, piratas que realizaban un contrato con el país bajo cuyo pabellón navegaban, y que tenían por ocupación capturar navíos mercantes de los países enemigos para repartirse con el país protector el botín obtenido...

La joven se sentó ante su escritorio, se apartó una guedeja de pelo oscuro de los ojos, mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir.

«... y es precisamente con la sobrina de uno de estos corsarios con quien comienza nuestra historia, con la sobrina del distinguido John Hawkins, honorable miembro de la Cámara de los Comunes, tesorero de la Marina de su majestad Isabel I de Inglaterra y gran amigo de sir Francis Drake».

Inés se detuvo y volvió a colocar la pluma en el tintero. Observó lo que había escrito. También ella tenía que comenzar su historia narrando sus orígenes, con la diferencia de que Victoria se limitaba a sus padres, pero ella..., ella tenía que acudir a su tío para ser alguien. John Hawkins, célebre explorador y negrero... Aquel hombre malvado pero valiente como pocos le había conseguido al padre de Inés, Sigfried Braukings, el título de conde de Frieson, título que algún día ella misma ostentaría; le había logrado el puesto de almirante de un cuerpo especial de la marina para acabar con la piratería en las costas inglesas; lo había introducido en las más altas esferas de la sociedad y, mucho más que todo eso, le había traído de uno de sus saqueos a un mercante español a la bella mujer que el conde había decidido convertir en su esposa.

La madre de Inés era, en efecto, una hermosa joven cordobesa, hija de un mercader, cuya nave fue capturada por Hawkins cuando navegaba rumbo a las Indias. Por aquel entonces el corsario estaba casado con la celosa hermana de Sigfried, y al no poder quedarse a la joven para él, prefirió entregársela como regalo personal a su cuñado con el fin de no tenerla demasiado lejos. Pero Sigfried se enamoró perdidamente de su hermosura y se casó con ella, frustrando las expectativas de Hawkins de compartirla.

Casi diecisiete años después de todo aquello, bastaba mirar a Inés para descubrir gran parte de esa historia. Con la piel ligeramente dorada, el cabello negro como las profundidades del océano, los ojos muy oscuros y cuajados de pestañas, y aquellas caderas que ya se adivinaban más anchas que las de las otras jóvenes de su edad aun cuando su talle fuera igual de fino, ya era evidente que la muchacha tenía tanta sangre mediterránea como el cartaginés de su libro de latín.

Suspiró. Si al menos ella fuera la mitad de hermosa que su madre, la historia de su vida podría parecer interesante. Pero pese a aquellos rasgos exóticos, su físico no prometía secuestros apasionantes por piratas extranjeros, no prometía suicidios a su alrededor de jóvenes desquiciados por no poder poseerla, ni siquiera prometía que algún rico joven de cabellos rubios la sacara a bailar dispuesto a dar su vida por ella. No, su vida no prometía todas aquellas historias fantásticas que a Victoria le gustaba inventar. Ni siquiera tendría la oportunidad de ver en su vida un elefante como los de Aníbal.

Resonaron los pasos de su padre en el pasillo y la condesita se apresuró a abrir el libro de latín por alguna página del centro. Un paso, otro, otro. No había duda de que se trataba del conde, y además estaba enfadado. Inés había aprendido a reconocer los ruidos de su padre como muchas otras jóvenes se acostumbran a sus gestos. Abrir el libro había sido una precaución inútil. Los pasos, como siempre, no se detuvieron frente a su alcoba y la muchacha volvió a cerrar el libro. Se puso en pie y se acercó a la puerta, para abrirla en el instante en que su padre volvía a pasar por delante.

—Buenos días, padre. ¿Cómo estáis hoy? —dijo la joven con una sonrisa.

El hombre, un cuarentón grueso con rostro severo y mejillas colgándole, embutido en un traje recargado en exceso, no contestó, ni realizó ningún gesto que denotara que se había percatado del saludo de su hija. Se dirigió a las escaleras y antes siquiera de comenzar a bajarlas dio la orden de que le prepararan su coche.

Inés arrugó el entrecejo movida por la curiosidad. Se apoyó en la barandilla para observar los movimientos de su padre en el piso de abajo. Su madre le ayudaba a echarse el manto de zorro sobre los hombros.

—¿A qué tantas prisas, Sigfried? —preguntó la mujer con un acento forzado, para que siguiera pareciendo extranjero. Su hija sabía que de vez en

cuando se le olvidaba y podía hablar un inglés tan perfecto como el de cualquier nativo de la isla.

—*El Miguel* está entrando en el puerto. ¡Voto a Dios que esta vez no se nos escapa!

¡*El Miguel*! ¡*El Miguel* en Londres! Inés no esperó a que su padre se fuera. Corrió a su dormitorio, atrancó la puerta y se asomó a la ventana. Entre la bruma del Támesis habían aparecido los tres mástiles del navío, cuajados de velas blancas como la espuma. La joven contuvo la respiración al presenciar aquella imagen. Siempre había sido de la opinión de que podía haber barcos más grandes que *El Miguel*, pero ninguno tan hermoso. Por su tamaño podría ser una carraca, pero se había fabricado bajo de borda y con un castillo de proa que apenas levantaba tres pies del suelo, lo que lo hacía más rápido y maniobrable, y con las innovaciones de un galeón, lo que le daba una potencia de fuego y unas defensas que lo hacían sobresalir entre los demás navíos de su tamaño. Unos marineros perfectamente uniformados con coletos de ante, que en la distancia no eran otra cosa que puntos negros, recogieron las velas y la carraca fue perdiendo velocidad. *El Miguel*, con cientos de historias ocultas tras cada palo... Se decía que el español que daba nombre al barco era el capitán más joven, apuesto y cruel que hubiera visto jamás Inglaterra; que sus ojos miel podían hechizar a las mujeres; que todos los días mataba a seis o siete niños únicamente para sentirse mejor y que tenía más perlas de las que cualquier monarca hubiera visto nunca. Había quienes decían que había heredado de su padre su fortuna, el cual la obtuvo traicionando a la Corona española y vendiendo sus secretos. Otros decían que vivía de negocios en las Indias, comerciando con esclavas hermosísimas que harían enajenar a cualquier hombre. Pero el padre de Inés, el gran Sigfried Braukings, encargado de limpiar de piratas las costas inglesas, opinaba que el capitán no era más que un pirata, aunque fuera el pirata más astuto de cuantos había tenido que enfrentar, y que obtenía su riqueza de los barcos que capturaba y hundía, sin parar mientes en qué pabellón ostentaban o a qué Corona pertenecían. Era sencillamente un saqueador, «un ladrón, ni más ni menos», decía siempre el conde. Y estaba convencido de que, aunque el joven capitán contara con el favor de la reina Isabel, mujer fácilmente impresionable por los jóvenes duelistas, algún día encontraría pruebas suficientes para que lo ahorcaran.

Inés no se creía la mitad de las historias; era Victoria quien no dejaba de hablar de lo apuesto que debía de ser y de que, pese a todo lo que de él se

decía, algún día, hechicero o no, él se enamoraría de ella y ella lo mandaría ahorcar. Y estaba por ver que Victoria no lograra algo que se hubiera propuesto.

Sin embargo, a la futura condesa no le importaba si Miguel tenía los ojos miel o azul oscuro, si tenía veinte capas distintas y cuarenta pares de botas, si vestía siempre de negro, con sobriedad española, o sus jubones estaban recamados en plata. Había sido contagiada por el ambiente que se respiraba en su casa, y solo quería ver llegar el día en que su padre le cortara el gaznate por ladrón y asesino. Para Inés solo era eso. Un ladrón, un asesino, y el capitán del barco más bonito que se hubiera echado a la mar.

El coche de su padre se alejaba en dirección al puerto, con el repicar de los cascos del caballo y el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines apagándose a lo lejos. Inés esperó a que desapareciera tras una esquina y se encaramó a la ventana. Se aseguró de nuevo de que nadie la veía y saltó a las ramas del enorme castaño que daba sombra a la fachada de la casa. Si aquel era el día en que su padre iba a capturar al capitán de *El Miguel*, no iba a ser ella quien se perdiera su humillante derrota. Las ramas del árbol le arañaban la cara, los brazos y el vestido nuevo, desgarrando los brocados plata y perdiendo este su blancura impoluta conforme la muchacha se arrastraba sobre la corteza dura del castaño. Inés hizo otra pausa abrazada al tronco, y solo cuando estuvo segura de que no había nadie alrededor, se descolgó del árbol. Una de las faldetas blancas se quedó enganchada y, cuando Inés cayó al suelo, se oyó el ruido silbante de la tela al rasgarse, mientras la cola del vestido quedaba varios pies por encima de su cabeza. Inés dejó escapar una imprecación nada digna de una doncella de su linaje, y volvió a alzarse sobre sus tobillos para alcanzar la tela. En el instante en que se hizo con ella, reemprendió el camino hacia el puerto en una loca carrera. Solo se detuvo un momento para tirar el trozo inservible de vestido entre unas cajas de raspas de pescado.

El puerto parecía un hormiguero, tan lleno de vida como se veía desde su dormitorio, con la diferencia de que todas aquellas personas habían dejado de ser insectos diminutos. Eran grandes, apestaban a sudor y a pescado, y la miraban con el ceño fruncido cuando ella pasaba corriendo y hacía saltar el agua de los charcos en todas direcciones. Una pequeña multitud de curiosos se agrupaba en el muelle alrededor del punto concreto donde su padre y una

docena de sus hombres esperaban el desembarco del pirata. Inés se abrió paso a empujones y codazos hasta lograr una buena visión desde la primera fila. Desde allí pudo ver cómo tres barcas repletas de marineros de la Corona se habían aproximado a *El Miguel*. La carraca había echado al agua un bote que se acercaba despacio, al ritmo del bogar de seis marineros uniformados con camisa blanca y colete de cuero negro. En su proa, embozado en una capa de paño negra y con un pie apoyado sobre el bauprés, iba el capitán. Calzaba una bota también negra y tan limpia como Inés no recordaba haber visto antes. La barca llegó hasta el malecón. El capitán desembarcó de un salto y dirigió una mirada altiva a Sigfried.

—Braukings, es de imaginar que tendréis una buena explicación para que vuestros hombres insistan en subir a registrar mi barco.

Era joven, demasiado para ser capitán, puesto que Inés calculó que no tendría mucho más de dieciocho inviernos. Alto, pelo castaño, ojos claros. Tenía una voz fría y seca, y no había el menor rastro de acento extranjero en su inglés. Era atractivo, pero los cuentos, como siempre, exageraban.

—Soy el encargado de velar por la seguridad de estos puertos y de estas costas y tengo permiso de Su Majestad...

—Sé quién sois, Braukings —interrumpió el español—. No hace falta que alardeéis de ello ante toda esta comitiva. Solo os pido una excusa medianamente razonable. No hay vez que no atraquemos en Londres y no me estén esperando vuestros hombres.

—Debo asegurarme de... —Sigfried se contuvo, midiendo sus palabras.

—¿De qué? Decidlo, pardiez. Sabéis la calidad en que me tiene la reina, y no creo que le plazca saber el trato que recibo de vuestra parte. Si queréis acusarme de algo hacedlo abiertamente, pero no andéis haciéndome perder mi tiempo.

Sí, el conde sabía el aprecio que sentía la reina Isabel por aquel engreído, y esa era la única razón por la cual no le había echado el guante con anterioridad. Necesitaba pruebas fehacientes para poder acusarlo ante Su Majestad, para que la reina viera a qué clase de hombres protegía. Sin pruebas no le quedaba más remedio que agachar la cabeza. Pero el orgullo de Miguel solo se podía tratar de una forma, y esa era con más orgullo.

—Capitán Saavedra, ¿estáis negándoos a que registremos vuestro barco?

El joven sonrió, dejando entrever unos dientes tan blancos como las velas de su navío.

—No, conde de Frieson, no. Por supuesto que no —contestó divertido—. Soy mitad español, como a vuesa merced le gusta recordar como si así fuera a insultarme, mas observad que, como tal, soy mucho más caballero que vos.

Se giró a los marineros que esperaban en su bote y les ordenó que permitieran a los hombres de Braukings subir a bordo. A continuación se dirigió de nuevo al conde.

—No tengo nada que ocultar —dijo—. Y ahora, si me disculpáis, me espera Su Majestad.

Con dos largas zancadas Miguel se abrió paso entre el corro que se había formado a su alrededor, con el rubí oculto en su pecho y sin más escolta ni compañía que su espada toledana, que asomaba entre su capa a cada paso.

Inés aprovechó para alejarse de allí antes de que su padre pudiera descubrirla y corrió de nuevo por los charcos del puerto con la firme idea de llegar al palacio King John's Barn a tiempo de presenciar la entrevista. Con las prisas tropezó un par de veces. La primera aterrizó en una caja de sardinas. La segunda en un charco de cieno. Pero no se detuvo. Se metió entre las callejuelas más oscuras y malolientes con el fin de atajar. Siguió corriendo hasta que las piernas comenzaron a dolerle y se volvió, consciente de que Miguel habría tomado un coche y de que así no llegaría jamás. Entonces se detuvo a tomar aliento. Se dio una serie de palmadas nerviosas en el muslo y por fin se decidió. Golpeó la puerta más cercana y, cuando una criada abrió, se quitó el tocado de seda con un airón de plumas blancas y se lo tendió.

—Necesito una montura. Os la traeré de vuelta.

La criada titubeó unos instantes y la condujo hasta las cuadras. Allí había un único caballo enorme, de tiro, pero Inés, sin perder más tiempo, se apresuró a ponerle una cabezada y, sin siquiera ensillarlo, abrió la puerta de salida, se montó y partió al galope. El tocado no le serviría de nada con el vestido roto.

El King John's Barn apareció entre la bruma londinense. Inés dirigió el animal hacia la parte trasera del palacio y se detuvo un par de calles más allá. Victoria le había enseñado un pasadizo que conducía al interior y que estaba pensado para una eventual huida. En la casa en la que se ocultaba la entrada de aquel pasadizo solo se apostaba un guardia, Greg, que conocía a las

muchachas y solía permitir entrar a Inés. Inés ató al caballo, le palmeó el cuello y se introdujo en la pequeña casa de piedra. Greg hacía un solitario. Era un hombre muy alto, tenía la nariz aguileña y el pelo corto, y cuando fijaba la vista con atención en alguien, se asemejaba a un buitre oteando desde el nido. No obstante, cuando sonreía, su rostro se inundaba de alegría, e Inés lo encontraba incluso apuesto. Al ver a la niña frunció el entrecejo.

—¡Oh, no, condesa! Hoy no puedo permitir entrar a vuestra merced — dijo, antes siquiera de que la joven tratara de embaucarlo.

—Greg, es un asunto vital. ¡Necesito ver a Victoria!

—*Milady*, si os descubren dentro puedo darme por muerto. Ha tiempo que sospechan de mí.

—Nadie me descubrirá. Tenéis mi palabra.

—Sabéis que no puedo hacerlo.

Inés protestó, imploró, prometió y lloró hasta que el guardia, resignado, suspiró y le hizo un gesto a la condesa para que lo siguiera. Cogió un candil de la cocina para entregárselo a la muchacha, levantó la alfombra que tapaba una trampilla del suelo, abrieron y bajaron a la bodega. Allí Greg empujó unas cubas de vino y se dejó ver un pasadizo.

—No tardéis.

—Descuidad.

Inés se apresuró a desaparecer por el agujero, iluminando aquel camino oscuro con el candil. No le gustaba caminar por allí: la escasa altura que la obligaba a caminar encorvada, el olor a cerrado, la humedad y la compañía de las ratas hacían que la sangre se le agolpara en las venas, y no podía evitar imaginar que el techo se vencería y se quedaría allí atrapada. Pero, cuando la angustia se apoderaba de ella y la empujaba a correr hacia la salida, pensaba que ni el mismísimo Aníbal se habría introducido jamás en un lugar tan aterrador. Y entonces soplaba para apagar la vela y luchaba con el miedo que le producía aquella situación, convencida de que después de aquello ya nada más la asustaría. En esta ocasión, el vello del brazo se le erizó algo menos que otras veces mientras tanteaba el camino en la oscuridad. A medida que se acercaba al otro extremo pudo ver la claridad que se abría en el techo, allí donde la luz se colaba por los resquicios que dejaba la baldosa que cubría la salida, y el nudo de su estómago se aflojó, y su corazón se calmó. Alcanzada la trampilla, apoyó con cuidado los dedos y empujó muy poco, lo justo para poder mirar si había alguien dentro de la caseta del jardinero. Nadie. Corrió la baldosa y, aprovechando la luz, buscó por el suelo a su alrededor el escabel.

Ayudándose con él, se aupó afuera. Antes de salir se aseguró de que todo quedaba en su sitio. Entonces cruzó el jardín con cuidado, dejando atrás el estanque de los cisnes, los setos podados con formas redondas y los rosales a punto de dar flor, hasta llegar bajo un balcón del segundo piso. Recogió unos cantos del suelo, trepó por una enredadera hasta llegar al balcón, se encaramó en la baranda y recuperó el aliento. Desde allí lanzó las piedrecitas contra el cristal de una ventana del tercer piso. No tardó en asomar una cabeza de trenzas doradas y nariz respingona.

—¡Inés! ¡Voy a abrirte!

La condesa se puso de puntillas sobre la baranda y esperó a que se abriera la ventana que había justo por encima de ella. Victoria reapareció por allí e, inclinando medio cuerpo fuera, le tendió la mano para ayudarla. Pronto Inés se encontró dentro. Victoria la abrazó. Aún llevaba puesto el camisón.

—¡Qué alegría! Hasta el domingo después de misa no te esperaba —dijo mientras conducía a Inés al dormitorio, a través del vestidor.

A menudo las dos jóvenes habían pasado horas en aquella habitación, entre los trajes de Victoria, ayudándose a vestir la una a la otra con las prendas más dispares para luego interpretar el papel de príncipe oriental y esclava turca, o el de capitán corsario y princesa de Inglaterra. En un principio solían turnarse en las representaciones del hombre y la mujer, pero, al final, siempre terminaba Inés interpretando su persona y Victoria a todos los demás personajes, pues, como decía siempre su amiga, la condesa era bastante insulsa cuando de interpretar héroes varones se trataba, y todos sus personajes terminaban siendo igual de simples. Por el contrario, Victoria les daba miles de matices distintos a sus caracteres, y nunca dejaban de ocurrírsele nuevas peripecias.

Entraron en el dormitorio, por cuya ventana habían aparecido hacía no más que unos instantes las trenzas doradas de su amiga. Estaban medio deshechas, pues había dormido con ellas y aún no se había peinado tampoco. Que siguiera en camisón a pesar de la hora no le llamó la atención a Inés, acostumbrada como estaba a sus extravagancias. Había veces en las que Victoria se enfadaba y no se vestía en todo el día, gritando, cuando sus ayudas de cámara intentaban hacerle cambiar de opinión, que para qué se iba a vestir si nadie iba a verla, «porque nadie NUNCA iba a verla». Solo una visita de Inés podía alegrarla entonces.

—Se trata de Saavedra. Está aquí —explicó la condesa.

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿En Londres?

—¡Aquí! ¡En palacio! —exclamó la condesa señalando el suelo, como si el pirata estuviera a sus pies.

La princesa dejó escapar un grito de júbilo y se puso a dar saltitos.

—Ha venido a presentarle sus respetos a Su Majestad mientras mi padre registra su bajel —explicó Inés.

—El capitán Miguel Saavedra aquí, ¡ahora!, ¡en este mismo palacio! —repitió Victoria palmeando de ilusión, sin terminar de creerlo. Siempre se enteraban de que había estado con la reina después de que se hubiera marchado—. Y dime, ¿lo has visto? ¿Cómo es?

Inés se encogió de hombros.

—Es... un joven corriente —titubeó.

—¿Y dices que es un joven corriente? ¿Miguel un joven corriente? —preguntó Victoria incrédula.

—Un pirata corriente —se corrigió Inés—. Y me temo que seguirá siéndolo por algún tiempo.

Victoria se sentó en su cama y levantó una ceja.

—¿Acaso no registra tu padre su barco? Encontrarán pronto algo que lo delate.

—Lo dudo. Saavedra no habría permitido que subieran a bordo los hombres de mi padre si creyera que iba a ser así.

Victoria se abrazó las rodillas, mordiéndose los labios, y se mantuvo en silencio unos instantes.

—Inés, tiene que haber algo que lo delate. El botín de algún barco que saqueara, una joya famosa desaparecida... —De pronto el rostro de la joven se encendió—. ¡La bandera pirata! ¡Todos los piratas tienen una bandera negra con una insignia sobrecogedora! —exclamó la rubia, señalando como prueba fehaciente de lo que decía el baúl en el que Inés sabía que escondía la pila de novelas bizantinas.

—Sí, sin duda habrá algo. Es lo que buscan los hombres de mi padre. Pero a fe mía que no estará en su navío. Es muy astuto —respondió Inés meneando la cabeza.

Se hizo otra vez el silencio hasta que los ojos de Victoria se agrandaron de nuevo en un gesto de ilusión.

—¡Claro que no! ¡La llevará consigo! ¡La bandera pirata! ¡Por eso permite que registren su barco! —se puso en pie y habló haciendo

aspavientos—: ¡Inés, seguro que lleva la bandera encima! ¡Pardiez! ¡Y mientras registran su navío, él habla con mi madre!

—Es posible —concedió Inés.

—Así tiene que ser, en verdad —decidió Victoria. Y volviéndose hacia Inés añadió—: Y ¿adivina qué? ¡Nosotras lo desenmascararemos!

Inés observó a su amiga, que blandía una espada imaginaria, con sus trenzas deshechas y vestida con su camisón de lino blanco con encajes de hilo.

—¿Desenmascararlo? Victoria, aún no estás vestida siquiera.

La joven se mordió el labio contrariada.

—Cierto. Tuve que deshacerme de mis ayudas de cámara cuando llamaste y no volverán hasta dentro de un buen rato. Pero sé lo que haremos. Tú lo traerás a esta habitación y lo desenmascararás aquí. Yo me esconderé detrás de las cortinas y escucharé. Esta vez lo dejo todo en tus manos.

En esta ocasión fue la condesa la que abrió los ojos atónita.

—¿Bromeas? Es peligroso. Saavedra es un pirata, Victoria. Además, le prometí a Greg que no me descubrirían. No puedo pasearme por los pasillos de palacio, y menos con él.

—Inéééés —dijo Victoria, y su tono de voz cargado de incredulidad y desdén parecía decir «¿Peligroso? ¿Cuándo ha detenido el peligro a los héroes?».

La condesa suspiró resignada. Entró en el vestidor de su amiga y al instante regresó con una discreta capa negra con capucha doblada sobre el brazo.

—Te mantendrás tras la cortina.

Y Victoria asintió con la cabeza, deshecha en risitas nerviosas.

Los pasillos del King John's olían a grandeza y los pasos de la joven resonaban en el suelo de baldosas. Inés, oculta bajo la capa negra, contenía el aliento. De nuevo se le había erizado el vello, más aún que en el pasadizo, y sentía cómo se le acumulaba la saliva en la boca, sin poderla tragar. Oyó unos pasos que marchaban rítmicos y se arrimó a la pared, inmóvil, sin atreverse a respirar mientras dos músicos pasaban a unos pies. Soltó el aire de los pulmones y siguió caminando hacia el salón. Antes de llegar oyó a otros músicos tocar el laúd, y el ruido del cotorreo de la gente de la corte. Se asomó a una baranda en la pared y pudo ver cómo, un piso más abajo, la

reina Isabel hablaba con el capitán, los dos apartados junto al fuego y abrazados por el tañido del laúd, mientras las doncellas de la reina tejían y cosían en el centro del salón en animada charla. Resultaba difícil escuchar más que palabras sueltas de la conversación entre el pirata y la reina. El cotorreo de las doncellas lo entorpecía. Se esforzó por separar la voz de la reina de las demás.

—... lamento que no podáis quedaros más tiempo en Londres, capitán. Vuestra presencia me es muy grata, y ya sabéis cuánto me gustaría que permanecierais en la corte. Pronto habrá un festejo al que os divertiría asistir y habrá doncellas muy hermosas.

Inés observó a la mujer. Aunque fuera de talla mediana, era inevitable sentirse impresionada por su porte, que le hacía parecer más alta. Tenía el pelo rubio rojizo, la tez blanca con matices aceitunados heredados de su madre, y unos ojos llenos de vida y jovialidad. Podía parecer la más alegre de las mujeres, pero a la vez tenía aquel aspecto majestuoso capaz de acallar hasta a sus enemigos más fieros.

—Agradezco las amables palabras de Su Majestad —contestaba el español en su perfecto inglés— y confieso que también a mí me gustaría permanecer más tiempo en Londres y asistir al festejo, que sin duda será espléndido. Pero mi padre me dejó un legado que requiere de todo mi tiempo. Debo partir para las costas de África esta noche y no quería hacerlo sin pagaros antes mis respetos.

Inés se apartó de la baranda. Tenía que darse prisa. La entrevista no duraría mucho más. Se dirigió hacia las escaleras y, sin separar la espalda de la pared, bajó hasta la planta principal. Allí había más guardia. Respiró hondo tratando de amortiguar los latidos de su corazón, y siguió caminando hacia la entrada. Apoyó la mano en el pomo de la puerta, con las rodillas temblándole, y la empujó despacio.

El recibidor estaba repleto de armaduras, armas y tapices. Junto a una puerta pequeña que se abría a la derecha había un hombre dormitando en una silla. Inés entró. Su corazón se había vuelto a exaltar. ¿Cobarde? Victoria no podía entender que ella no era cobarde, pero entrar allí... resultaba una locura. La alfombra persa amortiguaba sus pasos. Avanzó hasta el hombre, con la impresión de que los latidos de su corazón podrían despertarlo, y empujó la puerta rezando para que esta no chirriase. La puerta estaba bien engrasada y giró sobre sus goznes sin el menor ruido. La muchacha suspiró cuando se encontró en una diminuta habitación con armeros en las paredes y

una mesa en el centro. Sobre esta última estaba la espada toledana de Miguel. La cogió; era más ligera de lo que había creído y, pensando en lo que le ocurriría a Greg si la encontraban allí, volvió a salir al recibidor en el que roncaba el guardia, entornó la puerta de la pequeña armería, y se deslizó hasta la puerta por la que había entrado. En el instante en que la cerró, oyó los pasos de unos guardias. Buscó a su alrededor y vio un arcón pegado a la pared. Se agazapó detrás de él con el cuerpo temblándole como una hoja.

No tardaron en aparecer por el pasillo dos guardias que escoltaban a Saavedra a la salida. Las botas del capitán brillaron al pasar junto a Inés. Uno de los guardias abrió la puerta y le dejó pasar. Después los dos lo siguieron y la puerta se cerró.

—La espada del capitán Saavedra —pidió una voz.

Inés se levantó muy despacio y acercó la oreja a la madera.

Pasos. Un silencio largo. Golpecitos nerviosos y rítmicos sobre la ropa. Otro silencio.

—Un momento —era la voz del mismo guardia.

Pasos que se alejaban de la puerta en que estaba Inés hacia la puerta de la armería. A lo lejos, ruido de metales que chocan al moverse.

Inés cogió aire y entreabrió la puerta con cuidado. Miguel estaba solo con un guardia en el recibidor. El guardia mantenía la vista fija en la entrada del armero en el que debía de estar también el guardia que Inés había visto dormir en la silla, pero el capitán se volvió hacia la puerta y la descubrió. La joven se quedó helada un instante, y después reaccionó llevándose el dedo a los labios e implorando silencio con la mirada. Los ojos color miel del capitán se posaron un segundo en los de ella. Inés tragó saliva. Entonces Miguel se volvió hacia el guardia y le dijo en un tono seco y cortante:

—Soy un hombre ocupado. ¿Vais a quedaros aquí como un pasmarote o vais a ayudar a buscar mi espada? Que la hayáis perdido es algo que no acierto a comprender.

El guardia balbuceó una excusa y se apresuró a desaparecer en la armería, y el capitán se volvió hacia Inés con mayor libertad. Ella sonrió aliviada. Empujó algo más la puerta, le hizo un gesto al pirata para que la siguiera y le mostró la espada. Si el capitán se sorprendió, su rostro no lo denotó. Echó un vistazo rápido hacia la armería y a continuación siguió a Inés. Cuando ambos estuvieron fuera del recibidor, ella cerró la puerta, se llevó de nuevo el dedo a los labios y se apresuró a alejarse de allí. Oía los pasos del capitán detrás de ella y, por alguna extraña razón, se sentía más

segura. Era como si el hecho de que él estuviera haciendo algo también prohibido convirtiera la conducta de Inés en menos reprochable.

Subieron las escaleras hasta llegar al piso de arriba, se detuvieron un momento tras unas cortinas para dejar pasar a unas doncellas que caminaban riéndose por el pasillo, y llegaron a la cámara de Victoria. Inés empujó la puerta, caminó hasta el fondo, dejó la espada toledana sobre el alféizar de la ventana y regresó para cerrar la puerta detrás de Miguel. Solo entonces respiró con alivio. Se quitó la capucha y fue a desprenderse de la capa, pero rectificó, si bien no antes de que el capitán pudiera reparar en el lamentable estado en que se hallaba su vestido. El pirata estudiaba la habitación y la estudiaba a ella. Su mirada miel parecía capaz de atravesarla. Era como si la sometieran a un sinnúmero de preguntas, aunque se mantuviera en silencio.

Inés se retorció las manos, nerviosa, y sus ojos recorrieron la habitación sin detenerse en nada en concreto. Abrió la boca sin articular palabra un par de veces hasta que al final tomó aire, miró a Saavedra y le ordenó:

—¡Quitaos la camisa!

Esta vez el capitán no pudo disimular su asombro.

—¿Qué habéis dicho?

—Me... me habéis oído —farfulló Inés—. ¡Quitaos la camisa! ¡El jubón primero! ¡Y la capa si os es preciso!

Saavedra respiró hondo.

—*Milady*..., aún sois joven y sé que no soy a quien le corresponde daros lecciones sobre cómo conducir, pero... este no es el modo en el que una doncella que se precie deba seducir a nadie.

Inés se ruborizó. La boca se le secó y las mejillas le ardían. Apabullada, logró espetar:

—¡Atrevedos a negar que sois un pirata!

Miguel la estudió de nuevo unos instantes, y luego sonrió, mostrando sus dientes blancos.

—Creí que lo atrevido sería afirmar que soy un pirata, y no negarlo.

A Inés cada vez le resultaba más difícil contestar al joven. Se retorció las manos. Le sudaban.

—¿No lo negáis? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿No negáis ser un sucio traidor, un vulgar ladrón enemigo de la Corona?

Miguel dejó de sonreír en el acto.

—*Milady*, no sé quién sois ni qué hacéis aquí —respondió con cautela—, pero las acusaciones que hacéis son demasiado serias como para tomarlas

a chanza. Dados vuestro aspecto y vuestra conducta, consideraré que habéis perdido la razón y os retienen aquí como una enajenada, y trataré de olvidar la ofensa que, de otro modo, no perdonaría a nadie. Ahora, si me disculpáis, la guardia debe de estar buscándome. Podéis quedaros con la espada. —Y dirigió la mano hacia el pomo de la puerta.

Inés corrió hacia la puerta, la empujó y apoyó en ella la espalda, impidiendo que el capitán la abriera.

—Si intentáis escapar os juro que gritaré y llamaré a la guardia.

—¡Hacedlo! —respondió el español con el ceño fruncido—. ¿Qué diréis? ¿Que no he querido satisfacer vuestros caprichos carnales?

Inés alzó la barbilla.

—Bastará con que os registren debajo de la camisa para que yo no tenga que explicar nada. ¡Apartaos!

Él dudó.

—¡Apartaos de la puerta os digo!

Miguel se apartó muy despacio, con la vista clavada en la fiera que jadeaba delante de él, y esperó a unos pies de ella. Lentamente, Inés recobró la respiración. Sin embargo, antes de que pudiera reiniciar su interrogatorio, Miguel se volvió de un salto y corrió hacia la ventana. No llegó a alcanzarla porque, de detrás del dosel de la cama, apareció una figurita de trenzas doradas que se abalanzó sobre la espada toledana que Inés había dejado en el alféizar y la interpuso entre el cuello de Miguel y ella.

—Un solo movimiento, capitán, y no viviréis para abandonar Londres.

La punta de la espada se le clavaba a Miguel un poco por encima de la nuez y le obligaba a alzar la cabeza, pero, aun así, el capitán podía ver a la muchacha que acababa de frustrar su huida: una joven de apenas diecisiete años, trenzas rubias medio deshechas, ojos claros y nariz respingona, que lo observaba con el ceño fruncido, aún en camisón.

—¿Me está permitido conocer el nombre de la joven que intenta aparentar experiencia con la espada?

El ceño de Victoria se frunció más.

—Tal vez no esté muy instruida en el arte de la espada, pero conozco el modo de hacerlos un hermoso agujero en el gznate.

Miguel agarró la espada por la hoja y tiró de ella, arrebatándosela a Victoria sin dificultad. Se la ciñó al cinto, inclinó respetuosamente la cabeza a modo de despedida y se dispuso a saltar por la ventana ante el gesto de desconcierto de la muchacha.

—Victoria Dudley e Inés Braukings —se apresuró a decir la rubia señalándose a sí misma primero y después a Inés.

Miguel volvió la cabeza para mirarla.

—Y si saltáis por ahí, no os quedará un hueso entero —añadió Victoria.

Él sonrió. Otro relampagueo blanco.

—Es de suponer que no estaréis dispuesta a mostrarme un camino mejor, ¿cierto?

—Es... posible...

—¡Victoria! —protestó Inés.

—... si os quitáis el jubón y la camisa —añadió la rubia.

Saavedra observó a las dos muchachas. Hacían un extraño cuadro en aquella habitación: Dudley, como el conde de Leicester, conocido amante de la reina —¿una sobrina, hija tal vez de alguno de sus tres hermanos?, ¿o tal vez otra bastarda del conde con lady Sheffield?—, vestida con un camisón del lino más fino, y Braukings, cuyo apellido no dejaba dudas, con un rico vestido destrozado y lleno de barro seco, que apenas disimulaba una capa negra.

—Ha sido un placer, lady Dudley, lady Braukings... —se giró de nuevo.

—¡Esperad! —insistió Victoria.

Miguel se volvió una vez más.

—Lady Dudley, conozco el libertinaje de la corte, pero no voy a desnudarme. Intentaba explicarle a lady Braukings que ese no es modo de acaparar la atención de un caballero.

Esta vez fue Victoria la que se sonrojó.

—Iba a... iba a preguntaros por qué sois un pirata. Contáis con el favor real. Podríais ser corsario de la reina. ¿Por qué arriesgaros a que os ahorquen cuando podríais ser caballero?

El capitán observó unos instantes a la joven, dudando qué contestar.

—*Milady*... —comenzó, pero finalmente optó por dejarlo estar—. No lo entenderíais.

Y caminó de nuevo hacia la puerta. Pero Inés seguía apoyada en ella, y añadió con frialdad:

—No lo harías, Victoria. Nadie puede entender por qué razón una persona puede dedicar su vida a saquear, robar y matar, sin discriminar el país de procedencia, la edad de sus víctimas o su sexo, y luego acercarse a los soberanos de cada uno de esos países que saquea y rendirles pleitesía.

Miguel e Inés intercambiaron una mirada cargada de dureza.

—Lady Braukings, yo no he traicionado a nadie más que a los que a mí me han traicionado. Cierto es que igual robo un barco inglés que uno francés, pero yo no traiciono a mi reino, pues no soy inglés. Jamás le he jurado lealtad a la reina Isabel. Pero aunque mi vida sean el mar y los barcos, no soy más ladrón ni más asesino que vuestro tío, sir John Hawkins, o vuestro sir Francis Drake. Deberíais entenderlo, *milady*, vos que sois española.

Inés sintió aquellas palabras como una cuchillada.

—Mitad inglesa —precisó Victoria— al igual que vos. Y lo que no entiendo es por qué siendo mitad inglés, como sois, no os hacéis corsario inglés. Se dice que vuestro padre iba a serlo, y él era enteramente español. Amigo sois de la reina Isabel y la propia reina es de madre extranjera.

En aquel instante se oyó un suave golpeteo en la puerta.

—¿*Milady*? Venimos a vestiros, *milady*.

Victoria se ruborizó y posó la vista en Inés y a continuación en Miguel, que la observaba divertido.

—¡Marchaos! No quiero veros. Hoy me vestiré sola.

Al otro lado de la puerta, se oyó el murmullo apagado de las doncellas.

—Pero, *milady*... —sonó de nuevo la misma voz.

—¿No me habéis oído? Marchaos de una vez.

Nuevos murmullos y, por fin, el ruido de pasos que se alejan.

Victoria miró a Miguel con seriedad, tratando de recuperar el prestigio perdido.

—Os escucho, capitán.

Inés se mantenía inmóvil, sin decir nada, apoyada contra la puerta con los brazos cruzados. Miguel dudó antes de contestar. Finalmente dijo:

—¿De veras queréis que os conteste, *milady*? ¿Queréis saber por qué soy pirata y no corsario? ¿Por qué a vuestros ojos soy un ladrón y no un caballero? Pues tendréis vuestra respuesta.

Se apoyó en el alféizar de la ventana y comenzó a hablar. Su voz seguía siendo seca, pero había perdido algo de frialdad.

—Como no ignoráis, mi padre era un respetable mercader español casado con una noble inglesa que había pertenecido a la corte. Él la amaba con locura y por ella terminó mudando su residencia aquí. Pero, desde mi nacimiento, la salud de mi madre mermó y, finalmente, cuando ella presintió que se acercaba su muerte, le dijo a mi padre que nunca ella había vivido en sosiego, temiendo por la vida de su esposo, y le pidió que se hiciera corsario, pues la reina Isabel quería bien a mi madre y le tenía a él en alta estima.

Victoria se había sentado sobre el lecho para escucharlo, fascinada.

—Mi padre nunca fue un hombre de más armas que las necesarias para luchar contra los piratas que trataban de saquearlo, pero, una vez más, se dispuso a complacer a mi madre. Ella murió, y él se juró que, cuando regresara de una travesía por el norte de África, le rendiría vasallaje a Su Majestad y pondría a su servicio los cuatro barcos que componían su flota. Esta decisión llegó a oídos de varios navegantes ingleses, a los cuales no les satisfizo en demasía la idea de que un español pudiera ser corsario de la reina de Inglaterra. Así pues, durante el mes que mi padre estuvo fuera, organizaron una pequeña armada y lo esperaron para hundirlo en las mismas aguas inglesas que él se proponía defender. Hundieron el navío en el que él navegaba, el *Artemisa*, y las tres naos que con él viajaban; robaron las mercancías y mataron a cuantos hombres lograron salir a nado. Mi padre murió, *milady*. Y también lo hicieron los marineros aquellos que mi padre había contratado personalmente y que habrían dado su vida por él. Nadie quedó con vida de aquellos tres barcos, salvo un hombre, uno sólo, de los dos centenares que a mi padre seguían. Y fue él quien me contó lo ocurrido — Miguel hablaba con voz queda, sin pasión, pero sus ojos brillaron de rabia al llegar a la parte en que todos habían muerto—. Entonces yo fleté *El Miguel*, una carraca que mi padre había mandado fabricar para regalármela cuando yo fuera mercante, y le pedí a aquel marinero que me ayudara a buscar tripulación. Me eché a los mares con el propósito de mantener lo que mi padre había ganado con su valor y tesón, y poder rogarle algún día a la reina Isabel que me concediera a mí el honor de ser corsario suyo, como habría querido mi madre. Pero el mismo navío que había organizado la emboscada a mi padre alcanzó a mi carraca en alta mar con intención de acabar también conmigo. Sin embargo, prevenido por el viejo marinero, le planté cara, y logré hundirlo yo a él en aquel combate, y maté a su capitán.

Miguel hizo una breve pausa en la que miró al suelo. Al alzar la vista añadió:

—Y entendí, *milady*, que nunca podré ser corsario, pues no soy inglés. Inglaterra no me quiere como hijo suyo, y yo no quiero ya ser hijo de Inglaterra. Mi patria es el mar. Y no puedo distinguir entre hundir barcos ingleses y barcos de otros pabellones porque ningún país me quiere por súbdito.

Victoria tardó en reaccionar.

—Vuestra historia me conmueve... —comenzó a decir emocionada.

—Pero es falsa —interrumpió Inés, que permanecía apoyada en la puerta con los brazos cruzados—. No hundisteis un barco, sino cinco; no matasteis al capitán, sino a toda la tripulación; y no fue aquel barco el que os encontró ni hubo casualidad alguna, sino que fletasteis *El Miguel* con el único propósito de dar caza a esos navíos de la Corona.

Miguel clavó sus ojos miel en los negros de Inés.

—Lo que decís no altera el sentido de mi historia. Eran cinco los barcos que componían aquella armada. Vengué a mi padre, fleté *El Miguel* para hacerlo, conociendo de antemano que los oficiales de la Corona no me permitirían jamás ser corsario. ¿Por qué razón entonces debo discriminar los barcos que saqueo? ¿Acaso no son tan ladrones los ingleses que roban el oro español como los españoles que roban a los ingleses? No le debo nada a nadie, salvo a Dios y a mis hombres.

Inés dudó. Las palabras de Miguel le sonaban como lo que había leído de algunos humanistas que defendían el valor de la vida por encima de todo. Aunque ellos habrían añadido un rey a la lista.

—Si sois un español que saquea barcos ingleses —respondió Inés escupiendo las palabras—, sois enemigo de Inglaterra. Y en tanto lo hacéis en secreto, escondiéndooos tras una máscara de amistad con la reina, sois un traidor, y merecéis la horca. Además, no respetáis los barcos españoles, no respetáis las tripulaciones que se rinden, matáis mujeres y niños sin pudor, y todo para vuestro propio beneficio, pues no entregáis las riquezas a España, bajo cuyo nombre os escondéis; lo que, además, os convierte en un pirata. Así que también merecéis la horca. Merecéis la horca, seguida de castración, destripamiento y descuartizamiento, como establece la ley para los traidores, pues entiendo que sois pirata y traidor.

Los ojos de Victoria iban de uno a otro, con la indeterminación pintada en el rostro. Miguel se puso en pie al escuchar las acusaciones, e Inés se sobrecogió pensando que sacaría su espada toledana y le atravesaría el corazón. Pero el capitán no avanzó ni un paso de donde se encontraba.

—Lamento que os creáis esas acusaciones, *milady*, y que nunca hayáis puesto mientes en cómo las conoce Sigfried; que nunca os hayáis parado a pensar en cómo sabe él que soy un pirata cuando nunca ha encontrado nada a bordo de *El Miguel* que pueda incriminarme. Pues también a eso puedo responderos. Sir Sigfried Braukings, conde de Frieson, sabe que soy un pirata porque él conocía el ataque de aquella armada de galeones ingleses a los navíos de mi padre, y cuando acudí a él y le imploré que hiciera justicia, me

ignoró, convirtiéndome en lo que soy. Prefirió defender a un borracho capitán inglés antes que al hijo de un español que lo perdió todo por su esposa inglesa. Braukings silenció ese ataque, incluso después, cuando yo comencé a hundir aquellos galeones ingleses uno a uno. Braukings siempre ha sabido qué era yo, ha tenido pruebas, pero no ha querido emplearlas.

Inés negó con la cabeza, sin querer creerlo.

—Nunca pudo acusarme de hundirlos, puesto que para hacerlo debía confesar que yo era el único que tenía motivos, confesar cuáles eran estos, y cómo los conocía... Confesar, al fin y al cabo, cómo me negó la justicia convirtiéndome en quien soy.

—Eso no es cierto... —trató de interrumpir Inés.

—Sin embargo —prosiguió el capitán—, él siempre ha sabido que fui yo. Solo yo tenía razones para hundir aquellos cinco galeones ingleses, y a todos los otros que le dieron su apoyo.

Inés quiso replicar, pero no sabía cómo. Miró a Victoria, pero su amiga tenía la vista fija en el capitán, y parecía creer lo que él decía.

—Y respecto a todas esas historias terribles que se me achacan —añadió Miguel al ver que ya no tenía oposición—, únicamente os diré que las inventó todas Sigfried, movido por el odio que siente hacia mí, con el propósito de que la gente me temiera y me delatara. Me odia como odia a todos los españoles. Me odia por ser hijo de un español que amaba a su esposa, mientras que él jamás ha logrado que su esposa española sienta más que asco hacia su figura repulsiva.

—¡Cuidado, capitán! —advirtió Inés, llevada por la rabia y olvidando que Miguel iba armado con su toledana—. Habláis de mi padre.

Entonces él sonrió, y con una voz envenenadamente dulce dijo en castellano:

—No, *milady*. Estoy hablando del esposo de vuestra madre, del hombre que la secuestró y la desposó. Pero vos sabéis tan bien como yo que vuestra madre es muy hermosa, y que no es estúpida. Y si tenéis dudas sobre lo que os digo, preguntaos entonces por qué razón Sigfried la desposó tan rápido, y por qué vos nacisteis tan pronto. Sois española, *milady*. Más de lo que lo soy yo.

Inés palideció. Aunque no lo hablaba con fluidez, entendía el castellano. Los oídos le zumbaban como si tuviera en ellos un cabo mal atado que vibrara con el viento. Victoria la miraba tratando de leer en su rostro lo que

Miguel le hubiera podido decir. El capitán aprovechó el silencio para añadir en inglés:

—Veo que no me he equivocado con vos y que habéis entendido. Ahora solo os queda preguntaros por qué lucháis y en qué creéis.

Inés sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero logró contenerse. Victoria se puso en pie y miró a Miguel. No encontró qué decir y caminó hacia su amiga. Le colocaba la mano sobre el brazo para manifestarle su apoyo cuando unos pasos secos y acompasados retumbaron al otro lado de la puerta, y el ruido de unos nudillos golpeando la madera tronó en la habitación.

—*Milady*, ¿os halláis ahí?

Miguel e Inés clavaron la vista en Victoria. Ella farfulló:

—Estoy aquí.

El hablar le dio fuerzas y logró recuperar sus dotes teatrales. Con voz falsamente ofendida preguntó:

—¿A qué tanto escándalo? ¿Es que una dama de palacio no puede practicar sus oraciones sin ser interrumpida un sinfín de veces?

El tono de voz era el acertado y la excusa no habría sido mala si no hubiera provenido de Victoria. Nadie que la conociera pensaría que podía estar rezando a esas horas, y menos aún que pudiera sentirse molesta porque la interrumpieran.

—*Milady*, tenemos órdenes de registrar el palacio. Debéis abrir la puerta.

Bastó una mirada entre las dos muchachas para que se entendieran. Inés asintió y se dirigió hasta Miguel. Tomándole de la mano lo condujo hacia el vestidor y le indicó la ventana por la que siempre huían.

—Si es así... —inventaba Victoria—, mas... no estoy vestida, y no deja de ser enojoso. ¿Puedo saber qué ocurre? —oyeron decir a la princesa mientras ambos saltaban al balcón del segundo piso.

Una vez allí, Inés se dispuso a bajar por las enredaderas.

—¡Esperad! ¿Adónde me dirigís? —preguntó Miguel en un susurro.

—Fuera de palacio —contestó la condesa con la vista clavada en los ojos del capitán.

—Debo regresar al interior. No puedo huir como un traidor.

Inés contuvo la lengua, pese a la tentación de decirle que eso era precisamente lo que él era.

—Esta puerta siempre está vigilada por un guardia —contestó en su lugar señalando la puerta que daba a la terraza—. Es más seguro huir por el jardín.

Miguel negó con la cabeza e Inés resopló.

—Como gustéis. A la guardia no le hará gracia descubrir que habéis estado correteando por los pasillos. Pero si queréis entrar... esta puerta del balcón suele estar abierta. No obstante, la vigila un guardia desde el otro lado. —Inés señaló una ventana de la misma planta a la que se podía llegar trepando por una enredadera—. Yo entraré por aquella ventana que da a una habitación que sale a este mismo pasillo y trataré de hacer ruido para atraerlo hacia allí. Vos deberéis entrar por aquí, por el balcón, mientras el guardia está distraído.

Miguel clavó la vista en la condesa, analizándola.

—¿No me venderéis ahora que lady Dudley no os acompaña?

Inés le devolvió una mirada limpia.

—No sé si seré española o no, pero no soy una traidora. Confiar o no en mí es asunto que solo a vos concierne —respondió, y volvió la espalda para dirigirse a las enredaderas.

Miguel la detuvo asiéndola de un hombro.

—*Milady...*

Ella se giró para mirarlo.

—Os lo agradezco.

—Transmitiré vuestros agradecimientos a lady Dudley —replicó secamente—. Si por mi fuera, ha tiempo que estaríais en manos de la guardia.

Y sin decir más corrió hasta las enredaderas y trepó por ellas. La ventana, en efecto, se abrió cuando ella la empujó, y la silueta negra de la condesa envuelta en su capa desapareció por ella. A continuación se oyeron ruidos en el interior, pasos del guardia. Miguel entreabrió la puerta y se escurrió dentro. La guardia de palacio solo encontró al capitán cuando él mismo apareció en la entrada del recibidor, con la espada toledana al cinto y gesto de que nada hubiera ocurrido.

—Encontré mi espada —le dijo a uno de los hombres—. Debéis mejorar vuestra vigilancia. Hay ladronzuelas en palacio.

Y con esas tres frases por toda explicación, exigió que se llamara a un carruaje que lo llevara hasta el puerto, y la guardia, sorprendida y apocada por la seguridad del capitán, solo se atrevió a obedecer.

Cuando la guardia de palacio comprobó que lady Dudley se hallaba sola, entraron sus doncellas en la habitación. La guardia no había realizado un trabajo muy exhaustivo. Victoria había visto en el suelo restos de barro que era obvio que ella no había dejado allí y que habían pasado desapercibidos a los hombres de la reina. Pero no pasaron desapercibidos a su aya. Era esta una mujer de pelo encanecido y ojos rodeados de multitud de mínimas arrugas. Tenía una mirada bondadosa, pero podía ser implacable y, a menudo, el recuerdo de esa mirada era lo único que prevenía que la joven hiciera alguna travesura, pues sus doncellas no podían regañarla, ni mucho menos imponerle algún castigo. La mujer había sido la nodriza de Victoria y era a quien a la joven le resultaba más difícil mentir, pues la conocía mejor incluso que Inés. Y aunque Victoria no podía evitar quererla, en momentos como aquellos en que la mirada de su aya descubría algo sospechoso y se clavaba en ella estudiándola, la odiaba; la odiaba porque la temía, porque el aya era una de las pocas mujeres de palacio a la que la reina Isabel escuchaba sin reservas.

El aya traía el vestido que llevaría la princesa, un vestido azul pálido, a juego con sus ojos claros y recamado con brocados de oro blanco.

—Su Majestad quiere veros —le dijo con los ojos fijos en los de la joven. Y aunque aquello fue todo, «Su Majestad quiere veros», su mirada decía más: preguntaba si había sido lady Braukings quien había estado en la habitación, como sabía que ocurría a menudo, o si se trataba de una compañía mucho más comprometida; preguntaba si el honor de su niña seguía intacto. No obstante, esta vez la mirada del aya se topó con un muro infranqueable como solo lo eran aquellos que la joven construía sin querer. Y era que Victoria se acababa de olvidar de Inés y de Miguel, de que había tenido un pirata en su habitación y de que el aya estaba cerca de conocer parte de todo eso. Victoria solo sintió que el pecho se le inundaba de alegría, y el orgullo le hizo estirarse y alzar la barbilla, y sus ojos tan azules como el vestido que le traían rebosaron felicidad. La reina quería verla, y cuando eso ocurría, nada, nada importaba a su alrededor.

Inés, cumpliendo lo prometido a Greg, había logrado escapar sin ser descubierta y llegar hasta su casa. Sin querer pensar, sin entender por qué se había despedazado así, tan repentinamente, su mundo, se secó las lágrimas

que le enturbiaban la vista y espío con atención su calle antes de doblar la esquina. Tuvo el tiempo justo de ocultarse al ver el coche que se había detenido frente a su casa y a Robert descender de él. Robert llevaba el jubón rojo de los hombres de su padre, y su cabello oscuro impecablemente peinado hacia atrás contribuía a darle un aire distinguido pese a que el joven apenas había cumplido veinte años.

Inés esperó. Una vez, Robert la había descubierto regresando a casa, y aunque ella le rogó que no le dijera nada a su padre, él contestó con su frialdad habitual que no estaba bien que una dama recorriera sola y en secreto las turbulentas calles de Londres, y que lo mejor que podía hacer por ella era comunicarle esta circunstancia a su padre para que le impusiera un correctivo adecuado.

—Lo hago por tu bien, Inés. Tienes ya edad para aprender a comportarte como la condesa que serás algún día.

Así era Robert. Inés no sabía cuándo había empezado a tratarla de tú, pero, con confianzas o sin ellas, el castigo llegó, y la joven no tenía intención de que se repitiera.

Robert pagó al cochero y llamó. La puerta se abrió y apareció la sirvienta nueva, aquella que no llevaba en la casa más de dos meses. Algunas palabras, probablemente una invitación a entrar, y la puerta que se cerraba detrás de Robert. Inés se aseguró de que la calle quedaba desierta y se apresuró a trepar por el castaño. Entró en su dormitorio por la ventana en el preciso instante en que una criada llamaba a la puerta y le decía que la esperaban en el comedor.

—Bajaré enseguida —contestó.

Se arrancó, más que quitarse, la capa negra y los restos del vestido; abrió un arcón y buscó otro vestido que ponerse, alguno que no requiriera la ayuda de nadie para atárselo, que no requiriera que la cincharan entre dos doncellas para ajustarle el talle. Aunque el verdugado y hasta el corsé estaban manchados de barro, no se los cambió. El elegido fue un sencillo vestido de Holanda verde. Se cambió el calzado y se apresuró escaleras abajo.

Robert charlaba con su madre en el comedor. Le dirigió una cortés mirada de indiferencia e inclinó la cabeza en un saludo. Inés hizo lo propio. Su madre la miró y frunció el ceño.

—Creí que llevarías el vestido que te acaban de hacer —dijo forzando el acento inglés para que pareciera extranjero.

—Me queda demasiado corto, madre. Me he visto obligada a cambiarme.

El gesto de su madre mostraba claramente que la respuesta no le satisfacía, y probablemente habrían continuado los reproches si no hubiera llegado entonces su padre a casa.

Sigfried cruzó el vestíbulo a sonoras zancadas al tiempo que se quitaba los guantes, casi arrancándoselos de los dedos rollizos. Venía ceñudo. Era evidente que el registro de *El Miguel* no había dado los resultados esperados. Bufó a su esposa algo parecido a un saludo y se acercó a Robert sin siquiera mirar a Inés.

—¿No se ha hallado nada? —preguntó el joven con una ceja ligeramente levantada en un gesto de interés, aunque más que una pregunta se trataba de una afirmación.

—¡Ese hideputa embustero! —estrelló los guantes contra la mesa—. Di a do crees que fue mientras registrábamos su maldita carraca.

—A ver a la reina —contestó diligentemente Robert—. Lo mandé seguir.

—¡A ver a la reina! ¿Cómo voy a limpiar los mares de esa escoria si él se refugia en palacio como lo haría una abeja en su panal?

Inés palideció, pero nadie la observaba. Sigfried apartó una silla y se sentó, dando ocasión para que los demás hicieran lo mismo.

—¡La comida! Debería estar ya en la mesa. Tengo hambre.

Durante la comida, Inés no prestó atención a la conversación. Tampoco le interesaba demasiado lo que se decía del robo de un fastuoso rubí. Pero a cada instante miraba al conde, lo miraba de un modo distinto, como si lo viera por primera vez. Estudiaba sus facciones buscando algún parecido con las suyas, por pequeño que fuera. Y aunque no quería creer lo que el español había dicho, le resultaba imposible refutarlo. Ella no tenía hermanos. ¿Sería el conde estéril? No podía ser cierto. No podía no ser su padre. ¿Qué sentido tendría entonces su vida? ¿Para qué esforzarse tanto por que Sigfried estuviera orgulloso de ella? ¿Para qué esforzarse en ser la virtuosa condesa de Frieson? Su madre no había sido virtuosa. Las palabras de Miguel le zumbaban en la cabeza.

—Inés, ¿no comes? —la regañó su madre.

La muchacha alzó la vista hacia la mujer. Era tan hermosa..., en verdad lo era. Y siempre parecía tan triste. ¿Amaría aún a su verdadero padre? A Inés le temblaba el labio inferior.

—Sí, perdonadme, madre.

Asió la cuchara, pero se le escurrió de los dedos y cayó en el plato. Robert y Sigfried la miraron un instante y prosiguieron su conversación.

—¡Inés! ¡Estás pálida! —exclamó su madre preocupada—. ¿Estás indispuesta?

—Sí, madre. Algo... —le faltaba el aire—, algo mareada.

—Tal vez deberías subir a tu habitación.

—Sí, madre —respondió, y apartó la silla y se puso en pie.

Su padre y Robert volvieron a mirarla. Ella miró a su padre, su rostro de bulldog iracundo, aquellos ojos que la miraban sin verla..., y las piernas le flojearon hasta el punto de que volvió a caer sobre la silla.

Su madre dio unas palmadas para que las sirvientas acudieran a ayudarla.

—Subidla a su dormitorio.

Robert se adelantó. Se puso en pie, y pidiendo permiso al almirante y disculpas a la madre de Inés, cogió a la muchacha en brazos y la subió al piso de arriba. Inés no se resistió. Sabía que en su dormitorio estarían la capa y el vestido roto y cubierto de barro. Pero solo confió en que Robert no se fijara. Y tuvo suerte. El oficial la colocó sobre el lecho y dejó paso a una doncella para que le aflojara el corsé. En cuanto él salió del dormitorio, Inés agarró a la doncella por la pechera del delantal, la atrajo hacia sí y señalando con las cejas los restos de su vestido blanco le ordenó que se deshiciera de ellos sin decir nada a nadie si no quería verse en la calle. Y tras este último esfuerzo, Inés se desmayó.

Victoria, seguida por su aya y tres doncellas más, cruzó la rosaleda hasta llegar al banco en que la reina la esperaba sentada. Estaba acompañada del tesorero y leía con atención unos papeles que este le había tendido. Las doncellas mimaban los rosales y contaban los brotes y capullos que estaban echando. Pronto se abrirían. Al oír llegar a Victoria, Isabel le devolvió los papeles al hombre y le hizo un gesto para que se marchara. La mirada de la reina se posó entonces en Victoria, y la joven sintió que le temblaban las piernas y trató de caminar del modo más majestuoso posible. Le habían recogido el pelo en un moño sencillo y juvenil, aplicado polvos de arroz en la cara y perfumado con agua de rosas. Sus ojos azules eran del color exacto del vestido de seda. Estaba perfecta. Victoria sabía que estaba preciosa. Pero

desconocía si sería lo suficiente para ella. En los ojos de la reina no se leía aprobación ni desaprobación. En ellos no había rastro de orgullo materno.

—Dejadnos solas —ordenó la reina a las doncellas.

Lo dijo sin alzar la voz, consciente de que jamás le haría falta. Victoria esperó de pie, con la excitación creciéndole por instantes, hasta que las mujeres se hubieron ido y la reina se levantó.

—Victoria —el tono de voz le bastó a la princesa para que toda su ilusión se trocara de pronto en unas ganas terribles de echarse a llorar—. Lady Marjorie me ha puesto al corriente de tu conducta.

La joven palideció tanto que los polvos de arroz se volvieron del todo innecesarios.

—¿Acaso crees que por ser mi hija puedes hacer perder el tiempo a la gente de ese modo? Es cierto que tus doncellas están para servirte y ayudarte, pero algún día serás reina, y debes comenzar a entender lo valioso que es el trabajo de quienes te sirven y que no pueden malgastarse sus cualidades satisfaciendo estúpidos caprichos.

Los ojos se le humedecieron a Victoria, pero sabía que no podía llorar, no podía hacerlo.

—No eres una niña, Victoria. Estás en edad de casarte, y algún día me sucederás en mi reinado. ¿También entonces piensas encerrarte en tus aposentos negándote a ver a nadie?

La reina negaba con la cabeza, con mirada apesadumbrada.

—Debes aprender a comportarte, Victoria. No desconozco que estás impaciente por salir al mundo, y muy pronto llegará el día en que te presente a quien crea que deba ser el futuro rey de Inglaterra para que te despose. Pero no puedo hacerlo mientras te comportes como una cría.

Con gesto de estar profundamente cansada, Isabel se sentó en el banco de piedra, frente a las rosas.

—No puedo presentarte como mi hija, o como la hija de Robert —suspiró—. Sabes que no. Pero te puedo hacer reina a través del matrimonio. Reina de Inglaterra, Victoria.

Victoria seguía luchando contra las lágrimas. La Corona de Inglaterra no le importaba nada en aquel instante. Su madre la había llamado solo para regañarla.

—Y no obstante... —prosiguió la reina, y suspiró, clavando su mirada majestuosa en su hija—... no puedo evitar preguntarme si estás preparada

para ser reina, si acaso no sería más apropiado casarte con un conde o un duque.

La reina se puso en pie de nuevo y se acercó a uno de los rosales. Acarició uno de los capullos incipientes y musitó en un tono que su hija no pudo oír:

—Acaso... serías más feliz si te casara con algún joven que te ame y al que puedas amar tú...

Después volvió a girarse hacia Victoria. Al hacerlo, sus ojos volvían a ser severos, y la miraron interrogantes.

—¿Estás preparada realmente para ser la reina de Inglaterra? —le preguntó de nuevo en voz alta.

Y aunque Victoria tenía la respuesta punzándole la lengua, no contestó. En su lugar bajó la vista hasta el empedrado del jardín, esforzándose por no romper a llorar.

—Tan solo deseo que seas feliz —añadía su madre con frialdad—. Que seas feliz y el bien de Inglaterra.

«Para ello, bastaría que me abrazarais, madre. Abrazadme, os lo ruego. Y seré feliz». Pero no llegó a pronunciar tales palabras.

—Piensa en lo que te he dicho. ¿Estarías capacitada para casarte con el futuro rey de Inglaterra y asistirle en su reinado en cuanto esté en tu mano? ¿O haría mejor en casarte con otro hombre que no vaya a exigir tanto de ti? Yo también recapacitaré sobre ello. Y estaré pendiente de tu conducta, Victoria.

Victoria inclinó la cabeza, consciente de que aquello era una despedida y de que no habría abrazo, ni caricia, ni tan siquiera un roce en el hombro o en la mano por parte de su madre. Y comenzó a retroceder por el paseo de rosales.

—¡Y, Victoria! Incluso si no te crees capaz de ser reina de Inglaterra, no quiero volver a oír que no te has vestido hasta mediodía.

La muchacha tuvo que volver la cara, porque no había logrado contenerse más. Y cuando llegó a su cámara, acompañada por sus doncellas, les rogó a todas educadamente que abandonaran su alcoba y rompió a llorar. Entonces, entre gruesos lagrimones, se dirigió al vestidor, abrió un baúl y comenzó a doblar vestidos e introducirlos en él. Nunca había hecho el equipaje, pero era un juego nuevo. Y si no hubiera sido por el dolor que sentía, si no hubiera sido por las esquirlas de su corazón roto que se le

clavaban en el pecho, habría disfrutado imaginando que era la esclava de un gran señor que, en el fondo de su corazón, la amaba hasta la locura.

Inés despertó cuando el sol lanzaba reflejos anaranjados sobre el Támesis. Junto a la ventana, sentada en una silla, una vieja criada la velaba mientras bordaba. Inés respiró hondo y la sirvienta, al notar que estaba despierta, le dedicó una sonrisa y le preguntó cómo se encontraba. Inés asintió con la cabeza, se incorporó, y le dijo que quería ver a su madre. La criada se levantó con la parsimonia que da el reuma y abandonó la habitación. A los pocos minutos, la condesa apareció en la puerta con gesto de curiosidad. Tenía las pestañas tan negras y apretadas que parecía que llevaba los ojos siempre pintados con kohl. ¡Era tan hermosa...!

—¿Me has llamado, hija?

Inés asintió, sentándose en la cama. Dudó unos instantes sobre el modo en el que plantearle la pregunta, pero la sutileza jamás se le había dado bien, y estaban las dos solas.

—¿Podrías cerrar la puerta?

Su madre frunció el ceño extrañada, pero obedeció.

—Madre —dijo entonces Inés—, ¿quién es mi padre, mi padre de verdad?

La pregunta sorprendió a la condesa, que no fue capaz de articular palabra. Sus pupilas se dilataron, y miró a su hija con espanto.

—No se lo diré a nadie —se apresuró a explicar Inés—, pero necesito saberlo. Necesito saber la verdad.

Su madre la observaba incrédula, en silencio, sin saber cómo reaccionar. Negó con la cabeza de forma instintiva, como un niño al que sorprenden en una travesura. Abrió la boca un par de veces sin articular palabra y, poco a poco, la sorpresa se fue tornando en enfado.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —respondió ofendida—. ¡Bien sabes quién es tu padre! ¡Me insulta que insinúes otra cosa!

—¡Madre, por favor! —rogó Inés—. ¡Necesito saberlo!

—¿De dónde te has sacado semejante patraña? —respondió su madre acercándose a ella con el ceño fruncido.

Inés dudó, pero sabía que no podía decir nada de lo ocurrido por la mañana. Su madre se percató de su vacilación y dio otro paso hacia su hija en un gesto que resultó amenazador.

—¿De dónde te has sacado eso? —repitió la condesa.

—¡Sé que el tío John os tomó prisionera! —exclamó entonces Inés—. ¡Sé que os casasteis con padre por obligación! ¡Y desde vuestro matrimonio a mi nacimiento no pasaron ni siete meses! ¡No... no me creo ya el cuento de que fui prematura! ¡No veo en mí nada de Sigfried y no tengo más hermanos! ¿Quién es mi padre?

Su madre la miraba horrorizada.

—¡Eres una insolente! —dijo, y le dio una bofetada.

Inés se llevó la mano a la mejilla negando con la cabeza. Después miró a su madre con sus ojos oscuros echando chispas.

—¡No! —gritó—. ¡Solo quiero comprenderte!

—¿Comprenderme? —repitió su madre furiosa—. ¡Tú no sabes nada de mí, nada de la vida! ¡No te atrevas a juzgarme!

—¿Juzgarte? —preguntó Inés sin entender.

—¡Oh! —exclamó la mujer, y escondió el rostro entre las manos—. ¡Por eso no quiero verte nunca! ¡Cada vez que te miro me recuerdas a lo que he renunciado! ¡A lo que he hecho por ti!

Inés sintió la rabia abrirse paso en su interior.

—¿Has dicho que no quieres verme nunca? —preguntó en un hilo de voz.

Pero su madre no la escuchaba. Continuaba su soliloquio alzando las manos y señalando a la habitación.

—¿Y no me pregunta quién es su padre? ¡Niña desagradecida! Después de todo..., después de todo... ahora me pregunta quién es su padre.

Inés tampoco escuchaba más. Una única idea daba vueltas en su cabeza.

—No... —balbuceaba Inés— ¿no quieres verme?

Sentía que las palabras de su madre le desgarraban el pecho. Ella sabía que su madre no le prestaba demasiada atención, pero ¿no quería verla?

—¡Te crees que lo sabes todo y no entiendes nada! ¡Nada! —continuaba diciendo su madre haciendo aspavientos con las manos—. ¡Deberías estar agradecida por la vida que tienes! ¡Por lo que he hecho por ti! ¡Tendrías que dar las gracias por esta casa, y tus sirvientas, y tus vestidos...! Pero ¡no! Eso no te sirve. ¡Te crees que lo sabes todo y te crees capaz de juzgar a las demás! ¡Eres una insolente!

—¿De verdad no quieres verme? —repetía Inés.

—Todo esto —proseguía la condesa, señalando las paredes de la habitación con ambas manos— para que tengas un nombre, una auténtica

vida... Todo lo que he pasado y paso cada día... En silencio. Para que seas feliz... ¡No entiendes nada de la vida! ¡Nada! ¡Nada!

—¡Pues explícamelo! —estalló Inés poniéndose en pie, tan furiosa como su madre.

Pero antes de que la condesa pudiera replicar nada más la puerta se abrió de golpe y Sigfried apareció en el umbral.

—¿Qué es todo esto? —bramó el conde—. ¿Qué son estos gritos en mi casa? ¿Habéis perdido la cordura?

Y, volviéndose hacia su esposa, añadió:

—¿Vas a consentirle a tu hija que te hable así?

La mujer estaba acalorada y tenía los ojos húmedos. Se apresuró a secarse una lágrima que no había llegado a desbordarse y, sacudiendo la cabeza muy digna, respondió:

—No, Sigfried. Ahora mismo me disponía a castigarla. ¡La regla, Inés! —ordenó.

Inés la observaba entre sorprendida y airada. ¿La regla? ¿Esa era la respuesta de su madre a su pregunta? ¿Realmente iba a responderle así? Sigfried observaba a las dos mujeres furioso. Entonces Inés, en silencio y comprimiendo la mandíbula, se dirigió a su escritorio y tomó la regla de madera. Se volvió a su madre, se la tendió y estiró la otra mano hacia ella, con la palma hacia abajo, presentándole el dorso.

Su madre tomó la regla con fuerza, miró el dorso de la mano de su hija y, a continuación, le descargó un golpe seco y enérgico. Inés sintió que se le saltaban las lágrimas, pero apretó de nuevo los dientes sin decir nada. Su madre le descargó otro golpe en la mano, y otro más, sin mirarla, con la vista perdida en aquel miembro que se iba enrojeciendo. Después, aún sin alzar la vista, sin atreverse a mirarla a los ojos, la condesa dijo en un tono neutro:

—Estás castigada hasta que decida lo contrario. No bajarás a cenar.

Inés seguía con la mandíbula contraída, sintiendo cómo el corazón le latía acelerado en el pecho y los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia, impotencia y dolor. La habitación le daba vueltas. La mano le dolía, pero no era nada comparado con el dolor que sentía en su pecho. Su madre no quería verla. No quería verla.

Los condes salieron de la habitación y cerraron la puerta detrás de ellos, dejando a Inés sumida en su vértigo. La habitación quedó en penumbra. El sol proseguía en su caída hacia el horizonte. En la escasa luz de la tarde, Inés miró a su alrededor, con los oídos zumbándole. Su cuarto no le parecía su

cuarto. Todo allí le parecía ajeno. ¿Qué era lo que le tenía que agradecer a su madre? ¿Desagradecida ella, cuando su madre había confesado que nunca quería verla? Se llevó el puño a la boca y respiró hondo para contener las lágrimas. Se dirigió al ropero, encontró la capa negra que había usado por la mañana, se la echó sobre los hombros y abrió la ventana. El aire le sentó bien y le hizo recordar lo ocurrido aquella mañana: el encuentro con Miguel Saavedra y sus palabras. Sacó una pierna fuera de la ventana, pero el recuerdo de aquella mañana también pasó por lo ocurrido con el vestido nuevo. De modo que volvió a meter la pierna y se volvió hacia el arcón de los vestidos. Buscó en el fondo el vestido negro que había usado cuando llevó el luto por su abuela. No iba a darle a nadie más razones para que la castigaran con la regla. Si ese vestido se estropeaba, nadie lo echaría en falta. Se quitó el vestido verde, se vistió el negro, y así ataviada, con la capa por encima de los hombros y la capucha cubriéndole parte de la cara, huyó por la ventana camino al King John's Barn.

Para sorpresa de Inés, Victoria la esperaba en el jardín sentada sobre un baúl, con los faldones de su vestido azul claro colgando lacios a ambos lados y la mirada de igual color perdida en algún lugar del cielo. Llevaba sobre los hombros un hermoso manto de martas rubias, que arrastraba también sobre el suelo de guijarros. Algún pájaro cantaba despidiendo el día, y el jardín, en aquella luz irreal, tenía un aspecto mágico. En aquel instante, a la condesa le pareció que su amiga tenía un mayor aire de princesa del que había tenido nunca. Pero no entendía qué hacía allí aquel baúl.

Caminó hacia ella con el ceño fruncido en un gesto de interrogación, pero Victoria la vio antes de que pudiera decirle nada, se le iluminó el rostro un instante y, volviendo a serenarse, se adelantó en preguntar:

—¿Cómo te sientes? ¿Qué fue lo que te dijo Saavedra?

Inés se encogió de hombros y torció la boca en una mueca.

—Que Sigfried no es mi padre —contestó, y empleó un tono de voz tan neutro que bien podía haber estado contando que se había quemado un poco los labios con el té de la tarde.

—¿Estás segura de que eso fue lo que dijo? Hace tiempo que no oías el español.

—Seis años; desde que echaron de mi casa a la buena de Carmen por hablarme de España y del pueblo de mi madre, y decir que los ingleses son

todos unos piratas —sonrió con nostalgia recordando a su aya—. Pero he seguido leyendo en español, Victoria, y aunque no podría discutir en esa lengua los misterios de la Santísima Trinidad, la entiendo. Entendí cada una de las malditas palabras que Saavedra pronunció —añadió con amargura.

Victoria trató de pensar algo que decir, algo que pudiera consolar a su amiga, pero no se le ocurrió nada. E Inés había dado por zanjado el asunto. Señaló el baúl con la barbilla y le preguntó qué hacía allí. La princesa clavó sus ojos azules en los oscuros de ella y respondió con una seriedad casi teatral:

—Vamos a huir. Lo tengo todo dispuesto. Escaparemos por el túnel y huiremos de Londres en *El Miguel*. Ha llegado el momento de dejar de leer aventuras y vivirlas nosotras.

Por alguna razón que no acertaba a entender, a Inés no le sorprendió del todo la respuesta de su amiga. No obstante, exclamó:

—¡No sabes lo que estás diciendo! ¿Acaso conoces lo que hay ahí fuera —preguntó señalando al otro lado del muro—, los peligros, las penurias...? Ahí fuera está..., está el infierno.

Victoria meneó la cabeza.

—No, no sé lo que hay ahí fuera. Mas tú sí que lo sabes.

Inés suspiró. Aquel día estaba resultando verdaderamente complicado. Necesitaba pensar y encontrar de nuevo algún tipo de equilibrio o explicación que diera sentido a su vida. No se encontraba con ánimos de explicarle a Victoria cómo funcionaba el mundo cuando ella misma había dejado de entenderlo.

—Victoria, si lo que quieres es ver cómo es la vida, mañana al punto de la mañana me tendrás aquí de nuevo y huiremos por el túnel como dices y pasearemos por Londres y, con suerte, antes del anochecer, regresaremos a palacio. Nos castigarán, severamente, pero al menos no nos encontrarán muertas en una acequia.

La princesa la miró sin entender.

—¿Regresar a palacio? ¿Al encierro de mi habitación? ¿A las estúpidas lecciones y las doncellas y mi aya y la terrible monotonía de los días? ¡No quiero regresar! ¡Quiero huir de Londres para siempre!

Inés volvió a suspirar. Iba a ser más complicado de lo que había pensado.

—¿Para siempre...? ¿Y tu vida? ¿E Inglaterra? ¿Y tu madre?

La princesa bajó la vista y meneó la cabeza con los ojos anegados de nuevo por las lágrimas.

—A mi madre no le importo, Inés. Para ella solo soy un bien más que utilizar como moneda de cambio en un acuerdo. El día en que ella sepa quién ha de ser su sucesor, le dará mi mano y resolverá por fin el problema que yo le supongo. Y entonces dejaré de ser la hija bastarda de la reina de Inglaterra para ser la esposa del rey de Inglaterra. Y volveré a estar presa en palacio con distinto carcelero. Y eso si me considera digna del futuro rey, porque hasta ahora no se muestra demasiado orgullosa de mis logros. Si no consigo impresionarla, me casará con otro cualquiera que le convenga y que, igualmente, me tendrá presa. Nunca seré nada por mí misma. Siempre viviré la vida que los demás quieran que viva.

Inés le puso la mano sobre el hombro con cariño.

—Ser la reina consorte se me antoja más de lo que nadie se atreve a soñar, Victoria. Tus consejos y tu apoyo determinarán el rumbo que tome Inglaterra.

—¿Mis consejos? —repitió Victoria escéptica—. Mi madre jamás me ha pedido consejo. Ni siquiera ha preguntado nunca mi opinión sobre nada. Todo el mundo decide por mí. Mi voluntad... no existe. Y cuando sea la esposa del rey, tampoco existirá. Habré de vivir para satisfacerle.

Inés no entendía.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—¡Quiero ser libre! —exclamó la princesa—. Quiero poder elegir mi destino, elegir adónde ir, con quién, a quién amar... Escoger mis amistades, decidir por mí misma...

Inés sonrió con condescendencia.

—Lo que quieres es ser un hombre. Y eso no es posible, Victoria. Ninguna mujer tiene lo que tú quieres.

—¡Mi madre lo tiene! —exclamó la princesa con las lágrimas recorriéndole las mejillas.

Sí, aquello era cierto. La madre de Victoria era la mujer más poderosa del viejo mundo, y acaso la única que no tenía ni un padre ni un esposo al que sujetarse, sino una nación sometida a su mandato.

—¿Y crees que huyendo de aquí estarás más cerca de lograr eso? Porque no conozco ningún lugar en el que una mujer pueda hacer su voluntad. Vayamos adonde vayamos..., eso seguirá igual. Es más, si huimos nosotras

dos solas... no tendremos nunca nada... No podremos comprar tierras, ni una casa...

Victoria se secó la nariz en el dorso de la mano.

—Ya he pensado en eso, Inés. Por eso debemos huir con el capitán Saavedra. Huiremos a España. Él conocerá gente que pueda ayudarnos, caballeros dispuestos a ayudarnos, a tutelarnos para aquello que no podamos hacer solas.

—¡Definitivamente, has perdido el seso! —estalló la condesa—. ¿El capitán Saavedra? Victoria, sabes que es un pirata. ¡Nos lo ha confesado!

—Solo para vengar la muerte de su padre, Inés —matizó Victoria—. Y es un caballero.

—¿De verdad te has creído una sola de sus palabras?

—¿Y por qué no? Tú te has creído lo de que no eres hija de Braukings. Inés resopló.

—Victoria, piensa lo que dices. Nuestra vida está aquí. Mi vida está aquí.

—¿Aquí? —repitió Victoria.

Inés asintió.

—¿En Londres? —preguntó la princesa.

Inés asintió de nuevo.

—¿Con Robert Walcott? —insistió Victoria.

La condesa asintió por tercera vez.

—¡Si ni siquiera te mira! —exclamó Victoria con desdén—. ¿No te has parado nunca a pensar que si te corteja lo hace por agradar a tu padre? Solo le importa él, no tú. Inés, él no te ama, no te respeta, ¡ni siquiera te conoce! Y si crees que por casarte con él las cosas serán distintas...

—Robert es un buen hombre. Y muy apuesto —respondió la condesa.

—Que se gusta él más de lo que le gustas tú —matizó Victoria—. Y que el día de mañana, cuando te despose, se rodeará de queridas para que lo admiren y admiren su impecable carrera y su impecable peinado y su vida impecable, mientras a ti te deja recluida en su casa como lo estoy yo en este palacio.

Inés miró a Victoria con dureza, y cuando le contestó, lo hizo escupiendo las palabras:

—Puede que la vida que me espera no sea perfecta, pero es real. ¡Real! ¡No como tus cuentos!

Las palabras se le clavaron a la joven princesa con toda su crueldad y esta tardó unos instantes en contestar con tristeza:

—Es cierto —concedió—, he leído los cuentos y novelas que leen a escondidas mis doncellas. Y quiero vivir aventuras, y encontrar un hombre que me ame por quien soy y que esté dispuesto a dar su vida por mí. Porque... porque si encontrara un hombre así, que me amara de verdad..., entonces no perdería mi libertad, por cuanto él..., él querría que yo fuera feliz, y yo no sería su esclava, sino su señora..., y nunca estaría presa, sino que lo estaríamos el uno del otro...

Inés la miró con escepticismo ante aquella montaña de tópicos.

—Quiero enamorarme, Inés. ¿No quieres lo mismo? —preguntó la princesa, los ojos brillando de esperanza.

El sol acababa de desaparecer tras el muro del jardín del King John's Barn.

—Crece, Victoria —respondió Inés con amargura—. Cuando una mujer quiere vivir un amor apasionado se busca un amante.

Esta vez fue la princesa la que estalló.

—¡Un amante! ¡Claro! ¿Y acabar como mi abuela, o como Katherine Howard, con la cabeza rodando por el suelo, acusadas de adulterio? ¿Puedes explicarme cómo la reina consorte puede tener un amante? ¡Si con solo mirar a mi músico podemos terminar los dos en el cadalso, Inés! El rey puede torturar a mis amigos, a todo ser al que yo ame. Mis doncellas me traicionarán tratando de ganarse las atenciones de mi esposo. ¿Quién es la ilusa ahora? Si me quedo aquí, en palacio..., viviré sometida a la voluntad del rey, con miedo a desagradarle. Nunca podré ser feliz.

Inés pensó en la desgraciada historia de Ana Bolena, que había vivido para hacer feliz al rey Enrique VIII, y en que, cuando este se cansó de ella, la mandó decapitar por un supuesto adulterio que nadie se creía. Y entendió parte de los miedos de su amiga. Pero Inés sabía que el mundo de fuera era mucho más peligroso que el riesgo de morir decapitada por un esposo voluble. Al otro lado de aquel muro la gente moría a diario, sin razón. Y más las mujeres. Pero antes de poder explicarse, su amiga volvió a hablar.

—Inés —imploró Victoria en un hilo de voz—, solo será un cuento si no lo vivimos.

Los ojos de Victoria hablaban cuajados de esperanza. Todo en ella era ilusión. Y la condesa dudó. Pero Inés estaba demasiado furiosa por lo que había ocurrido aquella mañana, furiosa por lo que Victoria había dicho de

Robert Walcott, furiosa por las palabras de su madre y furiosa porque, en el fondo de su alma, algo le decía que su amiga tenía razón, que su vida realmente se perfilaba como el valle de lágrimas que decían las Escrituras. Inés estaba furiosa por todo lo que se había desatado en unas horas y porque ya no había marcha atrás. Y la furia aplacó su compasión.

—Este cuento habrás de vivirlo tú sola —contestó.

El jardín se quedó en silencio, salvo por el cantar del pajarillo. Había comenzado a refrescar. Pronto anochecería. Las dos muchachas permanecían inmóviles, con la vista fija en el suelo y, en aquel cuadro que formaban, se esfumó lo que quedaba de tarde.

—Si te vas a escapar, habrás de hacerlo ahora. Pronto cambiarán la guardia y sin Greg... no podrás salir —añadió la condesa, consciente de que acaso había sido demasiado dura con su amiga. Después de todo, ella misma había seguido a Saavedra al King John's Barn y había avisado a la princesa de que el pirata estaba en el palacio. Y, en el fondo, también ella había querido entrevistarlo. No podía culpar a Victoria de todo.

Victoria se enjugaba las lágrimas.

—En ese caso, será mejor que salgas ya, o el otro guardia no te dejará hacerlo —respondió Victoria levantándose y empujando el baúl de vuelta hacia el castillo.

—¿No vas a huir? —preguntó la condesa.

Victoria dejó de empujar. Solo había logrado mover el baúl un palmo. Se incorporó y miró a Inés con tristeza.

—Sabes bien que no voy a huir sin ti. No puedo hacer esto yo sola.

Y volvió a empujar el baúl inútilmente.

Inés la observó un instante. Podía entender a Victoria, podía entender que quisiera huir; ella misma había querido hacerlo al salir por la ventana de su cuarto. Era solo que...

—¿Es que no te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —le preguntó.

La princesa dejó el baúl de nuevo y se volvió otra vez hacia su amiga.

—Sí, Inés. Sé lo que te estoy pidiendo. Sé que te estoy pidiendo que lo dejes todo, y sé que estoy siendo egoísta y que acaso tú sí podrías ser feliz aquí. Pero... te necesito, Inés. No puedo hacer esto sin ti. Eres todo cuanto tengo. Y si me quedo aquí..., si me quedo aquí voy a morir cada día un poco.

Inés cerró los párpados con fuerza, conmovida, y pensó en su madre, lo único que la ataba a una casa en la que su padre no era su padre. Y esa madre le había dicho que no quería verla porque le recordaba a todo lo que había

renunciado y lo que había hecho por ella. ¿Qué había hecho por ella? ¿Convertirse en la esclava de un hombre al que no amaba? ¿Era por eso por lo que no la quería ver? ¿Era su madre infeliz?

Inés volvió a abrir los ojos y miró la luna volverse más nítida en el cielo. Observó cómo una nube la cubría y el viento caprichoso volvía a descubrirla. Y recordó cada palabra de Miguel Saavedra, pensó en los pasos del conde frente a su puerta, aquellos pasos que nunca se detenían para ver cómo estaba, y volvió a recordar a su madre y sus palabras de aquella tarde, y pensó en Robert, y en cómo la saludaba con una cortesía demasiado indiferente. Y luego pensó en Victoria, en sus juegos, en sus ojos azules, que hablaban por sí solos, en el día en que la conoció hacía poco más de un año y en cómo era cierto que vivía presa. Pensó en cuántos días seguidos habían pasado sin verse desde que se conocieran, en cómo cada semana había anhelado que avanzaran los días para volverse a encontrar y reír juntas. Pensó en todos los momentos en que había sido feliz últimamente, y todos habían sido con ella. La miró, y miró las lágrimas que se desbordaban de sus ojos azules. Y regresó a sus pensamientos de aquella mañana: «Si escribieras la historia de tu vida, ¿cómo la comenzarías?». Y una huida se le antojó un buen comienzo. Al menos, sería el comienzo de su vida, la suya, la de Inés Braukings o comoquiera que se apellidara su padre, el de verdad.

Caminó hasta Victoria y la miró. Le secó las lágrimas con la manga, y entonces le susurró:

—Se hace tarde, Victoria. Empujemos el baúl o *El Miguel* zarpará sin nosotras.

## CAPÍTULO II

A pesar de que el baúl no era demasiado grande y estaba pensado para ser transportado por una sola persona, las dos muchachas no encontraban el modo de introducirlo por la trampilla del pasadizo sin ayuda. Lo empujaron hasta la mitad, pero cuando comenzó a inclinarse hacia dentro, comprendieron que no tendrían fuerza para sostenerlo.

—¿Puede saberse cómo demonios lo has bajado hasta el jardín? —bufó Inés.

—Se lo rogué a un guardia.

Las dos jóvenes se miraron hasta que la morena susurró un «espera aquí» y desapareció por la trampilla. Corrió a oscuras por el pasadizo y llegó jadeando hasta la bodega en que la esperaba Greg con su gesto de buitre preocupado.

—¡Condesa! ¡Debéis apresuraros! ¡Pronto será el cambio de guardia!

—Estás en lo cierto, Greg. Debemos darnos prisa. ¡Sígueme! ¡Victoria y yo necesitamos de tu ayuda!

Y sin darle tiempo a reaccionar, Inés volvió a introducirse en el pasadizo.

—¡*Milady!* —oyó gritar al guardia—. ¡Tengo prohibido entrar en palacio!

Pero Inés lo ignoró. Caminó a oscuras hasta que una luz se acercó por detrás de ella, y pudo ver su sombra menguar en el suelo.

—¿En qué andáis metidas? —preguntó Greg.

Su rostro parecía tan preocupado que a la condesa se le asemejó más al de un buitre que nunca. Se limitó a chistar al guardia y a continuar su carrera hacia la salida.

Tampoco cuando aparecieron por la trampilla dieron tiempo las muchachas al guardia a reaccionar. Entre «aprisas» y «rápidos», le obligaron a bajar el baúl y a transportarlo por el pasadizo. El hombre corría como podía, asiendo el baúl ante él. Tuvo que detenerse dos veces para soltarlo y coger

aire, pero por fin desembocaron en la bodega secreta antes de que el otro guardia apareciera allí.

—¿Podrían acaso vuestas mercedes decirme de qué trata todo esto? — preguntó el hombre aún entre jadeos—. ¿Vuestas mercedes son conscientes de lo que ocurrirá si las descubren?

Victoria le apoyó la mano en el hombro, y con una sonrisa y su acostumbrada voz autoritaria, contestó:

—Mi buen Greg, Inés y yo nos disponemos a huir de palacio.

El hombre no pudo camuflar su gesto de horror. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar incapaz de articular palabra. De todos modos, Victoria no se lo habría permitido.

—No permaneceremos por más tiempo prisioneras. De modo que, en adelante, no serás importunado por nuestros ruegos. Estoy infinitamente agradecida por todo lo que has hecho y has padecido por nosotras.

—*Milady*... No puedo permitiros que... —comenzó a balbucear el guardia.

—No hay nada que pueda impedir que llevemos a cabo lo decidido. Te deseo toda la dicha posible, mi buen Greg. Hasta siempre.

Y Victoria le tendió la mano, que el oficial besó con pavor, sin haberse recuperado aún de la sorpresa. A continuación Greg clavó su mirada de ave en Inés suplicándole con ella que detuviera a Victoria, e Inés le devolvió una sonrisa nostálgica. El guardia adelantó la mano, para tomar la que le tendiera la condesa y besársela, pero la joven, en su lugar, le echó los brazos alrededor del cuello y lo abrazó.

—Hasta siempre —le susurró en un sollozo.

—Que Dios os guarde, mi niña.

Y las ayudó a sacar el baúl a la calle, dejándolo en un callejón oscuro en el instante en que los pasos del otro guardia resonaban por la calle principal.

Las dos muchachas esperaron con impaciencia a que la calle quedara desierta. Había anochecido y poco a poco las voces se apagaban. Cuando todo quedó en calma, Victoria sugirió que buscaran un coche que las llevara al puerto, pero Inés se negó rotundamente, alegando que lo más insensato que podían hacer dos jóvenes bien vestidas con un baúl era introducirse de noche en el carruaje de un desconocido y confiar en que este las llevara adonde ellas querían.

—Habremos de caminar llevando el baúl entre las dos. ¡Cúbrete con esto! —ordenó tendiéndole la capa negra. Y, por una vez, Victoria obedeció sin poner objeciones.

El trayecto al puerto se les hizo eterno. Debían detenerse para ocultarse cuando oían pasar a alguien y el baúl les resultaba tremendamente pesado. Además, el temor de que *El Miguel* hubiera zarpado les secaba la boca y alargaba los minutos. Cuando al fin llegaron al puerto, ambas suspiraron aliviadas al ver la preciosa carraca flotando mansa en las aguas del Támesis. Junto a ella había un pequeño bote al que descendía la silueta de un hombre. Cuando el hombre estuvo a bordo del bote, el remero comenzó a bogar hacia el malecón.

—Nos sonríe la suerte, Inés —susurró Victoria—. Ese bote que viene podrá llevarnos a bordo.

Inés asintió, pero antes de que su amiga pudiera ponerse al descubierto, la detuvo por el codo y le señaló a dos oficiales que, vestidos con el uniforme de los hombres de su padre, montaban guardia en el malecón.

—¡Diantre! —exclamó Victoria.

Pero de inmediato su rostro se iluminó.

—Espera aquí. Yo los entretendré y los alejaré del puerto —dijo quitándose la capa negra y dejando ver su hermoso manto de martas—. Ocúpate tú de detener al remero y lograr que cargue en su bote nuestro equipaje. No tardaré.

Inés alargó la mano para asir a Victoria de nuevo, pero fue demasiado tarde. La princesa se había escurrido otra vez hacia el interior de Londres por la calle por la que habían venido, dejando a Inés con el baúl y la capa negra en el suelo.

Pasaron un par de minutos. La joven condesa se había echado la capa negra por encima y se golpeaba impaciente los labios con los dedos. El remero estaba a punto de llegar al pantalán y no había rastro de Victoria. Los dos guardias charlaban al otro lado del espacio abierto que formaba el puerto. Inés tiró del baúl y trató de acercarlo al pantalán todo lo posible sin ponerse a la vista. La noche se había cerrado, y al amparo de los aparejos de pesca y las cajas que había en la plaza, pudo aproximarse a escasos pies del pantalán.

Finalmente apareció Victoria. La princesa entró corriendo en la plaza que formaba el puerto por el lado contrario al que estaba Inés y se dirigió a los dos guardias.

—¡Socorro! —gritaba mientras se acercaba—. ¡Ayudadme! ¡Mi padre se ha caído al agua!

Los dos guardias estaban hablando del hombre que venía en el bote, el banquero de Saavedra. Al ver a la joven, se acercaron a ella rápidos.

—¡Mi padre se ha caído al río! ¡Por allí! —Victoria señalaba en dirección contraria a Inés, río arriba.

Los dos guardias se miraron indecisos.

—¡Ayudadme! ¡Os lo ruego! ¡Es amigo de la reina y os recompensará! —tomó a cada uno de un brazo y tiró de ellos.

Los guardias, al principio, obedecieron remisos y se alejaron por el lado opuesto al que estaba Inés, pero, cuando estaban a punto de desaparecer de la plazoleta que formaba el malecón, uno de ellos se detuvo y le dijo al otro que la acompañara, porque él se quedaría vigilando *El Miguel* como les habían ordenado. El otro estuvo conforme, y le preguntó a Victoria por dónde.

—¡Corramos! ¡Es más arriba! —respondió la princesa tratando de no mostrar su contrariedad a que el otro no la siguiera también.

El guardia rompió a correr y Victoria dio dos zancadas, pero se detuvo, jadeando y doblada hacia adelante, con las manos puestas en los muslos, fingiéndose agotada.

—¡Seguid sin mí o no lo salvaremos! —imploró—. ¡Está a unas quinientas yardas! ¡En esta margen del río! ¡Salvadlo! ¡Os lo ruego!

El guardia reinició la carrera, y Victoria regresó donde estaba el otro guardia y comenzó a otear el agua.

El remero, por su parte, había llegado al pantalán y el banquero saltó afuera del bote. Se les acababa el tiempo. Victoria, nerviosa, siguió fingiendo que oteaba el agua y de pronto gritó:

—¡Está ahí! ¡Lo veis? ¡Lo lleva la corriente!

El guardia se acercó corriendo a su lado y trató de mirar entre las revueltas aguas del Támesis.

—¡Está ahí! ¡Ahí mismo! ¡Sabéis nadar? —preguntó Victoria.

—¿Cómo? —balbuceó el guardia sin entender.

—¡Que si sabéis nadar!

—Solo un poco —respondió el guardia, buscando con la mirada algo que pudiera parecer un hombre—. ¿Por qué...?

Victoria no le dio tiempo a terminar la pregunta. Dio un paso hacia atrás y, con todas sus fuerzas, empujó al guardia al tiempo que musitaba: «Mejor así».

El hombre, sorprendido, no tuvo tiempo de agarrarse a la princesa y cayó al río. El malecón tenía una altura de cinco pies desde el nivel del agua, pero la princesa no se detuvo a mirar si el guardia salía a flote. Ni siquiera esperó a oír el chapoteo. Cruzó la plaza corriendo a todo lo que daban sus piernas. Inés, que no había dejado de observarlos, arrastraba ya el baúl al pantalán. Llegaron casi a la vez. El remero ataba su bote mirando quién había caído al agua.

—¡Necesitamos que nos lleve a aquella carraca! ¡Es de vital importancia! —pidió Victoria quitándose una horquilla del pelo y mostrándosela al hombre—. ¡Le recompensaremos!

Pero el remero seguía mirando al agua sin prestar atención a la joya que la joven le ofrecía.

—¡No os preocupéis por él! ¡Sabe nadar! —espetó la princesa molesta por la falta de atención.

Por fin el barquero, un hombre mayor y con cara de pocos amigos, volvió la vista hacia la horquilla de oro y perlas.

—¿Nos remaréis a *El Miguel*? —preguntó Victoria.

El hombre cogió la horquilla y subió a ayudar a Inés con el baúl. Lo cargó en el interior de la barquilla y, antes de que pudiera decirles a las jóvenes que se montaran, las dos habían saltado adentro.

Soltó amarras y comenzó a remar de nuevo hacia el interior del Támesis, al tiempo que el guardia al que Victoria había empujado lograba subirse a un bote de los que estaban amarrados y se ponía en pie. Inés y Victoria se agacharon, e Inés echó la capa negra por encima de las dos, cubriéndolas por completo. Cuando el guardia dejó de buscar a la princesa en lo alto del malecón y se volvió a mirar al bote que remaba hacia *El Miguel*, ya solo pudo ver una barca con un hombre.

El viejo se ganó su recompensa. El bote se deslizó rápido y silencioso hasta la carraca del capitán español, demasiado lejos para que nadie apreciara la carga que llevaba. Victoria pidió al remero que las desembarcara por el lado opuesto del navío, aquel oculto a las luces del puerto, y le dio instrucciones para que, si al regresar a tierra le preguntaban por ese último viaje, contestara que el banquero había olvidado dejarle ciertos papeles al capitán del barco, y le había pagado para que se los llevara.

Varios marineros se habían asomado por la borda y esperaban que el bote tocara el casco. Lanzaron un cabo, y el remero lo amarró al bote.

—¿Quién va? —preguntó uno de ellos.

—Haced saber al capitán que lady Dudley y su acompañante española desean ser recibidas —contestó Victoria.

El rostro del marinero desapareció y las dos jóvenes aguardaron en el bote. No fueron más que unos instantes, pero el tiempo se les hizo eterno a las dos muchachas. Inés miraba el casco de *El Miguel*, con sus más de cien pies de eslora y su enorme altura dispuesta en varios pisos. Desde el minúsculo bote parecía un enorme monstruo marino. En el primer piso bajo cubierta, se veían las doce portas que, cuando estaban abiertas, daban salida a las bocas de los doce cañones. Ahora dormían, como Londres.

Por fin, otro marinero apareció sobre la baranda y dio la orden de que echaran una escala.

—El capitán os aguarda.

—Confío en vuestra discreción —le dijo la princesa al remero, entregándole una de sus horquillas incrustadas de perlas—. Ahora, esperad aquí a que el capitán nos reciba. Si nos permite quedarnos, izad el baúl. Vuestra labor habrá terminado, y recompensaré con igual pago vuestra espera y vuestro silencio.

El remero dio un gruñido de conformidad y las jóvenes comenzaron a subir por la escala, primero Victoria, Inés detrás. Y a medida que ascendían, ambas creían ascender al cielo. El corazón les latía con violencia y sentían cómo se les hinchaba el pecho. Victoria ascendía hacia la libertad tanto tiempo ansiada, e Inés hacia la realización de su sueño: hallarse a bordo de *El Miguel*, de su *Miguel*. Y las dos avanzaban juntas hacia el lugar más remoto, más ajeno a su vida de palacio, y más peligroso en el que jamás hubieran estado.

Inés y Victoria trataron de mantener la vista fija en el marinero que las guiaba, aun cuando sabían que el resto de la tripulación las miraba a ellas, estudiándolas, desnudándolas con la mirada lasciva de los hombres de mar que pasan largo tiempo alejados de sus familias. A pesar del intento, los ojos de Inés se escaparon un instante a aquellos hombres y la condesa se percató de que todos ellos vestían igual, con camisas blancas, coletos de cuero

oscuros, calzas marrones y botas de piel. «Mejor uniformados que los hombres de mi padre», pensó.

El que las guiaba, un hombre de mediana edad y mediana estatura, con una recortada barba pelirroja, se dirigió al castillo de popa. La puerta que daba paso estaba tallada con formas sobrias y elegantes, y el tirador parecía de plata. Tenía una vidriera sencilla, que servía para dejar pasar la luz más que como ornamento. El marinero abrió y las dos jóvenes lo siguieron por un pasillo que tenía dos puertas a cada lado. Al fondo, otra puerta también tallada las condujo al salón de oficiales donde las esperaba el capitán. El salón era amplio, pues ocupaba toda la popa del navío. Tenía una ventana a cada lado y dos a popa, todas jalonadas con cortinas granates ahora abiertas. Por la de la derecha se veía el malecón que acababan de abandonar. Por la de la izquierda, la otra orilla del Támesis. Junto a esta ventana había dos sillones acomodados alrededor de una mesa baja, y una estufa de hierro. A la derecha de las muchachas, a babor, había una mesa ovalada, rodeada por seis sillas de madera talladas con volutas y tapizadas también en granate. Sobre la mesa había un candelabro de oro, con cuatro brazos largos y retorcidos. La pared de la puerta, que quedaba ahora a sus espaldas, estaba casi por entero recubierta de estanterías repletas de libros.

Miguel estaba de pie. Llevaba la misma camisa blanca que por la mañana, pero ligeramente abierta, y no lucía su jubón de cuero, ni el tahalí con su espada, que colgaba del respaldo de la silla más alejada de las jóvenes. Estudiaba con atención a las dos muchachas, sin sonreír, sin el menor indicio de alegría en su mirada miel. Las saludó con una indiferencia cortés y las invitó a sentarse, e Inés pensó que de pronto semejaba mucho mayor de lo que le había parecido esa mañana en el palacio. Jamás habría acertado que solo tuviera diecinueve años. Aceptaron la invitación y se sentaron una al lado de la otra, en el lado opuesto a aquel desde el que las observaba el capitán.

—Me alegra veros... vestidas —añadió, y por un instante sus ojos brillaron con un destello de juventud.

Las mejillas de la princesa se encendieron, e Inés miró con desgana por la ventana que daba al puerto. Tenía las comisuras de la boca fruncidas en un gesto de repulsa que no se esforzaba en disimular y que Miguel había percibido en el instante en que ellas entraron.

El brillo de la mirada del capitán desapareció y preguntó con voz neutra.

—¿Puedo ofrecerles algo? —y antes de que Victoria pudiera lanzarse a exponer el motivo de su visita, él matizó—: ¿Un té? ¿Un chocolate tal vez?

«Chocolate. Muy español ofrecerles un chocolate», pensó Inés, que había oído en algún lugar que los monarcas españoles obsequiaban a sus invitados con una taza de cacao de las batalladas Américas. A Victoria, que no sabía cómo iniciar la conversación, se le iluminó el rostro con la oferta, y Miguel, sin esperar otra respuesta, ordenó al señor Richards —así lo llamó— que trajera dos tazas de chocolate. Cuando el marinero de la barba pelirroja abandonó la habitación, Miguel se sentó al otro lado de la mesa y cruzó las manos en un gesto de atención. «Sin lugar a dudas, parece tener veinticuatro o veinticinco años», pensó Inés.

—¿Y bien?

La pregunta dejó unos instantes callada a Victoria, que parecía haber perdido todo el impulso que la había llevado hasta allí. Se aclaró la garganta y contestó:

—Capitán, hemos escapado de palacio y queremos huir de Londres.

Silencio. El rostro de Miguel no se alteró.

—Pronto descubrirán nuestra desaparición, si no lo han hecho ya. Y hemos pensado que vuesa merced nos podría ayudar.

El capitán tardó en responder, y cuando lo hizo mantuvo el mismo tono neutro empleado en la pregunta.

—Lady Dudley, lady Braukings..., aun si no partiera esta noche, cual voy a hacer, siento decirles que no tengo amistades en Londres que puedan ocultaros hasta encontraros un pasaje seguro en algún barco. Os habéis equivocado de persona.

El rostro de Victoria no ocultó su sorpresa ante semejante respuesta. Ella había creído que quedaban perfectamente claras cuáles eran sus pretensiones y, por un instante, Inés creyó adivinar un brillo de triunfo en los ojos del capitán.

—Capitán —insistió Victoria—, habíamos pensado en vuestro barco —y subrayó mucho el «vuestro».

Miguel fingió sorpresa.

—¿En *El Miguel*? ¡Eso es imposible! Dos guardias lo vigilan continuamente, lady Dudley...

—Los hemos burlado —interrumpió la princesa.

Miguel tardó un instante en contestar.

—Disculpad mi torpeza. Olvidaba que acostumbráis a moveros a escondidas entre guardias de la reina —dijo con sarcasmo.

Los ojos de Victoria echaron chispas, pero el capitán continuó antes de que pudiera decir nada.

—Mas incluso en el supuesto de que estéis en lo cierto y nadie os haya visto subir a bordo, ¿sabéis cuánto tiempo tardará Braukings en sospechar de mí al enterarse de que han desaparecido su hija y lady Dudley...?

—Nadie conoce a lady Dudley —interrumpió Victoria de nuevo, con voz suplicante.

—No se lo reprocho a la reina. ¡Triste fortuna la mía ser la excepción!

La fiereza de Victoria se borró de golpe. Su rostro palideció y se quedó en silencio. Se hundió en la silla y su mirada azul se clavó en la mesa. El capitán se percató del cambio sufrido en la muchacha, y añadió:

—En cualquier caso, estoy convencido de que la reina os buscará y ordenará a Braukings que encuentre a quien ha secuestrado a una doncella de su corte. Dado el incidente de esta mañana, mi pérdida en palacio, vuestra negativa a abrir la puerta y mi partida esta noche, hasta Braukings concluirá que estoy relacionado con vuestra desaparición. Y, lady Dudley —dijo buscando que la princesa alzara la vista—, lo último que necesito ahora es que Braukings halle nuevas razones para dirigirse contra mí.

—Son conjeturas —contestó Victoria con tristeza—. No tiene pruebas.

Llamaron a la puerta.

—Suficiente para conseguir que la reina dé su permiso para investigar en profundidad —dijo el capitán poniéndose en pie y acudiendo a abrir—. Y seguro que podréis entender que no tenga el menor interés en ser interrogado en la Torre.

El señor Richards entró y dejó sobre la mesa una bandeja de plata con una fuente de pastas, dos servilletas de hilo, dos tazas y una tetera llena de chocolate. Miguel le ordenó retirarse y cerró la puerta de nuevo, pero no se sentó. Permaneció de pie, detrás de las muchachas, mientras Inés servía dos tazas de chocolate en silencio.

—Lo lamento mucho, lady Dudley.

Inés tomó una pasta y la hundió en el espeso líquido. Victoria negaba con la cabeza, sin prestar atención a las viandas. Sin la ayuda del pirata, no sabía qué paso habían de dar.

—Capitán, os lo ruego. Vos sabéis tratar a lord Braukings.

Volvió el rostro hacia Miguel.

—Si él intenta algo contra vos ridiculizaréis su historia ante la reina y nada podrá hacer. Solo os pido que nos saquéis de Londres esta noche y nos desembarquéis en el primer puerto al que arribéis.

Inés siguió dándole vueltas a la pasta en la taza. Miguel regresó a su silla y permaneció de pie tras ella. Entonces, inclinándose hacia la princesa, dijo en voz más baja:

—Lady Dudley, incluso si Braukings nada llegara a sospechar, vos sabéis que *El Miguel* es un barco pirata. No puedo llevar a dos doncellas en él. ¿Cómo voy a realizar mi... labor con vuestras mercedes a bordo?

—Precisamente porque conocemos que sois un pirata, nada tendréis que ocultar. Podréis hacer vuestra labor sin cortapisas —poco a poco, el rostro de Victoria había comenzado a recuperar el color y volvía a hablar tan rápido como de costumbre, impregnando en las palabras su renovado entusiasmo—. Cuando necesitéis que nos confinemos en nuestros aposentos, así lo haremos. Si necesitáis de la torpe ayuda que os podamos prestar, la tendréis sin objeción alguna. No os estorbaremos, capitán. Os doy mi palabra.

Miguel se echó para atrás con una sonrisa que volvía a convertirlo en el capitán de dieciocho años.

—Permitidme que no me crea eso. ¿Cómo no vais a estorbar? Sois mujeres. Más aún, sois aristócratas. ¡Una condesa!, ¡ni más ni menos que la supuesta hija de mi más odiado enemigo! —exclamó burlón. Inés alzó un instante la vista de su pasta para mirarlo con odio, pero Miguel no le prestaba atención—, ¡y una damita, probablemente bastarda de algún duque o noble, que precisa de cuatro doncellas para vestirse! ¡No hay más que discutir! ¡Tomaos el chocolate y el señor Richards os acompañará a vuestro bote!

—¡Os lo suplico! —imploró Victoria, sintiendo cómo los ojos se le humedecían.

—Lady Dudley... —dijo Miguel con su habitual calma—. Vuestras súplicas me son en todo punto indiferentes. ¡Regresad a vuestro palacio de cristal!

El comedor quedó en silencio y se oyó el murmullo de las olas en el casco. Inés se metió por fin la pasta reblandecida en la boca y, cuando la hubo tragado, habló por primera vez.

—Permitidme, capitán, que os recomiende reconsiderar vuestra decisión —dijo muy tranquila mientras se limpiaba los dedos en la servilleta.

Miguel la interrogó con la mirada.

—Si no he entendido mal, ¿a vos no os preocupa que mi padre nos encuentre y nos devuelva a palacio y a casa, respectivamente?

—Ni lo más mínimo.

—A vos, conocedor de las mujeres como decís conocerlas, sabedor de que no pueden causaros más que problemas —dijo adoptando el sereno sarcasmo del capitán—, ¿no os preocupa que dos jovencitas que saben con absoluta certeza que sois un pirata se queden en Londres? —Inés hizo una pausa por si el capitán quería intervenir, pero él se limitó a mirarla sin que su rostro dejara traslucir sus pensamientos, y ella continuó—. Porque a mí me preocuparía si me hallara en vuestra posición. No me cuesta imaginar lo que ocurriría si, a la hora de la cena, estando reunida la joven condesita Braukings con Sigfried y con su madre, dejara escapar algo de lo ocurrido esta mañana en palacio. Es cierto que Sigfried ya sospecha de vos, pero el testimonio de su hija podría ser suficiente para que considere que debe poner a la reina al corriente de sus sospechas o para que os interroguen en la Torre, como vos mismo habéis dicho. Más aún si la condesita menciona a una doncella de la corte, muy querida por la reina, que estaría dispuesta a corroborar su testimonio.

Miguel la observaba y en sus ojos bailó la sonrisa del jugador hacia un buen adversario.

—No es que yo fuera a decir nada a mi padre —matizó Inés—. Pero ya se sabe lo habladoras que son las mujeres. Siempre son un estorbo. Y más aún si son aristócratas —dijo imitando el tono sarcástico del capitán—. ¡Ni más ni menos que una condesa y una doncellita bastarda que precisa de cuatro criadas para vestirse! —parodió con sonrisa triunfal.

Victoria la miraba con admiración. Miguel sonrió en silencio. Se cruzó de brazos y echó el cuerpo hacia atrás, como si quisiera estudiar a Inés desde más lejos. Y esta aprovechó para alargar la mano a una segunda pasta y hundirla en el chocolate, forzándose a no mirar al capitán y tratando de que este no notara cómo le temblaban las manos.

—¿No os dais cuenta, lady Braukings, de que acabáis de darme una excelente razón para mataros a las dos?

A Inés se le cayó la pasta dentro del chocolate. Tragó saliva, alzó la vista hacia el pirata y, tratando de que no le temblara la voz, volvió a decir con acidez:

—¿Matarnos? ¿A dos doncellas? Había creído entender esta mañana que erais un pirata bueno —estas dos últimas palabras las pronunció con un tono

burlón, que apenas logró camuflar el miedo que sentía en aquel momento.

—¡Capitán! —intervino Victoria también asustada—, ¡pensad lo que decís! Si nos matáis, también desapareceremos y os hallaréis en la situación que buscáis eludir. ¿No preferiríais evitar el asesinato y dejarnos en el primer puerto al que arribéis? Si lo hacéis, os compensaremos como podamos y tendréis nuestra palabra de que jamás traicionaremos vuestro secreto.

Miguel, con los brazos cruzados, estudió a las dos muchachas. Inés trataba de sacar la pasta con una cucharita. Victoria no había tocado aún su taza.

—¡Capitán, os lo ruego! —insistió Victoria aprovechando el resquicio abierto por Inés—. Cuando esta mañana nos habéis contado vuestra historia, no ha sido porque os importe lo que dos doncellas a las que no pensabais volver a ver en vuestra vida piensen de vos. Es porque os importa lo que vos pensáis de vos mismo. Intentáis justificar vuestros actos porque queréis ser el caballero honorable que era vuestro padre. Un caballero español que ayuda a dos doncellas en apuros.

—Vuestas mercedes mismas se han metido en este apuro —respondió el capitán aún de brazos cruzados.

—Es cierto, mas ya no hay vuelta atrás. No vamos a regresar a palacio. No vamos a regresar a nuestras casas. Buscaremos la forma de huir y, si vos no nos ayudáis, lo más probable es que terminemos muertas en algún lugar. Y sospecharán igualmente de vos. ¿No preferís hacer esto sin tener que cargar con el peso de nuestras vidas en vuestra conciencia?

Miguel las observaba, casi divertido, mientras su mente analizaba las posibles alternativas.

—No me dejáis opción —contestó él finalmente—. Pero os advierto que cometéis la mayor insensatez de toda vuestra vida al coaccionar a un pirata a que os lleve con él.

Inés se metió la cucharita con la pasta en la boca, aliviada, aunque sabía que para el capitán el haber perdido aquella pequeña «batalla» solo era un estímulo para proseguir la «guerra», y que aquello no había hecho más que empezar. Victoria hundió por fin los labios en la taza de chocolate.

—Solo hasta el primer puerto —añadió el pirata adoptando una actitud más seria y más acorde con lo que de él se esperaba—. Y no creáis que estaréis aquí de invitadas de honor.

Pero esta última concesión a la galería no lograba borrar el efecto de sus palabras anteriores, las dichas y las omitidas. Y a las muchachas ya nada les

importaba. De pronto, ambas se sentían felices, radiantes. Empezaba el cuento, se decía Victoria. Por fin empezaba el cuento.

—Señor Richards —llamó el capitán, y por la presteza con la que acudió el hombre las jóvenes se preguntaron si no estaría escuchando detrás de la puerta—, preparad un camarote para las damas y subid su equipaje a bordo.

Richards inclinó la cabeza. Era de ese tipo de hombres a los que nada parece sorprender. Antes de que se retirara a cumplir sus órdenes, Victoria se quitó la otra horquilla y le pidió que se la entregara al barquero en su nombre. Richards se disponía a tomarla de la mano de la princesa cuando el capitán intervino.

—No será necesario, lady Dudley. Señor Richards, que Bullock se ocupe de darle al barquero su recompensa.

Richards miró un instante a los ojos de su capitán y leyó en ellos las instrucciones precisas. Asintió obediente y se retiró del salón.

Miguel se mantuvo en silencio, de pie, detrás de la silla, con la vista clavada en el puerto a través de los ventanales que tenía a su izquierda. Las muchachas compartieron su mutismo, aunque intercambiaban miradas que no ocultaban su alegría. Inés tomó otra pasta, Victoria le dio otro trago largo al chocolate.

El capitán pareció regresar del mundo de sueños en que se hallaba hacía tan solo unos instantes y en un tono más pragmático les hizo saber que el marinero que las había atendido era el señor Richards, el cual contaba con su más absoluta confianza.

—El señor Richards os acompañará a vuestro camarote. Os recomiendo que deshagáis vuestro equipaje esta noche, en caso de que lo vayáis a deshacer, pues mañana, navegando, será más complicado.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos a bordo? —preguntó Victoria tras secarse el chocolate de los labios en la servilleta.

—Lo ignoro, *milady*. Disculpad si no tenía prevista la imposición de vuestra compañía —dijo con su acidez habitual.

Richards llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Capitán, el camarote está dispuesto.

Las dos jóvenes se pusieron en pie.

—Permaneced en vuestro camarote hasta mañana —ordenó Miguel—. El desayuno se servirá aquí. Venid sin pasearos por cubierta. ¡Ah!, y siempre desayuno temprano. Confío en que no os lleve toda la mañana vestiros.

Victoria se habría sentido ofendida si no fuera feliz. Asintió con la cabeza. Inés no contestó. Sentía la alegría de la victoria, de haber derrotado a Miguel, de estar a bordo de su barco sin que al capitán le quedara más remedio que aceptarlo. Cualquier burla que de ellas hiciera, cualquier orden que les diera, resultaba secundaria. El hecho era que estaban allí, lo quisiera el capitán o no. Pero a la vez se mantenía alerta. Era consciente de que estaban en sus manos, y aquello le gustaba menos.

Richards abrió la puerta, dejó pasar a las doncellas y las siguió al pasillo. Abrió la primera puerta de la izquierda para mostrarles su camarote cuando sobrecogió a las jóvenes el ruido seco de otra puerta del pasillo al abrirse y golpear la pared. Una pequeña figura cruzó volando el pasillo, chocó contra el lado opuesto, donde tenían ellas su camarote, y cayó al suelo. En cuestión de instantes, la puerta de la vidriera que daba entrada a la zona de oficiales se abrió y aparecieron rostros morenos que se agolparon para fijarse en aquella figura diminuta tirada en el suelo. Entonces, en el umbral de la primera puerta, la que se había abierto de golpe, apareció un marinero de unos veinte años, alto y fornido, con la piel muy morena y vestido tan solo con unos pantalones que en otro tiempo pudieron haber sido granates. Dio el paso necesario para atravesar la distancia que lo separaba de la pequeña figura. Esta resultó ser un niño de no más de doce años, delgado y desgarrado, de pelo pajizo y ojos enormes. El marinero lo levantó por la camisa con la mano izquierda, mientras cerraba el puño derecho, dispuesto a descargarlo sobre el rostro del crío.

Victoria fue incapaz de reprimir un grito, y su «no» atravesó el pasillo y a todos los hombres que observaban la escena divertidos. Más de una docena de miradas se posaron en ella. El joven moreno que sostenía al niño lo dejó caer, y el chiquillo apenas tardó un segundo en escurrirse entre la gente por la puerta de entrada. Los marineros fueron retirándose uno a uno, escondiendo sus rostros de nuevo en el anonimato de las tareas del barco, muy lentamente, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Y, mientras lo hacían, el que había agredido al niño clavó sus ojos negros como una noche de tormenta en los ojos de Victoria y, dedicándole una sonrisa que parecía un relámpago blanco en la oscuridad de su piel, se inclinó en una graciosa reverencia que produjo una sonora carcajada entre los marineros que aún no se habían retirado.

La princesa bajó su mirada azorada y azul al suelo y se apresuró a entrar en el camarote, pero Inés se mantuvo fuera, observando al único marinero que quedaba en el pasillo además de Richards. Tenía la mandíbula fuerte y oscurecida por una barba de algo más de dos días, el pecho ancho y plano, y los brazos fibrosos. Por encima de la tira de tela negra que usaba a modo de cinturón, asomaban las empuñaduras de siete cuchillos, de los cuales solo se veía la hoja del que estaba más a la izquierda, por medir esta cerca de un pie de largo. La mirada del hombre se posó en Inés cuando Victoria desapareció, y ella se la sostuvo un tiempo, mirándolo con desaprobación. Pero tuvo que bajar la vista cuando él le sonrió divertido, de nuevo aquel relámpago blanco en la tormenta nocturna de su rostro. E Inés pensó que, a pesar del asco que el mugriento pirata le había producido, era endiabladamente atractivo, y que si la tentación de una mujer tenía un cuerpo, por fuerza tenía que ser aquel.

Richards esperaba sosteniendo la puerta, así que la joven se introdujo en el camarote y dejó que el marinero que hacía las veces de mayordomo cerrara tras de sí.

Inés se quedó impresionada al contemplar el camarote. No había estado nunca en ninguno, pero igual que sabía que *El Miguel* no era un barco como los demás, intuía que aquel camarote no era como los demás. Tenía una cama mayor de lo que la condesa se había esperado, en la que podían dormir las dos sin estorbarse, y en la pared del fondo, bajo una ventana que mostraba el Támesis y las luces del puerto, un pequeño diván en el que también podría dormir una sirvienta. La colcha, la tapicería del diván y las cortinas estaban bordadas en azul oscuro, y en las mesillas había candelabros de oro y un reloj. A los pies de la cama, un gran arcón en el que poder guardar sus pertenencias.

—Ahí —señaló Richards hacia la esquina pegada a la puerta— hay un balde con algo de agua, donde vuestas mercedes pueden lavarse, y toallas. También están ahí los orinales.

Victoria lo observaba todo feliz. Había olvidado ya el susto que les había dado el marinero de tez oscura.

—Desconozco las indicaciones que les habrá dado a vuestas mercedes el capitán, pero permítanme recomendarles que se mantengan en el camarote durante la noche, y que cierren el pestillo.

Ambas muchachas observaron al marinero pelirrojo con interés.

—Estos hombres no acostumbran a ver doncellas tan... tan... — Richards se sonrojó— doncellas, en fin, y aunque el capitán y el

contra maestre los mantienen en cintura, no pueden estar en todas partes. De todos modos, en caso de que surja alguna emergencia, mi camarote se encuentra justo frente al de vuestras Mercedes. Si no necesitan ninguna otra cosa, me retiraré.

Ellas intercambiaron una mirada y Victoria contestó por las dos.

—Nada, gracias.

—Bien, el capitán acostumbra a desayunar temprano —añadió Richards antes de cerrar la puerta tras él.

Las dos muchachas se mantuvieron en silencio unos instantes. Victoria miró por la ventana hacia el Londres que se disponían a abandonar y entonces, dejándose caer sobre la cama con los brazos abiertos, exclamó:

—¡Lo hemos conseguido, Inés! ¡Estamos aquí!

Inés se limitó a sonreír, y recordando lo que había dicho el capitán sobre el equipaje, abrió el baúl. La princesa se había traído todas las joyas que había encontrado, y también los vestidos más suntuosos. Inés frunció el ceño.

—No nos servirán de mucho aquí.

Victoria se incorporó hasta quedar sentada sobre el lado de la cama que estaba más cerca de la ventana y le preguntó a Inés si le importaba que fuera ella quien durmiera allí. Inés negó con la cabeza al tiempo que buscaba más adentro del baúl.

—Hay cuatro vestidos más sencillos al fondo, junto con los verdugados, y dos camisones —explicó la princesa—. Pensé que los otros vestidos nos darían dinero si los vendíamos.

—De eso no hay duda. Pero aquí no nos servirán.

Inés los apartó un poco y siguió rebuscando.

—Los dejaremos en el baúl —añadió. Sacó la ropa que Victoria había dicho, junto con los accesorios que encontró útiles, y los guardó en el arcón. Después cerró el baúl y comenzó a desvestirse.

—¿No es fabuloso, Inés? Es un sueño —dijo la rubia, al tiempo que le daba la espalda a su amiga para que la ayudara a desatarse el vestido—. Y te lo debo a ti. Has estado muy ingeniosa.

—Sí —respondió sarcástica Inés—. Amenazar a un pirata para obligarlo a llevarnos con él en su barco lleno de... salvajes ha sido brillante por mi parte.

Victoria sonrió.

—Si lo miras así...

Inés recordó el comentario de Richards sobre el pestillo y lo cerró, con la imagen del pirata moreno inundando su mente. Terminaron de desvestirse, se pusieron los camisonos, guardaron la ropa y se metieron en la cama.

—Buenas noches, Victoria.

—Buenas noches, Inés —y después, en un tono de voz muy bajo, casi un susurro, la princesa añadió—: Buenas noches, Londres. Hasta siempre.

Esa fue la última noche de su vida que Inés se durmió pensando en Robert, y aunque no lo pudo recordar al día siguiente, ni siquiera soñó con él. Soñó con Miguel y con pasadizos secretos en castillos. Soñó con guardias uniformados, con su padre, con un barquero que contaba secretos y con un marinero de tez muy morena y ojos oscuros que le sonreía antes de raptarla y llevársela para siempre lejos de Londres.

João, el enorme timonel, llamó a la puerta de la chupeta del capitán y Miguel lo invitó a entrar. El capitán, vestido solo con sus calzas negras y las botas de igual color, doblaba su camisa blanca sobre la cama, una enorme cama palaciega que se alzaba sobre una tarima junto a la pared de popa.

—¿Podéis explicarme por qué los hombres dicen que hay dos jóvenes hermosísimas a bordo de *El Miguel*? —preguntó el portugués.

El capitán se sentó en la colcha azul marino bordada con brocados de plata y comenzó a sacarse la bota derecha.

—¿Hermosísimas? —repitió Miguel—. Sin duda porque hace mucho que no vamos a puerto y echan en falta a sus concubinas.

—Mas ¿es cierto?

Una vez la bota fuera, Miguel la dejó caer sobre la tarima y comenzó a sacarse la izquierda. Meneó la cabeza de un lado a otro.

—Yo no diría tanto. Una tiene buen talle y la otra buenas curvas. Pero, sin duda, lo que les ha impresionado ha sido la ropa.

João se cruzó de brazos.

—¡Dejaos los juegos para ellas! ¿Es cierto o no?

Miguel, ya descalzo, caminó hasta su escritorio. Abrió un cajón, sacó una pequeña frasca tapada con un corcho y dos copas, y sirvió en ellas el hermoso líquido dorado. Le tendió una a João, que la tomó y le dio un trago.

—Es cierto. Esta mañana, cuando estaba en palacio, me condujeron a sus aposentos y me hicieron confesar que somos piratas y...

Las palabras de Miguel hicieron que el segundo de a bordo se atragantara y escupiera la mitad del brebaje en el suelo del camarote.

—*¡Madre de Deus!* ¡Entonces son mucho más hermosas de lo que creía! —bramó el timonel olvidando las formalidades—. ¿Te han comido el seso, como a los poetas de tus libros? ¿Cómo les has contado...?

El capitán lo interrumpió colocándole la mano en el hombro.

—João, me conoces desde que empecé a manchar las sábanas. ¿Cuándo he perdido yo la cabeza por una mujer?

El portugués lo miraba con recelo.

—Si no hubiera estado en el mismo palacio que la reina Isabel rodeado de guardias —insistió el capitán—, las habría matado antes de contarles nada.

—¿Entonces?

Miguel retrocedió un par de pasos y se apoyó en el escritorio. Le dio un trago largo a su copa.

—Esas dos mosquitas muertas han robado mi espada, y cuando he intentado recuperarla, me habían tendido una emboscada en la alcoba de una de ellas. Allí han intentado registrarme, acusándome de pirata y amenazándome con llamar a la guardia.

João observaba al capitán con los ojos desencajados.

—Te recuerdo, João, que yo llevaba la piedra debajo de la camisa, y no me podía permitir que la guardia me registrara. Así que pensé que podría seguirles el juego y embaucarlas haciéndome pasar por un pirata bueno que solo es pirata porque los ingleses no le dejan alternativa. Me pareció la opción más segura. Si no lograba engatusarlas, nada tendría de raro que la hija de Braukings y su amiga...

—¡La hija de Braukings!

Miguel dio otro trago.

—La morena es la hija de Braukings —explicó, como si aquel matiz no tuviera importancia—. Pero no se lo digas a los hombres.

João no estaba en condiciones de decir demasiadas cosas.

—Como te iba diciendo, nada tendría de raro que la hija de Braukings y una doncella amiga suya me tomaran por un pirata, pues no estarían haciendo otra cosa que repetir lo que lady Braukings oía en casa. Pero no podía dejar que llamaran a la guardia.

—*¡Madre de Deus!* —repetía João en su portugués natal—. ¿Y... y qué pasó?

Miguel suspiró.

—Parece ser que las impresioné demasiado. Han huido de casa y quieren que las saque de Londres.

—Pero ¿por qué has accedido a llevarlas a bordo? —preguntó João sin entender.

—No tenía alternativa. No iban a volver a casa y, si no nos las llevamos, aparecerán muertas en algún callejón de Londres y vendrán a preguntarme a mí. El barquero que las ha traído podría decir que estuvieron aquí —apuró la copa—. No, para eso es mejor llevárnoslas lejos, matarlas cuando haga falta y tirarlas al mar, como al barquero al que ha ahogado Bullock. Y, mientras tanto, acaso les encuentre alguna utilidad.

João bebió por fin.

—Con que sean la mitad de hermosas de lo que dices, tus hombres les encontrarían más de una.

Miguel negó con la cabeza.

—Hasta que sepa qué hacer con ellas, las prefiero intactas. Diles a los hombres que son dos damas de la corte de la reina Isabel y que le estamos haciendo un favor a la reina sacándolas de Londres.

—Eso no les va a gustar —repuso João apurando también el último trago.

—Pero sí les gusta pasear por Londres sin que hayan puesto precio a su cabeza, ¿verdad?, y les gusta la impunidad que yo les consigo.

Y añadió acercándose de nuevo a João:

—De modo que, como todos nos beneficiamos del favor real gracias a mi teatro, ellos se comportarán como es debido y no les pondrán un dedo encima, ¡aunque se metan en su maldita hamaca! ¡Y díselo a Stowe!

Se acercaba el amanecer. Su majestad la reina Isabel de Inglaterra estaba sentada en el salón de mapas del palacio King John's Barn, abatida y extenuada por la noche en vela. Estaba con la silla de brazos vuelta hacia la pared, delante de un enorme mapa de Londres, el cual se había cansado de mirar. En su lugar, hundía la frente en su mano derecha. Sus doncellas se hallaban sentadas a su alrededor, agotadas, alguna dormida en su silla. Solo el aya de Victoria estaba en pie, enjuta, dura, con los ojos enrojecidos pero sin llorar. Observaba al capitán de la guardia, un hombre de casi cincuenta años, rostro curtido y ojos muy claros, que acababa de llegar y al que el chambelán indicaba dónde podía encontrar a la reina. Cuando el hombre llegó al lado de

Su Majestad, confirmó la terrible noticia: el guardia de la galería del jardín había confesado haber permitido a la doncella que buscaban abandonar el palacio por aquel pasadizo la tarde anterior.

Cuando escuchó la noticia, la que fuera la nodriza de Victoria hubo de morderse el puño para no gritar de dolor. La reina, muy despacio, bajó la mano que le ocultaba el rostro y con la voz quebrada le ordenó:

—Haced venir a Robert.

El capitán de la guardia miró consternado a su alrededor, sin saber a qué Robert se refería Su Majestad. El chambelán fue el que reaccionó. Golpeó con su vara de metal el suelo y repitió la orden de la reina en la forma apropiada:

—Su Majestad reclama en palacio a lord Robert Dudley, conde de Leicester.

El capitán de la guardia inclinó la cabeza y comenzó a alejarse sin darle la espalda a la reina. Entonces el aya de Victoria se acercó a Isabel y en un hilo de voz le preguntó:

—¿Y lady Braukings?

La reina se volvió a mirarla con extrañeza, como si no lograra entender qué hacía aquella mujer a su lado.

—Victoria no saldría del palacio sin lady Braukings —aclaró la nodriza, que parecía más pequeña que nunca.

La reina asintió agotada y, antes de que el capitán de la guardia hubiera abandonado el salón, añadió:

—Y que hagan venir a lord Braukings.

Esta vez el capitán no necesitó traducción.

Amanecía, y los porrazos en la puerta despertaron a Braukings. Cuando le anunciaron quién le esperaba, se apresuró a vestirse con sus mejores galas y cabalgó hasta el palacio King John's Barn escoltado por la guardia. Era un lugar extraño para que la reina lo recibiera. Ella tenía su residencia en el palacio de Windsor. Pero más extraña aún era la urgencia con la que se le reclamaba a una hora tan temprana.

Cuando el conde llegó hasta la reina sin que nadie le adelantara el motivo por el que había sido llamado, el aspecto de Su Majestad lo sorprendió. No había estado en demasiadas ocasiones en presencia de Isabel,

pero en aquel momento la vio pálida y envejecida. Se arrodilló a modo de saludo y, antes de que pudiera presentarle sus respetos, Isabel le preguntó:

—Braukings, ¿se halla vuestra hija en vuestra casa?

Si el aspecto de la reina le había impresionado, la pregunta lo desconcertó por completo.

—¿Majestad...? —balbuceó.

—Tenéis una hija, ¿no? —El aya se acercó a la reina a susurrarle el nombre de la mejor amiga de Victoria—. Inés, ¿no es así?

—A... a... así es, majestad.

—¿Y se halla en casa? —el tono de la reina se había vuelto imperativo.

—No... no sabría... no sabría deciros. Cuando vuestros hombres han venido esta mañana no he...

—Anoche —interrumpió Isabel—. ¿Estaba anoche vuestra hija en su habitación?

Las mejillas del conde se encendieron dándole un mayor aspecto de bulldog. Desde que castigaran a Inés después de la comida, no había vuelto a saber más de ella. Se había olvidado por completo. Era incapaz de decir si estaba en la casa o no.

—Haré que lo comprueben de inmediato —acertó a decir.

Pero entonces el capitán de la guardia se adelantó y pidió permiso para hablar. La reina asintió y el hombre dijo:

—Majestad, no será necesario que lo comprueben. El guardia al que hemos interrogado ha confesado que la doncella estaba con lady Braukings. Sin duda, han huido juntas.

Aquellas palabras golpearon al conde. Huido juntas. Su hija había huido y se había llevado a una doncella de la reina. Sintió cómo las mejillas le ardían y la rabia le hizo apretar los puños.

—¡Majestad, las encontraré!

Entonces el aya volvió a acercarse a la reina y le susurró casi al oído:

—Majestad, acaso sea solo una coincidencia, pero esta mañana hubo cierto revuelo aquí, en el King John's, porque uno de vuestros visitantes había desaparecido y, aunque apareció después, tal vez...

La reina la detuvo y preguntó en voz alta:

—¿El capitán Saavedra? ¿Qué tiene que ver el capitán Saavedra con todo esto?

Mencionar aquel nombre delante de Braukings fue como lanzar un pedazo de carne a un sabueso famélico.

—¡Saavedra! —exclamó olvidando ante quién estaba—. ¡Él ha debido secuestrarlas! ¡Zarpó anoche mismo!

—¿Secuestrarlas? —preguntó la reina incrédula—. Nadie ha hablado de un secuestro, señor Braukings.

—Majestad, ¡conozco a mi hija! —replicó alzando la cabeza en un intento por recuperar la dignidad perdida—. Ella jamás huiría de casa. Sin duda ha sido Saavedra quien...

—¡Basta! —interrumpió la reina alzando levemente la voz—. No creo que el capitán Saavedra tenga nada que ver. Tampoco necesito escuchar vuestras conjeturas. Sois almirante de mi marina. Haced lo que tengáis que hacer para encontrarlas. Y hacedlo rápido.

Y añadió en apenas un susurro:

—Cada instante que pase hará más difícil hallarlas vivas.

Victoria se despertó bien entrada la mañana. Por la ventana del camarote se veían —y se dejaban de ver por el vaivén del navío— el mar, repleto de olas rizadas, y la costa escarpada de la isla de Gran Bretaña. Sin poder contener la excitación, se volvió en la cama y comenzó a zarandear a Inés canturreando un «¡Ya es de día! ¡Ya es de día!». La condesa, por el contrario, llevaba tiempo despierta, sin atreverse a moverse por miedo a que el malestar con el que se había despertado fuera a más. Los saltos y el zarandeo de Victoria solo lograron que el mareo que sentía se acentuara, y ni siquiera se sonrió cuando la princesa estuvo a un tris de caerse por el movimiento del barco.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso no te entusiasma ser libre? —preguntó la rubia sin dejar de dar saltitos.

—Estoy mareada —contestó Inés, y apretó los párpados con fuerza, como si cerrando los ojos el navío fuera a detener su baile con las olas.

Victoria frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Te conviene entonces salir a tomar el aire —dijo abandonando su gesto para asirse al cabecero de la cama y no caerse. Con un exceso de energías, abrió el arcón y sacó dos vestidos y el par de verdugados que habían traído puestos, y tiró de Inés. La condesa se puso en pie con dificultad. Su rostro tenía un tono verdoso comparable al de un alga muy lavada. Victoria la ayudó a vestirse con impaciencia, un vestido azul marino con brocados de plata.

—No apriet... —comenzó a decir Inés cuando la princesa le ató el corsé, pero una arcada le impidió terminar.

—Cepíllate el pelo —ordenó Victoria tendiéndole el cepillo—. Voy a vestirme yo.

La princesa se puso un vestido color crema, con el escote bordado de perlas y encajes. Logró que Inés se lo atara más o menos, le recogió el pelo a la condesa en una trenza y se hizo otra ella. Entonces tomó a su amiga de la mano y la sacó del camarote.

El pasillo estaba desierto. Victoria se dirigió hacia la puerta de la vidriera, por la que entraba la claridad del día. Abrió. Un golpe de aire salado las empujó y, de no estar Inés tan mareada, se habría quedado extasiada al ver las velas de los tres palos y el bauprés de *El Miguel* desplegadas en toda su blancura y al menos a treinta marineros vestidos de distintas maneras trajinar de un lado para otro en una cubierta tan viva como el propio puerto de Londres.

—Quédate aquí —ordenó Victoria tomando la mano de Inés y colocándosela en la baranda de la borda—. Avisaré al capitán.

Victoria corrió al comedor, irrumpiendo en la sala como si los atacaran los turcos. El capitán, que estaba haciendo cálculos en una carta desplegada sobre la mesa, se sobresaltó, pero al ver que se trataba de la doncella volvió a fijar la vista en su tarea.

—Buenos días, lady Dudley. Siento que no hayáis llegado a tiempo para el desayuno, mas creo recordar haberos advertido de que desayuno temprano —y después, alzando su mirada miel cargada de brillo, añadió—: Aunque debo felicitaros. Os habéis vestido sola y aún no es mediodía.

Victoria decidió ignorar el sarcasmo.

—Inés se siente indispuesta, mareada. No podría deciros con certeza...

—No lo hagáis, os lo ruego. No dispongo de horas y horas para escucharos —y volvió a centrar la vista en sus cálculos.

Las palabras desconcertaron a Victoria, que necesitó unos instantes para poder decir:

—Capitán, Inés está muy enferma. ¡Creo que puede haber contraído algún mal a bordo!

Miguel finalmente dejó su compás y su pluma sobre la mesa.

—¿Algún mal a bordo? El único mal que hay a bordo de *El Miguel* son vuestras mercedes. Lady Braukings está mareada, como es natural en su primer viaje en barco.

Aquellas palabras tranquilizaron a Victoria de inmediato, que se sintió como una estúpida por no haber recordado lo que había leído del mal de mar. Trató de darle la vuelta a la situación.

—¿Y vos os consideráis un caballero? Tenéis a una doncella indispueta y sola entre los bárbaros de vuestros marineros ¿y no vais a hacer nada?

Miguel suspiró con una sonrisa divertida.

—De modo que se trata de salvar el honor de la condesa. Debisteis empezar por ahí. ¿Creéis que debo tomar mi espada? —se burló levantando el tahalí que, como siempre, descansaba colgado de la silla—. ¡Vayamos a ver cuán grave es la situación! Podría haber un motín a bordo —añadió guiñándole un ojo.

Y Victoria, por primera vez en su vida, sintió deseos de abofetearlo.

Inés esperaba obediente, agarrada a la baranda. Si el aire había aliviado en algo su malestar, un par de olas lograron devolvérselo intensificado. Aun así, se percató de que a escasos pies de ella, en el grupo de marineros que tenía más cerca, se encontraba el joven moreno de la noche anterior, el cual se mofaba junto con cuatro compañeros de algo, probablemente de ella, pensó. Otra ola. Una arcada. Victoria había desaparecido por la puerta del castillo de popa dejándola sola. Pensó en su madre, en cuánto le gustaría estar con ella en aquel momento y que le pusiera compresas frías en la frente. Entonces recordó que su madre nunca la había atendido cuando había estado enferma. Se giró hacia la borda y se agarró con la otra mano a la barandilla. No tardaría en vomitar. Los marineros seguían con sus burlas. ¡Al cuerno aquellos hombres! ¡Que se rieran cuanto quisieran! Respiró hondo aquel aire salado que le golpeaba la cara. Una ola, dos olas...

—Permitidme, *milady*... —era una voz amarga detrás de ella, rugosa como el coral, pero a un tiempo joven. Ella se volvió a mirar a su interlocutor, y no le sorprendió encontrar al marinero moreno. Sonreía. ¿Sonreiría siempre? Sus facciones bien marcadas se desdibujaban ante los mareados ojos de Inés. La condesa sentía calor en el rostro, y en la garganta, y debajo de la lengua, y en el estómago, sobre todo en el estómago, y las palabras del hombre le resultaban lejanas, como venidas de un mundo ajeno al suyo, en el que lo único que importaba era su estómago apretado—, es aconsejable que os orientéis hacia sotavento si vais a...

Y entonces ocurrió. Su estómago se contrajo en una arcada, sintió la garganta dura y las glándulas salivares bajo la lengua como dos placas de acero. Y a la vez que supo que iba a vomitar, lo supo también el marinero moreno, que la agarró de la muñeca y tiró de ella al tiempo que la levantaba sosteniéndola por la cintura, arrastrándola casi en volandas hasta la borda de babor. Inés vomitó, pero lo hizo en el preciso instante en que el marinero le sostenía la cabeza sobre la baranda contraria. Y el viento se llevó su vómito lejos, sin que una gota de bilis manchara el vestido añil de Inés, o la cubierta, o el jubón abierto del marinero moreno.

El estómago de Inés se relajó y la muchacha se irguió de nuevo con las fuerzas renovadas. Era la calma después de la tempestad. La felicidad después del desastre. El paraíso después de las penas del purgatorio. El marinero la había soltado de inmediato, y ella pegó la espalda a la pared del castillo de popa y resbaló por ella hasta quedar sentada en el suelo, con los pies separados sobre las tablas y los codos sobre las rodillas, cansada, y con la frente aún perlada de sudor. El marinero la miraba, y ella lo sabía, pero prefirió no alzar la vista hasta él.

—Richards —voceó él de pronto sin dejar de mirarla—. ¡Ron!

El marinero pelirrojo que las había guiado la noche anterior hasta sus aposentos acababa de salir por la puerta del castillo de popa. Miró a Inés e hizo un gesto afirmativo con la cabeza, desapareciendo hacia proa.

—*Milady*, debéis procurar vomitar...

—Hacia sotavento —interrumpió Inés mirándolo por fin—. Lo que supongo significará el lugar hacia el que va el viento. Os agradezco el consejo.

Pero el tono que empleó no agradecía nada y su mirada decía claramente «ahora ya os podéis alejar de mí». Él la estudió unos instantes, con un descaro impropio de un hombre de un estamento inferior hacia una doncella noble, e Inés se sintió desnuda y tuvo que clavar la vista en las ondeantes velas de *El Miguel*.

Llegó Richards. Traía la frasca de ron. Se la dio al marinero, y en el instante en que este se la tendía a Inés, Miguel y Victoria salieron del castillo de popa, y la voz seca del capitán detuvo el movimiento del marinero.

—No perdéis el tiempo jamás, ¿eh, señor Stowe? ¿Queréis ahora emborrachar a mi invitada como hacéis con vuestras bailarinas?

El marinero moreno no respondió, sino que miró al capitán a los ojos con su oscura mirada de desafío. Miguel lo ignoró. Dio un par de zancadas e

hincó la rodilla al lado de Inés.

—¿Cómo os sentís?

—Mejor.

—Acaba de vomitar —señaló Stowe—. El ron es para que se enjuague la boca.

Miguel se puso en pie.

—Bien, pero no os lo traguéis, *milady*. Intentad beber lo menos posible estos días. Si podéis dormir, hacedlo; de lo contrario, no permanezcáis en vuestro camarote. Estaréis mejor en cubierta. Y, *milady* —añadió en su tono irónico antes de regresar al interior—, sonreíd. Estáis a bordo de mi barco.

Inés le echó una mirada fulminante, pero solo se la pudo dirigir a su cogote.

Cuando el capitán pasó junto a Victoria, le susurró guiñándole un ojo:

—Creo que la hemos rescatado a tiempo.

Y la princesa, resoplando, dudó un instante y, tras hacerle un gesto a Inés con las manos para que la esperara ahí, lo siguió.

—Tomad, preciosa —dijo el marinero moreno alargándole la frasca—. Habéis oído al capitán. Es solo para enjuagaros la boca.

Inés la tomó con desgana y dio un sorbo. Sintió cómo el líquido le quemaba la boca con su dulce aroma a viejo. Escupió por encima de la barandilla y volvió la vista al marinero que permanecía inmóvil, frente a ella, sin quitarle los ojos de encima. Molesta, le devolvió la frasca que este entregó a un marinero robusto que había detrás de él.

—Debo reiteraros mi agradecimiento, señor Stowe —dijo Inés en un tono fríamente cortés.

—Preciosa, solo el capitán me llama Stowe. Podéis llamarme Fred. Mi nombre es Frederick —dijo tendiéndole la mano.

—Y a mí nadie me llama preciosa, señor Stowe —respondió ella sin estrechársela—. Podéis continuar llamándome *milady*.

Él retiró la mano y su sonrisa endemoniadamente atractiva se borró.

—*Milady*... —comenzó a decir, pero una enorme algarabía de risas lo interrumpió.

Fred se volvió a mirar. La tripulación se había agrupado junto al segundo palo, alrededor de un pirata esmirriado y del muchacho al que Stowe había golpeado la noche anterior. El pirata parecía terriblemente airado e

intentaba golpear al crío, pero este lo esquivaba con facilidad. El hombre comenzó a perseguirlo y el muchacho se zafó entre los demás marineros y comenzó a trepar por la escala del palo de popa con el hombre detrás lanzando imprecaciones.

Frederick abandonó a Inés para unirse a los demás marineros que coreaban al chiquillo con gritos de «más deprisa, Willie», o se reían del hombre, Dane el Rata, diciéndole que un crío era más rápido que él.

Pero aquello solo era cierto en parte, porque el Rata, cuyo apelativo no podía ser más adecuado dados sus prominentes incisivos, su aspecto sucio y su mirada de ratón, iba acortando la distancia que lo separaba del chico. Entonces, cuando distaba de él menos de tres pies, Willie se agachó en la escala de cuerda hasta colocar sus asentaderas a escasos palmos de la cara de roedor del Rata y dejó escapar un sonoro cuesco, que motivó las carcajadas de la tripulación.

El rostro del Rata se encendió de ira, sobre todo cuando Willie asió un cabo y, colgado de él, se columpió hasta la escala opuesta del mismo palo, dejando al pirata golpear el aire vacío con el puño. De nuevo la tripulación estalló en risas y vítores, y Willie, así animado, descendió unos pies y saltó al suelo de la cubierta, coronando su pirueta con una reverencia. En su rostro tiznado y amoratado por el puñetazo del día anterior brilló una sonrisa de triunfo, y sus ojos, muy grises, refulgieron.

El Rata también descendió a cubierta por su escala, corrido, iracundo, con la respiración entrecortada por la rabia. Sacó del cinto de su pantalón un cuchillo del tamaño de una espada corta y se abalanzó sobre el crío.

Fue Stowe quien lo detuvo, aferrándolo por la muñeca del arma en un movimiento tan rápido que Inés no lo pudo ver.

—Guárdalo para los oficiales enemigos, Rata —le dijo.

Rata arrugó la nariz con rencor, en un gesto nauseabundo, pero no opuso resistencia y volvió a envainar el cuchillo, con la rabia haciéndole saltar chispas de los ojos.

Entonces Stowe, con otro movimiento igual de fugaz e inesperado, estiró el brazo izquierdo hacia atrás y atrapó a Willie, que estaba observando divertido cómo obligaban a su adversario a bajar las armas. El muchacho trató de escapar retorciéndose, pero el pirata moreno lo sostuvo mientras le descargaba otro puñetazo en la mejilla. Willie cayó al suelo y, en cuanto se dio la vuelta, se llevó la mano a la mejilla para comprobar la magnitud del daño. Tenía un ligero corte, que apenas desentonaba con el moratón del

pómulo derecho, y sus vivaces ojos grises observaron a Frederick Stowe, sin ira, sin odio..., tan solo alerta ante lo que el pirata pudiera hacer. Stowe se volvió despacio hacia él, y el chico se apresuró a levantarse y ocultarse entre los demás marineros, que rieron de nuevo.

—Vamos, vamos —dijo Stowe—. ¡Al trabajo!

Y la congregación se disolvió sin ninguna objeción, cada hombre retomando la tarea que venía desempeñando cuando la pelea los interrumpió. Solo Fred no reanudó lo que hacía. Miró a Inés, sin volverse a acercarse a ella, y cuando la condesa bajó la vista, se volvió de espaldas y se dirigió a la proa a organizar unos cabos que estaban enredados. Y la muchacha maldijo por lo bajo su suerte, porque estaba convencida de haber cometido un error al juzgar al pirata.

Al entrar en el comedor, Miguel se había dirigido a sus cartas y había continuado trazando rutas y midiendo distancias sobre el papel, sin alzar la vista un instante a Victoria. La joven lo había seguido hasta la sala y se había quedado de pie, detrás de la silla de enfrente del capitán, sin atreverse a decir nada. La indecisión la mantenía inmóvil. El capitán estaba sumido en sus cálculos e ignoraba a la muchacha, pero, por otro lado, la joven no quería salir de nuevo a cubierta, pues se sentiría ridícula si abandonaba la habitación sin haber cruzado una palabra con aquel a quien había seguido.

Victoria miró el mar a través de los ventanales que se abrían a su derecha. A lo lejos se divisaba la costa inglesa, más allá de unas aguas cubiertas de espuma y de cabritillas.

Se abrió la puerta y entró Richards con una bandeja en la que llevaba un juego de té y unos panecillos. Sin decir nada, la dejó sobre la mesa baja que había junto a los sillones y volvió a salir del salón.

Victoria se vio tentada a acercarse y servirse el desayuno, pero permaneció inmóvil, incómoda. El capitán seguía inmerso en sus cartas, sin prestar atención a la bandeja de té. Victoria pensó en Inés, en cómo se sentiría, en que debía llevarle un panecillo, o al menos hacerle compañía y no dejarla sola entre aquel hatajo de salvajes. Y estaba dudando si decir que iba a ver cómo estaba Inés o no, cuando el capitán se apiadó de ella, la miró, se dirigió a la bandeja del té y llenó una taza.

—¿Lo tomáis con leche? —preguntó.

A Victoria la pregunta la tomó por sorpresa. Balbuceó un sí, y el capitán prosiguió preguntando si quería azúcar, y cuántas cucharadas. Nada de azúcar. Él sirvió la leche. Después llevó la taza y el plato de panecillos a la mesa ovalada y se los colocó delante. Victoria, aliviada, se sentó y observó a Miguel regresar a sus cartas. Allí de pie, tras los enormes mapas, trazando rutas con un encantador gesto de concentración, no le pareció tan temible.

—¿Habéis viajado a todos los lugares de ese mapa? —se atrevió a preguntar la joven.

Miguel no alzó la vista.

—No es un mapa, es una carta —miró a Victoria—. Y no, no he estado en todos. Hasta que os conocí no creí necesario viajar más lejos del Caribe y el Sur de África.

Volvió a mirar las cartas.

—No necesitaréis huir si cumplís vuestra palabra y nos dejáis en un puerto distinto del de Londres —dijo ella.

—Tampoco tendré que hacerlo si os mato y os arrojo al mar, *milady*.

Victoria sintió un escalofrío y no se atrevió a replicar nada. Tomó un panecillo, dudando sobre si debía preguntarle qué había hecho para molestarle. Sin embargo fue Miguel de nuevo quien se adelantó:

—Aún no os he presentado al segundo de a bordo, ¿no es así? En cuanto acabe de... —no terminó la frase. Con la regla trazó una línea en tinta—, en cuanto acabe os lo presentaré. Al contraмаestre ya lo conocéis. Es el señor Stowe.

Victoria palideció ligeramente. No tenía muy claro lo que era un contraмаestre, pero se le antojó un cargo importante, mucho más importante al menos de lo que ella, y probablemente Inés, habían pensado. Sin dar ninguna explicación y para asombro de Miguel, se levantó de la mesa y salió corriendo del comedor.

Inés permanecía en el lugar exacto donde la había dejado. Victoria corrió a su lado y señalando hacia proa, a la multitud de marineros, espetó jadeando:

—¡Es el contraмаestre! ¡El pirata de ayer!, ¡el feo ese tan moreno! ¡Es el contraмаestre!

Inés pensó que Victoria no había mirado bien a Frederick Stowe si pensaba que era feo, pero su cuerpo estaba demasiado revuelto para contradecirla en nada.

—Había imaginado que se trataría de alguien principal —contestó.

Victoria por fin lo descubrió entre los demás, organizando cabos al tiempo que hablaba con otros marineros, con la sonrisa en los labios. Inés no lo había perdido de vista.

—Ignoro cómo —replicó la rubia—. ¿Sabes qué es un contramaestre? El señor Richards dijo ayer que se ocuparía de que nos dejasen tranquilas.

Inés asintió levemente.

—Creo que es quien se encarga de la tripulación, de poner orden, de distribuir las tareas, de contratar nuevos marineros...

Victoria arrugó la nariz.

—¿Y por qué él? A mí me parece un sucio. Mucho más que el señor Richards. Y un salvaje. Recuerda lo que le hizo al crío de anoche.

—Porque la tripulación lo respeta —contestó Inés. Su voz se ahogó al final. De nuevo se encontraba peor.

—Deberías levantarte.

—No, no debería —sonó la voz de Miguel detrás de ellas. Traía un plato con panecillos y se lo alargó a la condesa—. Tomad uno aunque no tengáis gana. Si vomitáis, siempre será mejor que tengáis algo en el estómago.

Inés obedeció, pero, pese al mal cuerpo que tenía, trató de dedicarle al capitán su más lograda mirada de odio.

—Y vos, *milady* —añadió él volviéndose a Victoria—, ya que vuestra acompañante no está en condiciones de socializar, ¿me querríais acompañar a conocer a mi segundo de a bordo, o preferís salir corriendo de nuevo?

Victoria se ruborizó levemente y lo siguió, pensando que debía aprender a controlar el color de su gesto, que aquella mañana oscilaba entre el pálido y el carmesí.

La princesa y el pirata subieron al castillo de popa y se dirigieron al timonel. El hombre fornido sonrió a Victoria a través de su barba negra y rizada que le tapaba más de media cara. Llevaba en la oreja izquierda una enorme perla que pendía de un gancho de oro, y en el brazo derecho un tatuaje indígena en un tono verdoso, en el cual era imposible reconocer ninguna figura concreta.

—Lady Dudley —dijo Saavedra—, permitidme que os presente a mi segundo de a bordo, el señor João Ferreira do Santos. Es de origen portugués y era, en ocasiones, piloto de mi padre cuando aún vivía. No encontraréis mejor timonel que él, ni yo mejor amigo —dijo palmeándole la espalda—. João, lady Dudley es la joven aristócrata, curiosa e impertinente, de la que os

hablé ayer. Como os dije, ella y lady Braukings nos acompañarán a mi pesar hasta el próximo puerto.

La sonrisa que había esbozado Victoria al ver al hombretón se borró en el acto. El timonel dejó escapar una risotada.

—Confío en que sabréis cómo tratarla —añadió el capitán.

—Un placer conoceros, *milady* —dijo inclinando la cabeza.

Y después miró al capitán y le dijo en portugués: *Es um canalha*, a lo que Miguel contestó sonriendo como si le hubieran dicho un cumplido:

—*Não a perca de vista* —mientras señalaba a la joven con el mentón.

Victoria no había entendido lo que se habían dicho en portugués, pero se sentía dolida. Sus ojos brillaban.

—Capitán —dijo ella con la voz temblándole—, si tan solo me presentáis a vuestra tripulación para burlaros de mí, os rogaría que dejarais de hacerlo.

Y se alejó hasta la borda a observar el mar y la costa a lo lejos. Miguel llegó hasta su lado.

—*Milady*, si no estáis a gusto a bordo, siempre os podéis bajar —respondió señalando las aguas—. ¿O debo recordaros que estáis aquí por vuestras amenazas, y no por mi invitación?

A Victoria le brillaron los ojos y se marchó con paso rápido hacia las escaleras que bajaban a la cubierta principal, donde estaba Inés.

Entonces un marinero muy anciano, de pelo blanco, parche en el ojo y cuerpo más parecido a un esqueleto que a un vivo, que limpiaba una cornamusa cerca de donde había transcurrido la escena, se acercó al capitán y se atrevió a decirle:

—Ella no os ha amenazado, capitán. Os lo ha rogado.

Miguel bajó la vista hacia él con curiosidad. Ante el anciano, la mirada del capitán abandonaba su insolencia y adoptaba un aire más humilde. El anciano le mantuvo la mirada unos instantes, y, sin decir nada, Miguel bajó a cubierta y caminó hasta la muchacha. Victoria se había sentado junto a Inés, y los ojos le brillaban todavía. Se puso en pie al ver al capitán.

—Lady Dudley, respecto a las presentaciones a mi primer oficial... —titubeó el capitán—, solo bromeaba. Él sabe que no hablaba en serio.

Victoria se quedó inmóvil, muda, dolida, sin atreverse a decir nada.

El capitán dio tres pasos para alejarse y, acto seguido, se volvió y añadió:

—Es... agradable tener compañía de cuando en cuando.

Victoria sintió una ráfaga de alegría.

Inés alzó la vista hacia el pirata. El panecillo le había sentado bien y se había tomado otro más, de modo que se sentía repuesta.

—¿Os estáis disculpando, capitán? —apuntó burlona.

Miguel le devolvió una sonrisa de odio a la condesa, murmuró un «estaré en el comedor si me necesitáis», se dio la vuelta y se introdujo en el castillo de popa. Victoria dudó unos instantes, y después recogió el plato vacío y siguió al capitán ante la mirada de asombro de su amiga.

En el interior del comedor, el capitán escribía en un libro. Su caligrafía era menuda y apretada. La joven princesa devolvió el plato vacío a la bandeja del té, feliz por haber encontrado una excusa para entrar en la misma sala que el español. Aprovechó el ofrecimiento del capitán para interrumpirlo en su tarea.

—¿Escribís un diario?

—El diario de a bordo. Decepcionaría a Braukings si no tuviera un falso diario para que él pudiera leer qué no he hecho. Sería... demasiado sencillo.

Victoria se acercó a observarlo más de cerca.

—¿Braukings lo lee?

—Ya no. No le interesan más las historias que invento. Es una lástima. Rebosan imaginación.

—¿Nosotras aparecemos en él?

Miguel alzó la vista hacia la muchacha.

—Por supuesto. A Braukings le encantará saber que estáis aquí. ¿Queréis poner vuestro sello? ¿O preferís enviarle un saludo con vuestra propia caligrafía?

Victoria sonrió. Tendría que acostumbrarse a la acidez del capitán si quería acompañarlo. Señaló las cartas de navegación estiradas bajo el diario.

—¿Adónde nos dirigimos?

—No puedo decíroslo. Tendría que mataros. Pero puedo enseñaros dónde está Londres.

Victoria volvió a sonreír y Miguel apartó el diario y le mostró la ciudad en una de las cartas.

—¡Qué pequeñito! Yo lo vi cierta vez más grande en un mapa.

—Lo visteis más grande porque ese mapa abarcaba menos extensión. Esto es una carta. Mirad —mostró Miguel apartando esa carta y tomando otra

—. Aquí es mayor. Y... —se dirigió a la librería, abrió un cajón ancho y fino y sacó de allí varias cartas más que extendió sobre la mesa— aquí aún mayor. Depende de la escala. Esta carta es un aproche. Abarca un espacio más pequeño y por eso se ve mayor. Así contiene más detalles. ¿Veis? En una carta general, una milla es así de grande, mientras que en el aproche es mucho mayor, y aún mayor en el portulano. El número de veces menor de lo que mide en realidad viene indicado por este número... Es complicado, demasiado para explicárselo a...

—Lo entiendo —interrumpió Victoria—. Cartas generales, aproches, portulanos. Y cuanto mayor es el número que aparece bajo el uno, mayor detalle y menor extensión.

Miguel se quedó en silencio, estudiando a la joven que tenía ante él. Victoria trató de disimular su orgullo inclinándose sobre el portulano y estudiándolo con atención.

—¿Y cómo sabéis dónde hay navíos hundidos, o arrecifes en los que encallar? —preguntó la princesa con fingido interés.

—En los derroteros —contestó Miguel—. Son libros que describen con detalle las zonas peligrosas. Un buen derrotero es el mayor tesoro que un capitán puede tener, más que el oro o las perlas, pues le permitirá introducirse en aguas en las que los demás navíos zozobrarán. Os mostraría uno, pero todos los que valen algo están escritos en español. Vuestro Francis Drake daría más de un navío por apoderarse de ellos en lugar de un cargamento de oro.

Victoria no le contradijo. No podía creer que el capitán le estuviera contando todos aquellos secretos apasionantes en lugar de insultarla. Se alejó de la mesa y se acercó a la estantería de la pared de proa. Paseó junto a los libros, leyendo los títulos de sus lomos. La *Teología platónica* de Ficino, *El cortesano* de Castiglione, *Utopía* de Tomás Moro, *Diálogos sobre la dignidad del hombre* de Hernán Pérez de Oliva, multitud de coloquios y tratados de Luis Vives y Erasmo de Róterdam, así como de Fray Luis de León, el reciente *Arte de la Navegación* de John Dee. Miguel parecía tener atrapado todo el saber humanista en distintos idiomas en su pequeña biblioteca. Victoria se detuvo ante un libro en cuyo lomo, más gastado que el resto, no había título ninguno, tan solo un uno escrito en tinta. La princesa lo sacó con cuidado. En la tapa, color ocre, tampoco había nada escrito, de modo que lo abrió y lo hojeó. Estaba manuscrito, con una caligrafía apretada y rápida.

—Son comentarios y apuntes que he ido tomando de distintos tratados de navegación para continuar instruyéndome como capitán más allá de lo que me enseñó mi padre —explicó el pirata.

—¿Lo leéis con frecuencia?

El español meneó la cabeza.

—Ya no. Conozco de memoria casi todo lo que hay ahí escrito. Y en los siguientes —señaló la estantería, y Victoria pudo ver otros volúmenes similares con números romanos que llegaban hasta el cuatro.

—¿Os importaría que lo leyera? No he traído lectura conmigo.

Miguel sonrió.

—No entenderéis una sola palabra, *milady*.

La princesa frunció el ceño.

—Está en inglés, y la caligrafía no es tan terrible.

El capitán reconstruyó su frase.

—Es un libro de tecnología naval. Será como si os hablaran en otro idioma. Habrá numerosos términos que no entenderéis.

Victoria le dedicó una sonrisa abierta.

—Convencida estoy de ello. Mas cuento con la ventaja de tener cerca al autor para que me los explique.

Miguel la estudió de nuevo, con curiosidad, como si tratara de leer más allá de los vivaces ojos azules de la princesa. Tamborileó los dedos contra su pierna y finalmente dijo:

—Será un placer.

Victoria no quiso esperar a que Miguel añadiera cualquier comentario cruel que acabara con su alegría. Inclino la cabeza en agradecimiento y, con el grueso libro en la mano, salió a cubierta, se sentó en el suelo junto a la mareada Inés y comenzó a leer.

Por la tarde el cielo se nubló, y al caer la noche estalló una tormenta que duró los tres días que tardaron en atravesar el canal de la Mancha. El mar se volvió un monstruo negro con olas feroces coronadas de espuma, que zarandeaban a *El Miguel* en todas las direcciones posibles. Inés se encerró en su camarote y pasó los tres días sin levantarse de la litera que compartían más que para vomitar en una escudilla, e incluso el capitán evitó concentrar la vista mucho tiempo en ningún libro o carta, y salía con frecuencia a cubierta para dar órdenes. Apenas llevaban velas desplegadas y se conformaban con

no desviarse mucho del rumbo inicialmente previsto. El viento silbaba en los cabos, en los palos, en las velas, y la lluvia calaba a los hombres hasta los huesos. El carpintero de a bordo, apodado Clavos, se veía obligado a cerrar vías de agua todos los días, y el cocinero, monsieur Perpignac —a quien todos salvo el capitán llamaban *Parbleu*, pues era la expresión que más repetía—, renunció a cocinar nada caliente. Si Ferreira do Santos abandonaba el timón solo era en manos del capitán y las horas necesarias para procurarse descanso, y tan solo los hombres de la tripulación con más experiencia lo acompañaban en la cubierta.

Y en esos días de mareos continuos, de miedo y malestar, Victoria leía el libro de técnicas de navegación en su camarote, sentada junto a Inés —que solo se levantaba a vomitar— o en el comedor, con una taza de té bailando de lado a lado de la mesa en la que Miguel trabajaba lo menos posible. Victoria parecía haber nacido en el mar, o al menos su estómago. Sin sentirse ni siquiera algo indispuesta, leía durante horas, con toda la atención concentrada en aquel tomo enorme de letra apretada y aspecto indescifrable. Doblaba la esquina superior de una página cuando no entendía algo, y proseguía leyendo hasta que el capitán dejaba su tarea para evitar marearse. Entonces le preguntaba sus dudas que, a medida que avanzaba en el libro, iban siendo menos frecuentes, y el capitán, estudiándola con su mirada neutra capaz de ocultar cualquier vestigio de asombro, se lo explicaba, a veces con palabras complicadas para ponerla a prueba. Pero, aunque Miguel lo ignorara, en las venas de Victoria corría la sangre de Isabel I, la reina de los piratas, y la muchacha absorbía la información que le procuraban el libro y el capitán como una planta absorbe el agua.

En los escasos ratos en que dejaba de leer, Victoria le hablaba a Inés como quien habla a un moribundo. La conversación de los primeros días planificando lo que harían cuando las dejaran en algún puerto, cómo llegarían a España y qué harían allí quedó relegada a un segundo plano, y Victoria solo hablaba de Miguel. Le contaba a Inés que el capitán había cambiado completamente su actitud hacia ella, que casi se atrevería a decir que no le molestaba que estuvieran allí, y que, tal vez, se habían equivocado en su juicio, pues Miguel podía ser absolutamente encantador, y con ella no podía mostrarse más atento. Era cierto que, de vez en cuando, se burlaba de la presencia de las muchachas allí, y si afloraba el tema, repetía que a cada instante se veía tentado a echarlas por la borda y que ellas no podían suponer un incordio mayor, pero Victoria estaba convencida de que no lo decía en

serio. E Inés la escuchaba horrorizada, sin fuerzas para repetirle que ellas estaban allí porque al capitán no le quedaba más remedio; que aunque era cierto que podía ser encantador, esa era otra más de sus habilidades de pirata, que incluían una asombrosa capacidad de actuar —como mostraba el hecho de que fuera un gran amigo de la reina Isabel y al mismo tiempo saqueara sus barcos— y que, cuando se burlaba de Victoria, realmente lo hacía porque disfrutaba con ello, manifestando así su crueldad. Pero era imposible. Inés no podía discutir con ella, y Victoria se levantaba cada mañana feliz ante la idea de saludar a Miguel, tratar de impresionarlo y ver qué le depararía el día a su lado. Y los pequeños momentos que las dos muchachas pasaban juntas se iban volviendo más breves, puesto que la princesa apenas aguantaba media hora sin buscar una excusa para ir a ver al español.

Y así, entre vómitos en la escudilla y lecciones de tecnología, llegó la calma a los cuatro días de haber zarpado de Londres.

A Inés la despertó el hambre. Por encima de la sensación de mareo, por encima del malestar, su estómago rugía como si una fiera se le hubiera metido dentro. La luz de la mañana entraba por la ventana, pero Victoria aún dormía, con el libro a un lado de la cama. Inés calculó por el movimiento que la mar se había calmado un poco y, por la luz, que había acabado la tormenta. Se puso en pie y, haciendo un esfuerzo para luchar contra el mareo, se metió en el vestido añil del primer día y se desenredó el pelo; no se lo recogió. Aquello le pareció más que suficiente.

Se dirigió al comedor de oficiales en la popa de la nao, pero estaba desierto. Regresó al pasillo y golpeó la puerta de enfrente de su camarote, que era la del camarote de Richards, pero no hubo respuesta. Así que salió a cubierta. La cubierta también estaba vacía. Ante ella estaban los dos palos de *El Miguel* alrededor de los cuales había visto los otros días a los marineros y, más allá, el castillo de proa, que en *El Miguel* era una pequeña construcción que apenas sobresalía tres pies sobre la cubierta, en aras de no frenar al navío. Inés avanzó un par de pasos para poder ver quién estaba de timonel en el puente, detrás de ella, y descubrió a un pirata grande, malencarado, que la observaba con gesto de pocos amigos. Nadie más. Una presencia demasiado intimidatoria como para que Inés se atreviera a hablarle. Entonces, cuando se había resignado a regresar a su camarote, miró a lo alto del palo mayor, en la cofa, y se dio cuenta de que el pirata que estaba de vigía era el niño de los

ojos tan grises al que había visto ser golpeado dos veces. Inés caminó hasta la escala, se puso la mano junto a la boca para que el viento no se llevara sus palabras y gritó:

—¡Por favor! —Pero el crío seguía oteando el horizonte—. ¡Muchacho! —No la miró—. ¡Willie! —acertó a decir por fin la joven, recordando el nombre con el que le habían aclamado.

El muchacho, con el ceño fruncido, miró entonces hacia abajo. Al descubrir a la joven, en su precioso rostro infantil se pintó la sorpresa. Inés le sonrió convencida de que, debido al malestar, su sonrisa había parecido una mueca.

—¿Dónde está la cocina? —gritó ella de nuevo separando mucho las sílabas para que el viento no se llevara la mitad de cada palabra.

Willie señaló hacia el castillo de proa.

—¿En proa? —preguntó Inés.

El muchacho asintió señalando de nuevo hacia la pequeña construcción que abría el navío. Inés abandonó la idea de regresar a su camarote y, obedeciendo las instrucciones del crío, cruzó el combés hasta el castillo. El aire en el rostro le hacía sentirse mejor. Al acercarse, oyó ruido de voces, que renovaron sus esperanzas de lograr un desayuno. Bajó los cuatro escalones que llevaban a la puerta del castillo de proa y girando el pomo plateado empujó la madera. El ruido de voces cesó de pronto e Inés descubrió que había llegado al comedor de la tripulación. Sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la escasa luz que había dentro. Cuando lo hicieron, Inés pudo ver a una treintena de marineros que la observaban con asombro y descaro, todos en silencio, sucios, desarrapados. El techo de la habitación, tan bajo que cualquier hombre alto tendría que pasar inclinando la cabeza, le daba al comedor un aspecto de antro plagado de bestias. Y, en el centro de la mesa, mirándola con más descaro aún que el resto, estaba Frederick Stowe. Inés tragó saliva y cruzó el umbral de la puerta, consciente de lo ridículo que sería darse la vuelta en esas circunstancias, aunque no hubiera nada más en el mundo que deseara hacer. Vio que al otro extremo del comedor se abría una puerta y, muy digna, cerró tras de sí y cruzó la sala con intención de salir por ella. Un pirata le dio un codazo a Stowe y murmuró en un tono no tan bajo como para que Inés no pudiera oírlo si no le iba a decir nada. Pero Fred no contestó, y prosiguió estudiando divertido a la muchacha.

Inés fue a abrir la puerta que creía daría a la cocina, pero, de pronto, le asaltó la duda sobre si no daría a algún otro sitio que complicara más la

situación, y optó por volverse al grupo de hombres y preguntar si tras aquella puerta estaba la cocina. Los hombres balbucearon unos «sí» apenas inteligibles mientras movían la cabeza en asentimiento y la condesa abrió. En efecto, la puerta daba a la cocina. Al abrirla sintió la bofetada del calor y el olor a comida. En ella, un hombre enorme y sudoroso, con unos bigotes negros que colgaban lacios, hablaba con Richards. Este, al ver a la condesa, corrió horrorizado hasta ella y tomándola del codo la sacó de la cocina y la empujó a través del comedor al tiempo que le decía que no podía estar allí. Inés no presentó la menor resistencia. Todos los marineros la observaron cruzar empujada por Richards y, cuando hubo salido y subido los cuatro escalones hasta la cubierta, la condesa los oyó estallar en carcajadas. La joven agradeció para sus adentros el que hubieran esperado a que ella estuviera fuera para reírse. Entonces, ya al aire libre y lejos de las miradas de los hombres, se detuvo y se desembarazó del agarre de Richards para informarle de que estaba muerta de hambre y preguntarle si podría tomar unas pastas. Richards le dijo que no había pastas, pero que si esperaba en su comedor —y subrayó mucho el «su»— le llevaría enseguida el desayuno. Le preguntó si quería también huevos y tostadas e Inés asintió a todo y caminó de vuelta al comedor de oficiales.

No llevaba más de cinco minutos esperando cuando Miguel apareció por la puerta.

—¡Buenos días, condesa! ¡Qué grata sorpresa! No esperaba que fuerais a reuniros conmigo en toda la travesía.

—No tenía intención de hacerlo. Por no desayunar con vos traté de hacerlo con la tripulación, pero el señor Richards me lo ha impedido —respondió ella mordaz.

Miguel rio y le hizo un gesto que la invitaba a sentarse. En aquel instante entró Richards con una bandeja con tres tazas para el té, panecillos y varios cacharritos con distintas mermeladas. El capitán sirvió dos tazas, le preguntó a la condesa cómo tomaba el té —solo con limón— y le colocó delante la taza y el plato de panecillos. La muchacha se abalanzó sobre uno de ellos y, para cuando regresó Richards con la segunda bandeja con los huevos, ya se había comido dos de los cuatro que desayunó. Miguel la observaba en silencio, divertido, pero a la joven condesa no le importaba.

Llegó Victoria, con el mismo vestido del día anterior —uno bordado en verdes y amarillos claros—, rostro somnoliento y el libro en la mano, y Miguel le sirvió su té con leche. Tanto el capitán como la princesa

únicamente desayunaron té con leche y algún panecillo. La rubia le pidió al capitán que le mostrara dónde se encontraban en una carta y él abrió el cajón y sacó un aproche. Lo desplegó sobre la mesa, lo que obligó a Inés a apartar el plato, y le indicó un punto del Cantábrico, sobre las costas de Galicia.

—¿Os consideráis capaz de encontrar este punto exacto en otra carta distinta? Si lo conseguís, os enseñaré a utilizar el sextante.

—Estaré encantada de intentarlo —contestó la princesa.

Inés empezó a marearse de nuevo, aunque no podía decir a ciencia cierta si era por el efecto del mar o por ver a su amiga tan cómoda junto al pirata. Se terminó el té de un trago, tomó el cuarto panecillo del plato y los dejó solos, entre tinta, reglas, un compás y una pila de cartas.

El mar seguía revuelto, por lo que Inés comprobó la dirección del viento y se sentó en el suelo, junto a la borda de sotavento, con la espalda apoyada en el castillo de popa, y se quedó allí terminándose el desayuno mientras buscaba con la mirada al contramaestre. Lo vio en la proa. Discutía con el Rata. Por lo que podía averiguar Inés, este había lanzado un cuchillo al palo desde una distancia de unos diez pies y, cuando estaba alardeando de puntería ante los demás, Stowe se había burlado de él. Ahora Stowe se disponía a demostrar la insignificancia de la hazaña del otro marinero lanzando los siete cuchillos que llevaba al cinto desde una distancia superior a los quince pies.

Inés dudó unos instantes si moverse de allí y al final, como el desayuno le había sentado estupendamente y su estómago parecía estar en calma, se levantó y caminó hasta el grupo de hombres. El contramaestre lanzó sus cuchillos y, pese al movimiento del navío y el aumento de la distancia, los siete se habían clavado en el palo, dibujando una vertical perfecta. El Rata arrugaba la nariz en un gesto desagradable. Stowe se disponía a recogerlos cuando la voz de la condesa lo detuvo.

—Señor Stowe —él se giró hacia ella sorprendido. Todos los hombres la miraban sorprendidos también. Inés tragó saliva—. Os quería presentar mis disculpas. Cuando os hablé el otro día, acaso mis palabras o el tono de mi voz fueran extremadamente secos. El malestar... me impidió trataros con la gratitud debida.

Inés repetía las palabras que llevaba rato pensando. Stowe no la interrumpió.

—Os ruego que no toméis en consideración el incidente —dijo tendiéndole la mano con cortesía, a la vez que estiraba el cuello con el aire más noble del que era capaz.

Fred clavó sus ojos negros en los de ella y se cruzó de brazos, observándola divertido. «No eches tus perlas a los cerdos, no sea que ellos vuelvan y os despedacen», pensó Inés entonces, y apartó la mano, preparándose para la respuesta del pirata. Pero, tras unos segundos, el contraamaestre buscó su mano, la tomó y educadamente colocó sus labios encima.

—No tenéis que disculparos, *milady* —dijo, y recalcó mucho el «milady»—. Conozco los efectos del mareo, y conozco a las mujeres.

Y se dirigió al mástil a recoger sus cuchillos.

Inés sintió una ligera punzada en su orgullo. La soberbia con la que el marinero había realizado aquel gesto, la perfecta cortesía de su beso que no había llegado a ser tal... Sintió ganas de decirle que dudaba que conociera mujeres como ella, pero eso pondría de manifiesto que un mísero marinero había logrado ofenderla. Se dio la vuelta muy digna y regresó a sentarse al castillo de popa. Y se quedó allí toda la mañana combatiendo el mareo.

Victoria salió a cubierta al mediodía para indicarle a Inés que la mesa del almuerzo estaba dispuesta. La condesa se puso en pie y acompañó a su amiga al comedor. Antes de entrar, la sostuvo del brazo y le preguntó:

—¿No os importunaré?

—Ojalá lo hicieras —suspiró la rubia—, pero me temo que no despierto el menor interés en el capitán. Con suerte no le resulto demasiado molesta.

Inés frunció el ceño. Acaso fuera mejor no dejarla tanto tiempo a solas con el capitán.

Tras el almuerzo en el que Inés apenas probó bocado —aún seguía saciada por el desayuno—, la condesa regresó a su lugar, apoyada la espalda en el castillo de popa. Victoria acompañó a Miguel al puente. El capitán daba las órdenes oportunas para lograr cazar más viento y la princesa absorbía cada palabra que salía de sus labios. La mar estaba ahora en calma, el viento no era más que una brisa, y el navío se movía lento, dándole al estómago de Inés una tregua. Miguel ordenó desplegar todas las velas y en cubierta se

iniciaron las maniobras. El capitán tomó personalmente el timón, cambió ligeramente el rumbo y las velas restallaron, llenas de aire. El navío comenzó a ganar velocidad. Con todas las velas hinchidas, era aún más hermoso. El sondero lanzó la corredera, una tabla atada a un cabo, y rezó su oración. En cuanto la acabó, contó los nudos del cabo.

—¡Seis nudos! —voceó.

A esa velocidad, *El Miguel* recuperó el tiempo perdido, y horas antes de que cayera el sol doblaba Finisterre a una distancia prudente de la costa.

—Señor Stowe, que icen el pabellón español en honor a nuestra invitada española —ordenó Miguel.

Victoria dio un saltito de felicidad.

—¿Estamos en España?

Miguel le tendió un catalejo.

—Aquello es Galicia, *milady*.

—¿Y haremos puerto allí? —preguntó, sin estar segura de si le alegraría o no una respuesta afirmativa.

—¿Recalar en España? No creo que el bueno de su majestad Felipe me dejara poner un pie en la península sin... pedirme que le pagara una visita. Estará ansioso por tener noticias de mi buena amiga la reina Isabel.

El barco se escoraba, las velas restallaban, y el ánimo de la tripulación era tan soleado como el día.

Victoria apenas leyó aquella tarde, pues las explicaciones del capitán ocupaban todo su tiempo y eran sin duda mucho más interesantes. Con el viento salado revolviéndole la falda y el cabello, la seca voz del capitán desentrañando secretos del mar, y sabiendo a su amiga del alma a escasos pies de ella, creía haber alcanzado la dicha.

Y mientras tanto, Inés, ya plenamente repuesta de los mareos, buscaba una excusa para acercarse de nuevo al contramaestre. Odiaba admitir que el hombre ejercía una inquietante atracción sobre ella, pero era suficientemente realista como para no engañarse al respecto. Durante toda la tarde estuvo pensando, pues Victoria estaba inmersa en su mundo de maniobras y naos y, después de que los hombres se subieran a las vergas a recoger buena parte del velamen con la caída del sol —aunque el viento amainara, el capitán pronto se retiraría del puente y ningún oficial salvo Ferreira, el timonel, tenía la pericia para llevar *El Miguel* a todo trapo por el Atlántico—, Inés ya había

decidido lo que haría. Esperó a que el contraмаestre acabara de organizar la recogida de las velas y, antes de que se retirara con el resto de los hombres bajo cubierta, se puso en pie y caminó hacia él.

Estaba acompañado de tres marineros con los que venía riendo y la joven se preguntó si no sería mejor esperar a encontrarlo solo. Pero sabía que aquello no resultaría sencillo y el contraмаestre ya se había dado cuenta de que ella se dirigía hacia él. El recuerdo de la humillación del día anterior hacía más difícil llevar a cabo lo que había previsto. De modo que tomó aire para darse ánimos y le habló. Su voz tembló ligeramente al principio, pero fue un temblor imperceptible.

—Señor Stowe.

El contraмаestre se detuvo y la miró interrogante. Los otros tres hombres también y, a pesar de que ella les dirigió una mirada que denotaba que preferiría que ellos no estuvieran allí, ellos parecían estar demasiado divertidos como para hacer concesiones. Inés no se atrevía a seguir. Comenzó a murmurar un «querría» que se apagó de inmediato al tiempo que su mirada se clavaba en el suelo. Volvió a echar un vistazo nervioso a los malditos acompañantes. Stowe sonrió.

—Ahora me reúno con vosotros —les dijo a los otros, al tiempo que hacía un gesto con la cabeza para que siguieran sin él.

Los tres obedecieron con una visible mueca de fastidio, dejándolos solos. El contraмаestre volvió a clavarle sus ojos negros interrogador. Inés se sintió aliviada, pero aún así el peso de la pregunta le lastraba la lengua.

—Decidme, preciosa —animó él.

La confianza irritó a Inés y le dio fuerzas.

—Señor Stowe —dijo mirándole a los ojos con arrogancia aristocrática—, querría que me enseñarais a ser un pirata.

Al contraмаestre solo le faltó saltar hacia atrás.

—Disculpad..., creo no haberos entendid... —balbuceó, con sus grandes ojos negros abiertos como dos cavernas.

Inés se dio cuenta del cambio en el tono de voz y de que había abandonado las familiaridades, y la victoria le hizo hincharse de orgullo.

—Señor Stowe, ¿acaso mi inglés es demasiado depurado para vuestros oídos? Conozco que *El Miguel* es un barco pirata, lo que inevitablemente os convierte en un pirata a vos. Y querría que me enseñarais a serlo yo misma.

Él tardaba en asimilar las palabras de Inés.

—No preciso de muchos conocimientos sobre navegación —prosiguió la condesa, con la seguridad renovada por la indeterminación del contraamaestre—. Al menos no es menester que adquiera más conocimientos de los que tengan estos hombres. Quiero conocer las velas, los nudos, las tareas..., entender las órdenes, no saber darlas. ¿Acaso no os sentís capaz de explicarme lo que os pido? ¿Me he equivocado de hombre?

Por fin él habló. Lo hizo con cuidado, midiendo sus palabras.

—No os habéis equivocado de hombre —dijo—, pues si alguien puede ayudaros en lo que pedís, sin duda soy yo. Solo dudo que *milady*...

—¿*Milady*? —repitió Inés burlona—. ¿De pronto me consideráis incapaz de realizar los trabajos que desempeñan los hombres de vuestra clase? —apuntó con sarcasmo, disfrutando del desconcierto creado en el pirata.

Stowe espiró con fuerza, algo intermedio entre un suspiro y un resoplido.

—Preciosa, te hablaré con franqueza si así lo quieres —repuso entonces, dispuesto a recuperar su terreno—. No creo que tus manos puedan izar siquiera una bandera. Es descabellado que quieras aprender a ser marinero, y más aún esa alusión a ser pirata, que no sé en qué se concreta.

Terminó su frase cruzándose de brazos. De nuevo su voz áspera y su seguridad lo convertían en el hombre más atractivo que Inés hubiera conocido jamás. Pero, a medida que hablaban, Inés también ganaba confianza en sí misma.

—Cierto es que no me creo capaz de nada, se trata de que me enseñéis. Entendedlo como un capricho de la gente de mi clase. No necesito ser un buen pirata, no necesito ser un pirata para nada. Mi alimento y mi vida no van a depender de ello. Pero quiero aprender. ¿No os sentís capaz de enseñarme?

—Preciosa...

—¡Ah! Y lo de aprender a ser pirata significa que es menester que me enseñéis a defenderme —interrumpió deliberadamente, y señaló los cuchillos que asomaban sobre su cinta negra.

El contraamaestre se mantuvo de brazos cruzados, en silencio, estudiándola una vez más. El sol naranja del atardecer resaltaba el color dorado de su piel.

—¿Qué decís? —insistió Inés pertinaz, para no perder la superioridad ganada.

—Lo haré —contestó él entonces.

El rostro de la joven se iluminó en una sonrisa.

—Mas debéis seguir mis reglas —advirtió él.

Inés escuchó.

—En primer lugar, me obedeceréis en todo...

—¿En todo? —exclamó la joven con recelo.

—Todo —repitió él—. Si vais a ser un marinero tendréis que obedecerme como lo hacen los demás.

—Os obedeceré en todo aquello que guarde relación con el barco o con mi aprendizaje de la piratería.

Él inclinó la cabeza aceptando la matización.

—En segundo lugar, me mostrarás el respeto debido —dijo abandonando el tratamiento de cortesía— y no me tratarás como a un marinero. Se acabaron los aires de damisela y los «miladies». Soy el contramaestre de este barco y aquí mando yo.

El tuteo le chirriaba a Inés como si Stowe estuviera arañando un pedazo de pizarra con las uñas.

—Ignoro el respeto que os tienen los demás marineros, pero será el que os muestre yo en cuanto lo conozca —respondió ella. Él fue a intervenir, pero ella no se lo permitió—. No os respetaré menos, pero tampoco os respetaré más. Y no volveré a comportarme como un miembro de la nobleza.

También esta respuesta le satisfizo.

—Tercero...

—¿Más? —protestó Inés.

—Tercero, no me volverás a llamar señor Stowe mientras vivas, ni siquiera el día en que hayas terminado el aprendizaje y vuelvas a ser *milady*...

Inés trató de interrumpir, pero él prosiguió diciendo:

—Me llamarás Fred, y me tratarás de tú. ¿He sido claro, preciosa?

La condesa apretó los dientes al escuchar aquel apelativo. Cerró un instante los párpados y, cuando los abrió, respondió:

—Os llamaré Fred y os trataré de tú, señor Stowe, si vos me llamáis Inés y no preciosa. No llamáis preciosa a vuestros marineros.

Él sonrió.

—Preciosa, las reglas las pongo yo. No estás en condiciones de discutir las. ¿Aceptas?

Inés dudó.

—¿Es la última regla?

Fred se quedó pensativo unos instantes.

—Por el momento no se me ocurren más.

Inés resopló.

—No más señor Stowe, y te trataré de tú.

Él sonrió satisfecho.

—Mañana, cuando amanezca, comenzaremos. Estate preparada, preciosa.

Y aunque el «preciosa» se le clavaba como un agujón, Inés se volvió al camarote feliz y consciente de que no se aburriría más, por larga que fuese la travesía.

En aquella cena Inés estuvo distraída, y de nuevo permaneció al margen de la charla que mantenían Miguel y Victoria. De vez en cuando pensaba en la conversación con Fred y se sonreía, hasta el punto de que el capitán no pudo por menos que preguntarle la causa de aquellas enigmáticas sonrisas.

—Capitán, nada puedo hacer para evitar vuestras indiscretas preguntas —contestó Inés con su habitual sequedad—, pero en mi mano está no contestarlas y es lo que pienso hacer. Sería una temeridad hacer una confidencia a quien seguro la utilizaría para sacarme los ojos.

Miguel se rio.

—¡Voto a Dios que mis peores enemigos tienen de mí un concepto mejor del que tenéis vos! Guardad silencio pues. Nadie os lo impide.

### CAPÍTULO III

Victoria se quedó leyendo en el comedor hasta tarde, pero Inés se acostó nada más terminar la cena, impaciente ante la llegada del nuevo día. No obstante, no se logró dormir hasta bien entrada la noche, tal era la tensión de sus nervios.

Cuando al amanecer golpearon la puerta, fue Victoria quien se despertó y se puso en pie, murmurando que no se le ocurría quién podía importunarlas tan de mañana. Las palabras de Victoria sacudieron de Inés todo el sopor, y la joven condesa saltó de la litera y chocó con su amiga, que ya había dado la vuelta alrededor de la cama.

—¡Pardiez, Inés!

—Discúlpame, Victoria. Permíteme abrir a mí.

Y ante los extrañados ojos de la princesa, Inés se precipitó hacia la puerta.

Fred estaba al otro lado sonriendo.

—¿Acaso es demasiado temprano para ti, preciosa?

Inés musitó un «buenos días» y tomó las ropas que el contraamaestre le tendía.

—Apresúrate si quieres desayunar. Ya conoces dónde está el comedor.

Inés cerró la puerta y miró el amasijo de ropa que Fred le había llevado: una camisa blanca, unas calzas de velludo azul oscuro y una cinta de tela para sujetárselas. Comenzó a vestirse sin prestar atención a Victoria, que, sentada en el lecho, no le quitaba los ojos de encima. Ya se estaba desenredando el cabello para recogerlo en una coleta cuando la princesa no pudo más y dijo:

—Está visto que no piensas referirme nada.

Inés miró a su amiga y la agarró de una mano disculpándose.

—Perdóname, Victoria. Me he dejado llevar por la excitación y no me he percatado de que te tenía abandonada. Ayer el señor Stowe, el contraamaestre, prometió enseñarme a ser pirata, y es menester que me

apresure en ir a desayunar con ellos —explicó, con las palabras escapando a borbotones.

—¿Enseñarte a qué? —exclamó Victoria. La sorpresa le había ahuyentado el sueño.

—A ser pirata. Tú estás aprendiendo tanto sobre barcos que las horas se me hacen eternas. Sé que no sería capaz de aprender a leer mapas o manejar el sextante como tú porque tú eres mil veces más despierta para esas disciplinas, pero si yo aprendo lo que saben los marineros, entonces te podré entender y seguir, y será como en nuestros juegos. Vivir un sueño, ¿recuerdas?

La princesa frunció el ceño.

—Ve con cuidado, Inés. Esos hombres... no son los que acostumbras a tratar.

La condesa sonrió y le acarició el rostro.

—Queda tranquila. ¿Cuándo he dejado yo de ser cauta? Ahora es menester que me vaya. Se hace tarde —dijo, y salió de la habitación dejando a Victoria sentada en la cama mirando la puerta, asombrada y soñolienta.

Una vez más se hizo el silencio cuando Inés entró en el comedor donde los piratas desayunaban, pero, a diferencia del día anterior, Fred ignoró la reacción que se había producido y rompió el silencio pidiendo un bizcocho de pan recocado. Inés buscó los ojos del contramaestre para preguntarle qué hacer o dónde sentarse, pero él los evitó a propósito y, dado que a los dos lados de Fred ya había dos hombres sentados, Inés se acercó a la mesa, murmuró un «buenos días» a todos los piratas y se sentó al lado del niño, Willie. El crío la miraba con sus asustados ojos de un gris casi transparente, y tal vez fuera el miedo de su mirada lo que hacía sentir a Inés mejor, pues parecía que el niño estaba más asustado que ella.

Sobre la mesa no había panecillos ni pastas ni mermeladas. Tampoco había huevos, sino unas hogazas de pan negro recocado todavía caliente, al que, irónicamente, también denominaban «bizcochos», y en las que los hombres untaban manteca salada de cerdo. En la mesa también había un par de teteras enormes a las que la mayoría de la tripulación no hacía caso.

Inés se estiró hacia una hogaza de pan y trató de partir un trozo con la mano, pero se quemó y la soltó en el acto, lo que provocó las risas de los marineros. De nuevo agarró la hogaza y repitió la operación con más éxito. Volvió a sentarse en su taburete y arrancó un pellizco de pan que se metió en la boca, sin decir nada.

—¿Qué estabas diciendo de esa puta de Portugal, João? —preguntó Fred.

El timonel, enorme, sentado cerca del contramaestre, miró a Inés y pareció dudar unos instantes. Él sí sabía que aquella muchacha era la hija de Braukings, la futura condesa de Frieson. Pero también sabía que ella conocía que eran piratas y ahora estaba allí, vestida de muchacho y rodeada de marineros. Entonces untó manteca en su pan y reanudó su alabanza de los diferentes encantos de la concubina. Y con ello, poco a poco, los demás hombres se fueron animando en sus conversaciones y en su desayuno y, aunque comían como puercos, dándoles mordiscos a los bizcochos y asegurándose con los dedos de que la manteca no se despegara del pan, Inés respiró aliviada.

—Yo tengo una hija —le dijo de pronto uno de los marineros que estaba sentado por aquel extremo.

Inés se había fijado en él, puesto que no debía de tener menos de sesenta años y su cuerpo enclenque y sus bigotes blancos y lacios le hacían resaltar entre los demás. Llevaba un parche en el ojo derecho, pero su ojo izquierdo, verde como las aguas de un lago, refulgía como si quisiera brillar por los dos.

La condesa no contestó.

—Debe de ser algo mayor que tú.

Inés pensó que, si ese hombre tenía una hija, seguro que podía tener la edad de su madre con creces.

—¿Qué edad tienes? —insistió el anciano, y antes de que ella pudiera contestar añadió—: Entiendes cuando te hablo, ¿no? Como eres española...

Fred sonrió observando a la muchacha contestar.

—Sí, sí os entiendo. Mi madre es española, pero yo he nacido en Inglaterra. Hace casi diecisiete años.

—Entonces tenéis diecisiete —masculló el anciano cavilando—. Sí, mi hija es mayor que tú, dos años mayor que tú. Su madre era preciosa.

—No lo sería tanto si se acostó contigo —rio un hombre.

—Es porque era una buscona —dijo el Rata.

Inés paseaba la vista de un pirata a otro. Al mirar al Rata la detuvo un instante. El hombre se le antojaba verdaderamente desagradable.

—Es cierto, es cierto que era una prostituta —se apresuró a aclarar el viejo.

—Una ramera, y turca —rio otro.

—Pero jamás me cobró. Algo tendré que le gustó para que no me cobrara —sonrió el viejo, con el ojo brillándole— y para permanecer junto a mí todo un año.

—A Fred tampoco le cobran —apuntó el carpintero, Clavos, un hombre de rasgos suaves, con el rostro cubierto de barba y manos finas, con más aspecto de músico que de pirata salvo por el hecho de haber perdido ya un dedo.

Fred bajó un instante la vista a la mesa, pero su gesto no denotó rastro de vergüenza.

—Que la mantuviste durante ese año —contestó el Rata.

—Noooooo —dijo el viejo—. Ella siguió trabajando al principio —se volvió hacia Inés, a quien sin duda consideró mejor oyente porque no le interrumpía—. Luego nos fuimos a vivir juntos y fuimos felices un año, el mejor año de mi vida. Vivíamos en Constantinopla como sultanes. Hasta que se nos acabó el dinero y tuve que hacerme de nuevo a la mar.

Willie también parecía haber perdido su miedo inicial y se atrevió a ofrecerle a Inés manteca para el pan, pero ella lo rechazó agradeciéndoselo con una sonrisa.

—Yo ya era muy viejo para ser pirata. Tenía cuarenta y siete años y nadie me quería a bordo, y mi viejo navío lo habían hundido cuando las guerras con Barbarroja. Entonces apareció el capitán Saavedra, el padre de nuestro capitán, y accedió a contratarme para sus barcos mercantes, pues el Mediterráneo se estaba volviendo peligroso y necesitaba hombres de armas. Era un buen hombre el capitán Saavedra.

Cuando se mencionó el nombre del marino nadie osó decir nada, ni contradecir al anciano. Fue Fred quien rompió el silencio de nuevo.

—Inés, no escuches demasiado al viejo Henry o terminará por creer que te interesan sus historias.

—Frederick Stowe, puede que seas el contraamaestre aquí, mas otra impertinencia y te daré de azotes como cuando eras un crío —replicó el viejo, y todos rieron.

En aquel instante Richards entró en el comedor, y al ver allí a Inés se llevó las manos a la cabeza y corrió hacia ella gritando: «¡*Milady!*, ¡*milady!* ¡No podéis estar aquí!».

Fred se puso en pie y de un par de zancadas se colocó delante del marinero.

—¡Déjala, Richards! Es asunto mío.

El hombre se detuvo de golpe y miró a Fred horrorizado, pero el contramaestre no se movió y Richards resopló, negó con la cabeza resignado y continuó su trayecto a la cocina.

—¡Vamos, muchachos! Hay que hacer volar este navío —exclamó el contramaestre, y todos se pusieron en pie y salieron a cubierta.

Una vez Fred se hubo asegurado de que todos los hombres tenían alguna ocupación, el pirata se centró en la joven condesa. Comenzó por enseñarle los nombres de las distintas partes del navío, empezando por el castillo de proa, el castillo de popa o tolda, y el combés —la parte de cubierta principal situada entre el castillo de proa y el de popa—, y continuó con los palos y las velas. Le explicó que esa «cestita» —como la había llamado Inés— que había en el palo mayor, donde se apostaba el vigía, se llamaba «cofa»; que los palos que cruzaban los dos mástiles principales y de los que colgaban las velas cuadradas se llamaban «vergas»; que las velas del mastelero mayor se llamaban «gavias», a las cuales en ocasiones se les podían colocar otras velas menores llamadas «juanetes»; que el mástil de popa, llamado «mesana», no llevaba vergas, sino una botavara y un pico para colgar la vela cangreja y la escandalosa, y que esas velas, por ser triangulares y estar dispuestas en el sentido del casco del barco, eran las que mejor cogían el viento cuando este venía de través, y las únicas con las que se podía navegar en caso de intentar una ceñida. Esto dio pie a que el pirata le tuviera que explicar lo que era navegar de empopada, de través, lo que era un largo y una ceñida, en función de si el viento venía por detrás; por un lado; por un lado, pero más por detrás; o por un lado, pero más hacia el frente.

—Fred, no quiero saber más que estos hombres.

Fred rio.

—Preciosa, en una semana entera no aprenderías una décima parte de lo que saben mis hombres.

Y prosiguió con las explicaciones.

En uno de aquellos paseos por cubierta, uno de los amigos de Fred le preguntó riendo desde cuándo pasaba toda una mañana con una mujer en vez de llevársela directamente a la cama.

—Desde que no tiene modo de huir de mí y puedo perder el tiempo que quiera.

Inés bajó la vista azorada como no lo había estado jamás, y estaba a punto de decirle ofendida a Fred que se ahorrara sus explicaciones, que le pediría a Henry que le enseñase él, cuando el contraмаestre se volvió hacia ella, le sonrió y negando con la cabeza le dijo:

—Alza la barbilla. La primera regla es que un pirata no tiene vergüenza. La condesa lo miró con desconfianza.

—El lenguaje de los piratas es sencillo, preciosa. Si contestas con una chanza, tomarán como tal la pregunta. Si tratas de contestar con seriedad, creerán que el primer comentario era cierto. Jamás intentes desmentirlos. Sería nadar contra corriente.

Y bajaron al comedor, puesto que había llegado el mediodía.

Después del desayuno y más aún después de los paseos del contraмаestre, los piratas habían comprendido que la joven comería habitualmente con ellos, y hubo bofetadas por procurarse un sitio a su lado. A Fred le costó una ración de puñetazos dejar claro que la muchacha almorzaría a su lado, y el segundo de a bordo, João Ferreira do Santos, hizo valer su peso a bordo para lograr lo mismo sin necesidad de golpes. Una vez asentada la premisa de que Inés comería entre el timonel y el contraмаestre, Willie logró un sitio razonablemente cerca, y Henry, el anciano, consiguió sentarse enfrente.

La primera comida le resultó a Inés tan divertida como le resultarían las demás. Había dejado de marearse del todo y, vencido el asco inicial que le producía ver comer a aquellos hombres, la condesa pudo deleitarse con las inauditas historias que le ofrecían los piratas. La comida de *Parbleu*, sin ser tan elaborada como la que subían al comedor del capitán, acallaba el hambre con alegría, y aunque Miguel les tenía prohibido comer con vino, ellos se emborrachaban con historias de mujeres, si bien este tipo de historias requirieron más tiempo para los demás tripulantes, pues durante las primeras comidas los hombres estaban demasiado ocupados en tratar de llamar la atención de Inés, y les habría parecido de muy mal gusto —lo que no dejaba de resultar irónico en hombres que omitían las más básicas normas de educación en la mesa— hablar de otras mujeres en su presencia.

En el comedor de arriba, el capitán preguntó a Victoria si la condesa se encontraba indispuesta de nuevo. Richards, que estaba preparando la mesa

para dos personas, se apresuró a contestar que la doncella española comía abajo, con los marineros.

—Inés ha decidido que aprenderá a ser pirata —aclaró Victoria—. Le ha pedido a vuestro contraamaestre, el señor Stowe, que la instruya al respecto.

—He tratado de impedirlo —se apresuró a añadir el marinero—, pero Stowe no me ha permitido intervenir, y ha insistido, como es su costumbre, en no hacer caso más que a su voluntad, sin parar mientes en que ese comedor está lleno de impresentables y no es lugar para una doncella.

Miguel dejó escapar una carcajada.

—¿Quiere el capitán que ordene subir a la doncella? —preguntó Richards con un brillo en sus ojos.

—¡Voto a Dios que no! ¡Que se quede donde está!

Y rompió a reír de nuevo ante el fastidio evidente de su mayordomo, que abandonó el comedor sin la menor esperanza de satisfacer sus pretensiones contra el contraamaestre.

—Esto es mucho mejor de lo que yo hubiera podido imaginar —rio Miguel—. ¡La hija de Braukings aprendiendo a ser pirata! ¡La futura condesa de Frieson! Es perfecto.

Y no había manera de acallar sus risas.

—¡Dejad de reiros! ¿Alguien tan astuto como vos no ha pensado que tal vez Inés quiera aprender a ser pirata para conocer mejor a su enemigo? Conozco a Inés. ¿Qué os hace pensar que no sea todo una estratagema urdida por ella?

—Es sencillo, *milady*. Por más que conozcáis a Inés mejor que nadie, cosa que no oso poner en duda, el hecho de que os dirijáis a un puerto desconocido y penséis no volver a pisar Londres me parece un indicio suficiente de que la hija de Braukings no va a seguir sus pasos. Además, cuento con vuestra palabra de que guardaréis silencio en lo que a mí me concierne y, sin querer pecar de vanidad, debo decir que creo ser el pirata con el que más interés tiene en acabar nuestra condesa, siendo los demás, en cierta medida, intrascendentes; de modo que, si no puede acabar conmigo, ¿para qué con los demás? Por último, *milady*, el hecho de que sea Frederick Stowe quien debe encargarse de la..., digamos..., instrucción, es a la sazón bastante elocuente. Él borraría de nuestra condesa cualquier impresión desfavorable que pueda tener de la piratería, os lo aseguro.

Victoria se mantuvo en silencio unos instantes.

—¿Qué tiene Stowe para que le confiéis ese cargo? No sabe comportarse y es... joven. Richards parece más apto.

El capitán sonrió y dijo con su tono burlón:

—¡Qué razón tiene Pedro de Luján cuando afirma que la mujer jamás yerra callando y muy poquitas acierta hablando!

La princesa sintió una punzada en su orgullo, pero lo olvidó de inmediato cuando el capitán prosiguió llamándola por su nombre.

—Victoria —le dijo él, y el corazón le dio un salto en el pecho a la joven—, es evidente que aún no sabéis absolutamente nada. Frederick Stowe tiene todo lo que requiere su cargo: cuenta con la adoración de la tripulación, tiene la fuerza necesaria para lograr que se le obedezca, posee casi tantos conocimientos de navegación como yo, aunque jamás lo admitiré ante él y, lo principal, tiene la lealtad que requiere el cargo y el suficiente sentido común para no conducir a la tripulación a hacer locuras.

Miguel le dio un sorbo a la copa de agua y prosiguió diciendo:

—Lo admiro, y él a mí, lo que es perfecto. ¿Qué me importa que se muestre orgulloso con los de nuestra condición? Es su orgullo lo que le otorga su poder, y es su orgullo lo que me permite controlarlo. Stowe es el mejor marinero, y teniéndolo de contraмаestre me aseguro de que no intenta más. Es feliz. Completamente feliz. Y lo quiero a mi lado.

La joven se quedó en silencio, pensando en las palabras del capitán y sin atreverse a hablar.

—Y bien, ¿habéis pensado a quién le daréis el cargo de contraмаestre cuando fletéis un barco? —bromeó él—. Porque Inés tiene que ser vuestro segundo de a bordo.

Ella se sonrojó.

—No podría fletar un barco.

—Dadme algo más de tiempo, *milady*. Vais a buen ritmo.

Y Victoria creyó que le estallaría el pecho.

Durante los días en que *El Miguel* navegó por el Atlántico portugués, Fred no permitió que Inés subiera a los palos para largar y recoger velas. «La mar aquí está demasiado brava. Te marearás si subes». De modo que la condesa tuvo que conformarse con las explicaciones teóricas del contraмаestre sobre cómo ascender por las escalas al palo, cómo caminar sobre el cable que pasa por debajo de las vergas, cómo apoyar el cuerpo en la

verga, apretando con la cintura y tensando el cable hacia atrás con los pies, para así poder soltar las manos y utilizarlas para ir replegando la vela sobre la verga, y cómo atarla después.

—Recuerda que los hombres echarán el cable que pisas hacia atrás con los pies, doblando las rodillas. Si te mantienes de pie sobre el cable sin hacer lo mismo que ellos, te caerás. Y nada podré hacer yo por los trozos de Inés que queden sobre la cubierta.

Inés escuchaba con atención, aun cuando sabía que Fred se lo volvería a repetir veinte veces antes de permitir que ella subiera a las vergas, como los demás.

Durante esos días en los que la mar estuvo «brava», como había dicho el contramaestre, el viejo Henry enseñó a la joven a hacer todo tipo de nudos.

—Yo enseñé a Miguel a hacer nudos cuando solo contaba diez años, hija —dijo el viejo, el único que llamaba al capitán por su nombre—. Su padre le enseñó muchas cosas, pero no a hacer nudos, puesto que su madre, la madre de Miguel, una aristócrata estirada —los ojos le brillaron en una sonrisa—, decía que los nudos son cosa de marineros y que Miguel sería capitán. Sin embargo Miguel vino a mí un día que trenzaba unos cabos y me dijo: «Marinero, he visto que eres hombre de confianza de mi padre. Por eso vengo a ti a pedirte que me enseñes a hacer nudos y manejar cabos». Yo había oído lo que había dicho su madre, por lo que contesté: «Joven Miguel, algún día seréis capitán. ¿Para qué queríais aprender a manejar los cabos?». Y ¿sabes qué contestó Miguel?, ¿qué contestó aquel crío de diez años? Me dijo: «Marinero, no voy a ser capitán. Voy a ser el mejor capitán que jamás haya habido. ¿Y cómo serlo si no soy capaz de hacer lo que será menester que ordene a mis hombres que hagan?». Eso me contestó, y yo, por supuesto, le enseñé a hacer nudos, todos los nudos, mejor que nadie, con los ojos vendados, con las manos dentro de una cubeta de agua. Miguel ya era capitán con diez años. Tenía espíritu de capitán.

Inés sonrió.

—Enseñadme pues, Henry. Aprenderé a hacer nudos en una cubeta de agua y con los ojos vendados.

Durante aquellos días también aprendió Inés a baldear la cubierta y limpiar las cornamusas, a izar y arriar la bandera, a leer la sonda. Aun cuando navegaban en mar abierto, Fred le explicó cómo sondar en proa y en popa, y cómo soltar y levar el ancla. Incluso João le permitió llevar la caña del timón a ratos.

Y la condesa se divertía como no se había divertido jamás. El trabajo era duro, y estaba el día entero atareada, pero se divertía. Desde que tenía uso de razón no lograba recordar haber sido el centro de interés de tantos hombres. Ni siquiera cuando había acompañado a su padre a pasar revista a los oficiales, o cuando, en sus escapadas, había caminado sola en un barrio de pescadores, se había sentido tan deseada y había recibido tantos requiebros. Los hombres la mimaban. La llamaban niña, y le servían agua la primera, le ofrecían el mejor trozo de carne salada, la mejor pieza de fruta, se ofrecían a hacer su trabajo... y le hacían todo tipo de proposiciones, que no asustaban a la muchacha, pues sabía que por mucho que esos hombres pudieran desearla, por mucho que alguno de ellos fuera de la peor calaña y no hubiera dudado en tomar por la fuerza lo que la joven les negaba reiteradamente con una sonrisa, contaba con la protección de Fred, siempre de Fred, que jamás la perdía de vista hiciera lo que hiciera.

Victoria progresaba también. Aprendió a utilizar el sextante y, una vez descubierta su posición, la señalaba en las cartas y ayudaba a trazar el rumbo. Después salía con Miguel al exterior y le sugería qué velas largar o recoger para cazar más viento, y también ella llevaba el timón durante largos intervalos de tiempo, mientras el capitán y el segundo de a bordo charlaban.

Y por la noche, antes de acostarse y caer rendidas, las dos muchachas tenían el tiempo justo para contarse las aventuras del día. Y Victoria le contaba a Inés la admiración que sentía por el capitán y lo feliz que se sentía de estar allí. Y cuando casi las había vencido el sueño, la princesa susurraba:

—Inés, ¿sigues despierta?

Inés gruñía bajito.

—Inés, gracias. Gracias por haber venido conmigo.

Y la condesa sonreía, y se dormía feliz.

Cuando *El Miguel* abandonó las costas de la península ibérica para navegar con África a babor, el Atlántico se presentó más tranquilo y Fred permitió a Inés subir a las vergas y largar y recoger velas como hacían los hombres. Además, el pirata consideró que ya había llegado el momento de que la doncella aprendiera a defenderse, y una tarde en la que Inés ayudaba a Willie a baldear la cubierta, el contramaestre se le acercó y ordenó a la joven que lo siguiera a proa. Le indicó que se sentara sobre la cubierta, sacó uno de sus siete cuchillos del cinto y comenzó a explicar:

—Toda la técnica de lanzamiento de cuchillos se basa en encontrar tu distancia, preciosa.

Inés sonrió, excitada ante la idea de que el contraamaestre le fuera a enseñar su arte.

—Cuando lanzas un cuchillo —prosiguió él—, este gira sobre su centro, dando vueltas del filo a la empuñadura, y lo que debes conseguir es que, cuando alcance su objetivo, lo haga con la punta. —Mientras hablaba, le mostraba el movimiento del arma—. Lo normal es que estando aproximadamente a esta distancia de tu objetivo —se colocó a nueve pies del mástil, lanzó, y el cuchillo se clavó perfecto—, el cuchillo dé una vuelta completa y se clave. Si se queda con la empuñadura un poco hacia abajo es porque no le ha dado tiempo a dar la vuelta completa y te indica que estás demasiado cerca, así que debes alejarte unas pulgadas. Si, por el contrario, la empuñadura se queda por encima de la punta es que ha girado de más y debes acercarte. Es importante que lances siempre igual, con la misma intensidad, y que solo corrijas la distancia hasta que encuentres la tuya. Lanza con todas tus fuerzas, que no serán muchas —añadió guiñándole un ojo.

—¿Y si mi objetivo está más cerca o más lejos de esa distancia?

—Espera, preciosa. Cada cosa a su tiempo. Una vez que hayas encontrado tu distancia, la regla es la siguiente: si das un paso atrás, en tu caso un paso largo, el cuchillo girará media vuelta más, de modo que lo único que debes hacer es lanzarlo asiéndolo por el filo; si das otro paso más hacia atrás, volverás a lanzarlo desde la empuñadura y el cuchillo se clavará dando dos vueltas completas. Sencillo, ¿no? Cada paso es media vuelta. Un paso, cambias el agarre, dos pasos, lo coges igual.

Inés asintió con la cabeza. Algunos miembros de la tripulación habían dejado su quehacer para escuchar al contraamaestre desvelar su secreto.

—Para distancias intermedias, ya es algo más complejo. Este es el centro de equilibrio del cuchillo —tomó el cuchillo, lo colocó plano sobre la punta de su dedo más o menos hacia el centro, y lo dejó balancearse sin caer—. Cuando lances el cuchillo, siempre debes agarrarlo de aquí, poner aquí el pulgar y el índice, porque el cuchillo girará siempre sobre este punto. Si tu objetivo está ligeramente más lejos de tu distancia, agárralo pasado este centro, con más empuñadura en tu mano. Girará más despacio y se clavará bien. Si está más cerca, entonces cógelo más atrás. Pero eso ya lo practicarás mucho más adelante. Levántate. Te enseñaré cómo se lanza. Luego tendrás

que practicar tú hasta encontrar tu distancia y repetir y repetir hasta que tus brazos aprendan el movimiento sin pensar.

Inés se puso en pie y se colocó junto a Fred, a nueve pies del mástil de proa. Fred advirtió a sus hombres para que ninguno se colocara más a proa de la muchacha.

—La postura es esta: pie izquierdo adelante, pie derecho unos dos pies más atrás, talones en línea con el objetivo, la punta del izquierdo hacia él, la punta del derecho algo abierta. Ahora dobla las rodillas un poco. Bien. —Inés obedecía—. Toma el cuchillo. No, primero debes buscar el punto de equilibrio. —Inés lo balanceó sobre su dedo—. Ahora sí. Mucha gente lanza agarrándolo como un martillo. Es más fácil, pero tú vas a aprender a hacerlo como tu maestro. A mí me gusta agarrarlo por los lados, con las uñas hacia arriba, así. —Le cogió la mano con la palma hacia arriba y le colocó el cuchillo por la empuñadura, con la hoja hacia abajo. Inés sintió las manos del pirata, ásperas y secas como su voz—. El movimiento es algo más complicado y al cabo de unos cuantos lanzamientos las muñecas se quejan, pero así, cuando tengas que lanzarlo por el filo, la hoja puede salir entre la palma y los dedos sin cortarte. Además, para lanzamientos a corta distancia o con cuchillos muy ligeros funciona mejor porque controlas mejor la salida del cuchillo.

Alrededor del contramaestre y la condesa se había congregado casi toda la tripulación. Inés estaba nerviosa. Entonces el pirata se colocó detrás de ella y le sujetó la cintura.

—Ahora apunta con tus dos brazos hacia tu objetivo. ¡Vamos, señálalo con las dos manos! —Inés obedeció una vez más, pero sentía más el calor del cuerpo del pirata detrás de ella que sus palabras—. Lleva el brazo derecho hacia atrás, por detrás de la cabeza, el codo hacia arriba —dijo guiándoselo—. Eso es. ¡No muevas los hombros! —Se los sujetó—. Los hombros no se tienen que mover.

Al hablar desde detrás de ella lo hacía casi en su oído, y aquel contacto de los labios del pirata en su piel, el sentir su aliento en la nuca, le erizó el vello a la muchacha y despertó en ella un calor que no conocía.

—Cuando yo te diga, vas a lanzarlo hacia adelante. Tu brazo debe moverse como si quisieras cortar un cable que estuviera aquí —señaló delante de ella, para lo cual, y desde donde estaba, prácticamente tuvo que abrazarla—. Vas a bajar el brazo derecho echándolo hacia adelante, vas a cambiar el peso de esta pierna —le tocó el muslo derecho— a esta —le tocó

el izquierdo—, volcar el torso hacia adelante, también sin mover los hombros y, cuando tu brazo derecho esté a la altura del izquierdo que debe seguir aquí, señalando a su objetivo, suelta el cuchillo —le guio los brazos mientras le explicaba—. Y, después, terminas el movimiento del brazo derecho: no lo pares cuando sueltes.

Inés se había perdido en algún punto de la explicación. Se sentía desconcertada por aquel cúmulo de sensaciones nuevas. Y lo que la desconcertaba aún más es que no había descubierto ni una pizca de coqueteo en los movimientos del pirata. Él sí que estaba pensando en enseñarle a lanzar cuchillos. La había tocado con absoluta indiferencia y, a pesar de todo, el cuerpo de ella se había revelado, las piernas le flojeaban, tenía la carne de gallina y los labios le temblaban.

—Prueba tú —estaba diciendo el pirata.

Inés no quería probar. Quería que volviera a acercarse a ella, y a agarrarla, y a hablarle al oído.

Como Fred la vio dudar, volvió a repetirle lo que tenía que hacer y a guiarle el brazo derecho en el movimiento. Esta vez Inés hizo un esfuerzo y se concentró en las instrucciones y, cuando el pirata se apartó, las siguió y el cuchillo salió volando, pasó al lado del mástil y se clavó en el suelo de la cubierta de *El Miguel*. La tripulación rompió a reír, y Fred le dedicó una de sus encantadoras sonrisas.

—Habría sido peor que hubiera salido hacia atrás. Debes soltar el cuchillo cuando esté a la altura del brazo izquierdo. Ahora, a practicar. Quiero que practiques un ratito no muy largo, pues si te cansas no harás bien el movimiento, si bien debes practicar un mínimo de tres veces al día.

Poco antes de caer el sol, la muchacha lanzaba los cuchillos con la precisión suficiente para tirar uno dentro del cubo de agua que utilizaba Willie. El cuchillo salpicó en el preciso instante en que el niño se acercaba para mojar el escobón, y lo puso perdido de agua. Los marineros rieron, e Inés sonrió conciliadora al crío. Pero cuando se volvió de nuevo hacia la proa para continuar lanzando cuchillos, Willie se acercó por su espalda y le tiró el cubo de agua sucia por encima. La impresión del agua fría le cortó la respiración. Cuando reaccionó, la joven se volvió hacia Fred, esperando su respuesta ante la travesura del niño, pero el contraamaestre, divertido, solo le dijo:

—Preciosa, otra lección: no te metas en líos de los que no puedas salir sola.

Willie la miró triunfal, clavándole aquellos ojos grises, fríos, escurridizos, y la condesa le devolvió la sonrisa.

—Será mejor que te vistas ropa seca para la cena —sugirió Fred, observando el efecto del agua en el aspecto de Inés y cómo la miraba la tripulación. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo y la camisa blanca le transparentaba el pecho.

Inés asintió con la cabeza y se dirigió a su camarote. Fred le hizo un gesto a Willie para que le devolviera el cuchillo que estaba dentro de la cubeta y el niño lo hizo, pero el resto de los marineros no quitaban la vista de encima de la joven y de su contramaestre. Fred se vio tentado a preguntarles qué era lo que les ocurría, pero lo sabía demasiado bien; sabía qué esperaban, qué se esperaba del gran Fred. Así que, a pesar de las órdenes expresas del capitán, se secó el cuchillo en el pantalón, se lo metió en el cinto y siguió a la condesa.

Alcanzó a Inés en el pasillo, cuando ella se disponía a abrir la puerta de su camarote, la volvió por el hombro y la besó. La joven reaccionó instintivamente tratando de apartarse de él, pero el pirata la estrechaba entre sus fuertes brazos y de nada servían los esfuerzos de la joven. Entonces Inés, sin dejar de empujarle con la mano izquierda, buscó con la derecha en el cinto del pirata, sacó uno de los cuchillos con los que Fred le había enseñado a defenderse y se lo colocó en la garganta. El pirata echó la cabeza para atrás, pero no aflojó los brazos, y los ojos de Inés se clavaron en los de él. Con una de sus seductoras sonrisas el pirata preguntó:

—¿No me vas a dejar que te enseñe otra lección?

La voz del pirata había sonado ahogada por la presión del cuchillo, pero su sonrisa permanecía impávida, perfecta, endiabladamente perfecta.

—¿Qué lección? —preguntó la condesa con resolución, aunque su respiración se entrecortaba en jadeos.

—Que un pirata siempre intenta divertirse.

La sangre latía con fuerza en el vientre de la condesa, en su brazo izquierdo con el que empujaba al pirata, en su cintura, en sus muslos, en cada punto de contacto con el cuerpo de él. Tragó saliva, y luchando contra aquel calor que le quemaba las venas, contestó:

—Esa lección la conozco ya.

Apretó el cuchillo contra la garganta del pirata, forzándolo a apartarse más, y con la mano izquierda sacó otro cuchillo del cinto de Fred y lo colocó a la altura de su entrepierna, entre su cuerpo y el de ella. Entonces sonrió con

orgullo por controlar la situación, del mismo modo que sonreía a Miguel, y entrecerrando un poco los ojos murmuró:

—Ahora mismo me estoy divirtiendo mucho.

Fred la soltó y le mostró las manos en gesto de rendición, pero aquel gesto no le hizo borrar su eterna sonrisa blanca.

—Serías una buena pirata —le dijo.

Inés no pudo evitar sonreír de nuevo, pero esta vez su sonrisa transformó su rostro en uno de alegría. Le tendió los cuchillos y él volvió a colocárselos en el cinto.

—Te veré en la cena —susurró él, y se giró y comenzó a caminar hacia su camarote. E Inés, con la mano apoyada sobre el pomo de su puerta y la vista clavada en la espalda del pirata, se arrepintió de haberlo apartado y se dio cuenta de cuánto desearía que él la besara otra vez.

A la mañana siguiente Victoria entró en el comedor de popa como si fuera a tomarlo por las armas. Sin darle siquiera los buenos días a Miguel, que se estaba sirviendo una taza de té, espetó:

—Fred está enseñando a Inés a lanzar cuchillos.

Miguel se volvió muy tranquilo, le dio un sorbo a su té y preparó otra taza para la princesa.

—Buenos días, Victoria.

La joven balbuceó un saludo y tomó la taza que Miguel le ofrecía. El capitán esperó a que ella se hubiera sentado para añadir:

—Es evidente que no me habéis dicho esto únicamente para informarme y por vuestra necesidad compulsiva de hablar, de modo que, ¿por qué razón no me pedís sin más rodeos que os enseñe a defenderos?

La rubia bebió para evitar la mirada del pirata y se quemó con el té. Volvió a dejar la taza en el plato, trató de refrenar el ímpetu con el que había llegado y contestó.

—¿Consideráis que es menester que aprenda a defenderme, capitán?

Miguel rio. Dejó la taza sobre la mesa, pero no se sentó.

—*Milady*, no sois tan poco agraciada como para no encontrar un marido que os mantenga si volvéis a Londres y pedís perdón, ni lo sois tanto como para que los hombres se lancen sobre vos ciegos de amor para poseeros, de modo que no considero que sea menester que aprendáis a defenderos.

Victoria sintió una leve punzada de tristeza.

—Aunque tampoco lo era que aprendierais a gobernar un navío —añadió el pirata, y la mirada azul de la joven se encendió—, dado lo cual, lo

que me debéis preguntar es si estoy dispuesto a enseñaros cómo batiros.

Miguel deslizó sus ojos miel sobre la espada envainada en el tahalí que pendía de su silla, y Victoria siguió la mirada del capitán hasta el arma. Miguel sonrió, se apartó de la mesa del desayuno, abrió la puerta del salón y desapareció tras ella. La princesa se quedó consternada, sin saber si debía seguir al capitán o no. Estaba a punto de levantarse cuando el capitán reapareció con una espada algo más pequeña y la colocó sobre la mesa, delante de la joven. Victoria se puso en pie a punto de estallar de gozo y la tomó en su diestra, cortando el aire en unos tajos a un enemigo imaginario.

—Es ligera. ¿Es toledana?

—Como cualquier arma que se precie.

—¿Y vos...?

—Os enseñaré a manejarla. Mas debéis cambiar vuestro atuendo. Seguidme. Vamos a dar de qué hablar a la tripulación.

Victoria no entendió las palabras del capitán hasta que salieron a cubierta y subieron al puente desde el que João llevaba la caña. Una vez allí, el español abrió una puerta que siempre había permanecido cerrada para Victoria: las dependencias del capitán. Estas se abrían detrás del puente, como un castillo sobre el castillo, encima del comedor de oficiales. La princesa se ruborizó ligeramente y siguió a Miguel al interior de su camarote. Ocupaba, igual que el comedor de oficiales, toda la parte posterior del navío, lo que le daba un tamaño mayor que el de su dormitorio en palacio. Tanto la pared del fondo como la mitad más hacia la popa de las paredes de babor y de estribor estaban cubiertas de ventanales que llegaban desde casi el suelo hasta el techo, llenando de luz la estancia. La cama, una enorme cama clavada al suelo, tenía el cabecero pegado a la pared de popa y a los ventanales. Sobre las mesillas, sendos candelabros de oro. Las cortinas y la colcha eran azul oscuro con brocados de plata en forma de volutas, que se asemejaban a las olas del mar. A la derecha había un escritorio imponente, y a la izquierda un gran arcón cerrado. La cama, el escritorio y el arcón se hallaban en una tarima dos pies por encima del resto del camarote, y para llegar hasta ellos había que subir tres peldaños situados en el centro de la estancia. Los ventanales laterales comenzaban justo en aquel cambio de altura y cubrían toda la popa. En la zona más baja, junto a la puerta, había un biombo a cada lado que, curiosamente, estaban clavados también al suelo, formando dos pequeñas habitaciones o espacios cerrados dentro del gran camarote.

—Sois la primera mujer que entra en mi camarote —comentó Miguel, y se dirigió hacia el biombo de estribor.

Victoria subió fascinada los tres peldaños sin querer pensar si sería verdad o no lo que el capitán había dicho, y se acercó hasta la cama. No tenía dosel, ni cortinas de terciopelo, pero las sábanas blancas de lino, la colcha bordada con los mismos brocados que las cortinas y la luz que se filtraba por cada ventanal la hacían más bella que la cama de una reina. Victoria recorrió la colcha con los dedos y acarició los almohadones llenos de luz. Y miró por los ventanales la estela blanca que dejaba *El Miguel*, y la espuma blanca de las olas, y la claridad blanca del amanecer.

—Si yo tuviera una cámara así, jamás saldría de ella.

Miguel sonrió desde detrás del biombo. Se hallaba en cuclillas, con una camisa blanca sobre la rodilla y revolviendo en un arcón de ropa negra perfectamente doblada.

—Si no hubiera salido de aquí, no habría tenido el placer de conoceros, *milady*.

Victoria tampoco quiso pensar que aquel cumplido de Miguel no era más que eso, un cumplido. Sintió cómo su espíritu se llenaba de la claridad de aquel lugar, y se sintió feliz y ligera, como si su alma no cupiera en su interior y quisiera ascender al paraíso. Y abrió los brazos y comenzó a girar sobre sí misma. Miguel salió del vestidor con la camisa y unos pantalones negros en la mano y miró a la princesa.

—Cuidado, Victoria. Estás en un barco.

Victoria dejó de girar, pero su cabeza no lo hizo. Alargó la mano y buscó una pared en la que apoyarse, pero no la encontró. Miguel dio tres zancadas de las suyas, tan largas, y acertó a sujetar a la princesa por el codo en el instante en que se iba a caer de la tarima.

Victoria trató de fijar la vista en él, que la miraba con aquella mirada suya indescifrable desde dos pies más abajo. Aunque estuviera mareada se había dado cuenta de que le había hablado de tú, y quería saber si él lo había hecho sin darse cuenta o intencionadamente. Pero los ojos miel del pirata no dejaban traslucir otra cosa que cortesía. Le dio las gracias y el capitán continuó agarrándola por el codo hasta que hubo descendido los tres peldaños. Entonces se quedaron los dos frente a frente y Victoria volvió a mirarlo a los ojos, con los labios entreabiertos, y el capitán mantuvo su mirada, pero no se acercó a ella.

—Aquí tenéis una camisa y unas calzas negras. Necesitaréis algo que os haga las veces de cinturón o se os caerán los pantalones. Probad con esta banda —le tendió una banda de tela granate, junto con los pantalones y la camisa blanca que se anudaba al frente. Victoria, resignada ante el hecho de que el capitán no había pretendido nada llevándola allí, bajó la vista hacia las prendas—. Podréis vestiros aquí.

Victoria asintió con la cabeza. Y entonces la voz del capitán se transformó y volvió a parecer más joven, como parecía a menudo cuando se mofaba de ella, pero en esta ocasión sonaba a la vez mucho más dulce, casi un susurro.

—¿Te caerás si te suelto?

El estómago de la joven se apretó y ella negó con la cabeza, sin atreverse a mirarlo. Y él la soltó y abandonó el camarote, dejándola sola y mareada, completamente mareada, aunque no por el mar ni por las vueltas.

Poco a poco, Victoria fue recuperando la razón que parecía haberla abandonado. Subió los tres peldaños y se vistió sentándose en la cama. Quería entender por qué el capitán había actuado de ese modo. Es más, quería entender si el capitán se había comportado de algún modo raro y no había sido todo fruto de su imaginación, que deseaba ver escenas extrañas donde no las había.

«Solo está siendo cortés contigo, Victoria, solo cortés». Pero entonces pensaba: «Pero eres la única mujer que ha entrado en su dormitorio», y se sentía feliz, y en su rostro se dibujaba una sonrisa tonta. «Aunque todo puede haber sido una mentira», pensaba, serenándose de nuevo. «Tal vez se lo diga a cada mujer que entre». Pero volvía a llenarse de alegría al pensar: «Si es así y se lo dice a cada mujer que aquí viene, lo hace para seducirlas. Y si me quiere seducir a mí..., ¡oh! Si me quisiera seducir... ¡ya tendría yo la batalla casi ganada!».

Victoria había demostrado ser una alumna avezada en lo relativo a conducir un barco, trazar rutas, calcular la velocidad del viento... Aun cuando el pirata desconociera el parentesco, la princesa había heredado la fabulosa mente de su madre. Pero no solo eso. Aunque Miguel también ignoraba que era hija y no solo pariente de Robert Dudley, favorito de la reina y reconocido duelista, al capitán le bastó ver cómo asía Victoria la ligera espada de lazo que él le había prestado para entender que la muchacha

llevaba la esgrima en la sangre. Con sus aptitudes y un buen maestro podría ser una buena esgrimista. Y no había mejor escuela de esgrima que la española.

Durante los días siguientes, Miguel enseñó a Victoria la postura de guardia, las distintas cuchilladas: el tajo y el revés, los distintos quites. Le enseñó cómo moverse en su espacio, cómo avanzar y retroceder en una línea perfectamente recta, para saber siempre dónde se encontraba y no toparse con nada. Con un viejo casco, le mostró a la joven la diferencia entre la cuchillada y la estocada.

—La espada se ha utilizado sobre todo para cortar. Con un buen tajo puedes abrir a una persona del hombro a la cintura, y por ser larga la superficie de la hoja, es más sencillo asestar un golpe. Pero los verdaderos maestros en el arte de la espada, los soldados del tercio de Flandes, como lo era el maestro que mi padre me buscó, ha tiempo que conocen las virtudes de la estocada. La estocada es el ataque que se hace con la punta de la espada, clavándola en vez de rasgar. Sangra menos y parece menos eficiente, pero lo cierto es que, por ser más profunda, una buena estocada resulta más rápida y letal. —Victoria escuchaba absorta—. Tal vez entre caballeros los duelos puedan durar más, pero cuando se pelea a vida o muerte, cuando se lucha por la vida, no suele haber más que un golpe o, a lo sumo, un golpe, una parada y un contragolpe. Lo importante es estudiar al contrario, conocerlo, y cuando nos lancemos a fondo, matarlo. Yo os enseñaré a luchar como los soldados de fortuna, no como los duelistas. Os enseñaré lo que me enseñó a mí mi maestro, y lo que me ha enseñado la piratería. Os enseñaré a matar, no a bailar con la espada. Y para ello es mucho más efectiva una estocada rápida, al corazón.

Y pasaban los días. Victoria y Miguel se batían en el castillo de popa, y a los piratas no les extrañaba ya oír los hierros chocar, y a la princesa lanzar imprecaciones porque Miguel se zafaba siempre.

—No estáis en forma, Victoria. La fuerza no está en el brazo, sino en las piernas. Habéis de ser más rápida. Cuando os lancéis a fondo, debéis regresar siempre rápido a la guardia, pues si erráis el golpe, difícilmente os defenderéis del contraataque. Y no apretéis tanto la espada. Tenéis los nudillos blancos.

Y la princesa se esforzaba. Acalorada, perseguía a Miguel por cubierta.

—*Milady*, debéis estirar primero el brazo y luego lanzaros a fondo. Si no, cuando lleguéis a vuestro adversario, él ya os habrá hecho un decorativo tajo sobre el corazón. Estirad el brazo, guiadlo a la garganta del enemigo y... a fondo.

Victoria saltaba, dejando escapar un alarido de gata enfurruñada.

—Bien, *milady*. Pero no perdáis vuestro espacio. Cerca habéis estado de aterrizar sobre ese balde de agua.

Y la tripulación la adoraba. Nadie sabía bien por qué Miguel le había revelado su arte a la muchacha rubia, pero les gustaba verla a bordo, con su figurita frágil y su gesto eterno de concentración, recibiendo instrucciones del capitán, que parecía más alegre que de costumbre en aquel viaje. Desde que la vieron subir a bordo vestida como la realeza, la habían admirado y deseado. La admiraban como les gustaba admirar el paso de un carruaje de la aristocracia, como si se tratara de un desfile, con esa reverencia de la plebe hacia la nobleza que se supone debe protegerlos en una sociedad clasista, sin concebir —como no lo harían hasta muchos años después mentes preclaras— que podían ser iguales. La admiraban porque representaba el perdón de la reina. La admiraban porque parecía de otro mundo y, sin embargo, allí estaba, batiéndose en duelo con su capitán. Tan joven, tan linda y tan rubia como las princesas de los cuentos, habían procedido a apodararla la Princesita, sin que supieran ni pudieran imaginar que no se equivocaban con el título; y desde que la vieron batirse como una fiera con Miguel, persiguiéndolo por todo el puente con la espada en la mano, dando gritos de salvaje, habían añadido al apelativo el término de «loca», siendo conocida por todos a bordo como la Princesita loca.

Inés lo sabía. Los había oído llamarla así, pero no le importaba, pues sabía el cariño que sentían los hombres por aquella jovencita alocada que alegraba la vida del barco con su hermosura y sus duelos y apagaba las iras del capitán.

Y era que a ninguno se le escapaba que la vida a bordo era más fácil con ella, y que el irritable genio de Miguel había cambiado. El nivel de exigencia que Saavedra reclamaba a su tripulación parecía consumirlo ahora en su pupila que, además, lo distraía y absorbía su mal humor. Como aquel día en que *El Miguel* volaba sobre las aguas y el capitán le pidió al sondero la velocidad. El marinero, Baker, un pirata joven y medianamente apuesto, lanzó el pedazo de madera al agua apresuradamente y sin haber afianzado los nudos, y aquella se soltó y se perdió en el mar. Saavedra avanzó hacia él

furioso, con Victoria trotando como siempre a su lado con el libro de apuntes de tecnología en la mano.

—¿Se os ha caído la corredera, señor Baker?

No era frecuente que el capitán los regañara, para eso estaba Stowe, pero todos los marineros preferían el puñetazo del contramaestre a enojar al capitán.

—No me he dado cuenta de que el nudo estaba suelto, capitán.

—¿No os habéis dado cuenta? ¿Os creéis que estáis en un pesquero? ¿En un navío de la Corona, señor Baker? ¡En *El Miguel* no se cometen esa clase de errores de grumete!

El hombre, aunque era más corpulento que Saavedra, parecía la mitad. Sabía que iba a llegar el castigo, sabía que el capitán no soportaba la incompetencia. Pero entonces interrumpió Victoria preguntando a qué distancia estaban los nudos entre sí, mientras observaba el trozo de cabo restante en las manos del marinero.

Las palabras de Victoria desconcentraron al capitán.

—¿Cómo decís?

—La distancia entre los nudos. Para medir la velocidad cuando echan el pedazo de madera. Que a qué distancia tienen que estar.

En cubierta se hizo el más absoluto silencio.

—Lady Dudley, estaba reprendiendo a este hombre —explicó finalmente el capitán.

—¡Ah, perdonad, capitán!

Miguel se giró de nuevo hacia el hombre, pero Victoria insistió curiosa.

—Entonces, ¿no lo sabéis? Puedo... puedo preguntárselo a otra persona —añadió casi para sí.

El capitán se volvió hacia ella irritado:

—Sí, sí lo sé. Por supuesto que lo sé. Los nudos están a una braza. Sois vos la que no sabe cuándo debe permanecer callada. ¿No os han dicho nunca que las mujeres deben permanecer en silencio cuando no se dirigen a ellas? ¿Es que no habéis oído nunca lo que dice Pedro de Luján de que la mujer jamás yerra callando y muy poquitas acierta hablando?

Victoria no pudo evitar ofenderse.

—Sí, ya me lo dijisteis una vez. ¡Al menos podíais ser más original con vuestras citas si vais a acudir a humanistas para regañarme!

Los hombres bajaban la vista tratando de no mostrar lo que les divertía el que alguien se atreviera a contestar a su capitán. Baker aprovechó para

escaquearse de allí.

—Está visto que con vos, como con los críos pequeños, todas las veces que os repita algo son insuficientes, por cuanto no parece haberos servido de mucho. Tal vez deba empezar a azotaros.

Victoria se ruborizó.

—¡No os atreveréis!

Miguel se cruzó de brazos y la observó con severidad. De pronto su enfado se había disipado y la miraba entre serio y divertido.

—¿Queréis comprobarlo? —repuso con firmeza.

Victoria miró a su alrededor, a la tripulación que observaba la escena solazada. Incluso Inés la miraba como diciéndole: «¡Déjalo ya, Victoria!». Entonces alzó el mentón tratando de recuperar toda su dignidad, se cruzó de brazos y se marchó de allí, dejando al capitán con una sonrisa y completamente olvidado del motivo de su enfado.

Y mientras que Victoria discutía con el capitán, o se batía en el puente, o continuaba su aprendizaje sobre velas y rumbos, y cartas y sextantes, y estocadas y quites, Inés ayudaba a tirar de los cabos, recoger velas, baldear la cubierta, y lanzaba cuchillos, siempre bajo la mirada de Fred.

El contraмаestre le había regalado cuatro cuchillos, perfectos, equilibrados.

—Son para ti, preciosa —le había dicho—. Cuando te alejes de *El Miguel*, dudo que vayas a utilizarlos, pero podrás practicar con un árbol y no olvidar lo aprendido. No obstante, preciosa, antes de aceptarlos debes aprender algo.

Fred la miraba con seriedad e Inés escuchó con atención.

—Aunque no creo que jamás lo necesites, si alguna vez los utilizas para matar a alguien, si alguna vez te ves envuelta en un duelo..., en ese caso recuerda esto, preciosa: Nada hay más importante que tu vida, y peleas por ella. No importa cómo haya comenzado la riña, no importa la minucia por la que te batas, pero en el instante en que comience la pelea, vas a matar a la otra persona, y lo vas a hacer porque es tu vida o la suya. Y en esos momentos no pienses en quién es esa otra persona, no lo hagas jamás. Porque esa persona tendrá familia, o hijos, o será feliz, o habrá siempre una mujer que espere eternamente su regreso, o una viuda desconsolada, o un amigo que lo llore. Eso no importará cuando pelees. Eso debes pensarlo antes de batirte,

pero una vez empieces tienes que saber que él morirá. Debes saber que seguirás hasta el final, porque esa persona quiere matarte. Es tu vida o la suya, y para un pirata nada, absolutamente nada vale más que su vida. Es lo que tenemos, y es lo que hay. Pelea, Inés. Si tienes que pelear, olvida quién es tu adversario. Quiere matarte, y tendrás que matarlo tú antes.

Inés asintió. También ella pensaba que nunca tendría que batirse con nadie, y que aquel consejo era vano. Solo el tiempo le haría ver el valor que tendrían aquellas palabras en su vida.

Llevaban tres días comiendo carne salada y racionando el agua cuando llegaron a Madeira, y por mucho que monsieur Perpignac fuera un excelente cocinero, cuando el vigía avistó tierra, los marineros bailaron de alegría en cubierta. Únicamente las dos muchachas no estaban tan contentas. Llevaban días sin hablar de lo que harían cuando abandonaran *El Miguel*, obviando el tema como si así no fuera a llegar nunca, hablando solo de lo que habían hecho ese mismo día. Tal vez por eso a Victoria se le había encogido el estómago cuando vio cómo Miguel trazaba con una regla una línea que terminaba en las islas portuguesas, y cuando el capitán le dijo a la princesa que hiciera llamar a Inés, pues quería hablar con las dos, le faltó el aire. Pero Victoria hizo lo que se le ordenaba, obediente, y las dos muchachas se reunieron en el comedor del castillo de popa, las dos vestidas con sendas camisas y pantalones, unos ligeramente más limpios y costosos que otros, pero igual de cómodos. Miguel las estudió. A ambas se les había curtido el rostro con el sol y el aire, y sus brazos se habían vuelto más musculosos, en especial los de Inés. Ya no parecían las dos aristócratas recién salidas de palacio, pero había algo, tal vez en la mirada azul de Victoria y en la mirada oscura de Inés, que las hacía más atractivas. El capitán les hizo un gesto para que se sentaran en el instante en que João Ferreira do Santos entraba en el comedor también. Victoria obedeció y se sentó. Inés permaneció de pie, como el segundo de a bordo.

—Señoras, llegamos a tierra, a esta preciosa tierra, patria de nuestro timonel —dijo el capitán. Hablaba con las manos detrás de la espalda, dando vueltas alrededor de la mesa, como un león al acecho—. Dado lo arriesgado de acercarnos a la costa, permaneceremos a algunas millas y, esta noche, será un bote con unos bucaneros conocidos de João el que se acercará a *El Miguel* para cargar en él agua y algunos víveres indispensables para continuar

nuestra travesía. No obstante, en contra de lo que ellos esperan, no regresarán a Porto Santo únicamente con el precio acordado, sino que se llevarán otro cargamento distinto: vuestas mercedes.

Victoria quiso llorar. Le tembló la barbilla y, en un instante, volaron por su mente los mejores momentos a bordo, cada palabra del capitán, cada enseñanza, su forma de llamarla Victoria, las lecciones de esgrima..., y pensó que nunca tendría la ocasión de terminar tantas cosas empezadas, que Portugal era muy grande, y España más, y que era hartamente improbable que volviera a ver a Miguel, considerando que él no podía acercarse a la península. Pensó que era el fin, y se sintió estúpida por no haber aprovechado mejor el tiempo. Madeira. Odiaba aquellas islas sin conocerlas. Y la princesa tuvo que morderse el labio para no llorar.

Inés aceptó las palabras con más serenidad. Sabía que ese momento llegaría. Victoria siempre había hablado de ir a España y el haber alargado el viaje había sido un placer gratuito. E Inés no creía que Miguel les fuera a dar muchas más alegrías gratis.

Pero entonces intervino el timonel. Los ojos oscuros del segundo de a bordo se habían abierto sobremanera al escuchar al capitán, y exclamó:

—¡Pardiez que es una locura, capitán! ¡Abandonar a las dos doncellas en Porto Santo, en un bote con esos ladrones! Bien sabéis que yo los conozco, y que me fío de ellos haciendo tratos. Pero igual que confío en ellos para que nos traigan agua y ron, sé qué harían con dos doncellas como estas.

João tenía un vozarrón que semejaba un trueno y, al hablar, su barba tupida y rizada se movía como un corrimiento de tierras. A Inés siempre le había gustado su voz y esta vez no fue diferente.

Miguel sonrió.

—Señor Ferreira, no voy a abandonarlas en esta isla —explicó el pirata ante el desconcierto de su segundo de a bordo—. Sabéis que accedí a llevarlas a bordo y prohibí a los hombres que las tocaran porque esperaba obtener algún provecho, y por fin lo he encontrado.

João, Victoria e Inés miraban al capitán sin entender.

—Voy a venderlas, João. Dos mujeres blancas y aún doncellas... seguro que se pagan bien.

Si a Victoria le hubieran abierto el pecho con un carámbano no habría sentido algo diferente. ¿Venderlas? ¿Miguel pensaba venderlas? Inés sintió un escalofrío y pensó en su madre, cuyo navío acabó en manos inglesas y terminó siendo propiedad de Sigfried.

—¡Venderlas como esclavas! —exclamó João.

—Es mejor que dejarlas aquí. Vos mismo habéis dicho que si las abandonamos aquí las violarán una veintena de hombres. Si las vendemos, solo las violará su dueño. Y por el precio por el que pretendo venderlas, habrá de ser un hombre rico. ¿Quién sabe? Tal vez se enamoren de él.

¿Había sido eso lo que le había ocurrido a su madre?, pensaba Inés. ¿Habría aceptado a Sigfried para no acabar en un prostíbulo, o como ramera en un puerto? Mejor prostituta de uno que de varios.

Victoria no pensaba en eso. Ni siquiera se preocupaba por lo que su comprador le pudiera hacer. Victoria solo pensaba que Miguel era capaz de venderla, que les había permitido subir a bordo pensando en obtener un beneficio, y que todas las enseñanzas, todos los juegos, y aquel día en su camarote en que ella creyó que el capitán trataba de seducirla, todo habían sido imaginaciones suyas.

—Pero nosotros no somos esclavistas, capitán —objetaba el segundo de a bordo con gravedad—. Nunca lo hemos sido.

—¿Y qué propones que hagamos con ellas? ¿Que las matemos sin obtener nada a cambio? ¿Que se las demos a la tripulación?

Victoria estaba mareada. A Miguel no le importaba si ellas vivían o morían, no le importaba si las violaban. Solo habían sido un juego que ahora tocaba a su fin, y se las iba a quitar de en medio como el que aparta a un perrillo de su lado después de jugar con él. Todos sus sueños, todas sus fantasías con el capitán eran una gran mentira. Miguel estaba dispuesto a entregarlas a la muerte.

—¡Hacedlo! —dijo entonces Inés desafiante—. Entregadnos a vuestra tripulación a ver si nos hacen daño.

—Miguel, Inés tiene razón. Cuando subieron a bordo, cualquiera de los hombres las habría considerado un buen regalo. Pero ahora... No sé si estarían dispuestos a... Les han cogido cariño... Y Stowe... no creo que permitiera...

—¡No puedo creerte, João! —exclamó el capitán visiblemente divertido—. ¿Os habéis encariñado con ellas? Sin duda, entonces lo mejor será venderlas. En *El Miguel* no se pueden quedar y, si las dejamos aquí sin buscarles un dueño, sufrirán una muerte terrible. Además, tenía un acuerdo con ellas. Prometí dejarlas en el primer puerto al que llegáramos, y es este.

El timonel fue a hablar, pero Inés lo interrumpió. Habló con orgullo, con desprecio, escupiendo las palabras.

—Dejadlo, João. Sé lo que quiere el capitán. Quiere que le supliquemos. Quiere que le agradezcamos cada día su generosidad por no habernos abandonado aquí, entre asesinos. Y yo digo que prefiero luchar contra cada hombre de Madeira, y matar a cuantos quieran poseerme, que suplicar al capitán. Victoria y yo nos prepararemos para el desembarco.

Victoria se volvió a mirar a su amiga con horror y el pecho oprimido. Le habría gritado que era una tonta y que no entendía nada, que era menester que permanecieran en *El Miguel*, que necesitaba más tiempo para lograr que él se enamorara de ella, que no era por tener que luchar con cien hombres, sino por no alejarse del capitán, pero que ella haría cualquier cosa por quedarse; habría gritado todo aquello si no hubiera sido porque su lengua se había secado y se le había pegado al paladar, y porque Miguel estaba allí, y antes moriría que confesarle sus sentimientos.

Pero de nuevo fue el timonel quien tomó las riendas. Agarró a Inés por un brazo, cuando esta se dirigía a por Victoria, y la detuvo.

—Inés, te he visto luchar y sé que Fred te ha preparado bien. Pero conozco a esos hombres y sé que no lograríais huir. Viviríais encerrada en un harén o moriríais de la peor manera. Creedme, no es momento para mostrar orgullo.

Miguel volvió a sonreír con malicia, e Inés le dirigió una mirada de odio terrible, al tiempo que calculaba si escupiendo desde donde estaba lograría alcanzar al capitán y darle en la cara. João prosiguió:

—Y a vos, capitán, os digo lo mismo. Debo oponerme a vuestra decisión de desembarcar a estas doncellas.

—Las habéis oído, João. Quieren desembarcar.

—¡No! ¡No queremos! —acertó a decir Victoria—. Queremos permanecer a bordo, os lo ruego.

E Inés negó con la cabeza.

—Eso no, Victoria. No le supliques —susurró.

Pero Victoria la miró con dureza, e Inés clavó la vista en el suelo, resignada ante el hecho de que no lograría que su amiga la secundase, por mucho que fuera evidente que el capitán se estaba divirtiendo con todo aquello.

—João, ¿a qué esta actitud? Os comuniqué cuáles eran mis planes cuando partimos de Londres.

Los ojos de Victoria brillaban, los de Inés echaban chispas.

—Y hablasteis de que se quedarían en su camarote hasta que hubiera que matarlas. Nunca dijisteis que las venderíamos de esclavas, pues sabíais que me habría opuesto. Y todo aquello fue antes de que jugarais a que las doncellitas forman parte de vuestra tripulación. De modo que seré yo quien las mate por mi propia mano si insistís en venderlas u obligarlas a tomar tierra con esos hombres.

Miguel rio.

—¿No os estáis poniendo un poco drástico, João?

—¿No estáis siendo demasiado cruel, capitán?

Él sonrió como si le hubieran hecho un cumplido. Victoria contemplaba la disputa entre los dos hombres, con la esperanza depositada en el portugués. Algo se desgarraba en su pecho, pero no quería dejar que se rompiera del todo porque entonces no quedaría nada en su interior.

Inés miraba por la ventana, a la lejanía. No quería seguir jugando al juego del español.

—Vos pensáis una cosa y yo la contraria. Haremos lo siguiente —dijo el capitán—. Llamad a Henry. Él nos ayudará con tan delicada cuestión.

El timonel abrió la puerta y dio una voz. Después todos aguardaron. Inés apretaba los puños entre furiosa y ausente. Victoria hacía un esfuerzo por respirar. Por fin llegó el más anciano de los marineros y preguntó al capitán en qué podía ayudarle.

—Henry, me hallo en una difícil situación. Mi segundo de a bordo se opone a que desembarquemos a estas dos doncellas en Porto Santo, pero ninguno de los tres logra darme un argumento que me convenza. He pensado que tal vez vos, que contáis con mi más absoluta confianza, logréis interceder por estas dos doncellas con mejor resultado.

El anciano entornó los ojos y repuso muy despacio, midiendo las palabras.

—¿Y qué os hace pensar, capitán, que defenderé el que las doncellas permanezcan a bordo?

Inés dejó de mirar por la ventana de inmediato y se volvió hacia el anciano atónita. Lo estudió, tratando de averiguar qué pensaba. Ella siempre había creído que le gustaba al viejo.

—Pienso que defenderéis el que se queden, puesto que si las dejamos en Porto Santo es para venderlas como esclavas o para dejarlas en el bote con los marineros, en cuyo caso es seguro que las violarán y las matarán. Vos tenéis una hija de la edad de estas jóvenes. Pensé que eso os ablandaría.

—Capitán —repuso Henry con cautela—, cuando me habéis llamado, habéis dicho que tal vez yo logre interceder por ellas. No me habéis llamado para que os apoye en vuestra decisión, de modo que no queréis ganar este debate. Si queréis que dé un argumento en su defensa que os satisfaga, decidme cuál es y lo diré. Pues os conozco hace muchos años, capitán, y sé que, si no desde que embarcaron en Londres, sí hace tiempo ya que habéis decidido que las doncellas se quedan a bordo.

Miguel rio, y Victoria sintió el aire entrar en sus pulmones, como si lo que entrara en ellos fuera luz.

—De modo que, capitán —prosiguió el viejo—, ¿qué queréis que diga?

—¿Tú no pensabas dejarlas aquí? —preguntó João ofendido.

Miguel no contestó a su segundo. En su lugar, se dirigió al viejo.

—Está bien, Henry. Retiraos.

Cuando el anciano se retiró, Miguel refunfuñó:

—Parece que nadie me va a dar una buena razón para no dejarlas aquí esta noche.

—¿Que no queréis hacerlo no os parece argumento suficiente? —preguntó João molesto.

Miguel meneó la cabeza.

—Eso lo ha dicho Henry, no yo.

—Yo tengo una —dijo Victoria en un hilo de voz. Desde que había oído el razonamiento del viejo, su corazón latía de nuevo, vivo, acelerado— que no es buena, pero es válida. Vuestra promesa fue desembarcarnos en el primer puerto al que arribara *El Miguel*, y en esta isla no llegaremos a puerto, sino que nos quedaremos a una buena distancia de la costa, ¿no es así? De modo que no es aquí donde os corresponde dejarnos.

—Ese argumento os pone en una situación comprometida, *milady*. Cuando lleguemos a las islas de Cabo Verde *El Miguel* fondeará en puerto. Esas islas únicamente están habitadas por piratas, tratantes de esclavos y negros, y vuestro destino allí no es mucho más prometedor que si os vendiéramos aquí.

—Cierto, capitán —concedió Victoria, que iba recuperando su confianza, aunque con la voz aún temblándole—. Mas este argumento sirve para que no nos desembarquéis por el momento. De aquí a Cabo Verde tendré tiempo para buscar un nuevo argumento y muchas comidas para convencerlos.

Miguel sonrió, y su sonrisa fue abierta y sin rastro de malicia, lo que animó a Victoria a proseguir. En su pecho tintineaba la esperanza y la ilusión por haber extendido el tiempo que podría pasar junto al pirata.

—Además, para entonces Inés manejará mejor los cuchillos y yo la espada y, ¿quién sabe?, acaso sea yo capaz de gobernar un navío.

Y el capitán sonrió de nuevo.

—Sea, *milady*. Veremos qué se puede hacer en mil trescientas millas.

Cuando las doncellas abandonaron el comedor de oficiales, João se volvió furioso hacia el capitán.

—¡Sabes que no me gusta que jueguen conmigo! Nunca has pensado en venderlas, ¿no es cierto? Henry tenía razón.

Miguel se sentó en la mesa, con los brazos cruzados.

—No, João. Realmente quería saber tu opinión. Henry solo tenía razón en parte. Y esa parte era que no me agrada matarlas. ¿Qué clase de hombre crees que soy? Pero a la vez trato de pensar con frialdad. Las dejamos subir para matarlas o sacarles algún provecho. Y no veo otro modo de sacarles provecho si no es vendiéndolas.

—Pues si realmente querías eso, debiste dejarlas confinadas en su camarote, o habérselas entregado a los hombres el primer día. Porque te digo algo, Miguel: no solo soy yo. Ni Stowe ni la mayoría de esos salvajes que tenemos por tripulación estarían dispuestos a tomar a Inés ahora contra su voluntad, y tengo mis dudas sobre si le harían daño a lady Dudley. Así que tendrás que pensar un poco más con esa mente tuya tan inteligente para ver cómo resuelves esto, porque el juego se te ha ido de las manos. —Y, diciendo esto, el portugués salió del comedor de oficiales dando un tremendo portazo.

Aquella noche Fred no bajó a cenar, y aunque Inés hacía tiempo que había dejado de sentirse incómoda estando sola con los demás piratas, la condesa no pudo evitar alegrarse de ver al contramaestre irrumpir en el comedor con una frasca de ron en la mano cuando los demás estaban terminando el estofado.

—¡Vamos! ¡Todos a cubierta! —ordenó Fred con la alegría pintada en el rostro—. ¡Hay mucho que celebrar! Han traído comida, han traído agua fresca, han traído ron —agitó la frasca en lo alto y los piratas bramaron de júbilo— y no se han llevado a nuestra Inés ni a la princesita loca.

Los hombres abandonaron el comedor a empujones, corriendo hacia la cubierta. Fred le dio la frasca de ron a Clavos, el carpintero de a bordo y uno de sus más cercanos amigos, y los dejó salir atropelladamente por la puerta y

subir los cuatro escalones. Inés se había puesto en pie despacio. Sabía que todas las noches, después de la cena, los hombres se quedaban por cubierta bebiendo o jugando a los dados; pero ella se retiraba a su camarote. Aquella noche tenía intención de hacer lo mismo en cuanto el pasillo se tranquilizara, pero la presencia de Fred esperándola junto a las escaleras le hizo intuir que esa noche sería distinta.

Cuando se quedaron a solas, el contramaestre avanzó hacia ella, y tomándola por el codo tiró de ella hacia los cuatro escalones al tiempo que le decía:

—Preciosa, ha llegado el momento de una nueva lección.

—¿Qué lección? —preguntó ella con recelo, resistiéndose un poco a la presión que el pirata ejercía sobre ella.

—Una que es menester que todo pirata conozca: beber ron y emborracharse. ¡Apresúrate! La celebración es en tu honor.

Inés se dejó arrastrar sin oponerse más y, cuando llegó a cubierta, descubrió un navío desconocido para ella. Los hombres se agrupaban en círculos de entre tres y diez hombres, y bebían ron, jugaban a los dados, a los naipes, contaban viejas historias y se pasaban un viejo acordeón del que sacaban canciones que Inés jamás había oído.

Fred tiró de ella hasta el círculo en el que conversaban el viejo Henry, Clavos, Willie y otros dos piratas más, amigos del contramaestre. Se sentaron y Clavos le tendió el ron a la joven. Inés miró la frasca, de la que habían chupado todos, y vaciló, y Fred, leyendo sus pensamientos, se la arrancó de las manos y limpió la boca con la manga de su camisa.

—No te preocupes, preciosa. El alcohol limpia la mugre y mata las enfermedades —dijo, y se la tendió de nuevo.

Inés bebió. De la frasca subía un olor agradable a madera vieja, y el sabor y la quemazón del alcohol la cogieron por sorpresa. Sintió el líquido abrasar su garganta y caer como plomo fundido en su estómago, y no pudo evitar toser, escupiendo la cantidad que le quedaba en la boca sobre Willie.

El crío se puso en pie de un salto y lanzó una maldición, y los demás piratas rieron. Inés arrugaba la nariz con asco. Fred le quitó la frasca y dio un trago largo. Se la pasó a Willie, y cuando el niño se la devolvió, se la tendió a Inés de nuevo.

—Bebe, más despacio. Te vas a emborrachar de todos modos, y no hay prisa. Saborea el ron. Es bueno.

Inés no quería, pero lo aceptó como aceptaba cada tarea impuesta por el contraamaestre. Se llevó la frasca a la boca y dio un sorbo pequeño. Lo retuvo en la boca y sintió cómo el aliento se le impregnaba de aquel sabor a madera dulce. Solo entonces tragó, y no le pareció que quemase tanto. En la cuarta ronda, ya no le importaba beber de aquella frasca, incluso esperaba anhelante aquel líquido que, en pequeños tragos, daba la sensación de estar bebiendo cada tabla de un navío que hubiera navegado por el sur. Sus pensamientos comenzaron a ralentizarse y las conversaciones de los piratas comenzaron a sonarle más y más lejanas. Ella no estaba allí, sino en el mar de las Antillas. El acordeón sonaba en algún sitio, una melodía que jamás había escuchado, pero le resultaba familiar, y el ritmo le pedía que se pusiera en pie y bailara. Otro trago, profundo como el mar. Miró a los piratas que la observaban y los oyó reírse, pero era como si no lo oyera ella, sino otra Inés. Escuchó. El mar, las olas, los dados, las risas... Podía escuchar hasta las miradas. Un trago más. Al volverse hacia Willie para coger la frasca, había sentido cómo primero se volvía su cuerpo, luego su mente. Su cerebro era como un líquido que se moviera libre dentro de la copa de su cabeza. Y aquel efecto la mareó, y echó su cuerpo hacia adelante, pero reaccionó antes de darse con la cabeza en el suelo y volvió a enderezarse. Rio, sin saber por qué, sin poder evitarlo, con una risita de cría, y se dispuso a dar otro trago, pero la mano de Fred —solo vio la mano, le habría llevado una eternidad volverse a mirar los ojos del pirata— se la había quitado. Parpadeó con fuerza y abrió mucho los ojos.

—¿Y el ron? —preguntó mostrando las manos vacías, pero su voz no era su voz, y la lengua le pesaba y se le enroscaba en la boca, y aquello le pareció lo más gracioso del mundo. Algo en su cabeza, una lucecita, le decía que no era gracioso, pero nada en ella escuchaba a la vocecita. Siguió riéndose hasta doblarse por la mitad.

—Parece que nuestra pirata está borracha —dijo Henry, y este comentario provocó nuevas risas en la muchacha.

—No lo ha hecho mal —dijo Fred, pero su voz sonaba muy lejos, a la izquierda de Inés, pero muy lejos. Estaban más cerca el acordeón, y las olas, y el mar de las Antillas. Y se imaginó a los indios corriendo por una isla detrás de las indias. Y todos bailaban una danza frenética. Y ella quiso correr, correr por la isla, o por la cubierta, y que Fred la persiguiera. Y sobre todo deseó que la encontrara y que la besara como la había besado aquella otra vez. Deseó que Fred la mojara de besos y bailaran y se movieran, y sentir su cuerpo. De pronto solo sentía su cuerpo. Se esforzó por abrir mucho los ojos

y vio a Clavos delante de ella. Le sonrió e inclinó ligeramente la cabeza a la derecha. Pensó que así lo vería mejor. Y se llevó instintivamente los dedos a la boca. Sus labios le pedían que los tocara, que los rozara. Sus labios le pedían un beso. Y Clavos le devolvió la sonrisa.

—¿No me acompañarías a mí...? —comenzó a preguntar la condesa al tiempo que trataba de ponerse de pie, pero al hacerlo sintió como si su cerebro se quedara abajo, sentado, y sufrió un gran mareo y se cayó hacia atrás. Fred la cogió en brazos a tiempo y el cuerpo de la muchacha reaccionó abrazándose al de él. Abrió un instante los ojos y sonrió al pirata, entreabriendo los labios con la cabeza echada hacia atrás.

—Creo que ya has bebido bastante, preciosa —murmuró él.

La sonrisa de felicidad de Clavos se borró.

—¿Te la llevas?

—¿Y qué harías tú? —contestó Fred frunciendo el ceño.

El carpintero bajó la vista sin contestar y el contramaestre se dirigió hacia el interior del castillo de popa negando con la cabeza.

Había anochecido aunque no era tarde. Victoria aún seguía en el comedor de oficiales con Miguel, leyendo, y en otras circunstancias Inés estaría echada en la cama sin dormir, esperando a su amiga mientras pensaba en cada momento del día. Fred empujó la puerta del castillo de popa y se topó con Richards.

—¿Qué haces? —preguntó el marinero pelirrojo preocupado al ver el estado de la condesa.

—¡Vete a servir mesas! —bufó Fred, y continuó caminando hacia los camarotes.

Richards se quedó inmóvil unos instantes y, a continuación, corrió hasta el comedor del capitán y aporreó la puerta.

Miguel, que estudiaba unos derroteros, se levantó como movido por un resorte, cruzó el comedor de dos zancadas y abrió la puerta con la espada en la mano.

Victoria observó al marinero con los ojos muy abiertos.

—Capitán —dijo él, aunque miraba a Victoria—. Los hombres han emborrachado a lady Inés y temo por su honor.

Victoria saltó de la silla y corrió hacia la puerta.

—¡Se la ha llevado el contraestre! —le gritó Richards cuando ella pasó como una exhalación a su lado.

Miguel le dirigió una mirada cargada de furia al marinero.

—Estúpido —le dijo al pasar a su lado siguiendo a la princesa.

Victoria no recordaba exactamente cuál era la puerta del camarote de Fred, pero estaba dispuesta a averiguarlo. Corrió por el pasillo y se detuvo delante de la puerta que ella creía, la que estaba a la izquierda de la de Richards. Miguel llegó a tiempo para presenciar la escena cruzado de brazos. Victoria abrió la puerta sin llamar y se encontró al contraestre sacándose la camisa por la cabeza. Al tiempo que echaba un vistazo rápido a la litera deshecha pero vacía del pirata, espetó:

—¿Qué habéis hecho con Inés? ¿Dónde la habéis metido?

Fred terminó de quitarse la camisa y contestó con mucha calma:

—Cierto. Me he visto obligado a «meterla», y el «meterla» es literal...

—¿Dónde?

Victoria había cerrado los puños. Miguel observaba apoyado en el quicio de la puerta, divertido.

—En su cama. La hallaréis allí. Os recomiendo que no la mováis...

Fred no pudo terminar la frase. Victoria empujó a Miguel y corrió a su camarote, para lo que tuvo que esquivar a Richards. Abrió la puerta y respiró hondo al ver allí a su amiga, roncando como un cargador de muelles.

—¡Inés!

La condesa ni se movió.

—El señor Stowe tiene razón —sonó la voz del capitán de nuevo en la puerta—. Dejadla dormir la borrachera, *milady*. Ya os veréis obligada a cuidarla mañana cuando despierte.

Fred apareció también bajo el umbral. Tenía la marca de un arañazo en el brazo izquierdo. Miguel se lo señaló con la cabeza y el contraestre contestó que se lo había hecho la joven cuando, al soltarla en su lecho, se había aferrado con todas sus fuerzas al brazo del pirata, probablemente porque en aquellos instantes todo le diera vueltas. Miguel asintió. Salieron y cerró la puerta. Lo último que Victoria oyó decir a Miguel antes de que este regresara a su comedor fue: «Sois estúpido, Richards. Algún día aprenderéis a confiar en quien yo confío». Y ella se sintió estúpida también, pues se dio cuenta de lo poco que conocía a Fred.

Cuando Inés se despertó, la luz del sol entraba a raudales por la ventana y dibujaba figuras oscuras sobre un fondo naranja en su mente, a través de sus párpados. Abrió los ojos un instante, lo justo para ver a Victoria sentada con las piernas cruzadas sobre el diván, pero la luz era cegadora y los volvió a cerrar.

—¿Qué hora es?

Victoria no alzó la vista del libro de apuntes de Miguel, que casi había terminado.

—Cerca de mediodía —contestó.

—¡Dios! —exclamó Inés tratando de incorporarse, pero, entonces, sus sesos blandos, líquidos, calientes y pesados parecieron crecer dentro de su cabeza y tiraron de ella hacia atrás, sin que pudiera levantarse, al tiempo que sentía como si miles de agujitas se le clavaran en el interior del cráneo. Gimió y se llevó la mano a la sien.

Victoria le dirigió un vistazo rápido y volvió al libro.

—¿Fred no ha venido esta mañana? —preguntó la condesa, renunciando a levantarse.

—Lo hizo. Aporreó la puerta, pero no oíste nada. Abrí y le ordené que te dejara tranquila.

Inés resopló y entreabrió los ojos de nuevo. La luz le quemaba. El interior de su cráneo se había vuelto plateado y la luz se reflejaba en cada una de sus paredes y se multiplicaba. Se intentó incorporar de nuevo, muy despacio. Sus sesos seguían siendo líquidos y pesados, y se movieron dentro de su cabeza cuando se sentó. Se apoyó en la pared, resopló de nuevo y se dispuso a continuar con la ardua tarea de levantarse.

—Estarás satisfecha —dijo entonces Victoria.

Las repentinas palabras de la princesa sonaron como un cañonazo que se abría paso entre las aguas de sus sesos. Trató de mirar a su amiga. Victoria parecía enojada.

—¿Satisfecha? —acertó a repetir.

—Satisfecha. Sí. ¿Acaso piensas que acompañas a tu padre a pasar revista a sus oficiales? Eso que hay ahí fuera son piratas, Inés —dijo la princesa señalando hacia proa—. ¡Piratas! ¡No puedes pasearte entre ellos como si pasearas entre un rebaño de corderitos!

Inés no oía lo que decía Victoria. ¿Por qué gritaba tanto? Solo quería que no gritara más. Iba a vomitar. Y tenía mucha sed. ¿Debía o no debía beber agua?

—Tal vez fuera divertido —continuaba Victoria—, pero, ¡por amor del cielo, Inés...!, ¿qué creías que hacías?

—No hacía nada —acertó a contestar—. No me grites. Solo... —se dio cuenta de que le costaba recordar lo ocurrido—, solo hablaba con ellos.

—¡Te emborrachaste! ¡Perdiste la cabeza! ¡Como una vulgar... bailarina! ¡Podías haber perdido tu honor! ¿No lo entiendes? ¡Solo puedes perderlo una vez!

—No iba a perder nada. Estaba bien. Fred... Fred cuidaba de mí.

Victoria dejó el libro en el diván, se puso en pie y levantó las manos haciendo grandes aspavientos mientras daba vueltas en el reducido espacio del camarote.

—¡Fred, claro! ¡El príncipe Fred! ¡El salvador! ¡Un pirata que ni siquiera sabe escribir su nombre, que pega a los niños y mantiene a los hombres a raya a puñetazos! ¡Inés, no es un soldadito, ni un oficial, ni un caballero andante! ¡Es un pirata!

—¡Ya lo sé! —exclamó Inés, y se arrepintió de haber gritado. Volvió a llevarse la mano a la sien—. Ya lo sé. Pero... él... es... ¿Por qué tú...? ¿Por qué tú puedes soñar con huir con guardias, con ladrones, con espías...? ¿Por qué pueden secuestrarte piratas, y puedes enamorarte perdidamente de un pastor, y yo tengo que buscar un noble? Sé que Fred no sabe leer, no ha estudiado latín, ni sabrá quién es Aníbal. Pero eso no lo hace peor.

Victoria había dejado de dar vueltas a la habitación y la miraba de pie, frente a ella.

—Los héroes de tus cuentos —se esforzó en proseguir Inés—, todos cultos y refinados aunque se hubieran criado entre cabras, ¡no existen! Los pastores de tus libros, excepcionales músicos y poetas, aficionados a tocar la zampoña, y que siempre son corteses, finos y educados, o que resultan ser nobles que han abandonado la vida de la corte por mundana, ¡solo están en *La Arcadia*! En la realidad los pastores apestan a oveja y a boñiga y apenas si saben hablar. ¡Y esto es la realidad! ¿Creíste que sería más bonita?

Victoria no sabía qué contestar. Inés tampoco le dio tiempo.

—¿Por qué tú te puedes enamorar de un pirata cruel y yo no puedo confiar y querer a su conremaestre? También yo quiero vivir un cuento de cuando en cuando.

Victoria ya no parecía enojada, solo triste, y su gesto de tristeza se transformó en un pucherito infantil cuando la condesa añadió:

—Fred no es un hombre perfecto, Victoria, pero confío en él.

—Lo sé —suspiró la rubia sentándose a su lado—. Pero... me asustaste tanto... Claro que puedes soñar, y vivir cuentos también, pero... tú siempre has mantenido la cabeza fría, has pensado por las dos. Tú siempre eres la voz de la cordura, y la que me ata al suelo, y... si dejas de hacerlo... —Victoria la abrazó e Inés le palmeó la espalda—. Tengo miedo, Inés. He perdido el control de lo que nos rodea. Ayer me asusté tanto... Siempre me creí capaz de conseguirlo todo, mas... ¡tienes razón! El mundo... no se parece a lo que yo conocía. Me asusta no ser tan capaz como creía. No sé ganar este juego yo sola. Y si tú también pierdes el control..., si me dejas...

—Tranquila, Victoria. Nunca te dejaré. Lo juro. Y tendré más cuidado con lo que beba. Tienes mi palabra —añadió, sin que prometer aquello le resultara difícil ahora que sentía las agujitas perforando su cráneo.

La princesita sonrió.

—Está bien. Confío en ti. Y si dices que me debo fiar de Stowe, lo haré.

—No, no lo hagas —contestó la condesa prudente—. Fíate solo de mí. Solo nos tenemos la una a la otra. Siempre estaremos solas las dos.

Y volvieron a abrazarse.

Navegaban hacia el sur, y el día era soleado, demasiado soleado para Inés. Cuando salió a la cubierta, la luz se le clavó en los ojos y en la cabeza, como si cada rayo fuera una aguja hirviendo que penetrara a través de sus ojos, hasta el fondo de sus sesos. Entrecerró los párpados, llegó hasta la borda, apoyó la espalda en ella y se dejó resbalar hasta quedar sentada sobre las tablas siempre limpias de *El Miguel*. Cerró los ojos y no volvió a abrirlos hasta que reconoció los pasos de Fred y supo que se había detenido frente a ella. Muy despacio separó los párpados y volvió a sentir aquel dolor agudo en la parte de atrás de la cabeza: los pantalones granates del contraamaestre. Alzó la vista para verlo entero, como una sombra oscura que se recortaba contra la torturante luz del mediodía, allí, de brazos cruzados.

—Buenos días. O acaso debiera decir buenas tardes.

Inés se agarró a la baranda e hizo un intento de levantarse, pero Fred le apoyó la mano en el hombro impidiéndoselo.

—Quédate aquí. No serías de gran ayuda. Esta noche beberás menos.

—Esta noche no beberé —contestó Inés con determinación.

Fred meneó la cabeza.

—Sí lo harás, preciosa. Ya has aprendido a emborracharte. Ahora tienes que aprender a no hacerlo.

Alguien llamó al contramaestre y este se volvió. Inés volvió a cerrar los párpados y echó la cabeza hacia atrás. Permaneció así un tiempo hasta que de nuevo sintió pasos y que alguien se acercaba. Entornó los ojos: Willie. Al instante regresó a su mente la imagen del momento de la noche anterior en que le había escupido todo el ron encima al muchacho. Y recordó también cómo el chico se había vengado cuando ella lo mojó de agua. «¿Qué me hará ahora? —pensó—. No me siento capaz siquiera de moverme, como para luchar contra nadie».

Willie no dijo nada. Apoyó, como ella, la espalda en la borda y se sentó a su lado. Inés volvió a cerrar los ojos. Lo que tuviera que venir llegaría de todos modos.

—¿Sabes, Inés? —dijo el muchacho tras unos instantes de silencio. La joven se esforzó por mirar al crío, a su rostro angelical de diez años y sus ojos enormes y fríos como Londres un día de niebla. Pero solo logró mirarlo un instante, lo justo para darle a entender que lo escuchaba. Las agujas de luz se habían vuelto abejorros con agujijones, abejorros que zumbaban a su alrededor, con voces lejanas de marineros—. Me gustas. Me gustas más que cualquier otra mujer que haya conocido.

La sorpresa de la repentina confesión le abrió los ojos a la condesa y, ¡horror!, los abejorros entraron a raudales y depositaron su veneno. Rápidamente entornó los párpados y logró mantenerlos fuera y mirar a Willie a un tiempo. Sí, era un niño, solo un niño. Aunque su ojos parecieran mucho más viejos y la suave piel de su rostro imberbe estuviera surcada por cicatrices y magulladuras. Inés le sonrió con dulzura. Él le sostuvo la mirada. Había hablado en serio. Su mirada de niño adulto era seria. Y lo suficientemente intensa para forzar a Inés a bajar la suya.

—¡Lástima que seas de Fred! —añadió el niño, y también él apartó la vista para clavarla en la línea que separaba el mar del cielo, por encima de la borda opuesta.

Inés rio y volvió a mirarlo.

—¿De Fred? Yo no soy de Fred.

—¡Oh!, ¡pero sí lo eres!

—Fred y yo no...

—¡Mira! —interrumpió Willie, y señaló a un grupo de marineros—. ¿Ves al Rata, o a Clavos, o al mismo James? Ninguno osaría rozarte. Y no

porque no lo deseen.

Inés llevó la vista desde el carpintero hasta el vigía, un hombre de cuerpo enorme, brazos larguísimos y piernas diminutas, que parecía imposible que pudiera trepar a esa velocidad por la escala. Luego volvió a mirar al niño.

—¿Y si yo deseara a alguno de ellos? ¿Y si acaso prefiriera a otro que no fuera Fred?

Willie la volvió a mirar, con los ojos grises llenos de sorpresa por la pregunta de la joven. Después miró a Fred, que reprendía al Rata y proseguía dando órdenes sobre la cubierta con su espalda morena desnuda. Y volvió a mirar a Inés con seriedad.

—Pensaría que estás loca.

Inés entendió aquellas palabras demasiado bien. Ella había observado muchas veces al contramaestre. Le gustaba mirarlo, le fascinaba, la atraía... Willie tenía razón. Pero, aún así, la condesa sintió el impulso de retorcer la llave una vuelta más.

—¿Y si... y si yo me enamorara del capitán?

Willie se quedó en silencio. Su rostro se tornó aún más serio y su mirada se clavó en el suelo.

—Entonces —contestó por fin—, entonces no estarías loca. Pero estarías en problemas.

—¿En problemas yo o en problemas Fred? —apuntó Inés queriendo parecer ingeniosa.

—Tú, Inés —contestó el crío como si la respuesta fuera obvia—. No porque Fred fuera a cederte o no al capitán, o fueran a batirse por ti ni nada de eso, sino porque el capitán Saavedra no tiene corazón.

No fueron sus palabras, sino el tono gélido con el que las pronunció lo que congeló el interior de la condesa. Y comprendió que, de nuevo, Willie tenía razón. Y pensó en Victoria, y algo la ahogó por dentro, pues si bien sabía que Willie no se equivocaba al juzgar a Miguel, también sabía que le resultaría imposible lograr que Victoria lo entendiera.

Navegaban hacia el sur, y se hacía evidente, no solo en la temperatura, cada vez más cálida, sino en el humor de los hombres. Victoria e Inés seguían su adiestramiento, y su piel se doraba con el sol y el aire. Fred le regaló a Inés un pañuelo granate para que se lo atara en la cabeza y evitara los terribles

dolores de cabeza y las fiebres que con frecuencia atacaban a los marineros expuestos al sol. Y poco a poco las cabezas de los miembros de la tripulación se fueron cubriendo con pañuelos multicolores y gorros. Inés observaba. Ya no parecían un pelotón de uniformados marineros de la reina, todos iguales, todos desconocidos, anónimos, distantes. *El Miguel* se había transformado a medida que se alejaba de Londres. Ahora cada marinero era un pirata con su historia reflejada en sus cicatrices, que brillaban más claras bajo el sol y que habían quedado al descubierto cuando dejaron de cubrirse los torsos con camisas. Cada pirata era un color, y unos ojos, y una historia, y un nombre propio. Y a Inés le gustaban mucho más así. Ya no era una extraña entre ellos y pensaba que difícilmente podría ser más feliz de otro modo. Jamás, en las horas que había pasado observando *El Miguel* desde la ventana de su cuarto, había podido imaginar que fuera mucho más que un navío, que pudiera amar más a su tripulación que a sus tablas y sus velas, y que la hermosa carraca pudiera dárselo todo. O casi todo. Porque dos asuntos turbaban sus pensamientos impidiéndole la felicidad absoluta: el amor de Victoria, cada vez más intenso, hacia Miguel sin ver, sin entender que él no podía amar a nadie y, por otro lado, el desasosiego que le causaba a menudo la mirada de Fred, el deseo de que la rozara al pasar a su lado, de que la asiera para explicarle cómo lanzar cuchillos; el deseo en las noches de ron, de que la abrazara y le enseñara la magia que escondían sus ojos oscuros; el deseo de arrancarse la ropa y enredarse en él, como las algas abrazan los galeones hundidos. Con frecuencia rememoraba el día en que él la siguió hasta el pasillo y la besó, y se arrepentía una y otra vez de haberlo alejado pensando que habría otras oportunidades. Anhelaba su tacto, y necesitaba tenerlo siempre a la vista o sentía que le faltaba el aire.

*El Miguel* cruzaba las aguas del Atlántico. En ocasiones, James, el enorme vigía, emitía un bramido que al principio a Inés le costó entender, y luego comenzó a identificar como barco a babor o barco a estribor. Entonces la tripulación se apiñaba en la baranda. Si Miguel estaba en el puente, tomaba su catalejo y estudiaba el barco, y siempre daba la misma orden al timonel: «Mantened el rumbo, señor Ferreira». Solo una vez un barco en el que ondeaba una bandera negra se aproximó hacia *El Miguel*. «¡Salvas de aviso, señor Gray!», ordenó el capitán. El señor Gray era un hombre diminuto. Inés no lo había visto más que un par de veces, pues vivía en la santabárbara, y apenas sí salía de allí. Según todos, hacía años que había perdido el juicio, y sus ojillos diminutos y estrábicos, incapaces de posarse en nadie, parecían

demostrarlo. Pero cuando el vigía avistaba un barco, Gray corría a cubierta a esperar con voracidad las órdenes del capitán. Y sus ojos se posaban en el barco, y solo entonces miraban derechos. Y medían y calibraban mientras esperaba ansioso que el capitán pronunciara su nombre. «¡Salvas de aviso, señor Gray!». Y el hombre sonreía, feliz, en una mueca de loco, y corría bajo cubierta a la cubierta de cañones. El señor Gray no se ocupaba personalmente de abrir fuego. Otros marineros hacían esa labor. El señor Gray solo les daba la medida exacta de pólvora, ordenaba el posicionamiento de los cañones y subía al puente a explicarle a João cuánto debían acercarse. Luego se colocaba detrás de Miguel y, cuando llegaba el momento, tan solo le tiraba un poco de la manga. «¡Fuego!», tronaba la voz del capitán. Y el barco parecía que estallaría, y todo se llenaba de humo.

—¿Salvas de aviso? —exclamó Victoria al ver los proyectiles caer a tan solo unos pies de distancia del otro barco—. Pero si llevaban carga...

—Así son las salvas de aviso de *El Miguel*, *milady* —contestó el capitán, y le guiñó un ojo.

El otro barco cambió el rumbo de inmediato y Gray soltó una risita de felicidad, y corrió a esconderse en la santabárbara.

—A esta distancia, aunque le hubiéramos dado, no le habríamos causado ningún daño grave —le explicó Fred a Inés.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Inés señalando con el mentón la trampilla por la que había desaparecido el artillero.

—No fue fácil. Tuvimos que hundir el barco en el que él se hallaba. Mas el capitán lo quería en *El Miguel*.

Pero, sin lugar a dudas, a Inés le resultaba mucho más fascinante James. El hombre parecía una mezcla de simio y coloso. Tenía los brazos largos y robustos, las piernas cortas, el torso descomunal. Y en su cara, que resultaba demasiado pequeña para el resto del cuerpo, solo destacaban dos ojos enormes, azules, que estaban ligeramente hundidos bajo las cejas. James no veía bien de cerca, pero de lejos no había nadie con una vista como la suya. Además de poder distinguir una bandera a simple vista a una distancia a la que a los demás les resultaba difícil verla con el catalejo, conocía el mar y sus ondas, y sabía dónde mirar. Distinguía la aleta de algún pez donde los demás veían olas, y un atolón donde otros veían solo agua. Amaba el mar con locura. Con los demás marineros era reservado, y solo Fred bromeaba con él de vez en cuando. Cuando hablaban, Inés prestaba toda la atención de que era capaz, y aun así no lograba entenderle. Balbuceaba, gruñía, bramaba,

aullaba..., no hablaba. Pero algo en sus ojos le transmitía a Inés paz. Aunque resultara increíble, aquel hombre se le antojaba a la condesa como el prototipo de bondad.

Una vez, Inés vio al vigía mirarla, y le oyó decir algo a Fred, y al contramaestre sonreír; y cuando ella se quedó a solas con su maestro, le preguntó qué era lo que había dicho. Fred sonrió de nuevo. «Ha dicho que de lejos eres hermosa y que siente no poder ver bien de cerca para disfrutar de tu hermosura cuando te diriges a él». A Inés le turbaron aquellas palabras aun cuando ya no le sonrojaban las obscenidades que escuchaba todos los días en boca de los otros. Luego miró al pirata, estudió sus ojos oscuros y terminó por exclamar: «No ha dicho eso, ¿verdad? ¡Eres un embustero, Frederick Stowe!». Y el contramaestre se encogió de hombros, y la condesa se quedó siempre con la curiosidad de saber si realmente aquellas palabras las había pronunciado el vigía medio simio.

Llegaban a Cabo Verde, y hacía calor, más del que Inés recordara nunca en Londres. James había bramado algo que podía ser un «tierra a la vista», y entre los marineros reinaba la agitación. Victoria había corrido a su camarote. Apenas le quedaban unas páginas del segundo libro de navegación de Miguel y quería terminarlo antes de tratar de convencer al capitán de que no las abandonara allí. Pero era incapaz de leer porque su cabeza a menudo se iba de lo que leía, y buscaba alguna excusa, alguna razón, algo... Debía darle un motivo a Miguel, el que fuera. No podían marcharse de su navío, aún no. Y trataba de no ilusionarse recordando las palabras de Henry: «Si no desde que embarcaron en Londres, sí hace tiempo ya que habéis decidido que las doncellas se quedan a bordo», y se forzaba en apartarlas de su mente, no fuera a estar el hombre equivocado. Necesitaba una razón para cuando el capitán se la pidiera. Pero no era capaz de encontrar ninguna.

Navegaban dejando a estribor la isla de San Antonio, hacia San Vicente, e Inés observaba fascinada en la distancia aquel paisaje tan extraño para ella: las montañas negras, abruptas y hostiles, en cuyas faldas crecía la vegetación tropical, y como contraste a su dureza terminaban en unas playas mansas y blancas, de arena finísima. La virginidad de la isla solo se veía dañada, aquí y allá, por algún campo de cultivo de algodón y algún conjunto de chamizos de esclavos campesinos.

A medida que se acercaban a San Vicente, a aguas menos profundas, el color de estas se volvía más y más turquesa, tan claro que a Inés se le antojaba imposible que aquel líquido fuera solo agua y sal, como lo era el de las costas de Inglaterra.

También dejaron San Vicente a estribor y continuaron navegando más hacia el este, hacia Santa Lucía. La condesa estaba absorta mirando apoyada en la baranda, cuando la voz áspera de Fred dijo a su lado:

—En cuanto fondeemos te enseñaré a nadar.

Inés asintió.

—¿Y los tiburones? —preguntó Clavos.

—¡Vamos a pescar tiburones! —rio el Rata.

Fred le cortó la risa con una mirada.

—*Tad'nquilos. Yo jlaré* —balbuceó James.

El turno de guardia del hombretón acababa de terminar, y Dorek, el marinero grande y malencarado que llevaba el timón el día que Inés se coló por primera vez en la cocina, ocupaba su puesto en la cofa. El sondero iba gritando la profundidad. Estaban cerca de tierra.

Miguel había salido al puente y exploraba la isla con el catalejo. Santa Lucía era más inhóspita. En ella solo había montañas oscuras y peladas de vegetación: solo rocas y arena. Navegaron por el canal de Santa Lucía, entre San Vicente y esta última isla, donde el viento soplaba con más fuerza y, cuando lo pasaron, prosiguieron navegando con la isla a babor. Protegidos como estaban de la corriente canaria y del viento, el mar manso invitaba aún más a zambullirse. Doblaron Ponta da Laje, situándose al sur. James advirtió de los restos de un barco hundido antes de que lo hiciera el vigía, y João se mantuvo a una distancia prudente.

—Capitán, habréis de añadir ese pecio a vuestro derrotero. No estaba ahí la última vez.

Miguel asintió mudo.

Seguía oteando la isla. No se veía ningún barco flotando en aquellas aguas.

—Parece que hemos llegado antes que ellos —le comentó al timonel.

El segundo de a bordo asintió con la cabeza.

—*¡Ptan!* —bramó James, y señaló algún lugar de la isla desierta y árida. Inés clavó la vista allí, pero no vio nada—. *S' l palo, al otro lado.*

Dorek, haciendo visera con la mano, estiraba el cuello desde la cofa. Miguel buscó con el catalejo donde decía James. Estaban en el punto más

estrecho de la isla, y ahí la orografía era inexistente. Solo había una explanada de arena. El mar, al otro lado, estaba a menos de una milla. Pero, pese a todo, era una distancia muy grande como para ver bien. Comprobó de nuevo el punto oscuro al que se había referido James. Después se apartó el catalejo del ojo y frunció el ceño.

—Sí, están escondidos al otro lado de la isla.

—¡Rata desconfiada! —masculló João—. Acordamos encontrarnos a este lado.

—Eso lo mantiene vivo. Fondearemos aquí de todos modos, según lo previsto. Los esperaremos. ¡Recoged todas las velas! ¡James, la bandera! ¡Preparaos para soltar el ancla! Sondero, ¿profundidad?

—Quince pies, capitán.

—Quince pies, quince pies —corrió la respuesta.

—Bien, soltadla cuando estemos a doce. Quiero siete brazas de cadena. Y, ¡pardiez!, esta vez que no caiga entre dos rocas.

El barco estaba más vivo que nunca. Cada marinero tenía algo que hacer, pero ninguno chocaba con otro, nadie se interceptaba, nadie estorbaba. Funcionaban como un enorme cuerpo en el que cada uno desempeñaba su actividad, con plena conciencia de dónde estaban los demás miembros.

James volvió a ascender al palo y arrió la bandera inglesa. Se desató de la cintura la banda de seda negra que hacía las veces de cinturón, la desplegó, y atando los extremos de la tela la izó. Al instante ondeó sobre *El Miguel* su bandera pirata. No tenía nada dibujado en ella, pero habían cortado parte del centro de la tela haciendo una «M», a través de la cual se veía el cielo azul de Cabo Verde. Más tarde, cuando Victoria salió a cubierta y la vio, le preguntó al capitán:

—¿«M» de Miguel?

Y él contestó negando con la cabeza:

—De «muerte», en español.

Soltaron la cadena del ancla, quince pies, y después dejaron que la corriente alejara el barco, y soltaron cinco brazas más, hasta que *El Miguel* quedó flotando manso sobre las aguas cristalinas.

—Preciosa, habrá que postergar el baño —sonrió Fred.

En efecto, los palos que se adivinaban al otro lado de la isla habían comenzado a moverse y, en menos de una hora, una carraca pequeña de dos mástiles doblaba Ponta da Mãe Grande y fondeaba en aquella cala. En lo alto de su palo mayor ondeaba una bandera negra con un esqueleto pintado en cal.

El barco fondeó a estribor de *El Miguel*, a distancia de tiro, y sus ocho cañones apuntaron al hermoso navío. El joven capitán no se inmutó. Observó a través del catalejo cómo del barco echaban un bote al agua, en el que iban seis hombres. Entonces dio una señal y en la cubierta de artillería movieron todos los cañones hacia la banda de babor.

Inés interrogó a Fred con la mirada.

—El capitán del *Africana* solo se embarca en otra nao si todos los cañones del *Africana* están apuntando hacia el otro y el otro no tiene ninguno apuntando hacia él.

A medida que el bote se acercaba a *El Miguel*, Inés pudo distinguir bien a los miembros de la tripulación. Había uno muy alto y fornido, con el rostro oscurecido por una barba cerrada, los ojos muy oscuros y juntos y la mandíbula protuberante, lo que le daba un aspecto feroz; otro diminuto, de aire nervioso, al que le faltaba una pierna; otros tres que, de haber estado algo más aseados, podrían haber pertenecido a la tripulación de *El Miguel*; y en la proa, el capitán. Vestía un jubón de holanda granate, con mangas acuchilladas, y llevaba un tricornio sobre su cabeza, y un tahalí empedrado, del que colgaba una espada de lazo. Era fornido, tenía una espesa barba castaña, ligeramente rojiza, y unos ojos marrones que despedían un extraño brillo amarillento.

Clavos y Fred intercambiaron una mirada. Algo en los ojos del contramaestre le hacía parecer incómodo. Se volvió hacia Inés y le dijo que tal vez fuera mejor que se metiera en su camarote. A Inés la sugerencia la tomó por sorpresa.

—¿Ves a ese hombre moreno? —se explicó el contramaestre señalando al fornido.

Inés movió la cabeza.

—Intentaré provocarte. Y..., preciosa, en el fondo de ti tienes demasiada sangre noble como para agachar la cabeza e ignorarlo.

Inés sintió una punzada en su orgullo.

—No abriré la boca, Fred. Tienes mi palabra.

Fred volvió a cruzar la mirada con Clavos, que se encogió de hombros.

—Eso espero —suspiró.

Cuando el bote llegó hasta *El Miguel*, Fred deslizó una escala y todos los hombres, menos el cojo, subieron al navío. El capitán del *Africana*, en el instante en que sus pies tocaron la cubierta, paseó una mirada atenta por la

tripulación de Fred. A su derecha, el corpulento hombre moreno hizo lo mismo. Ambos detuvieron la vista en Inés.

—¡Vaya, Stowe! Has ampliado tu dotación —dijo el moreno—. ¿Es para toda la tripulación o solo la gozáis los oficiales?

Inés sintió cómo la rabia la encendía. Fred cerró los puños.

Miguel había descendido del puente y llegó hasta el capitán en el instante preciso para interrumpir la conversación.

—Capitán Brace —inclinó la cabeza.

—Capitán Saavedra —contestó el capitán del *Africana* haciendo lo propio.

—No nos entretengamos.

—Os sigo.

Miguel le dirigió a Stowe una mirada de advertencia y ambos capitanes se internaron en el castillo de popa mientras Fred y el hombre moreno permanecían en cubierta estudiándose el uno al otro.

—No has contestado a mi pregunta, Stowe —dijo el moreno cuando vio que su capitán desaparecía tras la puerta del castillo—. ¿Cómo lo arregláis con ella? ¿Lo hace con uno y miráis todos?

Salivaba al hablar, y Fred apretó los puños y la mandíbula sin decir nada. Toda la tripulación de *El Miguel* se estaba conteniendo. Entonces Inés levantó la vista del suelo y espetó con toda la procacidad de que fue capaz:

—Es como tener a cualquier concubina a bordo: ayudo en las tareas y, además, les hago buen precio.

Los hombres de *El Miguel* rieron la insolencia con ganas y Fred sonrió con orgullo. El moreno fue el que cerró los puños entonces y se mantuvo en silencio, mirando a Inés entre corrido y furioso. Pero el mutismo apenas le duró unos minutos.

—¿Y a qué huelen las putas que viven a bordo? —preguntó entonces avanzando un paso hacia Inés.

Fred se interpuso, llevando la mano a la empuñadura de su cuchillo más grande.

—Para olerla, rozarla..., incluso para volverla a mirar tendrás que pasar por encima de mí —masculló.

James, el enorme vigía de la tripulación de *El Miguel*, también había dado un paso y se había puesto delante de Inés, tapándola con su cuerpo de gorila.

—¡Ay, Stowe...! —suspiró el pirata del *Africana* acercándose aún más al contramaestre, y con la mano puesta en la empuñadura de su espada—. ¡Siempre dispuesto a morir por una mujer!

A pesar de la altura de Fred, el moreno le sacaba medio palmo y el contramaestre tuvo que mirar hacia arriba para contestarle.

—Más que en morir, estaba pensando en matarte. Pero aunque estuvieras en lo cierto y el que perdiera la vida fuera yo, lo cual dudo que ocurriera, ¿cuánto crees que conservarías tú la tuya cuando tu capitán vea que has arruinado su acuerdo con Saavedra?

El moreno dudó. Buscó a Inés con la vista, oculta tras el enorme cuerpo de James. Después miró a Fred. Entonces otro de los hombres del *Africana* llegó hasta él y tiró de su brazo.

—Tiene razón, Christian.

El moreno apretó los puños una última vez y dio un paso atrás.

—Por esta vez baste, Stowe, pero tú y yo nos veremos las caras. Otro día, en otro puerto...

Fred asintió.

—No te quepa duda.

Y el moreno se dejó conducir hasta la baranda junto a la que aguardaban los otros hombres de Brace.

Victoria había terminado de leer el libro. Comprobó la hora en el reloj de la mesilla. Las cinco. La hora del té. La hora de explicarle a Miguel que no podía abandonarlas. Y aún no sabía qué le diría exactamente. Se miró en la luna de su pequeño espejo. Se había recogido el pelo en un moño y se había puesto su hermoso vestido azul pálido recamado de perlas con el que llegó a *El Miguel*, pero no parecía la misma. Su rostro moreno resaltaba sobre la claridad del vestido y sus ojos azules parecían más intensos. Había perdido algo de aquel aire ingenuo y cándido, infinitamente angelical, que tenía al salir de Londres. De todos modos, el resultado no le pareció malo. Volvió a guardar el espejo, cerró el baúl y subió al comedor.

Victoria no había presenciado el desembarco, no había pasado por cubierta, ni había descubierto la carraca ni a los cuatro hombres que esperaban allí de brazos cruzados. Por eso, cuando tomó aire y abrió la puerta del comedor, puntual como siempre a la cita del té, le invadió la sorpresa de

ver a Miguel y a otro hombre, sentados uno al lado del otro alrededor de la mesa y haciendo cálculos sobre unas cartas desplegadas.

El capitán español alzó la vista hacia Victoria, observó un instante su atavío y la saludó con una sonrisa. La sorpresa del otro hombre no fue inferior a la de la princesa.

—Buenas tardes, *milady* —saludó Miguel—. Llegáis en el momento oportuno para servirnos el té.

Victoria, aún sorprendida, cerró la puerta del comedor y, obediente, se dirigió a la bandeja que Richards había preparado. Tomó la tetera con delicadeza. Pese a su capacidad para desesperar a sus damas de compañía, tantos años de educación aristocrática no habían sido en vano y, cuando Victoria quería, podía ser la más educada y atenta de las doncellas. Y aunque en su interior librara la batalla de Troya, no le temblaría el pulso al servir el té.

—¿Cómo tomará el té el caballero? —preguntó con naturalidad.

Brace comenzó a balbucear una respuesta, pero Miguel le interrumpió.

—No tomará té, sino ron, y ya se lo está trayendo Richards. Mas disculpad mi falta de atención, *milady*. No os he presentado. Este hombre es el capitán Brace, capitán del *Africana*. Ignoro si será un caballero, como vuesa merced lo ha llamado, pero de lo que no hay duda es de que se trata de uno de los más temidos piratas del Atlántico.

—Su nombre me resulta familiar —contestó Victoria tratando de que su tono de voz sonara natural—. ¿Es posible que lo hayáis mentado en alguna ocasión?

—Es posible. También es posible que lo hayáis oído en palacio.

A Victoria se le cortó la respiración, y tuvo que esforzarse por recuperarla. Se volvió con una sonrisa y comenzó a servir el té en una taza.

—Seguramente lady Braukings lo conocerá —añadió el pirata español.

El capitán Brace palideció levemente bajo su barba y Miguel le dedicó una de sus malévolas sonrisas de diversión a Victoria. La princesa lo ignoró deliberadamente, sirvió la leche y colocó la taza de té sobre la mesa, frente a Miguel. A continuación se dirigió hacia la puerta.

—¿No nos premiaréis con el placer de vuestra compañía, *milady*?

Ella trató de no parecer sorprendida de nuevo.

—No querría... interrumpir vuestra conversación.

—Sabéis que nunca molestáis.

Victoria lo conocía lo suficientemente bien como para percibir el sarcasmo de aquel tono tan dulce, pero no sabía muy bien qué esperaba él de ella.

—Y por nada del mundo prescindiría de vuestra compañía a la hora del té —añadió Miguel al tiempo que señalaba la bandeja con las tazas.

Victoria tomó aire, cambió de dirección y se sirvió su té con leche. Con la taza en la mano, apartó una silla y se dispuso a sentarse a la mesa, a la izquierda de Miguel, frente a la puerta que daba al exterior.

El capitán Brace por fin venció su estupor, y en un intento de retomar las riendas de la situación, exclamó:

—No niego que la... —tardó en encontrar una palabra— señora pueda resultar encantadora, pero yo estoy aquí para resolver temas de extrema importancia y, como no soy inglés, carezco de tiempo para gastarlo en... estúpidas horas del té. Mi tiempo es valioso, capitán.

—Nadie va a haceros perder vuestro tiempo, capitán. Podemos continuar con nuestros asuntos. Vos tomáis ron, yo té.

Brace se levantó de su silla indignado. Victoria no se había atrevido a sentarse.

—Me insultáis, capitán, al poner en duda la confidencialidad y la trascendencia de las materias que hasta aquí me han traído.

—Capitán Brace —respondió Miguel con su habitual calma—, lady Dudley cuenta con mi más absoluta confianza.

Brace dio un golpe sobre la mesa con la mano.

—¡También yo tengo plena confianza en las putas de Ribeira Grande y no las traigo a mis negociaciones!

Miguel se puso en pie también y contestó con un tono de voz grave que no logró ocultarle a Victoria lo que le divertía la situación:

—Capitán Brace, agraviáis a la doncella al compararla con unas concubinas, y me ofendéis a mí al mostrar semejante recelo. Lady Dudley es una joven de la aristocracia y un miembro de mi tripulación. Si negociáis conmigo como capitán, no solo negociáis con mi navío, sino también con la tripulación que yo tome a mi servicio. Y si confiáis en mí como capitán, debéis confiar en mi tripulación y respetar con qué oficiales quiera yo compartir la información que vos me proporcionéis.

—Capitán Miguel —repuso Brace escupiendo las palabras con ira—, siempre os consideré un hombre sensato, capaz de pensar con la cabeza, pero

veo que me he equivocado, y que también vos pensáis con la entrepierna si se os cruza la dama adecuada.

Y diciendo esto se dirigió a la salida. Miguel desenvainó su espada toledana y la lanzó contra la puerta. El arma pasó entre Victoria y Brace y se quedó clavada en la madera, oscilando ligeramente.

—Capitán Brace, veo que no habéis creído en mis palabras cuando os he dicho que lady Dudley es un miembro de mi tripulación. Pues bien, os lo demostraré.

Miguel le hizo un gesto con la cabeza a Victoria señalando la espada, y esta obedeció aun sin entender muy bien adónde quería llegar el español. Arrancó el arma de la puerta, y tratando de recordar todo lo que le había enseñado su maestro, la empuñó. Los pies en ángulo recto, las rodillas flexionadas, la guardia ligeramente adelantada, los ojos en los de su adversario.

—Lady Dudley no solo es una excelente oficial, sino también una de las mejores espadas con las que me haya batido jamás. Si dudáis de mi palabra, batiros con ella. Por mi honor que no os decepcionará.

Victoria agradeció llevar puesto un vestido, dado que las rodillas empezaban a temblarle de un modo que, de llevar pantalones, resultaría claramente perceptible. «Solo es un cuento, es una representación de teatro, es un juego, como a los que tantas veces he jugado con Inés. Y yo soy una excelente duelista». Mantuvo la guardia firme.

—¡Vamos, capitán! ¡Batíos con ella! —insistía Miguel—. Entiendo que os preocupe cómo pueda afectar a vuestro honor el que os venza una doncella, pero os doy mi palabra de que, cuando ocurra, no será por mi boca por la que se sepa.

Brace permanecía inmóvil, indeciso, con la mano izquierda en el talabarte de la espada y la derecha en la empuñadura, sin atreverse a sacarla.

—¡Pardiez, desenvainad! ¿No veis que ella no puede mataros? Si os hace daño, hundís nuestro barco. Solo será un juego.

—¡Hacedlo, capitán! —murmuró Victoria con entereza, aun cuando todo su cuerpo temblaba y le gritaba a la princesa que saliera corriendo de allí—. Será divertido.

Fue aquello, fueron las palabras de Victoria las que decantaron la situación. El capitán del *Africana* soltó la empuñadura de su espada y regresó a su asiento.

—No tengo tiempo para diversiones. Si es un miembro de vuestra tripulación no tengo más que decir. Vos decidís a quién tenéis en vuestra carraca. ¿Acaso el que yo esté aquí no prueba que confío en vos? ¡Y, pardiez! ¿Comenzamos con el asunto?

Miguel sonrió.

—Por supuesto. ¿Os sentáis, *milady*?

La cuestión que había traído al capitán del *Africana* a bordo de *El Miguel* era simple. Un barco de la flota de Richard Hawkins, el *Cecily Blakes*, partiría de Cabo Verde a Londres con un cargamento de diamantes, ébano y marfil tan valioso como para retirar de los mares para siempre a ambos piratas. El capitán Brace tenía un trazado de la ruta exacta que el navío seguiría y, aunque conocía el *Cecily* y el poder de sus veinte cañones, se decía capaz de abordarlo. La razón por la que necesitaba al *Miguel* y su tripulación era que el *Cecily*, si bien solía navegar solo, pues sabía defenderse, iba en esta ocasión a ser escoltado por un galeón de la flota de Su Majestad, que hundiría el *Africana* tan pronto como se pusiera a la vista. Por ello, el *Africana* necesitaba que *El Miguel* se ocultara en una isla que el capitán señalaría en las cartas, con sus doce cañones preparados, apuntando hacia el lugar por el que pasaría el *Africana*, pues era intención de Brace servir de cebo para el galeón, tentarlo acercándose al *Cecily* y, cuando el galeón lo persiguiera, llevarlo hasta el lugar en el que le esperaría *El Miguel* para que este lo hundiera con toda la fuerza de sus cañones. Después, lograr la rendición del *Cecily* sería relativamente sencillo. Miguel ni siquiera tendría que intervenir en la segunda parte a menos que las cosas se pusieran feas.

Cuando Brace terminó de hablar, Victoria estudió a Miguel, que se frotaba la barbilla pensativo.

—¿Un cargamento de diamantes, marfil y ébano en el *Cecily* y el capitán permite que se conozca la ruta que va a trazar con más de un mes de antelación? —había preguntado Miguel escéptico. Pero el pirata había repuesto que la información le había costado cara y que, además, el *Cecily* se creía seguro escoltado por el otro buque. ¿Quién osaría atacar a la potencia de fuego que sumaban ambos barcos? La respuesta había satisfecho al capitán español, y una vez terminada la explicación, su mente parecía analizar cada uno de los puntos.

—¿Quién capitaneará el *Cecily*?

—Thompson.

Miguel sonrió.

—¿Sir David Thompson? ¡Qué sorpresa! ¿Lo conocéis, *milady*? Es un leal amigo de Su Majestad.

Victoria asintió.

—Aunque nunca he hablado con él.

El español se puso en pie resuelto.

—Quiero la mitad del botín.

—¿Habéis perdido el juicio? Iba a ofreceros la tercera parte del beneficio. Debo pagar a quien me hizo llegar la información —exclamó Brace levantándose también.

—¿Qué le pagáis?

—Una tercera parte del botín.

—¿Y a mí me vais a pagar menos? Veo que me subestimáis. ¿No habéis parado mientes en la importancia y el peligro de mi cometido?

—Conozco los peligros de vuestro cometido y conozco los peligros del mío. Somos tres partes en esta empresa y está bien pagada. ¿Cómo os atrevéis a pedir la mitad? Es... es imposible. Ningún capitán pediría la mitad.

Miguel rio y volvió a sentarse, colocando las botas sobre la mesa e inclinando la silla hacia atrás.

—¿Realmente creéis que otros navíos serían capaces de hundir un galeón de Su Majestad? Renegociad el precio con quien os vendió la información. Una quinta parte para él, dos para vos, dos para mí.

—¡Voto a todos los demonios, Saavedra, que sois el hombre más prepotente que se ha echado a la mar! ¡Una tercera parte del botín del *Cecily* y solo tendréis que hundir el otro navío! —gritó el capitán tirando su tricordio y golpeando la mesa con la palma de la mano—. Yo tengo la información, yo me expongo a ser destrozado por los cañones del galeón, yo organizo el golpe y yo decido el precio. Vos aún no tenéis ni el día en que el *Cecily* pasará por allí ni las coordenadas de la isla. Un tercio del botín para cada uno.

—Capitán —repuso Miguel con calma—, si el capitán del *Cecily* descubre que estoy metido en esto, dejaré de contar con el favor de su majestad la reina de Inglaterra, y creedme que tendré más perseguidores que vos. Vos sois un vulgar pirata, yo tengo una reputación y un honor que defender. Dos quintas partes, y todo el botín del galeón es mío. Si no os conformáis, cierto es que estáis a tiempo para buscar otro capitán. Pues no daré mi brazo a torcer.

Brace se quedó en silencio. Estaba rojo de ira. Recogió su tricornio de la mesa y masculló:

—Dos quintas partes —al tiempo que le tendía un pliego de papel con las coordenadas de la isla, el día y la hora aproximada.

—Y el botín del galeón, si logramos algo antes de hundirlo.

—Y el botín del galeón. Pero vos me daréis vuestra palabra de que estaréis oculto detrás de la isla el día que os indico, y todos vuestros cañones apuntarán al este.

—Tenéis mi palabra, capitán, de que *El Miguel* estará allí —contestó el español poniéndose en pie.

Se dieron la mano, Brace apuró el ron y los tres salieron a cubierta.

Al ver al pirata moreno apartado junto a los suyos, mirando el horizonte en lugar de a Inés, Miguel entendió lo que había ocurrido. Intercambió con Stowe una mirada rápida, de asentimiento, y escoltó a Brace hasta la escala. Entonces el capitán del *Africana* se volvió de nuevo a Saavedra:

—Una última cosa, capitán —le dijo—. ¿Vos no habréis sido quien ha robado el famoso rubí conocido como el corazón de zorro?

Miguel estudió un instante al otro pirata antes de contestar.

—¿Quién quiere saberlo?

Brace se ruborizó muy levemente.

—Solo yo. He oído que lo robaron y... Tenía curiosidad...

—Entonces os diré que esa joya no existe, capitán. Su robo ha sido una invención que los ingleses han hecho correr entre sus delatores para saber en cuáles puede confiar. Tened cuidado con quien os pregunte por ella —advirtió Miguel.

El capitán del *Africana*, confundido, se despidió, y él y sus hombres regresaron al bote que los llevó hasta su navío.

Tan pronto como regresaron al comedor y Victoria se hubo sentado delante del té, Miguel marcó en la carta que tenía desplegada ante él la ubicación concreta de la isla y la fecha.

—Parece un buen botín. Habéis apretado bien a Brace.

—No hay botín —contestó Miguel sin alzar la vista de lo que hacía.

Victoria se quedó muda. El capitán terminó de escribir la fecha y la miró dedicándole una de sus sonrisas.

—Es evidente que se trata de una emboscada para mí. Todo resulta demasiado simple. Marfil, ébano y diamantes, el *Cecily* —un barco de la flota de Hawkins—, la presencia del bueno de David Thompson, el que el capitán

Brace ni tan siquiera hubiera dispuesto para quién sería el botín del galeón, tanta insistencia en que todos mis cañones apuntaran al este...

—¿Acaso insinuáis que el *Cecily* no pasará por allí? —preguntó Victoria señalando la equis que Miguel había dibujado.

—Probablemente lo haga, y probablemente lo capitaneé Thompson. Hawkins quiere un testigo que goce de total credibilidad ante la reina.

—No... no lo entiendo.

—Brace, *milady*, me ha vendido a Hawkins. Y Hawkins ha montado todo el numerito para que yo ataque al *Cecily*. Os diré lo que creo que ocurrirá. En el día y la hora señalada, el *Africana* pasará delante de esa isla para que yo mantenga mi atención fija en él, a la espera del galeón. Pero no le seguirá ningún galeón. Solo el *Cecily*. A mí me extrañará que sea ese barco el que persiga al *Africana*, pero no veré otro, y me dispondré a hundirlo en auxilio de mi aliado. Entonces, por detrás de la isla, aprovechando que *El Miguel* tendrá toda una borda desarmada, aparecerá el maldito galeón, tal vez capitaneado por Braukings, quien no me extrañaría que estuviera metido en esto, y... abrirá fuego con sus cuarenta cañones sobre mí, pues tendrá testigos en el *Cecily* de que yo iba a abrir fuego contra un barco mercante de la Corona inglesa. Si vivo para contarlo, será la horca. Braukings tendrá la prueba que buscaba. Y el capitán Brace tal vez no dos quintas partes de un fabuloso botín inexistente, pero sí una buena suma en su bolsillo, e incluso el perdón de Su Majestad.

Victoria le observaba con admiración.

—Por eso, *milady*, apreté tanto a Brace con mi parte del botín. Yo no soy precisamente un amante del dinero. Si vivo en el mar es porque es la vida que amo. Pero si era una trampa para *El Miguel*, entonces Brace no podía permitirme escapar, pues solo *El Miguel* podía hacer ese trabajo.

La princesita seguía muda. El capitán volvió a sonreír. Se puso en pie y, volcándose sobre la mesa, le dio un suave golpecito en la barbilla para que la joven cerrara la boca. La muchacha bajó la vista avergonzada, y él le dio otro golpecito suave en la nariz para que volviera a alzarla. Entonces regresó a las cartas, a medir distancias, contar días...

—Y vos... ¿qué haréis? No vais a aparecer por allí, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo. Le di mi palabra al capitán.

Los ojos de Victoria se llenaron de horror. Miguel volvió a sonreírle.

—Aunque no tendré todos mis cañones apuntando al este.

La princesa permaneció muda, sin dejar de mirarlo, tratando de meterse dentro de aquella cabeza que le resultaba tan fascinante, tan complicada, tan perfecta. Entonces el capitán volvió a hablar.

—¿Queréis saber lo que haré? Aún no hay nada decidido, mas...

—Os lo ruego —interrumpió ella.

—Probablemente desembarcaré parte de mis cañones en la isla, si no todos, y los dejaré preparados para cuando aparezca el galeón. Por buen barco que sea, no soportará un ataque por sorpresa desde tan cerca. El resto de mis cañones y prácticamente toda mi tripulación permanecerán a bordo. Y cuando pase el *Africana* ondeando su bandera pirata, seguido por el *Cecily*, lo hundiré si puedo, y si no, lo abordaré, y los hombres del señor Stowe pasarán a toda su tripulación a cuchillo. Al señor Stowe le gustará este plan. De cara al *Cecily*, solo aseguraré que vi un barco pirata y lo hundí. De un galeón que navegaba por aquellas islas jamás habré sabido nada.

—Y mantendréis el favor de la reina, pues Thompson solo podrá decir que le ayudasteis a hundir el barco pirata que le perseguía, y a Hawkins se lo llevarán los demonios —rio la princesa entusiasmada.

—No deberíais alegraros. Richard Hawkins es primo carnal de vuestra amiga.

Victoria miró al suelo avergonzada.

—¿Y cómo es eso que le habéis contado a Brace de que los ingleses se han inventado una joya para desenmascarar a sus delatores?

Miguel sonrió.

—Solo quería que dudara de su nueva amistad con los ingleses. La joya existe. Pero no le iba a contar que la robé yo.

—¿Existe? —repitió Victoria.

El pirata sonrió.

—Una joya preciosa. Luciría bien en vuestro cuello. Lástima que no la tenga a bordo. Se la di a mi banquero para que la vendiera.

La princesa abrió mucho los ojos.

—¿Vuestro banquero vende lo que robáis?

—¡No va a cobrar lo que cobra solo por guardarme el dinero! —exclamó Miguel.

Richards interrumpió la conversación abriendo la puerta de golpe. Su rostro era grave.

—Capitán, una pelea. Ha muerto un hombre.

—¿Y Stowe?

El silencio de Richards fue la respuesta. El capitán tomó su espada y salió a cubierta, seguido por el trotecillo de Victoria.

## CAPÍTULO IV

El *Africana* había levado anclas y zarpaba lejos de aquella cala. La tripulación de *El Miguel* lo vio marchar con su bandera pirata ondeando al viento, como ondeaba en el palo de la carraca española aquella con la «M» de muerte. Fred entrecerró los párpados, los puños aún contraídos. Cuando el *Africana* desapareció virando tras la isla, se volvió hacia Inés. El sol pendía aún lejos del horizonte.

—Has estado bien, preciosa —le dijo—. ¿Estás preparada?

—¿Preparada?

—Para aprender a nadar.

Inés palideció ligeramente, pero asintió con la cabeza. Fred le explicó que no debía preocuparse. James vigilaría que no hubiera tiburones y ella llevaría un cabo atado alrededor del pecho, de modo que pudieran izarla en cualquier momento. Cuando la tirasen al agua, solo debía pensar en mantenerse a flote. Debía tratar de mantenerse horizontal, boca arriba o boca abajo, pero con la tripa a la misma altura que los hombros, porque lo que flota del cuerpo es la tripa. Si metía la cabeza en el agua y subía la tripa, flotaría. Para sacar la cabeza y poder respirar debería moverse, impulsarse hacia arriba con los pies y con las manos, lo mismo que si pudiera apoyarse en el agua. Y no tener miedo. Sobre todo no tener miedo y conservar la boca cerrada para no tragar agua. No respirar a menos que tuviera la cabeza bien fuera, soplar por la nariz y la boca si le entraba agua. Y moverse, dar paletadas con las manos hacia abajo y hacer lo mismo con los pies. Ya se preocuparían de las formas otro día. Si ella se colgaba del cabo para mantenerse a flote, largarían más. Tenía que nadar sola.

—Y ahora, preciosa, toma aire —terminó Fred.

—Acaso me vais a soltar desde...

Inés no pudo terminar la frase. Entre James y Clavos la agarraron de brazos y pies y la tiraron por la borda como si fuera un saco. El grito de la

condesa se cortó con el ruido del chapuzón. Fred tiró del cabo para ayudarla a salir a flote, y cuando su cabellera oscura asomó sobre las aguas voceó:

—¿Estás bien?

Inés tosió un par de veces.

—Aún no me hallaba...

—Bien, ahora nada —interrumpió el contraмаestre, y soltó un par de pies de cabo.

Inés se hundió de nuevo, y se vio obligada a obedecer. Movi6 las manos y las piernas, frenética, y sintió el peso del agua al empujarla hacia abajo, como Fred le había indicado. Sacó la cabeza y dio una bocanada de aire. Siguió pateando para mantenerse a flote. Oía a los marineros gritar, sin entenderlos. El sabor del mar le quemaba la garganta, escupía el agua que tragaba al intentar respirar, pues tras sentir el ardor del agua al subir por su nariz, había descartado el respirar por ella. Tenía la sensación de llevar años allí luchando con el mar. Echó la cabeza hacia atrás, trató de subir el vientre, pero solo logró sacar el pecho fuera, y empujó con las extremidades. Pronto descubrió cómo debía colocar las manos para hacer más resistencia, y sus patadas se volvieron más rítmicas. Su respiración se reguló. Se cansaba, pero se mantenía a flote.

—¡Intenta avanzar! —gritaba Clavos—. Ponte de lado o boca abajo, y avanza.

La condesa obedeció de nuevo. Se giró y sintió que se hundía. Pero paleteó con las manos para sacar la cabeza y logró enfiar contra las olas. Sentía todo el cuerpo cansado, cada músculo. Era un agotamiento distinto de todos los que había experimentado antes. Aguantó unos minutos más peleando con las olas, exhausta. Se agarró al cabo y gritó:

—¡Fred, no puedo más!

El contraмаestre sonrió y la mantuvo a flote.

—¡Voto a Dios que has estado bien, muchacha! Te izaremos.

Pero no había terminado Fred de hablar cuando el Rata, que se hallaba detrás de él observando a la condesa, empujó al contraмаestre, que desprevenido como estaba se fue al agua con cabo y todo.

Inés volvió a patallar por salir a flote, y vio la cabeza del contraмаestre aparecer a su lado. Él apenas se movía para no hundirse. Ella deseó poder hacer lo mismo, porque las piernas le daban calambres. Instintivamente se colocó boca arriba de nuevo, sacando apenas la barbilla y esforzándose por sacar el pecho. Oyó a Fred lanzar improperios y pedir un cabo, pero nadie

obedeció. A bordo, el Rata apuntaba a Clavos y a James con un mosquete para que no se interpusieran en su diversión. *El Miguel* se le antojaba mucho más agradable sin la presencia del señor Stowe.

Inés tenía frío y se le habían acabado las fuerzas.

—¡Fred! —gritó con su último aliento.

Dejó de bracear y se hundió. El agua la abrazó, la absorbió, tiró de ella hacia el fondo y a la joven le resultó casi agradable abandonarse a aquella sensación, rendirse por fin. Entonces sintió el cuerpo del pirata detrás de ella, y cómo la agarraba del pecho, pasándole el brazo bajo la axila. Salió a flote de nuevo, y oyó la voz grave del contraмаestre junto a su oído.

—No te muevas. Ya te tengo, preciosa.

Inés tomó aire y se dejó arrastrar boca arriba de nuevo, en la posición en la que le resultaba más sencillo flotar. Fred la llevó nadando de espaldas hasta la proa de *El Miguel*. Ella cerró los ojos para evitar que le entrara agua salada. Los calambres iban desapareciendo poco a poco, pero cada vez tenía más frío.

—Quédate tumbada y llena la tripa de aire. Así flotarás mejor —le susurraba el pirata, que nadaba tirando de ella y sosteniéndole la cabeza fuera del agua.

—Lo has hecho muy bien. Ahora agárrate a la cadena del ancla —le dijo Fred.

Ella abrió los ojos y vio la imponente proa de *El Miguel* sobre ella. Se asió de la cadena con las manos y las piernas, abrazada como un mono. Con las olas, la proa subía y bajaba, y la cadena tiraba de ella, y a ratos sacaba casi la mitad de su cuerpo fuera del agua. Y parecía que *El Miguel* pasaría por encima de ella, la partiría en dos, la empujaría para siempre al fondo de los mares. Imaginó un instante lo que sería encontrarse con aquella proa encima y saber que el barco estaba en movimiento, que no se detendría ante ella, que la succionaría y la enviaría al mundo de los peces para siempre. Y tuvo que mirar hacia otro lado.

Fred la dejó allí asida y, con su destreza animal, trepó a bordo por la cadena como quien sube una escala, sosteniendo el extremo del cabo que aún llevaba Inés atado al pecho. Enseguida estuvo arriba, y no tardó en izarla. Sobre el castillo de proa la recibieron el contraмаestre, Willie y Henry, y pronto se unió a ellos el resto de la tripulación. Fred la ayudó a desatarse el cabo, la tomó por los hombros, la miró a los ojos, y una vez se hubo

asegurado de que estaba bien, le echó por encima el manto que Henry le tendía y se volvió hacia sus hombres.

—¿Quién ha sido?

Hablaba desde lo alto del castillo de proa y tenía a toda la tripulación ante sí tres pies más abajo. Hubo un silencio. Fred paseó sus ojos negros por los de cada uno de los piratas.

—De haber venido un tiburón, no habríais tenido tiempo para lanzarnos un cabo e izarnos. Quiero saber quién ha sido —dijo deteniendo un poco más la vista en el Rata.

Algunas miradas se desviaron hacia el pirata menudo, pero la mayoría se mantuvieron fijas en Stowe. Henry observaba a la tripulación con sus ojos ancianos llenos de curiosidad. Finalmente, el Rata dio un paso al frente.

—He sido yo.

Fred no lo dudó. Cruzó de una zancada el espacio que los separaba y lo envió al suelo de un puñetazo. Entonces, se volvió a Inés y le ordenó que fuera a ponerse algo de ropa seca. Antes de que hubiera terminado la frase, el Rata se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo en los riñones que dobló al contra maestre, y otro en la cara, y otro más. Fred dio algunos pasos hacia atrás, pero mantuvo el equilibrio. Se llevó los dedos al labio y comprobó que estaba sangrando. Entonces alzó la vista hacia el Rata. Inés imaginó que su mirada estaría colmada de ira, pero le sorprendió ver al contra maestre sonreír divertido. Se acercó a su adversario, esquivó el puñetazo que este le lanzó y le dio uno en la boca del estómago que le dejó sin respiración, y otro en la barbilla que volvió a dejar al pirata sentado sobre cubierta. Se acercó a él de nuevo, lo levantó de los pelos y le dio un puñetazo más en la cara. El Rata cayó al suelo, con el labio partido, un corte en la ceja y sangrando por la nariz.

Fred se desató la ristra de cuchillos, se quitó la camisa mojada, miró a la condesa y, señalando el castillo de popa con la barbilla, dijo:

—Inés.

La muchacha, que había detenido su camino hacia el camarote, asintió con la cabeza y lo reanudó. Por eso no pudo ver como el Rata se levantaba de nuevo, se sacaba un cuchillejo sucio del bolsillo y se abalanzaba otra vez sobre el contra maestre, cargado de furia. Lo que sí pudo ver, alertada por el grito de aviso de Willie, fue cómo Fred se daba la vuelta y esquivaba el arma que le pasó rozando a unas pulgadas de la tripa. El Rata se tiró sobre él empujándolo contra el mástil de proa, cegado por la rabia, mientras su

cuchillo buscaba la piel morena del contraмаestre. Fred le sujetó la mano con su diestra, al tiempo que agarraba el cuello del pirata con la izquierda. El Rata también agarró el cuello de Fred con la mano libre. Forcejearon apenas unos instantes hasta que el contraмаestre le arrebató el cuchillo y lanzó al Rata unos pies hacia atrás. Entonces volvió a cruzar la distancia que los separaba, agarró a su adversario por la camisa y le hundió el filo del arma en el hígado. El rostro del Rata se tornó amarillo y, casi de inmediato, verde, y Fred, sin soltarle de la camisa, sacó el cuchillo y volvió a clavárselo, esta vez por el costado izquierdo, en el corazón. Solo entonces soltó la mugrienta camisa del pirata y lo dejó caer, muerto, a sus pies.

Cuando Miguel y Victoria subieron a cubierta, Fred se había echado al Rata al hombro y se disponía a lanzarlo por la borda. El capitán no se lo impidió, pero cuando el cadáver del Rata flotaba sobre el agua, se dirigió al contraмаestre.

—¿Ha sido un acto de disciplina o lo habéis acuchillado por un motivo personal?

Fred miró un instante a Richards, de pie junto al capitán, sus ojos brillando de antemano por el triunfo. Después clavó sus ojos oscuros en el capitán, y ellos contestaron por él.

—Zarparemos para Porto dos Ingleses. Stuart no está ahora allí, así que haremos una visita a sus almacenes y nos aprovisionaremos a su salud. Si zarpamos ahora, llegaremos mañana por la noche. Hasta entonces, señor Stowe, baldearéis la cubierta hasta que brille.

Inés miró la cubierta. Al margen de la sangre de Rata que empezaba a secarse con el sol de la tarde, la cubierta estaba limpísima.

Miguel se volvió de espaldas, con Victoria trotando tras él y Richards sonriendo triunfante. Fred miró un instante la cubierta, después a Inés, después a su tripulación, que no le quitaba los ojos de encima.

—Capitán —resonó su voz grave.

Miguel se volvió de nuevo.

—¿Oficial?

—Capitán, he matado a un hombre. Merezco otro castigo distinto a baldear la cubierta. Merezco la quilla.

Los ojos de Miguel se clavaron en los de su contraмаestre y ambos permanecieron en silencio unos instantes eternos. Victoria miró a Inés, que había palidecido ligeramente, pero Inés no miraba a su amiga.

—Será la quilla, pues. ¡Levad el ancla! ¡Zarpamos! ¡Señor Ferreira!

El timonel había salido a cubierta en algún momento posterior, y observaba como todos la escena.

—¿Capitán?

—Rumbo a Boavista. ¡Largad velas! Cuando salgamos de la cala, quiero todo trapo. ¿O preferís hacerlo más despacio, señor Stowe?

El contraмаestre se encogió de hombros.

—No tengo prisa.

Los hombres se activaron al instante.

—Señor Rustad, señor O’Neil, aten a su contraмаestre de pies y manos. Los demás, largad la mayor.

Dorek, el pirata fuerte y malencarado, y Clavos, el carpintero, se acercaron a Fred con sendos cabos. Inés seguía pálida. No se despegó de Fred mientras lo ataban, aun cuando habría sido útil en las vergas.

*El Miguel* se puso en movimiento, al principio muy lento, tan solo con la mesana. Pero cuando abandonaron la ensenada y largaron la mayor, el navío ganó velocidad, con el viento de popa, surfeando las olas.

El sol del atardecer estaba próximo ya a la línea del horizonte. Fred aguardaba en pie, amarrado. El capitán se acercó a él.

—Llegó el momento, señor Stowe.

El contraмаestre asintió.

—Y, ¡por Dios, Fred!, no se te ocurra morirte.

Fred sonrió al capitán.

—¡Llevadlo a la proa y lanzadlo al agua! ¡Y hacedlo bien! No puedo perder más hombres, pero si vuestro contraмаestre muere, vosotros seréis los siguientes.

Dorek y Clavos asintieron. Clavos estaba lívido. En el rostro de Dorek, como de costumbre, era difícil descubrir nada. Ayudaron a Fred a llegar hasta la proa a saltos. Miguel tomó a Victoria del codo y la empujó hacia el castillo de popa. No había dado tres pasos cuando se volvió hacia Inés, blanca como las velas del navío.

—*Milady*, haríais bien en acompañarnos.

Inés meneó la cabeza y corrió hacia la proa. Clavos había pasado el cabo que iba atado a las manos del contraмаestre por debajo del bauprés. Dorek sostenía el cabo de los tobillos.

—¿Preparado, Fred? —preguntó su amigo.

El pirata asintió. A Inés se le hizo un nudo en la garganta recordando la imagen de la proa de *El Miguel* vista desde el agua. Deseó por encima de

todas las cosas que el pirata cambiase de opinión y se decidiera a baldear la cubierta. Ella lo ayudaría. Aunque les llevara tres días baldearla entera. Fred dio un par de saltitos para acercarse más a la amura de babor. O que la mirase, que al menos la mirase por última vez.

Dorek lo tomó por las axilas, Clavos por los tobillos. Contaron hasta tres. Inés no quiso mirar y solo oyó el chapoteo cuando Fred cayó al agua.

*El Miguel* medía más de cien pies de eslora. Dorek y Clavos bajaron de un salto del castillo de proa y corrieron todo lo rápido que dieron sus piernas hacia la popa, cada uno junto a una borda, sosteniendo los cabos que ataban a Fred. Inés corrió con ellos. Cuando llegaron al castillo de popa, lanzaron los cabos a dos hombres que esperaban arriba. Inés subió las escaleras tan deprisa como le dieron las piernas. Y cuando los hombres que habían tomado el relevo estaban a punto de llegar a la popa, sonó el golpe, un golpe seco, de madera, amortiguado por el mar.

—¡Se ha golpeado contra el timón! —bramó João moviendo la caña—. ¡Está enganchado!

—¡Baker, suelta el cabo! ¡Tira, Clarks! ¡Ízalo por tu borda! —ordenó Miguel.

—¡No puedo, capitán! ¡No se mueve! ¡Si tiro tal vez lo parta en dos!

—¡El timón ha debido de hacerlo ya en buena medida! —bramó João.

Inés se mareaba. Le faltaba el aire. Se agarró a la baranda.

—¡Maldito seas, Fred! —masculló el capitán—. ¡Velas al paio! ¡Echad un rezón! ¡Hay que detener el navío!

Dorek había corrido hasta donde Clarks sostenía el cabo y se lo quitó de las manos.

—¡Esperad! ¡Ahora sí! —bramó, y comenzó a halar de él, al tiempo que corría a la popa. Dos hombres más le ayudaron a izar el cuerpo del contramaestre, colgado de las muñecas, como un guiñapo.

Inés se tapó la boca con ambas manos, la piel como el nácar, al verlo salir del agua. El cuerpo inerte de Fred cayó sobre la cubierta del castillo de popa. Miguel se arrodilló a su lado.

—¡Respira, Fred!

Inés se mantenía varios pasos apartada. El rostro moreno del contramaestre también estaba blanco, los labios morados, un enorme corte, ancho como un brazo, le cruzaba el tórax por encima del estómago y había comenzado a manar sangre. Miguel le apretó el pecho, haciendo presión

sobre los pulmones, y de la boca del oficial salió un borbotón de agua. Entonces Fred rompió a toser, incorporándose.

—¡Bienvenido al mundo de los vivos! —bramó João con una sonrisa.

—¡Levantadlo!

Lo hicieron entre Clavos y el propio João, que le había cedido la caña a otro pirata. Fred se encogió un segundo de dolor, y cuando volvió a estirarse, de la descomunal herida salía un reguero de sangre. Los bordes estaban blandos y podía considerarse cualquier cosa menos un corte limpio, pero no era profundo. Lo peor era la contusión. Los bordes reblandecidos poco a poco se iban amoratando.

—Eres duro, muchacho. Tienes un cuerpo duro —dijo Henry.

—Y unos pulmones de acero —añadió João—. Apuesto a que solo has tragado agua cuando te has golpeado con el timón.

—¡Bueno, basta! ¡Llévadle a su camarote antes de que lo mate yo! —ordenó Miguel.

Después miró a Inés. Seguía tapándose la boca con las dos manos y su cuerpo temblaba como una hoja. Se volvió a Victoria, pero esta también había palidecido ligeramente.

—Richards, ¡acompañala a su camarote! —añadió señalando a la condesa con el mentón—. Y que se ponga algo seco.

Los hombres obedecieron y, poco a poco, la calma regresó a la cubierta. El pirata que había corrido a popa con el rezón lo sostenía en el aire.

—Capitán, ¿lo lanzo?

Y Miguel le dirigió una mirada capaz de perforar el casco de un navío.

—¡Volved a cazar las velas! Seguimos hacia Boavista.

Cuando Richards dejó a Inés en su cabina, la muchacha se desnudó y comenzó a secarse, pero tuvo que sentarse en la cama, aún temblando, y rompió a llorar histérica. Lloró unos minutos, después se serenó y se vistió de nuevo. No tenía otros pantalones ni otra camisa, de modo que se puso el vestido más sencillo que encontró, aquel azul oscuro con brocados de plata que llevó el primer día antes de que Fred le prestara ropa. Y una vez estuvo segura de que se le había pasado ya el ataque de nervios, se dirigió al camarote de Fred. Llamó a la puerta y abrió sin esperar respuesta. El pirata estaba tumbado en su litera con la sábana hasta la cintura, dejando al descubierto su torso vendado. Escribía en un cuaderno, pero lo dejó sobre una mesilla cuando entró Inés. El camarote era más pequeño que el de las jóvenes

y estaba desordenado, pero era agradable y no olía demasiado mal. Él sonrió. No tenía mala cara.

—¿Cómo estás, preciosa?

Tomó la punta de la falda del vestido y la levantó un poco para mirarle las piernas.

—¿Habéis vuelto a las viejas costumbres, *milady*? —preguntó burlón.

—¡Oh, basta, Fred! —exclamó ella soltándose el vestido—. ¿Puede saberse por qué lo has hecho?

—Solo bromeaba y, de paso, trataba de verte las piernas.

—Sabes a qué me refiero. Estoy hablando de la valentona de hacerte pasar por la quilla. ¿Quién fue el que me dijo que lo más importante que tiene un pirata es su vida y que no puede permitir que nadie se la quite? Porque me parece que lo que has hecho no resulta lo más indicado para conservarte vivo.

—Tenía que hacerlo, para que mis hombres me respeten.

—¿Te respeten? —repitió Inés escéptica—. Podías haber muerto, Fred. Y tú me dijiste que la vida es lo más importante. ¡Me lo dijiste! —exclamó la condesa con lágrimas en los ojos.

—Inés, sé lo que te dije, pero... hay vidas que no merece la pena vivir.

—¿Ahora hay vidas que no merece la pena vivir?

—¡Sí! —exclamó el pirata ante la testarudez de la condesa—. Y no me refiero a si uno nace siendo noble o si es un pobre diablo, ni me refiero a las riquezas que logre amasar. Siéntate, preciosa —añadió el pirata palmeando su litera junto a él.

Inés lo miró desconfiada.

—Siéntate —insistió él—. Es otra lección.

Inés obedeció remisa.

—Preciosa, a todos se nos da una vida, una sola, y la libertad de vivirla como queramos. Unos nacerán con más, otros con menos, pero todos nacemos con la capacidad de ser como queramos ser y de hacer de nuestra vida la vida que querríamos vivir. Pero si no es así, cuando nos quitan esa libertad, cuando no somos libres para vivir como queremos, para luchar por lo que nos importa o para ser lo que queremos..., esa vida no merece la pena. Al final de nuestra vida, cuando miramos para atrás, no importa cuántas riquezas has acumulado, si tienes más acres o menos de tierra..., no te los vas a llevar a la tumba. Pero, sin duda, lo que debe pesarle a uno es lo que ha hecho con su vida, lo que ha logrado, lo que ha sido. Si yo muero mañana, lo haré con el respeto de mis hombres. Y lo que es más importante: lo haré

sintiéndome orgulloso de la vida que he llevado. Y, con suerte, preciosa, lo haré llevándome algo de tu admiración también. Y eso es mucho más importante que un tajo en el pecho.

Inés lo miró.

—No sé si te entiendo, Frederick Stowe. Mas hazme pasar otro mal rato como el que me has hecho pasar hoy y no tendrás solo un tajo en el pecho, lo juro.

El contraмаestre rio.

—En ese baúl hay camisas y pantalones. Coge lo que necesites. Es posible que mañana no se te hayan secado los otros.

Inés obedeció. Se puso en pie, abrió el baúl y rebuscó la camisa y los pantalones más pequeños que pudo encontrar. Después regresó junto al contraмаestre. Dudó. No quería salir y dejarlo allí. Fred la observaba también, y el silencio del camarote se volvió tangible, seco.

—Vigíame a los hombres, que no hagan mucho el vago —dijo entonces el pirata.

Inés asintió. Él había dado la conversación por terminada.

—Te veré mañana —dijo ella.

—En cubierta, sí.

Ella abandonó el camarote pasando junto a la cama de Fred, que estiró la mano y asió el aire tras ella. Y el pirata apretó el puño con fuerza al tiempo que contraía el mentón.

Inés cerró la puerta con suavidad y se apoyó contra ella, en el pasillo. Cerró los ojos, abrazó las prendas que el pirata le había prestado y respiró hondo. Después regresó directamente a su cabina. No tenía ganas de cenar, ni de hablar con nadie más. Entró en su camarote sin reparar en Miguel, que, apoyado en la puerta que llevaba a cubierta, esperaba en la penumbra a que ella abandonara el camarote del contraмаestre para entrar él allí.

El capitán llamó a la puerta de su contraмаestre y entró cuando este le invitó a hacerlo. Cerró tras sí.

—Fred —saludó.

—Capitán —repuso Fred tratando de incorporarse.

Miguel le hizo un gesto para que no se moviera.

—No pensaba que te fuera a encontrar solo —dijo.

—Me estaré haciendo viejo, capitán. Ya ni siquiera soy capaz de retener a una mujer que ha entrado por su propio pie en mi camarote.

Miguel sonrió.

—Fred, ambos sabemos que yo no soy quien para darte lecciones sobre mujeres, pero deberías andarte con cuidado con lady Braukings. Tiene la inocencia de un verdugo.

Fred se incorporó como si la cama ardiera y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho, porque el tajo del pecho se le reabrió.

—¿Lady Braukings? —repitió el contramaestre, olvidado de su herida.

Miguel levantó una ceja con tranquilidad mientras recorría el camarote de su oficial de un lado a otro.

—¿He dicho lady Braukings? Quise decir..., Inés —corrigió.

Fred le clavó sus ojos negros como tizones. No, se conocían desde hacía demasiado tiempo. Y Fred sabía que Miguel jamás habría dicho nada que no quisiera decir.

—Es la hija de Sigfried, ¿no es cierto?

Miguel dio dos pasos hacia un lado, tres pasos hacia el otro. No había demasiado espacio.

—Así es. La hija de Sigfried. La hija de Sigfried en mi barco, jugando a ser pirata. Resulta irónico.

—¿Y cómo conoce ella...? —Fred se interrumpió—. No importa. Prefiero no saberlo —dijo, y se dejó caer sobre el lecho de nuevo.

—Lo cierto, Fred, es que, por el momento, podemos contar con su silencio. Es española, ha huido de casa, y en principio no hay razón para que nos descubra. Además, tengo su palabra. Pero, Fred, si ella quisiera delatarnos, sabría exactamente a quién dirigirse y cómo hacerlo. Si ella quisiera... hacer daño, por así decirlo, le resultaría muy sencillo. Y los dos sabemos de qué es capaz una mujer despechada.

Sí, Fred lo sabía. Miguel detuvo su deambular y apoyó la mano en el pomo de la puerta.

—Tan solo procura no romperle el corazón, ¿entendido? —abrió—. Y sana pronto. Faltas en cubierta —añadió, y salió cerrando la puerta tras él.

Fred se dio la vuelta en la cama, cerrando los ojos por el dolor de la herida del pecho, que volvía a ser real.

—Inés Braukings, la futura condesa de Frieson —murmuró, y dio un puñetazo en la almohada—. ¡Joder, Fred! ¡Joder!

La noche era cálida. Victoria bajó al camarote a ver cómo estaba su amiga. Inés estaba acostada. La princesa la arropó dulcemente y regresó a cubierta. La temperatura en Cabo Verde era deliciosa y como el capitán parecía haberse olvidado de las razones para no desembarcarlas, la princesa permaneció en el puente, junto a João, observando el mar y el horizonte hasta la hora de la cena.

Esta transcurrió silenciosa. Victoria sentía el impulso de hablarle al capitán de las razones que no había encontrado para que no las desembarcara. Quería decirle la verdad: que no podía imaginarse que su tiempo junto al español hubiera acabado ya, que quería seguir a su lado aprendiendo, acompañándolo, haciéndole entender que él también la necesitaba, suplicándole que les permitiera seguir allí para siempre porque nunca había sido tan feliz. Quería al menos decirle que, aunque no hubiera encontrado ninguna razón que justificara el que el capitán rompiera su promesa, quería quedarse allí. Necesitaba saber si el capitán ya se había decidido a abandonarlas en Cabo Verde o no. Pero no se atrevió a hablar. Tal vez con la esperanza de que el capitán se hubiera olvidado de lo que dijo en Madeira. O acaso, porque temía darle la razón a Pedro de Luján en la cita que había parafraseado varias veces el capitán sobre el silencio de la mujer y no se quería arriesgar a que el humanista español estuviera en lo cierto. De modo que siguió muda hasta que, incómoda, optó por hacer una pregunta que no pudiera comprometerla y se interesó por la salud del contramaestre.

—Stowe sobrevivirá —contestó el capitán—. Pero mañana tendremos que tomar el puerto sin él y sin Bullock. No será fácil. Bullock era un hideputa consumado, pero era bueno en su trabajo, y sin él ni Stowe...

—¡Yo os puedo ayudar! —se ofreció entonces Victoria con entusiasmo—. En lo que sea.

Miguel enarcó una ceja.

—¿En saquear un puerto inglés, *milady*?

Victoria bajó la vista. Porque se dio cuenta de que sí, de que estaba dispuesta a saquear un puerto inglés por agradar al pirata, de que prefería que el capitán hundiera un galeón de su armada a que lo hirieran a él, de que hacía tiempo que no sabía dónde estaban sus lealtades. Y prefirió no decir nada más.

Al día siguiente, Fred no subió a cubierta. Tenía que asegurarse de que la herida de su pecho se cerraba bien, porque, en cuanto se movía, volvía a

sangrar. Pero fue João quien se aseguró de tener a Inés ocupada, asignándole las mismas tareas que a los otros hombres.

El capitán había pilotado el navío por la noche, por lo que durmió toda la mañana, y Victoria, aburrída, la pasó en el puente. João le dejó el timón a la princesa para ocupar el puesto del capitán y del contramaestre. En efecto, faltaban demasiados hombres. De modo que Victoria pasó la mañana en el puente e Inés en las velas, y a nadie le extrañó a esas alturas.

Cuando Miguel despertó, Richards ya le había llevado la comida a Victoria, así que tomó algo rápido y regresó a su camarote. La princesa apenas vio al capitán por la tarde tampoco. No fue hasta la caída del sol, cuando llegaron a Boa Vista, cuando el capitán salió al puente. Fondearon el navío detrás del islote que había frente al puerto y aguardaron allí a que fuera noche cerrada.

La noche era cálida de nuevo, como todas las noches en el archipiélago. Inés no había tenido un minuto para ir a ver a Fred y, cuando estando fondeados se dirigió hacia el castillo de popa para ver al contramaestre, João la llamó y le dijo que seguía haciendo falta en cubierta. Había mucho movimiento en la preparación del ataque. Por lo que pudo entender Victoria, normalmente era Fred el que lideraba los ataques por sorpresa. Con sus cuchillos y su increíble puntería, era capaz de silenciar para siempre a cualquier guardia sin que pudiera dar la alarma. Sin él, Miguel tendría que ocuparse de los guardias que hacían su ronda por la playa, y dado que no manejaba los cuchillos como su contramaestre, tendría que urdir alguna treta para poderse acercar hasta ellos sin que sospecharan nada y darles a conocer el también silencioso filo de su espada. Y mientras Miguel, Clavos, James, Baker, Dorek y Clarks desembarcaban con un pequeño bote en la playa y tomaban el amurallado Porto dos Ingleses, Victoria e Inés estarían junto a João en el precioso navío, para acercarlo a puerto cuando las salvas les dieran la bienvenida.

Así se hizo. Victoria observó cómo el bote se alejaba con su adorado capitán de pie en proa, vestido como de costumbre con sus pantalones y su jubón negros y su camisa blanca, cubierto por su manto oscuro que lo ocultaba ante la luna, pero esta vez con un pañuelo igualmente negro cubriéndole el cabello castaño, más largo de lo que era la moda en Inglaterra, pero siempre impecable. Por un instante la princesa trató de imaginar cómo serían las cosas si el capitán fallaba y no regresaba nunca. Pero era incapaz de pensar en esa posibilidad en serio. Miguel era demasiado astuto y rápido para

que lo atrapasen, y había sido adiestrado en el combate por un soldado de los temibles tercios españoles, y no había soldados como los de los tercios. Así que Victoria regresó al puente y esperó junto a Inés y João cerca de una hora, que se le hizo eterna. Entonces, en la lejanía, brillaron más que oírse las salvas que anunciaban que Porto dos Ingleses y su treintena de guardias habían caído bajo la mano de aquellos seis hombres.

—Zarpamos, *milady*. Dad las órdenes oportunas. Inés y yo tenemos que subir a las velas.

Y Victoria, temblando de emoción, ordenó que levaran el ancla e izaran las velas, primero las velas de la mesana, puesto que el viento les venía casi de proa y resultaría imposible mover *El Miguel* con las velas de los tres mástiles principales. Después, en cuanto el ángulo se lo permitió, largaron la mayor y las gavias. Y el navío avanzó majestuoso por aquellas aguas, con la princesa al timón y la condesa en las vergas, y llegó manso hasta el puerto. Fondearon, y João echó otro bote.

—Inés, buen trabajo hoy —le dijo el segundo de a bordo a la condesa—. Será mejor que os acostéis; estaréis rendida.

Inés asintió deseando poder ir a ver al contramaestre. Después, volviéndose hacia Victoria, el portugués añadió:

—Os dejo al cargo, *milady*.

Ella sonrió. Los marineros canturreaban felices ante la idea de aprovisionarse. Inés se apresuró a entrar en el castillo de popa y golpeó con suavidad la puerta del camarote de Fred. No hubo respuesta, y la condesa se retiró a su camarote abatida por no haber llegado antes de que se durmiera. Inés tenía la sensación de que João le había dado tareas a propósito para que no pudiera visitar a Fred, pero acaso solo fuera eso, una sensación. Y con ese pensamiento se metió en la cama. No tardó en caer dormida, agotada como estaba.

En cubierta, antes de que Victoria hubiera regresado del sueño de haber comandado ella *El Miguel*, Willie, desde lo alto del palo, cantó que ya regresaban. El capitán apareció en el último de los botes cargado de pólvora y de armas.

—Zarpemos de prisa —ordenó en cuanto estuvo a bordo—. La guardia del puerto no tardará en liberarse y tratar de alcanzarnos con los cañones.

—¿Los habéis dejado con vida? —preguntó Victoria extrañada.

—Tenían que darle un mensaje de mi parte a Stuart —se volvió a su tripulación—. ¡Todos a las velas! ¡Quiero todo trapo! Esta noche habrá que

pasarla navegando, señores. Y a ti —dijo señalando a Victoria— te quiero en mi camarote en diez avemarías.

Las palabras de Miguel causaron una avalancha de preguntas en la princesa. ¿Había dicho en su camarote? ¿Acaso el capitán tenía ganas de celebración? Le había hablado de tú. ¿Se creería que la princesa iba a asentir a cualquier orden suya? Lamentó ir vestida solo con el pantalón y la camisa que le prestara el capitán. ¿Le daría tiempo a ponerse algún vestido o a peinarse para estar más bonita? ¿Cuáles, cuáles eran exactamente las intenciones del capitán? Victoria tomó aire y contó hasta doscientos. Después subió al puente y llamó a la puerta del camarote de Miguel. Él la invitó a pasar.

Se había quitado la capa y la camisa, y se lavaba el rostro, el torso y los brazos en el agua de un balde. Victoria se dio cuenta de que le temblaban las rodillas.

—¿Capitán?

—¿Ya estáis aquí? —preguntó él sin mirarla—. No acostumbráis a rezar mucho, ¿no?

Victoria bajó la vista corrida, pero, antes de que pudiera replicar nada, el capitán le espetó:

—¿Esa razón que tenías que darme para que no os deje aquí en un bote a ti y a la condesa?

Se secó, caminó hasta detrás de un biombo y regresó metiéndose otra camisa. Victoria tragó saliva antes de contestar. La razón, la maldita razón. De pronto se había quedado en blanco. Se imaginó acercándose al capitán y diciéndole: «Tomadme, seré vuestra si nos dejáis acompañaros», pero inmediatamente lo apartó de su mente.

—Corréis peligro —titubeó de pronto.

—¿Cómo decís?

Se ató los cordones que cerraban el cuello y caminó hasta ella. Victoria trató de explicarse.

—He presenciado vuestra entrevista con Brace, y sé cuáles son sus intenciones y cuáles las vuestras. Yo no os traicionaría jamás, pero si Brace me encontrara aquí, sospecharía algo. Y Brace se encuentra por estas islas, ¿no es así? Será mejor que nos dejéis en un lugar en el que no pueda encontrarnos ni a Inés ni a mí.

A medida que hablaba se daba cuenta de que lo que estaba haciendo en realidad era dar argumentos a favor de que les cortaran el cuello, pero no

tenía nada mejor.

—De modo que Brace no puede veros por aquí.

—Os costó convencerle de que formábamos parte de vuestra tripulación. Debemos seguir a bordo —aquello le dio otra idea—. ¡Y formamos parte de vuestra tripulación! No podéis deshaceros de nosotras sin escuchar la opinión de vuestro contramaestre. Debéis preguntarle al señor Stowe. Y... —trataba de pensar deprisa— además ¡os faltan hombres! Y hasta que logréis reponerlos os podemos ser útiles.

—¿Sabéis que el próximo destino es Inglaterra? —interrumpió él.

¡Inglaterra! Inglaterra estaba a veinte días de allí. Trató de no parecer contenta.

—Mientras no sea Londres...

—Eso significaría que debería soportaros otras tres semanas más.

—Pensad, capitán, en cuántas cosas podría aprender hasta entonces.

Él sonrió un instante y después se puso serio.

—Quiero vuestra palabra, Victoria. La quiero de nuevo. Cuando llegue a Inglaterra, abandonaréis esta nave sin mayor dilación. No habrá excusas, ni ruegos, ni lloros. Abandonaréis la nave y guardaréis para siempre el secreto de cuanto habéis visto y oído aquí a bordo. Para siempre.

—Tenéis mi palabra, capitán. En el primer puerto de Inglaterra —contestó Victoria, con el corazón brincándole en el pecho y sin que su rostro pudiera ocultar la alegría que aquello le producía—. ¿Me ayudaréis a perfeccionar mis dotes de esgrima hasta entonces?

—Si tengo tiempo, sí —sonrió el capitán—. Y ahora, es muy tarde y João querrá dormir algo. Vos deberíais hacer lo mismo. Nos veremos en el desayuno.

Ella asintió con una sonrisa, aun cuando le costaba irse a dormir sabiendo que el capitán permanecería despierto junto al timón y que podría acompañarlo. Pero no quiso estirar más su suerte. Antes de que abandonara el camarote el capitán la detuvo llamándola por su nombre. Ella se volvió y Miguel le lanzó un sombrero de ala negro.

—Esta noche en el puente os lo habéis ganado. Buenas noches, Victoria. El rostro de la joven se encendió más aún.

—Buenas noches, Miguel.

A Inés la despertó la luz entrando por la ventana. Por el compás de la respiración de su amiga, Inés comprendió que Victoria aún dormía, aunque la luz tan amarilla indicaba que ya hacía tiempo que había amanecido. Se vistió deprisa y salió a cubierta. Fred le mostraba a Jameson la herida que le había hecho el timón. Estaba casi seca, lo que le daba mejor aspecto, pero mucho más hinchada y amoratada que hacía dos días. Inés se dirigió hacia él y lo llamó cuando estaba a unos diez pies. El contramaestre alzó la vista y sonrió.

—Buenos días, *mil*... mi leal pirata —saludó él.

—¿Cómo no me has despertado?

—Ayer fue un día duro —explicó el hombre.

—Fue duro para todos. Con el asalto al puerto los demás apenas habrán dormido.

—Consideré que necesitabais..., que necesitabas descansar —corrigió.

Inés frunció el entrecejo.

—Fred, ¿qué es lo que ocurre?

El pirata suspiró.

—No es nada. Anteayer tragué demasiada agua salada. ¿Por qué no relevas a Willie en la verga del mayor?

Inés obedeció con una sensación extraña en el estómago y el sentimiento de que algo no marchaba bien.

Aunque después de aquella conversación Fred no volvió a equivocarse llamándola *milady* o hablándole de vos, lo cierto es que las cosas no volvieron a ser como antes. El contramaestre la evitaba; cuando estaba con ella ni siquiera la rozaba y con frecuencia miraba para otra parte al hablar. Además, había dejado de llamarla preciosa. No era que la llamara de otro modo, sencillamente lo había omitido. Y la joven condesa se descubrió anhelando aquel apelativo que tanto le había incomodado en un principio.

El primer día Inés no le dio demasiada importancia. Toda la tripulación estaba cansada, y ella se preocupó por ayudar lo máximo posible. Aquel día, además, Victoria le había contado más que radiante que se quedarían en *El Miguel* hasta que este regresara a Inglaterra. La princesa no podía estar más feliz. Había tomado un libro nuevo de los que el capitán tenía en el comedor y se había puesto a estudiar otra vez a todas horas, al menos a todas las horas en las que el capitán no la requería personalmente.

El segundo día el comportamiento de Fred comenzó a hacer daño a la condesa de Frieson. No entendía qué era lo que había cambiado en el pirata. Ni siquiera podía asegurar que hubiera cambiado algo y que no se hubiera

comportado siempre así. Al fin y al cabo, Fred siempre la había protegido de los demás. Pero cuando recalaron en San Antonio y ella le pidió otras clases de natación, comprendió que no era imaginación suya. Fred no se negó, en absoluto. Pero le contestó que James se ocuparía tanto de vigilarla como de izarla. Y aunque durante el tiempo que ella estuvo nadando bajo la supervisión del coloso, la joven fue consciente de que podía hacerlo mucho mejor, el contramaestre no le dio ninguna indicación. Aquella noche Inés no se quedó a beber con los hombres. Se metió en su camarote y rompió a llorar. Cuando Victoria llegó para acostarse, la condesa hundió la cara en la almohada y se fingió dormida. No quería hablar con la princesa. Ella no lo entendería. Y estaba tan feliz...

El tercer día, la conducta del contramaestre se volvió para Inés una auténtica tortura. En su cabeza no podía dejar de darle vueltas pensando qué había hecho mal. Continuamente recordaba el día aquel que el pirata la besó. Cuando llegó la tarde, ella no tenía nada que hacer y estuvo lanzando cuchillos al mástil. Siempre que había hecho eso antes, Fred se había acercado a lanzar cuchillos con ella, o a corregirla. Esta vez no fue así. Inés los lanzó una y otra vez, cada vez más furiosa, cada vez más desesperada. Habría clavado aquellos cuatro cuchillos y los habría recogido por lo menos treinta veces cuando Willie se le acercó.

—¿A quién imaginas estar matando? No has fallado al mástil ni una sola vez —sonrió el crío.

La condesa le devolvió la sonrisa con tristeza. Después señaló a Fred con el mentón.

—¿Sabes acaso qué le ocurre a Fred? Desde que lo pasaron por la quilla apenas me saluda.

El crío negó con la cabeza.

—¿Te gustaría que le golpeará? —se ofreció con decisión.

Inés le sonrió de nuevo.

—No. Me gustaría más hacerlo yo misma —suspiró—. Olvídalo. Esto es un secreto entre tú y yo, ¿entendido?

Y el muchacho le devolvió la sonrisa.

Aquella noche, en la cena, Inés se sentó entre Fred y João, como era ya costumbre, si bien habría deseado sentarse lo más lejos posible del contramaestre, o no acudir a la cena. En aquellos instantes lo odiaba más de lo que odiaba a nadie en el mundo, incluido Miguel. Y deseó que el capitán

pirata la invitara a cenar en el comedor de arriba para perder de vista al contraamaestre.

Hacia la mitad de la cena, João pareció decidirse a acabar con el silencio apagado en el que estaba sumida la aprendiz de pirata. Hablando por encima de las voces de los demás, propuso que esa noche fuera ella la que narrara al resto de la tripulación sus aventuras amorosas.

—Conoces ya todos nuestros romances, y nosotros nada sabemos de ti —explicó.

—Sí —afirmó Clavos—, y después de lo que le respondiste al matón del *Africana* no puedes excusarte en que te dé vergüenza.

A los hombres les pareció una idea excelente y golpearon sus jarras de agua contra la mesa hasta que João impuso silencio. Inés sonrió con modestia.

—Demasiado no hay para narrar. Antes de embarcar en *El Miguel* estaba prometida a un hombre, pero de él solo podría decir que estaba más enamorado de mi padre que de mí.

Los demás piratas rieron.

—¡Un necio! —gritaron unos.

—¡No te habría visto lanzar cuchillos! —apuntó otro.

—¡Ni con esos pantalones! —terció João.

Fred se puso en pie sin decir nada y salió del comedor hacia cubierta. Se hizo un silencio. Los ojos de todos los miembros de la tripulación estaban dirigidos hacia la puerta por la que había desaparecido el contraamaestre. Después se miraron entre ellos, sin entender, y miraron a Inés, que tampoco comprendía nada. Clavos se levantó y salió detrás de Stowe. Cruzó la cubierta tras él, lo siguió hasta su camarote y entró sin llamar.

—¿Te duele oírle hablar de otros hombres? —le espetó el carpintero al contraamaestre.

Fred se giró hacia él sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —bufó—. No recuerdo haberte invitado a seguirme.

Su tono de voz era severo y no sonreía. Pero Clavos lo ignoró y se sentó sobre el baúl.

—Es perfecta, ¿verdad?

—No, no lo es.

—No me refiero a su virtud, Fred —explicó el carpintero—. A fe mía que el que la haya perdido contigo no la convierte en menos perfecta a mis ojos.

Fred reaccionó rápido cogiendo a Clavos desprevenido. Lo agarró por la camisa, lo levantó en el aire, contra la pared y, acercándose mucho a su oreja, el contraamaestre masculló:

—Su virtud está intacta, ¿entiendes? ¡Y nunca más te atrevas siquiera a mentarla! Es algo que está demasiado lejos de ti.

Clavos miró a los ojos de Fred por encima de sus puños, que le apretaban el cuello.

—¿Qué ocurre, Fred? —logró susurrar—. Hace tiempo que somos amigos.

El contraamaestre volvió a depositarlo en el suelo y se agarró el nacimiento del pelo con las dos manos, en un gesto de desesperación.

—Ese hideputa del que ella hablaba..., lo conocemos.

Clavos entrecerró los ojos estudiando a su amigo, sin entender.

—Es Walcott, Robert Walcott.

Los ojos de Clavos se abrieron como ciruelas.

—¿El perro lameculos de Braukings?

Fred suspiró.

—Ella es la hija de Braukings.

Clavos se quedó mudo. Fred sacudió la cabeza.

—Lo sabes ahora. No es la dama de compañía de la princesita loca, ni su camarera. ¡Es la maldita condesa de Frieson!

De pronto el contraamaestre le hizo un gesto con la mano al otro para que no hiciera ruido y, tras un par de segundos, abrió la puerta de golpe. Agachado junto a ella estaba Willie. Antes de que el crío pudiera huir, Fred lo agarró del cogote y lo introdujo en el habitáculo.

—¿Espíándome, culebra bastarda?

Willie trató de aflojar la mano de Fred, que lo ahogaba, al tiempo que se retorció como la culebra que el contraamaestre había mencionado.

—¿Qué es lo que querías saber? ¿Pensabas que descubrirías algo que vender en cubierta? ¿Eh?

Fred lo tiró contra un rincón del camarote. El crío se frotó el cuello. Después miró al hombre con rabia y le espetó:

—Pensé que descubriría por qué le estás haciendo daño a Inés. Nada te ha hecho ella. No es su culpa ser hija de Braukings. Pero te portas con ella como si no la conocieras. ¿Cómo crees que se siente?

El contraamaestre estudió al crío sin contestar.

—No te mereces a nadie como ella —añadió el niño.

—¿Y crees que tú sí?

Los ojos de Willie relampaguearon de furia.

—Conoces poco a las mujeres, sabandija —añadió Fred—. Si no le gustara el trato que le doy, hace tiempo que se habría quejado.

—Nada sé de las mujeres. Pero sí sé que Inés es demasiado orgullosa para admitir que un sucio pirata inculto, de una sangre que es agua al lado de la de ella, le está haciendo daño.

—El crío tiene razón, Fred —murmuró Clavos.

Fred se frotó los nudillos y Willie se encogió en el rincón.

—Márchate. Y no se te ocurra hablar con nadie de lo que has oído aquí.

Y Willie no esperó a una segunda oferta.

Al amanecer, despertó a la condesa el acostumbrado par de golpes en la puerta. Se levantó. Victoria dormía. Su respiración era mansa y acompasada. El día anterior había sido duro para la princesa. Miguel le había dicho que, dado que iban a estar a bordo tres semanas más, no bastaría con las cuatro cosas que sabía. Debía aprender a ser una auténtica capitana y una buena espada. «La pose correcta no siempre os va a salvar. Deberíais poder vencer a un hombre como Brace. Después de todo, tenéis el mejor de los maestros». Y eso había llevado a que el día anterior la tripulación de *El Miguel* se hubiera visto obligada a detener sus quehaceres y esquivar a los dos duelistas que se batían por la cubierta como si les fuera la vida en ello. «Equilibrio, *milady*», «Esa guardia, Victoria», «¿Eso ha sido una estocada? ¡Probad de nuevo!», «Lady Dudley, así la espada con demasiada fuerza. Sostenedla con más suavidad». Inés sonrió a su amiga y le acarició el rostro dormido. Después volvió al mundo real, en el que Fred la ignoraba, y abrió la puerta dispuesta a recibir su frío «buenos días», dispuesta a no dejar que el tono de voz del pirata le hiciera daño. Pero una vez más el contramaestre rompió sus defensas. En la puerta no estaba Fred, sino Clavos.

—Fred me ha dado orden de que te despierte y te diga que, tras el desayuno, subas a cubierta.

—Gracias, Clavos. Buenos días.

Cerró la puerta y quiso gritar de rabia. ¿Tanto le suponía al contramaestre despertarla personalmente? ¿Acaso consideraba que no la ignoraba ya lo suficiente? Tomó aire y se vistió, con la mandíbula contraída de rabia. Se ató la banda de cuchillos a la cintura y miró por la ventana. «Estoy en el mar, en el navío más hermoso. La tripulación me quiere, y tengo

a Victoria. Siempre tendré a Victoria. Eso es lo que importa». Y abandonó el camarote un poco más animada.

Apenas tenía hambre, de modo que tomó un bizcocho de pan y subió a cubierta. Hacía un día precioso. La brisa soplaba suave, y *El Miguel* estaba en proceso de desplegar los juanetes para cazar más aire. El sol brillaba con rabia, la temperatura era tibia y el ambiente en cubierta alegre. Ella se apresuró a echar una mano con los juanetes del palo mayor. Tiró del cabo, lo amarró a la cornamusa... Había adquirido una destreza sorprendente. Otra razón para alegrarse y no pensar en el contraмаestre. *El Miguel* iría a sus buenos seis nudos. Se descolgó por la escala hasta el suelo. Baker, que había estado largando los juanetes en el mismo palo que ella, aterrizó a escasos pies.

—Gracias, Inés —le dijo poniéndole una mano sobre el hombro—. Has sido de gran ayuda ahí arriba.

Inés le estaba respondiendo con una sonrisa cuando sonó una voz seca detrás de ella, una voz seca que conocía demasiado bien.

—Baker, si acaso vuelves a mirar a Inés así, te hundiré los ojos en el cráneo. No voy a referir lo que te haré si vuelves a tocarla.

El marinero sonrió esquivo a su contraмаestre y se apartó. Inés se volvió hacia Fred. Sabía que el contraмаestre obraba así para protegerla, pero, escupiendo toda la ira que había acumulado aquellos tres días, le dijo:

—¿Estás celoso, Frederick Stowe?

Fred la observó cruzándose de brazos.

—¿Por qué iba a estarlo? Eres mía.

Inés abrió mucho los ojos sorprendida y airada.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que soy tuya? —masculló.

Fred sonrió observándola, con sus brazos morenos cruzados sobre el pecho, e Inés se enfureció aún más porque aquella sonrisa la atrajera tanto.

—¿Quieres que te lo demuestre? Baldea la cubierta, preciosa —dijo él, y señaló las tablas del suelo del navío.

Inés dudaba. Escupirle en la cara, ¿sería demasiado maleducado incluso para una pirata?

—Preciosa, tenemos un trato. Mientras tenga algo que enseñarte, tú me obedecerás como el resto de la tripulación. De modo que... —volvió a sonreír—, eres mía. Ahora, baldea la cubierta.

Sin lugar a dudas lo odiaba. Tardó en encontrar una respuesta. Cualquier cosa con tal de no admitir que le pertenecía en ningún sentido, aunque lo

hiciera en todos.

—Creí que habían terminado las lecciones. Llevas tres días sin decirme nada.

Fred sonrió de nuevo.

—¿Y porque no te corrija en tres días ya crees saberlo todo?

Inés no contestó. En su cabeza se condensó el dolor de aquellos tres días, y quiso pegarle, insultarle, escupirle a la cara el daño que le había hecho. En su lugar bajó la cabeza sumisa y se dirigió a por un balde de agua. Fred la detuvo asiéndola del brazo.

—Te enseñaré otra lección, preciosa. Sígueme.

«Preciosa». Inés obedeció y siguió al contramaestre hasta el castillo de proa, sintiendo el corazón a la intemperie. Las velas restallaban hinchadas de brisa. El navío rompía las olas con su proa imponente. Fred dejó atrás el castillo, descendió hasta el torno del ancla y llegó hasta el bauprés, el enorme palo que nacía en la proa del navío y que, como si fuera un espolón, arremetía contra el aire. De él pendía una red que llegaba hasta la amura. El contramaestre saltó por encima de la baranda y se tumbó en la red, sobre el mar. Entonces le hizo un gesto a Inés para que hiciera lo mismo. Ella no se movió.

—Vamos, preciosa. Estoy convencido de que ya no te marearás. Y es el mejor lugar de *El Miguel* para un día como el de hoy. Como buena pirata debes conocer cuál es el mejor lugar para perder el tiempo.

Los sentimientos batallaban dentro de la condesa. «¿Por qué ahora vuelve a llamarme preciosa? ¿Por qué se comporta como si nada hubiera ocurrido?». Seguía deseando abofetearlo, pero a un tiempo deseaba olvidar esos tres días de infierno y que todo fuera como antes, cuando él la cuidaba y ella aprendía, y a ambos los unía algo inexplicable y hermoso.

Inés finalmente pasó por encima de la baranda y gateó por la red hasta colocarse al lado del pirata.

—Túmbate aquí. Sigues siendo igual de desconfiada que el primer día, ¿eh?

La joven sentía que ahora lo era más; que ya no temía por su honor, sino por su corazón, y temía que, si se tumbaba al lado de Fred, rompería a llorar y se desharía para siempre. Pero una vez más obedeció. El contramaestre le pasó el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí. *El Miguel* volaba. Allí, sobre la red de proa, cuando el navío rompía una ola, el agua los salpicaba, y

si miraban hacia abajo, podían ver el mar deslizarse a toda velocidad bajo la nao.

En un hilo de voz, Inés no pudo evitar decir:

—Estos días te has comportado como el mayor de los cabrones.

Él no dijo nada y ella prosiguió.

—Te he echado de menos, Fred. No eras tú.

El contraмаestre la apretó contra él.

—Olvida estos días, preciosa. ¿Podrás hacerlo? —dijo besándola con suavidad en la sien.

Los ojos de Inés brillaron húmedos y en lugar de contestar se acurrucó junto al pirata. Sabía que, si abría la boca, rompería a llorar sin remedio. Y bajo ningún concepto podía permitirse eso.

Los días que siguieron a aquel los recordarían ambas jóvenes siempre como los mejores de sus vidas. Miguel se había suavizado con la princesa y ambos se habían acostumbrado a pasar las horas uno al lado de la otra. Si Miguel estudiaba las cartas, Victoria lo hacía con él, expresándole su opinión. Si Miguel estaba en el puente dando órdenes, Victoria estaba a su lado, absorbiéndolas y haciendo alguna sugerencia que otra. Si Miguel escribía en los cuadernos o leía, Victoria estudiaba. Apenas cruzaban palabra si no era para que el capitán le explicara algo a la joven o para discutir sobre rumbos, rutas o velas. El capitán había dejado de asombrarse de la capacidad de su pupila para aprender y vertía en ella todos sus conocimientos. Y todos los días, al menos dos veces, cruzaban los aceros por cubierta.

Por otro lado, Fred se comportaba como si quisiera recuperar los tres días perdidos, como si hubiera comprendido que Inés no estaría a bordo para siempre y quisiera aprovechar cada instante con ella. Aunque Inés seguía ayudando en las vergas y baldeaba la cubierta con los demás, lo cierto era que el contraмаestre la había descargado de trabajo y prefería tenerla para él. No se volvió a repetir la escena de aquel día, hacía ya mucho tiempo, en el que el pirata intentó besarla en el pasillo, e Inés sentía que el pirata la respetaba más, si bien eso no era obstáculo para que entre ellos hubiera crecido una amistad mucho más intensa que la que tuvieran entonces. Pasaban horas y horas tumbados en proa, a veces contándose bobadas, a veces en silencio, pero siempre juntos. Leían los movimientos del otro, e Inés sentía que conocía al contraмаestre mejor que nadie, incluso mejor de lo que se conocía él mismo.

Y, al igual que el capitán y la princesa, también el contraamaestre e Inés reforzaron las lecciones de defensa.

—Defenderse no solo es saber lanzar cuchillos, preciosa. En ocasiones el enemigo está demasiado cerca y tienes que defenderte de sus ataques, unos ataques con un arma posiblemente más larga y preparada que un cuchillo.

Fred le lanzó una espada a Inés.

—Intenta golpearme.

La condesa no tenía demasiada idea de manejar una espada, pero había visto a Victoria hacerlo, de modo que cogió el arma y le lanzó al contraamaestre un tajo de arriba abajo. Fred lo paró sin dificultad con su cuchillo más largo.

—Los cuchillos también nos sirven para defendernos de los golpes, igual que si nos defendiéramos con nuestra propia mano, aunque sin cortarnos. Y aunque una espada sea más larga, la ventaja de defender con un cuchillo es que siempre nos queda la otra mano en la que podemos llevar otro para ensartar a nuestro enemigo.

Así, el contraamaestre enseñó a la joven a defender los ataques verticales colocando el cuchillo y el brazo del cuchillo —siempre es mejor un tajo en el brazo que en la cabeza— por encima de su frente; a defender a izquierda y a derecha, y a defender los golpes bajos. Y Fred la acostumbró a atacar siempre después de defender un golpe: si tenía otro cuchillo en la otra mano, con la otra mano; si no, a sujetar con la otra mano el brazo con el que el enemigo le había atacado, y hundirle entonces el cuchillo con el que había defendido debajo de la última costilla de la izquierda, por donde pasaba todo el flujo de sangre que salía del corazón.

—El vientre, los riñones, el hígado... son buenas opciones. Si buscas que se desangre rápido, puedes cortarle en la ingle o en el cuello. Mira —le señaló la unión del cuello y el tórax—, esto es una arteria. ¿Sabes qué es una arteria?

Inés negó con la cabeza, sorprendida.

—Ni siquiera sé de qué me hablas.

—Son las venas que salen del corazón, y por eso la sangre lleva más fuerza.

—¿Y tú sabes de eso?

Fred sonreía.

—Yo sé de todo.

Inés le devolvió la sonrisa.

—¿Y el corazón? ¿No es lo más rápido?

—Sí, una puñalada en el corazón es lo más rápido —concedió el pirata—. Pero recuerda que está bien protegido, y que tus puñales no siempre son suficientemente largos. Busca caminos cortos para llegar a él.

La lucha a cuchillo, cuerpo a cuerpo, a Inés le parecía mucho más difícil. Sabía que en ese tipo de combate la fuerza y la velocidad eran más importantes que la destreza, y se sentía torpe. Pero el contraamaestre no escatimó tiempo ni esfuerzos en enseñar a la condesa a defenderse.

—Mírame a los ojos, preciosa. A los ojos. Son ellos los que te dirán dónde voy a atacar. Cuando hayas practicado bastante, no tendrás que pensar para detener una estocada. Sencillamente lo harás.

Y así se pasaban horas. Fred atacaba, ella detenía el ataque y respondía con otro. Cada vez más rápido.

—En cuanto defiendas, busca un hueco. No te quedes mirando mi arma o tu ataque irá a chocarse con ella. Donde mires, ahí clavarás el cuchillo. Rápido, de los ojos al hueco.

A medida que pasaban los días, en las prácticas a cuchillo Fred e Inés pasaban más tiempo estudiándose el uno al otro, girando, trazando una circunferencia imaginaria por la que se desplazaban. Y cuando uno se decidía, el ataque, la defensa y la respuesta tan solo duraban un par de segundos. Y si bien la joven condesa se desesperaba, pues no aprendía tan rápido como habría deseado, lo cierto es que cada día lo hacía mejor, o lo que tal vez fuera más importante, cada día le costaba menos encontrar un punto indefenso en el otro, o detener un ataque repentino, o no quedarse mirando el cuchillo de Fred pues ya intuía hacia dónde iba a ir, y aprovechar ese instante para buscar un punto vulnerable. Sus instintos se habían despertado, y con su piel dorada por el sol, los brazos tersos y musculosos y su mirada incisiva, resultaba difícil reconocer en ella a quien en otro tiempo fuera lady Braukings, futura condesa de Frieson.

El día que James, el gigante vigía, anunció que la costa de Portugal estaba a la vista, algo cambió en *El Miguel*. Los pañuelos multicolores que los piratas habían utilizado para protegerse del sol desaparecieron con la costa de África. La vieja Europa trajo un mar movido y brisas más frías, sobre todo por las noches, en las que se había vuelto necesario un manto. Pero, sobre todo, lo que trajo la visión de las costas europeas fue la

consciencia de que el final del trayecto estaba a tan solo una semana. Y aquello tocaba directamente el alma de las dos jóvenes.

Victoria había decidido no hablar de ello, ni siquiera mencionárselo al capitán. Devoraba, más que leía, cada página del tercer libro, pensando en acabarlo a tiempo. Pero le costaba mantener la concentración y a menudo debía leer el mismo párrafo dos veces, porque en su cabeza no paraban de dar vueltas posibles excusas que les permitieran permanecer a bordo del navío.

Inés prefería no pensarlo. Aunque a medida que *El Miguel* navegaba hacia el norte las aguas eran más frías y el clima más desapacible, la joven seguía pasando gran parte del día en la red del bauprés, junto a Fred y el mascarón de proa, pegada al pirata y procurando no pensar en que pronto dejaría de poder hacerlo. Tenían que llevar una manta, y con frecuencia acababan empapados, pero Inés aprovechaba para acurrucarse bajo su brazo y soñar con que se detenía el tiempo.

—¿Qué haréis lady Dudley y tú cuando desembarquéis en Inglaterra? — le preguntó una mañana Fred mientras le rodeaba los hombros con su musculoso brazo, tumbado a su lado en la proa.

Inés se encogió de hombros.

—Probablemente buscar un pasaje para España —contestó—. Yo sé hablar español y Victoria desea conocer mi país.

—España... —repitió Fred—. El único lugar del mundo al que no puedo ir; el único en el que nunca podré confiar en verte.

Inés sintió una punzada en el estómago.

—Tal vez vayamos después a Francia, o a Flandes... Incluso a las Américas. Victoria quiere conocer el mundo.

Él sonrió, pero se trataba de una sonrisa triste.

—Y en cada puerto al que arribe —prosiguió la joven— me dirigiré a la primera taberna y preguntaré por ti y, si acaso te conocieren, dejaré allí una carta para ti, para que la leas.

El no contestó. Las palabras de la joven no habían animado su semblante lo más mínimo.

—¿Sabes leer? —preguntó ella recordando el día que lo había visto con un cuaderno en la mano.

—Sí —contestó el contramaestre—. Pero preferiría que no lo hicieras. Una vez nos despedamos, preferiré creer que eres feliz y que vives bien aplicando mis enseñanzas a saber que no lo eres y que te has enamorado de algún hideputa que te haga daño.

El nudo en el estómago de Inés se apretó más.

—Entonces, he de entender que cuando nos despedamos será para siempre —respondió la condesa con un hilo de voz.

Él sonrió de nuevo, con tristeza, y le acarició el rostro.

—¿Quién sabe? Tal vez volvamos a encontrarnos. Y siempre podré recordar el tiempo vivido juntos, mejor que pensar en lo que ha de venir. Nadie nos quitará estos días. Y allá donde estés, sabrás que tienes un amigo en alguna parte del mundo que pensará en ti cada día de su vida.

Esta vez fue Inés la que sonrió con tristeza. Sabía que aquellas palabras no eran ciertas, que Fred pensaría en ella a diario dos meses, tres meses, a lo sumo cinco o seis, pero que después la olvidaría entre los brazos de alguna bailarina más especial que las demás, y que, si bien sería cierto que volvería a su cabeza alguna vez, a raíz de alguna conversación, también lo sería que el recuerdo de Inés no le despertaría más que una sonrisa.

Sintió que se ahogaba, y se apretó aún más contra el pirata. Y deseó no haberlo conocido nunca.

Cuando cruzaron el canal de la Mancha el clima se volvió desapacible y el mar turbulento. Como al principio del viaje, la joven condesa volvió a marearse, aunque sus mareos duraban solo el tiempo que la joven mantenía la vista fija en algo y se desvanecían si salía a cubierta, abrigada ahora con una manta gorda. Nunca hasta entonces le había resultado tan incómodo el clima de la vieja Inglaterra. Fred había vuelto a prohibirle subir a las vergas y se sentía inútil. Además, el no hacer nada durante el día salvo observar al contramaestre tan ocupado le hacía pensar más de lo que le gustaría. Se lo imaginaba frecuentemente rodeado de bailarinas y prostitutas, abrazándolas, besándolas... Recordaba la frase de Clavos del primer desayuno: «Las prostitutas a Fred tampoco le cobran». Trataba de sacarse esas imágenes de la cabeza, pero no podía. Sentía que el día aquel en que ella misma se había atrevido a compararse con cualquier bailarina más especial que las demás se había comportado como una cría demasiado ilusionada como para entender la realidad. Porque lo cierto era que, si bien desde el día en que había retomado el llamarla preciosa Fred le prodigaba atenciones continuas, incluso algún abrazo o alguna caricia, no había vuelto a intentar besarla, ni había vuelto a mirarla con lascivia, ni a tratarla como una mujer. Inés se había sentido mucho más cerca del pirata, pero ahora, ahora que bordeaban las costas de

Inglaterra y se acababa el tiempo, la condesa se daba cuenta de que el contraamaestre había pasado a tratarla como a una niña, y se sentía el ser menos atractivo del mundo conocido al pensar que el pirata podía abrazarla durante horas sin desearla lo más mínimo. Inés desde su despecho no podía entender que si Fred la acariciaba de pronto con ternura, o la abrazaba encubriendo ese abrazo de amistad, o la besaba paternalmente en la sien, era porque necesitaba romper de alguna manera el deseo que ejercía sobre él aquella criatura semisalvaje; necesitaba tocarla para descargar la electricidad que lo atraía hacia aquel cuerpo, mientras que si los demás hombres no la rozaban siquiera era porque sabían que el contraamaestre no lo permitiría. Pero la joven no veía eso. Solo veía que su adorado maestro no había vuelto a intentar nada con ella, y eso, a su juicio, no la colocaba por encima de las demás mujeres, sino por debajo.

Por eso, aquellos últimos días, cuando Fred estaba junto a ella, la joven desplegaba todo su abanico de feminidad. Buscaba como excusa el viento para hablarle al oído, le acercaba los labios entreabiertos cuando él la abrazaba, ladeaba la cabeza al escucharle, le rozaba continuamente como por casualidad..., y cada día regresaba al camarote frustrada, sintiéndose aún menos deseada que el día anterior, sin imaginar que el pirata hervía por dentro cuando ella se comportaba así y que, cuando él se tumbaba en su litera, la imagen de ella con la ropa arrancada a jirones era su único pensamiento.

El tercer día Inés amplió su campo de acción para ver si sus técnicas daban resultado y probó con Baker. El pirata era un joven atractivo, de cuerpo duro, boca grande y risa fácil. En un vaivén del navío, la muchacha se dejó caer a su lado, y el pirata se apresuró a sostenerla del talle. Ella se giró a mirarlo, aún asida de la cintura por las manos del gaviero.

—Perdóname, George —balbuceó la joven agarrándose con soltura del cuello del hombre.

Los dos se quedaron en silencio unos instantes.

—Siempre estás perdonada —contestó él, y la atrajo un poquito, sin atreverse a hacerlo del todo. Buscó a su alrededor con la mirada hasta encontrar a Fred y soltó a la muchacha en el acto.

En cuanto Baker se perdió de vista, el contraamaestre se acercó a Inés.

—No me pongas más difícil el mantenerlos a raya, preciosa. No quiero tener que castigar a ninguno por saltarte encima cuando solo faltan un par de días para que desembarques.

—¿Los castigarías? —preguntó la condesa falsamente sorprendida.

—Los castigaría por apropiarse de algo que no les pertenece —asintió el pirata—. Igual que si tomaran el sable del capitán.

Ella sonrió.

—Y yo te pertenezco a ti, ¿no es así?

Fred rio.

—Por supuesto que no. Cuando dije aquel día que me pertenecías, me refería a que me pertenecías como miembro de mi tripulación. Tú no perteneces a nadie, preciosa. Eres una pirata, y por ello solo te perteneces a ti misma.

Inés trató de no mostrarse decepcionada. Sonrió, y cuando habló trató de que sonara a chanza.

—De modo que, si deseo ser tuya, no solo peco contra las enseñanzas de la Iglesia, sino también contra las leyes básicas de la piratería. ¡Qué contrariedad!

Fred rio de nuevo, pero solo fue un momento. Después se acercó a la muchacha y la miró a los ojos, aunque su mirada iba mucho más allá, se perdía en algún mundo remoto. Le apartó una guedeja de la cara y al hacerlo le acarició la piel del rostro con el dorso de la mano.

—Yo también desearía que fueras mía, pero hay cosas que valen demasiado incluso para el contramaestre de *El Miguel*.

Inés se quedó sin habla. Solo cuando el contramaestre regresó a sus quehaceres se le ocurrieron miles de respuestas a aquella aseveración. Podía haberle dicho, también a chanza, que podía hacerle un buen precio. O haberse puesto más seria y haberle preguntado qué era lo que había cambiado desde el día en que la intentó besar en el pasillo. Pero las palabras del contramaestre la dejaron inmóvil en cubierta durante unos segundos eternos, con el viento agitándole el pelo contra la cara y un vacío inmenso donde él la había acariciado.

Era Inglaterra. La costa que se avistaba desde *El Miguel*. Ni Inés ni Victoria se atrevían a preguntar cuántos días quedaban para llegar al puerto de destino, pero ambas sabían que muy pocos.

El último día de travesía fue el viejo Henry quien anunció en la cena que aquella sería la última comida que harían con Inés, y propuso que acabaran el ron brindando por ella. La condesa lo estaba esperando; sabía que cualquier

día ocurriría; pero cuando Henry hizo el anuncio se dio cuenta de que no estaba preparada.

—Llegaremos de madrugada —le explicó Fred—. Tal vez puedas desayunar con nosotros antes de desembarcar.

Inés se aferró a aquellas palabras. «No es el final. Todavía queda el desayuno de mañana», y trató por todos los medios de que nadie se diera cuenta de la tristeza que se había abierto paso en su interior.

—Pero vendrás a vernos algún día, ¿no? —preguntó Clavos.

Inés trató de sonreír, pero solo logró hacer una mueca.

—Inés y la princesita loca se van a España. No creo que las volvamos a ver —aclaró Fred.

Se hizo un silencio sepulcral en el comedor que duró varios segundos. Entonces Henry alzó su jarra y exclamó:

—Te encantará España. ¡Que seas muy feliz allí!

Y todos brindaron. Todos salvo Willie, que no tenía tantos años de experiencia como Fred en ocultar su tristeza.

A Victoria se lo dijo el propio Miguel en esa misma cena.

—Tomaremos puerto en Burnmouth por la mañana. Está en suelo escocés, pero a menos de cinco millas de Berwick, el primer pueblo inglés después de la frontera. El señor Richards os buscará un coche que os lleve hasta Berwick y allí una buena posada donde podáis hacer noche hasta que zarpe vuestro barco. En Berwick hay muchos barcos que zarpan para España o Francia. No tendréis problemas en encontrar uno que os saque de Inglaterra. Así cumplo doblemente mi promesa. Yo mismo os dejo en un puerto civilizado fuera de Inglaterra, y además me aseguraré de encontraros un pasaje que os lleve al continente.

Victoria escuchó sin decir palabra y se mantuvo callada durante el resto de la cena. El capitán no interrumpió su silencio, limitándose a observarla a ratos. No fue hasta que Richards hubo traído el postre cuando la muchacha habló.

—Capitán, yo quería pedirlos...

—La respuesta es no, Victoria.

La muchacha se quedó callada, con ganas de llorar. Tal vez en otro tiempo habría insistido; le habría dicho al capitán que cómo podía negarse sin conocer la pregunta. Pero la negativa tan rotunda de Miguel había hundido el valor que tanto le había costado sacar para intentarle pedir lo que anhelaba por encima de todas las cosas.

—No vais a continuar a bordo. Os apearéis mañana —añadió el capitán premiando el silencio de la joven—. Cuando abandonemos Inglaterra, será para saquear y combatir, y mi honor de capitán me impide llevar a una mujer a la muerte. Para eso os habría quitado la vida personalmente, lo cual me habría resultado sin duda mucho más placentero.

Victoria alzó la mirada y sus ojos azules brillaron con un orgullo que ponía en evidencia toda su sangre real.

—No os engañéis más, capitán. La única razón por la que nos habéis mantenido con vida ha sido porque, aun a vuestro pesar, disfrutáis de nuestra compañía.

Dicho esto, la joven apartó la vista, preparada para lo que el capitán pudiera contestarle. En otras circunstancias no habría tenido valor para decirle algo así, por miedo a su ira o, peor aún, por miedo a que el capitán se riera de ella. Pero ya nada de eso importaba. Abandonaban el barco al día siguiente, y estaba harta de que el capitán la humillara una y otra vez. Además, dijera lo que dijera él para hundirla, ella sabía que lo que había dicho era cierto.

Miguel la observó de nuevo y sonrió.

—Aunque eso fuera cierto, *milady*, abandonaréis el barco mañana, y lo haréis sin protestar, tal y como me prometisteis en Cabo Verde. Ya tengo suficientes cosas que ocultarle a Braukings mucho más sencillas que ocultar a dos mujeres. Sin duda, tendré que dar alguna explicación por vuestra desaparición, y todas ellas perderían el sentido si os encontraran a bordo.

—Entonces..., os agrada nuestra presencia —replicó Victoria contenta en su desgracia porque el capitán no lo hubiera negado.

—Victoria, hay cosas que me agradan y no por ello las llevo a bordo. Cuando quiero un paseo por el campo, o el amor de una mujer, bajo a tierra y lo busco, sin que por ello me compre una finca o lleve a una prostituta conmigo. Si quisiera atarme a una mujer, ya me habría casado. Lo que no voy a hacer ahora es atarme a vosotras, teniéndoos en mi tripulación día y noche, porque me haya resultado divertido que me acompañarais en un viaje. Y no se me ocurre atadura ni infierno peor que llevaros a las dos conmigo a bordo.

Aquellas palabras le quitaron a la princesa las ganas de volver a decir nada y dieron por zanjada la conversación. Al menos hasta que Richards entró a recoger los platos del postre que Victoria había comido con desgana, puesto que, en el instante en el que el marinero entró por la puerta, Miguel preguntó cortésmente a la princesa:

—Entonces, ¿habéis entendido sin ofenderos que no puedo casarme con vos?

Victoria saltó de su desgana frunciendo el ceño.

—¿Qué decís? —exclamó—. ¡Yo no he hablado nunca de matrimonio!

Richards se había quedado clavado en el sitio, sin saber si debía retirarle el plato a Victoria o mejor marcharse de allí de inmediato.

—Sois una mujer. Terminaréis sacando el tema —repuso el capitán con su habitual acidez.

Victoria se puso en pie y tiró la servilleta contra la mesa.

—Si lo que buscabais era que me ilusionara la idea de marcharme mañana, lo habéis logrado. ¡No puedo esperar para perderos de vista!

Miguel rio.

—Vamos, Victoria, siéntate. Solo bromeaba.

La rubia lo miraba desafiante, pero no podía ignorar que el capitán le había hablado de tú.

—Solo bromeaba —repitió, y Victoria se apaciguó y volvió a sentarse, permitiendo a Richards terminar su tarea aliviado—. Me sentiría muy honrado —prosiguió el capitán— si mañana lady Braukings y vuesa merced me acompañarais en el desayuno antes de desembarcar.

Victoria sonrió con tristeza. Ella no quería un desayuno, quería quedarse para siempre.

—Seguro que a Inés le parece una excelente idea —musitó, pero ni creía que a Inés fuera a gustarle la idea especialmente ni tenía demasiadas ganas de ese desayuno.

«Ante todo, no llores», se dijo a sí misma cuando Miguel le dio las buenas noches. Y lo cumplió.

Inés estaba en cubierta, bebiendo con Clavos, Dorek, Willie, James, Henry y Fred. Al final el malencarado Dorek había resultado ser uno de los piratas favoritos de Inés. Serio, trabajador y callado, era el único de los piratas que tenía una familia y una mujer a la que respetaba, y eso hacía que Inés lo admirara tanto, sobre todo considerando que su familia estaba en algún pueblo perdido de Escandinavia.

Aquella noche, Henry y Clavos hacían chistes y James tocaba el acordeón, pero hasta la música y las bromas iban teñidas de melancolía. Victoria salió del castillo de popa y caminó hacia su amiga.

—Me voy a acostar —musitó.

A Inés le bastó mirarla un instante, lívida, encogida, para olvidar su deseo de quedarse toda la noche entre los piratas y contestar:

—Voy contigo.

Pasó la frasca de ron de la que apenas había bebido a Clavos y se puso en pie.

—Hasta mañana a todos. Buenas noches, Willie.

Miró a Fred, pero a él fue incapaz de decirle nada. Los ojos del contraamaestre preguntaban «¿Ya te vas? Sabes que no habrá más noches», pero la condesa tomó el codo de su amiga y la condujo al camarote.

Cuando Victoria entró en la cabina se dejó caer sobre la cama y comenzó a repetir:

—Se ha acabado. Inés, se ha acabado.

La condesa echó el pestillo, como había hecho cada noche desde que Richards se lo aconsejó, y se sentó junto a su amiga.

—No se ha acabado nada. Las cosas no han hecho más que empezar. Viajaremos a España, viviremos aventuras..., ¿recuerdas? Y lo más importante: estaremos juntas.

—Pero ya no veré a Miguel cada día. Es posible que no lo vea nunca más.

Inés no necesitaba oír aquellas palabras, porque cada una de ellas ya la había pensado. Así que probó a decirle a la princesa lo que se decía ella misma:

—Tienes dieciséis años, Victoria. Habrá otros Migueles. Además, vamos a España. Si te has enamorado de un español, imagínate lo que será estar rodeada de ellos.

Victoria negó con la cabeza enérgicamente y rompió a llorar.

—No lo entiendes. Yo le quiero. Le quiero.

De pronto la princesa se quedó muy quieta.

—¿Y si volviéramos a Londres, a palacio? Él va a ver a mi madre a menudo.

—Eso no lo estás diciendo en serio, ¿verdad? —le reprochó Inés frunciendo el ceño.

Victoria volvió a negar con la cabeza, esta vez muy despacio, y las lágrimas volvieron a inundar sus ojos tan azules.

—Solo quiero estar con él. No lo entiendes. No lo entiendes. Solo quiero estar con él. Unos días más. Unas horas... No quiero perderlo. No... —el

llanto le impidió seguir.

Entonces Inés dijo:

—Tienes la sensación de que has perdido el tiempo. Desearías por encima de todo que volviera a ser el día en que zarpamos y no dejas de pensar qué cambiarías. Piensas que todo ese tiempo que perdiste estando sin él lo emplearías estando a su lado. Solo estando a su lado, sin que importe lo que hagas o lo que dejes de hacer. Desearías que se parara el tiempo. Desearías que se hundiera el barco para que él no pueda continuar su vida sin ti. Tu cabeza no puede detenerse un instante y buscas la manera de robarle al mundo unos segundos para estar con él. Piensas qué hiciste mal y qué podrías haber hecho para que él te hubiera suplicado que te quedaras... Sí lo entiendo, Victoria, claro que lo entiendo.

La princesa la había escuchado sorprendida, mirándola con atención, y cuando Inés acabó, se abrazó al cuello de su amiga y continuó llorando. Inés prosiguió al tiempo que le acariciaba el pelo.

—Y lo que tú debes entender es que, aunque volvieras hacia atrás en el tiempo, nada cambiaría, porque todo ha sido perfecto. Debes pensar en los buenos momentos y recordarlos así. Y debes dar gracias porque, en algún momento, sabes que él se ha sentido a gusto a tu lado y ha deseado, aunque sea un instante, que el tiempo se parara también. Debes dar gracias porque se nos ha dado la oportunidad de despedirnos de aquellos a quienes hemos amado, la oportunidad de saber cuándo llega el final, no como tantas personas que no tienen la oportunidad nunca de despedirse. Debes dar gracias por haber sentido lo que has sentido. Debes dar gracias porque aún te queda mañana para estar con él, y te quedará toda tu vida para recordarlo.

—Sí, mañana... —sollozó la princesa—. Miguel quiere que desayunemos las dos con él. Todavía queda mañana para despedirnos. Pero déjame llorar, Inés. No trates de consolarme. Si lloro hoy todas mis lágrimas, tal vez logre no hacerlo mañana delante de él.

Aquellas palabras helaron a Inés, y la joven condesa sintió primero un frío que le quemaba el estómago y luego cómo esa quemazón se extendía en forma de ira por todo su cuerpo. Ella había contado con desayunar al día siguiente con sus piratas. Había contado con sentarse junto a Fred. Había contado con poder estar con él unas horas más. Y, de pronto, Miguel se las robaba. ¿Quién era el capitán para impedirle despedirse de Fred? Quiso gritarle a Victoria que no desayunaría con ellos, pero sabía que aquello no tenía sentido; que era lógico que el capitán quisiera desayunar con las dos. Y

sobre todo, sabía que Victoria no estaba en aquellos instantes para reproches, por mucho que a ella se le hubiera roto otro pedacito más de corazón. No. Inés, una vez más, no dijo nada. Siguió abrazando a Victoria y acariciándole el pelo mientras la princesa sollozaba. Oyó a los oficiales entrar en el castillo y cerrar las puertas de sus camarotes y siguió abrazando a Victoria y acariciándole el pelo. Oyó el silencio de la noche, y siguió abrazando a Victoria hasta que la princesa se quedó dormida de tanto llorar. Entonces empezó a hacer el equipaje, a recoger todas las cosas que, en aquellos meses, habían ido desperdigando por el camarote. Se puso el camisón y guardó también en el baúl los pantalones y la camisa que le dejara Fred, y la ristra de cuchillos, y se dio cuenta de que ella también estaba llorando. Se sentó a los pies de la cama, abrazándose las rodillas, y se secó los ojos. Y entonces se puso en pie, se lavó la cara en la escudilla, se quitó el camisón y volvió a vestirse la camisa y los pantalones de Fred, descorrió el cerrojo, salió de la habitación, cruzó el pasillo sin hacer ruido y llamó a la puerta del dormitorio del conmaestre.

Fred abrió la puerta con el ceño fruncido. Vestía unos pantalones negros, muy gastados, que usaba para dormir. Al ver a la condesa se quedó inmóvil observándola. Ella bajó la vista al suelo y no se atrevió a decir nada. Entonces el pirata abrió más la puerta para que la joven pasara y la cerró detrás de ella. La interrogó con la mirada.

—Una última lección —musitó Inés en un hilo de voz—. Es menester que sepa qué hace un pirata cuando tiene miedo, cuando está aterrorizado ante la idea de perder a alguien a quien quiere.

Fred tardó en contestar y, cuando lo hizo, su voz sonó hueca.

—Bebe ron.

El pirata tenía los brazos pegados al cuerpo, sin moverse un ápice.

Inés miró al suelo. El cabello negro le caía lacio a ambos lados del rostro enmarcándosele. A continuación posó la vista en las manos enormes del pirata y alargó los dedos para acariciarlas.

Fred permaneció inmóvil.

—Y... mañana, cuando Victoria y yo desembarquemos —Inés alzó por fin la vista hasta clavarla en los ojos del conmaestre—, ¿solo seré yo quien beba?

Los ojos de Inés brillaban, conteniendo las lágrimas, pero, a un tiempo, había en ellos otro brillo distinto, un brillo de esperanza.

Fred no contestó, y ella se acercó a él. Lo acarició y se abrazó a aquel cuerpo que adoraba. Y él la rodeó con sus brazos morenos y la besó en la frente. Y ella volvió a alzar hasta él su mirada suplicante, y él la besó de nuevo, en la mejilla, junto a la boca, en los labios. E Inés se agarró a él con todas sus fuerzas y vertió las lágrimas que inundaban sus ojos, y que corrieron por su rostro y por su cuello. Y él las besó también, besó cada uno de aquellos fragmentos de mar y los siguió en su caída por el pecho, entre los senos, al tiempo que desvestía a la muchacha y la empujaba hacia la cama, sin dejar de besarle el pecho y el vientre desnudo. Y le quitó el pantalón. Y le besó el pie, el tobillo, la pierna, el interior del muslo. Y después volvió a buscar su boca, y besó sus labios mientras acariciaba la piel recién descubierta. Y ella se sintió sumergida en un mar caliente y oscuro, en una mar tempestuosa. Se sintió un barco a la deriva, sin gobierno, sin tripulación, que flotaba sometido a la fuerza de la tormenta que sentía dentro. Y la fuerza de las olas agitaba su cuerpo y la hacía aferrarse al pirata, clavarle las uñas en la espalda mientras él se clavaba en ella, descubriéndole su propio cuerpo que no conocía, que no había conocido hasta entonces. Y él tuvo que taponarle la boca para ahogar los gemidos, los gemidos de aquella embarcación que se hundía sin querer evitarlo en aquella mar negra de abandono y olvido.

A Inés la despertó el golpear de unos nudillos en la puerta. Abrió los ojos y vio a Fred de pie, apoyado contra la pared, frente a ella, con el puño aún cerrado de haber golpeado la madera.

—Buenos días, preciosa.

A la condesa le costó unos segundos ubicarse en el lugar y la hora en que se hallaba.

—Bien le haría a mi reputación que fueras vista saliendo de mi camarote, mas no lo estimo lo mejor para la tuya.

La realidad, después de una noche de magia, golpeó a Inés con toda su fuerza. La muchacha se incorporó en la cama y sintió, por primera vez, el vacío que había quedado en su cuerpo cuando lo abandonó el pirata. Se levantó, envuelta en la sábana. Tenía las piernas pegajosas, el pelo revuelto, y olía a sexo. Entonces se sintió sucia.

Comenzó a vestirse, con los recuerdos de la noche anterior batiéndole en las sienes. Pero ninguno de aquellos recuerdos le parecía hermoso a la luz vaga del amanecer. Hasta que se enfundó en los pantalones, se sintió más

desnuda que nunca, y tuvo miedo, y frío. Se vistió de prisa la camisa de hilo, sin atreverse a mirar al contramaestre una sola vez. «Inés, lo que le has dado a ese marinero no está en tu mano darlo más que una vez. Ya no podrás recuperarlo nunca», le reprocharía Victoria. Y tendría razón. ¿En qué momento de locura había cambiado el platonismo de aquel amor perfecto por una vulgar noche de pasión? ¿En qué momento había decidido convertirse en una más para el pirata?

Quiso llorar. Se sentía tan sola, tan sola...

Se acercó a la puerta girándose un poco para no rozarse con el pirata, que seguía apoyado contra la pared, los brazos cruzados. Apoyó la mano en el pomo.

—Inés... —la llamó el pirata.

Ella se detuvo.

—El capitán Miguel quiere que desayunemos con él. No podré hacerlo con vosotros —murmuró con la vista en el suelo, sin mirar al pirata, sin poder mirarlo.

—Inés —repitió él, y esta vez se acercó hasta ella y la giró muy despacio. Le tomó el rostro entre sus manos morenas, le alzó la cara y la besó.

Aquel beso bastó para devolverle a la joven todos los «otros» recuerdos de aquella noche, toda la ternura, todo el amor, todo el cariño depositado en cada caricia, el deseo de su cuerpo que hacía tiempo pertenecía al pirata, como le pertenecían su alma y toda su persona. Y no pudo contener las lágrimas un segundo más. No quería perderlo. No podía.

Fred la miraba sosteniéndole el rostro. Ella trató de enjugarse las lágrimas, pero estas ya se habían escurrido entre los dedos del pirata.

—Lo sé, no me lo digas —se apresuró a decir la joven—. Los piratas no lloran.

Él la besó otra vez, un beso leve.

—No hay pirata que no quisiera ser como tú. Eres la persona más valiente que he conocido nunca, preciosa. Y la más perfecta.

Él apoyó su cabeza contra la de ella y cerró los ojos un instante. Luego se separó, le besó la frente y añadió:

—Gracias. Gracias por darme los recuerdos más felices que nadie pueda guardar.

Inés sonrió con tristeza, si bien todo aquel vacío que había sentido al despertarse ahora era dicha. Se apartó del pirata y le tendió una mano.

—Debo irme. Ha sido el mayor de los placeres navegar con vos, contra maestre Frederick Stowe.

El pirata le agarró la mano y tiró de ella hasta que la joven chocó contra su pecho. Entonces la abrazó muy fuerte, muy fuerte, tanto que la muchacha pensó que la asfixiaría, besándola en el pelo, meciéndola de un lado a otro.

—Adiós, preciosa. Adiós —dijo él.

La apartó un instante, le dio un fugaz beso en la mejilla y casi la empujó fuera diciéndole:

—No me olvides del todo, preciosa.

—No sabría —contestó ella. Le sonrió, y se apresuró hacia su camarote.

Victoria la esperaba con el ceño fruncido y visiblemente preocupada.

—¿Puede saberse dónde has estado?

Inés no contestó. Cerró la puerta y comenzó a desvestirse, las lágrimas aún mojándole el rostro.

—Has estado con Stowe, ¿no es cierto? ¡Has pasado la noche con él!

Inés dobló la ropa y la colocó sobre el baúl, sin saber qué contestar. Sí, claro que había pasado la noche con él.

Victoria suspiró.

—Inés, Inés... ¿Qué es lo que has hecho? ¡No vas a volver a verlo! Y cuando haya otro..., ¿cómo vas a...?

La condesa le volvió la espalda a su amiga para que le apretara el corsé en el que acababa de meterse y replicó:

—Victoria, le quiero.

La princesa tiró de los cordones con todas sus fuerzas.

—¿Y te parece eso bastante para lo que acabas de hacer?

Aunque Victoria no hubiera terminado de atarla, Inés no pudo evitar volverse a mirarla con el ceño fruncido.

—¿Y tú me preguntas eso? Jamás me lo habría esperado de ti. Sí de cualquier otra persona, pero no de ti. Creí que para ti el querer a alguien lo justificaba todo. Pues bien, deja que conteste a tu pregunta: No sé si quererle es suficiente, pero sí que lo es el que él, a su manera, también me quiera a mí. Y eso no es algo que puedan decir todas las mujeres de este camarote.

Las últimas palabras, casi escupidas por Inés, hicieron palidecer a Victoria. La condesa se apresuró a pedirle disculpas y a explicar que no quería decir eso, que estaba convencida de que Miguel tenía a Victoria en gran estima, y que ella no era capaz de pensar en nadie que, conociendo a la

joven princesa, no la quisiera en el acto. Pero fue tarde. La princesita se sentó en el lecho y murmuró:

—Tienes razón, Inés. ¿A quién pretendo engañar? Acaso tengo envidia de que a ti sí te corresponda aquel a quien amas y a mí no. O tal vez sean celos, y miedo de que Stowe se vuelva más importante para ti de lo que lo soy yo. —Victoria alzó la vista hacia su amiga—. Inés, solo te tengo a ti, si tú me faltaras...

Pero la condesa no le permitió terminar. Se apresuró a sentarse al lado de Victoria y a abrazarla.

—Victoria, nada me va a separar de ti. Dentro de unas horas desembarcaremos en un lugar desconocido para empezar una nueva aventura juntas, tú y yo, una vez más. Y verás cómo todo resulta perfecto.

Y las dos se unieron en un abrazo, aun cuando en aquel momento ninguna creía que pudieran encontrar la dicha fuera de allí.

Miguel las esperaba en el comedor, sirviendo el té en tres tazas. Las saludó con una sonrisa y las invitó a sentarse. Sobre la mesa humeaban las tostadas recién hechas, los bizcochos, las pastas, los huevos revueltos, el beicon, las salchichas, y daban la nota de color las diversas mermeladas de frutas. Por un instante Inés se preguntó si el desayunar todos los días en el comedor de la tripulación no había sido un precio demasiado alto para aprender a arriar velas y lanzar cuchillos, pero la imagen de Fred sosteniéndola con fuerza disipó la duda al instante. Se sentó, dejó que el capitán la ayudara a arrimar la silla en el único gesto de señorita que mantuvo en aquel desayuno, y después se abalanzó sobre las tostadas. Victoria mantuvo con más facilidad su buena educación, tal vez porque estaba más acostumbrada a aquellos opíparos desayunos, tal vez porque la idea de la despedida le cerraba el estómago y le arrancaba el hambre. Llevaba en la mano la espada toledana que le prestara Miguel y se la tendió para devolvérsela. Miguel la dejó sobre la estantería y después arrimó la silla de la princesa. El capitán, solícito como nunca, le sirvió una nube de leche en el té.

—¿Leche? —le preguntó el capitán a Inés.

La joven meneó la cabeza. Tomaba el té solo con limón, pero ¿hacía cuánto que no tomaba té? Mordió la tostada, untada ya de mantequilla y mermelada de arándanos y, a pesar del sabor tan dulce, pensó que gustosa cambiaría aquel manjar por su bizcocho de pan duro con manteca rancia y la compañía de Fred. Podía prescindir del té, eso sin duda.

—Disculpad que el señor Richards no esté aquí para servirnos el desayuno. Está en tierra, ocupándose de vuestro transporte y alojamiento.

Un golpeteo suave sonó en la puerta, y el capitán invitó a pasar a quien resultó ser un niño de unos ocho años.

—Buenos días, Josh. Cuéntanos qué ha ocurrido en Inglaterra mientras nosotros hemos estado fuera.

Y, tras decir esto, el capitán se sentó también a desayunar y a escuchar las noticias que el zagal, por un par de monedas de cobre, venía a contarles con su voz de cantor de coro. Los tres escucharon con interés, sin otra interrupción que la que hizo el capitán cuando el muchacho habló de los últimos ataques de Juana la Negra y de las protestas de los comerciantes ingleses hacia Su Majestad por aquella espinosa cuestión.

—De modo que siguen sin ser seguras las costas irlandesas, ¿eh? Muchacho, aquí tienes el ejemplo de dos mujeres que, de haber nacido en otras circunstancias, no serían menos peligrosas que esa Juana la Negra. Llevan pólvora en la sangre.

Inés sonrió. Le gustaba aquello. «Pólvora en la sangre», «gunpowder in the blood». Victoria no tenía muy claro si era un cumplido o un insulto, pero también sonrió.

El zagal resumió sus noticias, recibió su propina y abandonó la sala. Entonces el capitán se reclinó en su silla a observar a sus pasajeras. Victoria retorció las manos, nerviosa. Apenas había desayunado otra cosa que el té. Inés se servía su quinta tostada. El hecho de que Miguel las observara no le impidió untarla con una generosa capa de mantequilla y comenzar con la mermelada de frambuesas. La de arándanos se había acabado ya. No fue hasta que le dio el primer mordisco cuando el capitán volvió a hablar.

—Mis señoras, llega el momento de despedirnos y de que este navío pueda seguir desempeñando la función que por vuestra seguridad no ha podido desempeñar.

Inés levantó una ceja escéptica. Victoria asentía sin mirar.

—Pero antes de que desembarquéis —continuó el capitán— creo conveniente aclarar los términos en que queda nuestra relación. En cuanto toméis tierra, *El Miguel* partirá para su acostumbrado lugar de avituallamiento y de nuevo hacia el sur, a encontrarse con lo que Brace haya querido preparar. Vuestas mercedes tomarán un coche que las lleve hasta Berwick. Allí el señor Richards os habrá buscado una posada tranquila y relativamente segura para dos doncellas que viajan solas, donde podréis

alojaros hasta que zarpe el primer barco a España. El señor Richards también se habrá ocupado de adquirir los pasajes. Así no tendréis que ser vistas comprando el modo de salir de Inglaterra. En cuanto al coste de los pasajes, dejadlo de mi cuenta. Estáis invitadas.

Victoria musitó unas palabras de agradecimiento. Inés se mantuvo en silencio, observando al capitán español.

—De este modo confío en que estéis de acuerdo con que he cumplido mi parte del trato. Ahora les corresponde a vuestras mercedes cumplir su parte y guardar el silencio acordado.

—¡No hablaremos! —exclamó Victoria molesta porque a esas alturas se dudara de su lealtad.

Miguel miró a Inés, interrogándola con la mirada.

—Victoria ya os ha dado la respuesta que esperabais. Por mi parte podéis estar tranquilo. No tengo ningún interés en cruzarme con ningún oficial de Su Majestad para informarle.

Llamaron a la puerta y sin esperar respuesta la entreabrieron y Richards apareció e hizo un gesto con la cabeza al capitán.

—En ese caso, mis señoras, aquí nos despedimos. Os deseo una vida próspera en España. ¿Quién sabe? Acaso, con vuestro talento, podáis ir a la Universidad.

—¿A la Universidad? —preguntó Inés incrédula.

Miguel sonrió.

—España no es Inglaterra. Ahí tenéis los ejemplos de Beatriz Galindo o de Lucía Medrano, profesora en la Universidad de Salamanca. A dos mujeres como vuestras mercedes, por fuerza les ha de gustar España.

Inés se quedó pensando en aquello. Victoria solo le dio importancia a la parte en la que Miguel la creía capaz de algo así.

—Señor Richards —dijo el pirata a su fiel marinero—, avisad a la tripulación de que las doncellas se disponen a abandonar *El Miguel*; mas advertirla de que quiero la mayor discreción posible. Que no hagan una fiesta de despedida en cubierta. Y ordenad subir el equipaje de las damas.

Inés y Victoria se volvieron hacia la puerta.

—Esperad, *milady* —dijo Miguel. Las dos jóvenes se volvieron hacia él, pero el capitán se refería a Victoria. Tenía la espada toledana de nuevo en las manos—. Guardadla en vuestro equipaje. Es un pequeño obsequio para que recordéis este viaje.

La princesa sonrió ante el regalo. Si no fuera por la desolación que la abatía, habría dado saltitos de alegría. Le dio las gracias al capitán y salieron a cubierta.

Y allí estaban todos cuando Inés y Victoria salieron. Todos, absolutamente todos, pese a la advertencia de Miguel. James, el enorme vigía, Clavos, el carpintero, el joven Willie, el viejo Henry, Baker, Clarks, *Parbleu*, el cocinero francés, por supuesto João, el segundo de a bordo..., hasta Gray salió de la santabárbara para ver desembarcar a las dos muchachas. El único que no estaba en cubierta era el malencarado Dorek, que esperaba en el bote que las conduciría a tierra.

Cuando Inés vio a todos aquellos hombres allí por ellas, tuvo que hacer los mayores esfuerzos para que las lágrimas no se vertieran de sus ojos. Comenzó a abrazar a algunos de los marineros: Clavos, Henry y Willie, y Victoria se despidió ceremoniosamente del señor Ferreira do Santos y, tras unos momentos de lucha interna, se acercó a Fred, para ella señor Stowe, y le tendió la mano. El contramaestre se la besó educadamente y ambos se sonrieron. Antes de subirse en el bote, Victoria le tendió la mano a Miguel, que imprimió los labios sobre ella con su cortesía acostumbrada.

—Ha sido un inusitado placer, lady Dudley —dijo él.

Ella sonrió con tristeza.

—También para mí.

Inés estaba ante Fred. Sin atreverse a mirarlo lo abrazó, como había hecho con los otros, y el pirata le palmeó amistosamente la espalda. Ella le liberó del abrazo y caminó hasta la escala que descendía al bote. Inclino la cabeza como despedida al capitán, y estaba a punto de abandonar *El Miguel* cuando, en un impulso, se volvió de nuevo hacia el contramaestre, dio las cuatro zancadas que la separaban de él y colgándose de su cuello lo besó en los labios apasionadamente. Él apenas se atrevió a cerrar los brazos alrededor de su cintura. Pero la tripulación estalló en el mayor de los bullicios y aquello dio al contramaestre la confianza suficiente como para estrecharla un poco más y devolverle el beso. Entonces ella lo soltó y sintiéndose más ligera que nunca corrió al bote donde la esperaban Dorek, Richards y Victoria, sin pararse a ver cómo Miguel miraba a su contramaestre con severidad y cómo Fred no alzaba sus ojos negros para no toparse con la mirada del capitán, pero sonreía con la vista en el suelo, sonreía feliz.

Era el ocho de julio. Aquel día Inés cumplía diecisiete años.

## CAPÍTULO V

La mañana era fresca y el aire del mar entraba en el pequeño puerto llevándose el olor sucio del pueblo. El muelle estaba tranquilo. Entre Dorek y Richards descargaron el baúl, y una vez la joven condesa se hubo despedido del pirata escandinavo, Richards les indicó a las muchachas que iría a buscar un coche que las llevara a Berwick y que lo esperaran allí. Inés se sentó sobre el baúl, desolada por la despedida, pero, a un tiempo y de forma muy suave, vibraba en su interior una leve excitación ante la idea de volver a empezar, de la vida nueva que se abría ante ellas. Victoria observaba las casas que daban hacia el puerto: una oficinucha vieja que representaba la autoridad, una tienda de redes e instrumentos de pesca, una taberna sin nombre ni rótulo ninguno y con aspecto de estar cerrada y otra con un cartel que rezaba «Comida caliente a cualquier hora». La princesa se acercó a esta última. La puerta estaba cerrada y apenas se oía ruido dentro. Regresó hasta su amiga e hizo un gesto con la barbilla señalando la tasca.

—Parece tranquilo. Esperemos dentro.

Inés se puso en pie y tiró del baúl. Entre las dos lo movieron. Victoria abrió la puerta y lo empujaron dentro. El interior estaba oscuro, apenas iluminado con algunas velas. Había seis mesas bajas, casi todas con gente que hablaba en voz queda, y un mostrador al fondo detrás del cual un hombre con un delantal blanco secaba unas jarras recién lavadas. Tras él se apilaban cubas de vino, barricas de cerveza, garrafas de ron en cestos de mimbre... Allí olía a cerveza, a salitre, a sudor, y flotaba un suave perfume a mujer. Las causantes de aquel perfume eran dos camareras que se afanaban en atender las mesas. Una de las dos era alta, tenía una cascada de pelo rizado color caoba, nariz árabe y unos intensos ojos verde oliva. Se movía deprisa, con ademanes seguros y resueltos, colocando jarras llenas sobre las mesas, recogiendo jarras vacías, sin un gesto, una mueca, una sonrisa. Su cuerpo no aparentaba mucho más de dieciocho años. Su mirada, no menos de treinta. La otra muchacha era más menuda y se movía con más torpeza, si bien se

contoneaba de un modo mucho más femenino. Era rubia, no tenía más de dieciséis años, y tenía rostro de ángel.

Los clientes, el dueño y las camareras posaron un instante la vista en las dos jóvenes que acababan de entrar, pero pronto siguieron con sus menesteres sin darles importancia. Victoria hizo un gesto afirmativo ante el sitio. Se dispuso a quitarse su manto y colgarlo de una de las perchas que había a la izquierda de la entrada, pero Inés se lo impidió agarrándola del codo.

—Sentémonos —dijo señalando con la barbilla una mesa vacía. La princesa obedeció y se sentaron a la derecha de la puerta de entrada—. Será mejor que no vean tu vestido.

Victoria llevaba el vestido color beis con la gorguera y el escote bordados de perlas. Inés había optado de nuevo por el vestido negro de luto que se puso la tarde que huyó de casa, si bien, a modo de cinturón, llevaba la banda oscura con los cuatro cuchillos que le regaló Fred. Las dos iban cubiertas con sendas capas.

—Parece un lugar tranquilo —comentó Victoria.

Inés asintió.

—Sí, pero no podemos saberlo, y ya no estamos en Londres.

La camarera alta se les acercó y puso los brazos en jarras. Esa fue toda su pregunta.

—Tomaremos... —comenzó a decir Inés.

—Yo un té, por favor.

—Yo tomaré un vaso de ron.

La camarera las estudió con aquellos ojos verdes que parecían haberlo visto todo ya.

—Veré qué puede hacerse con el té —contestó. Su voz era ronca, como la de alguien que ha tenido que hablar mucho y ha bebido ron para aclararse la garganta—. Y ron no hay. Tendrá que ser *whisky*.

Inés asintió. La camarera se dio la vuelta y se dirigió al mostrador. Cruzó algunas palabras con el dueño y este dejó de secar las jarras recién lavadas y salió por la puerta que comunicaba con las habitaciones. La mujer cargó una bandeja de jarras llenas y reanudó su trabajo.

—¿Crees que tendrán té?

—Es posible —contestó Inés sin mirar. Su vista andaba fija en la camarera menuda. Al pasar junto a una de las mesas en la que había dos hombres jóvenes comiendo, uno de ellos la había tomado de la muñeca y en

aquel instante la muchachita trataba de zafarse, pero no lo conseguía. El hombre dio un tirón y la rubia cayó sentada sobre sus rodillas.

Victoria, al ver el desinterés de su amiga, le siguió la vista hasta la mesa en que la camarera forcejeaba con el cliente. El hombre la apretaba contra él con un solo brazo, haciendo alarde de su fuerza. La tenía apresada, agarrándola de un pecho, mientras la joven trataba de empujar aquel brazo de acero para poder salir. Con la mano izquierda el joven cogió un trozo de carne y trató de metérselo a la camarera en la boca. La muchachita se resistió y el hombre soltó una carcajada, tiró el pedazo de carne sobre el plato, dejó la mano izquierda sobre la mesa y siguió manoseándole el pecho a la camarera.

La otra camarera, la de los ojos verdes, pasó a su lado con dos jarras vacías en las manos. Le bastó solo un instante para analizar la escena. Dejó las jarras sobre la mesa de aquellos hombres y, con una calma sorprendente, sin decir nada, cogió el cuchillo que había usado el hombre para partir la carne y se lo clavó en la mano izquierda, atravesándosela y dejándosela clavada en la mesa junto al plato. El hombre lanzó una imprecación, soltó de inmediato a la rubita, que corrió a esconderse tras el mostrador, y se arrancó el cuchillo de la mano con una mueca de dolor.

—Así aprenderás a tener las manos quietas —sentenció la mujer con su voz ronca.

Los ojos del hombre chispearon. Se puso en pie, tomó el cuchillo y le tiró un tajo. La mujer lo esquivó sin dificultad. En la taberna, los escasos clientes empezaron a prestar más atención a lo que ocurría en aquel rincón. De nuevo el hombre tiró otro tajo. La joven saltó hacia atrás y el cuchillo solo cortó el aire. La ira del hombre iba en aumento.

—¡Dale su merecido, Clyde! —animó su amigo, aquel con el que había estado sentado a la mesa.

Clyde jadeaba por la rabia. La mujer comenzó a alejarse de él hacia la puerta de entrada, caminando de espaldas, sin perderlo de vista un momento. Él se acercaba a ella. Otro tajo, lanzándose esta vez contra la camarera con todo su cuerpo. Ella se retiró de nuevo y se protegió colocando una silla entre los dos. El hombre la apartó de un empujón y ella reuló cuatro pasos más quedando fuera del alcance del hombre. Clyde, furioso como un toro, le lanzó el cuchillo, pero aquello no era lo suyo. La mujer vio sin moverse cómo el arma pasaba a más de un palmo de ella y chocaba sin fuerza contra la pared. Aquello enfureció aún más a Clyde que, sin mayores remilgos, optó por desenvainar la espada que llevaba al cinto.

—¡Ahora vas a ver, malnacida!

Ella retrocedió un último paso hasta que su espalda tocó las ropas que colgaban de las perchas de la pared.

—¡Redime tu culpa con esa herida y no tienes más tu suerte! — masculló la mujer mientras su mano derecha se hundía bajo los pliegues de uno de los mantos. Pero el hombre había llegado a un punto en el que no podía retroceder, y se abalanzó sobre ella.

El dueño, que regresaba con el té de Victoria, solo tuvo tiempo de gritar un «¡No, insensato!», que no le valió a Clyde. Un instante después, el bravucón estaba de rodillas, las manos en el cuello tratando de contener inútilmente el surtidor de sangre que encharcaba el suelo. Y la mujer, de pie frente a él, con la misma mirada, el mismo rictus en los labios, y en la mano derecha, desenvainada, un arma que ni Inés ni Victoria habían visto antes; un arma de hoja ancha y plana, en forma de media luna, finísima, ligera, y manchada de sangre. El dueño soltó la taza de té sobre el mostrador y apoyó la frente en su mano derecha. Victoria miraba sorprendida lo rápido que pierde la vida un hombre degollado. El amigo de Clyde tardó en reaccionar el tiempo que Clyde tardó en morir desangrado. Entonces desenvainó un pistolón, lo amartilló y apuntó a la mujer.

—¡Bruja infiel! ¡Te vas a reunir con el demonio!

Victoria se puso en pie dispuesta a intervenir, e Inés, que la vio, la sujetó contra la silla.

El hombre no llegó a disparar; un cuchillo cruzó el aire, le cortó un trozo de oreja y se clavó en la pared detrás de él. Él se llevó la mano a la herida, y buscó entre la gente al autor. Inés le ayudó.

—He sido yo —dijo con la voz temblándole—. Y la próxima vez no seré tan caritativa. Deja el arma sobre la mesa y llévate a ese de aquí. Ella ha ganado limpiamente.

El hombre dudó, temblando también de rabia. Miró a Inés, en pie, con la banda negra de su cintura repleta de cuchillos y el siguiente puñal ya listo en la mano. Miró un instante a la camarera. Miró a su amigo, muerto. Miró su trozo de oreja en el suelo. Y obedeció: dejó el arma sobre la mesa, recogió sus despojos, caminó hasta su amigo y lo arrastró fuera o, más correctamente, se arrastró fuera con él. Entonces, solo entonces, Inés se dejó caer sobre la silla y su cuerpo comenzó a temblar como una hoja. Victoria la miraba sin decir nada.

La camarera volvió a enfundar el alfanje en el tahalí que colgaba de una de las perchas, bajo su manto negro, y se dirigió a la mesa de aquellos hombres. Recogió las dos jarras vacías que había dejado allí y los platos con la comida que nunca llegaron a terminar y los llevó al mostrador.

—No, Shatidje. Tú has terminado aquí —le dijo el dueño con marcado acento escocés—. Te lo advertí. No voy a permitir que mis camareras maten a mis clientes.

Ella se mantuvo en silencio unos instantes. Después dijo:

—Descuéntame de mi paga una taza de té y dos vasos de *whisky*.

Y cogió el té de Victoria, dos vasos y una garrafa de *whisky*, caminó hasta la pared en la que estaba clavado el cuchillo de Inés, lo cogió también, y con todo fue hasta la mesa en la que estaban las dos jóvenes.

—¿Puedo invitaros? —dijo devolviéndole a Inés su arma.

Inés, aún pálida, la tomó, inclinó la cabeza y le señaló una silla vacía.

—Me has salvado la vida.

—De... de no haberlo hecho yo, te habrías defendido sola. Sabes hacerlo —dijo Inés mientras la mujer se sentaba. El hablar le devolvía el ánimo—. Mi nombre es Inés. Ella es Victoria Dudley.

La camarera miró a Victoria, pero la joven había perdido el interés en lo que ocurría y estaba inmersa en sacar un pelo de su taza de té. Y además, no le habían puesto leche.

—Y yo Shatidje. Puedes llamarme Sha. Solo mis amigos lo hacen.

Inés sonrió. Sha.

—Nunca antes oí ese nombre.

—Es turco.

—¿Tu arma también?

La mujer sonrió por primera vez y la edad de sus ojos coincidió con la del resto de su persona. Diecinueve años a lo sumo.

—Es un alfanje. También es turca. Como yo —respondió con su voz ronca.

Shatidje cogió los vasos y sirvió *whisky* para Inés y para ella.

—Y decidme —preguntó la turca—, ¿qué tal la travesía en *El Miguel*?

Victoria olvidó de inmediato el pelo y alzó la vista a la mujer. Inés, que estaba dándole un trago al *whisky*, se atragantó y comenzó a toser.

—¿Cómo...? —comenzó a preguntar la princesa.

—Esta mañana la he visto entrar en la ensenada, y vuestra amiga lleva el sello de Frederick Stowe en su modo de lanzar cuchillos. ¿Me equivoco?

El recuerdo de Fred le dio una punzada en el estómago a Inés, que sonrió tratando de no mostrar el torbellino de sensaciones que le provocaba la mera alusión al pirata. Aquella mujer conocía a Fred. ¿Cuánto lo conocería? Inés la estudió. No era hermosa en el sentido clásico, pero aquellos ojos verdes y sus rasgos, duros y exóticos a un tiempo, la hacían atractiva.

—No creo que te equivoques con frecuencia, Shatidje —respondió la princesa, demostrando que a pesar del pelo había prestado atención a la conversación—. El capitán Saavedra... digamos que nos «acogió» en su barco y nos instruyó, pues es nuestra intención comprar un barco, contratar una tripulación y echarnos a la mar.

Las palabras de Victoria tomaron a Inés por sorpresa, arrancándola de sus elucubraciones.

—¿Un barco? —preguntó Shatidje—. ¿Y qué tipo de barco buscáis? ¿Vais a dedicaros al comercio?

Victoria dio un trago largo a su té y después, feliz por haber recuperado el protagonismo en la conversación, contestó:

—Voy a fletar un barco pirata.

Se hizo un silencio prolongado que Victoria disfrutó en toda su intensidad. Inés la observaba atónita.

—¿Y quién lo capitaneará? —preguntó por fin la turca.

—Lo haré yo.

Otro silencio, otro trago de té.

—Saavedra ha debido de instruiros bien.

Victoria sonrió con orgullo, sin creer necesario contestar.

—¿También en la piratería? —preguntó Shatidje.

Esta vez fue Victoria quien quedó sorprendida y atrapada por la pregunta. Pero la mujer no la incomodó demasiado tiempo. Antes de que la joven quemara su cabeza buscando la respuesta oportuna, Shatidje añadió:

—Necesitaréis una tripulación.

—¿Conocéis a alguien? —preguntó Victoria.

—Es posible.

Inés no cabía en sí de asombro. Más de una vez durante esa corta conversación pensó que la turca se echaría a reír ante las aseveraciones de Victoria, y que entonces la princesa se ofendería y se montaría allí una trifulca terrible. Pero, en su lugar, la turca se ofrecía a buscarles tripulación. La estudió de nuevo, tratando de penetrar más allá de sus ojos verdes. Ella se percató de cómo la miraba y añadió.

—Después de todo, no tengo nada mejor que hacer. Estoy sin trabajo.

Se abrió la puerta y apareció en el umbral Richards, el camarero de *El Miguel*, que paseó la vista por entre las mesas con gesto de preocupación. No tardó en descubrir a las tres mujeres, y su rostro pasó de la preocupación a la sorpresa cuando sus ojos se clavaron en la turca.

—Richards —dijo la mujer inclinando la cabeza en un saludo.

—Shatidje, ¿qué...? —balbuceó él.

Victoria se puso en pie y retomó las riendas de la conversación:

—Señor Richards, si sois tan amable de decirle a la dama el nombre del hostel donde nos habremos de hospedar en Berwick...

Él dijo algo que podía sonar como La Estrella de Mar, aunque también podía haber dicho La hermana —Seastar o Sister—, y Victoria se volvió a Shatidje.

—¿Lo conocéis?

La turca asintió.

—Allí nos encontraréis, pues. Confío en que mantengáis lo acordado y en vuestra discreción.

La turca asintió de nuevo, inclinando la cabeza una vez más y, después de que Inés intercambiara una sonrisa con ella, las dos muchachas y Richards abandonaron la taberna.

Un coche de un caballo los esperaba fuera y el cochero se apresuró a ayudar a Richards a cargar el equipaje. Mientras lo hacían, el pirata, girándose hacia las jóvenes y esforzándose porque su voz pareciera indiferente, preguntó:

—¿Acaso conocíais a esa mujer?

Victoria estudió un instante al camarero de *El Miguel* y repuso resuelta:

—Vos sí. ¿De qué?

Richards se quedó en silencio, visiblemente incómodo. Pero, si bien Victoria podía permitirse no responderle a él, él no estaba en la misma situación.

—Ella..., bueno..., no es ninguna dama... Es... es solo la hija de Henry —balbuceó a modo de respuesta.

La hija de Henry, del viejo Henry. Para Victoria aquella respuesta solo decía eso, pero para Inés, que conocía la historia del pirata y la ramera turca, decía mucho más. Que fuera la hija de Henry lo explicaba todo.

—¿Y es de fiar? —preguntó la princesa, consciente del aprieto en el que la pregunta colocaba al pirata que, ya una vez, por su desconfianza, había

puesto a Lady Dudley en una situación ridícula.

El pirata titubeó. Estaba claro que se arrepentía de haber preguntado primero. Dijo un par de cosas ininteligibles y por fin, como si le doliera admitir algo así de nadie, contestó:

—Sí. Tiene el sentimiento de lealtad de su viejo padre.

A Victoria la respuesta le satisfizo. Se subió al coche, Inés con ella. Richards se despidió de las muchachas, le dio las órdenes pertinentes al cochero, este hizo restallar su fusta, y las dos jóvenes se alejaron de allí.

En el trayecto hacia Berwick, en la frontera entre Inglaterra y Escocia, las dos muchachas permanecían sumidas en el silencio. Victoria era consciente de que Inés estaba molesta y de que, de decir cualquier nonada, estallaría una tempestad dentro de aquel coche. En el caso de la condesa, su humor le impedía en aquel instante abrir la boca sin una provocación, una provocación a la que estaba esperando. Pero su amiga la conocía demasiado bien como para darle ninguna excusa, y mantenía la vista en el paisaje inglés, tan conocido y tan extrañado durante los últimos meses.

Llovía, como si la lluvia quisiera recibirlas, obligándolas a recordar que estaban de nuevo en la vieja Inglaterra, y los campos estaban en silencio, sin otro ruido que el de las gotas de agua golpeando la tierra. Transcurrida cerca de media hora, cuando ya se divisaba a lo lejos una ciudad que sin duda era Berwick, se cruzaron con un pelotón de guardias de Su Majestad al galope. Victoria los observó pasar con curiosidad y al ver al joven que lideraba la expedición no pudo evitar exclamar:

—¡Pardiez! ¡A fe mía que ese oficial se asemejaba a Robert!

Inés ignoró las palabras de su amiga y, consciente de que no le daría una frase mejor para hablar, le espetó:

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—¿Cuándo? —repitió Victoria inventando un gesto de no entender—. ¡Acaba de pasar! ¿No lo has visto? Hace tan solo un instante.

Inés frunció el ceño y replicó con dureza.

—Sabes bien a qué me refiero.

Victoria suspiró.

—Es a lo de ser piratas, ¿no es cierto?

La mirada inquisidora de Inés fue suficiente respuesta.

—¿No te resulta una idea fabulosa? Ser piratas, ¡piratas! Vivir el resto de nuestra vida como estas últimas semanas, cruzar el mar, recorrer el mundo, dormirnos con el arrullo de las olas y despertarnos cada día en un lugar diferente y sin saber qué nos deparará el destino, no tener a nadie a quien dar explicaciones...

—Has perdido el juicio —interrumpió la futura condesa de Frieson—. No tienes la menor idea de cómo pilotar una nave. ¿Te crees que por haber leído dos o tres libros o porque Miguel te haya permitido llevar el timón un par de veces ya eres capitán?

—No digo que pueda pilotar un barco como lo hace él, pero...

—¡No hablo de pilotarlo como él!, ¡diantre! ¡Hablo de sacarlo de la primera ensenada! ¿Crees haber aprendido qué hacer con las velas si de pronto te encuentras ante un vendaval? ¿Crees siquiera haberte visto en una tormenta en medio del mar, a millas de la costa?

El carruaje traqueteaba por el camino, meneando a las dos muchachas dentro.

—Nos rodearemos de una buena tripulación que conozca todo sobre barcos. Apuesto a que Miguel, sin Henry, no habría sido capaz de hacer lo que dices cuando empezó. Pero tuvo ayuda en su tripulación y en sus amigos. Además, iremos aprendiendo poco a poco. Nadie ha hablado de cruzar el Atlántico mañana. Nos quedaremos por estas costas. Y no en un navío de tres palos, ¡claro que no!, uno más pequeño, un par de palos tal vez...

—¡Y aunque fuera de uno solo! —estalló la condesa—. Los barcos cuestan dinero. Dinero que íbamos a utilizar para vivir el resto de nuestras vidas del modo que tú tan bien supiste contarme, en España, lejos de todo y en paz. Dinero que íbamos a utilizar para vivir de ese modo por el cual decidimos marcharnos.

Victoria frunció el ceño.

—¡Por Dios, Inés! No me digas que tú te imaginas toda tu vida encerrada en una *fazenda* en Andalucía. ¿Hemos huido de palacio para encerrarnos de nuevo?

Inés apretó los dientes.

—Sí, para eso fue para lo que huimos, te recuerdo. Y las casas de campo andaluzas no se llaman «fazendas», se llaman «cortijos». Las «fazendas» están en Portugal.

—Oh, Inés... —suspiró Victoria apenas conteniendo la ilusión que la desbordaba—. Pero todo eso fue antes de conocer a Miguel y a Frederick

Stowe —dijo con intención—. Antes de conocer unos piratas de verdad y de descubrir sus vidas. ¡No! —se corrigió la princesa—, antes de que ellos confiaran en nosotras y nos mostraran sus vidas. Antes de aprender a pilotar un barco, a desplegar y plegar velas, a leer cartas, a defendernos, a sentir el viento en nuestros rostros y la libertad en nuestras almas... ¿De veras no quieres ser pirata? No te creo —añadió con desdén.

—Olvidas que ser pirata también implica matar personas.

—No, no lo olvido. Pero porque Miguel sea un sanguinario o tenga fama de tal, nosotras no tenemos que serlo. Podemos ser más duras o más blandas, a nuestro antojo. Y sí sé que tendremos que matar a gente. Pero al verte hoy en la taberna —señaló hacia atrás— pensé que estarías preparada para eso. Fue entonces cuando me decidí.

—Cuando te decidiste, ¿eh? Pues deja que te diga algo. Cuando he lanzado el cuchillo en la taberna ha sido porque he pensado que, de no hacerlo, harías tú algo peor. Y además he fallado. ¡Sólo quería asustarle y le he cortado la maldita oreja! ¡Podría haberlo matado! —estalló Inés dejando salir toda la rabia que había acumulado en los últimos días.

Victoria abrió mucho los ojos, sorprendida, pero no se atrevió a interrumpir.

—Cuando te decidiste —repetía su amiga en tono burlón, imitando la voz cantarina de Victoria—. ¿Y cuándo me preguntaste a mí? Porque has decidido por las dos. Me marché de casa, dejé mi vida para seguirte. Y creí que estábamos unidas en esto, que me necesitabas a tu lado, como no te has cansado de decirme. Pero, no, ahora tú tomas las decisiones. Es más, decides sobre mi vida —añadió recalcando mucho el «mi»—, puesto que si compramos un barco no quedará dinero para que yo pueda vivir el resto de mis días en paz en ese cortijo del que hablas, y no me quedará otra opción que hacerme pirata o algo peor. Y no solo decides sobre lo que haré en mi vida, no solo lo haces, sino que se entera esa mujer que acabas de conocer en una taberna antes que yo.

Llegado a este punto de la conversación, el rostro de Victoria se encendió con una sonrisa de ternura. Cuando la joven princesa respondió, todo era suavidad en su voz.

—De modo que eso es lo que ocurre. No es que no quieras ser pirata, no, sino que estás enfadada porque he decidido por ti.

—Cierto, has decidido por mí. Has decidido por mí cuando yo tenía una vida que no me desagradaba tanto. Tal vez mi familia no fuera perfecta, pero

yo tenía un futuro en Londres, tenía cuantos vestidos, joyas o juguetes pudiera desear, tenía un hombre con un futuro prometedor que tarde o temprano me desposaría...

—¿Te refieres a Robert? —interrumpió Victoria—. Porque a bordo de *El Miguel* me dio la impresión de que era otro hombre con el que te habría agradado pasar cada instante de tu vida, otro hombre no tan prometedor.

—¡Eso ahora no importa! —exclamó de nuevo Inés con los ojos húmedos—. Lo que te intento explicar es que yo dejé todo lo que conformaba mi vida por ti, porque tú no soportabas la tuya. Dejé todo para irme contigo a España, a vivir en paz a tu lado. Esa fue la razón por la que accedí. Y ahora has decidido que esa razón ya no importa, y te permites cambiar nuestros planes a tu antojo, decidiendo qué vida vamos a llevar las dos, cuando yo ya me había hecho a la idea.

—Pero, Inés —susurró Victoria con tono de infinita paciencia—, ¿no entiendes que no he decidido nada? Estamos decidiéndolo ahora —señaló el suelo como si el presente se encontrara allí—. ¿Crees que yo me compraría un navío y te dejaría sin dinero para vivir? Es que, aunque hubiera dinero suficiente para las dos cosas, yo no me haría pirata sin ti. Es cierto que sueño con ser pirata, pero estamos unidas en esto, sí, y prefiero vivir encerrada en un cortijo, prefiero volver a Londres con mis doncellas persiguiéndome para vestirme, prefiero pasar los días enclaustrada en mi torre y sabiendo que vendrás a verme en cualquier momento que seguir esto sin ti. No puedo hacerlo sin ti. Lo que te dije en el jardín es cierto: te necesito. Y no se me ocurriría decidir sin ti lo que haremos las dos.

La joven condesa dudaba con la vista perdida en el paisaje inglés.

—Inés, tuve que aparentar estar decidida para transmitirle seguridad a esa mujer, pero aún no hay nada cierto. Y haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras, mi querida Inés, ¿te parece?

Victoria tenía los ojos muy abiertos e inclinaba la cabeza tratando de meterse en la línea de visión de su amiga.

Pese a los esfuerzos de la condesa por mantener su indignación, una sonrisa bailó un instante en su rostro dorado por el sol. Victoria logró colocarse en la trayectoria, en el punto exacto hacia el que miraba Inés y, clavándole sus grandes ojos azules le dedicó su sonrisa más franca. Inés no pudo evitar reírse.

—¡Eres la mayor embaucadora que jamás haya conocido!

—¿Quiere decir eso que seremos piratas? —preguntó Victoria entusiasmada.

—¡Pero si ya sabías mi respuesta!

Y Victoria se abrazó al cuello de Inés justo cuando el coche cruzaba la primera calle de Berwick.

Cuando el carruaje de las dos jóvenes se alejó de la taberna del puerto y se perdió en la lejanía, Shatidje se echó el manto sobre los hombros, se ató el alfanje a la cintura y caminó por las calles que llevaban al interior de Burnmouth hasta llegar a una hermosa casa de dos pisos que, visiblemente, era una de las mejores construcciones de aquel pequeño pueblo. Shatidje golpeó la aldaba con decisión y, enseguida, una cabeza de mujer asomó por una de las ventanas del piso superior. Se trataba de un rostro dulce y ovalado, enmarcado por una melena negra que resaltaba una palidez ya de por sí llamativa. Los labios finos y la mirada triste eran la pincelada perfecta para aquel aire enfermizo que emanaba de la mujer. Y, tal vez para corroborar aquel mal estado físico, un cardenal entre morado y amarillento coloreaba su pómulo derecho.

—¡Helen! —llamó la turca al verla—. Soy yo, ¡ábreme!

Los ojos oscuros de la mujer se llenaron de miedo.

—¡Márchate, Sha! Si llegara mi esposo y te viera aquí...

—Pero él no está ahora, ¿no es así?

—Podría regresar en cualquier momento. Tan solo ha salido a dar una vuelta por las tabernas de Berwick. ¡Márchate, te lo ruego! —imploró apartándose de la ventana lo necesario para que no se la pudiera ver.

—¡Helen!, ¡Berwick está a dos horas de aquí! Sabes que se emborrachará y no llegará hasta la noche. Eso si es capaz de llegar. ¡Ábreme! ¡Tengo que hablarte!

Pero Helen no escuchaba. Desde el interior de la vivienda Shatidje la oía repetir: «Se pondrá tan furioso..., se pondrá tan furioso...».

La turca apretó los puños al oírla hablar así, pero se esforzó por respirar hondo y contestar:

—No volverá a pegarte por verme, Helen. Tan solo he venido a despedirme.

El rostro de la mujer volvió a asomarse.

—¿Despedirte? —la sorpresa se mezclaba con el miedo en sus ojos tan oscuros.

—Sí, Helen. Voy a embarcarme en un navío y alejarme de aquí.

—¿Adónde?

—Adonde me lleve. Voy a enrolarme. Trabajaré como marinero, como combatiente también, pues se tratará de un navío armado.

El miedo venció a la sorpresa y la voz se le apagó a Helen cuando intentó contestar a Shatidje que la vida de ambas estaba allí.

—¿Aquí? ¿Qué tengo aquí? ¿Una amiga que no se atreve a verme porque el hideputa de su marido la pega y al cual no puedo abrir en canal como me gustaría porque ella no me lo permite?

Helen no contestó. El aire enfermizo de su rostro se había acentuado, y hubo de apoyarse en el alféizar de la ventana para no desvanecerse.

—Entiende que este pueblo me está matando cada día un poco —añadió la turca—. Yo no valgo para servir de camarera a hombres como tu marido en una taberna u otra. Quiero seguir el destino de mi padre. Me embarcaré. Me han ofrecido la oportunidad y no voy a rechazarla.

—No puedes... dejarme... —musitó Helen con la mirada perdida, aunque incapaz de llorar.

—No quiero hacerlo. Por eso te pido que me acompañes. Toma el mosquete de tu marido y huye conmigo.

—¡Has perdido del todo el juicio! —exclamó Helen volviendo del ensimismamiento en que había estado.

—Es posible. Pero, de dejarte aquí sola, tu esposo te matará. Si estás conmigo, por más hombres que haya en el navío, podré protegerte.

—¡Márchate, Sha! —respondió la mujer ocultándose de nuevo entre las cortinas—. Agradezco que hayas venido a despedirte, pero mi vida está aquí. Si huyera, no habría mar en el mundo que Frank no recorriera para matarme. Y para matarte a ti también. Si en algo me estimas márchate ahora. Yo no te olvidaré.

A la turca se le apretó el corazón más de lo apretados que tenía los puños.

—No te voy a decir adiós —gruñó la mujer con su voz ronca—. No lo haré. Si quieres despedirte de mí, estaré mañana en Berwick, en la taberna La Estrella de Mar.

La mujer bajó al suelo de la habitación su mirada enfermiza.

—Yo de ti sí me despido, Shatidje. Gracias por todo lo que has intentado por mí —dijo, y desapareció entre las cortinas de la ventana.

Sha cerró los ojos con fuerza, intentando borrar esa imagen de Helen alejándose de ella hacia el interior del infierno, pues temía que esa fuera la

última imagen que guardaría de la frágil mujer de la que, en algún momento extraño, las circunstancias de la vida la habían nombrado amiga y protectora.

Procurando apartar el abatimiento que se había internado en su alma, la turca callejeó de nuevo hasta su siguiente destino: una fonda de pescadores junto al río. Se acercó a la puerta trasera y la empujó con suavidad. Al instante recibió la bofetada de calor y el olor a comida de la cocina del mesón. Un hombre con barba rala y ceño fruncido, que llevaba unas bandejas vacías de estaño, le espetó:

—¡Fuera de aquí, mujer! ¡No puedes entrar en la cocina!

—He venido a hablar con Bert, así que deja de dar gritos —repuso la turca con su voz seca.

—Pues ahora está trabajando, de modo que márchate y no molestes más.

Shatidje frunció el ceño y deslizó la mano derecha sobre la empuñadura de su alfanje.

—Óyeme bien, gusano. Tengo que hablar con Bert y es importante —dijo entrando en la cocina de una zancada.

Al instante se vio envuelta en una nube de humo. A duras penas se veía el interior, en el que varias personas trajinaban con ollas y fogones.

—¿Cómo te has atrevido a llamarme? —exclamó el hombre soltando las bandejas sobre una mesa cercana.

Otro hombre más joven se acercó, dibujándose con una nueva nitidez entre la humareda, como si se hubiera aparecido. Tenía perilla pelirroja, el rostro lleno de pecas y los ojos con forma y color avellana. Sujetó del hombro al de la barba y, dirigiéndose a la turca, le dijo:

—¡Quieta, Shatidje! Voy a avisar a Bert.

—Gracias, Phil —contestó la turca.

Ella volvió a atravesar la puerta de la cocina, cerró y esperó fuera. No tardó en salir una mujer de veintipocos años, pelo muy rizado, con un delantal lleno de lamparones, y que sudaba generosamente.

—¿Qué ocurre, Sha? Tengo el perol en el fuego.

—¿Podemos dar un paseo?

—Me estoy jugando mi trabajo.

—He venido a ofrecerte otro.

Bert tardó unos instantes en reaccionar, como si no fuera posible que nadie le pudiera ofrecer trabajo, como si no supiera qué se contesta en esas situaciones.

—¿Pagan más?

La turca se rio.

—¿Se puede acaso pagar menos?

El rostro sudoroso de Bert se iluminó con una sonrisa.

—Vamos ahí detrás —le dijo a la turca.

Caminaron hasta un callejón en el que se amontonaban los restos de comida de los que todavía no habían dado cuenta las ratas.

—¿De qué se trata? —inquirió Bert.

—Sé que puedo confiar en tu absoluta discreción, de modo que te lo diré sin rodeos: se trata de ser tripulantes de un barco pirata.

Si Shatidje le hubiera dicho que iban a trabajar de domadoras de osos en una feria ambulante, la mirada de Bert no habría sido distinta. Pero si algo caracterizaba a Bert era su tolerancia a cualquier idea o capricho siempre que saliera de la boca de una amiga.

—Sha, sé que tú eres una persona de mar, pero lo mío es el perol y el cucharón...

—... y el machete ese con el que despiezas terneros —interrumpió la turca—. Bert, en los barcos también hace falta un cocinero.

—Sí, un cocinero, no una cocinera —puntualizó Bert.

—Cuando el capitán, el segundo de a bordo y al menos uno de los marineros son mujeres, la cocinera también puede serlo.

Shatidje cogió a Bert por los hombros y la obligó a mirarla a la cara.

—Bert, podrás dejar toda esta escoria. Podrás empezar de nuevo en un sitio en el que no te juzguen por lo que ocurrió. Alejarte de aquí. Recuperar tu dignidad. ¿Acaso no estás deseando marcharte?

La cocinera se encogió de hombros.

—No lo sé, Sha. Aquí tengo a Phil. Él me quiere.

La turca suspiró, como si no quisiera decir las palabras que pronunció a continuación.

—Bert, si te quisiera, ya se habría casado contigo.

El gesto de Bert cambió en el acto. Se soltó de Shatidje de un tirón y, arrugando el ceño y escupiendo las palabras como una fiera recién liberada, exclamó:

—¿Acaso crees que él no me lo ha pedido? Lo ha hecho, y muchas veces. Soy yo quien no se lo permite. Phil es un hombre bueno, y es muy trabajador. Aún le queda mucho que robarle a la vida. Pero si se casara conmigo... jamás conseguiría un trabajo mejor. Ni siquiera uno decente. Sonya, la maldita mujer de Edmund, no se lo permitiría. Si se casara

conmigo, le hundiría la vida como ha hecho con la mía por lo del malnacido de su esposo. Sabes cómo lo miraría la gente por la calle, lo que dirían de él. Cualquiera otra persona nunca se habría acercado a mí, pero él me quiere. A pesar de lo del niño de Edmund me quiere y me respeta.

La turca miró hacia el callejón, y después de nuevo a su amiga. Era cierto que la viuda del examante de Bert era una mujer influyente en Berwick y aquello no le ponía las cosas fáciles a nadie aunque se mudara a un pueblo al otro lado de la frontera.

—En ese caso, Bert, no sigas trabajando ahí. Mientras estés a su lado, él no aceptará oportunidades mejores. Déjale aire. Vivir en el mar no quiere decir no tener a nadie. Todos los barcos recalán en puerto. Y cuando regresaras a puerto, tendrías algo que ofrecerle a Phil. Y él a ti.

—No lo sé, Sha. Necesito pensarlo.

—Si te decides, búscanos mañana en La Estrella de Mar, en Berwick. Vamos, pequeña. Te mereces una oportunidad.

La turca palmeó la espalda de la cocinera con afecto y la dejó allí, de pie, inmóvil, sumida en la toma de la decisión más importante que jamás se le había planteado.

«Dos derrotas de dos», pensaba Shatidje al dejar atrás las casas de madera de aquel pueblo costero. Aunque podría considerarlas tres, puesto que las derrotas con Helen siempre le parecían a Shatidje que contaban el doble: la primera, por no lograr el objetivo concreto que se hubiera propuesto, como ir a pasear por el puerto, charlar un rato, enrolarla en un barco pirata...; y la segunda, siempre ahí, siempre la misma, siempre latente: arrancarla de allí, alejarla de su marido aunque fuera solo unas horas.

Tomó el empinado camino costero que ascendía hasta los acantilados del sur de Burnmouth. Le gustaba observar el mar desde allí; *El Miguel* meciéndose suavemente en la bahía, el viento azotándole el rostro y arrancando sus pesares. «Pronto estaré lejos de aquí». Reanudó el paso hacia el sur y a unas dos millas el camino costero volvió a descender, mucho más empinado. Y allí, en una ensenada diminuta, al abrigo de unos islotes rocosos, aparecieron unos veinte tejaditos de una villa que parecía existir ahí desde antes de Cristo. La villa crecía entre las piedras del acantilado como si fuera un líquen. Se sostenía de forma asombrosa, a varios pies de altura sobre el agua. Un pantalán de madera ya muy deteriorado flotaba más abajo, con

solo una escala de cuerda como único modo de llegar a él y, junto al pantalán, tan deteriorado o más, flotaba un chamizo de madera, una casa flotante, flanqueada por montañas de redes de pescadores. Shatidje observó la extraña construcción, como la había observado muchas veces, desde el cruce en el camino de descenso a la villa, un cruce que, a la izquierda, llevaba a la escala del pantalán y, a la derecha, al resto de las casitas del villorrio. «Toma tu alfanje, Shatidje, porque voy a matarte». Siempre volvían aquellas palabras, una y otra vez, desde hacía casi un año. «Toma tu alfanje, Shatidje, porque voy a matarte». La turca respiró hondo y optó por el camino de la derecha.

En la pequeña aldea de John's Pipe solo había una taberna, pero siempre había gente en ella. A las dos de la tarde de aquel día no iba a ser de otro modo. Shatidje empujó la puerta y las miradas de los cuatro aldeanos sentados en los dos bancos corridos que había alrededor de la única mesa se clavaron en ella. Los ojos del más joven, unos ojos muy claros, casi grises, se iluminaron al verla.

—¡Pardiez, Sha! Nos disponíamos a echar un pulso. Siéntate. Las apuestas están dos a uno en mi contra, y si apuestas te haré ganar dinero.

La voz de mujer en aquel cuerpo masculino desafinaba como un acordeón en una misa a cinco voces, porque la persona que había hablado medía más de seis pies y era corpulenta como una montaña. Llevaba su pelo rubio cortado como un hombre y su atuendo no era más femenino. Solo su voz, una voz honda pero de mujer después de todo, denotaba su verdadera sexualidad.

Los otros tres hombres saludaron levantando el mentón.

—Me sentaré contigo, Claire, pero no aquí. Tenemos que hablar de negocios. —Y, dirigiéndose al tabernero que era uno más de aquellos aldeanos de la mesa, añadió—: ¿Podemos usar la otra mesa, John?

El tabernero asintió humeando su pipa, y Claire siguió a la turca hasta el almacén que había detrás del mostrador. El tabernero, John, había dispuesto una mesa allí y dos cajas vacías para que hicieran las veces de sillas, y era el despacho utilizado por todos los habitantes de John's Pipe. Shatidje encendió una vela, cerró la puerta y las dos mujeres se sentaron.

—¿Qué es lo que sucede, Sha? —preguntó su amiga mirándola con gravedad.

—Te lo diré llanamente, Claire. Me voy a enrolar en un barco pirata y es mi intención que tú también lo hagas.

—¡Por cien mil pares de naufragios! ¿Has perdido acaso el poco seso que te quedaba?

La turca inclinó el torso sobre la mesa acercándose a su amiga.

—No, no lo he perdido. Llevo soñando con una oportunidad así toda mi vida. Y creo que tú también.

—¡Pues claro que sí! —exclamó la mujer andrógina echándose hacia atrás en la caja—. ¿Acaso crees que mis sueños de marinero se quedan en echar pulsos en este antro? Me encantaría echarme a la mar. Pero son sueños, como tú me dices siempre. La realidad es que seguiré cargando y descargando cajas en ese pantalán medio roto —señaló hacia el acantilado— hasta que mis huesos no lo aguanten o hasta que no aguante el pantalán y nos hundamos todos con él. Porque las mujeres no se enrolan en barcos piratas. —Hizo una pausa para tomar aire—. Te diré lo que haré, Sha. No intentaré disuadirte de que vayas, puesto que, si bien es una locura, es tu sueño y debes comprobar tú misma que esa vida no es para una mujer, ni siquiera para una mujer como tú. Te observaré partir, me despediré de ti y, cuando vuelvas habiéndote dado cuenta tú misma, estaré aquí esperándote.

Shatidje la observó unos instantes. Después levantó las cejas y dijo:

—Sea pues. Sobra que diga que confío en tu discreción.

—Sí, en verdad sobraba —asintió Claire poniéndose en pie con el ceño fruncido—. ¿Piensas acaso que porque te he dicho que no a tu niñatada no estoy a la altura de que me cuentes tus secretos de piratas?

Shatidje también se puso en pie. Se dirigió hacia la puerta, apoyó la mano en el pomo y, antes de abrir, se volvió hacia Claire y añadió:

—Siento haberte ofendido con mi comentario. Pero tú también me has ofendido a mí al decir, conociéndome como me conoces, que voy a cometer una niñatada.

—¿Lo has pensado entonces? —dudó la joven—. ¿Lo has pensado con la misma frialdad con la que eres capaz de pensarlo todo?

Shatidje asintió muda.

—¿Y no piensas que es una idea descabellada?

La turca volvió a echarse hacia adelante, hacia su amiga.

—Pienso que ese mundo nos llevaba esperando a ti y a mí muchos años, pienso que si hay una mujer capaz de cargar un cañón y dispararlo esa eres

tú, pienso que te mueres por venir y pienso que, si me levanto y te digo adiós como dices, no te lo perdonarás jamás mientras vivas.

Claire la observó todavía con el ceño fruncido. La observó unos segundos muy largos. Y entonces estalló en una enorme risotada. Con el rostro iluminado después de la risa, la altísima mujer palmeó a Shatidje en la espalda.

—¡Por todas las perlas del Caribe! Tienes razón. Tienes razón. Y esta Claire no sería esta Claire si no fuera contigo a hacerse pirata, beber ron y echar pulsos en un barco de verdad.

Y diciendo esto llenó dos vasos de *whisky*, le tendió uno a Shatidje, brindaron, «por nosotras y por la vida que nos espera», y, sin decir más, salieron de aquel almacén y cruzaron la tabernita para salir al aire libre. Ante ellas se abría la ensenada de John's Pipe, tan abajo y tan cerca, tan pequeña y tan amplia.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —preguntó Claire mirando al horizonte.

—Voy a ver a Simonette —respondió Shatidje señalando con la barbilla el chamizo que flotaba junto al pantalán.

Claire se volvió bruscamente hacia su amiga y la tomó del brazo.

—¿A ti qué te ocurre hoy? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¡En el momento en que Simonette te vea te volará los sesos con ese pistolón suyo que lleva a todos los sitios! ¿Acaso debo recordarte que, si la última vez que estuviste a menos de cien pasos de ella no la hubiéramos sujetado entre su padre y yo, ahora mismo estarías más muerta que mi abuelo? —el rostro de Claire se suavizó al recordar la situación y añadió divertida—: ¿Y a ti no se te ocurre otra cosa que decirle más que te tenía que dar las gracias por haberla librado de ese cabrón?

Shatidje entornó los ojos.

—Claire, te veré mañana en Berwick, en la posada La Estrella de Mar. Después del amanecer. No faltes.

Y dejó a la mujerona rubia riéndose de sus recuerdos.

«Toma tu alfanje, Shatidje, porque voy a matarte». Su mente podía volver a aquella tarde como si hubiera ocurrido el día anterior. El olor de la habitación de la posada a la que subían a retozar como dos cachorros; la luz que se filtraba por las cortinas raídas dibujando la silueta tan masculina de Jess cuando se ataba el cuello de la camisa mientras ella se calzaba las botas

de nuevo; su voz, la voz de él diciendo: «Te he visto a mediodía al salir del trabajo»; la pausa que hizo antes de añadir: «Estabas mirando al marinero ese de *El Miguel*. He visto cómo lo mirabas»; ella alisándose un poco el pelo antes de salir; él: «No quiero que vuelvas a verlo. No voy a compartirte, Shatidje». Ella: «Yo te comparto a ti con Simonette». Él girarse con un rictus extraño en los labios. «Es diferente. Siempre has sabido que Simonette es mi prometida, al igual que sabes que no voy a tocarla hasta la boda. Ella es diferente. El marinero ese... es un cabrón hambriento. Y sé lo que quiere de ti»; ella volviéndose hacia él: «Yo también lo sé. Quiere lo mismo que tú, ¿no? Dame cuantos revolcones podáis». Él: «No voy a compartirte, Shatidje. Voy a seguir jodiéndote cuando quiera». Ella, mirándolo con todo el desdén del que era capaz: «Fred es un cabrón, pero no lo es más que tú». Ella caminando hacia la puerta de la alcoba. Él poniéndose en medio, cortándole el paso. Ella diciéndole que se apartara. Él contestando que no sin antes pedirle una disculpa. Ella escupiéndole y añadiendo: «Ahí tienes tu disculpa». Él cruzándole la cara de una bofetada. Ella advirtiéndole de que se quitara de la puerta. Él diciéndole: «No te vas a marchar sin demostrarme respeto». Él agarrándola del pelo y obligándola a arrodillarse en el suelo mientras se desataba el pantalón. Ella golpeándole, golpeándole con todas sus fuerzas en el miembro recién desnudado. El grito de él, cortando el aire rancio de la habitación; el empujón que le dio, lanzándola sobre la cama, la furia en sus ojos oscuros, el destello de su espada. Y después, ya los recuerdos se volvían más rápidos y se confundían con otras lides, otros combates. Ella saltando de la cama para esquivar su envite, corriendo hasta su alfanje, defendiendo el siguiente golpe de él con el arma aún enfundada, liberando su alfanje del cuero en que dormía, un tajo, sangre, sangre en el suelo, Jess sujetándose las tripas, sangre en sus labios, «puta», otro tajo, la cabeza de Jess golpeando contra el suelo... «Toma tu alfanje, Shatidje, porque voy a matarte». La turca seguía pensando que le había hecho un favor a Simonette.

Simonette estaba sentada a la luz de una ventana cosiendo redes. Vestía ropa de pescador, y sus bucles dorados, en otro tiempo envidia de todas las jóvenes de la comarca, caían enmarañados alrededor de su rostro. Alzó la vista al oír entrar a alguien y, en el instante en que vio a la turca, su mano saltó al pistolón que dormía sobre la mesa.

—Tranquila, Simonette. Solo he venido a hablar de negocios.

La mano de la pescadora se afianzó sobre el arma, y el labio inferior comenzó a temblarle de ira. Pero, incluso así, cualquier hombre de Inglaterra habría tenido que admitir que Simonette era una mujer increíblemente hermosa. Tenía un rostro de ángel, unas facciones perfectas: labios carnosos, nariz recta y fina, ojos tan azules como el mar Caribe. Todo John's Pipe y buena parte de Burnmouth sabían que, de no ser por su triste historia, su fama de andrófoba, sus ademanes bruscos y su aire de endemoniada, Simonette podría llevar una vida muy distinta junto al hombre que se le hubiera antojado. Pero hacía tiempo ya que Simonette no quería esa otra vida.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —espetó con una frialdad glacial, la mano asiendo con fuerza la pistola.

Shatidje prefirió quedarse junto a la puerta sin avanzar un paso más.

—La razón de mi visita nada tiene que ver con nosotras.

—Pero estás aquí —masculló la pescadora conteniendo el impulso de descerrajar a la mujer—. Estás en mi casa. ¡En mi casa!

La turca no pudo evitar desviar un instante la vista a su alrededor, a aquel cuchitril flotante, y pensar que llamar a aquello casa era como llamarla a ella misma doncella. Volvió de nuevo la vista a la mujer y utilizó su tono más apaciguador.

—He venido para ofrecerte trabajo como timonel de un barco pirata.

Simonette no contestó, obligando a Shatidje a continuar.

—No ignoro, Simonette, que el odio que me tienes no se debe tan solo a lo que ocurrió con tu prometido...

La pescadora se levantó de un salto, pistola en mano.

—¿Acaso te parece poca razón?

Shatidje meneó la cabeza.

—No, no me lo parece. Pero tu padre también odia a mi padre desde hace años, porque, habiendo sido los dos piratas, tu padre ha terminado sus días como pescador en esta triste aldea y mi padre sigue surcando los mares.

La mandíbula de Simonette se apretó tanto que le costó pronunciar las siguientes palabras. Lo hizo apuntando a Shatidje con la pistola.

—Si has venido a darme más razones para matarte ya tenía más que suficientes.

La turca se llevó involuntariamente la mano hacia la empuñadura de su alfanje, pero logró contenerse y trató de apaciguar a la pescadora mostrándole las manos vacías.

—No, Simonette. No he venido a provocarte, sino a darte la oportunidad de trabajar en lo que siempre has querido, en lo que siempre ha querido tu padre. Tu padre no te regaló esa pistola para que pescaras atunes con ella. Ni siquiera te la regaló por si un día te topabas con una bastarda como yo. Las dos sabemos que, cuando todos tus hermanos varones murieron en la cuna, tu padre te educó como a un hijo. Y siempre deseó que fueras pirata, como él.

Las palabras de Shatidje parecían calmar algo la cólera de Simonette, y la turca siguió hablando.

—Conoces estas aguas como la palma de tu mano. Podrías navegar por estas enseadas con los ojos cerrados, y no conozco ninguna otra mujer capaz de pilotar un navío.

Simonette no bajó el arma, y la turca hubo de proseguir.

—Simonette, esto no se trata de ti y de mí. Se trata de dejar de pasar los días echando redes al mar y empezar a navegarlo. Se trata del trabajo para el que te has preparado toda tu vida. ¿Cuántas mujeres son capaces de hacer lo que tú sabes hacer con una vela y un timón? ¿Cuántas saben disparar una pistola? ¿Quieres pasar toda tu vida pescando?

—Tal vez pase los días sacando redes —respondió la mujer con desprecio, el cañón de la pistola apuntando por fin al suelo—, pero soy libre. No debo cuentas ni explicaciones a ningún hideputa que no sea mi padre. Y no pienso hacerlo jamás.

—No tendrías que dar explicaciones a ningún hombre, hideputa o no. El capitán es una mujer. Y también lo es el segundo de a bordo.

—También hay mujeres hijas de puta —dijo señalando a la turca con el mentón.

—Sí, hay algunas —respondió la turca, y añadió tragándose su orgullo—: Pero en ese barco no voy a estar solo yo.

—Lo último que quisiera hacer en mi vida es tener que guardarte respeto y seguir tus instrucciones. Lo último.

A medida que hablaba la pescadora se había ido acercando a su enemiga, y tan solo las separaban unos pies. Shatidje aprovechó para tenderle la mano.

—Tienes mi palabra de que, me den el cargo que me den en el barco, ya sea de grumete o de contramaestre, nunca tendrás que rendir cuentas ante mí, sino solo ante tu capitán y tu segundo de a bordo.

Simonette le miró la mano.

—Acepto tu palabra —contestó, si bien no tocó a la turca—. ¿Dónde tengo que ir para enrolarme?

Richards había regresado a bordo del navío y se había presentado ante el capitán. Miguel levantó la vista del cuaderno de bitácora en el que escribía la fecha de llegada a puerto y las incidencias del viaje al tiempo que terminaba su desayuno.

—Las doncellas ya están en un carruaje camino al hostel más limpio y discreto que he logrado encontrar en Berwick —se apresuró a explicar el secretario.

Miguel alargó la mano para tomar el panecillo menos tostado de la cesta del pan y tomó el cuchillo de la mantequilla.

—¿Y qué hay del pasaje para España?

—Hemos sido afortunados. Tienen comprados dos pasajes en un navío que zarpa mañana rumbo a La Coruña. Un buen navío, si cabe decirlo.

El capitán había comenzado a untar la mantequilla, pero se detuvo y volvió a mirar al marinero.

—¿Sin escalas? Os dije, señor Richards, que no importaba tanto la fecha en que zarpara como el que no tuviera escalas en Inglaterra.

Richards bajó la vista.

—Tiene una escala —dijo—, pero no en Londres —se apresuró a añadir—. Tiene una escala en Dover. No hay ningún barco que acepte pasajes y que no haga ninguna otra escala en Inglaterra antes de cruzar el Canal.

Miguel volvió a centrarse en su desayuno sin contestar.

—Mas, capitán, las doncellas querían ir a España. No hay riesgo de que puedan acabar en Londres, ni cerca de Braukings. Querían ir a España.

Miguel abandonó definitivamente su tarea de untar el pan. Apartó el plato, cruzó las manos sobre la mesa y fijó la vista en el marinero.

—Nate, ¿vos no estabais casado?

El marinero abrió mucho los ojos.

—Lo estoy, capitán. Creo habérselo dicho más de una vez.

—Entonces, ¿cómo puede ser que aún no sepáis que las mujeres nunca saben lo que quieren?

Richards abrió los ojos aún más.

—Salvo —continuó Miguel— en los numerosos casos en que quieren lo opuesto a lo que nosotros queremos. En ese caso, están enteramente seguras y

es imposible tratar de convencerlas de lo contrario.

El marinero sonrió.

—¿Me equivoco? —preguntó Miguel.

—No, capitán. Ni un poquito.

—Entonces comprenderéis que nuestras dos doncellas pueden terminar en...

Le interrumpió un golpeteo seco de nudillos en la puerta, y antes de que Miguel pudiera invitar al autor a pasar, esta se abrió y apareció João.

—Capitán, tenemos visita. Será mejor que salgáis a cubierta. Oficiales de la Armada.

El capitán tomó el tahalí con su espada de la silla de la que colgaba, se lo puso y siguió a su timonel a cubierta mientras mascullaba: «Debimos dejar nuestra carga en Madeira».

El oficial que Victoria se había cruzado de camino a Berwick no se parecía a Robert, era el mismísimo Robert Walcott. Él y cuatro oficiales más habían bogado en un bote hasta *El Miguel* y ya estaban a bordo cuando el capitán apareció. En el malecón aguardaban sus monturas.

Fred estaba de pie en cubierta, las manos cruzadas a su espalda, esperando al capitán. El rostro del contramaestre estaba tenso, la mandíbula contraída y la mirada perdida más allá del que fuera el prometido de Inés.

Este se había quitado los guantes y los golpeaba nervioso contra la otra mano. No había mirado a Stowe ni una sola vez y no podía imaginar lo que pasaba por la cabeza de aquel marinero. Clavos y Willie llevaban la vista de manera furtiva de uno a otro. Miguel también debió imaginar la sensación de impotencia de su contramaestre, y por eso, al acercarse a Walcott, le dirigió primero una rápida mirada a Stowe. Pero Fred no se movía. Tan solo apretaba tanto los dientes que le rechinaban.

—Capitán Saavedra —dijo el oficial de la Armada. También resultaba difícil leer algo en su rostro serio. Solo el golpeteo de los guantes daba indicios de su nerviosismo.

—Robert Walcott, ¡qué agradable sorpresa! ¿Qué os ha traído hasta aquí, a este pueblo tan pequeño tan lejos de Londres? Y... —Miguel hizo una teatral pausa para mirar a su alrededor— ¿dónde os habéis dejado a Braukings?

Robert golpeó con más fuerza sus guantes contra la mano izquierda, pero mantuvo la calma. Aunque sus ojos soltaban chispas, su voz se mantuvo suave cuando contestó:

—Capitán Miguel Saavedra, tan astuto y burlón como siempre... —dijo con desdén—. Estoy aquí porque soy sin duda más inteligente que vos. Mis órdenes eran esperaros en Berwick, pero, como os conozco y estaba convencido de que con vuestra cobardía jamás os dejaríais ver en un puerto grande, tengo pagados hombres por todos los pueblos costeros de los alrededores para que, en el momento que vieran las velas de *El Miguel*, vinieran a advertirme. Esta mañana os ha visto uno de mis hombres, ha salido de inmediato a buscarme y aquí estoy, a tiempo de alcanzaros antes de que volváis a desaparecer casi otros dos meses.

—Estoy admirado. ¡Qué perseverancia! ¡Qué astucia!

Los hombres de la tripulación pirata rieron el sarcasmo de su capitán y Robert hizo una mueca de desagrado, pero si Victoria hubiera estado allí, la joven Victoria que estudiaba el rostro de Miguel más allá de mirarlo, tal vez se habría dado cuenta de que, bajo aquella máscara de socarronería, al capitán le preocupaba tal despliegue de medios. No obstante, su tono de voz no vaciló al añadir:

—¿Y habéis venido a registrar mi barco una vez más? Que lo hagáis en Londres puede ser hasta comprensible para una mente idiota como la de Braukings, pero hacerlo en Escocia... ¿No habéis venido demasiado lejos esta vez?

—No, capitán. Sois vos quien ha ido demasiado lejos esta vez. Abordar y saquear barcos como un vulgar pirata es una cosa, y otra muy distinta es secuestrar a dos doncellas de Su Majestad.

La tripulación pirata se agitó. Fred, lívido, se llevó la mano diestra a la empuñadura de uno de sus cuchillos. El viejo Henry le sujetó el brazo desde detrás.

—¡Cuidado, Walcott! —advirtió Miguel—. Cuando la reina conozca de lo que me estáis acusando, vais a terminar vuestra carrera como oficial de prisiones.

Una sonrisa de triunfo se dibujó en la cara de Walcott, la misma sonrisa del jugador que enseña su escalera de color después de que el otro lo haya apostado todo. Tendió la mano hacia uno de sus oficiales, que le entregó un documento enrollado y lacrado con el sello de la Corona. Se lo alargó a Miguel.

—Necio, no entendéis nada, ¿no es cierto? ¡Registrad el barco! —ordenó a sus cuatro hombres, aunque lo dijo mirando al capitán, saboreando su momento—. Tenemos una orden de la reina. Es Su Majestad quien me ha ordenado apresaros y llevaros ante ella.

Los cuatro hombres de Walcott se dirigieron hacia el castillo de popa con las espadas desenvainadas, pero los hombres de *El Miguel* se lo impidieron. Dorek aferró a uno y le puso un cuchillo bajo el cuello, James se colocó frente a la puerta que conducía al interior, Clavos había sacado un pistolón y apuntaba al tercero, y el cuarto no se atrevía a sortear a João, que estaba frente a él.

Miguel, que había enmudecido, reaccionó cuando Robert desenvainó su espada también. Fred, a pesar de la mano de Henry que lo sujetaba, no se demoró ni un instante en sacar su cuchillo.

—¡MacMillan!, ¡Rustad!, ¡O'Neill! ¡Bajad las armas! —ordenó el capitán—. ¡Stowe, vos también! ¡Permitidles que registren *El Miguel* una vez más!

Los hombres obedecieron en el acto, aunque algunos con más reticencia que otros, y los cuatro oficiales de la Armada se adentraron en el navío.

El silencio reinó a bordo. Robert golpeaba ahora la hoja de su espada plana en su palma derecha. Al cabo de unos minutos, Robert preguntó:

—¿De verdad creísteis que vuestros crímenes quedarían impunes para siempre? ¿Cómo pudisteis pensar que no descubriríamos que habéis sido vos quien se las ha llevado?

—Nunca os cansáis de no encontrar nada, ¿verdad? —contestó Miguel escupiendo las palabras.

A Walcott le inundó la ira, consciente de antemano de que sus hombres no encontrarían a las doncellas a bordo, y avanzó hacia el capitán.

—Si no están aquí, ¿qué habéis hecho con ellas? —masculló.

Fred y João lo sujetaron antes de que llegara hasta Miguel, y el contramaestre le arrancó la espada de la mano. Robert forcejeó por soltarse.

—Como les hayáis puesto un solo dedo encima... ¿Qué habéis hecho con ellas?

Fred lo sostenía con firmeza, cada vez más pálido. Por suerte para los piratas, el oficial no lo miraba.

A los pocos segundos, el primero de los hombres de Robert afloró en cubierta.

—Nada, señor. Ni rastro de las doncellas.

Los otros tres no tardaron en aparecer con la misma respuesta y poco a poco el que fuera el prometido de Inés se fue calmando. João y Fred lo soltaron y el timonel tomó su arma de manos de Fred y se la devolvió.

—Señor Stowe —ordenó entonces el capitán—, abasteced *El Miguel* con cuanto haga falta para llevarlo a Londres y mañana al punto de la mañana zarpad hacia allí. João, estáis al mando. Nos veremos en Londres.

Y a continuación le dijo a Walcott con dureza:

—Confío en que hayáis traído caballos rápidos. Si la reina desea verme, no la hagamos esperar.

Cuando llegaron a la posada, Inés y Victoria mandaron subir su equipaje a la alcoba que haría las veces de sus aposentos y Victoria se sentó en la cama. Inés se paseaba nerviosa por el diminuto habitáculo. Intentaba pensar, pero las ideas giraban más y más deprisa, en una espiral en la que ella era el centro, precipitándose contra ella, agrediéndola, golpeándola. Hacía unas horas había terminado de perder el escaso control que aún tenía sobre su vida y, cada vez más, le embargaba la sensación de que su existencia era un caballo desbocado que la llevaría adonde él quisiera. Abrió el baúl y toda aquella ropa le hizo pensar en su hogar. Su madre, Sigfried, Robert..., todo aquello le resultaba tan lejano como si hubieran transcurrido varios años desde que huyó, como si aquella vida de aristócrata perteneciera a otra persona, no fuera suya, le hubieran prestado los recuerdos sin que ella los hubiera vivido. Cerró el baúl y miró el mar por la ventana. Los días en *El Miguel* estaban más cerca, pero desde aquella habitación no parecían mucho más reales. Sintió vértigo. Creyó que aquella espiral la tragaría. Deseó tener algo que hacer, algo que le permitiera no pensar en nada, no cuestionarse nada. El día a día en *El Miguel* la había mantenido tan ocupada que no había tenido que pensar y el deseo continuo de estar con Fred le había hecho olvidarse de todo lo demás. Pero ahora estaba allí, en una habitación de un hostel, sin nada que hacer y con un nudo en el estómago donde anteriormente sentía el cosquilleo por ver al pirata.

Ahora que no iban a viajar a España, que iban a permanecer en aquellas costas en las que vivía la hija de Henry, no era demasiado difícil que se volviera a encontrar con Frederick Stowe. Podría volver a ver su sonrisa, escuchar su voz, tal vez incluso volver a sentirse rodeada por aquellos brazos morenos. Y, sin embargo, esa posibilidad le daba aún más miedo. Se había

despedido del pirata para no verlo más. Había llorado infinidad de lágrimas por él. Pero, en el fondo de su ser, sabía que eso era lo mejor. «No me escribas», le había dicho él. Y tenía razón. En el recuerdo todo era precioso, pero ¿cómo sería si se volvían a encontrar? ¿Cuántas bailarinas conocería él en Burnmouth? ¿Y en Berwick? Inés no podía luchar contra ellas, no se veía capaz. Él creía que ella era especial, pero ¿lo sería si se convertía en una pirata? Deseó no volverlo a ver, aunque al tiempo solo deseaba que él estuviera allí para abrazarla. Y sintió cómo la espiral la engullía.

—Voy a buscar tripulación —dijo entonces Inés tomando su capa y la faltriquera que no había usado en todo aquel tiempo.

Aquellas palabras sacaron a Victoria de sus pensamientos, unos pensamientos que viajaban por caminos totalmente distintos a los de su amiga. Soñaba con fletar un hermoso navío de velas blancas; soñaba con una tripulación uniformada; con navegar a doce nudos; soñaba con Miguel admirándola por las hazañas cuyos relatos llegaban hasta él; soñaba con una alianza entre los dos para hundir el *Africana*; soñaba con Inés a su lado, dando órdenes a una veintena de hombres que darían sus vidas por ellas sin vacilar...

A Victoria le pareció una buena idea, aunque creyó que antes habría que planificar lo necesario para comprar un barco. Se sentó delante del baúl y comenzó a sacar las joyas.

—Tú piensa lo que necesitaremos y yo voy a averiguar dónde encontrar una tripulación —insistió Inés, impaciente por salir de aquel espacio cerrado.

Y antes de que Victoria pudiera responderle nada más, escapó de la habitación y bajó las escaleras del hostel trotando. Su madre la habría regañado, pensó, y frenó de inmediato. Tampoco se trataba de perder toda su educación por estar unas semanas entre piratas. Sonrió al posadero y salió a la calle.

Había dejado de llover, pero las nubes grises indicaban que volvería a empezar en cualquier momento. Inés tomó una bocanada profunda de aire y caminó hacia el puerto, dejándose guiar por el olor a mar. El frescor de la tarde la ayudó a apartar el tornado de pensamientos y se sintió mejor. Con su capa negra, caminando por la calle, pasaba desapercibida a los aldeanos de Berwick, que saludaban con acento escocés al cruzarse con ella. Ella prefería inclinar la cabeza, por miedo a que su acento londinense pudiera delatarla. Al caminar, el suelo parecía hundirse y volver a emerger. Al principio creyó estar pasando por encima de un pantalán o algo que flotara, pero después

comprendió que era ella la que flotaba. «Mal de tierra», pensó. Había oído hablar de él, pero no se imaginaba que la sensación fuera tan real. *El Miguel* se movía menos que el suelo firme de Berwick aquella tarde. Sonrió. Muy pronto estaría otra vez en alta mar. Y aquella idea le llenó el pecho.

Berwick se le antojó una ciudad preciosa. Hacía menos de trescientos años había sido uno de los principales puertos de Europa y el primero en recaudación de impuestos y tarifas de Escocia, pero esta prosperidad, unida a la alianza entre este último país y Francia, desató la ira de Eduardo I, que incendió la ciudad asesinando a sus cerca de ocho mil habitantes. Ahora, bajo dominio inglés, la ciudad se había vuelto más una plaza fuerte, quedando su puerto relegado a un pequeño puerto de mar. La reina Isabel, para asegurar mejor la frontera con Escocia, estaba construyendo muros para proteger la ciudad y ensanchando los del hermoso castillo que la coronaba. En el puerto, junto con las embarcaciones de pesca, también había fondeados, mar adentro, algunas carracas y un par de viejas carabelas, un filibote, tres tafurcas y un galeón de la Corona que quería recordar a los habitantes que los tratos con católicos y escoceses no estaban bien vistos.

Inés caminó por un pantalán, y unos pescadores que descargaban sus capturas la miraron con curiosidad. Ella los ignoró y siguió caminando hasta el extremo. Desde allí, se puso la mano sobre los ojos a modo de visera y contempló el galeón y los otros bajeles. Uno de esos sería su barco. De pronto le entraron unas prisas enormes por compartir aquello con Victoria. La había abandonado en aquella triste habitación, sin decirle siquiera cuánto tardaría en regresar ni adónde iba exactamente. Y no habían comido nada. Volvió a caminar hasta los pescadores y les preguntó si tenían algo bueno que pudiera comprar para el almuerzo. Uno de los que estaban dentro del bote, con gorro de lana y los ojos llenos de arrugas a pesar de no tener más de treinta años, le sonrió y le tiró a los pies dos lenguados.

—Son los últimos. No volveréis a comerlo hasta el año que viene —dijo con marcado acento escocés al tiempo que le guiñaba un ojo.

Inés sonrió.

—¿Qué se os debe?

El pescador se encogió de hombros.

—Estáis invitada.

Inés sacó unas monedas de la faltriquera y las dejó sobre los cajones con rapes que habían dejado en el pantalán. Los horriblos pescados la miraban con sus ojos redondos.

—Busco tripulación para un bajel de cincuenta pies —dijo entonces la joven—. ¿Sabéis dónde puedo encontrarla?

Los tres hombres dejaron lo que hacían y la observaron con ojos tan redondos como los rapés. Uno pelirrojo, con barba rizada, señaló una taberna al final del pantalán.

—Ahí, al caer el sol, se reúnen los marineros de los navíos grandes —contestó serio—. Pero esos hombres no son de aquí.

—Son de la peor calaña —aclaró el del gorro de lana.

—Que sea vuestro esposo o vuestro padre, quienquiera que os haya enviado, el que vaya allí —instruyó el que quedaba por hablar, un tipo entrado en carnes también pelirrojo que por el parecido con el barbudo quedaba claro que era su hermano.

—Se lo haré saber a mi padre y me mantendré lejos de allí. Os agradezco vuestro consejo —sonrió ella.

Se agachó a recoger los dos lenguados.

—¿No habéis traído en qué llevarlos? Esperad —dijo el del gorro.

Cortó con su cuchillo un trozo de red fina y se la tendió a Inés para que metiera los pescados dentro. Ella volvió a dar las gracias y regresó al hotel.

La cocina de la posada ya estaba apagada y limpia, pero bastaron un par de sonrisas de Victoria para que la esposa del posadero accediera a encender el fuego y cocinarles los lenguados. Las dos jóvenes los comieron con ganas mientras Inés le relataba a su amiga lo que había averiguado, si bien prefirió no mentar los comentarios de los pescadores sobre la ralea de los hombres que habría en la taberna. Acordaron acercarse al puerto para buscar un bajel de tamaño mediano y cuando cayera el sol Inés se acercaría a la taberna.

—En tanto no tengamos contraмаestre, me ocuparé yo —dijo la condesa, sin poder evitar pensar en Fred.

—Lo harás mejor que nadie —sonrió la rubia.

Así las dos muchachas se cubrieron con sendas capas. Victoria tomó la espada de Miguel y se la ató al cinto, lo cual alivió algo a Inés, que llevaba toda la mañana preguntándose si su amiga estaba en verdad preparada para el mundo real. Había llovido de nuevo mientras comían, pero las nubes, aunque oscuras como el mar del Norte, parecían sujetar la lluvia. Pese a ello las jóvenes caminaron deprisa.

Al llegar al puerto, Victoria, como Inés, oteó los bajeles.

—Deberíamos ir a la oficina del puerto. Allí sabrán qué navíos hay a la venta —murmuró la princesa.

—¡Pardiez, Victoria! ¿Y quieres que nos presentemos también al oficial y le digamos que nos buscan en Londres?

Victoria la miró alzando las cejas.

—¿Acaso dudas de que sea capaz de entrar ahí y sacar al guardia sin que sepa quién soy yo para que tú puedas registrar la oficina? —repuso Victoria ofendida, y a continuación murmuró para sí—: Diré que mi esposo se ha caído al agua del puerto.

Inés la agarró del brazo antes de que pudiera llevar a cabo su plan.

—Sé que eres muy capaz, Victoria. No hay mejor actriz en Inglaterra que tú, pero ¿qué crees que encontraré yo ahí dentro en el tiempo que me consigas? Busquemos los astilleros.

—¿Los astilleros? ¿Y esperamos cinco meses a que nos hagan un navío o fletamos un pesquero?

Mientras hablaba, Victoria se había puesto de puntillas y oteaba los barcos fondeados en la bahía.

—¡Quién tuviera un catalejo! —masculló—. ¡O la vista de MacMillan!

Inés sintió una punzada en el estómago al pensar en James. ¿Realmente habría dicho aquellas cosas de ella aquel día o se lo había inventado Fred?

—Ven —ordenó Victoria, y se dirigió al pantalán.

Inés la siguió.

Los pescadores que le habían regalado a Inés los lenguados se habían marchado ya, pero había otro, un anciano con una aguja en la boca, cosiendo redes y preparando el aparejo para zarpar esa noche. Llevaba un farol y un trapo muy blanco, así que iría a pescar calamar.

—Buenas tardes —saludó Victoria—. ¿Sabéis si aquella carraca está a la venta?

Señaló un bajel que flotaba manso en las aguas, con aire de abandono.

—¿La *Crazy Swell*? —preguntó el hombre con voz cascada. Al hablar, la aguja bailaba en sus labios—. Ha tiempo.

—Y el propietario, ¿no está a bordo?

El hombre meneó la cabeza.

—No hay nadie a bordo de la *Crazy*.

—¿Y no le preocupa al propietario que se la roben? —preguntó Victoria sorprendida.

El viejo rio, y al hacerlo empezó a toser, cada vez más, tanto que Inés y Victoria se miraron, pensando que tal vez el hombre muriera a sus pies. Cuando se le pasó el ataque, el hombre se golpeó el pecho un par de veces con el puño, se secó las lágrimas que se le habían saltado y contestó:

—Sin paños ni jarcias... no se la llevarán muy lejos. Aquella otra es cosa muy diferente.

Las dos niñas miraron hacia donde señalaba la mano huesuda del anciano. Una carraca más pequeña, suave de curvas y con aparejo redondo, se recortaba blanda contra el cielo.

—La *Wakes' Goddess*.

Victoria sintió que se le llenaba el pecho al verla. «La diosa de las estelas».

—¿A qué os referís con que es cosa diferente? —preguntó Inés.

La aguja del anciano, que milagrosamente no se había tragado en el ataque de tos, bailó de nuevo:

—Que está lista para hacerse a la mar en cuanto haya llenado las bodegas. Por esa razón el propietario tiene tres o cuatro hombres a bordo, para que no le lleven nada.

—Cuatro hombres no son muchos —murmuró Victoria.

A Inés le sobresaltaron las palabras de su amiga y le quiso dar un codazo, pero pensó que eso haría más evidente su intención.

—Los suficientes para alertar a la tripulación de la *Holy Spirit* —contestó el anciano señalando al galeón.

—¿Y está a la venta? —inquirió Victoria.

El anciano frunció el ceño.

—Ignoro lo que quiere hacer el armador con ella. Sé que lleva meses sin abandonar la bahía, y eso solo le hace perder dinero.

La joven asintió con la cabeza.

—El armador vive en una casa grande —añadió el anciano— con patio y cochera, tras la oficina del puerto. Aún no estará cenando.

Victoria le sonrió y le hizo un gesto a Inés, señalando su faltriquera.

—Nos habéis sido de gran ayuda —dijo—. Y siempre pago los favores.

El hombre dio las gracias al recibir la moneda que Inés le daba y las dos muchachas caminaron de regreso al malecón.

Faltaba poco para la puesta de sol cuando pasaron frente a la taberna. De dentro salía una algarabía que hizo que Inés se detuviera.

—Acaso sea mejor que te acerques sola a casa del armador. Si buscan a dos doncellas, ya nos hemos dejado ver juntas en demasía. Yo intentaré conseguirte una buena tripulación para tu carraca.

—Sea —contestó Victoria con una sonrisa, y se separaron.

Victoria localizó sin problemas la casa del armador detrás de la oficina del puerto. En el interior tenían el fuego y varios candelabros encendidos, y la luz se escapaba entre las persianas. La princesa golpeó la puerta con energía y una criada salió a abrir.

—Mi nombre es Jane Roberts. He venido a ver al señor.

A la criada le incomodó hacer esperar fuera a aquella doncella de aire elegante y acento exquisito, pero sus órdenes eran férreas. Cerró la puerta y dejó a Victoria sola en aquel callejón. Sin embargo, a la joven no le molestó en absoluto. Se sentía segura con su espada toledana, y casi deseó que algún indeseable la importunara para poder probar sus conocimientos de esgrima.

La puerta volvió a abrirse y un hombre enorme, de barba oscura, ricamente ataviado con colete de terciopelo verde y una capa corta de armiño, apareció en el umbral. Le dirigió a Victoria una mirada desconfiada y la saludó con un severo «buenas noches» que no parecía deseárselas buenas en absoluto.

—Buenas noches, señor. Vengo a visitaros por tener entendido que sois el armador de la *Wakes' Goddess*.

El acento de la joven también sorprendió al hombre, el cual mantuvo su desconfianza al responder:

—Acaso lo sea. ¿Qué es lo que queréis?

—La quiero a ella. ¿Qué precio pedís?

El armador tardó en contestar. Antes de hacerlo estudió a la joven con detalle, sin el menor disimulo.

—Lo habitual, el cincuenta por ciento del beneficio. Pero no permito a cualquiera fletar la *Wakes'*. Debo estudiar quién es el capitán y a qué negocio vais a dedicarla, la ruta que haréis, el plazo en que tenéis previsto devolvérmela...

—No, señor... —interrumpió Victoria.

—Downing.

—Señor Downing, no lo habéis entendido. No quiero fletar vuestra nao, sino comprarla.

El hombre se cruzó de brazos y, con cara de pocos amigos, respondió:

—La *Wakes'* no está a la venta.

—Señor Downing —dijo Victoria con calma, aunque empezaba a incomodarle discutir ese tema en la puerta—, flotando en el puerto, vuestra nao no os hace sino perder varias libras al mes. Y vuestro hogar no parece barato de mantener. Sin duda habrá un precio por el cual venderíais la *Wakes' Goddess*. Tal vez un precio que os permita armar otra carraca, o una nao grande, y además vivir un año sin preocupaciones.

—No voy a hablar de dinero con otra persona que no sea el interesado en comprarla.

—Ni yo voy a ofreceros la suma de la que hablo en medio de la calle.

Downing, a regañadientes, abrió la puerta y la dejó pasar. La estancia era amplia y cálida, y estaba ornada con gran lujo. Alfombras de media pulgada cubrían el suelo y por doquier iluminaban la estancia grandes candelabros de brazos. El armador cerró la puerta, pero no invitó a Victoria a sentarse. La joven habló:

—Señor Downing, una persona de la realeza cuyo nombre no estoy autorizada a mentar está organizando una flota, y llevo varios meses recorriendo las costas de Inglaterra para comprarle navíos rápidos y marineros. Si a él le fuera posible negociar con vos en persona, lo haría, mas asuntos de vital importancia lo retienen en Londres. Esa es la razón por la que me envía a mí, pero, creedme, yo dispongo de su más absoluta confianza y... —añadió con una sonrisa— de total libertad para cerrar los precios.

—No tendréis nada que ver con Grace O'Malley —espetó el hombre de pronto, dando un paso atrás como si hubiera visto al diablo.

Aquella respuesta cogió a Victoria por sorpresa. Grace O'Malley, la noble gaélica y antiinglesa, era bien conocida en Inglaterra y Escocia por su flota corsaria y por los estragos que causaba en las costas cercanas a Galway. La mujer tenía fama de ser una experta marinera, así como una pirata brutal y sin escrúpulos. Victoria sonrió.

—La realeza a la que me refería, señor Downing, es la de nuestra reina Isabel. Pero será mejor para vos cuanto menos sepáis del negocio. Si estáis interesado en venderme vuestro navío, lo pagaré bien. Eso sí: después deberéis olvidaros de que alguna vez fue vuestro.

Una mujer, sin duda la señora Downing, asomó por unas escaleras y se detuvo al ver a la joven.

—Es una comerciante que quiere comprar la *Wakes' Goddess* —explicó el hombre.

—Mi nombre es Jane Roberts —saludó Victoria pensando en cómo un hombre tan rico podía ser tan maleducado.

La dama inclinó la cabeza.

—¿Os quedaréis a cenar?

—Se hace tarde para que una doncella de mi edad pasee sola por las calles. Debo marcharme, gracias. —Y volviéndose al armador le dijo—: Tampoco es apropiado que pasee con la suma que os quiero ofrecer, de modo que pensadlo, y si queréis hablar de la venta de vuestra nao, venid mañana a la posada La Estrella de Mar. No os haré perder el tiempo.

Se despidió de la señora con una inclinación de cabeza y salió. Quería esa carraca, costara lo que costara.

Inés empujó nerviosa la puerta de la taberna y una bofetada de humo la golpeó. La taberna era grande y ruidosa, aun cuando era temprano para estar llena. Había no menos de diez mesas bajas, con cinco o seis taburetes en cada una. Al fondo tenía una tarima elevada que hacía las veces de escenario, y un mostrador grande a la derecha, tras el cual el tabernero rellenaba unas frascas de vino desde un tonel.

Inés se acercó al mostrador y, antes de que el posadero la atendiera, tres hombres que estaban sentados a una mesa se pusieron en pie y se le acercaron. Rondaban la treintena, y a Inés le resultaron a cual más desagradable.

—¿Buscas compañía? —preguntó en tono lascivo el que parecía llevar la voz cantante.

Era un hombre bajo y gordo, con barba y pelo escasos, ojos pequeños y brillantes y la boca llena de dientes amarillos que competían por ver cuál salía más torcido. Iba armado con un cuchillo de un pie de largo.

—Acaso lo haga —contestó Inés con cautela.

Los otros dos hombres también iban armados. El que se mantenía más alejado de Inés era muy alto, y flaco como un hilo. Tenía los ojos saltones y bizqueaba del derecho. El pelo pajizo le caía rubio a los dos lados de la cabeza. Llevaba una espada colgada del cinto. El tercero sería el menos feo de los tres, lo cual no era decir demasiado si no fuera por una cicatriz de una pulgada de ancho que le cruzaba la cara desde la barbilla hasta la sien. Este

llevaba también una espada, si bien la llevaba en una vaina de cuero que sostenía con la mano izquierda. Utilizó la punta de su espada enfundada para levantarle la falda a Inés.

—Con lo tapada que va, su compañía no debe de ser barata.

Inés se soltó la falda de un tirón y le dirigió una mirada de desprecio.

—No es esa clase de compañía la que busco —aclaró—. Busco tripulación para un bajel de sesenta pies. Necesito una veintena de hombres que sepan de mar y de armas. ¿Conocéis a alguien que pueda estar interesado?

Los tres hombres la observaron abriendo mucho los ojos, como Inés empezaba a acostumbrarse a que la miraran. Después el gordo barbudo preguntó:

—¿Qué clase de embarcación es? Si es para un barco de escolta os resultará más sencillo contratar marineros por un lado y gente de armas por otro.

Inés se acercó un poco a él y el olor de su aliento le dio náuseas.

—Es para un barco pirata —murmuró.

El gordo sonrió y a Inés le costó reprimir una arcada.

—Gatita, ¿ves a ese hombre de ahí? —dijo él señalando a un joven con el rostro picado que jugaba a los naipes en una mesa—. Es oficial de la Corona. Si se entera de lo que acabas de proponerme, te mandará derechita a la horca. Pero podemos llegar a un acuerdo por nuestro silencio. Somos —añadió señalando a sus compañeros— muy razonables.

—¿Y acaso piensas que alguien te creería si les narras cuanto te he referido? —preguntó Inés echándose hacia atrás, incapaz de ocultar por más tiempo el asco que sentía.

No hubo respuesta, y añadió con desprecio:

—Visto que sois simples marineros y no los hombres de armas que busco, nuestra conversación acaba aquí.

Se dispuso a volverse y alejarse de ellos, pero el gordo, con un gesto mezcla de ira y de lascivia, agarró con fuerza la mano derecha de Inés y se la llevó hacia la entrepierna, que Inés sintió dura a través del pantalón.

—¿Te parece un arma lo bastante grande? —le dijo.

El corazón de Inés saltó en su pecho, pero las horas con la tripulación de *El Miguel* y las lecciones de defensa con Fred habían dejado su huella. Tiró inútilmente de la mano derecha y, sin pensar siquiera lo que hacía, sacó con

la mano libre un cuchillo de la banda que usaba de cinturón y se lo colocó en la garganta al gordo.

—¿Te desarmo y lo comprobamos? —contestó escupiendo las palabras.

El gordo aflojó, e Inés aprovechó para liberar su mano derecha y coger otro cuchillo, esta vez el más grande. Dio un paso atrás, con un cuchillo en cada mano, y miró a los tres hombres, que la observaban inmóviles. Miró después al joven de la cara picada. El oficial había dirigido la vista un instante a la escena, pero acto seguido se había vuelto a concentrar en sus cartas e Inés supo que no intervendría. No podía alejarse de la taberna. Si salía a la calle, probablemente los tres la seguirían, y no podría hacer nada contra ellos. Así que se armó de valor, envainó los cuchillos, se volvió al tabernero y tratando de que no le temblara la voz le pidió un ron.

—Solo tenemos *whisky* —contestó el hombre.

Ella asintió con la cabeza y esperó con los codos sobre la barra a que le sirvieran un vaso. Sabía que los hombres seguían mirándola, sabía que todos en la taberna estaban pendientes de ella. Así que tomó el vaso, dio un trago que le supo a rayos —el ron de *El Miguel* era una taza de té con miel comparado con aquello— y, con el *whisky* en la mano, fue hasta una mesa vacía y se sentó.

«Fred, Clavos, James... ¿Dónde estáis?», pensó. Necesitaba hacer amigos inmediatamente si quería salir de allí ilesa. Recordó a los pescadores de por la mañana. No, ellos habían dicho que a esa taberna solo iban los forasteros. «De la peor calaña», habían dicho, y tenían razón. Pero ¿dónde si no iba a encontrar una tripulación pirata?

Dio otro sorbo y le supo menos malo. Los tres hombres hablaban entre ellos, el oficial de la Armada jugaba a las cartas. Cuatro prostitutas entraron juntas en la taberna, vestidas en colores chillones y con escotes que mostraban demasiado. Era evidente que ninguna mujer, ni siquiera las profesionales, se atrevía a entrar allí sola. Había sido una estúpida. Debió esperar a Shatidje. Las dos juntas habrían plantado cara a esos tres indeseables.

Las cuatro prostitutas se acercaron a los tres hombres y la esperanza le calmó el corazón a la condesa. Si llegaban a un acuerdo en el precio, tal vez se marcharan con ellas. El tiempo se le hacía eterno. ¿Cuánto podían tardar en decidirse? Pero sus esperanzas se disiparon cuando el más alto de los tres abandonó la conversación y se dirigió hacia ella.

—Disculpad a mis compañeros —dijo el largo al llegar junto a la mesa —, solo acostumbran a tratar con ese tipo de mujeres —añadió señalando a las prostitutas—. Pero no querían molestaros. No... no iban a haceros daño.

Inés lo invitó a sentarse con un gesto. «Cálmate, cálmate —se dijo a sí misma—. Cierto es que ninguno ha sacado el arma».

—El trabajo nos puede interesar —se explicó el hombre—. Somos hombres de mar y de armas, y hemos servido en bajeles más grandes que el que indicáis. Murray —señaló al de la cicatriz— es un excelente piloto y Roger ha sido contraamaestre del *Seagull*.

Inés no conocía el barco, ni tampoco conocía a muchos contraamaestres, pero había un abismo de diferencia entre el tal Roger y Fred. Fred nunca necesitaría que otro hombre se disculpara por él.

Como la joven no decía nada, el largo continuó.

—Conocemos a media docena de hombres o así que podrían estar interesados. Si nos dijerais cuál es el navío...

—Una carraca de tres palos y sesenta pies de eslora, con aparejo redondo y ocho cañones. No necesitáis saber el nombre —contestó Inés, preguntándose si Victoria habría tenido éxito en su negociación.

El pirata asintió con la cabeza.

—¿Y quién la capitanea?

—Para lo que os compete, yo soy el capitán, el contraamaestre y el segundo de a bordo. Tendréis ocasión de conocer al capitán si aceptáis el trabajo.

—¿Y tendremos una paga fija, o se repartirá el botín?

Inés se dio cuenta de que no había hablado ese extremo con Victoria. No obstante pensó que no podía dejar esa pregunta sin respuesta si quería que tomaran su oferta en serio.

—En principio una paga fija de diez peniques al día que se descontarán del botín, quince peniques para el piloto y para el contraamaestre otro tanto. El resto del botín se destinará a reparaciones del barco y, de lo que sobre, el capitán y el segundo se quedarán con la mitad y el resto se repartirá a criterio del capitán, que decidirá cuándo y cuánto corresponde a cada uno.

El hombre asintió.

—Me parece justo.

Inés suspiró y agradeció que su padre y Robert conversaran siempre de trabajo en la mesa. Diez peniques era lo que cobraban los soldados de su padre.

—En ese caso, tenemos un acuerdo. ¿Cómo os llamáis?

—Harry, pero todos me llaman el Largo.

—Yo soy Inés.

Harry asintió con la cabeza e hizo un gesto para llamar a sus dos amigos, que se acercaron a la mesa al verlo.

—Roger, Murray, ella es Inés. Trabajaremos en su barco.

—Habrá que celebrar el acuerdo —dijo el gordo.

Inés se puso en pie y echó una moneda sobre la mesa.

—Pagaos una ronda —dijo.

El gordo la agarró del codo.

—Podríamos celebrarlo de verdad, gatita —dijo sonriéndole torvamente.

Inés lo miró a la cara con severidad, después miró la mano con la que la sujetaba y de nuevo a los ojos. El gordo la soltó de inmediato.

—Señor... Roger —terminó por decir al darse cuenta de que solo sabía su nombre de pila—. A ver si os entra en esa dura sesera vuestra que jamás en la vida me pondréis un dedo encima. ¿Entendido?

Él asintió con la rabia pintada en sus ojos y ella se alejó entre las mesas y salió afuera. El aire olía a mar, y había bruma, y las barcas flotaban suaves y perfectas contra la luna. Pero Inés no las miró. En cuanto estuvo al aire libre corrió para alejarse de allí, y no paró hasta llegar a la calle de la posada. Entonces respiró hondo y rompió a llorar histérica.

Antes de regresar a su casa, Shatidje anduvo hasta una pequeña granja que había de camino entre Burnmouth y John's Pipe y compró allí unos tomates para hacerle una sopa a su padre, una hogaza de pan, un cuarto de cordero que habían matado esa mañana, así como una pequeña cesta de frambuesas recién recogidas.

Descendió por el camino imposible que llevaba de regreso a John's Pipe y llegó a su casa cuando empezaba a anochecer. En el interior de la pequeña casa de madera brillaba la luz y se oían risas. Entró. En la sala, alrededor de un fuego recién encendido, se sentaban el viejo Henry, Frederick Stowe, John O'Neill, alias Clavos, y otros dos marineros que no le resultaban familiares.

—Hola, padre. Buenas noches —saludó al resto con su voz ronca—. De haber sabido que tendríamos visita, habría comprado más cena —gruñó la turca al tiempo que se quitaba el manto y lo colgaba en una percha.

—Si sigues así de gruñona no te casaré en la vida —bromeó el anciano.

Ella se desató el alfanje, lo dejó sobre un arcón y se acercó a su padre para besarle el pelo cano.

—Yo me caso con ella, Henry —dijo con marcado acento escocés uno de los dos marineros que Shatidje no conocía.

Todos rieron menos Fred, que la observaba con curiosidad, y la turca se sintió incómoda.

—Prepararé la cena.

—¡Prepáranos un pastel de riñones! —propuso el escocés, que se había envalentonado con la buena acogida de su broma anterior—. *Parbleu* todo lo cocina con ajo y queso.

Nuevas risas. Sin contestar nada, Shatidje tomó con unas tenazas un ascua encendida de la hoguera y entró con ella en la pequeña cocina. Encendió el fuego, picó la cebolla y comenzó a sofreírla. Estaba troceando la paletilla con un machete de carnicero cuando entró Fred. Se acercó a ella por la espalda y la agarró por la cintura:

—¿Me has añorado?

—¡Aparta! —ordenó ella zafándose.

Dio otro golpe con el machete en la pierna del cordero y partió el hueso por la mitad.

—¿Y eso es una respuesta? ¿Dónde están los «siempre», o los «más que tú a mí», o aquel «más que las putas de Cabo Verde, porque ellas te ven más que yo»? —preguntó él volviendo a agarrarla.

Shatidje se dio la vuelta con el cuchillo en la mano.

—Fred, hace tiempo que lo nuestro acabó.

El contraamaestre levantó las manos y dio un paso hacia atrás.

—Si hablas de la edad en que te ponías celosa si miraba a otra mujer, acabó hace tiempo —concedió el pirata.

Ella se volvió hacia los fuegos y movió la cebolla, que empezaba a pegarse. Stowe aprovechó para aferrarla por detrás una tercera vez y le habló cerca de la oreja.

—Pero seguimos siendo amigos. Es más, Sha —convirtió el agarre en un abrazo—, eres la única mujer a la que puedo llamar amiga. Las demás ya sabes lo que son.

Shatidje soltó la cuchara y agarró de nuevo el cuchillo, pero ni se giró ni intentó zafarse. Solo preguntó:

—¿Y a Inés qué la consideras: amiga o puta?

Surtió efecto. Fred la soltó de inmediato y se apartó.

—¿Cómo...? —balbuceó, mientras trataba de pensar si la mujer habría tenido ocasión de hablar con su padre de las dos doncellas que embarcaron en Londres. No, era imposible—. ¿Qué sabes de Inés?

Shatidje se volvió muy despacio a observar al pirata, con el cuchillo grande aún en la mano.

—Sé que no es de nuestra clase, sé que casi es una niña y sé que es lo suficientemente buena como para que no merezcas acercarte a una legua de donde ella esté.

—¿La has conocido esta mañana? —preguntó él hilando acontecimientos—. ¿Está en Berwick? ¿Debe zarpar mañana hacia España!

—He de entender que la incluyes en la categoría de puta si ya quieres mandarla tan lejos —masculló Shatidje.

Fred agarró a la turca por el brazo, sin preocuparse por el cuchillo, y cuando habló lo hizo con dureza.

—Las está buscando toda la guardia real. Esta mañana han registrado *El Miguel* y el capitán ha tenido que partir hacia Londres sin cambiarse siquiera de camisa. Solo en España estarán a salvo. Y ahora dime, ¿zarparán mañana? —la zarandeó—. ¡Dime dónde están!

—¡Suéltame! —exclamó Shatidje zafándose de un tirón.

Los ojos de la turca soltaban chispas. Pocos hombres habrían querido estar en el lugar de Fred en ese instante. El contramaestre la miró y se dio cuenta de que así no conseguiría nada. Suspiró, dio un paso atrás y se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

—Sha, Inés es especial —dijo con dulzura—. Es distinta de todas las mujeres que he conocido antes.

—Eso yo ya lo sé —masculló Shatidje escupiendo las palabras—. Eres tú el que parecía ignorarlo al entrar en esta cocina y el que apuesto lo olvidará en cuanto vea a otra.

—No hables de lo que no conoces.

La voz del pirata se había vuelto a endurecer y fue Sha la que adoptó un tono más apaciguador.

—Solo sé una cosa, Fred —dijo—. Inés es buena chica y, si le has hecho creer que es especial enseñándole a lanzar cuchillos y a jugar a los marineros..., ¡no seré yo quien te ayude a encontrarla para que le rompas el corazón!

La cebolla empezó a humear con tufo a quemado.

—¡Y sal de mi cocina si quieres cenar!

## CAPÍTULO VI

Era de noche cerrada cuando los piratas abandonaron la casa de Henry. Shatidje sacaba las jarras de ron recién lavadas del balde y las secaba con un trapo antes de colocarlas en la alacena. El viejo Henry entró en la cocina cojeando ligeramente de la pierna derecha y se apoyó en el quicio de la puerta a observar a su hija con el único ojo que le quedaba. Antes de que Shatidje se hubiera percatado de que su padre estaba allí, el hombre, con su voz seca, la sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué tal en la tasca? ¿Te tratan bien?

La turca estudió a su padre. Era evidente que los años no pasaban en vano. Estaba viejo. Había menguado sus buenas cuatro pulgadas, y ahora la mujer era más alta que él. En su rostro se veían las olas que cada tormenta le había surcado en la piel, dura como el cuero. Y olía a mar, como todo allí, pero olía más a mar. Y a sangre seca.

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó entonces Shatidje. Volvió la vista al balde y sacó otro jarro.

El viejo se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿A quién has matado esta vez?

—¿Sabes guardar un secreto? —repitió la turca, y su mirada verdosa volvió a su padre—. Un secreto de verdad, de los que hay que guardar para siempre. Un secreto como el de *El Miguel*.

Las palabras surtieron el efecto esperado. Inmediatamente a la memoria del viejo vino el día, hacía ya cuatro años, en que agarró a su hija por los hombros y le hizo esa misma pregunta: «¿Sabes guardar un secreto? Un secreto de los que hay que guardar siempre».

—¿Hace falta que conteste a eso?

—Sí. Y no solo. Quiero que prometas que, pienses lo que pienses de lo que voy a decir, no darás tu opinión, ni me dirás lo que debo hacer o lo que debería haber hecho.

Había terminado con los jarros. Se secó las manos en el trapo y se quedó mirando al viejo.

—Soy tu padre —contestó él con prudencia—. Es mi deber decirte lo que me parece mal.

Ella asintió con la cabeza.

—Y el mío de hija no contarte lo que hago mal.

El viejo sonrió con pesar.

—No tengo opción. Conforme pues. ¿En qué te has metido ahora?

Shatidje señaló con el mentón las sillas del comedor, al otro lado de la puerta, y ambos se dirigieron allí y se sentaron.

—En este último viaje tuyo, padre, *El Miguel* ha llevado una extraña compañía. Dos mujeres, dos... dos jóvenes: Inés y Victoria.

La vida había dado tantas sorpresas a Henry que jamás noticia ninguna conseguía mudar su rostro. Shatidje lo sabía y se ahorró el inspeccionarlo.

—Que Saavedra tenga invitadas de su clase no sería peculiar en demasía de no ser porque ellas estaban informadas de su secreto, un secreto muy grande, muy importante, que yo juré guardar.

Otra pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Ignoro cuál fue la razón de que ambas mujeres subieran a bordo del navío, qué sabrían ellas de barcos y armas y qué aprendieron allí. Pero sí sé que Inés terminó lanzando cuchillos como solo lo haría enseñada por Fred — los ojos de Shatidje se clavaron en su padre y brillaron un instante— y que ambas tienen la intención de fletar un barco y dedicar sus tiernas vidas a la piratería.

En contra de lo que su hija pudiera haber imaginado, al viejo se le iluminó el rostro con una sonrisa que no intentó disimular, pero fiel a su promesa no abrió la boca.

—Como decía, no sé cuán amplios serán sus conocimientos de barcos, mares, rumbos o armas. No sé qué dotes ocultas tendrán para haber sonsacado a Saavedra su precioso secreto, o haber hecho a Fred compartir su arte. Pero sí sé que tienen algo que me inspira, padre. —El rostro del viejo volvió a serenarse y a estudiar a su hija—. Y aunque mi cabeza me grita que es una locura, en esta ocasión veo muy claro cuál es mi destino y qué tengo que hacer. Te ruego que no intentes disuadirme, padre, porque voy a...

—Vas a enrolarte con ellas —interrumpió el viejo.

Esta vez fue Shatidje la que guardó silencio.

—Imagino que habrás contado con Claire.

—También se lo he dicho a Bert, padre. Y a Helen, y a Simonette.

Henry alzó las cejas en señal de sorpresa cuando su hija mencionó a esta última. Entonces alargó su mano hasta la de ella y le dijo:

—Hija mía, no quieres saber mi opinión y no te la manifestaré. Pero permíteme que te ayude... —Henry alzó un dedo en señal de silencio, adelantándose al reproche que su hija intentó hacer— de una manera tan discreta que no puede considerarse una intervención en tu vida, ni en tus planes.

Shatidje asintió con su silencio.

—Emily, en los astilleros de Berwick. Ella sabe más de barcos que ninguna otra mujer que yo conozca.

—Emily —repitió Shatidje en voz alta.

—Y hay otra, cuyo nombre ignoro y a la cual no he visto jamás. Es más, ni siquiera sé si lo que se dice es cuento o es real. Acaso ni siquiera exista. Dicen que uno de los carpinteros del astillero, uno pelirrojo y gordo que responde al nombre de Roney, tiene una pupila que le supera en destreza cerrando vías de agua.

Sha frunció el ceño escéptica.

—El cuento es así —comenzó a relatar Henry con su voz rota—. La esposa de Roney tenía unos parientes que fallecieron no recuerdo de qué, dejando a esta niña huérfana con seis o siete años. Roney y su esposa no tenían hijos y la acogieron en casa. La niña era muy rara y huraña. Tenía miedo a la gente, no había modo de vestirla y peinarla, y no hablaba. Esto desesperaba a la esposa de Roney y, al final, el hombre decidió llevarla con él todas las mañanas a su taller, a ver si podía entretenerla con algún quehacer. Por aquella época Roney no trabajaba en los astilleros, sino que tenía su taller detrás del embarcadero para pescadores que hay en el río, y trabajaba solo en las barcas de pesca de salmón. La historia dice que a la niña le gustaba ir al taller con Roney. Allí no tenía miedo y jugaba con los tacos de madera y el serrín. Para distraerla, Roney empezó a encomendarle pequeñas tareas y ella terminó aprendiendo el oficio. Incluso empezó a hablar. Roney estaba como loco con la cría, y la quería como si fuera su hija. Le dedicaba tanto tiempo que la esposa de Roney comenzó a ponerse celosa y a sospechar lo peor. Cuando la niña cumplió los catorce años, la esposa de Roney se hartó y dijo que quería a la niña fuera de su casa.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Por aquella época Roney había empezado a trabajar en los astilleros por las mañanas, aunque por las tardes conservaba su negocio en el taller, y dicen que intentó buscarle un trabajo a la niña en el astillero.

—¿Y ahora trabaja ella allí? —preguntó la turca con creciente interés.

—No. Una cosa es tener mujeres cortando y cosiendo velas, como hace Emily, y otra muy distinta tener una carpintera o una calafateadora. La mandaron de regreso a su casa.

—¿Y la esposa de Roney?

Henry negó con la cabeza.

—No transigió. Roney tenía un..., digamos, «gran corazón» y no era capaz de abandonarla a su suerte. De modo que le dijo a la niña que podía vivir en el taller, y creo que ahí es donde estará si existe y donde debes buscarla.

Shatidje apoyó la barbilla en el puño.

—Ha de ser un cuento seguro —dijo por fin.

—Es posible —concedió el viejo—, mas nada pierdes en ir hasta el taller. No encontrarás a muchas mujeres que sepan de cascos y calafatear.

La turca se echó hacia adelante en la mesa y le preguntó a su padre:

—Y si es así, si esta niña existe..., ¿qué te hace pensar que querrá dejar el taller y venirse con nosotras?

Henry también se adelantó para contestar en un susurro:

—Porque dicen los rumores que los celos de la esposa de Roney no eran infundados, y si la niña se ha vuelto lo suficientemente fuerte, querrá alejarse de él.

Shatidje se despertó antes del alba. Se vistió, lio en un ato una muda de ropa y un pañuelo para el pelo, y se disponía a salir cuando descubrió a su padre sentado junto al fuego de la sala, con una taza humeante en la mano.

—Has madrugado. ¿O acaso no te has acostado aún?

El anciano sonrió, y las arrugas de su rostro se acentuaron.

—Me quería despedir —contestó con su voz cascada—. Zarparemos hacia Londres en cuanto hayamos avituallado a *El Miguel*.

—De cabeza al avispero.

El anciano la miró intrigado.

—Fred me lo ha contado —se explicó ella.

Él sonrió.

—No será más peligroso que otras veces —le dio un sorbo a la taza—. Si el capitán no se creyera capaz de salir por su propio pie de la entrevista con la reina, no nos enviaría por él.

Su hija arrugó la nariz. Ella no estaba tan segura. Se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿a qué esta despedida? Bien sabes que no me gustan.

—Esta vez es diferente —respondió el hombre dejando la taza otra vez sobre la mesa.

—¿Porque también puedo ser yo quien muera? —Ella no le dejó contestar—. ¿Qué importa quién sea el que no regrese? Siempre que te marchas sabemos que puede ser la última vez que nos veamos. Nada cambia que faltes tú o falte yo. No debiste madrugar.

Shatidje se dirigió a la puerta, pero la voz de su padre la detuvo.

—No me da miedo morir, Shatidje, bien lo sabes. Y acaso sea capaz de soportar que mueras antes que yo, siempre que lo hagas con tu alfanje en la mano. —La mujer tensó la mandíbula—. La razón por la que quería despedirme es porque, aun viviendo los dos, pueden pasar meses, años, sin que volvamos a vernos. Hasta hoy, cuando regresaba a este puerto, sabía que te vería. Sabía que regresarías de trabajar, me prepararías la cena, hablaríamos junto al fuego. Ahora no será así. Cuando *El Miguel* recale, quién sabe dónde estarás tú. No podré mirarte a los ojos y ver si eres feliz o desdichada. Y el día que una espada me corte el gaznate, o que muera de viejo sentado en una silla porque ya no me pueda mover, tal vez tenga que consolarme con el recuerdo de esta mañana. Por eso quería verte. Nada más. Para guardar tu imagen en mi mente. Y acaso el calor de tu abrazo si no estás demasiado enfadada para abrazarme.

Shatidje soltó el aire de sus pulmones y bajó la vista al suelo. Después se acercó a su padre, sin decir palabra, sin mirarlo a los ojos, y se abrazaron con fuerza.

—Por duro que sea para una hija —murmuró el anciano sin soltarla—, tú te has acostumbrado a mi ausencia. Para mí, este pueblo sin ti será peor que la muerte.

—No me pidas que me quede —dijo ella.

—No lo haré. No soy tan egoísta, hija mía. Además, se me llena el pecho al pensar lo que vas a hacer. Solo te ruego que cada vez que vengas a John's Pipe consigas quien te escriba una carta para mí, que yo le pediré a Stowe que me la lea y le dictaré una para ti también. ¿Estoy pidiéndote demasiado?

Shatidje se separó de su padre y lo miró a los ojos por fin.

—No, padre. Lograré encontrar el modo de escribirte, y te dejaré las cartas aquí para que, al leerlas, puedas seguir sabiendo si soy feliz o desdichada. Y sabré que no estoy sola allá donde esté.

Se abrazaron de nuevo y la joven salió a la calle, cerró la puerta tras de sí y partió sin derramar una lágrima. Tampoco lo hizo Henry. Los piratas no lloran.

Pese a lo temprano que llegó Shatidje, los astilleros de Berwick rebosaban vida. La mañana era gris y ventosa, pero bajo los chamizos un sinfín de personas daba pinceladas de color.

Shatidje se acercó al hombre enjuto que estaba sentado tras una mesita, junto a la entrada. Tenía montañas de papeles en las que había garrapateados números y más números.

—Busco a Emily.

El hombre miró a Sha por encima de los quevedos y señaló, al otro lado de aquel patio, un banco de trabajo en el que una mujer vestida de verde discutía con un armador al tiempo que descosía un dobléz de una vela. Después, el hombre volvió a centrarse en sus cifras.

—No le hagáis perder tiempo —añadió cuando la turca comenzó a caminar por el patio embarrado.

El armador, un hombre fofo vestido con un atuendo granate, que parecía sacado de una obra de teatro, gritaba indignado que las velas que habían fabricado para su carraca estaban mal cortadas.

—No lo están —repuso la mujer de verde sin inmutarse.

Tenía la voz suave y joven, como debía de ser ella. Llevaba el cabello castaño y algo rizado recogido en una coleta, pero varias guedejas escapaban y le enmarcaban un rostro despierto. Bajo la blusa entreabierta y el terciopelo verde del vestido se adivinaba un cuerpo fibroso, atlético y también suave.

—¡Sobra tela a los lados de la gavia, y no hay manera de estirarlas!

Emily soltó la vela que estaba descosiendo, cogió un bote de pintura, una brocha, y pintó sobre la mesa el mastelero del barco del fofo armador. Entre las jarcias, pintó sus velas.

—Las velas no están mal cortadas. Las habéis colocado mal —replicó con suavidad.

El hombre se quedó observando el dibujo con cara de besugo. No decía nada, y Emily le ahorró las disculpas.

—Os las puedo pintar en un pedazo de lienzo si queréis llevaros el apunte.

Él negó. Musitó algo incomprensible y después de despedirse con una inclinación de cabeza se dirigió hacia la puerta. Emily volvió a sus velas y Shatidje, satisfecha con la impresión que le había causado la mujer, se dirigió hacia ella. La saludó y sin esperar respuesta le expuso a qué había ido.

Emily dejó su quehacer para prestarle toda su atención a la turca. Cuando esta terminó de explicarse, la gavierra preguntó a modo de respuesta:

—¿Por qué yo?

—Porque eres la mejor gavierra de toda la costa, tal vez la mejor de toda Inglaterra.

—Acaso sea cierto —concedió con una sonrisa. Tenía los dientes más blancos que la vela que descosía—, pero no soy el mejor gaviero de la costa. Ni siquiera puedo afirmar ser el mejor gaviero de Berwick.

Emily no añadió más. Miraba a Shatidje con los brazos cruzados y el pie derecho ligeramente adelantado. Fruncía el ceño, pero no había dejado de sonreír, lo que le daba un curioso aire de escepticismo. Aquella sonrisa, aquella mirada franca... Shatidje pensó que Emily, en su sencillez, debía de llevar a mal traer a todos los hombres de Berwick a los que no les asustaran las mujeres decididas.

—El capitán, el segundo de a bordo y yo misma somos mujeres —aclaró la turca.

—¿Y el resto de la tripulación?

Shatidje se encogió de hombros.

—No puedo aseguraros que no haya hombres.

Emily se quedó pensativa. En silencio se giró hacia la vela que tenía sobre el banco y comenzó a descoserle otro doblez, cortando el grueso hilo con su navaja. Al cabo de varias pulgadas se volvió hacia Shatidje y contestó:

—Es peligroso.

—Los navíos siempre lo son, y más si son de guerra. La vida está llena de peligros que ignoramos y en lo que te propongo sabes con certeza a lo que te enfrentas.

La gavierra meneó la cabeza.

—No, no me has entendido. No me da miedo el combate. Ni siquiera creo que lleguéis a combatir contra otro navío.

Esta vez fue Shatidje la que arrugó el ceño.

—Es por los hombres. Se amotinarán e intentarán tomaros por la fuerza, o algo aún peor.

Shatidje no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Te asustan los hombres? Trabajas rodeada de ellos.

Emily se adelantó hacia Shatidje con el cuchillo en la mano y los ojos brillándole desafiantes.

—Sí, trabajo rodeada de hombres y soy la única mujer de ocho hermanos. Y por eso sé lo que te digo. Aquí si un hombre me hace un comentario desagradable, le hundo el puño en el estómago y al día siguiente volvemos a trabajar mano a mano sin que nada ocurra. Pero esto es así porque ese hombre, al caer el sol, regresa a su casa, con su esposa, con la que satisfacer las fantasías que haya tenido conmigo, o si no tiene una esposa se busca una puta. Pero en un barco, quien duerme al lado de ese hombre soy yo. Una noche y otra noche. ¿Cuántas crees tú que aguantará? Mezclar hombres y mujeres en la tripulación es una locura. Además de que ninguna mujer honesta aceptará.

Shatidje quiso tener algún argumento contra aquello, pero esa mañana había llegado hasta allí a buscar una gaviera y no un gaviero, de modo que no era la más indicada para contradecir a Emily. Probó por otros derroteros.

—¿Y si solo hubiera mujeres a bordo? ¿Podría contar entonces contigo?

Esta vez fue Emily la que dejó escapar una carcajada.

—Si solo hubiera mujeres a bordo, el navío no lograría dejar la primera ensenada.

—No parece confiar mucho en tus habilidades.

Emily volvió a sonreír y, señalando con el cuchillo a una joven pelirroja que cosía sentada en un banco, preguntó:

—¿Ves a aquella mujer?

Shatidje se fijó en ella. Era una muchacha de no más de diecisiete años, delgaducha, con aspecto de pasar hambre. Tenía la cara llena de pecas y el cabello del color del pimentón, y la turca pensó que sus compañeros no debían de desearla ni la mitad que a Emily.

—Es Madge. Ella y su hermana gemela, Sally, trabajan en el astillero hace años. Son muy buenas cosiendo velas, las mejores. Pero no me embarcaría con ellas como tripulación ni con un barril de *whisky* en el vientre.

La turca se inclinó sobre la gaviera y le susurró:

—Pero te he venido a buscar a ti y no a ellas. ¿Qué te hace pensar que el resto de la tripulación que busco no estará a la altura?

—¿Qué sabes de barcos? —espetó entonces Emily.

Shatidje se encogió de hombros.

—Que son de madera, que van por el agua y que te llevan de un sitio a otro. ¿Qué más necesito saber? Lo que importa es lo que sepa el capitán.

Emily meneó la cabeza.

—Una tripulación no es solo su capitán.

Shatidje resopló resignada.

—Veo que tienes respuesta para todo. Está bien. No te robo más tiempo —dijo volviéndose.

—Espera.

Shatidje se giró de nuevo a observar el rostro decidido de la muchacha.

—En ningún momento te he dicho que no.

La turca la miró desconcertada.

—He dicho que es peligroso, pero estoy convencida de que será divertido.

Shatidje no se lo podía creer.

—Si vuestro capitán viene a pedirme que forme parte de la tripulación, podréis contar conmigo.

—¿El capitán? —repitió Shatidje sin poder contener su asombro—. ¿No te das muchos aires, Emily?

Esta vez fue la gavieta quien se encogió de hombros en un gesto encantador.

—Me ha costado mucho ganarme este puesto y el respeto de todos estos hombres. Solo me iré a otro trabajo si conservo mi estatus. Si tu capitán me lo pide, podrás contar conmigo.

Shatidje apretó la mandíbula. Eso iba a ser muy complicado. Le dio la mano a Emily y antes de despedirse recordó algo.

—Por cierto, ¿sabes donde vive Roney?

Roney, el carpintero, vivía junto al río Tweed, detrás del embarcadero de pescadores de salmón. Su casa destacaba por su firmeza y su buen acabado entre las demás de aquel barrio, que parecían caerse a pedazos. La turca golpeó la puerta y abrió un hombre alto y fornido, de barba rala. Por la caja

de herramientas que llevaba en la mano, Shatidje concluyó que se disponía a salir.

—¿Está aquí vuestra sobrina?

—¿Dora? —preguntó el hombre extrañado.

—¿Acaso tenéis más sobrinas que vivan con vosotros?

—¿Qué quieres de ella? —interrogó el hombre dejando la caja de herramientas en el alféizar de la ventana más próxima y cruzándose de brazos.

—Vengo a ofrecerle trabajo como carpintera de una nao.

—¿Carpintera a bordo? ¿Con la tripulación?

Era la segunda obviedad que le preguntaba aquel hombre, y eso irritaba a la turca.

—Eso es.

—¿Para que la violen y la maten? —preguntó el hombre con un tono de voz que mezclaba incredulidad y desprecio, y se volvió hasta la ventana a recuperar su caja de herramientas.

Shatidje lo miró con dureza unos segundos muy largos y después contestó escupiéndole las palabras:

—Ya veo. Mejor dejarla aquí y que solo la violes tú.

El hombre dio unos pasos al frente amenazador y Shatidje reculó lo justo para que él no la alcanzara.

—¿Acaso un trabajo no es lo que queríais para ella? —preguntó la turca más conciliadora—. ¿No intentasteis que trabajara en el astillero? —añadió, confiando en que su padre estuviera bien informado.

El fornido carpintero dio otro paso amenazador y la mujer reculó de nuevo, palpando de forma instintiva la empuñadura de su alfanje. La caja de herramientas se le antojaba un arma suficientemente contundente como para no querer probarla.

—Os hablo de un barco en el que el capitán y el primer oficial son mujeres.

Aquello frenó un poco al hombre, y la turca aprovechó para añadir:

—No encontrará un lugar en el que encajar mejor que este.

—Ella no sabe nada de la vida, ¿entiendes? Nada.

—Y aquí encerrada en vuestro taller va a aprender mucho —contestó Shatidje con sarcasmo.

—Está a salvo —masculló él.

—Está presa. Lo mismo le daría estar muerta. —Hizo un esfuerzo por suavizar el tono y hacerlo más conciliador de nuevo—. Yo le estoy ofreciendo una vida. Puede que más corta que la que le espera aquí, pero una vida.

De pronto se abrió la puerta del todo y en el umbral apareció una mujer con delantal, el rostro arrugado y cara de pocos amigos, que agarró al carpintero del brazo y lo apartó a un lado.

—Has venido a ofrecerle un trabajo a mi sobrina y ya lo has hecho —le dijo a la turca—. Dinos adónde tiene que acudir si está interesada y márchate.

—Estaré en el hostel La Estrella de Mar o en el puerto. Mi nombre es Shatidje.

La mujer asintió con la cabeza y la turca se dio la vuelta y comenzó a avanzar por el camino. Pero a los tres pasos se giró y se volvió hacia el matrimonio.

—Yo la protegería del resto de la tripulación. Os doy mi palabra.

La mujer volvió a asentir con la cabeza, cogió a su marido del brazo, tiró de él adentro y cerró la puerta de un portazo.

Shatidje se alejó de allí, confiando en que la esposa, tal y como había dicho su padre, aprovechara la ocasión de separar al carpintero de su sobrina Dora y le obligara a dejarla marchar.

Inés estaba cada vez de peor humor, y el despliegue sobre la mesa del desayuno de aquel collar de berilos con los pendientes a juego no contribuía a mejorarlo.

Para empezar, aquella mañana no la había despertado el golpeteo de los nudillos de Fred en la puerta, sino la voz de Victoria que la azuzaba para que se levantara ya. La idea de que aquel era el primer día del resto de su vida sin el contramaestre le resultaba suficientemente amarga como para soportar el entusiasmo que mostraba Victoria y menos aún la conducta relamida y prepotente del armador de la *Wakes' Goddess*. Y, por si fuera poco, su amiga había sacado el imponente collar de berilos que le regalara su madre y lo había dejado sobre el mantel, a la vista de cualquiera que entrara en la cámara donde el posadero les había arreglado el desayuno. La joven condesa se sentía francamente incómoda y se tuvo que morder la lengua cuando el armador, tras observar el collar un rato demasiado largo, contestó que aquella joya pagaba el navío pero no el año de gastos que le había prometido sufragar.

Victoria. Estaba claro que, cuando la princesa había dicho que los pendientes serían un precioso obsequio para la esposa del armador, este se lo había tomado de manera literal y no los incluía en el precio. En cualquier caso, Inés sabía que la carraca solo con aquel collar estaría bien pagada. Cualquier hombre razonable sabría que la mitad de los berilos bastaría para pagar la carraca. Pero el interés de Victoria era demasiado evidente, y el hombre no se había hecho rico siendo honrado.

Victoria dudó, lo que irritó aún más a Inés. Que se pudra. Que levante sus gordas nalgas de la silla y se vaya sin nada. Su carraca es hermosa, pero hay más barcos en Berwick. Hay casi más barcos que mujeres, y muchos, muchos más que collares de berilos.

Entonces la princesa volvió a mirar en su faltriquera y sacó una pulsera de perlas, cada una del tamaño de un arándano, y todas ellas tan blancas como las velas de *El Miguel*.

—Esto sin duda cubre vuestros gastos.

Antes de que el armador pudiera contestar, el posadero entró en la cámara y Victoria se apresuró a tapar las joyas con su servilleta. El hombre se dirigió hacia la mesa en la que desayunaban.

—Una mujercuela con un nombre que no he logrado entender espera fuera —explicó el posadero—. Dice haberse citado aquí con dos doncellas londinenses. Ya le he dicho que no creo que ella haya visto una doncella en su vida, pero...

Inés se puso en pie de un salto.

—Permíteme. Ya me ocupo yo —le dijo a Victoria.

Y sin esperar respuesta, sin fijarse en la cara de asombro del posadero, sin preocuparse por cómo acababan las negociaciones, se apresuró a escapar a la puerta.

Shatidje esperaba fuera, apoyada la espalda en la pared, con la planta de un pie pegada a esta y los brazos cruzados. Pese a la diferencia de edad, a Inés le recordó a Henry. En cuanto la turca la vio, una sonrisa franca se dibujó en su rostro. Caminó hacia la condesa. A Inés le pareció más joven de lo que se lo había parecido el día anterior.

—Has venido —dijo Inés a modo de saludo.

—Mi padre me enseñó a cumplir mi palabra —contestó Sha encogiéndose de hombros.

«A mí a hacer nudos», pensó la condesa, pero apartó de inmediato ese pensamiento de su cabeza. Pensar en los últimos días con la tripulación de *El Miguel* y saber que se habían acabado le produjo un dolor casi físico.

—Además —añadió Shatidje con otra sonrisa—, estoy sin trabajo.

Inés le devolvió la sonrisa y agradeció estar allí fuera, bajo el cielo nublado de Berwick.

—Si todo sigue como lo he dejado, cuando Victoria salga de ahí dentro tendrás trabajo.

El rostro de la turca se ensombreció en el acto.

—Hay algo de lo que debo advertiros. Espero que no sea demasiado tarde.

Inés arrugó las cejas.

—¿Advertiros?

Shatidje asintió.

—Oficiales de la Armada os buscan en Burnmouth. Seguramente también os busquen en Berwick.

—¿Te han interrogado? —preguntó Inés alarmada.

La turca midió hasta dónde tendría que contar de su reencuentro con Fred.

—No, a mí no. Pero ayer por la mañana, después de que partierais hacia aquí, una patrulla de oficiales llegó hasta *El Miguel* para interrogar a su capitán acerca de vosotras. Y, según tengo entendido, lo han llevado arrestado a Londres.

—¿Y los demás?

—No sé que hayan arrestado a ningún otro.

Inés se disponía a seguir preguntando cuando por la puerta aparecieron Victoria y el armador.

—¡Shatidje! —exclamó la princesa—. Inés. Ya tenemos navío. El señor Downing nos va a conducir hasta él.

Victoria estaba exultante. Su rostro no ocultaba la alegría que le producía el tener la *Wakes' Goddess* en su poder. A Inés le dolió hacerla aterrizar en el suelo.

—Victoria, Shatidje tiene que referirte un asunto de importancia.

—¿Y ha de ser ahora?

Su tono de fastidio delataba que el aterrizaje no iba a ser suave.

—Me adelantaré para comunicarles los recientes eventos a mis hombres —se apresuró a excusarse el armador.

En cuanto se hubo alejado una veintena de pasos, Victoria miró a Shatidje con impaciencia.

—¿Y bien?

—Una patrulla de oficiales de la Armada se llevó ayer arrestado a Londres al capitán Saavedra con el fin de que confiese ante Su Majestad el paradero de vuestras mercedes —explicó la turca.

Victoria levantó escéptica las cejas y dirigió a Inés una mirada reprobatoria.

—Inés, bien sabes que Miguel es buen amigo de la reina. Estoy convencida de que resolverá este asunto sin ningún menoscabo hacia su persona.

—Aunque así fuera, cosa que dudo si consideramos la causa de este arresto y la relevancia de dicha causa para la reina —masculló Inés recalcando mucho el «dicha causa»—, no es Miguel quien me preocupa. Es más, ahora mismo me es en todo punto indiferente lo que le ocurra al capitán —añadió sin poder ocultar la rabia que sentía.

—¡Oh! —exclamó Victoria, y sonrió con condescendencia—. Te preocupa que nos delate. No creo que lo haga.

—Yo no dudo de que lo hará si con ello pudiere salvar el pellejo. Pero, a decir verdad, no estoy pensando en eso tampoco. Me preocupa que la Armada nos esté buscando hasta en Escocia; me preocupa que ni siquiera ser amigo de la reina sea suficiente para que no arresten a un sospechoso, y me preocupa que hayan estado tan cerca de atraparnos.

—Dada la situación, acaso deberíais reconsiderar vuestra primera decisión de tomar un pasaje para España —intervino Shatidje.

Aunque la intención de Shatidje era conciliar a ambas jóvenes, Victoria le dedicó a Inés una mirada furibunda, convencida de que había sido la condesa quien le había contado a la turca su primer plan.

—¿Y esta va a ser la tripulación de mi barco pirata? —preguntó con desdén—. Cuando seamos piratas seremos perseguidas por la Armada. Habrá ocasiones en las que nos busquen hasta en Escocia, ocasiones en las que estén cerca de atraparnos, e incluso pudiera ser que nos atrapasen, en cuyo caso dudo que nuestras antiguas amistades nos resuelvan nada. ¿Podéis decirme en qué cambia que hayan iniciado la búsqueda ya? Tengo un navío esperándome, acaso el más hermoso que haya cruzado jamás el mar, y voy a hacer grandes cosas con él. ¿Me vais a acompañar o preferís utilizar vosotras los dos pasajes para España?

Inés rabiaba, pero la turca fue más rápida en su respuesta.

—Me tenéis a vuestras órdenes, capitán —dijo con una sonrisa amplia que rejuveneció su rostro—. Mi deber tan solo era informaros. Me alegra saber que vuestras intenciones no han variado.

Victoria estudió a la turca unos instantes, agradada por la respuesta.

—Caminemos pues.

Y la turca decidió dejar el otro tema que tenía pendiente, el tema de Emily, para un momento más propicio en el que su capitán estuviera de mejor humor.

No habían abandonado aún la calle de la posada cuando vieron acercarse en sentido contrario a una muchacha menuda y desgarbada, de cabello castaño. Multitud de pecas afeaban un rostro ya de por sí no demasiado agraciado y su mirada se escondía en el suelo a cada instante, mirada de perro asustado.

Shatidje, al verla, se imaginó de inmediato que se trataba de Dora; recordó a su querida Helen y se preguntó si el maltrato provocaba esa mirada tan similar en todas las víctimas o si era esa mirada del animal más débil de la manada lo que invitaba a los hombres con baja estima a abusar de ellas. Fuera como fuere, la turca supo de inmediato que no le costaría ningún esfuerzo cumplir la promesa que le había dado a Roney de intentar proteger a su sobrina de cualquier peligro.

—¡Dora! —la llamó alzando el brazo.

La joven alzó la vista hasta ubicar a la turca, y a continuación volvió a clavarla en el empedrado mientras caminaba hacia ellas.

—¿Shatidje? —musitó sin saber a quién de las tres dirigirse.

La turca le respondió con una sonrisa abierta y le apoyó la mano sobre el hombro antes de hablar.

—Dora, aquí está la capitán, Victoria Dudley, y esta es la segundo de a bordo, Inés. Capitán, Dora es una excelente calafateadora.

Victoria asintió con la cabeza sin apenas fijarse en la muchacha y añadió a lo dicho por la turca:

—Además de ser la primer oficial, Inés es la contramaestre de la *Wakes*'. Ella os informará del estipendio y lo que se espera de vos. Acompañadnos...

—Dora —apuntó la muchacha en un hilo de voz.

La princesa no se molestó en repetir el nombre. Sabía que lo iba a olvidar antes de que se acabara el día.

Inés se esforzó por sonreír a la carpintera, pero la sonrisa no logró ocultar su malhumor, y Dora se encogió un poco.

Las cuatro prosiguieron hacia el puerto.

La mañana, como la del día anterior, amenazaba lluvia. El puerto estaba tal y como lo dejaran, salvo por un navío grande fondeado en la ensenada, que avituallaban desde antes del amanecer. Las dos aristócratas no alcanzaban a leer el nombre del navío. Tampoco les hacía falta. Lo tenían escrito en sus pasajes. Ese sería el navío que no tomarían, hacia una vida que no iban a vivir.

Tampoco estaban los pescadores del día anterior. En su lugar, en el malecón, esperaba lo que parecía ser un joven rubio, barbilampiño, de talla media y rostro dorado por el sol. Vestía pantalón oscuro, camisa arremangada sobre los codos, jubón de cuero y botas viejas, y daba tres zancadas hacia un lado para a continuación desandarlas hacia el otro, visiblemente impaciente.

Inés lo observaba intentando decidir si le parecía guapo o no cuando la voz de cazallera de la turca la sorprendió.

—¡Claire!

Una sonrisa enorme, demasiado grande para aquel rostro, se encendió en la que Inés había confundido con un muchacho. En cinco zancadas, Claire se puso a su lado.

—¡Sha!, ¡por todos los naufragios!, ¡no recordaba el nombre de la posada y temí no encontraros!

Se volvió hacia la extraña comitiva, se pasó una mano por sus cortos cabellos rubios y, aún sonriendo, añadió:

—Soy Claire.

Tendió una mano al frente, y antes de que nadie pudiera estrechársela, la retiró nerviosa y se la llevó a la cintura para poner los brazos en jarras.

Shatidje volvió a hacer las presentaciones de la capitán y la segundo de a bordo, si bien esta vez añadió que sería Inés la que se ocuparía de la contratación de la tripulación. Claire agarró entonces la mano que Inés no le había tendido y la agitó con resolución. La joven condesa no pudo por menos que sonreír sinceramente.

Victoria resopló con impaciencia. El armador se hallaba ya en un bote pequeño impulsado hacia la *Wakes' Goddess* por un único remero.

—¿Podemos proseguir? A fe mía que nunca pensé que tardaríamos tanto en llegar del hostel al navío.

Mientras caminaban, Claire, vuelta hacia Inés, le contaba su experiencia previa como estibadora en John's Pipe, así como su escasa experiencia marinera. La joven andrógina tenía acento escocés, hacía muchos aspavientos al hablar y enfatizaba cada palabra con muecas. Inés pensó que, con tanta gesticulación, sería capaz de entenderla aunque le hablara en árabe.

—¡Ah! —se apresuró a añadir Claire, no contenta con el resumen de sus experiencias—. También sé echar pulsos.

Inés, apabullada, sonrió de nuevo.

No obstante, estaban aún por ver la entrada más espectacular. Llegadas al pantalán desde el que embarcarse hacia la *Wakes' Goddess*, vieron arribar al puerto un pequeño pesquero del que desembarcó de un salto una mujer. A pesar de su atuendo de pescador en el que no casaban bien ni las botas de soldado ni la pistola del cinto, con ella no había duda sobre su sexo. Era una mujer; era una mujer preciosa. Tirabuzones rubios escapaban de su sombrero y enmarcaban un rostro no por serio menos angelical, y unos ojos muy azules se clavaron desafiantes en el grupo de mujeres.

Inés envidió su aspecto en el acto. No tanto su belleza como la facilidad para parecer una mujer pirata, significara eso lo que significara. ¿Enamoraría a Fred una mujer como esa? Por un instante estuvo segura, y sintió una punzada de dolor.

Acto seguido envidió su arma. Un pistolón con martillo, que no necesitaba de mecha para dispararse, sino que el mero golpe del martillo provocaba una chispa y la explosión. Y corta. Capaz de llevarse en el cinturón como un cuchillo. Había oído hablar de ese tipo de armas, pero nunca había visto ninguna. No eran baratas ni fáciles de conseguir. ¿De dónde la habría sacado aquella mujer? ¿De dónde había salido ella?

En esta ocasión Shatidje no gritó su nombre para que la joven ubicara el reducido grupo que componían. La joven del pistolón se despidió del piloto del pesquero con un movimiento de la barbilla y se dirigió por sí misma hasta Victoria e Inés. Aunque vio a la turca, su mirada la evitó conscientemente.

—Soy Simonette. He oído que buscáis tripulación para un navío pirata.

Tenía la voz áspera, como la arena de las playas inglesas, y la mirada intensa como su cielo.

—Habéis oído bien —contestó Victoria echando una mirada nerviosa a la *Wakes*'.

El armador había subido a bordo y parecía dar instrucciones a los hombres.

—Yo soy la capitán y ella es Inés, la segundo de a bordo. Cuando nos hallemos en el navío ella os informará de las condiciones.

La recién llegada se frotó las manos nerviosa. Victoria ya había vuelto a fijar su mirada en la carraca. El armador había vuelto a descender al bote y, junto con cuatro hombres más, regresaban remando hacia el pantalán.

—Antes de oírlas, me gustaría hablar a solas con capitán y contra maestre.

Las palabras de Simonette arrancaron a Victoria de sus pensamientos. Se giró y estudió a aquella mujer unos instantes. Realmente parecía una pirata.

—Os gustaría hablarnos a solas —repitió a modo de pregunta.

La joven asintió. Victoria miró a Shatidje pidiéndole en silencio una explicación.

—Capitán, creo que lo que realmente quiere decir Simonette es que quiere verse con vuestras mercedes sin que yo esté presente, probablemente para haceros partícipes de nuestra enemistad.

Las palabras de la turca impactaron a las dos aristócratas como una ola en un dique. Inés reaccionó primero.

—Y a pesar de esta creencia, ¿la recomendáis para el trabajo que nos ha reunido? —preguntó con estupor.

Shatidje sonrió.

—Supuse que querríais a los mejores marinos para vuestra tripulación, y a fe mía que no puedo pensar en mejor pirata que Simonette.

Shatidje no pareció molesta cuando Simonette, lejos de agradecerle aquellas palabras, le devolvió una mirada suspicaz.

Inés se encogió de hombros.

—Sea pues —dijo.

—La audiencia con Inés y conmigo tendrá que esperar a que estemos a bordo —añadió Victoria, a quien nada había logrado distraerla más que unos instantes de su nao y del armador—. Ya regresa el bote.

El bote regresaba con los cuatro hombres, el remero y el armador. El señor Downing llevaba en sus manos una preciosa caja de madera tallada y algunas cartas náuticas. Cuando el batel llegó hasta el malecón, los seis hombres desembarcaron. El que había remado hasta la *Wakes' Goddess* lo ató

a un noray y los cinco hombres se dispersaron como agua derramada. El señor Downing señaló el pequeño bote con el mentón.

—Es el batel de la *Wakes' Goddess*. Ahora es vuestro.

Victoria asintió, y mirando las cartas y la caja preguntó:

—¿Y las cartas y los derroteros?

El señor Downing sonrió y su cara se pareció a la de una morsa.

—Las cartas y los derroteros no están incluidos en el precio.

Inés fue a estallar, pero su amiga se le adelantó. De pronto Victoria se había dado cuenta de la mezquindad del hombre con el que negociaba. Al ver los derroteros había entendido que todavía quedaban muchas cosas por comprar y que había gastado demasiado dinero en la carraca.

—¡Miserable! —exclamó abalanzándose hacia él—. ¡Con lo que he pagado por el bajel podríais comprar todos los derroteros de España e Inglaterra!

Inés la sostuvo. Ahora que su amiga había entrado en razón, su rabia había disminuido, como si Victoria la hubiera relevado en el peso de odiar a aquel hombre, y volvía a pensar con claridad.

—Déjalo —le dijo a Victoria—. La vida ya se ocupa de poner a cada uno en su sitio.

—O puedo hacerlo yo ahora mismo —intervino Claire golpeándose la mano izquierda con el puño.

Victoria negó con la cabeza.

—Inés tiene razón. Ser armador tiene muchos riesgos, señor Downing. Vigilad bien vuestros buques, no os los hundan los piratas —añadió escupiéndole las palabras—. ¡Subamos a bordo!

El señor Downing se marchó sin entender la amenaza velada, y las seis muchachas se subieron al bote. Claire y Shatidje tomaron los remos, pero al cabo de unas pocas paladas, la barca se había girado hasta casi apuntar de nuevo al pantalán. Victoria suspiró desesperada. Entonces Simonette habló con su voz áspera:

—Aparta, Shatidje. Remaré yo. Y tú, Claire, rema más suave, pero hundiéndome más el remo.

La turca obedeció y le dejó sitio, y Claire debió de obedecer también, porque la embarcación se enderezó y enfiló hacia la *Wakes' Goddess*.

La *Wakes' Goddess* era una carraca de tres palos y ochenta y cinco pies de eslora, con aparejo redondo y mastelero de gavia. Tenía un discreto castillo de proa en el que cocinar cuando llovía, y en el de popa había un comedor con dos grandes ventanas a babor, y dos dormitorios, uno a estribor destinado al capitán y otro más grande que ocupaba toda la popa, destinado al armador. Bajo la superficie estaba la cubierta de artillería, con ocho cañones y una culebrina por banda, con portas para dar salida a las bocas de los cañones. El techo estaba bajo, a no más de seis pies del suelo. En aquel espacio, entre las cerchas, era donde hacía la vida la tripulación cuando no estaba en cubierta. Allí colgarían sus hamacas para dormir y guardarían su caja de pertenencias, cuidando siempre que todo estuviera recogido para no entorpecer las maniobras de ataque y de artillería. Más abajo solo estaban la bodega y la santabárbara a popa. Era un bajel práctico y sencillo, bien cuidado y muy marinero, que bien podía alcanzar los ocho y nueve nudos manejado con pericia.

Victoria paseó por él de arriba abajo con Inés detrás. Manifestó su contrariedad porque el miserable armador se hubiera llevado también todo el material de escribir junto con los derroteros y no poder ir tomando nota de lo que había que comprar, y regresó al castillo de popa. Cerró la puerta y tomó asiento. Inés se quedó de pie.

—Ya tenemos barco, capitán —le dijo Inés sonriendo.

Victoria asintió, aun cuando la conducta del armador la había puesto de mal humor. Hubo un silencio.

—Si no te importa, me quedaré en el camarote del armador y tú podrás quedarte en el del capitán.

—Por supuesto —concedió Inés.

Otro silencio.

—¡Miserable! ¡No dejar ni un trozo de pergamino, ni tinta, ni una pluma!

—Te los conseguiré enseguida —contestó Inés.

Victoria asintió con la cabeza y la condesa se dirigió hacia la puerta. Victoria la detuvo.

—Una cosa más, Inés. Delante de la tripulación, háblame de vos. Para que me respeten.

Aquellas palabras sorprendieron a la condesa. Victoria nunca se había mostrado así de estirada con ella. Estuvo a punto de replicar que si se

comportaba como una niña enfurruñada no la iban a respetar aunque la tratara de «Su Graciosa Majestad», pero se mordió la lengua.

—Iré al hostel también a recoger nuestras cosas —dijo buscando quehaceres que la mantuvieran ocupada y lejos del castillo de mando.

Victoria asintió de nuevo e Inés salió cerrando tal vez demasiado fuerte.

Las cuatro mujeres esperaban de brazos cruzados en la cubierta. Inés no dudó.

—Shatidje, ven conmigo. Claire y Dora, vosotras también. —Miró a Simonette. No le apetecía llevársela si se llevaba a la turca—. Simonette, tú acompáñanos y tráete el batel de regreso. La capitán os espera para la audiencia que habéis solicitado —improvisó.

Enviarle aquella pirata a su amiga era, a su vez, una pequeña venganza por la salida de tono anterior.

Las cuatro mujeres asintieron y todas se subieron al bote. Esta vez remó Simonette sola, e Inés tuvo la sensación de que iban más deprisa.

Al llegar a tierra, la condesa ordenó a Dora que fuera a comprar con qué escribir y que lo llevara de vuelta al navío, y ella regresó al hostel con las otras dos mujeres para pagar lo debido y recoger el baúl con las pertenencias de la princesa. Por el camino, Claire se disculpó varias veces por lo ocurrido en el trayecto a la carraca, y le aseguró a Inés que podía remar mejor, que solo necesitaba un poco más de práctica. Aunque Inés le contestó que estaba segura de ello y que ya tendría ocasión de demostrarlo, la mujer andrógina siguió explicando que Simonette remaba a diario porque era pescadora, pero que ella, Claire, aprendía muy rápido, y tenía mucha fuerza y no se cansaba nunca. De nada sirvió que Inés volviera a decirle que lo entendía y que no se preocupara. Al cabo de unos minutos de silencio Claire volvió otra vez a lo mismo. Shatidje sonreía divertida, sin decir nada, mientras que Inés se desesperaba por explicarle a la mujerona que lo ocurrido en la barca no había tenido relevancia ninguna.

Lo cierto era que Simonette, con el bote vacío, regresó a la *Wakes' Goddess* en un santiamén. Lo amarró y se dirigió al castillo de popa. Golpeó la puerta y, cuando Victoria la invitó a entrar, obedeció.

—Capitán.

Victoria seguía sentada a la mesa, pensativa. Al ver a la mujer que acababa de entrar, la observó unos instantes sin levantarse, sin entender qué

hacía allí. En verdad tenía aspecto de pirata. Y a pesar de su semblante hosco, era hermosa. Entonces recordó la breve conversación en el pantalán y la invitó a hablar de aquel asunto que requería ser tratado en privado.

Simonette estaba incómoda. El hecho de que Shatidje hubiera adelantado lo que iba a contar, hacía más complicado decir nada. Finalmente se aventuró a explicarle a la capitán que, por razones personales, Shatidje y ella se habían enemistado hacía años y que, por esa razón, ella no podía aceptar órdenes de la turca.

Victoria también estaba incómoda. Habría preferido que la mujer tratara sus temas personales con Inés, que para algo era la contra maestre, pero ya no había vuelta atrás sin mostrar descortesía. Intentó quitarle importancia al asunto y respondió con una sonrisa:

—Quien más y quien menos ha tenido alguna trifulca alguna vez. Seguro que podéis resolver vuestras diferencias.

Simonette se quedó muda. Al cabo de unos instantes, que se les hicieron larguísimos a las dos, la hija del pescador contestó:

—No lo creo.

Victoria frunció el ceño, molesta, y la otra mujer se vio obligada a aclarar:

—Shatidje mató a mi prometido.

Esta vez fue la princesa la que se quedó muda. Recordó cómo habían conocido a la hija de Henry el día anterior y pensó que debía de haber bastantes más prometidas por Inglaterra en la misma situación que aquella mujer.

—Hablad con Inés. Ella es la contra maestre.

Simonette la miró desconcertada. No hacía ni veinte minutos que la contra maestre la había enviado a hablar con la capitán.

—La contra maestre no está a bordo.

Victoria comenzaba a malhumorarse. Sentía que tenía problemas más graves que debía resolver. Realmente no le importaban lo más mínimo las historias personales de la mujer, ni veía dónde estaba el problema. Lo que quería era que volviera a salir del comedor y la dejara organizando lo que había que comprar.

—Hacedlo entonces cuando regrese.

Había mucho que hacer y no sabía siquiera por dónde empezar. No podía perder el tiempo con obviedades.

La mujer asintió con la cabeza y se giró. Entonces a Victoria se le ocurrió una idea.

—¿Sabéis algo de barcos?

Simonette se volvió despacio y asintió con la cabeza.

—Mi padre es pescador.

Aquello no contestaba a la pregunta, pero había asentido, así que Victoria le ordenó que, junto con el resto de la tripulación, prepararan un listado con lo que hacía falta para navegar la *Wakes' Goddess*.

—La segundo de a bordo se ha llevado al resto de la tripulación.

La princesa tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la calma.

—En ese caso, empezad vos sola.

Simonette asintió de nuevo y, por fin, abandonó el comedor.

Victoria se reclinó en su silla de brazos y cruzó los pies sobre la mesa. Tenía un sentimiento de vacío extraño adueñándose de ella por momentos. Tenía un barco, sí, pero no sabía ni tan siquiera qué hacía falta para lanzarse a la mar. Tenía el principio de una tripulación, no más de cinco personas, y ya la irritaban sobremanera. Esperaba sentirse feliz y radiante, pero no podía evitar pensar que había pagado demasiado por un capricho y que ahora no sabía si lo quería. Sabía que quería recuperar los días en *El Miguel*, pero empezaba a dudar de que aquella fuera la manera.

Y Miguel... ¿dónde estaría? La turca había dicho que lo habían detenido los oficiales de Sigfried y que se lo llevaban preso a Londres. Si le interrogaban sobre ellas, ¿qué diría el capitán? Nadie soportaba un interrogatorio en la Torre. Victoria había oído que la gente confesaba cosas que ni siquiera había hecho. ¿Cómo evitaría Miguel que lo interrogaran? ¿Las traicionaría? De ser así, deberían levar anclas pronto y alejarse de Berwick. Y no veía fácil el levar anclas en aquel momento.

Intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza. La razón por la que no estaba del todo entusiasmada era porque aún le faltaba lo más importante: una tripulación. No cuatro mujeres perdidas y sin oficio; no se trataba de hacer una buena obra y que todas las amigas de Shatidje encontraran quehacer. Quería una tripulación de verdad. Inés le había dicho la noche anterior que creía haberlo resuelto, pero, por el momento, la única que había resuelto su parte era ella. Tenían barco. Les faltaba todo lo demás.

Al cabo de un rato de intentar animarse pensando que, en cuanto tuviera su tripulación, todo marcharía bien, se dio cuenta de que le apetecía un té. Aquello le pareció una nueva contrariedad. En *El Miguel*, si quería té,

Richards le traía té. En la *Wakes* no había té ni nadie para preparárselo. Se dio cuenta de que pronto llegaría la hora de comer y no tenía nada para comer ella ni para alimentar a su hatajo de desharrapadas. El día no hacía más que empeorar. Con un humor de perros, salió a la cubierta. ¿Dónde estaba Inés?

Inés aún no había regresado. La cubierta de la carraca estaba desierta. No tenía ni los cuatro hombres que dijo aquel anciano del puerto que eran necesarios para defender su barco. Lo único que le faltaba era que se lo robaran. Debería haber hecho caso a Inés y haber reflexionado más antes de comprar el navío. O, al menos, debía haber esperado a tener tripulación. Se disponía a entrar de nuevo en el castillo cuando el ruido de Simonette aterrizando sobre sus botas desde la jarcia del palo mayor la sacó de sus pensamientos. La mujer acababa de bajar por la escala y había saltado los últimos pies. Se acercó a la capitán. «Otra vez no», pensó Victoria.

—Un ancla más por lo menos, yo llevaría dos con sus correspondientes cables, porque haría falta un rezón; un esquife o, por lo menos, otro juego de remos para el batel; más bombas de achique, porque solo hay dos; hamacas, que no hay más que cuatro y están muy gastadas; clavos, betún, aceite, velas, eslabón, yesca, algodón y pedernal, y algún otro candil. El estado de las jarcias es bueno, el timón lo iba a mirar ahora, y para ver los paños necesito ayuda. De artillería y armas no sabría decirlos. Faltan las baquetas, y necesitaréis pólvora, unas veinte pelotas para la culebrina y trescientas para los cañones acaso basten; arcabuces o mosquetes, petos, morriones...

Simonette hablaba con desgana, pero, a medida que lo hacía, Victoria se sentía mejor. Aquella mujer, sola, había repasado el barco entero, y con que supiera la mitad de lo que aparentaba ya sabía veinte veces más de lo que Victoria se había esperado.

—Bien. Esta tarde tendréis tiempo de comprobar las gavias. Id al timón. Simonette negó con la cabeza y apuntó con la barbilla al malecón.

—Debo ir por ellas.

Victoria hizo una visera con la mano y miró hacia el pantalán. Allí estaban Inés y las otras chicas haciendo aspavientos para que las fueran a recoger.

—Ve entonces —contestó Victoria más animada—. Y cuando hayáis hablado con la contramaestre, decidle que venga a hablar conmigo.

Simonette asintió con la cabeza y, una vez más, remó hasta el puerto. En el pantalán estaban las cuatro. Dora había regresado con útiles para escribir y Shatidje y Claire cargaron el baúl en el bote. Después se subieron todas e Inés

le dio una nueva oportunidad a Claire de remar junto a Simonette. Esta última le había transmitido a la condesa las palabras de Victoria, pero Inés prefirió descargar antes el baúl en el camarote del capitán. Cuando Claire y Shatidje salieron del comedor, Victoria preguntó:

—¿Has hablado ya con...?

—¿Simonette?

Victoria asintió con la cabeza.

—Aún no —contestó Inés.

—¿Sabes cuál es la razón de su enemistad?

Inés volvió a negar.

—Shatidje no me ha referido nada.

—Mató a su prometido.

El mensaje dejó a Inés sin palabras. De modo que era eso.

—Shatidje mató al prometido de Simonette —aclaró Victoria pensando que Inés no lo había entendido.

—Me temía algo así —repuso al fin—. Hablaré con Simonette.

La segundo de a bordo se había dirigido hacia la puerta cuando Victoria la llamó.

—Inés.

Se volvió.

—La quiero en la *Wakes' Goddess*.

—¿Cómo?

—A Yvette o como se llame. La quiero en el navío.

—Es importante que la tripulación esté bien avenida —contestó Inés pensando en el Rata.

—Es la única que vale algo de la panda de desharrapadas que ha traído Shatidje.

Inés quiso responder, pero, en el fondo, sabía que Victoria tenía razón.

—Entonces, ¿para qué quieres que hable con ella? —preguntó molesta.

—Eres la contra maestre —respondió Victoria como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

Inés prefirió marcharse de allí antes de decir algo que lamentaría. Al salir del castillo se dio cuenta de que, de nuevo, había cerrado la puerta con demasiada fuerza. Daba igual. Lo que no iba a hacer era volver para disculparse. Era Victoria la que no sabía cómo debía comportarse como capitán. ¡Solo faltaba que se le contagiara la soberbia de su maestro! Respiró hondo y situó a las mujeres en el alcázar. Simonette estaba en la caña y Claire

y Shatidje sostenían un cabo sobre la borda. Cuando llegó arriba, descubrió que del cabo colgaba Dora, que había descendido por la borda y revisaba el timón.

Inés se llevó a Simonette a proa para iniciar la entrevista. Le preguntó qué era aquello que les tenía que decir, y la hija del pescador, que había estado preparando su discurso, explicó su condición para trabajar en la *Wakes' Goddess*: nunca aceptaría órdenes de Shatidje. Inés lamentó de inmediato la imposición de Victoria. No quería a aquella mujer allí. Le desconcertaba su sequedad y envidiaba su hermosura. Y Simonette le estaba dando razones para enviarla de vuelta a su pesquerito.

—Simonette, ¿verdad?

La mujer asintió y sus tirabuzones dorados saltaron alrededor de aquel rostro perfecto.

—Es importante que en la tripulación de un barco todos rememos en la misma dirección.

Simonette no creyó necesario decir nada e Inés se vio obligada a continuar.

—La capitán me ha puesto al corriente de la razón de vuestra enemistad. Simonette siguió callada.

—Cuando estemos asaltando otro navío, ya tendremos suficientes preocupaciones como para pensar que el peligro pueda venirnos también de nuestras propias filas. Y necesitaré que Shatidje y tú estéis concentradas en el enemigo y no en si la otra le dispara por la espalda.

Silencio. Ciertamente, Simonette era capaz de crispár a cualquiera. Inés insistió:

—Necesito saber hasta qué punto vuestra enemistad os puede impedir hacer vuestro trabajo.

Simonette tardó en hablar e Inés pensó que a esa mujer jamás en la vida se le habría escapado algo que no quisiera decir.

—Oficial, sé lo valiosa que es cada vida en una contienda, y más aún la de Shatidje, que no duda cuando se trata de matar; de modo que, no, nunca la atacaría por la espalda. Es más, si en un asalto yo tuviera que cubrir a Shatidje, ella podría luchar tranquila, que yo la defendería igual que a cualquier otro de la tripulación. Otra cosa bien distinta es que, en cualquier momento del día, las dos tengamos una disputa y ella acabe muerta. Eso no os puedo prometer que no ocurra, al igual que ella no os prometerá que no me matará a mí si las cosas se tuercen.

—Sabéis que a bordo el castigo por matar a otro miembro de la tripulación es la muerte.

Simonette miró a Inés consternada, sin entender a qué venían aquellas palabras.

—También lo es en tierra firme: la horca.

Inés pensó en explicarle que, en Inglaterra, primero tendrían que descubrirla, luego encontrarla y después ahorcarla, mientras que en un navío la pena se aplicaría al instante, pero se dio cuenta de lo absurdo de esos pensamientos. Esas mujeres eran forajidas. Y si no lo eran, lo iban a ser. No iba a ponerse ella a sermonearlas con las consecuencias de sus actos.

—En lo relativo a vuestra exigencia..., ¿hasta dónde llega?

Simonette volvió a mirarla sin entender.

—Es decir, ¿se trata de que Shatidje no tenga un cargo superior al vuestro?

—Me es indiferente el cargo que tenga Shatidje. Yo no estaré dentro del grupo de personas a las que pueda dar órdenes.

—¿Y si la capitán da una orden y Shatidje la transmite?

—Entonces Shatidje deberá recordar decirme que es la capitán quien lo ordena.

—¿Y si Shatidje queda al mando de un asalto? ¿No participaréis?

Simonette dudó un instante.

—Shatidje podrá proponerme lo que quiera que yo haga, pero yo decidiré si lo hago o no. Y nunca se me castigará por no obedecer las instrucciones de Shatidje.

Inés meneó la cabeza. Aquello no le gustaba nada.

—¿No sois consciente de que si os cogemos en la *Wakes' Goddess* será porque Shatidje os ha recomendado?

El gesto de la mujer rubia no cambió.

—Shatidje cree que tengo que agradecerle muchas cosas que no tengo que agradecerle. Si me cogéis en la *Wakes'* será porque soy la mejor pirata que vais a encontrar, porque conozco el oficio, porque trabajo duro y porque soy leal.

—Nunca os habríamos encontrado de no ser por Shatidje.

Hubo otra pausa. Finalmente Simonette dijo:

—Shatidje me ha recomendado porque confiáis en ella y ella sabe que conmigo no quedará mal ante vos; me ha recomendado porque prefiere navegar en un barco en el que esté yo y luchar conmigo al lado que hacerlo

sin mí; me ha recomendado igual que yo la recomendaría a ella, sin dudar, aunque la odie. No lo ha hecho por hacerme un favor. Ni siquiera por hacérselo a vos.

Inés suspiró.

—Está bien, Simonette. Pero no quiero la menor vacilación cuando las órdenes las demos la capitán o yo misma —añadió, aunque sabía que esta frase era una mera concesión a la galería. Simonette no había dado su brazo a torcer. Pero, tal y como había visto la capitán, Simonette tenía algo de pirata ya. Y era ese maldito algo lo que Inés envidiaba más.

Ahora que tenía papel y pluma, Victoria comenzó una lista con las provisiones que tenían que comprar. Con su hermosa caligrafía de princesa escribió las cosas que recordaba de las que había dicho Simonette, y se quedó mirando el pliego casi en blanco. Lo cierto era que no tenía la más remota idea de los bienes con los que había que aprovisionar un barco. Necesitarían un despensero o algo parecido. Iba a salir a hablar con Inés y preguntarle cómo iba el asunto de la tripulación y si alguna de las chicas podría hacer de despensera cuando esta entró.

—Capitán, ¿qué vamos a almorzar?

Sí, la comida. Era tarde. También había que comprar víveres, por supuesto.

—Ocúpate de que traigan algo de alguna taberna. Esta tarde compraré para aprovisionarnos. ¿Tienes alguna idea de lo que hace falta?

—Agua —contestó Inés encogiéndose de hombros—. No he llevado la cocina de una casa en la vida como para saber cómo funciona la de un barco.

—Ya. Pues imagínate yo —contestó Victoria, y por un instante ambas cruzaron una sonrisa cómplice que redujo el malestar.

Después se hizo el silencio. Victoria, sentada en la silla de brazos, seguía mirando el pliego de papel, como si a fuerza de mirarlo fuera a aparecer la respuesta. Inés, de pie junto a la puerta, la observaba a ella. Finalmente la princesa alzó la vista de nuevo hacia su amiga.

—¿Y sabes si alguna de las muchachas...?

—Sabrán más que nosotras, pero no sé si lo suficiente.

—Entérate de si alguna sabe cocinar.

Eran cuatro. No tardaría demasiado en enterarse de qué eran capaces y de qué no.

Inés encargó a Simonette que fuera a tierra a comprar el almuerzo, en parte para resarcirse por no haberle hecho cambiar de opinión, en parte porque era la más rápida remando. Sin embargo, Shatidje se llevó un momento aparte a la condesa y le propuso que Simonette llevara a Dora, que era la que mejor conocía Berwick, a buscar el almuerzo y que volviera remando al navío para que no estuvieran sin bote. Así, una vez más, Simonette remó al malecón, y una vez más Dora se fue a hacer los encargos.

—¿Alguna de vosotras sabe cocinar? —preguntó Inés.

Shatidje iba a decir que no cuando Claire le dio un codazo y señaló el pantalán. Simonette hablaba con una mujer alta y fuerte, con un pelo que en la lejanía se adivinaba recogido y muy rizado, y que iba acompañada de una niña de unos diez años.

—Ahora sí —dijo Shatidje con una enorme sonrisa, y señaló al pantalán—. Ella es Bert.

La mujer y la niña se subían en el batel, y Simonette, pacientemente, las traía remando de regreso.

—Claire, cuando llegue Simonette, la relevarás tú en el bote —indicó Inés, y entró en el castillo de popa para comunicarle a Victoria que tenían cocinera.

Cuando Bert subió a bordo, Shatidje y Claire la recibieron efusivamente.

—No pensaba venir —se excusó la cocinera del antro aquel en Burnmouth—. Es más, a media mañana he ido a trabajar a la taberna. Pero, nada más verme, Phil se ha enfadado conmigo y me ha preguntado que qué hacía allí, que cómo no había venido a ver el trabajo que me habías ofrecido. Yo le he contestado que iba a ser igual, que pronto todos sabrían que me quedé encinta de un hideputa casado y que, como no quise abortar, me dio tal paliza que se aseguró de que el bebé no sobrevivía. Y entonces Phil me ha dicho que es cierto, que todos se enterarán tarde o temprano de lo del niño, pero que aquí, entre piratas, será el único lugar en el que no se me seguirá juzgando por haber matado al hideputa que me hizo abortar a golpes; que los piratas no murmurarán a mi paso: «¿Será cierto lo que dijo el juez de que lo mató en legítima defensa o lo hizo para vengarse?». No, los piratas dirán: «Esta mujer es capaz de clavarle un palo partido en el pecho a quien le hace daño», y me dejarán en paz.

Shatidje sonrió y asintió con la cabeza. Después estiró el mentón y señaló a la pequeña.

—¿Y la niña?

Era muy pálida y estaba extremadamente delgada, hasta el punto de parecer famélica. En aquel rostro sin carne brillaban asustados unos enormes ojos castaños. Bert la miró y le puso una mano sobre la cabeza.

—Es su hija, Sha. La hija de Edmund con otra querida. Se llama Jerusha.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó la turca, y apartó a Bert para poderla regañar.

La cocinera respondió con mucha calma.

—Sha, ¿no lo entiendes? A su madre no pudo matarla porque se escondió en Burnmouth y no volvió a aparecer hasta haber parido a la niña, pero su esposa, Sonya, la esposa de Edmund, les ha hecho la vida imposible a esta cría y a su madre desde que Jerusha nació. Nadie les ofrece trabajo, viven en la miseria... Ni siquiera les venden en los comercios. Sabes el dinero que tiene la familia de Sonya, y ya viste lo que me hizo a mí.

Shatidje sabía que la viuda de Edmund se aseguraba de que Bert se mantuviera marginada, y podía entender que hiciera lo mismo con otra amante del que fue su esposo, pero eso no justificaba el que la niña estuviera allí. Pero Bert seguía explicándose:

—Cuando esta mañana me he decidido a venir, he ido primero a casa de la madre, porque suelo llevarle sobras de comida de la posada. Y, cuando le he contado que me iba de Burnmouth, ella se ha echado al suelo de rodillas y me lo ha suplicado. Me ha llorado diciéndome que, de seguir así, a la niña solo le quedaba la calle. ¡Y, por Dios, Sha! ¡Es una niña! Se merece conservar la inocencia.

Sha se restregaba los párpados con el pulgar e índice de una mano. Claire, apenas apartada un par de pasos, no decía nada.

—Y para que conserve la inocencia ¿la enrolas en un barco pirata? ¡Esto no va a ser un paseo por el lago! ¡Podemos morir mañana!

Bert sonrió y apretó a la niña a su lado en un gesto tranquilizador.

—Lo sé. Pero, si consigo que la capitán la coja de camarera, habrá sido una buena vida hasta que acabe, ¿no? Al menos habrá comido todos los días y habrá tenido dónde dormir.

La turca meneaba la cabeza:

—Tengo que intentarlo, Sha —insistió la mujer. Y añadió lo último que la turca quería oír—: Por mi hijo.

Shatidje suspiró. No le gustaba la idea. No le gustaba que Bert se sintiera responsable de esa cría. No era su hija. Su hijo nunca había llegado a nacer.

—Como quieras —concedió, consciente de que no iba a poder hacerle cambiar de idea. Se esforzó en sonreír y le palmeó el hombro a su amiga—. Lo importante es que tú estás aquí. Ven. Te presentaré a la capitán y a la segundo de a bordo.

Inés le había comunicado a Victoria que ya tenían cocinera, y cuando la rubia había preguntado cuál de todas las desharrapadas, Inés le había explicado que una nueva. No se atrevió a decirle que venía con una niña aún más pequeña que Willie.

—Bien. Podrá hacer de despensera y llevar los libros de las provisiones.

—No creo que sepa escribir, Victoria.

La joven princesa frunció el ceño. Todo eran complicaciones.

—Tendrás que hacer tú de maestre de a bordo —se apresuró a decir Inés antes de que le encomendaran a ella otra labor más—. Seguro que Bert está encantada de acompañarte a comprar y te puede aconsejar sobre qué necesitamos.

Victoria no parecía muy convencida.

—Entonces consígueme a alguien que pueda hacer de...

—Maestre.

—... de maestre lo antes posible.

Inés asintió, satisfecha de haberse salvado de aquella.

—En cuanto caiga el sol volveré a la taberna a buscar tripulación. Ahora voy a hablar con la que tenemos y a explicarles cuál será su sueldo diario.

El rostro de la princesa se avinagró de nuevo.

—¿Y con qué les vamos a pagar?

—Pagaremos cada vez que logremos un botín —explicó Inés—. No antes.

Victoria asintió más tranquila e Inés salió a cubierta.

Dora regresaba con la comida, así que, antes de la charla, las muchachas almorzaron en cubierta. Inés lo hizo con Victoria. Las dos comieron en un silencio molesto, y en cuanto la condesa acabó, escapó del comedor y salió de

nuevo a cubierta. Reunió a las mujeres y las hizo partícipes de cuál sería su estipendio. Aunque no las veía demasiado capacitadas, mantuvo las condiciones que había expuesto a los tres hombres la tarde anterior en la taberna. Esta vez había tenido tiempo para pensar en ellas y asegurarse de que fueran razonables. El sueldo se cobraría cada vez que asaltaran un navío y lograran un botín, y consistía en una paga fija de diez peniques por cada día de trabajo, salvo para el piloto y el contraestre, cuando los nombraran, a los que corresponderían quince. Una vez pagado el sueldo fijo, se apartaría del botín lo necesario para reparar y volver avituallar a la *Wakes*. Del remanente, el capitán y el segundo se quedarían con la mitad o, como mínimo, con ocho y cuatro chelines por día, respectivamente, y el capitán repartiría la otra mitad, o lo que quedara, a su criterio, oída la propuesta del contraestre, en función de la aportación de cada una en la batalla.

—Los grumetes —añadió mirando a la niña— cobrarán ocho peniques al día, pero se les descontarán cuatro peniques y medio diarios por la comida y el jergón, de modo que cobrarán tres peniques y medio diarios.

La niña abrió mucho los ojos ante la perspectiva de ganar lo que le pareció una pequeña fortuna, y se escondió tímida detrás de Bert. Pero no fue la única sorprendida por el salario.

Cuando Inés y Victoria desembarcaron para buscar un perista que les cambiara por dinero el collar que les quedaba, Claire comentó alegre que estaban muy bien pagadas, y Bert la secundó diciendo que, para ella, solo la paga fija le parecía una cantidad de dinero impensable.

—Es que no nos están pagando por cocinar —aclaró Simonette con su voz áspera—. Nos están pagando por jugarlos la vida y condenarnos a la horca, y la vida tiene un precio.

Las palabras acallaron a la cocinera, y la niña, asustada de nuevo, se escondió detrás de Bert.

—Cierto —contestó Claire—. Se nos pagará una cantidad similar a la que se les paga a los soldados por ir a morir al campo de batalla. Ellos van por esa suma, y lo que están haciendo es permitirnos a nosotras ser soldados de fortuna.

—Seamos francas —intervino Shatidje—. Salvo tú, Simonette, las demás no tenemos demasiada idea de barcos ni de armas. Todas deberíamos estar cobrando como Jerusha —añadió señalando a la niña con el mentón—. De modo que estamos bien pagadas.

—Dímelo cuando recontemos las bajas después del primer combate — masculló Simonette alejándose del grupo y dejando a las demás mujeres con un agrio sabor de boca.

Victoria e Inés encontraron un judío dispuesto a comprarles el collar por la mitad de su valor. Cuando el hombre intentó regatearles más diciendo que seguro que era peligroso colocar esa pieza probablemente robada, Victoria trató de convencerlo del origen noble del collar, pero Inés la cortó.

—El collar no se le puede vender a cualquiera, es cierto. Por eso nos estáis pagando la mitad de lo que vale. ¿Lo queréis o no?

Con la faltriquera llena de monedas, las dos muchachas regresaron a puerto y tomaron el tiempo justo para que Simonette desembarcara a Bert de la *Wakes' Goddess* para que pudiera acompañar a la capitán y llevara a Inés a bordo para que se quedara a cargo del navío.

Anocheecía cuando la princesa y la cocinera regresaron con menos dinero y un montón de mercancía apalabrada para estibarlas al día siguiente. Además de las anclas, los cables, hamacas, bombas de achique, juegos de remos para el batel, aceite, velas, eslabón, yesca, algodón y pedernal que había pedido Simonette, habían comprado agua y los alimentos que Bert había recomendado por su capacidad de preservación. Así, habían comprado sacos de bizcochos de pan cocido dos veces, pescado seco, bastina, tocino añejo, habas, garbanzos, lentejas, harina, ajos, quesos, miel, almendras, anchoas, higos, ciruelas y uvas pasas, una caja de carne de membrillo, cebollas, jarras de alcaparras, mostaza, arroz y sal. También para los primeros días habían comprado frutas y verduras frescas de temporada y algo de carne de oveja recién matada. Victoria había insistido en que, en las primeras travesías, no estarían más de diez días sin recalar en puerto, pero Bert no quería dejar de tener en la bodega provisiones que aguantaran más tiempo sin estropearse, porque nunca se podía saber si iban a necesitarlas. También compraron anzuelos, sedales y algo de cebo para pescar mientras navegaban. Lo único que quedó pendiente fueron las armas, que Victoria no tenía la menor idea de dónde las podrían comprar sin levantar sospechas. En la carraca no había más que una veintena de balas de cañón abandonadas y pólvora para disparar dos o tres veces unas salvas de aviso.

Cuando Victoria y Bert estuvieron a bordo, les tocó el turno de desembarcar a Inés y Shatidje. Inés no tenía ningunas ganas de regresar a la

taberna del puerto donde había estado la tarde anterior y, si tenía que hacerlo, prefería que fuera escoltada por la hija de Henry. Cuando le pidió a la turca que la acompañara, esta no opuso la menor objeción. Claire las llevó al pantalán y de allí se encaminaron al antro aquel.

Era más tarde que el día anterior, y aquel lugar no mejoraba con las horas. Cuando, al abrir la puerta, las recibieron la música, los gritos y el olor a marineros que llevan semanas sin asearse, la primera reacción de Shatidje fue detenerse y sostener a Inés del hombro.

—¿Vais a entrar ahí? —preguntó.

Inés asintió con desgana, y la turca, mirando desconfiada en todas direcciones, la siguió.

Salvo por el sonido de una gaita en la tarima del fondo, el antro quedó en silencio cuando ellas cruzaron el umbral. Estaba más lleno. Junto al gaitero, cuatro prostitutas bailaban enseñando las piernas; otras dos coqueteaban con dos potenciales clientes junto al mostrador, todas las mesas estaban llenas y en algunas se jugaba a las cartas. Inés localizó en una de ellas al gordo bajo del día anterior, Roger, pero no había ni rastro de Harry el Largo, ni del de la cicatriz, Murray. Con paso decidido y sintiéndose arropada por Shatidje, cruzó hasta el mostrador, en el extremo opuesto a aquel en el que las dos prostitutas se ganaban la cena.

—Dos vasos de *whisky* —ordenó al tabernero.

Shatidje no abrió la boca. Mantenía la mano sobre la empuñadura de su alfanje y la vista recorriendo cada esquina. Por eso vio primero a Roger dejar la partida y acercarse a ellas.

—Inés —le dijo señalándolo con el mentón.

La condesa se dio la vuelta y lo miró con asco. Estando él solo y ella con Shatidje, no le imponía el menor respeto.

—Si es «mi capitán» —dijo estudiando a Inés de los pies a la cabeza y vuelta hacia abajo. A continuación le tocó el turno a Shatidje—. Y trae compañía.

Alargaba mucho las letras en un hablar zalamero. Aquella forma de hablar y de mirarla fue suficiente para la turca, que desnudó el hierro de su alfanje en un movimiento fugaz. Inés la detuvo con un gesto, pero no apartó la vista del hombre. Este había dado un paso atrás y se había llevado la mano a su cuchillo de un pie de largo. Solo las palabras de Inés los calmaron a los dos.

—No soy tu capitán, sabandija. La tripulación que me siga cumplirá su palabra y estará donde se le diga cuando se le diga. Y ahora aléjate de mí. Estoy buscando otros hombres de armas.

—¡Vamos, vamos!, ¡no os pongáis así por una minucia! —sonrió con aquella sonrisa de dientes torcidos, y su aliento le produjo náuseas a la condesa—. Nosotros cumplimos. No pretenderéis que os encontremos la tripulación de un día para otro. Ayer, cuando hablamos, era tarde, y el Largo, Murray y yo hemos empleado todo el día en localizar a los hombres de los que os hablamos. Mañana estarán en el puerto.

—¿Mañana a primera hora de la mañana?

El hombre sonrió de nuevo. Shatidje, aunque había vuelto a envainar su alfanje, no había soltado la empuñadura.

—¿Primera hora? A primera hora hay niebla y no se puede hacer nada. Además, estos hombres se acuestan tarde cuando estamos en puerto.

Inés le dio la espalda.

—No hacéis concesiones, ¿eh, gatita?

Inés volvió a girarse y lo fulminó con la mirada.

—Estaremos lo más temprano posible —aclaró el hombre—. Tengo que encontrarlos a todos y decirles la hora a la que se los espera.

Inés dejó unas monedas en el mostrador y se volvió de nuevo a Roger.

—El barco es la *Wakes' Goddess* y a mí podéis llamarme oficial, señora, segundo..., hasta os permito que me llaméis Inés. Pero si volvéis a llamarme gatita, será la quilla. ¡Ah! ¡Y venid armados!

El hombre se rio, pero añadió entre dientes:

—Tenéis muchos humos, señora.

—¡Vámonos, Shatidje! No se nos ha perdido nada aquí.

Shatidje pareció dudar, como si en ningún momento hubiera contemplado la posibilidad de salir de aquel lugar sin cortar ningún gaznate, preferiblemente el de aquel tipo, pero, una vez más, obedeció.

De regreso a la *Wakes'*, las muchachas estaban esperando a Inés para preguntarle si tenían que pasar la noche a bordo. Inés pensó en la otra parte de la tripulación, que estaba emborrachándose en tabernas o entre las piernas de alguna bailarina.

—No, cuando arribemos a puerto no es necesario que durmáis en la *Wakes'* siempre y cuando se queden cuatro personas de guardia. Hoy solo

puede marcharse una. Cuando seamos más, habrá menos problemas.

Como ninguna tenía a nadie esperándola en casa, se acordó que fuera Bert la que se marchara cuando hubiera recogido la cena, para que pudiera despedirse de Phil. Bert se llevó a Jerusha para que durmiera con su madre.

Inés y Victoria cenaron juntas. La cena elaborada por Bert, aun siendo mucho más sencilla que las que preparaba *Parbleu* o que lo que cenaba en palacio, le gustó a Victoria. Cenaron sopa de cebolla, pescado a la brasa con patatas y tarta de zanahoria. La pequeña Jerusha la sirvió.

Lo que apenas hicieron fue hablar porque, aunque Victoria intentó iniciar una conversación varias veces, Inés no tenía ningunas ganas. Se fue a acostar pronto y se mantuvo despierta hasta bien entrada la noche, añorando los días en *El Miguel*. Saber que aquellos días habían acabado y, a la vez, que podía volverse a encontrar a Fred en aquellas costas la llenaba de tristeza y de rabia. No quería toparse un día con el contraamaestre agarrado de la cintura de una puta, ni menos aún casado con una de ellas. No quería entrar en una taberna pensando: «¿Estará?, ¿estará?» y deseando a la vez que estuviera y no estuviera. Quería poder pasar página, recordarlo como la etapa más hermosa de su vida, y soñar con que él la amaría para siempre. No quería que se encontraran y descubrir que todo había sido una mentira, el sueño de una cría. Y, al tiempo, deseaba tanto escuchar su voz, aunque fuera un instante... Deseaba que él le pidiera que se quedara en tierra para esperarlo. Pero la mente fría de la joven le decía lo que su corazón no quería escuchar: que había sido perfecto porque los dos sabían que tenía que acabar. Fred no se había abrumado pensando que ella esperaba un anillo, e Inés había ignorado a las demás mujeres que seguro que existían porque ella no estaría allí cuando aparecieran. En *El Miguel*, donde solo estaban ellos dos, nada podía salir mal. Pero en el mundo... no podían encontrarse. No podían encontrarse.

Victoria también pensaba en *El Miguel*. En la oscuridad de la noche y la soledad de su camarote, se imaginaba a su capitán siendo torturado en la Torre por los oficiales de Braukings para que confesara el paradero de las dos mujeres. Intentaba apartar ese pensamiento de su cabeza y lo imaginaba en amigable charla con su madre, los dos con sendas copas de vino en la mano, contándole a la reina cada detalle de lo ocurrido, como su leal confidente. Y no sabía cuál de las dos imágenes le resultaba más insoportable. Finalmente se durmió entre ensoñaciones de torturas y traiciones.

Era normativa de la Casa de Contratación en España que la capacidad del batel debía permitir que la nao se cargase en cincuenta barcadas o bateladas, pero, como las muchachas no iban a atravesar el Atlántico ni iba a ser la *Wakes' Goddess* un barco mercante, bastaron dieciséis viajes para cargar las provisiones compradas el día anterior.

A pesar de las amenazas de Inés, no fue hasta la batelada número once y casi entrado el mediodía cuando aparecieron los hombres. Eran diez, contando a Roger, a Murray y al Largo. Llegaron al pantalán en el que Inés tachaba en un listado lo que se iba cargando. Al final y pese a sus objeciones, estaba realizando la labor de maestro, y eso no ayudaba a su humor. Shatidje, a su lado, se ocupaba de cargar las provisiones en el bote; a Simonette, una vez más, le tocó remar hasta el navío; Claire, que tenía más experiencia en la estiba de un barco, y Bert, que sabía lo que se había comprado y lo que había de utilizarse primero, se ocupaban de descargarlo del bote y colocarlo en la bodega; y Dora estaba a cargo del cabestrante. Victoria supervisaba el procedimiento desde el alcázar. Las muchachas bregaban con cada tonel y cada saco. Solo Claire parecía tener la fuerza necesaria para aquella labor, y cada una de las once barcadas había tardado sus buenos veinte minutos en terminar en la bodega. No obstante, ni Simonette, que en aquel momento llegaba al pantalán con la embarcación vacía, ni Shatidje, que se limpiaba el sudor de la frente con el antebrazo, se alegraron al ver los refuerzos.

Los hombres sí habían cumplido la exigencia de Inés en un punto: venían todos armados. Arcabuces, picas, espadas, un arco largo...; el grupo tenía un aspecto fiero. Inés sonrió para sus adentros, consciente de que era lo que Victoria buscaba. A ellos no les sonrió.

—Señora —dijo Roger a modo de saludo. De día era, si cabía, aún más feo.

—Llegáis tarde. Ya está casi todo el trabajo hecho.

—Os dije que haría lo que pudiera —repuso, desviando la mirada un momento para estudiar a Simonette, que se bajaba del batel para amarrarlo.

Simonette había cambiado su pistolón del día anterior por una pistola más pequeña y más cómoda al cinto, pero que, de igual manera, funcionaba sin necesidad de mecha y que debía de ser, por ligera, más costosa incluso que la anterior. Allí, sudando bajo el sol del mediodía, con sus tirabuzones dorados de menina saltándole alrededor del rostro y sus pantalones y botas de pirata, llamaba la atención. Inés sintió una punzada de celos y se avergonzó de sí misma. ¿Qué demonios importaba que a aquellos miserables les gustara

más Simonette? Pero una vez más tuvo la impresión de que Fred también la miraría con curiosidad, y se le apretó el estómago con fuerza.

—Ella es Simonette. A Shatidje la conocisteis ayer —dijo señalando a la turca con el mentón.

Roger se volvió para hacer también las presentaciones.

—Vos ya conocéis al piloto, Murray —señaló al de la cicatriz que le cruzaba la cara—, y a Harry el Largo, que suele hacer de vigía, aunque también sabe de gavias.

El Largo sonrió y también lo hicieron sus ojos estrábicos. Inés inclinó la cabeza.

—Estos cuatro son gavieros: Thomas —señaló a un hombre grande, gordo, con barba cortada a la moda y cara de pocos amigos, que al instante le recordó a Inés el retrato del abuelo de Victoria, el rey Enrique VIII—, Allan, Lawrence —Lawrence era tuerto— y...

—Collin —terminó la frase el susodicho, uno que rondaba la treintena, pero podía vanagloriarse de tener todos los dientes de la boca.

—Eso, Collin —dijo Roger riendo—. Todos le llaman el Guapo.

El Guapo sonrió con gesto chulesco.

—Un cocinero, Christopher...

El cocinero tenía el aspecto de una babosa. Estaba gordo, pero a diferencia de Thomas, alias Enrique VIII, era un gordo blando, y tenía una mirada libidinosa. Se le acumulaba saliva en las comisuras de los labios, que quedaba seca y blanquecina, y tenía que pasarse la lengua continuamente por estas para humedecerla, lo que lo hacía aún más desagradable.

—Y, por último, os he traído dos artilleros: Jimmy y Brian. Jimmy sabe coser heridas y puede hacer también de físico.

Que Jimmy se llamara Jimmy tenía algo de gracioso, porque era un hombre de casi seis pies y medio, con los bíceps hinchados de levantar balas. Tenía la cabeza demasiado pequeña para aquellos hombros y los ojos separados y despiertos, lo que a Inés le recordó a un lagarto. Jimmy llevaba en el cinturón una espada muy larga colgando sin vaina. El otro, Brian, tenía cara de perro de presa. Con aquellos hombres podían componer un circo.

—Como veis, hemos cumplido nuestra promesa. Una tripulación completa.

—Ya lo veo. Si hubierais llegado antes, le habríais ahorrado un buen trabajo a las chicas.

Los hombres se miraron y después miraron al navío para descubrir a Victoria en el alcázar y a Dora junto a la escotilla. Entonces hubo codazos entre ellos y mentones señalando a la capitán con un inútil disimulo.

—Shatidje, acompaña a Roger hasta el capitán. Que suban otros cuatro hombres más en el batel y se queden tres allí, ayudando en el cabestrante, y otro regrese de remero.

Los hombres obedecieron. Roger, Murray, el Largo, Enrique VIII y el tal Jimmy se montaron en el bote con la turca. Simonette se quedó en el pantalán, junto a Inés, cambiando el peso de una pierna a otra visiblemente incómoda.

—Cuando regrese el bote, que se lleve a otros dos hombres y a Simonette. Con tres aquí será suficiente.

Victoria se acercó a la borda a esperar la llegada de la barca. Tal y como había imaginado Inés, en cuanto vio a los hombres su rostro cambió por completo. Eran piratas. Y venían ya armados.

Roger bajó el primero, seguido de Shatidje, y la turca los presentó con frialdad y no añadió el cargo del hombre. Tuvo que ser este el que lo aclaró.

—Estos son mis hombres —dijo, dejando muy claro que lo seguían a él y que por esa razón tenía que ser el contramaestre—. Este es Murray, el timonel —prosiguió en un amago de presentarlos, pero Victoria lo interrumpió.

—Perfecto. Ocupaos de la estiba del barco, señor...

—Mi nombre es Roger, señora.

—He oído vuestro nombre. Roger, ¿qué más?

El hombre contestó extrañado, como si ni siquiera su padre hubiera sabido nunca su apellido.

—Roger Pattin.

—Bien, señor Pattin. Como os ha dicho Shatidje, yo soy el capitán, capitán Dudley, si lo preferís, mas no señora.

—Sí, capitán.

Otra con los mismos humos o peores.

—Mañana zarparemos con la marea, señor Pattin.

—Sí, señ... capitán.

—Y, Shatidje...

—¿Capitán? —Shatidje no vacilaba.

—Decidle a la cocinera que hoy comeremos tarde, cuando esté terminada la estiba.

Shatidje asintió con la cabeza y se alejó hacia Bert.

—Yo también he traído un cocinero, capitán —dijo Roger—. Él puede tener el almuerzo listo para vuesa merced antes de que acabe la estiba. Los demás podemos cargar el barco sin él y almorzar luego.

A Victoria, que empezaba a entrarle hambre, el acuerdo le pareció bien, y así probaría las dotes del otro cocinero. Además, se sentía feliz con la nueva tripulación. De no tener a nadie que le preparara un té había pasado a tener dos cocineros, una camarera que no sabía muy bien de dónde había salido, pero que le había servido la cena la noche anterior, y un montón de piratas para estibar el barco en una o dos horas más a lo sumo. Tendría que comer sin Inés, pensó mirando a su amiga repasar a lo lejos el listado y los bienes que quedaban en el pantalán.

—Señor Pattin —lo llamó antes de que este se alejara—. ¿Alguno de vuestros hombres sabe leer?

El contramaestre titubeó, como si, de nuevo, la capitán le hubiera preguntado la cosa más extraña del mundo.

—Olvidadlo —le cortó haciendo un aspaviento con la mano.

Seguían teniendo pendiente conseguir un maestre.

La lluvia, que había respetado a las muchachas mientras trabajaban, no tuvo tantos reparos con los hombres y empezó a descargar en la siguiente batelada. Dado que estos se habían repartido las funciones sin contar con ellas, Shatidje se llevó a Dora a la bodega para que la ayudara a habilitar, con el paño de una vela y unos clavos, un espacio apartado para que las muchachas se pudieran asear. Roger llegó a ver qué hacían cuando estaban acabando. El dinosaurio de cuerpo enorme y cabeza pequeña, Jimmy, venía con él.

—Diles a tus hombres que no pueden entrar aquí —dijo la turca.

Roger la miró y se cruzó de brazos. Dora había dejado de dar martillazos, pero aún tenía la boca llena de clavos.

—Soy el contramaestre, mujer. Tú a mí no me das órdenes.

La carpintera pareció empequeñecer. Shatidje no. Miró un momento a Jimmy, con su espada de cinco pies, y luego a Roger con su cuchillo de uno, y dijo:

—¿Acaso es necesario que le pida al segundo de a bordo que os lo diga? Porque Inés no dudará en cuanto le explique que las mujeres necesitamos un espacio para nosotras.

Roger tampoco se achantó.

—Eso sería lo correcto. Que las órdenes las diera el segundo de a bordo y no tú.

Shatidje tensó y aflojó la mandíbula, la tensó y la aflojó, conteniéndose.

—También sería lo correcto que el segundo de a bordo nos dijera que eres el contraмаestre y no te lo dijeras tú solo. A mí nadie me ha dicho que tenga que obedecerte.

Jimmy sonrió. Dora no se estaba divirtiendo nada. Con cada palabra se encogía más y más. Para cuando Roger habló, devolviéndole una torva sonrisa a la turca, Dora debía de ser minúscula.

—Está bien, mujer —dijo Roger—. Cuando Inés suba a bordo hablaremos con ella. Si vais a formar parte de la tripulación, tendréis que formar parte de mi tripulación —dijo recalcando mucho el «mi».

Para sorpresa de Dora, Shatidje, lejos de amedrentarse, dio un paso hacia adelante y se colocó frente a Roger. Era más alta que él.

—Hablaaremos con Inés. Pero déjame que te diga que las mujeres que estamos aquí lo estamos porque no pertenecemos a nadie. Si os da el cargo de contraмаestre, ese será tu cargo y te guardaremos respeto como tal. Pero en ningún momento penséis —aquí incluyó a los dos hombres— que os pertenecemos de ningún modo.

Jimmy volvió a sonreír, cada vez más divertido. Roger había tenido que dar un paso atrás y arrugó la nariz.

—Cuando sea contraмаestre voy a disfrutar mucho con tus insolencias. Me va a divertir castigarte, puta.

Shatidje llevó la mano a la empuñadura del alfanje, y Jimmy tiró de su contraмаestre hacia atrás.

—¿No lo ibais a resolver en cubierta con Inés? —preguntó.

Roger dudó un instante, arrugando la nariz, con la vista clavada en los ojos de Shatidje, que parecía estar deseando que el hombre diera el paso que le faltaba para poder despedazarlo. Todo en ella era seguridad. Y, para alivio de Dora, cada cual se fue para su lado.

La única que parecía no tener problemas con los recién llegados era Claire. Cuando los hombres hicieron una cadena para llevar las provisiones del cabestrante al interior de la bodega, ella se colocó como uno más a cargar

sacos. El gaviero tuerto que se había quedado organizando la estiba en la bodega dudó unos instantes cuando tuvo que decirle dónde dejar su carga, pero como no podía asegurar si aquel marinero era un hombre o una mujer, y estaba allí, dispuesto, con una sonrisa, esperando instrucciones, le indicó dónde y no le dio más importancia.

Acabada la estiba, Inés y los tres marineros que se habían quedado en el pantalán subieron al bote y regresaron a la *Wakes' Goddess*. Inés estaba cansada, mojada y hambrienta, pero, lejos de poderse cambiar de ropa y sentarse en el comedor a hablar con Victoria e intercambiar impresiones, en cubierta la esperaban Shatidje y Roger, los dos de brazos cruzados y con cara de pocos amigos.

—Tenemos que hablar —dijo la turca.

Inés suspiró y asintió con la cabeza.

—Vayamos al castillo de popa.

Llamó a la puerta y no contestó nadie, de modo que la empujó, pasaron al comedor e Inés los invitó a sentarse e hizo lo mismo. Victoria estaría en su camarote. De nuevo habló Shatidje.

—Inés, este mequetrefe...

—¡Shatidje! —exclamó Inés reprendiéndola.

—... el señor Pattin —corrigió burlona— insiste en que es nuestro contra maestre, y a ninguna de nosotras se nos ha comunicado nada en ese sentido. Es más, cuando llegamos, se nos dijo que vos erais la contra maestre.

—Y así es —contestó Inés y Roger puso una desagradable cara de sorpresa—. Roger, siempre habéis sido el contra maestre de esos hombres y continuaréis siéndolo. Mas yo no os conozco, ni tengo referencias vuestras, y no sé si hacéis bien vuestra tarea y si los hombres os respetan o no. De modo que, por el momento y hasta que vea vuestra habilidad de impartir justicia entre la tripulación, las mujeres seguirán dependiendo de mí.

Roger frunció el ceño, la rabia pintada en sus ojos.

—Yo os he traído estos hombres y he venido a este barco como contra maestre. Si no me queréis aquí, estamos a tiempo de irnos —espetó lleno de ira.

Inés se sentía agotada, demasiado cansada para aquella conversación. Shatidje la miraba con un gesto decidido. Parecía querer decir: «Adelante, que se vayan, Inés. A mí no me gustan nada».

—Roger, vos sois el contra maestre de estos hombres, y se os va a pagar como tal. Vos sois quien los conoce y sabe quién llevará a cabo mejor cada

labor, de modo que vos os encargaréis de dar las instrucciones a la tripulación cuando el capitán ordene hacer algo. Si hay que largar una vela, vos indicaréis quiénes subirán a la verga. En ese sentido, Shatidje —dijo volviéndose a la turca—, vosotras obedeceréis las instrucciones de Roger. Roger, si en una semana me demostráis lo que valéis, también seréis el contraмаestre de la *Wakes' Goddess*. Hasta entonces, las mujeres están bajo mi mando directo. Si creéis que hay que disciplinar a alguna, incluso reprenderla, acudiréis a mí y seré yo quien lo haga. ¿Os ha quedado claro?

Roger seguía lleno de rabia.

—¿Y debo aguantar las insolencias de esta...? —no encontró la palabra adecuada.

Inés suspiró.

—No. Shatidje, tú y las demás mujeres le guardaréis respeto. Aunque no estéis bajo su mando, es el contraмаestre, ¿entendido? No lo volváis a llamar mequetrefe ni nada parecido.

—¿Aunque él nos llame putas?

Aquello ya era demasiado. Inés estuvo tentada a invitarlos a que dirimieran su disputa a puñetazos y la dejaran en paz. Parecían críos.

—Os llame como os llame. Le guardaréis respeto.

Roger sonrió.

—Y vos, si queréis ser el contraмаestre, os guardaréis muy mucho de llamar puta, furcia, fulana o cualquier apelativo similar a ninguna mujer de esta tripulación, aunque en otro tiempo hubierais yacido con ella por un precio. ¿Lo habéis entendido vos también? Espero que las cosas estén lo suficientemente claras como para no tener que reunirnos más veces.

En aquel momento se abrió la puerta del camarote de Victoria y esta entró. Shatidje se puso en pie de inmediato. Roger no tan deprisa.

—Aclaráбamos los términos de la relación —explicó Inés.

—Creí que iba a ser el contraмаestre —gruñó Roger, esperando que la capitán se pusiera de su lado.

Victoria alzó las cejas.

—¿Y no es así?

Roger sonrió.

—Lo es, de sus hombres —aclaró Inés, maldiciendo que su amiga no hubiera entrado un instante más tarde para que pudieran hablar a solas las dos—. No conoce a las mujeres, así que seguiré siendo yo la contraмаestre de

las chicas hasta que me demuestre que las tratará igual que a ellos —contestó Inés tajante, para evitar que Victoria enredara en lo que acababa de resolver.

—Me parece justo.

—Capitán —dijo Shatidje con suavidad—, querría aprovechar para pedirnos que las mujeres podamos utilizar una parte de la bodega para nuestras necesidades y aseo personal. Una parte... separada.

—¡La bodega es para la carga! ¡Toda la bodega! ¡Solo el cocinero, los oficiales y a quienes estos autoricen pueden entrar ahí! —estalló Roger, consciente de que Shatidje se le había adelantado y la capitán ya iba a decirle que sí.

—Por esa razón estoy solicitando el permiso del capitán. Solo necesitaremos el espacio de una cuaderna, en la proa.

Victoria dudó.

—Vic... Capitán —intervino Inés con voz seria—, estas mujeres van a dormir en la cubierta de artillería junto al resto de la tripulación. Si no les permitís tener un espacio para asearse, me veré obligada a dejarles mi camarote para que lo hagan.

Roger apuñaló a Inés con la mirada. Victoria agitó la cabeza.

—No será necesario, oficial —contestó la capitán—. La bodega no está llena. Las chicas pueden utilizar una cuaderna solo para ellas. ¿Habéis verificado que hay hamacas para todos?

—Me... me disponía a comer algo, capitán —titubeó Inés agotada.

—Ah, sí. Señor Pattin, Shatidje. Si no hay más asuntos que tratar, pueden volver a sus puestos. Inés, ordenaré que la cría esa te traiga aquí la comida y trataremos los asuntos del día. Mañana quiero zarpar con la marea.

Cuando la turca y el contramaestre abandonaron el castillo, Inés preguntó:

—¿Y las armas?

—La tripulación va suficientemente armada y ya compraremos la pólvora y más balas de cañón más adelante. De momento quiero ver si conseguimos hacer navegar a esta belleza.

Inés asintió. Victoria estaba de mejor humor que el día anterior, y eso le gustaba. Si conseguía limar las asperezas de la tripulación, tal vez fuera cierto que podían ser piratas. Tenía ganas de hacerse a la mar de nuevo, de subir a las vergas y ayudar con las velas, de ordenar cabos... Por el momento y hasta que la tripulación no la respetara más, no podía ponerse a hacer lo mismo que ellos. Pero todo llegaría. Sí, pronto se echarían a la mar y entonces...

entonces solo faltaría Fred, como siempre y para siempre. Inés se dio cuenta de que, de nuevo, se le había quitado el apetito.

La lluvia, el cordero de Bert y la sopa de garbanzos con cangrejos y mejillones de Christopher —hubo dos menús porque ninguno de los dos cocineros dio su brazo a torcer— mantuvieron a la tripulación tranquila bajo cubierta. Cuando Bert le puso a Jerusha su ración delante, la muchacha la miró sin poder creer que todo eso fuera para ella. Las otras chicas también comieron con ganas. Quedaba poco por hacer. Comprobaron que hubiera hamacas para todos y se instalaron cada cual en un rincón.

Al caer el sol, Roger le preguntó a Inés si los hombres podían salir a dar una vuelta por el puerto e Inés le respondió lo mismo que a las chicas el día anterior: siempre y cuando hubiera cuatro marineros de guardia, podían salir. Pero los quería a todos sobrios y preparados cuando saliera el sol.

Se sorteó quiénes se quedarían de guardia. Simonette y Dora se ofrecieron voluntarias para hacer la primera y la última, y Claire para hacer la segunda si alguien se quedaba en su puesto en la primera para que pudiera salir a tomar algo antes. Bert accedió. Finalmente, y ante la idea de que solo uno de los hombres se iba a quedar allí, Sha dijo que haría la tercera guardia, y todos los hombres, acompañados de Claire, que se les unió para la primera ronda, se bajaron de la *Wakes*.

Shatidje estaba sentada en cubierta, afilando su alfanje mientras maldecía por haber aceptado hacer la tercera guardia, la peor, cuando era demasiado temprano para levantarse y demasiado tarde para estar despierta. Los hombres no habían regresado y ella luchaba por mantener los ojos abiertos. Pensaba en el tal Roger, en lo duro que iba a ser tenerlo de contramaestre. Pensaba que, tal vez, se había equivocado, y que no había ninguna razón por la cual el trabajo a bordo fuera a resultar mejor que todos los malogrados intentos de trabajar de camarera. Al menos estaba Inés. La joven la había defendido todas las veces, plantándose ante el hideputa aquel y ante la capitán, casi una cría. Los dos años que la separaban de ellas se le antojaban un abismo. No eran lo mismo dos años en la calle que doquiera que los hubieran pasado aquellas dos tiernas muchachitas. Sonrió. Y entonces la sobresaltó el ruido seco de un disparo en el pantalán. Shatidje se puso en pie

de un salto, tomó el catalejo y buscó la causa en tierra. Y entonces el corazón le dio un vuelco, porque allí, en el malecón, menuda en su vestido de burguesa, estaba Helen, con un enorme mosquete que todavía humeaba a su lado. La turca corrió al bote y remó haciendo eses hasta el puerto. Desembarcó y abrazó a su amiga, que dejó escapar un quejido. Entonces la turca la apartó y la examinó ante la tenue luz de la luna. Un ojo morado y el pómulo partido, las manos arañadas y las marcas de unos dedos en el cuello eran lo que se podía ver sin descubrirla. Shatidje no quiso pensar cómo tendría el resto del cuerpo.

—Frank —contestó la joven, aunque eso Shatidje ya lo sabía—. La vecina le dijo que habías estado dando voces en la calle y se enfureció y empezó a tirar cosas al suelo y a llamarte zorra y lo de siempre... Pero yo estaba tan disgustada porque no fuera a verte más que no fui capaz de guardar silencio. Te defendí, le grité que él no sabía nada de ti... No sé cómo se me ocurrió plantarle cara —se encogió de hombros y esbozó una sonrisa—. Pero cuando se quedó dormido... tomé la decisión. Cogí su mosquete, como me dijiste, y hui. Llevo todo el día escondida para que no me encuentre. Solo ahora, que sé que estará borracho otra vez, me he atrevido a venir.

—Y has hecho bien. ¡Ven a bordo! Cuando se haga de día te presentaré a Inés.

Y las dos se subieron al bote y remaron de regreso a la *Wakes' Goddess*.

Aquella noche los hombres sí cumplieron y, antes o después, más o menos borrachos, todos estaban en la carraca al amanecer, dispuestos para navegar la *Wakes' Goddess*, la diosa de las estelas, el navío de Victoria, y de Inés.

## CAPÍTULO VII

La reina Isabel estaba sentada sola ante la mesa del desayuno en el palacio King John's Barn. Ante sí tenía desplegada toda clase de dulces y viandas, pero ella no las miraba. Hacía semanas que apenas comía.

Al principio, la llegada de Robert Dudley había hecho las cosas más llevaderas en palacio. El conde había retomado su función de «rey consorte de facto», función que no ejercía desde hacía años, y había ayudado a tomar las decisiones pertinentes para encontrar a su hija y mantener el reino en orden a pesar del abatimiento de Isabel. Pero al cabo de unos días los antiguos amantes volvieron a discutir. Dudley, ya mayor para el genio de la reina, le contó que llevaba casado en secreto con la viuda del conde de Essex, Lettice Knollys, desde septiembre y —aunque Isabel estaba informada de ello por otras fuentes— esto los llevó a una pelea terrible que acabó con Dudley regresando a su nuevo hogar, Essex, donde también tenía un hijo, pero varón y, por primera vez, legítimo.

Isabel se había quedado sola. De nuevo sin Robert y sin Victoria, había perdido toda la ilusión. Su mirada vagaba más allá de los ventanales del palacio, como si mirando tan lejos fuera a encontrar a su hija. El chambelán tuvo que llamarla dos veces para que ella le prestara atención.

—Majestad, ha llegado el capitán Robert Walcott, del cuerpo especial del almirante Braukings.

Aunque la reina lo estuviera mirando, el chambelán se dio cuenta de que su mente no estaba aún allí.

—Majestad, viene con el capitán Saavedra.

Entonces regresó de pronto, al instante. Todos los sentidos de la monarca pendientes de él.

—¿Y las niñas?

El chambelán negó con la cabeza.

—Solo viene con el capitán Saavedra.

La mente de la reina pareció nublarse de nuevo.

—El capitán Saavedra solicita permiso para asearse antes de comparecer ante Vuesa Majestad. Dicen llevar tres días cabalgando.

Isabel habló despacio, sin mirarlo.

—Haced pasar al tal Walcott y llevadle al capitán Saavedra una camisa limpia y una escudilla para que pueda lavarse la cara y las manos. En cuanto haya cruzado unas palabras con el oficial de Braukings, hacedlo pasar.

El chambelán se retiró y no tardó en reaparecer con Robert Walcott. De las escasas tres horas que habían descansado a cinco leguas y media de Londres, el favorito de Braukings había renunciado a media hora de sueño para afeitarse, lavarse y cambiarse de ropa y, aunque bajo los ojos se le hundían unas ojeras oscuras y tenía aspecto cansado, estaba presentable. La reina lo observó. Joven, en torno a la veintena, pelo oscuro y corto, bigote fino aún no muy espeso, mentón decidido. Era guapo y tenía un aire distinguido que le recordó a su Robert, Robert Dudley, cuando era joven. La reina apartó ligeramente su silla de la mesa y se giró hacia él, que en aquel momento saludaba con una reverencia.

—Capitán Walcott, ponedme al corriente.

—Encontramos *El Miguel* en Burnmouth, Escocia, al norte de Berwick, y lo registramos; pero lamento informaros de que llegamos tarde y las doncellas ya no se hallaban a bordo —dijo con gravedad.

—Suponiendo que hayan estado a bordo alguna vez —musitó la mujer—. ¿Qué decía el cuaderno de bitácora?

—Los libros no las mencionaban, majestad. Pero los dos oficiales del puerto que hacían guardia el día en que desaparecieron declararon...

La reina hizo un gesto con la mano para cortarlo. Ya sabía lo que habían declarado los oficiales y lo que Braukings creía.

—¿Y el capitán? ¿Qué ha declarado?

—No lo ha hecho, majestad.

La reina lo miró sorprendida.

—¿No lo habéis interrogado aún?

—Dijo que hablaría, pero solo con Vuesa Majestad. No negó haberlas secuestrado. Si nos dais la orden, lo torturaremos hasta que...

La reina lo volvió a detener con un leve gesto de su mano.

—Escucharé primero lo que me quiera decir. Habéis hecho un buen trabajo, capitán. Podéis retiraros. ¡Chambelán!

El chambelán acompañó a Walcott al exterior y a continuación dejó entrar a Miguel. Miguel Saavedra, con sus diecinueve años, la misma ropa de

hacía tres días —salvo la camisa—, sin afeitarse, sin apenas dormir..., solo su modo de andar ya era mucho más seguro que el de Walcott. La reina lo observó sin conseguir averiguar qué era lo que le atraía tanto de aquel muchacho, prematuro capitán, pero consciente de que ejercía en ella un interés magnético. Miguel no sonrió aquella vez. Clavó la rodilla en el suelo esperando a que la reina lo invitara a incorporarse. Y entonces alzó su mirada color miel, aquellos ojos impenetrables que la reina no podía imaginar que habían enamorado a su hija. La reina lo mantuvo arrodillado.

—Capitán Saavedra, el oficial de Braukings me ha informado de que no habéis querido declarar ante nadie más que yo —el tono de la monarca era severo—. Por ser quien sois, he accedido a vuestra petición. Ya estáis ante mí. Ahora decid de inmediato cuál es el paradero de lady Braukings y de la otra doncella de mi corte.

Miguel asintió y miró a su alrededor.

—Majestad, la razón por la que solo puedo hablar a Vuesa Majestad es porque la información que tengo es confidencial, y no sé en quién confiáis y en quién no. ¿Os puedo hablar con libertad aquí?

La reina, intrigada, se vio tentada a echar al chambelán y a los camareros y dejar solo a su guardia personal, pero se contuvo y le ordenó en tono amenazador:

—¡Capitán, contestad si las dos doncellas embarcaron en *El Miguel* cuando zarpasteis de Londres o haré que os lleven de nuevo con Walcott para que os interrogué él mismo en la Torre!

—Así fue, majestad —contestó el joven con voz pausada—. Las dos doncellas embarcaron en *El Miguel*.

—¿No... no lo negáis? —exclamó Isabel levantándose colérica, pero aún más sorprendida que irritada.

—Lo negaría, majestad, a todo el que me lo preguntara salvo a Vuesa Majestad, pues solo a Vuesa Majestad me es dado relatarle lo ocurrido.

—¿Viven? —preguntó entonces con los ojos brillantes.

—La última vez que las vi vivían, sí, y gozaban de una excelente salud —contestó Miguel.

—¡Viven! ¡Bendito sea el cielo! —exclamó la reina con júbilo—. ¿Cuándo las visteis? ¿Dónde están ahora?

Antes de que el capitán contestara, la reina se serenó de su ataque de alegría y con un tono durísimo preguntó:

—¿Por qué embarcaron en *El Miguel*? ¿Por qué lo permitisteis? ¿Se lo habíais sugerido vos antes? ¡Hablad! ¡Explicad vuestra traición!

Miguel meneó la cabeza con fingida sorpresa.

—¿Traición, majestad?

—Braukings cree que las secuestrasteis o, peor aún, les disteis muerte.

—¿Secuestrarlas y matarlas...? —Miguel se permitió una sonrisa de incredulidad—. ¿Por qué iba a cometer semejante atrocidad?

—Bien sabéis la opinión que Braukings tiene de vos —contestó la reina con tono cansado—. Él no creyó que el hecho de que fueran dos doncellas desvalidas os detendría.

Miguel agachó la cabeza en un gesto de consternación.

—Majestad, ruego perdonéis mi torpeza..., no logro comprender por qué razón iba a secuestrar o matar a dos doncellas vuestras.

—Braukings cree que lo hicisteis para pedir un rescate, o tal vez solo como venganza personal.

Miguel se quedó en silencio unos instantes.

—Ahora entiendo. Lady Braukings. La hija de Sigfried Braukings.

Isabel lo miró con suspicacia.

—¡No os finjáis tan necio ahora! ¡La conclusión era demasiado sencilla!

—Lo es para quien conoce que el nombre de una de las doncellas es lady Braukings, mas yo lo ignoraba hasta que Vuesa Majestad lo ha mentado. Ninguna de ellas guarda el menor parecido con Braukings. ¿Quién es su hija?

Isabel, cauta, no contestó.

—Si ignorabais que Inés era la hija de Braukings, ¿quiénes creíais que eran?

—Lady Dudley y su doncella e intérprete, lady Espinosa, dos damas de vuestra confianza, majestad.

Isabel lo miró consternada.

—Si Vuesa Majestad me dice que puedo hablar aquí, comenzaré por el principio.

Isabel lo detuvo y esta vez sí que echó al chambelán y a los camareros. A continuación invitó a Miguel a ponerse en pie y contarle aquello tan secreto que tenía que contarle.

—La víspera de mi marcha de Londres me avisaron de la visita a bordo de mi navío de dos doncellas de la corte. Me resultó muy extraño, tanto por la hora como por la calidad de la visita, pero las atendí, pensando que tal vez se

trataba de algún asunto relacionado con la conversación que había mantenido con lady Espinosa después de hacerlo con Vuesa Majestad.

—¿Qué conversación?

—¿No os han referido lo que ocurrió con mi espada? —preguntó Miguel. Y antes de que la reina pudiera contestar continuó—: Cuando terminó nuestra entrevista y me disponía a marcharme, mi espada había desaparecido. Mientras la buscaban, apareció lady Espinosa con ella, se presentó, me preguntó cuándo zarpaba de Inglaterra y, en cuanto le respondí que esa noche, me la devolvió y me dijo que volveríamos a vernos. Acaso por ello la historia que me refirieron ella y lady Dudley resultó más convincente.

—¿Qué historia?

—Lady Espinosa me presentó a lady Dudley y me rogaron ayuda, haciéndose pasar por emisarias vuestras. Me dijeron que Vuesa Majestad estaba intentando llegar a un acuerdo con Felipe de España, pero que, por la ingente suma de dinero que ganan los piratas y los corsarios en esta guerra, había muchas personas interesadas en que ese acuerdo nunca se produjera y que Vuesa Merced misma no sabía en quién confiar. Apelaron a mi sangre, mitad inglesa y mitad española, para que las condujera en secreto hasta España e intentar poner fin a tan larga enemistad.

—¡Y están en España ahora!

—Yo, por supuesto, quería creer lo que me decían, mas no me resultaba sencillo, dado que esa misma mañana había estado con Vuesa Majestad y no me habíais mentado nada. Pero me habían abordado en el King John's Barn, lady Espinosa hablaba bien el castellano y lady Dudley ni hablaba ni vestía como una muchacha cualquiera.

—¿Las llevasteis a España?

—No, majestad. Mi relación con Vuesa Majestad es conocida y no está bien vista en España. A mi pesar, tuve que declinar el ofrecimiento de intermediar en esta misión. No obstante, creí que no haría ningún daño llevando a las doncellas hasta Dover, para que allí tomaran un barco a Calais y desde allí pudieran viajar en coche hasta España.

La reina tuvo que tomar asiento. De pronto parecía mucho mayor y muy fatigada.

—Veo que me equivoqué —continuó el pirata— y que os he causado un perjuicio muy grande. Os ruego tan solo que comprendáis por qué no he querido hablar de esto con nadie sino Vuesa Majestad. No quería poner en riesgo el acuerdo y no sabía en quién podía confiar.

—Braukings cree que... —musitó la reina con un hilo de voz, pero fue incapaz de terminar la frase.

—Majestad, sin duda habéis hablado con el barquero que trajo a lady Dudley y a lady Espinosa a bordo de *El Miguel*. Él os habrá referido cómo ellas tomaron libremente el bote.

—El barquero se ahogó. Era un hombre mayor. Braukings sostiene...

De nuevo la reina dejó la oración inconclusa. ¿Qué importancia tenía lo que pensara Braukings?

—Ellas me dijeron que habían burlado a sus oficiales. No se me ocurre forma de convencer a dos doncellas secuestradas para que hagan eso de propia voluntad. Y podéis preguntarme cuanto queráis sobre ellas. Durante la corta travesía hasta Dover, disfruté de su compañía y almorzaron en mi comedor, lo cual resultaría muy complicado si las hubiera secuestrado o si les hubiera dado muerte.

La reina había hundido la cara en su mano derecha, el codo apoyado en la mesa. Parecía completamente abatida.

—Majestad —dijo Miguel con dulzura—, debéis de tener en enorme estima a lady Braukings y a vuestra doncella. ¿Teníais grandes planes para ellas?

La reina alzó el rostro y dejó ver los ojos acuosos y enrojecidos. Intentó contestar y dos lágrimas perfectas corrieron por sus mejillas. Isabel se tapó la boca, llorando. Miguel dio un paso para tomarle la mano y clavó la rodilla en el suelo.

—Majestad, ¿qué os he hecho? Decidme cómo puedo compensaros por el error que he cometido.

Entonces la reina preguntó en un hilo de voz:

—¿Victoria no os ha dicho nada?

Miguel meneó la cabeza sin entender.

—Victoria, o lady Dudley, como la llamáis vos..., es mi hija.

Las palabras golpearon a Miguel, le impactaron como un proyectil, y el capitán, olvidando ante quién estaba, tuvo que buscar asiento en una silla de la mesa al lado de la reina.

Por supuesto que Miguel había pensado que Victoria tendría algún parentesco con Robert Dudley, y se imaginaba que la reina tenía a la muchacha en palacio como favor a su amante. Pero Miguel había pensado que Victoria sería la prima o la sobrina de Dudley —tal vez la hija de Ambrose— o incluso la hija del conde con lady Sheffield, nunca con la reina.

No imaginaba que la princesita loca fuera realmente una princesa. Pálido, el capitán se pasó la mano hacia atrás por el pelo, maldiciendo el día en que cedió a las amenazas de Inés. Una cosa era jugar a enseñar a la hija de Braukings a ser una pirata y otra muy distinta cambiar el curso de la historia de Inglaterra llevándose lejos a la heredera al trono.

Dover, pensó. Si *El Miguel* estaba llegando a Londres, tal vez pudiera llegar a Dover antes que el mercante en el que viajaban las dos. Las esperaría, las sacaría del bajel y las llevaría ante la reina en menos de dos días. Pero no. No podía hacerlo. Si las llevaba ante Isabel, Victoria no tardaría en contarle la verdad a su madre, y él terminaría en la horca. No. Las dos muchachas tenían que llegar a España o, al menos, abandonar Inglaterra de prisa. Tenía que interceptarlas y explicarles cómo estaban las cosas para que, si las encontraban, la historia de ellas y la de él coincidieran. Eso, o hundir el barco en el que viajaban y acabar de una vez por todas con aquella locura.

—Capitán.

La voz de la reina lo sacó de sus pensamientos y se puso inmediatamente de rodillas a sus pies.

—Majestad, no sé si podréis perdonarme algún día. Pero permitidme intentarlo, permitidme intentar resolver esta situación a la que mi torpeza os ha llevado. Si *El Miguel* está en Londres, zarparé de inmediato a Dover a buscar alguna pista para hallarlas. Como Dover estaba repleto de barcos, no hicimos puerto allí, sino que desembarcamos a las dos doncellas en el batel y esperamos a que sacaran los pasajes para Francia. Y aunque ignoro el nombre del mercante en el que embarcaron ni los nombres que utilizaron, los averiguaré —decía el capitán mientras su mente, a toda velocidad, discurría cuál sería el siguiente paso. Tenía que buscar en los archivos de la oficina del puerto un mercante que abandonara Dover hacia Francia llevando a dos mujeres de pasaje en la fecha en la que él debió haberlas dejado allí. Lástima que Stowe hubiera matado al Rata. El Rata era bueno haciendo ese tipo de trabajos. Tendría que enviar a Willie a husmear—. Majestad, si las doncellas están aún en Francia, las encontraré y os las traeré. Tenéis mi palabra.

A la reina se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Oh, capitán. Me alegro al menos de saber que Braukings estaba equivocado y que tengo un amigo en vos.

Braukings... Necesitaba quitárselo de encima para poder actuar.

—Majestad, no merezco vuestra amistad. Hoy menos que nunca. Permitidme tan solo zarpar hacia Dover ya mismo para intentar averiguar lo

máximo posible.

—Capitán Saavedra, lleváis tres días cabalgando sin descanso. Si las muchachas zarparon para Francia hace un mes, nada va a cambiar porque descanséis unas horas.

En unas horas se le podía haber escapado el mercante en que viajaban. No había tiempo.

—Descansaré durante la travesía. Unas horas pueden determinar que ellas tomen otro barco, o que encuentren un coche a España... Cada minuto cuenta. Os ruego tan solo, majestad, que deis orden para que dejen de buscarme en todos los puertos de Inglaterra. Si al llegar a Dover vuelven a apresarme para traerme ante vos, entonces seguro que no llegaremos a tiempo.

—Os haré un salvoconducto.

—Voy a comprobar que *El Miguel* ya está en Londres —se puso en pie e hizo una reverencia—. Las encontraré, majestad —dijo como despedida.

Lo que no dijo fue «y me aseguraré de que Vuesa Majestad no lo haga nunca». Y mientras abandonaba el King John's Barn con el salvoconducto en la mano pensaba: «Debí dejarlas en Madeira».

En cuanto el capitán hubo pisado de nuevo las calles de Londres, tomó un coche de cuatro caballos y le dio orden de llevarlo lo más rápido que pudieran sus animales hasta Gartmore.

—Lléveme por la ribera del Támesis, y si ve un navío de tres palos remontar el río contracorriente, avíseme de inmediato.

Y, a pesar del traqueteo del carruaje y de la adrenalina, Miguel cayó rendido, durmiéndose y despertándose a cada rato de las cinco horas que transcurrieron hasta que el cochero detuvo los caballos.

—El navío —le dijo el hombre cuando estaban a unas pocas millas de Gartmore.

Miguel se apeó y vio su hermosa carraca maniobrando contra la corriente del Támesis. Sonrió ante la destreza de sus hombres. Se subió al pescante del cochero, de ahí al techo del carruaje, y agitó los brazos de arriba a abajo.

—No os van a ver —dijo el cochero.

Pero aquel hombre no conocía la vista prodigiosa de James. El enorme vigía hipermétrope no tardó en avistar a su capitán y en dar las órdenes a la

tripulación. *El Miguel* recogió las velas, echó dos anclas, un bote al agua, y en poco más del tiempo que tardó el español en pagar al cochero, Richards saltaba a tierra en un bote en el que remaban Dorek y Clavos.

Nada más hallarse en la cubierta de *El Miguel*, el capitán ordenó que viraran y pusieran rumbo a Dover a todo trapo.

—¡No quiero que nadie me moleste hasta que hayamos alcanzado el maldito mercante en el que embarcaron! —exclamó Miguel, y aunque el capitán no las mencionó, todos supieron a quiénes se refería.

Miguel, extenuado, se retiró a su camarote, y se estaba quitando el jubón cuando Henry llamó a la puerta y la empujó sin esperar respuesta. Miguel, con el ceño fruncido, observó al anciano.

—No creo que hayamos alcanzado el mercante aún —dijo el capitán con tono amenazador.

El anciano meneó la cabeza, restregándose las manos, incómodo.

—Es que, capitán, he pensado que, tal vez, la travesía a Dover sea porque estáis buscando a las dos doncellas que nos acompañaron.

Miguel se ahorró la respuesta. Su mirada habría amedrentado a cualquier otro que no fuera el viejo.

—Y, bueno, no creo que ellas estén en Dover. Ni tampoco en ese mercante que buscamos.

—¡Habla claro, Henry! ¿Qué sabes?

Los ojos del capitán chispeaban.

—No mucho, capitán. Apenas nada. Sé que conocieron a mi hija en Burnmouth y que estuvieron en tratos con ella. Las hijas no cuentan mucho. Pero aunque Shatidje se despidió de mí cuando zarpé hacia Londres diciéndome que ella no estaría a mi regreso, no me dio la impresión de que fuera a tomar un mercante a Dover ni menos aún que fuera a viajar a España. Si buscamos a las dos doncellas, sería mejor empezar por Berwick, capitán.

Miguel se cruzó de brazos con la mandíbula apretada.

—No tenemos otra opción más que ir a Dover. La reina me espera allí y tengo que buscar en el archivo algún buque que le dé veracidad a mi historia. Pero a fe mía que no nos demoraremos más que unas horas. Si Inés y Victoria están cerca de Berwick, navegaremos hacia el norte antes de que se ponga el sol mañana.

Henry asintió y salió del camarote. No había cerrado la puerta cuando oyó al capitán exclamar:

—¡Definitivamente, debí dejarlas en Madeira!

Lejos de Londres y aún más lejos de Dover, las dos aristócratas se deleitaban viendo navegar su navío. En Berwick había amanecido lloviendo, y el mar estaba movido, pero los nueve hombres de Roger habían realizado su trabajo bien. Se notaba que se conocían de antes y que habían trabajado juntos en numerosas ocasiones. Cada cual había hecho lo suyo para llevar las anclas y sacar al navío de la ensenada, sin entorpecerse los unos a los otros.

Lo de las mujeres era diferente. Tan solo Claire, vestida como un muchacho, se esforzaba por imitar a los hombres. Si bien no tenía los conocimientos ni la práctica suficientes para poder hacer lo mismo que ellos, se contentaba con seguirlos por la cubierta, tratando de aprender lo que pudiera. Bert y Jerusha recogían el comedor del desayuno. Aquella misma mañana, la pequeña Jerusha había ayudado a Victoria a meterse en un precioso vestido granate con brocados de oro, gorguera y mangas acuchilladas, con el cual la princesa se paseaba ahora por el puente. En el último instante antes de salir a cubierta, Victoria se había colgado el tahalí con la espada que Miguel le regaló y se había quitado el verdugado por considerarlo demasiado incómodo y aparatoso para la labor de capitán y, en aquel momento, la falda caía lacia, solo hinchada a veces por el viento. Inés se mantenía al lado de su amiga, en el alcázar, también con un vestido sin verdugado, oteando la lejanía, y pocos pies detrás de ella aguardaba Shatidje. La turca no había contribuido a poner el navío en marcha, consciente de que habría estorbado más que ayudar. Todo el tiempo se había mantenido junto a Inés, como si fuera su escolta, y así lo sentía la condesa. Dora y Helen, después de que los hombres les bufaran varias veces que se quitaran de en medio, se habían refugiado bajo cubierta. Y Simonette, la otra mujer que vestía aquella mañana como un hombre, con su guisa de pescador con botas de soldado, se había sentado desde el principio de la maniobra en la cubierta, pegada a la baranda, en un punto en el que no entorpecía el paso, y observaba a la tripulación ir de acá para allá. Ni una sola vez se ofreció a ayudarlos. Tan solo los estudiaba con su mirada hosca. Inés tenía la sensación de que era la única de las mujeres a bordo que sabía perfectamente qué estaban haciendo los hombres de Roger.

Pero lo que aquella mañana importaba era que se había obrado el milagro y el navío se movía por el agua, como por arte de magia, alejándose

de la costa, de Berwick, y de las aguas turbias del delta del Tyne. Aunque fuera sin ayuda de las mujeres.

—Navegaremos a todo trapo hacia el sur, bordeando la costa, para confirmar que la *Wakes' Goddess* navega bien y que todo funciona correctamente. No haremos puerto hasta Newcastle —anunció Victoria a Roger.

Inés pensó que eran pocos hombres para recoger todas las velas rápido si algo se torcía, y Roger debió de pensar lo mismo porque exclamó:

—¿Todo trapo, señora... capitán? ¿Acaso no está el día muy oscuro para navegarla a todo trapo?

Victoria pareció sorprendida un momento porque el hombre la contradijera, y enseguida respondió:

—No pretendía navegarla a todo trapo ahora, cuando ni siquiera hemos abandonado la ensenada —dijo con desdén—. Hablaba de la travesía a Newcastle. Cuando el viento y la lluvia lo permitan, la pondremos a todo trapo.

La respuesta pareció tranquilizar a Roger, y la carraca siguió navegando lenta, con mayor y mesana desplegadas y restallando en el clima de perros de la vieja Inglaterra.

Pronto Victoria se cansó de mojarse en el puente y entró en el comedor e Inés se quedó en cubierta, aún escoltada por Shatidje, sintiendo la lluvia en el rostro y con el estómago apretado por el cúmulo de sentimientos que afloraba en ella el volver a navegar.

La primera travesía resultó tranquila, a pesar de las provocaciones de Shatidje a los hombres al poco de salir de la ensenada. Al tomar las primeras olas, la carga de la bodega se había movido golpeando contra el casco, y ella se había ofrecido a asegurarla con Claire e ir después a buscar a Dora para que revisara los posibles daños en el armazón. Roger, no contento con dejar la tarea en manos de tres mujeres, había enviado al Guapo a que las ayudara.

Bajaron Claire, la turca y el hombre de Pattin, y se encontraron a Dora con el martillo colgado del cinturón y un cesto lleno de estopa de cáñamo a sus pies, acariciando el casco del bajel como si fuera la piel de su amante. La mujer se sobresaltó al oírlos llegar y se apresuró a señalar unos barriles.

—Hay que amarrarlos mejor —dijo.

Shatidje asintió y Claire se puso manos a la obra. Entre ella y el Guapo los empujaron de nuevo a su sitio y los amarraron con firmeza. El Guapo sonrió cuando terminaron. Sonreía subiendo una comisura y bajando la otra, en una sonrisa irregular que resultaba seductora.

—Ya sé por qué te llaman el Guapo —dijo entonces Shatidje.

El hombre sonrió de nuevo, explotando su mejor atributo.

—En cualquier otro lugar te habrían llamado el feo, pero si se te compara con el resto de tus amigos, deformes y horrorosos...

Dora, que colocaba un pedazo de estopa en la junta de dos tablones, abrió mucho los ojos. Claire frunció el ceño. Al hombre se le había congelado la sonrisa en una mueca.

—¡Sha! —le regañó su amiga.

Shatidje mostró las palmas de las manos, se encogió de hombros y regresó a la cubierta.

—No se lo tengas en cuenta —trató de disculparla Claire, pero al hombre ya le había cambiado la cara y fruncía el ceño con rabia.

A pesar de las provocaciones de Shatidje y de la segunda guerra en la cocina por preparar el almuerzo —hubo dos almuerzos de nuevo—, la *Wakes' Goddess* llegó al atardecer habiendo recorrido más de cuarenta millas y con toda la tripulación ilesa.

Victoria propuso que anclaran en la primera cala resguardada que avistaran para no navegar de noche cerca de la costa, y anclaron en una ensenada cerca de Newbiggin. Los dos cocineros ofrecieron su menú para cenar, y las dos aristócratas cenaron juntas. La princesa estaba de un humor excelente. Ya no llovía, y en los claros que se abrían entre las nubes brillaban multitud de estrellas cuyo reflejo rielaba en la superficie queda del mar. Inés se sintió en paz, la paz del mar y del arrullo del agua. Aspiró una bocanada grande de aire y anunció que se iba a acostar. Victoria no había bebido vino, pues aquella iba a ser su primera noche como capitán y sentía que debía estar alerta y despejada, pero igualmente estaba embriagada por aquel momento perfecto. Se desvistió con ayuda de Jerusha, colgó el tahalí con la espada en un gancho junto a la cama, se recogió el pelo en dos trenzas y se puso el camisón más bonito que encontró en el baúl, uno de lino, lleno de bordados y encajes, para celebrar la primera noche de su carraca lejos de puerto, su primera noche de capitán. Y se fue a dormir.

La noche estaba en silencio, con el arrullo suave de las olas de la cala en el casco de la *Wakes*'. Inés dormía profundamente, como no lo había hecho desde que desembarcó de *El Miguel*. Victoria, por el contrario, dormía intranquila. Estaba pendiente de si el navío garreaba, de si el viento aumentaba, y en su duermevela calculaba si había echado suficientes brazas de cable para cada ancla. También Shatidje dormía intranquila en su hamaca. En sus sueños se mezclaban miradas de los marineros, susurros, las palabras de Emily en el astillero sobre los peligros de una tripulación de hombres y de mujeres... Tal vez por eso se despertó en el instante en que el gaviero tuerto la agarró de una pierna, y tal vez por eso la turca comprendió lo que ocurría antes de que se le echara encima.

Los piratas se habían organizado lo suficientemente bien como para atacar todos al tiempo, de modo que ninguna de las mujeres pudiera dar la alarma a las demás. Sin otra luz más que la de la luna entrando por la escotilla y las portas de los cañones, habían identificado sus presas y, del mismo modo que el gaviero tuerto había ido a por Shatidje, otro había ido a por Claire, un artillero a por Dora, y el Guapo no había tenido ningún reparo en que le hubiera tocado Jerusha. Helen, Bert y Simonette, las más cotizadas por ser las más hermosas, se encontraron con dos hombres cada una. A por Helen fueron el artillero descomunal de cabeza diminuta al que llamaban Jimmy y el Largo, que iba a dejar hacer a su compañero conformándose con el segundo turno. A por Bert fueron Roger y, observando el espectáculo hasta que le tocara a él, el cocinero-babosa. A Simonette la sujetaba de las manos Murray y el gaviero parecido a Enrique VIII de las piernas. La habían visto pasear con sus pistolones y habían tomado la precaución de inmovilizarla entre los dos.

Pero con Shatidje no habían sido tan precavidos. En cuanto el tuerto le puso la mano sobre la pierna, la turca sacó su alfanje del hato que utilizaba de almohada y le rebanó el cuello. El cuerpo del hombre le cayó encima, ya inerte, empapándola de sangre, sin apenas soltar un gemido.

Bert también estuvo rápida. Al sentir cómo el contramaestre le ponía una mano en el muslo, le dio una patada en su boca apestosa. Acto seguido y antes de que pudieran reaccionar, cogió uno de los cuchillos de cocina que había traído consigo del hato de su derecha y, sin pensar en que dos hombres iban a por ella, se giró hacia Jerusha y acertó a clavárselo al Guapo en la parte de atrás del muslo, antes de que este pudiera arrancarle los pololos a la cría. El Guapo dio un alarido y soltó a su presa.

—¡Corre! —gritó Bert a su pupila.

Jerusha se levantó al tiempo que Roger le propinaba a su salvadora un bofetón con el revés de la mano. La niña dudó un segundo, porque el Guapo se había vuelto también hacia Bert y si huía la dejaría sola con tres hombres, pero miró la extraña escena, las mujeres forcejeando en la penumbra, y enseguida obedeció y corrió hacia la cubierta.

En el exterior, una niebla húmeda lo llenaba todo del blanco de la luna casi llena. Jerusha corrió hacia el castillo de popa. Empujó la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Recordó haber visto una ventana abierta en el lado de estribor cuando recogía la cena, así que pasó la pierna por encima de la baranda, se agarró a un obenque y desde allí se encaramó a las molduras de la pared del castillo de popa y trepó hasta la ventana. Bajo sus pies, las aguas se movían oscuras y frías. La ventana seguía abierta y la niña saltó adentro para encontrarse en el comedor. A su izquierda, en la pared de popa, se cerraba la puerta del camarote del capitán y, frente a ella, a babor de la embarcación, la puerta del camarote de Inés. Dudó unos instantes y optó por golpear la de la segundo de a bordo. No hubo respuesta. En su lugar, oyó cómo alguien trataba de abrir la puerta de acceso al castillo por la que ella había intentado entrar antes de usar la ventana. Jerusha sintió cómo el corazón le batía salvaje en el pecho y volvió a golpear la puerta de Inés con todas sus fuerzas. El ruido que hizo fue un murmullo comparado con el estallido seco de la patada del pirata en la puerta del castillo. La puerta se abrió, golpeando la pared contraria, y apareció en un halo de luz el cocinero-babosa que, en el último momento, había preferido dejar a Bert con los dos hombres con los que forcejeaba y seguir a la cría. Jerusha se apretó contra la puerta de Inés, llorando. El hombre se acercaba con calma, la espada en la mano izquierda, un candil en la derecha y una sonrisa torcida en la boca. Se limpió con la lengua las comisuras llenas de espuma. Estaba tan solo a un par de pasos de la cría cuando se abrió la tercera puerta, la del camarote del armador, y apareció Victoria con las trenzas medio deshechas y vestida tan solo con el camisón de la princesa que era. Vio a la niña temblar, apretada contra la esquina, y tiró de ella hacia el interior de su camarote, escudándola con su cuerpo. El hombre miró a la capitán vestida de esta guisa y su sonrisa se acentuó.

—Me ha salido el mejor premio —dijo burlón.

Victoria empujó su puerta con fuerza, pero el cocinero metió la bota e impidió que se cerrara. La capitán mantuvo a Jerusha detrás de ella, al tiempo

que reculaba hacia la pared de popa para alejarse del pirata. No había tenido tiempo de encender su lámpara y la única luz que iluminaba el camarote era la del candil de aquel bellaco. Un paso, otro paso. Jerusha chocó contra la pared del fondo y el hombre volvió a sonreír, pero la sonrisa se le congeló en el rostro cuando un cuchillo se le clavó en la espalda. El pirata se giró hacia su agresora. No necesitó el candil para ver a Inés en la puerta, pues la joven había aparecido con su propia lámpara en la mano zurda, la mano diestra ya vacía después de haberle lanzado el cuchillo. Inés ya estaba vestida con los pantalones y la camisa que le regaló Fred. Victoria no esperó otra oportunidad. Soltó a Jerusha, se lanzó por su espada, la arrancó del tahalí y, con todas sus fuerzas, se la clavó por la espalda al hombre en el hígado. El acero entró hasta la mitad y, cuando la princesa lo sacó, el cuerpo del hombre cayó inerte sobre el suelo del camarote. El candil se rompió y la vela se apagó al caer. La princesa y la niña se quedaron inmóviles un instante en la penumbra. Entonces Victoria arrancó el cuchillo de Inés de la espalda de su víctima, se lo devolvió a su amiga y le dijo:

—Démonos prisa —y se volvió hacia la cubierta.

Inés la detuvo asiéndola del hombro.

—¿Qué haces? ¿Sabes bien dónde te metes?

Victoria la miró sin entender, se soltó de un tirón, le quitó la lámpara y contestó:

—Hay un motín en mi barco. Tú quédate aquí si lo prefieres —y aceleró el paso, con Jerusha pegada a sus talones. Inés apretó los dientes con fuerza y las siguió.

Cuando Victoria e Inés llegaron a la cubierta de artillería, la realidad de lo que estaba ocurriendo las golpeó de lleno. A pesar de la promesa que hiciera Shatidje al tío de Dora, una vez se desembarazó del cuerpo exánime del tuerto, su siguiente movimiento había sido ayudar a Helen con los dos hombres que se disponían a violarla. Con su alfanje y la rabia desenfundados, dio tres pasos hacia el Largo, que esperaba turno de espaldas a ella, y le partió el espinazo. Jimmy se había vuelto de inmediato, con los pantalones bajados, y apenas sí había tenido tiempo de subírselos con una mano mientras desenvainaba su espada con la otra cuando Sha lo atacó. El gigante logró defender el golpe y ambos se estudiaron unos instantes para ver quién sería el siguiente en moverse. Pero Shatidje no tenía tiempo para un combate limpio con él. Cuando parecía que la turca lo atacaría, se giró hacia el pirata con el que forcejeaba Dora y le tiró un tajo. El grito de advertencia de Jimmy llegó

justo a tiempo y el otro hombre esquivó en parte el golpe, recibiendo tan solo un corte en el hombro. Y así los había encontrado Victoria: Shatidje, cubierta de sangre, luchando contra el gigante de Jimmy y el del tajo en el hombro; Helen escondida en un rincón, hipando; Dora, maltrecha, recuperando su ropa; Simonette ya sin pantalones, con Murray sujetándole los brazos contra el suelo, y Enrique VIII intentando separarle las piernas; Bert arrinconada entre dos cuadernas por Roger y el Guapo, apenas logrando mantenerlos a raya con su cuchillo; Claire tratando de romperle en la cabeza un taburete al insensato que la había atacado creyendo que tendría más fuerza que ella..., y sangre y gritos y golpes.

La violencia de la escena paralizó a Inés. A Victoria solo el segundo necesario para decidir su objetivo: Enrique VIII, que finalmente había logrado separarle los muslos a Simonette. Con la espada levantada, la capitán dio los cinco pasos que la separaban de él, y se disponía a clavarle la espada en la espalda cuando Murray la vio y le advirtió. Enrique VIII tuvo el tiempo justo para girarse y parar el tajo de Victoria con la mano, agarrando el filo de su espada. Pero Simonette no necesitaba más. Sin él encima y con Murray distraído, la hija del pescador liberó su mano derecha, alcanzó su pistolón y descerrajó un tiro al hideputa que tan cerca había estado de violarla.

El disparo de Simonette alertó a los demás piratas. Roger se había girado y había descubierto a Inés. Una sonrisa torva se había dibujado en su desagradable rostro barbudo, y había dejado a Bert con el Guapo para acercarse a la segunda de a bordo. Inés, al ver la mirada depravada con la que se acercaba, entró en pánico. Sin saber muy bien qué hacía, preparó un cuchillo para lanzárselo. Demasiado cerca. Se pasó el cuchillo a la mano izquierda y desenfundó su cuchillo más grande. Las manos le temblaban como hojas.

—Esto lo voy a disfrutar —dijo el gordo—. No sabes las ganas que te tengo, gatita.

Inés sentía que el corazón se le saldría por la boca. «Puedes hacerlo —pensó—. Fred te enseñó bien. Si no lo ves claro, espera a que él ataque. Espera a que él ataque», se repitió, girando alrededor del círculo imaginario que habían trazado. Pero su mente no ayudó. Pensó en Fred, en que seguramente no lo volvería a ver, en que la iban a violar y matar, en que la estaba atacando un hombre con mucha mucha más experiencia en lides que ella..., y su mente se quedó en blanco, o más bien en negro, adelantando la muerte que ella ya presagiaba.

Mientras tanto, Shatidje se defendía como podía de los ataques de los dos hombres. Dora no tardó en ayudar. En cuanto se recompuso, buscó un arma a su alrededor, encontró su martillo y golpeó con él en la parte de atrás de la cabeza al que había ido por ella. Suficiente. Sha fintó un ataque, Jimmy cayó en el error de defenderlo y se encontró con un tajo en el pecho. Jimmy reculó un par de pasos, cayó sentado, en una postura absurda en la que todavía parecía más alto que Dora, y Shatidje le cortó el gaznate de otro tajo.

Las intenciones de Murray de violar a Simonette se habían disipado con la muerte de su compañero. Sacó un cuchillo del cinto para clavárselo a la peligrosa criatura a la que todavía tenía asida con la zurda, pero Victoria le lanzó un revés y tuvo que defenderlo. Demasiado fácil para Simonette. Alcanzó su otra pistola, agarró a Murray del hombro obligándolo a girarse hacia ella y le reventó la cara de otro disparo.

Muerto Murray, Victoria se volvió a ayudar a Inés. Pero no llegó a tiempo. En aquel momento Roger se había abalanzado hacia la condesa, cuya mente seguía lejos de allí. Por fortuna, aunque su cabeza no ayudara, las lecciones de Fred y las horas y horas de repeticiones habían hecho que el cuerpo de la joven aprendiera los movimientos como actos reflejos. Inés paró el golpe hacia afuera y, sin pensar lo que hacía, sin siquiera ser consciente, contraatacó como le había enseñado Fred, buscando un hueco indefenso, clavándole el cuchillo de la mano izquierda en el vientre. El gordo se desplomó sobre ella, e Inés, histérica, desclavó y volvió a clavar el pequeño cuchillo en aquel vientre fofo cinco, seis, siete veces, abriendo manantiales de sangre con cada punzada... Hasta que el cuerpo del hombre, ya cadáver, se desplomó en el suelo. Entonces Inés se apartó de él y, pálida, ojerosa y cubierta de sangre, cayó de rodillas y vomitó en el suelo.

Claire y su adversario estaban acabando con el escaso mobiliario de la bodega cuando Shatidje se acercó a él por la espalda, lo agarró del pelo y lo degolló. Claire frunció el ceño y soltó la baqueta de cañón que sostenía en las manos.

El Guapo le tiró otro tajo a Bert y, cuando ella solo lo defendió sin intentar atacarle, él, extrañado, se giró a observar la situación. Todas las chicas, las siete a las que iban a violar, menos Helen que seguía escondida en estado de *shock*, estaban de pie, sucias pero ilesas, en el centro de la bodega, armadas y mirándolo. De sus compañeros solo quedaban despojos y varios charcos de sangre en el suelo. Soltó el cuchillo, mostró las manos vacías,

sonrió con una sonrisa encantadora que probablemente le hubiera sacado de varios aprietos, y dijo:

—No fue idea mía.

De este no lo sacó. De nuevo tronó el pistolón de Simonette y el proyectil le abrió el pecho antes de que Victoria pudiera decidir si concederle clemencia o no.

La bodega quedó en silencio. Victoria se volvió para mirar los cadáveres desperdigados. Había muchísima sangre, y la princesa se dio cuenta de que no habían cargado sacos de arena para limpiarla. No era lo mismo leer sobre un combate que vivir uno. Miró a las mujeres, que la observaban a su vez expectantes, sus piratas, que habían logrado controlar el motín. Se dio cuenta de que no conocía sus nombres. Estaba la carpintera, que tenía el labio partido, la de los pistolones, a cuyo prometido mató Shatidje y que había matado ella por lo menos a tres hombres, la misma Shatidje, llena de sangre —¿a cuántos había matado Shatidje?—, la que parecía un hombre, con las contusiones que empezaban a dibujarse en la piel..., y aquella otra mujer, la cocinera que la acompañó a comprar por la tarde y que estaba bastante maltrecha: dos tajos en un brazo, el labio y una ceja partidos... Y, por supuesto, Inés, pálida y manchada de sangre y bilis. Ellas habían defendido su barco.

—Buen trabajo —logró decir.

Las chicas asintieron mudas. Claire le pegó un codazo a Shatidje con el ceño fruncido y susurró no tan bajo como para que Victoria no lo oyera:

—Podía yo sola.

Victoria ignoró el comentario y, como todas las piratas la miraban, añadió:

—Habrá que... habrá que limpiar esto —aunque no sabía muy bien cómo iban a limpiar la sangre sin arena, ni cómo iban a sacar los cuerpos de aquellos hombretones ellas solas, ni cómo iban a pilotar la *Wakes'* sin nadie más.

Inés se levantó del suelo, temblando. Shatidje la miró, después miró a su alrededor y se dio cuenta de que Victoria olvidaba algo importante.

—¿Queréis que hagamos el recuento de bajas ahora o después de curarnos, capitán?

Claro, el recuento de bajas. Victoria no lograba recordar cuántas mujeres habían embarcado. ¿Habría caído alguna? Y tenían que curarse las heridas. No tenían un físico, que ella supiera. ¿Sabría alguna coser cortes?

—Lo haremos ahora. ¡Contramaestre!

Inés alzó la vista, sorprendida de pronto por su cargo. Se volvió hacia Sha.

—Shatidje, vos conocéis mejor a la tripulación —dijo en un hilo de voz—. ¿Sabéis con certeza el... el número de bajas?

—Mujeres, ninguna, contramaestre. Hombres, todos. Creo que eran diez. Aunque puede que aquel no esté muerto —añadió señalando al que Dora había golpeado en la cabeza con el martillo.

Simonette se volvió a mirar al que señalaba Shatidje, y por un momento Victoria se temió que daría dos pasos y lo remataría de un tiro.

—Bien. Ahora debéis curaros las heridas —dijo Victoria, dándose cuenta de que, a pesar de que todo había ocurrido en unos minutos, estaba agotada, y que debía estar ridícula en su camisión—. Después tiraremos los cuerpos al mar, aquel —señaló al de Dora— incluido.

En lo extraño de la situación, se percató de que le apetecía tomar algo caliente. Se volvió buscando a la niña que la había avisado del motín y la encontró junto a la escalera. Quiso llamarla por su nombre, pero no lo recordaba, como el de ninguna de las mujeres de su tripulación.

—Grumete, decidme de nuevo vuestro nombre —le ordenó con dulzura, porque la cría todavía tenía el rostro desencajado de pavor.

—Jerusha —murmuró ella.

Aquella fue la primera vez que Victoria escuchó el nombre de la niña, y se le antojó un nombre horroroso. Tal vez deberían llamarla Jessie, o Sussa.

—Cuando termines de ayudar con las curas, prepárame un té, por favor. Estaré en el comedor.

Se vio tentada a pedirle que subiera con ella y la ayudara a vestirse, pero habría sido una falta de delicadeza con aquellas mujeres, alguna de las cuales necesitaba auxilio casi de inmediato. En su lugar, se dirigió a Inés, que seguía con el rostro demudado y, colocándole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Si no estás herida, deberías cambiarte de ropa tú también. Has luchado bien, Inés.

En efecto, la camisa de la condesa, aquella que le regaló su querido Fred, estaba bañada en sangre de Roger hasta tal punto que, en los pliegues, las bolsas de sangre habían empezado a coagularse, formando extraños fantasmas rojos. Y sus pantalones, además de sangre, estaban salpicados de vómito.

Inés no discutió. Miró su atuendo y, al verlo así, sintió como si profanaran sus recuerdos del contraamaestre de *El Miguel*. A continuación miró el camisón blanco de Victoria que, milagrosamente, permanecía immaculado, y sintió cómo el pecho se le llenaba de rabia. Se sentía sucia en cuerpo y alma. Una asesina. Y ni siquiera la mezquina condición de su víctima le hacía sentirse menos culpable. Y sentía que Victoria era responsable de aquel crimen contra su inocencia; Victoria, que ni siquiera parecía atribulada por haber matado a un hombre en su camarote y haber estado a punto de hacer lo mismo con otro, y cuyo camisón seguía impoluto.

Subió a su camarote, se arrancó la ropa mancillada, mientras las lágrimas le caían por las mejillas, y se lavó las manos, los brazos y la cara en un balde de agua. También tuvo que quitarse coágulos de sangre del pelo. Un sentimiento oscuro y extraño estaba abriéndose paso en su interior, como la sangre de Roger se había esparcido por la cubierta de la bodega al caer él al suelo. Trató de serenarse, se puso el vestido azul marino del día anterior, aquel que llevaba cuando su mayor preocupación era si Shatidje y Roger serían capaces de llevarse bien o no, y salió al comedor.

Victoria ya estaba sentada allí, dándole sorbos a una taza de té. Se había puesto el vestido azul claro que llevó el primer día que amanecieron a bordo de *El Miguel*, aunque no llevaba puesto el verdugado. Todavía tenía el pelo recogido en las dos trenzas que se hacía para dormir y había vuelto a colgarse el tahalí con la espada cruzado en el pecho. Inés la observó. No habían transcurrido dos meses, pero en aquel momento, inundada como estaba por aquella marea negra, no lograba reconocer a su amiga Victoria en la joven que tenía delante de sí.

Victoria había abierto la puerta del alcázar y se había sentado en la silla que estaba frente a esta, de modo que, desde su sitio, podía ver a las muchachas sacar los cadáveres de la bodega. Aunque pocas, se organizaban bien. Bert, Simonette y Dora arrastraban los cuerpos hasta el gancho del cabestrante, los ataban y, desde arriba, Shatidje y Claire empujaban el torno para izarlos; Claire hacía firme el cabo cuando ya estaban arriba, y Shatidje los iba desatando y colocando en cubierta, uno junto a otro. Dado que muchos de los cuerpos estaban medio desnudos, Inés concluyó que las jóvenes ya se habían ocupado de despojarlos de todas las pertenencias valiosas. Abajo, en la bodega, Helen limpiaba la sangre reuniéndola con arena. Sin que Victoria lo supiera, al estibar la carraca Claire había metido

tres sacos para equilibrar mejor la carga, y ahora los usaba la mujer del oficial borracho para que absorbieran la sangre y barrerla.

Inés se sentó al lado de la capitán, en la cabecera de la mesa, desde donde también podía ver la operación. No se sirvió té. Pensó que lo vomitaría también.

Victoria se volvió hacia su amiga y le sonrió. Inés no tenía ganas de devolverle la sonrisa.

—¿Cuánta tripulación nos queda? —le preguntó Victoria.

Inés no quería volver a empezar a hablar de la tripulación. Ya sabía que los hombres que ella había elegido habían aceptado trabajar en la carraca con el único propósito de robarla y violarlas. Pero ¿había que hablar de aquello?

—Contándonos a nosotras dos y a la niña, no llegamos a diez —respondió.

Victoria asintió.

—Por supuesto que nosotras dos contamos. Yo puedo llevar la caña y tú harás falta en las velas para poder regresar a Berwick.

¿Hacer falta en las velas? Hacía falta mucho más que lo que Inés pudiera aportar para navegar la nao.

Fuera, las muchachas habían terminado de izar los cuerpos y se disponían a levantar al primero por encima de la baranda y echarlo al mar. Claire lo agarraba por debajo de las axilas, Bert y Shatidje de una pierna cada una, y Simonette le levantaba las nalgas y lo empujaba afuera.

—Cuando llegemos, necesitaremos más tripulación —añadió Victoria.

Y ahí estaba de nuevo. El tema de la tripulación. Inés no quería buscar tripulación, no quería más antros, no quería más Rogers, no quería más depravados y ni siquiera quería más barco pirata.

—¿Una tripulación como esa? —dijo con acidez señalando la fila de cadáveres sobre la cubierta.

Victoria sonrió.

—No, una tripulación como esa —contestó señalando a las cuatro mujeres que acababan de soltar al hombre e iban por otro.

Inés las miró y, de entre las cuatro, una vez más le llamó la atención la preciosa mujer de los dos pistolones, ahora con su atuendo de pirata cubierto también de sangre y pólvora y con lo que podían ser trozos de sesos pegados en sus tirabuzones rubios.

—No encontrarás a muchas más mujeres como Simonette —contestó Inés.

La hija del pescador ayudaba ahora a cargar a Jimmy. Hicieron falta las cuatro para levantarlo.

Victoria también las miró y sonrió de nuevo con condescendencia.

—Es cierto, pero me refería a todas ellas —dijo señalándolas de nuevo.

A Inés le sorprendió la respuesta, pero estaba demasiado malhumorada como para hacérselo saber.

—Las otras no saben nada de barcos. No sé cómo vamos a llegar a Berwick solo con Simonette y conmigo en las vergas.

Victoria no había dejado de sonreír y aquella sonrisa estaba poniendo a Inés muy nerviosa.

—Apuesto que tampoco antes habían defendido un motín ni habían tirado muertos por la borda. Aprenderán.

«Lo que faltaba —pensó Inés—. Ahora ha idealizado a la tripulación de desharrapadas. Casi la prefería cuando todo le parecía mal».

Las dos permanecieron en silencio viendo a las mujeres trabajar a la luz de la luna. Y, cuando tiraron el último, Simonette lanzó un cabo al mar por la borda contraria a aquella por la que habían tirado a los hombres, dejó sus pistolones en el suelo y saltó al agua. Victoria e Inés se pusieron en pie de inmediato y se acercaron a la borda, pero Simonette parecía haber nacido dentro del agua. Flotando sin dificultad, se frotaba la sangre de la cara y la ropa. Luego se sumergió para lavarse bien el pelo. Y, cuando hubo terminado, tomó el cabo y trepó por él con la misma facilidad con la que subiría por una escala. Inés sintió una nueva punzada de celos que oscurecieron su admiración. Nadaba tan bien... La imaginó nadando con Fred, los dos jugando en el agua, y el estómago se le apretó en un nudo.

Shatidje se dirigió a ellas.

—Capitán, ya están todos los cuerpos en el mar y la bodega limpia.

Bert parecía consternada.

—Pero... —balbuceó—, pero no he visto a Christopher.

Al decir esto, Victoria se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Lo olvidaba! —exclamó—. Hay un muerto más en mi camarote. Habrá que sacarlo también.

Las mujeres la observaron sorprendidas, intentando leer en los ojos azules de la princesa lo ocurrido. ¿También a ellas las habían intentado violar? ¿También ellas se habían defendido matando? ¿Podía aquella cría tomarse un té tranquilamente teniendo un muerto en su camarote? Y al ver la admiración en la cara de las mujeres, Inés recordó también lo que admiraba

de Victoria: su valor, su entusiasmo, su espontaneidad y su total y absoluta falta de remilgos.

—¿Te habías olvidado del muerto de tu camarote? —preguntó.

Al oírla, Shatidje rompió a reír y las otras mujeres también sonrieron divertidas, y la mancha negra, la mancha negra de rabia que había dirigido hacia Victoria, que había ido creciendo desde que abandonaron *El Miguel*, se disipó, e Inés sintió el pecho más ligero y se sintió mejor.

Aquella noche, o lo que quedaba de ella, Victoria decidió que no se harían guardias. Estarían mejor sin vigilar que cuando las vigilaban los hombres y, a aquellas alturas, la capitán pensó que las anclas no iban a garrear y el navío no tenía por qué moverse si no lo había hecho en toda la noche. Así, las mujeres regresaron a la bodega a intentar conciliar el sueño, y las dos aristócratas se dirigieron a sus respectivos camarotes.

Victoria durmió bien. Era como si su subconsciente pensara que nada más le podía ocurrir ya. Inés, sin embargo, no logró pegar ojo. Cuando sopló la vela del candil y su habitación se quedó a oscuras, su mente volvió a traerle el rostro depravado de Roger en el momento en que se abalanzaba sobre ella; pero, en la soledad de su camarote, mezclaba los recuerdos, y el contraamaestre se lanzaba sobre ella babeando sangre, como lo había visto hacer Inés antes de morir. Aquella imagen espeluznante, que volvía una y otra vez poniéndole la piel de gallina, la obligó a abrir la contraventana, buscando algo de claridad. Se tumbó en la cama de nuevo y, entonces, su imaginación desbocada le regaló imágenes nítidas de piratas ya cadáveres escalando por la quilla y entrando por su ventana. Tuvo que volver a cerrar y encender de nuevo la vela. Y así la encontró el amanecer, sentada en su cama, abrazándose las rodillas asustada, con la vela ya consumida, la banda de cuchillos de Fred extendida a su lado, y demasiado avergonzada como para ir a buscar a Victoria. Solo con los primeros rayos de luz que se filtraban entre los goznes de la puerta y de las contraventanas logró quedarse dormida.

Para todas las demás, la mañana llegó demasiado pronto. Doloridas y trasnochadas, fueron apareciendo en cubierta algo después de lo que habría sido normal si la noche no hubiera sido tan corta. Claire tenía la cara hinchada, y uno de los tajos del brazo de Bert tenía mal aspecto y volvía a sangrar; Helen había dormido pegada a Shatidje y tenía mejor aspecto aquella mañana; y Simonette y Dora solo parecían trasnochadas. Lo que sí habían

hecho las muchachas había sido vestirse con la ropa que les quitaron a los hombres antes de tirarlos al mar. Así, todas ellas vestían pantalones, camisas y jubones de cuero, en lo que intentaba parecer una tripulación pero estaba muy lejos de serlo. Inés, que se había despertado la última y había salido a cubierta con el vestido del día anterior, preguntó si quedaba algún pantalón y, cuando Shatidje la llevó hasta la ropa, cogió los pantalones y la camisa menos manchados de sangre, que resultaron ser los de Jimmy, y también ella se vistió de hombre. Tuvo que cortarse las perneras, porque Jimmy casi la doblaba en altura, y con la tela sobrante podría haberse hecho otros pantalones. Pero así estaba más cómoda y podía subirse a las vergas sin miedo a tropezar con el vestido. Solo Victoria vistió como una mujer aquella mañana, con su precioso vestido azul celeste, si bien, una vez más, lo llevó sin verdugado.

Y allí estaban. Como solo Simonette e Inés sabían algo acerca de izar y largar las velas, Victoria mandó a Claire al cabestrante para levar las anclas con ayuda de Dora y de Helen. Shatidje se ofreció a ayudar con las gavias. Aunque no hubiera subido nunca a los palos, había visto la maniobra varias veces y sabía hacer nudos. Victoria cogió el timón.

Primero recogieron el rezón, y después Claire, empujando lentamente el torno, fue levando el primer ancla. Cuando estuvo fuera del agua, comenzaron las maniobras de la segunda. La mujer sudaba, aún cuando la mañana volvía a estar gris y fría, y una suave llovizna también las iba empapando. Los músculos se le dibujaban bajo la ropa, casi imposibles para una mujer. Y tras muchos resoplidos, Helen gritó: «¡Libre!».

Entonces empezó el frenesí en la popa del navío. Simonette e Inés, subidas en la botavara, desataron la única vela latina de la *Wakes' Goddess* y, en cuanto saltaron al puente, Shatidje comenzó a izarla halando del cabo. Pero la vela pesaba más de lo que la turca había imaginado y subía lenta y a latigazos. Bert se apresuró a ayudar y haló también del cabo en el tiempo que Inés llegaba hasta ellas. La vela se hinchó con el aire y la botavara dio un golpe hacia babor.

Victoria estuvo rápida y se agachó a tiempo. Simonette fijó entonces la botavara en aquella aleta.

—Capitán, ¿así está bien o la ciño más?

Victoria no lo tenía muy claro.

—Así está bien —dijo, aun cuando pensó que, tal vez, podrían ceñirla un poco más mientras el viento les viniera de estribor.

La carraca, mansa, enfiló hacia mar abierto, abandonando la ensenada.

—¡Preparaos para largar la mayor! —gritó Victoria.

Aquello iba a ser más difícil. Simonette e Inés se miraron y la condesa asintió. No tenía miedo a las alturas y la actividad le estaba sentando bien. Alejaba los fantasmas de aquella noche.

Inés se dirigió antes a Shatidje y a Bert para indicarles de qué cabos tendrían que halar cuando ellas desataran la mayor. Tendrían que hacerlo rápido, porque la vela caería por su peso. Inés no quiso ni pensar lo que sería recogerla solas Simonette y ella, y cinco chicas que no habían estado allí arriba jamás. Pero lo importante era regresar a puerto. Una vez allí, ya pensarían algo.

Victoria giró el timón ligeramente hacia babor para enfilear la embarcación hacia el norte, y el viento las empujó de empopada. Había que amollar la botavara para que la mesana cogiera más viento, pero las únicas que sabían algo de velas estaban subiendo por la escala y no le pareció una buena idea pedírselo a ninguna otra. Así que volvió a girar hacia estribor y decidió que corregiría el rumbo más tarde.

Aún no habían salido del todo a mar abierto y, en lo alto de la verga, el navío no se movía demasiado, aunque probablemente Fred no hubiera dejado a Inés subirse. Ella y Simonette, cada una desde un extremo, caminaron por el cable hacia el palo desatando los cabos que abrazaban la vela. Inés se asía con todas sus fuerzas, sin querer mirar abajo. Simonette parecía más suelta, aunque nunca hubiera estado en una verga tan alta. La vela mayor fue abriéndose como la cola de un pavo real y, cuando las dos mujeres desataron los últimos cabos, cayó a peso, extendiéndose en su blancura. Shatidje y Bert tiraron con fuerza y la vela quedó milagrosamente abierta frente a su palo. Inés y Simonette se apresuraron en bajar, e Inés hizo firme el cabo que Bert sostenía, mostrándole cómo hacer el nudo. Shatidje ya había atado el suyo. Entonces Simonette se dirigió hacia la botavara y, sin necesidad de que Victoria le dijera nada, soltó cabo para que la vela cogiera el viento de popa. Y Victoria pudo poner la embarcación rumbo a Berwick.

Ahí estaban. Se había obrado el milagro. Claire, Dora y Helen ya habían fijado las anclas a las amuras, y la carraca navegaba relativamente rápida con el viento de popa. Ellas lo habían hecho. Victoria creyó que le estallaría el pecho. Pese a que era la segunda travesía con su carraca, ella la sentía como la primera, como si el día anterior, cuando la habían navegado los hombres que ahora flotaban en el mar, no hubiera sido tan suya como lo era ahora que

ella llevaba la caña, que Inés había estado en las vergas y que las otras chicas, su tripulación, la habían sacado de la ensenada.

Inés también se sentía orgullosa de su trabajo y sabía que Victoria había acertado al imponerle a Simonette. Pero seguía preocupada por la recogida de las velas. La mesana se recogía más fácilmente, pero la mayor... iba a ser complicada. Sin querer pensarlo más, regresó al puente junto a Victoria.

—Buen trabajo —reconoció la capitán, e Inés se lo agradeció con una inclinación de la cabeza.

Empezaba a llover más fuerte, y la línea de la costa se dibujaba cada vez más tenue a babor. Victoria se secó la cara en la manga del vestido. También a ella le vendría bien un jubón de cuero para mantenerse seca.

—Ya no hace falta que estemos todas en cubierta —dijo—. Y os necesito descansadas para luego recoger las velas. Inés, que una se suba a la cofa —dijo mirando a Dora—, otra que se quede en el timón —señaló a Shatidje con el mentón— y tú y yo nos turnaremos al mando. ¿Estás conforme con quedarte tú ahora?

Inés asintió. A pesar de la lluvia, prefería descansar luego, antes de llegar a Berwick, cuando estuviera tan cansada que los fantasmas no le impidieran dormir.

Simonette, Claire y Bert bajaron a secarse a la bodega. A la cocinera se le había vuelto a abrir uno de los tajos del brazo y Simonette iba a cosérselo. Dora subió al palo y Shatidje tomó el timón. Helen, a pesar de que no era su turno de guardia, se quedó con Shatidje en el puente. Inés caminó a la proa. Observó la red del bauprés, donde se tumbaba con Fred. Cerró los ojos y escuchó el suuuush del agua cada vez que la proa del navío cortaba una ola. Si él la hubiera visto largar la mayor... Se quedó allí, abrazada al trinquete, oteando el firmamento y la costa de Inglaterra por babor.

Navegaron cuatro horas lejos de la costa. La lluvia amainó hacia el mediodía, aunque se levantó más viento. La carraca iba rápida para llevar desplegadas solo mayor y mesana. Bert sirvió la comida y, cuando Simonette, Claire, Helen, la capitán y Jerusha dieron cuenta de ella, cambiaron los puestos. Victoria salió al alcázar, Claire tomó el timón y Helen se subió a la cofa. Inés, Dora y Shatidje bajaron a comer a la bodega y, a continuación, Inés regresó a su camarote, se quitó la ropa mojada de Jimmy y se desplomó en la cama. Se quedó dormida casi al instante. Cuando se despertó, llovía más

fuerte. Como no sabía cuánto había dormido, se vistió de nuevo y salió al puente. Había dormido dos horas, pero al salir le pareció casi de noche. El cielo estaba oscuro y las nubes descargaban agua tan seguido que se hacía difícil ver algo. Las chicas que habían salido a cubierta después de comer habían vuelto a refugiarse en la bodega, y solo Victoria, Claire y Helen se mantenían en sus puestos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Inés elevando la voz para que su amiga la oyera a pesar del ruido del agua.

—Debemos de estar cerca de las islas Farne —contestó Victoria—. La verdad es que las cartas que conseguimos no sirven de mucho. Le he dicho a Claire que nos acerquemos más a la costa para no perdernos.

Inés observó la línea de la costa. Estarían a menos de dos millas. El viento había rolado hacia el oeste y continuaba empujándolas de popa, sin necesidad de trasluchar.

De pronto, entre la negrura, aparecieron las islas Farne. Helen, desde la cofa, las vio la primera y, señalándolas, gritó:

—Capitán.

Inés y Victoria las vieron enseguida, masas de piedra gris sobrevoladas por algún pájaro temerario al que no le asustaba la tormenta.

—Claire —gritó Victoria a la improvisada timonel—, acerquémonos más a la costa. No sabemos qué profundidad hay junto a las islas.

La mujer andrógina giró el timón y la mesana restalló, llena de aire. La isla más cercana a la costa, Inner Farne, se dibujó más clara. La *Wakes' Goddess* pasó entre ella y la costa dejando más de media milla a cada lado. La mar estaba brava, pero la carraca surfeaba las olas con seguridad, el rumbo fijo en el noroeste.

Victoria, con el catalejo, exploraba la costa que se iba metiendo hacia el este, obligándolas a abrirse de nuevo hacia el mar. La playa era de arena suave, pero detrás de ella se levantaba una loma y sobre ella se recortaba el imponente castillo de Bamburgh —o lo que quedaba de él, pues este fue el primer castillo de Inglaterra en ser destruido por la artillería durante la guerra de las Dos Rosas y ya nunca recuperó su estatus de fortaleza.

—Alejémonos de nuevo de la costa —ordenó Victoria en cuanto rebasaron Inner Farne.

Seguía lloviendo; una cortina gris que todo lo velaba y que estaba empapando a las muchachas.

Inés se acercó a Victoria para no tener que gritar.

—Querría hablar contigo.

Victoria asintió con la cabeza.

—Enseguida. Antes ve a buscar a Simonette por si hiciera falta trasluchar de nuevo. La costa se está metiendo mucho al este.

Inés asintió y bajó a la cubierta de artillería. Allí, Shatidje y Bert conversaban arropadas en mantas. Simonette, algo alejada, sacaba brillo a uno de sus pistolones. Inés se acercó a ella.

—La capitán te quiere en cubierta. Acabamos de dejar las islas Farne a estribor y tal vez...

Simonette se levantó de un salto.

—¿A estribor? ¿Cómo que a estribor?

—Sí, las islas Farne. Hemos pasado entre ellas y la costa.

Simonette no se paró a dar explicaciones. Como si hubiera visto un espíritu corrió a la escala que daba a cubierta. Inés, Shatidje, Bert y Dora, alertadas pero sin entender nada, la siguieron. Jerusha también subió a cubierta.

En cuanto Simonette salió al exterior, miró hacia estribor para ver Inner Farne, a la derecha para ver la costa y el castillo, y sus ojos, acostumbrados al mar, se clavaron en un punto indefinido frente a ellas, llenos de pánico.

—¡Megstone! —gritó señalando al frente—. ¡Vamos a encallar!

Aquello sí lo entendieron todas.

—¡Velas al paio! —gritó Victoria, pero en cubierta ya reinaba el caos.

Simonette liberó el cabo que mantenía tensa la mayor por babor y subió corriendo hacia el timón. Shatidje, como siempre rápida en reaccionar, corrió a liberar la mayor por la borda de estribor. Victoria había soltado los cabos que fijaban la botavara. Inés, superada por el pánico que le impedía pensar con claridad, comenzó a subir la escala del palo mayor para intentar recoger la mayor o, por lo menos, descolgarla. Y entonces, todo ocurrió a un tiempo: Helen, en la cofa, gritando que estaban sobre un arrecife; el pico, el mil veces maldito Megstone, apareciendo desnudo ante ellas en el valle de una ola; Simonette alcanzando el timón, empujando a Claire y virando todo a estribor; y el *crack*, el terrible sonido de tablones rotos, el barco clavándose por la amura de babor en el arrecife, el golpe terrible de la nao frenando en seco, y todas las mujeres de cubierta, salvo Simonette que seguía abrazada al timón, rodando por el suelo. La peor parte se la llevaron Helen e Inés. Helen, con el golpe, cayó por encima de la baranda de la cofa, se dio con la verga de la

mayor y cayó, resbalando sobre la vela, contra la cubierta. Inés, todavía en la escala de estribor, salió despedida al mar.

El barco se había detenido. Estaba en un equilibrio extraño sobre el arrecife, que por el momento le impedía hundirse, con la enorme punta de Megstone a escasos pies a babor. Las mujeres, aún desorientadas, se levantaron. Victoria lo primero que hizo fue buscar a su amiga.

—¡Inés!

Su grito desgarró la cubierta. Todas las muchachas, salvo Shatidje que había ido corriendo a ver cómo estaba Helen, se lanzaron a la baranda de estribor. Allí, en el agua, agitándose entre las olas con desesperación, flotaba Inés. Bert cazó el cabo de la mayor, que restallaba libre en el viento, y trató de lanzárselo, pero se quedó muy corta.

—¡Átale algo que pese! —gritó Claire.

Las chicas miraron a su alrededor. Nada. Entonces Dora sacó su hacha de mano de la funda del cinto y comenzó a romper el tonel de agua dulce que había en la cubierta, junto al palo mayor. Saltaron los primeros tablones, Claire cogió uno, lo ató rápido y se dispuso a tirárselo a Inés. Pero al volver la vista al mar ya la habían perdido.

—¿Dónde está? —gritó Claire.

—Estaba ahí —señaló Victoria.

Claire tiró el tablón atado hacia donde le indicaba la capitán, pero nadie lo agarró.

Dora seguía despedazando el tonel y tiraba los trozos por la borda.

—¿Qué haces? —preguntó Claire.

—Para que tenga donde agarrarse si pasa alguno cerca —contestó la carpintera. Y terminó de romper el tonel.

—¡No hay tiempo! —exclamó Victoria—. La rescataremos desde el bote. ¡Todas al batel!

Las mujeres obedecieron y corrieron al castillo de proa. Shatidje llevaba en brazos el cuerpo de Helen. Al llegar junto a ellas, Claire se lo cogió.

—¿Está viva?

Shatidje asintió con la cabeza.

Simonette y Bert sacaron el bote, lo amarraron a la polea del cabestrante y lo sacaron por la borda de estribor. Subieron Jerusha, Dora, Bert, Shatidje y Claire con Helen y Simonette.

—Aprisa, capitán. Aún queda un hueco.

Pero Victoria miraba la pequeña barquita sin subirse. Después miró a Simonette.

—Solo queda uno. Para Inés. Id a salvarla.

Simonette miró a su capitán desconcertada.

—Capitán, si echamos el batel al mar no creo que podamos remarlo de vuelta al navío para recogeros.

—Lo sé. ¡Salvad a Inés! —ordenó.

—Capitán —insistió Simonette—, las probabilidades de que la encontremos viva son muy pequeñas.

—Y se reducen cada segundo que perdéis aquí conmigo. Encontrad a Inés, poneos a salvo, y cuando estéis en tierra enviad una barca a buscarme.

Simonette no lograba entender lo que pretendía su capitán. Shatidje sí. Sacó su alfanje, cortó el cable de la polea, y el bote cayó al mar. Entre Simonette y Claire remaron para alejarlo de la *Wakes' Goddess* hacia el último punto en que habían visto a Inés.

El barco crujió y se escoró hacia babor empujado por el oleaje. Victoria dio un paso atrás y se agarró a la baranda para no caerse de espaldas. Observó el bote alejarse con un extraño sentimiento de vacío y de soledad. Pero la soledad no le importaba. La prefería. Quería estar sola para despedirse. Cuando perdió de vista el bote, entre la lluvia y las olas, caminó despacio hacia popa. Abrió la puerta del castillo y entró. Las sillas, la mesa, todo se había caído hacia babor y se amontonaba contra la pared del camarote de Inés. Empujó la mesa, apartó una silla y se sentó con los pies sobre la mesa. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y trató de pensar en los días en *El Miguel*, en el sentimiento de orgullo de aquella mañana cuando habían hecho navegar la carraca, en las risas en palacio con Inés... Por alguna razón creía que la vida tiene más sentido si se recibe la muerte con recuerdos bonitos. Y así sentada, sumida en aquellos pensamientos, esperó a que la *Wakes' Goddess* se hundiera.

## CAPÍTULO VIII

Pero no se hundió. Aquellos recuerdos tan bonitos que había seleccionado y había repetido en su memoria empezaban a mezclarse con otros, y le costaba un esfuerzo enorme mantenerlos fijos en su cabeza. Al cabo de un tiempo que a ella le pareció una eternidad, abrió los ojos. Aguantó unos minutos más sentada y después se puso en pie y caminó agarrándose a las paredes hacia la cubierta, dispuesta a averiguar cuál era la situación real en que se hallaba.

Seguía lloviendo, pero la tormenta casi había cesado. El viento, mucho más suave, revolvía las velas al paio, y las olas apenas movían la carabela que estaba totalmente encallada junto a Megstone. El cielo estaba gris y cubierto de nubes, pero ya no estaba tan oscuro y a lo lejos se podía ver la costa y lo que quedaba del imponente castillo de Bamburgh a través de la lluvia.

Victoria bajó a la bodega. Estaba llena de agua —le llegaría como hasta la cadera junto a las cerchas de estribor, y como hasta el cuello a babor— y los barriles y las cajas más ligeras flotaban mansas. Por el agujero formado en la amura de babor entraban claridad, agua y el trozo de roca que sostenía a la embarcación en aquel equilibrio imposible, y que impedía a la carraca irse al fondo del mar. Entonces, una nueva posibilidad apareció en la mente de Victoria. Tal vez no muriera.

El pensamiento era simple y a la vez devastador. Existía una posibilidad de no morir y Victoria sabía que debía aferrarse a ella. Sabía que en su condición de ser vivo debía luchar por la supervivencia. Era algo innato y natural. Pero, de pronto, la posibilidad de sobrevivir se le antojaba terrible, porque llevaba implícito el vivir con la culpa de lo ocurrido. Podía ser que ella sobreviviera, e Inés y su tripulación no; podía darse la situación absurda de que ella, la obradora de aquella locura, saliera sana y salva e Inés, que se había ido oponiendo a cada paso, flotara muerta entre las algas. Y la injusticia de aquello la obligó a volver a subir las escaleras y salir a respirar a cubierta.

Oteó el horizonte, como si fuera a encontrar a Inés todavía luchando contra las olas más mansas que cuando ella cayó. Inés... La mente de Victoria volvió, ahora sin quererlo, al día en que se conocieron, a las tardes de juegos en el castillo, a aquel anochecer en el que la convenció para que huyeran juntas, a las noches hablando en *El Miguel*, a aquellos extraños días en Berwick y por último al día anterior, en la *Wakes' Goddess*, a la noche, al motín, a Inés sosteniéndole el hombro y preguntándole si estaba segura de que quería ir a luchar, a Inés diciéndole que no podían fletar la carraca solas, a Inés en las velas, a Inés a su lado, en el puente. Y de pronto, otro pensamiento aún más trágico asaltó a la capitán: las últimas palabras que Inés le había dicho: «Querría hablar contigo». Inés quería hablar con ella, quería contarle algo que creía importante. ¿Acaso le iba a decir que presentía la muerte? ¿Acaso que ya no quería su amistad? ¿O tal vez iba a contarle que se sentía feliz de navegar su propio barco? ¿Era Inés feliz o infeliz? Y la idea de no saberlo nunca, de que nunca fuera a llegar el momento en que Inés le pudiera contar qué era aquello que le iba a decir, le arrancó por fin las lágrimas.

Algunas personas, cuando lloran, alimentan su llanto con pensamientos tristes, buscan la catarsis, quemarse hasta el final con la idea de no dejar nada que pueda doler en otro momento. Victoria era de esas. Regresó llorando al interior del castillo, empujó la puerta del camarote de Inés y, decidida a destruirse, observó aquella estancia casi vacía, la cama hecha, el candil roto junto a la mesilla, la camisa blanca, los pantalones azul marino de la condesa y la franja de tela con los cuatro cuchillos que le regalara Stowe, ya por fin secos y cuidadosamente estirados sobre una silla que había terminado en la pared de babor... Apenas nada. Victoria no le dio ocasión de llevarse nada cuando huyeron de Londres. La princesa se sentó sobre la cama. Recordó de nuevo el día en que se conocieron, la fiesta de aniversario de su madre a la que Victoria no podía asistir y en la que se coló. Recordó cómo su aya envió a unos guardias a que la detuvieran y cómo Inés, aburrída en un rincón, se dio cuenta de lo que ocurría y la escondió tras una cortina y despistó a los guardias enviándolos hacia el lugar opuesto. Inés ayudándola desde el primer momento. Pensó en cómo después ella misma le había espetado que era la hija de Robert Dudley y la reina, desafiándola a que lo negara, y cómo Inés lo había aceptado encogiéndose de hombros y contestando: «Yo solo soy hija de un conde». Inés nunca la juzgaba. Inés siempre la seguía. Por más que los planes de Victoria fueran descabellados, ella se había quedado a su lado. La

amistad que iniciaron aquel día fue tan estrecha que Victoria jamás había vuelto a sentirse sola, y el respaldo de la condesa le había dado fuerzas para cualquier cosa. Y ahora la había perdido y nunca más volvería a verla.

Pero Victoria no era demasiado egoísta, y enseguida se olvidó de que ella había perdido a su mejor amiga, a su compañera, a la única persona con la que no sentía la soledad del ser humano. Sus pensamientos destructivos se centraron en lo que había perdido Inés o, como lo veía ella, en lo que ella, Victoria, le había arrebatado a Inés. El confort de su hogar, su educación, el previsible matrimonio con Robert, y fiestas y risas y bailes... Y cuando Inés había aceptado esa pérdida, le había quitado el sueño de vivir en España, el mágico porvenir que les esperaba juntas... Y, por supuesto, con aquel naufragio, le había quitado la vida, una vida llena de juventud, de salud, de alegrías que tendrían que llegar. Una vida llena de amor, de un amor principiante, del que ella se había sentido celosa. Y le había quitado todo lo demás, todos esos pequeños momentos futuros que hacen que la vida merezca siempre la pena. Le había quitado las tardes de lluvia, los paseos, los amaneceres y los atardeceres, el olor del mar, el ruido de las olas, el canto de los pájaros, el rocío en las hojas, las risas de la gente, las caricias, los abrazos, los besos, las disputas, las miradas, los cuentos, las canciones, los sueños... Victoria se dejó caer sobre el lecho y lloró y lloró por su amiga, la que amaba la vida y a la que no le había quedado nada. Y al final de la tarde, cuando apenas le quedaban lágrimas, se quedó dormida.

Victoria durmió hasta el amanecer. La despertó la sed y abrió los ojos para descubrirse en aquel camarote vacío en el que entraba a raudales por la ventana la luz de un día sin nubes. En su desgracia, aquel día parecía imposible. El sol parecía llevarse los recuerdos aciagos del día anterior. Y a su vez, a Victoria le parecía imposible estar allí, haber sobrevivido a todo el dolor al que se había sometido la tarde anterior. ¿Qué clase de amor de pacotilla la unía a su amiga que permitía que esta muriera y ella continuara respirando? Pero lo hacía y el nuevo día la saludaba radiante. Se levantó, tomó los cuchillos, los pantalones y la camisa de Fred, los guardó en el baúl de su camarote y caminó a través de la sala al exterior. Miró a lo lejos las islas Farne, y aún más lejos la costa de Inglaterra. Las gaviotas chillaban alegres, ajenas a tanta desgracia. Entonces Victoria inspiró con fuerza, exhaló de nuevo el aire y decidió que Inés estaba viva. No fue una creencia, fue una

decisión. Y ni siquiera importaba cuál fuera la realidad. Inés tenía que estar viva en alguna parte. Era la única opción que le daba sentido a su vida, la única que explicaba que Victoria no hubiera muerto. Y Victoria sobreviviría para encontrarla. Esa sería su misión, para siempre, para la eternidad si fuera necesario. Victoria lucharía lo que hiciera falta hasta encontrar a su amiga. Y aquella decisión le rebosó la voluntad y casi el ánimo. Había llegado el momento de ponerse manos a la obra, pues no sabía cuánto tiempo aguantaría la *Wakes' Goddess* clavada en lo alto de Megstone. Y tenía que sobrevivir para poder encontrar a Inés.

Lo primero que hizo fue buscar agua. Con el choque y la inundación, los toneles de agua dulce se habían roto y el agua que contenían se había mezclado con la salada del mar. Del tonel de cubierta no había quedado nada; lo echó entero Dora entre las olas. Pero, por suerte, aquella lluvia que las había conducido a la desgracia había lavado bien la cubierta de la carraca y, con lo escorada que estaba, se habían acumulado pequeños charcos de agua dulce en las esquinas. Victoria se tiró sobre cubierta a beber y le supo mejor que el más delicioso de los brebajes. A continuación regresó a su camarote, buscó los pantalones y la camisa blanca que le diera Miguel para practicar su esgrima y se los vistió. Y comenzó a trabajar. Bajó a la bodega y fue salvando del agua todo lo que pudo: lo que flotaba y lo que no había rodado hasta lo más profundo. Manzanas, almendras, higos, pasas, algún trozo de queso... Estuvo largo tiempo ocupada pescando en el interior de la bodega, y la actividad le sentó bien. Hacia el mediodía, había salvado víveres suficientes como para tres días, y había llenado la cubierta de ollas para recoger agua de lluvia si volvía a llover. Se sentó a comer queso, manzana y almendras. Todo estaba salado, pero Victoria, de pronto, tenía más apetito que nunca y aquello no le pareció un problema. Luego volvió a beber agua de las oquedades de cubierta y se sentó a pensar cómo lo haría para salvarse si la *Wakes' Goddess* se iba finalmente a pique. Tenía la mesa del comedor, pero el tablero era demasiado fino y no le daba mucha confianza. No sería fácil improvisar un bote sin herramientas y sin haber trabajado en su vida en nada que no fuera bordar. Se levantó y se asomó hacia abajo por la amura de babor. Apenas había agua. Con aquella profundidad sería difícil que la *Wakes'* se hundiera del todo sin que quedaran fuera el palo, o el bauprés de proa, o la baranda de alguna de las dos bordas si se hundía de lado. Su principal preocupación era el agua y en Inglaterra esa preocupación no es tan grave. Además, antes o después la verían desde la costa, o desde el castillo, o

pasaría algún barco. Así que dejó de lado la supervivencia y por la tarde se centró en seguir salvando las cosas más valiosas, por si tenía ocasión de volver a recogerlas: lo primero las dos tristes cartas náuticas, el catalejo, la brújula, el papel y la tinta, todo lo cual guardó en una caja en el castillo. Después la escasa pólvora que había en la *Wakes'* para lanzar salvas de aviso, la veintena de balas de cañón y los cañones, los cuales fue asegurando con cabos como supo para que, si el navío seguía escorándose, no cayeran hacia babor y rompieran el casco con su peso. Se cansó pronto. Faltaban todavía varias horas para el atardecer cuando decidió volver a subir a cubierta a dar cuenta de las manzanas, las almendras y el queso en el alcázar.

Entonces lo vio, perfecto, sin necesidad de catalejo: un navío grande, de velas blancas, que navegaba lejos de la costa, más allá de las islas Farne y de la zona de arrecifes. Inés lo habría reconocido de inmediato, pero Victoria no acostumbraba a observar los navíos que entraban en el puerto de Londres. Se puso en pie, comenzó a dar saltos y a mover los brazos, gritó y gritó en balde... Era imposible que la oyeran y, tal vez, cualquier otro vigía no la habría visto. Pero el que estaba de vigía aquella tarde en *El Miguel* era James, James MacMillan.

Miguel descansaba en su camarote cuando lo sobresaltó el golpeteo de Richards en la puerta. Llamaba con fuerza e insistentemente. El capitán se levantó de un salto, tomó su espada y corrió a la puerta.

—¡Capitán!, ¡es lady Dudley!

—¿Cómo que es lady Dudley? —aquella frase no tenía ningún sentido.

Richards señalaba hacia babor.

—¡Lady Dudley, capitán! ¡En un barco encallado en Megstone!

Miguel salió corriendo al alcázar. La tarde estaba clara, la mar tranquila, y la costa de Inglaterra se veía limpiamente a unas pocas millas, y entre esta y *El Miguel* se mecían, más suave que la nao, los restos de otra hermosa carraca. La tripulación se agolpaba en la borda de babor, haciendo visera con la mano, intentando ver lo que James había anunciado: a la princesita loca en un navío en Megstone. El capitán sacó su catalejo y miró. En la distancia, solo distinguía una figura vestida de hombre, que no podía asegurar fuera una mujer.

—¡MacMillan! ¿Estáis seguro de que es ella?

El hombre bramó desde lo alto del palo algo que parecía un sí.

—¡Cambiamos de rumbo, señor Ferreira! ¡Acerquémonos al arrecife! ¡Clarks, la sonda! ¡Stowe, prepara la maniobra!

*El Miguel* hervía de actividad. Los hombres abandonaron la borda para obedecer. Stowe, con el ceño fruncido por la preocupación, daba las órdenes. Miguel se acercó al timón.

—Con cuidado, João —le dijo en su perfecto portugués—, no acabemos como esa carraca.

João le dirigió una mirada de suficiencia. Hacía tiempo que Megstone no entrañaba secretos para él.

—¡MacMillan, baja! ¡Baker, a la cofa! —siguió ordenando Miguel—. ¡Clavos, prepara un bote! ¡Señor Richards!

Fred ordenaba a los hombres soltar brazas de cabo de unas gavias para tensarlas en la borda contraria, pero estaba más pendiente de las órdenes del capitán sobre el desembarco que de la maniobra en sí.

Richards y James se acercaron al capitán.

—Cuando estemos cerca, os quiero a vosotros dos, a Clavos y a Dorek en el bote. James, al primer indicio de que lady Dudley no está sola, o de que puede ser una trampa, os dais la vuelta y volamos en pedazos la carraca.

Richards y James asintieron. Fred se acercó para intentar escuchar, pero llegó tarde.

—Capitán, ¿puedo ir en el bote?

Miguel negó con la cabeza.

—Stowe, me seréis más útil en *El Miguel* —contestó.

Lo que no le dijo fue que no se fiaba de que Fred fuera a dar la alarma si algo no olía bien. No si había una mujer de por medio.

Cuando Victoria descubrió que el navío era *El Miguel*, ya era demasiado tarde. Habían virado hacia ella, habían recogido las velas y habían echado un bote al mar. Los sentimientos se encontraron en el pecho de la joven. Miguel, volver a verlo, volver a tener un tiempo con él. Pero, al mismo tiempo, la última persona que quería que la viera en aquella situación tan lamentable era el pirata. Por un momento soñó que él la abrazaría, que la consolaría por su pérdida. Luego su mente volvió a pensar con frialdad y supo que eso nunca ocurriría. Miguel se reiría de ella. Eso sí era propio del español.

Cuando llegó el bote impulsado por el bogar del enorme vigía y de Dorek, Richards saltó a cubierta e, inmediatamente, se interesó por su salud.

—Estoy bien —musitó Victoria, con la caja de cartas bajo el brazo.

Dorek se dirigió al camarote a cargar su baúl y Richards le sostuvo la caja y la ayudó a subir al bote. Entonces, el cuarto hombre, aquel que ella siempre veía cerca de Stowe y que ignoraba que apodaban Clavos, le espetó:

—¿Y lady Inés?

La miraba con dureza y en su tono Victoria creyó entender un reproche, aunque no sabía si a Inés por no estar con ella o a ella por no estar con Inés. El enorme vigía la miraba también con sus ojos hipermétropes, con la preocupación pintándole su rostro de simio-niño. Esperaban una respuesta. Los cuatro.

En otro momento de su vida, tal vez incluso el día anterior, Victoria le habría dedicado a Clavos una mirada de desdén por su falta de educación y su osadía. Pero no entonces. «¿Y lady Inés?». Aquellas simples palabras le anegaron los ojos de lágrimas y, en un hilo de voz, solo pudo contestar.

—Cayó al mar...

De pronto volvió todo el dolor. La supuesta catarsis no había acabado con las lágrimas. Se sintió miserable, desamparada, sola en el mundo y culpable, absolutamente culpable de lo ocurrido. Sintió que aquellos hombres la tirarían al mar junto a Inés. Esos hombres, a los que ella había despreciado, habrían cuidado mejor de Inés de lo que Victoria lo había hecho. Casi deseaba que la lanzaran al fondo del océano, que la lanzaran por la borda y hundirse mirando los peces, y el espejo de la superficie cada vez más lejano; descender y descender hasta que no quedara nada del mundo, nada. Entonces, mientras Dorek liberaba el bote, James, el enorme vigía, le colocó su manaza en el hombro a la princesa. Y ella alzó la vista hacia los piratas, la cara surcada de lágrimas, y los vio diferentes. No le parecieron los sucios y malencarados piratas que vio el primer día en *El Miguel*, ni los sucios y maleducados piratas con los que no entendía que Inés se juntara, ni siquiera los hombres que le estaban reprochando la muerte de Inés. Los miró y vio sus ojos llenos de compasión y lástima, y se sintió mejor.

A medida que remaban, el casco de *El Miguel* fue volviéndose más imponente, y Victoria recordó la primera vez que llegaron a su lado, aquella noche, en mitad del Támesis, ella e Inés.

Fred esperaba ansioso junto a la borda de la nao. Su mirada preguntaba, y antes de que el bote tocara el casco del bajel, obtuvo una respuesta. Clavos, con rostro grave, meneó la cabeza en una negación. Fred apretó con tanta fuerza la baranda que pareció que la partiría, e inspiró como si fuera a dar un

grito a continuación. Pero solo cerró un instante los ojos y dio un paso atrás. Pálido, y sin decir una sola palabra, ayudó a descargar el baúl y a izar el bote, mientras Richards conducía a la princesa por la cubierta de *El Miguel* a la cámara principal dentro del castillo.

Miguel no estaba en el comedor. Richards le apartó una silla para ayudarla a sentarse y le dijo que el capitán no tardaría en venir. Después la dejó sola. Victoria miró la habitación. Había estado allí muchas veces, cientos de horas. La luz del atardecer entraba por la ventana de babor e iluminaba las estanterías repletas de libros, los cajones de cartas, la mesa, la bandeja de plata con el té posiblemente listo en la tetera. Oyó a João dar las órdenes para volver a largar velas, el ruido en cubierta, las velas al caer y restallar. Sentía zozobrar su ánimo, y su corazón, confuso, no sabía si alegrarse o llorar. Había deseado tanto regresar allí, a esa sala en la que había pasado horas con el español... y, sin embargo, en aquel momento el comedor se le antojaba irreal, como lo era todo a su alrededor. Inmóvil y cabizbaja la encontró Miguel cuando irrumpió en la sala. A Victoria le bastó mirar un instante al capitán para saber que no habría abrazo, ni una mano en el hombro, ni compasión. Ni siquiera habría risas y chanzas. Miguel estaba iracundo y Victoria no iba a tardar en saber por qué.

El capitán apartó la silla de la izquierda de Victoria, puso su bota encima y se inclinó sobre la joven haciéndola sentirse el ser más diminuto de Inglaterra.

—Decidme, princesa —comenzó, y ya el apelativo puso sobre aviso a Victoria—. ¿Tan terrible resultaba la perspectiva de llegar a ser reina de Inglaterra que teníais que huir del maldito palacio?

A la princesa aquellas palabras la tomaron totalmente por sorpresa. Abrió y cerró la boca sin acertar a articular palabra, sin saber qué decir. Miguel no aguardó a que lo hiciera.

—Y si lo era, ¿puedo saber por qué razón no estáis en el bajel que debía llevaros a España?

Terminó esta frase golpeando la mesa con la mano y sobresaltando a Victoria. La muchacha, asustada, olvidó toda su pena y su mente regresó al día en que dejaron Londres, el día en que su madre la reprendió y ella convenció a Inés para que huyeran.

—No... no lo entenderíais —titubeó.

—De eso podéis estar segura —respondió el capitán escupiendo las palabras—. Nadie en su sano juicio os entendería.

De nuevo golpeó la mesa y de nuevo Victoria cerró los ojos sobresaltada y se apartó hacia atrás lo que le permitía la silla.

Miguel se volcó sobre ella un poco más.

—¿En tan poca estima me tenéis, *milady*, que queréis verme en la horca?

Quitó el pie de la silla y se alejó de ella, dejándola recuperar un poco de espacio en su asiento.

—La reina cree que os dejé en Dover nada más salir de Londres, y que allí tomasteis un navío hacia Calais —caminaba por el comedor mientras hablaba—. Si os encuentra aquí... —Se volvió hacia ella—. Más os habría valido delatarme en el King John's Barn. Me habríais ahorrado muchas millas, muchos desvelos, muchas mentiras y, sobre todo, muchas horas soportándoos; y el resultado sería el mismo: acabar en la maldita horca por una mujer que no me importa.

Victoria había dejado de escuchar después de «el navío hacia Calais». Sin prestar atención a la reprimenda, sin pensar en el naufragio y en que había perdido a Inés, miró a Miguel con la esperanza brillando en sus ojos tan azules.

—Si la reina nos cree en Francia, entonces todo está resuelto.

Miguel se volvió hacia ella y la miró con frialdad.

—No veo cómo.

—Dejarán de buscarnos aquí —contestó la joven con una sonrisa.

El capitán volvió a acercarse a ella y, apoyándose sobre la mesa, contestó con acidez:

—Alteza, ¿de veras creéis que mis palabras van a hacer que la reina Isabel I de Inglaterra deje de buscar a su hija y única heredera al trono por cada rincón del mundo? Y, aunque así fuera y solo os buscaran en Francia y España, es fácil que, antes o después, deis con alguien que os pueda reconocer a vos o a lady Braukings. ¡Debí hacer con vuestras mercedes lo que Braukings cree que hice: secuestraros y tiraros al mar!

—Llegado ese caso —contestó Victoria resuelta y sin atender de nuevo al final de la frase—, si alguien nos descubriera, por supuesto contaríamos a la reina que vos solo nos sacasteis de Londres y nos dejasteis en el puerto de Dover...

—... en un bote que os dejó en el puerto de Dover —corrigió Miguel.

Victoria aceptó la corrección con una inclinación de cabeza.

—... en un bote que nos dejó en el puerto de Dover, desde donde tomamos un navío...

Miguel la interrumpió de nuevo.

—... el *Gloria Ascott*, bajo los nombres de Martha Candance y Evangeline Cook...

—... el *Gloria Ascott*, bajo los nombres de Martha Candance y Evangeline Cook —repitió la muchacha—, que nos llevó a Francia.

Miguel se echó hacia atrás dejándole de nuevo más espacio. Aún había severidad en su rostro, pero el tono fue más suave cuando preguntó:

—¿Y cómo es que estáis en Inglaterra, lady Candance?

Victoria sonrió de nuevo.

—Capitán, esa parte de la historia no tenéis que conocerla, mas os diré, para satisfacer vuestra curiosidad, que al llegar a Calais las supuestas lady Candance y lady Cook conocieron a dos mercaderes escoceses, rufianes y embaucadores, de los que se enamoraron perdidamente y a los que acompañaron de regreso a Escocia. Pero, al llegar a Edimburgo, los rufianes las abandonaron sin sus joyas ni el dinero con el que habían huido, y no les quedó otra opción más que caminar hacia el sur, intentando sobrevivir. Y así llegamos aquí.

Miguel la escuchaba con los brazos cruzados.

—¿Perdidamente enamoradas? —preguntó escéptico.

—Somos dos niñas, jóvenes apenas —respondió Victoria encogiéndose de hombros—. No sabemos nada de la vida.

Miguel siguió observándola y una sonrisa medio bailó en su rostro.

—¿Es eso lo que ha ocurrido? ¿Os habéis enamorado de algún rufián que os impide marcharos?

—¡Por supuesto que no! —replicó Victoria molesta.

Miguel sonrió abiertamente. Casi había olvidado lo divertido que era tener a Victoria a bordo. Aquella absurda historia de novela de caballería le había borrado el malhumor. Volvió a serenarse.

—¿Y lady Braukings?

La sonrisa de la princesa se borró y la joven volvió a sentir cómo le zozobraba el ánimo. Negó con la cabeza y respondió mirando al suelo:

—No puedo asegurar que Inés esté viva.

Miguel la estudió de nuevo, allí sentada, con los pantalones y la camisa sucios, el rostro algo moreno y las trenzas medio deshechas, y con la mirada

perdida entre los tablones del suelo. La futura reina de Inglaterra, la única heredera de la reina Isabel, que había abandonado todo el confort y la comodidad de palacio y ahora estaba rota, no por su destino incierto, sino por la pérdida de una amiga. Entonces Victoria alzó la vista, y con un brillo de esperanza en sus ojos claros añadió:

—Lo que sí os puedo asegurar es que no descansaré hasta que la encuentre y, si la hallo viva, la aleccionaré con lo que ha de contar si nos descubren.

Absorto en sus pensamientos, Miguel contestó:

—Eso si Braukings no la encuentra antes que vos...

Victoria le clavó la mirada a Miguel, una mirada dura y decidida, que el capitán no conocía y que lo arrancó de sus cavilaciones.

—Eso no va a ocurrir.

Miguel se sentó en la silla de al lado de la princesa, en la que se había apoyado varias veces para intimidarla. Apoyó el codo en la mesa y se agarró el nacimiento del pelo, estudiando qué debía hacer para retomar las riendas de aquel caballo que se le escapó aquella noche en Londres. No podía matar a Victoria sin saber con certeza que Inés había muerto también. Pues, si la condesa estaba viva, era más fácil que la encontrara Victoria que encontrarla él mismo. Resopló.

—De modo —dijo el capitán sin mirar a la princesa hasta el final de la frase— que la única opción que me queda es confiar en vos y en vuestro éxito.

Victoria sonrió con su sonrisa franca y abierta, que no ocultaba del todo el dolor profundo que sentía.

—Así parece, capitán.

Miguel resopló de nuevo. Se puso en pie, se sirvió una taza de té con leche, le sirvió otra a Victoria sin preguntar, la dejó delante de ella, y le dio un sorbo largo. Permaneció ausente unos minutos en los que Victoria no se atrevió a volver a hablar. Después dio otro sorbo al té, se acercó a la mesa, se apoyó en ella y pronunció las palabras que Victoria había temido todo aquel tiempo.

—Y ahora, princesa, referidme lo que os ha ocurrido.

Claro estaba que Miguel no iba a terminar la frase ahí.

—¿A quién habéis desesperado tanto que os ha dejado abandonada en un barco en medio del mar?

Ni rastro de la ansiada compasión; solo una mofa. El capitán continuó.

—¿He de suponer que habéis colaborado activamente en encallar su navío en Megstone?

La princesa se sentía el ser más minúsculo de la tierra, incapaz de contestar. ¿Qué podía decirle? ¿Que había comprado una carraca y la había hundido en menos de tres días? ¿Que había perdido a toda una tripulación, entre la cual estaba su querida Inés? El español no le dio tregua.

—Vamos, decidme, ¿quién ha sido el pobre desgraciado a quien habéis arruinado la vida?

Victoria volvió a repasar rápido los hechos hasta que llegó a la imagen de Inés luchando por mantenerse a flote entre las olas. Las lágrimas amenazaron con volver. La princesa apretó la mandíbula y, con el mentón temblándole, contestó en un hilo de voz:

—Capitán, Inés..., Inés cayó al mar cuando encallamos. No sé de su paradero y es posible que esté muerta. No... no hay tiempo para historias.

Miguel la observó en silencio un instante. Después, con una sonrisa casi dulce, contestó:

—*Milady*, Inés es inteligente. Si está viva, habrá regresado a la posada en la que os hospedasteis en Berwick. Os desembarcaré cerca de allí para que tengáis tiempo de buscarla.

Victoria lo miró, sin creerse que hubiera despertado la compasión del pirata. No lo había hecho.

—Pero, *milady*, si hay algo que he aprendido de viajar con vuesa merced durante más de un mes es que, por desgracia, habléis más o habléis menos, *El Miguel* no va a llegar antes a su destino.

Victoria recibió la pulla y cerró los ojos. Se sentía dolida, inmensamente triste, y furiosa. Cuando volvió a abrirlos, los fijó en el capitán, que sonreía, y, poniéndose en pie, contestó:

—No tengo el ánimo para vuestras bromas.

Miguel la estudió una vez más. No conocía ese tono en Victoria, esa dureza recién nacida. Muchas veces la había ofendido, la había hecho saltar de la silla indignada. Pero aquella vez algo había cambiado. La princesa se dirigía a la puerta y el capitán tuvo que detenerla.

—Vamos, *milady*... Sentaos. Diré a Richards que os prepare un baño caliente para que os lavéis y os relajéis.

El capitán le apartaba la silla para que se sentara de nuevo. Ella obedeció aún desconfiada. Acto seguido, Miguel se dirigió a la puerta de proa, llamó a

su mayordomo y le dio las instrucciones. Regresó junto a la mesa, se apoyó en ella, y con un tono infinitamente más suave aunque aún imperativo le dijo:

—Narrádmelo todo, Victoria. Os sentiréis mejor.

No había opción. En broma o en serio, por las buenas o por las malas, tendría que contárselo al capitán. Él cambiaría el tono, mostraría mil caras distintas. Pero no la iba a dejar salir sin contarle su historia. Así que, sin dar detalles, empezó por contar que habían conocido a la hija de Henry en Burnmouth, en la taberna en la que ella trabajaba.

—A Shatidje —asintió Miguel.

Esta vez fue Victoria la que estudió al capitán. No quería preguntarle, no quería abandonar su tono de ofendida, pero la curiosidad le pudo.

—¿Conocéis a Shatidje?

Él sonrió. Analizó un momento si debía alejarse del tema principal o no, y al final optó por contestar:

—Hará unos seis o siete años. Ella estaba de grumete en el *Artemisa*, el navío favorito de mi padre, una carraca de casi cien pies. Yo me embarqué en ocasiones para acompañar a mi padre y aprender a capitanear. No coincidimos mucho tiempo. Cuando ella cumplió trece años, el viejo Henry consideró que era peligroso tenerla entre tantos hombres y la dejó en tierra.

—¿Estuvo en un navío? —repitió Victoria, casi más para sí que para el capitán.

—Desde los ocho años. Claro que nunca subió a las vergas, ni pilotó el *Artemisa*...

Victoria seguía pensando en Shatidje, la mujer que ella conocía, en cómo se había manejado a bordo de la *Wakes' Goddess*.

—Perdonad —insistió la joven, olvidando del todo su pose de indignación—, es que no entiendo cómo acabó una niña de ocho años en un navío.

Miguel se sentó en la mesa. Miró a Victoria, consciente de que la estaba recuperando de nuevo, y contestó.

—De joven, Henry pirateaba las aguas del Mediterráneo, desde Algeciras a Constantinopla, en el navío que más pagara por sus servicios, la mayoría de ellos piratas. Por aquella época, preñó a una prostituta en Turquía, o al menos eso le contó ella. Henry estaba enamorado de aquella mujer y le compró una casa e intentó que dejara de trabajar, pero ella debía de tener mucho carácter o amar mucho su libertad porque renunció a que el viejo la mantuviera. No obstante, al cabo de unos años enfermó de gravedad y le

pidió a Henry antes de morir que cuidara de su hija, Shatidje, y no solo económicamente, sino que le hizo prometer que la criaría a su lado, lejos del prostíbulo.

—¿Y Henry accedió? —preguntó Victoria incrédula.

—Henry habría hecho todo lo que ella le hubiera pedido. Estaba loco por aquella mujer. Así que se llevó con él a una cría de ocho años. Dejó la piratería y se enroló como marinero de un navío mercante, el *Artemisa*, el navío de mi padre. Y allí crío a su hija hasta que esta cumplió los trece años. Preocupado por tener a una pronto mujercita entre tantos hombres, Henry finalmente la dejó en puerto, después de cinco años en el mar.

—¿Y no la habéis vuelto a ver?

—Hará un año y medio, la volví a ver en casa de Henry. Estaba sin trabajo por haber matado a no sé quién y le ofrecí enrolarse en *El Miguel*. — A Victoria aquel cuento le resultaba más familiar—. Aunque no haya estado nunca en las vergas y llevara más de cuatro años sin pisar un barco, tiene sangre de pirata en las venas.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Victoria interesada.

Miguel sonrió.

—Rechazó mi oferta. Tal vez por mí, tal vez por Stowe..., o por las mismas razones por las que su padre la sacó del *Artemisa*: porque no es buena idea tener a una mujer rodeada de marineros.

—¿Por qué decís que tal vez por Stowe? ¿Se conocen?

Miguel la estudió de nuevo. Ya la tenía. El gesto de orgullo herido había desaparecido por completo y volvía a tener ante él a la jovencita curiosa con ese afán inextinguible por saber más.

—Yo os lo cuento si vos me contáis vuestra historia.

Victoria asintió con la cabeza, demasiado intrigada como para no capitular.

—Frederick Stowe también estuvo de grumete en el *Artemisa*.

—¿Coincidisteis los tres? —preguntó sorprendida.

—Muy poco. Fred debió de entrar un año después que Shatidje, cuando su madre lo abandonó.

—¿Cómo que lo abandonó?

Miguel asintió con la cabeza.

—Galesa, una mujer guapísima. El padre de Stowe trabajaba en el *Artemisa* como físico. Era un buen médico, y un buen amigo de mi padre.

Cada palabra sorprendía aún más a Victoria, arrancándole todos los prejuicios que tenía hacia el contraмаestre. ¿Hijo de un físico?

—Pero no podía domar a su mujer —continuaba el capitán—. Tuvieron ocho hijos y, por lo que parece, solo Fred era suyo. Cuando regresó de uno de los viajes del *Artemisa*, la mujer se había marchado con los otros siete. Se lo había llevado todo: el dinero, los caballos, los vestidos, la plata... Todo menos a Frederick Stowe, al que dejó abandonado en la casa, probablemente el único hijo de John Stowe.

—¿Qué edad tenía?

—Unos once o doce años. Más o menos como Willie ahora mismo.

Victoria asintió en silencio. De pronto sentía una gran compasión hacia el contraмаestre de *El Miguel*.

—¿Y decís que su padre era físico?

—El mejor. Además de físico era despensero, y tenía el ron guardado bajo llave. Casi todo lo resolvía obligando a los marineros a comer manzanas —contestó Miguel con una sonrisa—. Jamás hubo escorbuto en ninguno de los barcos de mi padre.

Hubo un silencio en el que Victoria caviló sobre cuánto se había equivocado con Stowe, y volvió a sentir una punzada de culpabilidad al pensar en Inés. Miguel también se había ausentado recordando aquellos tiempos, y cuando volvió a hablar lo hizo con nostalgia:

—John Stowe era un buen hombre, además de un gran médico. Amaba a su mujer. Para ella era cuanto ahorraaba, nunca miraba a otras, jamás se acercó a una prostituta y rara vez bebía, y cuando lo hacía, lo hacía con moderación.

—¿Y cómo es que Stowe, es decir, su hijo, ha terminado...?

Victoria no supo cómo acabar la frase. Miguel se encogió de hombros.

—La mayor parte del tiempo Fred ayudaba a su padre a preparar las fórmulas, a coser cortes, o a curar heridas infectadas...; solo en su tiempo libre se reunía con la tripulación. Pero a Stowe siempre le gustó más la vida entre los palos que asistir a su padre y limpiar la sangre. Su padre quiso que estudiara —Miguel negó con la cabeza—. A él lo que más feliz le hacía era ayudar con las velas, tostarse al sol, reír con los muchachos, meterse en broncas... Ya lo conocéis. Con quince años se enroló en un mercante y eso le salvó la vida. Porque antes de un año la flota inglesa hundió el *Artemisa* —la mirada de Miguel se perdió—. Y con él murieron John Stowe, mi padre..., todos los hombres que había a bordo. Solo Henry se salvó. El único de los treinta hombres que había en la carraca.

Victoria percibió el tono ausente del capitán.

—Y os contó lo ocurrido y así fue cómo Henry volvió a ser un pirata —concluyó la joven.

Miguel asintió absorto.

—¿Y Stowe? —preguntó ella con la curiosidad ya desatada.

—Cuando fleté *El Miguel*, Stowe, con sus dieciocho años, estaba de contramaestre de un barco de escolta. Le conté lo que sabía y accedió a venirse conmigo dejando el puesto que tenía y enrolándose en *El Miguel* como uno más. «Si quieres ser el contramaestre de *El Miguel* —le dije—, habrás de ganarte tú solo el respeto de mis hombres». No tardó ni un año.

Victoria se quedó pensando en aquellas palabras un instante, en cómo ejercía Stowe de contramaestre, en cómo lo respetaba la tripulación y en cómo el joven había hechizado a Inés.

—Aún no me habéis dicho qué tiene eso que ver con que Shatidje no quisiera enrolarse en *El Miguel* —dijo recordando lo que había dicho el capitán.

—Cuando Stowe embarcó en el *Artemisa* era mayor que Shatidje, pero ella ya llevaba un año a bordo. Las labores de los dos no coincidían en demasía: Shatidje ayudaba en las cocinas, baldeaba la cubierta, hacía las veces de camarera si había visitas..., y Frederick ayudaba a su padre, y solo cuando lograba escaparse terminaba fuera de la enfermería. Pero cuando estaban en cubierta, Shatidje sabía más que Fred. Shatidje ya desde cría valía para estar en el mar y le sacaba a Stowe un año de moverse entre marineros. Y a mí cuatro. Supongo que no quiso entrar a trabajar bajo sus órdenes ni bajo las mías.

Hubo otro silencio, uno más largo en el que Victoria asintió con la cabeza. Shatidje era orgullosa. Miguel le había propuesto enrolarse en *El Miguel* y ella no había querido. Pero, sin embargo, había aceptado sin dudar enrolarse con la princesa. Aquello le dio fuerzas para decir en alto:

—Conmigo sí.

Miguel la miró sin entender y Victoria se explicó.

—Aquel día le propuse a Shatidje fletar un barco pirata con Inés y conmigo y accedió.

Miguel no pudo disimular su sorpresa.

—¿Estáis diciendo...?

—Esa carraca, la que habéis visto en lo alto de Megstone, era mi carraca —se apresuró a explicar Victoria antes de que le volviera a fallar el ánimo—.

Nadie cometió la temeridad de aceptarme a bordo. Me gasté todo lo que tenía en comprarla creyendo que podría capitanearla con la ayuda de Inés y de Shatidje.

Esta vez fue Miguel el que no pudo disimular la curiosidad.

—Pero ¿cómo...?

Victoria no le obligó a terminar la frase.

—Yo compré la carraca y la avituallé. Shatidje e Inés buscaron tripulación. Yo pensaba... Creí que con una buena tripulación podría fletar un barco.

Hubo un silencio. Miguel no lo interrumpió.

—Shatidje trajo a unas mujeres, amigas suyas, gente de confianza. Inés encontró a una decena de hombres de armas, buenos marineros, que resultaron ser de todo menos de confianza.

Victoria se encogió de hombros. El rostro de Miguel se había vuelto grave.

—Zarpamos de Berwick hacia el sur y fondeamos en una cala para hacer noche —prosiguió con la vista perdida en la pared—. Aquella noche, los hombres se amotinaron.

Miguel había estado en lo cierto. A medida que Victoria hablaba, las palabras fluían más fáciles y la joven se encontraba mejor. No así el capitán español.

—Decidieron... decidieron que, además del barco, podían tomar a las mujeres...

Victoria meneó la cabeza recordando la imagen del marinero parecido a Enrique VIII a punto de penetrar a Simonette, la violencia de la escena, la joven forcejeando por librarse del que la agarraba contra el suelo y tratando de zafarse del que la sostenía por las piernas.

—Las chicas...

Miguel no la dejó seguir. La agarró por los hombros, la zarandéó obligándola a mirarlo y, con el rostro demudado, exclamó:

—¡No me importan las otras mujeres! ¿Os hicieron algo a Inés o a ti?

Victoria miró al capitán sorprendida por aquella reacción. Miguel estaba pálido y furioso. La ira que refulgía en sus ojos miel parecía capaz de encender una mecha.

—Victoria, ¿esos canallas os pusieron un solo dedo encima? —repitió.

La princesa negó con la cabeza, confusa. Aquella reacción de Miguel no encajaba con el recuerdo que tenía de cómo había estado a punto de venderlas

o abandonarlas en Madeira. Pero allí estaba, zarandeándola, desesperado por oír la respuesta.

—Nosotras... las mujeres... redujimos el motín —acertó a contestar Victoria.

Miguel la soltó, con el ceño fruncido, sin entender.

—Los matamos a todos —aclaró la princesa—. A los diez. Sin que llegaran a... —no sabía cómo decirlo.

El capitán seguía observándola incrédulo.

—¿Vos también? ¿También matasteis a alguno?

Victoria asintió:

—Maté a uno y herí de gravedad a otro —contestó, consciente de que, aunque no estaba mintiendo, la imagen que le estaba dando a Miguel distaba mucho de la que ella tenía por real, la de un puñado de hombres muertos por la espalda y más pendientes de sostenerse los pantalones que de luchar.

Miguel, muy despacio, se sentó en la silla de al lado.

—¿Redujisteis el motín?

Victoria asintió.

—En ese caso..., ¿cómo acabasteis en Megstone?

La princesa suspiró. Aquella parte era mucho menos heroica.

—Creí que solo con las mujeres podría hacer regresar la nao a Berwick... Pero la única que sabía algo de navíos era Simonette.

—¿La hija del pirata?

Victoria volvió a mirar al capitán intrigada.

—¿También la conocéis?

—Solo los cuentos que hay sobre ella. ¿La reclutó Shatidje?

La princesa asintió.

—Pero... —continuó Miguel—. Sigo sin entender cómo encallasteis. Si es cierto lo que cuentan, Simonette ha pilotado bacaladeros grandes y se conoce estas aguas como la palma de su mano. No pudo estrellar vuestro navío contra Megstone.

Victoria sintió cómo la vergüenza le paralizaba la lengua. Se esforzó en hablar.

—Simonette no pilotaba el navío. Lo hacía Claire.

—No la conozco —contestó él—. ¿Es mejor piloto que Simonette?

—Es evidente que no —dijo Victoria encogiéndose de hombros a la vez que suspiraba—. Simonette necesitaba descansar en algún momento...

—¿Y decidisteis hacerla descansar cuando pasabais junto a Megstone? —exclamó el capitán—. ¿Por qué no navegasteis más lejos de la costa si no teníais a vuestro timonel?

Vergüenza. Vergüenza y culpa. Corroyéndola por dentro.

—Apenas se veía la costa con la lluvia, y no sabía que atravesábamos una zona de arrecifes.

—Victoria, no hay carta ni derrotero de estas aguas que no mencione Megstone.

—¡Es que yo no tenía carta de estas aguas! —estalló Victoria al fin—. ¿Creéis que es fácil conseguir cartas náuticas sin llamar la atención siendo mujer? ¡Tengo una carta bastante detallada de los alrededores de Dover y otra general de la costa de Inglaterra que no sirve para nada!

Miguel la observó con el ceño fruncido.

—¿Me estáis diciendo que metisteis vuestro navío y a vuestra tripulación en aguas que no conocíais y sin tener una sola carta?

La princesa asintió con la barbilla temblándole.

—¡¿Con la tormenta que había?! —exclamó el capitán.

Victoria asintió de nuevo.

—Os merecéis lo que os ha ocurrido —sentenció Miguel—. Os merecéis haber perdido vuestro bajel y más.

La princesa meneó la cabeza llena de dolor y culpa:

—Acaso tengáis razón y merezca haber perdido toda mi fortuna en lo alto de esa roca —dijo en un hilo de voz—, pero creo que perder a Inés ha sido ya suficiente castigo, capitán —y al pronunciar el rango del español lo miró a los ojos desafiándolo con su mirada azul a decir nada más—. Nos hallábamos en una cala, solas, rodeadas de cadáveres flotando. Pensé que, llegado a ese punto, lo más seguro era regresar a Berwick y empezar otra vez.

Miguel apartó la vista. Se quedó pensativo mirando por la ventana de babor aquella costa traicionera en la que había encallado Victoria su barco. Entonces, muy despacio, asintió con la cabeza.

—Tenéis razón.

Se sentó sobre la mesa y le tendió a Victoria un pañuelo. Ella lo tomó y se secó las lágrimas y la nariz, sorprendida por el cambio de actitud.

—Mas decidme —añadió él—, ¿preferís que os compadezca y os diga que no podéis ser un pirata o que os reprenda y os diga cómo podéis serlo?

Victoria alzó la vista sorprendida. Estudió al capitán, que la miraba sentado en la mesa, con los brazos cruzados, el semblante serio... Parecía

mayor bajo la luz del atardecer y su presencia llenaba la cámara. La fascinación que sentía por él golpeó de nuevo a la princesa, y en su corazón se coló un rayo de esperanza. Miguel no se había reído de ella, de su fantasía de ser una pirata. La creía capaz a pesar de sus errores. Sintió que se le hinchaba el pecho y supo que tenía que encontrar a Inés, que tenían que conseguirlo juntas. Asintió una vez más con la cabeza, como si la pregunta que había formulado el capitán se contestara con un sí o un no.

Richards llamó a la puerta, entró sin esperar respuesta y anunció que el baño estaba preparado.

—Gracias, Nate —dijo el capitán—. ¿El baúl de *milady*...?

—También está en vuestro camarote, capitán, y le he dejado unos paños sobre la cama para que pueda secarse.

Miguel asintió con la cabeza.

—Gracias, Nate.

Richards abandonó la habitación. Victoria no sabía si levantarse o no.

—*Milady*, de los dos errores que habéis cometido, el que habéis repetido más veces ha sido no conocer a vuestra tripulación. Lamento que nos tengáis que abandonar en cuanto lleguemos a Berwick para buscar a vuestro segundo de a bordo, puesto que, aunque durante vuestra travesía en *El Miguel* yo desayunara, almorzara y cenara con vuestras mercedes, por lo general lo hago o con los oficiales si tengo algo de que hablarles, o con el resto de la tripulación en los demás casos, y me habría gustado que me acompañarais a cenar con todos mis hombres. Debéis conocer las virtudes y los defectos de cada uno de vuestros marineros, y eso se aprende conviviendo con ellos.

Victoria volvió a estudiarlo, de pie, con pose elegante, junto a la puerta abierta del salón. Le costaba imaginarlo cenando en un comedor lleno de piratas sucios y groseros.

—¿Qué ocurrió cuando encallasteis?

La princesa negó con la cabeza. Había poco que contar.

—Inés cayó al agua. Pensamos que la *Wakes' Goddess* se hundiría y ordené a las chicas subir al batel y echarlo al mar, con la esperanza de que encontraran a Inés. No había sitio suficiente para todas y yo... me quedé.

Miguel asintió sin querer profundizar más en aquello, aunque en silencio admiró el gesto de su pupila.

—Está bien. Os ruego que no mentéis a la tripulación nada de lo ocurrido a lady Braukings. Por alguna razón la tienen en alta estima.

La princesa asintió sin atreverse a decirle que su tripulación ya sabía que Inés había caído al mar.

El capitán señaló hacia el piso de arriba, donde se encontraba su camarote.

—Subid. Necesitáis ese baño caliente.

Victoria se levantó y caminó hacia cubierta. Miguel la acompañó hasta lo alto del puente, abrió la puerta de su camarote y la sostuvo para que la princesa pasara. Victoria se encontró por tercera vez en su vida en aquel hermosísimo camarote, rodeado de ventanales a través de los cuales se veía el mar, la costa de Londres y el atardecer. A la izquierda, junto a los ventanales de estribor, humeaba un balde grande con el agua moviéndose de un lado al otro por el oleaje.

—Confío en que sepáis desvestiros y vestiros sin ayuda —dijo él con su sonrisa burlona que lo rejuveneció un instante y, a continuación, cerró la puerta y la dejó allí sola.

Victoria se desató la camisa y el pantalón que le regalara el capitán en su anterior travesía y los dejó deslizar hasta el suelo. Después, muy despacio, se metió en la tina de agua caliente y se sentó. Se sintió mejor en el acto. Echó la cabeza hacia atrás e intentó no pensar en nada. Al principio los pensamientos competían por entrar en su mente, las palabras del capitán, las imágenes recordadas y las formadas por ella: Inés en el agua, Shatidje de niña en el *Artemisa*, el médico John Stowe vendando una pierna, Shatidje degollando al hombre de la taberna de Burnmouth, Frederick Stowe aferrado a la baranda de *El Miguel*, completamente pálido, Inés agitándose entre las olas... Poco a poco se fueron ralentizando, como lo hacía la sangre en sus venas, y la inundó el sopor. Entonces pensó en el capitán. «¿Preferís que os compadezca y os diga que no podéis ser un pirata o que os reprenda y os diga cómo podéis serlo?», y aquel gesto serio, concentrado, aquella seguridad en sí mismo que asombraba y ofendía, sus ojos fríos, color miel, el ceño habitualmente fruncido... La princesa suspiró. Lo temía y lo adoraba a la vez.

Oyó un ruido en el puente y miró de inmediato la puerta del camarote, consciente de pronto de que no había echado el pestillo. El ruido se apagó pronto y la puerta permaneció cerrada. Pero la mente de Victoria se había desbocado de nuevo. Con la vista fija en la puerta, imaginó que se abría y que el capitán entraba en el camarote cerrando tras de sí. Serio, resuelto y en silencio, se acercaba a la tina, con aquel semblante inescrutable. Despacio se arremangaba la manga izquierda de la camisa y, aún mudo, metía la mano en

el agua, buscando la piel de la princesa. Le acariciaba el interior de la rodilla, empujándola levemente para separarla más de la otra y, hundiendo el brazo hasta el codo, le acariciaba el interior del muslo.

La princesa se estremeció. Se echó hacia adelante y se abrazó las rodillas para combatir el deseo de acariciarse a sí misma en el lugar de la caricia imaginaria y aún más profundo, donde, de pronto, sentía una humedad desconocida que nada tenía que ver con el agua del balde. Apartó aquel pensamiento de su mente y volvió a recordar cada palabra de la conversación con el capitán pirata.

Cuando por los ventanales de babor vio que se acercaban a la costa, salió de la tina. Se secó con los paños que había dejado Richards sobre la cama y abrió el baúl que los hombres de *El Miguel* rescataran. Aún quedaba dentro un vestido limpio de princesa, amarillo claro, con recamados y gorguera blancos y mangas acuchilladas. Era el favorito de su madre y no se había atrevido a vestirlo aún, pero no había muchas opciones. Se puso el verdugado, se vistió y se lo ató como pudo. El corsé no le había quedado apenas ceñido. Frente al espejo, se recogió el pelo en un moño, que no le quedó nada mal. Al final iba a aprender a peinarse sola. Se pellizcó los labios y las mejillas para darles color y salió a cubierta.

Miguel estaba junto a la puerta hablando con Henry en el puente. Los piratas estaban preparando el ataque. El sol caía justo por detrás de las montañas y se hacía difícil ver la costa. Aun así, Victoria la reconoció: Burnmouth, el puerto escocés donde las dejara días atrás, donde conocieron a Shatidje. De nuevo el capitán había considerado peligroso dejarla en Berwick.

Miguel se volvió a mirarla. Casi pareció sorprendido de verla vestida con verdugado, encajes, gorguera y tules. Y es que Victoria estaba preciosa bajo la luz del atardecer, y en aquel vestido parecía de veras la princesa que era. Antes de que el español pudiera decir nada, Victoria se apresuró a darle la espalda y pedirle que le apretara el corsé. El capitán balbuceó algo y obedeció. La princesa sintió cómo Miguel tiraba de los cordones del vestido y la ataba de nuevo, bajo las miradas curiosas de la tripulación, y le costó reprimir una sonrisa.

—¿Burnmouth? —preguntó al darse la vuelta.

Él asintió.

—Richards os acompañará para buscaros un coche que os lleve de regreso a Berwick —añadió él—. Si lady Braukings está viva... —pero

Miguel no terminó la frase.

Victoria asintió.

—¡Firme! —gritó desde la proa Baker.

Clavos y otros dos marineros más que no conocía echaban al agua el bote. Dorek se internó en el camarote del capitán y regresó con el baúl de la princesa, que bajó hasta la embarcación. Después, todo quedó en silencio a bordo.

Victoria miró a los hombres y se fijó en ellos por primera vez. No había risas, ni chanzas. Los rostros de todos eran graves, lo que le hizo pensar a la princesa en lo inútil de su promesa de no mentar a Inés. Ya fuera por los tripulantes del primer bote, ya porque Miguel les había comunicado lo ocurrido, lo cierto era que sus semblantes denotaban que ya sabían qué le había ocurrido a lady Braukings. La princesa buscó a Fred entre la tripulación. El contra maestre estaba serio, con la mirada perdida en el mar, agarrándose las manos delante de sí, en actitud de espera. Richards llegó con la caja de derroteros que Victoria dejara en el comedor y se la entregó.

—*Milady*, el bote os aguarda —dijo el capitán.

Ella asintió de nuevo sin apenas prestarle atención. Bajó las escaleras del puente y comenzó a caminar hacia la borda en la que habían atado la escala, pero no podía apartar la vista de Stowe. Sentía que se había equivocado del todo con él. Ella lo había considerado un rufián analfabeto cuando era el hijo de un físico, lo había creído capaz de emborrachar a Inés para aprovecharse de ella cuando él la había dejado intacta en su camarote, y había creído que solo quería divertirse a su costa y ahora le parecía la imagen del dolor. Se dio cuenta de que se había comportado como una niña celosa y de que, en lugar de alegrarse por los sentimientos de su amiga, solo les había puesto objeciones. Aquel hombre que estaba allí de pie, aparentemente serio, pero roto por dentro, había cuidado de Inés mucho mejor de lo que ella, Victoria Dudley, lo había hecho. Él nunca la habría perdido en el mar.

Estaba junto a la escala de la baranda de babor y se había agachado a entregarle la caja de los derroteros a Dorek cuando se levantó de nuevo. Entonces, resuelta, se volvió y caminó hasta el contra maestre que seguía de pie ausente.

—Señor Stowe —susurró al llegar a su lado.

El joven la miró extrañado.

—Señor Stowe —repitió Victoria—, os juro que no descansaré hasta encontrar a Inés. Os doy mi palabra.

El contraestre apretó la mandíbula como respuesta, pero no hubo ni rastro de esperanza en sus ojos. Conocía el mar mejor que la princesa.

Miguel se había apresurado a llegarse hasta su lado y la sostuvo del codo.

—*Milady* —dijo en tono de reproche.

No hacía falta más. Victoria asintió y se dejó conducir dócil hasta el batel. Y, por segunda vez en su vida e infinitamente más sola, desembarcó en Burnmouth.

Victoria permanecía de pie, inmóvil, en el centro de la habitación del hostel. Se sentía el ser más solo y miserable del mundo. Había llegado a La Estrella de Mar convencida de que Inés la estaría esperando allí, pero nadie había visto a su amiga ni había sabido nada de ella. La última vez que la vieron fue cuando regresó a pagar y recoger el baúl de la princesa, el mismo baúl que ahora la acompañaba en aquella habitación tan vacía sin su amiga.

La soledad podía ser devastadora, y Victoria estaba sola en un mundo que no era el suyo. Aquella habitación tan impersonal, solo una cama, una mesilla con una palangana, un candil que apenas alumbraba y un orinal debajo, le hacía darse cuenta de que no tenía nada.

Cuando había llegado y había comprobado que Inés no estaba, había sentido como si la golpearan en el pecho. El posadero se había ofrecido rauda a darle habitación, habían subido sus pertenencias, y la habían dejado en medio de ese mismo cuarto. Pero Victoria no había aguantado allí un instante. Había bajado al comedor, se había sentado sola a cenar, acompañada por el murmullo de los escasos comensales. En una mesa cercana, unos mercaderes hablaban animados y uno de ellos se había acercado y la había invitado a unírseles en la cena. Ella había declinado la oferta. Ahora, sola de nuevo en la tenue luz de su habitación, se arrepentía de no haber aceptado la invitación. Cualquier compañía era mejor que aquella soledad. Cualquier conversación, mejor que sus pensamientos.

Seguía allí, inmóvil, sin decidirse a quitarse el vestido y sin saber cómo hacerlo, pensando cuál era el siguiente paso. Inés podía estar bien. Las chicas podían haberla rescatado. Tal vez aún no habían llegado a Berwick. Tal vez llegaran al día siguiente... Pero en su cabeza se colaban otros pensamientos mucho más oscuros. ¿Y si no era así? ¿Y si no llegaba? ¿Y si nunca volvía? ¿Cuál era el paso siguiente? Intentaba pensar en qué haría con su vida si Inés

no aparecía, pero no quería una vida sin Inés. No quería una vida sin Inés para nada.

De pronto, el ruido de una discusión en el recibidor la arrancó del vacío en el que se columpiaba. Voces del posadero, una voz ronca de mujer. Victoria corrió hasta la puerta, la abrió de un golpe y se asomó a la baranda de la escalera. Desde ahí podía ver la entrada del hostel y, junto a la puerta, a Shatidje señalando hacia arriba con gesto amenazador y al posadero gritándole que si no se iba avisaría a la guardia. Shatidje. La mujer iba aseada, con una blusa limpia, una falda oscura y una capa debajo de la cual Victoria adivinó el alfanje. No parecía venir de un naufragio. Pero era ella, la hija de Henry.

—¡Shatidje! —exclamó Victoria desde lo alto de la barandilla.

La turca la miró, con una sonrisa encendiéndole el rostro. Olvidando la discusión, corrió hacia la escalera y subió hasta las habitaciones en solo cinco zancadas.

El posadero claudicó. Puso los brazos en jarras y, con el ceño fruncido, la observó correr hasta la princesa.

Shatidje estuvo a punto de abrazarla. Se frenó a su lado, junto a la barandilla, e inclinó la cabeza.

—¡Capitán! ¡Estáis viva! —dijo sin poder contener su alegría.

Victoria asintió con la cabeza, sintiéndose mejor en el acto. Jamás imaginó que se alegraría tanto de ver a la hija de Henry. Pero faltaba la pregunta.

—Shatidje, ¿Inés...?

El rostro de la turca se ensombreció. Miró al suelo y negó con la cabeza.

—No... no la encontramos.

Victoria se aferró a la barandilla para no caerse. No la habían encontrado. Ellas habían sobrevivido, al menos Shatidje y ella, pero Inés... no estaba con la tripulación. En el castillo de naipes que había construido para mantener viva a su amiga, los cimientos temblaron. Apenas le quedaban opciones. Aún así, la princesa respiró hondo y se esforzó por decir:

—Debemos buscarla.

La turca la miró consternada.

—Capitán, es... es difícil... No tenemos cómo... —balbuceó.

Victoria la miró con severidad.

—No crees que esté viva —no era una afirmación ni una pregunta. Un reproche tal vez.

Shatidje abrió la boca sin acertar a contestar. La princesa no esperó a que lo hiciera.

—¿Creíais que yo lo estaba? —ahora sí preguntó.

La turca respiró hondo y contestó mirando al suelo.

—Capitán, nosotras... cuando llegamos a tierra... —explicó la hija de Henry—. Yo dije que había que volver a buscaros, pero Dora contestó que el bote no aguantaría. Llegó lleno de agua y casi se parte en el rompiente de la ola. Simonette dijo que era imposible regresar remando, y menos con la tormenta, que necesitábamos un bote de vela...

—Shatidje —interrumpió Victoria con suavidad, pero la pirata siguió hablando.

—... Yo propuse robar uno, porque por algo somos piratas, ¿no?, pero Simonette preguntó que quién iba a llevarlo hasta la *Wakes' Goddess*, que si ella pilotaba, y era la única que podía hacerlo, quién iba a ocuparse de las velas...

Shatidje hablaba embargada por la culpa. Victoria habló más alto para detenerla.

—Shatidje. Eso no importa. Yo estoy bien, estoy viva.

El posadero las observaba desde abajo con severidad, tratando de entender de qué hablaban aquellas dos jóvenes tan diferentes. Victoria le colocó a la turca la mano en el hombro y dijo con suavidad:

—Entremos.

Entraron en la habitación y la princesa cerró la puerta. Entonces volvió a hablar con suavidad, en aquel tono que siempre utilizaba para embaucar a la condesa.

—Shatidje, Inés sabe mantenerse a flote, Stowe le enseñó, y el barco estaba sobre el arrecife. Apenas había cinco pies de agua. Y las islas Farne, todas esas islitas, estaban cerca, a menos de una milla. Sé que lo más probable es que se haya ahogado, pero, si yo estoy viva, ella puede estarlo. Tenemos que ir a buscarla.

La turca suspiró.

—Capitán, si no es que no quiera ir a buscar a Inés. Es que se nos plantean los mismos problemas que para ir a por vuesa merced. Aun teniendo un bote de vela, no podemos navegar. Nadie nos llevará a Megstone, y menos con el mar así. Simonette se ha ofrecido a pilotar el bote viejo de su padre, pero si está ella al timón, y solo ella puede estarlo, no tenemos a nadie que sepa manejar las velas. El padre de Simonette no puede ayudarnos porque el

mismo día que lo hicimos nosotras zarpó en una chalupa grande a la pesca del bacalao y no regresarán en meses. Además, creo que Simonette preferiría no pedirle ayuda, porque le avergüenza contarle que hemos naufragado el segundo día.

—No fue culpa de Simonette —protestó Victoria.

—No, pero ella se siente responsable. —La turca hizo una pausa y aclaró—: Todas nos sentimos culpables de lo que le ha ocurrido a Inés. Pero no veo cómo podemos ir a buscarla.

Victoria asintió. Le costaba pensar que solo Simonette conociera a alguien dispuesto a ayudarlas, y que ese alguien no estuviera. Tenía que haber alguien más. Pensó en Shatidje, en su padre...

—Le pediré ayuda a Miguel —dijo entonces decidida.

A Shatidje la respuesta de la princesa la tomó desprevenida. Pero enseguida reaccionó. Negó con la cabeza y contestó seria:

—Capitán, no querréis deberle otro favor al capitán Saavedra.

Victoria suspiró.

—Lo sé. Ya me ha ayudado más de lo que podría pedir.

La turca la observó desconcertada, sin entender cómo la princesa había podido malinterpretar sus palabras así. Pero Victoria siguió hablando.

—No obstante, Shatidje, es la vida de Inés lo que acaso esté en juego y haré lo que sea para encontrarla, aunque tenga que vender mi alma a Satanás.

La turca pensó que aquello ya se parecía más a pedirle un favor al capitán español, pero no creyó oportuno expresarlo en voz alta. Entonces una idea se esbozó en su mente, y la hija del pirata medio sonrió.

—Tal vez..., acaso...

Victoria la miró intrigada.

—... haya otra posibilidad —dijo la turca con los ojos brillándole—. Existe una mujer, una sola, que lo sabe todo de velas y vientos, y está aquí, en Berwick. Ella podría ocuparse del aparejo mientras Simonette pilota.

Victoria asintió impaciente.

—Pero si la queréis —explicó Shatidje—, tendréis que pedírselo en persona, porque orgullo no le falta.

—Eso no será un problema —contestó Victoria ilusionada.

«Mejor a ella que a Miguel», pensó.

La turca también sonreía.

—Entonces yo regresaré a John's Pipe y mañana al amanecer estaré de vuelta aquí, en el puerto, con Simonette y un pesquero. Vos tendréis que ir a

los astilleros y preguntar por Emily. Decidle que sois mi capitán y que la queréis en vuestro navío.

—¿Qué navío? —preguntó Victoria turbada.

Shatidje sonrió.

—El que tendremos cuando encontremos a Inés.

Cuando Shatidje se marchó, Victoria se vio tentada a pedirle que se quedara con ella aquella noche. Pero la razón y la vergüenza pudieron más que el miedo a la soledad, y se despidió de la turca acordando encontrarse con ella en el puerto lo más temprano posible.

De nuevo sola, la princesa se quedó inmóvil en el centro de la habitación. Sí, de nuevo sola, pero menos sola. Iban a buscar a Inés. Aquella mujer a la que apenas conocía estaba con ella. Volvió a pensar en el día en que conoció a Shatidje. Jamás habría imaginado que podía ser su única amiga en el mundo, pero así lo sentía en aquel instante.

Intentó desatarse el vestido, pero no fue capaz. Se quitó el verdugado y se tumbó sobre la cama. Los encajes del vestido amarillo de princesa crujieron suavemente. Consciente de que amanecerían hechos unos zorros, cerró los ojos. Al día siguiente iban a rescatar a Inés. Y con ese pensamiento se quedó dormida.

La claridad previa al amanecer se escurría por los rotos de las cortinas raídas para reflejarse en el vidrio oscuro de la frasca vacía de *whisky* y mostrar las manchas de las sábanas.

—Fred —dijo una voz dulzona—, tu barco zarpará sin ti.

El contramaestre de *El Miguel*, tumbado boca abajo en aquel lecho, se volvió y abrió los ojos. Los cerró enseguida. La luz atravesaba sus retinas y se le clavaba en el fondo del cráneo, produciéndole un dolor insoportable. Pensó en contestar que *El Miguel* no zarparía sin él, que lo que ocurriría sería que Richards golpearía la puerta infinidad de veces hasta que él la abriera y lo arrastraría a su navío sin dejar de sermonearle. Pero la lengua le pesaba demasiado para hablar. Hizo otro esfuerzo y logró abrir los ojos, aunque arrugando el ceño.

La mujer de la voz dulzona ya se había vestido y se retocaba el peinado frente a un espejo turbio. Los ojos de ella buscaron los de él en el espejo, y él, muy despacio, se incorporó.

Ella era hermosa y aún joven. Tenía el cabello color caoba, unos ojos grandes y oscuros, y los labios sensuales pintados de un rojo chillón. La pintura azul turquesa de los ojos se le había corrido dándole un aspecto de mujer apaleada. Pero seguía estando hermosa.

Fred se metió el pantalón. Aún conservaba la camisa. Se calzó las botas en lo que le pareció un esfuerzo sobrehumano y se ató el cinto de cuchillos con la bolsa. Las monedas tintinearón en ella.

La mujer se limpiaba el exceso de pintura azul de los ojos con la esquina de un pañuelo.

—Si la próxima vez también tengo yo que hacerlo todo, tendré que cobrarte —dijo ella.

Stowe la miró. Ella había terminado de arreglarse y esperaba de pie junto a la puerta. El contraamaestre caminó hacia ella, dándole sin intención un puntapié a la frasca vacía de *whisky*, que rodó tintineando hasta ocultarse en una esquina. Al llegar junto a la puta, Fred se miró al cinto y comenzó a desatar la bolsa de monedas. Ella lo detuvo agarrándole la mano y meneando la cabeza. Cuando Fred alzó la vista para mirarla, ella le acarició la barba incipiente del mentón y continuó hasta llegar a la barbilla.

—Ignoro qué es lo que ha ocurrido, Fred, pero supéralo y vuelve a ser tú —le dijo alzándole la barbilla con el dedo.

Le dio un beso fugaz en la mejilla y abrió la puerta.

—Gracias, Roxie —contestó él con la voz más ronca que de costumbre.

Y cuando la prostituta dejó la habitación, él regresó al rincón donde esperaba la frasca vacía y apuró las últimas gotas de *whisky*.

La despertó un gallo al albor de la mañana y la princesa se levantó como movida por un resorte. «Inés», musitó al incorporarse. Se lavó la cara en la escudilla, se alisó la falda del vestido, se retocó el moño que no se había molestado en deshacer, y se apresuró a la calle.

Aquel día de mediados de julio había amanecido fresco, ventoso y nublado, como tantos otros días de verano en la costa de Inglaterra. Si Inés estaba viva, a pesar de ser julio estaría aterida de frío. La princesa aceleró el paso y caminó entre las callejas que le había descrito la turca hasta llegar al astillero de Berwick. El hombre de quevedos custodiaba la entrada, pero cuando llegó Victoria, con su aspecto de princesa abandonada en su torre, no se atrevió a detenerla, sino que tuvo que ser ella la que se volviera hacia él a

preguntar por Emily. El hombre señaló el mástil del palo mayor de la carraca que estaban terminando en el centro del patio, y Victoria distinguió a una mujer paseándose por las vergas. Sonrió. La primera impresión era buena.

El astillero acababa de comenzar su actividad y, en la bruma, los trabajadores todavía se quitaban el sueño cruzando alguna que otra palabra con algún compañero. Todo era lento y silencioso aún. Los calafateadores, carpinteros y costureros todavía estaban buscando sus utensilios. Algunos charlaban con otro compañero sobre la noche anterior. Un carpintero se había subido a lo alto del castillo de popa para clavar las tablas de la cubierta tolda, pero, a pesar de tener el martillo en la mano y el cubo de clavos a su vera, parecía que no se atrevía a romper el silencio que reinaba allí. Y en aquel cuadro de sopor matutino contrastaba la imagen de Emily, en la verga del palo mayor, moviéndose deprisa de un lado a otro con una vara de medir.

Victoria llegó junto a la carraca y solo se dio cuenta de que el hombre de los quevedos la había acompañado cuando lo oyó gritar el nombre de la muchacha detrás de ella. Emily lo miró y el hombre le hizo un gesto para que bajara. A continuación, el de los quevedos se apartó para volver a la entrada y la muchacha, ágil como un mono, se descolgó por la escala hasta la cubierta, y de allí saltó a la tarima que habían construido junto al casco de la embarcación y saltó de nuevo hasta el suelo, junto a la princesa. A pesar del frescor de la mañana, la mujer vestía solo una camisa con el cordón de arriba desatado y una falda oscura, algo corta para una doncella, pues casi se le veían los tobillos.

—Nunca me fío de las mediciones de mis compañeros —dijo a modo de saludo y explicación, y acompañó la frase con una hermosa sonrisa abierta.

Exudaba seguridad, franqueza, espontaneidad y una pizca de picardía en aquellos ojos castaños y vivos.

—Vengo de parte de Shatidje —explicó la princesa.

Ella arrugó el entrecejo mientras se limpiaba las manos en un trapo.

—No sé quién es —contestó sin disculparse por no recordarla ni intentar suavizar su negativa.

Aquella respuesta destruyó la conversación que Victoria había ensayado.

—Shatidje es... Yo soy... —titubeó—. Soy la capitán del... —¿de qué barco?—. Era la capit..., no, soy, soy la capitán del...

La joven la miraba extrañada.

—... Soy la capitán Victoria Dudley —optó por decir.

Emily inclinó la cabeza a modo de saludo. Y entonces algo se encendió en su cabeza porque, de pronto, levantó las cejas y exclamó:

—¡Ah, sí! ¡La capitán del barco en el que el capitán y el segundo de a bordo son mujeres! ¡Ya recuerdo! Y la tal Shatidje es la mujer que vino a ofrecerme el trabajo, ¿no?

Victoria asintió, aunque sentía que aquella explicación no se parecía en nada a la nueva realidad.

—Y buscabais tripulación, ¿no?

Victoria fue a asentir de nuevo, pero no se sintió capaz de continuar por aquel camino. Suspiró, y cuando habló, lo hizo tuteándola, tratando de lograr una mayor cercanía.

—Hemos perdido en el mar a Inés, la segundo de a bordo y mi mejor amiga. La única mujer de nuestra tripulación, además de ella, capaz de largar y recoger una vela estará al timón. Te necesito en las velas.

La gavierna tardó apenas un instante en asimilar toda aquella información.

—¿Y contratar a unos hombres? —preguntó.

La princesa negó con la cabeza sin dar explicaciones.

—Entonces —trató de aclarar la joven— ¿me queréis como gavierna de vuestro barco? ¿Me queréis en vuestra tripulación?

Victoria fue a asentir, pero de nuevo se sintió obligada a decirle la verdad.

—Emily, ahora mismo no hay barco ni tripulación, y si no encuentro a mi segundo de a bordo no puedo prometer que haya nada. Lo que te estoy pidiendo es que te ocupes de las velas de un pesquero grande mientras buscamos a Inés en las islas Farne.

Emily se había cruzado de brazos y tardó en responder.

—¿De cuántos días es el trabajo?

—Dos, tres a lo sumo —respondió Victoria—. Pero los pagaré bien.

La gavierna hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al tema del dinero y volvió a cruzarse de brazos.

—¿Y no hay garantía de que luego vaya a trabajar más?

Victoria negó con la cabeza con pesar.

—¿Cuándo zarparíais?

—Te necesitaría hoy.

La mujer se quedó en silencio, tamborileando los dedos de su mano derecha sobre el brazo izquierdo.

—Para tratar de rescatar a vuestra segundo de a bordo —quiso aclarar Emily.

Victoria asintió con la cabeza. La mujer siguió tamborileando los dedos en su brazo durante un tiempo que a la princesa se le hizo eterno. Pero, a pesar de ello, no la hostigó, sino que se mantuvo en silencio hasta que la gavierna contestó:

—Está bien. Dadme unos minutos. Veré si puedo escaparme de aquí sin perder mi empleo.

Y Victoria se alegró como si ya, con aquella mujer, fuera seguro que encontrarían a su amiga.

Victoria y Emily ofrecían un cuadro extraño caminando por las calles de Berwick, Victoria con su vestido blanco y amarillo de princesa y Emily vestida de faena. Primero se acercaron a casa de la gavierna, para que ella le comunicara a una vecina que estaría unos días fuera y, a continuación, caminaron hacia el puerto. Cuando llegaron, Simonette, Shatidje y Helen esperaban en el pantalán. En el agua flotaba una chalupa de unos veinticuatro pies, un solo mástil, sin cubierta salvo en proa, donde cuatro tablones cruzados tapaban parte del aparejo, y con un timón de vara. Las mujeres estaban sentadas en los tablones del pantalán, vestidas las tres con pantalones, y se pusieron de pie al ver a la capitán.

—¡Emily! —exclamó Shatidje al verla.

La turca era la que se había levantado más deprisa e hizo las presentaciones. Cuando le llegó el turno a Helen, la capitán la observó poco convencida. Lo único que recordaba de aquella mujer era que se cayó de la cofa cuando perdieron a Inés, y que se había escondido en un rincón cuando los hombres se amotinaron. Shatidje intuyó lo que pensaba la princesa.

—Todas querían venir, pero no cabíamos a bordo y Helen tiene una vista excelente —explicó la mujer—. Es la que mejor nos puede ayudar a encontrar a Inés.

Victoria asintió pensando en las palabras de Miguel. No iba a cometer de nuevo el error de creer que conocía a aquellas mujeres.

Simonette saltó dentro de la chalupa y las demás la siguieron. Cuando Emily estaba subiendo a bordo, la hija del pescador le preguntó:

—¿Has estado en muchos barcos?

Emily sonrió. Tenía una sonrisa capaz de atravesar los muros de la desconfianza.

—Barcos, muchos. Pero nunca dentro del agua —contestó guiñando un ojo.

La hermosa timonel de los tirabuzones rubios la miró desconcertada.

—Lo hará bien —intervino Shatidje—. Es un aparejo muy sencillo.

Simonette asintió en silencio mientras Emily ubicaba en la chalupa dónde iban amarrados cada guía y cada cabo de la única vela.

Victoria subió la última. Simonette le dio la mano para ayudarla y la princesa se sintió torpe y absurda en el vestido amarillo y blanco de aristócrata. Se alegró de haber dejado el verdugado en la posada.

—Capitán —le dijo la timonel con voz grave una vez estuvo a bordo—, hay algo que debo decir.

Victoria asintió y centró su atención en la pirata.

—No me entendáis mal —comenzó Simonette—. Quiero ir a buscar a Inés; no dejaría que nadie ocupara mi puesto. No... no podría vivir pensando que no lo intentamos todo y que, aunque remotísima, existiría la posibilidad de que hubiera muerto porque no la rescatamos.

Victoria asintió de nuevo y se dispuso a acomodarse en la proa, en algún lugar que no estorbara en la pequeña embarcación, pero Simonette habló de nuevo, deteniéndola.

—Pero tampoco quiero zarpar hacia las islas con vuesa merced llena de esperanzas de que vayamos a encontrarla... Yo... Si yo hubiera caído al mar con esa tormenta no habría podido llegar nadando hasta tierra, y nado muy bien... Solo... —Las palabras no salían fáciles—. Solo quiero que entendáis que lo mejor que podemos encontrar es el cadáver de Inés, para que podáis descansar en paz.

Victoria se quedó muda. Pensó que tenía que darle las gracias a Simonette por sus palabras, pero no le salía ni una palabra de agradecimiento ante aquello que había dicho. Ni por un momento había pensado en ir a buscar el cuerpo de Inés. Ella quería encontrar a la condesa con vida. No quería encontrar su cuerpo. Si Inés estaba muerta prefería no saberlo, poder buscarla eternamente. Era el sentido que había decidido darle a su vida y no quería que nadie se lo arrancara.

Se sentó en proa, cabizbaja. Simonette tenía tanta razón... Era casi imposible encontrarla viva. Antes o después, tendría que hacerse a la idea.

Emily largó la vela, Shatidje soltó amarras, y la chalupa comenzó a alejarse del puerto. Berwick seguía envuelto en la bruma de la mañana y, en cuanto se alejaron de tierra, empezó a llover. Victoria sintió las gotas frías atravesar su vestido, y otras mojarle la cara y mezclarse con las lágrimas que se le habían vuelto a escapar. Era una lluvia mansa, como si el cielo llorara con ella. Shatidje se acercó a la capitán y la tapó con una capa de cuero.

—¿Estáis bien?

Victoria asintió, y la turca se sentó a su lado sin decir nada.

El pequeño pesquero abandonó la ensenada y el mar se picó. El viento no había cambiado. Era el mismo viento del sur que había empujado ligero a la *Wakes' Goddess* de empopada, estrellándolo contra Megstone. Pero ahora lo tenían de proa. Simonette miró la vela cuadrada de su chalupa con el ceño fruncido.

—Viento de proa. Con este aparejo tendremos que ir casi de través y hacer trasluchadas. No llegaremos hasta la noche. Y eso si maniobramos bien.

Victoria sabía que Simonette estaba en lo cierto, pero aquel nuevo revés la descorazonó. Hasta la noche navegando en zigzags... Llegarían más tarde, aún más tarde de lo previsto. Y cada hora reducía las posibilidades de encontrar a Inés viva.

Emily, la gavieta, miró a lo alto del palo y después se puso a revolver los aparejos que Simonette guardaba en la proa. Antes de que la timonel pudiera protestar, Emily levantó la esquina de una vela vieja.

—¿Le tienes mucho aprecio a esta vela? —preguntó con su sonrisa espontánea encendiéndole el rostro.

—¿Vas a intentar hacer un foque con eso? —contestó Simonette incrédula.

Emily se encogió de hombros y la sonrisa volvió a bailar en el rostro.

—Con un carpintero te cambiaría todo el aparejo..., pero sin él... tendremos que conformarnos con un foque grande.

Victoria pensó en Dora, en que ojalá la hubieran traído en lugar de a la tal Helen que no servía para nada. La mujer morena y menuda, de aspecto frágil, iba sentada en la popa sin hablar ni moverse.

—Si quieres intentarlo... —contestó Simonette.

Emily tiró de la vela para sacarla. Era también cuadrada. La dobló por la diagonal, se sacó una aguja e hilo gruesos de la bolsa y se puso a coserla.

Simonette ciñó la embarcación todo lo que le permitía aquel aparejo. La verga se giró sobre el palo, colocándose lo más paralela a la embarcación que le dejaban sus goznes. La madera se quejaba con crujidos suaves. Simonette miró con desesperación el rumbo que habían logrado. Apenas pasarían cinco grados del través. Aquello era demasiado poco. Mantuvo el rumbo media milla, y entonces se dispuso a trasluchar. Le tendió a Helen la caña para que la sostuviera mientras ella soltaba los cabos de un lado para halar los del otro. No podían virar contra el viento, y aunque la trasluchada fue rápida, durante el cambio de rumbo el viento las empujó hacia el norte casi toda la distancia que habían ganado. La timonel lanzó una imprecación y volvió a coger la caña.

Emily ignoró el malestar de Simonette. Trabajaba rápido y en silencio, dando pequeñas puntadas que parecían no avanzar, pero al tiempo avanzando rápido. Shatidje, Victoria y Helen tenían la mirada puesta en sus manos. Simonette miraba el horizonte con el ceño fruncido.

Emily alzó la vista hacia aquellos seis ojos curiosos.

—No soy muy buena cosiendo —se excusó—. Sally terminaría esto en la mitad de tiempo que yo.

Victoria no sabía quién era Sally ni le importaba lo más mínimo. Aquella mujer le gustaba. Con una vela latina podrían ceñir la embarcación y navegar mucho más de proa al viento, cogiendo el rumbo que buscaban. Y virarían contra el viento sin apenas perder distancia ganada. Con una vela latina todo sería diferente. Emily acabó de coser en la quinta trasluchada. Victoria miró la costa. Berwick seguía allí. Parecía que se alejaban, pero, en cada maniobra, habían vuelto al mismo punto. Hacía mucho viento y la lluvia caía sesgada. Pero ese viento que las empujaba marcha atrás estaba a punto de convertirse en su aliado.

Emily se subió a lo alto del pequeño palo, soltó la vela que llevaban y la dejó caer en cubierta. La embarcación quedó a la deriva. Simonette observaba a la gavieta con el ceño fruncido. A continuación Emily descendió, ató una esquina de la vela que había cosido a la proa y subió a atar la otra esquina a lo alto del palo. La vela restalló, con la tercera esquina ondeando. Cuando la gavieta bajó de nuevo al suelo y tensó la vela contra el viento y Simonette giró el timón para cambiar el sentido de la embarcación y ayudar a que la vela se llenara de aire, el barquito comenzó a moverse. Pronto empezaron a coger velocidad, y Emily ató la esquina que sostenía a la base del mástil. El pesquero navegaba muy ceñido y se escoraba con la fuerza de aquel viento

que venía casi de proa. Las chicas se tuvieron que sentar en la borda de barlovento para equilibrar la embarcación. Ese viento que les había hecho imposible navegar ahora las empujaba raudas, y la velocidad hizo renacer la esperanza en Victoria. Porque Simonette sabía lo que hacía con su barquito y, con el nuevo foque, las conduciría hasta Megstone.

Emily cogió la vela cuadrada que había caído sobre la cubierta.

—¿Simonette, puedo hacerte una mesana? —preguntó, como siempre con una sonrisa—. Prometo dejártela como estaba cuando regresemos.

Simonette asintió. Seguía seria, con el ceño fruncido en un gesto de concentración, pero la velocidad la iba animando.

—Aunque tendrás que dejar lo que estés haciendo para ayudarme con los virajes. No sé dónde atar tu foque.

—Claro —sonrió Emily.

Victoria se recostó contra la borda. Se sentía segura y orgullosa de su tripulación, de aquellas mujeres que Shatidje había encontrado para ella.

«Y bien, ¿habéis pensado a quién le daréis el cargo de contramaestre cuando fletéis un barco? Porque Inés tiene que ser vuestro segundo de a bordo», había bromeado el capitán Saavedra en aquella primera travesía que hicieron juntos, cuando ella le preguntó por Stowe.

Ahora la respuesta le parecía tan evidente que no entendía cómo podía no haberlo visto antes. Shatidje se mantenía inmóvil a su lado, observando trabajar a Emily en la segunda vela. La curiosidad le pudo a la princesa y se volvió hacia la turca.

—Miguel me ha contado que rehusasteis entrar a formar parte de su tripulación. ¿Es eso cierto?

Shatidje miró a la princesa y sonrió abiertamente, casi una risa, y asintió con la cabeza.

—¿Y qué más os ha contado el capitán Saavedra de mí?

Victoria se encogió de hombros.

—No mucho —se sinceró la princesa—. Me refirió cómo llegasteis a bordo del navío de su padre y cómo el vuestro os puso en tierra cuando cumplisteis los trece años.

—Sí —contestó Shatidje moviendo la cabeza—. Una mujercita rodeada de piratas no le pareció buena idea.

Victoria asintió, dándole la razón al viejo Henry.

—¿Fue por eso por lo que rechazasteis la proposición del capitán?

Shatidje estudió a la princesa con los ojos ligeramente entrecerrados.

—¿La proposición? —repitió.

—De formar parte de su tripulación.

Shatidje respondió cauta.

—Fue una de las razones.

Pero la curiosidad de Victoria se había desatado.

—Sin embargo, aceptasteis la mía.

Shatidje no contestó, la afirmación de la princesa no la obligaba. Clavó la vista de nuevo en las manos de Emily y la princesa tuvo que insistir.

—Aun cuando sabíais que habría hombres en mi tripulación.

—Conocía que existía esa posibilidad, sí —concedió la turca.

Victoria lo tenía allí, demasiado cerca como para no preguntar directamente.

—¿Por qué lo hicisteis?

Shatidje se encogió de hombros. Luego miró a los tablones del suelo y contestó con su voz grave:

—En parte porque estoy en deuda con Inés, en parte porque vuesa merced y la segundo de a bordo sois mujeres y creí que no me menospreciaríais por serlo yo... —Shatidje alzó la vista hacia la capitán—. Pero lo que me decidió fue que me pareció que me necesitabais.

Su mirada era franca, y la respuesta impactó en Victoria.

—¿Cómo decís?

—Cuando os conocí... —Shatidje buscó las palabras que explicaran su respuesta sin ofender a la capitán—, tuve la impresión de que me necesitaríais a bordo de ese navío, que necesitaríais lo que yo sé hacer y a las personas a quienes conozco.

Victoria le dedicó una sonrisa cálida.

—Y así es.

Shatidje miró a la princesa y le devolvió la sonrisa.

—Y Miguel no os necesitaba —sentenció Victoria.

—El capitán Saavedra ya tiene a mi padre. Lamento deciros, capitán, que salís perdiendo —sonrió de nuevo la turca.

Victoria se quedó muda unos instantes, pensando en el viejo Henry y en la relación que tenía con Miguel. Lo había visto crecer en la distancia y, cuando hundieron el *Artemisa*, se había vuelto la mano derecha del pirata, además de su maestro, su confidente y casi su padre. ¿Qué sentiría el viejo hacia aquel joven, prematuro capitán?

—Habladme de Miguel, Shatidje. ¿Cómo es él?

La turca se quedó callada, con la mirada perdida de nuevo, ahora en el mar.

—Un niño rico —contestó al fin, y al notar ella misma el matiz de desdén de su voz y ver por el rabillo del ojo el vestido de la princesa, se apresuró a añadir—, quiero decir que, cuando yo lo conocí, solo era un crío adinerado que, como todos los críos, quería impresionar a su padre. Cuando ocurrió lo del *Artemisa*, Miguel cambió por completo hasta convertirse en lo que es hoy. Y yo no lo conozco más que por lo que mi padre me cuenta de él. No... no puedo deciros mucho del capitán pirata que es.

Victoria se conformó con la respuesta. Y hubo un silencio. Emily había terminado de coser la vela y preparaba unas guías para meter los cabos sin cortar la tela. Entonces Shatidje volvió a hablar con su voz seca.

—Capitán, sé que no me corresponde lo que os voy a decir, pero vos me habéis empujado a ello con esta conversación, de modo que permitidme un consejo.

La princesa asintió mirándola con curiosidad.

—El capitán Saavedra... —Shatidje tardó unos instantes en reunir el valor para continuar— es frío y egoísta; vive para la venganza. Su corazón está tan lleno de odio que no hay lugar para nada más. Vuesa merced es joven, hermosa y lista, y encontrará un buen hombre que la ame y la haga feliz.

Victoria observaba a la turca hablar. Las palabras, el tono de gravedad con que las pronunciaba, calaban hasta lo más hondo de su ser y le oprimían el pecho. Sin darse cuenta, la princesa se había cruzado de brazos y negaba con la cabeza en un movimiento apenas visible.

—Si Miguel os permite acercaros... —prosiguió Shatidje sin parar mientes en el súbito rechazo de Victoria a sus palabras— no confundáis esa cercanía con cariño ni con ningún otro sentimiento, pues sin duda tendrá una finalidad práctica y muy distinta a la que vuesa merced pueda tener.

Victoria quiso taparse los oídos. No quería oír aquello. No. Sin Inés, Miguel era lo único que le quedaba, su único amigo, su amor, y era... era... era perfecto. Shatidje tenía que estarle mintiendo. Pero, al tiempo, estaba tan convencida de que la turca le estaba diciendo la verdad...

—*Milady* —añadió Shatidje, llamándola así por primera vez y con la voz suave, casi con dulzura—. *Milady*, al capitán Saavedra es mejor tenerlo lejos.

Al final de la mañana dejó de llover, aunque el cielo se mantuvo gris. Almorzaron pan negro con manteca y queso, bacalao seco y manzanas. Emily había colgado la segunda vela hacia popa. Molestaba para maniobrar, pero les daba velocidad. Y apenas habían dado cuenta de su almuerzo cuando Simonette anunció que la porción de tierra que se veía a la derecha era Holy Island, y que detrás estaban las islas Farne.

Holy Island era una isla hermosa. En lo alto se veía el castillo de Lindisfarne. Construido hacía años para luchar contra vikingos y escoceses, el rey Enrique VIII lo había dejado de depósito naval y se adivinaba medio abandonado y triste. Con la marea baja, se podía caminar desde Holy Island hasta tierra firme, pero la marea estaba alta y viva, y el mar picado, por lo que la isla Holy en aquellos momentos era una isla en todo el significado de la palabra.

Simonette les explicó que para seguir junto a la costa y llegar a Megstone debían atravesar el canal de Goldstone, un canal muy profundo que se formaba entre las rocas Plough Rock y Goldstone. Aunque la marea estaba alta, fuera del canal apenas había fondo y, si se desviaban, podían encallar. Tomarlo con el viento y la corriente en contra hacía muy difícil maniobrar sin salirse. Lo más seguro era alejarse de la costa, salir a mar abierto, dejar las islas Farne a estribor y regresar de nuevo hacia el norte repitiendo el mismo recorrido que hicieron aquel día, con el viento y la corriente de popa.

—¿Quieres repetir lo que hicimos cuando estrellamos el barco contra Megstone? —preguntó Shatidje incrédula.

Simonette miró a su enemiga con desprecio. Victoria asintió.

—Lo haremos así, Simonette. Siempre que no nos retrase... —dijo la capitán.

—No, será rápido —explicó la timonel—. Tardaríamos más en hacer virajes cortos en el canal. Y es mucho más peligroso. Llegaremos a las islas Farne desde el sur y podremos buscar a Inés.

La princesa volvió a asentir. La timonel se alejó de Holy Island y siguieron navegando hacia el sur. Dejaron las islas Farne a estribor y, una vez pasaron la última, Simonette viró.

El viento seguía soplando con fuerza, y cuando la embarcación se puso con la proa hacia el norte y Emily abrió las velas para que pudieran navegar de empopada, la barcaza arrancó con fuerza.

Tenían la costa de Inglaterra a babor, y las islas Farne, algo adelante, a estribor. Victoria sintió un escalofrío cuando su mente regresó a la otra travesía, al grito de Helen cuando avistó las islas, al recuerdo de todo lo que ocurrió después... A medida que se acercaban a Inner Farne, los rostros de las jóvenes se ensombrecieron. Pero el silencio creciente de las muchachas se llenó de la algarabía de las gaviotas y los charranes que anidaban allí.

La corriente y el viento eran tan fuertes que Emily soltó la mesana. Simonette llevaba la barcaza muy cerca de Inner Farne. Era cierto que iban más rápido de lo que deberían para buscar a alguien en tierra, pero no vieron a Inés ni viva ni muerta en Inner Farne. Simonette siguió bordeando la isla. A sotavento, el mar estaba en calma y había una pequeña playa de arena, mucho más acogedora que el acantilado que acababan de dejar atrás. Simonette dirigió hacia allá el bote.

—¿Queréis que desembarquemos, capitán? Esta isla es la que está más cerca de Megstone.

Victoria asintió, y Simonette llevó el bote hasta la playa. Allí las muchachas descendieron y se separaron para buscar a Inés.

La isla no podía ser más inhóspita. El aire la golpeaba con fuerza, el suelo era pedregoso y el bullicio de los pájaros casi insoportable. En cuanto se alejaban de la playa, todo eran acantilados contra los que se estrellaban las olas. Victoria miraba hacia el mar. Si Inés había llegado a la isla por cualquier lugar que no hubiera sido la playa..., era casi imposible que hubiera sobrevivido a los embates de las olas. Sintió el corazón en un puño. Cuando le había explicado a Shatidje por qué tenían que ir a buscar a su amiga, le había parecido más sencillo de lo que le parecía ahora que estaban allí.

Las cuatro mujeres se encontraron al sur de la isla, donde las olas se estrellaban con más fuerza, salpicándolas una nube de agua y dejando atrás una manta de espuma, espuma de rabia. Helen observaba a través de un catalejo, como había estado haciendo a cada instante, sin lograr ver nada. Cabizbajas y sin mediar palabra, regresaron a la playa. Simonette, al verlas venir, tampoco preguntó. Ayudó a Victoria a montarse en el bote y entre las cuatro lo empujaron de nuevo a aquel mar que se había tragado a Inés.

Inner Farne, la isla que acababan de dejar, estaba tan solo a algo menos de una milla de Megstone, pero la corriente las empujaba hacia la roca en que se estrellaron, y no al revés.

—No creo que Inés pudiera nadar contra corriente hasta esta isla —expresó Simonette en voz alta—. Tal vez esté en Holy Island.

Holy Island. Eso estaba a varias millas de Megstone. Demasiado lejos para llegar nadando, y menos alguien que apenas sabía flotar.

—Puede estar en cualquier parte —murmuró Shatidje.

Emily sacó el foque y el barquito ganó velocidad enseguida. Todas seguían mudas, observando en el horizonte la silueta de lo que fue su navío durante apenas unos días.

—Dejemos el bote a la deriva —propuso de pronto Helen con su hilo de voz—. Así nos llevará adonde haya llevado a Inés.

—Si la corriente y el viento no han cambiado —matizó Simonette.

—Es más o menos la misma hora —apuntó Helen, y todas miraron al cielo. Seguía cubierto, pero el sol ya hacía rato que debía de haber pasado la línea del mediodía—. La marea está igual y el viento parece que sopla en la misma dirección.

Todas se quedaron en silencio.

—Dejar la embarcación sin gobierno con la corriente que hay... —comenzó a decir Simonette.

—¡Hagámoslo! —ordenó Victoria—. Desde Megstone. Acerquémonos a la *Wakes'* y dejemos el bote a la deriva a ver adónde nos lleva.

Se acercaban a la *Wakes' Goddess* deprisa.

—Está bien —concedió Simonette soltando la caña—. Emily, arría el foque.

La gavierna se subió al mástil y obedeció.

—Nos estrellaremos contra Megstone o contra alguna otra roca —murmuró Shatidje.

—Las sortearemos con los remos —contestó Simonette poniéndose en pie, y soltando los dos remos del interior de la borda, le lanzó uno a Shatidje.

El pesquero perdió velocidad sin el impulso del viento. Estaban a solo unas brazas de la *Wakes' Goddess* cuando Simonette clavó el remo para esquivar la embarcación. Shatidje remó también y, despacio, la hermosa carraca que había sido el barco de aquellas mujeres, salvo Emily, fue quedándose atrás, aún clavada al este de Megstone en un equilibrio imposible. Victoria la miró con nostalgia.

—Deberíamos volver a ver qué se puede rescatar —murmuró.

El sol pugnaba por abrirse paso entre las nubes mientras el bote flotaba entre las olas hacia el norte.

—La corriente nos lleva hacia Holy Island —confirmó Simonette con pesar—. Eso está a cuatro millas de Megstone. Es imposible llegar a nado —

añadió poniendo en palabras lo que ya había pensado Victoria.

Victoria se sentó en el fondo del bote y hundió la cara entre las manos. Inés no había podido llegar nadando a la costa ni a las islas Farne. Inés se había ahogado nadando contra la corriente, o tratando de mantenerse a flote hacia Holy Island, demasiado tiempo para que nadie pudiera conseguirlo.

Las demás muchachas debían de pensar lo mismo porque se quedaron en silencio.

—Pero fijaos en esas algas —dijo de pronto Helen señalando hacia estribor.

La princesa se levantó y todas miraron adonde señalaba la mujer menuda. Un poco a estribor, apenas pasado Megstone, unas algas flotaban hacia el sur.

—Parece que la corriente ahí va en otro sentido.

—¡Tratemos de tomar esa corriente! —exclamó Victoria.

Shatidje y Simonette remaron hacia las algas que flotaban lentas, fuera de la corriente que las empujaba al canal de Goldstone, y sacaron los remos. Al principio no pasó nada. El barco parecía clavado en el mar. Después, muy despacio, el bote fue girando y la proa quedó hacia el sureste, aunque siguió sin moverse.

—La corriente va hacia el sureste, pero el viento nos empuja hacia el norte —dijo Emily—. Por eso no nos movemos.

—Rememos un poco más —propuso Simonette.

Shatidje y la timonel llevaban un rato remando el pesado bote sin apenas moverse, cuando el sol amarillento del atardecer salió de entre las nubes, llenándolo todo de luz. Y entonces se obró el milagro. El viento cayó de pronto, las olas se amansaron y el bote, como si algo tirara de él, comenzó a flotar hacia el sureste, cada vez más deprisa. Las chicas miraron hacia proa.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó Helen.

—De vuelta a las islas Farne —contestó Simonette—. Esta debe de ser la corriente que pasa entre Inner Farne y Staple Island. Había oído que es una corriente muy fuerte.

—Si Inés hubiera cogido esta corriente... —dijo Victoria con un brillo de esperanza en los ojos.

Simonette se puso la mano en la frente a modo de visera.

—... con ayuda de Dios habría acabado en Staple Island.

—Pues ya está bien de flotar —añadió Emily subiéndose al palo con la punta del foque en el mano—. Vayamos hacia allá. Con tan poco viento sí

podremos navegar entre las islas.

Victoria sentía cómo la zozobra se instalaba en su ánimo. La esperanza de nuevo luchaba por aparecer y llenarlo todo con su luz, pero la princesa no quería darle paso. No quería ilusionarse pensando en que podrían encontrar a Inés viva, y volver a sufrir el desgarró de haberla perdido.

Con el sol, la multitud de pájaros de las islas Farne había elevado el nivel de sus graznidos, como si festejaran cada rayo de luz, y el bullicio se sentía desde lejos. La alegría de los pájaros, el sol... parecían querer forzar a Victoria a sonreír y le hacían más difícil mantener su luto.

Estaba batallando con los sentimientos cuando Helen se llevó el catalejo a la cara y, haciendo un gesto como para que se detuvieran o guardaran silencio, o para que la barca detuviera su vaivén y le permitiera fijar la vista, preguntó:

—Simonette, ¿podrías acercarte a aquellas rocas? —Se apartó el catalejo y señaló unas rocas al oeste del canal que separaba Inner Farne de Staple Island—. Me ha parecido ver un trozo de tela blanca ondeando en aquellas rocas. Podría ser la camisa de Inés. Pero también podrían ser plumas, o guano...

Le tendió el catalejo a Victoria, que se apresuró a mirar a través de él.

—Solan Rock —dijo Simonette, con el rumbo de la embarcación fijo en el punto que había señalado Helen.

Entonces Victoria lo vio. Sin duda había algo sobre la roca. Volvió a mirar a través del catalejo y distinguió un cuerpo tendido sobre ella, vestido con pantalón oscuro y camisa blanca.

—¡Es Inés! ¡Tiene que ser Inés! —gritó dando saltos sobre el suelo de la barcaza, sintiendo como si volviera a nacer, con la alegría llenándole el alma.

Helen tomó el catalejo que la princesa parecía no necesitar y volvió a mirar.

—Es el cuerpo de Inés, sin duda —confirmó, pero sus palabras introducían un matiz que Victoria no había contemplado.

—¡Que Dios quiera que esté viva! —murmuró Emily.

Viva. Claro. Aquel era el cuerpo de Inés. La corriente la había empujado hasta allí. Pero aquello no implicaba que la hubiera llevado viva.

Victoria sintió que se mareaba. No sabía dónde estaba. Se sentía como en una nube, en un sueño, como si nada de aquello fuera real. El tiempo se detuvo, las mujeres se movían como si ellas mismas estuvieran en el fondo del mar: lentas, flotantes, sus voces distorsionadas. El mundo se había

detenido. Y, en aquel mundo onírico, ella saltó de la barcaza a la roca antes de que la detuvieran y la amarraran, escaló los peñascos asustando a los charranes y, entre vapores y nubes, se arrodilló junto al cuerpo de Inés mientras las demás mujeres intentaban seguirla.

El cuerpo de Inés yacía boca abajo. Su amiga tenía la ropa hecha girones, el pelo lleno de algas, los dedos de las manos azules y ensangrentados, y un corte amoratado en la sien. La camisa se le había roto sobre el hombro derecho y dejaba ver una contusión también ensangrentada. La piel que había quedado desnuda estaba azulada y reseca a la vez.

Victoria tiró del hombro de su amiga para volverla. Tenía los ojos cerrados y los labios morados y cortados. El color de su piel no indicaba que estuviera viva. La princesa apoyó la cabeza en su pecho y rompió a llorar. No le oía el corazón.

—Inés —lloró—, Inés...

Entonces sintió el peso de una mano consoladora que se apoyaba en su cabeza.

—Te estaba esperando —susurró la voz de su amiga.

Victoria se incorporó a mirarla. Inés había abierto los ojos y había sido ella quien le había acariciado el pelo.

—Inés —repitió Victoria con grandes sollozos, y se abrazó al cuerpo maltrecho de la condesa.

La mano de Shatidje apareció de la nada para tirar de la princesa hacia atrás.

—Capitán, dejadla respirar.

Después le tomó la temperatura de la frente.

—Tiene fiebre. Dadle agua.

Helen se apresuró a acercarle un pellejo de agua. Shatidje metió la mano por detrás de la cabeza de Inés para ayudarla a incorporarse y le dio de beber. Inés bebió con ganas.

—Tenéis suerte de que haya llovido —dijo la turca.

Después, y como si Inés pesara aún menos de lo que pesaba, la turca la cogió en brazos y la levantó, llevándola hasta la barca. Aunque el viento había amainado y con él las olas, no era fácil acercarse a la barca sin estrellarla entre las rocas. Entre Shatidje, Emily y Simonette lograron meter a Inés dentro, y a Victoria le costó volver a saltar al interior, sin ser capaz de recordar cómo había logrado salir tan fácilmente.

—Es un milagro. Es un milagro —repetía Simonette santiguándose incrédula mientras tumbaban a Inés en proa.

Faltaba poco para el ocaso. Sin más palabras, Simonette enfiló la embarcación hacia el norte, dejando Megstone esta vez bien lejos a babor y tomando el canal de Goldstone para salir a mar abierto. Emily se apresuró en descoser la vela cuadrada de Simonette para volverla a colocar y navegar rápidas con el viento de popa. Esta vez Victoria no la miró cambiar el aparejo. Se mantuvo sentada en el fondo de la barcaza, con Inés apoyada sobre ella, dándole a ratos trocitos de manzana que Inés masticaba despacio, y susurrándole que no se preocupara, que pronto llegarían a Berwick y que todo iba a salir bien, que nunca iba a dejar que nada volviera a ocurrirle. Y las otras cuatro mujeres la observaban a ratos, contentas de haberse dejado llevar y de haber participado en aquella aventura; felices de que, contra todo pronóstico, hubieran encontrado a Inés y se hubiera obrado el milagro de encontrarla viva.

## CAPÍTULO IX

Anocheció antes de que llegaran a Berwick y Helen encendió el candil de proa. Pero aquellas aguas no tenían secretos para Simonette, al menos no los tenían en un pequeño pesquero. Siguieron navegando con el viento de popa hasta que se divisaron en la costa las luces de la ciudad. Berwick upon Tweed. Era casi como llegar a casa.

No era tarde y había muchas ventanas iluminadas, y como había salido la luna se podía navegar fácilmente entre los barcos fondeados en la ensenada. Pasaron cerca de la *Crazy Swell*. De noche y desde la escasa altura del pesquero, la vieja carraca parecía oscura e imponente. Solo el ruido del fino oleaje de la bahía contra el casco le daba un halo de mansedumbre.

Victoria la observó un rato hasta que la dejaron bien atrás. Le parecía que había pasado una eternidad desde que hablaron con el anciano del puerto sobre aquel navío que flotaba sin escolta, una eternidad desde la mañana en la que ella se enamoró de la *Wakes' Goddess* cuyo destino había resultado ser mucho menos halagüeño de lo que apuntaba cuando Victoria la vio por primera vez. La vieja *Crazy*... Victoria sonrió. Miró a Inés que dormía con la cabeza sobre su regazo y a las cuatro chicas que la habían acompañado.

—Shatidje —dijo—. ¿Crees que podríais venir mañana con Dora al puerto? Me gustaría que le echara un vistazo a esa carraca a ver cómo tiene el casco.

Las cuatro se volvieron a mirar a la *Crazy*. Shatidje asintió muda.

—Simonette, ¿podríais regresar a Megstone con Claire —llevaba un rato esforzándose por recordar los nombres de todas— a intentar salvar lo que podáis del aparejo? Los cañones habrá que dejarlos ahí por el momento. Pero el aparejo nos puede servir.

—Capitán, no puedo navegar a Megstone yo sola —contestó Simonette.

—Bert y yo podemos acompañarte —se ofreció Helen.

Pero Simonette no estaba pensando en ellas. Miraba a Emily. Y Victoria lo entendió. Se volvió a la gaviera y le dijo con franqueza:

—Emily... No puedo dejar de agradecerte lo que has hecho hoy por nosotras. Sin el aparejo... —titubeó—, no sé si habríamos llegado a tiempo de salvar a Inés. Mañana puedes venir después del trabajo a cobrar lo que te debo... —Hizo un silencio—. O te puedes unir a nosotras y ayudar mañana a Simonette a salvar lo que se pueda del aparejo de la *Wakes' Goddess*. Vamos a intentar fletar la *Crazy Swell* y a fe mía que nos sería de muchísima ayuda tenerte a bordo.

La gaviera sonrió, con aquella sonrisa suya que le iluminaba el rostro.

—Capitán, bien sabéis que tengo un oficio honrado. Si os he acompañado hoy ha sido porque creí que podría ayudaros a rescatar a vuestra segundo de a bordo... y porque pensé que sería divertido...

—¿Y lo ha sido? —interrumpió Victoria.

Emily asintió sonriendo.

—Pues imaginad lo que sería navegar esa carraca...

Emily clavó la vista en el suelo del pesquero, pensativa. Luego alzó los ojos hacia la capitán y preguntó:

—¿Y qué haréis con ella, capitán? Porque dudo que la uséis para transportar mercancías.

Esta vez fue Victoria la que sonrió.

—No. Es cierto. No vamos a mantenernos al amparo de la Corona. Lucharemos, y no solo para defendernos. No... no te auguro una vida larga si estás con nosotras. Sí una vida intensa, rica y llena de emoción, en la que tú misma seas la única dueña de tu destino. Una vida en el mar.

Emily no contestó.

—Piénsalo. Sabes dónde encontrarme. —Se volvió hacia su timonel—. Simonette, venid mejor al puerto por la mañana. Si Emily decide unirse a nosotras, la podréis recoger y navegar juntas hacia Megstone. Si no, yo misma intentaré ayudaros con el aparejo.

Al llegar a tierra, Shatidje tomó en brazos a la condesa, y a pesar de que esta protestó que podía caminar, la sacó de la barca y la dejó en el pantalán. Tampoco obedeció la turca a la capitán cuando esta le dijo que volviera al bote, que se verían al día siguiente, sino que insistió en acompañarlas al hostal para ayudar a Inés a caminar mientras Victoria trotaba a su lado.

Golpearon la puerta y el posadero tardó en abrir dando gritos por la hora, pero, al ver el estado en el que se encontraba Inés, se apresuró con la puerta y las guio hasta la habitación con un candil. Se ofreció a subirle una

sopa, que Inés y Victoria declinaron educadamente y que Shatidje aceptó con una rotundidad tal que el hombre supo a quién debía obedecer.

—No ha vomitado la manzana. Que se tome la sopa —dijo la turca cuando el hombre salió de la habitación.

Victoria asintió. Habían dejado a Inés tumbada en el lecho, mirándolas con los ojos abiertos aunque con aspecto ausente. Había empezado a tiritar y parecía que le estaba subiendo la fiebre.

—¿Queréis que me quede? —preguntó la turca.

Victoria miró a Inés y dudó. Después meneó la cabeza.

—Estaremos bien.

La turca asintió sin convencimiento y se despidieron hasta el día siguiente.

—No vengas temprano —aclaró Victoria cuando la mujer ya salía por la puerta—. Todas necesitamos descansar.

Shatidje asintió y cerró la puerta. Victoria suspiró y se volvió hacia su amiga con una sonrisa. Le acarició el pelo hasta que Inés volvió a cerrar los ojos. A continuación se levantó, caminó hasta el baúl que los hombres de *El Miguel* habían salvado de la *Wakes' Goddess* y comenzó a sacar uno por uno todos los vestidos, telas y joyas que contenía y a desplegarlos sobre la cama. Llamaron a la puerta. Inés abrió los ojos y Victoria tapó sus objetos con una manta y se apresuró a abrir. Era el posadero con la sopa. Victoria le invitó a entrar y le pidió si podía subirles algo de papel y tinta. El hombre arrugó el ceño, pero asintió una vez más.

Cuando cerró la puerta, Victoria dejó el plato sobre la mesilla, ayudó a Inés a incorporarse, volvió a coger la sopa y se sentó en el lecho para dársela a Inés. La condesa abría la boca obedientemente.

—¿Qué vas a escribir?

—Quiero inventariar los bienes que nos quedan y estimar lo que tengo que pedir por ellos si quiero comprar la *Crazy Swell*. Bueno, la *Crazy Swell* y todo lo que nos hace falta. No quiero volver a regalar el dinero.

Inés se quedó rígida. Victoria sostenía la cuchara llena esperando a que su amiga abriera la boca. Pero Inés, con gesto de gravedad, empujó la cuchara lejos y dijo:

—Victoria, no quiero ser pirata.

Aquella afirmación golpeó a la princesa, que se quedó clavada con la cuchara en el aire. Luego volvió a sonreír a su amiga.

—¡Oh, mi querida Inés! —habló con dulzura, pero también con condescendencia—. ¡No temas! ¡No volveremos a naufragar! Y si ocurriera cualquier altercado, tú serías la primera en estar en el bote.

La joven condesa negó lentamente con la cabeza.

—No es eso, Victoria. Ya lo había decidido antes del naufragio. Era lo que quería decirte cuando me pediste que fuera a buscar a Simonette.

Victoria seguía inmóvil, sentada junto a su amiga, con la cuchara a medio camino entre el plato y la condesa. Entonces esta añadió con dureza:

—No seré una asesina, Victoria.

De nuevo las palabras impactaron contra la princesa. Victoria devolvió la cuchara al plato de sopa.

—¿Una asesina? —repitió con asombro—. ¿Consideras a Stowe un asesino? ¿Y a Henry? —Se cuidó mucho de no mencionar a Miguel.

Inés volvió a menear la cabeza.

—No, Victoria. Henry y Fred son piratas porque no tienen elección.

—¿Que no tienen elección? —repitió de nuevo la princesa levantándose de la cama sulfurada—. Podrían trabajar en un mercante, o ser corsarios, o soldados de la reina...

Victoria paseaba de un lado a otro con el plato aún en las manos.

—Eso da igual —interrumpió Inés—. Fred y Henry son soldados. Me da igual para quién hagan su trabajo. Ellos matan para ganarse la vida.

—¡Nosotras también lo haremos para ganarnos la vida! —exclamó Victoria.

Inés seguía negando con la cabeza.

—Victoria —dijo la condesa con desgana—, Shatidje y Simonette lo hacen para ganarse la vida. Nosotras lo hacemos porque queremos. Podríamos haber cogido las joyas y haber vivido sin apreturas y sin hacerle daño a nadie. Pero elegimos vivir matando. Tú elegiste vivir matando y yo te seguí —corrigió—. Las otras chicas... Ellas siguen órdenes. Nosotras no. Nosotras somos las que damos la orden de a quién tienen que matar.

Esta vez fue Victoria la que negó con la cabeza. Soltó el plato sobre la mesilla, con más brusquedad de la que habría precisado, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Inés, acaso deba recordarte que a los únicos a los que hemos matado no fue por elección nuestra.

Inés suspiró.

—Lo sé, Victoria —y añadió en un tono más conciliador—: Sé que los matamos para sobrevivir, sé que no había otra alternativa y sé que, en la misma situación, volvería a matar a Roger. Pero no quiero volver a estar en la misma situación. —Cerró los ojos y meneó la cabeza—. Cada vez que cierro los ojos veo a Roger babear sangre. —Los volvió a abrir y miró a su amiga—. Aunque sé que está mejor muerto, aunque piense que le he hecho un favor al mundo quitándolo de en medio, aunque sepa que él no habría vuelto a pensar en mí si hubiera ocurrido al revés..., su imagen me tortura. Y me descubro pensando en si tendría mujer, o hijos, o alguien que le quisiera; en que seguro que tendría una madre... —Suspiró—. Eso con Roger. ¡Imagina si mato a un hombre que no me ha hecho ningún mal!

Victoria se había apoyado en la mesilla, junto a su amiga, y no tuvo que alzar la voz para contestar.

—Solo a un soldado, Inés. Matarías a un hombre cuyo oficio consiste en matar o morir.

—¡Pero es que no quiero matar a nadie! —estalló la condesa incorporándose más—. ¿No lo entiendes?

Después del grito de Inés la habitación quedó en silencio. La vela crepitaba, la sopa aún humeaba despacio y Victoria estaba muda, mirando al suelo. En aquel momento llamaron a la puerta y la princesa se acercó a abrir. Era el posadero, que traía en una bandeja papel, tinta y pluma. Se los tendió a Victoria, musitó unas palabras de despedida y volvió a salir. Victoria se quedó junto a la puerta, la mano todavía en el pomo y la bandeja en la otra.

—Está bien —dijo finalmente la princesa—. Podemos hacer lo siguiente...

—¡No! —exclamó Inés.

—¡Solo escucha lo que te voy a proponer! —exclamó la princesa dejando la bandeja sobre la mesa para mostrarle a su amiga las palmas de las manos.

—¡No, Victoria! —repitió Inés con rotundidad—. ¡No quiero escucharte! —Suavizó algo el tono—. No quiero que me embauques ni que me convenzas. Esta vez no. Te pido, por favor, que por una vez respetes mi decisión.

Victoria caminó hasta la cama de enfrente de Inés y se sentó en ella de nuevo. Suspiró y asintió con la cabeza. Había convencido a Inés de huir, la había convencido para fletar juntas la *Wakes'*, y su amiga había estado más cerca de la muerte de lo que lo estaban los apestados.

—Lo respeto, Inés —dijo con tristeza—. Veremos la forma de que vuelvas a Londres. Mas te ruego, por nuestra amistad, que guardes el secreto de...

—¿Volver a Londres? —interrumpió la condesa sin entender.

Victoria sonrió a su amiga con dulzura.

—Inés, creí que te había perdido por arrastrarte conmigo hasta aquí. Prefiero seguir sola, sabiendo que tú estás segura y que eres feliz con Robert, a volver a pensar que te he convencido de algo que no querías y te he conducido a la muerte. No... No quiero... —bajó la vista—, no podría vivir con eso en mi conciencia...

—Pero yo... ¡yo no quiero regresar a Londres! —exclamó Inés consternada.

Victoria la observó sin entender tampoco. Si no quería volver a Londres ni quería ser una pirata, ¿qué quería? Se mordió el labio inferior y se miró la punta de los pies. Durante unos instantes las dos permanecieron en silencio. Al final habló la princesa.

—En ese caso habrá que empezar por buscarte un alojamiento más humilde. Al menos hasta que sepa cuánto nos queda y cuánto somos capaces de robar.

—¿Robar? —preguntó Inés en un hilo de voz.

—Claro —contestó Victoria alzando la vista—, a otros navíos.

—Tú... ¿Vas a ser pirata? —No era una pregunta.

Victoria suspiró una vez más y miró a los ojos a su amiga.

—Inés, entiendo tu postura, creo, y no voy a intentar convencerte para que te vengas conmigo. Pero casi no nos queda nada ya y no hay mucho que yo sepa hacer. Si quieres buscar un trabajo... me parecería estupendo. Pero esas mujeres han dejado todo lo que tenían por seguirme, se han metido otra vez entre las rocas y arrecifes para buscarte y... —negó con la cabeza— ahora soy yo quien está en deuda con ellas. Como tú misma has dicho, esas mujeres no tienen elección. Necesitan esto. Y yo... me siento responsable de ellas. Tú puedes quedarte en tierra, que yo cuidaré de ti. Si consigo dinero, te puedo poner un pequeño comercio. Pero yo... —cogió aire y lo soltó con fuerza— yo voy a ser pirata. Tengo la mejor tripulación del mundo... y lo voy a intentar.

—Seis mujeres no es una tripulación, Victoria.

Victoria sonrió.

—Si Emily viene, seremos siete. Y sí, sí que lo es. Es mi tripulación — dijo con orgullo, y recalcó mucho el «mi»—. Y muy pronto será mi tripulación pirata.

Inés asintió en silencio. Alargó la mano hacia la sopa y Victoria se apresuró a cogerla y sentarse de nuevo a su lado para dársela. No hablaron más. Cuando Inés se terminó la sopa, Victoria la ayudó a acomodarse de nuevo y la tapó para que descansara. Ella no se acostó. Se quedó inventariando los útiles que necesitarían y los bienes que tenían y calculó el máximo que podía ofrecer por el navío y el mínimo que tendría que pedir por los vestidos. Los observó uno por uno. Sedas, brocados, encajes..., las más ricas telas traídas de todas partes del mundo. Nunca más volvería a vestir nada así. Y sonrió decidida.

Inés no durmió bien aquella noche tampoco. A pesar del cansancio, la fiebre le impidió descansar y, en su duermevela, le enviaba imágenes turbulentas que se mezclaban con pesadillas. Cada vez que abría los ojos sobresaltada por la imagen babeante de Roger, Victoria se apresuraba a su lado, a calmarla con una sonrisa y a secarle el sudor con una compresa fría. Pasaba del frío al calor, a taparse tiritando cuando la fiebre le subía y empujar la manta al suelo cuando empezaba a bajarle. No fue hasta el amanecer cuando la fiebre le desapareció por completo. Entonces escuchó a su amiga moverse por la habitación y abrió los ojos para descubrirla recogiendo el pelo frente al diminuto espejo de la alcoba. Llevaba el vestido blanco y amarillo del día anterior, que estaba hecho unos zorros. Al sentir que la miraban, Victoria volvió la vista hacia la condesa y le dedicó una sonrisa.

—Es temprano. Sigue durmiendo —le ordenó.

Inés se incorporó en el lecho, sintiéndose agotada. Al hacerlo, el hombro le dio un pinchazo. Se lo había golpeado contra las rocas y, aunque no se había hecho nada serio, lo tenía magullado y dolorido.

—¿Adónde vas?

—A vender nuestros vestidos. Puedes quedarte con uno. Te había dejado aquel —señaló el vestido azul marino que tantas veces se había puesto en *El Miguel*—, pero, aprovechando que estás despierta, puedes elegir el que quieras. Los demás los voy a vender.

—Es el que habría escogido yo —asintió la condesa, y volvió a mirar el que llevaba Victoria—. ¿Tú te vas a quedar con ese?

La princesa se encogió de hombros.

—Está destrozado. No lo podría vender, por mucho que le costara a mi madre.

Inés asintió. Victoria había terminado de retocarse el moño, cerró el baúl, tiró de él hacia la puerta y abrió. Con otra sonrisa se despidió y la condesa se hundió en la almohada para seguir durmiendo.

La despertó de nuevo la puerta cuando Victoria regresó. La princesa forzó una sonrisa y se sentó a escribir.

—¿Cómo ha ido?

Victoria negó con la cabeza y fue incapaz de fingir. Los ojos se le humedecieron.

—Los vestidos apenas valen nada —respondió—. El sastre me ha concedido que las telas son muy valiosas, pero que, ya confeccionadas, difícilmente las puede volver a utilizar. Lo único que se puede volver a utilizar es la pedrería y no tomé los vestidos más cargados. Además, dice que aquí no hay gente de tanta categoría. ¡Me tendrían que regalar el barco para poderlo comprar con lo que me ha pagado! Sin hablar del aparejo y de todo lo demás que necesitaremos para hacernos a la mar.

Inés hizo un esfuerzo por sentarse en la cama. El hombro volvió a dolerle, pero era un dolor soportable.

—¿Has probado a vender mis pendientes, los que llevaba cuando huimos? Estaban en el baúl.

Victoria señaló con la barbilla la pareja de zafiros que había dejado sobre la mesa.

—Son tuyos. Y los necesitaremos para pagar un lugar donde puedas vivir.

Inés se enrolló en la manta y caminó hasta su amiga.

—No creo que hagan falta dos zafiros para pagar mi alojamiento —repuso Inés con suavidad—. Y siempre puedo quedarme en casa de Shatidje o de alguna de las chicas hasta que encontremos algo mejor. Mis pendientes no te comprarán el barco tampoco, pero estarás más cerca.

Victoria abrió la contraventana para que entrara luz en la habitación. La mañana era fresca, pero entre las nubes había algunos claros que dejaban pasar los rayos del sol.

—Debo irme. —Cogió la caja con las cartas y los derroteros—. Quédate y descansa —dijo volviéndose hacia su amiga—. Cuando regrese, buscaremos un lugar donde puedas quedarte.

Abrió la puerta y, antes de salir, Victoria añadió con una sonrisa:

—Si te quedas en casa de Henry o en alguna casa en las inmediaciones de Burnmouth, podrías ver a Stowe siempre que *El Miguel* regresara a puerto. Creo que recala siempre allí. Volveríais a encontraros a menudo.

Inés asintió con la cabeza, aun cuando el mero pensamiento del contramaestre le produjera un nudo en el estómago. Victoria se despidió e Inés regresó a la cama. Cerró los ojos y a los pocos segundos los volvió a abrir. No había pensado en volver a ver al pirata nunca más.

Cuando Victoria llegó hasta el puerto descubrió a las chicas vestidas con ropa de hombre esperándola en el pantalán. Estaban todas: Shatidje, con su alfanje a la cintura y su intensa mirada verde oliva; Helen, tan menuda, embutida en un jubón de cuero negro y con un mosquete y el catalejo que le había ayudado a encontrar a Inés; Claire, hombruna, con las mangas de la camisa arremangadas para mostrar sus robustos brazos; Bert, distraída escuchando los cuentos de Claire mientras le trenzaba el pelo a la pequeña Jerusha; Dora, con la caja de herramientas junto a los pies; Simonette, sentada en el pantalán, pistola al cinto, abrazándose una rodilla y mirando el mar, ajena a la conversación; y Emily, sí, allí estaba Emily, con su eterna sonrisa en los labios y vestida también con pantalón y camisa. Sus siete piratas, ocho con Jerusha. Y olvidó de inmediato el fracaso en la venta de los vestidos.

La capitán dio los buenos días, sonrió a Emily a modo de agradecimiento y propuso que subieran a bordo de la *Crazy Swell* para echar un vistazo. Las mujeres saltaron a la barcaza de Simonette y, apretadas, navegaron hasta el navío.

La *Crazy Swell* era una nao o carraca española de noventa pies, alta de borda y con mucho calado. Tenía castillo en proa y en popa y, sobre la tolda del castillo de popa, a la altura del puente, había como en *El Miguel* otra construcción cerrada, que probablemente fuera la chupeta del capitán. Tenía tres mástiles desnudos de velas y aparejo. Tanto el combés como la cubierta del puente o cubierta tolda estaban llenas de salitre.

En cuanto estuvieron a bordo, las mujeres comenzaron a pasear por la carraca inspeccionándola. Emily comprobó las jarcias, gastadas y corroídas, y las escalas que formaban los obenques y que subían a la cofa del palo mayor, y arrugó la nariz; Dora sacó un berbiquí y agujereó la madera de los mástiles

para ver si seguía firme, mientras Simonette subía al castillo de popa a estudiar el timón. Dora no tardó en dar su veredicto:

—Hay que mirar el casco, pero la madera de los palos está seca y sin signos de carcoma.

—Pues la jarcia muerta está medio podrida, y la de labor ni está, se la han llevado —voceó Emily encogiendo los hombros.

Victoria asintió con la cabeza.

—¿Le serviría la de la *Wakes' Goddess*? —preguntó.

Emily cruzó un brazo sobre su vientre y tamborileó los dedos del otro en los labios mientras miraba hacia las vergas.

—Los estáis y obenques no. Estos palos son más largos. Las velas quedarían algo pequeñas, pero podrían servir.

Victoria asintió satisfecha. Se dirigió a la puerta del castillo de popa e intentó abrir, pero estaba cerrado con llave.

—Regresaremos luego —murmuró—, ¡bajemos a la cubierta de artillería!

Entre Claire y Simonette abrieron la escotilla de proa que daba acceso a la cubierta de artillería. Los ejes chirriaron. Bert se apresuró a tenderle un candil a la capitán y ella se lo agradeció con una inclinación de la cabeza. Con el candil en la mano comenzó a bajar los escalones. El interior olía ácido, como de algo que fermenta, y a humedad y a podrido. Cuando estaba en el último escalón una rata enorme cruzó el suelo de la bodega y, al pasar delante de la princesa, se detuvo y la miró. Victoria también se detuvo, sobresaltada. Tragó saliva, continuó descendiendo y, tras unos segundos de vacilación, la rata optó por huir.

—En la lista de cosas que debemos comprar debéis apuntar un gato —dijo Bert desde detrás.

—Que sea grande —puntualizó Shatidje.

Todas las muchachas bajaban detrás de ella.

—¿Cómo estará tan gorda esa rata? —preguntó Claire—. Este barco debe de llevar meses sin echar un cable ni un bote a tierra.

Victoria ojeó la cubierta de cañones vacía, con portas para ocho cañones, y siguió bajando hacia el interior de la bodega. En ella descubrió una pila de sacos rotos de lo que debió ser, meses atrás, un cargamento de harina. Las ratas habían roto los sacos, la harina se había derramado y cubría el suelo alrededor de la pila, desprendiendo un desagradable olor a rancio.

—Aquí está la explicación —aclaró.

Las jóvenes se acercaron a mirar.

—Habrá que tirar esto al mar. ¡Claire! —llamó la princesa esforzándose en recordar el nombre de la estibadora—. Mira a ver si el cabestrante aún funciona y podemos subir estos sacos.

La mujer andrógina regresó a las escaleras para salir a cubierta. Las demás muchachas se acercaron a los sacos con la intención de arrastrarlos hasta debajo de la escotilla. De pronto, las sobresaltó el fogonazo de un disparo. Las mujeres se quedaron paralizadas.

—¡Me ha plantado cara! —exclamó Simonette a modo de disculpa, señalando con su pistola a la rata que había en el suelo, reventada del balazo.

—¿Llevas siempre la pistola cargada? —preguntó Victoria incrédula—. ¡Te vas a volar un pie!

Simonette se encogió de hombros, como diciendo: «Mejor volarme un pie a que alguien más rápido me vuele la cabeza».

Emily silbó.

—¡Menuda puntería!

—Sí, eso sí —concedió Victoria.

Las mujeres, por parejas, fueron asiendo los sacos y llevándolos hasta el pie de la escalera. Rajados como estaban, la harina se iba derramando. Otra vez sonó otro disparo. Las ratas no iban a abandonar tan fácilmente su almacén de víveres. Cuando estuvieron todos apilados bajo la escotilla, Victoria miró hacia arriba buscando a la estibadora en la claridad. La llamó, y al no obtener respuesta, subió por la escalera hasta la cubierta.

—¡No os mováis! ¡Las manos donde pueda verlas! —sonó la voz de un hombre.

Victoria tardó unos segundos en acostumbrar sus ojos a la luz. Entonces vio a un anciano vestido con ropa elegante aunque gastada y a dos muchachos armados con mosquetes: uno apuntaba a Claire, que permanecía de pie, quieta, junto a la rueda del cabestrante; el otro apuntaba a Victoria. Por su aspecto, Victoria dedujo que debían de ser los hijos del anciano. La princesa mostró las manos vacías y salió despacio. Detrás de ella fueron saliendo, tan sorprendidas como ella, las demás mujeres. Cuando le tocó el turno a Simonette, esta amartilló su arma y el joven que apuntaba a Victoria pasó a apuntarle a ella.

—¿Qué es esto? —preguntó Victoria con voz suave.

El anciano observaba a las muchachas con el ceño fruncido.

—Si queréis robar mi barco —gruñó el hombre— tendréis que matarnos. Y eso sin que os escuche la *Holy Spirits* —dijo señalando con el mentón al galeón de la Corona, que se mecía manso pero imponente a escasas brazas de allí.

—¿Robar vuestro barco? ¿De dónde habéis sacado semejante idea? —repuso la princesa con los ojos muy abiertos. Bajó las manos y se acercó decidida al anciano, tendiéndole su mano derecha, pero el joven que apuntaba a Simonette volvió a apuntarle a ella y Victoria se vio obligada a mostrar las manos de nuevo—. Mi nombre es Victoria Wattson y he venido a bordo de este navío con la esperanza de que hubiera alguien que me informara acerca de dónde puedo encontrar al armador. —Hubo un silencio que obligó a Victoria a explicarse—. Mi intención es comprar este navío —recalcó mucho la palabra «comprar»—. No robarlo.

El anciano contestó aún con el ceño fruncido y un tono de voz que denotaba su desconfianza:

—Yo soy el armador de la *Crazy Swell*, Edmund D’Uberville.

Victoria inclinó la cabeza en un saludo. Las chicas se mantenían inmóviles, pero Simonette no había soltado su pistola.

—¿Y decís que queréis comprarlo? —preguntó el hombre.

—Acaso lo hagamos —asintió Victoria— una vez hayamos evaluado el estado en que se encuentra.

—Para comprarlo —matizó el armador en un tono que dejaba la pregunta abierta.

Esta vez fue Victoria la que miró al hombre con desconfianza.

—Sí, señor D’Uberville. ¿Por qué le cuesta más trabajo creer que queremos comprarlo que robarlo? ¿Acaso hay alguna costumbre aquí, en Berwick, que yo ignoro?

El señor D’Uberville sonrió ante la pregunta de Victoria e hizo un gesto a sus hijos para que bajaran las armas. Los dos chicos obedecieron y Claire aprovechó para regresar junto a sus compañeras.

—No, *milady*. Pero la *Crazy Swell* lleva meses aquí sin que nadie me pregunte por ella, y en menos de una semana roban la *Wakes’ Goddess* y os encuentro a vuestras mercedes aquí a bordo...

Victoria no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Decís que han robado la *Wakes’ Goddess*? —fue más una exclamación que una pregunta.

Edmund estudió a la princesa, no tanto su indumentaria como sus facciones, sus ojos, como si mirándola a fondo pudiera leer lo que la joven pensaba. Después de su evaluación, contestó:

—Así es. Del modo más sorprendente. Durante dos días la estuvieron preparando y estibando. Yo mismo —dijo con intención— vi la operación desde la ventana de mi casa —señaló una de las casas del puerto—. ¿Y sabéis qué?, nadie sospechó que se tratara de ladrones...

—¡Eso es absurdo! —exclamó Shatidje, y todas las miradas se volvieron hacia ella—. ¿No estaba protegido? ¿Nadie lo guardaba? —La turca hablaba entre dientes.

—Media docena de hombres —contestó el anciano—. Pero el armador es un hombre amante del dinero y acaba de gastarse una fortuna en otra nao... Llevaba tiempo sin fletar la *Wakes'* y pensó que con el buque de la Corona estaría segura. Así que despidió a sus hombres. Y ese mismo día los ladrones empezaron la estiba, como os digo. Pero el armador no supo nada hasta que el barco desapareció del puerto. Entonces, fue a la oficina de la Corona y denunció el robo.

—¿Y se creyeron semejante historia? —preguntó Shatidje escéptica.

D'Uverville se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El dominio consta a su nombre.

Victoria no podía contener la furia que sentía.

—¿Y denunció el robo el día que zarpó? —exclamó airada—. El armador de la *Wakes'* es un...

Shatidje se apresuró a avanzar hasta la princesa y la hizo callar sujetándola del codo.

—... un hombre muy rico —terminó la frase la turca—. ¿No ha ofrecido una recompensa a quien dé noticias del paradero de su navío?

Edmund estudió ahora a la turca, su mirada verde e intensa, pero no sacó nada de allí.

—¿Por qué lo preguntáis? —contestó entonces.

Victoria miró también a Shatidje, intentando averiguar qué pretendía. La joven se encogió de hombros, como quitándole importancia a su pregunta.

—Lo cierto es que solo es curiosidad. Somos familia de pescadores, salvo *milady*, cuyo marido partió a las Américas hace varios meses y del cual no tiene noticias. Nuestros padres, hermanos y esposos están haciendo el bacalao. Aun si supiéramos el lugar exacto en el que está la carraca no podríamos reclamar la recompensa. ¿Quién habría de escucharnos?

D'Uberville frunció el ceño y volvió a observar a la turca. A continuación, una sonrisa bailó en su rostro. A pesar de la edad, era un hombre apuesto.

—Bueno, si se diera el supuesto de que supierais dónde está la carraca de Downing, siempre podríais acudir a un amigo que reclamara la recompensa por vosotras y luego os la repartierais.

Victoria sonrió entendiendo por fin a su contramaestre.

—No tenemos demasiados amigos, *milord* —dijo la princesa—. Pero acaso vuesa merced podría reclamar la recompensa si le mostráramos dónde encontrar la carraca, y compensarnos haciéndonos un excelente precio en la compra de la *Crazy Swell*.

—*Milady*, sin ningún hombre aquí que os represente, ¿cómo queréis comprar la *Crazy Swell*? No podríais inscribirla a vuestro nombre sin la autorización de vuestro esposo.

Victoria y el anciano se estudiaron. Victoria no tenía la menor duda de que las había visto estibar la *Wakes' Goddess* y las había reconocido.

—Señor D'Uberville, no necesitaría que la *Crazy Swell* estuviera a mi nombre. Podríamos hacer una compraventa de buena fe. Quiero creer que no todos los hombres son como el señor Downing.

El anciano sonrió. Ahora ya sabía lo que había ocurrido, había encajado todas las piezas.

—¿Y no sería más sencillo que lo fletarais en lugar de comprarlo, y compartiéramos el beneficio?

—Señor D'Uberville, no muchos hombres pondrían su mercancía en un barco tripulado por mujeres. No haríais buen negocio. Es mejor que os la paguemos por adelantado y os despedáis de ella. Así, si las cosas se torcieran, siempre podríais hacer como el señor Downing y decir que os la robaron.

—Como bien habéis dicho, *milady*, yo no soy como el señor Downing.

Victoria se acercó hasta él y le dijo en voz más baja:

—Por eso voy a confiar en vos. Pero si un día el navío se hunde, o si alguien os pregunta por él..., entonces podréis decir que os lo robaron. Será más sencillo que dar explicaciones.

—¿Y cuánto me vais a pagar por prestaros el barco *sine die*?

Victoria sonrió.

—Eso, si os parece, lo podemos negociar dentro —respondió señalando el castillo de popa que permanecía cerrado bajo llave—. Si habéis traído la llave.

Y el hombre sonrió también.

Inés se despertó sudando y tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Se incorporó y miró por la ventana. Por la escasa luz anaranjada se dio cuenta de que atardecía. Se puso en pie y se acercó a mirar los barcos del puerto a través del cristal turbio.

Físicamente se sentía mejor, pero se había despertado con el malestar que dejan los malos sueños. Es curiosa la capacidad de nuestro subconsciente para lograr que, incluso cuando sabemos que lo vivido no ha sido real, las sensaciones permanezcan reales durante un tiempo.

Inés caminó hasta la escudilla de agua, se quitó la camisa hecha girones y, con un paño, comenzó a lavarse la cara, los brazos y el pecho para quitarse la sal, las algas y la sangre. A su mente volvía lo soñado. Recordaba que estaba en una casa modesta, de madera, y en el sueño atardecía también. Estaba cosiendo el dobladillo de una falda, junto a la ventana, cuando se abrió la puerta y entraba Fred con su preciosa sonrisa blanca inundándole la cara y un petate en la mano. Inés no sonreía al verlo.

«¿Me has extrañado, preciosa?».

Cada segundo.

«Acabamos de atracar».

No ocurría nada más. El mundo daba vueltas y ella se despertaba. Porque en el sueño ella sabía con total certeza, como sabemos en los sueños, que *El Miguel* había llegado a Burnmouth el día anterior.

Ya despierta, Inés pensaba una y otra vez en aquella imagen triste y sencilla, en por qué su subconsciente se la había dibujado. Sin duda, las últimas palabras de Victoria al despedirse habían sido la causa. Si viviera en las inmediaciones de Burnmouth, Fred podría encontrarla siempre que regresara allí. No tendría excusa para no verla, para no volar a su lado siempre que llegara a puerto. Pero ¿y si él no volaba a su lado en cuanto tocaran tierra? Algo dentro de ella le decía que no siempre sería así. Algo dentro de ella le había provocado aquel sueño desagradable.

Inés suspiró y miró a su alrededor. El posadero le había subido otra bandeja con sopa, pan y una manzana. No había comido nada, pero no tenía ningún apetito. Solo sed. Se bebió dos vasos de agua, se quitó el pantalón raído también, se vistió el vestido azul que Victoria le había dejado sobre su lecho, aquel que llevaba en *El Miguel* cuando Fred la cogió en volandas para

que vomitara por la borda de sotavento, se calzó, se recogió el pelo como pudo y sintió cómo le flojeaban las fuerzas. Entonces caminó hasta la mesa, cogió la manzana con una mano, su capa negra que colgaba detrás de la puerta con la otra, y salió de aquella habitación vacía. Nada más abrir la puerta, la esposa del posadero, que cosía en una silla frente a la escalera, se levantó y se aproximó para ver cómo estaba. Inés tardó unos minutos en explicarle que estaba bien y desembarazarse de ella para llegar hasta la calle.

Aunque le dolía la contusión del hombro, el aire fresco del atardecer enseguida le hizo sentir mejor. Paseó deprisa hacia el puerto, mordiendo la manzana con hambre creciente, hasta llegar al pantalán. Los pescadores que viera el primer día y que le vendieron la cena descargaban su pesca. La saludaron amables y ella, superando lo poco que le gustaba pedir favores, les pidió que la llevaran a bordo de la *Crazy Swell*. El pelirrojo barbudo accedió y muy pronto estuvo a bordo de la carraca. Helen, que estaba en lo alto de la toldilla, sobre el camarote del capitán, saltó más que bajó las escaleras de las dos cubiertas para recibirla y ayudarla a subir.

—¿Cómo os encontráis?

Inés asintió con la cabeza.

—¿Victoria? —preguntó, y la mujer menuda la guió hasta el puente. A diferencia de *El Miguel*, que solo tenía sobre la tolda el camarote del capitán, en la *Crazy Swell* se levantaba un castillo con dos puertas.

Helen abrió la puerta de la izquierda, que daba entrada a un minúsculo despacho. El interior estaba en penumbra. Victoria, sentada delante de un escritorio lleno de papeles en el que descansaba una bandeja de té, hablaba con Shatidje, que estaba de pie, al otro lado de la mesa, de espaldas a la puerta. Las dos mujeres interrumpieron su conversación con la llegada de Inés. Victoria, con una gran sonrisa, se apresuró a preguntarle cómo se sentía, a decirle que tomara asiento, y se excusó por no haber regresado aún a la posada explicando que en esos instantes se disponía a resolver la búsqueda de una casa en Berwick para Inés. Inés no se sentó. De pie como estaba, frente al escritorio, le espetó a Victoria:

—No quiero vivir en Berwick.

Victoria, algo sorprendida, se encogió de hombros y repuso:

—Bueno, pues en Burnmouth...

—Tampoco —el tono era tajante—. Quiero irme... —Inés se dio cuenta de lo exigente que estaba sonando y suavizó el tono—, querría irme con vosotras, de ser posible.

Victoria no entendía nada. Shatidje, cruzada de brazos, no abría la boca.

—Quiero vivir aquí, en la *Crazy Swell* —se explicó la condesa.

—Pero ayer por la noche dijiste...

—Sé lo que dije —volvió a interrumpir Inés.

Shatidje, incómoda, musitó un «os dejo a solas» y salió de la cámara. Victoria le señaló a Inés un sillón frente al escritorio y la invitó de nuevo a sentarse. Esta vez Inés obedeció y se sentó frente a la capitán, con las manos cruzadas frente a sí y el cuerpo echado hacia adelante.

—Sigo... sigo pensando que no quiero matar a nadie —aclaró—, pero he pensado en lo que dijiste de que no sabemos hacer otra cosa, y en que solo sois seis...

—Siete...

—... siete —concedió Inés—, y en que os podría ser de ayuda en las vergas y navegando esta carraca... Esta carraca es más grande y necesita más tripulación, y somos menos...

Victoria la dejaba hablar, echada hacia atrás en la silla y con la cabeza ligeramente ladeada.

—Además, no quiero que te gastes nada en buscarme un alojamiento...

Inés no sabía muy bien qué más decir para justificar su cambio de actitud. No quería contarle a su amiga que le daba terror quedarse en tierra, que Fred no tuviera excusas para no comprometerse con ella o, peor aún, que Fred se diera cuenta de que era una mujer corriente y no la valiente pirata que él imaginaba, y dejara de amarla.

—También he pensado en lo que dijiste de que estabas en deuda con tu tripulación, porque yo les debo más que tú: les debo la vida a las que te ayudaron a encontrarme...

—¿Y qué hay de aquello de que no quieres volver a encontrarte en una situación de peligro?

Inés se encogió de hombros.

—Nunca se sabe dónde puede estar el peligro. Si esos hombres me hubieran atacado estando sola..., es fácil que hubiera acabado mucho peor.

Victoria se cruzó de brazos con escepticismo.

—Sabes que si nos encuentra la Corona de nada servirá decirles que te mantuviste al margen en los combates, te colgarán igual que al resto.

Aquí Inés asintió sin vacilar.

—No querría que fuera de otro modo —dijo.

Victoria siguió estudiándola con los brazos cruzados. Sabía que le ocultaba algo. La conocía demasiado bien. El silencio incomodó a Inés, que se vio obligada a decir:

—Sé que ayer no te puse las cosas fáciles, y lo lamento... Y sé que no es fácil justificar ante las chicas el que yo no participe en los saqueos... Pero me marché de Londres para estar contigo y... no hay ningún otro sitio en el que quiera estar.

La princesa no pudo mantener su pose por más tiempo. Aunque no supiera qué le había hecho cambiar de opinión a su amiga, lo importante era que lo había hecho. Se puso en pie y la abrazó, acorralándola en el sillón. Inés dio un leve aullido y Victoria aflojó el abrazo.

—¡Claro que te quiero a mi lado! Lo que me estás proponiendo es lo que quise proponerte ayer —le dijo con una sonrisa—. Te necesito. Eres mi segundo de a bordo.

Inés frunció el ceño.

—No... no es una buena idea. La tripulación no verá con buenos ojos que sea la segundo de a bordo sin participar en los combates. Yo...

Victoria la liberó del abrazo y con los brazos en jarras le espetó:

—¿Quieres ser la capitán?

Inés no entendió.

—¿Cómo dices?

—¿Que si quieres ser la capitán? —repitió la rubia.

—¡No!, ¡claro que no!

—En ese caso lo seré yo, y mientras formes parte de mi tripulación obedecerás mis órdenes, como todas. Así que vas a ser la segundo de a bordo —dijo la rubia con una sonrisa—. ¡Y ahora tienes que ver esto!

La princesa se dirigió a la librería desierta, cogió la caja de los derroteros y la abrió delante de Inés. En la caja, junto a las dos cartas que compraron para la *Wakes' Goddess*, había varios libros finos en los que se podían leer lugares de la costa de Inglaterra, una carta náutica más, una brújula y un catalejo.

—¿Te los ha vendido el armador junto con el barco?

—¡No! ¡Cuando he abierto la caja estaban aquí! Los ha tenido que meter Miguel cuando estuve en su navío.

La condesa miró a su amiga sin entender qué tenía que ver el español con todo eso.

—¡Oh, Inés! ¡No te he referido nada de cuánto ha ocurrido después de que cayeras al mar! ¡Hay tantas cosas que debo contarte...!

A la condesa se le escapó un instante la vista hacia la bandeja del té. En ella, junto a la tetera y la taza, había un bizcocho de zanahoria con aspecto de estar recién hecho. Victoria siguió la mirada de la condesa.

—¿Has comido?

—Una manzana.

La princesa empezó a despotricar contra el posadero y su esposa a los que había ordenado que subieran una sopa y que entraran a ver cómo estaba a cada rato, e Inés tuvo que defenderlos diciendo que habían subido la sopa, pero que ella no tenía apetito cuando salió de la posada. Victoria se apresuró a partirle un trozo de bizcocho y a servirle un té y empezó a referirle todo lo ocurrido desde que perdió a su amiga hasta que se volvieron a encontrar, haciendo hincapié en la promesa a Miguel de que si la Corona daba con ellas debían contar que el capitán las había dejado en Dover para que tomaran un navío llamado *Gloria Ascott* rumbo a Calais bajo los nombres de Martha Candance y Evangeline Cook. Le contó que Fred era el hijo del físico del *Artemisa*, y cuál había sido su reacción al creer que Inés había muerto. También le contó cómo había conocido a Emily, su habilidad para cambiar el aparejo de la barcaza de pesca con la que la rescataron, y lo que ella, Victoria, sintió cuando Helen la encontró sobre la roca. Por último le refirió los acontecimientos de aquella misma mañana, cómo se habían enterado de que el armador de la *Wakes' Goddess* las había vendido denunciando el robo de su navío el mismo día que zarparon, y cómo había logrado con ayuda de la astucia de Shatidje comprar la *Crazy Swell* por menos de una cuarta parte de lo que pagó por la otra carraca.

—Es fácil ser dura negociando cuando no tienes más —sonrió Victoria—. Lord D'Uberville solo podía aceptar o declinar la oferta.

—¿Y le habéis contado dónde están los restos de la *Wakes'*?

—Simonette los ha guiado hasta ellos. Han ido en dos botes para que las chicas pudieran quedarse allí.

—¿Quedarse allí?

Victoria asintió.

—Han ido Simonette, Emily, la gavieta, Claire, la mujer que parece un muchacho, y Dora, la carpintera. Iban a ver qué se podía rescatar de la *Wakes'* antes de que se hunda por completo. Este navío ha sido muy barato, pero, por no tener, no tiene ni velas ni jarcias. Es más, deberíamos regresar a

la posada a dormir porque los jergones se los han comido las ratas y no tenemos donde tumbarnos.

Aquellas palabras hicieron a Victoria darse cuenta de algo:

—¡Si aún no has visto nuestro navío! —se puso en pie—. ¡Vamos! ¡Te lo mostraré!

La *Crazy* tenía la distribución clásica de cualquier navío de la época. En el alcázar de popa estaban el camarote del capitán —con una cama ricamente tallada, pero con el dosel hecho jirones y el colchón comido por las ratas— y el pequeño despacho en el que las dos mujeres habían estado hablando. En el nivel de cubierta, en el castillo de popa, estaba un comedor de oficiales, y más hacia popa, al final del navío, el dormitorio de los oficiales al que se llegaba por un pasillo a estribor y en el que no había otra cosa que cuatro camas carcomidas. El comedor pudo ser elegante en otra época. Tenía una mesa ovalada desvencijada y seis sillas cojas. La pared de proa estaba forrada de estanterías polvorientas en las que todavía quedaba algún libro comido casi en su totalidad por las ratas, y hacia babor se abrían tres hermosos ventanales desde los que se veía el mar. En el lado contrario, había un espacio con un tresillo lleno de moho y un sillón de terciopelo púrpura en lo que pretendía ser el lugar de esparcimiento de los oficiales.

Las mujeres atravesaron la cubierta hacia el castillo de proa, mucho más grande que el de *El Miguel* o el de la *Wakes*. Ya había anochecido y hacía frío. Por las rendijas de la puerta del alcázar se entreveía el fulgor del fuego. Victoria empujó la puerta y se encontraron en una estancia amplia, con una enorme mesa corrida rodeada de banquetas. Shatidje estaba sentada en una, Helen en otra y Bert estaba de pie junto a ellas. Al otro extremo, la niña, Jerusha, se había dormido con los brazos cruzados sobre la mesa. Las dos mujeres se pusieron en pie de inmediato, y Bert también inclinó la cabeza a modo de saludo. Detrás de la mesa, por una puerta abierta hacia proa, se veía la cocina, de la que emanaba un agradable olor a comida y un calor que las dos cortesanas agradecieron aún más.

Victoria les hizo un gesto para que se sentaran de nuevo y Shatidje se apresuró hacia la puerta, como si quisiera evitar que la capitán y la segundo de a bordo tuvieran que entrar en las dependencias de la tripulación.

—Capitán, si queréis cenar, Jerusha os servirá la cena en el comedor de oficiales.

La princesa echó un vistazo rápido hacia el extremo de la mesa donde dormía la niña.

—Siendo solo nosotras cinco..., acaso podríamos cenar todas aquí —respondió Victoria recordando las palabras de Miguel—. Así no es necesario andar paseando los cuatro platos que quedan y arriesgarnos a que no quede ninguno.

Shatidje y Bert sonrieron ante el comentario de la princesa, porque en verdad, una vez que el señor D’Uberville les había dado las llaves y habían podido examinar la cocina, no se podía decir que tuviera una vajilla, ni una cubertería, ni mucho menos una cristalería completas.

Aquella respuesta sorprendió a Inés, que había visto a Victoria comer y cenar sola junto a una carta náutica antes que reunirse con la tripulación.

—Pero antes le enseñaré el resto del navío a Inés. Shatidje, ¿nos acompañarías con ese candil? —preguntó Victoria señalando uno de los candiles que yacían apagados sobre la mesa. La noche las había pillado a todas desprevenidas y estaban sin luz.

La turca lo encendió y las tres salieron a cubierta. Victoria aprovechó para referirle a Shatidje que, finalmente, Inés formaría parte de la tripulación como segundo de a bordo, pero que, al igual que en los galeones españoles había tripulación y soldados, y un capitán de navegación y otro militar, Inés sería la segundo de a bordo para temas de navegación y se mantendría al margen en todos los asuntos militares.

La turca recibió la noticia con una sonrisa. No era la sonrisa abierta y espontánea de Emily, sino una sonrisa que parecía decir: «Esperaba algo así», pero a la vez te decía: «Sé que no me lo estás contando todo». Con el tiempo las mujeres aprenderían a respetar que, detrás de aquella sonrisa, siempre había algo que la turca no quería preguntar. Pero Victoria todavía no conocía tanto a la hija de Henry.

—¿No es formidable? —preguntó en su entusiasmo.

—Lo es —admitió la turca—. Aunque seguimos necesitando aumentar la tripulación.

Victoria asintió. Inés le dijo a Shatidje:

—Después de la cena podemos acercarnos a la taberna del puerto.

Shatidje se cruzó de brazos y estudió a la condesa. Tras un silencio, no pudo por menos que decir lo que llevaba unos segundos pensando:

—Creí que queríais evitar las peleas.

Inés se encogió de hombros.

—Entrar allí sola es peligroso, Shatidje. Será más fácil evitar que acabe mal si te acompaño.

La turca inclinó la cabeza con otra sonrisa y Victoria recordó de pronto que tenía los cuchillos de su amiga en el baúl, en la posada. A Inés le alegró la noticia. Los recogería antes de ir a la taberna. Y las tres se dirigieron a ver la cubierta de los cañones.

Después de la cena, Victoria invitó a las mujeres a que fueran a dormir a sus respectivas casas; solo necesitarían a alguien de guardia y Helen se había ofrecido; no tenía adonde regresar. Victoria, Inés y Shatidje caminaron hasta la posada. Allí Inés y Shatidje se despidieron de la princesa, que se ofreció a acompañarlas, pero ni Shatidje ni Inés se lo permitieron. Inés subió por sus cuchillos, como precaución, y esta y la turca caminaron con paso rápido hasta la taberna en la que habían reclutado a la anterior tripulación.

Inés empujó la puerta y entraron. Una vez más, el olor agrio de hacinar hombres que no se lavan golpeó a la condesa. Como las otras veces, los hombres se agrupaban junto a las distintas mesas y, en una de ellas, un grupo de seis jugaba a los dados. Sentadas alrededor de la mesa más apartada, en la penumbra, tres prostitutas charlaban. También, como las otras veces, se hizo el silencio cuando las dos mujeres cruzaron el umbral, y de nuevo la turca se llevó la mano a la empuñadura del alfanje; pero una vez fueron estudiadas por todos los ojos de la taberna, cada hombre volvió a sus quehaceres y las jóvenes consiguieron la intimidad que da la muchedumbre.

Atravesaron el salón caminando hasta la barra del fondo, tras la cual el mismo camarero de las otras veces secaba unas jarras. El camarero dejó la que tenía en las manos y se acercó a atenderlas. Shatidje pidió una cerveza e Inés un *whisky*. El hombre se volvió a servir las. Inés tenía la impresión de que Roger aparecería allí de un momento a otro y se acercaría a ella a decirle ordinariencias con su aliento fétido. Pero en su lugar y antes de que las dos jóvenes pudieran cruzar palabra, fue la prostituta más vieja de la mesa la que se puso en pie y, contoneando las caderas, cruzó el salón hasta llegar a ellas. La prostituta, además de ser mayor que las otras, era fea. Tenía papada, los ojos pequeños aunque muy pintados y los dos incisivos superiores algo hacia afuera, lo que le daba aspecto de roedor y mataba la poca sensualidad que le quedara en los labios descarnados por la edad. Inés calculó que rozaría la cuarentena, y veinte o veinticinco años de oficio la habían hecho pudrirse más que madurar. Apeataba a aceites y perfumes baratos, pero Inés agradeció aquel tufo que camuflaba otro peor, a sudor rancio, propio y ajeno.

La mujer apoyó un codo en la barra de modo que se quedó mirando directamente a las dos jóvenes. Se presentó como Rosalyn, aunque sonó casi como «Rofalyn» porque los dientes no le dejaban pronunciar bien la ese. Esperó a que Inés y Shatidje murmuraran sus nombres y, después de observarlas unos segundos más con mirada insidiosa, les espetó:

—Sé lo que hacéis, y me estáis dejando sin clientes.

La frase sorprendió a las dos muchachas, que no esperaban que fuera a ser una mujer la que les diera problemas esa noche. La turca reaccionó antes: le dedicó su sonrisa condescendiente y le dijo con suavidad:

—No, Rosalyn, no te equivoques. Nosotras no somos...

Rosalyn no le dejó terminar.

—Sé que no sois putas.

Sonó como «Fe que no foif...». Alzó la mano para llamar al camarero, que la ignoró deliberadamente. Hizo un gesto de contrariedad y habló a las jóvenes, pero mirando aún al camarero.

—Me han llegado noticias de que Roger y Jimmy han aparecido muertos en una playa cerca de Newbiggin —dijo, como el que cuenta que la luna trae cerco y es probable que llueva al día siguiente—. Y dicen los rumores que los otros hombres que se fueron con ellos están muertos también.

Inés sintió como si le clavaran un puñal en el estómago. Shatidje tampoco abrió la boca.

El camarero llegó con la cerveza y el vaso y la frasca de *whisky*, lo colocó todo sobre el mostrador y sirvió la bebida de la condesa. Cuando la joven logró reaccionar y detuvo al camarero, el vaso estaba lleno a rebosar.

—Charly, ponme uno a mí también —dijo la puta.

—¿Y quién lo va a pagar? —bufó él.

—Mis amigas, claro —sonrió Rosalyn.

El tal Charly miró a Inés, que asintió muda, y se fue a buscar otro vaso. La prostituta se volvió por fin hacia ellas con sonrisa triunfal, como si su bebida fuera mucho más importante que aquella conversación.

—¿Y qué tienen que ver esos hombres con nosotras? —preguntó Shatidje con dureza.

Rosalyn se encogió de hombros.

—A vos —señaló a Inés— os he visto dos veces hablando con Roger, y no parecía que disfrutarais mucho de su compañía, y a vos —miró a Shatidje—, a vos solo una, pero si vuestra amiga no os hubiera detenido creo que

habríais sacado esa cosa —señaló el alfanje sin ningún tapujo— para hacer aquí lo que habéis hecho en otra parte.

El camarero regresó con el vaso y le sirvió *whisky* a la puta. Ella dejó que lo llenara hasta arriba, aunque en su caso no fue por despiste. Cuando Charly se alejó, Shatidje le preguntó a Rosalyn:

—¿Qué es lo que quieres de nosotras?

Inés, blanca como un lienzo, no decía nada.

—Quiero hacer lo que hacéis —respondió la puta.

De nuevo la respuesta las dejó desconcertadas.

—Bueno —se apresuró a añadir—, primero quiero saber si el dinero lo sacáis robándoles las cosas cuando los matáis o si alguien os paga por hacerlo.

—¡Estás diciendo que hemos asesinado a esos hombres! —acertó a decir por fin Inés—. ¡Por dinero!

La reacción de la condesa sorprendió a Rosalyn. Pese a ello, contestó decidida:

—Sé que lo habéis hecho. Y, no siendo uno solo, he descartado que sea algo personal. Lo que no sé es qué sacáis de todo esto. Pero yo quiero hacerlo también.

Shatidje sostuvo a Inés del codo para evitar que se precipitara contra la puta o que se cayera de espaldas, y retomó ella la conversación.

—Rosalyn, la experiencia me dice que las putas no trabajan demasiado bien fuera de lo suyo. No les gusta agacharse, ni fregar, ni cargar cosas de un lado a otro, ni siquiera cocinar, y sin embargo quieren ganar dinero rápido. ¿Por qué te íbamos a dar un trabajo?

—Somos discretas —dijo encogiéndose de hombros.

Shatidje levantó una ceja con escepticismo y la prostituta resopló.

—Mira, Chantille —dijo confundiendo el nombre de la turca—, yo nunca he sido la más guapa de entre mis compañeras, y los años no me están mejorando. Eso significa que, si quiero ganarme los cuartos, tengo que coger los peores trabajos de mi profesión. Y, siendo puta, eso es decir mucho. Mirad —se apartó el flequillo de la frente para dejar ver una enorme cicatriz en el nacimiento del pelo—, un borracho con una botella, y mirad esto —se apartó el chal de los hombros para dejar ver cinco hematomas en cada brazo de los diez dedos de las manos de algún bruto—. Esto es de hace dos días. Y como estas marcas, tengo varias por todo el cuerpo. Algunas muy desagradables, que no gustan a los clientes. Otras mujeres podrían taparlas,

pero yo difícilmente puedo tapar nada... Lo que me lleva a coger clientes aún peores... Y así siempre.

Inés la miraba sin poder camuflar el horror que sentía. Shatidje solo apretaba la mandíbula.

—Hasta hace unos días, sobrevivía buscándole trabajos a una amiga muy bonita y joven, pero ella va a dejar el oficio, y ya sí que no me quedará nada. Solo seguir con lo mío hasta que me maten a golpes.

Rosalyn le dio un trago a su *whisky*, sonrió, como si aquel pequeño placer fuera todo lo que le tenía que pedir a la vida, y volvió a hablar:

—Por eso, Chantille, no me importa que el trabajo sea duro: no me importa fregar suelos, cargar fardos o lo que sea que hagáis vosotras además de matar. Lo haré con gusto y por poco dinero. Si me matan, pues me matan. Pero sin recibir una paliza diaria mientras viva.

Shatidje tardó en contestar. No le salió la voz y tuvo que carraspear y darle un trago a la cerveza. Entonces le preguntó:

—Rosalyn, ¿sabes algo de barcos?

La puta meneó la cabeza.

—¿Tienes un arma?

Ella se rio.

—¡Voto a Dios! ¡No! ¡No tengo ni una bacinilla en casa!

—¿Has matado alguna vez a alguien?

La prostituta se puso seria, entendiendo por fin adónde quería llegar la turca. Se cruzó de brazos, se tocó los dientes de arriba con la lengua y contestó:

—¿Matar a un hombre me daría el trabajo?

De nuevo la respuesta de la puta desconcertó a Shatidje.

—Bueno... —titubeó esta.

Pero no pudo contestarle que sería algo a favor de que la contrataran, porque la prostituta le dio un trago largo a su *whisky*, dejó el vaso sobre la barra, le echó un vistazo rápido al salón y se alejó de ellas caminando derecha a la mesa en la que seis hombres jugaban a los dados. Uno de ellos era el oficial de la Armada que Inés vio en esa misma taberna la primera vez que entró, aquel picado de viruela que no se molestó en ayudarla cuando Roger y sus dos amigos la acorralaron.

Shatidje e Inés observaron a la puta sentarse en su regazo.

—Rosalyn, esta noche estoy de suerte —le dijo el oficial señalando con la barbilla el montón que tenía delante, que contaba varias pilas de monedas y

una daga con empuñadura de piedras preciosas—. Si me busco una puta, me la buscaré con dientes.

Los hombres rieron la gracia. Rosalyn también sonrió.

—Pues ¿sabes una cosa, Allan? Yo creo que esta noche no estás de suerte.

Y diciendo esto cogió la daga de encima de la mesa y se la clavó al hombre en el vientre, debajo de la última costilla. La sacó y la sangre comenzó a brotar a raudales. Ella le clavó la daga de nuevo en el pecho, a la altura del corazón, y esta vez no la sacó. Se puso en pie, tirando de la espada del oficial para desenfundarla mientras se levantaba, y miró cómo el hombre caía al suelo, ante las caras atónitas de sus compañeros de juego. Uno se apresuró a tirarse de rodillas al lado del tal Allan, para intentar tapar las heridas. Los demás no sabían cómo reaccionar. Rosalyn sí. Caminó resuelta hasta la barra, se acabó el *whisky* de un trago y les dijo a las dos jóvenes, que estaban tan sorprendidas como el resto de los presentes, que no podía quedarse.

—¿Dónde puedo encontraros?

—La *Crazy Swell*, en el puerto —titubeó Shatidje.

Ella asintió. Levantó la espada con orgullo, como diciendo: «Ya tengo un arma», y salió de allí justo antes de que los hombres salieran de su estupor.

En cuanto la prostituta salió por la puerta, un hombre anunció que iba a buscar a la guardia y otro que él iría a buscar un médico o un enterrador.

—Acábate eso —susurró Shatidje señalando el vaso de Inés con el mentón—. No queremos estar aquí cuando empiecen a hacer preguntas.

Inés estaba pálida. Temblando, dejó unas monedas sobre el mostrador y le hizo un gesto a la turca para que se marcharan ya. Las dos salieron del caos en que se había convertido la taberna y agradecieron respirar el aire fresco. Shatidje le hizo un gesto a la condesa para que la siguiera y las dos caminaron hacia el río. Cuando ya se habían alejado varias casas de aquel lugar, Inés se volvió hacia la turca, la agarró del brazo y la giró para que la mirara.

—¿Cómo le has dicho a esa loca dónde podía encontrarnos? —Aunque el aire de la noche le había sentado bien, Inés seguía pálida como el marfil—. ¡Vendrá por trabajo!

—No está loca —contestó Shatidje tranquila, y reemprendió la marcha—. Está desesperada.

Inés no se movió.

—¡Es lo mismo! ¿Tú has visto lo que ha hecho? —exclamó Inés señalando hacia la taberna.

Shatidje se detuvo a contestarle:

—Claro que lo he visto. ¿Y vos? ¿Lo habéis visto? ¿Habéis visto a quién ha matado? Esa mujer nunca había matado a nadie antes, pero ha sabido a quién asesinar para sembrar el caos.

Inés miraba a la turca con los ojos muy abiertos.

—Inés, no sé muy bien cómo decir esto, pero ya tenemos a Emily, a Helen y a vos para llevar el barco. Si vamos a ser piratas, también necesitamos a mujeres como ella.

La condesa siguió mirando a la turca con dureza, pero Shatidje le mantuvo la mirada y, poco a poco, el gesto de Inés se suavizó. Al final, la condesa suspiró con resignación.

—Está bien, Shatidje. Por eso tú eres la contra maestre. Desaparezcamos de aquí.

Al día siguiente se levantaron temprano. El descanso y la comida habían obrado un milagro en Inés, la cual se encontraba mejor y casi repuesta. La contusión del hombro comenzaba a deshincharse y parecía imposible que tan solo dos días antes hubiera estado al borde de la muerte. Desayunó con prudencia, pagaron la cuenta del hostel, tras lo cual apenas les quedaron unas libras, y caminaron al puerto. Helen ya estaba despierta y las vio desde el alcázar de popa. Las saludó, echó el bote al agua y, como supo, remó hasta el pantalán. Shatidje, Jerusha y Bert llegaron antes que ella. Jerusha traía en los brazos un pequeño gato listado, con aspecto de gato montés, que a Victoria se le antojó más pequeño que las ratas que habían visto a bordo. Todas subieron al pequeño bote y Shatidje remó de regreso. Aún no había señales de las cuatro piratas que zarparon el día anterior hacia Megstone.

La mañana transcurrió tranquila. Bert, Shatidje y Helen siguieron limpiando la bodega, e Inés y Victoria sacudieron el polvo y trataron de ordenar las estancias de los oficiales. Decidieron que en el cuarto de oficiales dormirían Inés, Shatidje, Simonette y la pequeña Jerusha, esta última no por su rango, sino porque era un lugar más seguro y saludable. A Inés no le entusiasmaba dormir entre las dos enemigas, pero era evidente que la hija del pescador se merecía un lugar destacado entre la tripulación.

A media mañana, seguían sin noticias de las cuatro jóvenes y Victoria comenzaba a impacientarse. La visita de Lord D'Uberville la tranquilizó. El anterior propietario de la *Crazy Swell* se acercó a comunicarle a la capitán que acababa de salir de la oficina del puerto de dar indicaciones sobre el paradero de la *Wakes' Goddess*.

—Llegué aquí a Berwick a media tarde —explicó el anciano—, mas dado que las muchachas que nos guiaron se quedaron allí desvencijándola pensé en darles algo más de tiempo.

El anciano habló con seriedad, pero los ojos le brillaban divertidos. Victoria le contestó serena:

—Milord, me habéis vendido la *Crazy Swell* sin paños, ni jarcias..., y la *Wakes' Goddess* se hundirá antes de que nadie pueda aprovechar los suyos... No estamos dañando a nadie.

El anciano volvió a estudiar a Victoria, dudando unos instantes si hablar o no. La mirada transparente de la princesa le animó a hacerlo.

—Lady Wattson, ayer, cuando mis hijos y yo subimos a bordo, estaba convencido de que vos habíais robado la *Wakes' Goddess*. No fue una conclusión difícil pues conocía la denuncia que había puesto el armador y os vi estibarlo desde mi ventana. Ahora que os conozco un poco más, y solo un poco, y después de que hayáis cumplido vuestra parte del trato de compraventa..., estoy convencido de que vos no robasteis la carraca. Sé que se la comprasteis a su anterior armador aunque no la inscribisteis, y que si hay un ladrón aquí es él. De modo que las jarcias y los paños os pertenecen.

Victoria permanecía allí, de pie, con su porte de princesa y su vestido ajado.

—¿Y a quién le importa la verdad, milord? —contestó ella encogiéndose de hombros—. Agradezco que les hayáis dado más tiempo a mis muchachas. Y os ruego que no olvidéis nuestro trato. Si algo ocurriera, si alguien os preguntara por vuestra nao, no dudéis en hacer lo que el señor Downing hizo sin acuerdo ninguno: decid que os la robamos.

El anciano retorció su sombrero entre las manos, incómodo con esa parte del acuerdo.

—Espero que no llegue nunca ese día. Os deseo muchas y prósperas singladuras a bordo de esta nao, lady Wattson.

Y Victoria se lo agradeció, aunque lo que más agradeció fue saber que las chicas al menos habían llegado bien hasta los restos de la carraca.

No fue hasta bien entrada la tarde cuando Helen avistó el pequeño pesquero de Simonette con las cuatro mujeres dentro. Venía tan cargado que se hundía hasta casi las bordas. Las jóvenes apenas tenían espacio para moverse. En él traían las hamacas y pertenencias de las chicas que Victoria logró salvar; los jergones de Inés y de Victoria; calderos, embudos, jarros, cazos y demás útiles de cocina; hachas, escobas, platos y tazas, las armas de los hombres envueltas en una manta y, de la artillería, las cucharas, atacadores, botafuegos, tacos y barras de apalancar, junto con algún balde que no estaba muy maltrecho; pero, más importante aún, traían el juego de repuesto de las velas de respeto (cebadera, trinquete, velacho, mayor, gavia, mesana y sobremesana) y lo que Emily había podido salvar de los juegos principales que no se habían arruinado en el naufragio y durante los días posteriores: jarcias de labor y la jarcia muerta que aún era aprovechable y que había sido lo último que Emily había retirado, puesto que, al hacerlo, los mástiles habían quedado sin sujeción.

Victoria no podía creerlo. Lo habían traído todo. Solo faltaban los cañones y las balas.

—Las piezas de artillería —explicó Simonette— pesaban demasiado, y ya no cabía nada más.

Victoria asintió.

—Las balas las hemos dejado en la playa enterradas —explicó la timonel—. Y los cañones, a Dora se le ocurrió hundirlos abriendo brechas en el casco, pero bien amarrados para que, cuando regresemos, busquemos las guías y con un cabestrante podamos izarlos y subirlos a bordo.

Victoria estaba atónita. Ni siquiera era capaz de articular palabra para agradecer a las mujeres su esfuerzo. No esperaba salvar tanto.

Ante la falta de respuesta de la capitán, Simonette, incómoda, siguió hablando:

—Lo que temo es que, sin un buzo, nadie va a encontrar los restos de la *Wakes' Goddess*. Sin obenques ni estáis, los mástiles se habrán partido al poco de marcharnos nosotras y con las brechas del casco que ha hecho Dora la nao se habrá ido al fondo del mar.

—Eso no será problema —logró decir al fin Victoria—. Que buceen. Habéis realizado un trabajo fabuloso.

Y Simonette asintió con la cabeza, satisfecha por no tener que dar más explicaciones.

Aquella noche Bert preparó pastel de riñones. Cuando estuvieran en alta mar tendrían que conformarse con bizcocho y cecina o bizcocho y bacalao, pero mientras estuvieran en puerto la mujer se había decidido a cuidarlas. A pesar de que ahora eran más, Victoria propuso que cenaran de nuevo en el castillo de proa juntas, y eso fue lo que hicieron, intercambiando detalles de la travesía. Acabada la cena, Victoria de nuevo les permitió ir a dormir a sus casas, esta vez sin necesidad de que nadie más se quedara a bordo puesto que Inés y ella misma estarían en la nao, pero Helen, Dora y Claire quisieron dormir en la carraca. Dora no había vuelto a casa de su tío después del naufragio, sino que se había quedado en casa de Bert, y Helen, hasta que compraron la *Crazy*, había estado viviendo en casa de Simonette porque difícilmente iría a buscarla allí su marido. Claire sí tenía casa, pero desde esta hasta el puerto de Berwick había más de una hora caminando y la mujer andrógina prefería dormir un rato más a madrugar. Simonette también se habría quedado, pero quería devolver la barca de pesca a su padre. Así que las demás chicas se marcharon. Victoria le dio las buenas noches a su amiga, cada una cogió el jergón que utilizó en la *Wakes' Goddess* y que las muchachas habían descargado en cubierta, y tiraron de él hacia sus respectivos camarotes. Cuando Inés entró en el camarote de oficiales se acercó a la cama de estribor, que no tenía ventana encima y que era la que quedaba más apartada de la puerta, y echó el jergón que traía sobre el viejo y raído. Se sentó y se quitó la banda de cuchillos de Fred. Y se dio cuenta de que sentía pánico ante la idea de dormir allí ella sola. Así que se volvió a levantar y bajó a la cubierta inferior en la que Helen y Dora colocaban sus hamacas y mantas, preparándose para dormir. Claire había sacado una gaita y tocaba una melodía alegre.

—¿Os importa si os acompaño? —murmuró—. El hombro no me...

Quiso añadir algo más, pero no se le ocurrió nada.

Helen y Dora la miraron sin entender. Claire, la mujer andrógina, sonrió.

—Claro. ¿Por qué no os echáis en esas mantas? Tal vez con la música y nuestra aburrida conversación logréis quedaros dormida. Tocaré algo más suave.

Y aquel pequeño gesto le valió a Claire la amistad de Inés para el resto de sus días.

Inés se quedó dormida antes de que Claire dejara de tocar. La despertó el sonido de unos pasos y abrió los ojos a la noche de la cubierta cerrada. Claire respiraba hondo a su lado. Escuchó y pudo oír los pasos de nuevo, caminando sobre el techo hacia popa. Y unas voces que susurraban.

Inés zarandó a Claire, despertándola, y cuando la joven abrió los ojos, Inés se llevó el dedo a los labios, ordenando silencio, y señaló hacia el techo. Claire se puso en pie despacio, y en la penumbra, caminó hacia el hato en el que las jóvenes habían traído las armas de la *Wakes' Goddess*. En silencio sacó una espada y un cuchillo grande. Entretanto, Inés despertaba a Helen y a Dora, ordenándoles que guardaran silencio. Claire le tendió la espada a Inés, y la condesa meneó la cabeza y le señaló el cuchillo. La joven hombruna se lo dio y asió la espada con firmeza, y así, en fila, caminaron hacia la escotilla que daba a la cubierta.

Claire salió la primera; Inés la siguió. Cuando pudo ver por encima de la cubierta, descubrió dos siluetas de mujer discutiendo en susurros junto a la puerta del comedor de oficiales. Claire bajó la espada. Inés, a la luz de la luna, pudo distinguir a una de las dos.

—¿Rosalyn?

La prostituta se dio la vuelta en el acto. También lo hizo su acompañante. Se trataba de otra mujer, de rostro dulce y angelical. A Inés le recordó al instante a las vírgenes de Rafael. Llevaba el cabello suelto, cayendo blando a ambos lados de un precioso rostro ovalado, y su mirada rebosaba dulzura. Su hermosura, al lado del rostro grotesco de Rosalyn, parecía de otro mundo, de un mundo de pastoras y fuentes, y cánticos y angelotes... Rosalyn la trajo de vuelta a Berwick.

—Difculpad la hora, Chantille. No quería que nadie nof viera.

«Además de fea y vieja, no ve muy bien», pensó Inés al ver cómo la confundía con Shatidje.

Inés se acercó a ellas e hizo las presentaciones. Rosalyn, a su vez, presentó a la «virgencita» como Bonny. Después explicó que Bonny era compañera de oficio, pero que nunca le había gustado la profesión —lo dijo como si fuera algo inexplicable— a pesar de que ella le pasaba a Bonny solo los mejores clientes.

—Con fu carita, podría medrar en efte ofifio —explicó la puta más vieja tornando las eses en efes—. Pero fe ha empefinado en dejarlo, y nof ha dejado fin chelinef a laf dof.

Bonny miró para otro lado, como si aquella mundana conversación no fuera con ella. Inés le cogió la mano, se la volvió y a la luz de la luna miró su palma suave y tersa.

—Este trabajo es duro y peligroso. Estarás sometida a las inclemencias del tiempo, que ajarán tu piel, y tendrás que manejar cabos y cosas pesadas, que te destrozarán las manos. Si trabajas con nosotras, tu aspecto nunca volverá a ser el mismo —advirtió la condesa.

Bonny devolvió la mirada a la condesa, y por cómo la miró, Inés temió por un instante que la mujer le contestara que no entendía el inglés.

—Ya fe lo he dicho yo —intervino Rosalyn—, pero no atiende a rafonef.

A Inés le desconcertó.

—¿Prefieres matar hombres a acostarte con ellos? —le preguntó al final con dureza.

Entonces, Bonny contestó hablando por primera vez. Su voz sonaba dulce y suave, aunque su acento denotaba su origen humilde:

—Acaso vuesa merced y yo nos hayamos acostado con hombres diferentes.

Inés se ruborizó, y agradeció que fuera de noche y estuvieran a oscuras.

—Vamof, vamof —intervino Rosalyn—, que no todof lof tuyof han fido malof.

A continuación, tapándose la boca como para que su compañera no la oyera, susurró bien alto:

—Defde que fe acoftó con un foldado holandéf, todof lof demáf le han parefido bafofia.

Bonny volvió a apartar su mirada lánguida hacia el horizonte, sin desmentir el comentario de su compañera.

Inés se encogió de hombros.

—Yo no soy la contramaestre, pero Shatidje llegará mañana temprano. Ella decidirá. Mientras tanto, sed bienvenidas a bordo.

A Shatidje le encantó tener otra tripulante más a pesar de que, durante el día siguiente, quedó patente que no iban a ser las más útiles en cubierta. Rosalyn trabajaba poco. Cualquier tarea que le encomendaban la hacía despacio, deteniéndose a cada rato a contar un chisme, y más pendiente de que el cepillar la cubierta no le estropeara las uñas que de lo limpia que

quedara aquella. Pero trabajaba con una sonrisa y hacía reír a las muchachas con sus anécdotas. Bonny era mucho más dispuesta y trabajadora, pero no estaba hecha para el mar. Incluso con la *Crazy Swell* anclada en la bahía, se mareaba, y cada dos horas la tenían vomitando por la borda. No obstante, también había que concederle que no se quejaba jamás ni pedía nada. Si justo después de comer lo echaba todo en tres arcadas, no se le ocurría pedir otro poco, y por muy vercosa que estuviera por las náuseas, no cesaba en la tarea que le hubieran encomendado. Aun así, lo cierto era que a todas les daba apuro ordenarle hacer nada en aquel estado, y cada vez que vomitaba, Bert terminaba corriendo a la cocina y trayéndole un trozo de bizcocho recocado para que se lo comiera y le asentara el estómago.

Lo que importaba era que ya eran once sin contar a la niña y, entre todas ellas, las tareas para la puesta a punto del barco se volvían más llevaderas. Durante el día, achicaron el agua pestilente de las bodegas y Dora se ocupó de tapar las enrataduras y de calafatear el interior del casco; organizaron la carga que habían traído el día anterior de la *Wakes' Goddess* y aparejaron el navío bajo las instrucciones de Emily. Al atardecer, ya tenía velas, jarcias de labor y le habían cambiado buena parte de la jarcia muerta. Por la mañana, Victoria había ido a comprar con el último dinero que les quedaba los bienes que aún necesitaban, y por la tarde los estibarón entre todas, bajo la mirada curiosa de los transeúntes. Victoria sabía que también las observaban desde las ventanas de las casas del puerto, como hizo el señor D'Uverville.

—No es seguro quedarnos en Berwick —le dijo a Inés mientras terminaban de subir con el cabestrante el último saco de cecina—. Después de la denuncia del robo de la *Wakes' Goddess* y del trajín que nos hemos traído con lo del naufragio... nos conocen demasiado.

Las chicas, que habían oído el comentario, fueron dejando sus quehaceres para agruparse alrededor de la capitán.

—Necesitamos un puerto donde estibar el barco y donde encontrarnos si ocurre algo. Un lugar al que saber que, antes o después, regresaremos —repuso Inés.

—Sí, pero no aquí —dijo Shatidje—. La capitán tiene razón. Aquí ya hemos despertado demasiadas sospechas. Os han visto vestidas de la alta nobleza y después de muchacho, os han visto llegar después del naufragio y, lo que es peor, nos han visto estibar un barco robado junto a unos hombres que han aparecido muertos.

—Lo que decís es cierto —concedió Simonette—. Pero hoy hemos tardado más de una hora en recoger entre Emily, Inés y yo las velas que habíamos aparejado, y eso que estábamos fondeados. ¿Cómo queréis que nos movamos de aquí?

—Podríamos ir a John's Pipe —propuso Claire—. Nadie nos encontrará allí. Y para llegar hasta su cala bastaría con izar la mesana, sin tener que largar ninguna de las velas cuadradas.

—Es demasiado pequeño —rebató Simonette—. Llamáramos enseguida la atención.

—¿La atención de quién?, ¿de tu padre o del mío? —dijo Claire con sarcasmo—. A nadie le importa quién vive allí. Si ocurre algo, si alguien se pierde, podemos encontrarnos en casa de Sha.

—¿Y por qué no Burnmouth? Burnmouth ya es Escocia —propuso Shatidje—. Simonette se conoce también esas aguas y tampoco necesitamos más que la mesana para llegar. Además, allí solo hay dos tabernas donde encontrarnos: la de Ian y el último mesón en el que he trabajado yo y, aunque el puerto es suficientemente grande como para avituallarnos, no hay representación de la Corona inglesa porque no estamos en Inglaterra.

Burnmouth. Allí las había dejado *El Miguel*. Allí habían conocido a Shatidje. Y ahí se avituallaba *El Miguel*. La idea no le gustó demasiado a Inés.

—Dicen que cerca de Burnmouth —interrumpió de pronto la voz suave de Bonny— hay una mujer que... consigue personas.

Todas la miraron. Estaba allí, de pie, vercosa, apoyada en el mango del cepillo y con el cubo a su lado. Con el pañuelo en la cabeza, parecía una pastorcilla de un cuadro renacentista.

—¿Qué quieres decir con que consigue personas? —preguntó Victoria.

—Si necesitas a alguien que quiera hacer algo..., algo fuera de la ley..., ella te consigue a la persona que lo haga. Tal vez pueda conseguir más piratas.

Piratas. Bonny lo había dicho. La palabra que todas habían evitado. Pero ya estaba allí, en el aire, imborrable. Victoria sonrió. Sí, eran sus piratas.

—¿Te refieres a la hermana del sacerdote católico al que mataron los ingleses? —preguntó Bert.

Bert vivía en Burnmouth desde que huyó de Berwick creyendo que con cambiar de población estaría a salvo de Sonya, la viuda del que fue su amante.

—No lo sé —contestó Bonny encogiéndose de hombros—. Dicen que vive al norte de Burnmouth, en una casa medio derruida junto a los acantilados.

Bert y Bonny siguieron su charla aportando detalles para saber si hablaban de la misma mujer. Victoria las interrumpió:

—¿Estamos todas conformes con Burnmouth?

Las once mujeres se quedaron en silencio, Claire asentía con la cabeza. Inés no se atrevió a contradecirlas. Al fin y al cabo, antes o después se encontrarían con *El Miguel*. Y lo único que tendría que hacer Inés era no bajarse de la *Crazy Swell* cuando así fuera.

—¡En ese caso, mañana zarparemos hacia allá! —resolvió la princesa—. También yo me he cansado de Berwick.

## CAPÍTULO X

Amaneció un día de sol, lleno de buenos augurios, y las muchachas, nerviosas, comenzaron a ocupar sus puestos. La noche anterior Simonette había ido a hablar con la capitán y le había expuesto de nuevo que no podían lanzarse a la mar otra vez con solo tres tripulantes capaces de recoger una vela. Tenían que prepararse.

A Victoria le pareció bien. Le dijo a la timonel que, una vez hubieran llegado a Burnmouth, dedicarían unos días a instruir al resto de la tripulación, pero que primero tenían que salir de allí. Así que aquella mañana, a falta de nada mejor, Victoria estaba al timón y Simonette, Emily e Inés se ocuparon de izar la mesana. Apenas hacía viento y aquello ponía las cosas más fáciles.

Claire, junto al cabestrante y ayudada por Bert, se ocupó de la maniobra de levar el ancla. A continuación izaron la verga de mesana, largaron la vela y, muy despacio, comenzaron a moverse hacia mar abierto. Cuando salieron de la ensenada, el viento sopló algo más fuerte, pero apenas empujaba el bajel. La *Crazy*, lenta pero segura, enfiló hacia el norte, hacia Escocia.

La travesía discurrió sin tropiezos. Iban tan despacio que habrían llegado antes a remo, pero Burnmouth estaba a menos de seis millas y en tres horas entraban en la ensenada. Lo más difícil fue la recogida de la mesana, que acabó sobre el suelo de la toldilla, pero sin capacidad de empujar al navío a ningún sitio, y el atraque, que no se dio demasiado mal y las dos anclas acabaron firmes en el fondo del mar.

Burnmouth, allí estaban de nuevo. Victoria contempló el puerto que se encajaba en el acantilado y en el que la había abandonado *El Miguel* ya dos veces. No había ni rastro de la nao y la princesa sintió una leve decepción.

Las chicas recogieron la mesana y Simonette decidió empezar con las lecciones. Todas menos Bert, que preparaba el almuerzo, subieron a la toldilla para que la hija del pirata pescador les enseñara cómo se izaba la mesana y cómo se recogía, doblándola sobre la botavara. Estuvieron

repetiendo la maniobra hasta que la comida estuvo preparada y todas corrieron al comedor.

Después de comer, continuaron las lecciones, esta vez sobre cómo largar y recoger una vela cuadrada. Simonette lo explicó, e Inés apuntó un par de trucos que le había contado Fred. Lo más difícil de recoger las velas cuadradas era que todas estarían subidas de pie sobre el cabo que pasaba por debajo de la verga y que, para tirar de la vela para arriba, debían soltarse del palo y sostenerse solo con el vientre, haciendo fuerza con los pies en el cabo. Cada vez que tiraran hacia arriba del pesado paño de una vela, debían doblar las rodillas y echar el cabo que les servía de guía y suelo hacia atrás, para no caerse. Si no lo hacían todas a la vez, alguna se caería desde aquella altura más que considerable. Se pusieron en fila en cubierta, simulando estar en lo alto del palo, y comenzaron a aprender los pasos bajo las órdenes de Simonette. Aquello no funcionaba demasiado bien. Cuando Simonette contaba uno, debían echar el cabo para atrás, pero alguna se equivocaba siempre y tiraba de la vela imaginaria o se olvidaba de doblar las rodillas y empujar con los pies el cabo hacia atrás. Para mejorar la sincronización, Shatidje les propuso que cantaran todas la misma canción y que cada movimiento se hiciera en una palabra distinta. Eligieron la canción *Blow the man down*, y establecieron los tiempos en función de los ritmos. Así, empezaban la canción empujando el cabo para atrás con los pies en el *fellows*, agarraban la vela con la mano derecha en el «fo» de *follow*, tiraban en el *sea*, en el *wey* agarraban con la izquierda y tiraban en el *hey* para volver a apoyarse con el vientre en el *blow the man down* y coger aire para repetir la maniobra. Aquello resultó mejor. Todas en fila, en la cubierta de la *Crazy*, cantaban y realizaban la acción que más adelante practicarían en el palo, haciendo honor al nombre del navío, *Crazy*, porque cualquiera que las observara desde el puerto las tomaría a todas por locas. Pero funcionaba. Victoria, al principio, las observaba divertida, pero terminó sumándose a la fila por si alguna vez hacía falta ella también y porque, después de la última entrevista con su adorado Miguel, estaba convencida de que este sabía recoger una vela perfectamente y que en ocasiones se subiría al palo a hacerlo.

Las jóvenes se divirtieron. Rosalyn era terriblemente torpe y se confundía todo el rato, pero en lugar de enfadarse se reía, pedía perdón y volvían a empezar. Estuvieron repitiendo la operación hasta que se puso el sol, y Victoria les dio la enhorabuena por el trabajo y las invitó a marcharse a

sus casas si querían. Bert aceptó la oferta, pues vivía allí y quería aprovechar el tiempo con Phil. Ninguna más mostró interés por hacerlo, salvo Claire, que preguntó si, en lugar de irse a dormir a su casa, podía ir a tomar una cerveza a tierra. La capitán estuvo conforme. Claire le preguntó a Shatidje si la acompañaba, pero la turca negó diciéndole que ella había trabajado en las dos tabernas de Burnmouth y en ninguna de las dos era bien recibida.

—Yo te acompañaré —dijo Inés animada. El día había sido divertido y, después de ver a las que serían sus compañeras cantar y repetir las órdenes en los palos, veía posible el navegar la carraca, y aquello había mejorado su humor—. Tal vez podamos averiguar algo de la mujer que «encuentra personas».

Simonette se ofreció a llevarlas a tierra, y una vez estuvieron en el malecón, Claire condujo a Inés a la taberna de Burnmouth que la condesa no conocía, la taberna de Ian. Por fuera, esta parecía más pequeña que aquella en la que Inés y Victoria conocieron a Sha, porque la fachada era más estrecha, pero, una vez dentro, se veía que no era así. La taberna tenía forma de «L» y se entraba por uno de los extremos. En la arista por la que se entraba había varias mesas redondas con taburetes en lugar de sillas, en las que algunos aldeanos cenaban un estofado de jabalí con una pinta deliciosa. Pero al fondo a la izquierda se abría la otra arista, y allí, escondidas de la puerta y de las miradas de los comensales, había tres mesas bajas rodeadas de sillones, con cojines y almohadones, suelo alfombrado y cortinas en las paredes, en lo que se asemejaba al interior de una jaima oriental. También en ese rincón había dos mesas redondas más, aunque más grandes que las de la entrada, pensadas para los jugadores de cartas. En el punto de unión de las dos aristas, al fondo a la derecha, estaba el mostrador en el que Ian, un escocés moreno con *kilt* y pelo largo al más puro estilo William Wallace, rellenaba botellas de *whisky* de un tonel. Desde aquel punto, Ian tenía un control absoluto tanto de las mesas en las que se servían cenas como de las otras en las que la gente iba a beber y reírse. Mientras que las mesas de la entrada tenían la luz de las ventanas que daban a la calle y la de una enorme lámpara de techo, la iluminación de la parte del fondo era escasa e invitaba al abandono. Ian, en algún momento de lucidez, había colgado sendos incensarios en cada arista y olía a hierbas quemadas.

A Inés le gustó el lugar al momento, incluso cuando al principio no pudo descubrir las mesas bajas, por estar estas ocultas tras la esquina. La gente que cenaba allí no tenía nada que ver con los rufianes de la taberna del puerto de

Berwick, ni siquiera con los comensales de la posada a la que fueron hacía diez días ya. Era gente que no quería problemas. Porque nadie querría montar bronca en la taberna de Ian.

—Bajo el mostrador Ian guarda un pistolón parecido a los de Simonette, pero más grande —explicó Claire cuando entraron—. Nadie le busca las cosquillas a Ian.

Inés volvió a mirar al tabernero, con su cara de pocos amigos y sus greñas oscuras cayéndole a los lados de la cara. Y sintió que no necesitaba el pistolón para que nadie quisiera problemas con él.

Caminaron a la barra, Claire saludó con una sonrisa y el tabernero le devolvió el saludo llamándola por su nombre, pero no le devolvió la sonrisa. Claire pidió un *whisky*, Inés otro, e Ian dejó lo que estaba haciendo para servírselo. Al dejar los dos vasos sobre la mesa, Ian comentó con el ceño fruncido:

—De modo que has encontrado a otra desviada. ¿O la has corrompido tú?

Inés no se esperaba aquellas palabras, que le llegaron como una ofensa inmerecida. Claire se sonrojó.

—Es mi jefe —aclaró—. Trabajo para ella —dijo recalcando mucho el «trabajo».

Ian mantuvo el ceño fruncido, pero no dijo nada más. La joven andrógina cogió su vaso y le hizo un gesto a Inés para que se sentaran en la zona apartada. Inés fue a seguirla cuando la manaza del posadero la agarró de un brazo.

—Mujer —le dijo entonces—, conozco a Claire y sé que, pese a su desvío, es buena chica. Pero llegará el día en que algunos quieran castigarla en este mundo por lo que Dios la castigará en el próximo, y ese día será mejor que no estés con ella, no sea que se confundan.

De nuevo las palabras de Ian desconcertaron a la condesa. Inclino la cabeza en gratitud por el consejo y siguió a Claire. Al sentarse a su lado, le contó lo que el hombre le había dicho. La mujer sonrió y le restó importancia con la mano.

—Ian... —suspiró Claire meneando la cabeza—. Esas mismas palabras se las dijo a Shatidje cuando trabajaba aquí y yo venía a verla —explicó, y le dio un trago a su *whisky*.

Inés abrió mucho los ojos.

—¿De veras? ¿Y qué dijo Sha?

Claire sonrió de antemano, recordando las palabras de su amiga.

—Sha le dijo que se equivocaba, que precisamente ese era el día en que le gustaría estar a mi lado para rebanarle el gaznate al que intentara ponerme la mano encima.

La mujer se encogió de hombros, como diciendo, «ya conoces a Sha». Pero en su lugar añadió:

—Aquel día fue cuando Ian le dijo que se buscara otro trabajo. A Ian no le gustan los problemas.

Y a Sha le gustaban demasiado, pensó Inés, pero no lo dijo.

—¿Y por qué sigues viniendo a esta taberna, Claire?

Claire le clavó sus ojos azules, tan claros como las aguas de Cabo Verde, sin entender la pregunta.

—Porque es una buena taberna.

Inés quiso seguir preguntando, pero no lo hizo porque comprendió que probablemente a Claire la trataran igual en todos los sitios, y le dio miedo herirla si seguía indagando. Tal vez fuera una «desviada», pero de lo que Inés estaba segura era de que era la mejor amiga de sus amigos.

Claire había comenzado a hablar de las tabernas que le gustaban e Inés se dejó llevar por la imparable verborrea de la pirata. Cuando se tomaron el *whisky* e Inés fue a pagar, le preguntó a Ian dónde podía encontrar mujeres dispuestas a hacer trabajos duros. Ian la estudió en silencio, como si mirándola mucho pudiera saber para qué quería Inés a aquellas mujeres duras, mientras se preguntaba si aquella muchacha de ojos negros y exóticos pecaría, como Claire, contra Dios y la naturaleza.

—Hablad con Glenne. Vive en una casa sobre los acantilados que hay más al norte, casi llegando a Eyemouth. Deberéis caminar algo menos de una hora.

Inés le dio las gracias y se despidió con un «hasta otro día». Ian miró la propina y asintió. La joven pagaba bien. Pero que siguiera siendo cliente suyo dependía de su capacidad de no traer problemas. Y eso el posadero no lo tenía tan claro.

Al día siguiente las muchachas continuaron con las prácticas de recogida de velas cuadradas. Esta vez trabajaron sobre la verga, si bien lo hicieron con la vela al paio y el navío fondeado. Cuando, al segundo intento, Victoria vio que Shatidje no tenía problemas, decidió que la contramaestre podía

prescindir de la mañana de prácticas e ir a buscar a la tal Glenne. Inés se ofreció a acompañarla. Un paseo de una hora por la costa con la turca se le antojaba un plan agradable en aquella mañana de julio.

Las dos caminaban rápidas, vestidas con pantalón y camisa, pues el día había amanecido soleado y sobraba cualquier abrigo. Formaban un extraño cuadro para quien se las cruzara. Caminaban sin hablar porque el camino agreste y la velocidad de la marcha les restaban resuello. Pero ambas sentían una complicidad extraña, similar a la que habían sentido hacía tan solo once días cuando se conocieron. Ahora a las dos les parecía que había transcurrido una eternidad desde aquel momento y que la amistad que sentían la una hacia la otra era una amistad real, de las que se forjan con el tiempo.

Siguiendo las instrucciones de Ian, avanzaron pegadas al acantilado por un camino que Shatidje no había hecho nunca —siempre caminaba al sur, hacia John's Pipe— y, tal y como le había dicho a Inés el posadero, al cabo de tres cuartos de hora vieron a lo lejos la pequeña casa de piedra. A su alrededor pastaban una veintena de ovejas. Las mujeres abandonaron el camino y enfilaron hacia la casa. Estaban a más de doscientos pasos cuando un enorme perro blanco las vio y arrancó a correr hacia ellas ladrando. Aunque cuando estaba cerca redujo la velocidad a un trote lobero, Shatidje se llevó la mano al alfanje.

—Como hagáis daño a mi perro, os mato —gritó una voz de mujer.

Las jóvenes miraron hacia la casa y vieron que una mujer con aspecto de pastora había salido a la puerta.

El perro se detuvo al llegar hasta ellas y husmeó el aire a su alrededor sin tocarlas. Shatidje mantenía la mano sobre la empuñadura de su arma. Inés, sin embargo, aprovechó cuando el animal se acercó a olerla a ella para estirar la mano y acariciar su cabezota blanca.

—¡Roger! ¡Aquí! —lo llamó su dueña, y acompañó la orden de un silbido.

El perrazo trotó de regreso a la casa abriéndoles paso a las muchachas. La condesa pensó que le gustaba mucho más este Roger que el otro. Glenne las esperó apoyada en el quicio. La mujer rondaba la treintena y era alta y enjuta, con los pómulos y la barbilla muy marcados. Llevaba blusa y falda humildes y un pañuelo sobre los hombros.

Shatidje preguntó por Glenne y ella les confirmó que estaban ante ella. La turca hizo las presentaciones y la mujer las invitó a entrar. La casa olía a leña y tomillo y, aunque solo tenía una estancia, los muebles estaban hechos

con buena madera maciza. Les señaló dos sillas junto a la mesa y las dos jóvenes obedecieron mientras Glenne ponía agua a calentar para obsequiarlas con una manzanilla. El perro blanco, Roger, se tumbó a los pies de la condesa.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó mientras preparaba las tazas.

Las dos piratas se miraron e Inés le hizo un gesto a la condesa para que se ocupara ella.

—Se dice que ayudáis a la gente a conseguir... lo que la ley no siempre consigue... —intentó Shatidje con delicadeza.

La mujer, que había tomado las dos tazas y se disponía a llevarlas a la mesa, las volvió a dejar en la encimera.

—Conozco esos rumores —dijo dándoles la espalda— falaces y malintencionados. Jamás he ayudado a nadie que no estuviera amparado por la justicia.

Inés y Shatidje intercambiaron una mirada nerviosa.

—La justicia y la ley no siempre son lo mismo —matizó con cautela la turca.

Glenne se volvió a observarlas con los brazos cruzados. Sus ojos echaban chispas.

—Para mí sí lo son.

Shatidje e Inés se miraron la una a la otra sin saber por dónde seguir. De nuevo probó la turca.

—Habláis de las leyes de Escocia, no de Inglaterra.

—Hablo de la ley. En cada país, la ley es la de su soberano.

Sha frunció el ceño.

—¿No odiáis a los ingleses? ¿No los culpáis por la muerte de vuestro hermano? ¿No desearíais vengaros de ellos ayudándonos?

La tetera comenzó a humear, pero la mujer no le prestó atención.

—Cristo nos enseña a poner la otra mejilla. Y ahora, si sois tan amables, será mejor que salgáis de mi casa. No os puedo ayudar.

Las dos piratas se miraron e Inés hizo un amago de levantarse, pero Shatidje intentó un último camino.

—Glenne, no nos conoces y entiendo que no confíes en nosotras. Y ojalá supiera qué decir para comenzar esta conversación sin que tuvieras que comprometer tu seguridad o nosotras la nuestra. Pero a pesar de nuestro acento no hemos venido de parte de la Corona inglesa, ni de la escocesa. Hemos venido porque necesitamos mujeres de armas, y voto a Dios que no se

me ocurre qué decirte para demostrarte que lo que nos digas no lo vamos a utilizar para perjudicarte, y que antes moriríamos que delatar a quienes nos ayudan.

La mujer por fin apartó la tetera del fuego, la abrió y echó dentro la manzanilla seca.

—¿Decís que buscáis mujeres soldado?

—Así es.

Entonces cogió las tazas de nuevo y esta vez sí que las dejó sobre la mesa.

—¿Por qué lucháis?

Shatidje titubeó, con miedo a perder el terreno ganado. Suponiendo que hubieran ganado algo más que delatar sus intenciones.

—Por dinero —dijo al fin—. Buscamos mercenarias.

Glennie observaba a Shatidje, estudiándola, cuando Inés habló por primera vez, mirando absorta por la ventana.

—Luchamos por ser libres —dijo—. Por no tener que regresar a un hogar en el que un hombre elija nuestro destino. —Las otras dos mujeres la miraron—. Luchamos por poder vivir sin dar explicaciones, haciendo aquello que también sabemos hacer y que nos está vedado. Luchamos... —Inés miraba el mar, más allá de la costa—, luchamos por no tener que esconder nuestros sentimientos, ni vivir presas... Por obrar y elegir y que solo Dios nos juzgue. Y porque cuando el día de mañana nos sentencien a morir en la horca, sea porque nosotras lo elegimos, y no por los actos de un padre o de un esposo que decidió por nosotras, como si fuéramos una extensión de su persona, una extensión insignificante y prescindible.

Shatidje la miraba y mostraba su sonrisa, aquella sonrisa que decía: «¿Qué ocultas?». Glennie la estudiaba con curiosidad.

—¿Tan mal os han tratado los hombres? —preguntó entonces la escocesa.

No, Inés no podía contestar a eso que sí. Porque el primer hombre en el que pensaba siempre era Fred. Y Fred la había adiestrado como un hombre, y jamás había restringido su libertad. Pero tampoco podía contestar que no. Trató de pensar de nuevo en su padre, y en Robert, en aquello a lo que tendría que regresar si no seguía luchando con Victoria por su libertad.

—Los hombres nos han impedido ser como ellos —respondió entonces.

Glennie sonrió.

—¿Y quién quiere ser como ellos?

Inés se echó hacia adelante en la mesa y masculló:

—Vivimos en dos países regidos por mujeres. En Inglaterra, la reina acapara todo el poder divino y terrenal. Y, sin embargo, no hace nada por ayudar a las mujeres que viven encerradas en sus casas y sometidas a la voluntad de un hombre. Sin voluntad, sin poder elegir, ¿en qué nos distinguimos de los animales?

—Inés, os llamáis Inés, ¿verdad? —preguntó Glenne, y prosiguió sin esperar respuesta—, lo que no entendéis es que esas mujeres son buenas cristianas, y la mayoría son felices así. Tienen voluntad propia, aunque han sido llamadas para crear una familia y tener un esposo al que amar y que las ame, y unos hijos a los que criar con ternura. ¿Qué mayor don existe en el mundo que poder engendrar una vida? Los hombres se entretienen con guerras y trifulcas absurdas porque no pueden engendrar vidas. Dejadlos que se crean que son más que nosotras.

Inés clavó la vista en aquella mujer que vivía sola, cuidando ovejas e intermediando asesinatos. «Dejadlos que se crean que son más que nosotras». De modo que ella no se creía menos.

—Y, sin embargo —apuntó entonces la condesa—, no os veo casada, atada a un esposo y dándole hijos de los que sentirse orgulloso e hijas a las que utilizar como moneda de cambio de un acuerdo.

—Dios no me ha llamado al matrimonio —contestó la pastora.

—Mas decís que la mayoría de las buenas cristianas son felices así.

—Es lo que he dicho.

—¿Y qué hay de las otras?

Glenne entrecerró los ojos sin entender. Shatidje volvió a sonreír al ver adónde se dirigía la condesa.

—Las otras buenas cristianas, las que no son felices sometiéndose a un hombre: las que, como vos, no han sido llamadas al matrimonio por el motivo que sea, o que tienen un don distinto al de engendrar hijos y no pueden ejercitarlo, o tienen un matrimonio en el que no son felices porque son maltratadas, o aquellas a las que la vida ha obligado a ser objeto del deseo de los hombres y quieren escapar de ahí... ¿Qué hay de todas esas mujeres que no encuentran su lugar? ¿No sería fabuloso permitirles hacer aquello para lo que sí han sido llamadas?

Glenne entrecerró los ojos.

—Calafatear barcos, cortar velas, luchar, surcar el mar, dar órdenes en lugar de recibirlas... —proseguía Inés—. Esas son las habilidades de algunas

de nuestras muchachas.

Esta vez fue Glenne la que se echó hacia adelante apoyando los codos en la mesa.

—¿Me estáis diciendo que queréis que os busque mujeres perdidas para redimir las trabajando en un navío de combate?

Inés sonrió. Glenne no tenía un pelo de tonta, y aquello le gustaba. Shatidje estaba retrepada en la silla, observando la victoria de la condesa, también con una sonrisa.

—Exactamente eso es lo que quiero.

Glenne se echó hacia atrás, pensativa.

—Vuestra idea es... hermosa. Y, tal vez, incluso agrade a Dios. Pero no la veo posible.

Inés frunció el ceño.

—Hoy en día, no hay suficientes mujeres con ese don que decís como para fletar un barco. Naufragaréis y os arrepentiréis de todo lo que me habéis dicho.

Inés se puso de pie.

—Glenne, ya hemos naufragado una vez y aquí nos tienes.

Glenne miró a Shatidje, que asintió con la cabeza.

—Inés, me habéis caído bien. Mas no os mandaré a mis mujeres para que mueran ahogadas. Si fuera en tierra, acaso podría conseguir os mujeres de armas. Pero no en el mar. Volveréis a naufragar y entonces me entenderéis. Os deseo mucha suerte, y que Dios os ayude.

Inés recibió las palabras frustrada. A punto estuvo de contestar, pero Shatidje se levantó y la agarró del codo. La turca se despedía dando las gracias. E Inés se puso en pie e hizo lo mismo. Al final, no se habían tomado la manzanilla.

Glenne les abrió la puerta y salieron de nuevo al aire libre. El perrazo se levantó y las siguió al exterior. Cuando las dos muchachas se alejaron de la casa, el perro las escoltó largo rato, diez pies por detrás de ellas.

Inés se sentía abatida por la negativa. Shatidje le apoyó la mano en el hombro.

—Habéis dado un buen discurso ahí dentro —sonreía. Y su sonrisa preguntaba: «¿Pensáis de verdad las cosas que habéis dicho? ¿Qué escondéis, lady Inés?».

—No ha servido de nada. No nos va a ayudar.

—Todavía —matizó la turca—. Ha sido la primera vez que nos ha visto. La confianza es algo que no se gana en un día.

Inés meneó la cabeza negando.

—Además —añadió la turca—, no necesitamos a sus mujeres de armas. Nos resultarían útiles, es cierto, pero no las necesitamos. Nosotras once podemos fletar la *Crazy Swell*. Y lo que tenga que venir, llegará.

Inés se forzó a sonreír a la contramaestre, pero siguió sin estar convencida. Se volvió una vez más a mirar al perro, pero este ya no estaba. En algún momento se había dado la vuelta y había regresado con su dueña.

Al llegar al puerto, vieron un bote pequeño con bandera escocesa y un oficial a bordo remar hacia el malecón. Parecía venir de la *Crazy*. En el navío las mujeres habían parado sus ejercicios.

Inés movió el brazo en el aire, de un lado al otro, hasta que la vieron y echaron el batel al agua. Remó Simonette. Inés pensó que ya iba siendo hora de que la timonel delegara algunas tareas en las demás. Mejor o peor, Claire podía remar el bote.

El oficial escocés llegó antes. Desembarcó y caminó por el puerto hacia la oficina real. Las dos jóvenes lo observaron alejarse.

Cuando el batel de la *Crazy* tocó el pantalán, Shatidje tomó el cabo que lanzó Simonette, pero, antes de que las dos mujeres pudieran embarcarse, la remera masculló un «dadme un momento» y saltó afuera. Inés y Shatidje observaron sorprendidas cómo la pirata caminaba rápida hasta una barca grande de pesca y se escurrió dentro de un salto. Regresó casi al instante, y las jóvenes se dieron cuenta de que se metía algo debajo de la camisa. Volvió a saltar al bote y le tendió la mano a Inés para ayudarla a subir. Shatidje subió sola. Simonette comenzó a remar para alejarse, y solo cuando estuvo a varios pies de distancia soltó un remo, escurrió la mano por debajo de su camisa y les mostró el pico de una bandera escocesa.

—Para la *Crazy* —explicó.

A medida que se acercaban al navío, Inés se dio cuenta de que todas las mujeres, Bonny y Rosalyn incluidas, iban vestidas como hombres y que todas se habían escondido el pelo o se lo habían soltado, como Simonette, en un modo que podía dar lugar a equívocos sobre su verdadera condición. Solo cuando estuvieron arriba, Victoria, vestida de mujer, les contó todo lo ocurrido. Al poco de irse las dos mujeres, el oficial escocés se había personado a bordo preguntando por el capitán y el motivo de que un navío inglés fondeara en Burnmouth. Victoria había improvisado, como siempre.

Le había explicado que su esposo, el capitán, había enfermado de pronto y que se hallaba encerrado en su cámara. Por ello se habían visto forzados a fondear en aquella cala hasta que se recuperase. Victoria había inventado que viajaban a Edimburgo por un cargamento de *whisky* escocés. El oficial había querido ver el contrato y los libros, y ahí Victoria le había señalado el camarote del capitán sobre el castillo de popa y le había dicho que los libros y el contrato los tenía su esposo, pero que nadie se atrevía a entrar allí porque su esposo parecía tener el mal de los sudores, y hasta que no estuvieran seguros no iban a poner en peligro al resto de la tripulación.

«No obstante, si vuesa merced quiere ver los libros, está invitado a pasar y hojearlos en persona», le había dicho Victoria.

El oficial se frotó las manos, nervioso, y declinó la invitación. Se santiguó y regresó a su bote, diciéndole a Victoria que, en cuanto les fuera posible, le acercaran el cuaderno de bitácora a la oficina o levaran anclas. Cuando descendía por la escala, le oyeron murmurar que aquello le ocurría al capitán por llevar una mujer a bordo, que traían mala suerte. A las muchachas les había costado reprimir la risa.

Simonette le tendió la bandera a su capitán.

—Para usarla mientras estemos en aguas escocesas.

No era una bandera muy grande. Al menos, no lo suficiente para el tamaño del navío, pero las ayudaría a pasar desapercibidas.

—Tal vez debamos continuar con los ejercicios en otra parte —sonrió la princesa—. En cuanto el capitán se recupere, levaremos anclas —sonrió—. Y debo pensar en escribir un diario de a bordo para los oficiales que nos importunen.

A pesar de la amenaza del oficial escocés, aquella noche continuaron fondeados en Burnmouth. Inés y Claire salieron de nuevo a beber un trago después de la cena, y esta vez Rosalyn las acompañó. Cuando entraron en la taberna, Ian las observó curioso, pero no dijo nada. Les sirvió los dos *whiskys* y la cerveza y las tres mujeres se sentaron en la zona apartada de la «L». Al poco llegó una mujer, joven y hermosa, con el cabello caoba, el rostro ovalado y los ojos muy pintados de azul turquesa. Vestía demasiado ligera para no ser una prostituta. Inés le preguntó a Claire por ella.

—Es Roxie, la puta de Burnmouth. ¿Estáis pensando en contratarla?

Inés sonrió.

—No, Claire. Es curiosidad. Ya tenemos cubiertos los puestos de puta a bordo —bromeó, guiñándole el ojo a Rosalyn.

Rosalyn no le prestaba atención.

—¿La puta de Burnmouth? —preguntó entonces recalcando mucho el «la»—. ¿Solo hay una? Debí mudar el negocio.

—Es un pueblo pequeño —se encogió de hombros Claire.

Y Rosalyn siguió dándole vueltas a lo mal que la trataba la vida a ella en Berwick sin saber que a dos horas caminando tenía un pueblo casi virgen.

Cuando Inés pagó, se dio cuenta de que con esas tres bebidas había acabado sus últimas monedas. No habría más tragos hasta que abordaran algún navío. Y el pensamiento le oscureció la felicidad de la noche y el *whisky*.

Al día siguiente, abandonaron Burnmouth y regresaron hacia el sur. Antes de llegar a Berwick, nada más pasar la frontera con Inglaterra, llegaron a una ensenada pequeña en la que, cuando bajaba la marea, las embarcaciones se quedaban varadas. La ensenada estaba rodeada de unos acantilados salvajes y, aunque con marea baja había una playa de arena suave, lo cierto es que parecía imposible llegar a ella, como también era imposible que nadie viviera allí. Y, sin embargo, imposible o no, en el talud de los acantilados, había construida una pequeña villa. En cada hueco, en cada saliente, había una casa o un comercio, y abajo, junto al mar, flotaba un pantalán viejo y carcomido que parecía que en cualquier momento se hundiría entre las aguas. John's Pipe. Simonette ni siquiera miró su casa. Fondearon en la pequeña caleta y retomaron sus quehaceres.

Aprovechaban la marea alta para practicar maniobras y repetirlas hasta la saciedad. El *Blow the man down* casi se había convertido en un tormento. Y, como había adelantado Simonette, cada vez que movían el navío para practicar el levar anclas y fondear, o recogían las velas para volverlas a largar, el pueblo entero salía al pantalán a verlas. Pero aunque observaban curiosos y cada anciano daba su opinión, era cierto que a nadie le importaba que un navío de noventa pies hubiera llegado allí. Y, cuando la marea comenzaba a bajar, las chicas varaban el navío con estacas largas, conscientes de que estaban prisioneras sobre la cama de arena y rocas de aquel mar oscuro y lleno de algas.

Dora lo agradeció. El poco fondo era casi como tener el navío fuera del agua, y pudo arreglar las enrataduras y calafatear el casco por fuera, y quitarle el caracolillo y, con él, diez años de encima. Cuando todas terminaban las maniobras y caían rendidas, la pequeña carpintera empezaba su trabajo, el que le gustaba de verdad, para el que había nacido.

Después de la cena, Inés y Claire cambiaron la taberna de Ian por la taberna de John, y Shatidje se les unió. Allí el alcohol era más barato e infinitamente más malo, pero lo bebían igual y no lo pagaban. Lo dejaban a cargo de la cuenta de Sha, esa que la joven siempre abría y nunca cerraba, pues el viejo Henry se encargaba de pagarla cuando regresaba de sus viajes.

Fueron días felices para todas, en especial para Inés. La joven condesa casi se sentía como en *El Miguel*. Tenía un vacío en el pecho en el lugar que antes ocupaba Fred, pero se divertía tanto como entonces, o más. No estaban James, ni Dorek, ni Clavos, ni Willie, ni João, pero en su lugar tenía a Claire, a Emily, a Rosalyn, a Bert, a Helen, a Dora, a Bonny y a Shatidje. Y seguía teniendo a Victoria.

Victoria había cambiado. No en su espíritu soñador y aventurero, pero sí en su percepción del mundo. Aunque podía pasarse horas embebida en su despacho, había aprendido a estimar a las mujeres que componían su tripulación y se sentía en deuda con todas ellas. Con frecuencia comían todas en el comedor, y esos días Rosalyn no contaba anécdotas de su profesión, sino que se hablaba de lo que habían aprendido, de lo que harían al día siguiente, de qué tenían que perfeccionar o qué necesitaban comprar.

Y así llegó la tarde en la que, cuando cenaban todas juntas en el comedor de proa, Bert anunció que solo les quedaban víveres para dos o tres días más antes de empezar a pasar estrecheces.

Inés palideció. Se acercaba el momento que tanto había temido. Intentó pensar en qué podían vender, qué les serviría para no tener que hacer aquello que tanto temía. Pero Victoria contestó por ella:

—Entonces, mañana zarparemos con la marea hacia el sur para abordar nuestro primer barco.

Las chicas se quedaron mudas, como si la realidad las hubiera sorprendido. Solo Shatidje reaccionó. Cogió su jarra de cerveza y empezó a golpear la mesa con una sonrisa. Claire enseguida se unió. Después Rosalyn, Bert, Dora, Emily. Victoria las acalló sonriendo.

—Deberíamos ir primero a por nuestros cañones —apuntó.

—Capitán —apuntó Simonette, que se había mantenido al margen del jolgorio—, ¿para qué vamos a perder dos días y todas nuestras fuerzas izando los cañones si no los sabemos utilizar?

Las palabras de Simonette cayeron como un jarro de agua fría sobre las muchachas.

—Tendremos que aprender a utilizarlos, timonel —contestó Victoria.

—¿Aprender cómo? —preguntó Helen en su hilo de voz—. Ninguna de nosotras puede enseñar a las demás porque ninguna sabemos cómo se dispara.

—Sí —añadió Claire—. Sabemos que hay que cargarlos, y dispararlos, pero no sabemos con cuánta pólvora, ni cuánta mecha, ni cómo se vacían luego...

Victoria no sabía qué contestar. Inés las observaba, procurando mantenerse fuera de aquel asunto.

—Bueno, bueno —exclamó Rosalyn arrugando su feo ceño y cambiando las eses por efes—. Que no fepamof cómo no fignifica que no nof podamof enterar.

Todas las chicas la miraron.

—Lof hombref fiempre dicen que laf mujeref no fabemof guardar nueftrof fecretof, pero año de profesión me dicen que ef maf bien lo contrario —sonreía—. No hay nada que un hombre no te cuente fi le adulaf lo fuficiente, y a todof lef gufta hablar de lo dura y valiente que ef fu profesión, con todof lof detallf.

Guiñó un ojo, y las chicas rieron con ella.

—Entonces habrá que encontrar un artillero —propuso Shatidje.

Simonette meneó la cabeza.

—No hay tiempo. Para eso tenemos que encontrar al artillero, que nos desvele sus secretos, sacar los cañones de la *Wakes'*, estibarlos en la *Crazy*, engrasarlos y practicar durante al menos dos días o tres. Hablamos de casi una semana de trabajo —siguió negando con la cabeza—. No, nuestro primer abordaje tendría que ser sin cañones.

Ahora todas las miradas se dirigían hacia la timonel con curiosidad.

—¿Y cómo quieres abordar un navío sin artillería? —preguntó Claire, haciendo la pregunta que todas pensaban.

—Somos piratas, ¿no? —contestó Simonette—. Tendremos que urdir alguna trampa. ¿O creéis que, con cañones o sin ellos, vamos a tomar un navío armado por la fuerza? ¿Nosotras once?

«Diez», pensó Inés.

Shatidje sonrió. Le gustaba más por dónde iba Simonette ahora. A Victoria también.

—Cierto —dijo la capitán—. Mañana zarparemos hacia el sur. Para entonces, se me habrá ocurrido algo. Tal y como dice nuestra timonel, los cañones esperarán para el siguiente botín.

Y Sha comenzó de nuevo a golpear con la cerveza sobre la mesa. Esta vez, todas menos Inés la secundaron.

Por la mañana, en el desayuno, los nervios eran evidentes. Las jóvenes estaban aceleradas, se reían por cualquier nadería y se les caían las cosas al suelo. Victoria entró al comedor con una sonrisa de triunfo.

—Tengo un plan.

Las mujeres se sentaron a la mesa, Bert trajo los bizcochos de pan recocado y el té, y todas prestaron atención a la capitán.

—Navegaremos hacia el sur y, en cuanto veamos un barco, le haremos pensar que nos han atacado los piratas. Dejaremos las velas al paio, y todas vosotras, vestidas de muchacho, yaceréis por cubierta como si estuvierais muertas. Yo me pondré mi vestido amarillo y simularé tener las manos atadas al timón, como si me hubieran dejado con vida por ser la única mujer. Cuando vengan a rescatarme y me lleven ante su capitán, me acercaré a él, sacaré un cuchillo que llevaré escondido y le amenazaré, obligando a los otros marineros a dejar las armas. Entonces vosotras desarmaréis a los hombres que estén en la *Crazy* y, con el capitán y esos oficiales en nuestro poder, les robaremos lo que lleven.

Las mujeres tardaron en hablar, asimilando el plan.

—No funcionará —dijo entonces Simonette.

Victoria la miró con el ceño fruncido. Empezaba a molestarle que la mujer le encontrara siempre pegas a todo.

—Cuando suban a bordo de la *Crazy* —se explicó la timonel—, lo primero que harán será desataros y comprobar que los muertos están muertos. Verán que somos mujeres y que estamos vivas, y no solo no os dejarán embarcar, sino que probablemente os maten.

Hubo un silencio.

—El plan es un buen plan —dijo entonces Shatidje—. Lo único que debemos conseguir es que os lleven a bordo del otro navío y ante su capitán

antes de que suban a inspeccionar la *Crazy*.

—Y sería mejor que no fuerais sola —dijo Claire—. Tal vez la mujer del capitán hubiera llevado consigo a su doncella, y las hubieran dejado vivas a las dos. Helen podría parecer una doncella y llevar escondida una pistola de Simonette.

—Helen debe estar en la cofa —negó Victoria—. Necesitamos avistar el barco de lejos para que nos dé tiempo a prepararnos. Tal vez Bonny pudiera hacer las veces de mi doncella.

La hermosa prostituta inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Estaba pálida, pero como por las mañanas se mareaba aún más que por las tardes, y los días a bordo no habían mejorado eso, era difícil saber si la palidez era por miedo o por sus mareos.

—Eso sigue sin resolver el que descubran que estamos vivas antes de que os lleven ante el capitán.

Inés las había escuchado con atención algo apartada, procurando no intervenir, pero al final decidió hacerlo.

—La única forma que tenéis de que os recojan a vosotras dos y os lleven a su navío antes de subir a la *Crazy* es que estéis en un bote a la deriva.

Todas las miradas se posaron en la condesa. Estaba de pie, apoyada contra la pared y con los brazos cruzados. Victoria le sonrió.

—Es una buena idea. Si nos ven flotando en un bote, primero nos rescatarán y después irán a nuestro navío.

—Podrías aguardar junto al capitán y, cuando ellos le den la vuelta a la primera de nuestras mujeres —propuso Shatidje— iniciamos el combate.

Estaba decidido. Lo harían así. Excitadas ante la idea del abordaje, las mujeres terminaron su desayuno y corrieron a ocupar sus puestos. Las últimas olas habían movido ligeramente el navío, lo que significaba que la marea estaba subiendo y que pronto habría que quitar las varas. Las últimas en abandonar el comedor fueron Victoria e Inés. La capitán esperó a que todas salieran y que Bert regresara a la cocina para acercarse a su amiga.

—Ha sido una buena idea. ¿Seguro que no quieres participar? Estaría más segura contigo a mi lado. No sé cómo reaccionará Bonny.

Inés negó con la cabeza. Tenía la planta del pie aún apoyada en la pared.

—Tampoco sé cómo reaccionaría yo —contestó—. Estoy segura, Victoria.

La princesa asintió y las dos salieron a cubierta.

Era un día soleado de finales de julio. La brisa soplaba fresca pero el sol calentaba con fuerza. Navegaban hacia el sur confiadas, con la tranquilidad que les daba el haber practicado cada maniobra cien veces. Lo único que les preocupaba era la parte que no habían practicado: el abordaje. Helen iba en la cofa, Simonette al timón, las demás mujeres se repartían por cubierta, dispuestas a dejar el barco al paio a la mínima señal.

Dejaron atrás Berwick y continuaron hacia el sur. Soplaba de través, de alta mar hacia el interior, y las vergas chirriaban sobre sus goznes al girarse para coger más viento. Habría que hacer el abordaje de prisa o el barco acabaría encallando en tierra, empujado por el viento. Se cruzaron un par de pesqueros grandes y prosiguieron rumbo al sur. Pasado el mediodía, dejaron atrás Holy Island y las islas Farne. Cerca de Megstone, vieron un navío fondeado y Victoria pensó que tal vez lo había enviado Downing para comprobar que los restos de la *Wakes' Goddess* yacían allí. Aquella tarde, con el mar en calma y la luz del sol, Megstone se veía perfectamente. Victoria sintió una punzada de culpa al mirar aquella roca que ahora sobresalía limpia y clara más de diez pies sobre el nivel del mar. «El hundimiento de la *Wakes'* nos ha traído donde estamos. Inés está viva y gracias a él tenemos a Emily. Ha sido la voluntad de Dios», se dijo, y el nudo de su estómago se aflojó.

Se acercaban a la cala donde hicieron noche con la *Wakes'* y donde se amotinaron los hombres. El viento había caído con la tarde y la *Crazy* flotaba mansa cuando Helen anunció un navío de tres palos a popa. Era el momento.

Al principio las muchachas se movieron frenéticas, sin que ninguna acertara qué debía hacer.

—¡Velas al paio! —gritó Victoria.

Emily e Inés, las más rápidas, liberaron los cabos de mayor y trinqueta. Shatidje y Bert se dispusieron a echar el bote al agua y Simonette, al ver que nadie la ayudaba en popa, ató la caña y corrió a arriar la verga de mesana. El palo cayó contra el suelo de la toldilla y la timonel tiró de la vela hacia popa como pudo, tratando de que la vela cayera por detrás del castillo y que tapara el nombre del navío. No lo habían pensado antes. A pesar de los esfuerzos de la timonel, el nombre se veía perfectamente: *Crazy Swell*, escrito en letras negras. No había tiempo. Pronto estarían a la vista. Bonny, vestida con ropa de Inés, y Victoria, con su vestido blanco y amarillo de princesa de cuento, se subían al bote, y Shatidje y Bert las echaron al agua.

—¡Tened cuidado! —les dijo la turca—. No saquéis las armas hasta que nos levantemos nosotras.

Victoria asintió. Bajo el cinto, entre la falda, llevaba escondido el cuchillo grande de Inés. Bonny llevaba el pistolón más pequeño de Simonette ya cargado.

—Tú ten cuidado con eso —le dijo la princesa a la que fuera prostituta, y Bonny asintió pálida.

—¡Estamos a la vista! —gritó Helen dejándose caer en la cofa.

Todas las mujeres se tiraron al suelo, menos Inés, que corrió a la cocina. Jerusha estaba allí, agazapada detrás de la puerta.

—Ven —le ordenó la condesa, y le cogió la mano.

Agachadas salieron del castillo de proa y caminaron hacia la escotilla. Inés la levantó, dejó pasar a la niña, y bajaron a la cubierta de artillería y de ahí a la bodega. Se sentaron en una esquina e Inés la abrazó con fuerza. Luego le ordenó que se quedara allí y subió de nuevo a la cubierta de artillería. Una de las portas de los cañones no cerraba bien y se asomó por ella. Desde ahí veía el bote sin remos en el que flotaban Victoria y Bonny. La capitán le había pedido a la supuesta doncella que le atara las manos con un cabo, y ahora era ella la que se las ataba a la puta como podía, considerando que ella misma ya estaba amarrada.

Inés corrió hacia popa con la esperanza de encontrar otra rendija desde la que espiar al navío que se aproximaba, pero Dora había hecho bien su trabajo y no había resquicios ni hendiduras. Volvió a la porta desde la que observaba antes. Por suerte, la *Crazy*, ahora a la deriva, roló con el viento y se quedó con la popa hacia tierra y la porta hacia el norte, e Inés pudo ver el navío acercarse.

Victoria y Bonny lo vieron también. Era una carraca grande o un galeoncete, con tres palos y seis cañones por banda. Llevaba bandera escocesa.

Las mujeres aún no oían las órdenes del capitán, pero vieron cómo plegaba velas. Solo con la mesana, el navío siguió acercándose. Entonces recogió la mesana y lanzaron un bote con seis hombres. Remaban hacia el batel en el que estaban las dos mujeres. Inés no quiso mirar.

Victoria se había puesto de pie en el bote y alzaba las manos atadas pidiendo ayuda. El gritar le ayudaba a liberar la tensión que sentía. En una falta de equilibrio fingida, se cayó de nuevo sobre el tablón que hacía las veces de asiento y permaneció allí quieta.

El bote escocés enseguida las alcanzó, y dos de los seis hombres saltaron al interior. Llevaban otro juego de remos. Mientras uno de ellos las desataba preguntándoles si estaban bien, el otro comenzó a remar hacia su navío. El primer bote, en el que habían quedado cuatro hombres, remaba hacia la *Crazy*.

Victoria lo miró de reojo nerviosa. Estaban más cerca ellos de la *Crazy* que ellas del navío escocés. El corazón comenzó a latirle más y más deprisa y la princesa creyó que se le saldría por la boca. Apenas escuchaba al marinero que les preguntaba qué había ocurrido.

—Piratas —contestó Bonny.

Victoria entonces reaccionó. Se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—Nos asaltaron unos piratas. No han dejado a ningún hombre con vida.

Inés no había podido contenerse y volvía a mirar. También ella se daba cuenta de que llegaría antes el bote a la *Crazy* que el batel al otro navío. Tenía que hacer algo, y hacerlo rápido, o descubrirían que los supuestos cadáveres eran mujeres muy vivas y matarían a Victoria y a Bonny, tal vez a todas. Volvió a asomarse. En el navío al que conducían a Victoria había al menos veinte tripulantes, sin contar con los escoceses de los botes.

La segundo de a bordo sintió que se mareaba. La mente se le nubló y estaba a punto de desmayarse cuando algo en su cabeza gritó: «¡Despierta! ¡Tienes que ayudarlas!». Se agarró a una cercha del casco y se puso en pie de nuevo. «Piensa, Inés, piensa». Quedaban solo unos golpes de remo para que el bote llegara hasta la *Crazy* y los hombres revisaran los cuerpos. Miró a su alrededor. Vio una cesta con esparto del que usaba Dora para calafatear el barco, unos cabos, un cubo con alquitrán y, en la popa de la cubierta de artillería, lo que necesitaba: un pedernal. Corrió hasta él, procurando no hacer ruido, y después regresó hasta el cesto de mimbre. Lo puso todo bajo la escotilla que daba a cubierta e intentó encender un fuego. Las manos le temblaban y tardó varios intentos en lograr apenas una llamita. Dejó caer la yesca sobre el esparto y el fuego se avivó al instante. Tiró encima los cabos, derramó el alquitrán. El bote golpeó el casco y oyó a los hombres protestar sobre cómo abordarían el navío. Corrió a esconderse en la bodega.

Victoria estaba aterrorizada y, por las miradas que le echó Bonny, la prostituta también lo estaba. Todavía quedaban algunas paladas para que el batel en que ellas estaban llegara hasta el navío escocés, mientras que los otros cuatro hombres ya habían llegado a la *Crazy* y buscaban un cabo para

trepar. Uno asió el cabo de la vela mayor, que restallaba libre, y con él se izaron hasta la cubierta del navío. Victoria no se atrevía a mirar.

Pero, cuando el primer hombre llegó arriba, exclamó:

—¡Fuego!, ¡hay fuego en la bodega!

Los otros tres treparon de prisa y Victoria, que no podía apenas oírlos, sí los vio correr y buscar un cubo, y atarlo, y echarlo sobre la borda para llenarlo de agua. Los cuatro hombres no estaban mirando a las chicas. ¡Estaban apagando un fuego a bordo! La princesa tuvo que bajar la cabeza para que nadie la viera sonreír. Hubiera sido quien hubiera sido, la idea había resultado. Antes de que los cuatro hombres hubieran apagado el fuego, el bote en el que Bonny y ella viajaban llegaba hasta el casco del navío escocés. Habían lanzado una escala y Bonny y ella subieron con facilidad. Bonny subía con una sola mano. En la otra, escondida entre los pliegues del vestido, llevaba la pistola de Simonette.

El capitán del navío las aguardaba junto a la escala. Era un hombre de unos treinta años, alto, pelirrojo, de cara angulosa y con hoyuelos. Las estudió cuando subieron. Bonny mantenía la mano sobre el muslo, sosteniendo la pistola entre la tela. Victoria había conseguido llorar unas lágrimas que ahora le caían por el rostro.

—Han sido los piratas, capitán —sollozó, y se acercó a la borda para observar lo que ocurría en su navío.

—¿Qué le ocurre a vuestra doncella en la pierna? —preguntó el pelirrojo con marcado acento escocés.

—Se golpeó en el muslo —contestó Victoria por ella—. No es grave.

Bonny asintió.

—Ella vivirá, y sin embargo... —sollozaba Victoria pegada a la baranda. Tapada por esta, sacaba el cuchillo del cinto del vestido— todos los hombres de a bordo están muertos. Todos. Mirad.

Ella señaló hacia la *Crazy* y, finalmente, el capitán se acercó hasta su lado a mirar con el catalejo. A bordo, el fuego estaba apagado y los cuatro hombres se dispusieron a comprobar el estado de los cuerpos. La mala suerte quiso que el primero al que dieron la vuelta fuera el de Shatidje. Ocurrió todo a un tiempo. Volvieron el cuerpo y la mujer, que tenía el alfanje bajo la tripa, aprovechó la inercia para lanzar un tajo al marinero escocés, cortándole el pecho. Simonette también se giró para apuntar con la pistola al que intentaba comprobarle el pulso. Y antes de que el capitán asimilara lo que estaba

ocurriendo en el otro navío, Victoria le agarró de la camisa por la espalda con la mano izquierda y con la derecha le apretó el cuchillo contra el hígado.

—La carga que transportáis no os pertenece. No gastéis las vidas de vuestros hombres por dinero que no es vuestro —susurró la princesa.

Entonces tiró del capitán con la mano izquierda, y se colocó a su espalda usándolo de escudo. Solo entonces el segundo de a bordo comprendió que algo ocurría. Fue a desenvainar, pero Bonny reaccionó también, sacó la pistola de entre los pliegues de la falda y le apuntó.

En el barco, las ocho mujeres se habían levantado y desarmaban a los cuatro hombres que, cogidos por sorpresa, no opusieron resistencia.

—Matar a unas piratas no me parece desperdiciar la vida de mis hombres —masculló entonces el capitán.

Victoria presionó más el cuchillo y un hilo de sangre manchó la camisa del escocés.

—No os hagáis el héroe ahora, capitán. Con suerte, podríais matarnos a mi compañera y a mí perdiendo vuestra vida y la de otro de los vuestros, pero eso sería todo. Todos mis piratas están en mi navío y tengo a cuatro hombres vuestros más. ¿Vais a perder la vida solo por mí? Me honráis, pero no os creo tan estúpido.

Los hombres miraban a su capitán y a su segundo de a bordo interrogantes. El capitán apretaba tanto los dientes que Victoria los oía rechinar entre los latidos de su propio corazón, que parecía querer reventarle el pecho. Bonny estaba pálida, pero seguía apuntando al segundo de a bordo con la mano firme.

—Vos sí que sois una puta inglesa estúpida —espetó el capitán—. Zarpamos ahora hacia Oriente. No llevamos carga.

Victoria sintió que recuperaba el aire. No importaba qué llevaran. Aquellas palabras indicaban que el escocés se había rendido.

—Ordenad a vuestros hombres que tiren las armas. Si no lleváis carga, llevaréis el dinero para comprarla.

—Ha un mes que está pagada ya.

Victoria lo pinchó otra vez y lo sintió estremecerse. Tal vez había apretado demasiado.

—Ordenad a vuestros hombres que dejen las armas —repitió muy despacio—. Ya veremos después qué nos llevamos.

El capitán cedió y dio la orden. Las espadas y arcabuces de los hombres golpearon contra el suelo.

—Bonny, comprueba que están todos desarmados.

La mujer con rostro de musa de Garcilaso obedeció, pistola en mano.

Entonces, antes de que Victoria se diera cuenta, por detrás de la borda desde la que ella había contemplado su navío apareció la cabeza de Simonette que saltó dentro del barco.

—Capitán —dijo—. Solicito vuestro permiso para que Claire, Bert, Shatidje y yo subamos a bordo. Están aquí —señaló la borda—, aguardando en su bote.

Victoria sintió que la alegría le desbordaba.

—Por supuesto, Simonette. Y carga las armas ya en nuestro bote. Bonny, ayúdala a cargarlas.

Entre las cinco mujeres recogieron las armas que los hombres habían dejado en cubierta y las cargaron en el bote. Bonny cogió un arcabuz y una espada y le devolvió la pistola a la timonel. A continuación, fueron atando a los oficiales que parecían tener mayor rango a palos y cornamusas. Pronto la cubierta estaba tan mansa como un redil.

—Y ahora, capitán, vayamos a ver qué es esa carga que no traéis —propuso Victoria.

—Solo llevo lo justo para pagar la estiba de mi navío en Constantinopla y los sueldos de mis hombres —volvió a protestar el escocés.

—Excelente, eso pagará la estiba de mi navío —recalcó mucho el «mi»— y los sueldos de mis piratas —volvió a acentuar el «mis».

Y, volviéndose a las chicas, dio orden a Simonette y a Bonny de que vigilaran a los hombres y mataran al que se moviera, y a Claire y a Bert de que registraran el navío.

—Tomad lo que consideréis útil de la bodega, pero no les robéis nada a los marineros —indicó Victoria—. Nuestro enemigo es el armador, no estos hombres que se ganan la vida en el mar.

Claire y Bert asintieron.

—Shatidje, tú vente conmigo.

Shatidje cogió la punta de un cabo y maniató al capitán a la espalda. Después, las dos mujeres lo llevaron a sus dependencias y allí la turca comenzó a registrarlo todo, desde la caja de cartas y derroteros hasta el baúl con su ropa. En el fondo de este encontró un pequeño arconcito cerrado con llave.

—Capitán.

—Ábrelo.

Shatidje levantó el arcón sobre su cabeza y lo dejó caer al suelo. El golpe lo abrió, y las bolsitas de cuero repletas de monedas rodaron sobre las tablas.

En efecto, allí no había dinero para pagar un cargamento de mercancías, pero sí había bastante para pagar a los casi treinta hombres que componían la tripulación y para avituallar al navío escocés. Victoria asintió y Shatidje volvió a meter las bolsas en el arconcito roto y lo sacó a cubierta. Cuando la turca regresó, la capitán le dijo que tomara también la caja de derroteros y la ropa del capitán. La contraemaestre obedeció de nuevo, y solo entonces Victoria empujó al capitán de regreso a cubierta. Allí les esperaba el mejor botín. Junto a dos barriles de pólvora y una frasca de *whisky* que Claire había subido, Bert aguardaba en pie, amenazando con un cuchillo en las costillas a una mujer que no habían visto nunca y que, por las caras de sorpresa de los marineros, viajaba de polizón. Era joven, pero estaba delgada y huesuda. Iba vestida con harapos negros de lo que, en otra época, pudo ser un vestido noble. Tenía el pelo suelto y las greñas, también negras, le caían a ambos lados de una cara muy sucia. Su piel era tan blanca que parecía la de un muerto, y olía a muerto también. Victoria se acercó a ella y le levantó la barbilla para verle la cara. Tenía los ojos azul claro y la mirada desafiante. Pero lo que más llamaba la atención en su rostro era su nariz aguileña, que no dejaba dudas de su origen. Por si no fuera suficiente, al cuello llevaba una cadena fina de oro de la que colgaba una estrella de seis puntas, la estrella de David. La capitán la estudió con curiosidad. Los judíos habían sido expulsados de Inglaterra hacía centenares de años.

—¿Qué hacías a bordo de este navío? —preguntó la princesa.

La mujer no contestó. El capitán, aún maniatado, la miraba preguntándose lo mismo.

—Habla —ordenó Victoria—. ¿O no entiendes el inglés?

Sus ojos azules brillaron desafiantes. Bert apretó el cuchillo un poco para que no se olvidara de que aún lo tenía ahí.

Victoria miró a la cocinera y negó con la cabeza. Luego le repitió a la judía su primera pregunta.

—Intentaba llegar a Constantinopla —contestó al fin.

Sí, Victoria había oído que había una comunidad importante de judíos allí.

—Pero... ¿qué hacíais en Escocia?

—Mi padre y yo llegamos allí hace unos años, por error, huyendo de la limpieza de sangre.

Victoria la miraba sin entender.

—La Santa Inquisición —explicó entonces la judía.

—¿Eres española?

Meneó la cabeza.

—Nací en Florencia. Pero mi familia se trasladó a España cuando yo era niña. Hemos vivido allí como cristianos hasta la limpieza de sangre. Cuando mataron a mi madre, mi padre y yo huimos en el primer barco que logramos encontrar. Así terminamos en Escocia.

La capitán la escuchaba con atención.

—Hace unas semanas, descubrieron a mi padre y lo mataron. Él siempre quiso ir a Constantinopla, de modo que cuando me enteré de que este barco zarpaba para allá...

Victoria asintió.

—¿Sabes leer?

Por la mirada que le echó la judía, parecía que consideraba la pregunta casi un insulto.

—En latín, griego, inglés y español. El italiano lo leo, mas ni lo escribo ni lo hablo.

La capitán sonrió satisfecha.

—¿Y sabes algo de la medicina de tu pueblo, la medicina de Myriam?

De nuevo el desprecio pintado en sus ojos azules. Pero, una vez más, contestó a la pregunta.

—Algo sé. Sin duda, más que casi todos los físicos de Inglaterra y Escocia.

Victoria frunció el ceño ante la presunción de la mujer.

—Capitán —interrumpió Shatidje—, que os lo demuestre cosiendo al hombre que he herido.

A Victoria le gustó la idea.

—Claire, Simonette, cargad la pólvora y el botín y llevadlo a nuestro navío. Después traed de regreso a los cuatro hombres para que esta mujer cure a los heridos y para que queden reunidos con su tripulación.

Se hizo conforme lo ordenó Victoria. Simonette y Claire llevaron lo saqueado, montaron a los cuatro hombres y regresaron remando al navío escocés. Cuando los marineros estuvieron a bordo, la judía le abrió la camisa al herido y le cosió el tajo del pecho.

Victoria se asomó para ver los puntos y asintió satisfecha.

—¿Cómo te llamas, judía?

—Ruth —contestó.

—Ruth, ¿queréis un trabajo?

—¡Un trabajo! —exclamó Claire—. ¡Es una hereje! ¡Está condenada a los ojos de Cristo!

Victoria miró a Claire sorprendida por su reacción. A Ruth no le extrañó tanto.

—¿Condenada? —repitió la judía con desdén—. Al menos el Dios de los judíos se apiadará de mi alma. A juzgar por tu aspecto, Claire —pronunció el nombre de la pirata con todo el desprecio del que fue capaz—, ni los dioses paganos de la antigüedad se apiadarían de la tuya.

Shatidje intervino apoyándole la mano en el hombro a su amiga.

—Es suficiente. Que yo sepa, todos los dioses condenan a los piratas, de modo que cada cual rece a quien le plazca. Ruth, ¿quieres el trabajo?

La judía miró a su alrededor, a Victoria y a Bonny, a Claire y a la mujer que acababa de intervenir. Después miró al capitán del navío escocés, que la observaba ceñudo, y a su tripulación de hombres.

—Si decir que sí me saca de este navío, no tengo opción.

—Sí la tienes —repuso Victoria—. Aun cuando no aceptaras trabajar con nosotras, te sacaríamos de aquí y te pondríamos en tierra firme. Pero necesitamos un maestro y un físico en nuestro barco, y a fe mía que nos serías de gran ayuda.

Ruth dudó.

—No creo que sea bienvenida en vuestro barco.

Shatidje le dio una palmada en la espalda.

—Si lo dices por Claire, ladra mucho, pero no muerde. Además, ¿dónde es bienvenido un judío? —rió la turca—. Te digo yo que en Constantinopla tampoco.

A Ruth no le hizo gracia el comentario de Shatidje, y la miró con esa mirada de desprecio a la que pronto se iban a acostumbrar todas.

—Las mujeres de mi tripulación se ganan el respeto con su trabajo —dijo Victoria—. Haz bien el tuyo y nadie te pondrá objeciones.

Un disparo del mosquete de Helen acabó con la conversación. Las mujeres miraron a la vigía que señalaba la costa. Sí, estaban muy cerca ya. Tenían que ponerse en marcha.

—Claire, ya no quedan armas ni pólvora a bordo de este navío, ¿cierto?

Claire asintió. También habían cargado al final una caja de balas de cañón. Resultaría más sencillo que desenterrarlas de la playa donde las escondieron.

—En ese caso, ha llegado el momento de despedirnos de esta encantadora tripulación.

Se acercó al marinero herido con una sonrisa, le pidió disculpas en nombre de la tripulación de su navío —Shatidje asintió con la cabeza cuando el marinero la miró, dejando muy claro que también ella lamentaba lo ocurrido— y, a continuación, le dio las gracias al capitán por su colaboración.

—No intentéis seguirnos, o nos obligaréis a quemaros las velas.

Bonny, Shatidje, Claire, Bert y Ruth se subieron a la barca en la que aguardaba Simonette. Victoria subió la última. Cuando remaban de regreso a la *Crazy* pensó: «Ya está hecho. Nuestro primer abordaje y todas ilesas. Pero ya no hay vuelta atrás. Somos piratas». No podía esperar a contarle a Inés todos los detalles y a presentarle a su última adquisición: por fin, un maestro. «Y ya estamos todas. Ahora sí que tenemos una tripulación completa».

En cuanto estuvieron a bordo, halaron de nuevo los cabos de mayor y trinqueta y los amarraron, y la *Crazy* salió rápido de la bahía. Entre todas las chicas izaron la verga de mesana, y el navío volvió a parecer el barco activo que era.

—Rumbo al norte —ordenó Victoria.

—¿Regresamos? —preguntó Shatidje.

—Tenemos que huir antes de que los escoceses denuncien lo ocurrido en la primera oficina de la Corona inglesa. No creo que les hagan mucho caso, siendo escoceses y nosotras inglesas, pero lo normal es que piensen que nos hemos refugiado por aquí. El lugar más seguro ahora mismo es Escocia. Navegaremos toda la noche.

Las chicas se turnaron en el timón, las velas y la cofa. El primer turno, hasta medianoche, lo hicieron Victoria, Helen, Bert y Shatidje. El segundo, durante la noche hasta el despuntar la mañana, Simonette, Inés, Emily y Claire. Al despuntar el alba, de nuevo salieron las del primer turno. Llegaron a la bahía de Eyemouth, al norte de Burnmouth, cerca de las nueve de la mañana y, aunque las jóvenes del primer turno se plantearon recoger las velas y fondear el navío ellas solas, al final la prudencia pudo más y despertaron a las trasnochadas Simonette, Inés y Emily para recoger velas y fondear la

*Crazy*, en cuyo mástil ondeaba la bandera escocesa. Solo entonces, escondido el navío entre la media docena de carracas de aquel puerto, las doce mujeres pudieron descansar hasta bien entrada la mañana.

A casi todas las despertó el hambre ya hacia el mediodía. El olor a cordero asado les arrancó lo que les quedaba de sueño y corrieron a la cocina. Bert, que estaba despierta desde que fondearon, había pedido permiso a la capitán para tomar un chelín y comprar comida, y la capitán le había dado tres para que comprara también *whisky* y cerveza para celebrar el botín.

La comida fue alegre, rememorando la hazaña. Inés sonreía cuando le contaban, por quinta vez, cada detalle. Para aquel entonces ya se habían enterado todas de quién había encendido el fuego que permitió que el plan funcionara y, por esa razón, todas sentían como si la condesa hubiera participado también en el abordaje.

—La próxima vez habréis de embarcaros con remos para poder remar el bote más lejos de la *Crazy* —apuntó Shatidje—. Considerando cómo reman dos burguesas, podría creerse que los piratas os los han dejado.

Victoria asintió. La siguiente vez se alejarían más de su navío. No quería volver a correr riesgos.

—Y para el próximo abordaje, habremos de procurarnos otro bote —dijo Simonette—, o bien quedarnos con el suyo. Cuando Bonny y vos os lleváis el nuestro, dejáis a la *Crazy* sin batel, y no es prudente.

Aquello también le pareció razonable a la capitán.

Así, durante la comida, siguieron proponiendo ideas para mejorar la estratagema. Sería bueno buscar a sus víctimas más lejos de Burnmouth para no comprometer su puerto seguro y, antes del abordaje, debían tapar el nombre de su navío. Esta vez, el viento había querido ayudarlas y le habían dado la proa a los escoceses, pero no siempre sería así. Tomarían un paño de vela viejo y lo colgarían en la popa, de un lado al otro, tapando las letras negras que rezaban *Crazy Swell*.

Ruth, la judía, comía en silencio, observándolas a todas con sus ojos de un azul tan claro que daba casi grima. Comía con refinamiento, sin que se le notara el hambre atrasada que traía. Jerusha la miraba absorta. Nunca antes había visto una bruja.

Terminada la comida, Victoria llamó a Inés y a la judía a su despacho. Había llegado el momento de repartir el botín. La capitán le indicó su silla a Ruth y la mujer tomó asiento frente al escritorio.

—He contado el botín y asciende a treinta y tres libras —dijo Victoria —, pero puedo haberme equivocado, de modo que, Ruth, si vais a ser la maestra, habréis de contarlos de nuevo.

La judía asintió.

—También quiero que inventariéis los bienes del barco para llevar un control riguroso de lo que gastamos.

Nueva inclinación de cabeza. Victoria paseaba al hablar.

—Y os corresponderá escribir el diario de a bordo y el cuaderno de bitácora para tenerlos al día si nos los pide algún oficial.

Ruth entrecerró los ojos.

—Dejo a vuestro criterio el inventar en qué hemos empleado nuestro tiempo, siempre y cuando no mentéis nuestra verdadera actividad y no nos coloquéis cerca de los lugares en los que abordamos a otros navíos.

Otro asentimiento. Inés observaba apoyada en la puerta con los brazos cruzados.

—Y ahora, señoras, ha llegado el momento de repartir el botín. Siempre que tomemos un botín, tengo intención de apartar una suma suficiente como para avituallar el navío para un mes. Así nos daremos margen para buscar nuestras presas.

Ruth había tomado papel y pluma y miraba a Victoria recorrer la pequeña habitación de un lado a otro.

—¿Doce libras? —preguntó la judía.

Victoria no tenía la menor idea.

—Con una libra al mes por tripulante debería haber más que suficiente —aclaró Ruth.

La capitán empezaba a alegrarse de haber encontrado a la judía.

—Eso nos deja veintiuna libras —murmuró la maestra mientras garabateaba la cuenta en el papel: treinta y tres menos doce, veintiuna.

—Ahora hay que pagar a las mujeres. Inés, ¿cuánto era que se les pagaba?

La condesa por fin salió de su mutismo para repetir las cantidades que inventó aquel día en la taberna de Berwick:

—Diez peniques al día para toda la tripulación, salvo para Simonette y Shatidje, que ganan quince, y Jerusha, que gana tres y medio. Nosotras cobramos de la mitad de lo que quede, pero no menos de ocho chelines la capitán ni menos de cuatro yo. El resto se reparte entre la tripulación en función de sus méritos en combate, oído el contra maestre.

Ruth tomaba nota deprisa.

—Pero hay que tener en cuenta que no todas han trabajado los mismos días —apuntó Inés—. Emily entró más tarde y Rosalyn y Bonny las últimas. Hasta ayer.

—Cierto —concedió Victoria.

—¿Y cuánto cobro yo? —preguntó Ruth.

Inés y Victoria se miraron. No habían pensado en eso. Fue Inés quien contestó:

—Como maestre, cobraréis un chelín al día.

La judía frunció el ceño en desacuerdo.

—¿Un chelín al día? ¡Aun trabajando todos los días del año no ganaría ni veinte libras!

Inés se quedó sorprendida de la velocidad del cálculo.

—Esa es la paga fija —explicó Victoria—. Luego participaréis del botín, como todas, en función de vuestros méritos en combate.

Ruth le dirigió a la capitán su mirada azul transparente de desprecio.

—No tenía intención de participar en el combate. Creí que sería suficiente con ser la maestre, la tesorera y la físico de a bordo. Y, a mi saber, el físico no combate.

—En ese caso, Ruth, vuestros méritos a la hora de repartir el botín se ajustarán a cómo desempeñéis vuestra labor de físico. Se atenderá a las vidas que salvéis.

—Capitán —dijo la mujer llamando a Victoria como había oído que la llamaban todas—, ¿y en cuánto vais a valorar una vida? ¿O una pierna? ¿Vale más la pierna de Simonette que la de Claire? Además, cuanto mejor haga mi trabajo, menos me pagaréis, por cuanto si toda la tripulación coge una epidemia y debo salvar muchas vidas, me acusaréis de que hayan enfermado y nunca estaréis contenta. Si la tripulación está sana, creeréis que no estoy trabajando, aun cuando sea justo lo contrario. Y tengo entendido que los físicos ganan tanto como un teniente. Nunca menos que el piloto.

Victoria e Inés intercambiaron miradas.

—Está bien —concedió la segundo de a bordo—. Quince peniques al día. Eso es lo que ganan el contramaestre y el piloto. No me parece justo pagaros más, por cuanto si el piloto no hace bien su trabajo, terminamos todas en el fondo del mar. Y eso es más rápido que una epidemia.

—¿Y no participo del botín? Si el abordaje se frustra, o hunden nuestro navío a cañonazos, también yo acabo flotando en la orilla.

—Si os parece que corréis el mismo peligro que las que están fuera, blandiendo una espada, probad a tomar una —contestó Inés irritada. Ella no luchaba, pero no se le ocurría pedir que se le pagara por ello.

—Ruth, si coses bien y salvas la vida a las mujeres heridas, participarás en el botín, como te he dicho —contestó Victoria conciliadora—. Es difícil cuantificar una vida, pero las vidas se salvan igual cosiendo un tajo que impidiendo que nos lo den.

La judía apretó la mandíbula y la relajó, la apretó y la relajó, absorta. Por un instante Inés pensó que las palabras de Victoria la habían convencido, pero, antes de que pudieran seguir calculando los pagos que había que hacer, la judía volvió a preguntar:

—¿Y por la labor de maestre? Queréis que mantenga inventariados todos los bienes del barco, haga las veces de tesorera, calcule los pagos y mantenga al día los cuadernos.

Inés ya no aguantó más.

—¡Y las demás mujeres, mientras tanto, se suben a las vergas, calafatean el casco, baldean la cubierta, cocinan y se queman al sol! ¡Eso sin mencionar que se juegan la vida en cada abordaje para lograr un botín que le pague a ella el sueldo! Victoria, si no le gusta el trabajo, la ponemos ahora en tierra y que vea cómo sale de Escocia viva. A ver para cuánto le sirven dos peniques más al día.

La capitán sonrió ante el genio de su amiga.

—Haremos lo siguiente —dijo—. Ruth, si hacéis una buena gestión, mantenéis las cuentas claras, nunca falta el dinero y os ganáis mi confianza administrando las finanzas del navío, os pagaré cinco peniques más al día que descontaré de mi propio sueldo. Eso son veinte peniques al día, cincuenta chelines al mes y, si no me equivoco, treinta libras al año, con alojamiento y manutención pagados. ¿Os parece bien o preferís la oferta de la segundo de a bordo?

La judía tamborileó los dedos de una mano contra los de la otra.

—Puedo acomodarme a vuestra propuesta —contestó Ruth—. Pero ¿os importaría que por las noches durmiera en este despacho y no bajo cubierta? Me acuesto temprano y soy muy madrugadora, por lo que nunca veríais mi hamaca aquí en medio. El jolgorio de la tripulación no me permite dormir.

Inés humeaba.

—No veo por qué no. Así tendrás bien custodiado el dinero del barco. Pero, Ruth, igual que te pagaré de más si me gusta tu gestión, te pasaré por la

quilla si falta un solo penique.

La judía inclinó la cabeza en asentimiento y, finalmente, pudieron ponerse a calcular lo que había que pagar a cada muchacha en función de su sueldo y de los días trabajados.

Después de pagar los sueldos de la tripulación y de que se apartara lo que les correspondía a Victoria e Inés, quedaron sesenta chelines y cinco peniques. Entonces llamaron a Shatidje para decidir cómo se repartirían. La turca dio su opinión rápido. Ella repartiría el botín entre todas, pero si había que destacar la labor de alguna, ella destacaría la de Emily, que nunca le habían pagado su ayuda para encontrar a Inés, la de Simonette, por instruir las a todas, y la de Bonny, porque en el abordaje había sido la que más peligro había corrido junto con la capitán. A Inés y a Victoria les pareció justo, y así cada mujer se llevó cinco chelines adicionales, y Emily, Bonny y Simonette se llevaron diez. Los cinco peniques que sobraron le dijo Victoria a Ruth que podía quedárselos para no estar con los bolsillos vacíos hasta que abordaran otro navío. La judía no dijo que no y las tres oficiales salieron del despacho para dejar a la mujer haciendo montoncitos con la paga de cada una.

Ruth fue rápida, y antes de una hora las chicas hacían fila para cobrar su primer sueldo. La judía le fue dando una bolsita de piel a cada una con su pequeña fortuna, al tiempo que les decía que la bolsita de piel habían de devolvérsela y que, si querían, por un penique y otro más semanal, ella les custodiaría el dinero hasta que lo necesitaran.

—¿Y si te lo roban a ti, cómo nos lo vas a devolver? —le preguntó Simonette.

—Si me lo roban a mí es porque han robado el barco —respondió—, pues lo guardaré junto, si bien anotaré las cantidades en cuentas separadas. Y si han robado el barco, la responsabilidad es de las que deben defenderlo, ¿no?

Simonette la estudió con los ojos entrecerrados.

—No se va a ganar la estima de las demás en la vida —le susurró Inés a Victoria al observar la escena.

—No —contestó la capitán divertida—. Mas verás cuántas le confían su dinero.

En efecto, Ruth no era la más popular de la tripulación. No ayudaba en cubierta, no dormía con las demás, las miraba a todas con desprecio y a Bert la tenía torturada, pues, después de cada comida, la judía le preguntaba exactamente qué había utilizado para cocinar para tacharlo de su inventario.

Al principio, la cocinera cooperó como pudo. Habían ido las dos juntas a hacer las compras para avituallar el barco, y más o menos le podía decir cuántas libras de carne había utilizado, o cuántas manzanas. Pero cuando la judía quiso saber cuánta sal, cuántas especias, el número de huevos o cuánta miel, la cocinera terminó mandándola a paseo, gritándole que ella no iba a robar comida y que cuando se acabara algo ya se lo contaría. La mujer era como un fantasma que deambulaba por el barco, del despacho a la bodega, pálida, con el ceño fruncido y su mirada de desprecio. Los primeros días, Claire se santiguaba cada vez que se la cruzaba y Jerusha la espiaba fascinada, como si esperase que la mujer fuera a arder de pronto en llamas, o a consumirse en cenizas por obra del Espíritu Santo. Pero lo cierto era que la vida a bordo era mucho más sencilla con ella. Cuando las chicas salían a beber, se acercaban a pedirle un chelín, y ella se lo daba de la misma caja que a las demás, pero siempre miraba su papel y les decía exactamente cuánto les quedaba, sin contarlo, sin separarlo, solo tachando un número y escribiendo otro. Y estaba pendiente de todo. Cuando Dora calafateaba el casco, le preguntaba cómo andaba de estopa y alquitrán, y jamás faltaba nunca nada.

La celebración por el botín duró varios días. Ahora que tenían los libros del barco en regla —Ruth, no conformándose con un diario de a bordo, escribía dos, uno para las autoridades inglesas para las que eran un mercante chiquitito de Berwick que comerciaba lo que se terciara y llevaba pasaje, y otro para las autoridades escocesas, para las que eran comerciantes de *whisky*—, se movían entre John's Pipe, Burnmouth, Eyemouth y las calas de los alrededores, cambiando el pabellón según les interesara y probando todas las tabernas de cada puerto. A Inés le gustaba salir a tomar algo con Claire, y a menudo con Rosalyn, Bert y, cuando no estaban en Burnmouth, Shatidje. Rosalyn no se creía la pequeña fortuna que había hecho en tan solo un par de semanas. Y tanto Claire como Shatidje y Simonette aprovecharon cuando llegaron a John's Pipe para retirar su dinero de las cuentas de Ruth y llevarlo a sus casas, a esconderlo bajo llave, en un arconcito que pudieran tocar, y no bajo un garabato. Pese a ello, Ruth ya les había cobrado dos peniques a cada una —las semanas se cobraban por adelantado.

Así pasaron cinco días de euforia y pronto las muchachas estuvieron resueltas a ir a por el siguiente botín.

—Debemos ir por los cañones y después intentar sonsacar al artillero — les recordó Victoria en la cena—. No sabemos cuándo vamos a necesitar la artillería.

Las mujeres asintieron y, tras unos segundos de vacilación, Claire se atrevió a expresar en voz alta lo que hacía días que pensaba:

—Capitán, sé que al hundir la *Wakes'* dejamos las guías puestas para izar los cañones, pero ¿no sería más sencillo robárselos a otro barco? Es decir, si volvemos a abordar un navío como hicimos con el escocés, podemos izar sus cañones con la ayuda de sus propios hombres y cargarlos en la *Crazy*. Yo estoy dispuesta a empujar el maldito cabestrante para izar cuantos cañones hagan falta, pero no sé si cuatro mujeres tendremos fuerza suficiente, y aún pesarán más llenos de agua, mientras que si los estibamos secos y con sus marineros empujando el torno, será más sencillo.

—Sí, y deberíamos quedarnos con su bote también —recordó Simonette. A Victoria le pareció razonable.

—En ese caso, mañana zarparemos hacia nuestro próximo botín — concluyó la capitán, y a todas, menos a Inés, que volvió a sentir cómo le flaqueaban los ánimos, les pareció una idea perfecta.

Navegaron de nuevo hacia el sur e hicieron noche en la cala de siempre, si bien esta vez su intención era seguir navegando hacia el sur, pasada la desembocadura del Tyne. Por la mañana volvieron a levar anclas y continuaron más lejos de lo que habían llegado nunca. Cerca de Hartlepool encontraron una cala al abrigo del viento y con suficiente fondo para que, si la corriente o las olas empujaban a la *Crazy* hacia tierra, no encallaran.

—Esperaremos aquí —dijo Victoria—. Emily, Dora, tapad el nombre de nuestro barco. Bonny, tú y yo debemos vestirnos.

Las chicas obedecieron, y pronto todas estuvieron listas. Inés se llevó a Jerusha bajo cubierta y esperó allí. Ruth tenía preparada la caja de ungüentos, cuchillas y agujas que había confeccionado por si fuera necesario desarrollar su labor de físico. Como la espera era larga, aprovechó que tenían que permanecer en la bodega para volver a inventariar los bienes. Caía la tarde y las horas pasaban muertas en la espera. Por fin Helen gritó:

—¡Barco a popa!

Todas se pusieron en marcha aun antes de divisar el navío que la vigía anunció. Victoria y Bonny, armadas con un cuchillo y una pistola de

Simonette, como la otra vez, se subieron al bote y remararon para alejarse de la *Crazy*. Estaban a una distancia razonable cuando Helen gritó:

—Navío inglés de dos palos. ¡Sin artillería! ¿Abortamos, capitán?

Victoria no oyó la pregunta y tuvo que ser Shatidje la que se lo volviera a gritar, más cerca como estaba de la borda.

—¡No! —contestó—. Será fácil.

Las chicas repitieron paso a paso el abordaje anterior, salvo que esta vez no hizo falta que Inés encendiera ningún fuego. La barca que las recogió llegó antes que la barca con dos hombres que fue a revisar la *Crazy Swell*. Dora agradeció en silencio que no prendieran fuego de nuevo a su barco. Aunque todas decían que el fuego no había llegado a quemar los tablones del suelo, ella llevaba varios días pensando en cambiar los que estaban ennegrecidos por el hollín.

Victoria volvió a colocarse en la barandilla del barco enemigo para observar lo que ocurría en la *Crazy* y sacar el cuchillo, y el capitán mordió el anzuelo y se acercó a mirar con ella. Las chicas se levantaron en cuanto se acercaron los hombres y, esta vez, Shatidje solo le puso la punta de su alfanje en el cuello al marinero y se abstuvo de hacerle un tajo. Claire apuntaba al otro con un arcabuz de los que robaron a los escoceses.

El único momento de peligro transcurrió cuando Bonny, al ir a sacar la pistola de entre los pliegues de su falda, la dejó caer sobre el suelo y esta se disparó sembrando el caos. Victoria se vio obligada a mover el cuchillo que le clavaba al capitán en el hígado hasta su garganta, para que todos lo vieran bien, y tuvo que gritar que le cortaría el cuello al capitán si alguien se movía. La tripulación se quedó inmóvil unos instantes. Bonny se apresuró a coger la pistola del suelo, pero no llevaba pólvora ni más balas, y miró a la capitán con el pánico dibujado en su rostro.

—¡Habéis visto que traíamos la pistola cargada y a fe mía que yo tampoco dudaré en matar a vuestro capitán ni a vuestros hombres! ¡Mirad mi barco! —gritó de nuevo Victoria—. Si alguno de vosotros se mueve, los matamos. Y ahora, tú —le dijo al segundo de a bordo— ¡dale tu espada a mi compañera!

El segundo, un hombre bajo y sin cuello, dudaba. Miraba al capitán, miraba a Bonny, desarmada como estaba... Era demasiado fácil salir de aquel apuro sin demasiadas bajas. Helen le ayudó a decidirse. Desde la cofa de la *Crazy*, observaba cómo transcurrían las cosas y, llegado aquel momento, apuntó con su mosquete a los pies del hombre. Despacio, sin precipitarse,

abrió fuego. El tiro se le fue un palmo a la derecha, pero el efecto fue el mismo.

—Tu espada —masculló Victoria—, o a fe mía que tú serás el primero en morir.

El hombre se rindió y, con él, toda la tripulación del navío, que observó sumisa cómo Simonette y Claire remaban de regreso en el bote de los dos hombres, pero en este viaje con cuatro mujeres.

Tal y como había adelantado Helen, el navío no llevaba cañones y apenas llevaba carga. Era un barco de pasaje, en el que viajaban un matrimonio de mercaderes con el servicio. El botín fue escaso. Apenas las doce libras que Victoria destinaba a avituallar y reparar el navío y el bote que pedía Simonette. Pero lo habían conseguido de nuevo. Simularon navegar hacia el sur hasta que el navío prosiguió al norte y, entonces, regresaron a la cala a celebrarlo. Ruth se encerró en el despacho a contar el botín mientras las mujeres fondeaban. Entonces la voz de Helen las detuvo gritando su «barco a la vista». Todas se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer. El sol caía por detrás de Inglaterra y no se veía demasiado bien.

—¿Lo intentamos, capitán? —preguntó la turca, que en aquel momento estaba junto a la princesa en el puente.

—¿Por qué no? ¡Bonny! ¡Deprisa! ¡Al bote! ¡Velas al paio! ¡Todas al suelo!

Las chicas obedecieron, Inés y Jerusha corrieron de vuelta a la bodega, y repitieron por tercera vez la maniobra que tan bien les había salido.

Este navío era más grande, y llevaba seis cañones y dos culebrinas por banda. Pero ni Bonny ni Victoria vacilaron, y se rindió igual. La noche que había caído les dio la ventaja que les faltaba y el capitán, sin saber a ciencia cierta a qué se enfrentaban, rindió sus armas y salvó a sus hombres sin dudar.

El mar estaba en calma y Simonette no se acercó en un bote, sino que acercó la *Crazy* hasta la carraca inglesa y lo abarloadon. Las mujeres saltaron dentro, recogieron velas, echaron un ancla, ataron a los oficiales y seleccionaron a los marineros más fornidos para que les ayudaran a estibar los diez cañones. Mientras tanto, Shatidje y Bert registraron el navío para ver qué más había de valor. Por supuesto, cargaron las cajas de balas y la pólvora, que estibarón en la popa de la bodega, el lugar más seguro, y Shatidje entró en las dependencias del capitán y abrió el arcón del dinero.

El barco llevaba de Londres al norte un cargamento de té y especias que a su vez venía de Oriente. Pero si bien el cargamento era valioso por el precio

de las especias, en el barco no llevaban ni diez libras. A los marineros y al capitán se les pagaría en el puerto de destino. Shatidje vació el arcón y fue a informar a Victoria.

La princesa asintió.

—Nos llevaremos las cartas, los derroteros y la artillería. Y lo poco que haya en dinero. Dejadles las especias y el té. No somos mercaderes.

La estiba de la artillería les llevó hasta la medianoche. Los hombres arrimaron el hombro como si lo que hacían fuera su trabajo, y nadie salió herido. Victoria ya había bostezado tres veces cuando Claire fue a decirle que ya estaban todos los cañones a bordo y en su sitio. Levaron el ancla, izaron la mesana, y Victoria, como empezaba a ser costumbre, dio las gracias a la tripulación por su colaboración y los dejó allí, ordenándoles que no las siguieran.

—Ellos van al norte. Vayamos al sur —ordenó la princesa cuando estuvieron lejos del navío—. Buscaremos una cala donde fondear y haremos noche.

Y las mujeres, exhaustas pero contentas, hicieron un último esfuerzo por llevar el navío más lejos aún de donde habían navegado nunca, pasada la desembocadura del río Tees, al sur. Ya había amanecido cuando llegaron a una bahía conocida por la gente como la bahía de Robin Hood, y allí, las doce mujeres y la niña se rindieron derrotadas por el cansancio, pero airosas en todo lo demás.

Se fueron despertando a lo largo de la tarde en función de lo que hubieran dormido durante la travesía anterior y, al caer el sol, estaban todas preparadas para ver qué era lo siguiente que les deparaba el destino. Cenaron juntas en el comedor de la tripulación, y de nuevo comentaron la hazaña tantas veces que Inés casi sentía que había estado allí con ellas. Cuando llegaron al extremo del botín, Ruth les confirmó las malas noticias: entre los dos navíos, no habían sacado veinte libras. Después la tesorera explicó que apartarían doce para avituallar el navío y que el resto a duras penas llegaba para pagar la semana de trabajo. Todas cobrarían su paga fija, salvo las oficiales, que se quedarían cortas por un chelín y medio. Inés dijo que, siempre que eso ocurriera, lo quitaran de su sueldo, y así cuadraron las cuentas. Pese a aquello, la segundo de a bordo seguía cobrando más que la timonel, la contramaestre y la maestre juntas y, considerando que ella no

participaba en el combate, a la condesa su sueldo le parecía una injusticia que no se arreglaba aunque pagara los tragos de todas cada vez que salían a una taberna. Un chelín y medio tampoco cambiaría nada.

Pero el hecho al que quería llegar Ruth era que habían atacado dos navíos, con el peligro que aquello entrañaba, y a duras penas habían pagado una semana de trabajo. O miraban mejor los navíos que asaltaban o tendrían que seguir saqueando dos por semana para poder costear navío y tripulación.

Aquellas palabras dejaron a la tripulación sumida en sus pensamientos.

—Han sido nuestros primeros botines —dijo entonces Victoria tratando de animar a las muchachas.

—Y no es cierto que solo nos hayamos llevado veinte libras —añadió Shatidje, y doce pares de ojos se clavaron en ella—. Nos hemos llevado un bote, dieciséis cañones y tres cajas de cartas y derroteros, y ropa, y telas, y pólvora y balas. Y además nos hemos llevado casi ocho chelines cada una. Ocho chelines. Y tenemos dinero para avituallar el barco para casi dos meses. Es cierto que sin botines mejores no participaremos del botín, pero tenemos un techo y comida a diario... Y además ocho chelines. Habrá barcos mejores y peores, botines mejores y peores, y combates fáciles como han sido estos, o mucho más difíciles, como los que vendrán. Pero no podemos entristecernos porque esta semana no hayamos doblado nuestro sueldo. Debemos beber y brindar porque estamos todas vivas y por la pequeña fortuna que hemos robado que nos permite seguir comiendo y bebiendo —levantó su jarra de cerveza—. Por la *Crazy Swell* y por nuestro capitán.

Y todas levantaron su bebida para unirse al brindis satisfechas. Porque Shatidje tenía razón. No podían dejar de dar gracias por su buena suerte. Y muy pronto habrían de darse cuenta.

Al día siguiente zarparon para Scarborough y se acordó que sería allí donde intentarían encontrar un artillero y sonsacarlo. Rosalyn tenía clara la estrategia y la expuso en el desayuno. Necesitaban a Claire vestida de hombre, que sería quien se acercaría a Rosalyn y a Bonny para iniciar la conversación intentando impresionarlas con su oficio de gaviero. Rosalyn tenía la certeza de que otros hombres se unirían alardeando de sus oficios, y en cuanto identificaran a un artillero, se centrarían en él.

Inés quiso ir. Tenía ganas de conocer una taberna nueva y de beber con Rosalyn y enterarse de cómo se disparaba un cañón, pero la vieja prostituta se negó.

—No, Inés. No podéis venir. No sabemos cómo acabará la negociación y no podéis poner en riesgo vuestra condición de doncella.

Inés se sonrojó al instante y los recuerdos de la noche con Fred la asaltaron como piratas. Titubeó sin saber qué decir, pero Bonny había intervenido para quejarse.

—Yo tampoco quiero ir, Rosalyn. Se han acabado mis días de puta y lo sabes.

Rosalyn frunció el ceño.

—Nadie te está pidiendo que yafca con el artillero. Falso que firmas de febo y que, cuando muerdan el anzuelo, les des febo para que se confíen. Moftrar un poco de más, dejar que te foben las carnes...

Los ojos de pastorcita de Bonny refulgían ahora como Inés no los había visto nunca.

—Mis días de puta se han acabado —repitió—. Solo lo haré si la capitán me lo ordena.

Victoria había terminado su desayuno rápido y había salido a repasar la ruta hasta Scarborough en las cartas, para no encontrarse sorpresas. De modo que aquella afirmación obligaba a Rosalyn a ir a pedirselo al capitán expresamente. Inés decidió intervenir.

—Bonny, ni la capitán ni yo os ordenaremos nunca que hagáis algo que nosotras mismas no estaríamos dispuestas a hacer. De modo que, Rosalyn, nadie le va a ordenar a Bonny que utilice sus dotes de prostituta para sonsacar al artillero si ella no quiere hacerlo.

Rosalyn exclamó entonces:

—¡Ella no tiene que yacer con él! ¿A qué viene ahora fingirse más pura que la Virgen María?

Inés frunció el ceño y le dirigió una mirada de reprobación, y la puta se cruzó de brazos furiosa.

—¡Eso parece que en su vida haya chupado una...!

—¡Rosalyn! —reprendió Inés—. Ya me has oído.

—¡Ah! —exclamó la puta vieja lanzando la mano al aire como si con aquel gesto pudiera, en efecto, enviar a Bonny al infierno.

—Está bien —cedió Bonny en un suspiro—. Lo haré. Pero si la cosa llega a mayores serás tú quien termine lo que yo empiece —añadió señalando a su antigua compañera de oficio.

Y a Rosalyn se le olvidó su enfado en el acto.

Era de noche en el puerto de Scarborough e Inés miraba cómo se alejaba el bote en el que iban Claire, vestida de muchacho, y las dos prostitutas vestidas como lo habrían hecho un mes atrás. Las observaba alejarse con pesar, porque Scarborough, con su hermoso castillo iluminado con antorchas y su ajetreado puerto de mar, se le antojaba la ciudad más bonita del mundo, y estaba convencida de que sus tabernas serían las más cálidas de la costa. Rosalyn había insistido en que la condesa no asomara por ninguna parte. Necesitaban que los hombres se fijaran en Bonny, y cualquier otro rostro femenino en una taberna de los alrededores desviaría las atenciones. Pero en aquel momento Inés no quería estar en ningún otro lado.

—¿Anhelando un trago? —sonó la voz ronca de Shatidje.

Inés se volvió hacia la turca y asintió con la cabeza.

—Bajemos a la bodega, a ver qué encontramos.

Inés asintió.

—Digámoselo primero a Ruth, o meteremos a alguien en problemas.

Caminaron juntas al despacho de la maestre y, una vez allí, Inés le dijo que restara de su cuenta una botella de...

—... vino estará bien —apuntó la turca.

—... vino, uno bueno.

La maestre miró su inventario, les propuso un borgoña, y a continuación restó dos chelines de la hoja de papel que rezaba «Inés». Entonces las dos mujeres bajaron a la bodega entre risas, imitando a Ruth, encontraron la botella del borgoña, entraron en la cocina a robarle dos vasos a Bert y regresaron a cubierta.

—Ven —le dijo Inés a la turca, y la condujo hasta proa, a la red del bauprés.

La condesa se tumbó sobre el vacío, escuchando las olas lamer el casco bajo ella, con la copa de vino en la mano. Shatidje se sentó al comienzo del palo. Miró hacia Scarborough, iluminado por las luces naranjas de las antorchas y la más blanca de la luna de principios de agosto, y dio un trago largo al vino.

—¿Quién no podría ser feliz así? —murmuró con su voz ronca.

Inés dio otro trago, y dejó que el alcohol la inundara con su nostalgia.

—Ser feliz un instante es fácil. Lo difícil es que la felicidad dure.

Los recuerdos de otra red sobre el bauprés y otra compañía la empapaban. Se sentía rota, aunque el ruido del mar y la calma de la noche la

tranquilizaban y la hacían sentirse en paz consigo misma.

Shatidje la observaba con su eterna sonrisa, aquella que preguntaba: «¿En qué piensas, Inés? ¿Qué es lo que escondes?». Pero en su lugar levantó la copa y dijo:

—Por que dure, entonces.

Inés se sumó al brindis, y bebieron las dos. Se quedaron en silencio un rato. Inés pensaba en que, acaso, no debía haberle dicho a la turca algo tan triste, no debía haber empañado su felicidad solo porque ella, la condesa, tuviera el corazón en carne viva. Quiso suavizarlo:

—Acaso tengas razón, Sha. Acaso sea fácil ser feliz siendo un pirata.

A su mente venían ahora las risas en la cubierta de *El Miguel*, las bromas de los hombres, aquella vida en la que el mañana no importaba.

Shatidje sonrió, como siempre.

—Lo que es seguro es que es más fácil ser feliz siendo un pirata que amando a uno.

Aquellas palabras apartaron el sopor del alcohol y el vino y se colaron en la mente de Inés como agua fría. La condesa se incorporó hasta sentarse, y frunciendo el ceño con suspicacia preguntó:

—¿Por qué dices eso?

Shatidje sonreía de nuevo, y hablaba como si quisiera quitarle importancia al tema, aun cuando no era esa su intención.

—Bueno —dijo apaciguadora—, la capitán me ha dado la impresión de mirar al capitán Saavedra con ojos demasiado tiernos... —Inés la observaba, casi rezando para sus adentros para que la frase se quedara allí, para que ese comentario hubiera sido solo por Victoria. Pero Shatidje, con delicadeza, continuó la frase—: Y me preocupa que vos también tengáis en tan alta estima a vuestro maestro —al decir esto señaló la ristra de cuchillos que llevaba Inés a la cintura.

La joven sintió como si Shatidje le hubiera metido la mano en el pecho, le hubiera sacado el corazón y lo observara en alto, bajo la luz de la luna. Le dio otro trago al vino.

—En verdad que Victoria solo ve lo que quiere ver de Miguel —concedió Inés—. Mas por mí... no te preocupes. No soy tan ilusa como para no saber cuándo algo se termina. E incluso —añadió en un hilo de voz— saber cuándo algo no ha existido más allá de nuestras fantasías.

El decirlo, el manifestar en voz alta aquello que tanto le había preocupado esos días, le dejó un vacío en el pecho. Porque aquello era lo que

realmente sentía: sentía que toda su aventura con Fred no era real, que había sido un espejismo en el que el pirata le había dicho cada cosa que ella quería oír. Y ahora los dos habían regresado al mundo, él con sus bailarinas y sus tabernas y sus putas que, según Clavos, no le cobraban, y ella con su copa de vino, y su nostalgia, y el alma rota para siempre porque nunca habría otro como él, ni siquiera él mismo podría volver a ser como había sido.

Sumida en sus pensamientos alzó la vista para ver que Shatidje la observaba de nuevo, y sintió que la turca casi podía meterse en su cabeza.

—Entonces os sobra mi consejo —repuso Sha con dulzura.

—Sí —murmuró Inés—. Creo que esa lección ya la he aprendido.

La turca le dio otro trago a la copa, aún mirando a la condesa. Quiso decirle que, aunque conociera la lección, volvería a equivocarse; que llegado el momento no escucharía a la razón y seguiría a su corazón hasta machacarlo de nuevo, y que era mil veces más fácil decirlo que hacerlo. Pero Inés no necesitaba oír eso.

—Está bueno este vino —dijo en su lugar—. Brindemos por que haya otras copas de vino y otras noches de nostalgia.

Inés sonrió y alzó la copa.

—Sí, y por ser piratas, y que sean otros los que nos amen y sufran.

Y Shatidje, una vez más, le devolvió la sonrisa.

## CAPÍTULO XI

Cuando las tres mujeres regresaron en el bote, venían armando un gran revuelo. Rosalyn se reía a carcajadas y Claire la acompañaba con su risa siempre fácil. Victoria salió a cubierta soñolienta a preguntar cómo había ido, y la puta vieja explicó que muy bien, que un artillero inglés había caído en la trampa y les había contado paso a paso en qué consistía su trabajo.

—Y cuando nos estaba contando cómo el botafuego prende la pólvora, Claire se atreve a decirle: «¿Y decís que vuestra labor es peligrosa? Deberíais probar a subiros a una verga a veinte pies de altura. Lo vuestro tiene el mismo peligro que encender la lumbre en casa» —refirió Rosalyn trocando las eses por efes, y volvió a reír a carcajadas—. El artillero quedó ofendidísimo y casi se lían a puñetazos. Hasta que Claire no se fue, no nos quiso contar con todo detalle cada peligro que entrañaba su oficio. Pero lo hizo. Lo sabemos TODO de disparar cañones, ¿verdad, Bonny?

Y volvió a reír y a reír, hasta que todas estuvieron despiertas y hubieron conocido la frase de Claire. Solo entonces Victoria las convenció para que se acostaran. Al día siguiente tendrían que madrugar para navegar de regreso a Robin Hood's Bay. Habían de aprender a disparar un cañón.

La mañana amaneció nublada y, de camino a la bahía donde habían decidido hacer sus prácticas, les cayó una pequeña tormenta de verano que se apagó antes de que echaran el ancla, y que apenas se llevó consigo algo del calor de agosto. Una vez el navío estuvo bien fondeado, todas las mujeres se reunieron en cubierta para que Claire, Rosalyn y Bonny las hicieran partícipes de lo aprendido la noche anterior. El mayor problema al que se enfrentaban era que, para manejar un solo cañón, eran necesarios entre ocho y catorce hombres, sin contar al paje que debía traer la pólvora desde la santabárbara para que no estuviera cerca de los cañones. Todas ellas, sin nadie gobernando la embarcación, sumaban doce, trece con Jerusha, de modo

que volvía a quedar patente que necesitaban más tripulación. Por el momento, tendrían que centrarse en disparar un solo cañón.

Después de que Claire y Rosalyn explicaran los pasos de cómo se disparaba un cañón, intervino Bonny, con su voz dulce, para enfatizar los peligros que tenía el oficio de artillero. Cuando lo hizo, las mujeres comprendieron que el enfado del hombre ante Claire estaba más que justificado. Además del grave peligro de que el cañón se calentara hasta ponerse al rojo vivo y volara en pedazos, existía el riesgo de que, después de disparar, quedara algún rescoldo encendido dentro de la recámara y, al cargar la pólvora de nuevo, estallara. Y, por supuesto, estaba el peligro mucho más frecuente de que, con el balanceo del barco, la poca luz, la humareda producida en los anteriores disparos, el cansancio de mover las casi cuatro toneladas que pesaba cada pieza y los pajes corriendo desde y hacia la santabárbara, alguno de los catorce hombres de cada cañón no estuviera bien situado y, con el retroceso del disparo de su cañón o del de al lado, fuera golpeado o atropellado por aquella mole tronchándole la pierna, o la cadera, o incluso hundiéndole el pecho de un modo fatal.

Estas palabras dejaron a las muchachas en silencio hasta que Shatidje dijo:

—Alguna ventaja tenía que tener ser pocas. Será más fácil que ninguna esté en medio. —Y guiñó un ojo.

—Yo estoy impaciente por probar —secundó Claire.

Y así instruidas bajaron a la cubierta de cañones.

Los cañones que habían robado al navío inglés eran de veinticuatro libras, de modo que, con la cureña, no llegaban a las tres toneladas de peso cada uno, pero solo cada proyectil pesaba sus buenas ocho libras. Eligieron uno de babor y se colocaron alrededor.

Victoria decidió que, hasta nueva orden, Bonny sería la cabo de artillería, porque parecía ser más consciente que las demás de los peligros y porque, además, con su poca fuerza no sería de mucha ayuda tirando de los palanquines para colocar el cañón en batería; Shatidje y Dora frenarían el retroceso del disparo colocando los espeques de hierro detrás de las dos ruedas de atrás, y las más fuertes, Claire y Bert, junto con todas las demás que no estuvieran ocupadas, como eran en aquel momento Emily, Rosalyn, Helen y Simonette, tirarían de los palanquines para frenar el retroceso también y para colocar después el cañón en batería. Inés, fiel a su palabra, no quiso participar, aunque miraba con interés lo que hacían, al igual que Ruth.

Mandaron a Jerusha traer dos paquetes de pólvora de la santabárbara y Dora bajó un cubo de agua para tener a mano. Shatidje desató el cañón y, a la orden de Bonny, las seis chicas tiraron con todas sus fuerzas para sacarlo hacia atrás. A pesar de estar bien engrasado, las tres toneladas resultaron más pesadas de lo que las jóvenes habían imaginado. La turca abrió la porta. La carpintera prefirió pecar de prudente y refrescó el interior del ánima con la esponja. Llegó Jerusha, con dos paquetes de pólvora en una bandeja. Shatidje cogió uno, lo introdujo hasta el fondo empujándolo con el atacador; después el proyectil; y por último el taco de estopa para taparlo todo y sujetarlo al fondo. Entonces las chicas tiraron con todas sus fuerzas de los palanquines de nuevo para poner el cañón en batería. Aprovecharon el balanceo del navío y Shatidje y Dora ayudaron con las patas de cabra para que no reculara, como les decía Bonny. Para el disparo de prueba no hacía falta apuntar el cañón y las mujeres se ahorraron tirar de los palanquines de uno y otro lado para enderezarlo. Así tendría que servir. Tampoco movieron la cuña de elevación.

Bonny introdujo un punzón fino por el oído del cañón y perforó el cartucho de pólvora. Las chicas se prepararon apartándose un poco. Dora y Shatidje cogieron los espeques y se alejaron también. Bonny cebó el oído con pólvora del cuerno y miró a Victoria esperando instrucciones. La capitán asintió y, entonces, Bonny cogió el botafuego y, tratando de acercarse lo menos posible, acercó la mecha a la pólvora del oído. El estruendo las sorprendió a todas por su fuerza. Pese a esto, Shatidje y Dora frenaron el retroceso interponiendo sus pies de cabra en las ruedas delanteras, y las chicas que reaccionaron a tiempo —Claire, Emily y Simonette— tiraron de los palanquines para asegurar el cañón.

Cuando el humo se esfumó, las mujeres se miraron y comenzaron a dar saltos de alegría. Habían disparado el cañón. Dora se apresuró a refrescar los rescoldos con la esponja y después a pasar el cepillo para retirar los restos.

—¿Adónde hemos disparado? —preguntó entonces Ruth.

Las muchachas se miraron. No sabían dónde habría caído la bala.

—Con este calibre debería haber llegado hasta más de tres mil yardas —contestó Claire.

—¿Y lo hemos conseguido? —repitió la judía en su eterno tono de desdén.

—Sé que hacemos falta todas —apuntó Inés con una sonrisa—, mas creo que Helen debería regresar a la cofa por si pasa algún navío. No sea que hundamos uno sin saberlo.

Las muchachas rieron.

—Yo ocuparé su puesto durante las prácticas —añadió la segunda de a bordo, incapaz de estarse sentada más tiempo.

Victoria sonrió.

—Disparemos de nuevo. Yo me asomaré por otra porta para ver adónde va el disparo.

Las chicas asintieron aun cuando la idea de volver a mover el cañón se les antojaba la tarea más penosa de todas las que habían realizado en el navío. Lo único bueno de todo aquello era que, con el retroceso, al menos el cañón había quedado lo suficientemente lejos de la porta como para poderlo cargar sin tener que sacarlo de nuevo a tirones.

Repitieron la operación. Paquete de pólvora, proyectil, estopa, atacador, empujar el cañón a su sitio, cebar el oído y ¡fuego! De nuevo el estruendo y el frenar la cureña. Victoria miraba por otra porta y sonrió satisfecha.

—La bala se aleja. No sé cuántas yardas. Ahora tendremos que trabajar en mejorar la puntería —explicó mientras Dora enfriaba el cañón con la esponja.

—Capitán —dijo entonces la carpintera—, si me dais unas horas, yo puedo fabricar una balsa con unos barriles, algunas tablas y algo de paño. La lanzamos al mar con una guía, le damos la distancia que queráis e intentamos hundirla. Así sabremos cuán lejos estamos disparando.

—En combate, los objetivos normalmente estarán a quinientas o seiscientas yardas —apuntó Bonny—. Hasta ochocientas yardas, deberíamos poder disparar de forma efectiva.

Victoria asintió, contenta de haber hecho caso a Rosalyn y que ahora las putas supieran tanto de artillería.

—Me parece una gran idea. Dora, construye la balsa. La dejaremos a ochocientas yardas y veremos si somos capaces de acertar. Claire, ¿podrás ocuparte tú mientras tanto de la esponja y el cepillo además de tirar del cabo?

La mujer andrógina asintió y cada cual se puso manos a la obra con lo suyo.

La balsa —dos barriles partidos, unas tablas y un «mástil» de madera al que Dora ató un pelele de tela— estuvo lista antes de la hora del almuerzo, pero Victoria decidió que continuarían las prácticas por la tarde. Comieron con ganas y charlaron sobre dónde podrían encontrar más mujeres que ayudaran con la artillería. Inés pensó en la conversación con Glenne. Les habría venido tan bien que la escocesa les hubiera mandado refuerzos...

Por la tarde reanudaron las prácticas. Destrincaron otro cañón, izaron la vela de la balsita y le dieron cuerda al pelele. La vela era necesaria para que el barquito no se quedara a popa donde no lo podrían disparar. Cuando se alejó las ochocientas yardas, todas las chicas menos Helen regresaron a la cubierta de artillería. Esta vez, antes de disparar, Bonny cogió la escuadra para apuntar y dio orden a las chicas de que tiraran del palanquín de la derecha. Después abrieron fuego.

El tiro no iba mal dirigido, pero no llegó hasta la balsa. Tuvieron que repetir la operación y subir la cuña para apuntar más alto. Esta vez pasó por encima de la balsa. Imprecaciones. Más abajo. Cada disparo eran más de diez minutos y demasiados esfuerzos como para seguir fallando. Bonny volvió a apuntar. Miraba bien. El mar estaba en calma, el balanceo del barco fondeado como estaba apenas cambiaba la altura. Otra cosa habría sido apuntar con el vaivén de las olas. ¡Fuego! Esta vez el proyectil dio en la balsa, pero, lejos de hundirla, se quedó allí, manso sobre los tablones.

—Dejadme —dijo entonces la voz de Ruth.

Los ojos de las chicas se volvieron hacia la judía, que llevaba una hora sentada mirando cómo las demás se dejaban la espalda tirando. Casi todas la miraban con cara de pocos amigos. Pero la judía ignoró las miradas y se acercó al cañón, cogió un paquete de pólvora de la bandeja de Jerusha, lo metió, cogió otro paquete, lo metió también, y después le pidió a Shatidje que metiera la bala. La turca metió la bala, con el ceño fruncido.

—La estopa —indicó Ruth.

Shatidje terminó de cargar el cañón, que ahora tenía dentro dos paquetes de pólvora.

—Ponedlo en batería.

No sin esfuerzo, las muchachas volvieron a colocar el cañón en su sitio. Ruth tomó la escuadra y apuntó.

—Un poco a la derecha.

Obedecieron. Volvió a mirar. Sacó un poco la cuña, le cogió a Bonny el punzón de las manos, perforó el paquete, cebó el oído de pólvora con el cuerno y ella misma acercó la mecha encendida. El estallido fue tremendo. Entonces, en el silencio silbante que se produjo después, oyeron a Helen gritar «yujus» y «bravos». Se asomaron todas a la porta y vieron el pelele aún flotando en el mar, intacto. El proyectil no había dado en el blanco. Las muchachas se miraron sin entender, hasta que Victoria se apartó de la porta por la que ella miraba y explicó:

—La bala ha pasado a un palmo de la mitad del mástil.

Las chicas se miraban entre ellas sin saber si había que celebrar eso o no. La bala anterior había caído dentro de la balsa.

—Ha pasado recta —aclaró Victoria—. Probablemente se haya hundido a más de una milla de aquí. Si hubiera dado en el mástil, lo habría partido por la mitad. El de la balsa y el de un galeón.

Y la cubierta de artillería se llenó de gritos de júbilo.

Desde aquel momento, Ruth fue nombrada cabo de artillería. Tenía un ojo especial para calcular distancias y medidas de pólvora, y calculaba el vaivén del barco y cuán escorados estaban para saber en qué momento había que disparar y a qué altura. Ella no se manchaba las manos tirando de los palanquines, pero sí disponía cuántos paquetes de pólvora y cómo debían apuntar el cañón antes de disparar. Con Jerusha, deshizo la mitad de los paquetes de pólvora y los volvió a hacer, apretándola más para que cupiera casi el doble, y escribió en ellos un dos en tinta, para que se supiera que esos paquetes iban de carga doble y eran para disparos a más de quinientas yardas. Con sus nuevas funciones intentó, por supuesto, que le subieran el sueldo, pero ahí Victoria no cedió.

—Si hundimos un barco con vuestro saber hacer, entonces os corresponderá más botín.

Y así, después de tres días penosos de prácticas de artillería, subieron lo que quedaba del pelele a cubierta y decidieron ir de nuevo por otra presa.

El navegar aquellas aguas que empezaban a conocerse bien les hacía estar tranquilas y relajadas. Si a ello se le sumaba el descanso que suponía dejar de tirar del cañón para un lado y para el otro, se podría comprender la alegría que reinaba a bordo. Navegaron todo el día y toda la noche. Como Victoria estaba ocupada con las cartas y midiendo distancias, Inés decidió llevarle la cena al comedor de oficiales y cenaron las dos allí.

—Lo del cañón ha resultado más duro de lo que esperábamos —comentó Victoria levantando un momento la vista de un derrotero.

Se había percatado de que Inés estaba allí cenando con ella en lugar de reír con la tripulación, como le gustaba hacer, y ella apenas le había prestado atención.

—Sí, mucho más. Aunque nos damos buena maña. Si tuviéramos más chicas...

Victoria sonrió observando a Inés. A pesar de todas las objeciones que había ido poniendo a cada paso, su amiga estaba allí y se la veía feliz, como si hubiera encontrado su sitio en el mundo.

—Ya llegarán. Como llegó Ruth. El destino aún le depara grandes cosas a la *Crazy Swell*.

Inés asintió con la cabeza.

—Ha resultado ser una buena nao, ¿verdad? —añadió la princesa—. Jamás lo habría adivinado el día aquel en que la vimos por vez primera flotando en el puerto.

—Dora ha hecho un buen trabajo con ella —contestó Inés—. La tiene como si fuera su niña bonita.

Fue Victoria quien asintió entonces. Las dos estaban de buen humor, inconscientes de cuánto se equivocaba la princesa y de que, como le había dicho Inés a Shatidje, la felicidad es difícil que dure.

Arribaron a la cala al norte de Eyemouth por la mañana. Simonette, Dora y Emily, que habían estado de guardia, se fueron a acostar, y las chicas pasaron el día relajadas y de buen ánimo. Cuando Simonette se despertó, se tiró al agua a nadar, e Inés decidió hacer lo mismo para practicar su natación. El agua de agosto estaba todo lo caliente que iba a estar, pero a Inés se le antojó helada en comparación con las cálidas aguas de Cabo Verde. Al caer el sol, levaron anclas y fondearon en el mismo Eyemouth. Victoria pensó que a las mujeres les gustaría salir a tomar un trago antes del combate, y no se equivocó. Shatidje, Claire, Rosalyn, Inés y esta vez también Emily desembarcaron en la taberna de siempre, e Inés las invitó a todas a una ronda. La temperatura era deliciosa y la luna de verano brillaba en el cielo, limpia, perfecta, bañándolo todo con su luz blanca. Las mujeres no regresaron demasiado tarde. Solo fueron unos tragos y muchas risas. Los hombres de la taberna que aún no las conocían perdieron el tiempo acercándose a aquel extraño grupo de mujeres extraviadas, que no parecían prostitutas, pero que no tenían el decoro de mantenerse lejos de un lugar reservado a los hombres. Shatidje los espantó con un par de bufidos.

—¡Oh!, ¡vamos!, ¡Fhatidje! —protestó Rosalyn—. El marinero rubio era bien apuesto y parecía educado.

—Rosalyn, para haber sido puta tantos años no deja de sorprenderme lo que te gustan los hombres —contestó la turca—. Esta noche es para nosotras.

Y las otras rieron y brindaron por ellas mismas y porque no necesitaban a nadie más. Aunque Rosalyn se quedó con las ganas de terminar la noche con otra compañía.

Por la mañana navegaron hacia el norte. De nuevo, la mañana de agosto las recibía con un hermoso sol. La brisa empujaba con fuerza las velas de la *Crazy* y la mar, algo picada, contoneaba a la carraca entre sus aguas. Victoria y Bonny se habían vestido de doncellas, y cada mujer ocupaba su puesto en cofa, timón o palos. A pesar de las prácticas de artillería, los cañones habían quedado olvidados. No tenía sentido ocuparse todas en disparar solo uno.

Estaban pasando la cala en la que habían fondeado otras veces. Victoria, en el despacho, estudiaba en una carta a qué cala de Escocia dirigirse para esperar un botín, cuando Helen anunció un barco.

—¿Y por qué no este? —pensó en voz alta.

Salió corriendo del despacho y gritando que asaltarían ese navío. Llamó a Bonny, que nada más oír a su capitán le pedía la pistola a Simonette, corrieron al bote y se lanzaron al agua. Las chicas tardaron menos de dos minutos en dejar las velas al paio y tapar el nombre del navío con el trozo de paño. Ruth, Jerusha e Inés bajaron a la cubierta de artillería. Helen aguardaba recostada en la cofa.

—¡Estamos a la vista! —gritó, y en el acto las muchachas se tiraron al suelo, Emily junto a los obenques, con el pelo recogido en una coleta, Claire, tan masculina, junto al cabestrante, Dora, diminuta, al lado de la escotilla, Bert, junto a la puerta del castillo de proa, Simonette, con sus rizos que le llegaban a la altura de la barbilla en un largo que podía ser de muchacho, siempre junto al timón, y Shatidje, con su larga melena caoba metida por debajo de la camisa, tumbada boca abajo sobre su alfanje, en mitad de la cubierta, aguardando a que un marinero la moviera para sorprenderlo con su arma en el gaznate.

Ante el grito de Helen advirtiendo de que ya podían verlas, Victoria soltó los remos dentro del bote y aguardó junto a Bonny. La repetición de aquellos mismos pasos le había hecho perder el nerviosismo, y hablaba con la mujer con aspecto de pastora de que, cuando saquearan ese navío, continuarían navegando hasta Edimburgo. Esperaban allí mientras el navío, un barco grande de tres palos y diez piezas de artillería por banda que navegaba bajo pabellón inglés, se les acercaba desde el norte. Parecía un buen botín.

Pero pronto Bonny se percató de que algo marchaba mal.

—Capitán —dijo la mujer—. El navío no se detiene.

Victoria se dio la vuelta para mirarlo. En efecto, el navío se dirigía hacia ellas, pero la tripulación estaba en el puente. Nadie estaba subido a las vergas para recoger velas y no parecía que fueran a echar un bote al agua. La princesa tomó los remos y comenzó a bogar hacia la *Crazy* todo lo rápido que podía. Nunca había llevado el bote contra corriente y sentía que apenas se movía. Entonces ocurrió. Las diez portas del navío inglés se abrieron y por ellas salieron las diez bocas de los diez cañones de treinta y seis libras.

—¡Nos disparan! —gritó Helen.

Y ¡pum! Las diez tronaron casi al unísono en un estallido que quebró el aire. Habían disparado al casco, cerca de la lumbrera del agua, y la *Crazy* crujió y rugió allí donde las balas impactaron contra la madera, y todo el navío se estremeció.

Helen se había abrazado a las tablas para no volver a caer, pero la sacudida fue tremenda. Las chicas se pusieron en pie rápidas para ocupar sus puestos. Victoria comenzó a remar más rápido. Bonny, aterrorizada, se tapaba la boca con las dos manos. Entre Emily y Shatidje halaron los cabos sueltos de la vela mayor y la hicieron firme. Dora corrió a la bodega y, cuando bajaba, se cruzó con Ruth que subía corriendo al despacho y con Inés que salía tirando de Jerusha para ayudar en las velas, pero, al ver a Dora, la condesa se dio la vuelta y la siguió. Claire y Bert hicieron firme el trinquete. Shatidje y Emily izaban la mesana. Victoria estaba a punto de llegar. Rosalyn les había tirado un cabo y pronto estarían en cubierta.

En la bodega, Dora, sosteniendo media docena de puntas entre los dientes, había comenzado a clavar un tablón en un agujero por el que entraba agua a raudales.

—¿Puedes cerrar las vías? —le preguntó Inés a gritos.

La carpintera miró el casco de la bodega. Había por lo menos tres agujeros más como aquel en la lumbrera del agua. Negó con la cabeza.

—No antes de hundirnos —masculló entre los clavos.

En aquel momento escucharon el grito de Simonette en el puente:

—¡Estamos sin gobierno! ¡Dora, el timón! ¡Nos han volado el timón!

La carpintera, a pesar de sus palabras, había vuelto a liarse a martillazos con la vía de agua.

—¡Enfilamos hacia las rocas ! —gritaba Simonette—. ¡Capitán! — Victoria había subido por la escala y acababa de saltar a cubierta—. Hay que

volver a dejar la embarcación al paio o no tardaremos en estrellarnos contra la costa!

—¡Shatidje! ¡Emily! ¡Velas al paio de nuevo!

En la bodega, Inés miró cómo el agua lo invadía todo y le cubría por encima de los tobillos.

—¡Déjalo! —ordenó a Dora—. ¡Todas al esquife! —gritó subiendo a todo correr a la cubierta. Y repetía—: ¡Abandonamos el barco! ¡Todas al esquife!

En cubierta, las muchachas estaban liberando las drizas para dejar a la *Crazy* al paio. Helen se había descolgado rauda de la cofa y ayudaba con las velas. Inés llegó al exterior. La luz la deslumbró unos instantes y tuvo que ponerse la mano sobre las cejas a modo de visera.

—¿Cómo se llama ese hideputa? —preguntó Inés señalando al navío.

—Pronto lo vais a poder ver —contestó Shatidje, que acababa de liberar la mayor—. Está virando.

En efecto, el navío, que estaba a unas cuatrocientas yardas, viraba dando su otra borda a la *Crazy*.

—¡Va a disparar otra vez! —gritó Inés—. ¡Dejad lo que estéis haciendo! ¡Todas al esquife...!

Pero un ruido ensordecedor cortó sus palabras. La jarcia a la que se sujetaba Inés salió despedida hacia atrás cuando una bala desarboló el trinquete y la arrancó de cubierta. Antes de darse cuenta, la segunda de a bordo estaba en el agua. La impresión del agua tan fría la activó de inmediato y nadó hacia la superficie. La *Crazy* se alejaba rota, con el palo de proa y sus velas en el agua, lastrándola y obligándola a escorarse hacia babor. El primer cañón con el que hicieron las prácticas se había destrincado con la segunda andanada y, al escorarse el navío, había salido despedido a la otra borda como un enorme ariete de más de tres toneladas, abriendo un boquete por el que casi le cabía la cureña. Inés se asió a unos tablones mientras veía cómo su navío continuaba a la deriva, medio hundido, y cómo las muchachas intentaban recuperar el control después de la andanada y corrían al esquife. El navío inglés había retomado su rumbo al sur, como si el caos en el que había sumido a la *Crazy* fuera algo ajeno a él. Inés comenzó a nadar hacia la carraca, aunque esta se seguía alejando. La miró hundirse unos instantes y, sin soltar los tablones, continuó nadando.

Las muchachas saltaron al bote en el que esperaba Bonny, que no había llegado a subir a bordo al ver cómo el navío se hundía. Por la escala, una a

una, abandonaron el navío rápidas. Todas se apretaban en el bote, demasiado pequeño para todas, demasiado hundido. Shatidje verificó quiénes estaban en él. Claire, Helen, Bert, Jerusha, Emily, Ruth, Bonny, Rosalyn y Simonette, que había sido la última en subir. Faltaban Inés, Dora y la capitán.

—¡Alejaos de aquí! —ordenó volviendo a trepar a la *Crazy*.

—¡Sha! ¿Qué...? —empezó a decir Claire, pero la contramaestre ya estaba a bordo de los restos de la carraca.

—¡Marchaos! ¡Fletaré el esquife! —gritó.

La *Crazy* se hundía deprisa. Lo último que las chicas vieron de la turca antes de obedecer fue cómo saltaba adentro por la escotilla.

En la cubierta de artillería, Dora había colocado todos los mosquetes y arcabuces juntos sobre un paño de vela encima de un cañón y los estaba atando. El agua le llegaba hasta medio muslo.

—¡Dora! ¿Qué haces? ¡Déjalo!

—Hay que intentar salvar algo de carga. Ayúdame a llevar los mosquetes y los arcabuces al esquife —gritaba la muchacha.

A Shatidje le costó entender lo que pretendía la carpintera. Haciendo aspavientos para que fuera hacia ella exclamó:

—¡Al demonio la carga! ¡Ven! ¿Has visto a Inés?

Dora negó con la cabeza de camino a la escalera. Llevaba el pesado hato de armas bajo el brazo izquierdo y braceaba con el derecho en el agua, que ya le llegaba casi a la cintura. La contramaestre le tendió la mano para ayudarla a llegar.

—Salió a cubierta antes de la segunda andanada —explicó.

Shatidje asintió sombría. En cubierta era donde la había visto por última vez. Las dos salieron al combés. El lado de babor estaba casi hundido en el mar. Las olas pasaban por encima de la baranda y la cubierta estaba tan escorada que hacía falta usar las manos para moverse.

—Ve al esquife. Sácalo del castillo de proa y comprueba que puede flotar. Si tardo no me esperes —ordenó, y corrió a lo alto de la tolda.

Abrió la puerta de estribor. El pequeño despacho estaba lleno de cristales, con todos los muebles arrastrados hacia babor y una bala del treinta y seis hundida entre los libros de la estantería. Shatidje vio la espada toledana de la princesa en su vaina de cuero y que faltaba la caja con los cuadernos de bitácora y los derroteros. «Victoria», murmuró cogiendo la espada y atándose al cinto. Salió al puente, intentó abrir la puerta del camarote principal y se quedó con el tirador en la mano.

—¡Capitán! —gritó.

—¡Marchaos! —oyó la voz de Victoria al otro lado.

Shatidje le dio una patada a la puerta y esta chirrió. Otra, y la arrancó de los goznes.

El camarote estaba inundado y había un boquete en el centro del suelo, probablemente porque había estallado algún barril de pólvora en el piso de abajo. Shatidje tardó en encontrar a Victoria, sentada sobre la tarima, con la espalda pegada a una cuaderna de la pared de babor y el agua a la altura del pecho.

—¿Qué hacéis? ¡Daos prisa!

—¡Márchate, Sha! —gritó la princesa—. Me he atado al navío. Me hundiré con él —dijo alzando dos muñecas atadas y señalándose después los tobillos.

—¿Habéis perdido el juicio? —exclamó la turca avanzando hacia ella.

En aquel momento la *Crazy* crujió y el suelo se partió delante de Shatidje. La turca reculó a tiempo.

—¡Capitán, vámonos! ¡Habrán otros barcos! ¡Estamos todas bien, todas vivas! —mintió pensando en que no sabía dónde estaba Inés—. ¡Vámonos! ¡Tenemos que hundir a ese hideputa que nos ha hundido!

Victoria dudó. Miró a su alrededor y de pronto algo pareció encenderse en su cabeza. Metió las manos bajo el agua y trató de desatarse, y su rostro se pintó de pánico.

—No puedo..., no puedo soltarme...

El agua le llegaba a los hombros. Shatidje intentó encontrar el modo de pasar el boquete del suelo para llegar hasta la capitán. No veía cómo. Sacó su alfanje del cinto y lo lanzó al otro lado, cerca de los pies de Victoria, para no cortarse con él en lo que pensaba hacer. A continuación tomó carrerilla y se dispuso a saltar. Entonces sonó un lamento terrible y la *Crazy* se escoró del todo. Shatidje detuvo el salto y logró agarrarse a la pared que daba al despacho, metiendo la mano en el agujero de la bala, y pudo ver cómo la capitán se hundía en el agua. La turca se quedó allí, congelada, colgando de la pared que ahora parecía el techo, viendo cómo se hacía un remolino mientras la *Crazy* succionaba todo lo que había cerca.

—¡Shatidje! —oyó gritar a Dora—. ¡Shatidje!

Entonces, de entre las aguas, emergió la cabeza de Victoria, con el alfanje de la turca en la mano derecha y la caja de derroteros bajo el brazo izquierdo. Pero antes de que pudiera siquiera sonreírle, el castillo de popa se

terminó de partir en un crujido. La pared donde Shatidje se sujetaba se desprendió y salió disparada hacia atrás cuando el barco se partió en dos bruscamente, y la turca se encontró agarrada a una tabla, nadando en mar abierto, con Dora agarrándola de la camisa y subiéndola al esquife.

—¡Victoria está allí! ¡Debemos salvarla! —gritó la turca.

—¡Shatidje! ¡No tenemos remos! ¡No podemos llegar! —explicó Dora señalando al interior del bote.

—¡Está allí! ¡Está viva!

—¡Pero no tenemos remos! ¡Y yo... no sé nadar! ¿Tú sí?

Sha se sentó dentro del esquife con el rostro entre las manos.

—Lo has intentado —le dijo Dora con dulzura.

La turca se quedó inmóvil unos instantes, mirando a los restos de madera, cabos y paños que flotaban entre las olas. Entonces vio algo que le hizo sentarse en una tabla del esquife y arrancarse las botas.

—¿Qué haces? —le preguntó Dora.

—Creo que la he visto. Agarrada a unas tablas.

Dora se puso de pie y miró hacia el mar revuelto. A esa altura se hacía difícil ver algo sobre las olas. Shatidje se soltó la espada de Victoria del cinto.

—¿Sabes nadar? —preguntó la carpintera, aún oteando entre los restos de la nao, de los cuales se alejaban empujadas por la corriente.

—Un poco —contestó la turca disponiéndose a lanzarse al agua.

Dora la sostuvo del hombro.

—¡Aguarda! —exclamó Dora—. ¡Es Inés!

Shatidje clavó la vista en el mar.

—¿Dónde? —exclamó sin saber si lanzarse al agua o no.

Dora mantenía la mano sobre su hombro y con la otra se hacía visera.

—¡Está allí! —contestó señalando un punto en el mar por el que había pasado la carraca antes de hundirse.

Shatidje vio a Inés acercarse nadando. Después miró hacia los restos de la *Crazy* y aún dudó sobre si lanzarse al agua o no.

Mientras, la carpintera se había acercado al hatillo de armas que había en el centro de la barca y había desatado el cabo que las mantenía unidas. Estaba desenrollándolo cuando se le ocurrió otra idea.

—Mira este arcabuz. Tal vez podamos remar con la culata —dijo pensando en voz alta, y se lo lanzó a Shatidje.

La contramaestre lo tomó en el aire y comenzó a remar con él. Era un arma grande y antigua, pesada y con una culata ancha de madera. Pero no era

un remo, y el esquife era grande y pesado también. Dora se le unió con otro arcabuz.

—¿Hacia la *Crazy* o hacia Inés? —preguntó la carpintera.

Shatidje no contestaba, no sabía qué hacer.

—¿Aún la ves? —preguntó Dora—. A la capitán.

Shatidje meneó la cabeza. Dejó de remar y se puso en pie para tratar de ver algo sobre las crestas de las olas.

—¡Maldita sea! ¡Estamos cada vez más lejos! ¡Este arcabuz no sirve de nada!

Dora también había parado de remar y se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Lo siento —musitó.

Shatidje miró a su compañera. Allí, diminuta, sudando, y con aspecto abatido.

—No es culpa tuya —le contestó—. Has hecho lo que has podido.

—Y tú también, Sha.

Pero la turca seguía mirando hacia el lugar donde se había hundido la *Crazy*, y negaba con la cabeza desolada.

—No, debí tirarme a buscarla. Debí saltar antes, en cuanto la vi. ¡Vayamos por Inés! —dijo, y volvió a intentar remar.

La condesa las había visto y nadaba hacia ellas. En unos minutos las tuvieron en el esquife.

—¿Y las demás? —preguntó jadeando antes siquiera de estar arriba.

—En el batel —contestó Dora.

Shatidje no contestó. Su rostro, gravísimo, le avanzó a Inés la mala noticia.

—¿Todas? —preguntó.

—Victoria no —contestó Shatidje.

Inés sintió de pronto un zumbido sordo en los oídos, casi un rugido, el ruido de su corazón al desgarrarse. Cayó sentada en el interior del bote, con todo el horizonte dando vueltas a su alrededor, como si la tragara un tifón. No lloró, no dijo nada. Clavó la vista en las tablas del fondo del esquife y no volvió a decir nada. Shatidje le apretó el hombro con fuerza, pero la condesa no alzó la vista.

Dora les concedió un par de minutos. Después miró a su alrededor. Sobre el suelo de la barca estaban el cabo, el trozo de vela y los arcabuces y mosquetes que la carpintera había cargado, y también descubrió, agazapado

junto a la proa, el gatito listado de Jerusha. Dora sacó su hacha de mano del cinto y dio un par de golpes paralelos al centro de la tabla que hacía de asiento. La tabla se rajó un poco por la mitad. Shatidje miró a la carpintera con curiosidad. La pequeña mujer cogió un arcabuz y lo clavó en el agujero de la tabla, con el cañón hacia abajo. Después cogió otro y, apoyándolo en el asiento, lo ató al primero con el cañón hacia arriba. De la punta del mástil improvisado ató un mosquete por la mitad, el más ligero, con un lado del paño de vela enrollado. La vela ondeó en el aire.

—¿Y ahora dónde ato esto? —preguntó sosteniendo el otro extremo.

Shatidje tampoco lo tenía muy claro. Inés no estaba en condiciones de opinar.

—Tenemos que navegar contra corriente. Deberíamos poner la vela todo lo atravesada que podamos para podernos ceñir —respondió la turca.

Como pudieron, las dos mujeres ataron las dos esquinas de abajo de la vela a la amura del esquife, próxima a la proa. Shatidje utilizó la culata del primer arcabuz como timón y trataron de enfilarse hacia los restos del navío. Pero el navío se había hundido exactamente a barlovento, el aparejo estaba mucho de ser un aparejo latino, y ni Dora era Emily, ni Shatidje Simonette. Pese a los intentos de ceñir la embarcación al viento, cada vez estaban más lejos.

—¡Así no hay manera!

—Pues no creo que consiga nada mejor —suspiró Dora.

La turca suspiró también.

—No, Dora. Lo que has hecho es perfecto. Con este aparejo podremos llegar a la costa antes incluso que las demás. No sé a qué distancia de Eyemouth, pero si dejamos de intentar navegar contra el viento y conducimos el esquife hacia el sur, pronto estaremos en la playa. Sin tu inventiva, estaríamos flotando hacia alta mar. —Hizo un inciso y de pronto vio al gato—. ¿De dónde ha salido?

—No sé. Estaba en el esquife —contestó la carpintera.

—¡Gato listo! —sonrió la turca con tristeza—. ¡Vamos! ¡Regresemos a tierra! —añadió echando un vistazo a la desolada Inés—. Aquí ya no hacemos nada.

Tal y como había previsto Shatidje, ellas llegaron las primeras a tierra. Dirigieron el esquife a una playa y, cuando apenas le cubría por la cintura, la

turca saltó y tiró de la barcaza hasta vararla en la arena. Dora saltó entonces y entre las dos tiraron un poco más para dejarla a salvo de la subida de marea. Inés permanecía inmóvil.

En esto estaban cuando oyeron un disparo en la lejanía. Las dos otearon el horizonte. Les hizo falta un segundo disparo para localizar el pequeño bote, semihundido con el peso de todas las chicas, en el que Claire y Simonette remaban hacia la playa. Shatidje tiró de Inés obligándola a salir, y se pasó su brazo sobre los hombros para cargar mejor con ella. Dora, con el gato en brazos, y Shatidje, cargando con Inés, comenzaron a caminar hacia el lugar en el que calcularon que arribarían, y las esperaron allí.

Cuando el bote llegó a la rompiente, la ola le pasó por encima y casi se fue a pique, de modo que Simonette, Bert y Emily tuvieron que saltar bastante antes de llegar a tierra. Entre ellas y Shatidje, que volvió a meterse al agua, tiraron de la barquita hasta la playa. Allí desembarcaron todas. Jerusha se apresuró a tomar el gatito que Dora traía en brazos. Ruth, la última, sacó el arca con el dinero de la *Crazy* de entre su falda, y abrazada a él se apeó.

—¡Has podido salvar nuestro dinero! —exclamó Emily con alegría.

—¿Aún conservas las cuentas para dividirlo? —preguntó Simonette.

Ruth agarró el arca con más fuerza.

—Ya no es vuestro dinero —explicó—. La única condición bajo la cual perdíais lo que yo os guardara era que se hundiera la *Crazy*. Se ha hundido, de modo que esto ya no os pertenece.

Simonette fue rápida. Agarró a Ruth por la espalda del vestido y tiró de ella hacia atrás, haciéndola caer al suelo. Antes de que la judía pudiera levantarse, la encañonaba con su pistolón más grande.

—Deja que yo te explique algo: no me caes bien, pero tampoco tengo nada contra ti, así que no me obligues a matarte. Si tienes las cuentas, podrás darle a cada una lo suyo, y será más justo. Pero con tu ayuda o sin ella vamos a repartirnos lo que hay en esa arca.

Ruth tragó saliva. Seguía abrazando el arca en el suelo.

—¿Y con el dinero del capitán? —preguntó.

Shatidje intervino entonces. Miró un momento al horizonte y después a Ruth.

—Ese dinero y el dinero destinado a avituallar el navío lo guardas para el próximo barco.

Todas las miradas se clavaron entonces en la turca.

—¿El próximo barco? —preguntó Emily.

—No hay dinero para comprar un barco —dijo Simonette en el tono duro que empleaba siempre con la turca—. ¿Vas a robar uno?

—Eso lo decidirá, como siempre, la capitán —contestó Shatidje.

—Pero... Victoria se ha ahogado —murmuró Dora.

Todas las miradas estaban pendientes de la contra maestre. Simonette se había olvidado de Ruth, que había aprovechado para incorporarse. Inés, sentada en la arena, parecía no estar allí.

—También creíamos eso cuando se hundió la *Wakes*'.

—La *Wakes*' no se hundió. De la *Crazy* no queda nada. Ya lo has visto —apuntó Dora señalando algún lugar del horizonte.

Shatidje inspiró con fuerza. Sabía que Dora estaba en lo cierto. Pero, aún así, se forzó a decir:

—Más difícil era que Inés estuviera viva, y la encontramos —dijo señalándola—. Una semana. Os pido una semana para que Victoria aparezca. Si no lo hace, entonces nos repartiremos su parte entre todas.

Y todas estuvieron conformes. Todas menos Inés, que siguió en silencio, sin reaccionar, incapaz de asimilar lo que significaba que Victoria hubiera desaparecido de su mundo.

Sin embargo, Dora se equivocaba cuando decía que de la *Crazy* no quedaba nada. Cuando la *Crazy* se partió, Victoria aún aguantó asida a los tablones de la pared del camarote con el alfanje en la derecha y la caja de derroteros en la izquierda. Cuando los últimos tablones se hundieron, se agarró a la puerta que flotaba desguazada y tumbó su cuerpo sobre ella. Colocó la caja debajo de su pecho, el alfanje también, y se agarró con las dos manos a la parte de arriba, consciente de que, si se soltaba, se iría al agua y no volvería a lograr subirse. Aferrada a la parte de arriba de la puerta, vio a lo lejos el esquife en el que estaban Shatidje y Dora. Quiso soltar una mano para hacerles señales, pero se dio cuenta de que se caería. Se maldijo por no saber nadar. Con saber nadar un poco, podría soltarse y colocarse mejor. Se mantuvo asida con fuerza a la puerta. Tenía los dedos blancos, los brazos le daban calambres y sabía que, antes o después, se soltaría y se hundiría en el mar. Pasaron varios minutos, lentos, casi inmóviles, como el viento en calma chicha. Y cuando ya pensaba que los brazos no le aguantarían más y que tendría que soltar uno al menos, la capitán vio algo milagroso: la balsa, la improvisada balsa con la que habían hecho las prácticas de artillería, pasó a su lado, con el pelele aún atado. Sin saber cómo hacerlo, sin pensarlo, se soltó y se agarró a ella, cayéndose de la puerta al hacerlo. Asíó el alfanje, lo

subió a la base de barriles vacíos y, en un último esfuerzo, se impulsó encima. Una vez tumbada, alcanzó la caja de derroteros que flotaba en un equilibrio imposible sobre la puerta, y la subió a la balsa también. Y allí se quedó tumbada, empapada y exhausta en alta mar, viendo flotar los restos de su amado navío y con la compañía absurda del pelele de tela, que parecía reírse a su lado de las sorpresas de la vida.

Amanecía, y Victoria miraba el sol aparecer por detrás de la línea del mar. A su espalda, la costa era una línea también azul, irreconocible y demasiado lejana. Tenía sed, y frío, y sabía que, aunque el sol de agosto resolvería lo segundo, ese mismo sol haría la sed insoportable.

La tarde del día anterior, la princesa había tenido la esperanza de que la corriente la empujaría a la playa, o de que alguien la encontraría. Se había deshecho la trenza y, al ver que tenía el pelo pastoso por la sal, se la había vuelto a hacer veinte, treinta, cuarenta veces... Había hablado con el pelele, contemplado el alfanje, se había tumbado sobre su vientre, asomándose a intentar averiguar qué había en el fondo del mar, había sacado las cartas náuticas y la brújula y había intentado averiguar dónde estaba... Y luego había llegado la noche, y había pasado frío, y había buscado constelaciones en el cielo. Apenas había dormido, en un duermevela por si veía algún barco que navegara algo más alejado de la costa. Pero ahora ya no tenía ganas de hacer nada. Solo tenía mucha, mucha, mucha sed.

Pasaron las horas, lentas como un barco en calma chicha. Aunque aún era temprano, el sol de la mañana abrasaba. Se tumbó sobre las tablas, junto al pelele, y cerró los ojos.

La despertó el ruido del bogar de los hombres y sus voces.

—*¡Milady! ¡Milady!*

Entreabrió los párpados y lo que vio le hizo cerrarlos y apretarlos con fuerza. Tenía que ser un sueño. Un mal sueño. ¿Qué probabilidades había de que, de todos los barcos que navegaban el mar del Norte, de todas las carracas, naos, pesqueros que transitaban esas aguas, tuviera que encontrarla precisamente *El Miguel*?

Richards saltaba a la balsa.

—*¡Milady!*

La princesa se resignó a su vergonzosa suerte.

—Buenos días, señor Richards —susurró.

—¡Alabado sea Dios! ¡Estáis viva! Venid, subid. Os llevaremos a bordo.

Entre el mayordomo y Dorek la subieron al bote, y el hombre malencarado al que tanto apreciaba Inés remó de regreso al navío. Victoria, débil y resignada, se sometió a su destino.

En cubierta la esperaban el segundo de a bordo, el señor Ferreira do Santos, el carpintero amigo de Stowe y otros rostros curiosos que le resultaban familiares, pero que no sabría identificar. Había murmullos y voces que se mezclaban. Dorek la tomó en brazos y la llevó al interior del castillo de popa. Richards iba delante abriendo paso. Pero, en lugar de conducirla a su camarote, Richards abrió la primera puerta de la izquierda y la dejaron en un lecho allí. Antes de que pudiera preguntar por el motivo, entró Stowe. Venía corriendo y en su rostro se leía la preocupación. Se acuclilló a su lado y, volviéndose hacia las caras curiosas que observaban desde la puerta, ordenó que salieran de allí y le trajeran agua rápido. Richards se apresuró a salir por agua y tiró de la puerta tras de sí, dejando a Victoria sola con el contraмаestre. Este le tomaba el pulso en la muñeca.

—Señor Stowe —murmuró Victoria. Sentía como si la lengua le hubiera crecido dentro de la boca y ya no cupiera entre sus dientes de abajo, como una plantilla demasiado grande para un zapato—, ¿por qué me han traído a este cuartucho?

Fred tiraba de uno de sus párpados inferiores para abajo para mirar el color. Sonrió, con aquella sonrisa blanca que había enamorado a Inés.

—Lamento que no os guste mi camarote, *milady* —contestó él—. No acostumbro a recibir visitas.

De haberse hallado en mejor estado, Victoria se habría ruborizado, pero la princesa solo logró abrir mucho los ojos. El contraмаestre le tomaba ahora la temperatura en la frente.

—Perdonad mis palabras, señor Stowe. Yo no...

Él sonrió de nuevo.

—Os lo ruego, *milady* —dijo él con su voz seca—. También vos podéis llamarme Fred.

Fred había terminado su examen.

—Y ahora contadme, *milady*, ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo está Inés?

—¡Oh, Fred! —exclamó la princesa incorporándose hasta quedar sentada—. ¡Se obró el milagro y encontramos a Inés viva!

—Lo sé, *milady*. Nos lo refirió Henry y lo celebramos como la mejor noticia posible. ¿Y esta vez? ¿Está bien? ¿Qué os ha ocurrido?

—A pesar del naufragio, la fortuna nos ha sonreído de nuevo y todas las chicas lograron ponerse a salvo en el bote.

Fred suspiró aliviado.

Llamaron a la puerta y, antes de que el conrtramaestre pudiera contestar, esta se abrió empujada por Richards. Traía doblado sobre el brazo un vestido color azul oscuro y encima unos zapatos de mujer, y en las manos traía una frasca con agua y un jarro de metal.

—¿Cómo está? —preguntó el mayordomo mientras le tendía la frasca de agua y el jarro a Fred, que las cogió y le sirvió un primer vaso a Victoria.

Victoria se apresuró a beberla toda.

—Nada más que un poco deshidratada —contestó Fred. Y señalando la ropa añadió—: Deja eso sobre la silla.

Richards obedeció. Victoria se fijó entonces en aquellas prendas y quiso preguntar por el vestido, pero Fred le había servido otro vaso y se lo daba. Obediente, se lo bebió.

—Nate —dijo el conrtramaestre—, dile a Henry que se quede tranquilo, que su hija también está a salvo.

Richards asintió, pero permaneció allí, inmóvil, observando cómo Victoria se bebía un tercer vaso de agua. Fred se puso en pie y lo miró interrogante. El mayordomo se frotó las manos, incómodo, y finalmente dijo, como si Victoria no estuviera allí presente escuchándolo:

—Stowe, no olvides decirle a *milady* que debe permanecer en tu camarote aun si se encuentra repuesta.

—Yo me ocupo —contestó Fred con sequedad y, empujando al mayordomo fuera de su camarote, le cerró la puerta en las narices.

Victoria se había bebido el tercer vaso de agua y se encontraba mejor. La lengua comenzaba a encontrar su hueco de nuevo. Dejó el jarro vacío en el suelo y le preguntó al conrtramaestre de dónde había salido aquel vestido y qué era lo que ocurría. Fred se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados.

—Lo que ocurre, *milady*, es que el capitán tiene una invitada a bordo, que ha venido con sus dos doncellas y dos guardias, y las tres damas están ocupando vuestro camarote.

Las palabras de Fred impactaron a la princesa más que si le hubieran roto la frasca de agua fría en la cabeza. Apoyó la mano en la cama para no caerse.

—¿Y ella sabe... —musitó—, sabe que sois piratas?

Al final de la frase alzó la vista hacia el conrtramaestre, con un brillo de esperanza en los ojos.

—*Milady*, lamento deciros que el capitán no me hace partícipe de lo que le cuenta y lo que no a las mujeres a las que pretende.

Victoria sintió que el pequeño camarote le daba vueltas. Fred dio un paso y la asió del brazo para sostenerla derecha.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Pero Victoria no escuchó la pregunta. No podía creer lo que ocurría.

—Y como tiene invitadas —murmuró—, entonces, ¿me confina a vuestro camarote?

—Si os sirve de consuelo —contestó Fred soltándola de nuevo—, a mí tampoco me permite subir a cubierta por no creerme capaz de «comportarme con decoro cuando hay mujeres a bordo».

Victoria lo miró sorprendida.

—Eso es..., ¡eso es inadmisibile! —dijo, y realmente parecía que le indignara más aquello que el hecho de que el capitán cortejara a otra mujer.

La princesa se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Debo hablar con él.

Fred la sujetó de nuevo.

—¡No intentéis detenerme! —le ordenó la princesa con severidad antes de que Fred pudiera abrir la boca.

—Solo iba a deciros —contestó él con dulzura— que acaso sería mejor que os pusierais unos zapatos. La invitada del capitán es alta.

Victoria se miró. El vestido blanco y amarillo de princesa estaba hecho unos zorros. Miró el vestido azul oscuro sobre la silla. No tenía tiempo para cambiarse. Se sentó de nuevo en el lecho de Fred, se puso los zapatos, se retocó el pelo para confirmar que la trenza estaba bien, se alisó la falda, agarró el vestido azul oscuro de la silla y salió al pasillo.

Fred la seguía.

—Tal vez debáis saber que el capitán está en su camarote. La dama desayuna tarde.

Victoria sintió que la rabia la inundaba. Asintió con la cabeza en agradecimiento al conrtramaestre y salió a cubierta.

La mañana era soleada. Victoria caminó hasta las escaleras y subió al puente donde João llevaba el timón. Cuando Richards la vio, salió corriendo para detenerla gritando «*milady, milady*», pero no llegó a tiempo. La princesa ya le había dado los buenos días al timonel y segundo de a bordo y había

abierto la puerta de la cámara del capitán sin llamar. A Richards solo le dio tiempo a mirar a Fred, que se encogió de hombros como diciendo: «no he podido con ella», y el mayordomo rechinó los dientes y regresó al castillo de proa.

Miguel se estaba atando la camisa cuando Victoria irrumpió en su camarote con el vestido color azul oscuro en la mano. Él la miró, observó el vestido, y con su sonrisa más encantadora le dijo:

—Buenos días, Victoria. Solo porque la última vez que nos vimos os ayudara a ataros el vestido no deberíais presumir que vaya a ayudaros a vestiros siempre. Será mejor que os pongáis eso vos sola.

Victoria lo fulminó con la mirada.

—¿Os referís a esto? —levantó la prenda—. ¿Y puede saberse de dónde demonios ha salido este vestido?

—¡Victoria! ¿Y ese lenguaje? —reprobó él cruzándose de brazos y enarcando una ceja visiblemente divertido—. Me parece el vestido de una doncella de Isabella.

La princesa lanzó el vestido sobre la cama.

—¿Y debo entender que es por esa Isabella por lo que me habéis confinado al camarote de Stowe?

—Por lo que he «intentado confinaros» —corrigió él—, para ser exactos. Y veo que ha sido una torpeza por mi parte poner de custodio a alguien que no sabe decirle que no a una mujer.

—Acaso porque él se sienta igualmente ofendido porque también le hayáis prohibido salir.

Miguel se encogió de hombros.

—Cabe esa posibilidad.

—Ya veo —contestó ella furiosa caminando hacia Miguel—. El gran capitán Saavedra, que me enseña que lo más importante es que un capitán conozca bien a su tripulación, supeditando la suya para pasear por las aguas de Escocia a la primera mujer que encuentra.

—Cuidado, *milady*. Estáis insultando a una dama de la que no sabéis nada —amenazó el capitán.

—¿A una dama de la que no sé nada? Puedo imaginarlo todo de ella — las palabras acudían a su boca incesantes, dando salida a su rabia—. Sé que está a bordo de *El Miguel* por vuestra fortuna, pues no se me ocurre qué mujer podría estar con vos por gusto, dado que sois insoportable, maleducado y cruel.

—Basta, Victoria —advirtió Miguel sin alzar la voz.

Pero la princesa se había desatado y no había forma de callarla. Paseaba por la habitación gesticulando en grandes aspavientos.

—El capitán Miguel Saavedra, que me considera una buena compañía cuando negocia con un pirata, pero no lo suficientemente buena como para compartir mesa con su amiga aristócrata.

—Vos misma habéis querido ser un pirata, *milady* —interrumpió él. Su voz era seca. La diversión había acabado—. Que no os ofendan luego las compañías que os elijo.

—Vos mismo, capitán, sois un pirata —Victoria recalcó mucho el «sois»—. ¿O lo habéis olvidado ya? —replicó ella con sarcasmo, avanzando los pasos que los separaban para quedarse frente a él.

—Me hice pirata para vengar la muerte de mi padre, no porque fuera una niña consentida, aburrída ya de la vida de palacio —contestó Miguel escupiendo las palabras con desprecio.

Estaban uno frente a la otra.

—¿La muerte de vuestro padre? ¿Vais a volver a contarme lo mismo? —respondió Victoria—. Sois pirata porque queréis serlo. Sois pirata porque no tenéis conciencia ni os sentís mal cuando matáis y saqueáis. Sois pirata porque os gusta no deberle pleitesía a nadie más que a vos mismo. Dejad de mentar a vuestro padre como causante de la persona en la que os habéis convertido, cuando debéis agradecer que él no esté vivo y no pueda ver el monstruo que ahora sois.

Aquello fue suficiente. El capitán le dio tal bofetada con el revés de la mano que la princesa, subida como estaba en los zapatos de tacón, perdió el equilibrio y se cayó. Al hacerlo, se apoyó en la muñeca izquierda y se la torció, soltando un alarido de dolor.

Miguel se apresuró a arrodillarse a su lado.

—¡Lo siento, Victoria! ¿Te has hecho daño?

Ella lo miraba incrédula, sentada en el suelo y sujetándose la muñeca.

—¿Que si me he hecho daño? ¿Cómo que si me he hecho daño? ¡Me has hecho daño!

—¡Oh, vamos! ¡Tú me has provocado! ¡Déjame ver! —dijo él cogiéndole la mano izquierda, pero ella se zafó de un tirón, lo que volvió a provocarle otro alarido de dolor.

—¡Victoria!, ¡déjame ver!

Ella se soltó de nuevo al tiempo que le gritaba:

—¡No me toques!

—¡No seas cría! Ya te he dicho que lo siento. ¡Déjame ver!

La agarró con fuerza del brazo, pero Victoria siguió forcejeando por soltarse cegada por la rabia, de modo que el capitán le agarró la otra muñeca también y tiró de la princesa atrayéndola hacia él. Victoria lo empujó para apartarlo, aún asida de las dos muñecas, y solo logró caerse hacia atrás.

—¡Suéltame!

Miguel la sujetó contra el suelo. La tenía inmovilizada frente a él. La princesa seguía haciendo fuerza para soltarse, las mejillas encendidas, la respiración acelerada, el pecho palpitando con cada exhalación. Ella siguió luchando por liberarse, trató de incorporarse y Miguel tiró de ella, sosteniéndola por las muñecas, cruzándoselas detrás de la espalda de modo que entre los dos apenas mediaba un palmo de distancia. La princesa miró sus ojos miel, furiosa por no poderse escapar, furiosa porque la hechizaran de aquella manera. Pero no se rindió. Testaruda, hizo un último intento por zafarse y, entonces, el pirata le soltó una muñeca para agarrarla del pelo, tiró de ella y la besó con ímpetu, casi con fiereza.

El beso cogió a la princesa por sorpresa, y tardó unos instantes en darse cuenta de lo que ocurría y dejar de forcejear y ceder a lo que hacía tanto anhelaba. El capitán tenía los labios suaves y la punta de la lengua, con la que acarició el interior de sus labios, dulce como un vaso de agua al salir del mar. Cuando ella dejó de luchar y le devolvió el beso, apresando los labios del pirata con los suyos, Miguel le soltó la otra muñeca para sostenerla del pelo y la espalda y apretarla contra él mientras seguía besándola, con sed.

A Victoria se le apretó el estómago, y el mundo le dio vueltas, y sintió cómo el suelo desaparecía y se quedaba flotando en medio de la habitación. Entonces él la empujó hacia atrás, tirando a la vez de la trenza, hasta que la princesa se encontró con la espalda sobre los tablones. Su vestido crujió cuando el capitán, sin soltarla, se tumbó sobre ella y siguió besándola, ahora el cuello y el escote. Ella solo sentía el peso del pirata, su cuerpo duro sobre ella. Él comenzó a palpar la falda con la mano libre y a arremangársela, buscando sus muslos, y el corazón de la princesa se aceleró. «Detenlo», le gritaba una vocecita en su cabeza, nublada por la pasión. «Eres la hija de Isabel de Inglaterra. Detenlo antes de que te arrepientas». Y luego otra voz, más fácil de escuchar, que le decía: «No vas a hacer nada que tu madre no haya hecho. ¿O cómo crees si no que ha tenido una hija bastarda?». Y de nuevo, la voz de la conciencia: «Victoria, por tu honor. Detenlo o al menos

simula intentarlo». Pero el cuerpo de Victoria se había rebelado y, de pronto, ella lo sentía incompleto, sentía un vacío entre sus piernas, un vacío en su interior que anhelaba el tacto del pirata como no lo había deseado nunca. Él había logrado subirle la falda y la agarraba de la nalga mientras volvía a besarla en los labios y, cuando empezó a morderle la oreja, la princesa, perdida, se olvidó de las voces y gimió el nombre del pirata.

No tuvo que hacer más. Aunque el gemido fuera un gemido de placer, aun cuando la princesa no le había pedido que se apartara, Miguel dejó de besarla, se apartó de ella, apretó la mandíbula, la liberó y se dejó caer tumbado a su lado, los dos con la vista en el techo del camarote. Victoria, en un arrebató de pudor, se estiró la falda hacia abajo. Él espiró hondo y se incorporó hasta quedar sentado en el suelo. Sin mirarla, le dijo:

—Perdonadme, esto no... no se volverá a repetir —su voz era grave, hablaba entre dientes y titubeaba. Victoria nunca le había oído titubear antes—. Os dejaré en Berwick esta noche y, aunque os encuentre en mitad del océano Atlántico, no os volveré a subir a bordo.

Volvió a respirar profundamente, se puso en pie y le tendió la mano a Victoria para ayudarla a incorporarse. La princesa estaba confusa. Sentía el vacío en su cuerpo aún palpitando, esperando que lo llenaran, pero le dio la mano y se dejó ayudar. Intentó leer en los ojos del pirata, pero él evitó su mirada. Cuando estuvo en pie, él le cogió la mano izquierda y probó a moverle la muñeca en distintas direcciones.

—Solo es una torcedura —diagnosticó—. Sentaos en la cama. Os la vendaré.

Hablaba sin mirarla. La princesa se sentó y el capitán desapareció detrás del biombo rígido tras el que le había visto desaparecer las otras veces que había estado en su camarote, cuando el pirata fue a buscarle algo de ropa para enseñarle a hacer esgrima y cuando la llamó después del ataque a Porto dos Ingleses. Esta vez a la princesa la cama le daba vueltas, el mundo entero le daba vueltas, y no sabía qué sentir. Miguel regresó con una tira de tela azul, se sentó junto a ella y comenzó a vendarle la muñeca.

—De modo —susurró él con el tono de voz jovial que Victoria sí conocía— que os digo una vez que sois la primera mujer en entrar en mi camarote y os creéis con derecho a irrumpir en él a vuestro antojo y a soltarme todo tipo de improperios.

Sí, su tono volvía a ser el tono que empleaba cuando se divertía pinchando a la princesa, pero aún hablaba sin mirarla, inmerso en lo que

hacía. Ella lo observaba. Le gustaba tanto tanto...

—No es mi culpa si me habéis mentido sobre las mujeres que habéis traído aquí.

Él la miró por fin con sus ojos miel, en una mirada transparente.

—¿Y por qué iba a mentirte?

Ella no aguantó su mirada y bajó la vista al suelo.

—Porque sois un estúpido —dijo, aunque en aquel momento lo que pensaba era que ella era la estúpida, estúpida por quererle, estúpida por haberle montado aquel número de celos, estúpida por permitir que la besara y devolverle el beso solo para que él la rechazara, estúpida por desearlo tanto tanto.

Él sonrió, casi una risa. Terminó de vendarla e hizo un nudo.

—¿Os aprieta?

—¿El qué? —preguntó Victoria perdida.

Otra sonrisa.

—El vendaje.

Ella negó con la cabeza y volvió a bajar la vista. Él le dijo:

—Siento haberte hecho daño.

—Y ella lo miró un instante, sin saber si lo decía por la bofetada, por Isabella, o por haberle roto el corazón en pedazos. Y deseó que la besara de nuevo, solo que la besara de nuevo.

Pero él ya se había puesto en pie y se metía de nuevo la camisa por dentro del pantalón, disponiéndose a salir del camarote. Victoria pensó en levantarse de la cama, acercarse a él, decirle algo, pero las piernas no le obedecieron. Se quedó sentada allí, con el cuerpo temblándole y la trenza medio deshecha, y no era capaz de articular palabra. «Os dejaré en Berwick esta noche y, aunque os encuentre en mitad del océano Atlántico, no os volveré a subir a bordo». Aquellas palabras le dolían como puñaladas.

Él se mordió el labio y una sonrisa volvió a dibujarse en su rostro. Se volvió a mirarla.

—Estáis saladita —dijo entonces, y sus ojos brillaron con picardía—. Le diré a Richards que os prepare un baño. Será mejor que os lavéis antes de vestiros o echaréis a perder la ropa de Isabella.

—No es su ropa —consiguió contestar Victoria en un hilo de voz mirando el vestido azul oscuro que seguía a los pies de la cama.

—Es cierto. Parece más el de una de sus doncellas. No ha sido muy generosa entonces cuando Richards le ha pedido un vestido para una mujer

que hemos encontrado en el mar.

Victoria se encogió de hombros.

—Estaré más cómoda así.

Él asintió.

—Después, cuando estéis vestida, podéis bajar al comedor a almorzar con nosotros.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Puedo?

—Lo que sí te pediría —dijo él, de nuevo en voz más suave— es que aproveches para salir cuando estés segura de que ella, su escolta y sus doncellas están en el comedor. No... no podría explicarle...

Victoria asintió, evitándole tener que terminar la frase.

—Esperaré aquí.

Miguel se ató su espada al cinto, volvió a mirar a Victoria, le sonrió y salió del camarote. Y la princesa, aún sentada en la cama, se mordió el labio también y se dejó caer sobre el lecho, tratando de dilucidar entre aquel terremoto de emociones si predominaba la alegría o el pesar.

Cuando Fred entró en el camarote del capitán con dos cubos de agua, Victoria ojeaba el libro que Miguel tenía en su mesilla. Estaba escrito en español y la princesa reconoció la apretada caligrafía del capitán. Al oír la puerta, ella alzó la vista y se sorprendió al ver al contramaestre.

—Esperaba a Richards —apuntó la princesa.

Fred caminó hasta la esquina de estribor donde el capitán tenía su tina vacía.

—Es mi castigo por salir a cubierta y dejar escapar a la prisionera —dijo volcando el agua de los cubos dentro—. Hacer labores de mayordomo, llenando el baño con toda el agua dulce que no vayamos a necesitar de aquí a Berwick.

Victoria le sonrió en agradecimiento antes de que saliera para regresar al cabo de un rato con otros dos cubos llenos de agua. Fred vació primero uno y luego otro. Volvió a salir y repitió la operación una tercera vez. Cuando el baño estuvo listo, el pirata se volvió a la princesa y le dijo:

—Confío al menos, *milady*, que la entrevista haya merecido la pena.

La princesa suspiró.

—Se podría decir que sí. Al menos he sacado en claro que no soy del agrado del capitán —dijo con nostalgia, torturándose en recordar una y otra vez las palabras de Miguel cuando se había apartado de ella y alejando el recuerdo del revolcón sobre el suelo.

Fred miró a la princesa unos instantes. Había madurado desde que salió de Londres. Sus facciones se habían endurecido, su mirada era más intensa y su piel, tan morena, contrastaba con su cabello rubio y el vestido de princesa. Allí, a la luz que entraba por los ventanales, tenía un aire irreal. Era hermosa. Podía gustar más o menos, pero era hermosa. Con el rostro ovalado, su nariz ligeramente respingona, los ojos grandes y azules y los labios llenos de juventud, era imposible que el capitán no la encontrara cuanto menos deseable.

—A veces, *milady*, los hombres no tomamos algo no porque no nos agrade, sino porque vale demasiado y no podemos dar tanto.

Victoria sonrió con melancolía.

—O no queréis darlo —puntualizó en un murmullo.

Fred se quedó en silencio unos instantes. Entonces añadió:

—Hay muchos otros hombres en Inglaterra, *milady*, que no son piratas y que estarían dispuestos a darlo todo sin pensarlo, incluso su vida, por alguien como vos.

Ella sonrió de nuevo.

—Gracias, Frederick Stowe. Acaso debiera haceros caso, por cuanto no sois el primero en decirme eso.

El contraestre se inclinó y caminó hacia la puerta.

—¿Puedo pedir un último favor? —dijo entonces Victoria acercándose a él.

Él asintió.

—¿Podrías... —la princesa no sabía cómo pedirle esto—, podrías desatarme el vestido?

Fred sonrió, en el relampagueo blanco de su eterna sonrisa. Dio el paso que lo separaba de la princesa, esperó a que ella le diera la espalda, le dijo que se sujetara el vestido y, a continuación, con una destreza mayor que la que tenía izando velas, le desató el corsé y se lo aflojó para que pudiera sacárselo sin dificultad.

Victoria se volvió, sosteniéndose el vestido contra el pecho, y le dio las gracias. «Inés tiene suerte», pensó. Pero no lo dijo. Esperó a que el pirata saliera por la puerta, se acercó al baño, abrió los brazos a los dos lados de su

cuerpo y el corsé cayó solo hasta el suelo. «Sí, Inés tiene suerte». Y, con un suspiro, se desató la falda y se metió en el baño de agua dulce y templada que la abrazó.

El baño fue corto. Se aclaró la sal del cuerpo, luego salió de la tina y metió la cabeza para aclararse bien el pelo. No quería estar más tiempo en el agua, sola y pensando en lo que acababa de ocurrir, en cuánto había soñado con ese momento para que, ahora que había pasado, solo le dejara recuerdos amargos. Se secó, se puso el verdugado y, sobre él, el vestido añil. Necesitaba que le ataran el corpiño de nuevo. Se calzó y, con cautela, abrió la puerta del camarote.

En el puente João llevaba el timón.

—¡Señor Ferreira! —llamó la princesa.

El segundo de a bordo se volvió. Tardó unos instantes en descubrirla.

—¿El capitán y las damas están dentro?

El portugués asintió, y Victoria salió del camarote y cerró la puerta tras de sí. Le pidió al timonel que le atara el corsé mientras ella llevaba la caña y, una vez este lo hizo, ella se quedó a su lado, informándose de dónde estaban y hacia dónde se dirigían. El timonel acababa de responderle que viajaban de Aberdeen hacia Calais a dejar a la dama en Francia, que a ella, Victoria, la habían encontrado en la desembocadura del río Forth, cerca de North Berwick, y que, por lo que tenía entendido, la dejarían esa noche en Berwick, cuando se abrió la puerta del castillo de popa y aparecieron en el combés el capitán, Isabella y sus dos doncellas.

Isabella era una mujer muy atractiva. Rondaba los veinticinco años y estaba en su plenitud. Se parecía a Victoria en el color de los ojos y del cabello, pero, mientras en la princesa todo era natural y espontáneo, ella era el ejemplo de la contención. Sus ademanes castos, sus gestos virginales, todo estaba medido. Llevaba el cabello recogido en un intrincado moño decorado con perlas, como también llevaba perlas en las orejas y en el cuello. El vestido beis bordado y cargado de pedrería parecía estar puesto sobre un maniquí, pues las medidas de la mujer eran perfectas, y estaba tan tiesa y tan rígida como los muñecos de madera. Era fría. Fría como el mar del Norte, y su modo de mirar denotaba que era astuta también. Las dos doncellas que la acompañaban, pese a la diferencia de edad —una era poco mayor que Victoria y la otra podía tener la edad de la reina Isabel—, eran igualmente feas. Las dos iban vestidas de azul marino.

Los cuatro subieron al puente y Miguel saludó a Victoria y se presentó, como si fuera la primera vez que se veían. Después presentó a Isabella como Isabella Micheli, nieta del embajador de Venecia, y a las dos doncellas por sus nombres, nombres que Victoria no se esforzó en escuchar. La princesa se inclinó en una reverencia perfecta al tiempo que se presentaba a sí misma como Victoria Swan. Isabella se interesó en saber qué le había ocurrido y Victoria inventó que su padre era mercader y, como no tenía hijos varones, con frecuencia era ella la que cobraba las deudas, para lo cual viajaba junto a las mercancías.

—Nos atacaron, deduzco que piratas —explicó ella someramente—. Hundieron el navío y yo logré llegar al batel, pero estaba sin remos. No es que hubiera podido remar mucho yo sola —se excusó—, pero lo habría intentado al menos.

Ante las palabras de Victoria, Isabella se sacó un abanico de la nada y comenzó a darse aire muy deprisa, al tiempo que se llevaba la mano al corazón fingiéndose horrorizada por la historia.

—¿Abrieron fuego contra vuestro barco? —preguntó Miguel interesado.

—Dos veces. Nos desarmaron y nos hundieron. Y, aunque esta es la segunda vez que estoy en un barco que naufraga, debo admitir que el recibir una andanada a quinientos pies es una experiencia que no le deseo a nadie —contestó.

Isabella siguió abanicándose muy deprisa.

—¡Santo Dios! —murmuró—. ¿Habiendo naufragado antes, vuestro padre os obliga a volver a subir a un navío? Os debe de tener en poca estima.

—En absoluto —volvió a contestar Victoria—. Me gusta el mar.

—¿Qué edad tenéis? Debería estar buscándoos un esposo en lugar de abandonaros en el mar, rodeada de hombres y con tantos peligros.

Victoria se mordió la lengua para no llamarla mema.

—Ya conocéis a los hombres —dijo al fin—. Mi padre reserva mi mano para cuando tenga que cerrar un acuerdo importante. Y, en cualquier caso, aún soy joven. Mucho más que vos, diría yo. ¿Vos estáis casada?

Isabella le dedicó una mirada fulminante, y Victoria le devolvió una encantadora sonrisa cargada de hipocresía. La dama se volvió al capitán y le dijo que sus doncellas y ella iban a jugar a las cartas al salón, y le preguntó si él quería unirse.

—Debo dar una vuelta por cubierta para asegurarme de que todo esté en orden y preparar el desembarco de esta noche. Pero tal vez a lady Swan le

gusten los naipes. Los mercaderes juegan muy bien.

Tanto Isabella como Victoria miraron a Miguel con los ojos echando chispas.

—Muchas gracias, capitán —se apresuró a contestar la princesa—, mas no me siento repuesta del todo y, considerando que la invitación a jugar a las cartas iba dirigida a vuesa merced y no a mí, me retiraré al camarote que amablemente me ha cedido el contraamaestre, a descansar y leer algo, si tenéis algo de lectura que dejarme.

Las dos mujeres volvieron a cruzar sonrisas hipócritas y la invitada de Miguel y sus dos doncellas se retiraron al castillo de popa seguidas por Victoria y, en último lugar, Miguel. El capitán se adelantó para abrirles la puerta y la sostuvo mientras pasaban las cuatro. Al pasar junto al camarote de Fred, Victoria abrió la puerta y Miguel la detuvo.

—¿Algo que queráis leer en particular, *milady*?

Las otras tres mujeres se alejaban por el pasillo. Abrieron la puerta del fondo y entraron en el salón. Segura de que ya no podían oírla, Victoria preguntó:

—He visto que tenéis un libro en vuestra mesilla con el título en español. ¿Qué significa?

—Significa que sois una cotilla, lady Dudley.

Victoria bajó la vista azorada. El capitán sonrió.

—*Antología de poesía española.*

—¿La habéis hecho vos?

—Sí, ahí escribo mis poesías favoritas.

—¿Y cuál es?

—¿Cuál es qué? —preguntó Miguel apoyado de brazos cruzados en la jamba.

—Vuestra poesía favorita.

Resultaba curioso. Tanto tiempo juntos en la travesía a Cabo Verde y nunca hablaron de las aficiones del pirata.

El capitán dudó un instante. Después, para sorpresa de Victoria, comenzó a recitar en español:

*En tanto que de rosa y azucena  
se muestra la color en vuestro gesto,  
y que vuestro mirar ardiente, honesto,  
enciende al corazón y lo refrena;*

*y en tanto que el cabello, que en la vena  
del oro se escogió, con vuelo presto,  
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,  
el viento mueve, esparce y desordena:*

*coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto, antes que el tiempo airado  
cubra de nieve la hermosa cumbre;*

*marchitará la rosa el viento helado.  
Todo lo mudará la edad ligera  
por no hacer mudanza en su costumbre.*

La princesa lo escuchaba absorta. No entendía una palabra, pero la voz del capitán con el ritmo de los versos le parecía una canción.

—Es de un autor español llamado Garcilaso —explicó el capitán.

—¿Y qué dice? —preguntó ella.

—Es una incitación a la mujer a que aproveche su primavera y ame antes de que el tiempo estropee su belleza.

Victoria sonrió.

—¿Es una proposición formal?

A Miguel se le escapó un instante la vista al interior del camarote de Fred, y la princesa pensó por un momento que iba a arrancarla del quicio de la puerta y a terminar lo que había empezado horas atrás.

—*Milady*, las mujeres tenéis la mala costumbre de que, cuando aceptáis gozar de vuestra primavera con un hombre, es con el firme compromiso de que permanezca a vuestro lado el otoño y el invierno.

—Sí, ya sé. Y vos no estáis dispuesto a casaros con nada ni con nadie.

Miguel se encogió de hombros.

—Soy un pirata. Vivo cada día pensando que tal vez no haya un mañana —e inclinándose hacia la princesa añadió—: Y tú, Victoria, ahora que eres una pirata, deberías hacer lo mismo.

Se apartó de la puerta y le dijo a la princesa que iba a buscarle el libro.

—Capitán —le detuvo ella—. Y a Isabella, ¿le habéis prometido el otoño y el invierno?

Miguel se volvió con la mirada cargada de reprobación.

—Lo pregunto —se explicó Victoria rápida— porque ya está cerca de empezar su verano.

Miguel estudió a la que fuera su pupila.

—*Milady*, con quien yo me comprometa o deje de hacerlo no debería ser asunto vuestro.

Victoria encajó el primer golpe sin mover una ceja.

—Además —añadió el capitán con su tono más jovial—, el verano en Inglaterra es una estación deliciosa.

El segundo le costó más. Victoria cerró dando un portazo y se sentó en la cama de Fred.

Miguel no tardó en regresar. Llamó, abrió sin esperar respuesta y le tendió el libro a la princesa, que se había tumbado en la cama. *Espejo de navegantes*, de Alonso de Chaves, un tratado sobre el combate naval.

—Si os preguntan, decid que os traje a Dante.

Victoria tomó el libro y dio las gracias.

—¿Queréis que le pregunte a Isabella si os permite utilizar también su dormitorio hasta que os desembarquemos en Berwick? —preguntó Miguel desde el umbral.

Victoria forzó una sonrisa:

—Prefiero dormir de pie —repuso.

Miguel se rio.

—Controlad vuestros celos. Se os nota demasiado —le dijo, y cerró antes de que Victoria pudiera lanzarle el libro a la cara.

A la princesa la despertó el insistente golpear de unos nudillos en la puerta. Tardó unos segundos en ubicarse y, acto seguido, se levantó de la cama de Fred y abrió la puerta. Richards estaba al otro lado. Venía a informarla de que la comida estaba servida y la esperaban para almorzar.

Victoria se alisó el vestido, se peinó un poco, salió al pasillo y siguió a Richards hasta el comedor de oficiales. Cuando abrió la puerta y vio a Miguel sentado a la mesa en la que tantas veces habían estudiado los dos juntos las cartas náuticas, pero esta vez acompañado de Isabella y sus dos doncellas, la princesa sintió una punzada en el estómago. Miguel presidía en una cabecera, Isabella en la otra, y las dos doncellas estaban sentadas entre los dos. Forzó

una sonrisa y se sentó entre la más anciana y la invitada del capitán. No quería estar a su lado.

La comida transcurrió en silencio. A Victoria le sorprendió el que ninguno de los dos supuestos enamorados se dirigieran la palabra en el transcurso del almuerzo. Tampoco debían de tener mucho de qué hablar. Cuando ya estaban cerca de los postres, Victoria no aguantó más y le preguntó a Isabella por la partida de cartas. La mujer inclinó la cabeza y le dijo que se habían divertido.

—¿Y vos? ¿Habéis logrado descansar? —preguntó ella.

—Me quedé dormida casi en el acto —confesó la princesa—. Capitán, lamento haberos hecho buscarme algo de lectura, pues al final no he llegado a leer ni dos páginas. Toda una noche en un bote a la deriva no permite dormir demasiado —se excusó.

Miguel la estudió con curiosidad.

—Lady Swan —dijo al fin—, antes de que llegerais, lady Micheli y yo conversábamos acerca de si es posible o no que una mujer realice... determinadas tareas naturalmente destinadas al hombre.

De modo que sí que conversaban. Era ella la que lo impedía. Victoria lo miró sin contestar, esperando a saber adónde quería llegar.

—Nos habéis dicho que sabéis leer —prosiguió Miguel.

—Así es —admitió la princesa.

—Y, por la tarea que vuestro padre os ha encomendado, entiendo que conoceréis las tres reglas.

—También —contestó Victoria con cautela.

—¿Conocéis alguna otra lengua, además del inglés?

—Hablo y leo en inglés, latín y francés. Y me gustaría aprender español.

—¿Y escribís?

La princesa asintió con la cabeza sin entender. Miguel ya sabía que ella podía escribir.

Isabella intervino escandalizada:

—¿Y no os parece peligroso?

—¿Peligroso? —preguntó Victoria sorprendida.

Miguel sonrió divertido.

—Sí —dijo Isabella—. Una cosa es que una mujer sepa leer, para así poder leer las Santas Escrituras, y otra distinta es que sepa escribir, pecando contra la humildad y la modestia que se le exige a una buena cristiana. ¿Quién habría de leer lo que ella escribe?

—Lady Swan —explicó Miguel antes de que Victoria contestara algún impropio—, hace unos días, lady Micheli y yo discutíamos sobre el saber que le corresponde a una dama de la corte. Yo estaba más cerca de la postura de Erasmo y ella seguía teorías más tradicionales al respecto. Por eso nos ha resultado tan interesante vuestro ejemplo.

Isabella le dirigió una mirada fulminante a su anfitrión, como si las conversaciones que hubieran mantenido debieran guardarse en secreto.

—Lady Swan no es una dama de la corte —apuntó la mujer.

Victoria no le prestó atención. Recordó los autores que tenía Miguel en la estantería: Erasmo, Ficino, Castiglione..., todos humanistas, en especial Erasmo, con su visión tan revolucionaria de la mujer. ¿Habrían sido esos postulados los que habían empujado al español a probar las dotes de capitán de su pupila?

—Capitán —contestó la princesa—, si me lo permitís, ni mi padre ni yo creemos que el saber sea peligroso. Lo que es peligroso es la ignorancia.

Isabella sacó su abanico y comenzó a darse aire muy deprisa. La princesa pensó que la mujer la llamaría bruja de un momento a otro. Pero Miguel parecía haberse olvidado de pronto de su invitada. Fuera adonde fuera que quisiera llegar, nada iba a detenerlo.

—Y, lady Swan, ¿qué más os ha enseñado vuestro padre para conducirnos entre marineros? ¿Os ha enseñado a nadar?

Victoria se quedó estupefacta. «¿Adónde quieres llegar, Miguel? —pensó—. ¿Acaso me estás reprochando no haber opuesto más resistencia a tu ímpetu?». Pero en su lugar, contestó prudente:

—No, capitán. Pues él mismo nunca ha sabido nadar. Aunque, visto lo que me ha ocurrido, creo que no estaría de más aprender.

Isabella seguía abanicándose. Victoria era consciente de que caminaba entre arenas movedizas.

—En cuanto a conducirme entre hombres, mi padre opina que mi virtud correría más peligro en el desenfreno de la corte que en un navío rodeada de marineros, y confía en el modo en el que me ha educado para que yo sepa mantener intacta mi virtud.

Miguel sonrió. Victoria le mantuvo la mirada. Isabella no disimuló hasta qué punto le había ofendido el comentario de Victoria sobre los vicios de la corte. Iba a responder cuando Miguel habló.

—Pero sabéis que algunos hombres toman por la fuerza lo que se les niega con palabras cuando tienen ante ellos a una mujer desvalida. ¿Os ha

enseñado vuestro padre a defenderos ante ese peligro cierto y tangible?

La princesa entrecerró los ojos. «¿Qué pretendes? ¿Qué es lo que quieres que conteste a esto?». Era más fácil seguirle el juego con Brace.

—Si os referís al arte de la espada —tanteó Victoria, y al ver la sonrisa del capitán supo que podía seguir por aquel camino—, puedo deciros que algo sé, pero seguro que no sería rival para un hombre que, durante el almuerzo, cuelga su acero de su silla.

Las miradas de las otras tres mujeres se posaron en el tahalí que colgaba del respaldo de la silla del capitán. Victoria no necesitaba confirmarlo. Sabía que estaría ahí. Miguel sonrió abiertamente.

—Eso habría que probarlo. ¿Os batiríais en un duelo conmigo? Apuesto que a lady Micheli le gustaría ver cómo se bate una mujer, en contra de todas sus teorías.

Isabella volvió a dedicarle otra mirada de odio.

—Perdí mi espada en el naufragio —contestó Victoria todavía cauta.

—Acaso yo pueda procuraros otra.

—Sea pues. Si me procuráis también algo de ropa, estaré encantada de batirme con vos —concedió al fin, sin poder contener más el deseo de chocar aceros con su maestro.

Nada más terminar el postre, Victoria se retiró al camarote de Fred. Richards, advertido por el capitán mientras servía el pastel de zanahoria, ya le había dejado a Victoria una camisa limpia y un pantalón del capitán sobre la cama, así como una banda de tela que le hiciera de cinturón. La princesa trató de desatarse el corpiño azul oscuro, pero fue incapaz, así que, finalmente, se desató la falda y se puso el pantalón negro con la parte de arriba del vestido. Colores aparte, la combinación no resultaba tan mala. El capitán no le había prestado botas, y los zapatos de la doncella de Isabella no eran una opción factible, de modo que, descalza y de esta guisa, salió a cubierta. Isabella y Miguel esperaban en el puente. Miguel la miró un instante con complicidad y le lanzó un hierro y la princesa lo probó cortando el aire. Pesaba más que su espada y era más largo. El recuerdo de su espada, que ella creía hundida con la *Crazy*, le arrancó un suspiro.

—¿Estáis lista, *milady*?

Victoria asintió. Pies en noventa grados, guardia adelantada, la mirada en los ojos de Miguel... El capitán sonrió al ver el aspecto fiero de su pupila.

Le lanzó un tajo, ella lo defendió, fintó un revés que ella cometió el error de defender también y se encontró con la punta de la espada del capitán bajo la barbilla.

—*Milady*, o lleváis mucho tiempo sin batiros, o tal vez vuestro padre debería pedirle a vuestro maestro que le devuelva lo que le pagó —se mofó el capitán.

De modo que era eso, pensó Victoria. El capitán lo que quería era pavonearse delante de su invitada.

—Echo en falta mi espada —dijo la princesa.

Miguel apartó la punta de su espada de la barbilla de Victoria, inclinó la cabeza aceptando la excusa y le lanzó su espada a la joven. Ella la cogió y le lanzó a él la suya, cambiando así los aceros.

—Ahora ninguno tiene su espada —dijo el capitán.

Victoria asintió. Volvió a ponerse en guardia y esperó al ataque. La espada de Miguel era más ligera y se parecía más a la suya. Esta vez, la princesa se defendió de todos los ataques y pudo incluso contraatacar. Isabella los observaba batirse por la cubierta sin dar crédito a lo que veía. Miguel empujó a Victoria hacia el combés y siguieron chocando aceros mientras descendían por la escalera. Después, el capitán acorraló a la princesa contra la escala del palo mayor, y ella se vio obligada a encaramarse a ella, aún defendiéndose de cada cuchillada. El capitán la siguió con la espada por delante. Un tajo, otro, y... en el tercero, el capitán envolvió en un giro el arma de la princesa con la suya y la lanzó a cubierta. La espada cayó casi a los pies de Isabella, que los había seguido abajo. Victoria, desarmada, subida en el principio de la escala, no lo dudó y saltó a la cubierta sin que Miguel pudiera pedirle la rendición. Rauda, se abalanzó sobre el arma antes de que Isabella, que se había agachado a recogerla, pudiera siquiera tocar la empuñadura. Miguel sonrió desde la escala. La princesa estaba más ágil que la última vez que se batieron. Él descendió de un pequeño salto, pues estaba más cerca del suelo, y siguieron chocando aceros. La tripulación había detenido sus quehaceres para observarlos. El capitán se dejó acorralar contra las escaleras que subían al puente. Victoria, enardecida, se lanzó a fondo, pero Miguel la esperaba. Se agarró a la barandilla del alcázar y de un salto llegó a la tolda, mientras la princesa clavaba su espada entre dos escalones. Ella dejó escapar una imprecación y lo siguió rauda. Miguel reía, pero tuvo que dejar de hacerlo ante la fiereza del ataque de la joven. Había llegado el momento de terminar el combate. Miguel se dejó acorralar de nuevo, esta vez contra la

barandilla de estribor, y defendió los tajos que le lanzaba una Victoria rabiosa. La princesa parecía descargar en cada golpe la furia que sentía por lo ocurrido esa mañana. Una cuchillada, otra, un revés...; antes de llegar al quinto toque, Miguel se apartó, y la princesa no pudo detener el impulso de la estocada que iba dirigida al capitán y se fue al agua. Miguel estaba esperando que esto ocurriera, de modo que, mientras la princesa caía, le quitó la espada, gritó que dejaran las velas al paio, dejó caer los dos hierros al suelo y se tiró de cabeza al agua, detrás de ella.

Victoria se hundía. Como arrastrada por una fuerza mágica. Contuvo la respiración. No podía creer que Miguel la hubiera dejado caer al agua. Abrió los ojos para ver la oscuridad de las aguas del mar del Norte. Entonces sintió cómo la agarraban por debajo de la mandíbula y tiraban de ella hacia arriba. Antes de que pudiera entender lo que había ocurrido, tenía la cabeza fuera del agua. Tomó una bocanada grande de aire y comenzó a patallar, histérica.

—¡Estate quieta! —oyó la voz de Miguel a su lado—. ¡Ya es bastante difícil nadar con las botas!

La princesa obedeció y se dejó llevar. El capitán la sostenía con la cabeza hacia atrás, agarrándola por debajo del mentón. Sintió su cuerpo flotar en el agua y el roce del cuerpo del pirata bajo ella cada vez que él braceaba. Victoria flotaba, y aquella sensación era completamente nueva y distinta a todas las que hubiera conocido. Flotaba abrazada por Miguel. Y se dejó llevar.

Mucho antes de lo que esperaba, oyó la voz de Fred a su lado, en un bote, y sintió cómo la agarraban de un brazo. Pero ¿cuánto habían tardado en dejar el enorme navío al paio, echar el bote al agua y remar hasta ellos? A la princesa nunca dejaba de asombrarle la eficiencia de la tripulación de *El Miguel*.

—La tengo, capitán —decía el contramaestre.

Miguel soltó a Victoria y se agarró al bote.

—Podéis estar segura, *milady*, de que nunca jamás volveré a hacer algo así —dijo el capitán quitándose las botas y tirándolas dentro de la barca.

—Es una lástima que no vayáis a recogerme nunca más —contestó ella con la respiración aún entrecortada por la zambullida—. Podríais enseñarme a nadar.

—¡Subidla! —gruñó Miguel.

Fred y Dorek, divertidos, tiraron de ella y la sentaron en la barca. Miguel, sin botas, subió ágil.

—*Milady* —dijo Fred—, os voy a decir lo mismo que le dije a Inés. Si alguna vez os veis en el mar, recordad que en el momento que metéis la cabeza en el agua vuestro cuerpo flota. De modo que lo que debéis hacer es tumbaros boca arriba, echar la cabeza bien hacia atrás e impulsar el agua hacia abajo con las manos.

—Gracias, Fred.

—¿Fred? —preguntó el capitán con la mirada pasando de la princesa al contraamaestre.

Los dos bajaron la vista con una sonrisa, y Miguel frunció el ceño con desaprobación.

Dorek, serio como siempre, tomó los remos y, en apenas unos minutos, los llevó hasta *El Miguel*, que se mecía a la deriva con las velas recogidas. Les lanzaron una escala y ayudaron a Victoria a subir. Miguel subió detrás.

Isabella los esperaba junto a la borda. En cuanto vio al capitán se echó a sus brazos.

—¡Oh, Miguel! ¡Me teníais tan preocupada! ¿Cómo se os ocurre lanzaros así al mar?

Él la sostuvo y le sonrió.

—*Milady*, después de tantas molestias como nos hemos tomado para rescatar a lady Swan, no podía permitir que terminara ahogándose —contestó acariciándole el rostro a su invitada.

Victoria sintió como si el mar la tragara con más fuerza que cuando había caído al agua. Fred la agarró del codo evitando que perdiera el equilibrio.

—Capitán, ¿adónde llevamos a la doncella? —preguntó, sin importarle interrumpir las caricias y requiebros del español.

Miguel miró a su contraamaestre con severidad.

—Llevala a vuestra cabina para que se quite la sal y se ponga algo seco de nuevo. Acaso el vestido con el que llegó si lo tiene listo. No quiero abusar de la generosidad de lady Micheli.

Fred asintió y empujó a Victoria hacia el castillo de popa.

—Ah, Stowe, y llevadle una escudilla con agua dulce para que pueda aclararse.

El contraamaestre asintió de nuevo.

—Yo, *milady*, debo retirarme también a ponerme algo seco. Os veré a la hora del té —le dijo a su invitada, y le dio un beso rápido en los labios antes de desaparecer en su camarote.

Cuando Fred regresó a su pequeño camarote con el cubo de agua, Victoria seguía sentada en la silla tal y como él la dejara.

—Tened. Para que os quitéis la sal del pelo y de la piel.

Ella le dio las gracias.

—Y, decidme, *milady* —preguntó el pirata sin atreverse a salir al ver que la joven seguía inmóvil y abatida—, ¿cómo está Inés?

Victoria alzó la vista al contraamaestre.

—¡Oh, Fred! ¡Teníais que haberla visto estos días! ¡Largando velas, recogiénolas, ocupándose de supervisar las maniobras de fondeo, tirando del cañón...! ¡Es la más diestra de todas en los palos! ¡Estaríais tan orgulloso! —le dijo al pirata sonriendo al fin.

—Estoy seguro de ello. ¿Me haréis un favor?

Victoria asintió.

—Cuando la veáis, ¿le diréis que no hay día ni hora en la que no piense en ella?

La princesa asintió de nuevo.

—¿Y vos, podéis ayudarme también, Fred?

—Claro, *milady*.

Y Victoria se puso en pie y le dio la espalda.

—¿Me desataríais el vestido otra vez? —pidió.

Y una vez más el contraamaestre procedió a desatarla y a abandonar el camarote para que pudiera lavarse y cambiarse.

A la hora del té, Miguel esperaba puntualmente en el comedor. Llegó Isabella y después llegó Richards con la bandeja y, como Victoria no aparecía, Miguel mandó al marinero a buscarla. Richards regresó al cabo de unos minutos.

—Capitán, la dama pide que la disculpéis, que no tomará el té.

Miguel frunció el ceño.

—¿Y lady Swan ha dicho por qué no nos va a acompañar?

El marinero asintió con la cabeza, frotándose las manos nervioso.

—La dama dice que prefiere quedarse en cubierta viendo el atardecer.

—Está bien, señor Richards. Pero recordadle a lady Swan que en una hora fondearemos en Berwick, para que esté preparada.

Victoria, en efecto, estaba en cubierta junto a la borda de estribor mirando la costa que tan bien conocía. Acababan de pasar Burnmouth y pronto podría ver John's Pipe. Su mente estaba lejos, en sus chicas, en si habrían llegado todas bien y en que estarían preocupadas por ella. De pronto, le sorprendió una voz de mujer a su lado. La doncella más joven de Isabella se había colocado a su izquierda y también miraba el atardecer.

—Adoro viajar en barco —dijo—. Lady Micheli es muy afortunada. Nada hay más romántico que un viaje en barco.

A Victoria le contrarió la compañía. Había huido del salón para no tener que ver a la tierna pareja y no quería que se la recordaran. Miró a la doncella, le dedicó su sonrisa más falsa y comentó:

—En verdad que es afortunada. El capitán parece un hombre muy atento y la posición no lo es todo. Con lo trabajador y sensato que es, seguro que muy pronto se recupera del último revés de la fortuna.

La doncella miró a Victoria sin entender.

—¿A qué revés os referís?

—Al de su último navío —contestó Victoria, como si fuera algo obvio—, ese en el que había invertido todo su caudal.

La doncella la miraba espantada.

—No sé de qué estáis hablando.

Victoria se tapó la boca.

—Espero no haber dicho nada que no debiera. Me lo ha contado esta mañana el segundo de a bordo. Pensé que lo sabríais —dijo con fingida preocupación.

—No, no sabía nada. ¿Qué ha ocurrido?

Victoria se mordió el labio.

—No sé si debo contároslo. Si el capitán no se lo ha dicho a lady Micheli para no preocuparla, ¿quién soy yo para estropearle este viaje a vuestra señora?

—Hacedlo, os lo ruego.

Victoria suspiró.

—Está bien, pero, por favor, no le digáis nada a lady Micheli hasta que acabe el viaje. —Y acercándose en tono confidente le contó que el capitán había invertido toda su fortuna en un galeón que se había hundido en las aguas de Cabo Verde. No sabía más. El segundo de a bordo tampoco había querido hablar mucho de ello.

—Eso es terrible.

—Es lo que tiene el mar —dijo Victoria encogiéndose de hombros y volviendo la vista de nuevo al horizonte—. Los mercaderes sufrimos con tanta frecuencia sus embestidas... ¡Pobre capitán! Al menos, tiene a vuestra señora.

—Sí —musitó la joven—. Si me disculpáis, debo preparar el vestido para la cena de la señora.

Victoria la dejó ir con una inclinación de cabeza y se quedó junto a la borda con una sonrisa malvada bailándole en los labios.

Antes de llegar a la puerta del alcázar, la doncella se cruzó con Richards, que salía a la cubierta para comunicarle a Victoria que llegarían en una hora y que el capitán había pedido que se preparara para desembarcar.

—Regresaré a mi confinamiento. Gracias, señor Richards.

Y el marinero se quedó con las ganas de preguntarle a Victoria de qué había hablado con la doncella, que de pronto parecía tan seria y preocupada.

Victoria estaba tumbada en la cama de Fred, de nuevo con su vestido amarillo y blanco ya hecho jirones. Leía el tratado de combate naval que le prestara Miguel cuando llamaron a la puerta. Ella invitó a pasar y, para su sorpresa, apareció el capitán en el umbral. Traía la caja de derroteros y el alfanje de Shatidje. La princesa se puso en pie.

—Os traigo vuestras cosas. ¿Puedo pasar? —preguntó él.

Victoria quiso contestarle que para darle sus cosas no necesitaba entrar en el camarote de Stowe, pero el deseo de estar a solas con el pirata pudo más y la princesa asintió y le señaló la silla vacía. Victoria volvió a sentarse en la cama. Miguel no se sentó. Solo cerró la puerta.

—Contadme, *milady*. Realmente, ¿qué es lo que os ha ocurrido? ¿Habéis vuelto a subir vuestro navío a una roca, o vuestra historia se parece más a la que le habéis contado a Isabella y os lo han hundido a cañonazos?

La princesa quiso decirle que eso ya no era asunto de él, pero de nuevo se encontró contestando que estaban practicando unas maniobras cuando, sin razón aparente, se les acercó un navío con bandera inglesa, les disparó una primera andanada y se alejó solo para presentarles la otra borda y lanzarles la segunda.

—¿Así, sin más?

Ella asintió con la cabeza.

Miguel se quedó pensativo unos segundos. Después dijo:

—La única explicación que le encuentro es que la semana pasada el señor Ferreira me contó que en una taberna en Escocia había oído hablar de un navío tripulado por mujeres que fingían tener una avería y, cuando alguien se prestaba a socorrerlas, encañonaban al capitán, los obligaban a dejar las armas y los saqueaban. Acaso el capitán del barco que os atacó os haya confundido con ese navío.

Victoria se había vuelto a poner en pie de golpe.

—O tal vez —añadió Miguel estudiando a la joven— no estuviera confundido.

La princesa supo que tenía que contestar algo.

—Capitán, no puedo creer que estéis justificando que el capitán de un navío, sin mediar amenaza, agresión ni acción ninguna, dé orden de hundir a otro solo porque haya oído un cuento inverosímil —dijo entonces fingiéndose ofendida.

Miguel se apoyó en la puerta cerrada.

—No justifico nada. Es la única explicación que encuentro a su conducta. Porque, después de dispararos, no os abordaron, ¿no?

—Después de asegurarse de que nos hundíamos, continuaron su camino al sur sin inmutarse.

—¿Y qué vais a hacer ahora, de nuevo sin navío y sin tripulación? ¿Qué haréis cuando os deje en Berwick?

—Capitán —respondió la princesa cruzándose de brazos—, considerando que cuando me dejéis en Berwick no nos vamos a volver a ver, creo que vuestro fingido interés está de más. No voy a seguir satisfaciendo vuestra curiosidad. Decid de una vez a qué habéis venido exactamente.

Su tono de voz era tajante. Costaba reconocer en ella a la damisela insegura que subió a bordo de ese mismo navío hacía casi tres meses. Tal vez fuera el efecto de haberle arrancado la esperanza.

El capitán tardó en contestar.

—Quería recordaros vuestra promesa de que, si algún día os encuentra la reina, le diréis que os dejé en Dover.

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿Habéis venido a eso? —preguntó airada—. Primero me insultáis confinándome aquí, me obligáis a seguir vuestro estúpido juego con la relamida de vuestra invitada, me decís que, aunque esté flotando en el mar, antes me dejaréis morir que recogerme de nuevo... ¿Y todavía os atrevéis a volverme a insultar recordándome que no debo incumplir la promesa que os

hice? El único que se ha comportado como un cobarde sin honor sois vos, pero no por vuestros feos voy a comportarme yo igual. Estad tranquilo. No os delataré. Y ahora, salid de aquí, os lo ruego. Id con quien estima vuestra compañía. Aquí no se os ha perdido nada.

—Victoria —dijo Miguel con tono conciliador, pero solo logró enfadar más a la princesa.

—¿Ahora soy Victoria? —le preguntó ella retadora.

—Sí, ahora eres Victoria —contestó él elevando levemente el tono para recuperar el terreno perdido—. Ahora vais a desembarcar en Berwick. Probablemente no volveremos a vernos, y no quiero que nos despedamos así.

La princesa sentía unas ganas terribles de echarse a llorar. «Contente, contente», pensó.

—Sois vos el que habéis elegido que esto sea un hasta siempre.

—Victoria, si vos fuerais más sensata habríais llegado a la misma conclusión —contestó él con sequedad.

Aquello la dejó sin palabras. Sentía los ojos acuosos. «No llores ahora, Victoria. Ni se te ocurra llorar».

—Victoria, solo quería despedirme y desearte suerte.

De debajo de la caja de derroteros sacó un libro pequeño y se lo tendió a la princesa. Victoria reconoció el que había visto en su mesilla.

—Tomad. Quiero que os lo quedéis. Decidle a Inés que os enseñe español y así podréis leerlo.

La princesa se sorprendió, pero no tocó la antología de poesía.

—Gracias —murmuró con sequedad.

—Os he marcado el poema de Garcilaso que os recité antes.

Ella asintió. «Vete, Miguel, vete. Antes de que me veas llorar».

—Gracias por el libro —repitió ella.

Él inclinó la cabeza, dejó el libro, la caja de derroteros y el alfanje sobre la silla, tanteó hasta encontrar el tirador de la puerta y abrió.

—Adiós, Victoria. Imagino que oiré hablar de ti.

—Adiós, Miguel.

Y él cerró la puerta tras de sí, dejando a la princesa inmersa en el vacío en el que se acababa de convertir el mundo sin el pirata.

## CAPÍTULO XII

*El Miguel* fondeó en Berwick y, con los gritos del marinero anunciando que el ancla estaba firme, llegó el momento de la despedida. Victoria se secó los ojos y se aseguró de estar presentable. Se volvió a trenzar el cabello, aún húmedo, se estiró el ajado vestido de princesa, se puso los zapatos de la doncella de Isabella y, de esta guisa, salió a cubierta, con la caja de derroteros asida con las dos manos y el libro y el alfanje de Shatidje cruzados sobre ella. Miguel y su invitada y toda la tripulación de *El Miguel* la aguardaban allí. Richards tomó sus cosas rápido para bajarlas al bote. Victoria habría agradecido llevar la caja y así haber tenido una excusa para no despedirse más efusivamente. Pero tomó aire, y se mantuvo erguida en la postura más majestuosa de la que fue capaz. Era consciente de que su viejo vestido, incluso roto como estaba, valía más que cualquiera de los que tuviera Isabella, y quería que ella la viera y se muriera de celos. Pero si a la invitada le impresionó el aspecto de Victoria, su rostro no la delató.

El capitán se despidió con una inclinación de cabeza y Victoria no quiso ni mirarlo. Murmuró un gracias por todo. Después Isabella le tendió la mano para que se la besara. Ella se inclinó ante aquella mujer a la que odiaba sin apenas conocerla, pero no la tocó. ¿Por qué se habría llevado Richards sus cosas? Habría sido más fácil no besarle la mano si estuviera sosteniendo la caja. También a ella le dio las gracias por los zapatos, aun sabiendo que no eran suyos. Y les dio la espalda. Si esa era la última imagen que iba a tener de Miguel, no quería recordarla. Se despidió del señor Ferreira do Santos y de Frederick Stowe, y a los dos les dio las gracias.

—Hasta la próxima, *milady* —contestó el contramaestre guiñándole un ojo.

Victoria quiso explicarle que no habría próxima, que ya no volvería a subir a bordo de *El Miguel*, ni volvería a utilizar su camarote, ni le pediría que le desatara el vestido ni hablarían de Inés, pero el bote esperaba, el capitán la observaba y ya era tarde para confidencias. Le sonrió con una

sonrisa triste y se subió al bote en el que Richards y Dorek la aguardaban. No quiso volver la vista ni una sola vez, pues sabía que, si lo hacía, su alma se rompería en pedazos. Dorek la llevó hasta el pantalán y allí Richards se apresuró a bajar rápido para ayudarla. El marinero le tendió una bolsita de cuero.

—El capitán quiere entregaros esto para que os podáis alojar en la mejor posada hasta que encontréis a vuestras amigas.

Victoria lo observó con la mirada vacía. De pronto, el marinero pelirrojo al que siempre había considerado el mejor de la tripulación le resultaba estúpido y desagradable, más preocupado por el protocolo que por la realidad. Posó su vista en Dorek, malencarado y serio, y le gustó mucho más.

—Decidle al capitán que yo no necesito su dinero. Estaré bien —contestó orgullosa—. El capitán, por contra, lo necesitará para comprarle obsequios a su invitada.

Richards, incómodo, asintió. Dorek sonrió mirando al suelo de la barca. Entonces la princesa alzó la vista por última vez a *El Miguel*, que se mecía en las aguas de la ensenada de Berwick. Y se preguntó si no le dolía más separarse del barco y los recuerdos que este le traía que de su engreído capitán. Suspiró y se despidió de Richards y de Dorek, y comenzó a caminar hacia el interior de Berwick.

Pero la princesa no tenía intención de quedarse en aquella ciudad. Sabía que si iba a la posada de La Estrella de Mar el posadero le daría su habitación de siempre y le fiaría cuanto hiciera falta, pero no quería ir allí tampoco. Sintió que necesitaba pasear, de modo que tomó la calle de Berwick que conducía a la carretera hacia el norte y abandonó por ella la ciudad.

Corría la brisa, y la temperatura de la noche de mediados de agosto se le antojó deliciosa. Caminó junto a los acantilados, volviéndose de cuando en cuando a observar los barcos en la ensenada y *El Miguel*. Entonces buscó los recuerdos más hermosos y se forzó a mirarlos bajo el nuevo prisma que le había dado el capitán: Miguel no quería volver a verla más. Antes la dejaría hundirse en una balsa en el mar que volverla a subir a bordo de su navío. Y le había dicho a la princesa que, si fuera sensata, ella desearía lo mismo. Aquella realidad lo cambiaba todo. Todo lo que había sido hermoso se teñía ahora de la frialdad glacial de sus palabras. Victoria siguió caminando, rápida, con los ojos anegados por las lágrimas. Se aseguró de destruir cada recuerdo, hasta el menor gesto. Se quedó con la bofetada y aquellas palabras, y lloró. Y cuando se había hundido entera en la certeza de que el capitán

nunca había sentido nada por ella, cuando había logrado su catarsis, se sintió mejor. Miguel la quería lejos, siempre la había querido lejos. Y le entraron unas ganas terribles de regresar con su tripulación. De modo que aceleró el paso. A lo lejos, a los pies del acantilado, brillaban las luces de John's Pipe. Y, hecha trizas pero ligera, caminó hasta allí.

En la taberna de John le habían indicado que aquella era la casa. Era una buena casa, tal vez la mejor de aquella aldea. El sueldo de un pirata rinde para mucho. Dentro había luz y se oían voces apagadas. La princesa cogió aire y golpeó la puerta con decisión. Unos pasos, un pestillo, y la puerta se abrió. Y entonces, antes de que la princesa pudiera saludar, se vio rodeada por el fuerte abrazo de Shatidje, que la privaba de aire y hacía que se le clavara la caja en la tripa.

—¿Quién es? —oyó que preguntaba la voz de Inés.

Y el gozo la inundó. Inés estaba bien, y estaba con Shatidje.

La turca liberó a la capitán del abrazo y la empujó hacia el interior.

—Míralo tú misma —dijo la contraamaestre con su voz cascada.

Inés estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y una frasca de ron a su lado. Victoria dejó la caja de bártulos y el alfanje sobre una mesa que había entre la puerta e Inés y caminó hasta su amiga.

—No deberías beber tanto —la regañó.

Inés la miraba incrédula. Cuando al fin reaccionó, se puso en pie de un salto y la abrazó tan fuerte que el abrazo de la turca parecía nada.

—Y tú no deberías darme estas preocupaciones. ¿Cómo se te ocurre no subirte al bote con las demás? Te creí muerta. Todas te creíamos muerta.

Se apartó del abrazo para observarla. Victoria tenía buen aspecto. No parecía haber salido de las aguas.

—Te doy mi palabra: la próxima vez me subiré al bote. No tengo ningún interés en volverme a quedar sola. Además —añadió la princesa—, Miguel ha prometido que no me va a volver a recoger...

Shatidje había cerrado la puerta y preguntó sorprendida: «¿Te encontré *El Miguel*?», al tiempo que Inés preguntaba: «¿Cómo que no te va a volver a recoger?». Victoria no sabía a cuál de las dos contestar.

—Sí, me recogió *El Miguel*, pero su capitán ha prometido que la próxima vez me dejará en la balsa en la que me encontró.

—¡Valiente hideputa! —exclamó Inés—. Si hubiera sido yo le habría dicho que se ahorrara lo de esperar a la próxima y que me dejara en la balsa de inmediato otra vez.

Victoria sonrió, segura de que su amiga no hablaba por hablar y le habría dicho eso mismo al pirata.

—Sí, acaso debiera haberle dicho eso, mas... fue..., fue todo tan extraño. Me dijo eso justo después de besarme —prefirió dejarlo en un beso y obviar el revolcón sobre el suelo.

Los rostros de sorpresa de Inés y de Shatidje fueron dignos de una competición.

—¿De besarte? —preguntó Inés.

Victoria asintió con la cabeza.

—Capitán —dijo la turca con su voz seca, una vez se hubo recuperado de su asombro—, de verdad haríais bien en alejaros de ese hombre y buscaros a otro.

La princesa suspiró, dejó la caja de bártulos sobre la mesa y se sentó en una silla.

—Sí, lo sé. Acaso debería haceros caso, por cuanto todos me decís lo mismo. Inés, Shatidje, Fred...

—¿Fred? —preguntó Inés, sin poder evitar que el mero nombre del pirata le hiciera saltar de donde estaba, aun cuando se sentía absurda repitiendo todo lo que Victoria decía.

Shatidje dejó escapar una risa sarcástica.

—Otro angelito —dijo.

Inés se apoyó en la pared, con las rodillas temblándole. ¿Victoria le había llamado Fred? ¿Y había hablado con él de Miguel? ¿De qué más habían hablado?

—Escuchadme —dijo Shatidje interrumpiendo los pensamientos de la condesa—, pues esto va por las dos: olvidaos de los piratas. Ni Miguel Saavedra ni Frederick Stowe. Buscaos un hombre honesto y viviréis más años.

Victoria sonrió con tristeza.

—¿Y qué hombre honesto querría estar con una mujer pirata?

Shatidje hizo un gesto para quitarle importancia a ese matiz.

—Los hombres no se enamoran de una mujer o dejan de hacerlo por su virtud y su bondad. Esas tonterías las escriben los clérigos para que seamos dóciles. Los hombres se enamoran de una mujer cuando ella les hace sentir

que son el soldado más fuerte y valiente de entre los suyos. Y eso no se consigue alabándolos, sino poniéndoles retos imposibles y permitiéndoles que los logren... parcialmente. Cuanto menos le deis a un hombre, más va a querer. Son simples. Es simple.

Victoria e Inés miraban a la mujer fascinadas, como si de pronto la turca hubiera empezado a hablar en otro idioma.

—Ahora mismo el capitán Saavedra cree que puede tomar de vos cuanto quiera. Y el problema está en que, cuando una mujer vive enamorada, ¿qué no está dispuesta a dar? Pero os lo digo, aun siendo consciente de que es más fácil decirlo que hacerlo: nunca le deis a un hombre lo que quiere.

Las dos jóvenes se miraron entre sí antes de volver a mirar a la turca.

—A los hombres les gusta competir contra los demás o contra sí mismos —continuó la mujer—. Hacedles creer que es casi imposible conseguir algo y lo intentarán. Pero por más que vuestas mercedes puedan desear lo mismo que ellos, no les deis lo que quieren, aun cuando os suponga un sacrificio. Y cuando estén cerca de rendirse, dadles algo, poca cosa... Lo justo para que no se apaguen. La seducción es el arte más sencillo que existe. Y muy parecido a la pesca. Tirar y soltar el sedal. Lo difícil es no sucumbir y entregarnos.

Las tres mujeres se quedaron en silencio unos instantes. Entonces Inés negó con la cabeza:

—Si no hay entrega, ¿dónde está el amor?

Shatidje sonrió.

—Yo os hablo de seducción. De amor sé poco. Pero entiendo que, para que haya amor, él debe valoraros como su bien más preciado. Y no lo hará si vuestas mercedes no se valoran y no se venden bien caras. Es de nuevo la historia del soldado. Hacedle sentir que es afortunado porque tiene el bien más precioso, el más difícil y único. Y eso una vez que ya esté enamorado de vuestas mercedes y le permitáis que os tenga. Hasta entonces, manteneos lejos de sus fauces, o al menos mantened algo fuera de ellas. Capitán, si os volvéis a cruzar con Saavedra, mi consejo es que seáis vos la que no quiera subir a su navío. Que os suplique él que subáis.

Que Miguel le suplicase; hacer que Miguel se enamorase de ella. De eso hablaba Shatidje. Aunque le hubiera dicho a Victoria que se mantuviera lejos de él, le estaba dando consejos para hacer que el pirata se enamorara de ella. Y tenía razón. De pronto la esperanza se coló en el pecho de la princesa como irrumpen unos críos en un patio de juegos. Ella se había hundido en el abismo porque en ningún momento había pensado en desobedecer al capitán, pero

¿por qué habría de hacer lo que él quisiera? Cuando él había dicho que creía que era mejor que no se volvieran a ver, ¿para quién era mejor? ¿Para él? ¿Para Isabella? ¿Por qué iba ella a satisfacerle? Si Shatidje estaba en lo cierto, podía conseguir al pirata. Solo tenía que hacer algo que no era fácil: desobedecer a Miguel. ¿Y realmente era aquello difícil? Hacer en cada momento lo que ella quisiera, como había hecho siempre. «Al cuerno contigo, Miguel. Tú no decides por mí», se dijo. Y se sintió renovada y llena de esperanza en lo que le depararía el futuro, pues, aunque nada había cambiado, ella había decidido continuar luchando por el amor del pirata.

La turca, inconsciente del remolino que habían obrado sus palabras, se dirigía a la cocina al tiempo que decía:

—Os prepararé un té.

«Hacer que Miguel se enamore de mí», seguía pensando Victoria. Necesitaré un barco. Aquello iba a ser más complicado. Inés la sacó de sus cavilaciones.

—Un beso de Miguel, un consejo de Fred... Victoria, ¿por qué no me cuentas exactamente qué ha ocurrido desde que se hundió la *Crazy*?

La princesa sonrió a su amiga y comenzó a relatarle lo ocurrido, cómo se había subido en la balsa del pelele, cómo la habían encontrado en alta mar, cerca de Edimburgo, y la habían llevado al camarote de Stowe, cómo se había enterado de que Miguel tenía compañía, después la discusión, el beso...

Shatidje llegó con los tés. Al dejarlos sobre la mesa, su mirada se desvió al alfanje. Victoria se percató y se apresuró a decirle:

—¡Cógelo! Lo habrás echado en falta.

La turca sonrió.

—Yo también tengo algo para vos —dijo, y desapareció por la puerta que daba a su habitación. Cuando regresó, traía la espada de lazo de Victoria en la mano.

La princesa no podría haber recibido una sorpresa mejor.

—¡Mi espada!

Tomó el arma y la blandió cortando el aire. Sí, su espada. De pronto parecía que todo estaba en su sitio de nuevo.

—Ya solo nos falta un barco.

Shatidje e Inés cruzaron la mirada.

—Eso mañana, capitán —contestó entonces la turca, al tiempo que caminaba hacia la puerta principal—. Hoy tenéis que descansar, y yo debo ir a decirle a Simonette que estáis viva. Desde que supo que yo os había visto

agarrada a un tablón y que no os había podido salvar, ha estado torturándose por no haberse bajado del batel conmigo y no haberme acompañado, por cuanto estaba segura de que, de haber estado ella allí, vos estaríais viva.

Victoria sonrió.

—Estoy viva.

—Sí, mas no gracias a ella. Cuando les conté a las chicas en la playa lo último que vi de vos, Simonette se vino caminando a John's Pipe, tomó el bote de su padre y regresó hasta la cala ella sola. Dejó el bote a la deriva donde se había hundido la *Crazy* y buceó hasta comprobar que vuestro cuerpo no estaba allí.

—¿Buceó hasta los restos de la *Crazy*? Habría lo menos quince brazas.

—Tiene pulmones de buscadora de perlas —sonrió Shatidje—. Como no encontró vuestro cuerpo, se dedicó a buscarlo por todas las playas al norte de Eyemouth. Lleva haciéndolo desde entonces. Pero a estas horas ya estará de regreso en su casa preparándose para continuar mañana. Así que voy a darle las buenas noticias.

Victoria asintió. La turca salió y Victoria e Inés se quedaron de nuevo solas.

—¿Solo Simonette me ha estado buscando? —preguntó la princesa.

Inés negó con la cabeza.

—Cuando Simonette comprobó que no os habíais ahogado dentro de la *Crazy*, Helen la acompañó en el bote a buscaros por las playas, y Glenne ha puesto a todos sus... amigos a buscaros en cada puerto de Escocia y del norte de Inglaterra.

—¿Glenne?

—Sí —contestó Inés encogiéndose de hombros—. Parece que al final nuestra causa la ha conmovido.

—¿Y Shatidje? ¿Y tú?

Victoria no quería reprocharle nada a Inés, pero no podía creer que no la hubiera buscado.

—Shatidje sabía que acompañando a Simonette solo estorbaría y terminarían a tiros. Estaba convencida de que aparecerías en Burnmouth, en Berwick o aquí por tu propio pie. Se pasaba cada pocas horas por las posadas a ver si habías llegado y, mientras tanto, ha estado buscándote un navío.

Hubo un silencio. Aún no había contestado.

—Yo... —Inés bajó la vista—. Cuando Shatidje nos contó lo sucedido, yo pensé que te habías ahogado. No sabes nadar, y estábamos lejos de la

costa. A mí me habría costado llegar a tierra y, si no me hubieran recogido Sha y Dora, no sé si lo habría logrado. Y... y se me hundió el mundo, Victoria. Me quedé aquí sentada bebiendo y llorándote. —A la condesa se le saltaron las lágrimas—. Lo siento. Lo siento.

Victoria negó con la cabeza restándole importancia.

—Me buscaba todo John's Pipe y media Escocia. No habrías podido hacer más.

Inés seguía llorando. El alcohol no ayudaba.

—Si dejas de llorar, te termino de contar todo lo ocurrido. Además, tengo un mensaje de Fred para ti.

Inés alzó una mirada acuosa hasta su amiga, que le agarró la mano y se la apretó fuerte. Y las dos se sonrieron.

Cuando Shatidje regresó, las dos seguían conversando y la turca las tuvo que mandar a la cama. Al día siguiente había quedado temprano con las chicas y había mucho que hacer. Las dos jóvenes obedecieron y se fueron a acostar en el cuarto de Henry. La turca entró en su habitación. En ella, Ruth, encogida junto a una vela, estudiaba un libro en hebreo.

—Debiste salir a saludar a la capitán.

La judía meneó la cabeza.

—Habría estado de más. Necesitabais estar solas —dijo pasando otra página.

Shatidje colgó su alfanje detrás de la puerta. Fue a decirle que así jamás entablaría amistad con nadie, pero al final solo frunció el ceño, se quitó las botas y le pidió que apagara la luz. La judía obedeció y se acostó sobre unas mantas en el suelo mientras Shatidje se metía en la cama. Como la noche anterior, ninguna de las dos se dio las buenas noches.

Shatidje despertó a las dos oficiales antes del amanecer. Sin darles explicaciones les ordenó que se vistieran las botas, la falda y la blusa que les prestaba y que la siguieran. Abandonaron el pueblo hacia el sur justo cuando amanecía por detrás del mar. Inés se detuvo un instante a contemplar el paisaje. Que Victoria estuviera viva, las palabras de Fred y la perspectiva de volver a estar ocupada muy pronto le hacían sentirse feliz y en paz con el mundo. Si no le doliera la cabeza por la resaca, todo habría sido perfecto. Realmente, tenía que beber menos.

Caminaron hacia Berwick junto al acantilado, con los primeros rayos de sol iluminando las olas y coronándolas con pequeñas tiaras doradas. El campo amarilleaba pidiendo lluvia, y las ovejas pastaban aprovechando que a esas horas aún no hacía calor. Las tres mujeres caminaban rápido y no tenían frío. Iban en silencio. Cada una pensaba en sus cosas, pero las tres se sentían estrechamente unidas por un porvenir común y por la felicidad que sentían en aquel momento.

Antes de llegar a Berwick, Shatidje se alejó de la costa, y las tres bordearon la ciudad dejándola a su izquierda. Continuaron hacia el sur hasta que llegaron al río Tweed, y allí, en su ribera, a las afueras de Berwick, la turca, seguida por los dos jóvenes, caminó hasta un fresno que había junto al agua y se ocultó detrás de su tronco. Del cinto se sacó un catalejo y miró a través de él a los barcos fondeados en la desembocadura. Casi todo eran pequeños pesqueros y barcos de faena, pero cerca de la salida de los astilleros flotaba una embarcación grande. Shatidje le tendió el catalejo a Victoria y le señaló esta última. La princesa obedeció. Tomó el catalejo y buscó el barco al que se refería la turca.

Aunque no tenía el tamaño de la *Crazy*, era un barco grande, de más de ochenta pies, pero bajo de borda, sin castillo a proa y con solo una tolda a popa que tampoco podía considerarse un castillo. Tenía tres palos y aparejo latino, aunque estaba sin paños. A proa, sobre la cubierta y junto al molinete del ancla, tenía dos cañones pequeños a cada banda; Victoria calculó que de doce libras. Parecía más un pesquero grande, un cascarón, que un navío. La princesa se apartó el catalejo de la cara.

—¿Es... es una carabela? —preguntó sin estar segura.

Era más estrecha y alargada que las carabelas que había visto hasta entonces, pero desde luego no era una carraca, ni mucho menos un galeón.

—Es el futuro —contestó la turca cogiéndole el catalejo de nuevo—. La han construido en el astillero de Ribeira das Naus, en Lisboa. Los mástiles están fabricados con pino de Flandes y todos los clavos que lleva son de bronce. Baja de borda, con tres palos y sin castillo a proa..., es mucho más rápida que una carraca. Lleva aparejo latino, lo que le permite ceñir contra el viento. Y no llega a calar seis pies y medio, por lo que podríamos entrar en calas en las que la mayoría de los navíos encallarían. Con el viento a favor, apuesto a que coge los doce nudos.

—Es una carabela, Sha —le dijo la princesa—. Te concedo que sea la mejor carabela hecha hasta ahora y que sea rápida y versátil, pero no nos

sirve para lo que necesitamos.

—Mirad mejor —sonrió la turca tendiéndole el catalejo de nuevo.

Victoria obedeció y volvió a fijar la vista en la embarcación.

—Es una carabela, sí, mas le han subido un poco la borda y le han reducido la bodega para meterle una cubierta de artillería según un modelo de la Escuela de Navegación de Sagres —explicó la contramaestre.

Victoria se fijó en el casco y entonces se dio cuenta de que tenía seis portas por encima de la lumbre del agua.

—¿Lleva seis piezas de artillería por banda? —preguntó la princesa sorprendida.

—Ocho si le sumáis las dos de doce libras de proa.

—¿De cuántas libras?

—Creo que de dieciocho —respondió la turca y, como la princesa volvía a observar el navío en silencio, añadió—: Dieciocho libras es un calibre pequeño, cierto, pero ya pueden abrir en canal un navío y resultarán mucho más fáciles de manejar. Esa nave está hecha para nosotras, capitán.

—Cuéntale lo mejor —intervino entonces Inés, que estaba apoyada en el tronco del fresno observándolas.

Victoria las miró a las dos interrogante. Shatidje sonrió abiertamente.

—Esa belleza le pertenece al señor Downing.

La princesa al principio no entendió.

—¿Al... al armador de la *Wakes*? ¿Queréis que le compre otro navío a ese... a ese ladrón?

Inés rio.

—Somos piratas, ¿no, capitán? ¿Quién ha dicho que vayamos a comprarlo?

Victoria tardó en reaccionar. Entonces se agachó despacio y se sentó sobre la hierba, pensativa. Vengarse de Downing era más que tentador, pero robar un barco fondeado a la vista de todo el mundo no se le antojaba fácil. Shatidje se acuclilló frente a ella.

—Le quieren cambiar el aparejo latino a uno redondo, así que la carabela estará ahí atracada hasta que tengan las velas cuadradas terminadas. A nosotras nos interesaría robarla antes de que se las cambien. Las velas latinas nos vendrían mejor para nuestra navegación de cabotaje. Además, son velas hechas en el astillero de Ribeira das Naus, con lienzo de olona de Pondavid. No las hay mejores. ¿Qué decís, capitán?

—¿Habéis... habéis pensado cómo hacerlo? —preguntó.

—Tenemos algunas ideas —contestó la turca guiñándole un ojo.

—¿Y qué haríamos con ella? Ya no se ven muchas carabelas. No es fácil de esconder. Ni siquiera sé cómo la vamos a arbolar y sacar del puerto sin que nadie nos vea —protestó la princesa.

La turca seguía de cuclillas frente a ella, clavándole su mirada verde cargada de determinación.

—Velas negras. Emily propone teñir las velas de negro para que podamos navegar de noche sin que nos vean. Además, así no la reconocerán. Le damos brea por todas partes, para oscurecerla, y le ponemos velas negras.

Victoria masticaba cada pedazo de información. Un barco negro entero. Le gustaba.

—Y hay más —añadió Shatidje—. Ayer, entre Dora, Emily y yo medimos la gruta que hay en la cala de John's Pipe y... averigüad qué.

Victoria miró a su contramaestre. Su rostro, su sonrisa de felicidad, le adelantó la respuesta.

—Con el calado de este navío y con la marea alta, podríamos esconderla dentro de la gruta.

—¿Esconderla? ¿La carabela? ¿Esconderla dentro por completo?  
Shatidje sonreía.

—Es nuestro navío, capitán. Es el barco que hemos buscado todo este tiempo. La *Wakes'*, la *Crazy*... solo nos han servido para prepararnos. Este es nuestro navío. Seremos como una sombra negra. Atacaremos de noche y desapareceremos. Y nadie sabrá dónde encontrarnos.

Una sombra negra, una *Black Shadow*. Sí, ese sería su navío: la *Black Shadow*. Alzó la vista a la condesa, que seguía apoyada en la corteza del fresno.

—Inés, ¿tú qué opinas?

—Yo creo que, con lo que pagamos al hideputa de Downing, este barco nos pertenece.

—¿Y en lo relativo a asaltar navíos que naveguen de noche? ¿Y lo de ser piratas?

La condesa se encogió de hombros.

—Desde que creí que habías muerto ahogada no he hecho otra cosa que pensar en matar al capitán que nos hundió y hundir su barco en mitad del mar. Supongo que no soy mejor que nadie.

Victoria sonrió.

—Pero, Victoria —añadió Inés—, debemos estar mejor preparadas. Hemos estado días aprendiendo a izar velas, pero ni uno solo aprendiendo a luchar. Antes o después nos plantarán cara. Y no quiero que eso ocurra sin que estemos listas.

La princesa asintió.

—¡Qué demonios! —exclamó Shatidje poniéndose en pie—. Si Emily me ha enseñado a mí cómo se recoge una vela, yo puedo enseñarle cómo se rebana un gaznate. ¡Regresemos a John's Pipe! Tenemos mucho que hacer.

Durante el camino de regreso las muchachas estaban más contentas si cabe que a la ida. Vieron una yegua castaña pastando con su potro de un año e Inés quiso montarlo. La mañana era cálida y la brisa del mar mecía la hierba. Shatidje se acercó a la yegua y se subió en ella; la galopó cerca de Inés y, cuando el potro, siguiendo a la madre, pasó junto a la condesa, esta lo agarró de las crines y saltó sobre él. El animal se resistió, pero, joven como era, se cansó pronto. Entonces Shatidje acercó la yegua hasta Victoria, le tendió la mano, y la princesa se montó en la grupa. Así, sin cabezadas ni monturas, no era fácil llevarlos hacia John's Pipe, de modo que Inés y Shatidje agujonearon a los animales y los dejaron galopar un poco adonde quisieron. La velocidad, la juventud que estallaba por sus venas, la sensación de libertad absoluta y de poder compartirla, les arrancaron risas a las tres. Al cabo de un rato de echar carreras, vieron acercarse a un campesino a lo lejos y decidieron que era mejor apearse y acelerar el regreso.

Cuando llegaron a casa de la turca, ya antes de abrir la puerta supieron por el olor a tomillo y cordero estofado que no iba a estar la judía sola. Al empujar la puerta, encontraron a toda la tripulación allí. Claire, vestida como siempre como un muchacho, al igual que Simonette, que esperaba con gesto grave, aún castigada por la culpa, con sus dos pistolones al cinto y sus bucles a la altura de la barbilla enmarcándole el rostro tan hermoso. Las demás, con ropa humilde de campesinas. Victoria las estudió: Dora, menuda y con la cara llena de pecas, sonriente. Seguía sin ser gran cosa, pero en el tiempo que había pasado con las demás había perdido aquel aire inseguro y los ademanes esquivos, y se la veía resuelta y alegre: mucho más atractiva. Emily, exultante, con su gesto despreocupado y aquella naturalidad que rompía barreras. Rosalyn, que seguía igual de fea aunque se la veía más sana, como si la juventud de las demás se le hubiera contagiado, y con su admirable amor

a la vida. Bonny, cálida y melancólica, con su carita de ensueño que parecía no encajar allí, pero sin embargo encajaba siempre y ayudaba en todo, y que sonreía contenta aunque estaba mareada como siempre —¿mareo mal de tierra?—. Helen, con su cuello largo y su porte fino, también más confiada en sí misma que cuando llegó, y dispuesta a demostrarle a la capitán que tenía mucho que aportar. Jerusha, la cría, que había ganado unos kilos y había estirado, con el gatito —¿se había salvado el gatito?— en los brazos. Y Ruth, nariz aguileña, cabello negro y ojos muy azules, devolviéndole su mirada inteligente, estudiándola también, sin que Victoria lograra descubrir si se alegraba o le resultaba del todo indiferente el que la capitán estuviera viva.

—¡Capitán!

Y Bert, por supuesto, que acababa de irrumpir en el salón sosteniendo el enorme perol de cordero guisado en las manos, el cuchillo de despiezar al cinto, sudando, y con aquella mirada resuelta y decidida. Todas, sus chicas. El milagro se había obrado y estaban juntas y sanas otra vez.

—Eso huele bien, Bert —contestó Victoria.

—Pues démonos prisa, que ahora está caliente —contestó la cocinera con una sonrisa.

Comieron recordando el naufragio, cada una narrándolo desde su punto de vista. Todo el miedo y la preocupación habían desaparecido al ver que estaban todas vivas y las anécdotas se habían vuelto divertidas. Cuando Victoria les contó que se había encontrado la balsa con el pelele y que este la había acompañado todo el día que pasó a la deriva, las muchachas rieron y rieron. Luego contó cómo la habían recogido, pero ni siquiera mencionó el nombre del barco que lo había hecho. Aquello quedaba para Inés y para Shatidje. La tripulación no debía saber que su capitán era mucho más vulnerable de lo que aparentaba.

Dieron buena cuenta del cordero, porque la felicidad a menudo trae con ella el apetito y porque la salsa de tomillo estaba deliciosa, y con la pesadez que da el comer de más, las mujeres se fueron quedando más calladas.

—Capitán —preguntó Emily—, además de teñir las velas, acaso podríamos fabricar una mesana blanca y unos lienzos también blancos para cubrir las velas negras cuando estén recogidas. Así, si alguna vez estamos fondeadas fuera de la gruta o debemos acercarnos a puerto, podremos navegar solo con la mesana blanca y nadie reconocería nuestro navío.

A Victoria le gustó la idea de disfrazar la *Black Shadow*. Acordaron que se haría así. Emily partió hacia Berwick y las demás cogieron todas las armas

que habían podido salvar y caminaron con ellas hacia el interior, hasta una arboleda que estaba a media hora de camino de John's Pipe, para comenzar las prácticas de combate. Victoria llevaba su espada toledana, Inés su ristra de cuchillos, Shatidje su alfanje, Simonette sus pistolas, Helen el mosquete de su marido y las demás los mosquetes y arcabuces que salvara Dora. Ruth se quedó en casa de Shatidje. Aquellos juegos no le llamaban nada la atención.

Las muchachas pasaron la tarde disparando a troncos, y pronto quedó de manifiesto la buena puntería de Helen.

—Mi esposo me llevó un día al campo y me enseñó a disparar —explicó encogiéndose de hombros—. Quería impresionarme con lo buen soldado que era. Después me dio su mosquete, me explicó lo que tenía que hacer, me pidió que lo intentara y lo hice. Disparé cuatro veces a una petaca y no fallé ninguna. Como a él le había llevado tres intentos acertar, me dio una paliza porque creyó que yo le había estado ocultando que ya sabía disparar. Pero no era cierto. Es solo que... no me parece tan difícil.

—Lo que haces es difícil —contestó Simonette.

Y era cierto. Pero no para Helen. Tenía una vista increíble y un pulso aún mejor. Y además, cuando se concentraba, contenía la respiración sin darse cuenta. Aguantaba el retroceso igual que aguantaba una paliza: sin moverse. Era una tiradora nata.

Simonette no intentó disparar con el mosquete. Le tenía cogida la medida a sus pistolones y ya había demostrado a todas de lo que era capaz. Claro estaba que, en su caso, llevaba años y años disparando a las ratas con ellos. Y para Simonette, un hombre solo era una rata más grande... y más lenta.

Las demás no lo hicieron mal. Las peores fueron Inés, Victoria y Bonny, estas dos últimas porque eran las que tenían menos fuerza para aguantar el retroceso y el tiro podía salir para cualquier lado. Todavía con el arcabuz plantado en el suelo lograban algo, pero de pie no eran capaces de acertar. La capitán claudicó pronto.

Inés, después de disparar dos veces, dijo que no tenía sentido aguantar el ruido y el dolor en el hombro cuando podía emplear ese tiempo en perfeccionar el lanzamiento de cuchillos. Le había costado muchas horas de práctica lanzarlos como lo hacía, y prefería seguir mejorando su destreza a aprender otra nueva.

Cuando cayó el sol las jóvenes regresaron a casa de Shatidje. La tarde había sido divertida. A todas les dolía el hombro menos a Simonette, que no

había disparado, y a Helen, que estaba acostumbrada a golpes mucho peores. A Inés, que no se había apoyado bien el mosquete la segunda vez, empezaba a formársele un moratón del tamaño y color de una ciruela. Pero estaban contentas y exhaustas, deseando llegar a sus casas para descansar, pues al día siguiente practicarían el combate cuerpo a cuerpo.

Helen se fue a dormir con Simonette, como hacía siempre, consciente de que nadie la buscaría en casa de la enemiga de Shatidje, y las demás también se fueron dispersando. Las tres oficiales regresaron a casa de Shatidje con ganas de cenar rápido y acostarse, pero allí las esperaba, además de la judía, otra visita.

Emily estaba sentada a la mesa y a su lado había dos muchachas pelirrojas que rondarían los diecisiete años, idénticas las dos. Tenían la piel blanquecina y cubierta de pecas y los ojos marrones de un color que también tiraba al naranja. Estaban muy flacas y, tal vez por ello, los ojos parecían demasiado grandes para sus rostros. Shatidje las recordó de inmediato del astillero. Al menos a una de ellas, aunque no habría podido decir cuál fue la que vio el día que conoció a Emily.

—Son Sally y Madge —explicó Emily—. Trabajaban conmigo en el astillero y son las que me han dado las medidas del navío y de las velas. Les he propuesto que me hagan una réplica de la mesana y las fundas, que se la pagaremos bien, y les he advertido que les harán preguntas a las que deben contestar que no saben nada.

Victoria asintió, conforme con lo que Emily les había dicho, pero después cruzó su mirada con la de Inés y supo que las dos pensaban lo mismo. ¿Qué demonios hacían las dos jovencitas allí? Emily también sabía que se lo estaban preguntando. Shatidje no se anduvo con rodeos.

—¿Y cuál es el problema? —espetó con su voz ronca.

Emily comenzó a contestar, pero antes de la segunda palabra, una de las dos niñas la interrumpió:

—Coseremos las velas, pero queremos hacer lo mismo que Emily.

—Sí —dijo la otra—. Si vamos a meternos en esto, queremos entrar del todo.

—No queremos que vengan unos oficiales a interrogarnos.

—No queremos seguir en los astilleros cuando ocurra eso que no debemos saber.

—Y menos aún por tres peniques diarios.

Hablaban las dos solapándose, pero con una sincronía perfecta que hacía que no se interrumpieran. Hablaban como si fueran una sola. Tenían una voz cantarina de niña pequeña, la misma voz.

Emily las señaló suspirando.

—Ese es el problema —dijo.

Shatidje se había cruzado de brazos. Victoria fue a hablar, pero Inés, con dulzura, le puso la mano sobre el brazo para detenerla. Ya había vivido esto antes y sabía quién lo debía resolver.

—Tres peniques y medio es lo que pagamos nosotras a las grumetes sin experiencia, porque imagino que no tendréis experiencia —dijo la turca.

Las dos réplicas se miraron.

—Y no creo que os compense jugaros la vida por medio penique más.

—¿Jugarnos la vida? —preguntó una.

—¿Experiencia en qué exactamente? —preguntó la otra.

—Aceptad el chelín que os vamos a pagar a cada una y volved a casa —contestó la turca—. Aún sois muy jóvenes para la guerra.

Las dos se miraron. Una de ellas hizo amago de levantarse, pero la otra la sujetó.

—No somos mucho más jóvenes que ellas —dijo esta con voz cantarina señalando a Victoria y a Inés.

—No, no —secundó la otra, y el tonillo parecía decir «a que no me coges, a que no me coges».

Shatidje puso las dos manos sobre la mesa y se acercó a ellas de modo intimidatorio.

—«Ellas» son la capitán y la segundo de a bordo. Han navegado dos navíos y saben más de barcos de lo que vayáis a saber vosotras jamás. Conocen los vientos y las corrientes, saben leer cartas, utilizar el sextante, decidir rumbos, elegir las velas... Y ninguna de las dos tiene miedo a la muerte. ¿Ves la espada que lleva la capitán al cinto?

Las dos muchachas, impresionadas y apocadas, buscaron en el cinto de las dos para saber quién era la capitán. No les costó encontrar la espada toledana en el de Victoria. Asintieron con la cabeza, con sus enormes ojos abiertos como platos. Inés tuvo que mirar hacia otro lado para no echarse a reír.

—No la lleva de adorno. Con ella ha matado a dos hombres que yo sepa. ¿Y habéis visto los cuchillos de la segundo de a bordo?

Asintieron de nuevo. Inés decidió echarle una mano a Shatidje con la feria que estaba montando y, en un ademán tan rápido que no les dio tiempo a advertirlo, se sacó el más pequeño y lo lanzó a la pared de enfrente. El cuchillo se quedó clavado perfecto, un poco pasado de vuelta, porque había quedado el mango algo más alto que el filo, la habría regañado Fred, pero perfecto a los ojos de las dos muchachas.

—¿Sabéis hacer algo así? —preguntó Shatidje.

Emily se había girado para mirar el cuchillo. No sabía que Inés fuera capaz de hacer eso. Siempre la había visto escondida en los combates. Sonrió. Las dos muchachas negaban con la cabeza.

—Pero Emily tampoco... —comenzó a decir una, que no estaba dispuesta a vender tan barata su retirada.

Shatidje dio un golpe en la mesa con la mano y las dos se sobresaltaron.

—Emily es capaz de recoger y largar una vela en menos tiempo que ninguna otra mujer que yo conozca. Lo sabe todo de vientos, nudos y jarcias, y navega como nadie.

Por fin las dos pelirrojas se quedaron mudas.

—Mirad, cuanto menos sepáis de nosotras, mejor —dijo Shatidje incorporándose y en un tono más conciliador—. Regresad al astillero, seguid trabajando, buscad un marido que os mantenga y cread una familia. Porque nosotras... hemos renunciado a todo eso hace tiempo.

Las dos suspiraron. Se miraron de nuevo y se pusieron en pie. Shatidje les abrió la puerta.

—Emily estará en contacto con vosotras para ver cómo va esa mesana y para pagaros.

Las dos asintieron cabizbajas y se despidieron. Cuando las piratas estuvieron seguras de que no las podían oír, rompieron a reír.

—Dos jovencitas decididas —sonrió Shatidje.

—Sí, Sally cose velas como nadie. Pero como no son muy agraciadas, pasan hambre, las pobres, sin nadie que las corteje —explicó Emily—. Has hecho bien en asustarlas —añadió—, son buenas chicas.

Emily se retiró, pero las cuatro se quedaron pensando en las palabras de Shatidje. En verdad renunciaban a mucho por hacer lo que amaban. Aquello sí que era cierto. Sobre todo para Emily y las dos nobles que habrían podido aspirar a una vida «normal», con esposo e hijos. Y se fueron a acostar dándoles vueltas a sus palabras. Pero temprano por la mañana se disiparon sus dudas.

Desayunaban todas en casa de Shatidje, pan tostado, queso fresco, mermelada de bayas silvestres, tocino a la plancha, arenques ahumados... Tener a Bert en la cocina era un lujo para todas. Esta vez Emily las acompañaba porque no quería perderse más prácticas de combate, sobre todo después de haber visto de lo que era capaz Inés cuando parecía tan inofensiva. Estaban dando buena cuenta de la comida cuando llamaron a la puerta. Simonette abrió mientras masticaba un pedazo de pan untado con tocino y se encontró con las dos gemelas al otro lado. Las dos jóvenes la miraron. Luego miraron sus pistolones y las botas. Tragaron saliva.

—Venimos a hablar con... —comenzó una.

—... con la mujer de ayer —terminó la otra.

Simonette masticó despacio y tragó. Solo entonces les preguntó:

—¿Y esa es...?

Las gemelas se miraron. No sabían su nombre.

—Es alta, con el pelo rizado y los ojos muy verdes...

—... y lleva una espada curva...

Simonette se volvió hacia adentro, a llamar a la turca, pero no le hizo falta porque esta acababa de llegar a su lado, así que se limitó a abrir la puerta un poco más. Al ver a las dos jóvenes del día anterior, a Shatidje se le escapó una sonrisa imaginando la impresión que les debía de haber causado la timonel. La turca no habló, solo las miró interrogadora, como las seguía mirando Simonette. Al final, una de las dos se arrancó, y con ella la otra:

—Lo hemos pensado...

—... lo que nos dijiste ayer...

—... y tres peniques y medio nos parece bien...

La otra asentía con la cabeza y añadió:

—... hasta que aprendamos lo que sabe Emily.

Shatidje se cruzó de brazos.

—Y lo decís sin saber qué es lo que hacemos.

Asintieron de nuevo. Simonette decidió abandonar la conversación y regresar al desayuno. Shatidje siguió preguntando:

—Aunque os hayamos explicado que es peligroso y a lo que renunciáis.

Las dos se miraron entre sí y volvieron a asentir. Shatidje dudaba. Eran tenaces.

—¿Sabéis nadar?

De nuevo se miraron antes de negar con la cabeza. Shatidje pensó en si sabrían hacer algo la una sin la otra.

—¿Y manejar algún arma?

Negaron de nuevo.

—Pero aprendemos rápido —apuntó la que había hablado primero.

—Y si nos contratáis, estamos de acuerdo en hacer la vela y las fundas sin cobraros los dos chelines...

Shatidje las estudió. A pesar de estar famélicas, se intuía que tenían cuerpos flexibles y ágiles. Y que eran tenaces y muy dispuestas resultaba indudable.

—Está bien. Empezaréis hoy, pero seguiréis trabajando en los astilleros y prepararéis la mesana que os ha pedido Emily. No ceséis vuestro trabajo allí hasta que os lo indiquemos.

Las dos se miraron entusiasmadas y se agarraron de la mano y apretaron.

—Pasad a desayunar. Os presentaré a las demás.

Cuando la turca las dejó pasar se hizo el silencio en la sala. Shatidje solo miró a Inés y a Victoria, que estaban de pie junto a la mesa, una al lado de la otra, y dijo a modo de explicación:

—Insisten en venir como grumetes.

—Eres la contra maestre, Shatidje —contestó Victoria—. Lo que tú decidas está bien.

Emily se acercó a abrazarlas e hizo las presentaciones. A las dos muchachas la vista se les escapaba continuamente hacia la mesa, e Inés se dio cuenta.

—Sentaos a desayunar.

Las gemelas obedecieron y, con prudencia, se sirvieron un pedazo de pan cada una.

—Servíos más. Vuestro sueldo de grumetes es de ocho peniques diarios. Ya os descontamos cuatro peniques y medio por comida y alojamiento, así que aprovechadlo —les insistió Inés guiñándoles un ojo.

Las dos jóvenes no dijeron nada, pero se miraron la una a la otra sin terminar de creerse su suerte, y después se sirvieron arenques y tocino, y mermelada y un vaso de leche.

«No creo que vivan mucho, pero al menos morirán más llenitas», pensó la condesa.

Acabado el desayuno, las gemelas regresaron a Berwick y las demás piratas al hayedo del día anterior. Esta vez practicarían el combate cuerpo a cuerpo. Apenas tenían espadas, pues Dora había preferido salvar los

mosquetes y arcabuces, así que la carpintera improvisó unas de madera con cuatro golpes de su hacha de mano. Así las prácticas serían más seguras.

Como ninguna parecía tener experiencia, empezaron por batirse Victoria y Shatidje. La rubia tomó su palo, lo blandió en el aire y sonrió. Nunca se había batido con otro que no fuera Miguel, dejando de lado aquel rufián al que Simonette descerrajó un tiro el día del motín, y la idea de probar sus aptitudes con otra persona la llenaba de emoción. Había visto a Shatidje matar a varios hombres, pero a ella nadie le había enseñado las distintas cuchilladas ni las defensas. Sería divertido.

Shatidje atacó primero, un ataque sencillo, al cuerpo. No sabía cómo lucharía la capitán. Victoria defendió rápida y le devolvió el tajo, creyendo que sorprendería a la turca. Y aunque la defensa y el rápido contraataque sorprendieron a la turca, que no se esperaba esos reflejos de su refinada capitán, ni mucho menos la pillaron desprevenida. La turca, sin tener que pensarlo siquiera, se defendió. Las dos se apartaron unos pasos y se estudiaron sonriendo. Sí, iba a ser divertido. Las muchachas se agolpaban a su alrededor a verlas luchar.

Victoria fintó un ataque. Shatidje apenas lo defendió. Miró a su capitán como diciéndole: «Sé distinguir una finta de un ataque de verdad, capitán». La turca era mucho mejor de lo que Victoria se había imaginado.

Se concentró y la atacó de nuevo. Shatidje se defendió y contraatacó rápida. La princesa tuvo que dar un salto atrás para esquivar el palo. Las dos volvieron a estudiarse. Victoria se estaba dando cuenta de que la turca no hacía varios ataques seguidos, acaso porque no quería cansarse, o porque temía que varios ataques pudieran mellar el fino filo de su alfanje cuando luchaba con él. Pero ahora las dos luchaban con palos.

Dieron varias vueltas alrededor de un círculo imaginario en el que ninguna traspasaba el centro. Shatidje lanzó un nuevo ataque, Victoria lo defendió y decidió jugársela. Le dirigió el contraataque al pie. ¡Ah!, pero con escuela o sin ella, la turca le ganaba en años y años de experiencia. Solo tuvo que saltar un palmo más atrás y, cuando la princesa falló y se quedó agachada y estirada delante de su rival, completamente expuesta, Shatidje le puso la punta del palo bajo el mentón y la princesa tuvo que admitir su derrota.

Las muchachas aplaudieron asombradas. No se habían imaginado que el combate iba a tener tanta calidad.

—¡Tenemos dos buenas maestras! —exclamó Claire, y se acercó con uno de los palos, impaciente por aprender.

En el combate con espada, además de Victoria y Shatidje, las mejores resultaron ser Claire, Simonette e Inés. Todo lo que Fred le había enseñado a la condesa sobre la lucha cuerpo a cuerpo lo podía aplicar a una espada. Al fin y al cabo, solo era un cuchillo más grande. Inés luchaba sin estilo ninguno, echada hacia adelante en la postura amenazadora que le enseñó Stowe. Pero era rápida defendiendo, rápida esquivando el ataque y rápida viendo el hueco en el que meterse. Shatidje le explicó varias veces que no tenía que acercarse tanto para clavar la espada, que podía lanzar una estocada desde más lejos y que, si se acercaba tanto, no tendría espacio para ensartar la punta. Pero Inés solo sabía luchar así, contraatacando, defendiendo y metiéndose de lleno en el espacio del otro. Y le lucía. Así que, a la tercera vez que se encontró demasiado cerca para clavar la espada, se apartó del combate, puso la punta de la espada de madera en el suelo, le dio una patada al palo y lo partió por la mitad.

—Mejor así. ¿Probamos ahora? —preguntó con su palo de palmo y medio.

Y aquello funcionó. Aunque su arma fuera mucho más corta defendió tres estocadas de la turca, la cuarta la defendió con el antebrazo izquierdo y aprovechó para clavarle el palo-daga en la tripa a la contraamaestre.

—Tendrías un tajo en el brazo —le dijo la turca.

—Nada que no pueda coser Ruth. Y tú estarías muerta.

Shatidje rio. Eso había que concedérselo.

Dora, impresionada, le pidió a la condesa que le enseñara a luchar como lo hacía ella, porque veía más fácil llevar un cuchillo en su caja de herramientas que una espada, pero Inés se vio incapaz de hacerlo. Había interiorizado los movimientos de tanto repetirlos con Fred. Luchaba sin pensar, como un animal, y no sabía qué decirle.

Claire y Simonette sencillamente tenían los reflejos que había que tener, Simonette, porque estaba acostumbrada a disparar rápido, y Claire porque, aun desarmada, se había metido en más peleas que todas las demás. Helen también tenía buenos reflejos, sabía por dónde vendría el golpe, pero no tenía nunca el instinto de devolverlo. Defendía bien, pero no atacaba, o lo hacía con miedo. A Rosalyn, por contra, le sobraba decisión para atacar, pero no era capaz de defender nada.

—¡Rosalyn, defiéndete! —le ordenaba Shatidje.

—No tengo que defender fi ataco primero y no fallo —contestó la puta satisfecha.

—Fallarás. No puedes acertar siempre —replicó la turca desesperada.

—Algún día hay que morir —fue la respuesta de la puta.

Y Shatidje suspiró, convencida de que la iban a echar de menos demasiado pronto.

Estaban practicando con Bert y con Bonny cuando dos mujeres aparecieron entre los árboles. Eran robustas, estaban en la treintena y, aunque venían vestidas de campesinas, llevaban a la espalda sendos arcos y aljabas con unas dos docenas de flechas cada una. Shatidje dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ellas con el alfanje en la mano. Todas se detuvieron a observar.

—¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? —espetó la turca.

—Glennie nos dijo que podíamos encontraros aquí —contestó la más alta de las dos, una mujer rubia, con aspecto nórdico y un acento que Shatidje no pudo ubicar.

—¿Glennie os envía?

La mujer asintió.

—Me ha dicho que buscáis mujeres de armas para trabajar en un barco.

—Y así es —concedió la turca guardando el alfanje en su cinto. La verdad es que la mujer tenía un aspecto fiero, como de vikinga.

—Mi cuadrilla y yo cobramos tres chelines diarios y medio más por cada muerto, salvo que se trate del asesinato de alguien de renombre, en cuyo caso debemos pactar el precio antes.

—¿Cuadrilla? ¿Sois cuatro o cinco? —preguntó Sha paseando la vista de una a otra. La otra tenía el pelo castaño y era también recia. A pesar de la estatura de Sha, para mirarlas tenía que alzar la vista. Ninguna de las dos sonreía.

—Cinco, sí.

—¿Y de dónde sois? —preguntó la turca.

La mujer tardó en contestar. Pronunciaba las erres con mucha fuerza.

—Si nos contratáis, *serremos* de vuestro barco. De donde vengamos no tiene *rrelevancia*.

Soldados de fortuna. Mujeres soldados de fortuna, para ser más exactos. En verdad que Bonny estaba bien informada cuando dijo que Glennie conseguía personas.

—Nosotras pagamos ocho peniques al día a cada persona, diez si tienen experiencia. Y cuando hay botín, las que hayan luchado mejor participan en

el reparto de lo que queda después de pagar a toda la tripulación. ¿Tenéis experiencia?

La mujer se descolgó el arco del hombro, sacó una flecha del carcaj y disparó a uno de los troncos que habían dejado colgando de una cuerda el día anterior. La flecha se clavó en el centro. En hacer todo esto no tardó ni diez segundos.

—¿Y sabéis disparar un mosquete?

—Los mosquetes son lentos y se tardan en cargar. No pueden mojarse. Y la munición es cara. En un minuto, con mi arco, puedo disparar entre quince y veinte flechas.

A la turca le impresionó la respuesta, pero en su lugar replicó:

—Los mosquetes perforan armaduras.

La mujer asintió con la cabeza.

—En los ojos no se lleva armadura.

—¿Y apuntando a los ojos disparáis veinte flechas por minuto?

La mujer se quedó en silencio mirando a la turca. Shatidje se llevó inconscientemente la mano al alfanje porque parecía que la mujer le demostraría cuántas flechas era capaz de disparar en un minuto disparando contra ella.

—Unas ocho o nueve —contestó al fin.

Shatidje asintió con la cabeza.

—¿Y tenéis experiencia llevando un navío?

—Nosotras no vamos a llevar el navío. Solo combatiremos.

La turca se cruzó de hombros y apretó la mandíbula. No acostumbraba a mirar hacia arriba cuando hablaba con otras mujeres. Solo le ocurría con Claire. Y no le gustaba.

—En ese caso, os pagaríamos los diez peniques al día a cada una, que son más de cuatro chelines para las cinco, pero solo los días que combatamos. Lo que no vamos a hacer es pagaros por daros comida y techo y pasearos por el mar del Norte, cuando vosotras solo estáis sentadas en cubierta estorbando —dijo con su voz ronca.

La mujer, por primera vez, se volvió a mirar a su compañera. No se dijeron nada, solo se miraron.

—¿Y qué es lo que tendríamos que hacer a bordo?

—Ayudar a halar cabos, limpiar la cubierta, empujar el cabestrante..., todo lo que hagamos las demás. No vamos a ser tan necias de subiros a las vergas y arriesgarnos a que os caigáis cuando sois más útiles en el combate,

pero sí que os vamos a necesitar cuando queramos abrir fuego con los cañones. Pesan mucho, y vuestra fuerza nos resultaría útil.

—¿Y haciendo eso nos pagaríais cuatro chelines al día?

—Diez peniques a cada una. Eso son cincuenta en total. Más de cuatro chelines. Y entraréis en el reparto del botín.

La mujer miró a la otra y asintieron las dos.

—¿Cuándo empezamos?

—Cuando queráis. Estoy segura de que podéis ayudarnos a instruir a las gavieras en el combate.

Las dos asintieron con la cabeza.

Shatidje sonrió:

—Pues sed bienvenidas entonces. Yo soy Shatidje. Mis amigas me llaman Sha.

—Mi nombre es Úrsula. —Y la turca pensó que añadiría «y no tengo amigas», pero dejó la frase ahí. Ni siquiera se molestó en presentar a su compañera.

La turca no podía evitar preguntarse si las otras tres serían igual de grandes, o si Úrsula se había traído a esta por ser la más impresionante. En cualquier caso, si todas disparaban igual, iban a ser muy útiles a bordo.

Las dos mujeres se quedaron un buen rato, al principio sentadas observando, luego Anne, que era como Úrsula llamaba a la otra, se decidió a intervenir. Las dos llevaban una daga vizcaína en la parte de atrás del cinto y luchaban de un modo parecido al de Inés.

Anne era mejor con el arco que en el combate cuerpo a cuerpo, pero, aun así, se notaba que había luchado antes. Su forma de moverse le recordó a Inés a los hombres de Robert, pero, al igual que estos, era más fuerte que rápida. Tanto Inés como Shatidje la vencieron con las espadas de madera. Victoria no luchó contra ella. Cuando Inés le preguntó por qué, la rubia le contestó en un susurro: «No sé si podría vencerla, y los oficiales hemos causado una excelente impresión gracias a vuestras dos victorias. Estoy sorprendida de lo bien que luchas». Inés asintió, aunque pensó: «Lo bien que lucho cuando no hay enemigo, Victoria. Cuando todo es un juego», pero no se lo dijo. Si se había propuesto participar en los combates no debía dar muestras de miedo o su amiga la mantendría al margen.

Cuando al día siguiente Úrsula y Anne regresaron con sus tres compañeras, Shatidje pudo constatar que, aunque todas eran recias y fornidas, las dos primeras eran las más altas. Había una a la que llamaban Mula que

tenía la estatura de Helen, pero era completamente maciza. No tenía cuello, sus brazos parecían los de un cargador, y cada una de sus manos se asemejaba a la zarpa de un oso. Pero, más altas o más bajas, todas tenían el mismo aspecto de vikingas.

Durante aquellos dos días siguientes, las mujeres continuaron entrenando. También lo aprovecharon Inés y Shatidje para caminar hasta la casa de Glenne y darle las gracias por Úrsula y su cuadrilla mientras se tomaban un té de menta con la pastora.

—Volvisteis a naufragar y no os habéis rendido. Os iré enviando a todas las que consiga. Úrsula dice que pagáis bien.

Las dos piratas asintieron.

—¿De dónde es Úrsula? —preguntó Shatidje curiosa.

Glenne le clavó su mirada a la turca, y después le dio un sorbo al té.

—De aquí, de allá... ¿Acaso importa?

Aquel día por la noche, cuando las tres oficiales y Ruth cenaban en casa de Shatidje, golpearon la puerta. Inés abrió y se encontró con el rostro pecoso de una de las gemelas.

—La mesana y las fundas de mayor y trinqueta están listas.

Inés se apartó de la puerta para que la muchacha entrara, pero esta no lo hizo. Miró a ambos lados, nerviosa, y añadió:

—Mañana se termina la vela de cebadero y con ella Downing tendrá listo el aparejo redondo. Pasado mañana comenzarán con la carpintería del aparejo. Si queréis montar las velas latinas que llevaba, mañana será el último día para hacerlo.

Inés recibió las noticias como si se hubiera caído al agua.

—Aún... no hemos teñido las velas de negro —titubeó.

La costurera asintió. Volvió a mirar a derecha e izquierda y susurró:

—Debemos cambiar las velas esta noche.

Inés no entendía. Shatidje había llegado hasta la puerta y la condesa le resumió lo que acababa de decirle la gemela.

—Debemos cambiar las velas esta noche —repitió la joven cuando Inés terminó de hablar.

—¿Cambiarlas? —preguntó la turca.

La joven asintió con la cabeza.

—Sí, por la mesana y las fundas que hemos hecho mi hermana y yo. Para poder teñir las tuyas de negro. Sacamos las velas y en su lugar colocamos la mesana y las fundas que hemos hecho. No creo que nadie se

percate del cambio. Mañana teñimos las velas y por la noche las montamos en el navío. También robamos entonces nuestras fundas.

Victoria se había sumado a la conversación. Estaban las tres en el umbral de la puerta. Testaruda la costurera, habría sido más fácil que entrara ella.

—No tiene sentido tener que colarnos dos veces en el astillero, una vez hoy y otra mañana —dijo la princesa—. ¿No podemos conseguir otras velas que dejar allí en lugar de vuestras fundas?

—¿Esta noche? ¿Antes de que abran el astillero al amanecer? No lo creo —dijo la turca—. Hablamos de velas muy grandes. No sirven las de cualquier pesquero.

—¿Y las de la *Crazy*? —preguntó Inés—. No hace falta que estén enteras. Es solo para dejarlas allí enrolladas.

—Aun suponiendo que siguieran ahí, que la mayor imagino que se perdería cuando partieron el palo, no podemos pedirle a Simonette que bucee a buscarlas a oscuras —respondió Shatidje.

—No hacen falta tres velas de nao —aclaró Sally, o tal vez fuera Madge—. Van a estar enrolladas. Podemos utilizar una red, paja..., hasta un tronco, lo envolvemos en un pedazo de lienzo, hacemos unas cintas anchas de lienzo enrolladas para tapar los extremos y que parezca que la vela entera está ahí, y rezamos porque nadie las abra.

Victoria miró a la joven. Sus enormes ojos saltones se le antojaron muy despiertos.

—¿Y cuánto tardarías en hacer los rollos?

—Si me conseguís una vela vieja, entre mi hermana y yo, un par de horas a lo sumo.

La capitán asintió.

—Shatidje, avisa a las chicas. Hay que conseguir la paja de relleno, la vela vieja y pensar en cómo vamos a entrar en los astilleros.

Y entonces, la voz cantarina de la costurera las sorprendió de nuevo.

—Mi hermana está dentro.

Los tres pares de ojos se posaron en la joven.

—Me hice pasar por ella cuando cerraron. A veces nos confunden. Me despedí dos veces al salir y Thomas cerró con ella dentro, creyendo que ya no quedaba nadie. Sally nos puede abrir la portona que da al río.

—¿Y habrá lienzo suficiente dentro del astillero como para que podamos cortar un pedazo sin que nadie se entere y hacer los rollos? —

preguntó la turca.

—Seguro que sí. Solo hará falta la paja.

—O unas redes viejas —apuntó Inés—. En el pantalán, junto a la casa de Simonette, hay una montaña de ellas.

—Pues con eso está todo —dijo Shatidje—. Iré a buscar a Simonette, Dora y Helen y las redes. Con ellas tres y nosotras cuatro seremos suficientes. No hagamos esperar más a Sally. Estará nerviosa.

Todas asintieron y Shatidje hizo lo acordado. No tardó en regresar.

—Simonette propone que vayamos a Berwick en su barcaza. Caminando cargadas con las redes podríamos levantar sospechas.

A las tres les pareció una idea estupenda. Así, además, podrían remontar la desembocadura del río y llegar al astillero sin llamar la atención. La única pega era que no cabían todas. Al final se acordó que Victoria, Dora y Helen habrían de quedarse en John's Pipe. Inés seguía siendo la más diestra en las velas y sería de más ayuda a Simonette, además de poder lanzar los cuchillos sin hacer ruido, y Shatidje no se iba a perder el asalto a los astilleros por nada del mundo.

El plan salió como si lo hubieran ensayado cien veces antes. Navegaron rápidas hacia el sur y Simonette pilotó la barcaza con su habitual pericia entre los navíos y los botes fondeados en Berwick. Llegaron a la desembocadura del río, remontaron la corriente y detuvieron la barca en la rampa de los astilleros. Madge corrió agachada hasta la puerta que daba al río y silbó como una lechuza; pronto se oyeron los cerrojos descorrerse, y la gran portona por la que metían y sacaban los barcos se abrió, el resquicio necesario para que la gemela entrara. A los pocos segundos se volvió a asomar, o acaso fuera la otra, y les hizo a las tres mujeres del bote aspavientos para que desembarcaran las redes. Así lo hicieron, las metieron en el astillero y volvieron a cerrar. Una vez dentro, las dos gemelas comenzaron a trabajar deprisa. Shatidje lamentó que no se lo hubieran dicho a Emily, pues con ella habrían acabado aún más deprisa, pero, con o sin la gaviera, en una hora los rollos estuvieron listos imitando las tres velas que habían de llevarse. Comprobaron que no había nadie en la salida, tomaron las tres velas latinas de verdad, que resultaron mucho más pesadas que sus réplicas, y las cargaron en el bote. Después empujaron la portona y la dejaron cerrada aunque sin

pasar el cerrojo. Una de las gemelas colocó una piedra contra ella para asegurarse de que no se abría.

—Esperemos que mañana nadie le dé importancia a que el cerrojo no esté echado y se piensen que lo ha abierto otro —dijo con voz cantarina—, porque no estoy dispuesta a dormir ahí dentro.

Las mujeres se despidieron y, mientras las gemelas caminaban al interior de Berwick, Shatidje, Simonette e Inés navegaron de regreso a John's Pipe en la barcaza de pescador de la timonel, con las maravillosas velas hechas con lienzo de olona de Pondavid listas para ser teñidas y volver a empujar el navío que las había llevado hasta Inglaterra.

Al día siguiente, cuando se reunieron todas en casa de Shatidje para el desayuno, más de una tenía el rostro marcado por las ojeras y se le notaba el cansancio de haber trasnochado. Victoria había esperado despierta el regreso de Inés y Shatidje y, cuando llegaron, se quedaron hasta casi el amanecer discutiendo el asalto de la carabela a la que la princesa ya había apodado *Black Shadow*. Simonette no había dormido mucho más. Nada más acostarse, llamaron a la puerta del chamizo en el que vivía y, cuando la timonel abrió, se encontró con Emily, a la que habían avisado las gemelas y que había caminado desde Berwick hasta John's Pipe con la intención de dejar las velas tiñéndose. «¿A estas horas?», había preguntado Simonette. «Cuanto más tiempo estén, más color cogerán». La hija del pescador tuvo que ayudar a Emily a preparar los enormes baldes y a meter las velas que debían teñir. Pero cuando la gavieta puso los cazos de agua a hervir, Simonette le explicó dónde estaba todo en su cocina, se excusó y la dejó trabajar sola. Emily había ido directamente a casa de Shatidje tras pasar la noche en blanco.

Por todo ello Victoria fue breve. Anunció a las chicas que, si todo salía bien esa noche, al día siguiente tendrían barco, y nombró a quienes iba a necesitar para que aprovecharan las horas del día y descansaran y se repusieran, pues nada más caer el sol deberían estar preparadas en casa de Shatidje. Las demás podían emplear el día en lo que les pareciera. Si querían seguir con las prácticas, ya sabían dónde estaba el hayedo.

Las elegidas para el abordaje habían sido Simonette, Inés y Shatidje para que fueran a nado y escalaran la cadena del rezón; Bonny, Rosalyn, Helen y Claire para ir en el bote que debía entretener a los marineros —Claire iría vestida de hombre y se haría pasar por el remero—; y, por último, Victoria,

Dora, Emily y las dos gemelas irían en el pesquero que se acercaría con las velas cuando las otras siete hubieran tomado el barco. Había costado casi toda la noche convencer a Victoria de que sería más útil llevando el pesquero de Simonette que participando en la ofensiva. La princesa no estaba dispuesta a perderse el primer y más importante de los abordajes de esta nueva etapa. Inés y Shatidje le explicaron que nadie más podía conducir el bote de Simonette, que su labor era igualmente importante, pero la princesa se negaba en redondo.

—No podéis pretender que os deje solas en la parte peligrosa y me acerque cuando esté todo resuelto. No voy a hacerlo —decía.

El que la hubieran dejado fuera la noche anterior tampoco ayudaba mucho. Pero, al final y pese a todo, pudo más el sentido común y accedió al rol secundario que le habían preparado. No obstante, cuando finalmente se habían ido a acostar y se habían metido las dos nobles en la cama de Henry, la princesa le había susurrado a Inés:

—¿Tú crees que sabré llevar el pesquero de Simonette de aquí a Berwick?

A Inés le había sorprendido la pregunta y había intentado descubrir el rostro de su amiga en la penumbra, pero sus ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad y no había podido ver nada.

—¡Claro que sí! —le había dicho tratando de estudiarla.

—Yo... yo nunca he navegado sin vosotras. No he ido ni en el esquiife sin Simonette. ¿Y si no soy capaz? Sé leer una carta, sí, y usar el sextante, y me quedo al timón cuando el barco ya está en mar abierto... Pero ¿y si no logro sacar la chalupa de la bahía?

Inés no había sabido muy bien qué contestar porque, ahora que la princesa lo mencionaba, tampoco ella sabía cuánto le había enseñado Miguel.

—Lo harás bien —le había dicho al fin—. Llevas a Emily contigo. Deja que ella te ayude a decidir cómo coger el viento. Verás como llegas a Berwick en nada.

Y la princesa había asentido y, pese a su preocupación, se había quedado dormida casi en el acto. Faltaban apenas un par de horas para el amanecer y para que les comunicara a las mujeres cuáles serían sus roles.

Y llegó el momento. Estaban todas en el salón, vestidas con pantalones, jubones de cuero y capas oscuras, salvo las tres que iban vestidas de putas.

Aunque no paraban de moverse ni de cambiar de postura, ninguna hablaba. Tan solo alguna frase corta y vacía para romper el silencio que las hacía estar más nerviosas.

Bert se había quedado fuera de esta aventura, pero decidió ir a casa de Shatidje igualmente y ahora preparaba té con galletas de miel para que tomaran algo ligero pero nutritivo. Cuando el último rayo de sol desapareció tras el horizonte, Victoria dijo las palabras que todas esperaban:

—Es la hora. Vosotras vais primero —le hizo un gesto con el mentón a Shatidje, Inés y Simonette—. Que no os vean con ellas —añadió señalando a las supuestas putas.

Todas asintieron y abandonaron la casa. Shatidje, Inés y Simonette tomaron cada una un pequeño tonel vacío que había traído la timonel para que les resultara más sencillo nadar y para que no se le mojara la pólvora de sus pistolones, e iniciaron el camino hacia el sur. El segundo grupo las siguió de lejos.

En el interior, Victoria seguía organizando.

—Luego nos toca a nosotras. ¿Las velas están listas?

Emily asintió.

—Negras como la brea de Vizcaya.

—Bien. Nos tomamos el té y salimos. Navegaremos con el viento en contra, así que tardaremos en llegar casi lo mismo que ellas caminando.

Media milla antes de llegar a Berwick, los dos primeros grupos se separaron del todo: las dos prostitutas, Helen y Claire siguieron por el camino que llevaba al centro de la ciudad y al puerto, y Shatidje, Simonette e Inés tomaron el sendero que conducía hasta el fresno desde el que Victoria vio la *Black Shadow* por primera vez. Una vez allí, Shatidje sacó el catalejo.

—No es preciso nadar desde aquí. Podemos caminar hasta el astillero y meternos allí en el agua.

Las otras dos asintieron. Caminaron por la ribera del río hasta el astillero, en silencio, procurando no ser vistas. El corazón de Inés latía tan deprisa que la condesa pensó que se le saldría por la boca.

—Ahora a nadar —susurró Simonette—. Pasad delante de mí y procurad no chapotear mucho. Mantened los pies por debajo del agua. Si veo que no avanzáis, os ayudaré.

Inés y Shatidje obedecieron y se metieron en el río. A pesar de estar en la segunda quincena de agosto, el agua estaba muy fría. Solo se habían metido hasta las rodillas cuando Inés se dio la vuelta y se apresuró en salir

corriendo del agua. Llegó hasta unos juncos y vomitó. La turca se le acercó rápida y le puso una mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien?

La condesa asintió limpiándose la boca. Simonette también llegó hasta ellas.

—¿Qué ocurre?

—No es nada —contestó Inés—. Algo de lo que he comido me ha indisputo. Pero ya estoy bien.

La timonel la miraba incrédula, pero Inés la ignoró y se metió de nuevo en el agua. Se agarró al tonel y comenzó a nadar con suavidad. Shatidje le hizo un gesto a Simonette para que la siguieran y las otras dos se metieron dentro del río también y nadaron hacia la carabela.

Por su parte, la comitiva de las otras cuatro había llegado al puerto. Se acercaron a los botes que flotaban en el agua y Claire localizó uno con remos. Le tendió el candil a Helen y subió. Después ayudó a subir a las tres supuestas prostitutas.

En aquel mes y medio Claire había aprendido a remar en condiciones. Alejó el bote del pantalán y en pocos minutos remaba contra corriente en el delta del río. La marea estaba subiendo, y aquello la ayudaba en una tarea que, de lo contrario, habría sido ardua. Helen buscaba con el catalejo algún signo de que las otras tres ya estaban asidas al navío. Rosalyn soltó una risotada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Helen en un susurro.

—No me ocurre nada —contestó la mujer en su tono de voz habitual—. Maf fe fupone que fomof un bote de profitutaf que van a bufcar trabajo, no unaf novifiáf en penitencia. Fi no cantamof, al menof deberíamof hablar y reírnof.

Todas estuvieron de acuerdo, y Rosalyn empezó a contar chismes de los suyos, y Claire se los reía, como siempre. Bonny forzó alguna risa también. Helen estaba ensimismada buscando a sus amigas en el agua. Finalmente las vio. Estaban a unos treinta pies de la carabela nadando.

—Seguid haciendo ruido, pero aproximémonos despacio —dijo—. Debemos darles más tiempo.

Claire obedeció y redujo el ritmo de su bogar. Finalmente, llegaron hasta el casco.

—¡Ah del barco! —gritó Rosalyn.

—¿Quién va? —respondió una voz desde cubierta.

—Unaf mujeref, que venimof a preftarof compañía.

Una cabeza se asomó por encima de la barandilla, y una mano con un candil se alzó en el aire para verlas.

—Estamos de guardia —dijo el hombre.

—Por efa razón hemof venido —contestó Rosalyn con su fefeo—. Como hemof vifto que no podéif falir a una taberna a invitarnof a un trago, hemos penfado traerof el trago aquí.

Levantó una frasca de *whisky*.

—Estamos trabajando.

—¡Anda, tonto! ¿Y quién fe va a enterar? Haféif turnof. Mira bien, que mif amigaf fon muy hermafaf.

Una segunda cabeza apareció sobre la borda.

—Muéstranoslas a la luz de la lámpara.

Rosalyn les acercó el candil a Bonny y a Helen y, mientras lo hacía, un tercer marinero se acercó a mirar. Los hombres debieron de quedar complacidos, porque cuchichearon entre ellos y dijeron:

—Está bien, que suban.

El tercero sacó el cuerpo sobre la baranda y le tendió una mano a Helen.

—Lanfadnof una efcala. Fubimof laf tref —dijo Rosalyn tajante—. No va a fubir una fola fin faber cuántof foif ahí arriba.

Cuchicheos de nuevo y al fin la escala. Rosalyn, Helen y Bonny subieron a bordo. Claire se quedó en el bote, impaciente e incómoda. Las otras tres tardaban.

En cubierta había cuatro hombres, tal y como había dicho Shatidje. Las tres se mantuvieron juntas y dejaron que ellos dieran vueltas a su alrededor, como el que observa el ganado. Uno estiró la mano hacia Helen y le agarró un pecho. La mujer palideció.

—Mmmm... Esta está durita —dijo el marinero.

Helen iba a apartarse aquella mano de encima cuando por fin vio a Simonette escalar la barandilla de popa, empapada y con los dos pistolones.

—Puef no haf vifto lo mejor —dijo Rosalyn quitándole la mano de encima de Helen y tirando de él.

—¿El qué?

Rosalyn dio otro tirón hasta que el hombre quedó pegado a ella. La puta llevó la mano hasta la empuñadura de la espada y le susurró al oído:

—Efto.

Entonces lo empujó tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y caerse hacia atrás, pero ella ya tenía la espada y aprovechó para ponerle la punta bajo el cuello.

Antes de que los tres hombres pudieran reaccionar e ir a por ellas, Simonette saltó de lo alto de la tolda a la cubierta principal, mientras Shatidje e Inés terminaban de pasar la barandilla del puente.

—No os mováis —dijo la timonel.

Bonny, que ya había vivido algo parecido con Victoria en tres ocasiones, se apresuró a desarmarlos antes de que se dieran cuenta de que no era tan difícil plantarles cara. Rosalyn seguía apuntando con la espada al cuello del primero. Cuando Bonny llegó al que estaba al mando y le fue a quitar la espada, este le dio un bofetón y la tiró al suelo al tiempo que desenvainaba y se ponía en guardia.

—¿Acaso queréis morir? —masculló Simonette.

—Putá, si disparas eso, que no sé si sabrás hacerlo —contestó él—, los oficiales del galeón se os echarán encima como perros.

Simonette avanzó dos pasos hasta quedar a tan solo un par de zancadas de él. Le apuntaba al pecho con su pistola más grande. Sus compañeros estaban indecisos. Rosalyn, por si acaso, apretó un poco más la espada al que tenía delante.

—Acaso tengas razón —le contestó Simonette escupiendo las palabras—. Mas tú no vivirás para verlo.

Shatidje bajó rápida de la tolda al combés. Inés se quedó arriba, congelada, esperando oír el tremendo estallido que hacían las pistolas de la timonel.

—¡Basta! —intervino la turca antes de que Simonette le descerrajara un tiro—. Sé un buen chico y suelta la espada. Si os matamos, para cuando lleguen los oficiales, volveremos a estar en el agua y no nos encontrarán jamás. Pero podéis salir vivos de esta. Suelta esa espada.

Bonny se había levantado del suelo y, furiosa, se acercó de nuevo al hombre que la había empujado y le arrancó la espada de un tirón. Cuando lo tuvo desarmado le devolvió la bofetada, aunque ella no logró tirarlo al suelo.

—¡Atadlos! —ordenó la turca—. Y al que se mueva lo matáis y lo echáis por la borda.

Simonette bajó la pistola, no muy conforme con dejar vivo a aquel hombre. Shatidje se volvió hacia Inés.

—¡Ven! ¡Comprobemos que no hay nadie más!

La condesa por fin reaccionó y asintió. Bajó los cuatro escalones que llevaban de la tolda al combés e intentó abrir la puerta del castillo de popa. Estaba cerrada con llave.

—¿La llave? —preguntó Shatidje.

—La tiene el armador —contestó el que les había plantado cara escupiendo las palabras.

La turca asintió, y dejándolos allí, bajó a la cubierta de artillería seguida por Inés. A la luz del candil la mujer pudo ver los seis cañones de dieciocho libras, nuevos, relucientes. Le llamó la atención ver que en proa, donde se acababan los cañones, había una puerta y otra en popa. Le hizo un gesto a Inés para empezar por la de proa. Esperó a que estuvieran las dos allí y la abrió de golpe.

—Pero ¿qué...? —comenzó a decir el hombre que estaba en la cocina al ver a la turca en la puerta.

Entonces agarró el mosquete que tenía sobre la mesa, pero, antes de que lo pudiera disparar, un cuchillo cruzó el aire y se le clavó en el pecho, cerca del hombro derecho. El marinero soltó el arma un instante y bastó para que Shatidje salvara los tres pasos que los separaban y le pusiera el filo del alfanje bajo el cuello, a la vez que lo agarraba por el pelo.

—¿Cuántos sois? —le preguntó.

El hombre le escupió como única respuesta y la turca, sin dudarlo, le rebanó el cuello. Inés se agarró al quicio de la puerta, mareada, mientras la sangre corría por las tablas hacia popa, manchándole los pies. La turca se volvió hacia ella.

—Tranquila. A este no lo has matado tú —le dijo.

Arrancó el cuchillo del pecho del hombre y se lo dio a la condesa.

—Vamos.

Caminaron hacia popa y abrieron la puerta. Les sorprendió encontrarse con un camarote diminuto, con dos camas, una con jergón y la otra solo de madera, casi una mesa.

—Parece una enfermería —comentó la turca—. Sigamos, aquí no hay nadie.

Por último, bajaron el último nivel y revisaron la bodega y la santabárbara. Todo estaba tranquilo. No quedaba nadie más. Regresaron a cubierta. Claire ya había subido también. Shatidje le pidió a la estibadora que la ayudara a sacar el cuerpo de la cocina y le dijo a Helen que atara el pañuelo negro a lo alto del palo para que Victoria lo viera.

Simonette frunció el ceño.

—Por lo que veo os habéis divertido más que yo —dijo antes de que Claire y Shatidje bajaran.

—Si no es por Inés, el hideputa de abajo me descerraja con un mosquete —aclaró la turca antes de desaparecer.

La timonel se acercó al hombre que le había ofrecido resistencia, ahora amordazado y atado de pies y manos sobre la cubierta. Lo agarró del pelo y le dijo:

—¿Habéis oído? Vuestro amigo está muerto. Si nos hubierais advertido de que estaba abajo, aún estaría vivo.

Luego lo soltó.

Helen había atado el pañuelo negro del palo. Ahora solo había que esperar a que llegara Victoria.

La princesa, tal y como había anunciado, salió al poco de que lo hicieran las otras. Entre Emily y las dos gemelas enrollaron las velas negras y las cargaron en la barcaza de Simonette. Se subieron las cuatro y soltaron amarras.

Victoria dudaba sobre qué hacer. Emily la observaba. Entonces la princesa ató el timón, como había visto hacer a Simonette, y se dispuso a izar la mesana que había fabricado la gaviera cuando fueron a buscar a Inés.

—Lo haré yo, capitán —dijo Emily con una sonrisa.

Victoria asintió aliviada. La gaviera izó la mesana y afianzó el cabo. El bote comenzó a ganar velocidad. Entonces, la princesa le pidió izar el pequeño foque. La barca se movía, y lo hacía rápido, empujada por el viento de través.

En cuanto dejaron la bahía de John's Pipe detrás, Emily propuso con delicadeza:

—Acaso deberíais ceñir más la embarcación, capitán. Nos alejamos demasiado de la costa.

Victoria aceptó el comentario y puso la chalupa más de cara al viento. Acostumbrada a navegar con las velas cuadradas, parecía casi un milagro que la barquita se desplazara tan rápido casi contra el viento, y la sensación de velocidad con la brisa golpeándoles la cara era aún mayor.

Aun cuando navegaban muy hacia el sur, seguían alejándose de la costa, y tuvieron que virar para acercarse de nuevo, y navegar esta vez con el viento

de babor. Victoria anunció la maniobra y, entre las dos, la hicieron rápido. Cuando volvió a sentarse junto al timón y a dirigir su barquito hacia Berwick probando cuánto debería abrir el rumbo y cuánto cazar las velas para coger más viento, la princesa sintió que le estallaría el pecho de orgullo. Sentía que había aprendido más esa noche que en una semana entera en *El Miguel*. Y la barcaza volaba. Era divertido sentir el agua tan cerca.

En contra de lo esperado, llegaron muy pronto a la bahía de Berwick. Tanto que tuvieron que recoger velas y quedarse un buen rato a la deriva cerca de la desembocadura del río, hasta que por fin vieron a Helen trepar por la jarcia y el pañuelo negro ondeando en lo alto del palo mayor, bajo la bandera inglesa.

—¡Lo lograron! —exclamó la princesa—. ¡Tenemos navío!

Volvieron a cazar las velas y navegaron de través, contra corriente, por la desembocadura hasta llegar junto a la carabela. Cuando la barcaza chocó contra el casco, Victoria no cabía en sí de gozo. Subió deprisa por la escala, engancharon la barcaza con el cabestrante y la izaron entera, con las velas negras y las dos gemelas dentro. Claire les había colocado a los hombres unos sacos sobre la cabeza para que no vieran lo que las mujeres estaban haciendo. Rápida y eficiente, Emily comenzó a colgar las velas con ayuda de las demás piratas que habían aprendido bien cuanto les enseñó la gaviera. Las dos gemelas absorbían cuanto podían, pero Shatidje no les permitió subir a las vergas. En poco menos de dos horas, el navío estaba aparejado con sus hermosas velas tan negras como la noche nublada.

—Ahora, a John's Pipe antes de que baje la marea —dijo Shatidje radiante.

La capitán asintió. Subieron a los hombres al bote en el que habían llegado Claire y las tres supuestas prostitutas y, aún amordazados, maniatados y con sacos en la cabeza, los dejaron a la deriva.

—Dadle este mensaje a Downing —dijo Victoria cuando soltaban el bote—. Decidle que hoy nos hemos cobrado cuanto pagamos al comprar la *Wakes*. Él lo entenderá.

Levaron el rezón y las dos anclas, largaron la mesana, apagaron todos los candiles y comenzaron a navegar entre los navíos dormidos hasta hallarse fuera de la bahía de Berwick. Cuando el galeón quedó atrás, las muchachas comenzaron a bailar y saltar por cubierta, sintiendo de nuevo la libertad de navegar en su propio barco y conscientes de que la fortuna les había sonreído

una vez más. Y por tercera vez en su vida, se alejaron de Berwick con un nuevo navío.

Victoria vio las luces de la ciudad apagarse a medida que se alejaban. Era diecinueve de agosto. No había pasado un mes y medio desde la primera vez que llegaron allí. Un mes y medio, y toda una vida.

—Este nos va a durar más —le sorprendió a Victoria la voz ronca de Shatidje a su lado—. Estoy convencida de ello.

La princesa miró a la turca que también se despedía con la vista de Berwick, y quiso abrazarla. En un instante pasó por su cabeza el día que la conoció, el primer día que llegó a la *Wakes'* con sus desharrapadas, cómo luchó en el motín, la imagen de la conversación en las escaleras de la posada La Estrella de Mar cuando accedió a buscar a Inés, que ahora miraba el mar desde proa, decenas de imágenes de ella en la *Crazy*, enseñando a las demás que era más fácil recoger las velas si cantaban una canción, secundándola cuando decidieron asaltar su primer navío, lanzándole su alfanje en la cabina de una *Crazy* medio hundida y, por último, aconsejándole cómo seducir a Miguel en el comedor de su casa, y obligándola a mirar a través del catalejo a la extraña carabela que ahora las llevaba hacia John's Pipe...

—¿Recuerdas lo que me dijiste un día de que Miguel era más afortunado que yo por tener a vuestro padre consigo?

Shatidje sonrió y asintió con la cabeza. No hacía tanto de aquello.

—Miguel es muy afortunado —repuso entonces la princesa—, pero no lo es más que yo. Nunca más que yo.

Las nubes se abrieron y entró un rayo de luna que pintó el mar de plata. *La luna en el mar riela, en la lona gime el viento, y alza en blando movimiento olas de plata y azul...* cantarían años después un poeta.

«No, no hay nadie ahora más feliz que yo», pensó la capitán, y cerró los ojos apretándolos con fuerza, para guardar para siempre aquel momento de dicha.

# SEGUNDA PARTE



## CAPÍTULO XIII

Atardecía, el ocho de septiembre y el interior del comedor de oficiales estaba en penumbra, iluminado tan solo por media docena de velas. El hecho de que la *Black Shadow* estuviera oculta dentro de la cueva les quitaba varias horas de luz. Inés, Victoria, Simonette y Shatidje estaban de pie alrededor de la mesa, todas dobladas hacia adelante, con los codos apoyados en ella, todas vestidas con camisa, pantalón y los jubones-corsés que les había confeccionado Sally, una de las gemelas —o acaso fuera Madge—. El hecho de que las dos atendieran a los dos nombres y ninguna jamás aclarara si era correcto o se trataba de la otra les había conferido una personalidad común en la que no existían Sally y Madge, sino que las dos eran Sally y las dos eran Madge, como si se tratara de una sola persona. Le habían confeccionado a Victoria un jubón de cuero de hombre, de los que se ataban delante y que cumplía las funciones de resguardar de la lluvia, abrigar y defender de las heridas leves, si bien lo habían entallado para que le ciñera el pecho como si fuera un corsé y así sujetárselo evitándole tenerse lo que vendar. Había tenido tanto éxito que Inés y Shatidje les habían pedido uno también. Solo Simonette vestía el suyo, de hombre, y seguía vendándose el pecho para que no le entorpeciera.

Ahora las cuatro oficiales observaban la carta náutica que la capitán había desplegado en el centro. Sobre ella, dos cucharas y un cuchillo simulaban dos navíos y la dirección del viento. Simonette se mordía las uñas con el ceño fruncido, meneando la cabeza.

—No funcionará —dijo.

El castillo de popa de la *Black Shadow* era mucho más sencillo que el de la *Crazy*. Solo tenía una altura, de modo que el comedor de oficiales y la cámara del capitán compartían la tolda. El comedor de oficiales estaba más hacia proa. El camarote del capitán ocupaba la mitad más a popa, y para llegar a él desde la cubierta había que atravesar el comedor de oficiales.

El comedor de oficiales era nuevo, como lo era toda la *Black Shadow*. Aún olía a madera de pino recién cortada, la librería de la pared de popa estaba vacía y las alfombras estaban mullidas como solo lo están las que apenas han sido pisadas. En las paredes de babor y estribor había dos grandes ventanas que debían permitir la entrada de mucha luz durante el día si el navío no pasara los días dentro de la cueva. Junto a la ventana de babor había un escritorio de madera oscura, con una silla de brazos en la que Ruth garabateaba unas cuentas sin prestar atención a lo que ocurría en el lado de estribor, donde estaba la mesa, una gran mesa oscura rodeada de ocho sillas en la que las chicas discutían sobre la carta, la única mesa que había en el navío y la que utilizaban para todo.

—No funcionará —había dicho Simonette, y la capitán había puesto los ojos en blanco ante la frase que más veces había oído repetir a la timonel. Respiró hondo.

—Claro que sí.

Victoria volvió a coger las dos cucharas, una con cada mano.

—Su navío viene navegando por aquí, con el viento de popa —colocó una cuchara sobre el mar de la carta—. Nosotros los sorprendemos desde proa, en una ceñida que ellos no pueden hacer —puso la otra cuchara delante, las dos puntas enfrentadas—. Como en proa no tienen cañones, se ven obligados a virar a babor o a estribor para dispararnos. —A medida que hablaba, movía las cucharas siguiendo su explicación—. Y, entonces, con el viento de través, nosotros somos mucho más rápidos. Los rodeamos, siguiendo su proa hasta ponerlos de cara al viento. Y ahí, los tenemos.

Simonette meneaba la cabeza. Cuando Victoria soltó las dos cucharas, la timonel las cogió. Volvió a enfrentarlás de pico tal y como había comenzado Victoria.

—Ellos tienen el viento de popa y vienen rápidos, con todas las velas desplegadas. Nosotros venimos de ceñida hacia ellos, de frente —ahora le tocaba a ella mover las cucharas—. Cuando estemos cerca, ellos se atravesarán para dispararnos, tal y como habéis dicho —atravesó la cuchara de la derecha haciendo una T—. Y, aunque vos decís que aquí somos más rápidos, si hacen esto nos cortan el viento —señaló el cuchillo sobre la mesa—. Nos quedamos a sotavento, con las dos, tres o cuatro velas y todo el casco de su navío tapándonos el viento. No podemos maniobrar. Ellos abren fuego y... ¡bum! Nos destrozan, y la *Black* se va a pique.

Acabada su exposición, la timonel soltó los cubiertos y se alejó de la mesa para estirar la espalda. Victoria, Inés y Shatidje miraban las cucharas, pensativas. La capitán apoyó la mejilla sobre el puño. ¡Diantre! Como siempre, Simonette tenía razón.

—Entonces... Nuestras velas latinas no tienen ninguna ventaja. Tan rápidos como somos y no podemos hacer nada.

El tono de voz de Victoria era algo intermedio entre una queja y una pregunta.

—Si ellos tienen el viento de popa, no —contestó Simonette.

Hubo un silencio.

—En ese caso —dijo Shatidje— habrá que intentar que no lo tengan. ¿Por qué no darles caza con el viento de través, como hemos hecho hasta ahora?

Ahí estaba la clave. Como habían hecho hasta ahora. La primera semana después de robar la *Black Shadow* se habían mantenido ocultas. Habían aprovechado para darle bien de brea y oscurecerla y para teñir el otro juego de velas, el que estaba en el navío. También habían borrado el nombre que tenía, *Birdie of Crossbay*, y habían escrito en blanco *Black Shadow*. La habían abastecido y habían seguido con sus juegos de guerra.

Las dos semanas siguientes, con los hombres de Downing y parte de los oficiales de la Corona aún buscando la carabela, salían solo de noche y recorrían únicamente una distancia que les permitiera regresar a la cueva antes del alba. Si veían algún navío sin artillería, lo atacaban. La estrategia era simple: se aproximaban sin luz, por barlovento, y cuando los tenían cerca abrían las portas de sus cañones y Victoria, subida a la escala del palo mayor, les gritaba, espada en mano, que se rindieran o abrirían fuego. Si tardaban en rendir las armas, la cuadrilla de Úrsula disparaba algunas flechas como último aviso. Las dos veces que habían obrado así había sido suficiente. Los pocos hombres armados que llevara el navío rendían las armas y Shatidje, Victoria, Claire, las dos prostitutas y las cinco mujeres de Úrsula abordaban el navío lanzándose sobre él desde unos cables atados a una antena. Las demás se quedaban a bordo con Simonette para maniobrar la carabela abarloada al navío saqueado el tiempo que durara el abordaje.

La primera vez, cuando Victoria se lanzó al interior, un hombre que se había dejado un cuchillo escondido se lanzó contra ella y Helen tuvo que abrir fuego desde el palo. La vigía no falló, y aquello acalló a los que aún dudaban si rebelarse. La segunda vez, cuando revisaban la bodega, Shatidje

se encontró con resistencia por parte de un marinero que se ocultaba allí y tuvo que matarlo también. Pero ambos ataques habían salido bien. No habían tenido bajas y la única herida de guerra había sido un leve corte en las costillas de la turca.

Sin embargo, los botines habían sido escasos y ahora eran más chicas a repartir —Ruth había calculado que necesitaban un mínimo de veinte libras semanales para poder hacer frente a todos los pagos—. Además de que ninguna se sentía cómoda saqueando a pequeños mercaderes. Siempre es más fácil robar al que más tiene. Por ello, ahora que los oficiales debían de haberse cansado de buscarlas y que solo perseverarían los hombres de Downing, habían pensado en aventurarse más lejos y enfrentarse a navíos grandes. El problema de un navío más grande era que, sin duda, tendría artillería.

—Hablamos de navíos armados, Sha —contestó Inés—. Y aunque ocho cañones por banda, como tenemos, no es poco, los que tenemos son de dieciocho libras, y es fácil que cualquier navío grande nos doble en calibre.

—Es cierto —concedió la timonel—, pero Shatidje tiene razón.

La turca miró a Simonette con escepticismo. ¿Le había dado la razón? Los ojos de las tres chicas se clavaban ahora en la timonel.

—Sabemos que van a tener artillería y que la van a usar contra nosotras, pero, si maniobramos bien, solo dispararán una vez. Si nos aproximamos por barlovento —la timonel volvió a coger las cucharas y el cuchillo. Esta vez puso la cuchara que hacía las veces de navío enemigo en perpendicular al cuchillo, y colocó la otra cuchara, la que se suponía que era la *Black*, entre los dos cubiertos—, nos dispararán en cuanto estemos a tiro. Cuando lo hagan, debemos alejarnos de nuevo, en una ceñida contra el viento que ellos no pueden hacer, intentando reducir los daños. Y entonces, muy rápido, volvemos a acercarnos a ellos y a abordarlos. En un largo, no hay navío más rápido que el nuestro. Podemos aproximarnos en el tiempo que tardan en recargar los cañones.

Victoria miró la mesa una vez más. Sí, como mejor navegaba la *Black* era con el viento de largo, ni completamente de popa ni completamente de lado, sino a la mitad de los dos. Era más efectivo que la empopada porque el viento, además de empujar las velas, empujaba el casco. Pero lo que proponía Simonette no era una maniobra sencilla.

—¿Nos acercamos por barlovento, los provocamos, nos alejamos cuando disparen y regresamos antes de que recarguen? —repitió Victoria.

La timonel asintió.

—¿Y si se alejan? ¿Si se abren para ponerse de popa y huir?

—Les estaremos quitando el viento. No es que nosotros le vayamos a tapar mucho, porque somos más pequeños, pero... No podrán huir tan rápido como nosotros acercarnos.

—Y cuando estemos a su lado —añadió Shatidje—, abrimos fuego. Un dieciocho es un calibre pequeño, pero si esperamos a estar a su lado... podemos destrozarlos.

—Sobre todo, si disparamos a la altura de su artillería. Impediremos que nos vuelvan a disparar —intervino entonces Ruth desde el escritorio.

La judía acababa de levantar la vista de su cuaderno de contabilidad. Ahora que no tenían un despacho separado, era en el comedor de oficiales donde revisaba las cuentas y actualizaba los diarios. Además, tenía permiso del capitán para entrar en su camarote, donde guardaban el arcón con la tesorería, para tomar o guardar el dinero que le hiciera falta.

Victoria se dejó caer en una silla e Inés se volvió a revisar la estrategia sobre la carta. Aguantar una andanada de artillería no se le antojaba un plan demasiado bueno.

—Atacar por barlovento —repetía Victoria—. No estamos inventando nada nuevo.

—Desgraciadamente, capitán —dijo la turca—, en esto hay poco que inventar. Al final, donde deberéis demostrar pericia es cuando estemos en el combate, ordenando la maniobra, decidiendo cuándo acercarnos, cuándo disparar...

—... y cómo utilizar el viento y el mar —apuntó Inés, aún mirando la carta—. Si atacamos navíos grandes, podemos aprovechar también el poco calado que tenemos para que no se nos acerquen demasiado cuando vayan a disparar o para que no se nos alejen cuando vayamos por ellos. Acorralarlos contra la bahía o refugiarnos en ella.

Victoria asintió desde su silla.

—Pero seguimos siendo pocas para utilizar la artillería.

Ruth se puso en pie y se aproximó a la mesa en la que las oficiales discutían.

—Eso es cierto, pero si solo vamos a disparar una vez, podemos dejar los seis cañones de abajo cargados y solo necesitaremos dos chicas por pieza para que los frenen con los pies de cabra. Incluso con cuatro chicas me las apañaría, porque nos iríamos moviendo de cañón en cañón, disparando dos

cada vez. Bonny y yo dispararíamos y dos pares de chicas frenarían el retroceso.

—Navegar con los cañones sin trincar es una locura —se opuso Inés—. Sobre todo, si vamos a tener que aguantar su andanada primero. Se soltarán y será como tener seis arietes en la cubierta.

—Los trincamos cargados. Los suelto cuando vayamos a disparar. En lo que más se tarda es en separar el cañón, cargarlo y volverlo a acercar. Sé que es peligroso, pero menos que acercarnos a un navío con artillería y nosotros sin ella.

Inés seguía meneando la cabeza.

—¿Y dejamos los cañones sin trincar después de que los disparéis?

—Shatidje, ¿de quién podemos prescindir en el abordaje, además de Ruth? —preguntó Victoria.

—¿En el abordaje de un navío armado? Yo diría que de ninguna —contestó la turca.

—Si ellos están recargando sus cañones —contestó Ruth— tampoco podrán luchar. Y si volamos su cubierta de artillería, perderán muchos hombres.

Sha suspiró.

—Podemos prescindir de Bonny y de las tres gavieras, que en todo caso se iban a quedar en la *Black*. De Bert y de Dora. A Helen la necesitamos en la cofa para cubrirnos.

—¿Y Rosalyn? —preguntó la capitán.

—Explicadle vos a Rosalyn que se quede en la *Black* tirando de un cañón en lugar de abordar el otro navío. Sabéis lo que le ha costado aprender a lanzarse desde el cable. No se ha torcido el tobillo en vano para que ahora la dejemos fuera.

Victoria asintió. Además, Rosalyn tirando del cañón solo lastraría a las demás.

—Son suficientes —dijo Ruth—. Si no queréis tener ningún cañón sin trincar, puedo disparar con Dora y Emily a mi lado frenando cada cañón, y que las otras cuatro lo coloquen en su sitio y lo trinquen mientras nosotras tres liberamos y disparamos el siguiente. Es más, si me dejáis a la niña, ella puede enfriarlo con la esponja antes de que lo coloquen.

Inés, Shatidje y Victoria se negaron a la vez.

—Jerusha permanecerá en la bodega —dijo Victoria.

Shatidje suspiró.

—Quédate a Claire. Que Bonny enfríe los cañones. Aunque Bonny haya cogido peso desde que ha dejado de vomitar, Claire tiene más fuerza y es la que más rápido los trinca. Emily lo destrinca y tú lo disparas, Emily y Dora los frenan y, mientras pasáis al siguiente, Bonny lo refresca y las otras cuatro lo vuelven a poner en su sitio para que Claire lo asegure. No dispararemos los seis a la vez, pero los habremos disparado todos en menos de un padrenuestro.

Simonette volvió a negar con la cabeza.

—¿Y yo gobierno el navío sola? La caña, las velas..., ¡todo!

—No tenemos opción, Simonette —dijo Victoria—. Pero intentaremos dejarte sola el menor tiempo posible.

Se hizo un silencio en el que las cinco mujeres asimilaban sus roles. Finalmente Inés intervino.

—¿Entonces lo haremos así?

Todas la miraron sin entender.

—¿Nos acercaremos para abordarlos abriendo fuego contra su cubierta de artillería? —preguntaba la condesa.

Victoria asintió.

—Esa es la idea.

—¿Sin darles oportunidad de rendirse? ¿De bajar las armas sin luchar?

La capitán por fin entendió adónde quería llegar su amiga. Por si no había quedado claro, Inés insistió:

—¿Solo porque su navío esté armado tenemos que disparar a la cubierta de artillería donde, probablemente, habrá hombres que no sean de armas y acaso niños llevando los cartuchos de pólvora? Y eso sin considerar cuántas de nosotras caeremos en cada ataque. Aunque, claro, no habrá muchos ataques porque con que perdamos a un par de chicas ya no podremos volver a utilizar esta estrategia.

El silencio caía en el comedor como caía la noche. Por fin Victoria contestó:

—Tienes razón. Debemos darles una oportunidad de rendirse.

—Cuando nos acerquemos la primera vez para provocar que nos disparen, podemos pedirles la rendición —apuntó la turca—. Si abren fuego contra nosotras, entonces... seguimos con el plan. Si por el contrario suben los hombres a cubierta alejándose de los cañones y deponen las armas, no disparamos.

Victoria asintió. Se volvió hacia su amiga.

—¿Te parece mejor así? —preguntó la capitán con dulzura.

Inés asintió. Darles la oportunidad de rendirse era un torpe alivio para su conciencia, pero alivio al fin.

La estrategia quedó establecida. Ya solo quedaba decidir a dónde irían. Jerusha trajo la cena y las jóvenes recogieron la carta náutica. Ruth se retiró a cenar en cubierta, como las demás, y las cuatro oficiales siguieron su discusión. Descartaron ir al norte, hacia Escocia, puesto que ahí apenas había tráfico marítimo, y descartaron también la costa oeste por el riesgo de encontrarse con piratas irlandeses, Grace O'Malley y compañía. Al final, la respuesta obvia era el sur, el canal de la Mancha: Dover, Brighton, Portsmouth, Southampton, Plymouth... Necesitarían otro lugar más cercano en el que ocultarse, puesto que el canal de la Mancha, navegando día y noche, estaba a cuatro días de John's Pipe, tres y medio con buen viento.

—En Southampton y cerca de Chichester hay muchas ensenadas donde recalán los pesqueros —apuntó la timonel—. Con marea alta podríamos ocultarnos allí y varar la *Black*. Pero deberemos reconocer bien la zona, porque yo nunca he navegado lejos de estas aguas.

—Creo tener derroteros del canal —contestó Victoria acabándose la sopa de tomate—, y por supuesto que la estudiaremos antes.

—Y asegurarnos de que no nos descubren —añadió Inés—. Si nos encuentran, no me gustaría tener la *Black* encallada en la arena sin posibilidad de huir.

—Habrá que navegar solo de noche y disfrazarla por el día —dijo Victoria.

—Entonces, deberemos zarpar ya —apuntó Shatidje—. Si navegamos solo de noche, tardaremos más de una semana en llegar al canal, y dos o tres días más en encontrar un buen escondite.

La capitán asintió.

—Mañana por la noche zarparemos.

Shatidje se puso en pie.

—Avisaré a la tripulación —dijo, y salió del comedor.

No se había terminado la sopa de tomate.

Cuando cayó la tarde del día siguiente, la *Black* zarpó con la marea. A oscuras, abandonó su cueva en una maniobra que habría resultado difícil para cualquier timonel que no hubiera crecido en esa ensenada. Simonette podía

navegar la bahía de John's Pipe de noche cerrada y sin luna. Salieron a mar abierto y comenzaron su travesía hacia el sur. Esta vez no iban buscando presas. Se cruzaron algunos barcos que se alejaron al divisar la carabela de velas negras, pero no les prestaron atención. Pasaron Holy Island, y Simonette, en la caña, le comentó a la capitán que detrás de la isla, en Warren Mill, había un buen lugar para esconder el navío, pero lo pasaron de largo porque estaban demasiado cerca como para recalar allí.

La *Black Shadow*, con el viento nocturno y todas las velas desplegadas, surcaba el mar veloz, a sus buenos seis nudos. A esa velocidad podrían recorrer casi cincuenta millas durante la noche. Lo malo del verano era que las noches eran cortas, demasiado cortas.

Amanecía cuando dejaron atrás Blyth. Colocaron en popa una tabla que rezaba *God's Glory* en letras doradas y que tapaba por completo el verdadero nombre del navío: *Black Shadow*. Recogieron las velas, soltaron la mesana negra y, dirigidas por Emily, la cambiaron por una blanca. Taparon las velas oscuras con sus fundas y solo con la mesana navegaron hasta encontrar una cala resguardada. Victoria la marcó en su mapa. Fondearon y las chicas descansaron durante el día. Como no había dormitorio de oficiales, Ruth y Simonette compartían el pequeño camarote que había a popa, en la cubierta de artillería, y que se creó como un dispensario. La timonel dormía en la cama y la judía en la camilla, si bien tenían pensado que, si alguna vez algún enfermo debía pasar la noche allí, Simonette dormiría en una hamaca, como Shatidje y las demás, entre los cañones, y la judía se quedaría velando al enfermo.

La turca no había tenido ningún inconveniente en cederle la cama a la timonel. Entendía que era importante que esta descansara mejor que el resto, y le gustaba compartir su espacio con las otras mujeres. Ahora que con frecuencia todas las oficiales comían juntas en el comedor, la contramaestre prefería dormir con las demás para escuchar a Claire tocar su gaita, a Rosalyn contar sus chismes y, en general, estar al corriente del ánimo de la tripulación.

Victoria, como era lógico, dormía en el camarote del capitán. Era un camarote amplio y lleno de luz que, nada más pisarlo, le recordó a la princesa al camarote de Miguel. Ocupaba toda la popa y estaba cubierto de ventanales. Tenía la cama —una cama grande, con dosel— en el lado de estribor con el cabecero apoyado contra la pared de proa, de modo que a sus pies y a los dos lados Victoria tenía los ventanales y podía ver el mar tanto por popa como a

abor o a estribor. En el lado de babor, también pegada a la pared de proa, había una cámara diminuta en la que solo cabía una litera estrecha, y una escotilla con una escalera que bajaba a la cubierta de artillería. Aunque debió de fabricarse para el ayuda de cámara del capitán, era Inés quien dormía allí. Al principio la princesa propuso partir el dormitorio principal para que Inés también tuviera un camarote en condiciones y dejar el cuartito con la litera para Jerusha, pero la condesa se negó. Le gustaba aquel espacio reducidísimo, con su trampilla que daba acceso a la cubierta donde dormían las chicas y su puertecita que le permitía estar junto a Victoria. Al final, en el día a día, esa puerta estaba siempre abierta y era como si las dos durmieran juntas de nuevo. Y aquello las había vuelto a unir. Se ayudaban a vestirse y a peinarse la una a la otra, compartían la ropa del armario, intercambiaban impresiones, se hablaban cuando no lograban conciliar el sueño... y casi todos los días, después de fondear o bien al despertarse, Inés le enseñaba a la princesa a hablar español leyendo juntas el libro de poesía que le regaló el capitán pirata a Victoria.

Durante las siguientes noches, repitieron la rutina. Recalaron en Robin Hood's Bay; en la desembocadura del río Humber, fuera de la vista; en una cala cerca de Wells next the Sea... Zarpaban al atardecer, cuando los barcos llegaban a las bahías, y fondeaban temprano por la mañana, cuando estos partían. Si se quedaban a la vista o debían navegar de día, escondían las velas en su funda blanca, cambiaban la mesana por la blanca y navegaban solo con esta. El cambiar la vela era una labor pesada, pero no podían permitir que las descubriesen y, después de tres semanas, solo los hombres de Downing seguirían buscando una carabela de velas blancas.

A medida que navegaban hacia el sur, la costa se hacía menos escarpada, y en lugar de calas escondidas y acantilados, se encontraban millas y millas de playas donde no había escondites. En Lowestoft debieron navegar hacia el interior de la desembocadura del lago Lothing para no estar a la vista de todas las naos que navegaban por la costa, y a la noche siguiente tuvieron que navegar casi cincuenta y cinco millas para encontrar un buen escondite: la isla de Mersea. Esta isla se parecía a Holy Island en que, con la marea baja, prácticamente se podía caminar hasta tierra firme y conformaba un excelente escondite, pues eran pocos los barcos que se podían refugiar detrás de ella. No hizo falta ni cambiar las velas. Continuaron hacia el sur, para volver a recorrer millas y millas de playa. Pasaron el delta del Támesis y fondearon en

Ramsgate, demasiado expuestas para estar cómodas. Antes de que cayera el sol, se apresuraron a seguir hacia Dover.

Las primeras millas del canal resultaron ser un infierno para las jóvenes piratas. Había un excesivo tráfico de barcos, lo que imposibilitaba atacar a nadie, y la costa era suave, sin recovecos ni escondites. Pasaron Dover. No se les ocurriría fondear allí y, cuando estaba próximo el amanecer se dieron cuenta de que no iban a encontrar ningún buen escondite por allí y se tuvieron que dar la vuelta. Fondearon en Folkerstone cerca del mediodía. La única ventaja era que, si bien ese tráfico marítimo les iba a impedir piratear en esas aguas, por otro lado, con tanto barco no llamaban la atención. Había tafurcas, naos, galeones, galeoncetes, carabelas, carracas... de todas partes, y con velas de todos los colores. Descansaron poco y continuaron hacia el oeste, dando la vuelta a la enorme isla de Bretaña. De nuevo les sorprendió el día cerca de Newhaven y tuvieron que conformarse con un mal escondite en la desembocadura del río Ouse. Y, cuando ya estaban tentadas de regresar hacia el norte, a sus costas llenas de acantilados y olvidarse de tanta playa, el paisaje cambió. A diez millas de Newhaven estaba Shoreham by the Sea, y diez millas más lejos un lugar llamado Littlehampton, en la desembocadura del río Arun. Y aunque ahí no había acantilados ni cuevas, la costa se llenaba de recovecos formados por el delta de los ríos, lagunas con docenas de ramificaciones y estuarios de poca agua donde la *Black* estaría a salvo de los galeones y barcos de mayor calado. Muy cerca estaba Pangham Lagoon, un paraíso para ocultarse, y a otras nueve millas más, Chichester, con la misma orografía. Y, si proseguían un poco más, llegaban a la isla de Wight, un lugar privilegiado, por cuanto podían fondear detrás de ella y quedar fuera de la vista. Allí el tráfico marítimo se reducía, porque la costa inglesa volvía a alejarse de la francesa y se ampliaba el canal, pero todavía se hacía difícil el poder asaltar a ningún navío. Las chicas decidieron proseguir un poco más. Poole, Weymouth, Torquay, Plymouth. Habían encontrado su lugar. Navíos pesados y de mucho más calado que el suyo y costas llenas de escondites. Pero continuaron explorando hasta llegar a la punta suroeste de Inglaterra, donde se acababa la isla y se abría el océano Atlántico. Por allí venían los barcos de África y de las Indias cargados de tesoros. Y a menos de veinticinco millas estaban las islas Sorlingas.

—Yo no fondearía allí —advirtió Shatidje—. Esas islas están llenas de piratas.

—¿Y qué somos nosotras? —preguntó Victoria con una sonrisa.

Cuando se adentraron en el archipiélago sin cambiar las velas, las sobresaltó un cañonazo.

—¿Desde dónde han disparado? —preguntó Victoria.

Helen señaló a la isla de Saint Mary's.

—Creo que es un disparo de aviso.

Inés asintió.

—Deben de tener a alguien vigilando por si la Corona manda una flota a limpiar las islas. De cuando en cuando lo hacen.

Fondearon entre Saint Mary's y Saint Martin's y apenas descansaron. Había otro navío anclado allí también. Con el catalejo Victoria comprobó que la cubierta estaba tan sucia que no necesitaba brea y los marineros tenían un aspecto muy similar al de los hombres de Rogers. Estaba oteando el castillo de popa cuando le sorprendió ver al capitán, con otro catalejo, observándola a ella. Era un tipo feo y desaliñado, que vestía una casaca roja con más mugre que la ropa de un mendigo y llevaba trenzas en la barba espesa. Se apresuró a apartar la vista.

—Zarpamos con la puesta de sol —anunció Victoria—. No tengo ningún interés en intercambiar chanzas sobre nuestro oficio con ellos.

Inés le tomó el catalejo de la mano y observó al capitán, que seguía estudiándolas con descaro.

—Pues parece que ellos sí.

—Zarpamos con la puesta de sol —repitió la rubia con un bufido, y Shatidje sonrió sin decir nada más.

Al atardecer zarparon de regreso a Falmouth, a un lugar oculto en la desembocadura del río Helford. Llegaron al amanecer, con la marea, y tuvieron que varar la *Black*, porque cuando descendiera el nivel del agua el navío se quedaría con el casco sobre la arena, pero aquello se parecía más a lo que acostumbraban. Como hacían cada día con la salida del sol, «desayunaron» y todas menos la que estaba de guardia —le tocó el turno a una de las gemelas— se retiraron a descansar.

Mientras Victoria se quitaba las botas, llamaron a la puerta del camarote. Era Ruth, que venía a decirle lo que ella ya sabía: habían pasado dieciocho días desde que zarparon de John's Pipe y la bodega estaba casi vacía. Victoria suspiró. Inés la miraba desde la puerta de su cámara, apoyada en el quicio con los brazos cruzados. La capitán asintió despacio.

—Ruth, dile a Shatidje que venga, por favor. Quiero que informe a las chicas de que hoy por la noche abordaremos un navío, para que estén

preparadas. Que todas descansen, incluso la que esté de guardia.

La judía asintió y se retiró.

—De modo que ha llegado el momento —murmuró Inés, el semblante serio, los brazos cruzados.

—Así es. Será mejor que intentes descansar. Me temo que este combate será diferente a todos los que hemos emprendido hasta ahora.

—Eso temo yo también —contestó Inés. Y añadió—: Que Dios nos ayude. —Si bien no creía que Dios estuviera por la labor de ayudar a la banda de descarriadas que habían hecho de la piratería su vida.

Se retiró a su camarote, se tumbó en la litera y cerró la puerta de una patada. Sin quitarse las botas, subió los pies a la cama y se tapó la cara con el almohadón. Por primera vez le molestaba la luz del día para dormir.

Llegó la noche y navegaron hacia el sur, hacia el centro del canal, hasta que vieron un barco francés que navegaba con el viento de través, a sotavento de su posición. Tenían el viento y la corriente a su favor. Era el momento, la oportunidad que habían esperado. Las muchachas corrieron a cargar los cañones. Abrieron las portas y los dejaron cargados y en posición, pero trincados, para que no se movieran, conscientes del peligro que entrañaban si se incendiaba la cubierta de artillería. Después cada una ocupó su posición: Claire, Emily, las dos gemelas, Bonny, Bert y Dora permanecieron en la cubierta de artillería, a las órdenes de Ruth; las mujeres de Úrsula se desplegaron por el combés, buscando un buen lugar desde el que disparar; Shatidje, Rosalyn, Inés y Victoria se prepararon para el abordaje. La capitán, subida a una escala, con la espada en la mano y calada con sombrero de ala ancha, se dispuso a darles un ultimátum. Simonette inició la maniobra de aproximación. Abrió el rumbo y las velas se llenaron con el aire más de popa.

—¡Dadle más cabo a la mayor! ¡Necesito que alguien suelte cabo de mayor y mesana! —gritó.

Inés y Shatidje obedecieron. Cada una soltó cabo de una vela para que cogieran más aire con el cambio de rumbo.

—¡No os vayáis! ¡Necesitaré que cacéis de prisa para ceñir! —pidió Simonette.

Se acercaban. Inés se agarró a la barandilla. Las náuseas, las náuseas de nuevo. Estarían a unos trescientos pies del barco francés. Era una carraca grande, de tres palos y ocho cañones por banda. Pese a ello, no había más de seis hombres en cubierta, armados con mosquetes y espadas. Seis eran muy pocos.

Victoria les gritó desde la jarcia que se rindieran, que dejaran las armas y que nadie resultaría herido. Sonó un disparo y la capitán tuvo que agacharse para esquivar la bala de mosquete. Les gritó de nuevo en francés, y entonces se abrieron las portas de los cañones y por ellas asomaron las ocho bocas de las ocho piezas de treinta y seis libras. Con razón apenas se veía movimiento en cubierta. La capitán se agarró con todas sus fuerzas a la escala.

—¡Halad! —gritó Simonette, al tiempo que viraba para alejarse del navío.

Inés tiró de aquel cabo como si le fuera la vida en ello. La *Black Shadow* crujió cuando la timonel lo puso casi contra el viento, pero respondió como Simonette y Shatidje sabían que haría. Tronaron los cañones de la nao francesa en un estallido terrible, pero la *Black* ya no estaba donde habían imaginado los franceses. En lugar de estar en paralelo, junto a la nao, se había quedado clavada en el mar, ofreciéndoles la popa en una ceñida imposible para un barco con el aparejo de la carraca y demasiados pies atrás como para que acertaran. Las ocho balas se hundieron en el agua.

—¡Ahora! —gritó Victoria.

Simonette abrió de nuevo el rumbo, Shatidje e Inés soltaron cabo y, como si un banco de peces tirara de ella, la *Black Shadow* se acercó de nuevo a la nao francesa. Venía por popa, porque habían perdido una buena distancia al apartarse, pero venía más rápida, y no tardaría en cortarle el viento y darle caza. Los marineros franceses salían a riadas a cubierta. Estaban a menos de doscientos pies cuando empezaron a lloverles flechas. Solo eran cinco mujeres disparando, pero, en el minuto que tardaron en aproximarse, las mujeres de Úrsula dejaron caer sobre la nao francesa más de ochenta flechas.

—¡Preparaos para el abordaje! —gritó Victoria.

Inés no aguantó más. Se dobló sobre la baranda y vomitó ante la mirada de sorpresa de Rosalyn y de las mujeres de Úrsula. Tres arcadas. Se recompuso tan rápido como pudo y trepó a una escala, asiendo uno de los cables. Shatidje estaba a su lado.

—Yo te cubro —le oyó decir a la turca.

Las flechas sembraban el caos en la nao francesa, pero pronto los hombres se prepararon a repeler el ataque con sus arcabuces y mosquetes. El primer disparo no se oyó, porque coincidió con el tronar del primer cañón de la *Black*. ¡Pum! La bala del cañón de dieciocho libras chocó contra el casco de la carraca levantando astillas. Cinco segundos después vino otro disparo.

Y otro, y otro..., hasta seis. Estaban a escasos treinta pies y las balas reventaban el casco.

—¡Ahora! —gritó Victoria.

Inés se aferró al cable y se lanzó al interior del barco. No pensó ni miró cuántos hombres habían quedado vivos, con cuántos tendrían que luchar. Cayó sobre la madera y solo vio al marinero que tenía delante con un mosquete. Y entonces entendió las palabras de Fred, porque solo había matar o morir. Era su vida o la del que le iba a disparar. Y, una vez más, su cerebro se apagó mientras su mano derecha buscaba el cuchillo más equilibrado y lo lanzaba contra él. Y el tiempo se detuvo. No es que se detuviera y le permitiera pensar con claridad: ya no pensaba. Se detenía para permitir que cada sensación durara más. Sentía más: veía más, olía más, oía más. Oyó los gritos, y el chocar de los aceros, y el disparo del mosquete del hombre que tenía frente a ella. Sintió la bala ardiendo cuando le rozó el hombro. Sintió el olor a pólvora y sudor del hombre que se le acercaba por la izquierda, y su sangre caliente cuando le salpicó al clavar su otro cuchillo, el más largo, en el vientre de aquel hombre. Sintió, más que ver, la presencia del marinero que le lanzaba un tajo a su derecha, y se agachó, y se hundió en su espacio, y buscó su vientre de nuevo y le hundió el cuchillo en las tripas... Y, sin embargo, cuando se enfrentó a un cuarto que la atacaba con una espada y cuya estocada tuvo que defender apartando el filo con el brazo, le sorprendió que apenas sintió el dolor del acero al cortarle la piel y el músculo. Sintió más, de nuevo, el olor y el calor de la sangre de su adversario cuando volvió a hundir su cuchillo en él. Y, entonces, sintió que le tocaban el hombro y se volvió como una fiera para encontrarse a Shatidje, con el ojo izquierdo sangrando y el alfanje teñido de rojo en su mano derecha.

—Ya está —le susurró la turca apartándose para que no la atacara. Y repitió—: Ya está.

Inés miró a su alrededor, y poco a poco su mente volvió a encenderse. La cubierta de la nao francesa estaba llena de hombres heridos y moribundos, muchos perforados por las flechas de las mujeres de Úrsula, algunos desangrándose de los tajos de Shatidje. Solo una decena estaban de pie, en el centro de la cubierta, desarmados y mostrando las manos vacías. Victoria estaba de pie ante ellos. Tenía la camisa manchada de sangre y el rostro tiznado de pólvora, pero parecía ilesa. Se volvió, y al ver a la condesa le sonrió.

—Shatidje, Claire. Registrad el navío.

Emily estaba cortando los cabos de sus velas y dejaba la nao al paio. La mujer de Úrsula a la que llamaban Mula buscaba flechas enteras por la cubierta. La *Black* navegaba a babor, a menos de veinte pies, solo con la mayor.

Inés sacó su cuchillo del hombro del marinero del mosquete. Tenía un corte profundo en el cuello y la sangre aún borboteaba a los dos lados de la tráquea: la firma de Shatidje. Se guardó el cuchillo en el cinto y se acercó a la princesa, que en aquel momento le decía al segundo de a bordo en su precioso francés de palacio que todo aquello se podía haber evitado si hubieran depuesto las armas desde el principio. Después les preguntó si su físico vivía. El hombre asintió, señalando a uno de los diez que permanecían en pie, y Victoria le ordenó que atendiera a los heridos. Cuando el físico se apartó del grupo para obedecer, la princesa le puso la punta de la espada en el cuello.

—*Sans héroïsme* —le advirtió.

El hombre asintió y corrió a socorrer a los que aún vivían. Entonces Victoria miró de nuevo a Inés, se acercó a ella y le levantó el brazo para mirarle el tajo. La sangre manaba rápida, escurriéndose por el interior de la mano y goteando en cubierta.

—Ve a que te cosan.

La condesa asintió y comenzó a alejarse.

—Inés —le detuvo la princesa.

Inés se volvió.

—Has luchado..., has estado increíble.

La condesa asintió y se alejó de allí. Estaba deseando abandonar aquel navío.

Simonette acercó la carabela para facilitarle a Inés el lanzarse de regreso. Cuando cayó en cubierta, vio a Ruth, a Helen, a Úrsula y a Rosalyn alrededor de un cuerpo. Ruth estaba de rodillas a su lado. Cuando llegó hasta ellas, vio que se trataba de Anne, la segunda de Úrsula. La mujer tenía un balazo en el pecho y el jubón y la camisa empapados en sangre.

Ruth meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer.

Úrsula apretó la mandíbula y contestó con su extraño acento:

—Nunca le gustaron los mosquetes.

La judía le pasó la mano sobre los párpados, como si fuera a cerrárselos, aun cuando ya los tenía cerrados, e Inés se agarró a la jarcia para no caerse.

La habían matado, a Anne.

—Los estaba destrozando con el arco —murmuró Helen—. El vigía se dio cuenta y le disparó desde la cofa. Yo... reaccioné demasiado tarde.

Inés miró a lo alto de la cofa del navío francés. Doblado sobre el nido del palo mayor colgaba el cuerpo de un hombre. Helen lo había matado, pero no antes de que él matara a Anne. A Anne. Aquello le pareció a la condesa lo más absurdo del mundo. Con todas las que eran, habiéndose lanzado Shatidje, Rosalyn, Victoria y ella misma al navío contrario sin tener la menor idea de lo que era un combate cuerpo a cuerpo, a la que habían matado había sido a Anne, que había permanecido en la *Black*; a Anne, que, probablemente, junto con las otras mujeres de Úrsula, era la que mejor luchaba de la tripulación. No habían matado a Rosalyn, que no sabía nada de combatir, ni a Emily, ni a las gemelas, ni a ella, que había entrado sin pensar. Habían matado a Anne porque sabía lo que hacía, porque era la peor amenaza, igual que Helen había entendido que a quien tenía que disparar era a su vigía. Pero no tenía sentido que hubiera muerto ella antes que Rosalyn, que estaba de pie, a su lado, con un hilo de sangre manándole de la cabeza, pero viva. Y en el fondo se sintió devastada porque, a pesar de la sensación que tenía de no entender nada, prefería que hubiera sido así y no hubieran caído ninguna de las primeras chicas. O eso creía. De pronto tuvo la necesidad de asegurarse de que no había muerto nadie más.

—¿Ha habido...? —tenía la boca seca. Tragó saliva y lo volvió a intentar —: ¿Ha habido más bajas?

Ruth se volvió moviendo la cabeza. Al hacerlo, vio el tajo de Inés goteando incesante, formando en un minuto un charco de sangre a su lado.

—Ven que te cierre eso. Y a ti —añadió señalando a la prostituta—. Aquí ya no puedo hacer nada más.

Y las dos siguieron a la judía a la enfermería.

De forma inexplicable, le dolió a Inés más cada puntada que el tajo en sí, aunque lo que más le dolía era la quemadura en el hombro de la bala que la había rozado. Estaba sentada en la camilla, mirando cómo le cosían la cabeza a Rosalyn, cuando entró Shatidje con el ojo izquierdo sangrando todavía mucho.

Ruth levantó la vista de lo que hacía.

—¿Has perdido el ojo?

La turca meneó la cabeza.

—Es un corte en la ceja. No tiene importancia.

Ruth hizo el nudo al último punto, dejó a Rosalyn sentada al lado de Inés y se acercó a mirar a la turca, aproximándole el candelabro a la cara para verla bien.

—En la ceja y el pómulo. Eso ha estado muy cerca, Shatidje.

—Más cerca lo ha tenido él —sonrió la turca.

—Vas a estar preciosa —gruñó la judía con sarcasmo—. Trataré de darte puntadas pequeñas.

Ruth la sentó en su cama, le dio una frasca de *whisky* para que bebiera, le echó un poco por la cara y comenzó a coserla también.

—Hoy te estamos dando trabajo —bromeó Rosalyn.

—Prefiero que me lo deis a no poder hacer nada —contestó Ruth con tristeza. Todas pensaron de inmediato en Anne.

—El que va a tener trabajo es el físico del otro navío —dijo Shatidje intentando animarlas—. Entre muertos y heridos he contado casi cuarenta.

Cuarenta. Ellas habían hecho eso. Aunque, si se pensaba, solo con la lluvia de flechas debían de haber perdido más de veinte hombres. Cuántos habrían caído con la artillería, Inés no lo sabía. De hecho, ni siquiera era capaz de recordar a cuántos había matado ella. ¿Los habría matado? Intentó recordar sus rostros..., pero no lo logró. De nuevo el absurdo. El rostro de Roger babeando sangre lo tenía grabado a fuego, pero los de aquellos hombres, buenos hombres probablemente..., era incapaz de recordarlos cuando habían pasado tan solo unos minutos. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared... Era mejor así, mejor no recordar, mejor no pensar.

El navío francés venía de Cabo Verde y se dirigía a Calais por el Atlántico para evitar a los piratas. Otra paradoja. Traía un cargamento de ébano, marfil y holandas y sedas bordadas en oro, además de un puñado de diamantes, pero ni media corona en dinero. Era un buen botín, demasiado bueno como para saber qué demonios hacer con él.

Una vez estuvo cargado en la *Black* y las gavieras cortaron los cables, Simonette enfiló de regreso a Falmouth. Llegaron al amanecer, fondearon el navío, lo vararon y se reunieron todas en el comedor de oficiales. Victoria habló. Comenzó por felicitarlas a todas por el extraordinario combate que habían librado y les recalcó lo orgullosa que estaba de todas ellas. Les anunció que, según los libros del otro navío, el valor del botín que habían logrado, sin sumar el valor de las armas y la pólvora, ascendía a unas

ochocientas libras. Las mujeres se agarraron a sus sillas y hubo vítores y risas. Victoria prosiguió explicando, con el papel con las cuentas de Ruth en la mano, que aquella cifra pagaba con creces el coste de avituallamiento, los sueldos de dos libras, ocho chelines y dos peniques que se le debían a la tripulación —una libra, quince chelines y diez peniques para las que habían llegado más tarde—, y de tres libras, seis chelines y tres peniques que se les debían a las oficiales, y todavía quedaban más de trescientas cincuenta libras para repartir. De nuevo vítores y gritos de júbilo ante la fortuna ganada.

—El problema —explicó Victoria— radica en que nada de este botín está en libras ni en moneda que podamos utilizar. Se trata de telas, ébano, diamantes y marfil y, hasta que no lo vendamos..., no nos podemos cobrar.

Hubo un silencio.

—Las piedras y el marfil puedes llevárselos a Glenne —propuso Úrsula con su acento nórdico—. Ella conseguirá quién nos lo compre sin levantar sospechas.

Todas secundaron la idea, ignorando las telas y el ébano. Con los diamantes y el marfil seguro que podrían cobrarse.

Victoria volvió a acallar a la tripulación y siguió su discurso.

—La trágica noticia es que, como todas sabéis, hemos perdido a Anne.

Hubo un silencio. Victoria preguntó:

—Úrsula, ¿Anne tenía familia?

La arquera negó con la cabeza.

—Ninguna de nosotras tenemos a nadie que nos eche en falta. Anne tenía a su madre a la que le enviaba dinero de cuando en cuando, pero es una mujer mayor que vive con su hermana y no dependía de Anne.

Victoria asintió.

—De todos modos, te daré la parte que le correspondía a su hija para que se la hagas llegar. Es justo que alguien la reciba.

Úrsula asintió. Pero, llegado este punto, Inés, que escuchaba cabizbaja con una jarra de vino en la mano —había varias botellas de vino en el navío francés—, no pudo evitar expresar en alto lo que hacía tiempo que pensaba:

—La vida de Anne valía mucho más que una libra, quince peniques y no sé cuántos chelines. Valía más que las ochocientas libras del botín —masculló.

Todos se volvieron hacia ella. Úrsula la miró sin entender.

—Anne era un soldado —dijo la nórdica—. Su vida valía todo y no valía nada. Valía los hombres que ha matado y los botines que ha conseguido.

Y ha muerto cumpliendo con su deber.

Inés miró al suelo. Dejó la jarra sobre la mesa y salió a cubierta. Shatidje se acercó a Victoria, que miraba consternada a la puerta por la que acababa de salir Inés.

—Hablaré con ella —dijo la turca—. Seguid sin mí.

Y salió detrás de la condesa, mientras Victoria trataba de retomar el hilo, ensalzando la labor de Anne y el excelente trabajo de todas.

Shatidje caminó hasta Inés. La condesa estaba apoyada en la baranda de proa observando el amanecer. Las aves se despertaban con su bullicio. Fuera de aquello y del susurrar del agua lamiendo el casco de la nao, todo era silencio.

—Inés.

No se volvió cuando la turca le habló.

—Inés, Anne estaba preparada para morir. Acaso ella y Úrsula fueran las más preparadas.

Inés asintió sin mirar, con la vista en la marca de la marea que bajaba rápida. La turca le puso la mano en el hombro.

—Inés, no puedes cargar con la muerte de todo el mundo. Las personas mueren a diario, y no puedes saber cuál habría sido su destino si no se hubieran cruzado con nosotras.

La condesa meneó la cabeza con pesar.

—Esto es un juego, Shatidje. Para Victoria y para mí empezó como un juego. Y se ha cobrado su primera vida.

La turca se sentó en la baranda, con el amanecer a su espalda. Así podía ver a Inés. Se cruzó de brazos y miró a la condesa con severidad.

—Tal vez para Victoria sea un juego. Y para ti. Pero eso no importa. Cada una de esas mujeres está aquí por sus propias razones. Nadie las ha obligado a enrolarse y no sabes de qué huyen.

Inés no dijo nada.

—Te voy a contar algo, algo que tal vez haga que nos entiendas a las demás, a las que no venimos de donde venís Victoria y tú.

La condesa por fin miró retadora a Shatidje, como si le dijera: «Inténtalo. No vas a ser capaz de explicarme este sinsentido». La turca ignoró su mirada:

—Mi madre era una prostituta en Constantinopla, y murió cuando yo tenía ocho años.

—Lo sé, tu padre me lo ha contado. Ella murió enferma, pero antes le pidió que te llevara con él.

Shatidje negó.

—Sí, mi padre te puede haber contado que murió obligándolo a llevarme consigo. Pero de lo que estoy segura que no te ha contado es de que, antes de morir, mi madre me llamó a su lecho y me dijo algo que se me grabó a fuego. Me dijo: «Shatidje, cuando el hambre aprieta, muerden las ratas, y no el león. No mueras como yo. Tú no mueras comida por las ratas».

Inés clavó su mirada en la turca. Hablaba con gravedad, desnudándole su alma. Y la condesa imaginó cómo habrían calado esas palabras en una niña de ocho años, aquella orden en un lecho de muerte: «Tú no mueras comida por las ratas». Shatidje seguía hablando.

—Y desde entonces, mi padre y yo luchamos por morir con los leones. No importa cuándo muramos, ni siquiera importa por qué. Solo nos importa cómo.

Inés asintió.

—Inés, no juzgues la vida de Anne solo porque tú no habrías obrado como ella. Si para ella tuvo sentido..., eso debería bastarte. Y ha muerto como una valiente. Todas hemos sido las más valientes hoy. Rosalyn, Helen, Emily, Claire... Y Victoria también. A pesar de que digas que es un juego para ella, se ha lanzado la primera, con las demás, exponiéndose a morir. Inés, no se lo estropees. No nos lo estropees.

Inés suspiró.

—Tienes razón, Sha. ¿Quién soy yo para estropear nuestro día de gloria? Le pasó el brazo por el cuello a la turca.

—Regresemos —dijo Inés apoyando su cabeza en los rizos de su amiga—. Bebamos por la victoria y por el valor de Anne.

Y la turca sonrió mientras regresaban al interior del castillo.

Cuando Inés y Victoria se retiraron a descansar al camarote principal, la princesa, preocupada, observó a su amiga. Inés se descalzaba en silencio. Había bebido mucho. Victoria la observó hacer equilibrios para quitarse la segunda bota. Al final le preguntó si estaba bien.

La condesa alzó la vista hacia ella. Victoria estaba allí, de pie junto a la cama. Tenía la camisa manchada de sangre, la trenza medio deshecha y el rostro tiznado de pólvora, pero sus ojos, tan azules, no habían cambiado. Se dio cuenta de que, una vez más, la estaba culpando de todos sus fantasmas, cuando ella, Victoria, había insistido en dejarla fuera de la acción, incluso le

dio la opción de buscarle una casa en Berwick para que viviera allí. «Cada una de esas mujeres está aquí por sus propias razones». Ella estaba allí porque no había querido esperar a Fred, y porque amaba la vida en el mar y quería estar con las chicas. No podía culpar a Victoria. Suspiró hondo y le sonrió.

—Estoy bien, Victoria —le dijo.

—¿Estás... estás segura? —insistió la princesa—. Puedes hablar conmigo. De lo que sea.

Inés abrió la sonrisa más.

—Estoy bien, de veras. Solo estoy agotada.

Y Victoria asintió, quedándose para siempre con la curiosidad de saber qué le había dicho Shatidje para hacerla regresar y disfrutar de la fiesta.

Al atardecer, antes de zarpar, quemaron el cuerpo de Anne. Dora le improvisó una balsa con juncos, envolvieron su cuerpo en una de las telas del botín, lo colocaron sobre la balsa y sus cuatro amigas le dispararon flechas encendidas para prenderlo. Un funeral digno de reyes. Después, zarparon de regreso al norte, navegando de nuevo solo por las noches.

Poco antes de llegar al delta del Támesis, la noche que zarparon de Ramsgate, divisaron una carraca con poca artillería que navegaba con el viento de través y, probablemente, iba bien avituallada por dirigirse de regreso a Londres. Era demasiado fácil para no intentarlo. Siguieron el plan establecido y nada se torció. Pidieron la rendición, aguantaron la primera andanada de artillería —uno de los balazos abrió un agujero en el casco de la *Black*, pero suficientemente lejos de la lumbre del agua como para que no hubiera peligro de que se hundiera— y se acercaron de nuevo abriendo fuego y lanzando flechas. Helen disparó al vigía del otro navío en cuanto lo tuvo a tiro y, ante la lluvia de flechas, los hombres se rindieron casi antes de que Victoria, Rosalyn, Inés y Shatidje se lanzaran a bordo, seguidas por las que habían ayudado a Ruth. El botín fue escaso, apenas sesenta libras, pólvora y más armas, pero no tuvieron bajas. La peor parada fue la propia *Black Shadow*, que se llevó su primera cicatriz y, con todo, nada que Dora no pudiera arreglar. Inés, de nuevo, llegó a la enfermería con un corte en el antebrazo izquierdo. Ruth la reprendió:

—Si vas a seguir utilizando el brazo como escudo, deberías procurarte unos brazales. No das tiempo a que se cierre el corte anterior.

La condesa se encogió de hombros, pero al día siguiente, para su sorpresa, Madge —o acaso fuera Sally— se le acercó con unas muñequeras de cuero.

—He oído que necesitabas unas —le dijo—. Te las hemos hecho con lo que hemos encontrado, pero te las remacharemos con hierro en cuanto podamos.

La otra gemela estaba a su lado.

—Las hemos hecho lo más rígidas posibles —añadió—, pero, si te molestan para lanzar los cuchillos, ponte al menos la izquierda y trataremos de hacerte una más blanda para el brazo derecho.

Inés les sonrió agradecida de corazón. Aunque de aquel día en adelante siguió yendo a la enfermería a que le cosieran tajos en el brazo, con las muñequeras de cuero endurecido casi siempre el tajo se quedaba en un arañazo poco profundo.

Se quedaron en Mersea Island, al norte del Támesis, unos días. La isla les procuraba un buen escondite, y el delta del Támesis tenía bastante tráfico marítimo. Capturaron algunos botines más, todos pequeños y, finalmente, decidieron regresar a John's Pipe para que Glenne les vendiera los diamantes y el marfil y poder pagar a todas las chicas. De su primer combate habían sacado algo en claro: no podían atacar navíos grandes sin saber antes qué llevaban. Era mucho riesgo para encontrarse después con un cargamento muy preciado, pero al que no le podían dar salida.

Rosalyn propuso que, antes de atacar otro navío grande, unas cuantas se acercaran a las tabernas más concurridas para intentar averiguar más de los navíos que iban y venían. Lo perfecto sería atacar un navío que llevara oro para pagar mercancías, y no las mercancías en sí; y eso no era fácil de encontrar al azar, sobre todo a medida que se generalizaban las cartas de pago. De modo que acordaron hacer lo que Rosalyn decía. Cuando estuvieran al sur, fondearían en Folkerstone o en Ramsgate, y Rosalyn, Bonny, Inés y Shatidje, acompañadas por Claire, tomarían un coche a Dover y beberían en las tabernas portuarias tratando de sonsacar a los marineros. Y cuando estuvieran al norte, en Burnmouth o en John's Pipe, harían lo mismo en las tabernas de Berwick y de Eyemouth, incluso podían cabalgar a Edimburgo, puesto que cuanto mayor fuera la ciudad, menos llamarían la atención, y en cualquier ciudad y por más mujeres que hubiera en cualquier taberna, Bonny

seguía siendo un buen reclamo. La prostituta había cogido algo de peso y últimamente se la veía algo desmejorada, pero seguía pareciendo una hermosa Venus salida de un cuadro de Botticelli.

Aquel plan a Inés se le antojó perfecto. Por lo general, solo tendría que beber con sus amigas y escuchar, dejando que Rosalyn se ocupara de llevar la conversación adonde quería. Y pocas cosas le gustaban más a la condesa que tomar un trago en una taberna de mala muerte con Claire, Rosalyn y Shatidje, aunque, según lo planeaba Rosalyn, en ocasiones tendría que vestirse de colores chillones, pintarse como puertas y echarse aceites que le resultarían realmente apestosos.

Llegaron a John's Pipe a mediados de octubre, como siempre con la marea, y su cala les pareció el lugar más hermoso del mundo. Ocultaron el navío en la cueva antes del amanecer e Inés y Simonette, que acostumbraban a bañarse en el mar cuando llegaban, tuvieron que admitir que las aguas del mar del Norte se habían vuelto tan frías que aquel pequeño placer ya era imposible. Los días se hacían más cortos y las noches más largas, y todavía no había amanecido cuando se fueron a acostar.

La oscuridad de la cueva y el agotamiento hicieron que Inés se despertara casi al atardecer. Cuando lo hizo, Victoria y Shatidje habían salido con Úrsula para ver a Glenne con la esperanza de que en su extensa lista de amistades les encontrara un comprador para los diamantes y el marfil. A la condesa le contrarió que no la hubieran esperado, así que fue a buscar a Claire y a Rosalyn y les propuso ir a Burnmouth a tomar un trago en la taberna de Ian. Las dos mujeres accedieron gustosas.

Caminaron hacia el norte hasta llegar al pueblo costero y entraron en aquella taberna que tanto les gustaba. Saludaron a Ian, que limpiaba el mostrador con su aspecto de William Wallace, y se dirigieron al fondo a la izquierda, a aquel salón en el extremo de la L vestido de alfombras, tapices y telas, y oculto a los comensales que cenaban cerca de la entrada. Las tres mujeres se sentaron a beber y reírse. Se sentían cómodas allí. Sentían aquella taberna como su segunda casa y las horas se les pasaron volando. Antes de que se dieran cuenta, la taberna se había llenado de gente. Desde su rincón podían ver a Roxie, la hermosa prostituta de Burnmouth, apoyada en el mostrador, con el cabello caoba cayéndole largo por la espalda; a dos ancianos de John's Pipe que también tenían predilección por aquella taberna

y a los que veían con frecuencia; y a un grupo de cinco pescadores que no conocían, también sentados en aquel rincón y compartiendo entre ellos las aventuras del día. Pero, del otro lado, donde estaba la entrada y las mesas de cenar y de jugar a las cartas, el lado de la L que no podían ver, llegaba ya un bullicio que les revelaba que había mucha más gente en la taberna.

Inés apuraba su vaso de *whisky*, pensando que debían marcharse ya o Victoria se molestaría, cuando algo la detuvo. De pronto, por la derecha del comedor, había aparecido junto a la barra Frederick Stowe. La imagen del pirata, con su pantalón granate oscuro, el cinto con los siete cuchillos, la camisa blanca medio abierta y aquella sonrisa suya endiabladamente atractiva, la golpeó con fuerza. Por un instante pensó que eran imaginaciones suyas, pero no, lo estaba viendo, le estaba pidiendo las bebidas a Ian sin percatarse del grupo de mujeres sentadas al otro lado. Inés sintió que le faltaba el aire. Ya casi había olvidado hasta qué punto era atractivo. Se había olvidado de su sonrisa y de sus ojos oscuros. Había olvidado el color moreno de su piel. Empezó a temblar, inmóvil. Quería esconderse y a la vez quería correr hacia él. Y entonces, entre el barullo del salón y por encima de las voces, se oyó a Roxie gritar:

—¡Fred! ¡Frederick Stowe!

El pirata vio a la prostituta y la saludó con su sonrisa tan blanca, y la joven se apresuró a acercarse a él contoneando las caderas con descaro. Inés sintió cómo se le apretaba el estómago, como si la ahogaran por dentro, y no fue consciente de lo que hacía hasta que el cuchillo salió volando de su mano, pasó a menos de un palmo de la nariz de la prostituta y se clavó en la pared de encima del mostrador, al lado de Ian.

El silencio se hizo en la taberna. Todas las miradas estaban de pronto en Inés, que estaba allí de pie, con el cuerpo temblándole y los ojos echando chispas. Fred también la vio y, entonces, muy despacio, su rostro se encendió de nuevo con su eterna sonrisa. Ian había sacado el enorme pistolón que escondía bajo la barra. Roxie no se movía, pero estaba temblando también.

—Ian —habló entonces Fred con su voz seca—, eso no será necesario. Dame el cuchillo. Yo me ocupo.

El tabernero escocés apretaba la mandíbula dudando. Al final bajó el pistolón.

—Está bien, Stowe. Pero no quiero problemas.

Fred asintió. Ian se dio la vuelta y desclavó el cuchillo de la pared para tendérselo al pirata. Fred lo cogió, miró a Inés, que seguía de pie, helada, y se

acercó a Roxie. Puso la mano sobre el hombro de la prostituta y le dijo:

—Hoy ya tengo compañía, Roxie, gracias —hablaba sin mirarla, con la vista puesta en Inés—. Pero tal vez mis amigos quieran...

Dejó la frase en el aire y señaló hacia una mesa de las de la entrada, que Inés no podía ver.

Roxie lo miró ofendida y abrió la boca para decir algo, pero Fred no esperó a que lo hiciera. Se volvió hacia la pirata y caminó hasta ella. El salón seguía en silencio, con todas las miradas puestas en el contramaestre. Cuando él llegó hasta Inés, le tendió el cuchillo y le sonrió, desarmándola por completo.

—Has afinado la puntería —le dijo.

Inés trató de hablar, pero parecía que las palabras no querían salir. Tomó el cuchillo, se lo guardó en el cinto y, cuando volvió a alzar la vista hacia él, por fin consiguió decir:

—Han pasado muchas cosas desde que desembarcamos de *El Miguel*.

—Sí que ha pasado el tiempo —sonrió de nuevo el pirata—. Ya pensé que acaso no nos encontraríamos nunca.

Inés se encogió de hombros.

—Sin cartas, sin noticias y sin buscarnos. Ese era el acuerdo, ¿no?

Fred sonrió otra vez.

—También lo era que embarcaríais en el siguiente navío hacia España y aquí estás.

Inés se cruzó de brazos. Tragó saliva y contestó con dureza:

—La vida da muchas vueltas.

Fred la estudió, sorprendido por el tono de voz de la joven. En los cientos de veces que había fantaseado con volverla a encontrar, ella se alegraba de verlo. Pero la mujer que tenía delante de él no parecía demasiado entusiasmada. La gente seguía observándolos. Le colocó una mano en el hombro y le dijo:

—Lo importante, preciosa, es que estás aquí y estás viva.

Miró a su alrededor, a la gente que los observaba, y añadió:

—¿Damos un paseo?

Al hacerlo, tiró ligeramente de la condesa, pero Inés no se movió. Con los brazos aún cruzados, frunció el ceño.

—¿Adónde quieres llevarme?

Fred apartó la mano con suavidad y volvió a sonreírle.

—Sigues igual de desconfiada, ¿eh?

—Me mantiene viva —contestó ella.

Otra sonrisa.

—A fe mía que jamás te he tocado contra tu voluntad.

Inés se mantuvo inmóvil.

—Cierto, pero tienes un don para quebrantarlas, ¿no es así?

Una sombra cubrió el rostro de Stowe. Sonrió de nuevo, pero esta vez su sonrisa estaba cargada de tristeza. Ahora fue él quien se cruzó de brazos.

—De modo que pensáis, *milady*, que os seduje para meteros en mi cama. Ella no contestó.

—Me tomé muchas molestias durante semanas para unas pocas horas de placer, ¿no creéis? Confío en que al menos las disfrutarais como yo —espetó él con dureza, y se giró para regresar a su mesa.

Aquellas palabras abrasaron el interior de Inés y terminaron de romper su máscara de firmeza transformando su gesto en una mueca de dolor.

—Cada día me esfuerzo por creer que eso fue todo lo que ocurrió —dijo ella con la voz temblándole—, aunque no lo crea.

Él se detuvo y respiró hondo, mordiéndose el labio, pero no se giró. Entonces Inés miró a su alrededor, a todos los rostros que los estudiaban. Dio un paso para acercarse a su espalda y le susurró:

—¿Sigue en pie la oferta del paseo?

El asintió con la cabeza, serio, tomó a Inés del codo y salieron de allí. Al pasar cerca de la puerta, Inés vio a Clavos, a James y a Dorek sentados en una mesa. Les sonrió, pero Fred la empujaba del codo rápido y no le dio tiempo siquiera a saludarlos.

Cuando estuvieron fuera de la taberna, el aire fresco los golpeó. Era una noche preciosa, de luna llena. Inés vio *El Miguel* meciéndose en la ensenada de Burnmouth, y los recuerdos la ahogaron de nuevo.

Fred la llevó hasta el pantalán y, al llegar allí, la agarró por los hombros obligándola a mirarlo. Estaba serio, e Inés se dio cuenta de que aquel encuentro no solo le estaba doliendo a ella. Entonces el pirata señaló *El Miguel* y le dijo:

—Inés, esos días contigo, la travesía a Cabo Verde y la vuelta a Burnmouth han sido los mejores días de toda mi vida. Si no he querido cartas, si no he querido buscarte, ha sido por miedo a descubrir que eras feliz sin mí. Te dije que te deseaba toda la felicidad del mundo, pero no era cierto —bajó un instante la vista y la volvió a alzar buscando los ojos de la condesa

—. Soy un egoísta, y quería que tú tampoco fueras nunca más feliz de lo que lo habías sido conmigo. Quería que me recordaras siempre, cada día.

Inés sentía cómo esa muralla que había creado para sobrevivir en su nueva vida se resquebrajaba, y una luz blanca, blanca, se iba filtrando hacia su interior. Temblaba y no habló porque sabía que si lo hacía se desharía en lágrimas.

—Si hubiera visto a otro hombre agarrarte del talle —proseguía el pirata—, si te hubiera visto sonreírle como me has sonreído a mí..., lo habría matado. No sabes cuánto me costó no despedazar a Walcott.

Ella meneó la cabeza.

—Robert... no significa nada para mí —explicó en un hilo de voz, sin entender.

—Te ha mirado, te ha creído suya, quién sabe lo que ha imaginado..., y ni siquiera ha apreciado lo que tenía tan cerca —explicó él al tiempo que le acariciaba el rostro.

Inés suspiró.

—Fred, te ha parecido lo más hermoso del mundo porque tenía una fecha de fin, porque vivíamos en *El Miguel*, aislados de la realidad. Pero ahora no podría ser. Ya no soy esa niña tan distinta a todo lo que conocías. Ya no desentono entre rameras y asesinas. He matado gente, Fred. He hecho cosas terribles. Ya... ya no podrías quererme... —se le quebró la voz y rompió a llorar.

Stowe la abrazó. Sintió su cuerpo diminuto y frágil bajo aquellas ropas de hombre y le besó el pelo.

—Preciosa... Estas ropas, este ambiente... no pueden camuflar quién eres. Eres mi Inés, la única persona por la que lo dejaría todo —le dijo sin soltarla—. Te amaría aunque solo pudiera verte una hora cada tres años; te amaría aunque te tuviera todos los días. He sobrevivido sin ti, pero solo estoy vivo a tu lado. Desde que vi a lady Dudley no he hecho más que imaginar que te encuentro. Y si he ahogado mi tristeza en putas o en ron lo he hecho porque no te he olvidado. Tu imagen me acompaña cuando me acuesto, te imagino a mi lado cuando trabajo. A veces alzo la vista a las vergas buscándote y otras me entra pánico pensando que puedan haberte quitado la vida. No puedes castigarme con otra despedida solo porque creas que no será igual. No me dejes. No me dejes.

Inés seguía abrazada al pirata, con las lágrimas rodándole por el rostro. Su pecho se había llenado de luz. Ya no le importaba haber matado a Roger,

ni haber perdido a Anne... No importaba qué ocurriría mañana. El mundo se había esfumado y solo le importaba aquel momento con Fred. Y temió que terminara.

—Pero no sabemos cuándo volveremos a coincidir —sollozó—. Ni siquiera sabemos si volveremos a coincidir.

Él la apartó y le sostuvo el rostro para poder mirarla a los ojos.

—No sabemos nada —concedió—. Pero igual que disfrutamos cada segundo del tiempo que pasamos juntos en *El Miguel*, cuando nos encontremos, si lo hacemos, quiero disfrutar cada instante a tu lado. Y, si no nos encontramos, quiero soñar cada instante sin ti que el destino nos une de nuevo. No te pido más. Solo que me dejes que te quiera, que me dejes vivir para encontrarte, y que el tiempo que pasemos juntos lo pasemos juntos sin más.

Ella agarró su mano en su mejilla y cerró los ojos para concentrarse en su tacto, y él la besó. Se besaron con ansia, con sed, como si quisieran aprovechar el tiempo perdido. Cuando finalmente se separaron, Inés preguntó:

—¿Y cómo... lo haremos?

—¿Hasta cuándo os quedáis en Burnmouth? —preguntó él.

Inés miró al cielo nocturno, solo iluminado por la luna, y rápidamente después miró al mar y, lanzando una imprecación, se apartó del pirata y rompió a correr. Fred la agarró de la muñeca y la detuvo.

—¿Adónde vas? —le preguntó sin entender.

—Victoria —respondió, como si aquello explicara algo. Fred no aflojó su agarre—. No sé si quería que zarpáramos hoy.

—Inés, es de noche —contestó él.

—¡Por eso mismo! Nosotras zarpamos con la marea.

Fred tiró de ella y la sostuvo por los hombros.

—Preciosa, si queríais zarpar con la marea —señaló hacia las aguas del puerto y mar adentro—, la perdisteis hace dos horas.

Inés se mordió el labio. Si Victoria había pensado zarpar esa noche, estaría furiosa.

—Debo regresar, Fred.

Él asintió con un suspiro.

—Está bien. Regresemos a la taberna a recoger a tus amigos. Y podrás saludar a Clavos y a James. Estarán deseando verte.

Fred la cogió de la mano y tiró de ella lejos del malecón y hacia la taberna de Ian. Mientras caminaba asida al pirata, consciente de que ya no zarparían esa noche, se olvidó de nuevo de Victoria y de la *Black*. Estaba allí, con Fred, y él la amaba. No solo no la había olvidado, sino que se negaba a hacerlo. Con el alma llena de luz y la mano áspera del pirata dentro de la suya, sintió que caminaba sin apoyar los pies en el suelo. Flotaba.

Entraron en la taberna cogidos de la mano —Fred no la soltó— y, de nuevo, todas las miradas se posaron en ellos. Inés bajó la vista azorada. No se sentía así desde los primeros días en *El Miguel*, cuando Fred la paseaba por cubierta y los marineros le decían barbaridades que la mataban de vergüenza. Ahora toda la taberna estaba pendiente de ellos y, cuando dieron los primeros pasos hacia el interior juntos, Clavos se puso en pie y comenzó a aplaudir. Ella quiso matarlo, pero ya toda la taberna se había unido a sus aplausos y vítores. Fred se rio, atrajo a la condesa hasta él y la besó, allí, delante de todos. Después saludó y tiró de Inés hasta la mesa donde sus amigos esperaban. Clavos la abrazó, le dijo que estaba preciosa aunque un poco flaca, y Dorek, serio como siempre, le dijo que estaba más alta, lo que hizo sentir a Inés como una cría. James murmuró algo que la condesa no entendió, había perdido la costumbre. Y la obligaron a sentarse y a tomarse algo con ellos.

—Esperad —dijo Inés poniéndose en pie de nuevo—. Debo buscar a mis amigas.

—Si te refieres a una mujer de treinta y muchos años con aspecto de puta y acompañada de un muchachito de veinte, se marcharon al poco de salir tú —explicó el carpintero de *El Miguel*.

Inés sonrió. Por la descripción, la mujer era Rosalyn. Si Clavos la hubiera conocido hacía tres meses, le habría echado cuarenta años seguro. Y el muchachito podía ser Claire, o bien alguno que la prostituta se hubiera buscado. En cualquier caso, su amiga hombruna seguro que tampoco seguía allí.

—Inés —dijo Fred—, si tus amigas han regresado a tu navío le dirán a Victoria dónde estás. Vamos, tómate un ron con nosotros.

—Por los viejos tiempos en los que no sabías beber —secundó Clavos guiñándole un ojo.

La condesa sonrió. Era incapaz de negarse. Tenía tantas ganas de aquello... Apartó la silla y se volvió a sentar.

—Que sea un *whisky* —dijo—. Ian te abrirá en canal con su pistola si le pides un ron.

Victoria daba vueltas inquieta por su camarote. Hacía varias horas que habían regresado de casa de Glenne. La pastora se había mostrado dispuesta a ayudarlas. Había lamentado la muerte de Anne y les había dicho que trataría de conseguirles más chicas y que, por supuesto, se ocuparía de vender el marfil y los diamantes. Se había despedido preguntando por Inés. Pero ¿dónde demonios estaba Inés?

Oyó ruido en cubierta y se apresuró a salir. Eran Rosalyn y Claire, que habían regresado en el bote, pero ni rastro de la contramaestre. Hablaban con Shatidje. Victoria se apresuró a llegar hasta ellas.

—¿Dónde estabais? ¿Dónde está Inés? —su rostro mostraba más preocupación que enfado.

—Fuimos a tomar un trago a Burnmouth... —comenzó Rosalyn.

—E Inés se encontró con un amigo —explicó Claire.

Rosalyn le dio un codazo y, mirando a la mujer que parecía un muchacho, corrigió:

—¿Un amigo? O yo estoy muy vieja o era mucho más que un amigo. ¡Y menudo amigo! —se volvió a Victoria—. ¡Tiene buen gusto la niña! ¡Estaba para chuparse los dedos!

—Era Stowe —determinó Shatidje meneando la cabeza.

Victoria sonrió, alegrándose por su amiga, y de inmediato pensó que, si Stowe estaba en Burnmouth, *El Miguel* también estaría allí. Refrenó su mente que se había desbocado de inmediato. No, no debía correr en pos de Miguel. Debía hacer caso a Shatidje y esperar a que se acercara él. Pero... ¿y si nunca ocurría?

—Bien, mañana nos avituallaremos. Haremos las compras en Burnmouth durante el día. Zarparemos al atardecer y navegaremos hasta allí para poder cargarlas pasado mañana. A ver qué nos ha conseguido Glenne para entonces.

Las chicas asintieron.

—Así podréis pasar unos días con vuestras familias —añadió.

Lo que no dijo fue que así les darían algo de tiempo a los enamorados y lo ganaría ella para buscar una excusa que le hiciera encontrarse con el capitán Saavedra.

Miguel desayunaba solo en el comedor de oficiales. Era temprano. Observaba Burnmouth por la ventana de estribor con la mente en el día en que dejó allí a las dos jóvenes. Llamaron a la puerta y Richards anunció que el zagal con las noticias estaba a bordo. El capitán lo invitó a entrar a que contara lo ocurrido en el último mes en el que el pirata había estado tendiéndole la trampa a Brace en Cabo Verde. El niño, con su vocecita de cantor de coro, le refirió la muerte de William Whittingham, el reformador religioso, el regreso de la expedición de Walter Raleigh para fundar una colonia en Norteamérica, los avances en la fundación de la Compañía de Mercaderes del Este para comerciar con Escandinavia y los países Bálticos, y los saqueos cerca de Escocia, al sur de Berwick y cerca del delta del Támesis, de la *Hermosa Negra*, el último hacía tan solo una semana.

Miguel frunció el ceño sorprendido.

—¿Los saqueos de quién?

—De la *Hermosa Negra*, señor. Una nao de velas negras tripulada enteramente por mujeres, que navega de noche y que ha abordado ya al menos a cuatro navíos.

Miguel soltó una carcajada.

—De modo que la *Hermosa Negra* —meneó la cabeza incrédulo.

—No, capitán, no os riais —dijo el niño muy serio—. Dicen que la nao aparece encima cuando uno menos se lo espera, y que es rápida como el viento de una tormenta. Tienen unas arquerías mejores que Robin Hood y han matado a muchos hombres ya. Más de veinte.

—Y cada vez que lo contéis serán más —le regañó Miguel. Y lanzándole un penique añadió—: Toma, te lo has ganado. Entérate bien de qué pasa con la *Hermosa Negra*. En mi próxima visita a Burnmouth quiero saberlo todo de ellas.

Y el muchacho se apresuró a guardar su moneda y salió corriendo, con esa velocidad con la que hacen las cosas los críos cuando no están pensando en las musarañas.

—La *Hermosa Negra* —repitió el capitán cuando se quedó a solas. Y rompió a reír.

A las chicas les costó levantarse por la mañana. Acostumbradas como estaban a trabajar de noche, a todas les había resultado difícil pegar ojo y el sol había salido demasiado temprano. Solo Inés había caído rendida en la cama, totalmente feliz; pero lo había hecho tarde, cuando abandonó la taberna, caminó la hora hasta John's Pipe acompañada por Fred, dejó que él la llevara en un bote hasta su navío, con la firme promesa de no contarle a nadie, ni siquiera a Clavos, dónde escondían la carabela y, antes de escalar a bordo, se despidió del contramaestre, lo que le llevó casi otra hora. Se escurrió en su camarote tratando de no despertar a nadie y se desplomó en la cama. Pero si la hora intempestiva de la madrugada y los cuatro vasos de *whisky* ayudaban a dormir, no ayudaban a levantarse, e hizo falta que su amiga la zarandeara para que abriera los ojos.

—¡Despierta, Inés! Debo salir a Burnmouth, pero no me moveré de aquí hasta que me lo refieras todo. ¡Despierta!

La condesa abrió los ojos, sonrió a su amiga y, mientras las dos se vestían —Inés también quería ir a Burnmouth— le contó a Victoria todo lo ocurrido en la taberna.

—Está decidido —le dijo la princesa cuando hubo acabado—. Hoy tienes el día libre. Iré con Ruth y con Bert a comprar todo lo necesario para avituallar el navío, y no te necesito para eso.

Aquel día Inés volvió a experimentar una dicha que había creído imposible desde que abandonaron *El Miguel*. Se había acercado temprano al puerto de Burnmouth en el que los piratas avituallaban el navío del español y había encontrado a Dorek, Baker y Clavos cargando barriles de agua dulce en el batel. La condesa se había acercado a saludarlos.

—Veo que estáis ocupados.

—Nada para lo que necesitemos a Fred —contestó Dorek.

En cuanto Fred vio a Inés, se escapó de la estiba y los dos pasaron juntos la mañana. Pasearon por la costa de la mano, besándose cada diez pasos. Llegaron a una playa y jugaron como niños a correr y a alcanzarse y, cuando Fred la cogía, la abrazaba con tanta fuerza que Inés pensaba que la partiría en dos. Después Inés, sin resuello, se sentó a mirar el mar, y Fred se tumbó con la cabeza en su regazo y ella le peinó el pelo con los dedos y le acarició la piel morena mientras él le refería cómo habían abordado el *Africana* y mil historias más. E Inés se dejó llevar y lo interrumpió a besos, que él siempre le devolvía. Y la condesa sintió cómo la felicidad se colaba en su pecho y lo ensanchaba, y quiso cantar y gritar y reír, y besarlo de nuevo.

Bert se había despedido de Phil y regresaba de Burnmouth a John's Pipe cuando se encontró a la pareja caminando agarrados de la cintura y haciendo esos ebrios de amor. La cocinera tardó unos instantes en reconocer a su segundo de a bordo. Nunca había visto a Inés con un hombre. Es más, las veces que había visto que un hombre se le acercaba a la oficial, esta siempre había cortado cualquier galanteo de manera tajante. Pero solo había que verlos para entender que estaban enamorados. Inés parecía que flotaba en vez de caminar. La cocinera no quiso interrumpir y los adelantó simulando no haberlos visto. Pero Inés sí que la vio. Se soltó del pirata, se recompuso un poco y la llamó para saludarla. Le presentó a Fred y le contó a la cocinera que se dirigían a casa de Shatidje porque el viejo Henry, aprovechando que su hija estaba en casa, había invitado a algunos piratas de *El Miguel* a almorzar y el contraмаestre había extendido la invitación a Inés.

—¿Y sabe Shatidje que tiene que cocinar para tantos? —preguntó Bert. Pero antes de que pudieran contestarle, añadió—: Dejadme acompañaros y cocinaré yo. Phil trabaja hasta esta tarde y no tengo nada que hacer.

La comida fue divertida. Shatidje refunfuñó cuando supo que lo que su padre había dicho que serían un par de amigos al final iban a ser más de media docena de piratas sin contarlas a ellas tres, y agradeció la oferta de Bert. La cocinera asó un costillar de buey que sirvió a continuación de una sopa de cebolla, y lo regaron todo con vino. El asado estaba delicioso. Los piratas rieron con las historias de Inés sobre las primeras singladuras, el caos en las velas, la lucha con el ancla... Fred la miraba sin decir nada, con orgullo y comiéndosela con los ojos mientras ella hablaba a los demás. Shatidje iba confirmando lo que la condesa decía, sin prestar atención aparente a las miradas de los dos amantes, aunque observándolos con suspicacia.

Cuando Inés llegó a la parte en la que Rosalyn y Bonny sonsacaban al artillero sobre cómo se disparaba un cañón, los hombres rieron con ganas.

—¡Nosotros os habríamos enseñado! —protestó Baker—. Debisteis pedirnos ayuda.

Bert se incorporó a la conversación una vez le dejó a Shatidje la cocina recogida y fue el centro de atención de todos los piratas, a excepción del contraмаestre. A Shatidje la conocían bien, y a Inés no se atrevían ni a mirarla, por ser de Fred. Pero aquella mujer alta y fuerte, de cabello muy rizado y mirada decidida era una novedad. Se desvivieron en atenciones hasta que la caída del sol les recordó que tenían que regresar a *El Miguel*.

—Nosotras también debemos irnos —dijo Shatidje—. La capitán quería fondear el barco en Burnmouth y, si no nos damos prisa, perderemos la marea.

—Nos vemos en Burnmouth —se apresuró a aclarar Inés.

Fred meneó la cabeza con pesar.

—Nosotros zarpamos ya.

Inés sintió que le faltaba el aire. El encuentro había sido demasiado breve. Ahora que se había permitido amar al pirata, la idea de que pudieran pasar otros tres meses sin verse —si no más— le resultaba aterradora. Fred le tomó el rostro entre las manos.

—Nos veremos pronto. Busca *El Miguel* y yo te buscaré a ti —dijo antes de besarla.

Henry también se despidió de Shatidje. También para él había sido un privilegio volver a verla.

Cuando Victoria se enteró de que *El Miguel* zarpaba, se le cayó el alma a los pies. Había pensado atracar junto a él y, como en dos días ella cumplía diecisiete años, utilizar la excusa de la celebración de su aniversario para invitar a su capitán a bordo de la *Black Shadow*. Quería enseñarle su carabela, que él viera en qué se había convertido la vida de su pupila. Pero, finalmente, no iba ser posible. No esa vez.

Llevaban dos días en John's Pipe cuando Glenne apareció en la cueva. Era por la tarde y, aprovechando que la marea estaba baja, venía caminando, saltando los charcos llenos de cangrejos. Al final, le tocó quitarse los zapatos y mojarse la falda, porque, a pesar de la marea baja, en la cueva había media braza de agua. Su enorme perro blanco la siguió hasta que llegó al agua. Entonces se sentó en la playa y la esperó, mirando desaparecer a su dueña cueva adentro. Cuando las muchachas vieron una silueta humana en la entrada, se asustaron. La Mula, que estaba de guardia, le apuntó con una flecha y gritó: «¿Quién va?». Glenne se apresuró a identificarse y la hicieron pasar al comedor de oficiales. Enseguida entraron Shatidje, Victoria e Inés.

—Tenéis un barco muy bonito —dijo Glenne contemplando los muebles de ébano.

Dora había fabricado una mesa y ocho sillas con ébano del botín del navío francés y ahora la hermosa madera relucía con su brillo oscuro en el interior del comedor de oficiales. El escritorio tendría que esperar a que la carpintera volviera a sacar tiempo.

—No es de extrañar que la llamen la *Hermosa Negra* —añadió la escocesa—. Aunque, si os soy sincera, todavía no estoy segura de si la *Hermosa Negra* es la nao o la capitán. Depende de quién cuente la historia.

—¿La *Hermosa Negra*? —preguntó Inés.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Victoria al mismo tiempo poniendo un pie en la silla de al lado, en aquel gesto intimidatorio que había aprendido de Miguel y que no funcionó con la escocesa.

Glenne sonreía.

—Yo encuentro a todo el mundo.

Victoria frunció el ceño acompañando a su pose. La escocesa tendría que mejorar esa respuesta.

—Observando —accedió a aclarar Glenne—. Desde los acantilados. Observando horas y horas mientras pastoreo las ovejas.

Shatidje sonrió. La turca estaba apoyada en la mesa, medio sentada en ella.

—¿Y qué es eso de la *Hermosa Negra*? —repitió Inés apuntalada de pie contra la puerta de popa.

—Es como os llaman. Ya sois famosas. Aunque, de momento, tenéis fama de atacar barcos pequeños.

—¿Pequeños? Eso es porque no saben lo de la nao francesa —protestó Victoria.

—Ya me ocuparé yo de sacarlos de su error —respondió Glenne—. Al próximo comentario, les hablaré de la nao francesa de la que todo el mundo se olvida. ¿Alguna anécdota que queréis que mencione al respecto?

Inés abrió mucho los ojos.

—¡No, Glenne!

—¿No queréis que hable de la nao del sur? —preguntó la pastora.

—¿Por qué íbamos a querer eso? —Inés resopló—. ¡Maldita sea! ¡Famosas!

—Inés, cuanto más miedo nos tengan —aclaró Shatidje—, más fácil es que se rindan y tendremos menos bajas. ¡Deja que Glenne engrose nuestra fama!

—Y pondrán más oficiales a buscarnos —protestó Inés.

—Es posible —intervino Victoria tamborileando los dedos en los labios—. Por eso debemos escondernos bien. Pero también yo creo que el que nos teman y se rindan tiene más ventajas que inconvenientes.

La capitán se volvió hacia Glenne.

—¿Lo de la *Hermosa Negra* ha sido invención tuya?

—¿Mía? —la pastora abrió mucho los ojos y luego rompió a reír—. ¡Pardiez que yo no sería capaz de pensar un nombre tan cursi! Eso lo ha inventado otro.

Inés meneaba la cabeza preocupada. Seguía apoyada en la puerta, con los brazos cruzados.

—Van a poner a toda la Armada a buscarnos —murmuró.

Victoria ignoró el comentario de su amiga.

—Glenne, ¿y a qué debemos el placer de tu visita? Porque no creo que hayas venido solo a contarnos que somos famosas.

La escocesa meneó la cabeza.

—Tengo el dinero de los diamantes y del marfil. Trescientas ochenta y nueve libras. Lo tengo en mi casa.

—Gracias, mañana mandaré a dos mujeres armadas a buscarlo —respondió Victoria.

—También os tengo dos arqueras más. Dudo que las dos juntas valgan lo que Anne, pero son valientes y de confianza. Úrsula las conoce.

—Las pondré entonces bajo las órdenes de Úrsula. ¿Algo más? ¿Algo que podamos hacer por ti?

La pastora negó con la cabeza.

—Les diré entonces a las dos dónde pueden encontrarlos. Y les diré que sean discretas cuando entren en la cueva. ¡Ah! —de pronto la escocesa recordó algo—. Sí que podéis hacer algo por mí. ¿Me lleváis remando a tierra? Se me empieza a secar el vestido.

Y Victoria sonrió.

Las dos arqueras eran inglesas: Katherine y otra Anne. Sin ser tan robustas como las mujeres de Úrsula, se notaba que eran gente de campo. Katherine era bastante rolliza, Anne más fuerte, pero con menos carnes. Las dos disparaban bien, aunque, en efecto, no tan bien como la fallecida Anne. Se les explicó la estrategia y lo que cobrarían, y quedaron conformes. Y así llegó el momento de hacerse de nuevo a la mar. Como siempre, con la caída

del sol, zarparon de John's Pipe hacia la negrura de la noche en mar abierto, preparadas para luchar y saquear como habían aprendido a hacer.

Victoria e Inés se estaban vistiendo para el combate en el camarote del capitán cuando llamaron a la puerta. A las dos les sorprendió ver a Bonny.

—Hay algo que... —la joven titubeaba—. Debo confesaros algo.

Victoria asintió extrañada y le dijo que cerrara la puerta. La joven obedeció y, ante la mirada interrogante de la capitán, habló sin rodeos:

—Estoy encinta.

La princesa abrió mucho los ojos, como si la posibilidad de que alguna de sus chicas se quedara embarazada nunca hubiera cruzado su mente. Inés, que estaba apoyada en el quicio de la puerta de su cámara poniéndose los brazales, suspiró echando la cabeza hacia atrás hasta que dio con la madera.

—¡Enhorabuena, Bonny! —exclamó entonces Victoria con una sonrisa sincera encendiéndole el rostro—. Yo no sabía que..., no sabía que te estuvieras viendo con nadie —añadió la capitán, tratando de pensar cuándo había bajado Bonny de la nao.

En sus recuerdos, las que desembarcaban siempre eran Inés, Claire y Rosalyn, a veces con Shatidje, Bert que se iba a su casa con el tal Phil, Simonette que se quedaba en la casa de su padre en John's Pipe... Pero Bonny, Bonny siempre se quedaba en el navío salvo que tuviera que ir para sonsacar a los marineros. No le gustaban las tabernas y no tenía adónde ir. Como Helen y Dora.

La joven miraba al suelo azorada. Inés meneó la cabeza, previendo la respuesta.

—Yo ya... yo ya estaba encinta cuando llegué a la *Crazy*.

De pronto todo encajó en su sitio. Las náuseas, los mareos, el que hubiera engordado recientemente...

La prostituta respiró hondo y comenzó a explicarse. Por lo que contó, otra prostituta conocida suya tenía por amigo a un oficial holandés que solía visitarla en primavera. Eran amigos desde hacía años y, cuando venía a Inglaterra, le gustaba pasar uno o dos días en el campo con ella, acompañado de algún otro amigo y de alguna compañera de oficio que ella pudiera procurar. Bonny la había acompañado ya en dos ocasiones. Era un trabajo fácil y bien pagado: tan solo tenían que hacer compañía a dos hombres, comer, beber vino y darles lo que pidieran. Pero ese año había sido diferente: el viejo amigo de la puta había venido con otro oficial, también holandés, joven, alto, delgado, de ojos tristes y sonrisa blanca, que tenía por nombre

Thomas y que trató a la prostituta como jamás la había tratado ningún hombre, atento, cortés, galante. Cuando se despidieron sin que él le hubiera puesto un dedo encima, Bonny ya estaba perdidamente enamorada de él y suspiraba triste pensando que no volvería a verlo más.

Sin embargo, al día siguiente, Thomas apareció en el burdel en el que trabajaba Bonny. Venía borracho y parecía furioso. Preguntó por Bonny y le dijo que venía a cobrarse lo que había pagado su amigo. Ella, entristecida, no se lo negó. A pesar de que él la trató con más delicadeza que la mayoría, cuando él se marchó ella estuvo llorando largo rato, sintiéndose estúpida por no haberse imaginado que el único motivo por el que había sido tan cortés con ella era que ignoraba su verdadero oficio. Pero, cuando de nuevo creyó que no volvería a saber de él, su amigo regresó al burdel al día siguiente. Traía una cadena con una cruz que ella había visto llevar a Thomas y le pidió perdón en nombre de este. Le explicó que su amigo se había enamorado de ella el día en el campo y que se había puesto furioso al saber que ella solo había estado coqueteando con él por su oficio, pero ahora estaba tan arrepentido por haberla tratado tan mal que ni siquiera se atrevía a mirarla a la cara. Le suplicaba que lo perdonara y accediera a que él la cortejara como se merecía, con la idea de poder llevársela lejos de allí si algún día llegaba a amarla como él la amaba.

—Y entonces, capitán —explicó Bonny—, yo le devolví la cruz al otro soldado y le dije que no quería su regalo ni volverlos a ver jamás a ninguno de los dos.

—No... ¿no podías perdonarlo? —preguntó Victoria sin entender la dureza de la prostituta.

—¿Perdonarlo? ¿Perdonar el qué, capitán? No tengo nada que perdonarle y lo amaré toda la vida, pero por esa razón no podía permitir que arruine su vida con una mujer como yo.

—¿Una mujer como tú? —exclamó Victoria—. ¡No encontrará otra mujer como tú!

—Aún es joven, tiene toda la vida por delante para encontrar a una buena esposa que no haya sido mancillada por decenas de hombres.

Inés observaba de brazos cruzados. Victoria se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Le hiciste creer que no le perdonabas porque lo amabas? ¿Porque creíste que no eras suficiente para él? —preguntaba incrédula.

—No lo creí. Lo sé. Y cuando a las dos semanas tuve mi primera falta..., supe que estaba encinta, y supe que era suyo, pues no había vuelto a trabajar desde entonces... Y, capitán, no quise perderlo. En el burdel hay una mujer que te hace abortar si creemos que estamos encinta, pero yo... no podía perder a su hijo..., no podía.

Bonny estaba al borde del llanto.

—Por eso viniste aquí —sentenció Inés.

La prostituta asintió.

—Tenía que dejar de trabajar o corría el riesgo de perderlo, o de que me echaran a patadas si lo descubrían...

Bonny bajó la vista.

—¿Y por qué nos lo has contado ahora? —preguntó Victoria—. ¿Quieres dejar esto también?

—¡No! —exclamó la prostituta tirándose de rodillas—. ¡Soy feliz aquí! Sé que no soy la más válida y que apenas ayudo, pero...

No supo cómo seguir esa frase. Alzó la vista hacia Victoria.

—Capitán, el motivo por el que os lo he contado es que... no podía seguir así. Me habéis acogido aquí sin saber nada de barcos y nada de guerra. Me habéis dado un techo, y una hamaca, y comida, y una paga superior a la que jamás pudiera soñar. Y yo os estaba engañando. Por las noches me torturaba saber que todas erais sinceras con los motivos por los que estabais aquí y yo... Capitán, me sentía tan mezquina... Si no me queréis a bordo, lo entenderé.

Victoria caminó hasta ella y le puso la mano en el hombro.

—Bonny, aquí cada cual cuenta solo lo que quiere contar. Todas nos hemos guardado cosas. Me alegra saber que estás encinta. Es una buena noticia —la agarró del codo y la ayudó a levantarse—. Eres una de nosotras. Has luchado a nuestro lado, te has jugado la vida como las demás. Mientras quieras estar aquí, este será tu hogar.

A Bonny finalmente se le saltaron las lágrimas.

—Llegará un momento en el que no pueda ayudaros —dijo tocándose el vientre.

—Nos dirigimos hacia un combate —dijo Victoria—. Quizá en él me hieran en un hombro o en el muslo..., a mí o a otra, y tengamos que estar varios días de reposo... O tal vez mañana enferme... El que tú, cuando tengas al niño o unas semanas antes, necesites un tiempo de reposo... no cambia

nada, Bonny. Hablaré con Shatidje, a quien corresponde tomar estas decisiones por ser la contramaestre, pero yo te quiero aquí.

La princesa la ayudó a incorporarse y añadió:

—Nos hemos subido las dos solas en tres navíos repletos de oficiales, tú con una pistola y yo con un cuchillo. Y sabía que podía contar contigo. Esa es la verdad que necesito conocer, ninguna más.

Bonny asintió, con el alma inundada de gratitud. Pero antes de que pudiera intentar expresar la gratitud que sentía, la voz de Helen las interrumpió. «¡Barco a la vista!».

—Tenemos trabajo —dijo Victoria—. ¡Corre a tu puesto!

En cuanto la prostituta salió y mientras Victoria se ataba la espada al cinto, Inés preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con un niño a bordo?

—Lo mismo que con Jerusha —contestó la princesa dirigiéndose a la puerta que daba a cubierta, pero antes de abrir se giró hacia Inés, que se ataba los brazales.

—¿Te sientes traicionada?

La condesa se encogió de hombros.

—Un poco.

Victoria asintió con la cabeza y, poniéndole la mano en el hombro a Inés, le contestó:

—Pues sal ahí fuera y diles a todos que eres la futura condesa de Frieson. —Y añadió—: Todos tenemos secretos.

Y salió a cubierta espada en mano seguida, como siempre, por Inés.

Llovía, en una tardía tormenta nocturna de verano. El navío era un navío inglés de la recién creada Compañía de Mercaderes del Este, que navegaba desde Berwick hacia Escandinavia. Cuando la *Black Shadow* se aproximó y Victoria les pidió la rendición, el capitán pidió que no dispararan, pues se rendían. Aquello sorprendió a la princesa. Se disponía a ordenar que subieran todos los hombres a cubierta y rindieran las armas mientras ellas se aproximaban cuando, a pesar de las palabras del capitán, las portas de los cañones de la otra nao se abrieron y, con un tronar insoportable, hicieron fuego contra la *Black Shadow*. Simonette tuvo el tiempo justo para virar contra el viento, mostrándoles la popa y, gracias a la maniobra, solo dos balas

los alcanzaron: una que reventó una baranda, la otra que se hundió en la cubierta de artillería.

Victoria, asida a la escala, apenas sí pudo reaccionar.

—¡Cazad velas para la ceñida! —gritó la princesa saltando a la cubierta y halando cabo para cazar la mayor.

—¡Disparad a las portas! —gritó Úrsula a sus arqueras. Y añadió—: ¡Conseguidnos brea y una mecha! ¡Hagamos arder a esos hideputas!

Shatidje, al ver que Victoria se ocupaba de cazar la vela de la que ella se ocupaba siempre, corrió a la cubierta de artillería para conseguirles a las mujeres de Úrsula lo que su comandante pedía. Pero cuando bajó por las escaleras vio el caos sembrado en aquella cubierta. El balazo del cañón no había producido grandes daños, pero había destrincado uno de los cañones que tenían listos para disparar y este, al soltarse y con el vaivén del navío, había rodado hacia atrás pillándole el pie y parte de la pierna a una de las gemelas. Las chicas estaban frenándolo con los palanquines y tirando para colocarlo de nuevo en su sitio mientras Ruth le estudiaba la pierna a la muchacha que yacía en el suelo inconsciente. Shatidje no tuvo que preguntar para entender lo que había ocurrido.

—Ruth, ¿es grave?

La judía resopló.

—Le ha fracturado los huesos por varios sitios. Habrá que cortarle la pierna.

La otra gemela estaba arrodillada junto a su hermana, con el rostro descompuesto. Shatidje asintió.

—Llevala a la enfermería y en cuanto abramos fuego córtale la pierna. Procura hacerlo antes de que vuelva en sí.

Ruth asintió.

—¡Dora! Necesito brea y al menos una mecha. Vamos a prenderles fuego a esos hideputas.

La carpintera corrió a por un cubo lleno de brea, de los que había en la cubierta de artillería, y un candil encendido. Al dárselos a la turca, la carpintera apretó la mandíbula y asintió, como diciendo: «Que ardan en el infierno».

Cuando Shatidje regresó al exterior, Simonette había iniciado el acercamiento.

—¡Deprisa, Sha! —gritó Victoria—, ¡o les dará tiempo a recargar!

Inés, como siempre, vomitaba por la barandilla sin que nadie le prestara atención.

Úrsula y sus chicas habían atado tiras de tela a la punta de varias flechas.

—Si veis el tiro claro, disparad a las portas. ¡Hagámoslos salir de la cubierta de artillería! —ordenaba.

Se acercaban. Cien yardas, ochenta.

—¡Capitán, no hay hombres en cubierta! —gritó Simonette—. ¡Seguro que se disponen a otra andanada cuando estemos encima!

Sesenta y cinco yardas.

—¡Que esperen a que estemos encima! —bramó Úrsula—. ¡Nosotras no vamos a esperar tanto!

Cincuenta yardas.

—¡Fuego! —gritó la arquera.

El cielo se iluminó con las siete flechas encendidas. Las dos inglesas, que tenían peor puntería, dispararon a las velas. Las nórdicas dispararon por las portas al interior de la cubierta de artillería. Úrsula coló una flecha encendida en la boca de un cañón que se disparó antes de que lo hubieran sacado del todo.

—¡Fuego! —volvió a gritar antes de los diez segundos.

—¡Abrid fuego, Ruth!

Y mientras en la cubierta de artillería intentaban apagar el fuego incipiente, la *Black Shadow* comenzó su extraña andanada, que, en lugar de ser a la vez, disparaba un cañón cada cinco segundos.

La nao ardía. Ardían sus velas, ardía su cubierta de artillería, y estallaban sus propios cañones y los cartuchos de pólvora que tenían preparados. Pronto los hombres corrieron al exterior, al combés, para encontrarse con la lluvia de flechas, estas sin fuego, pero mucho más certeras. Helen disparó al vigía, ¡bum!, y recargó para cubrir a Victoria, Inés, Rosalyn y Shatidje, que se lanzaban al abordaje, seguidas de las artilleras que habían terminado: Claire, Bonny y Dora. Bert corría a por *whisky* por si la gemela se despertaba mientras Ruth operaba.

Los ingleses se rindieron rápido, pero esta vez les dio igual. Solo se salvaron los que se tiraron al agua, que fueron muchos. Cuando Victoria, luchando entre las llamas, se encontró con el capitán con las manos en alto pidiendo la rendición, la princesa masculló «traidor» y le clavó la espada en el estómago.

El navío era un infierno.

—¡Regresemos a la *Black!* —ordenó Victoria.

Shatidje acabó con el soldado que tenía delante, le dio una patada a la puerta de la chupeta del capitán y entró. Regresó a los pocos segundos con un arcón bajo el brazo izquierdo y su alfanje en el derecho.

—Inés —le gritó a la condesa que, hecha una fiera, daba cuenta de otro inglés—. Regresemos al navío.

Por fin la condesa salió de su trance y siguió a Shatidje. Al pasar junto al esquife cortó los cabos para que cayera al agua. La turca la interrogó con la mirada e Inés se encogió de hombros.

—Alguno se salvará —dijo.

Las dos tomaron los cables y saltaron de regreso a la *Black Shadow*. El cable de Shatidje estaba ardiendo y se rompió en el instante en que la pirata llegaba al navío. Cayó, pero cayó dentro. Inés se apresuró a buscar a Rosalyn y a Victoria. Estaban las dos, y estaban vivas. La escolta de las arqueras de Úrsula había resultado.

En la enfermería, las cosas estaban peor. Bert había llegado con el *whisky* y se había encontrado a la gemela herida con el torniquete ya hecho sobre la rodilla, pero Ruth era incapaz de empezar a cortar.

—¿A qué esperas? —le preguntó la cocinera—. ¡Se va a despertar!

Ruth, pálida, meneaba la cabeza. La otra gemela miraba con aprensión.

—Tú —le dijo Bert a la hermana sana—, ¡sal de aquí!

La gemela obedeció y Bert cerró la puerta.

—¿Por dónde hay que cortar? —preguntó entonces Bert, sacándose de la parte de atrás del cinto el cuchillo grande de despiezar.

Ruth, temblando, contestó:

—Lo más seguro es cortar por la articulación de la rodilla, intentando no romper el hueso para que no se gangrene.

Bert asintió, y resoplando dijo:

—No puede ser muy distinto de despiezar un ternero. Sujétala.

Aquel abordaje hizo que las gemelas perdieran una pierna y ganaran su identidad. La herida, la de la pata de palo, recuperó el nombre de Sally, y la sana pasó a ser Madge. Dora le hizo una pata de ébano, preciosa, y durante el tiempo que la joven estuvo convaleciente todas se prodigaron en atenciones y mimos con ella. Victoria se sentía responsable, porque consideraba que sus palabras a Bonny habían sido de mal agüero y, desde aquel día, las dos gemelas perdieron la consideración de grumetes y pasaron a formar parte de la tripulación como las demás, cobrando, por fin, los diez peniques diarios

que realmente eran para ellas una fortuna. Pese a los terribles padecimientos de los primeros días, Sally se recuperó bien. El corte de Bert había sido impecable y la gemela hasta bromeaba sobre su pata de palo diciendo que ella era la única que parecía una pirata de verdad. El botín fue un buen botín, en oro, pero ninguna recordó aquel abordaje por eso. Fue el abordaje en el que Sally perdió la pierna, y ya nunca más volvieron a ser las gemelas, sino que, de aquel día en adelante, serían Sally, la de la pata de palo, y Madge.

## CAPÍTULO XIV

Durante las siguientes semanas, las mujeres continuaron su vida nocturna, moviéndose entre John's Pipe, donde saqueaban navíos que zarpaban de Berwick hacia los países bálticos; Mersea Island, donde se ocultaban después de atacar las naos que desembocaban desde el Támesis; y Chichester, Plymouth o Falmouth, cuando pirateaban las aguas del canal. Después de los golpes más sangrientos, como fue el quemar y hundir el navío inglés que fingió rendirse, permanecían ocultas un par de semanas y se marchaban a otro lugar. Su fama crecía. Con o sin la ayuda de Glenne, era frecuente oír hablar de la *Hermosa Negra* y su tripulación de brujas y demonios. Y aquella fama que a Victoria la adulaba a Inés le preocupaba e incomodaba porque le impedía moverse por las tabernas vestida con sus pantalones y su jubón de cuero.

Una tarde que Shatidje, Claire y ella bebían en la taberna maloliente de Berwick con la esperanza de oír hablar de algún navío de la Compañía de Mercaderes del Este o de que apareciera alguien de la tripulación de *El Miguel*, dos mujeres armadas se les acercaron. Estaban acabando la veintena. La que venía delante era alta y ancha de hombros, con mentón decidido, nariz chata y ojos hundidos. Tenía el pelo oscuro y grasiento recogido en una coleta. En el cinto llevaba una espada. Su acompañante, de menor estatura y pelo rubio liso, iba armada con dos dagas venecianas. Las dos caminaron hacia ellas sin titubear.

—Buscamos a la *Hermosa Negra* —habló la primera.

Inés sintió que le faltaba el aire. Como de costumbre, fue Shatidje quien habló:

—Vosotras y media Armada. Probad a bailar desnudas a la luz de la luna. Dicen que así se aparecen —contestó la turca burlona, y se volvió a su bebida.

Inés y Claire se miraron incómodas.

—Sabemos que no son brujas. Son mujeres de carne y hueso que saben manejar un arma, como nosotras.

Shatidje las observó sin contestar.

—Yo soy Charleen y ella es Alice. Y si sabéis cómo encontrar a la *Hermosa Negra*, le podemos prestar un buen servicio.

Inés no podía creerlo. ¿Había mujeres que habían oído hablar de ellas y las buscaban para formar parte de su tripulación?

Shatidje las estudiaba. Las dos tenían un aspecto fiero, pero aquel no era el mejor lugar para hablar. Aunque hubieran pasado casi cuatro meses desde que Rosalyn asesinara al oficial de la Armada en esa misma taberna, Shatidje estaba convencida de que aún las recordaban allí.

—¿Os envía Glenne? —preguntó la turca.

Charleen meneó la cabeza.

—No sé quién es Glenne.

La conrmaestre espiró con fuerza. No le convencía aquella historia, pero era cierto que les vendrían bien dos mujeres más.

—Tú y yo demos un paseo. Tu amiga se puede quedar con mis amigas.

Shatidje y Charleen salieron de la posada y caminaron fuera de la ciudad. Allí la turca desenvainó su alfanje y puso a la otra mujer a prueba. Charleen sacó una veneciana de la parte de detrás del cinto y luchó a dos manos: con daga y espada. Sabía lo que hacía. Defendió sin dificultad todos los ataques de Shatidje y acorraló a la turca contra un árbol. Shatidje sonrió impresionada. No había muchas personas capaces de vencerla en combate.

—Ya te he dicho que os íbamos a ser de utilidad —le dijo con una seguridad insultante—. Con nosotras sí que van a temer a las mujeres de la *Hermosa Negra*.

Al día siguiente Charleen y Alice se incorporaron a la tripulación de la *Black Shadow*. Con ellas, ya eran veintitrés. Y ellas harían más fáciles los abordajes.

Durante aquel tiempo, Inés también volvió a encontrarse con Frederick Stowe. La primera vez fue de nuevo en Burnmouth, en la taberna de Ian, un día de principios de noviembre. Era de noche, comenzaba a hacer frío y la taberna estaba llena de gente buscando calor. Inés esperaba junto al mostrador para pedirle las bebidas al escocés, cuando Claire se le acercó por detrás, le puso su manaza sobre el hombro y le dijo al oído, para que la

condesa la oyera sobre el vocerío, que no pidiera la bebida de Rosalyn porque la prostituta acababa de encontrar compañía y las había abandonado. Claire apenas pudo terminar la frase. Sintió cómo la arrancaban hacia atrás y le golpeaban en la cara. Cuando Inés se volvió a buscar a su amiga, Claire estaba en el suelo frotándose la mandíbula en el lugar en el que Fred le había hundido el puño.

—¡Fred! —exclamó Inés sorprendida.

Ian sacó su pistolón y Fred lo apaciguó meneando la cabeza. Se había hecho el silencio en la taberna y el contraamaestre de *El Miguel* lo aprovechó para asegurarse de que todos oían lo que tenía que decir.

—Muchos me conocéis aquí y sabéis de qué soy capaz —dijo alzando su voz seca—. Otros no. Tanto a unos como a otros quiero que hoy os quede claro que ningún hombre pone un dedo encima a esta preciosa doncella.

Inés sintió que le ardían las mejillas sabiéndose el centro de atención. A duras penas logró murmurar:

—¡Fred, es una mujer!

Fred no la entendió.

—¿Cómo?

—Que es una mujer —repitió Inés entre dientes.

El pirata miró al suelo sin reaccionar. Entonces Inés señaló a su amiga y explicó:

—Es Claire, artillera y gaviera. ¡Es una mujer!

Fred la miraba incrédulo. Claire seguía sentada en el suelo frotándose el mentón.

—¿Estás segura?

Inés frunció el ceño y Fred miró a Ian, que asentía con la cabeza. Entonces, la gaviera exclamó:

—¡Buen puñetazo! Si lo haces todo la mitad de bien de lo que golpeas, no me extraña que Inés esté loca por ti —y le tendió la mano al pirata, que la ayudó a levantarse, aún consternado.

Inés seguía incómoda. La gente los miraba.

—Fred —le regañó ella en voz baja—, no estamos en *El Miguel*. No puedes pretender que nadie se me acerque.

—Lo que sí puedo pretender —dijo él cruzando las manos por detrás de la cintura de Inés— es que cuando el destino nos junte en una misma ciudad seas mía. Y eso implica que, cuando estemos en la misma ciudad, ningún

hombre pueda siquiera mirarte —la apretó contra él y se volvió a Claire mirándola con suspicacia—. Ni tú tampoco.

Claire rio.

—Podemos jugarnos a Inés con un pulso —bromeó con su voz de mujer que desentonaba tanto en aquel cuerpo de hombre.

Fred soltó a la condesa para volverse hacia la gavieta y le dijo:

—Claire, nunca he pegado a una mujer... —dudó unos instantes y corrigió su frase—, nunca he pegado a una mujer sabiendo que era una mujer. ¿Quieres ser también la primera mujer a la que pego conscientemente?

La joven sonrió con aquella sonrisa suya que le llenaba el rostro y hacía amigos al instante.

—Creo que con uno he tenido bastante. Os dejo solos. Un placer, Fred —dijo inclinando la cabeza.

Fred se despidió de ella mirándola aún con suspicacia. Cuando la gavieta abandonó la taberna, el contramaestre aún preguntó una vez más:

—¿Cuán segura estás de que es una mujer?

—¡Basta ya, Frederick Stowe! A fe mía que eres imposible cuando quieres.

—Y él la calló con un beso antes de que se enfadara.

Otra vez se encontraron en Lowestoft, Suffolk. Esa vez Inés estaba con Claire y con Shatidje, y Fred estaba con Clavos y James. Como siempre que se encontraban, se despidieron de sus compañías y se alejaron de la taberna a pasear por el puerto, a disfrutar el uno del otro. Se abrazaron, se besaron y sintieron la necesidad de quitarse la ropa y enredarse los dos, y acariciarse y abrazarse por dentro sin que nada los separara. Inés alzó la vista hacia *El Miguel*, que se mecía en las aguas.

—¿Vamos a tu camarote? —susurró ella.

Fred meneó la cabeza y aún besándole el cuello contestó:

—Por más que ahora seas un pirata, no deberías ser vista por toda la tripulación de *El Miguel* entrando en mi camarote.

Ella echó la cabeza hacia atrás en una risa.

—¡Vamos, Fred! Habrás alardeado mil veces en las comidas refiriendo con detalle nuestra noche de despedida.

Fred dejó de besarla y frunció el ceño molesto.

—Bien sabes que no —contestó mirándola a los ojos—. Y ellos tampoco querrían oírlo. Te respetan demasiado, preciosa. De modo —volvió a los besos— que, si quieres —beso en el cuello— saludarlos —beso en el lóbulo de la oreja—, ve otro día —beso en los labios—; yo no voy a pelearme con el capitán —de nuevo beso en el cuello— invitándote a bordo.

Inés gimió, deshaciéndose entre sus brazos. Él le susurró al oído:

—Conozco una posada...

Pero ella lo interrumpió sin dejarlo seguir y, empujándolo para poder mirarlo a los ojos, le dijo:

—Apuesto que sí, Frederick Stowe, pero no te voy a permitir que me lleves adonde llevas a tus putas.

Él echó la cabeza hacia atrás y resopló. Ella sentía su deseo duro contra ella, y ella no estaba más templada. Entonces le dijo:

—Ven. Seguro que ninguna mujer te ha llevado nunca a su camarote.

La condesa lo tomó de la mano y caminaron hacia el interior de la ciudad, hacia el lago Lothing. Allí, en las aguas mansas y poco profundas del lago, la *Black Shadow*, con sus fundas blancas y las portas de los cañones cerradas, se mecía en el agua, inocente, como si no fuera el devastador navío pirata del que hablaba todo el mundo. Simonette esperaba en el bote para llevar a las chicas a bordo. Si a la timonel le sorprendió ver a Inés acompañada, su semblante no lo denotó. Fred, por el contrario, no se esforzó en ocultar su sorpresa:

—¡Simonette! —exclamó al verla.

—¡Muérete, Stowe! —respondió la timonel.

Inés los estudió a los dos mientras la hermosa mujer de tirabuzones rubios remaba hacia la *Black Shadow* y los celos que cierta vez sintió hacia la timonel revivieron en el acto. Cuando el bote tocó el casco, Rosalyn los recibió. La puta observó con descaro al pirata.

—Mmm, Inés. Vuestro galán está rico rico.

Inés agradeció que la oscuridad de la noche le impidiera a la puta ver el color de su semblante.

—Rosalyn, otro comentario y mañana baldearás la cubierta tú sola.

Fred se rio mientras Inés lo conducía de la mano a la cubierta de artillería. Allí, las chicas que no habían salido y no charlaban en proa dormían en sus hamacas.

—¿De dónde habéis sacado esta colección de enajenadas? —preguntó él mientras Inés lo guiaba hasta popa, a la escalera que conducía a su diminuto

camarote.

—No lo sé. Un poco de todas partes. Shatidje se da buena maña en encontrarlas.

Llegó al camarote por la trampilla, cerró la puerta que daba a la cámara de Victoria y encendió un candil.

—Veo que conoces a Simonette —le dijo entonces al contramaestre.

Él sonrió, estudiando el minúsculo habitáculo.

—Todo el mundo en John's Pipe conoce a Simonette. Su padre fue pirata.

Estiró los brazos para comprobar que, en efecto, no podía hacerlo sin tocar las dos paredes. Probó con las otras dos.

—Lo sé —repuso Inés sin hacer caso a las mediciones de su amante—. No parece que ella guarde un buen recuerdo de ti.

Fred detuvo su examen, miró a la condesa y la agarró por la cintura.

—No te confundas, preciosa. Simonette es atractiva, pero no vale el arriesgarse a que le vuelen a uno las pelotas. Además, no es mi tipo.

Inés inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿No te gustan las piratas?

—No —dijo él meneando la cabeza—, solo me gustan si han pertenecido a la nobleza. De condesas para arriba.

Inés se rio. El pirata comenzó a desatarle el jubón-corsé de cuero que le confeccionaran las gemelas.

—¡Ilusa de mí! —dijo ella—. Y yo que pensé que te gustaban todas...

Fred había terminado de desatarla y dejó caer el jubón al suelo. Dio un paso atrás —no podía dar muchos más— y observó su pecho desnudo.

—Solo tú —respondió, y se acercó y la besó empujándola a la litera para poder llevar a la práctica todo lo que había imaginado por el camino.

Pasaban los días, las semanas y los meses y, a pesar de que los puertos se habían llenado de oficiales de la Corona, las cosas marchaban bien para las chicas. Cada vez eran más los navíos que se rendían nada más verlas. Los que no lo hacían era porque tenían buenos castillos de proa y de popa para defender la embarcación, en los que se escondían los hombres y desde los que aguantaban el asalto. La primera vez que Victoria fue a abordar un navío con todos los hombres escondidos, Shatidje dio la voz de alarma justo a tiempo para evitar que la capitán saltara adentro.

—¡Esperad! —gritó la turca entre la hilera de cañonazos de la *Black Shadow*.

Victoria, Charleen, Alice e Inés frenaron a tiempo. Rosalyn no. La prostituta saltó a la cubierta vacía del otro navío para encontrarse en medio de un fuego cruzado entre los arcabuceros que disparaban desde el castillo de proa y los que hacían lo mismo en el de popa. La puta se tiró al suelo y fue Úrsula la que le salvó la vida y resolvió la situación una vez más con su puntería.

—¡Fuego! —gritó, y sus chicas lo entendieron y prendieron las flechas como hicieran con aquel navío inglés que le costó la pierna a Sally.

Rosalyn, milagrosamente, solo se llevó un balazo en un muslo.

Y era que Úrsula tenía razón cuando decía que en el tiempo que los arcabuceros disparaban una vez ellas habían lanzado diez flechas cada una, y no importaba si acertaban a un hombre o no, puesto que lo que buscaban era incendiar el navío. Colaban las flechas por las ventanas y por las portas de los cañones, y prendían las jarcias, y convertían el otro navío en un infierno.

En esas ocasiones el botín se limitaba a lo que sacaran de la chupeta del capitán, pues no había quien descendiera hasta la bodega con el barco en llamas, y siempre alguna de las muchachas acababa con quemaduras, pero eran tales los daños en el otro navío que muy rara vez nadie les plantaba cara arriesgándose a perder la nave y todos los hombres.

Además se notaba la espada de Charleen y, en menor medida, la de Alice. Charleen sabía lo que hacía. Saltaba al otro navío y comenzaba a rebanar cuellos, cortar miembros y ensartar soldados como quien despieza un ternero. No necesitaba órdenes ni instrucciones, aunque tampoco le gustaba recibirlas, y siempre le correspondía una parte importante del botín, que se gastaba con Alice en tabernas y lugares que las otras chicas no conocían porque, al igual que las mujeres de Úrsula, no salían nunca con el resto.

Y a la Corona le traía de cabeza no dar con la maldita *Hermosa Negra*. Fuera de los abordajes nocturnos en los que no había duda de quién los asaltaba, en ningún puerto se avistaba un navío que encajara con la descripción de la nave. Y Victoria, consciente de hasta qué punto las buscaban, evitaba fondear en ninguno. Se proveían de los navíos que asaltaban y, si con ello no era suficiente, fondeaban en sus escondites y enviaba por tierra a alguna de las chicas a comprar lo que hiciera falta. Prohibió a su tripulación dejarse ver en tabernas de Inglaterra vestidas con pantalón, botas y jubón de cuero y, si querían salir a tomar un trago, debían

vestirse de mujeres de baja reputación para no levantar sospechas. La única taberna en la que no tenía sentido que se cambiaran era en la de Ian, porque todos los aldeanos las conocían allí y las habían visto vestidas de hombres. Pero por esa razón Victoria se cuidaba mucho de no atacar navíos con bandera escocesa. No es que de pronto se sintiera corsaria de Escocia ni mucho menos, pero sabía que, aunque las relaciones entre Inglaterra y Escocia eran relativamente buenas —su madre, la reina Isabel, era la madrina del rey niño—, era más fácil esconderse si los oficiales escoceses apenas las buscaban y los ingleses centraban sus esfuerzos en los puertos de Inglaterra.

Se acercaba la Navidad, y entre el frío y este confinamiento, los roces entre las mujeres crecían. Charleen y Alice, pese a haber resultado excelentes adquisiciones para el combate, chocaban continuamente con Simonette. Eran niñerías, casi siempre ocasionadas porque las dos nuevas no entendían bien los derechos adquiridos por la timonel, pero esas bobadas era todo lo que hacía falta para que saltaran chispas en un espacio tan pequeño. Discutían porque Charleen se había comido el último pedazo de tarta de manzana que nadie tocaba jamás porque sabían que era el postre favorito de la timonel, o porque Charleen protestara porque a Simonette le habían servido primero, o porque a Simonette nunca le tocara hacer guardia.

—¡Solo es la timonel! —protestaba con frecuencia Charleen—. Ella se queda tranquilamente en la *Black* y no se lanza al abordaje como hacemos las demás.

Y Shatidje odiaba tener que explicar que Simonette no solo era la timonel, que aunque no fuera una oficial para la capitán sí que lo era, y que tendrían que hacer lo posible por llevarse bien o, cuando menos, respetarla como tal.

Pero las cosas estallaron a mediados de diciembre, una noche que estaban fondeadas en el lago Lothing. Como era habitual cuando las mujeres salían, la timonel se ofreció voluntaria para quedarse en el bote durante el primer turno para llevar a las que desembarcaran y embarcaran de regreso. Aquella noche Charleen y Alice regresaron pronto al bote, pero lo hicieron acompañadas de un joven rubicundo y barbilampiño que venía borracho, sin creerse su suerte. Cuando Simonette lo vio, le preguntó a Charleen si había perdido el juicio, que cómo se atrevía a enseñarle a nadie dónde atracaban el barco.

—¡No soy la única que trae compañía a la *Black*! —exclamó Charleen—. Que tú seas una frígida que odia a los hombres no nos obliga a las demás a hacer voto de castidad.

Simonette no contestó. Sacó su pistolón y descerrajó un tiro al pobre muchacho antes de que este pudiera enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Charleen abrió mucho los ojos, sin creerse lo que la timonel acababa de hacer.

—¿Has perdido el seso? —gritó desenvainando su espada.

Alice la secundó sacándose del cinto una de sus dos dagas. Simonette, con mucha calma, desenfundó su otra pistola.

—No voy a poder contra las dos —masculló la timonel apuntando el cañón del arma de una a la otra—, pero os juro que la primera que se acerque se queda más seca que ese —dijo señalando el cadáver con el mentón.

Inés y Shatidje habían desembarcado temprano para ir a la ciudad, pero Victoria oyó el disparo desde la *Black* y salió rauda del comedor, ordenó a Dora que echara rápido el esquife al agua y saltó adentro. La carpintera la llevó hasta allí antes de que Simonette tuviera que cumplir su promesa.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Victoria unos pies antes de que el bote tocara tierra.

Charleen la miró con desdén, consciente a esas alturas de que nada de lo que le dijera a aquella cría la iba a poner de su lado. Fue Simonette la que contestó.

—Querían subir a ese hombre a bordo —respondió la timonel, y aprovechó la llegada de refuerzos para recargar su primera pistola.

El esquife tocó tierra.

—Hemos visto a Simonette llevar a otros hombres a la *Black* —repuso Charleen—. Nadie nos dijo que no pudiéramos hacerlo, y esta loca lo ha matado —dijo señalando el cadáver entre los juncos—. Ahora sí que nos buscarán aquí.

De los ojos de la timonel saltaron chispas. Victoria estaba demasiado sorprendida para contestar. Intentaba asimilar lo que las dos mujeres le estaban contando. En el silencio se oyó cantar a las ranas del lago.

—¿Es eso cierto, Simonette? —logró preguntar al fin—. ¿Has traído hombres a la *Black*?

La timonel negó con la cabeza.

—El único hombre que ha subido a la *Black Shadow* ha sido Frederick Stowe, y lo ha hecho acompañando a Inés.

Victoria suspiró más tranquila.

—Frederick Stowe es el contraemaestre de un navío aliado, con el que hacemos tratos de cuando en cuando —le explicó a las dos más nuevas—. Cuando alguna de las oficiales tenga algún tema que discutir con un oficial de otro navío aliado, por supuesto que se le permitirá subir a bordo. Fuera de esos casos y de ahora en adelante, prohíbo expresamente que se muestre nuestro navío a nadie que no pertenezca a la tripulación, sea mujer u hombre.

Charleen apretó los dientes.

—Si ese Stowe o como se llame sube a negociar, yo soy la Virgen María.

Victoria saltó a tierra y dio los dos pasos que la separaban de Charleen hasta quedar muy cerca de ella. Resultaba difícil intimidarla considerando que la mujer casi le sacaba una cabeza.

—Me da igual que seas la Virgen María o el mismísimo Jesucristo. En mi barco yo soy Dios, y si doy una orden, tú la obedeces.

Charleen apretó los puños, pero no dijo nada. Cuando Victoria estuvo segura de que había dejado clara su postura, se dio la vuelta, y entonces la otra mujer aprovechó para mascullar en voz baja: «Niñata». Victoria se dio la vuelta furiosa:

—¿Qué has dicho?

La mujer bajó la cabeza y no contestó.

—Subid el muerto al bote. Lo echaremos al mar.

Y al girarse de regreso al esquife en el que Dora permanecía inmóvil, añadió entre dientes:

—Acabamos de perder un excelente caladero.

Victoria daba vueltas de un lado a otro del comedor, aguardando impaciente a que llegaran Inés y Shatidje. No podía dejar de pensar en cómo Charleen la había llamado niñata. ¿Era esa la imagen que sus chicas tenían de ella? ¿La de una niña con muchos humos? ¿Era eso lo que ella era? En cuanto oyó el bote y la voz de su amiga y de la turca, Victoria salió a cubierta, las recibió junto a la escala, las condujo al comedor y les contó lo ocurrido. Solo se ahorró el apelativo con el que la había insultado Charleen, pues le avergonzaba que su contraemaestre supiera en qué baja estima la tenía su tripulación. Inés y Shatidje la escuchaban disgustadas. Cuando terminó de hablar, la princesa se dio cuenta de que no estaba siendo imparcial y estaba

narrando la historia desde el punto de vista de Simonette, que era el suyo, así que suavizó su postura añadiendo:

—Por supuesto que Simonette no debió disparar al muchacho. Podía haber sido el hermano o el esposo de Charleen y habríamos tenido un drama mucho peor.

Shatidje, de brazos cruzados y apoyada en la mesa, meneó la cabeza.

—No. Todas conocemos a Simonette, incluso Charleen. Si el muchacho le hubiera importado lo más mínimo, habría medido sus palabras. Lo que ocurre es que las chicas están tensas y llevamos mucho tiempo escondidas.

—Es cierto —concedió Victoria—. Llevamos mucho tiempo escondidas sin hacer otra cosa más que trabajar y ocultarnos. Pero todos los problemas vienen siempre de la misma persona. Antes de que llegara Charleen, no ocurrían estas cosas —añadió, sin dejar de pensar en el «niñata».

—Eso no es verdad —intervino Inés, apoyada como siempre en la puerta que daba al camarote—. Simonette ya entró en esta tripulación dando problemas, y no es solo a Charleen a quien desearía ver muerta. No es tan sencillo.

—¿Le das la razón a Charleen? —preguntó Victoria incrédula.

Inés meneó la cabeza.

—No. La culpa de lo que ha ocurrido hoy ha sido mía. No debí traer a Fred a bordo de la *Black*.

—¡Inés! —protestó Victoria—. Todos los hombres de *El Miguel* conocen nuestro secreto, como conocemos nosotros el suyo. La mitad de lo que sabemos lo hemos aprendido de ellos. Y sabes que Fred se dejaría arrancar la piel antes que revelar nuestro escondite.

—Sí, pero estoy convencida de que Phil, el amante de Bert, haría lo mismo y ella no lo sube a bordo.

—No es lo mismo —intervino Shatidje—. Eres la segundo de a bordo. El capitán y tú podéis hacer lo que queráis y no por ello la tripulación puede hacer lo mismo. La capitán ha hecho bien en recordarle a Charleen quién manda aquí. Y yo voy a recordárselo también.

Shatidje se dirigió hacia la puerta.

—¿Y no le vas a decir nada a Simonette? —preguntó Inés.

Shatidje se detuvo.

—Sabes que no puedo —murmuró.

—¡Claro que lo sé! —dijo Inés—. Por eso decía antes que es complicado.

—No, no lo es —intervino Victoria—. Yo hablaré con Simonette. Pero lo haré mañana. Descansad ahora.

Shatidje se retiró a su hamaca, e Inés y Victoria lo hicieron a sus literas. Se desnudaron en silencio y se acostaron, pero Inés no podía dormir.

—Victoria —susurró desde su camarote.

—Dime, Inés.

—Lo siento. Siento haber traído a Fred sin preguntarte.

Victoria meneó la cabeza en la almohada en un gesto inútil porque en la oscuridad su amiga no podía verla.

—Inés —susurró entonces la princesa—, Charleen me llamó niñata.

La condesa se incorporó.

Victoria asentía en la cama.

—Y acaso Simonette también lo piense, puede ser que lo piensen todas..., aunque Simonette nunca me haya faltado al respeto.

—¿Por qué... —Inés, en la cama, trataba de entender—, por qué no nos lo dijiste?

—Porque no quiero que Shatidje también lo piense.

Inés se levantó y caminó hasta la cama de Victoria. Se sentó en el borde.

—Sha jamás pensaría algo así. No... no creo que nadie lo piense, ni siquiera Charleen. Te insultó con lo primero que le vino a la cabeza.

Victoria se sentó en la cama.

—Pero es verdad, Inés. ¿Qué hago yo aquí? Todo, todo lo que yo hago vosotras sabéis hacerlo mejor. En cada botín me pagáis a mí casi tanto como a toda la tripulación junta. Y antes, con la *Wakes'* o con la *Crazy*, podía tener sentido porque yo había comprado el barco, pero... esta nao es tan mía como vuestra. Yo diría que es más vuestra que mía, por cuanto yo ni siquiera participé en su robo. ¿Por qué soy la capitán? Tengo diecisiete años y hace un año no había pisado un barco en mi vida.

Meneó la cabeza llorando. Inés le acarició el pelo.

—Victoria —le susurró—, ninguna de nosotras éramos piratas hace un año. Tú eres la capitán porque sabes lo que hay que hacer. Porque cuando todas estamos indecisas, tú decides...

—¡Y me equivoco!

—A veces te equivocas, como todas las criaturas de este mundo. Pero decides. Eres la capitán porque te tragas el miedo y te lanzas al vacío; porque siempre eres la primera en los combates y la última en dejar el barco cuando se hunde, y porque..., porque ninguna estaríamos aquí si no fuera por ti.

Cuando creímos que te habías ahogado... no nos planteamos ser piratas sin ti. Tú nos has unido, Victoria, en tu sueño. Este es tu sueño. Tú eres la *Hermosa Negra*, Victoria. Y todos en este navío lo sabemos.

Cuando Inés terminó de hablar se hizo un silencio en el que se oía cantar a las ranas.

—Vamos, Victoria —añadió Inés empujándola para que se tumbara de nuevo—, mañana Sha pondrá a Charleen en su sitio. Me alegro de que Simonette disparara. Lástima que no le haya disparado a ella.

Las dos sonrieron y la condesa se puso en pie.

—Inés —dijo entonces la princesa—, creo que las chicas necesitan un descanso.

—¿Un descanso?

—Sí, marcharse unos días a casa o adonde quieran, a gastarse lo que han ganado. Desaparecer unas semanas. Disfrutar de la vida... Además, se acerca la Navidad.

—No sé si todas tienen dónde ir. No sé si a las arqueras les dará tiempo a regresar a sus casas en unas semanas. Para la mayoría, la *Black* es su vida.

—Puede ser un mes —repuso Victoria—. Prepararemos un abordaje en condiciones, algo grande, y después nos tomaremos un descanso. Tú y yo buscaremos una casa en Escocia y descansaremos. Que esté cerca de Burnmouth para que puedas ver a Fred.

Inés asintió. No les vendría mal un descanso. Y ella se aseguraría de que coincidía con Fred si *El Miguel* pasaba por su caladero. Sí, era una buena idea. Y con este pensamiento se quedó dormida.

Al día siguiente la conversación con Simonette fue breve. Cuando Victoria la reprendió —una reprensión suave—, la mujer contestó sin entender:

—¡Capitán!, ¡Charleen estaba poniendo en peligro la seguridad de nuestra nao!

—Es cierto —concedió Victoria—, mas acaso podrías haber encontrado otros medios más... suaves para que Charleen lo entendiera.

Simonette negó con la cabeza.

—Capitán, con Charleen no hay «medios suaves». Es muy buena espada, pero se cree que este barco le pertenece. No respeta nada, capitán. Vos lo visteis.

Victoria no pudo regañarla más. Como siempre, y aunque le molestaran tanto las objeciones de la timonel, estaba de acuerdo con ella.

—Cada hombre que mata Charleen es uno menos que puede herir a las demás. Solo te pido que intentes..., que dejes que sea Shatidje la que la discipline.

Simonette asintió consciente, como era consciente Victoria de que realmente no le estaba pidiendo nada.

Después de aquella conversación, todo quedó olvidado. Las cosas siguieron igual y Victoria pospuso su idea de darles un descanso a las chicas a que hicieran un buen botín. No obstante, en el siguiente abordaje a un navío holandés cerca de las islas Farne, cinco días más tarde, Victoria se lanzó al ataque con mayor fiereza si cabe, asegurándose de que saltaba la primera, y luchó con más agresividad, si bien tuvo que dar cuartel a los otros porque se rindieron enseguida. Estaban desarmando a la tripulación y tomando el arca de la chupeta del capitán cuando se oyó a Helen gritar:

—¡A babor! ¡Un galeón de la Armada!

Un galeón. Las piratas miraban a Victoria con el pánico dibujado en sus ojos.

—¿Nos ha visto? —preguntó la capitana a voces a la vigía—. ¿Nos ha visto abordar a los holandeses?

Helen asintió. El galeón las había divisado y se acercaba rápido, con el viento de empopada, el único rumbo en que era más rápido que la *Black Shadow*.

Victoria dio orden de regresar de inmediato a la *Black* y sus mujeres obedecieron. Shatidje, antes de saltar de regreso, tomó una antorcha de las que iluminaban el combés del navío flamenco y le prendió fuego a las velas, para que no pudieran seguirlas. Con el galeón ya tenían suficiente.

—Capitán —preguntó Simonette una vez estuvieron todas a bordo—, ¿viramos hacia alta mar?

Victoria negó con la cabeza.

—No, timonel. Cuarenta y cinco grados a babor. Pasaremos entre la costa y las islas Farne.

Simonette miró a la capitán incrédula. Por allí fue por donde se metieron cuando hundieron la *Wakes' Goddess* y a ninguna le gustaba acercarse a aquellas aguas plagadas de malos recuerdos. Pero, a pesar de la sorpresa, Simonette obedeció.

Al abrir el rumbo en un largo, la *Black Shadow* comenzó a ganarle distancia al galeón, pero en el tiempo que habían tardado las jóvenes en regresar a bordo y poner a la *Black* a todo trapo, este se había aproximado a

unas doscientas cuarenta yardas y, si se acercaba un poco más, les cortaría el viento.

Inés había subido al puente y estaba junto a Victoria.

—Ellos tienen barlovento.

Victoria asintió.

—Y nosotros a Simonette. ¡Timonel! —añadió—, ¡hacia Goldstone Channel!

Simonette obedeció de nuevo. Pronto dejaron Inner Farne a su derecha y adivinaron, más que ver, en la negrura de la noche los diez pies que sobresalían de Megstone. Al abrir el rumbo para coger el canal de Goldstone, de nuevo el viento las golpeó de popa, y el galeón con sus velas cuadradas recortó distancia.

—Capitán —dijo Simonette—, la corriente del canal los ayudará más a ellos que a nosotros. Tienen más calado. Y vienen por barlovento. Si cogemos el canal nos alcanzarán. Nos hemos metido de lleno en la boca del lobo.

—Nos alcanzarán si no encallan en el canal —matizó Victoria.

—Nos siguen de cerca —explicó la timonel—. Aunque no se conozcan el canal como nosotras, no van a encallar si siguen nuestra estela.

Victoria se dio cuenta de que Simonette tenía razón. La enorme silueta del galeón cada vez estaba más cerca. Pronto abrirían fuego con los cañones del castillo de proa y no tenían otro rumbo posible para salir de allí más que el canal, en el que el galeón las alcanzaría. Las chicas lo observaban asustadas, asidas a las jarcias.

—¡Vira de nuevo a babor! —ordenó entonces Victoria.

—¿A babor? —preguntó Simonette sin entender.

Tenían Holy Island frente a ellas. El canal estaba a estribor, a su derecha. Y a babor la isla, que, aunque con la marea alta no se viera, no era tal isla sino una península unida a la costa.

—¡Capitán, por babor no se puede pasar con un navío! ¡Holy Island está unida a tierra! —le recordó la timonel, consternada porque su capitán hubiera olvidado algo así.

—Pero la marea está alta —respondió Victoria.

—¡No lo suficiente! —protestó Simonette.

—¿Cuánto necesitas?

La timonel no entendía.

—Simonette —dijo Victoria hablándole despacio, para no dejar dudas —, ¿cuánto calado necesitas para que podamos pasar sin encallar entre la costa y Holy Island?

La timonel titubeó. Nunca había pasado entre Holy Island y la costa más que con un bote de pesca o caminando para coger cangrejos. Se esforzó en imaginar el lugar con marea baja y a la luz del día.

—Dos pies más. En la parte más honda serán unos dos pies de profundidad lo que nos impida pasar. Eso si acertamos a pasar por la parte más honda.

Victoria asintió.

—Te conseguiré esos dos pies.

Simonette viró a babor, sin entender aún qué pretendía su capitán. Dos pies de arena eran suficientes para clavarse en mitad del mar y hundirse después. Inés detuvo a Victoria agarrándola del brazo.

—¿Qué haces? —masculló—. Si nos hunden, no pasarán de largo como el navío que hundió a la *Crazy*. Nos recogerán en botes y nos ahorcarán.

—Confía en mí —contestó Victoria.

Tronaron los cuatro cañones de proa del galeón, pero lo hicieron en el instante en que Simonette viraba a babor, cambiando el rumbo, de modo que ninguna de las cuatro balas acertó a la carabela.

Al virar a babor, el viento empujaba el navío con más fuerza y lo tumbaba de lado escorándolo hacia su derecha.

—¡Ruth, Charleen, Dora, Bonny, Úrsula! —gritó Victoria—. Os necesito en la cubierta de artillería con vuestras mujeres. Tenéis que destrincar todos los cañones de babor y dejarlos caer con cuidado a estribor. ¡Hacedlo ahora!

Las chicas obedecieron aún sin entender.

—¡Emily, Sally, Madge! Cazad velas. Quiero el barco tan escorado que pueda tocar el agua con la mano. ¡Inés, Sha, ayudadlas!

Se volvió hacia las que quedaban.

—¡Claire, Bert, Dora, bajad a la bodega y moved toda la carga que podáis a estribor!

—¡Capitán, vamos a hundir el barco! —protestó la estibadora.

—Sí, Claire, pero no a la *Black*. Vamos a hundir el galeón.

Y Shatidje, mientras cazaba la mesana, sonrió, entendiendo por fin qué pretendía la capitán.

La *Black Shadow* iba a todo trapo y, en cuanto cazaron las velas, la carabela se escoró aún más, con un crujido similar al lamento de un animal herido. Simonette tenía la vista clavada en el mar, como si pudiera ver el fondo a través de las aguas negras y no estuviera viéndolas realmente en los recuerdos diurnos de su cabeza. Meneó la cabeza negando.

—Aún no pasamos. Aún no pasamos —repetía.

En la cubierta se sintió, más que oírlo, el ruido de los cañones rodando hasta la otra borda, como si estuviera pasando bajo ellas un regimiento de caballería. La carabela gimió de nuevo, con los palos en tensión, cada clavo, cada tablón en su máximo esfuerzo.

—Aguanta —susurraba Dora mientras ayudaba a mover la carga—, aguanta, preciosa.

La nao se tumbó como un niño con sueño que se echa una siesta, y su casco, su enorme panza redonda, salió parcialmente del agua mostrando los caracolillos que se habían pegado a él. La quilla, el punto de más calado del navío, se tumbó también levantándose hacia la izquierda. Las muchachas se sostenían de la borda de babor para alejarse del agua, que había comenzado a filtrarse por las portas de los cañones de estribor inundando la cubierta de artillería.

—¡A estribor! ¡Todas a estribor! —gritaba Victoria, apoyada en la baranda más cercana al mar.

Otro gemido. La carabela no aguantaría mucho más. Todas se sobrecogieron cuando la quilla golpeó el fondo, pero era un fondo de arena y solo lo había rozado.

Entonces se obró el milagro. El galeón, que las seguía rápido, aquel enorme navío con dos hileras de cañones por banda y un castillo de proa y de popa inexpugnables, aquella fortaleza flotante, se frenó en seco al encallar. Con las velas a todo trapo, el palo mayor se partió y cayó hacia adelante rompiendo el castillo de proa, y buena parte de los hombres salieron despedidos por cubierta y al mar.

La carabela gemía, pero aguantó los saltos de alegría de las muchachas al ver cómo sus perseguidores se hundían en el agua. Solo entonces Simonette gritó:

—¡Hemos pasado la zona menos profunda! ¡Preparaos para virar a estribor y alejarnos de la costa!

—¡Cuidado con los cañones! ¡Volvemos a enderezar el navío! —ordenó Victoria.

La maniobra, difícil, se llevó a cabo entre gritos de júbilo y oraciones de agradecimiento a todos los dioses conocidos.

—Aún no sé si es que sois muy valiente o si es que habéis perdido el juicio, capitán —murmuró Simonette—, pero esa maniobra... la van a narrar en Londres.

—No habríamos podido hacerla sin ti al timón —contestó Victoria después de la trasluchada, recuperando la posición al lado de su oficial una vez la mesana quedó firme.

Y aunque la princesa no lo dijo, pensó: «No está mal para una niñata y una timonel enajenada, Charleen», y sonrió mientras se alejaban del galeón que se hundía en Holy Island, en aquel lugar maldito para los barcos, pero nunca más para ellas.

Acabada la hazaña, las chicas no continuaron hasta John's Pipe, sino que, con el fin de despistar a la Armada por si algún oficial llegaba a tierra y daba la alarma, doblaron de nuevo hacia el sur mar adentro, lo suficientemente lejos de la costa para que no pudieran avistarlas desde los restos del galeón. Ellas, ocultas con sus velas negras por la oscuridad de la noche y sabiendo dónde mirar, pudieron ver con el catalejo las velas blancas y rotas y los restos del galeón hundido. Continuaron al sur, hasta las islas Farne, y allí doblaron de nuevo hacia el norte, si bien, nada más pasar las islas y antes de llegar cerca del navío, se acercaron a la costa y se adentraron en una bahía de pescadores... La marea estaba en su punto más alto y las mujeres se pudieron adentrar hasta llegar cerca de un pequeño pueblo de pescadores llamado Waren Mill. Disfrazaron su navío de blanco y fondearon allí. Estaban fuera de la vista de todos, salvo de los lugareños, y Victoria tenía la esperanza de que fueran tan poco entrometidos como los de John's Pipe. Y allí, muy cerca del enemigo pero bien escondidas, las muchachas terminaron la noche.

Como era costumbre, las chicas durmieron hasta el mediodía, pero, al despertar, los ánimos seguían exultantes. Además, se había quedado una tarde soleada, de esas que no abundan en la vieja Inglaterra y menos en diciembre, y después de comer, las chicas, animadas, habían tomado las espadas de madera que fabricara Dora y se batían por cubierta, poniendo a prueba su habilidad en combate cuerpo a cuerpo. Lo que había empezado como un juego o un entrenamiento entre Claire y Shatidje había terminado convirtiéndose en un torneo en condiciones, con la participación de todas. Las chicas se habían dispuesto de dos en dos y se batían con sus espadas de

madera, de modo que continuaban las que vencían y se eliminaban las que perdían.

Una hora más tarde, cuando Victoria salió de su camarote, solo quedaban Inés, Shatidje, Úrsula, Charleen y Alice. Entonces se dispuso que lucharían Inés contra Shatidje y Úrsula contra Charleen. La capitana, divertida ante el campeonato que habían montado en la cubierta, preguntó si estaba a tiempo de participar. Ella siempre se había mantenido al margen de este tipo de juegos desde que impresionó a sus chicas en el hayedo luchando contra Shatidje, pero después del «niñata» sentía que debía demostrarles a las demás de qué era capaz. Y hacía ya muchos abordajes y muchísimos más duelos de aquel día en el hayedo.

Las muchachas se miraron indecisas. Llevaban peleando una hora y habían eliminado a casi todas ya. Solo quedaban las mejores.

—¡Por supuesto, capitán! —exclamó Shatidje sin dudar.

Y Alice, la inseparable amiga de Charleen, entornó los ojos y contestó con una sonrisa.

—¡Os corresponde luchar conmigo!

Pero la sonrisa se le borró rápido. Victoria podía parecer una princesa, una niña, una «niñata» tal vez, pero era muy buena duelista. Había tenido un gran maestro y tantos combates no habían sido en balde. Además, Alice echó en falta su daga, acostumbrada como estaba a luchar a dos manos. Cuando la princesa la desarmó de la espada de madera y la otra fue a echar mano de su segunda arma, se dio cuenta de su error y dejó escapar una imprecación. Victoria sintió cómo el corazón le saltaba en el pecho con el triunfo.

Los otros dos combates también fueron muy intensos y reñidos, pero al final vencieron Shatidje —Inés volvió a encontrarse demasiado cerca de la turca para la espada tan larga con la que competían— y Charleen. Sortearon el siguiente duelo y le tocó a la capitán contra Charleen. La última adquisición de la *Black Shadow* sonrió como había hecho Alice ante la perspectiva de derrotar a la «niñata» delante de todos. Victoria respiró hondo. Había logrado vencer a Alice, pero la princesa sabía que Charleen era mejor, mucho mejor. Shatidje también lo sabía. Se acercó a la capitán, le palmeó la espalda y le susurró:

—Ya habéis demostrado cómo peleáis. No importa si ganáis o perdéis ahora. Lo habéis hecho muy bien.

Victoria meneó la cabeza.

—Sí que importa, Sha. ¡No sabes cuánto importa! —exclamó arrepiñtiéndose de no haberse mantenido al margen en los juegos.

Y se acercó a su adversaria.

Victoria se miró las manos. Le temblaban. Siempre temblaba un poco en los combates, pero aquella noche le temblaban más. «¡Vamos, Victoria! —se dijo—, que no te estás jugando la vida hoy».

Comenzó el combate y las espadas de madera chocaron con fuerza, con su clac clac seco. Charleen era muy agresiva atacando y la princesa apenas sí podía defenderse como para lograr contraatacar. Charleen luchaba como Shatidje: atacaba tres o cuatro veces y regresaba a su posición para ver por dónde atacar de nuevo, aunque la nueva pirata era más agresiva aún. Después de cuatro intentos de asestar a la capitán y que la joven princesa lograra defenderlo todo, Charleen decidió ponerle fin. Se trataba de humillar a la cría, no hacerla una heroína, así que fue a lo seguro. Atacó dos veces seguidas, pero a la tercera, en lugar de atacar al cuerpo de la princesa, le golpeó la espada, batiéndola y abriéndole la guardia. El golpe seco a la tabla le retumbó a Victoria en la mano como si le hubieran dado a ella, descentrándola el segundo que Charleen necesitaba para lanzarle un tajo terrible a la joven a la mano del arma. Victoria, acostumbrada a su espada de lazo cuya empuñadura le cubría la mano defendiéndola, se encontró con el fuerte golpe en los dedos y dejó escapar un aullido de dolor. Soltó la espada inconscientemente, para encontrarse con la punta de la espada de madera de Charleen en el corazón.

La princesa inclinó la cabeza admitiendo la derrota, con el dolor del orgullo roto compitiendo con el dolor físico de los dedos. Ruth se acercó a mirárselos, pero Victoria no se lo permitió. Sabía que estaban bien. Nada partido además de su orgullo. Shatidje e Inés se acercaron también a ella, si bien más preocupadas por su ánimo que por sus dedos.

—Has luchado bien. Charleen juega sucio —murmuró la segunda de a bordo a su capitán.

—Es una pirata, Inés. Debe hacerlo —respondió Victoria—. Ha sabido que su ataque me cogería por sorpresa, que no iba a defender la mano porque acostumbro a que mi espada me la proteja.

—¿Me permitís un consejo, capitán? —le dijo la turca.

Victoria asintió.

—No agarréis tan fuerte la espada. Si no, cada golpe que vuestra arma reciba os dolerá a vos.

La princesa sonrió. «No agarréis tan fuerte la espada». Miguel se lo había dicho un sinfín de veces. No era tan sencillo no agarrar la espada con fuerza.

—Debéis agarrarla con firmeza, pero sin apretar tanto —se explicó entonces la turca—. Pensad que sostenéis un pájaro. Vuestros dedos deben estar firmes, pero no lo apretéis o lo mataréis.

Victoria asintió entendiendo por fin a qué se referían la turca y su maestro. Miró a su contramaestre, clavándole sus ojos azules en los verdes de ella.

—Shatidje, acaba con Charleen —le dijo—. Debes vencer tú este combate.

La turca respiró hondo.

—Lo haré, capitán, porque vos me lo ordenáis —y sonrió.

A pesar de sus palabras, Shatidje no estaba muy segura. No llevaba su alfanje, sabía que Charleen jugaría sucio y, lo peor de todo, el recuerdo del día en que la conoció, de cómo la mujer la arrinconó contra el árbol en tres movimientos le minaba el ánimo. Sin embargo, estaba por ver que Shatidje no cumpliera una promesa.

El combate fue digno de ver, pero, aunque las dos rivales estaban más que acostumbradas a matar y el duelo fue reñido, apenas duró unos minutos. Las dos luchaban parecido: tres o cuatro golpes, se retiraban, tres o cuatro golpes, atrás a observarse... La diferencia radicaba en que Charleen era la que iniciaba siempre los ataques, y a Shatidje, como a Inés, le resultaba más fácil luchar a la contra. Solo había que esperar a que fallara y entonces hundirle el acero —la madera— en lo más hondo de su ser. Y por muy buena que fuera Charleen, todos nos equivocamos antes o después. Charleen lo hizo pensando que podía repetir su jugada. Fue a batir la espada de Shatidje, pero, al hacerlo, se encontró que estaba blanda, que la turca no detuvo el golpe sino que dejó que le tumbara el arma solo para girarla con una vuelta de muñeca y ponérsela a Charleen en el cuello.

La cubierta se llenó de gritos y aclamaciones porque, a excepción de Alice, todas, tal vez incluso Simonette, querían que ganara la contramaestre.

—¿Cuál es mi premio? —bromeó la turca.

—¡Regresemos a John's Pipe! —ordenó la capitana—. Esta noche lo que bebas corre de mi cuenta.

Las chicas rieron y, en cuanto cayó el sol, levaron anclas y regresaron a su refugio. Esa noche, Shatidje terminó de celebrar su victoria con un viejo

amigo que nunca le ponía reparos.

Glenne fue a visitarlas a la cueva al día siguiente. A Victoria le seguía sorprendiendo —y le asustaba un poco— la capacidad de la pastora escocesa para saber dónde encontrarlas en cada momento. Bonny, cada día más gorda, la acompañó al comedor de oficiales donde la esperaban Inés, Victoria y Shatidje. Como las otras veces, Inés aguardaba con la espalda en la puerta del camarote, Shatidje apoyada en la mesa, y Victoria, de pie, apartó una silla para invitarla a sentarse. Glenne aceptó la oferta.

—¿A qué debemos hoy el placer de vuestra visita? —preguntó la capitán.

La pastora metió la mano en un bolsillo de la falda por toda respuesta y sacó un papel algo arrugado. En él se veía dibujado un rostro de mujer con el cabello rubio, nariz respingona, ojos claros, y cubierta con un sombrero de ala ancha. Debajo ponía: «La *Hermosa Negra*», y en otra línea, «Recompensa: 500 coronas».

—Están por toda la costa de Inglaterra —explicó Glenne—. Este lo tomé de Berwick.

Inés sintió un escalofrío. Victoria observó unos instantes su retrato y después preguntó entre risas:

—¿Quién habrá sido el retratista? Yo nunca salgo de la *Black Shadow*, pero gracias a esto podré pasear tranquila. Si buscan a esta mujer, no me buscarán a mí.

Inés le dirigió una mirada fulminante a su amiga.

—Acaso —dijo Glenne con cautela— debierais manteneros ocultas un tiempo, permitir que las cosas se enfriaran. Habéis capturado buenos botines y haríais bien en disfrutarlos. Muertas no os servirán de nada.

Las tres piratas permanecían en silencio. Aquellas palabras le recordaron a Victoria su pensamiento de hacía seis noches. Sí, un descanso les vendría bien a todas. Pero entonces la pastora añadió:

—O acaso podáis capturar otro navío antes de retiraros un tiempo y despediros por todo lo alto.

Victoria frunció el ceño y escrutó a la escocesa, sorprendida por cómo se adelantaba a sus pensamientos.

—No sé por qué tengo la impresión de que estáis pensando en algún navío en concreto.

Glenne sonrió.

—He oído —ninguna de las tres perdió el tiempo en preguntarle dónde — que los corsarios que han estado saqueando a los españoles en las Antillas planean enviar de regreso a Inglaterra un convoy de unos veinte navíos con lo que han saqueado. Esos navíos irán cargados de oro, perlas y todas las joyas del Caribe.

—Esa flota estará mejor protegida que el puerto de Londres —objetó Inés—. Es una temeridad.

La escocesa se encogió de hombros.

—Es una temeridad para un lobo solitario atacar un rebaño vigilado por perros, pero lo que hacen los lobos solitarios es acechar a las ovejas que se quedan rezagadas y perdidas.

—Veinte navíos no navegan a la misma velocidad —murmuró Shatidje asintiendo.

—¿Y sabemos cuándo van a enviar esa flota? —preguntó Victoria.

La pastora meneó la cabeza.

—Nadie sabe cuándo, ni por dónde vendrán, ni cuántos navíos formarán la flota, ni siquiera la reina.

Victoria frunció el ceño de nuevo, sin entender.

—¿Entonces?

Glenne sonrió, y sacándose su as de la manga, dijo triunfal:

—Pero lo que yo sí sé es el nombre del navío adelantado que trae esa información, y cuándo y dónde se lo espera.

Victoria se dejó caer en una silla. Ese era el golpe que estaba esperando. Se hizo un silencio en el salón mientras las chicas analizaban lo que Glenne les acababa de contar.

—De modo que proponéis que abordemos ese navío para poder saber cuándo llega el convoy —dijo Victoria pensando en voz alta.

La pastora se rio.

—Yo no propongo nada. Os cuento lo que sé para que lo utilicéis como estiméis oportuno.

—¿Y cuál es el precio? —preguntó la turca—. ¿Cuánto nos va a costar conocer el nombre del navío y la fecha y lugar en el que se lo espera?

La escocesa sonrió de nuevo.

—Hoy, una buena copa de vino para brindar por nuestra amistad. Y si llegais a capturar el botín, que sea yo quien venda la mercancía quedándome con un quince por ciento de lo que obtenga.

Victoria asintió.

—Me parece justo.

Y, a continuación, la princesa se puso en pie, abrió la puerta que daba a la cubierta, detrás de la cual esperaba siempre Jerusha, y le pidió a la niña que les trajera la mejor botella de vino y cuatro copas. La muchachita salió corriendo a cumplir las órdenes de la capitán. Glenne escribía en un papel el nombre del navío, *Golden Mermaid*, la fecha aproximada y el puerto en el que lo esperaban: el puerto de Brighton. Se lo tendió a la turca, que lo tomó y lo llevó al escritorio.

—¡Ah! —recordó Glenne—. Hay otra cosa más.

Las tres oficiales le dedicaron su atención.

—Tengo una muchacha que quiere pertenecer a vuestra tripulación.

—¿La has buscado tú?

Glenne meneó la cabeza.

—Vino ella a mí. Es ella quien os busca desde hace algún tiempo, según me contó.

Shatidje señaló el papel con la recompensa ofrecida por la captura de la *Hermosa Negra*.

—Considerando cómo están las cosas, no parece una buena idea tomar a nadie más de tripulación, y menos si son ellos los que nos buscan.

Glenne asintió con la cabeza.

—Eso pensé yo. Quinientas coronas es una fortuna. Pero... hay algo en esa muchacha que me hace pensar que no miente. Se la ve absolutamente perdida, descarriada. Definitivamente no está hecha para este mundo. Y recordé el discurso de Inés de darles una oportunidad a esas mujeres... Por eso le dije que esperara unos días en la taberna de Ian, en Burnmouth, que si yo encontraba a alguien que pudiera conocerlos, lo mandaría allí. Apuesto a que sigue esperando. Por conocerla en persona no perdéis nada.

Victoria e Inés miraron a Shatidje. La turca resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Y tiene que ser en la taberna de Ian?

—Pensé que ibais mucho allí —explicó Glenne sin entender.

—Así es, Glenne. Has hecho bien —dijo Inés, y miró a la turca con una sonrisa.

Shatidje tenía el ceño fruncido.

—Será mejor que vaya antes de que se haga más tarde y la taberna se llene, o no encontraré a la mujer que dices.

Glenne se rio.

—Oh, sí. Si sigue allí, la encontrarás.

Shatidje fue al perchero, tomó su capa y salió del comedor de oficiales. La pastora miró a Inés.

—¿Qué le ocurre con esa taberna?

La condesa, sonriendo, se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Solo sé que nunca nos acompaña cuando vamos. Creo que trabajó allí y no debió de terminar muy bien con Ian.

Glenne asintió. Jerusha entró con el vino y Victoria llenó las copas. Brindaron y hundieron los labios en el vino de Borgoña.

—Glenne —le dijo la princesa—, ¿podría pedirnos un favor?

—Sabéis que sí.

—Con tantos botines, hemos amasado una pequeña fortuna Inés y yo. La llevamos a bordo, en mi camarote, y... no me siento cómoda con ella aquí. Confío ciegamente en la tripulación, pero me preocupa perderlo todo si algo no sale bien y nos hundan la *Black Shadow*. Me gustaría guardarla en algún lugar por si algo así ocurre, para poder volver a empezar, comprar otro navío...

Glenne asintió.

—Yo puedo escondérsela —se quedó pensando unos instantes mientras paladeaba el vino—. ¿Sabéis la lápida que hay junto al acantilado, al lado de mi casa?

—¿La lápida de tu hermano? —preguntó Inés incrédula.

Glenne meneó la cabeza.

—Mi hermano no está ahí. Lo quemaron. La lápida la puse yo para honrarlo y tener un lugar en el que poderlo llorar. Esconderé vuestro tesoro bajo ella.

—Escondedlo donde queráis, tenéis mi confianza —repuso Victoria—. Y si alguna vez necesitáis tomar algo...

La pastora meneó la cabeza.

—Os lo cuento por si me ocurriera algo a mí. Así las dos sabréis dónde buscar.

Las dos aristócratas asintieron. Entonces Victoria levantó la copa de nuevo y dijo:

—Por el tesoro de la *Black Shadow*, porque permanezca enterrado muchos años y no lo necesitemos jamás.

Y las otras dos mujeres se unieron al brindis.

Shatidje caminó hasta Burnmouth. Era una noche fría y la niebla calaba hasta los huesos. Cuando empujó la puerta de la taberna de Ian, agradeció el calor seco del interior. El murmullo de la gente, la luz tenue, el olor a incienso... le trajeron mil recuerdos. Era cierto que era la mejor taberna de toda la costa. Solo había un problema: Ian.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el escocés parecido a William Wallace en cuanto la vio entrar por la puerta.

Shatidje caminó hasta el mostrador. No le gustaba hablar a gritos.

—Buenas noches, Ian.

—La puerta está allí —dijo el tabernero señalando la puerta por la que la turca acababa de entrar.

Shatidje se cruzó de brazos y se apoyó en la barra.

—Vamos, Ian. Casi es Navidad. Solo vengo a beber algo. No voy a matar a nadie.

—Eso dijiste también la segunda vez. Pero aparecerá una desviada, como tu amiga Claire o como la de aquella mesa de allá —señaló al interior del salón, a la otra arista de la L que quedaba oculta desde la entrada, donde una muchacha de cabello corto mojaba un dedo en un vaso de vino y se lo chupaba mientras miraba un papel—, se meterán en problemas y mi taberna acabará cubierta de sangre.

Shatidje se fijó en la mujer que había señalado Ian. Sin duda, era de la que había hablado Glenne. Era pequeña, menuda, con ojos oscuros y vivaces; llevaba el pelo corto como un muchacho y vestía pantalones, pero, a diferencia de Claire, no había duda de que era una mujer. Tenía labios de mujer, cuerpo de mujer —aunque probablemente se vendara el pecho, pero se le notaba en el talle fino y las caderas más anchas—, y tenía las pestañas muy muy largas. Si no fuera por la nariz rota, habría sido muy hermosa.

—Ian, para gustarte tan poco, siempre tienes la taberna llena de ellas —se burló Shatidje.

El rostro del tabernero dejó claro que la broma no le había hecho gracia.

—Vamos —rogó la turca en un susurro—, tardaré menos de lo que tardabas en correrte —y se volvió dispuesta a saludar a la joven, pero no pudo hacerlo porque el tabernero alargó la mano izquierda por encima del mostrador y agarró a la mujer del brazo, sosteniéndola en el sitio.

Cuando sintió la mano aferrándole el brazo, el primer impulso de la turca fue tomar su alfanje para cortársela al tabernero por la muñeca, pero

consiguió controlarse y solo desenvainó. Entonces Ian sacó su mano derecha de detrás del mostrador, con la que sostenía su enorme pistolón, y encañonó con él a la turca. Shatidje sabía que estaba cargado. Siempre lo estaba.

Muy despacio, con la vista clavada en el hombre, Shatidje dejó su alfanje sobre la barra y le mostró las manos vacías. Ian seguía siendo atractivo. Sucio y salvaje, pero varonil y muy atractivo. La turca no pudo evitar preguntarse si, de no haberse acostado con él, las cosas habrían terminado de otra manera; si aquel par de polvos compensaban el no poder entrar en la mejor taberna de Burnmouth. Pero al recordar la disputa que tuvieron por Claire comprendió que habría acabado igual de todos modos. Era una lástima.

—Ya está, Ian. Dejo mi alfanje sobre la mesa y me siento allí. Si alguien nos molesta, tendrás que defendernos tú. Como a dos doncellas indefensas. Es así como te gustan las mujeres, ¿no? Dóciles e indefensas.

Shatidje seguía con las manos en alto y aferrada del brazo por el tabernero. Varios lugareños observaban la escena, pero la mujer por la que la turca había entrado allí seguía absorta en su vaso de vino.

Ian apretó la mandíbula, dudó, y al final soltó a la turca y cogió su alfanje para guardarlo bajo el mostrador.

—Tienes lo que tardo en rellenar aquellas frascas. Y págame el *whisky* por adelantado.

Shatidje echó un chelín sobre la barra y, sin esperar el cambio, caminó hasta la muchacha.

El papel que la joven observaba mientras mojaba el dedo en el vino era, precisamente, el mismo que había llevado Glenne a la *Black*: el cartel en el que ofrecían quinientas coronas de recompensa por la *Hermosa Negra*. Shatidje apartó una silla y se sentó sin esperar a ser invitada. Solo entonces la muchacha se percató de que tenía compañía. Se apresuró a guardarse el papel en un bolsillo.

—Quinientas coronas es mucho dinero —apuntó la turca con su voz ronca—. ¿Qué harías con él?

—¡No quiero el dinero! —se apresuró a contestar la joven.

Shatidje la estudió, inclinando un poco la cabeza, pero no dijo nada. Esperó a que el silencio se tornara tan incómodo que la joven tuviera que volver a hablar.

—Solo..., solo observaba el retrato —titubeó entonces la joven.

Dieciséis, diecisiete..., tal vez dieciocho... No era mucho mayor que las gemelas. Shatidje se mantuvo en silencio deliberadamente.

—Es..., en verdad es hermosa —siguió diciendo la joven.

La turca negó con la cabeza.

—El retrato no se le parece. En realidad lo es más. Más joven y más bonita.

Los ojos de la muchacha, ya de por sí grandes, se abrieron tanto que pareció que se le saldrían de las cuencas, y la mandíbula se le cayó, literalmente, abriéndole la boca también.

—¡¡¡¿La conocéis?!!!

Shatidje entendió a qué se refería Glenne. Costaba pensar que aquella mirada de fascinación, de sorpresa y de admiración, pudiera ser fingida.

—La he visto alguna vez.

«No me preguntes dónde o se acabará la conversación», pensaba la turca.

—¿Y qué sentiste? ¿Cómo es ella?

Sha se encogió de hombros.

—Parece una gran dama. Una princesa acaso. No parece la asesina que es en realidad.

La joven meneó la cabeza.

—No han matado a tanta gente. A nadie en los cuatro primeros navíos, a seis y a doce en los barcos del Támesis, luego está el navío francés del canal, que yo creo que es un cuento y, bueno, el inglés que hundieron..., pero muchos hombres se salvaron en el bote...

—¿Cómo sabes tanto de ellas? —preguntó la turca impresionada.

La joven volvió a abrir mucho los ojos y contestó con orgullo:

—Lo sé todo de ellas —recalcó mucho el «todo».

—¿Y por qué no vas a contárselo a algún oficial de la Corona? Estoy convencida de que apreciarían tu ayuda.

La mujer la miró ofendida.

—No voy a ayudar a que las atrapen.

Shatidje se echó hacia adelante en la mesa:

—¿Cuál es tu nombre?

—Mary.

—Pues Mary, deberías tener cuidado con lo que dices. Hay oficiales de la Corona buscándolas por toda Inglaterra. Y, considerando cómo vas vestida

y cómo hablas de ella, se podrían pensar que eres de su tripulación y torturarte y colgarte.

Mary tragó saliva y levantó el cuello con orgullo:

—Para mí sería un honor morir por ella.

—¿Por quién? ¿Por la *Hermosa Negra*? Morir nunca es un honor.

Mary se echó también hacia adelante y contestó con decisión.

—Pues yo moriría por ella.

Ian se acercó a la mesa con una botella de *whisky* en una mano y el alfanje en la otra.

—Tu chelín paga esto, Shatidje. Se te ha acabado el tiempo —dijo tendiéndoselos.

Entonces los ojos de la joven se volvieron a abrir, más si cabe que la vez anterior.

—¿Shatidje? ¿Has dicho Shatidje?

La turca sonrió mientras se ponía en pie.

—Adiós, Mary. Ha sido un placer conocerte.

Y tomó la botella de *whisky* y el alfanje que le tendía el tabernero.

—Adiós, Ian. Tal vez nos volvamos a ver.

Caminó hacia la salida mientras Mary le gritaba que esperara, buscando en sus bolsillos con qué pagar el vaso de vino. Al final dejó una pila de monedas sobre la mesa y salió corriendo detrás de la turca. La alcanzó a veinte pasos de la puerta.

—¡Esperad! ¿Sois Shatidje? ¿Shatidje, la oficial de la *Hermosa Negra*?

Y su mirada saltaba del rostro de la mujer a su alfanje. La turca la agarró del codo susurrándole que era mejor que se alejaran de allí. Caminaron hacia el sur, hacia John's Pipe y, al llegar junto al pequeño bosquecillo en el que se batió con Charleen, Shatidje empujó a la joven hasta allí y la arrinconó contra el tronco de un árbol.

—¿Qué sabes de mí? —dijo dejando caer la botella de *whisky* para levantar a la joven del cuello de la camisa.

La muchacha negaba con la cabeza.

—Solo tu nombre. Los oficiales de la Corona solo saben tu nombre y el de Inés. Los supervivientes oyeron a la capitán llamaros así. También han mencionado a una Charleen y a una Claire..., y creo que a una Rosalyn.

—¿Cómo sabes lo que sabe la Corona?

A la joven le costaba hablar y tragar saliva.

—Me he colado en las oficinas de varios puertos para poder encontraros. He leído sus archivos. No... no voy a delataros.

Shatidje la soltó y la joven cayó al suelo, frotándose el cuello.

—¿Sabes algo de barcos, Mary?

La joven negó con la cabeza.

—¿Y de armas?

Volvió a negar.

—Pero puedo ayudaros. Mataré a quien haga falta. Y soy muy buena escurriéndome entre la gente y colándome en los sitios. Puedo trepar por una cuerda y sé nadar un poco. También puedo contaros lo que la Corona sabe de vosotras. Por favor —se puso de rodillas—. Solo quiero conocer a la capitán, verla de verdad.

La turca asintió.

—Deja que te vende los ojos. Te llevaré ante ella y que ella decida.

Llevó a Mary hasta la *Black* y la dejaron en la bodega a la espera de ver qué decidían. Glenne ya se había marchado y, dado que el asunto comprometía la seguridad de todas, las convocaron a todas para decidir. Shatidje les volvió a contar la entrevista en la taberna de Ian y cómo la había interrogado luego en el bosquecillo, y ahora tocaba resolver qué harían, pero no se ponían de acuerdo. Charleen se negaba porque consideraba que, si no sabía luchar ni sabía nada de barcos, tomarla como tripulación era correr un riesgo innecesario. Simonette, por supuesto, le llevó la contraria.

—Alice y tú llegasteis igual, buscádonos. Y, siguiendo tu razonamiento, no estaríais aquí.

—Nosotras sabemos luchar. Shatidje nos puso a prueba.

Y voces que apoyaban a una y voces que apoyaban a la otra... La algarabía en el eco de la cueva ahuyentaba a los murciélagos.

Victoria trató de que bajaran la voz y, cuando logró que hubiera silencio, intervino Ruth.

—Yo me la quedo —dijo, y todas las miradas se centraron en ella.

La judía era la única que no vestía como un hombre. Seguía ataviada con su vestido negro y, con su nariz aguileña, seguía pareciendo una bruja.

—¿Cómo dices, Ruth?

—Digo que yo me la quedo.

Y como todas seguían mirándola sin entender, les dedicó su mirada más condescendiente y se explicó:

—Charleen dice que no sirve para nada, pero abajo, en la cubierta de artillería, no nos vendría mal una más. Y desde hace tiempo pido un grumete para que suba y baje los cartuchos de pólvora, traiga los cubos con agua y nos ayude a refrescar las ánimas de los cañones. Si es rápida, me vendrá bien. Creo que un grumete podría hacer mil cosas en el navío, desde ayudar a la carpintera, baldear la cubierta, ayudar en la cocina y hasta en la enfermería..., pero si nadie más ve cuánta falta nos hace..., por tres peniques y medio diarios, yo me la quedo. Y si lo que os preocupa es que nos pueda delatar, le prohibimos bajar a tierra hasta que estemos seguras de ella.

Aquello dio por zanjada la discusión. Charleen tardó un poco en dejar de refunfuñar, pero subieron a Mary de la bodega y, aún sin destaparle los ojos, le ofrecieron quedarse por tres peniques y medio al día con la condición de que no podría volver a bajarse de la *Black Shadow* hasta que la capitán lo estimara conveniente, fuera en semanas, meses o años. La mujer preguntó si, cuando llegara el verano, le permitirían nadar alrededor de la nao, y Shatidje, después de interrogar a la capitán con la mirada, le contestó que sí. Entonces le quitaron el pañuelo con el que la turca le había tapado los ojos y le dieron la bienvenida. Lo primero que hizo al abrirlos fue buscar a Victoria. Cuando vio a la capitán, su rostro se encendió. Se tiró a sus pies y dijo:

—Mi vida es vuestra. Disponed de ella como estiméis.

Victoria sonrió y miró a Inés encogiéndose ligeramente de hombros. Shatidje tiró de su hombro para levantarla del suelo. Glenne tenía razón. Aquella muchacha estaba muy perdida.

—Claire —dijo la turca—, dale una hamaca y muéstrale dónde puede dormir.

La estibadora le hizo un gesto para que la siguiera a la cubierta de artillería. Cuando llegaron, buscó un espacio vacío entre dos cerchas y le aseguró a la joven que podía dormir allí. Entonces le alargó la mano y le dijo:

—Yo soy Claire. Si necesitas alguna cosa...

Mary observaba el interior del casco embelesada, y probó a colgar la hamaca. Luego observó a la mujer que a duras penas parecía una mujer y que le tendía la mano amigablemente y le contestó:

—Claire, no te equivoques conmigo. No me gustas.

La estibadora, perpleja, rompió a reír.

—Sí, ya he oído que picas más alto —le dijo entre risas—. Solo me estaba presentando.

Mary le tendió entonces la mano y Claire se la estrechó. A continuación, la joven probó a sentarse en su hamaca. Todo era nuevo para ella. Claire, cruzándose de brazos, comentó:

—Y, por si no lo sabías, Mary, a la capitán no le gustan las mujeres.

Mary dejó de columpiarse en el acto y miró a Claire como si acabara de insultar a su madre.

—Eso ya lo sé —dijo en tono ofendido—. ¿En qué clase de mujer la convertiría eso?

Claire suspiró con tristeza, asintiendo.

—En lo mismo que tú y que yo. En eso.

Y agitando la cabeza para apartar ese pensamiento, le dijo ya en un su tono de voz de siempre, alegre y amigable:

—¡Ven a cubierta! Te presentaré a Simonette, y a Charleen, y a Úrsula y sus mujeres... —pareció dudar—. Pero no te acerques mucho a ellas —añadió—, a ninguna, o te abrirán en canal.

A la noche siguiente, la *Black Shadow* levó anclas rumbo a Brighton. Navegando solo de noche y escondiendo la carabela en sus caladeros habituales, habían calculado que tardarían diez días en llegar. No les sobraba demasiado tiempo para interceptar la *Golden Mermaid*.

Llegaron a Brighton la madrugada del mismo treinta y uno de diciembre, y continuaron navegando cinco millas más hasta llegar a Shoreham by the Sea, donde tenían un buen escondite. A la *Golden Mermaid* no la esperaban hasta primeros de enero, de modo que, a la noche siguiente y dado que Nochebuena y Navidad los habían pasado navegando, Victoria propuso a las mujeres que quisieran festejar la víspera de Año Nuevo que se vistieran como mujeres de poca honra y se acercaran a Brighton. Como de costumbre, Rosalyn, Claire, Shatidje e Inés no se lo pensaron mucho. Esta vez las acompañaron Bert y Emily. Todas arregladas con vestidos escotados y peinadas y pintadas por la puta, se aparearon y caminaron las dos horas de distancia a la ciudad portuaria. También salieron Charleen y Alice, aunque no lo hicieron con las demás. Victoria, las mujeres de Úrsula y el resto de la tripulación lo celebraron a bordo.

Rosalyn, Inés y compañía entraron en una taberna en la que se oía música. Inés se sentía incómoda con aquel vestido que enseñaba demasiado y la cara pintarrajeada, pero tenía ganas de echar un trago con las otras chicas.

Mientras caminaban hacia una mesa apartada, los hombres las desnudaban con sus miradas lascivas. De pronto, Rosalyn le dio un codazo en las costillas a la condesa y señaló una mesa en la que Fred bebía con casi toda la tripulación de *El Miguel*, incluido el viejo Henry. Como siempre que lo veía, Inés sintió que le faltaba el aire. Ferreira do Santos, el segundo de a bordo de *El Miguel*, las vio acercarse y se lo dijo al contramaestre. Fred se giró y saludó a Inés con su inmensa sonrisa. El viejo Henry se puso en pie corriendo y caminó hacia ellas, aunque tuvo que detenerse para toser antes de llegar hasta su hija. Entre la multitud, a Inés se le antojó que el hombre había menguado y lo vio más viejo que nunca.

—¡Algo bueno he debido de hacer en la vida para recibir este premio! —exclamó el hombre al llegar junto a Shatidje—. ¿Voy a poder celebrar el fin de año con mi hija?

Shatidje sonrió. Los hombres de la mesa les hacían gestos para que se acercaran. Fred solo las observaba divertido. Cuando llegaron hasta ellos, se puso de pie y miró a Inés.

—Te noto cambiada —bromeó—. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Fred le cedió su asiento y fue a buscar otro taburete, y las dos tripulaciones bebieron y rieron para despedir el año. Los hombres no podían creer su suerte. Estaban bebiendo y riendo con aquellas mujeres jóvenes y hermosas, ligeras de ropa y que no les iban a cobrar por la compañía. Baker retomó su iniciativa de cortejar a Bert, y Clavos estaba extasiado con Emily, pero ninguno de los dos logró más que una infinidad de sonrisas por parte de las piratas. Shatidje aprovechó para charlar con su padre, sin hacer caso a los demás hombres que también intentaban acaparar su atención. Ninguno se atrevió a acercarse a Inés. Pasada medianoche, Fred tomó a la condesa de la mano y la sacó de allí. El deseo de disfrutarla a solas podía más que las ganas de compartir risas con los amigos. Pasearon por el muelle e Inés buscó *El Miguel* con la vista.

—¿Vuestro capitán cena solo hoy? —preguntó Inés pensando en Victoria, también sola en la *Black*, cinco millas más al oeste.

Fred asintió.

—Ya celebró la Navidad en la corte con su amiga la reina Isabel —pronunció el «amiga» en tono burlón.

—¿Y la nieta del embajador de Venecia?

—No lo sé. No he vuelto a verla a bordo.

Inés seguía mirando el mar, absorta. Fred la miraba a ella.

—¿Quién te ha pintado? —preguntó él de pronto.

Ella recordó la pintura. Tomó la manga de la camisa de Fred y se la pasó por la cara para quitarse los polvos y pomadas que le había aplicado la prostituta.

—Rosalyn. Nunca debió de dejar el oficio de puta. Le encanta —respondió—. ¿Mejor así?

Fred la agarró por la muñeca para que se estuviera quieta y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Inés, quiero intentarlo.

La condesa lo miró sin entender.

—¿Intentar qué?

El contramaestre tardó unos segundos en contestar.

—Intentarlo nosotros. Que solo estemos tú y yo. Que no haya otras personas.

Inés sonrió y dijo con tristeza:

—Eso es absurdo.

Fred frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

Sonreía, como siempre, con su eterna sonrisa blanca, pero la miraba con suspicacia. Inés se encogió de hombros.

—Porque nunca sabemos cuándo volveremos a vernos, o si volveremos a vernos. Hemos tenido suerte estos meses, pero pueden pasar semanas y meses hasta la próxima vez. Podrían pasar años. Incluso podría no haber próxima vez.

Fred la agarró por los hombros.

—Podríamos buscar otro trabajo, otra vida que nos permita estar juntos.

Inés sintió vértigo al escuchar aquellas palabras y suspiró.

—Fred, yo no voy a abandonar a Victoria y tú no aguantarías una vida lejos del mar.

El contramaestre contrajo la mandíbula, meneando la cabeza.

—¡No quiero compartirte! —dijo por fin.

Inés lo miraba perpleja.

—¿Y las otras? ¿Las docenas de otras con las que yo te comparto?

Fred la soltó y miró al mar, con los dientes aún apretados.

—Ya no quiero otras —se volvió a mirar a la condesa—. Solo a ti.

Inés sintió como si un balazo de luz la derribara. La explosión la cegaba y rompía las últimas piedras de su muro, ya en ruinas. Bajó la vista al suelo y

negó con la cabeza.

—Fred, por favor, no me hagas esto —susurró ella.

Él se agachó un poco para poder mirarla.

—¿Es porque hay otro...? —preguntó, aunque casi era una afirmación. Su voz sonaba resignada—. ¿Otro tipo?

Inés sonrió con tristeza.

—No hay ningún otro, Frederick Stowe. Nunca lo ha habido y, si me lo pidieras, te diría hoy mismo que no lo habrá jamás.

Él frunció el ceño sin entender.

—¿Entonces?

Inés suspiró hondo y habló con la vista aún en el suelo.

—Fred, lo que no quiero es que me prometas que me vas a ser fiel. Prefiero que hagas lo que quieras en mi ausencia, pero no me prometas que no va a haber otras porque... porque si luego lo incumples, entonces... —Inés suspiró—, entonces ¿en qué me diferenciaré de todas esas otras mujeres a las que has traicionado? —Por fin alzó la vista hasta encontrarse con sus ojos oscuros—. Prefiero seguir así y sentirme especial sabiendo que soy la primera a la que quieres ver a pensar que, en algún momento, puedes desear no verme para que no te descubra con otra.

Inés no aguantó más y se abrazó al cuerpo del pirata. Él le devolvió el abrazo apretándola con fuerza.

—Fred... —gimió ella—. Yo... yo no soportaría que me engañaras. No podría. Sigamos así, como ahora, te lo ruego. Sin esperanzas de algo que acaso no puedas cumplir.

Él le besó la cabeza y la sostuvo con fuerza mientras ella lo abrazaba. Pero al final no pudo no hacerle la pregunta:

—Inés, es que... ¿no te irrita que haya otras?

Ella se apartó para mirarlo a los ojos, perpleja porque él pudiera siquiera dudar algo así.

—¿Irritarme? Me rabia que haya otras. Te quiero con todo mi ser, y también te querría solo para mí. Pero... lo nuestro... es... —suspiró—, es complicado. Y me dolería mucho más que me mintieras, o que tuvieras que esconderte de mí, o que desearas que yo no estuviera o llegara más tarde...

Ella se apoyó de nuevo en su pecho.

—Abrázame —le pidió entonces—. Disfrutemos de este momento y no volvamos a pensar en el mañana, como tú dijiste.

Y él asintió y la abrazó con todas sus fuerzas, apoyando la cara en el pelo oscuro de la condesa, apretándola entre sus brazos, como si intuyera que muy pronto no podría hacerlo más.

Al día siguiente era primero de enero. Aunque lo más probable era que la *Golden Mermaid* se retrasara unos días, podía llegar en cualquier momento, día o noche. Ya no servía la estrategia de navegar solo en la oscuridad. Tenían que vigilar el paso hacia Brighton a todas horas, así que hicieron turnos. Durante el día, navegaban con la mesana blanca y una mayor blanca también, del juego de respeto de la *Black Shadow* cuando la robaron. Llevaban su tabla con el nombre *God's Glory*, bandera inglesa, y vestían todas de muchacho, confiando en camuflarse bien con los otros navíos del canal. Las más femeninas y Bonny, que estando de seis meses no podía ocultar su embarazo, hacían la guardia nocturna. Mary, la joven grumete, resultó tener buena vista, y se turnaba con Helen. Helen hacía el turno de día, puesto que tenía la vista más acostumbrada al mar, y Mary el turno de noche, porque era más sencillo ver luces en la oscuridad que distinguir un palo entre las aguas del mediodía. También se turnaban a la caña. Claire de día, Simonette de noche. Y pasaban las horas haciendo eses entre la isla de Wight y Shoreham, para asegurarse de que no pasase ningún navío sin que ellas lo vieran. De día de blanco y de muchachos; de noche, de negro, siendo ellas mismas, y con la bandera negra que habían pintado las gemelas y que a Victoria le había entusiasmado: una bandera negra en la que se adivinaba una calavera, como la que llevaban los monjes de la orden de Malta, los monjes del mar, que luchaban contra los turcos; si bien la calavera no estaba pintada en detalle. Con una habilidad sorprendente, Madge la había pintado como si le hubieran puesto una mortaja encima, como si la calavera se adivinara bajo un trapo negro. Apenas unas sombras blancas en los huecos de los ojos y la boca. Era una imagen lúgubre y delicada, y Victoria la incluyó de inmediato en la iconografía de la *Hermosa Negra*.

Amanecía el tres de enero. Las jóvenes aprovecharon que se encontraban solas lejos de la costa para cambiar mayor y mesana negras por velas blancas. Habían adquirido una destreza sorprendente. Como siempre, Emily dirigió la maniobra y las chicas ayudaron en las vergas. —Al principio

Victoria no había permitido que Sally subiera a las vergas, pues resultaba muy difícil caminar por el cable con una pata de palo redondeada por abajo, pero Dora le hizo una hendidura a la base, una especie de raja en sentido horizontal para que, al pisar el cable, este se quedara ahí dentro y la pata no resbalara para un lado ni para el otro, y la gemela gavieta pronto estuvo escalando la jarcia y subida a lo alto del mástil, con las demás—. Comenzaron a recoger las velas negras de la cubierta, a enrollarlas y taparlas para que no llamaran la atención.

Helen se subió a la cofa, envuelta en una manta y todavía con el pan con manteca del desayuno en la mano. En enero, en lo alto de la cofa y a esas horas, hacía mucho frío. Arrió la bandera pirata, la enrolló, se la ató a la cintura e izó la inglesa. Después se sentó a otear el horizonte bajo la luz blanca del amanecer, con el sol casi inservible a su espalda. Entonces vio aparecer un navío. Era pequeño, dos palos, probablemente poco calado. No tenía cubierta de artillería, tan solo cuatro cañones en el castillo de proa y dos a popa. En la proa, tenía como mascarón una burda sirena tallada y pintada de dorado. Y venía rápido, muy rápido, a pesar de navegar contra la corriente del canal. Antes de que las pasara, antes de poder ver el nombre escrito en la popa, Helen ya sabía que era la *Golden Mermaid*. Dio una voz y Victoria apareció rauda en cubierta, metiéndose aún las botas. Inés la seguía mientras se trenzaba el pelo.

Helen no gritó nada más. Señaló al navío que navegaba hacia el sol, hacia Brighton, aventajándoles apenas ciento cincuenta yardas de distancia. Mientras se metía la segunda bota, Victoria gritó las instrucciones:

—¡Esperamos a que estén lejos para vernos, destapamos a la *Black Shadow* y vamos tras ellos a todo trapo! ¡Debemos alcanzarlos antes de que se estreche el canal y esto se llene de naos!

Las mujeres destaparon las velas negras del suelo y las prepararon para izarlas, Simonette tomó la caña y Ruth bajó a la cubierta de artillería con las mujeres que no eran imprescindibles en las vergas.

—¡Solo llevan cuatro culebrinas en proa! —informó Helen.

Victoria subió al puente junto a la timonel.

—En ese caso, Simonette, nos aproximaremos a ellos y estaremos listos para virar esquivando su disparo, pero no nos alejaremos mucho cuando lo hagan. Podemos aguantar dos balazos de poco calibre y no quiero que aprovechen la maniobra para huir.

—Capitán, lo primero es alcanzarlos. Deben de ir a cinco nudos.

La princesa asintió. Eso, en efecto, era lo primero.

—¡Helen! —gritó—. ¿Seguimos a la vista?

Aquello era difícil de decir. Ellas tenían el sol de frente, ellos de espaldas. Ellos jugaban con ventaja.

—Depende de la vista que tenga el vigía —voceó Helen.

—Pues confiemos en que el vigía esté mirando hacia adelante. No vamos a darles más distancia. ¡Izamos velas negras! ¡Helen, la bandera!

En menos de cinco minutos, aquella carabela inglesa que navegaba mansa se convirtió en la *Hermosa Negra*. Velas negras a todo trapo, bandera pirata, el nombre de *Black Shadow* escrito en blanco en la popa, y las chicas, armadas hasta los dientes, preparadas para el abordaje.

Cuando el capitán de la *Golden Mermaid* descubrió que los seguían, lanzó unas salvas de aviso. Victoria apretó los dientes.

—Este no ha oído hablar de nosotras —masculló.

La *Golden Mermaid* era muy rápida, pero la *Black Shadow* de nuevo demostró hasta qué punto era un buen navío.

—Se puede apreciar que le quito el caracolillo todas las semanas — bromeó Dora cuando rebasaron los cinco nudos.

Con el viento de través la nao volaba persiguiendo a la otra.

—Deprisa, deprisa —decía Victoria incómoda por navegar en su amada carabela a la luz del día y sin disfraz.

Llevaban media hora detrás del otro navío cuando le dieron caza. La nao disparó sus dos cañones de popa cuando estaban a setenta yardas, pero las dos balas se fueron al agua y Úrsula y sus mujeres comenzaron su lluvia de flechas. Desde la *Golden* trataban de repeler el ataque disparando con arcabuces, toda la tripulación oculta en los alcázares de proa y los de popa.

Las dos naos estaban navegando una junto a la otra. Victoria les pidió la rendición bajo amenaza de abrir fuego con toda la artillería, pero nadie contestó.

—¿Quemamos la nao? —preguntó la escandinava.

—¡Lo justo para hacerlos salir!

Las arqueras, obedientes, prendieron las flechas y las colaron todas a través de portas y ventanales, en el castillo de popa. Los hombres no tardaron en abrir la puerta y comenzar a salir, pero cada hombre que pisaba la cubierta recibía un flechazo.

—¡Tercos! —protestó Victoria agachándose para esquivar un balazo.

Acto seguido sonó el mosquete de Helen y el arcabucero que había disparado a Victoria recibió un balazo en la cara.

—¡Capitán —gritó la princesa hacia el otro navío—, vais a matar a todos vuestros hombres! ¡Artilleros! ¡Fuego al uno!

Ruth obedeció e hicieron fuego con el cañón que estaba más a proa. La mujer, por iniciativa propia, había decidido elevar la boca y, en lugar de disparar a la altura de siempre, el balazo se coló en el castillo de proa de la otra nao.

—¡Bravo, Ruth! —exclamó Victoria—. Artillería, disparad al mismo sitio. ¡Fuego al dos!

Ruth disparó el segundo cañón, y a la distancia a la que estaban, volvió a acertar en el castillo de proa. Las arqueras lanzaban su segunda andanada de flechas de fuego y ya Charleen, Inés y compañía se disponían a abordar el navío, estuvieran los hombres en cubierta o no. Finalmente, el navío se rindió. Las chicas saltaron dentro con Victoria en cabeza, y entre Inés y Shatidje cortaron los cables para dejar la embarcación al paio y la abarloaron a la *Black*. El tener atada la otra embarcación al paio frenó a la carabela.

—¡Capitán! —gritó entonces Helen—. ¡Nao a la vista!

Las miradas se desviaron hacia la vigía para ver adónde señalaba. Por popa, venía una embarcación grande, una nave de tres palos con velas muy blancas.

Victoria se dirigió hacia el capitán de la *Golden Mermaid*. Era un hombre joven y apuesto, con patillas grandes y mirada inteligente.

—Hagamos esto rápido. Dadnos toda la información del convoy que viene de las Américas. ¿Cuándo viene, cuántas naves y a qué puerto va?

—¡Perdéis el tiempo! ¡No os diré nada!

Victoria se volvió a su segundo.

—¡Inés! ¡Revisa los libros!

La condesa obedeció.

—¡Capitán! —gritó Helen—. ¡La nao!

Inés, mientras subía las escaleras que llevaban a la chupeta del capitán para revisar los libros, alzó la vista para ver el navío que decía Helen. Y entonces lo reconoció. Se olvidó de los libros y regresó de un salto hasta la cubierta en la que la capitán interrogaba al capitán.

—Victoria —masculló al llegar a su lado—, ese navío es *El Miguel*.

La princesa tomó su catalejo y miró hacia él.

—¿Estás segura?

—¡Completamente! ¡Por eso estaban en Brighton! ¡Han venido a lo mismo que nosotras!

Victoria volvió a mirar y entonces, en lo alto del palo mayor del navío, logró distinguir una bandera negra con la «M» de *Miguel* o de «muerte».

—¡Démonos prisa! Inés, tú busca los libros —repitió. Y volviéndose al capitán le dijo—: ¿Veis ese navío?

El hombre asintió.

—Aunque lo veáis precioso e inofensivo, es un navío pirata. Tiene doce cañones por banda y a fe mía que jamás una bala suya toca el agua si su jefe de artillería no lo quiere. No habéis oído hablar de él porque pasan a cuchillo a toda la tripulación. Y han venido a buscar lo mismo que yo. Con la diferencia de que os torturarán hasta que habléis. Ellos no «perderán el tiempo».

El capitán mantuvo la cabeza erguida en su gesto de orgullo.

—Capitán, sabéis como yo que nadie aguanta el tormento más que unas horas, unos días a lo sumo. Ellos hundirán el navío y os llevarán con ellos hasta que habléis. Y no os matarán cuando lo hagáis, sino que os mantendrán retenidos hasta estar seguros de que no habéis mentido. Solo entonces, cuando comprueben que habéis dicho la verdad, os premiarán dándoos por fin una muerte rápida. Si habéis mentido, os desmembrarán y os matarán lentamente, muy lentamente.

Victoria hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran en el hombre y en los demás oficiales que estaban cerca. Vio a varios tragar saliva.

—Y todo ¿para qué? —preguntó Victoria—. Las vidas de vuestros hombres y tanto sufrimiento ¿para qué? Cuando la flota pase cerca de las islas Sorlingas, los piratas atacarán igual a los navíos rezagados.

Victoria alzó la vista. *El Miguel* se acercaba. Tenía que hacer hablar al capitán deprisa. Inés regresó a su lado meneando la cabeza. No había nada en los libros. Victoria volvió a hablar:

—Esa flota ha zarpado ya, seguramente, o si no, lo hará en los próximos días. Aunque vuestra nao no llegue y se alarman en palacio, aunque la reina quiera advertir a la flota de que no salgan o de que cambien la ruta..., no llegará a tiempo. Zarpará igual, con los mismos barcos, al mismo puerto, por la misma ruta. Y ellos —señaló a la nao del capitán español— la van a atacar. Porque obtendrán la información. Si ellos os alcanzan, es la muerte para todos. Para vosotros y para los navíos de la flota que logren abordar.

El capitán miró a Victoria apretando las mandíbulas.

—¿Y por qué me contáis este cuento de brujas? Solo porque ellos me vayan a torturar y matar y vayan a obtener la información que pedís, ¿creéis que os la contaré a vosotras primero?

La princesa sonrió triunfal.

—No, capitán. Os lo cuento porque yo os puedo salvar la vida. La vuestra y la de todos y cada uno de vuestros hombres. Puedo detener al pirata y daros tiempo para huir, y llegar a Brighton y abrazar a vuestras familias. Puedo salvar la vida de vuestros hombres, capitán.

—¿Y cómo pretendéis detener a ese pirata si es tan fiero y peligroso? —preguntó él con cierto tono de sarcasmo.

Victoria sonrió de nuevo.

—De la única forma posible. Haciéndoles creer que ya estáis muertos. Que os hemos matado nosotras porque no hablabais.

El capitán alzó la vista a *El Miguel*. Ya se intuía la bandera negra sin necesidad del catalejo. Miró a sus hombres, que le rogaban con la mirada.

—La vida de todos vuestros hombres, vuestro barco intacto, y solo tenéis que darme una información que nadie tiene por qué saber que me habéis dado —insistió Victoria—. Decidle a la reina que la travesía fue bien, y solo os llevaréis elogios y flores.

—¿Y la flota?

—La flota está mejor protegida que vosotros. Como mucho, lograremos tomar un barco. Y nadie sabrá que esa información nos la habéis facilitado vosotros. Pensarán que alguien se ha ido de la lengua, o que nos hemos cruzado con ese barco por casualidad... ¡Pensadlo, capitán! Aunque saqueemos un navío... ¡No somos tan malas! ¡Y a fe mía que somos mucho menos malas que ellos! ¡Les daremos la oportunidad de rendirse! Acaso se salven todos como os podéis salvar vosotros.

—¿Capitán? —preguntó Shatidje acercándose a ella, como si fuera ajena a la negociación, como si no lo hubiera escuchado todo. Se acercó a la princesa para hablarle, pero no lo hizo tan bajo como para que el capitán de la *Golden Mermaid* no pudiera oírlo—. Nos alcanzarán pronto. Debemos soltar amarras. Si huimos ahora a los que seguirán será a ellos.

Victoria no contestó. Miraba al capitán de la *Golden Mermaid*.

—Capitán, las mujeres están esperando vuestras órdenes. No queremos estar aquí cuando ellos lleguen —insistió Shatidje.

—Veintitrés navíos escoltados por doce galeones —dijo entonces el capitán con desgana—. Zarparán a primeros de febrero y tienen previsto

llegar el cinco o el seis de marzo al canal de Bristol y a Cardiff. No vendrán por este canal para evitar las islas Sorlingas. Ahora, sacadnos de aquí.

Victoria sonrió.

—¡Charleen, Alice, Claire, Inés, lanzad unos cables cada una a las vergas del mayor! Vamos a «colgar» a los oficiales —y volviéndose al capitán le dijo con una sonrisa—: Recordad, capitán, que aunque somos buenas, no somos tan buenas. Si nos habéis mentido os encontraremos, y aunque no nos guste mancharnos las manos, os tendremos que desmembrar nosotras mismas.

El capitán asintió. Luego Victoria pidió a tres oficiales que se adelantaran y, junto con el capitán, fingieron colgarlos. Les ataron las manos a la espalda, les pasaron el cable por debajo de la ropa, bajo las axilas, para que los sostuviera en el aire, e hicieron un nudo de horca al final de cada cable y se lo pasaron por la cabeza.

—Ahora, cuando os icemos, fingid que no podéis respirar y después quedaos muertos.

Los oficiales asintieron, y las mujeres los fueron izando ayudadas del cabestrante, de uno en uno, hasta dejarlos colgados de la verga del palo mayor. *El Miguel* estaba a menos de cien yardas. Victoria se dirigió al siguiente hombre en rango.

—En cuanto cortemos los cables, navegad a todo trapo hacia la costa para poneros a salvo. Nosotras entretendremos a los otros piratas. Y no descolguéis a vuestros oficiales hasta estar seguros de que no pueden veros. ¡Vamos!

Las chicas regresaron rápidas a la *Black* y cortaron las amarras que las unían al otro navío.

—¡Regresamos al interior del Canal, lejos de la costa! ¡Preparaos para cambiar las velas en cuanto perdamos de vista a la nao!

Simonette viró, ciñendo la embarcación contra el viento y enfilando hacia la nao del pirata español. Las chicas amarraron las velas a la borda contraria para volver a coger el viento. *El Miguel* estaba a menos de cincuenta pies. Su capitán, con pañuelo negro, tricornio en la cabeza y espada toledana en mano, se subió a la jarcia de estribor para hacerse oír. Victoria también se subió a su jarcia de estribor. Iban a cruzarse, así que la conversación tendría que ser breve. Los hombres de *El Miguel* observaban divertidos a aquellas mujeres, algunas muy hermosas, pero todas vestidas con pantalones, camisas de hombre y jubones, y todas armadas. Clavos agitó la

mano cuando distinguió a Emily, subida en la verga del palo mayor, preparada para soltar la vela cuando hubiera que cambiarla. La joven ignoró el saludo. No era momento de coqueteos. Fred también estudiaba la carabela y aquella tripulación de mujeres que ya casi conocía. Inés sintió que se le apretaba el pecho y trató de mantener una pose distinguida. Soltó el cabo que fijaba la botavara, lo tensó y lo ató de nuevo, como si estuviera cazando la vela. Realmente no hacía falta.

Treinta pies. Estaban suficientemente cerca como para oírse. Miguel voceó:

—¿Nos vais a dar la ruta del convoy o nos haréis ir a buscarla? — preguntó señalando hacia el lugar por el que se alejaba la *Golden Mermaid*.

Victoria le mostró la mano con la que no se estaba agarrando vacía.

—¡No confesaron y tuvimos que matar a todos los oficiales!

Miguel recibió la información como si Úrsula le hubiera disparado una flecha. Los dos navíos se cruzaban. Los dos capitanes pasaron a escasos quince pies el uno del otro.

—¿Los habéis matado antes de que confesaran? —preguntó perplejo.

Victoria sonrió.

—¡No íbamos a torturarlos! —gritó fingiéndose ofendida.

Se separaban. *El Miguel* continuaba hacia el este y ellas regresaban al oeste. Tenían que ocultarse por si los hombres de la *Golden Mermaid* las denunciaban.

—¡MacMillan! —bufó Miguel.

El enorme vigía con su catalejo trató de ver algo en el navío que se alejaba recortándose contra el sol.

—¡Hay cuatro hombres colgados de la verga del palo mayor! — confirmó en su extraño idioma de aullidos y gemidos. Pero el capitán sí lo entendió.

Miguel saltó a la cubierta, miró cómo se alejaba la *Black Shadow* dejando una estela blanca tras de ella, y descargó un puñetazo contra la baranda de su navío.

—¡Arriad la bandera negra! ¡Voto a Dios que me arrepentiré mientras viva de no haberla dejado en Madeira! —exclamó, y regresó a su camarote.

## CAPÍTULO XV

Ante aquel golpear insistente de la aldaba, la criada de los condes de Frieson se apresuró a abrir. En el momento en que describió el cerrojo, Robert Walcott empujó la puerta y se introdujo en la casa. Pasó al lado de la hermosa condesa, que inició un saludo que el joven oficial interrumpió preguntando por el conde. La mujer apenas pudo señalar hacia el piso de arriba. Walcott, con un fajo de papeles en su mano derecha, corrió por las escaleras y se encontró con Braukings saliendo de su estancia.

—¿Qué ocurre, Walcott? —preguntó el conde con el ceño fruncido.

—¡Es vuestra hija, Sigfried! ¡Creo haberla encontrado! —la voz del oficial se entrecortaba por la falta de resuello.

Braukings se quedó perplejo, sin ser capaz de asimilar aquellas palabras. Tardó unos instantes en alzar la vista y preguntar:

—¿Y está... viva?

La condesa subía las escaleras para enterarse del motivo de tanto revuelo. Robert dudó qué contestar. ¿Viva? Sí, eso creía. Pero las noticias no eran buenas. Tomó aire y decidió contestar sin rodeos:

—Creo que está en la *Hermosa Negra* —dijo al fin.

El conde meneó la cabeza. Seguía sin entender.

—¿La han... la han secuestrado los piratas?

Robert negó con la cabeza.

—Sigfried, creo que vuestra hija pertenece a la tripulación de la *Hermosa Negra*. Y creo que la capitán es la protegida de Su Majestad, la joven que desapareció con ella.

La condesa había llegado junto a los dos hombres y observaba, sin comprender, el rostro airado y perplejo de su esposo.

—¿La *Hermosa Negra*? ¿Qué es la *Hermosa Negra*? —preguntó la mujer en perfecto inglés, olvidándose de forzar el acento español como le gustaba hacer.

Ninguno de los dos hombres prestó atención a su pregunta.

—¡Sandeces! —exclamó Braukings moviendo el brazo como si con su gesto pudiera apartar lo que su oficial había dicho—. ¿De dónde os habéis sacado semejante embuste?

Robert se apresuró a rebuscar entre los papeles que traía.

—Esta mañana estaba repasando las declaraciones de los testigos que sobrevivieron a los abordajes y, al leer las descripciones..., ¡mirad! La capitán es «rubia, de ojos claros y vivos» —parafraseó Robert—, y llama la atención su juventud, pues le calculan unos diecisiete o dieciocho años. Dicen que habla un «inglés refinado, posiblemente de Londres, además de conocer perfectamente el francés», y que «sus ademanes son exquisitos». Igualmente, la que parece su segundo habla un inglés noble y ronda la misma edad. Esta tiene el cabello y los ojos oscuros.

—¡Puede ser cualquier joven! —espetó Braukings con el ceño fruncido—. ¡Entre marineros y soldados cualquier mujer habría de parecer noble!

Se dispuso a bajar la escalera cuando Walcott lo volvió a interrumpir sacando otro papel distinto:

—¡Esperad! ¡Oíd esto!: «Todas las mujeres se dirigen a la capitán como capitán, pero algunos de los nombres con los que se llaman entre sí las piratas son: Shatidje, Charleen, Rosalyn, Inés...». ¡Inés, Sigfried! ¿Cuántas Inés conocéis en Inglaterra?

El hombre palideció. La condesa, detrás de ellos, seguía sin entender nada. Sigfried le arrancó los papeles de las manos a su lugarteniente y se puso a revisarlos él mismo, allí, de pie como estaba, junto a las escaleras. Mientras lo hacía, el joven añadió:

—Y hay varias referencias más a su nombre. Los que más se repiten en los distintos testimonios son precisamente el de «Inés» y la tal «Shatidje».

El conde rebuscaba entre los papeles el nombre de su hija, que, en efecto, se repetía en cuatro o cinco declaraciones.

—¡Traidora! ¡Traidora bastarda! —gruñó el conde.

—¿Qué es lo que ocurre, Sigfried? —preguntó la condesa casi llorando, pues, aunque no entendía qué sucedía, sabía que no era nada bueno.

El conde alzó la vista para mirar a su hermosísima mujer.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Preguntas qué es lo que ocurre? —Lanzó los papeles contra el suelo—. ¡Ocurre que tu hija es una pirata! ¡Una pirata! ¡Esto es el fin de mi carrera! —gritó gesticulando mucho con los brazos—. ¡Resulta que la pirata que está trayendo de cabeza a toda Inglaterra es la hija del almirante Braukings!

—Y... ¿está bien? ¿Ella está viva? —preguntó la madre con un hilo de esperanza en la voz.

El conde miró a su esposa incrédulo. Y entonces le embargó la furia.

—¿Que si está bien? ¡Todo esto es culpa tuya! —caminó hacia ella amenazante—. ¡Tú la has hecho así! ¡Le has inculcado los valores de tu pueblo de pícaros y vagos! Y ahora ¡mira!, ¡mira!

La mujer comenzó a recular, asustada. Walcott recogió los papeles sin intervenir, observando con desinterés la tormenta que él había desatado. Cuando Sigfried llegó hasta la condesa, la mujer se cubrió con los brazos, pero no le sirvió de nada. Su esposo la agarró de uno de ellos y comenzó a pegarle bofetadas con su mano libre, como si la que tuviera delante fuera la misma Inés.

—¡Traidora! ¡Malcriada! ¡Ladrona! —gritaba el hombre en cada golpe.

La mujer lloraba arrinconada y, por fin, el conde recuperó la calma y la soltó. Walcott aguardaba junto a la escalera, abrazado al cartapacio de papeles, observando. Braukings, con los puños apretados, masculló:

—¡Tenemos que encontrar ese maldito navío!

Walcott asintió.

—Y habrá que informar a la reina de este descubrimiento —apuntó el joven oficial.

Braukings frunció el ceño contrariado.

—¿Informar a la reina?

—Para que retiren la orden de busca de su protegida —titubeó Robert—. O al menos retiren el «muerta» del «se busca viva o muerta».

El conde, perplejo y furioso, miró a su lugarteniente y el joven Walcott pensó que la tormenta estallaría de nuevo, esta vez sobre él. Pero en lugar de aquello, Sigfried respiró hondo.

—Sí —gruñó contrariado el conde—. Si alguien matara a la maldita *Hermosa Negra* y le llevara la cabeza a la reina... Los siguientes en perder la cabeza seríamos nosotros. ¡Concertad una entrevista con el secretario de Su Majestad! ¡Y dadme esos papeles! ¡A ver cómo resolvemos esto...!

Después de diez días navegando solo por las noches y apenas durmiendo por el día con el temor de que las pudieran encontrar, la tripulación de la *Black Shadow* llegó con su navío a John's Pipe y lo escondió dentro de la cueva. Las muchachas, rendidas y con la seguridad que les proporcionaba

aquel lugar, se fueron a descansar. Solo Bert decidió salir con Jerusha hasta Burnmouth para comprar un barril de manzanas y unas naranjas para el desayuno. Llevaban demasiados días sin fruta y Ruth le había advertido del riesgo de contraer escorbuto. La mujer aprovechó que aún no había amanecido para llevar el bote fuera de la cueva y hasta el viejo pantalán de John's Pipe, y anduvo con la niña hacia Burnmouth. Amaneció mientras caminaban. Cuando llegaron a la ciudad escocesa, las dos se dirigieron a un comercio en el que solían tener buena fruta y que estaba situado cerca de la tasca en la que trabajó la cocinera. Bert compró un barril de manzanas y un cesto de naranjas. Le dio el cesto a Jerusha y le dijo que fuera caminando con él de regreso, que ella iba a buscar una carreta para llevar el barril de manzanas hasta John's Pipe y que se encontrarían por el camino o en el pequeño pueblo. La niña asintió, tomó el enorme cesto de naranjas por sus dos asas y salió del colmado.

La mañana de enero era fría y el cesto de naranjas pesaba sobremanera, de modo que, un poco antes de abandonar Burnmouth, la niña se detuvo en una calle para descansar. Entonces, al dejar el cesto en el suelo, vio a dos hombres que iban unos pasos detrás de ella y que también se detenían. Los hombres se dieron la vuelta y fingieron ponerse a charlar. La niña, con disimulo, los estudió bien. Llevaban capas oscuras para cubrirse del frío, pero, bajo ellas, la niña descubrió el uniforme de los oficiales ingleses. Entonces la embargó el pánico. Agarró el cesto y siguió caminando, consciente de que no podía tomar la carretera hacia John's Pipe, de que no podía llevar a los hombres hasta la cala en la que escondían su navío. Temblando, asustada, apretó el paso y tomó la primera bocacalle a la derecha, una calle estrecha y desierta que la niña pensó que tendría que llevarla hacia el puerto. Oyó a los dos hombres correr detrás de ella y caminó más rápido. No llevaba ni treinta pasos cuando uno de los dos le gritó:

—¡Niña! ¡Espera!

Jerusha comenzó a correr hacia el otro extremo de la callecita, con los ojos llenos de lágrimas, pero resultaba difícil correr con aquel enorme cesto de naranjas y, antes de que pudiera llegar al final de la calleja, uno de los hombres la alcanzó. La agarró de un brazo y la sacudió, tirándole el cesto con las naranjas, que rodaron por el suelo empedrado.

—¿Es que no me has oído, niña? —preguntó el oficial.

Era un hombre grande, de barba espesa y castaña. Jerusha mantuvo la vista en el suelo sin atreverse a mirarlo.

—¡Niña!

Jerusha miró de reojo a los dos lados de la calle. El otro oficial, un hombre rubio, imberbe, que no se había molestado en correr, se hallaba parado a diez pasos de donde estaban, con los brazos cruzados y, más allá, un muchacho de unos once o doce años doblaba la esquina para coger la misma calleja estrecha. El niño tenía los ojos muy grises, como el metal, e igual de fríos.

El oficial de barba la volvió a zarandear tratando de que la niña al menos lo mirara.

—¡Contesta! —le gritó el hombre y, ante la falta de respuesta de la niña, le dio tal bofetada con el revés de la mano que a la cría se le saltaron las lágrimas que ya le inundaban los ojos.

—¿Se ha metido mi hermana en algún lío, señor? —interrumpió de pronto la voz del muchacho, que seguía acercándose por la calle.

Los dos oficiales se volvieron a mirarlo sorprendidos. Jerusha lo estudió entre las lágrimas. Tenía el rostro moreno y curtido, demasiado moreno para el clima inglés, y en él resaltaban como témpanos sus ojos claros. Jerusha se fijó en sus manos, también morenas, que le colgaban tranquilas a los dos lados del cuerpo, pero la niña se fijó en que llevaba la mano izquierda con el dorso vuelto hacia adelante y los dedos medio cerrados, como si escondiera algo.

—Hijo —le dijo el oficial rubio inconsciente del peligro que le había erizado el pelo a Jerusha—, tú no eres su hermano.

—Ni tú mi padre —respondió el muchacho con una voz glacial.

Y, con un leve giro de la muñeca izquierda, le lanzó al vientre el cuchillo que escondía.

Antes de que el oficial barbudo pudiera reaccionar y mucho antes de que el rubio pudiera incorporarse y arrancarse el cuchillo de la tripa, el chico recorrió la distancia que lo separaba de Jerusha y, apoyándose en el hombro del oficial que la sujetaba, saltó sobre él y le hundió de arriba abajo, entre el cuello y la clavícula, otro cuchillo mucho mayor que Jerusha no había visto hasta entonces.

El oficial cayó de espaldas con el niño encima, y este aprovechó para rematarlo con otro pinchazo debajo de la axila izquierda. Después, con la frialdad de un carnicero, se acercó a su primer objetivo que había caído de rodillas y, agarrándolo por detrás, lo degolló.

Jerusha, paralizada donde la había dejado el hombre barbudo, temblaba como la luna en el mar. El crío recogió sus dos cuchillos, limpió las hojas en la ropa del oficial rubio y se los guardó a su espalda, en el cinturón. A continuación se acercó a la niña, recogió el cesto y comenzó a meter las naranjas de nuevo dentro.

—No volváis a comprarle a ese tendero —dijo entonces—. Oí a los oficiales preguntarle por vosotras y, cuando saliste de allí tú sola, les hizo un gesto para que te siguieran.

Jerusha no era capaz de articular palabra. El muchacho había terminado de recoger todas las naranjas y le ofreció el cesto.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él, aún sosteniendo el cesto porque ella no se había movido.

La niña siguió sin contestar. Él le sonrió, le limpió las lágrimas de la cara con su manga derecha y añadió con suavidad:

—Sé quién eres. Solo no sé tu nombre.

La niña alargó la mano para coger las naranjas.

—Jerusha —contestó por fin en un hilo de voz.

—Jerusha —repitió él dándole el cesto—, dile a tu capitán que Burnmouth ya no es seguro.

Ella asintió con la cabeza.

—Y dile a Inés que Willie le envía saludos, y que imagino que la veré esta tarde.

La niña entrecerró los ojos, como si mirándolo así pudiera averiguar más del muchacho, pero él solo le sonrió.

—¡Vamos!, ¡márchate! Yo limpio esto de escoria.

Y la niña obedeció.

Glenne llegó a la *Black Shadow* poco después de que la cocinera y la niña se hubieran marchado, y Mary la recibió. Desde que estaba Mary a bordo, era ella quien hacía todas las guardias diurnas después de las noches de travesía. Junto con Jerusha, eran las únicas que dormían de noche.

—La capitán y la segundo de a bordo están acostadas —le anunció a Glenne.

—No las busco a ellas. Busco a Shatidje —contestó la escocesa.

Mary frunció el ceño extrañada. Entonces se abrió la puerta del castillo de popa y apareció Victoria, en camisón y con rostro somnoliento. Invitó a la

pastora a entrar en el comedor y le dio orden a Mary de que fuera a buscar a Shatidje. La pastora estaba tomando asiento y Victoria servía té cuando apareció Inés, ya vestida pero también con cara de sueño.

—¿Qué ocurre, Glenne? —bostezó la condesa.

—Traigo noticias para Shatidje —contestó la aludida.

Inés abrió más los ojos.

—¿Es Henry? ¿Le ha ocurrido algo a Henry? —preguntó la condesa.

En aquel momento Shatidje entró en el comedor guiada por Mary.

—¿Qué es lo que ocurre?

Glenne suspiró, y contestó en tono grave:

—Shatidje, tu padre ha fallecido.

La turca cerró la puerta del castillo, caminó hasta la mesa y se apoyó en ella.

—¿Sabes cómo ha sido? —preguntó. Su tono era tranquilo, curioso. No parecía que le acabaran de anunciar algo tan grave.

Glenne meneó la cabeza.

—Solo sé que ha sido hace uno o dos días. Esta tarde lo entierran aquí, en John's Pipe. Por eso he venido tan temprano...

La turca asintió en silencio y musitó un gracias apenas audible.

—Ayer por la tarde —siguió explicando la pastora—, un hombre muy joven, bien vestido, al que yo no había visto nunca, se acercó a tu casa y dejó un sobre por debajo de la puerta. Acaso en él obtengas más respuestas.

Shatidje asintió y se puso en pie.

—Iré a ver.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Inés.

Shatidje meneó la cabeza.

—No es preciso.

—¿Ni siquiera para leerte la carta? —insistió Inés con suavidad.

La turca la miró. Había una leve nube de tristeza en sus ojos verdes. Entonces asintió despacio.

—Te lo agradezco.

Las dos mujeres, acompañadas por la escocesa que ya no tenía más que decir allí, abandonaron el navío en un bote hasta el viejo pantalán. Allí Glenne le expresó sus condolencias a la turca, que se lo agradeció, y las dejó solas. Inés y Shatidje caminaron en silencio por la calle que llevaba a su casa, la una junto a la otra, en aquella extraña amistad que habían forjado. Cuando llegaron, Shatidje buscó la llave entre unas piedras del muro y abrió. En el

suelo, en efecto, estaba la carta. Estaba en un sobre lacrado y en el sello se leía la letra «M». Entraron y Shatidje encendió la chimenea. Cuando estuvo encendida, se sentó junto al fuego y abrió la carta. Había dos pliegos escritos con distinta caligrafía. Se los tendió a Inés para que los leyera.

El primero era de Miguel. El capitán le comunicaba a Shatidje que su padre había fallecido la madrugada del dieciocho al diecinueve de enero mientras dormía. Le informaba de que lo enterrarían la tarde del día veintiuno en el pequeño cementerio de John's Pipe, cerca del mar. Le daba el pésame y le decía cuánto lamentaba su pérdida. Terminaba diciendo que, en los últimos años, Henry había sido lo más cercano a un padre para él y que nadie podría ocupar el hueco que el hombre dejaba en los corazones de todos. En el *post scriptum* explicaba que acompañaba su carta de la otra carta que le dictaba a ratos Henry a Fred para Shatidje. Inés la leyó también.

Era una carta alegre y emotiva que hizo llorar a la condesa. En ella, el viejo le decía a su hija cuánto le había alegrado verla en la víspera de año nuevo y cuán orgulloso estaba de ella. Contaba un par de anécdotas absurdas de la travesía y luego volvía de nuevo a referirse a su relación con su hija. Le decía que, hacía un año, le daba pavor morir y dejarla, pues le preocupaba que ella no fuera capaz de encontrar su sitio y le preocupaba verla tan sola. Decía que le torturaba pensar en las últimas palabras de su madre y en que pudiera llegar el día en que ella pudiera encontrarse sin él, en una casa vacía y solo rodeada por las ratas —Inés recordó la historia que le había contado Shatidje, las últimas palabras de su madre—. Pero entonces continuaba la carta diciendo que, desde que su hija se había hecho a la mar, el anciano se sentía más feliz y que en fin de año, cuando se habían vuelto a ver, se había dado cuenta de que al fin su hija había encontrado su lugar, y que «con Inés y las demás chicas, nunca estaría sola». Decía que sentía que, como padre y como hombre, lo había logrado todo en la vida, y que era feliz y no podía esperar a llegar a John's Pipe para ver si coincidían de nuevo.

La carta se acababa así, probablemente porque el anciano había pensando en dictarle otro par de párrafos a Fred antes de cerrarla si no veía a su hija en el pequeño pueblo. No había despedida. Solo el deseo de volverla a ver. Inés tuvo que levantarse a buscar un pañuelo para sonarse. Shatidje no había derramado ni una sola lágrima. Le dio las gracias a su amiga, dobló la carta por la mitad y se la guardó en el pecho.

—Me voy a acostar —dijo la turca—. Me gustaría estar descansada esta tarde.

Inés asintió. Le preguntó si quería que se quedara allí con ella, pero Shatidje le dijo que no, que regresara a la *Black* y tratara de descansar ella también y que se verían en el entierro. Inés la dejó sola y regresó caminando hasta el pantalán. Allí se encontró con Bert, que estaba muy preocupada porque no se había encontrado a Jerusha de regreso.

—Se habrá topado con algún conocido en Burnmouth y se habrá entretenido en la salida —la tranquilizó Inés—. Seguro que está de camino. ¡Vayamos a buscarla!

Durante el trayecto, Inés informó a Bert de las malas noticias y la cocinera también se entristeció pensando en el viejo. Entonces, en la distancia, vieron a Jerusha. Venía con el enorme cesto de naranjas y se la veía llorosa y abatida. Corrieron hasta ella y la niña les contó lo que había ocurrido y les transmitió el mensaje de Willie.

—Regresemos a la *Black*. Debemos contárselo a Victoria —dijo Inés, y entre Bert y ella tomaron el cesto, cada una de un asa, y caminaron rápidas de vuelta.

El entierro de Henry explicaba las palabras de Willie para Inés: «Imagino que la veré esta tarde», porque todos los piratas de *El Miguel* habían acudido a enterrar al más anciano de la tripulación. Hasta Gray había salido de su santabárbara y formaba parte del cortejo.

Dado que el cementerio estaba en lo alto del acantilado, era más sencillo desembarcar el cuerpo del hombre en Burnmouth y traerlo por la carretera en una comitiva de una hora que intentarlo subir por el escarpado caminito de John's Pipe. Había nevado hacía un par de días y aún quedaba nieve a los lados del camino y en los árboles, y la comitiva vestida de oscuro resaltaba contra la blancura de la nieve. Todos los hombres querían cargar con el féretro, incluido Miguel, que también se turnó para llevarlo. Cuando llegaron al cementerio se encontraron con la sorpresa de ver allí a casi toda la tripulación de la *Black Shadow*, vestidas de mujer y guardando riguroso luto. Miguel asintió al verlas, complacido al comprobar que su carta había llegado a tiempo. Ninguno sabía que antes de la carta había llegado Glenne, como siempre. La pastora también se había acercado al entierro del padre de Shatidje, aunque observaba desde lejos, acompañada por su perrazo blanco. También estaban allí todos los aldeanos de John's Pipe y, por supuesto, estaban el padre de Simonette y el viejo John, cuya taberna daba nombre al

pueblo. Eran pocos los de esa edad que seguían vivos y les gustaba despedirse los unos de los otros, decirse un hasta luego, preguntarse quién sería el siguiente y rezar porque se los llevaran sin una larga agonía.

El sermón fue breve y emotivo y en cuanto acabó todos se acercaron a Shatidje para darle el pésame. Inés observaba cómo Fred le susurraba a la turca su hondo pesar cuando Willie se le acercó con su enorme sonrisa para saludarla. El muchacho estaba muy contento de ver a Inés, pues ellos no se habían vuelto a encontrar desde que ella abandonara *El Miguel* hacía siete meses. Había crecido, y sus ojos grises parecían infinitamente más viejos que la edad de su cuerpo. Inés sintió que aquella alegría contrastaba demasiado con aquel lugar, pero Willie, con su juventud, sentía la muerte más lejos que todos aquellos ancianos y le guardaba menos reverencias, aun cuando la condesa estaba convencida de que el niño moriría más joven que todos ellos.

Victoria, vestida con una falda negra que le acababa de cortar Sally para la ocasión, con su camisa blanca y su jubón de cuero de piratas, y tapada con una capa negra también, se acercó a darle el pésame a Miguel. La princesa sabía que, aunque Miguel no fuera el hijo de Henry, su relación con el anciano era más estrecha que la de muchos hijos con sus padres, y sabía hasta qué punto el capitán se había quedado solo y sin su guía con la muerte del viejo. No se trataba de que Miguel quisiera más a Henry que Shatidje, pero sí lo necesitaba más, mucho más que la turca.

—Capitán —le dijo Victoria, y se dio cuenta de que el corazón le bombeaba más rápido que en un combate. Dejando de lado las dos frases que habían cruzado desde sus navíos, llevaban casi medio año sin verse—, lamento muchísimo vuestra pérdida.

Miguel observó a la princesa que no parecía una princesa, allí de pie, junto a la nieve, con la falda oscura, el corpiño de cuero y las botas, y la joven lo observó a él, miró el dolor en sus ojos y pensó por un momento que él le daría las gracias y olvidaría su pose, y se apoyaría en ella, reconociendo su amistad. Pero entonces la mirada del pirata se enfrió, su gesto volvió a ser el sarcástico gesto que conocía tan bien la princesa, y el capitán le contestó con acidez.

—Lo que deberíais sentir, *milady*, es lo de la *Golden Mermaid*.

Aquella respuesta aturdió a la princesa, que no se había parado a pensar en otra cosa que no fuera la pérdida del viejo. Pero el aturdimiento solo le duró un segundo. Miró al capitán con cautela, preparándose para enfrentarse

a él y a su sarcasmo, pero, a un tiempo, sin querer decir nada que pudiera dolerle en un día como ese.

—Si queréis, capitán, podemos hablar más despacio de lo de la *Golden Mermaid* —se ofreció ella.

Él frunció el ceño.

—Sois muy amable, *milady*, mas no querría ser visto con la afamada *Hermosa Negra* —de nuevo el retintín en sus palabras, que pincharon a Victoria.

La princesa apretó la mandíbula y cuando la soltó contestó con suavidad:

—Había pensado en que podíamos cenar juntos y así discutirlo en privado y con más calma.

Solo después de haber contestado, saltaron a la mente de la princesa las palabras: «Por vuestro tono de voz parecería que envidiáis mi fama». Habría sido una buena respuesta, a la altura de su mordacidad, pero ya era tarde.

—*Milady*, creí haberos dicho que no quería volver a veros.

Victoria lo estaba esperando, pero aun así el oírle repetir aquellas palabras le dolió como una puñalada. Trató de sonreír, de tragar aquella píldora envenenada como si fuera azúcar.

—Capitán, tenéis muy mala memoria. Lo que me dijisteis fue que no me volverías a subir a bordo de *El Miguel*. Yo os estoy invitando a cenar en mi navío —y se acercó a él y le susurró en voz más baja, tratando de imitar el sarcasmo de su mentor—. Os prometo que lady Micheli no se enterará.

Miguel se rio.

—Como si no os hubierais asegurado bien de que no hubiera más lady Micheli.

Victoria recibió la noticia como pomada en la herida que había abierto un momento antes.

—¿No me digáis que os dejó? Os advertí de que solo buscaba vuestra fortuna.

El capitán se cruzó de brazos.

—Victoria —dijo entonces en aquel tono franco que le robaba el aire a la princesa—, ¿qué es lo que pretendes? ¿Qué quieres de mí?

La pregunta era clara. No había juegos. ¿Se había cansado ya el capitán de jugar con ella? «¿Qué quieres de mí?» ¿Qué quería ella de Miguel?

«Solo tu primavera», pensó la princesa, pero no era cierto, y tampoco se atrevió a pronunciar aquellas palabras. Recordó las enseñanzas de Shatidje y

logró decir en un tono fingidamente indiferente:

—No os equivoquéis, capitán. Os invito a mi navío como vos invitasteis al capitán Brace, aunque en mi caso —bajó la voz de nuevo— es para hablar de cierta flota inglesa en la cual estábamos los dos interesados. El que os invite a cenar es mi forma de compensaros por haberme adelantado a vos en el asunto de la *Golden Mermaid*.

Miguel la observó en silencio, tratando de leer en los ojos de la princesa hasta dónde mentía. Victoria no se iba a dejar. Se acercó a él y le susurró al oído:

—Capitán, dejad de pensar en algo burlón e hiriente que decirme solo porque es lo que le corresponde hacer al gran capitán Saavedra, y haced lo que de verdad deseáis hacer —y cuando se apartó le acarició la mejilla con la suya—, decid que sí a esta cena.

Miguel aún dudó un instante. ¿Qué no habría dado Victoria por saber lo que pensaba?

—Sea pues—concedió el pirata—. Veamos qué tenéis que ofrecerme. ¿Dónde puedo encontrar a la *Hermosa Negra*? Tengo entendido que es invisible —añadió volviendo a su sarcasmo.

—Así es. Pero utilizaré un encantamiento para que solo vos podáis verla. Podemos encontrarnos a las siete en la bahía de John's Pipe.

—¿Las siete no es muy tarde para una cena de negocios?

—¿Os da miedo la oscuridad, capitán Saavedra? —Y antes de que él pudiera responder, añadió—: La *Hermosa Negra* solo sale de noche.

Y Miguel inclinó la cabeza aceptando la condición.

Cuando Inés terminó de agradecerle a Willie su intercesión por Jerusha, buscó a Fred con la vista y no lo encontró, así que se acercó a preguntarle a Clavos. El hombre también miró a su alrededor.

—No lo sé —dijo—. Habrá ido a emborracharse a la taberna de Ian. Nosotros vamos ahora a echar un trago allí. ¿Por qué no te vienes?

Inés asintió.

—Tan solo dejadme ver qué va a hacer Shatidje.

—Creo que ya se ha marchado a su casa —contestó Clavos.

Inés frunció el ceño. Le pidió un momento y, al comprobar que Victoria ya estaba sola, se acercó a la capitán.

—¿Has visto a Sha?

—La vi antes de ponerme a hablar con Miguel. Me preguntó si podía irse a su casa y venir por la noche, y yo le contesté que no hacía falta que viniera esta noche y la despedí hasta mañana. Creo que quiere estar sola.

Inés asintió.

—¿Y has visto a Fred?

Victoria miró a los dos lados, como había hecho Clavos. El gesto molestaba a la condesa. ¡Como si ella no hubiera mirado antes de preguntar! Después la princesa negó con la cabeza.

—Me voy a Burnmouth, a la taberna de Ian, a ver si lo encuentro — refunfuñó Inés.

—No deberías dejarte ver en Burnmouth después de lo de Jerusha.

Inés se miró y señaló su ropa. Vestida de luto, con una falda negra, solo parecía una mujer más.

—Solo iré a la taberna de Ian —prometió.

—Esta noche viene Miguel a cenar.

La condesa entonces miró a su amiga sorprendida.

—Voy a plantearle que ataquemos juntos la flota inglesa. ¿No quieres estar presente?

Inés frunció el ceño.

—¡Antes prefiero una prisión de la Inquisición! Os dejo solos.

Victoria asintió.

—Está bien, pero ten mucho cuidado. Ya sabes cómo están las cosas.

Inés le dio su palabra y se marchó con Clavos y Dorek a la taberna de Ian, a beber y a emborracharse los tres solos porque Fred tampoco estaba allí.

Al caer el sol, Richards entró en la taberna de Ian, los buscó con la mirada y, cuando los encontró, se dirigió a su mesa.

—¡Hay que regresar a bordo! —dijo el maestro de *El Miguel*—. ¡Zarpamos en media hora!

Y, a continuación, paseó la vista por el resto de la taberna, el mostrador donde Ian servía las bebidas, los cojines del fondo...

—¿Stowe no está aquí?

Inés sintió cómo se le apretaba el estómago.

—Creíamos que estaría en *El Miguel* —contestó ella en un hilo de voz.

Richards meneó la cabeza.

—¡Otra vez me toca a mí buscarlo! —protestó el hombre molesto—. ¡Estará en casa de...!

Los otros dos marineros lo fulminaron con la mirada, señalando con los ojos a Inés.

—... en casa de Henry —terminó la frase Richards—. O acaso en la taberna de John. Ahí es donde siempre me tocaba buscar al viejo. Habrá ido a despedirse de Henry.

Dorek y Clavos asintieron.

—Vosotros dos, regresad a *El Miguel*.

—Pensaba acompañar a Inés a John's Pipe, para que no camine sola de noche —repuso el hombre malencarado.

—Yo acompañaré a lady Inés —dijo Richards, y los dos marineros se despidieron de la condesa.

Mientras caminaban de regreso a John's Pipe, Inés decidió pinchar un poco al maestro de *El Miguel*.

—¿Lady Inés, Nate? ¿A estas alturas?

El hombre miró a la condesa molesto.

—Que últimamente vistáis pantalones y os rodeéis de compañías indeseables no cambia el que seáis una dama, *milady*. Y si no fuera porque ignoro vuestro apellido, no osaría llamaros por vuestro nombre de pila.

A Inés no le quedó muy claro si el marinero le estaba reprochando el que lo hubiera llamado Nate o si era que quería saber su apellido, pero no tenía ningunas ganas de hablar del conde de Frieson, así que no dijo nada más.

Era de noche cerrada cuando llegaron a John's Pipe. Descendieron por el camino imposible que bajaba hasta la playa y entraron en la única y diminuta taberna del pueblo de pescadores. Fred estaba sentado en la mesa más cercana a la ventana, bebiendo solo, con aspecto triste y ausente. Richards lo sobresaltó al decirle que tenían que marcharse, que *El Miguel* levaba anclas. Entonces el pirata vio a Inés y se le encendió el rostro.

—¡Preciosa!

—Te he estado buscando toda la tarde —le reprochó Inés—. ¿Has estado aquí?

Fred miró al maestro, que no parecía tener intención de dejarlos a solas.

—Veo que no has sido la única en buscarme.

—Tenemos que irnos, Stowe. El capitán estará furioso. *El Miguel* tenía que haber zarpado hace media hora.

Fred se había levantado, se cubrió con su capa y salió al exterior de la taberna con Inés agarrada de la mano.

—*El Miguel* ya ha zarpado, Nate. ¿Por qué no nos dejas un rato a los dos solos? —dijo el pirata con su voz ronca cuando estuvieron en el exterior.

—¡Eso es absurdo, Stowe! ¡*El Miguel* no zarparía sin...! —las palabras se le congelaron en la boca al maestre al mirar hacia el mar y ver en la lejanía, entrando en la cala de John's Pipe, la blancura de las velas de *El Miguel*.

—¡Oh, Dios Santo! —el hombre se sujetó el pelo—. ¡El capitán estará furioso! ¡Oh, Stowe, Stowe! ¡Mira lo que has hecho! ¡Debemos tomar un bote y regresar a bordo ya! ¡Sin duda harás falta para fondearlo en esta cala con tan poca agua!

El pirata suspiró. La marea estaba bajando y sabía que Richards tenía razón. Los hombres lo estarían echando en falta. Se giró hacia Inés y la abrazó por el talle.

—Preciosa, perdóname. He perdido una tarde de estar contigo. ¿Podrás perdonarme?

Hundió la nariz en su cuello. Inés sonrió. Su respiración le hacía cosquillas.

—Habrá otras tardes, Fred —se forzó a decir ella—. Muchas otras.

Él asintió con su eterna sonrisa y la besó.

Nate Richards seguía sosteniéndose el nacimiento del pelo nervioso.

—¿Puedo pedirlos un favor? —preguntó la condesa.

Fred asintió, extrañado de que ella se dirigiera a los dos.

—Si vais a tomar un bote, ¿me lleváis a mi navío?

El pirata frunció el ceño sin entender qué pretendía su amante. Él no querría enseñarle a Richards el escondite de la *Black Shadow*. Entonces la vio, a la extraña carabela. Resultaba difícil porque la noche era oscura y no tenía ninguna luz encendida, pero, en efecto, en mitad de la cala, a escasos pies de *El Miguel*, se adivinaban, más que ver, los palos de la nave, que también estaba fondeada en la bahía.

Los tres tomaron un bote y primero se dirigieron a la *Black Shadow*. Mientras remaban hacia ella, se encendió la luz del castillo de popa, como un faro. Cuando Inés desembarcaba ayudada por Mary, llegó otro bote en el que remaba Dorek y en el que venía Miguel. Al ver a su maestre y su contramaestre, el capitán dijo con acidez:

—Parece que tengo a dos franceses en mi tripulación para los que primero están las damas y luego las órdenes de su capitán. De Stowe ya lo sabía, mas Richards... —chascó la lengua en desaprobación.

El hombre se sonrojó y dejó escapar una cascada de disculpas y lamentos de todos los tipos. Fred puso los ojos en blanco. Luego miró a Inés, que lo observaba desde la barandilla, y los dos se sonrieron sin saber, sin poderse imaginar, que habían perdido su última oportunidad de escaparse, de pasear juntos, de besarse y esconderse, en los rincones de un puerto de la vieja Gran Bretaña.

Victoria había gastado toda la tarde en decidir si ponerse algún vestido que le hiciera Sally parecido al suyo de princesa, o si vestir su jubón-corsé y sus pantalones oscuros. Al final se había decidido por esto último, si bien se había dejado el pelo suelto y había dejado que Jerusha se lo cepillara durante casi una hora —aunque ahora tenían dos grumetes que hacían las veces de camareras, Victoria seguía prefiriendo que fuera la niña la que la ayudara a vestirse y peinarse antes que Mary, sobre todo desde el día en que había descubierto a esta última oliendo la ropa de su vestidor—. Pero lo cierto era que, a pesar del aspecto descuidado de Victoria, cuando el pirata entró en el comedor el resultado era bastante bueno. La camisa blanca, impoluta, ligeramente abierta; el jubón-corsé apretándole el pecho y marcándole el talle; los pantalones negros acariciando suaves las caderas, sus botas, recién embetunadas, el cabello rubio tan largo cayéndole suelto y salvaje por la espalda, y la espada colgando del tahalí... No parecía una princesa, estaba convencida, y cada vez quedaba menos de niña en ella. Pero deseaba parecer una pirata, si es que aquello existía fuera de ellas, Grace O'Malley, Juana la Negra, Artemisa I de Halicarnaso y las otras mujeres que habían roto con su sociedad para ejercer la piratería desde tiempos inmemoriales.

Miguel entró en el comedor. A él el tiempo le estaba tratando bien. Su cuerpo atlético, su mentón decidido, la piel del rostro perfectamente rasurada para aquella cena parecían querer alcanzar la edad de aquellos ojos miel que a veces parecían mucho mayores. Y Victoria pensó que estaba más alto. ¿Seguiría creciendo? ¿Seguiría creciendo ella? Su aya le decía siempre que las mujeres seguían creciendo hasta perder la virginidad, pero eso era una estupidez. Había muchas monjas bajas y dudaba que todas ellas hubieran conocido el deseo, ni siquiera como lo había conocido ella aquel día en el

camarote del pirata. En cualquier caso, el recuerdo de su aya le arrancó una sonrisa de ternura.

—Estáis más alta —dijo el capitán a modo de saludo, como si leyera su mente.

—Vos también.

Él sonrió y ella lo invitó a sentarse señalando su sitio en una de las dos cabeceras. La mesa estaba dispuesta para dos.

—¿No nos van a acompañar vuestras oficiales? —preguntó él ignorando la invitación y acercándose a la silla de ella para separarla de la mesa.

—¿Os asusta quedaros a solas conmigo? —respondió la princesa con picardía, y se acercó hacia la silla que Miguel sujetaba, dispuesta a tomar asiento.

Entonces el capitán dio un paso para aproximarse más a la joven, se asomó al escote que producían la camisa algo abierta y el apretado corpiño de cuero, agarró a la princesa por las cuerdas del corsé y tiró de ella. Victoria dio un traspie y no se cayó porque se topó con él. Sus cuerpos volvían a estar pegados, sus bocas muy cerca... Si se ponía un pelín de puntillas, lo podía besar.

—¡Claro que me asusta! —dijo él con sus labios a una pulgada de los de ella—. ¡Os encanta ponerme a prueba!

Y acto seguido la empujó con suavidad alejándola. La joven se encontró con la silla detrás y cayó sentada en ella, y él, educadamente, la arrimó hasta la mesa. Antes de regresar a su asiento, Miguel sirvió el vino.

Victoria sentía cómo el corazón batía salvaje en su pecho mientras él llenaba su copa. ¿Quién ponía a prueba a quién? Respiró hondo, procurando que él no lo notase y, cuando el capitán por fin se sentó en su silla, dijo con la mayor naturalidad de la que fue capaz:

—Os he invitado para hablar de la flota que ha de llegar a algún puerto de Inglaterra en algún momento de los próximos meses.

Jerusha abrió la puerta y entró con la comida. El entrante eran almejas guisadas con vino blanco, una de las especialidades de Bert. Miguel observó a la niña con curiosidad, pero contestó a Victoria sin esperar a que la cría abandonara el comedor.

—Esa de la que no sabéis nada porque supuestamente matasteis a todos los oficiales.

Victoria sonrió. Mientras se servía, contestó:

—Vos lo habrías hecho. Los habrías matado a todos. Y eran buenos hombres... El capitán era muy apuesto. Me recordaba a vos.

Jerusha sirvió el vino de Burdeos, el agua, y se quedó allí, de pie, apoyada en la pared más alejada de la mesa, pendiente de que no faltara nada.

—Ya veo —dijo Miguel probando el vino—. ¿Y debo entender que estáis dispuesta a compartir conmigo esa información que supuestamente no tenéis?

—Tal vez —Victoria levantó la copa—. Por el mar, los piratas y la poesía de Garcilaso.

Miguel se rio. Pero levantó la copa también aceptando el brindis.

—Es una flota grande —explicó Victoria—, veintitrés naves, hay suficiente para los dos. Pero viene escoltada por doce galeones.

Miguel comenzó a comer.

—¿Y para qué necesita a *El Miguel* la afamada *Hermosa Negra*?

Esta vez Victoria no tuvo que ser ingeniosa. Esperaba el comentario desde esa tarde.

—Por vuestro tono de voz alguien que no os conociera diría que envidiáis nuestra fama.

Él rio de nuevo.

—Vos necesitáis la fama. Yo necesito el anonimato. Gracias a eso tengo privilegios y amigos mientras que vos estáis sola, princesa.

*Touché*. Victoria dejó la concha vacía de la almeja en el plato y se chupó los dedos con delicadeza.

—¿Acaso vos no sois mi amigo, capitán? Voy a echarme a llorar.

Él sonrió ante su broma.

—No sois una amistad fácil.

—Las cosas fáciles no son tan divertidas.

—Me gusta la sencillez. ¿Aún no habéis leído los poemas de Fray Luis de León?

Victoria se limpió los dedos en la servilleta.

—De vuestra antología ya tengo mi favorito.

—¿De veras?

Victoria asintió con la cabeza. Miguel tomó otra almeja.

—Si podéis perdonar mi pésimo acento —dijo ella—, os lo recito.

—Si vuestro acento en español es pésimo, destrozaráis el poema. Pero tengo curiosidad. ¿Cuál es?

Victoria dudó sin contestar, ligeramente herida en su orgullo. Le habría gustado mostrarle al capitán su buen español. Bebió un trago de vino. ¿Estaba bebiendo demasiado? Tenía que controlar ella la situación.

—El *Madrigal* de Gutierre de Cetina.

Él se rio. Muy apropiado. Un poema dirigido a un amante que no solo no le corresponde, sino que maltrata al autor. Él se levantó de su silla, caminó hasta el extremo en el que estaba Victoria, se apoyó en la mesa con los brazos cruzados y el cuerpo un poco echado hacia adelante, hacia la princesa y, clavando sus ojos miel en los azules de ella, comenzó a recitar.

*Ojos claros, serenos.  
Si de un dulce mirar sois alabados,  
¿por qué, si me miráis, miráis airados?  
Si cuanto más piadosos,  
más bellos parecéis a aquel que os mira,  
no me miréis con ira,  
porque no parezcáis menos hermosos.  
¡Ay tormentos rabiosos!  
Ojos claros, serenos,  
ya que así me miráis, miradme al menos.*

Su voz llenaba el comedor y Jerusha, sin entender ni media palabra, lo miraba fascinada. Victoria adoraba ese poema. Cuando lo leía, imaginaba los ojos claros de Miguel, siempre furiosos con ella, y la exhortación del final de Gutierre de Cetina aceptando que lo miraran con rabia, pero implorando que al menos lo miraran, la sentía igual... Sin embargo, en aquel momento, los ojos miel del capitán la miraban sin ira, en una mirada hipnótica, profunda. Victoria, inconscientemente, se había llevado los dedos a los labios. Cuando acabó de recitar, se hizo el silencio. Él se había ido inclinando para acercarse a ella muy despacio. Volvían a estar demasiado cerca.

—Vuestra cocinera es excepcional, pero un vino español habría acompañado mejor —dijo él entonces irguiéndose de nuevo, y regresó hasta su silla a terminarse su plato.

Acabada la magia, roto el momento, Victoria regresó a la realidad y su plato de almejas. Tomó otra, aunque había perdido el apetito.

—Contadme alguna anécdota de vuestra tripulación, algún secreto de la *Hermosa Negra*. Dejemos la negociación para el postre —propuso él.

Y ella sintió como si a él le hubiera faltado por decir: «Llevamos tanto tiempo sin charlar». Así que obedeció. Le habló de su timonel andróbata, que en cada hombre que mataba creía ver a su prometido, de su maestre judía, la que cobraba de toda la tripulación, de su vigía maltratada, con su puntería imposible, de su estibadora desviada... Le habló de Dora y de Emily, de Sally y de Madge, de Rosalyn, de Bonny, de Bert, de las mujeres de Úrsula, con las dos inglesas más, de Charleen y Alice, y de Mary, la última adquisición, que vivía enamorada de ella.

Él se rio con cada historia y, cuando Victoria terminó de hablar, después de que hubieran dado buena cuenta del faisán a las uvas, Miguel la observó con una sonrisa.

—De modo que tengo ante mí a la capitán Victoria Dudley. ¿Dónde quedó aquella niña que no sabía nada de su tripulación y que creía que un barco solo eran rumbos y cartas?

Ella le devolvió la sonrisa.

—No lo sé. Acaso se quedó en *El Miguel*. A veces siento aquellos días tan cerca...

—Y sin embargo, capitán —dijo él llamándola así por vez primera—, estáis muy lejos de entonces.

Ella creyó advertir admiración, o cuando menos respeto en su tono de voz, pero no se atrevió siquiera a pensarlo dos veces.

—Entonces, capitán —Jerusha traía el postre: manzanas asadas con miel—, ¿hablamos de esa flota?

Él asintió.

—¿Cuánto vais a pedirme por esa información que supuestamente no tenéis?

Ella sonrió.

—No voy a venderos la información, capitán. Lo que iba a proponeros es un ataque conjunto.

Miguel la observaba atento.

—Tenemos la intención de atacar a los navíos que se queden rezagados, nunca al convoy, y en eso nos valemos por nosotras mismas. Pero nos preocupa que el ruido de la artillería atraiga a alguno de los galeones. Es ahí donde entra *El Miguel*. Sé que el señor Gray es capaz de hundir un galeón de treinta cañones por banda antes de que este se acerque. Os queremos de escolta.

—Ya veo. Vosotras jugáis a saquear las carracas mientras nosotros luchamos contra galeones con dos pisos de artillería.

—Lo cierto es que confío en que no haga falta llegar a eso. Es solo por precaución. Y aun teniendo nosotras la información y ocupándonos nosotras de abordar la nao o las naos, estamos dispuestas a partir el botín por mitad, en consideración a nuestra amistad.

—¿Y lo que encontremos en el galeón?

—Mi idea era que hundierais el galeón, no que lo abordarais, pero, si decidís hacerlo, lo que halléis en el galeón se suma al botín y se reparte igualmente.

Miguel sonrió. Se había terminado el postre y se echó hacia atrás en su silla. Tardó en contestar a la princesa. Cuando lo hizo, su voz se había envuelto de nuevo en su habitual tono de mofa.

—*Milady*, lo que pedís es absurdo.

A Victoria le ofendió el comentario.

—¿Absurdo? ¿En qué es absurdo mi plan?

—Vuestro plan no es absurdo. Para vosotras es perfecto. En nada cambia la fama de la *Hermosa Negra* el que la haya acompañado otro navío. Pero nosotros no tenemos ninguna intención de adquirir fama. Conocéis bien cómo hacemos las cosas. Atacamos unas pocas naos al año y, cuando lo hacemos, nos aseguramos de no dejar cabos sueltos, nadie que nos pueda identificar ni contar lo ocurrido: hundimos el navío y pasamos la tripulación a cuchillo. A vosotras os interesa mostrar clemencia con los que se rinden, pues así os resulta más sencillo que se rindan la siguiente vez. Pero cuando nosotros abordamos un navío... no dejamos nada detrás. Por esa razón, *milady*, cualquier asociación entre *El Miguel* y la *Black Shadow* es imposible. Y es absurdo siquiera que nos la planteéis, pues nunca nos va a interesar.

La princesa no se esperaba la negativa. Ella había estudiado el plan, le parecía un buen plan, que reducía los riesgos para las dos naves.

—Capitán, nadie tiene por qué saber que habéis sido vos. Podemos disfrazar vuestra nave como disfrazamos la nuestra. Y disfrazaros a vos también. Además, dado que vos no vais a abordar las naos, podéis quedaros a una distancia en la que no puedan reconoceros y solo acercaros al galeón para hundirlo sin que nadie pueda dar testimonio de que fuisteis vosotros.

Miguel meneó la cabeza.

—*Milady*, ¿no comprendéis que, considerando el riesgo que asumimos de ser descubiertos, nos resulta más rentable atacar nosotros mismos a la nao

que elijamos? Si me vendéis la información, os la pagaré bien. Un tercio del botín. Estoy dispuesto a dar hasta la mitad del botín en consideración a nuestra amistad.

Victoria se levantó indignada.

—¡Somos piratas, no espías! ¡Nosotras no vendemos la información! ¡La usamos!

Miguel seguía en la silla más tranquilo.

—¡Pues usadla! ¡Usadla y atacad una de las carracas vosotras mismas! Solo os estoy diciendo que hay suficientes para los dos. Compartid la información conmigo y ganaréis doblemente: con vuestro éxito y con el mío. Si compartís la información conmigo os daré un tercio. Tendréis vuestro botín entero y el tercio del mío. Si no lucháis y nos lo dejáis todo a nosotros, os daremos la mitad.

—¿Estáis diciendo que accedéis a darme la mitad del botín si os doy la información y me retiro, pero no si lucho con vos y os ayudo? —preguntó Victoria incapaz de entenderlo—. ¡Eso no tiene sentido!

Él sonrió burlón.

—Victoria, no vamos a luchar codo con codo solo porque estéis enamorada de mí y os haga ilusión luchar a mi lado.

La princesa recibió aquellas palabras como si la hubieran tirado a las gélidas aguas del mar del Norte en enero. Se quedó muda, helada. Quiso contestar algo ingenioso, algo que denotara que lo que había dicho Miguel no era cierto. Pero sí lo era. ¡Claro que lo era! El silencio duró un par de minutos. Jerusha no se atrevía ni siquiera a mirar a los dos capitanes. Mantenía la vista clavada en la alfombra, deseando no estar allí. Por fin Victoria reaccionó. Se sentó de nuevo y, muy digna, dijo:

—Capitán, yo tengo la información y yo pongo las condiciones.

Miguel se levantó de su silla y caminó hasta la otra cabecera, en la que se sentaba la joven. Apoyó las manos sobre la mesa y se echó hacia adelante para mirar a Victoria a los ojos.

—Victoria, ¿de verdad no ves que lo que te estoy ofreciendo es lo que más nos conviene a los dos? ¿Que a vosotras también os interesa recibir un tercio de nuestro botín además del vuestro?

La princesa apretó los dientes. Eso no era lo que ella tenía planeado. Ella quería luchar junto a Miguel. ¡Pues claro que quería luchar junto a él! Y después de lo que él había dicho, no iba a dar su brazo a torcer.

—Ya habéis oído mis condiciones.

—¡Oh, por Dios! —exclamó él golpeando la mesa—. ¿Cómo podéis ser tan terca?

—Porque yo tengo la información y vos no tenéis nada —masculló ella.

—¿La información? —preguntó él, y volvió a apoyar las dos manos en la mesa y a acercarse a la joven—. Victoria, yo puedo conseguir esa información por otros medios y sin tener que pagarla. Os estaba ofreciendo este acuerdo en base a esa amistad que habéis mencionado y que dista mucho de serlo.

—Sabéis que no —retó ella.

Él se incorporó y se rio sin ganas.

—Está bien, *milady*. Comprobadlo vos misma. Informaos de cuántas naves de esa flota llegan a puerto de las que finalmente zarparon. Restadle las que vos hundáis y veréis cómo os faltan una o dos, hundidas cerca de la costa, sin saber por quien, sin supervivientes. Acaso incluso falte algún galeón. Porque esas que falten las habré hundido yo. Y, por vuestra testarudez, no vais a ver ni media corona de ese botín al que acabáis de renunciar.

Miguel cogió su capa y se la echó sobre los hombros.

—Estando todavía una semana más en John's Pipe si cambiáis de idea —dijo la princesa.

—¡Adiós, Victoria! Os agradezco la cena.

Y salió por la puerta que daba a cubierta.

Victoria, aún sentada en su silla, aguardó hasta oírlo subir a su bote y, cuando oyó el bogar del remero en el agua, soltó un puñetazo en la mesa que hizo trepidar la vajilla. Después se levantó, se dirigió a su camarote y cerró con un portazo tras de sí.

Tumbado sobre una manta al calor de la chimenea, Phil observaba el cuerpo desnudo de Bert mientras ella lo montaba, haciéndole el amor despacio. La mujer tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, concentrada en su placer. Él le agarraba los muslos, tersos, duros, cada día más fuertes, como su cuerpo atlético. Y la observaba. El fuego dibujaba sombras en su piel, y la veía más hermosa de lo que la había visto nunca. La tenía encima, la tenía pegada a él, él estaba dentro de ella. Y, sin embargo, cada vez estaban más lejos. Bert ya no estaba allí. Ni siquiera en aquel momento en que le hacía el amor, moviéndose acompasadamente, estaba con

él. Hacía tiempo que estaba lejos. Su mente volaba por el mar, cabalgando las olas, sus sueños habitaban en otra parte, su realidad ya no eran Burnmouth ni Phil. Y él la había empujado a ello. ¿A cuántos hombres había matado? ¿Había torturado a alguno? Ella nunca hablaba de eso. Cuando desembarcaba, iba a buscarlo a la tasca. Lo esperaba, caminaban juntos a casa, sin apenas hablar, y hacían el amor, en ocasiones varias veces. Luego Bert le preguntaba por la tasca y la gente..., pero Phil sabía que no le interesaba. Ya nada de allí le interesaba. Tenía otra vida, en la que era feliz. E incluso haciendo el amor, su mente seguía lejos de él. La había perdido. Y él, que la amaba, solo podía alegrarse por ella, y extrañarla. Pronto zarparía de nuevo, tal vez para nunca volver.

Las botas de Miguel hacían eco en los pasillos del palacio mientras el español se apresuraba a llegar hasta el salón del trono. Se oía música, y voces, y risas que salían de allí. Aborrecía la corte: su frivolidad, su ostentación, su hipocresía, pero, por encima de todo, aborrecía su olor y su ruido.

Las voces cesaron cuando entró en el salón y el chambelán anunció:

—El capitán Miguel Saavedra.

Su majestad la reina Isabel I de Inglaterra, que escuchaba la música distraída, volvió la vista hacia él. Miguel la notó envejecida, pero había un brillo extraño en su mirada cuando la posó en el pirata y sonrió.

La gente se hizo a los lados para dejarlo pasar. Miguel miraba hacia el trono sin prestar atención a los rostros que lo observaban, muchos de ellos conocidos, muchos más que le resultaban familiares, ninguno que pudiera considerar amigo. Pasó junto al embajador de España, que lo saludó con una inclinación de cabeza. También el nuevo embajador de Venecia —a Micheli lo habían enviado a París—. Devolvió los saludos con un gesto apenas perceptible y, al llegar junto a las escaleras, clavó la rodilla en el suelo.

—Majestad.

—Capitán. Sed bienvenido a la corte.

Entonces la reina se puso en pie y, sin esperar a que acabara la pieza musical, se dirigió hacia la puerta del salón que quedaba detrás del trono, donde debatía los asuntos privados. El chambelán le susurró a Miguel que la siguiera, y él obedeció y cruzó la puerta detrás de la monarca, consciente de que el embajador de España pensaría que estaba traicionando a su país y

todos los demás pensarían que entraba a «entretener» a la reina. Espía, traidor o amante. No quedaban muchas otras opciones. Aborrecía la corte.

Miguel volvió a clavar la rodilla en el suelo ante la reina, y le besó la mano.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Isabel señalando unas sillas de brazos junto al fuego.

—Sabéis que siempre corro presto a serviros, majestad —respondió él con cautela.

Ella agradeció sus palabras con una sonrisa y tomaron asiento.

—Capitán, ¿qué sabéis de la *Hermosa Negra*?

Miguel tuvo que utilizar todas sus dotes de engaño para no mostrar la impresión que le había causado la pregunta.

—Lo que sabemos todos los mercantes: que son piratas, que son mujeres y que navegan por la noche en una nao de velas negras. Personalmente, majestad, estoy deseando encontrármelas para poner a prueba los cañones de mi navío y ver si son tan hábiles maniobrando como se rumorea. Pero ya sea porque ellas huyen de navíos del tamaño del mío, o bien porque el azar no lo ha querido, aún no he tenido la oportunidad de medirme con ellas y ver qué es realidad y qué es cuento.

—Y conociendo vuestras dotes, capitán, acaso tenga que dar gracias a Dios porque así haya sido.

Miguel la miró con gesto de no entender, si bien empezaba a intuir hacia dónde iba.

—¡Oh, Miguel! ¡Mi gran amigo! ¡A vos que conocéis mi secreto, a vos os puedo decir lo que sé! ¡He encontrado a mi hija! —la emoción la embargaba—. ¡Sé dónde se oculta Victoria! ¡Oh, Miguel!, ¡Victoria es la capitán de la *Hermosa Negra*!

El capitán no tuvo que fingir sorpresa, pues si bien conocía que Victoria era una pirata desde el día en que la recogió entre los restos de la *Wakes' Goddess*, sí le sorprendió el que la reina lo hubiera descubierto.

—¿Lady Dudley? ¿La *Hermosa Negra*? —preguntó él—. ¿Mas cómo es eso posible?

La reina sonrió con pesar.

—Braukings cuenta por ahí que vos habéis sido su maestro.

Aquello hizo a Miguel levantarse de la silla.

—¿Cómo...? ¿Primero cuenta que las he secuestrado y ahora que las he...? —se detuvo, dándose cuenta de que la reina no había mencionado a

Inés—. ¿Y lady Braukings? ¿También ella...?

La reina asintió y le dijo con condescendencia:

—Capitán, sentaos. Bien sé yo que es imposible que en una travesía de un día hayáis podido enseñarles nada. Y por el tiempo que ha pasado, se me antoja más sencillo que hayan conocido a algún bribón que les haya enseñado sus mañas. Aun así... No hace ni un año que desaparecieron y mi hija ya capitanea una nao sola...

Entre aquel dolor, pesar y confusión había una nota de orgullo que a Miguel no se le pasó por alto.

—Debe de haber heredado vuestra inteligencia, majestad —dijo él—. Cuando la conocí, sí me pareció una joven muy sagaz y se mostraba interesada en saber de barcos, pero... parece imposible que nadie haya podido enseñarle tanto en tan poco tiempo. ¿Estáis segura de que es ella?

La reina asintió con un mohín de tristeza que no borraba el gozo de haberla encontrado. Llamó a su secretario, que aguardaba junto a la puerta, y le pidió el retrato. El hombre enseguida regresó con el papel en el que se ofrecía la recompensa de quinientas coronas por la *Hermosa Negra*. Miguel lo miró. Había algo de Victoria en aquel retrato, pero apenas nada.

—A mí no se me asemeja a la lady Dudley que recuerdo.

—A mí tampoco. Pero en todo este tiempo... puede haber cambiado mucho. Y la descripción tanto suya como de lady Braukings, el que a la segundo de a bordo la llamen Inés... No hay duda, capitán. Es mi hija. Y su segundo de a bordo es lady Braukings.

Miguel se quedó en silencio. Aquello no pintaba nada bien.

—Ahora me hallo en la tesitura de que debo encontrar a la *Hermosa Negra*, pero a su vez debo tener cuidado de que no la maten —suspiró la reina—. Por eso, capitán, os he hecho llamar. —Y añadió, mirándolo a los ojos—: Quiero que la encontréis y la traigáis aquí, de regreso.

Miguel sintió como si le hubieran hundido un clavo ardiendo en el estómago.

—Majestad, yo... —balbuceó— no sabría dónde encontrarlas... Las he buscado antes de saber quiénes eran y... Si vuestra flota no lo ha logrado, yo...

La reina lo observó y sus cejas se enarcaron, y entonces su voz se elevó y dijo con una rabia que él nunca le había oído:

—Vos las ayudasteis a huir. Las sacasteis de Londres permitiéndoles convertirse en lo que hoy son. Aunque no fuera la reina de Inglaterra, aunque

no os lo ordenara como os lo ordeno, me lo deberíais. ¿Cómo os atrevéis a negarme esto?

Allí estaba: el ruego, la orden, el mandato real. Miguel se apresuró a echarse al suelo clavando en él una rodilla y agachó la cabeza:

—Majestad, os ruego que perdonéis mi torpeza, pues no he sabido explicarme. Por supuesto que las buscaré. No escatimaré esfuerzos ni medios para encontrarlas. Y no habría hecho falta siquiera que me lo pidierais, pues no he dejado de intentar averiguar dónde están desde el día en que me hicisteis vuestro confidente en esta materia. Lamento haber mostrado en voz alta mi vacilación por lo difíciles y esquivas que se han mostrado hasta ahora. Pero contad conmigo y con mi nao para traeros hasta aquí a vuestra hija y a lady Braukings con vida.

La reina asintió con la cabeza y lo invitó a que tomara asiento de nuevo. Pero no parecía plenamente satisfecha. Miguel había palidecido levemente. Tenía que recuperar el terreno perdido. Tenía que pensar con frialdad y pensar rápido.

—Acaso... —pensó en voz alta—, acaso la forma de atraparlas sea tenderles una trampa.

La reina lo miró con interés.

—Ya habréis buscado en todos los puertos de Inglaterra, en todas las islas..., sin resultado. Por eso habría que tenderles una trampa, tratar de ser más astutos que ellas.

—¿Una trampa?

Miguel asintió.

—Son piratas, y se sentirán atraídas por un buen botín, como lo hacen las moscas con la miel.

—¿Ponerles un cebo?

El español pensaba deprisa. Meneó la cabeza.

—No, majestad. Si han demostrado algo hasta ahora es que están muy bien informadas. Ignoro cómo, pero parece que no hay nada que no sepan. El cebo debe ser real, como cada travesía de la Compañía de Mercaderes del Este que han desbaratado. Si no es real, lo sabrán.

Isabel asintió y, pensando en voz alta ella también, musitó:

—La flota que viene de las Indias americanas...

—¿Una flota, majestad? —preguntó el pirata.

La reina volvió a asentir:

—Una flota de veintitrés naves que viene de las Américas, cargada con lo que Drake y los suyos le han robado a la Corona española.

—¿Y quién sabe de su existencia? —preguntó él.

La reina suspiró:

—Más gente de la que yo habría querido. Pero acaso sea demasiado grande para que ellas intenten nada.

Miguel meneó la cabeza.

—Nada hay demasiado grande para la *Hermosa Negra*. Lo intentarán.

La reina dudaba. Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación. En cuanto ella se levantó, Miguel se apresuró a hacer lo propio.

—Ellas han podido oír hablar de esa flota, pero lo que no deben de tener son los datos concretos sobre cuántas naves son, ni a qué puerto han de llegar, ni cuándo. Eso solo lo sabemos unos pocos. Acaso podríamos dejar escapar un rumor falso para atraparlas.

Miguel negó con la cabeza.

—Majestad, si dejáis salir una información falsa que les llegue con facilidad sabrán que es una trampa. Pues me juego el cuello a que, a estas alturas, ellas ya lo conocen todo de esa flota.

—¡Eso es imposible! Esa información se ha tratado con el mayor secreto.

—Estamos hablando de una mujer que en mucho menos de un año ha logrado capitanear un barco y saquear los mayores botines sin que nadie haya logrado encontrarla. Majestad, ella sabrá llegar a esa flota. Lo que no sé es si tendremos tiempo para preparar la trampa.

El capitán se acercó al mapa de Inglaterra que la reina tenía colgado en una pared y lo observó frotándose la mandíbula recién afeitada. La mujer lo siguió, contagiada por la excitación del pirata.

—¿De cuánto tiempo disponemos, majestad?

—Se estima que la flota llegue a Bristol el seis de marzo.

Miguel reprimió una sonrisa.

—Apenas un mes... —meneó la cabeza unos instantes—. ¡Podemos lograrlo! ¡Mirad! Durante todo este tiempo ellas han demostrado ser buenas en navegación de cabotaje —señaló la costa de Inglaterra en el mapa— y su aparejo latino les da ventaja cerca de tierra, donde los vientos cambian rápido. Pero si aguardan la llegada de la flota, deberán salir a alta mar —señaló el canal de Bristol y después hacia el oeste—. Allí será donde tengáis más opciones de atraparlas o hundirlas. ¿De cuántos galeones disponéis?

La reina observaba la estrategia entusiasmada.

—Ignoro de cuántos podemos disponer. Ya sabéis que nuestra flota no es la de vuestro rey Felipe. Seguro que Walcott lo sabe. Le haré llamar para que organicéis la estrategia junto con él.

Miguel frunció el ceño.

—¿Walcott? ¿Robert Walcott? Majestad, ya sabéis en qué pobre estima me tiene Robert Walcott. Él creyó que yo había secuestrado a lady Dudley y a lady Braukings.

La reina sonrió.

—¿Y qué mejor forma de demostrarle que se equivoca sobre vos que ayudándolo a atrapar a la *Hermosa Negra* y recuperar a su prometida?

Y Miguel apretó la mandíbula e inclinó la cabeza al tiempo que decía:

—Como ordenéis, majestad. Instruiré al capitán Walcott sobre cómo tenderle una trampa a la *Hermosa Negra*.

Y, a modo de despedida añadió:

—Confío, majestad, en que muy pronto recuperaréis a vuestra hija.

El secretario llamó a un criado para que llevara al capitán a sus aposentos, en los que esperaba a Walcott. Cuando cruzó el salón del trono, todas las miradas se posaron en él, estudiándolo, queriendo leer más sobre aquel apuesto joven español que se entrevistaba a solas con la reina. Y mientras caminaba, el capitán pensaba: «Aborrezco la corte. La aborrezco».

La travesía hasta Falmouth les llevó a las chicas quince días, navegando como siempre de noche. Estaban nerviosas ante la magnitud de lo que iban a hacer, y extremaban precauciones. Todos los días y todas las noches cambiaban la mesana y disfrazaban su barco para fondearlo, por muy desierto que estuviera el caladero. La única ayuda con la que contaban era que las noches de finales de febrero eran aún muy largas, y eso les daba más tiempo para llegar de un escondite a otro. La niebla y el mal tiempo solo eran una ayuda, pues contaban con la destreza de Simonette: su pericia y aquella memoria prodigiosa que le permitía visualizar los lugares por los que navegaban aun estando a oscuras o nublados. Pero hacía frío. La humedad y la bruma que subían del mar se colaban hasta lo más hondo de los huesos. Las mujeres se levantaban heladas y doloridas, aun cuando no se despertaban al amanecer, la hora más fría, sino cerca del mediodía. Con mucho cuidado de no incendiar el barco, las jóvenes habían distribuido braseros por la

cubierta de artillería, el comedor de oficiales y el camarote de Victoria —en el de Inés no había un brasero, pero, con frecuencia, lo que hacían las dos era dormir apretujadas en la misma cama—, y solo el pensamiento de que aquel trabajo sería el último hasta la primavera lo hacía más llevadero.

A partir de Falmouth y una vez rebasaron la punta suroeste de la isla, todo fue nuevo. Victoria estudiaba las cartas y derroteros durante horas, tratando de absorber hasta el último detalle, y comentaba la travesía con Simonette. Había tenido que dejar de lado las lecturas de poesía española con su amiga para poderse preparar para navegar de noche por aguas desconocidas. Simonette también estaba incómoda, pero no había otra opción. No obstante, la suerte se puso de su lado, y las tres noches que tardaron en llegar a Bude, casi en la boca del canal de Bristol, fueron noches claras, de estrellas y luna casi llena.

Aquella costa entusiasmó a las muchachas. Fondearon en Sennen, en Padstow y, finalmente, en Bude y, cada mediodía, cuando se despertaban y salían a cubierta, el paisaje que veían les arrancaba los temores y les brindaba instantes de paz. La hermosa costa escarpada, con acantilados salvajes coronados de hierba verde, las aguas azul turquesa en los caladeros, las playas de arena fina les recordaban la costa del sur de Escocia, aunque más cálida. Simonette se asomaba por la barandilla y hundía la vista en las aguas transparentes hasta llegar al lecho de arena.

—Tenemos que regresar aquí en verano —murmuraba deseando nadar en aquellas aguas que se le antojaban menos frías que las de John's Pipe.

Llegados al canal de Bristol, navegaron a la isla que había en medio, la isla de Lundy, y buscaron un caladero más o menos tranquilo en su extremo oeste. Allí el mar estaba más bravo, y Mary tuvo que quedarse de guardia para estar segura de que las dos anclas no garreaban y terminaban estrellando la nao contra las rocas.

Y así llegó el tres de marzo. Faltaban solo tres días para la fecha estimada en que habría de llegar la flota inglesa y se alejaron de la costa para esperarla mar adentro. Durante el día, navegaban solo con la mesana blanca, las velas negras sobre la cubierta, solo tapadas con mantas blancas, listas para izarlas en cuanto fuera preciso. De noche, con todas sus velas negras. Dado que estaban lejos de la costa y que no se podían guiar por ella, Victoria sacaba el sextante y, a cada hora, corregían el rumbo para volver al mismo punto de la carta náutica. Y para eso les bastaba con la mesana. La idea era apartarse cuando vieran llegar el convoy, dejarlo pasar y atacar a los navíos

rezagados. Y así pasaron dos días con la vista clavada en el oeste. Hasta la maldita mañana del cinco de marzo, en la que su suerte cambió.

Era temprano aún, pero ya habían recogido las velas negras. Helen estaba de vigía y Victoria al timón, mientras Simonette descansaba. La noche anterior les había nevado, pero la mañana era clara y gélida, aunque sin viento excesivo. Las mujeres que hacían la guardia de día —Charleen, Alice, Dora, Bert y las dos gemelas— desayunaban en cubierta con la mirada puesta hacia el oeste. Con el sol de espaldas y la mañana clara podían ver bien lejos. Lo que no sabían era que no estaban mirando hacia el peligro.

Helen vio el galeón inglés que venía desde el este, desde tierra, con el sol detrás, cuando estaba a menos de una milla. Lo comprobó con su catalejo y avisó con un grito a Victoria. La capitán se volvió a mirar haciendo visera con su mano, pero no se veía gran cosa. Podían ser las velas de un mercante o podía ser algo peor. Esperaron a que se acercara más, como a media milla, y entonces lo vieron con mayor claridad: era sin duda un galeón que navegaba hacia ellas a todo trapo con el viento de popa. Tenía un imponente castillo en proa donde aguardaban los soldados armados con arcabuces, dos cubiertas de artillería, una sobre otra, la de arriba con doce cañones, la de abajo con diez, y un castillo en popa también inexpugnable.

—¡Ocultad el cabello! —gritó Victoria—. ¡Tratad de parecer hombres!

Mary se asomó por la escalera que conducía una cubierta más abajo. Victoria aprovechó para gritarle que despertara a todas las chicas. Debían estar preparadas. La cubierta no tardó en llenarse con las mujeres, todas vestidas con pantalón y jubón de cuero y abrigadas con zamarras de lana, y todas equipadas con el arma que manejaban mejor. Simonette se apresuró a tomar la caña. El galeón estaba a menos de setecientas yardas.

—A esta distancia con sus cañones de treinta y seis libras pueden alcanzarnos —apuntó Inés, que en aquel momento se ataba su ristra de cuchillos.

—Confiemos en que pasen de largo —musitó Victoria—. No hay razón para que vengan por nosotras.

Pero lo cierto era que el galeón seguía aproximándose a ellas, con el rumbo decidido, mientras las mujeres aguardaban nerviosas.

—Acaso piensen que tenemos una avería —dijo Shatidje, que también había subido al puente—. Les extrañará que naveguemos solo con la mesana.

—Sea por lo que sea —apuntó Inés pálida y con la voz temblándole—, en breve lo podrán comprobar.

Las muchachas aguardaban en silencio. Estaban casi a trescientas yardas. Ya podían distinguir a los oficiales uniformados y ver al comandante, en el puente, junto al timonel. Parecía un hombre joven. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba muy corto.

—Victoria, tenemos que izar las velas negras. Solo con la mesana no podremos huir. Nos darían caza de inmediato —dijo Inés.

Victoria meneó la cabeza.

—Si izamos las velas negras no solo nos descubrirán, sino que descubrirán nuestra estrategia. Y ya no habrá lugar en el que estemos seguras.

—Victoria, ¿nos van a descubrir de todos modos si se acercan más!

Victoria se mordió el labio. ¿Por qué habría rechazado Miguel su oferta? Ahora mismo su navío las sacaría del atolladero en el que se encontraban.

—Capitán —intervino Shatidje—. Si les permitimos que se acerquen más y abren fuego, no va a quedar nada de la *Black*. Si vamos a huir, tiene que ser ahora.

Ruth, desde la cubierta principal, dijo entonces:

—Voy a cargar los cañones para dejarlos preparados. —Y alzando la voz les ordenó a las demás mujeres que, como ella, observaban desde el combés al galeón—: ¡Que toda la que no ayude en las velas se baje conmigo!

Todas menos Emily, las gemelas, Rosalyn y las oficiales del puente obedecieron y corrieron a la cubierta de artillería, pero antes de descender por las escaleras, Ruth se volvió hacia Victoria.

—Capitán, ¿babor o estribor? —preguntó.

Victoria se mordía el labio hasta casi sangrar y, negando con la cabeza, terminó por decir:

—¡Cargad los de estribor! ¡Maldita sea!

En cuanto Ruth desapareció por la escalera, Victoria ordenó izar las velas mayor y trinqueta.

El galeón estaba a menos de doscientos pies. Victoria miró al comandante y la sorpresa la paralizó un instante. ¿Era Walcott? Pero antes de que pudiera fijarse bien, las chicas izaron la vela mayor y la cazaron, y la *Black* aceleró, haciendo reaccionar a la princesa.

—¡Simonette! ¡Ceñimos hacia la costa! ¡A ver si es capaz de seguirnos con el viento casi de proa!

La timonel obedeció al tiempo que las gavieras izaban la trinqueta y la hacían firme. Con dos velas negras y una blanca, la *Black* salió rápida y viró hacia la costa, pasando al lado del galeón.

—¡Sujetaos por si abren fuego! —gritó Victoria.

Pero fueron demasiado rápidas. Antes de que el galeón pudiera abrir las portas para sacar los cañones, el bajel pirata lo había rebasado y se alejaba hacia la costa.

El galeón viró contra el viento cuanto pudo, solo para ver huir a la extraña carabela con velas de dos colores. Tenían la popa que se alejaba. Entonces abrieron fuego. Los cañones no tronaron todos a la vez, sino en tres tiempos. ¡Bum!, ¡bum!, ¡bum!

—¡Han fallado todos! —gritó Rosalyn bailando de júbilo alrededor de la turca.

Pero Shatidje no bailaba. Ni siquiera sonreía.

—Esos disparos no iban a dar. Tienen hombres suficientes para dispararlos todos a la vez.

Las palabras de la contramaestre impregnaron a las jóvenes de preocupación. Entonces la voz de Helen cortó el aire con su grito:

—¡Hay dos galeones más a proa! ¡A media milla! ¡Se acercan a nosotras!

Simonette miró hacia el frente, entrecerrando la vista sin poder ver bien con el sol de frente, y sin saber por dónde huir.

—¡Nos han rodeado! —masculló.

Charleen, Alice y las arqueras corrieron al combés desde la cubierta de artillería.

—Esto es lo que ocurre cuando se provoca a una reina —murmuró Inés.

—¡Vira a babor! —ordenó Victoria.

Simonette asintió apretando la mandíbula con fuerza. Shatidje y Emily soltaron algo de cabo de las velas para coger más viento con el nuevo rumbo.

Pero entonces Helen descubrió un cuarto galeón que venía deprisa con el viento de popa, la silueta desdibujada contra el sol de la mañana.

Simonette tuvo que virar aún más, abriendo el rumbo de nuevo hacia mar adentro, con uno de los galeones cerrándole el paso hacia la costa.

—¿Hacia dónde, capitán? —preguntó la timonel turbada.

No dio tiempo a la respuesta. El galeón que les había cerrado el paso abrió fuego con sus veintidós cañones. Aunque estaban a más de seiscientas yardas, no era lo suficientemente lejos y algunos de sus proyectiles impactaron en la *Black*. Uno les agujereó la mesana blanca, otro les arrancó de cuajo el bauprés, dos rompieron la barandilla, y al hacerlo, uno de estos dos se llevó por delante a Katherine, incrustándola en la barandilla contraria.

Victoria miraba sin entender el tremendo agujero en la mesana, demasiado grande para un proyectil. Inés había corrido hacia el cuerpo de Katherine, partido por la mitad.

—Palanquetas —masculló Shatidje entre dientes.

En efecto, lo que había destrozado el cuerpo de Katherine no era un proyectil redondo, sino dos proyectiles unidos por una cadena: una palanqueta. Los dos proyectiles, ahora inofensivos, permanecían empotrados en la baranda contraria, con la cadena que los unía incrustada en la cintura de la arquera inglesa, partiendo su cuerpo en dos. Era una palanqueta lo que había reventado su proa, otra lo que se había llevado media vela, y una más la que le había arrancado la vida a Katherine.

Las chicas que aún quedaban en la cubierta de artillería corrieron al exterior. Dora, al ver el agujero que había dejado el bauprés en la proa al ser arrancado de cuajo, se llevó las manos a la boca, como si le doliera más aquello que la muerte de su compañera. Emily, resuelta, se apresuró a sujetar la vela trinqueta, que restallaba al paio al perder el palo al que se sujetaba. La gaviera miró a izquierda y derecha sin saber dónde asir el paño. Por fin Dora reaccionó y corrió de nuevo un piso más abajo, a la cocina, para intentar tapar el enorme agujero de la proa.

Entre aquel caos, Victoria se volvió a su timonel y en un tono más cercano a una plegaria que a una orden le dijo:

—¡Simonette, decidme que podemos perderlos! ¡Esos navíos pesan cuatro veces la *Black*!

Simonette miraba a su capitán como si la princesa le hubiera hablado en un idioma que no conocía. Desconcertada, contestó:

—Capitán, estamos sin trinquete y sin mesana y ellos tienen el viento de popa. Esta vez no. Esta vez no.

—¡Pero son más lentos que nosotros! —protestó Victoria sin querer creer lo que le decía su timonel.

—No en alta mar, no con el viento a favor, y desde luego no si nosotras solo tenemos una vela.

Por fin Emily había atado la trinqueta al agujero de la cadena del ancla, pero no cazaba el viento igual.

Entre el caos, Úrsula, con su calma habitual, alzó la voz para pedir una mecha y llamó a sus mujeres para que se preparasen. El galeón que les había disparado estaba a doscientas yardas y seguía acercándose.

—¿Qué hacéis? —preguntó Victoria al verlas atar tiras de tela a las puntas de las flechas, como les había visto hacer otras muchas veces.

Fue Shatidje la que contestó:

—Capitán, han disparado a desarbolar, no a hundirnos. Pretenden abordarnos. Nos quieren vivos.

—Y no van a abordar la *Black* sin probar antes nuestras flechas —añadió Úrsula con su fuerte acento nórdico.

—¡Volvamos a los cañones! —ordenó Ruth—. ¡Hay que quitar la cuña de elevación para apuntar a la lumbre del agua! —Y añadió con su sonrisa de desprecio—: ¡No muramos sin contar que hundimos un galeón!

Victoria no dijo nada. No hacía falta. Se limitó a observar cómo las chicas se preparaban para combatir sin necesidad de instrucciones. Cada una sabía lo que tenían que hacer. Solo Inés seguía pálida, de cuclillas al lado del cuerpo de Katherine. Shatidje la agarró del codo.

—Inés, baja a la cubierta de artillería y ayuda con los cañones —le ordenó con suavidad.

Las palabras de la turca la sacaron de su trance y la segundo de a bordo obedeció. Charleen y Alice habían tomado unos arcabuces y se apostaban también en la barandilla. Shatidje hizo lo mismo.

—Capitán —le dijo Simonette—, será mejor que os pongáis a cubierto.

Victoria meneó la cabeza y permaneció de pie al lado de su timonel. Y entonces llegó el choque. El galeón era mucho más alto que la *Black* y aquello les daba a sus oficiales una posición privilegiada para disparar. Pero la perdieron enseguida. Las flechas prendidas de Úrsula y sus mujeres no buscaban llegar tan arriba, a la cubierta. Se colaban por las portas aún abiertas de los cañones, prendiendo fuego al galeón desde abajo, desde sus tripas. Y entonces la *Black* tronó seis veces, muy seguidas, más que nunca. Y cada uno de los seis proyectiles se hundió en el casco del galeón, un palmo por encima del agua. Y después del último disparo, sonó un estallido diferente y más fuerte: el de la santabárbara que volaba en pedazos. Úrsula había colado una flecha prendida en el agujero que hiciera la última bala de cañón. Las chicas que estaban en cubierta se tiraron al suelo, incluidas Victoria y Simonette, mientras que el galeón crujía a escasos treinta pies y se deshacía en pedazos, lanzando tablones encendidos y llamaradas a diestro y siniestro. Algunos hombres se lanzaron sobre la *Black* para salvarse, pero Charleen, Alice, Helen y Shatidje se ocuparon de ellos.

El estallido de la santabárbara prendió fuego a la trinqueta de la *Black* y algunos tablones le golpearon el casco abriendo vías de agua que Dora se apresuró a cerrar. Pero la *Black* tenía un buen casco, el mejor, y aguantó de una pieza el tremendo estallido.

Las chicas rieron y bailaron en cubierta, y se abrazaron, felices, como si hubieran ganado la batalla, como si no hubiera otros tres galeones más que las tenían rodeadas, ahora sí. Emily se subió rauda al palo para descolgar la vela trinqueta y dejarla hundirse en el mar, donde se apagó. Shatidje y Charleen revisaban las bordas, por si alguno de los marineros que habían caído al mar trataba de escalar a su navío. Durante unos minutos paladearon la gloria. Habían hundido un galeón. ¡Habían hundido un galeón! Y los otros dos habían recogido algunas velas, manteniéndose a una distancia prudente, sin volver a intentar abordarlas, lejos de aquellas fieras que luchaban por sus vidas. Uno de los dos se había acercado a los restos del navío hundido e intentaban rescatar a los marineros que aún se mantenían a flote.

Pero el galeón que las había visto primero había logrado llegar hasta allí zigzagueando contra el viento y empujado por su mesana, la única vela dispuesta en paralelo al navío, la única que permitía ceñir. Y las devolvió a la realidad.

Robert Walcott, que en efecto comandaba la pequeña flotilla que las había acorralado, acercó su galeón hasta ponerlo a treinta yardas, y las chicas suspiraron extenuadas y regresaron a las armas, dispuestas a luchar contra el segundo. Entonces la voz del joven les llegó, distorsionada por el viento.

—¡Lady Dudley! ¡Rendíos, os lo ruego!

Inés lo miraba incrédula. ¿Era Robert? ¿Había llamado a Victoria lady Dudley? A Victoria también la aturdió el que la llamara por su nombre. Pero apartó de inmediato ese pensamiento y trató de encontrar algo ingenioso y divertido que contestarle, algo que les diera ánimos a sus chicas para seguir luchando un poco más, para recargar sus cañones y volver a empezar. Pero no encontró nada.

—¡Sabéis bien que podríamos hundiros! —añadió el que fuera el prometido de Inés—. ¡Sin necesidad de acercarnos más!

Aquello que decía era cierto. Y por mucho que pudiera estar de acuerdo con Shatidje en que las querían vivas —y más si sabían quién era ella—, ¿cuántos galeones iban a permitir que les hundieran antes de que ellos decidieran hacer lo mismo?

—¡Lady Dudley! ¡Lady Braukings!

Las mujeres se miraban entre ellas, confusas ante el trato que recibían su capitán y, sin duda, su segundo de a bordo. Charleen rechinaba los dientes con rabia. Aquellos soldados las conocían por su nombre y su apellido mientras que ellas solo sabían que se llamaban Victoria e Inés, nada más.

—¡Ninguno de mis hombres quiere disparar a mujeres! ¡Sed razonables! ¡Entregad las armas y acaso nuestra reina se apiade de vosotras!

Victoria dudaba. Se volvió hacia Simonette.

—¿Qué posibilidades tenemos de huir? —le preguntó.

La timonel negó con la cabeza.

—¿Y si abordamos uno de ellos y no lo quedamos? —preguntó Rosalyn burlona—. Aún tienen toda la vela.

Sus compañeras rieron. Victoria lo hizo con tristeza. Entonces la princesa buscó a Inés entre su tripulación, buscó sus ojos oscuros y le preguntó con la mirada. La condesa apretó la mandíbula, miró el cuerpo inerte de Katherine, suspiró, y asintió muy despacio. Y sintió pánico, pues, a pesar de las palabras de Walcott, no conocía a muchos reyes que mostraran clemencia ante piratas y traidores. Pero sabía que la alternativa era morir en aquellas aguas, y sabía que, esta vez, la costa estaba mucho más lejos y el agua más fría.

Victoria sintió que las lágrimas le anegaban los ojos. «Es el final. Es el final», se repetía desesperada, pero no lograba creerlo. No sentía que todo se fuera a acabar. No lograba asimilar lo que «el final» significaba. Asintió muy levemente, como si Walcott estuviera a su lado y pudiera apreciar aquel gesto. Y, después, bajó la punta de su espada hasta el suelo.

—¡No abráis fuego! —gritó sin ganas—. ¡Nos rendimos!

Siguiendo el gesto de su capitán, las mujeres comenzaron a bajar las armas una por una, como si fuera un castillo de naipes. Shatidje miró a su alrededor, observando cómo aquel gesto de Victoria las sometía a todas. Y se fijó en Jerusha, que había salido a cubierta con las demás después de la enorme explosión. ¿Cuántos años tenía la niña? ¿Nueve? ¿Diez? Muy pocos, demasiado pocos.

Emily comenzó a escalar por la jarcia. Charleen la agarró de un brazo:

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Recoger la mayor —contestó.

—Lo harán ellos —le explicó la pirata que, aunque había bajado su espada, aún no la había soltado.

Emily asintió con la cabeza.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo yo.

Sally y Madge la siguieron y, pronto, la mayoría de las chicas estaban recogiendo la vela mayor, como si en unos instantes no fueran a abordarlas, como si su barco siguiera siendo suyo. Cuando el galeón se abarloó y los hombres comenzaron a saltar dentro, las jóvenes ya habían acabado con la mayor y soltaban la mesana, inservible con aquel agujero.

Ninguna se había dado cuenta de que, con el trajín, Shatidje había tomado a Jerusha y la bajaba a la bodega. La turca abrió un tonel de agua y lo volcó, dejando que el agua dulce se juntara con toda el agua salada que había entrado cuando estalló el galeón. Lo volvió a enderezar.

—¡Métete ahí y, pase lo que pase, no salgas hasta que la *Black* haya llegado a puerto! ¿Me has entendido? Cuando llegue a puerto, quiero que agarres algo que flote y que nades hasta tierra firme. Y no asomes la nariz. Eres una niña muy lista. Sabrás encontrar el modo de regresar a casa. ¿Me has entendido?

Jerusha asintió y Shatidje la ayudó a entrar en el tonel y la tapó. Después se apresuró a subir a la cubierta de la artillería, y de ahí al camarote de Inés, al de Victoria y al comedor de oficiales. Oyó a los hombres abordar la carabela y una voz que decía: «Registrad el barco». No había tiempo. Abrió una ventana de las que daban a babor, se asomó, se agarró a un cabo, se impulsó fuera y cerró la ventana con el pie al tiempo que se pegaba a la pared de fuera del barco. Ese escondite no podía ser peor. En cuanto alguno de los galeones se acercara por aquel lado de la carabela, la vería. Tenía que regresar a la bodega. Pero solo podía hacerlo cuando los hombres hubieran acabado de registrar el navío. Rezó porque se dieran prisa.

Los soldados del galeón recorrían la cubierta principal confiscando las armas. Cuando uno de ellos se acercó a Inés, la condesa se desató su cinturón de cuchillos y, con todo el desprecio del que fue capaz, lo tiró al suelo para que lo recogiera. El hombre observó el gesto de desafío de la condesa. Era un tipo desagradable, con mirada torva y la piel picada de viruela. Recogió la ristra de cuchillos y, desde el suelo, comenzó a registrar a la condesa, palpándole la pierna, sobándosela por encima del pantalón, tanteándole el interior del muslo y la nalga apretada.

Antes de que Inés pudiera reaccionar, Rosalyn, que aún no había entregado su espada, gritó:

—¡No la toquef, ferdo!

Y, dando los tres pasos que la separaban de él, le lanzó una estocada. Pero el hombre, prevenido por su grito, defendió el envite apartando la espada con el cinto de cuchillos y, antes de que Rosalyn pudiera reaccionar, el soldado sacó uno de ellos y se lo clavó a la puta en la tripa. La mujer se dobló hacia adelante y, cuando el hombre volvió a sacar el cuchillo, ella cayó al suelo.

—¡Rosalyn! —gritó Inés tirándose a su lado.

Robert Walcott, que había subido directamente al puente a recoger las armas de Victoria, se volvió rápido al oír aquella voz. Con la espada de Victoria en la mano, bajó casi de un salto los tres escalones que daban al combés y llegó hasta su prometida, que había logrado sentar a la puta con la espalda en la baranda y trataba de mirarle la herida.

—No me lo digáis, lo sé —masculló Rosalyn con el dolor apagándole la voz—. Debo defender después de cada ataque.

Inés miraba la sangre abandonar rápida el cuerpo de la mujer. Robert tiró de ella para levantarla, al tiempo que la llamaba por su nombre.

—¡Suéltame! —gritó Inés sin siquiera mirarlo, y se liberó de su agarre mediante un ademán brusco—. ¡Ruth! ¡Ruth! —gritó.

La judía trató de acercarse hasta ellas, pero el mismo hombre que había herido a Rosalyn la detuvo.

—¡Dejadla pasar! —ordenó Walcott. Y volviéndose hacia el soldado masculló—: Y vos, conocíais las órdenes. ¡Regresad ahora mismo al galeón y aseguraos de que no vuelva a veros!

Ruth se lanzó al suelo a examinar la herida, con los ojos de todos, hombres y mujeres, fijos en ella. Rasgó un trozo de tela de la camisa de Rosalyn y apretó con él la herida.

—¡Sujeta aquí!

Se puso en pie y le dijo a Walcott.

—Voy a buscar una aguja e hilo.

Robert asintió y le hizo un gesto a otro soldado para que la acompañara. La judía no tardó en regresar con aguja, hilo y una botella de *whisky*. Roció con el líquido la herida por encima del trapo, enhebró el hilo y se preparó para coser, pero entonces Rosalyn meneó la cabeza y apenas sin voz dijo:

—No...

Ruth se acercó para oírla.

—No... me cosas.

La falta de aire, el apenas murmurar, hacía que Rosalyn hubiera perdido su fefo. La judía frunció el ceño y dijo con seguridad:

—Puedo coserte, Rosalyn. No te vas a morir.

Pero la puta seguía negando con la cabeza.

—Nos llevarán presas... —dijo en un hilo de voz—. Se infectará y moriré de fiebre en unos días, en un calabozo, sin volver a ver la luz del sol.

La judía insistió:

—Puedo curarte. Te coseré las tripas y luego el agujero. No tienes por qué morir.

Pero la puta seguía negando con la cabeza:

—No, Ruth... Prefiero morir aquí..., ahora..., en nuestro barco.

Y se apartó el trapo con el que Ruth hacía presión. La sangre volvió a manar con más fuerza y a correr por el entablado de la cubierta.

Ruth miró a su alrededor sin saber qué hacer, pero en los rostros de las demás mujeres solo había dolor, nada que le dijera que no debía escucharla.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Rosalyn mirando el cielo—. Me gusta navegar de día. Me gusta ver el mar azul..., el sol...

No terminó la frase. Se desmayó con una sonrisa en los labios.

Ruth se apresuró a volverse hacia Inés, que seguía de cuclillas cogiéndole la mano.

—¿La coso? —preguntó la judía y, ante la falta de respuesta, insistió—: Inés, ¿la coso?

Inés miró a Bonny que se sostenía la barriga en un gesto involuntario, meneando la cabeza en señal de negación. La condesa negó con la cabeza mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Entonces la besó en la frente, se puso en pie y miró a Robert Walcott. Con el desafío pintándole sus ojos oscuros le dijo al oficial de la reina:

—Ya podéis prendernos.

El joven oficial asintió, y dio orden a sus hombres para que ataran a todas las mujeres de pies y manos y las subieran al galeón.

—A la capitán y a esta —dijo señalando a la que fuera su prometida—, llevadlas atadas al comedor de oficiales. A las demás, bajadlas a la bodega.

Sus hombres obedecieron y fueron atando a cada pirata. Antes de regresar a su navío, Walcott recordó algo.

—Esperad, ¿quién es Shatidje?

Las mujeres se miraron entre ellas y solo entonces se dieron cuenta de que faltaba su contramaestre. Ninguna contestó, si bien las miradas que

intercambiaron fueron muy distintas. Claire sonreía. Charleen apretaba la mandíbula llena de rabia porque la turca no compartiera su suerte.

Walcott le hizo un gesto a un marinero que le acercó unos papeles. Comprobó el nombre. Lo había dicho bien.

—¿Quién es Shatidje? —repitió.

—La tenéis ahí —contestó entonces Mary.

Señalaba con el mentón —tenía las manos atadas— el cuerpo inerte de Katherine.

—Ella era la contramaestre —añadió.

Inés miró al suelo para disimular una sonrisa. ¡Bien hecho, Mary! Walcott asentía, aunque siguió ojeando unos papeles más. Después se giró y se volvió a la pasarela que llevaba a su galeón para regresar a su despacho, dejando a sus hombres bregar con las mujeres en la maltrecha cubierta de la *Black Shadow*, más conocida como la *Hermosa Negra*.

En cuanto Walcott desapareció de allí, los soldados resolvieron la situación a su manera. Sacaron a Inés y a Victoria las primeras para llevarlas al comedor de oficiales, y se recrearon sometiendo a las demás. Eran hombres de mar y hombres de armas, y aquellas harpías habían hundido un galeón delante de sus ojos causando la muerte de varios de sus compañeros. Y además, había alguna muy hermosa. Muy muy hermosa. Las sobaban al atarlas, las sobaban al empujarlas y las abofeteaban en cuanto se resistían. El que llevaba a Simonette les dijo a sus compañeros que iba a comprobar que no hubieran escondido nada valioso en la bodega y empujó a la timonel hacia la cubierta de artillería. La pirata forcejeó, consciente como todos de que lo que había dicho aquel soldado no tenía ningún sentido y de que era un pretexto para dar rienda a sus impulsos más bajos, pero el hombre la empujó por la escalera y Simonette, maniatada como estaba, cayó de bruces al suelo.

—¿Pero qué hace una muñequita tan bonita como tú en un barco? —dijo el hombre relamiéndose.

A pesar de las cuerdas, Simonette logró darse la vuelta rápida y ponerse boca arriba.

—¡No te atrevas a ponerme un dedo encima, escoria! —masculló la pirata—. ¡Si tuviera mis pistolas, a fe mía que ya no quedaba nada de ti!

El hombre se rio y la agarró de un pie, y al instante recibió una patada en la boca con el otro.

—¡Te vas a enterar, puta! —gritó furioso, y la agarró de las dos piernas.

Pero Simonette se revolvió como una culebra y se le volvió a escapar. Entonces el hombre, de rodillas como estaba, sacó una daga de su cinto y, sujetando a la timonel contra el suelo, se la puso en el cuello.

—Ahora te vas a estar quietecita.

Pero entonces, antes de que pudiera empezar a desnudarla, sintió un fuerte pinchazo en la espalda que le hizo volverse y descubrió a una niña de ocho o nueve años detrás de él, con un cuchillo tan pequeño como ella aún en la mano.

—¡Maldita cría!

Se llevó la mano a la espalda para ver los desperfectos. En efecto, le había hecho un tajo que iba a requerir de una buena cantidad de puntos.

La intentó agarrar, pero la niña lo esquivó y salió corriendo entre las piezas de la artillería.

El hombre dejó escapar un rugido de rabia y, renunciando a sus aspiraciones, pidió ayuda a sus compañeros para atrapar a aquella lagartija.

Walcott entró en el comedor de oficiales. Las dos aristócratas estaban atadas cada una a una silla y un oficial armado las vigilaba desde un extremo de la habitación. Robert las observó mientras caminaba de un lado al otro del comedor, golpeando los guantes vacíos en su mano izquierda. Las dos mujeres formaban un cuadro extraño, con su atuendo de piratas, sus cuerpos fibrosos, las trenzas despeinadas, pero con la seguridad y la elegancia de su verdadero estamento en la mirada desafiante al oficial. Se habían rendido, sí. Pero en los ojos de ninguna de las dos se podía leer la sumisión.

—Lady Braukings —dijo Walcott. No iba a cometer dos veces el error de mostrarle cercanía para que ella le escupiera su desprecio—, os encuentro muy cambiada. Cuesta reconocer en vos a la futura condesa de Frieson.

Inés dirigió su mirada oscura hacia él: alto, bien parecido, con cabello muy corto y bigote impecable. Era apuesto, pero su aspecto parecía artificial y frío. Era la antítesis de Fred. E Inés se preguntó cómo en algún momento de su vida había podido llegar a gustarle.

—Vos, por el contrario, seguís siendo el lameculos de siempre. ¿Cómo es que estáis tan lejos de mi padre? ¿O acaso ya os recibe la reina?

Victoria dejó escapar una sonrisa ante el comentario de su amiga. Walcott miró a su prometida, estudiándola de nuevo, y volvió a golpear los guantes contra su mano, ahora con más fuerza.

—Veo que se os ha afilado la lengua, *milady*. Os harían falta unos buenos azotes.

—Y ¡dejadme averiguar! —repuso Inés—. Aunque os repela la idea vais a dármelos vos. Aunque solo lo haréis por la amistad que os une con mi padre, por supuesto; de otro modo jamás me tocaríais el culo.

Entonces Walcott se acercó a ella y se agachó para poder ponerse a su altura:

—Ahora no, *milady*. Ya tendré tiempo de ocuparme de la penosa tarea de convertirlos de nuevo en una dama cuando vuestro padre me conceda vuestra mano.

Se incorporó.

—Por el momento «vuestro culo» y vuestros modales pueden seguir intactos.

Y volviéndose hacia el guardia de la puerta le ordenó:

—¡Cuidad bien a esta fiera y a su capitán! Aunque cueste creerlo, ambas son distinguidas damas de la corte de Su Majestad.

Y abandonó el comedor.

## CAPÍTULO XVI

Cuando Shatidje vio que subían a Jerusha al galeón, apretó los puños con rabia. Solo quedaba ella. Nadie más. Empujó la ventana del comedor, que se abrió sin dificultad, y regresó al interior del navío. En cubierta se oía la voz de dos hombres. Con cuidado de no hacer ruido, entreabrió la puerta para ver qué hacían. Estaban poniendo firmes unos cabos que les habían lanzado desde otro galeón para atoar la carabela.

—Así está bien —decía uno de los dos hombres—. Solo tiene que llegar hasta Cardiff. De ahí la remolcará una tafurca hasta Londres.

—¿La llevan a Londres?

—Sí, a arreglarle el bauprés. Después acaso se la devuelvan a su propietario. Walcott cree que pertenecía a un tipo llamado Downing o Downson o algo así, que denunció el robo de una embarcación parecida en verano.

Los dos hombres terminaron su labor y se dirigieron a la tabla que hacía las veces de pasarela hasta el galeón en el que estaban las chicas. Antes de cruzar, uno de ellos se quedó observando el cuerpo de Rosalyn apoyado contra la baranda, sin vida ya.

—¿Y con estas dos?

—Están muertas.

—¡Ya sé que están muertas! ¿Que qué hacemos con los cuerpos?

El otro se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que los van a colgar de los palos y llevarlos así hasta Londres, para que sirvan de escarmiento.

—¿Entonces los dejamos aquí?

—Yo no los voy a tocar si no me lo ordenan.

El que había preguntado asintió y los dos abandonaron la nao. Shatidje los vio retirar la pasarela, observó cómo el galeón que tenían a proa largaba velas, cómo los cabos se tensaban y, poco a poco, la *Black Shadow*, o lo que quedaba de ella, cogía velocidad arrastrada por la otra nave.

Cardiff. La llevaban a Cardiff, y de ahí a Londres. Pero ella tenía que regresar al norte, a Burnmouth. Tenía que encontrar a Glenne. Solo Glenne podía ayudarla. Ella le conseguiría dinero para comprar armas; acaso le consiguiera mujeres. Ahora todo dependía de ellas dos.

Pero para llegar hasta Burnmouth necesitaría dinero. Se puso a rebuscar por el comedor de oficiales, en el camarote de Victoria... Nada. Se dirigió a la enfermería. «Vamos, Ruth. No me creo que lo hayas guardado todo en el arca. No me creo que no te guardaras nada aquí. Tu parte al menos». Levantó el jergón, miró entre los utensilios de coser y entre los tarritos de ungüentos. Nada. «No me lo creo, Ruth, no me lo creo». Entonces comenzó a comprobar cada tabla, golpeándolas con suavidad hasta que, por fin, una sonó a hueco. La separó con cuidado, estaba suelta, y, en efecto, allí había una pequeña bolsa de cuero: tres coronas en chelines. No era una fortuna, pero le permitiría llegar hasta Escocia. Si lograba salir de allí.

Regresó al comedor de oficiales y se sentó en una silla. Toda su tripulación, sus compañeras, estarían atadas o encadenadas en la bodega del galeón. El comedor de oficiales donde discutían las tres, donde estudiaban cartas y estrategias y compartían su tiempo, otrora lleno de luz y de vida, estaba vacío, muerto, como Rosalyn y Kate. Y habían cogido a Jerusha también. Shatidje apretó los dientes. Le dolía la mandíbula de tanto hacerlo. Miró de nuevo por la ventana al mar. Ya estaban en el canal de Bristol. Muy pronto llegarían a Cardiff. Pero lo importante era que ya había anochecido. Era lo bueno que tenía el invierno. Lo único bueno.

Se abrigó con un manto de piel de los que había en el vestidor de Victoria, todos robados de otras naos, y salió a cubierta. Había comenzado a nevar. Se acercó al cuerpo de Rosalyn y acarició la piel de la mejilla de la prostituta. Estaba helada, y los copos de nieve habían comenzado a cuajar en su pelo oscuro. Agarró el cuerpo por debajo de los brazos y lo arrastró hasta proa, hasta el esquiife. Con un gran esfuerzo, logró meterlo dentro. Más difícil resultó meter el de Katherine. Primero tuvo que arrancar una de las balas que formaban la palanqueta para poderlo desincrustar de allí. Después tuvo que cargar con él y levantarlo y dejarlo caer dentro del bote. La arquera se alimentaba bien. Eso se lo llevaba a la otra vida. Lo que había disfrutado en esta, y el honor de haber muerto luchando. Nada más.

Shatidje enganchó el esquiife al cabestrante y, muy despacio y haciendo un esfuerzo atroz, logró izarlo lo suficiente como para sacarlo por encima de la barandilla. Miraba el galeón. La oscuridad y la tormenta de nieve la

ayudaban, pero estaba cerca, y sabía que, en cualquier momento, la podían descubrir. Empujó el bote hasta que estuvo sobre el mar, se subió ella también y cortó el cable del cabestrante con su alfanje. Aunque la borda de la *Black* no era muy alta, el golpe contra el agua sonó seco. Shatidje permaneció dentro del esquife agazapada. Solo cuando estuvo segura de que no la habían visto comenzó a remar.

Remó durante horas contra el viento, que era la única referencia que tenía, arrepintiéndose de no haber esperado a estar más cerca de tierra. Finalmente, vio luces titilar en la costa y dirigió el bote hacia allí. No sabía de qué población se trataba, aunque sí sabía que era demasiado pequeña para que fuera Cardiff. Llegó hasta un pantalán, echó un cabo y, antes de bajarse, estiró los dos cuerpos inertes de las mujeres todo lo que se lo permitió la rigidez de la muerte. Les cruzó las manos sobre el vientre, las tapó con la lona del esquife, volcó el aceite de la lámpara que no se había atrevido a encender y le prendió fuego. Cuando estuvo segura de que ardía bien y de que ya no se iba a apagar, empujó el bote y lo observó alejarse mientras pronunciaba una oración por las dos. No era el mejor funeral. No era lo que le habría gustado. Habría preferido encender el bote con flechas, como hicieran con Anne. Pero era todo lo que podía hacer y, sin duda, era mucho mejor que dejar sus cuerpos pudrirse colgados de las vergas de la *Black*. Ahora tenía que ponerse en camino. No había tiempo para descansar, aún no. Necesitaría un caballo o, mejor aún, un carruaje que la llevara hacia el noreste. Y necesitaba saber dónde estaba para poder llegar a Burnmouth antes de que fuera demasiado tarde para las chicas. Porque ella no se fiaba de los reyes, ni de las reinas tampoco, y tenía la absoluta certeza, estaba totalmente convencida de que las iban a colgar.

Glennie atizaba el fuego de la chimenea aquella mañana de primeros de marzo cuando su enorme perrazo blanco levantó la cabeza.

—¿Quién viene, Roger? —murmuró la pastora.

La mujer se incorporó arropada en su chaleco de lana y abrió la puerta. Entonces, por el estrecho sendero que conducía a su casa, vio venir a cuatro oficiales ingleses a caballo. Cerró la puerta y corrió el cerrojo. Roger comenzó a gruñir muy bajo, casi como un ronroneo. Ella le palmeó la cabeza y se sentó en una silla junto a la chimenea. Los golpes en la puerta no

tardaron en llegar, junto con voces que la llamaban por su nombre. Roger gruñó con más fuerza.

—¡Marchaos! —contestó ella elevando la voz—. ¡No abriré mi puerta a hombres armados!

—¡Abrid en nombre de la reina!

—¿De qué reina? ¡Esto es Escocia! ¡Regresad a Inglaterra y dejadme en paz!

—¡Abrid la puerta o la echaremos abajo!

Glenne se levantó y se sirvió un té. Después se volvió a sentar.

—Esto se va a poner feo, Roger —le susurró a su perro, y dio un trago largo al té—. Vienen por ellas.

El perro miró a su dueña con mucha atención y ladeó un poco la cabeza al hacerlo, como si de tanto mirarla fuera a comprender sus palabras. Entonces sonó el golpe en la puerta y temblaron los goznes. El animal se puso en pie de un salto, trotó hasta ponerse frente a la puerta, agachó la cabeza y comenzó a gruñir con fiereza. Glenne suspiró. Le dio un último trago al té, se puso en pie, se dirigió a la pared donde estaban los aperos de labranza y cogió la horca que utilizaba para limpiar de zarzas. Caminó hasta la puerta. ¡Tump! Otro golpe. Era una buena puerta, con un buen cerrojo. Se iban a dar cuenta muy pronto. Así que descorrió el cerrojo, se apoyó en ella y esperó a que cargaran otra vez. Esta vez, en el momento en que iban a golpearla, ella abrió. Dos hombres se precipitaron al interior y ella se apresuró a cerrar y a clavarle la horca a uno en la espalda. Roger se lanzó por el otro. Glenne solo apartó a su perro para rematar al oficial con la horca. Entonces la pastora se agachó junto al animal y lo acarició.

—Acabamos de firmar nuestra sentencia de muerte, Roger.

El animal le lamió la cara, y ella lo abrazó.

Pronto la casa empezó a llenarse de humo.

—Han tapado la chimenea —masculló ella.

Se acercó a la lumbre y trató de apagarla, pero la casa se llenaba rápido de humo. Comenzó a toser.

—¡Está bien! ¡Voy a salir! —gritó.

Con la horca de nuevo en la mano, abrió la puerta. Roger salió primero y se abalanzó sobre uno de los oficiales que le clavó su espada en la tripa. Cuando salió Glenne, el oficial que quedaba agarró la horca y se la arrancó de las manos, tirando a la mujer al suelo de un empujón. La levantó agarrándola del pelo, y luego la obligó a ponerse de rodillas. El que acababa de herir al

perro se acercó hasta ella y le dio tal bofetón con el revés de la mano que le partió el labio inferior.

—¡Putas! ¡Bien sabes a qué hemos venido!

Ella lo miró desafiante. Roger, moribundo, yacía de lado, lloriqueando en su idioma animal.

—¿A tomar té?

La respuesta le valió a la mujer otra bofetada, que esta vez le produjo un corte en el pómulo.

—¿Dónde podemos encontrar a Shatidje?

—Tendréis que recordarme quién es.

Otra bofetada.

—¿La recuerdas ahora?

Glennie meneó la cabeza.

—¿Es que quieres morir? —masculló el oficial que la golpeaba.

Glennie volvió a negar. El hombre se agachó hasta ponerse a su altura.

—¡Entonces habla!

—Mata a mi perro —murmuró ella.

El hombre no la entendió.

—Te digo que mates a mi perro. Él no tiene culpa. ¡Remátalo ya!

El oficial se giró a observar al animal tumbado en el suelo, con la lengua fuera, respirando con dificultad y lloriqueando. Entonces tomó el mosquete de su amigo y le disparó al perro en el muslo. El animal dio un aullido, pero no se movió. Siguió lloriqueando.

—¿Dónde está Shatidje?

La pastora apretó los dientes. Después alzó la vista y le contestó al hombre:

—No lo sé. Pero estoy segura de que os hará pagar por esto —y al hablar hizo un esfuerzo por sonreír.

El hombre la volvió a golpear, esta vez con el puño, y el golpe la tiró al suelo.

—Eres un puta estúpida —le dijo él—. Pudiste salvar tu vida, pero te ahorcarán con las demás. Y yo voy a esperar a Shatidje en tu casa. Vas a morir para nada.

Y volviéndose hacia el otro oficial le ordenó que la atara y se la llevara, y que se asegurara de que llegara a Londres a tiempo para la ejecución. Entonces le dio una patada al perro, entró en la casa, se sentó en la silla, puso

los pies sobre la mesa y, mirando los dos cadáveres que lo acompañaban, le dio un trago largo al té que la pastora había preparado.

Aunque el día estaba despejado, el sol de mediodía apenas calentaba. Shatidje andaba rápida por aquel camino tan familiar que bordeaba el acantilado. Llevaba el caballo de la brida. El animal estaba reventado y sus pasos eran lentos. Finalmente la turca optó por dejarlo atado a un árbol y caminar sin él. Llegaría antes a casa de Glenne si no tenía que ir tirando de la bestia.

A lo lejos, la turca divisó el humo de la chimenea de la pastora. Llevaba ocho días cabalgando, deteniéndose solo unas horas a dormir y a que el animal descansara, caminando a ratos porque el caballo ya no podía más. Anhelaba tomarse un té con una cara amiga, poder contarle todo lo ocurrido y pensar las dos juntas qué podían hacer. Ya no tardaría en llegar.

Entonces lo oyó. Era un lloriqueo animal que venía de cerca del sendero. La turca se detuvo a escuchar. Era un perro. Sin duda era un perro.

—¿Roger? —preguntó sin levantar la voz.

El lloriqueo se acentuó. Venía de las hierbas altas junto al camino. La turca desenfundó el alfanje, corrió hasta allí y vio al perro herido en el muslo y en las tripas. El animal movió el rabo al verla y trató de levantar la cabeza, pero no pudo. Shatidje se tiró a su lado.

—¡Roger!

El animal empezó a lamerle las manos. La turca se apresuró en sacar su pellejo de agua y le dio al perro, que bebió con fruición.

—Ya está, Roger. Ya ha pasado todo. Ya ha pasado, amigo —dijo la turca, y le acarició la cabeza con la mano izquierda.

Mientras lo hacía, puso la punta de su alfanje en el corazón del animal y lo hundió de un golpe rápido. Se puso en pie, con los puños apretados sobre la empuñadura del alfanje y el pellejo de agua.

—Glenne —masculló.

Y se apresuró hacia la casa, si bien, en lugar de hacerlo por el sendero, la bordeó y se acercó por detrás. En efecto, en la parte de atrás de la casa había atados dos caballos. Si solo eran dos, podría con ellos. Lo que no se imaginaba el oficial que aguardaba dentro era lo poco que le iba a durar a Shatidje siendo solo uno.

La turca abrió la puerta entornada de una patada y se apartó, esquivando el disparo del mosquete. ¿Solo uno? Volvió a aparecer en el umbral de la puerta, vio al oficial sentado, con el mosquete entre las manos, soltándolo para sacar su espada, y vio los dos cuerpos en el suelo. Tres soldados, dos caballos. Habían utilizado uno para llevarse a Glenne. Mientras pensaba, dio los cuatro pasos que la separaban del oficial vivo y, antes de que pudiera desenfundar, le agarró de la cara y le hundió el alfanje en el hombro. La estocada empujó la silla hacia atrás y el oficial cayó de espaldas, con silla y todo.

—¿Dónde está Glenne? —preguntó la turca poniéndole el pie sobre el pecho.

—¡Púdrete, puta!

La turca le clavó el alfanje en el muslo y el hombre dio un alarido.

—Esto por el perro. Dime dónde está Glenne.

El hombre rio.

—Llegas tarde. Va de camino a Londres, a que la cuelguen con las demás.

Shatidje asintió con tristeza.

—Llego tarde para salvarla —masculló—, pero no para vengarla.

Y le clavó el alfanje al hombre en la tripa y le rajó de lado a lado. Después tomó una soga de las que tenía la pastora junto con sus aperos, se la ató al hombre al pie, la lanzó sobre una viga del techo e izó al soldado cabeza abajo hasta que quedó suspendido en el aire. Las tripas se escurrieron entre la carne abierta.

—Esto es por Roger y por Glenne. A ver si tienes más suerte que el perro y te encuentra alguien pronto —le dijo.

Tomó el mosquete y las espadas, rellenó el pellejo de agua de una tinaja y salió de allí sin mirar atrás. Cargó las armas en un caballo, ató este animal al otro, se subió en el que no llevaba peso y se marchó de allí al galope rumbo a Londres, más sola aún, más exhausta, pero completamente segura de lo que tenía que hacer.

Victoria aguardaba de pie, nerviosa e impaciente, en aquella sala del palacio King John's Barn. Observaba los muros de piedra cubiertos con tapices, la chimenea prendida aunque con poca lumbre —haría falta echar otro leño—, el tenebrario con las velas apagadas, pues, aunque tenue, la luz

de la mañana entraba por la ventana, y una silla de brazos con el respaldo bordado en rojo y oro. Era una sala pequeña. Victoria estaba convencida de que nunca antes había estado allí.

Trató de frotarse las muñecas doloridas, pero no resultaba sencillo con los grilletes. Observó al guardia joven que habían dejado allí para vigilarla. Al menos no la habían encadenado entera como al traidor Robert Aske.

Sonó la puerta y, antes de que Victoria pudiera volver a pensar en el motivo por el que había solicitado aquella audiencia, apareció la reina, seguida por el capitán de la guardia y su chambelán. La princesa sintió cómo el corazón le daba un vuelco al volver a verla, aunque la encontró vieja y ajada. Isabel la observaba. La princesa seguía vestida con su jubón-corsé y sus pantalones negros, tenía la trenza casi deshecha y el rostro tiznado de pólvora.

—¡Dejadnos a solas! —ordenó la reina, y la voz se le rompió al final de la frase.

El capitán le recordó en un susurro que aquella joven era muy peligrosa. Isabel lo miró sin poder creer que aquel hombre la estuviera desobedeciendo. Sus ojos se pintaron de ira.

—¡Dejadnos! —repitió en un tono que nadie osaría contradecir—, ¡y quitadle los grilletes!

El capitán asintió y el guardia más joven se apresuró a quitarle los grilletes a Victoria. Después, los tres hombres se retiraron, no sin que el capitán advirtiera a la reina de que estaría al otro lado de la puerta si lo necesitaba.

Cuando se quedaron a solas, Isabel dio una vuelta alrededor de su hija, estudiándola como se estudia un caballo en una feria de ganado. La princesa aprovechó para frotarse las muñecas.

—Victoria... ¿Cómo...? ¿Cómo has llegado a esto?

Había cansancio, asombro y decepción infinita en su tono de voz, un tono que en otro tiempo habría hecho llorar a la princesa. Pero hacía ya mucho que Victoria no era la niña que huyó de aquel palacio. Miró a su madre, con una mirada desafiante y cargada de seguridad y, en lugar de contestar, le preguntó a la reina qué iban a hacer con ellas.

Isabel había terminado su inspección y se hallaba frente a la princesa. Suspiró.

—Inés Braukings está en manos de su padre. No sé qué castigo le impondrá él. En cuanto a ti..., aún no lo sé tampoco.

Victoria sacudió la cabeza, restándole importancia a esto último, y matizó su pregunta:

—A las chicas. ¿Qué les va a pasar a las chicas?

Isabel frunció el ceño.

—Las... —dudó, sin encontrar una palabra adecuada. Finalmente optó por utilizar la que había usado la princesa—: Las... «chicas» son piratas, Victoria.

La princesa meneó la cabeza:

—Son buenos marineros, trabajadoras, y las soldados más leales y aguerridas que pueda haber. Harían buenos corsarios.

Isabel suspiró de nuevo.

—Eso debieron pensarlo antes de atacar navíos ingleses. Ya es un poco tarde para negociar una patente de corso.

—¡Lo único que esas mujeres han hecho ha sido seguirme a mí! —estalló la princesa.

Isabel observó de nuevo a su hija y tardó en contestar. Cuando lo hizo, su tono de voz fue severo.

—Si vas a ser reina, Victoria, debes aprender que nuestros actos tienen consecuencias, y asumir esas consecuencias.

Aquellas palabras golpearon a la princesa:

—¿Si voy a ser reina? —preguntó incrédula—. ¡Si voy a ser reina! ¿Acaso creéis que permitiré que matéis a mi tripulación y después jugaré a la buena hija? ¿Creéis que iré a bailes, a fiestas, me casaré con quien digáis y gobernaré este país como vos? —Hablaba con furia, escupiendo las palabras—. ¿Creéis que seré vuestra marioneta? ¿De veras creéis que me quedaré callada y olvidaré lo sucedido? ¡Cada una de esas mujeres daría su vida por mí! ¡Por mí!

La reina mantuvo la calma:

—Pues son afortunadas, porque eso es justamente lo que van a hacer —contestó, y volviéndose hacia la puerta llamó a la guardia.

Victoria rompió a llorar:

—¡No!, ¡esperad! —suplicó—. ¡Perdonad mis palabras! Sí, seré una buena hija, la mejor. No volveréis a tener queja de mí.

La puerta se abrió y entró el capitán, pero la reina se mantuvo de pie, inmóvil, aún de espaldas, escuchando los lloros de la joven.

—¡Os lo ruego! —imploraba—, ¡perdonadles la vida! Y yo os lo compensaré siendo todo lo que queráis que sea. Con gusto haré lo que me

pidáis a cambio de sus vidas.

Entonces la reina se volvió muy despacio y contestó casi en un susurro:

—Por supuesto que harás lo que yo te diga, pero no te equivoques: ellas serán juzgadas y sentenciadas con la pena que les corresponda, y tú — acentuó mucho el «tú»— te comportarás como la reina que serás, porque habrás aprendido la lección y no volverás a jugar jamás con las vidas de quienes confían en ti. Y menos por un capricho estúpido de niña malcriada. ¡Guardias, encerradla!

El joven guardia y el capitán la agarraron cada uno de un brazo, pero no hacía falta usar la fuerza. La muchacha estaba rota por dentro, su espíritu aplastado, y no luchó; ni siquiera alzó la vista del suelo.

Cuando las tres figuras salieron por la puerta cerrándola detrás de ellos, la reina se dirigió hasta la silla, se dejó caer en ella y rompió a llorar, con la frente apoyada en la mano. Solo pudo llorar unos minutos, porque entonces el chambelán entró en la habitación para advertir a la monarca de que el capitán Saavedra acababa de llegar al palacio y aguardaba en la sala del mapa. La reina asintió, se limpió las lágrimas y caminó hasta la sala que había detrás del salón del trono, aquella misma sala en la que había ordenado al español idear un plan para atrapar a la *Hermosa Negra*.

La sala era amplia. En ella se reunía el consejo privado de la reina. Tenía una mesa rectangular dispuesta en paralelo al salón en la que cabían veinte personas. En una de las paredes se abrían enormes ventanales y en la otra el mapa de la isla de Gran Bretaña. En el extremo de la sala más alejado de la puerta estaba la chimenea con las dos sillas de brazos en las que se sentaron la reina y el pirata la última vez. Al lado de la silla de la derecha, encima de una pequeña mesilla octogonal de ébano, estaban la espada toledana de Victoria y el libro de poesía que habían hallado en su mesilla. Miguel lo hojeaba cuando la reina entró.

—Está en español —apuntó la reina señalando el libro que Miguel tenía entre las manos.

Él se apresuró a dejarlo de nuevo en la mesilla e inclinarse en una reverencia; la reina le tendió su mano para que él la besara.

—Lo sé —contestó el capitán después de posar elegantemente sus labios en el anillo de la reina—. Se lo regalé yo a lady Dudley cuando estuvieron a bordo de mi navío. Ya que no podía complacerlas llevándolas a España, quise tener una pequeña atención con ellas regalándoles el único libro que tenía en español. No pensé que lo conservaría.

La reina asintió levemente sorprendida. A continuación los ojos de los dos se posaron en la espada toledana. Miguel no necesitaba acercarse a observarla para saber que, en el filo, en letra diminuta, llevaba grabado su nombre. Decidió adelantarse.

—Lo que debo admitir que me ha sorprendido ha sido encontrar también la espada de mi padre —dijo señalándola—. Tendré que disculparme ante Richards por los veinte latigazos que le di creyendo que la había robado él.

La reina se acercó a la mesilla y Miguel le mostró la inscripción.

—Me la regaló mi padre cuando comencé a instruirme en el arte de la espada —explicó—. La tenía siempre en la librería de *El Miguel* y me percaté de que había desaparecido un tiempo después de desembarcar a las dos doncellas en Dover. Pero lo cierto es que hasta ahora mismo no se me había pasado por la mente que la hubieran podido robar ellas.

La reina asintió suspirando.

—Entonces estos dos bienes os pertenecen. Lleváoslos.

El pirata se inclinó de nuevo y contestó:

—Con el permiso de Su Majestad, aceptaré llevarme la espada de mi padre, pues es para mí un bien de un valor inapreciable para los demás. El libro fue un regalo a lady Dudley y me agradaría, por ser de justicia, que ella lo tenga. No puede hacerle daño, no creo que pueda leerlo, y le hará compañía. Debe de sentirse miserable y sola.

La reina observó al pirata estudiándolo, como si así pudiera saber qué pensamientos volaban tras sus ojos miel.

—Vos... ¿la apreciáis? —preguntó, pero su tono era más propio de una afirmación que de una pregunta.

El capitán se dio cuenta de que acaso había mostrado demasiado sus sentimientos y se apresuró a responder:

—Apenas la conocí, majestad, y aún era casi una niña cuando estuvo en mi navío. Me pareció una doncella encantadora, con una alegría contagiosa. De la mujer que es ahora nada sé, mas se me antoja que debe de ser muy valiente si, después de vivir en palacio rodeada de doncellas, ha sido capaz de hacer la mitad de las cosas que se rumorea que ha hecho.

Isabel asintió con nostalgia.

—Tampoco yo la conozco por quien ahora es, pero sí me ha parecido valiente.

Suspiró y se sentó en una de las sillas, invitando al capitán a sentarse en la otra.

—Capitán, ella... —No era fácil expresar con palabras la impresión que su hija le había causado—. Va a ser complicado volverla a «encerrar» en un palacio e intentar que lleve la vida de doncella que le corresponde... Pero... Ya tiene edad para casarse y aún no he pensado en quién... Y... soy de la opinión de que sería mejor casarla en la medida de lo posible con alguien que la amara por quien realmente es.

A Miguel le preocupó el rumbo que estaba tomando la conversación. Él solo había ido hasta allí a que la reina le diera las gracias.

—No puedo sino estar de acuerdo —contestó con cautela.

La reina prosiguió:

—Y se me ocurre ahora que... si ella os estima a vos como vos a ella... Acaso...

Miguel tuvo que agarrarse a los brazos de la silla para no ponerse en pie de un salto.

—Majestad, yo... no... —titubeó tratando de pensar, de calmarse. Estaba hablando con la reina—. Yo me siento el hombre más honrado de Inglaterra con lo que acabáis de insinuar, mas no sé si... Yo siempre estoy viajando...

La reina sonrió con pesar.

—¡Oh!, ¡es cierto! ¡Disculpad que os haya puesto en semejante aprieto! En lugar de agradeceros el que me hayáis devuelto a mi hija, casi os castigo a contraer matrimonio con una criminal —la reina sonreía, pero en su rostro había dolor y tristeza—. ¿Quién querría casarse con la capitán de un barco pirata que, según dicen, ha matado a decenas de hombres?, ¿con la fiera incontrolable en que se ha convertido?, ¿con una mujer que ni siquiera puedo asegurar que siga siendo una doncella?

Miguel bajó la vista pensando en las palabras de la reina, en cómo describían a la Victoria que él sí conocía. Después miró a la monarca y descubrió las lágrimas rebosando sus párpados, a punto de derramarse.

—Majestad —susurró entonces con dulzura—, no me he explicado bien... Lo que intentaba decir es que Victoria acaba de sufrir la pérdida de todo lo que se había convertido en su vida, y tardará en adaptarse a su nueva condición.

La reina alzó la vista hacia el pirata, mirándolo esperanzada, deseando que alguien le dijera que su hija podía cambiar y volver a ser su hija. Miguel prosiguió:

—Opino que, en estas circunstancias, hablar de matrimonio es algo... prematuro. Ahora debéis velar por su recuperación y... confiar en que vuelva

a encontrar su sitio en la corte. Y, majestad, sabéis que tenéis un amigo en mí, y que os ayudaré en cuanto esté en mi mano sin necesidad de compromisos. La mano de vuestra hija vale mucho más que lo que pudierais darme como pago a mi labor, la cual realizo con gusto y sin esperar nada a cambio.

Isabel suspiró.

—Estáis en lo cierto. Ya habrá tiempo para buscarle un marido. Ahora hay que recuperarla a ella.

Miguel suspiró también, aunque en su caso fue un suspiro de alivio:

—Así es —concedió él más sosegado—. Y cuando llegue el momento, yo mismo os ayudaré a buscar a la persona idónea, dado que habéis decidido confiarme vuestro secreto.

La reina puso su mano encima de la del joven pirata y, con una sonrisa sincera, le dijo:

—Gracias, Miguel. Una vez más habéis sido mi paño de lágrimas y mi bastón.

Él aceptó sus palabras con una inclinación de cabeza.

—¿Os quedaréis unos días en la corte? —preguntó la reina.

—Lamentándolo mucho, majestad, he de partir hoy mismo hacia el norte —contestó él, aunque lo que realmente estaba pensando era: «Miguel, huye de aquí raudo». Y eso fue lo que hizo.

En cuanto el capitán español llegó a *El Miguel*, dio orden de levar anclas y regresar a Burnmouth. Le urgía poner a buen recaudo el botín de las dos naos de la flota de las Américas que habían hundido. Y le urgía alejarse de la corte, del palacio, de la reina Isabel y, sobre todo, de Victoria.

Cuando perdió de vista Londres entre los meandros del Támesis, dio orden a su segundo de a bordo y a su contramaestre para que dejaran a alguien ocupando sus puestos y lo acompañaran al comedor de oficiales. Fred llegó primero, casi al tiempo que Miguel. El capitán estaba agachado, abriendo uno de los armarios de debajo de la estantería de libros para sacar una botella de ron. Se puso en pie y se dirigió a la mesa baja en la que había una bandeja con varios vasos de cristal. Antes de que pudiera servirse, Fred le preguntó:

—¿Habéis podido ver a la princesita?

Miguel llenó dos vasos y le ofreció uno a su contramaestre.

—Por supuesto que no la he visto. No he tratado de verla. Es más, espero no encontrármela nunca.

Ante la mirada severa de su oficial, el capitán se vio obligado a explicarse:

—Estoy intentando que nadie pueda relacionarnos con lady Dudley ni con la *Hermosa Negra*; que nadie pueda pensar que nosotros le enseñamos a llevar un barco y a manejar la espada... E intentando aparentar que solo estuve con ellas en la travesía de Londres a Dover y no las he vuelto a ver. Y no sé cómo reaccionaría lady Dudley si me viera.

Dio un trago al ron y añadió:

—Lo importante es que ella ya está en palacio y lady Braukings en casa de sus padres. Las dos están a salvo y no parece que las vayan a castigar con severidad.

Fred seguía con el vaso en la mano, sin beber.

—¿Y Shatidje? —preguntó.

Miguel meneó la cabeza.

—Aún no la han encontrado y confío en que no lo hagan jamás. Es lista. Se mantendrá a salvo.

Se abrió la puerta y entró el corpulento timonel y segundo de a bordo.

—Aquí estoy, capitán. ¿Qué queréis de nosotros?

Miguel se dirigió de nuevo a la bandeja, tomó otro vaso y lo llenó de ron. Se volvió a ofrecérselo al portugués.

—João, necesito beber y no quería hacerlo solo.

El timonel asintió con la cabeza y tomó el vaso que le ofrecía el capitán. Le dio un trago largo. Miguel hizo lo mismo. Solo Fred no bebía. Observaba la escena con cautela.

—Además —añadió el capitán—, sin Henry, vosotros sois quienes mejor me conocéis desde hace más tiempo. Y necesito que alguien me recuerde otra vez por qué no somos corsarios.

Antes de que Fred pudiera contestarle lo que tantas veces había oído contestar al viejo —«porque los oficiales ingleses hundieron la flota de vuestro padre, matando a todo el mundo»—, João rompió a reír.

—¿Ahora que la habéis visto más cerca os asusta la horca, capitán?

Miguel meneó la cabeza:

—A todo hombre cuerdo le asusta la horca si tiene motivos para que lo cuelguen. Pero no me asusta más hoy que ayer.

Dio otro trago.

—¿Entonces? —preguntó el timonel frunciendo el ceño—. ¿Qué os ha ofrecido la reina esta vez?

Miguel apuró el último trago y se quedó mirando el fondo del vaso vacío.

—Inglaterra —contestó al fin.

Fred y João se miraron sin entender, pero no encontraron la respuesta en el otro.

—¿Inglaterra? —preguntó João.

—Me ha ofrecido el trono de Inglaterra —contestó el capitán, aún mirando el fondo del vaso.

Fred abrió mucho los ojos. João rompió a reír con sus risotadas grandes y contagiosas.

—¡La vieja chochea! —exclamó el timonel, y añadió incrédulo—: ¿Te ha ofrecido su mano?

Miguel no se rio. Se dirigió hasta la mesita en la que estaba la botella y se sirvió otro vaso de ron.

—La de su hija —aclaró mientras lo hacía.

Fred permanecía en silencio, con el ceño fruncido, atando los cabos que el capitán iba soltando. Empezaba a entender hacia dónde se dirigía Miguel. Empezaba a intuir de quién estaban hablando. João no.

—¿Ha tenido una hija? —preguntó este—. ¿Cuándo..., cuándo ha sido? ¿Se ha casado? Debería estar más al tanto de la política de esta maldita isla.

Miguel contestó con su calma glacial.

—La reina tiene una hija en edad de casarse, y vos la conocéis.

—¿Que yo...?

João no entendía nada. Fred lo aclaró.

—Os referís a lady Dudley. La princesita loca.

Fue más un pensamiento en voz alta que una frase dirigida a nadie en concreto, pero Miguel asintió y bebió de nuevo.

—Lady Dudley, hija de la reina Isabel y su amante, lord Robert Dudley —precisó el capitán.

—*¡Deus meu!* ¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó João aún incrédulo.

Pero Fred no permitió al capitán contestar al timonel, porque interrumpió preguntando inquisitorial:

—¿Y qué habéis contestado?

Miguel enarcó una ceja:

—¿Cómo que qué he contestado? Que no, naturalmente.

Fred apretaba el vaso de cristal con fuerza, a punto de derramar el líquido que no había probado.

—Os ofrecen la mano de la única mujer por la que podéis sentir... — titubeó buscando la palabra— «algo» y a su vez os ofrecen el trono de Inglaterra ¿y decís que no?

El tono del conmaestre mezclaba la incredulidad con la rabia. Miguel se rio sin ganas:

—Stowe, solo se me ocurre un castigo peor que el matrimonio, y ese es un matrimonio en el que, si dejáis de agradar un solo día a vuestra mujer, esta puede ordenar que os ahorquen.

Fred meneó la cabeza y dejó el vaso sobre la mesa grande haciendo un ruido seco. Lo había dejado con demasiada fuerza. Luego miró a Miguel. Los ojos le echaban chispas.

—¿Por qué cada vez que os ocurre algo bueno lo mandáis al cuerno, capitán?

—¿Algo bueno? —preguntó el español—. Acabo de explicaros qué tiene de bueno casarse con la reina. Y podéis añadirle el que todo el mundo os envidie y paséis a ser objeto de intrigas y confabulaciones.

Fred hizo caso omiso a esto último. Habló negando con la cabeza y con el puño derecho apretado.

—Tenéis una mujer increíble que, ignoro por qué, os ama. Una mujer preciosa, lista, que os divierte... Una mujer que ha demostrado que podría seguirnos por cualquier camino, incluso que podría luchar a vuestro lado, y a la cual no tendríais que ocultarle que somos o hemos sido piratas. La parte del trono de Inglaterra es secundaria. Pero cuando la podéis tener, al fin, a vuestro lado, haciendo las cosas bien y con el beneplácito de su madre, ¿la despedís para siempre? Tantos libros y tratados sobre las bondades del amor imposible, tanto *El Cortesano*, y *Diálogos de amor* y *Divina Comedia* — señalaba los estantes repletos de libros—, ¿han acabado por secaros el seso y no permitiros tomar la felicidad que se os regala?

Miguel no se enfadó por el tono empleado por su conmaestre. En su lugar, lo observaba con curiosidad.

—¿Por qué estáis tan furioso? —preguntó—. Pensé que era Inés la que os gustaba.

—Estoy furioso porque no sabéis apreciar la suerte que tenéis, porque os burláis de lo bueno, y porque habéis decidido egoístamente renunciar al trono de Inglaterra cuando con ello también renunciáis a poder darnos privilegios a

los que os hemos servido lealmente. Si fuerais rey y nos hicierais nobles o utilizarais vuestra influencia para darnos un título, yo podría cortejar a Inés como es debido, podría pedir su mano y casarme con ella como debí hacer cuando la tuve a mi lado, sin que ella tenga que huir, sin que ella tenga que renunciar a nada.

Miguel miraba a su conrtramaestre asombrado.

—¿Y de verdad creéis que por tener un título Braukings os daría la mano de su hija? Es más, ¿creéis de verdad que, si os convirtierais en un hombre como Walcott, Inés os seguiría amando? No os tenía por iluso, Stowe.

Fred apretó los dientes.

—Acaso sea un iluso, pero al menos no alejo de mí todo lo que me importa para así no tener nada que perder, nada que me exija luchar por conservarlo.

Miguel dio un último trago a su segundo vaso, lo dejó en la bandeja, se cruzó de brazos y miró a su conrtramaestre.

—¿De veras crees que hago todo esto por mí? ¿Que estoy siendo egoísta?

No hacía falta que Fred contestara. Se lo había dicho muy claro.

—Fred —dijo Miguel en tono conciliador—, Inés y Victoria pertenecen a un mundo en el que lo tienen todo: bienes, seguridad, cultura... Están en lo más alto, están en el mundo en el que tienen que estar y, si las dejamos, serán felices allí. Pero, no, vos consideraréis mucho más loable el traerlas a nuestro mundo de piratería, asesinatos, muertes y traiciones. Consideráis que lo correcto es hacerles renunciar a una familia, a la seguridad de un hogar, a poder tener hijos y criarlos a su lado. —Fred fue a interrumpir, pero Miguel no se lo permitió—. Porque, por más que yo fuera rey de Inglaterra y tú un Walcott cualquiera, con nosotros ellas volverían a esta vida que llevamos. Volverían a ser piratas. Volverían al mar. Nunca renunciarían a la *Hermosa Negra*. Y lo sabes, Stowe. Si nos acercamos a ellas..., ellas jamás serán felices con otra vida que no sea la de los dos meses de travesía a Cabo Verde y a Burnmouth. Siempre soñarán con eso y no lograrán rehacerse. Y se merecen algo mejor. Se merecen algo mejor que tú y que yo. Y estoy dispuesto a sacrificar esa felicidad que dices que me regalan por la felicidad de Victoria. Pensé que tú serías capaz de lo mismo por Inés.

Cuando Miguel terminó de hablar, se hizo el silencio en el comedor. Fred estaba inmóvil junto a la mesa, con los puños y los dientes apretados,

mascando la realidad de lo que su capitán le acababa de decir, aquella realidad que él ya intuyó en *El Miguel*, regresando de Cabo Verde: que él no se merecía a Inés, y que ella podría ser mucho más feliz con otro.

João tomó el vaso de Miguel de la bandeja y se lo dio al capitán. Luego se acercó a la mesa ovalada, tomó el vaso de Fred y se lo ofreció. Y entonces, el tremendo hombretón dijo con su acento portugués:

—Entonces brindemos por eso, capitán. Brindemos porque no os hayáis equivocado y las dos jóvenes logren ser felices sin vosotros dos.

Miguel accedió al brindis y levantó su vaso. Fred se mantenía con las mandíbulas apretadas.

—Por la felicidad de lady Braukings y de lady Dudley —dijo el capitán.

Y Stowe, con los dientes aún apretados, levantó el vaso para brindar por su Inés y porque fuera feliz sin él.

En la casa de los condes de Frieson se libraba una batalla. La noche anterior habían llevado a Inés hasta allí con grilletes. El conde les había dicho a los guardias que la condujeran hasta su habitación, la cual habían fortificado con rejas de acero en las ventanas y un tremendo cerrojo en el lado de fuera de la puerta. Allí le esperaban a la condesa un balde humeante de agua con sales y un precioso vestido de seda granate, con zapatos forrados a juego. Le quitaron los grilletes y la dejaron allí con una sirvienta para que la ayudara. Y entonces empezó la función. Inés se dirigió a su escritorio, tomó su libro de latín, que aún permanecía con la marca de por dónde iba leyendo, y lo lanzó contra la puerta. El libro pasó a una pulgada de la sirvienta, que dio un grito y comenzó a aporrear la puerta pidiendo que la dejaran salir. En el tiempo que tardaron en abrir y sacarla, Inés ya se había deshecho de prácticamente toda su librería lanzándola contra la sirvienta, y fallando por media pulgada. Después continuó con las esculturillas de los santos, el hermoso joyero, los candelabros... Todos los objetos de su habitación se estrellaron contra la puerta que mantenía presa a aquella fiera. La puerta se entreabrió alguna vez, algún valiente con intención de acallarla, pero el frasco de perfume volando lo obligó a cerrarla de nuevo. ¡Cras! Como los aceites, los zapatos y la palangana. Todo se estrelló contra aquella puerta y fue conformando una pila de fragmentos rotos frente a ella. Y, cuando ya no quedó nada que lanzar y romper, Inés regresó hasta la puerta a recoger los objetos que no se habían roto, o los fragmentos más grandes, caminó hasta el

escritorio y se dedicó a lanzarlos de nuevo. Estuvo lanzando cosas contra la puerta hasta que dejó de oírse ruido al otro lado. Entonces se tumbó en la cama, tratando de dormir sin conseguirlo. Extrañaba el movimiento del barco, el arrullo del mar, las voces de las piratas en la cubierta de artillería, y extrañaba a Victoria. Ya no bastaba abrir una puerta para verla. Ya no podía abrir ninguna puerta, pues estaba encerrada allí. Su prisión, a pesar del balde de agua, de los libros, los juegos y las joyas, seguía siendo una prisión. Y entonces pensó en las chicas, en que estarían en una fría mazmorra, probablemente en la Torre. Y rompió a llorar. Se cuidó mucho de llorar bajito, sin que nadie pudiera oírlo. Y solo después de llorar durante una hora, cuando estuvo convencida de que todo el mundo dormía, se dirigió a la ventana a comprobar los barrotes. Trató de moverlos. No iba a ser fácil. Y menos sin ningún instrumento para picar alrededor. Suspiró con tristeza. Entonces miró el balde de agua, que había dejado de humear hacía horas, se quitó los brazaes que le hicieran las gemelas y se desnudó. Se metió dentro. El agua estaba fría, pero no le importó. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Permaneció así un rato hasta que empezó a toser, y comprendió que enfermaría allí dentro y enferma no lograría nada. Salió, se secó y volvió a vestirse sus pantalones de pirata y su camisa, y su jubón-corsé atado delante, y los brazaes. Se tumbó en la cama y, cerca del amanecer, se durmió.

Al día siguiente, la despertó el ruido del cerrojo al abrirse, y de nuevo la sirvienta entró temblorosa con la bandeja del desayuno.

—¡Márchate! —bufó Inés, y la joven no se lo pensó dos veces.

Algo más tarde, volvieron a abrir la puerta lo justo para poder meter la bandeja y dejarla en el suelo. Había pan tostado, mantequilla, leche, mermelada, té y una naranja. Inés caminó hasta la puerta y examinó lo que habían llevado a la habitación. Había un cuchillo de untar, pequeño y sin filo, pero le serviría. Tomó la bandeja, la llevó hasta su cama, y había comenzado a mordisquear el pan cuando volvió a sonar el cerrojo. Por la puerta entreabierta Inés vio el rostro de su padre. Entonces aprovechó todo el repertorio de cacharritos nuevos que le habían traído para lanzárselos: la taza de té, la tetera medio llena, el cacharro de la mantequilla, el cuenco de la mermelada, el plato de pan. El conde cerró rápido y las piezas de la vajilla se estrellaron contra la puerta haciéndose añicos. Este nuevo arsenal era más divertido. Y ya nadie más volvió a molestarla en toda la mañana, de modo que Inés aprovechó para dormir. Tenía que reponer fuerzas, y descansaba

mejor de día que de noche por el hábito adquirido en la *Black*. La *Black*..., ¿dónde estaría su preciada carabela?

Cuando se despertó cerca del atardecer, su madre estaba en la habitación. Había entrado mientras ella dormía y la observaba pegada a la pared, junto a la puerta. Al ver que Inés se despertaba, su madre se encogió. Estaba asustada, muy asustada. Inés suspiró y se incorporó hasta quedar sentada en la cama. Entonces, con calma, le dijo a su madre en español:

—¿De qué tenéis miedo?

A la condesa le costó entenderla al principio. No se esperaba que su hija le hablara en español. La mujer intentó contestarle en el mismo idioma, pero las palabras no le salían.

—¿Creéis que le haría daño a mi madre? —añadió entonces la joven pirata.

La condesa negó con la cabeza, y por fin optó por contestar en inglés:

—No lo sé, Inés. Tampoco te creía capaz de golpear a Jenny con los libros, ni te creí capaz de huir de casa, ni mucho menos te creí capaz de asesinar a gente como lo hiciste.

—Si hubiera querido golpear a Jenny, no habría fallado —contestó Inés en inglés, al ver que su madre había renunciado a su lengua—. En cuanto a lo demás..., supongo que nunca me conocisteis demasiado.

La niña se levantó y, al hacerlo, sobresaltó a su madre, que tanteó la puerta.

—Descuidad, madre. Solo quiero estirar un poco las piernas. No tengo demasiado espacio aquí.

Se sacudió la ropa y paseó hasta su escritorio, vacío —todo lo que hubiera en otro tiempo ahora estaba apilado hecho añicos frente a la puerta—. Su madre la observaba. Inés se dirigió luego a la ventana y miró los navíos ascender por el Támesis. Vio las velas blancas de *El Miguel* y su corazón le dio un vuelco. No hacía ni un año acostumbraba a mirar por aquella ventana, a soñar con que navegaba en aquel navío sin poder siquiera imaginar cómo el hacerlo cambiaría su vida. Ahora el navío ya no le traía a la mente fantasías y viajes lejanos. El navío era Fred, Frederick Stowe, y el deseo ferviente de volverlo a ver, unido a la casi certeza de que aquello no ocurriría, le dolió como si la estuvieran quemando. Trató de apartar esos pensamientos de su cabeza, se volvió, se sentó en el alféizar y sonrió a su madre.

—Ya sé por qué me odias, madre —le dijo entonces con una dulzura que chocaba con el contenido de sus palabras—. El día que nos separamos,

cuando me dijiste que nunca querías verme..., yo... —negó con la cabeza— no te entendí. Me dijiste que no sabía nada de la vida, y tenías razón. Pero ya la entiendo. A la vida, quiero decir.

Su madre la miraba temblando, sin atreverse a contestar. Inés prosiguió.

—Sé lo que hiciste. Sé que solo aceptaste casarte con Sigfried por mí, porque estabas encinta y sabías que, como la hija de una esclava, me esperaban los peores males. Tú eras fuerte. Tenías un espíritu rebelde, como el mío. Pero te dio miedo lo que me ocurriría a mí y por eso te rendiste. Es eso, ¿verdad? Accediste a casarte con un hombre al que aborreces, accediste cada noche a ser el objeto de su deseo, accediste a esta prisión... Y al final, no has podido evitar culparme de todo ello. Porque, a no ser por mí, habrías preferido la muerte.

Su madre había roto a llorar en silencio. En un hilo de voz le contestó:

—Nunca te he odiado. No es verdad que no quisiera verte... Siempre has sido lo único que he amado de esta vida. Y la idea de que regresaras ha sido lo único que me ha mantenido viva a mí.

Inés sonrió, sintiendo que un nudo muy viejo y casi olvidado se aflojaba dentro de su alma.

Entonces su madre añadió entre lágrimas:

—Por eso he venido a pedirte que te laves y te vistas... A pedirte que te comportes como la doncella que sabes ser... He venido... He venido soñando con que todo lo que me han dicho de ti sea una mentira y pueda encontrar a mi hija, soñando que todo vuelva a ser como antes.

Inés sonrió con condescendencia.

—¿Que todo vuelva a ser como antes? —preguntó escéptica—. ¿Las dos esclavas? ¿Por qué no lo hacemos al revés?

La condesa la miró sin entender.

—¿Por qué no nos escapamos las dos? Seguro que, si pides que nos abran la puerta, lo hacen sin preguntar. Y yo cuidaría de ti, de que nada te ocurriera. Te protegería. Y ellas también. Ellas te gustarían, madre.

—Las... ¿las otras piratas?

Inés asintió sin prestar atención al gesto de pavor de su madre y continuó pensando en voz alta:

—Y tal vez..., tal vez podríamos regresar a España. ¡Acaso podríamos buscar a mi padre! ¡Al de verdad!

La joven caminó hasta la mujer que estaba deshecha en lágrimas y le puso la mano en el hombro.

—Huyamos juntas —le propuso con suavidad.

Su madre alzó la vista para mirarla. Su hija ya estaba tan alta como ella y cada día se parecía más a ella. Tenía las pestañas muy negras y largas y parecía que se había pintado los ojos con kohl. Pero la nariz... era la de su padre. Huir... Huir era absurdo. Era imposible. En un hilo de voz logró contestarle a Inés:

—Aquí estás segura. Aquí lo tienes todo. ¿Acaso no te importa nada tu vida? ¿Todo lo que te he conseguido?

Inés sonrió y regresó hasta la ventana a mirar cómo *El Miguel* recogía las velas. En algún lugar, alguno de aquellos puntitos sería Fred.

—Hay vidas que no merece la pena vivir —contestó entonces sin volverse hacia su madre.

—¿Y qué vidas sí lo merecen? ¿Merece la pena vivir como una pirata, asesinando y robando a la gente, haciendo las atrocidades que dicen que has hecho?

Inés se encogió de hombros y caviló unos instantes. Después contestó, aún mirando los barcos:

—No lo sé. Supongo..., supongo que depende de cada persona. Para algunos, lo que tu esposo hace es asesinar a la gente, mientras que para otros es impartir justicia. Para los negros que se lleva «el tío John» en su navío lejos de sus casas, a venderlos al otro lado del mundo, él es mucho peor que un asesino, mientras que para la reina y casi todos los ingleses, Hawkins es un héroe. ¿Qué vida merece la pena? —Por fin se volvió a mirar a su madre —. No lo sé. Pero se me antoja que debe ser aquella en la que eres libre para estar con aquellos a quienes amas, aquella en la que no los abandonas nunca, nunca.

Su madre tuvo que limpiarse la nariz con el dorso de la mano y secarse las lágrimas. Inés miró a su alrededor, vio el vestido granate, le rasgó un trozo de falda y se lo acercó a su madre para que pudiera sonarse.

—¡Has roto tu vestido! —exclamó su madre con gesto de horror.

Inés se lo tendió y la mujer se sobrecogió, asustada, y no lo tocó. Entonces Inés bajó la mano y suspiró:

—Madre, no me voy a bañar ni a vestir porque voy a escaparme de aquí, y este vestido no me serviría de nada adonde iré. Tarde o temprano, hoy o dentro de diez años, aunque me cueste la vida. Me habría gustado llevarte conmigo, me habría gustado que me entendieras, pero... no aspiro a tanto.

Se oyó un carruaje detenerse bajo la ventana, y llamaron a la puerta. Entonces se oyó la voz de Jenny gritar:

—¡Señora!, ¡ha llegado el señor Walcott!

Inés sonrió con fingida alegría.

—¡Mi prometido! ¡No le hagáis esperar!

Y mientras su madre aprovechaba para escaparse de la habitación, la joven pirata se agachó al suelo a recoger el azucarero de plata que no se había roto y que haría un buen arma arrojadiza.

La madre de Inés se alejó de la habitación y salió a recibir al lugarteniente de su esposo. El joven la saludó con una inclinación de cabeza y le besó la mano.

—¡Oh, Robert! —lloró lady Braukings—. ¡No sé qué hacer con ella! ¡Está tan cambiada...! ¡Su mirada... me asusta! ¡En verdad que la creo capaz de hacer lo que dicen que ha hecho!

—Lo sé —suspiró él—. Dejadme a mí.

La condesa lo detuvo asiéndole por el hombro.

—Tened cuidado con ella, os lo ruego.

Walcott llamó a la puerta antes de entrar. Inés sonrió ante la ironía. Como si ella pudiera abrir. Oyó el cerrojo y preparó el azucarero. Esta vez no tenía intención de fallar. En cuanto Robert se asomó, se lo lanzó con la misma precisión con la que lanzaba los cuchillos. El joven apenas sí pudo defenderse con un brazo. Entonces se abalanzó hacia Inés para sujetarla al tiempo que exclamaba un: «¡Os habéis vuelto loca!». Inés se sacó el cuchillo de untar, pero Robert llegó antes de que ella pudiera blandirlo y le sujetó la muñeca derecha al tiempo que le descargaba un bofetón.

—¿Creéis que me habéis hecho daño? —preguntó ella.

—Sé que no —masculló él arrancándole el arma inocua—. Pero sí conozco bien qué es lo que os hace daño. ¿O habéis olvidado que estaba delante cuando murió la tal Rosalyn?

Inés sintió como si el oficial le hubiera clavado el maldito cuchillito en el estómago. Entonces Walcott la empujó hacia la cama para que se sentara e Inés permaneció allí.

—Sé que lucháis y os resistís porque ellas aún están vivas —explicó él —, pero, Inés, aunque desconozco la fecha sé que las van a colgar, a todas. Y vuestra absurda lucha no las va a ayudar. ¡Rendíos de una vez y hacedlo de verdad! Entended que vuestro juego ya se ha acabado. Dad gracias por no compartir el patíbulo con ellas y empezad de nuevo.

Inés apretó los dientes con fuerza.

—No sabes nada de mí si crees que agradezco el estar aquí en lugar de estar con ellas en el patíbulo.

Walcott se agachó para estar a su altura.

—Como queráis, lady Braukings. Luchad unos días más. Sé que vuestra lucha y este espíritu aparentemente irreductible acabarán cuando ellas mueran.

Se irguió de nuevo.

—Y confío en que, para entonces, habréis encontrado una nueva razón para vivir, acaso una vida nueva, una familia, tener hijos. Porque no sé si lograré haceros feliz algún día, Inés. Pero os puedo asegurar que vos me vais a hacer feliz a mí, me cueste lo que me cueste.

Y abandonó la habitación, atrancando el pesado cerrojo.

«Estúpida, estúpida —pensó la pirata—. ¿Cómo has podido dejarte llevar y mostrarle el cuchillo de la mantequilla?». Suspiró. Tenía que buscar una herramienta nueva para intentar arrancar los barrotes. Acaso Walcott tuviera razón y su espíritu se apagaría el día en que murieran las chicas. Pero aún no estaban muertas. Aún no.

Estaba oscuro, húmedo y hacía frío en la mazmorra de abajo de la Torre y las mujeres se apretaban entre ellas para darse calor. De vez en cuando alguna rata procuraba acercarse a ellas buscando esa misma calidez, y Simonette trataba de pisarla o apartarla a patadas. También de vez en cuando se oía algún alarido de las salas de interrogatorio, situadas tan solo un piso más abajo, y las mujeres se apretaban más.

—¿Qué nos van a hacer? —preguntó Jerusha en un hilo de voz después de escuchar un lamento agónico.

Bert la abrazó con fuerza.

—Nos van a colgar, por piratas —masculló Simonette.

—Sí —repuso Charleen escupiendo las palabras—. Parece que nos van a colgar a todas, ¡menos a las oficiales! ¡Maldita Shatidje! ¡Nos la ha jugado bien!

—Si ella estuviera aquí, nos colgarían igual —contestó Emily—. Es mejor que al menos ella haya logrado huir.

—¿Y nuestra capitán? ¿Y nuestro segundo de a bordo? ¿Dónde están? —prosiguió Charleen—. ¡Lady Dudley y lady Braukings! ¡Las conocían por

sus nombres y nosotras no! Ahora estarán tomando té mientras nosotras nos pudrimos en este agujero.

—¡Déjalo ya, Charleen! —habló entonces Ruth, y todas la miraron, por cuanto eran las primeras palabras que decía la judía desde que las apresaron —. Es cierto que a los nobles no los cuelgan, los decapitan, pero la pena por traición es que los desmiembren vivos, y no sabemos si a la capitán y a Inés las han acusado o no de traición. Y la que me correspondería a mí por hereje es morir en la hoguera. No te cambies tan rápido por los demás. La horca no es lo peor.

Charleen rechinó los dientes.

—Pues yo no quiero morir, ¿lo entiendes?

—¿Y crees que las demás sí? —preguntó Bert.

—No quieres morir, no te haces pirrata —sentenció Úrsula.

—Ssshhh —chistó Helen.

Se oían pasos que se aproximaban. Se oyó la llave girar y se abrió la puerta. Entonces el carcelero empujó adentro a una figura con la cabeza cubierta por un saco de tela. Simonette la destapó.

—¡Glenné! —exclamaron varias al ver a la pastora.

La mujer sonrió, y a su sonrisa le costó encontrar un hueco en aquel rostro anguloso.

—No iba a perderme esta reunión.

Miró a su alrededor. Algunos semblantes sonreían con tristeza, otros eran máscara del miedo. Pero no encontró el que buscaba.

—Veo que aún no tienen a Shatidje. ¡Bien por ella!

Y como nadie contestó, la pastora suspiró y les dijo:

—¿Por qué no rezamos juntas y nos arrepentimos de nuestros pecados? Creo que todas tenemos unos cuantos.

Las mujeres asintieron y se acercaron a la pastora que había comenzado a recitar el padrenuestro. Se cogieron de las manos y rezaron juntas en una sola voz, como cuando cantaban para recoger las velas.

La reina tejía sola junto a una ventana. No tenía ganas de fiesta, ni de música, ni de la algarabía de la corte. Ni siquiera tenía ganas de escuchar los chismes de sus doncellas tejiendo a su alrededor. De modo que había tomado su telar y se lo había llevado a la pequeña habitación en la que se entrevistara con su hija. Tejía junto a la ventana cuando la avisaron de la llegada de

Sigfried Braukings, conde de Frieson. Isabel dio orden de que le permitieran pasar y el conde, seguido por el secretario real, entró en la sala.

Braukings caminaba con el ceño fruncido y un papel en la mano. A Isabel se le antojaba que aquel hombre tenía el aspecto de un rollizo perro de presa y trató de visualizarlo sonriendo, pero no fue capaz. Braukings hizo una reverencia y le tendió el papel a la reina. La reina tomó unos quevedos que su secretario se apresuró a acercarle y lo miró.

—Aquí está la lista de nombres de las piratas que ejecutaremos.

Isabel la leyó y arrugó el entrecejo.

—Es una lista muy larga, almirante.

—No vamos a ahorcar ni al capitán ni al segundo de a bordo y, considerando que alguien robó los cuerpos del navío y no hemos dado con Shatidje, probablemente tampoco al contramaestre. Necesitamos una lista larga.

La reina alzó la vista del papel y miró al conde.

—Por vuestro tono de voz no parece que os alegréis de que vuestra hija no esté en esta lista, Braukings.

El hombre apretó los puños.

—Yo no tengo una hija —masculló.

Isabel se apartó los quevedos, le pidió a Braukings que lo esperara en aquella sala y caminó hacia la puerta. Cuando se disponía a salir, se giró de nuevo hacia el conde y le dijo:

—Hasta en los oficiales de más alto rango la piedad es una virtud, lord Braukings.

Y se marchó de la sala, seguida por el secretario.

La princesa, vestida de nuevo como la dama que era, leía en silencio junto a la ventana el libro de poesía que le regalara Miguel. Volvía a estar en su cámara, si bien dos guardias la vigilaban día y noche. Cuando la reina entró, los soldados inclinaron la cabeza. Victoria se puso en pie y aguardó junto a la ventana sin decir nada. En sus ojos azules había una nube de tristeza y algo en su aspecto la asemejaba a una flor marchita.

La reina se le acercó y le tendió la lista que le había dado Braukings hacía tan solo unos minutos, pero Victoria no alargó la mano a cogerla.

—¿Quiénes son los cabecillas? —preguntó Isabel.

Victoria mantenía la vista en la ventana. Tardó en responder:

—Lady Braukings y yo, ya lo sabéis.

—¿Quién es la contraamaestre? —preguntó la reina.

Preguntaba rápido, de manera inquisitoria. Victoria la miró al fin y le sonrió con desprecio:

—No capturasteis a la contraamaestre.

La reina estudió a su hija con dureza.

—Victoria, esta es la lista de las personas que van a ahorcar. No quería ejecutarlas a todas.

La pirata miró el papel de reojo sin prestarle aparente atención.

—Pues entonces no lo hagáis.

La reina terminó por rendirse y retiró la mano en la que sostenía la lista.

—Victoria, a estas mujeres las has condenado tú, no yo. No lo olvides.

Y se dio la vuelta para regresar con Braukings. Las palabras de su hija, pronunciadas con voz gélida, la detuvieron:

—Pues ahorcadme a mí entonces.

La reina se volvió a mirarla, a estudiar de nuevo a su hija.

—No me arrepiento de lo que he hecho —prosiguió la princesa—. Tan solo lamento traicionarlas ahora no estando donde debería estar: junto a ellas.

La reina apretó la mandíbula y miró el papel que tenía en la mano. A continuación se volvió hacia una mesita que había cerca de la puerta y lo dejó allí.

—Si quieres salvar a alguna, házmelo saber —contestó con severidad.

De nuevo la voz de su hija la detuvo:

—¡Te lo suplico! —había comenzado a llorar, pero mantenía una pose digna, de princesa, con la barbilla temblorosa bien alta—. ¡Dejadme morir con ellas! ¡Por favor!

La reina se volvió de nuevo hacia la puerta y entonces Victoria cayó de rodillas llorando desconsolada. Isabel no quiso mirarla. Se mordió el labio, apretó los párpados para no llorar ella también y se dispuso a salir. Solo cuando ya había alcanzado la puerta y estaba a punto de cerrarla, Victoria murmuró entre sollozos:

—Jerusha...

La reina se detuvo.

—Tiene ocho años —continuó la princesa—. Y Bonny... Bonny está embarazada de nueve meses.

La reina suspiró y regresó al interior de la habitación a buscar los nombres en el papel.

—Mary es mi camarera y no ha matado a nadie. Y ese último nombre que tenéis en la lista, Glenne, nunca ha pertenecido a mi tripulación. — Victoria lloraba tirada en el suelo—. Las demás..., elegid a las que queráis. Emily es gaviera, no pirata, como también son gavieras Sally y Madge. Y como ellas está Ruth, mi maestre, que no combatía, pero la colgaréis porque es judía...

Isabel iba buscando en la lista los nombres que Victoria pronunciaba. Al final miró a su hija y con tono de pesar le preguntó:

—De estas mujeres, ¿quiénes son las que estarían dispuestas a dar su vida por ti?

Al escuchar aquello Victoria rompió a reír, pero era una risa extraña, impregnada con toda la tristeza del mundo. Y entonces contestó:

—Todas, ya os lo dije. Por eso están aquí.

La reina asintió también con tristeza y salió de la cámara para regresar a la sala en la que Braukings esperaba. Al pasar junto a su secretario, que aguardaba en el pasillo, le dijo:

—Aseguraos de que lleven a lady Dudley a la Torre para que pueda ver las ejecuciones. Quiero que la lleven a la misma celda en la que estuve yo, y mi madre antes que yo. Y aseguraos de que no le falta nada.

Cuando la reina regresó junto a Braukings estaba furiosa.

—¿Me habéis dado una lista de condenadas con una niña de ocho años y una mujer embarazada? —le espetó.

—La niña es una de ellas. Hay rumores de que ha matado a dos oficiales a sangre fría. Y en cuanto a la embarazada... Siempre que se va a ajusticiar a una mujer, alega estar embarazada, majestad.

—Acaso sea cierto esto que decís —masculló la reina enfurecida—, mas creo que tenéis suficiente criterio como para distinguir a una que lo está de nueve meses. Y no puedo creer que os baste un rumor para colgar a una niña. Espero que el resto de vuestra investigación sea más sólida.

Le entregó el papel de nuevo golpeándolo contra su pecho.

—Quiero que os llevéis esta lista y regreséis con una que contenga la mitad de los nombres. Preguntadle a vuestras fuentes, interrogadlas a ellas, o sorteadlo, me da igual. Pero no ejecutaré a más de la mitad. Y aseguraos de que Jerusha, Bonny, Mary y Glenne no estén en esa lista.

El día después de aquel en que Inés trató de convencer a su madre para que huyeran juntas, Robert Walcott volvió a aparecer en casa de los Braukings a mediodía. Cuando la joven oyó el carruaje detenerse tomó un libro y se apostó detrás de la puerta con la intención de abrirle la cabeza con un canto. Pero por mucho que Inés fuera diestra en el combate cuerpo a cuerpo, sin un cuchillo no tenía nada que hacer contra Robert. El hombre se defendió del golpe, la empujó contra el suelo, la izó de la camisa y la empujó contra la pared como si zarandeara una muñeca de trapo.

—¿Vais a recibirme así a diario? —masculló ahogándola con su antebrazo.

Inés no pudo contestar hasta que él aflojó.

—Confío en que no haga falta —logró decir entonces—, que entendáis que vuestra presencia no me es en absoluto grata y así ceséis vuestras visitas.

Él la dejó caer al suelo, la agarró del cabello y la arrastró hasta la silla del escritorio. Inés se agarraba el pelo para que no le tirara tanto.

—Perdéis el tiempo —contestó él.

Giró la silla hasta ponerla mirando a la ventana y sentó a Inés allí, de espaldas a la puerta. Entonces llamó a la criada. La mujer, asustadísima, entró en la habitación.

—¡Recoged la sala ahora! —ordenó Walcott—. Lady Braukings no tiene intención de moverse de esta silla.

Jenny se fue a buscar a los demás criados y entre todos recogieron todos los objetos que había apilados junto a la puerta, el balde de agua y el vestido desgarrado. También aprovecharon para traerle una bandeja con comida — sin cuchillo, habría de comer con los dedos— y hacerle la cama.

Mientras ponían orden, Inés miraba por la ventana. *El Miguel* había zarpado, y con él la esperanza remota que guardaba la condesa en lo más profundo de su corazón de que Frederick Stowe trataría de rescatarla. ¿Dónde estaba el contramaestre? Inés no lo sabía. Pero sabía que había estado en Londres y no había intentado llegar hasta su casa. Tuvo que apartar la vista del puerto. Le dolía demasiado aquel abandono. Se concentró en su prometido, que aguardaba en pie, apoyado en la pared junto a la ventana, golpeando los guantes que sujetaba con la mano derecha contra la mano izquierda. Walcott había madurado. Tenía un brillo de arrogancia en sus ojos que lo hacía atractivo.

—Estos meses os han tratado bien —expresó la condesa en voz alta—. Os encuentro más apuesto. Lástima que seáis un hideputa.

Robert cesó en su manía de golpearse la mano con los guantes, miró a Inés, apretó la mandíbula y, antes de que la condesa pudiera darse cuenta, le fustigó con fuerza en la cara con los mismos malditos guantes de cuero. El golpe le escoció más que dolerle, pero le escoció mucho.

—*Milady*, ya que debo volver a educaros, comenzaremos por intentar que volváis a hablar como una dama.

—Sé hablar como una dama. No lo he olvidado. Es la compañía lo que no me invita a hacerlo.

Walcott se agachó hasta ponerse a su altura y, escupiendo las palabras, le dijo:

—Pues acostumbraos a mi compañía.

En efecto, al día siguiente, hacia el mediodía, volvió a detenerse un coche bajo la ventana de Inés. En cuanto la condesa lo oyó, se apresuró a empujar el pesado escritorio contra la puerta, se sentó en el suelo apoyando la espalda contra él y, cuando Walcott fue a abrir, ella lo empujó con todas sus fuerzas para que mantuviera la puerta cerrada. A su prometido le costó media hora larga lograr entrar en la habitación, pero lo logró, y le propinó una buena somanta de guantazos a Inés como castigo. Después la sentó en la silla, mirando el Támesis, y los criados entraron a arreglar la habitación y a recoger la bandeja con la comida del día anterior. Así Inés pasó a hacer una comida al día, pues nadie se atrevía a entrar sin Walcott. Tal vez por eso o porque en el fondo la incomunicación resultaba un castigo mucho más duro que los guantazos, Inés no volvió a bloquear la puerta.

Walcott mantuvo su ritmo de visitas diario, a veces a mediodía, alguna vez que no podía acercarse antes la visitaba por la noche, mostrando una perseverancia que Inés no le recordaba haber mostrado jamás, ni siquiera cuando pidió permiso al conde para cortejarla. Y por más rabia que le diera y aunque jamás lo admitiría, la joven pirata se pasaba las horas anhelando la visita de su prometido, porque durante ellas concentraba su mente en insultarlo y así no pensaba en Fred, ni en *El Miguel*, ni en que iban a colgar a sus chicas sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. A menudo, antes de que llegara el carruaje, la condesa anticipaba la visita ideando nuevas formas de provocar al oficial porque, a pesar de los guantazos, aquel había pasado a ser su único entretenimiento.

—Robert, considerando que seguís empecinado en casaros conmigo, acaso debierais saber que ya no soy una doncella —le espetó el quinto día.

Las palabras surtieron el efecto deseado. Walcott detuvo el movimiento de sus guantes e Inés se preparó para el golpe. Pero nunca llegó. En lugar de fustigarla, el oficial se dirigió al escritorio, tomó papel, tinta y pluma, y tendiéndole esta última a Inés le dijo:

—Escribid aquí su nombre para que pueda encontrarlo y matarlo.

Inés pensó un instante en Fred, en aquella primera noche juntos, pero se apresuró en apartar aquel doloroso pensamiento de su cabeza y mirar a Robert con asombro fingido.

—¿Su nombre? ¿Qué os hace pensar que solo haya sido uno?

Robert apretó los dientes. La criada que estaba haciendo la cama se santiguó dos veces.

—Porque aunque haya habido más, habrá sido uno solo el que os haya desflorado.

Inés sonrió. Sí, la matización era válida.

—Estáis en lo cierto. Lo de yacer con dos hombres a la vez lo dejé para más adelante. Lo que sí os puedo decir es que, si el primero me dijo su nombre, ¡pardiez que no lo recuerdo!

Al fin llegó el guantazo.

—No vais a libraros de mí, *milady*. Haré que os cosan y os desfloraré de nuevo.

¡Cómo escocían los malditos guantes! Por un instante le hicieron dudar sobre si seguir por aquel camino o no..., pero era demasiado divertido como para no hacerlo. Lo único divertido que tenía su vida en aquellos momentos.

—¿Y no os preocupa con tanto precedente no estar a la altura? Os advierto que ha habido algunos muy buenos.

Robert se agachó hasta ponerse a su altura, como hacía siempre que se disponía a terminar la conversación, y con frialdad cínica le respondió:

—¿Y qué os hace pensar que me importará que vos disfrutéis?

Sí, Robert también era capaz de frases que escocían más que los malditos guantes de cuero.

Inés había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada allí — ¿eran doce o trece?— cuando Walcott subió a verla ya de noche y le dijo que esa noche se vestiría y bajaría a cenar con sus padres y con él. Inés tenía hambre. Se había acostumbrado a tomar una comida al día, pero habían

pasado muchas horas desde que Walcott la visitara a mediodía el día anterior. No obstante, no tenía la menor intención de dar su brazo a torcer.

—Os agradezco vuestra invitación, pero no tengo apetito —contestó.

—No os estoy invitando. —Entre dos sirvientes metieron el balde humeante en la habitación—. Le he hecho saber a vuestros padres que cenaréis con nosotros y vais a hacerlo. Es más, lo haréis y vuestro comportamiento será exquisito.

—Espero que hayáis traído otro par de guantes, Robert, porque vais a gastar esos antes de conseguir que os obedezca —contestó ella apoyándose en el escritorio con los brazos cruzados.

Walcott se paseó en silencio por la habitación.

—Pasado mañana, al amanecer, van a colgar a vuestras amigas —dijo él entonces.

Inés sintió un escalofrío. En aquellos trece días la *Black Shadow* se había vuelto algo lejano, ajeno a su día a día de encierro y guantazos. Ahora regresaba con toda su intensidad. Iban a colgar a sus amigas. Y ella, Inés, había dejado pasar los días sin hacer nada por evitarlo. Apretó los dientes y no contestó.

—Pensé que os alegraría saber que, finalmente, he conseguido que no cuelguen a Jerusha Bates. ¿La recordáis?

Inés lo fulminó con la mirada.

—Y por el momento —añadió él—, tampoco colgarán a Bonny MacEvans. No hasta que no dé a luz. Su Majestad ha entendido que la criatura que ella lleva en el vientre no tiene culpa ninguna de los crímenes de su madre.

Jerusha Bates y Bonny MacEvans. Era la primera vez que Inés escuchaba sus apellidos. Y se sintió aún más culpable al pensar que no los conocía, que no sabía los nombres de sus compañeras, aquellas que iban a morir mientras ella discutía sobre la cena.

—Mas, *milady*, cuando MacEvans alumbré, habrá que decidir su destino así como el de su criatura y el de la pequeña Jerusha. Y ¿averiguad qué? Yo me he ofrecido a ocuparme de su... corrección y su suerte.

Jenny había traído un hermoso vestido bordado en verde y negro con brocados en oro y lo había dejado sobre la cama. Robert lo tomó en sus manos y se lo tendió a Inés.

—¿No sería una lástima que MacEvans terminara en la horca y Bates fuera castigada con demasiada severidad o vendida como esclava? ¿No sería

absurdo que ocurriera algo así solo porque sois demasiado orgullosa como para acompañarnos en la cena?

Inés arrancó el vestido de las manos de Walcott.

—Es una lástima, Robert —contestó ella con voz hueca—. Cuando empezaba a pensar que el día en que huyere no precisaba mataros, me amenazáis con la vida de Jerusha. Ahora no me dejáis opción.

Walcott acercó los labios a la oreja de Inés y le susurró:

—Podéis fantasear ahora con matarme, como podéis hacerlo en nuestra noche de bodas. Soñad lo que queráis. Pero tened muy presente que solo van a ser fantasías. Porque la realidad es que me pertenecéis y, en cuanto hayan ahorcado a vuestras compañeras, fijaré la fecha para nuestra boda —se apartó, rozando el rostro de la joven con el suyo—. Y ahora, lavaos y vestíos. Jenny os ayudará.

La criada, que seguía mirando a Inés con pavor, esperó a que el oficial abandonara la habitación para ayudar a la condesa a desvestirse. Pero Inés no quería ayuda. Se quitó sus brazales, su corsé-jubón, la camisa y los pantalones y los dejó en el suelo. Cuando la criada los recogió Inés la agarró con fuerza de la muñeca.

—Podéis lavar la camisa y los pantalones, pero no permitáis que nadie los vea, pues mañana me los traeréis de regreso. Si los perdéis, os arrancaré el cabello.

La mujer asintió aterrorizada. Inés se metió en el balde de agua caliente y, cuando la sirvienta salió de la habitación con la ropa, rompió a llorar.

La cena terminó tarde. Robert y Sigfried estaban de buen humor. Hablaron de las ejecuciones, que se harían en el patio de la Torre, de la flota que había llegado a Bristol desde las Américas —habían llegado todos los navíos salvo dos naos y un galeón—, y luego la conversación derivó a otros temas de su oficio. La condesa observaba a su hija a cada instante. Inés no dijo ni media palabra y apenas sí cenó, pero estaba preciosa con el vestido. Y Jenny le había cepillado el pelo tan oscuro y se lo había dejado suelto, apartándoselo del rostro tan solo con unas horquillas de perlas. Su hija volvía a parecer la joven condesa de Frieson.

Un par de veces durante la cena, Robert tomó la mano de su prometida en un gesto que los condes confundieron con una muestra de cariño y ternura

hacia la que había de ser su esposa. Inés sabía bien lo que era: un recordatorio de que ella le pertenecía, de que él la estaba vigilando.

Cuando Inés regresó a su habitación y oyó cómo se cerraba el pestillo, corrió a llorar a la ventana. En la oscuridad de la noche vio *El Miguel* meciéndose en las aguas del puerto. ¿Habrían venido para ver las ejecuciones? Fred... Fred la había abandonado a su suerte. Se secó las lágrimas y se sentó en la cama. Jenny no estaba para ayudarla y ella no podría quitarse el vestido sola. Iba a ser un infierno dormir con él. Se estaba quitando el verdugado para al menos poderse tumbar cuando creyó oír un golpe suave en la ventana. El corazón le dio un salto, pero no se quiso hacer ilusiones. Escuchó. De nuevo otro. No se lo estaba imaginando. Corrió hasta la ventana y se asomó, soñando con ver a Fred. Pero no fue al contramaestre de *El Miguel* a quien se encontró. Al otro lado, encaramada en las ramas del castaño, estaba Shatidje. Inés sintió como si de pronto entrara más aire en sus pulmones, como si le hubieran aflojado el corsé, como si volviera a navegar con el viento en el rostro. Se apresuró a abrir la ventana y Shatidje, con cuidado de no caerse, trepó desde el castaño hasta el alféizar y se sujetó a los barrotes. La turca sonrió a la condesa y, mirando el interior de la habitación iluminada por una vela, le dijo a su amiga:

—No parece que estéis muy mal.

Inés negó con la cabeza y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de nuevo, si bien no sabía si era por la alegría de ver a su amiga, por el miedo a que ella la abandonara también y solo quedara Walcott, o por la impotencia que le producía el dar esa imagen de felicidad que no podía distar más de la realidad:

—¡Sácame de aquí, Shatidje! ¡Voy a volverme loca si no lo haces!

La turca sonrió y se sacó de una bolsita del cinto una cuña de hierro y un martillo.

—Esto hará ruido.

Inés entonces la detuvo.

—¡Aguarda!

Shatidje la estudió.

—Déjame la cuña. Iré soltando los barrotes. Pero no debo huir hasta mañana por la noche.

La turca meneó la cabeza sin entender.

—Si me escapo ahora —explicó Inés—, comenzarán a buscarme y alertarán a la reina. Doblarán la guardia y entonces no podremos rescatar a las

demás.

—¿Rescatar a las demás? —repitió la turca atónita. Entonces clavó sus ojos verde oliva en los de la joven y le dijo con severidad—: Inés, entre el valor y la inconsciencia solo hay un paso y tú estás a punto de darlo.

Inés sonrió con tristeza, pensando en cómo ella misma le habría dicho eso a Victoria, en la cantidad de veces que le había reprochado su temeridad. Luego miró al horizonte, a los palos de *El Miguel*.

—Una vez Fred me dijo que hay vidas que no merece la pena vivir. Y estaba en lo cierto, Sha —volvió la vista a su amiga—. Tú ve a buscar ayuda. Intenta subir a bordo de *El Miguel* y hablar con el capitán. Necesitaremos armas, pólvora y toda la ayuda que nos puedan brindar. Y mañana por la noche me sacarás de aquí. Salvaremos a las que podamos, Sha, o moriremos con ellas, pero yo no viviré habiéndolas dejado morir en la horca.

—¡Tienes razón! Mañana estaré de regreso y buscaremos la forma de salvar a las demás. ¡No desespere!

Inés sonrió. No, nada de desesperación. Al contrario. De pronto volvía a sentirse viva. Había recuperado la esperanza y supo que lo más difícil iba a ser que Walcott no se lo notara al día siguiente.

## CAPÍTULO XVII

A Shatidje no le resultó sencillo dar con el capitán Saavedra. En primer lugar, tuvo que robar un bote y remar hasta *El Miguel* sin ser vista, pero, una vez allí, Dorek salió a recibirla y le dijo que el capitán y los oficiales no estaban a bordo, que habían salido a tomar un trago, y se negó a decirle dónde. Shatidje remó de regreso, furiosa, y entró en varias tabernas del puerto. No estaban en ninguna y Londres es muy grande. Finalmente, preguntando a marineros, cocheros y un mendigo, descubrió el nombre de la taberna a la que habían ido, en el interior de la ciudad. Cuando llegó, pasada la medianoche, Shatidje estaba de un humor de perros.

La taberna era una casa grande de madera y, en cuanto la turca entró, pudo ver por qué les gustaba. Había dos chimeneas alimentadas con los troncos de pico, de modo que hacían dos enormes fogatas que caldeaban el ambiente aún frío de finales del marzo inglés. Cuatro camareras a cual más hermosa atendían las seis mesas corridas, limpias y alumbradas con candelabros y, tras el mostrador, estaba la mujer que regentaba el negocio: una puta jubilada que aún conservaba algo de su atractivo. Tras ella, en la pared, había una pirámide de toneles de vino apilados y otra de barriles de cerveza. Olía a alcohol, a barrica, a lumbre y a perfume de mujer.

Shatidje no tardó en encontrar a la tripulación de *El Miguel*, pues eran los únicos clientes que quedaban en el local. La mayoría estaba sentada alrededor de una mesa. Shatidje vio a Fred, sentado de espaldas en ese mismo banco, con una camarera pelirroja sobre sus rodillas, a la que besaba el escote. Miguel estaba en otro banco, también sentado, y una camarera morena y menuda estaba sentada en su mesa, delante de él, escuchando el poema que él le recitaba. Miguel recitaba en español y ella debía de ser una compatriota, pues parecía entender lo que decía y le escuchaba complacida. La voz dulce y envenenada del capitán y el ritmo del poema producían una melodía casi musical, que sobresalía por encima de los murmullos de los otros piratas y del crepitar del fuego.

*Tanta es, niña, mi ternura  
que no reconoce igual.  
Si tuvieras un caudal  
comparable a la hermosura  
de ese rostro que bendigo,  
me casaría contigo.*

*Eres mi bien y mi norte,  
graciosa y tierna, Clarisa,  
y a tener tu menos prisa  
de llamarme tu consorte,  
pongo al cielo por testigo,  
me casaría contigo.*

*¿Tú me idolatras? Convengo.  
Y yo que al verte me encanto,  
si no te afanaras tanto  
en saber qué sueldo tengo  
y si cojo aceite o trigo  
me casaría contigo. [...]*

Shatidje comenzó a caminar entre las mesas. Clavos la vio y le hizo un gesto a Fred, que se apresuró a empujar a la camarera que tenía en sus rodillas, tirándola al suelo, y se giró para poder ver a la turca. Shatidje ni lo miró, solo dijo con voz ronca al pasar a su lado:

—No te molestes, Fred. Ya te había visto.

Miguel seguía recitando, con la mano de la camarera entre sus manos.

*Si después de estar casados  
en lugar de rica hacienda  
no esperase la prebenda  
de tres voraces cuñados  
y una suegra por castigo  
me casaría contigo.*

*Si conjurando la peste*

*que llorar a tantos veo,  
virtudes que en ti no creo  
de cierto signo celeste  
me pusieran al abrigo  
me casaría contigo. [...]*

A medida que continuaba el poema, el rostro de la camarera se iba tornando en uno de suspicacia y sus cejas se iban curvando en un ceño fruncido. Shatidje había llegado hasta su mesa. Miguel terminó:

*Prende a otro novio en tu jaula  
y Dios te dé mil placeres  
porque yo, que sé quién eres,  
y he conocido la maula  
sin rebozo te lo digo:  
No me casaré contigo.*

Cuando el capitán terminó el poema, la camarera, airada, tiró de su mano para soltarse y se marchó de allí echando pestes. João, que estaba sentado junto al capitán, soltó una risotada. Shatidje aguardaba de pie junto a la mesa con los brazos cruzados. Por fin Miguel se dirigió a ella:

—Me alegra veros libre y a salvo —le dijo entonces—. No deberías estar en Londres. Es peligroso.

Shatidje apretó la mandíbula. Había muy pocas cosas en la vida que le resultaran más difíciles a la turca que pedir un favor. Y una de ellas era pedirselo a Miguel. Soltó los brazos y los dejó caer a los lados de su cuerpo.

—He venido a pedir os ayuda —dijo con su franqueza habitual.

Miguel sonrió y señaló el banco que había al otro lado de la mesa.

—Por supuesto —dijo el pirata—. Por la deuda que contraje con vuestro padre podéis tener la tranquilidad de saber que nunca os faltará nada.

Shatidje miró un momento a João, y este entendió lo que la turca quería. Se puso en pie y se marchó a la mesa en la que estaban los demás, dejándolos solos. Shatidje se sentó donde había indicado el capitán y, echándose hacia adelante en la mesa para no tener que alzar la voz, le dijo:

—No necesito nada para mí. Lo que necesito es vuestra ayuda para liberar a la tripulación de la *Black* antes de que la cuelguen.

Miguel respiró hondo. Por supuesto que sabía que la turca se refería a «esa» ayuda.

—Shatidje —contestó—, por buenas chicas que sean, la tripulación de la *Black* son piratas y sabían que el castigo a la piratería es la horca. No pondré en peligro a mi tripulación ni los expondré por ellas. Como contramaestre que sois, deberíais entenderlo.

Shatidje apretó los dientes. Por supuesto que lo entendía. Ella jamás habría movido un dedo por otro hombre de la tripulación de *El Miguel* que no fuera su padre y, desde luego, nunca habría puesto en peligro a sus chicas. Pero Inés le había pedido esto. Y necesitaban ayuda. Probó por otros derroteros.

—¿Y qué hay de Victoria? Vos tenéis acceso a palacio. La podríais ayudar a escapar. Luego nosotras buscaríamos la manera de...

No supo cómo continuar la frase. Tampoco hizo falta. Miguel meneó la cabeza con su sonrisa burlona.

—¡Ignoro por qué todo el mundo comete el error de creer que yo quiero a Victoria libre! —exclamó, y aquella afirmación sin tapujos ni pomadas sorprendió a la turca, que apretó la mandíbula—. En primer lugar —se explicó él—, está a salvo donde está; en segundo lugar —se tocaba los dedos mientras contaba—, ni siquiera sabéis si ella quiere que la rescaten y, en tercer lugar —se echó hacia adelante para que Shatidje lo escuchara bien—, aunque ella deseara abandonar la deliciosa vida que le espera en la corte, quien desde luego no la quiere fuera de la corte interponiéndose en mis asuntos soy yo.

Shatidje asintió con tristeza. Estaba todo dicho entonces. Pero Miguel volvió a echarse sobre la mesa hasta quedar muy cerca de ella y le susurró:

—Vamos, Shatidje. Me decepcionáis. Os consideraba más inteligente. ¿De veras creéis a Walcott capaz de idear un plan para atrapar a la *Hermosa Negra*?

Los ojos de Shatidje se abrieron desmesuradamente. Miguel volvió a alejarse hasta quedar sentado en el banco y añadió en su tono de voz habitual:

—Mi única preocupación en ese navío erais vos. Y habiendo estado tan despierta como siempre, y habiendo logrado huir, ya nada me obliga a ayudar a las demás.

Shatidje permanecía inmóvil, clavada en el banco, con la mandíbula apretada y la mano sobre la empuñadura de su alfanje. Miguel se asomó bajo

la mesa y vio dónde tenía puesta la joven la mano. Meneó la cabeza y chascó la lengua con desaprobación.

—Shatidje, no hagáis de esto un drama —dijo, y colocó encima de la mesa la espada envainada que hasta aquel momento había descansado a su lado en el banco—. Los dos pensamos de manera parecida, y vos ya sabíais que perdíais el tiempo buscándome. Por eso no lo habíais hecho antes. Por eso habéis agotado todas las vías antes de venir a mí.

Shatidje apretaba tanto los dientes que le dolía la boca. Se puso en pie y, sin decir ni media palabra, se dio la vuelta y se marchó. Fred la siguió cuando pasó a su lado y la detuvo cerca de la puerta.

—¿Has perdido el juicio que te quedaba? —la recriminó él—. ¿De veras pretendes salvarlas tú sola?

Shatidje tuvo que aflojar la mandíbula para poder contestar.

—Cuando libere a Inés seremos dos.

La respuesta turbó a Fred, y él tardó unos instantes en reaccionar.

—¿A Inés? —preguntó, como si aquello fuera la opción más incomprensible del mundo—. Sha, Inés no necesita que la liberen —explicó con pesar—. Está a salvo. Ella... —le costaba contarle aquello—, ella es la hija de Braukings. Y... —meneó la cabeza—, y Victoria es familia de Robert Dudley. No necesitan que las salve nadie. Cuando cuelguen a las demás, ellas estarán tejiendo tapices.

Shatidje frunció el ceño sorprendida.

—¿Eso crees? ¡Qué poco conoces a Inés si piensas eso!

—¡Es la hija de Braukings, Sha!

—¡Sé que es la hija de Braukings! —gritó ella también. Y a continuación volvió a bajar el tono de voz—. Y es ella la que ha decidido rescatar a las demás en cuanto la saque de la prisión de oro en la que está metida. Porque Inés no está tejiendo tapices. Inés lleva luchando desde que la apresaron. Y solo un idiota que no la conozca puede pensar que está dispuesta a rendirse.

Fred se había quedado sin palabras. Inés estaba presa. Inés estaba luchando. Y él la había abandonado. Aquello lo cambiaba todo. Todo.

Shatidje añadió:

—Inés es quien ha decidido que no vamos a dejar que cuelguen a las nuestras sin luchar, que prefiere morir a vivir sin intentarlo. Porque ¿sabes qué?, algún estúpido le dijo que hay vidas que no merece la pena vivir.

Aquellas palabras surtieron en el contramaestre el efecto de un cañonazo en el pecho.

—Cuando se lo dije —musitó él sin ánimo— no estaba pensando en que no mereciera la pena vivir como un noble. No... no me refería a eso.

—Pues Inés ha entendido que una vida que no merece la pena vivir es una vida en la que dejas morir a quienes te importan. Como ves —añadió la turca con desprecio—, tiene mucho más valor que su maestro.

Y, diciendo esto, se giró hacia la puerta y se marchó. Fred salió detrás de ella y la detuvo agarrándola por un brazo.

—¡Maldita sea, Sha! ¡No puedes pedirme que traicione a mi capitán! ¡Ni Inés ni tú lo haríais!

Shatidje se zafó de un tirón.

—No te he pedido nada —le dijo, y siguió caminando.

Fred la alcanzó de nuevo.

—Es una locura, Sha, y tú lo sabes.

Ella siguió caminando sin volverse hacia él.

—¡Sha!, ¡Sha, espera! —le dijo deteniéndola una vez más. Esta vez la giró y la agarró por los dos hombros para que lo mirara—. Necesitaréis armas. Busca a Thomas Flynt, cerca de los astilleros, y dile que vas de mi parte. No te preocupes por pagar.

—No te he pedido ayuda, Frederick Stowe —repuso ella con orgullo.

—¡Ya lo sé, Sha! ¡Pero hazlo!

La turca lo miró a los ojos, al fondo de aquellos ojos oscuros, apagados por la culpa. Asintió, y él la soltó.

Cuando la turca se alejó por la calle, Fred permaneció inmóvil bajo la helada, con la vista en el punto por el que Shatidje se había marchado y la mente en Inés. Permaneció así hasta que Miguel y los demás salieron de la taberna. Miguel le lanzó su capa.

—¡Vámonos, Stowe! Mañana zarpamos temprano —le dijo el capitán.

Fred se volvió sorprendido.

—¿No vamos a quedarnos para las ejecuciones?

Miguel esperó a que la tripulación se alejara un poco por la calle.

—¿Quedarnos para las ejecuciones? —repitió entonces el capitán.

—Los hombres querían estar presentes —murmuró Fred—. Acompañarlas.

—¡Pardiez! ¿Cómo no se me había ocurrido? —preguntó el capitán con sarcasmo—. ¿Y qué mejor aliciente puede haber para unos piratas que ver

cómo ahorcan a sus compañeros de oficio? Seguro que el saber lo que les espera funciona como acicate para que ejerzan la piratería con más ánimo.

Fred tensó la mandíbula. Era cierto que no era precisamente un incentivo.

—Zarpamos mañana temprano, Stowe —repitió Miguel.

Fred asintió en silencio. Luego dijo:

—En ese caso, capitán, adelantaos vosotros. Yo daré un paseo para que se me pasen los efectos del alcohol. Mejoraré mi resaca —contestó, y antes de que el capitán pudiera decir nada, se dio la vuelta y tomó la calle en sentido contrario al puerto.

Fred preguntó en varias tabernas que cerraban si alguien sabía dónde estaba la residencia de Braukings en Londres, pero nadie se lo supo decir. Debió preguntárselo a Shatidje. Corrió entonces a la armería de Thomas Flynt, pero, como era natural, estaba cerrada y la turca no estaba allí. Ya no quedaba gente en las tabernas, ni gente en la calle, y hacía frío. Cerca del puerto preguntó a unos marineros que tampoco lo sabían.

—Si buscáis la casa de Braukings, seguid a Walcott —contestó entonces un mendigo—. Así lo encontró ella.

—¿Ella? —preguntó Fred.

—La mujer soldado —contestó el mendigo.

Fred asintió.

—¿Y dónde puedo encontrar a Walcott?

—¿Walcott? Viene al puerto todos los días.

Fred asintió de nuevo. Le dio las gracias y unas monedas al hombre.

Walcott estaría en el puerto al día siguiente. Y de ahí iría a casa de Braukings. Y él podría encontrar a Inés. Pero, no..., ya era demasiado tarde. Tarde porque zarpaban en unas horas. Tarde porque podía ser que Inés ya se hubiera escapado. Y tarde porque ya la había abandonado. Había estado en Londres días enteros y no había hecho nada por buscarla. Había abandonado al amor de su vida. Y podía engañarse diciéndose que lo había hecho por ella, porque creía que sería más feliz así..., pero lo cierto era que había dado por sentado lo que le dijera Miguel, y había decidido él solo por los dos. Y ahora..., ahora que descubría que Inés prefería la muerte a su vida de noble..., ahora era demasiado tarde. Inés moriría tratando de salvar a sus compañeras y

a él solo le quedaba vivir como el miserable que era, y castigarse para siempre por haberla traicionado.

—Fred.

El contramaestre se volvió. Era Richards. El maldito maestre estaba allí, en el puerto. Miguel lo habría enviado a buscarlo.

—¡Piérdete, Nate!

—Fred, ella estará bien —dijo entonces el hombre.

Stowe lo miró sorprendido de que supiera lo que estaba pensando.

—No, no estará bien. Tú no lo entiendes. Va a intentar rescatar a las demás. No va a estar bien.

—Fred —repitió Nate—, ella es mejor de lo que crees. No es la niña desvalida que tú piensas. Es la segunda de a bordo de la *Hermosa Negra*. Y ¿no has oído lo que cuentan de la *Hermosa Negra*?

Fred miraba al hombre. ¿Qué demonios hacía él ahí?

—Escúchame, Fred, ella ha librado decenas de batallas sin ti y ha salido ilesa de todas. Sé que quieres creer que te necesita, pero no es así. Si tú estás allí, ella estará pendiente de ti, de que no te ocurra nada, como tú lo estarías de ella. No podrá combatir a su manera. No podrá rendirse y escapar si ve que las cosas se complican. Ella siempre ha luchado sin ti, sin el miedo a perderte. Y posiblemente eso sea lo que la ha mantenido viva. Y, además, tiene a Shatidje y a la princesita loca. Déjala luchar. Esta es su guerra, no la nuestra.

—¡Basta, Richards! ¡Ya me voy contigo! —gritó—. Pero no intentes hacerme creer que no la estoy traicionando, porque sé que lo estoy haciendo, y sé que me necesita y que la estoy dejando morir.

—¡No, Fred! ¡No la estás dejando morir! Tú perteneces a *El Miguel* y ella a la *Black Shadow*. Ella no estaba contigo cuando saltaste dentro del galeón y te metiste de lleno en la boca del lobo para volar la santabárbara y tuviste que tirarte al mar helado, ni tú has estado con ella cuando hundieron el navío francés. Os amáis, sí, mas pertenecéis a tripulaciones distintas, a guerras distintas.

Fred negaba con la cabeza:

—Pero lo que intentan es un suicidio, Nate.

—¡Fred! Inés es una superviviente. Inés desaparecerá de allí si las cosas se complican. ¡Ha sobrevivido a dos naufragios, pardiez! Inés morirá de anciana cuando todos estemos enterrados... ¿De verdad que no lo ves?

Fred miró al hombre con suspicacia. Sus ojos castaños, casi color naranja, parecían dos cristales transparentes en los que ver su alma. Richards creía de verdad lo que estaba diciendo.

—¡Dios te oiga, Richards! —dijo Stowe—. ¡Dios te oiga! ¡Regresemos a bordo y Dios quiera que las armas de Flynt les sirvan para salir vivos!

Los dos hombres se subieron a un bote en silencio y Fred bogó hasta *El Miguel*. En el silencio de la noche el pirata seguía pensando en lo que iba a ocurrir en los próximos dos días. También pensaba en la última vez que había visto a Inés... Y pensar que había perdido una tarde que podía haber pasado con ella... Estaban a unos pies del casco cuando Fred se puso de pie en el bote.

—¿Qué haces, Stowe? —preguntó el maestre extrañado.

—Decidle al capitán que os encontraré en un par de días.

—¿Cómo dices? —el maestre no podía creerlo.

—Decidle que me he tomado una licencia. Os veré pronto. Y descuidad, no voy a comprometer a nuestro navío.

Y antes de que Richards pudiera protestar, Fred se tiró al agua helada del Támesis en marzo y nadó hacia el puerto. No se quedaría sin volver a ver a Inés. Por nada del mundo.

Amanecía, y Miguel estaba sentado sobre su cama en su austero camisón blanco. Tenía el codo derecho sobre la rodilla y, sobre el dedo corazón de la mano diestra, sostenía en equilibrio la hoja de la espada de Victoria y la observaba oscilar, columpiándose en su dedo, ligera, perfecta. La observaba y pensaba en la princesa.

Los nudillos de Richards en la puerta del camarote lo arrancaron de sus abstracciones. El maestre entró en cuanto Miguel le invitó a hacerlo. Estaba azorado, y su rostro era una mezcla de preocupación y miedo.

—Se trata de Stowe, capitán.

Miguel miró al hombre pelirrojo y después volvió a dirigir la vista a la espada que seguía columpiando en el dedo. No dijo nada, forzando a Richards a explicarse.

—Capitán, es hora de zarpar y Stowe no está a bordo.

—¿Lo habéis buscado? —su tono de voz era frío, sin muestra de interés.

—Capitán, lo busqué y lo encontré... —Richards se frotó las manos—. Capitán, Stowe me hizo saber que se tomaba dos días de licencia.

Miguel rio con desgana.

—Bien, dad orden a la tripulación para que zarpeamos.

El maestro abrió mucho los ojos.

—¿Sin... sin...?

—Sin Stowe, señor Richards. Nate, tenéis a Stowe en demasiada estima. Creéis que ninguna mujer puede resistírsele, que *El Miguel* no puede navegar sin él... Stowe no es imprescindible. Nadie lo es.

Miguel lanzó la espada hacia el aire, la tomó por la empuñadura y se puso en pie.

—Capitán —titubeó Richards—, estoy convencido de que Stowe pretende...

—Sé lo que pretende —interrumpió Miguel caminando hacia su biombo rígido que hacía las veces de vestidor.

Richards permaneció allí inmóvil, sin ser capaz de entender a su capitán. Miguel se quitó el camión blanco largo y se metió otra camisa más corta pero igualmente blanca y lisa.

—Señor Richards, si no lo matan, Stowe regresará. Y ya veré entonces qué castigo le impongo. Pero no nos engañemos, Nate —añadió el capitán agachándose a coger un pantalón negro—, Stowe está haciendo lo que tiene que hacer. Cualquier otra conducta... —metió los pies dentro—, cualquier otra conducta habría sido de cobarde.

Tac, tac, tac, tac... Los martillos no cesaban. Victoria los oía en su cabeza sin descanso. Levantaban el patíbulo en el centro del patio. Había ya una tarima vieja de tiempos de Enrique VIII, en la que le cortaron la cabeza a su abuela Ana Bolena, pero carecía de la viga necesaria para ahorcar. Por eso construían otro. Un patíbulo grande, con una trampilla en el suelo que se accionaba con una palanca, para ahorcarlas a todas a la vez. Al menos no las izaban desde el suelo. Así, con suerte, la mayoría morirían en el instante en que se abriera la trampilla, desnucadas. Sería rápido. Mucho más rápido que la muerte de la princesa, que había comenzado el día en que se entrevistó con la reina y esta se negó a perdonarlas, y que acaso tardaría años, muchos años en llegar. Si tan solo pudiera morir con ellas.

Regresó hasta su mesilla y tomó el libro de poesía de Miguel. La reina le había permitido conservarlo. Todo un consuelo. Separó las dos tapas y lo dejó abrirse por donde quisiera. Luis Barahona de Soto. «Ve suspiro caliente

al pecho frío/de aquella viva piedra por quien muero». Miguel... Su viva piedra. ¿Qué haría el capitán? ¿Dónde estaría? Victoria sabía que, tal y como se propuso, había capturado dos naves de la flota. Se lo había preguntado al guardia que la vigilaba día y noche apostado dentro de su habitación, y que solo salía cuando ella le pedía que la excusara para usar la letrina o para asearse. El guardia, tras muchos ruegos, había accedido a enterarse para ella de cuántas naos se habían perdido en la flota de las Américas, la flota que ellas habían planeado tomar y por la cual ahora estaban todas presas. La flota había perdido dos naos y un galeón que las escoltaba. Desaparecidas cerca de Inglaterra. Para siempre. Sin supervivientes...: el sello de Miguel. Al final había conseguido la información. Victoria suspiró. Su propia testarudez no había servido para nada. Debió aceptar su acuerdo. Si no hubieran ido a Bristol a atacar esa flota, sus mujeres no estarían en la mazmorra de abajo, dispuestas para ser colgadas al amanecer. En su lugar tendrían la mitad de aquel espléndido botín. Todo había sido por su culpa. Todo su culpa. Había antepuesto su amor por el pirata a su tripulación, y ahora ellas estaban condenadas a morir por ese amor estúpido y platónico que ya nunca funcionaría. Sus mujeres iban a morir por su error. Y ni siquiera podía morir con ellas. Aunque lo estaba haciendo. Estaba muriendo ya. Y lograría morir. Se había jurado a sí misma que, en el momento en que sus mujeres fallecieran en la horca, ella buscaría el modo de que la mataran. Aquel guardia u otro. Ese día o veinte años más tarde. Moriría con ellas. Y todo estaría bien, en su sitio, en paz.

Unas voces en el patio del cadalso la sacaron de sus pensamientos. Se asomó al ventanuco enrejado. En la puerta de acceso, junto al rastrillo, una mujer discutía con uno de los guardias.

—¡Me es indiferente cómo lo hiciera la anterior! —protestaba ella con una voz ronca que le resultaba demasiado familiar a la princesa—. ¡Acabo de lograr este trabajo, esta es mi primera ejecución, y si me dicen que el patíbulo esté limpio, yo lo limpio!

—¡Maldita testaruda! ¿No ves que no hay sangre que limpiar?

—¡No os hagáis el entendido! En la horca no hay sangre, pero siempre hay que recoger los orines y las heces. Y cuando ahorcan mujeres sabes que se les salen las tripas por debajo. ¡Y no voy a arriesgar mi trabajo porque vos creáis que eso no hay que limpiarlo! ¡Apartad!

—¡Ay, mujer! ¡Que os digo que está limpio porque el patíbulo es nuevo! ¡Aún no se ha usado!

—¡Pues le limpiaré el barro de las botas del carpintero si es menester!  
¡Y limpiaré también ese otro que está al lado, el viejo, que aunque no se vaya a usar, me llega la peste de la sangre hasta aquí!

—¡Bah! ¡Haz lo que quieras!

—¡Apartad entonces! ¡Y ayudadme a dejar los barriles de serrín junto a la horca, que mañana no habrá modo de atravesar esta plaza con ellos!

El corazón le dio un vuelco a la princesa. ¿Shatidje? Era difícil saberlo, pues llevaba el pelo recogido en un bonete y la distancia distorsionaba su voz, pero podía ser ella.

Victoria observó cómo el guardia se acercaba a la carreta, abría un tonel y verificaba que contenía serrín. Después ayudaba a la mujer a descargar un barril junto a la reja y le permitía llevar los otros dos con la carreta hasta el patíbulo. La mujer, con un cepillo, una pastilla de jabón y un cubo de agua, se arrodilló sobre el patíbulo viejo y comenzó a frotar el suelo, mientras en el nuevo proseguían los martillazos. Tac, tac, tac, tac. Victoria trataba de ver el rostro de la mujer cuando algo la deslumbró. Miró mejor. De nuevo otro brillo. Provenía de entre sus ropas. ¡Llevaba un arma! ¡Tenía que ser Shatidje!

—¡Guardia! —ordenó la princesa volviéndose al que estaba dentro de su cámara—. ¡Necesito que me excuséis!

El hombre asintió, llamó a la puerta, cerrada por fuera, esperó a que le abrieran y salió. Victoria se apresuró en coger un escabel y se izó hasta llegar mejor a la tronera. Se asomó cuanto pudo, pues era muy estrecha, se quitó el broche del vestido y trató de lanzarle un reflejo a los ojos a la mujer. ¡Dio resultado! La limpiadora miró hacia arriba y Victoria reconoció aquella mirada verde e intensa. La princesa sonrió y la turca asintió muy levemente con la cabeza.

¡Era Shatidje! ¡Shatidje estaba allí, y tramaba algo! ¡Tenía que escapar de su celda durante el ahorcamiento! ¡Tenía que lograr llegar al patio! ¡No todo estaba perdido! ¡Shatidje había regresado! ¡Había regresado a salvar a las demás! ¡Tenía que pensar! ¡Tenía que buscar la forma de escapar de la Torre de Londres!

Fred permaneció en el puerto, sentado junto al mendigo, camuflado por un manto con capucha, observando la puesta de sol mientras esperaba a que Walcott saliera de la oficina de la Armada. El oficial salió de allí con los

guantes en la mano derecha, golpeándose con ellos la izquierda. A continuación, pasó revista a los oficiales. Fred esperaba nervioso, moviendo el pie de arriba abajo.

—¡Parad de una vez! —protestó el mendigo desdentado—. ¡Así nadie nos dará nada!

Fred sonrió. Walcott había terminado de pasar revista y comenzó a caminar hacia el interior de Londres. El contraamaestre de *El Miguel* le dio unas monedas a su acompañante y salió detrás de Walcott, dejando suficiente distancia como para que no lo descubriera. Entonces vio la casa de Braukings, una hermosa casa de piedra de dos pisos, casi un palacete, con columnas a los lados de la puerta principal y un enorme castaño junto a la pared. El pirata optó por el castaño. Aprovechó que había anochecido, miró a derecha e izquierda para comprobar que no había nadie en la calle, y se incorporó a él y trepó hasta lo alto. Había luz en una ventana enrejada y Fred se asomó.

Inés aguardaba sentada junto a su escritorio, vestida con un hermoso traje bordado en granate y oro, y llevaba el pelo recogido en un moño. De aquella guisa parecía la noble de sangre aristócrata que era. Encaramado en la rama, Fred trató de acercarse a la ventana. Iba a golpearla cuando llamaron a la puerta. Inés se incorporó y Fred se apartó de nuevo hasta quedar fuera del haz de luz que salía de la ventana. La joven condesa se alisó el vestido y se compuso pellizcándose las mejillas. Se abrió la puerta y entró Walcott, e Inés lo saludó con una sonrisa. El pirata sintió la rabia bullir en su interior al ver cómo su amada lo recibía, cómo intentaba estar bonita para él. ¿Sería cierto lo que había dicho Shatidje? ¿Estaba Inés presa allí? Robert se había acercado a ella y le decía algo mientras le alzaba la barbilla con el dedo e Inés no hacía nada por apartarse. Después Walcott abrió la puerta del todo y la invitaba a pasar, y los dos se marchaban de la habitación juntos. Fred apretó los puños. Había esperado todo el día para verla, había dejado zarpar al *Miguel* sin él, y lo que veía era lo que el capitán le había advertido que ocurriría si él la dejaba ser feliz. Shatidje tenía que haberle mentado.

Pero la frase, aquella frase que él le dijo a Inés: «Hay vidas que no merece la pena vivir»... Aunque podía ser que Inés se lo hubiera contado a Shatidje en otro momento. El pirata no quiso seguir allí para comprobar si Walcott la acompañaba de regreso a su dormitorio. No quiso ver cómo se despedían hasta el día siguiente. Se descolgó del castaño y se fue a buscar una posada caliente en la que descansar. Al día siguiente, al amanecer, serían

los ahorcamientos. Y aunque después de lo que había visto pensaba que era fácil que Inés se los perdiera, él estaría allí para ver qué demonios pretendía la hija de Henry.

Durante la cena, Walcott no dejó de estudiar a Inés. El oficial sentía que había algo diferente en ella. Había recuperado la voluntad y el apetito, pues comía con ganas el asado, y se había servido dos veces verduras. Inés se dio cuenta de que no estaba disimulando demasiado bien y dejó el tercer pedazo de pan de nuevo en la cesta. Pero necesitaba estar fuerte para lo que se avecinaba y, además, tenía hambre otra vez, desde hacía muchos días.

—Parece que tenéis apetito —dijo el oficial en un inciso de Sigfried.

—Pensaba en... mis compañeras, en que mañana ya no volverán a comer más, y en cuánto le gusta a Simonette la carne de res... Como en su honor —dijo.

Walcott frunció el ceño. Su madre también la miraba sin terminar de entender. Pero Sigfried estalló al oír hablar así a su hija.

—¡Tus compañeras! ¿Has llamado a esas piratas «tus compañeras»? —gritó golpeando la mesa—. ¿Y no dice «honor» como si hubiera algo de honor en esas mujerzuelas?

—¡No os sulfuréis, Sigfried! —apaciguó Robert con frialdad—. ¡En unas horas ya no quedará nada de ellas!

El resto de la cena transcurrió en silencio salvo para que Walcott preguntara a Braukings si le parecía bien que al día siguiente fijaran una fecha para la boda. Inés se atragantó con la cucharada de manzana asada y el conde abrió mucho los ojos.

—¿Estáis seguro de que queréis seguir adelante con esto, hijo? No consideraré un agravio el que cambiéis de opinión, dadas las circunstancias.

Robert cogió la mano de Inés sobre la mesa y contestó con una sonrisa:

—Sigfried, bien sabéis cuánto amaba a vuestra hija, y sé que ella sigue estando en algún lugar dentro de esta fierecilla. Os prometo que la encontraré. ¿No os dije que la convencería para que cenara y se vistiera?

La madre de Inés sonrió halagada. Braukings accedió con una inclinación de cabeza. Inés pensó: «¿Cuánto me amabas? Jamás me prestaste la menor atención. Hideputa enfermo, ahora por fin te divierte el casarte conmigo. Ahora que puedes azotarme y maltratarme sin que yo pueda protestar».

—Bien —contestaba el conde—, hablaremos de ello después de los ahorcamientos.

Cuando Robert acompañó a Inés a su habitación, le dijo con una sonrisa:

—Tengo curiosidad por ver cómo estaréis mañana, cuando haya acabado esta pantomima y podamos hablar de nuestro futuro.

—Libre —contestó Inés.

Walcott la miró sorprendido. Inés aclaró:

—Pues ya no tendréis con qué amenazarme y no tendréis modo de forzarme a que me case con vos.

Robert sonrió:

—¿Y por qué creéis que he intercedido por la vida de Bates y de MacEvans? ¿De verdad creéis que me importa el crío que vaya a parir una pirata o lo que le pase a la niña?

Inés apretó la mandíbula al pensar en Jerusha y en Bonny, en que, al día siguiente, podrían tal vez salvar a las mujeres del patíbulo, pero no a las que quedaran presas en la Torre, y en cómo Walcott se ensañaría con ellas.

—El motivo por el que habéis intercedido por ellas y las utilizáis para amenazarme es porque queréis morir, ya os lo dije —contestó Inés—. Pues si se os pasa por la mente hacerles daño no tendré piedad con vos. Os lo juro.

Walcott sonrió condescendiente.

—Buenas noches, Inés.

—Buenas noches, Robert —contestó ella. Y cuando su prometido se dispuso a salir por la puerta, Inés añadió con un tono tan dulce que resultó burlón—: ¡Ah!, ¿y podéis llamar a Jenny para que me ayude a desvestirme? Me gustaría estar descansada para hablar de nuestra boda y aquí dentro es imposible descansar.

Inés se dejó desvestir por Jenny, se puso el camisón y, en cuanto la criada salió por la puerta, volvió a quitárselo y se puso su ropa de pirata, limpia y planchada. Después empujó el escritorio contra la puerta con cuidado de no hacer ruido. Y esperó a Shatidje.

La turca no tardó en llegar. Inés ya había aflojado dos barrotes durante la noche anterior y, entre las dos, lograron sacarlos para que Inés pudiera escapar. Las dos se abrazaron y se alejaron de allí raudas, aceptando que el ponerse al día tendría que esperar para más adelante. Cuando doblaron por la primera calle, Shatidje le tendió una ristra de cinco cuchillos. Inés sacó uno y lo equilibró sobre su dedo. Arrugó la nariz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sha en voz baja.

Inés meneó la cabeza.

—Todos mis cuchillos me los regaló Fred, y tenían el punto de equilibrio en el mismo sitio para lanzarlos todos igual. Tendré que acostumbrarme a estos.

—O procurarte otros más parecidos.

—Eso me llevará meses —contestó, y se ató la banda. Luego tomó el cuchillo grande que le tendió la turca.

—Mmm... Este está mejor —susurró, colocándoselo en el cinto también—. ¿Has podido hablar con Miguel?

Shatidje asintió y, con la vista fija en el empedrado del suelo, contestó:

—Las armas son cortesía de Stowe, pero no podemos contar con Miguel ni sus hombres.

Inés frunció el ceño sin terminarse de creer que Miguel no fuera a ayudarlas.

—Él preparó la trampa —explicó la turca.

Inés detuvo a Shatidje asiéndola de un brazo.

—¿Cómo dices?

—En Bristol —Shatidje bajó la vista para no tener que mirarla mientras pronunciaba aquellas palabras—. Él le dijo a Walcott cómo encontrarnos. Nos ha vendido, Inés.

Por fin la miró.

—¿Lo sabe Fred? —se apresuró a preguntar la condesa asimilando la magnitud de la traición.

Shatidje meneó la cabeza.

—Creo que no lo sabe ni Ferreira.

—¡Traidor hideputa! —masculló la joven.

—Ahora no importa, Inés. Estamos cerca de la Torre. Debemos concentrarnos en cómo lograr salvarlas —susurró Shatidje señalando a la edificación de piedra en la que esa misma mañana había visto a Victoria—. Las armas están bajo el patíbulo y he logrado colar tres barriles de pólvora, dos junto al cadalso y uno junto a la reja. Hay cinco arcos cortos sin tensar, un centenar de flechas, cinco mosquetes y diez espadas que metí bajo la carreta con la pólvora. Lo mejor sería que te escondieras bajo la tarima. Podrías volar un barril y tratar de que las chicas se escondan contigo ahí debajo. Haceros fuertes. Pero no sé cómo lograr que lleguen todas bajo la tarima y aún no sé cómo sacaros. Tal vez logremos salir mezcladas con la gente.

—Bajarán el rastrillo.

—Ya he pensado en eso.

—En ese caso, yo tengo una idea acerca de cómo poner a las chicas a salvo. Lo difícil será salir, pero, si no logramos sacarlas, al menos moriremos luchando. Se trata de eso, ¿no? Morir como los leones.

Shatidje sonrió y luego se puso muy seria.

—Inés, no habrá rendición. Si nos rendimos, nos colgarán.

—No nos cogerán vivas —respondió Inés—. Te lo prometo.

La turca asintió.

—Voy a entretener a los guardias —dijo entonces—. ¿Cebes por la reja?

Inés miró el rastrillo de la puerta. Los barrotes formaban unos cuadrados más pequeños en la parte baja, hasta los seis pies de altura. A partir de ahí, los huecos eran el doble de grandes. No le sobraría mucho, pero podría entrar. Asintió. Antes de que la turca se separara de ella, Inés la sujetó del brazo.

—Sha, no saques las armas hasta que yo vuele el primer barril, ¿entendido? Debemos salvar a todas las que podamos.

El recuerdo de la princesa haciéndole señas desde la torre volvió entonces a la mente de la turca, que miró al suelo con pesar.

—Inés, sabes que no podemos rescatar a Victoria, ¿verdad? —dijo.

Inés asintió y después, con una sonrisa, le puso la mano en el hombro a su amiga.

—No podemos rescatarla todavía —contestó, y enfatizó mucho ese «todavía».

Shatidje le devolvió la sonrisa. Después las dos se miraron serias.

—Es el momento —dijo la turca—. ¡Que Dios nos asista!

Inés asintió y observó cómo la turca se alejaba de la calleja y se dirigía a uno de los soldados contoneando las caderas. Inés cogió aire y sintió, una vez más, cómo la adrenalina encendía su cuerpo. Sintió las náuseas de antes del combate y, mientras se doblaba a vomitar el asado de res y la manzana asada, supo que la primera parte del plan iba a resultar bien.

La condesa se limpió la boca y se preparó para correr, consciente de que tenía que ser rápida. Shatidje no le compraría mucho tiempo. Dos oficiales que custodian una puerta no dejan de hacerlo sin más, por muy buena que sea la oportunidad que tengan delante. Al menos no los dos a la vez.

—¡Qué lástima! —exclamaba la turca dirigiéndose al guardia de la derecha, el que parecía más joven—. ¡He llegado tarde a los ahorcamientos!

—¿Tarde? Son mañana al amanecer. —Risotadas—. Llegas temprano. Varias horas temprano.

—¿Y van a colgar a las mujeres piratas esas?

—Así es.

—¿Sabéis a cuántas?

—A trece.

—¡Agh! ¡Y bien merecido que lo tienen! ¡Por matar a nuestros hombres! Mañana será un gran día.

—Eso pienso yo.

Entonces la voz de Shatidje se volvía más melosa.

—¿Y cuántas horas decís que faltan?

—Lo menos seis.

—Seis, ¿eh? A mí las ejecuciones me ponen... contenta, cariñosa. Saber que se va a hacer justicia, que van a castigar a las culpables... ¿No creéis que podríamos celebrarlo?

Inés la vio señalar una carreta de heno a unos treinta pies de la reja. Hubo un silencio, los hombres se miraron, Shatidje se abrió la capa y les exhibió el escote que, a la escasa luz, no revelaba sus cicatrices y, finalmente, el soldado mayor le hizo un gesto al otro para que se marchara con ella.

Inés apretaba el cuchillo con fuerza en la mano. Uno no era suficiente. Tenía que llevarse a los dos. Si alguno de los dos moría, inspeccionarían el patio del cadalso de arriba abajo.

Shatidje y el soldado se alejaron de la reja y desaparecieron detrás de la carreta e Inés los oyó reír. Ese trabajo lo habría hecho Rosalyn, pensó la condesa, y sintió una punzada de dolor al recordar a la puta.

Entonces el grito de Shatidje cortó el silencio. Era un grito de terror, un chillido histérico de mujer, del que Inés no creía capaz a su amiga. El otro guardia, el que aguardaba junto a la reja, se apartó tres pasos a intentar ver por qué chillaba aquella mujer.

—¡Un muerto! —gritó entonces Shatidje—. ¡He tocado un cuerpo muerto!

—Pero ¿qué decís? —preguntaba el soldado que estaba con ella.

Aquello fue suficiente para atraer al hombre que estaba guardando la puerta y que dejó de hacerlo para correr hacia allá mientras su compañero trataba de calmar a una Shatidje histérica.

Inés no esperó a que llegara al carro. Corrió rauda y ligera, con aquella agilidad animal que le brindaba la adrenalina, saltó al rastrillo, se encaramó a

la reja y escaló. Cuando llegó al punto en que los agujeros se hacían más grandes, se agarró a una barra de más arriba y coló por el agujero los dos pies a la vez, escurriendo las piernas y todo el cuerpo dentro, con las manos lo último. Cayó de cuclillas y corrió por el patio, pegada al muro, hasta llegar al cadalso. Trece sogas pendían de la viga. Inés se apresuró a accionar la palanca y, cuando se abrió la trampilla, se metió dentro de la tarima y volvió a cerrarla empujándola. Solo cuando estuvo allí escondida, el ritmo de su corazón se fue acompasando de nuevo, recuperando su cadencia más lenta. En la oscuridad tanteó hasta encontrar las armas que había dejado allí Shatidje envueltas en una manta. Las sacó de la manta y se tapó con ella. Iba a ser una noche fría. Y muy muy larga.

Antes del amanecer habían levantado la reja y la plaza del patíbulo se había ido llenando de gente, mucha gente, todo el vulgo de Londres amante de la sangre, del dolor y el padecimiento ajenos. También había gente de fuera y algunos allegados de las piratas, que jamás confesarían que lo eran. Estaba Phil, el amante de Bert, que había recorrido la enorme distancia que separaba Burnmouth de Londres para despedirla. Ian también había querido estar presente y, como ellos, algunos ancianos de John's Pipe: pescadores y otros que no siempre fueron pescadores, como el padre de Simonette. De Berwick habían llegado los tíos de Dora. Y con intención de despedirla también, pero con un sentimiento muy diferente en el pecho, estaba allí el marido de Helen.

También estaba entre el gentío Frederick Stowe. Al pirata no le había resultado difícil colar sus siete cuchillos en el interior de sus botas y aguardaba junto a la pared de la Torre, cerca de un guardia. Si había acción, le arrancaría el mosquete y lo utilizaría él.

Entre aquel mar de gente, Shatidje también cruzó la reja. Iba cubierta por un manto pardo, con capucha, y llevaba un bastón de madera cuya punta de abajo acababa de quemar y aún estaba caliente. Esperó a que la registraran —no llevaba su alfanje encima, sino que lo había escondido bajo el patíbulo antiguo— y, al pasar junto a la reja, fingió tropezarse con el barril de serrín que el día anterior había dejado a un lado y, dejando su bastón en el suelo, fingió volver a colocar el barril en su sitio, aunque realmente lo empujó un poco más hasta colocarlo debajo del rastrillo. Después, habiendo dejado el

bastón-tea al lado del barril, bajo la reja, caminó hasta el cadalso antiguo a recuperar su alfanje. Ya faltaba poco. Muy poco.

En casa de los condes de Frieson se había desatado el pánico. Inés había escapado. No sabían bien cuándo, aunque parecía evidente que había sido durante la noche.

—Acaso haya ido a presenciar los ahorcamientos —musitó la condesa.

El conde la fulminó con la mirada.

—Hay que advertir a la guardia por si intenta algo.

Walcott meneó la cabeza.

—No hay tiempo. Las ejecuciones están a punto de comenzar. Pero si aún está en Londres, sé adónde se dirigirá. ¡No va a escaparse de mí! —masculló el oficial—. ¡De mí no!

Y salió corriendo de la casa. La condesa, llorosa, se dirigió a su esposo:

—¿Adónde va? ¿Qué va a hacer?

—No lo sé —farfulló el conde—. Mas yo debo apresurarme en llegar a la Torre. ¡No puedo llegar tarde a las malditas ejecuciones! —exclamó apartando a su esposa de un empujón.

En la mazmorra del piso de abajo de la Torre, el carcelero recorría el pesado cerrojo y leía los nombres de las condenadas. Una decena de soldados se apresuraban a arrancarlas fuera si no salían por su propio pie. No fue necesario. Todas acudieron a la llamada, valientes ante la muerte como lo habían sido en la vida: Simonette, Charleen, Úrsula, Alice, las cuatro mujeres de Úrsula, Bert, Claire, Dora, Helen y Ruth, a la que tenían que haber quemado en la hoguera, pero a la que, finalmente, en un acto de gracia de Su Majestad la reina y dado que era la físico de a bordo y no participaba en las contiendas —eso le había dicho Victoria, aun cuando no fuese en absoluto cierto—, su pena había sido conmutada por la de morir en la horca con las demás. Con las manos atadas a la espalda y encadenadas unas a otras, las sacaron de la Torre en fila hacia el patio del cadalso. Había llegado la hora.

Después de tantos días encerradas en las entrañas de la Torre, la tenue luz del sol naciente las deslumbró y, con los ojos entrecerrados y acompañadas por la cantinela de «morid, putas», «asesinas», «muerte a las piratas» y apelativos similares, las mujeres caminaron erguidas hacia el

enorme patíbulo que habían construido para ellas. La gente se apartaba para abrir un pasillo por el que desfilaran las condenadas y cada una lo hacía a su manera. Simonette, con la mandíbula apretada, la ira pintada en sus ojos, dispuesta, si la hubieran soltado, a llevarse a cuantos hideputas hubiera pillado por delante. Sus ojos se posaron un instante en otros ojos que la observaban, los ojos de su padre. Y el hombre, en un gesto imperceptible, asintió con la cabeza, acompañando a su hija, mostrándole su orgullo y su amor en aquel gesto leve. Charleen caminaba desafiante, llorando de rabia, sin creer aún que fuera a morir. Alice, la cabeza baja, sumisa. Claire, con el ceño fruncido, mirando a un lado y a otro, tornando su gesto sombrío por uno de alegría al ver rostros conocidos y sonriendo a Ian y a los ancianos de John's Pipe en su capacidad absurda para ser feliz. Úrsula, la mirada al frente, tranquila, con aquella serenidad de hielo que la caracterizaba, desbordando la sensación de haber hecho las paces con sus dioses paganos que la esperaban reservándole un lugar privilegiado: el lugar de los guerreros. Como ella, sus mujeres. Todas concentradas en algo mucho más lejano, ajenas al bullicio y a la gente. Luego estaba Bert, observando curiosa el gentío, descubriendo a Phil, sonriéndole con tristeza, con miedo, pero, por encima de aquellos sentimientos más oscuros, sonriendo agradecida de que a Jerusha no la fueran a colgar. Dora, asustada, aunque casi parecía más asustada de la gente que de la muerte, mirando a todos lados con sus ojos de animal herido. Y Helen, con la mirada en el suelo, sin querer levantarla, ni siquiera cuando su marido se puso a berrear, por encima de todas las voces, y la llamó puta y le deseó que ardiera en el infierno. Shatidje aprovechó que acababa de descubrirlo para colocarse detrás de él. Hacía ya mucho tiempo que tenía ganas de hacer aquello y, si todas morían, al menos la turca se iría con la satisfacción de haberse llevado por delante a aquel malnacido. Y, por último, Ruth, la única vestida de mujer, con su eterno vestido negro, observando a la plebe con el desprecio pintado en sus ojos tan azules y media sonrisa en los labios. La horca no estaba tan mal. No estaba tan mal.

Victoria, con el libro de poesía entre las manos, releía por última vez el poema favorito del pirata.

*[...] Coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto, antes que el tiempo airado*

*cubra de nieve la hermosa cumbre;[...]*

Aquel poema la había ayudado a decidir lo que tenía que hacer, a trazar su plan. Oyó a la multitud de la plaza vocear ante la salida de las mujeres. Había llegado el momento de hacerlo. Sin asomarse a la plaza, sin querer mirarlas, cerró el libro y se aproximó al guardia.

—Quiero un baño caliente —le dijo.

Si al guardia le sorprendió la petición, su rostro no lo reflejó. Asintió y golpeó la puerta con fuerza con los nudillos, llamando al guardia de fuera. Entonces Victoria, con el corazón latiéndole desbocado, se acercó al hombre y, dándole la espalda, le ordenó:

—Desatadme el corsé.

—Yo... —balbuceó el guardia—, ¿acaso no será mejor que lo hagan las doncellas que os traigan el baño?

Victoria, aún de espaldas al hombre, le agarró su mano derecha con la izquierda y se la puso en el pecho. El hombre trató de quitarla, pero ella no le dejó.

—Desatadme el corsé —repitió.

Oyó los pasos del otro guardia acercarse para abrir la puerta y entonces, sin soltarle la mano contra su pecho, en un movimiento muy rápido, agarró la empuñadura de la espada del guardia, desenvainó la hoja y, sin darse la vuelta, aún de espaldas a él, se la clavó al hombre en el vientre. El hombre se dobló hacia adelante cayendo sobre ella, que lo sostuvo con la espalda.

—Confío en que viváis —susurró Victoria—. Sois un hombre honesto.

Y sacó la hoja de sus entrañas y lo dejó caer con cuidado en el suelo.

Entonces sonó el cerrojo y la princesa, así armada, aguardó detrás de la puerta. El otro guardia le dijo a su amigo que ya podía salir, pero no obtuvo respuesta. Entonces el hombre desenvainó su espada y empujó la puerta ligeramente. Pero, antes de poder usar su arma, Victoria le atacó por el flanco y le hirió en el riñón derecho. El hombre se desplomó en el suelo y la princesa le quitó la espada y la lanzó al otro lado de la habitación de una patada. Le arrancó el pellejo de pólvora, corrió hasta su cama, tiró de las sábanas blancas y, con ellas arrebujadas bajo el brazo, el pellejo de pólvora y la espada en la mano, salió de la celda, atravesó el pasillo y corrió a esconderse en la celda vacía de enfrente.

Inés las miraba desde el interior del patíbulo. Durante la noche había hecho unos agujeros en la tarima para poder disparar y ahora los utilizaba para observar a las chicas, a sus amigas, caminar dóciles al encuentro con la muerte. Todas ellas ya se habían despedido de la vida y no aguardaban otro destino. Solo Shatidje y ella misma habían tomado la decisión de ir allí a morir por voluntad propia. Pero no se arrepentía. Y venderían su muerte bien cara. El estómago se le apretó en una arcada y se volvió para vomitar de nuevo.

Fred buscaba a Inés y a Shatidje entre la multitud. ¿Realmente iban a intentar rescatar a las mujeres o Shatidje se había inventado todo aquello porque no quería admitir que Inés podía haberlas abandonado? No había rastro de ninguna de las dos, aunque era difícil encontrar a nadie en aquella plaza abarrotada de gente. Lo que sí sabía era que Inés no había acudido con su familia ni con Walcott a presenciar las ejecuciones. Si hubiera estado allí con el vestido de la noche anterior u otro semejante, ya la habría encontrado. Los sentimientos del pirata navegaban en aguas peligrosas. Por un lado, deseaba que Inés no estuviera allí, que no intentara nada, que se mantuviera a salvo en la casa de sus padres y aceptara casarse con Walcott y ser feliz, pero... por más que la amara y le preocupara su seguridad..., no podía evitar desear que Shatidje estuviera en lo cierto, que Inés no hubiera dejado de luchar, que prefiriera la muerte a una vida distinta a la que tenía antes de que las apresaran, cuando podían soñar con encontrarse y amarse aunque fuera unas horas. En el fondo de su ser Frederick Stowe prefería morir luchando junto a ella por ser libres a vivir sin ella. «Hay vidas que no merece la pena vivir». ¡Ojalá!, ¡ojalá fuese cierto que para Inés no merecía la pena vivir sin él!

Victoria escuchó el vocerío que llegaba desde el otro lado de la Torre. Estaba junto a una ventana que daba al lado opuesto, al interior, a la muralla almenada y, más abajo, a los establos. La caída desde esa altura era letal. Se envainó la espada, hizo un círculo de pólvora alrededor de los barrotes y lo prendió. El estallido se perdió entre el ruido de la plaza. Resultó. Empujó los hierros mutilados y se sentó en el agujero de la ventana.

*El viento mueve, esparce y desordena.*

Tomó la sábana y la sacó al exterior, sosteniendo los extremos. La lanzó al aire, hinchándola de aquel viento que tantas veces había empujado las velas de su navío. Ahora tenía que sostenerla a ella. Respiró hondo y saltó. La sábana se hinchó amortiguando en parte la caída hasta las almenas. Con todo, los dos tobillos de la princesa se resintieron. Apretó los dientes para aguantar el dolor y, con las lágrimas escapándosele de los ojos, corrió por las almenas de la muralla hacia la garita. Al otro lado del patio, en las mismas almenas, un guardia la descubrió y abrió fuego con su mosquete. Victoria corrió lo más aprisa que pudo y, cuando iba a llegar a la garita cerrada, se abrió la puerta y salió otro soldado, mosquete en mano, alertado por las explosiones. La princesa empujó hacia afuera el cañón con el que él le apuntó, desviando el tiro, sacó la espada y se la hundió al soldado en el pecho. Después le arrancó el mosquete, entró en la garita, se sentó en el suelo y se apresuró en volver a cargar el arma. Pólvora, atacador, bala, estopa, atacador. Apoyó la cabeza en la pared. No podía fallar el tiro. Se asomó por la puerta y sintió un balazo silbar junto a su cabeza. Demasiado próximo. Apuntó al soldado que había comenzado a correr hacia la Torre y disparó. Su tiro no quedó ni cerca. Volvió a esconderse en la garita y recargó de nuevo. El soldado pronto llegaría a la Torre y daría la alarma. La princesa se asomó y volvió a disparar. ¡Falló! El tiro se le había ido muy atrás y muy arriba. Tenía que adelantarlo y disparar más abajo. Se apresuró a recargar de nuevo, maldiciéndose por no haber practicado más el tiro en el bosque. El soldado estaba llegando a la Torre. Victoria volvió a apuntar. «Respira hondo», se dijo. Se concentró, con todos sus sentidos puestos en el hombre, y entonces... la puerta se abrió y el hombre desapareció dentro de la Torre. ¡Maldito sea! Iba a dar la alarma. Lo que Victoria no sabía era que la guardia iba a estar demasiado atareada para preocuparse de ella.

Las mujeres subieron al cadalso y el alguacil comenzó a leer los cargos mientras el verdugo le ponía a Ruth la soga alrededor del cuello. Ya estaban todas allí arriba, dispuestas a morir. Les habían quitado la cadena que las unía y aguardaban de pie, cada una bajo su soga, esperando a que el verdugo hiciera su trabajo. Fred miraba a izquierda y derecha. ¿No iba a ocurrir nada? ¿Las iban a dejar morir? ¿Habían comprendido las dos cuán imposible era que aquello resultara?

Inés, debajo del patíbulo, también pensaba que ya estaban todas arriba. Era el momento. Prendió fuego a la mecha que acababa en el supuesto barril de serrín de la izquierda del patíbulo, el cual solo tenía cuatro dedos de serrín arriba del todo; el resto era pólvora, todo un barril de pólvora. Inés se tapó los oídos y se encogió.

Ruth, que era la que estaba más a la izquierda, vio la mecha prendida y se apresuró a cubrirse detrás del verdugo. El estallido sacudió la plaza. Las mujeres se tiraron al suelo de la tarima, el verdugo salió despedido y Ruth no salió volando por el aire porque quedó pendida por la soga del cuello, pero, a pesar de que el verdugo le había servido de escudo, la explosión le había quemado el brazo izquierdo y el lado izquierdo del rostro. La gente comenzó a correr hacia afuera de la plaza gritando de pánico. Shatidje aprovechó para hacer lo que tanto había deseado y le clavó el alfanje en el hígado al marido de Helen antes de empezar a correr contracorriente hacia el patíbulo. Helen reaccionó y vio a Ruth colgando de la soga tratando de ponerse en pie, y se apresuró a ayudarla a levantarse y a quitarle el dogal del cuello. El verdugo también se levantó, con la piel quemada como un lechón asado, y sacó su enorme espadón para hacer justicia a su manera. Entonces Ruth le dio una patada a la palanca que accionaba la trampa y esta se abrió, y las chicas y el verdugo cayeron dentro. Y antes de que el hombre pudiera sorprenderse como ellas de que allí hubiera una más, Inés le clavó el cuchillo en la tripa y luego, levantándole el brazo, le volvió a clavar el mismo cuchillo, pero por la axila, en el corazón.

Unas más rápido que otras, todas comprendieron lo que ocurría.

—Ahí tenéis armas —señaló Inés.

Úrsula asintió y tomó un arco y lo tensó. Las demás se repartieron el resto. A los soldados del patio y de la Torre les llevó varios minutos entender lo ocurrido y poder distinguir entre el gentío asustado dónde estaban las mujeres. Uno de ellos vio desde las escaleras de la Torre a Shatidje atravesar el patio rauda hacia el cadalso: la mujer, vestida con jubón y calzas, armada y corriendo hacia la tarima. Se encaró el mosquete, apuntó y, antes de que pudiera abrir fuego, se dobló por la mitad cuando Fred, a su lado, le clavaba un cuchillo bajo la última costilla de la izquierda, cortándole la arteria que sale del corazón. El pirata sacó el cuchillo y lo escondió tras su espalda, y se acuclilló entre la gente asustada mientras el soldado caía al suelo, con la sangre manándole a borbotones en cada latido.

La turca, sin saber lo cerca que había estado de recibir un balazo, saltó al interior de la tarima.

—Apuesto a que me habéis echado de menos —bromeó antes de coger un arma.

Victoria miraba al exterior del muro, al otro lado de las almenas, a la calle casi desierta que se alejaba de la Torre. Podía regresar a por la sábana y saltar afuera. Y solo tendría que correr y ponerse a salvo. Pero Victoria no era de las que huyen. No había matado a los dos guardias para salvarse ella. Atravesó la garita con el mosquete cargado en la mano y dio la vuelta a la muralla, corriendo hacia la puerta que daba acceso a la Torre, aquella por la que había desaparecido el otro guardia. Por allí llegaría al piso de abajo.

Llegó a la puerta, la empujó con sigilo, dispuesta a abrir fuego, pero no había guardias allí. Dónde estaban todos era un misterio, pero no se detuvo a averiguarlo. Tomó una antorcha y comenzó a descender por las escaleras, rápida. Del exterior llegaba un terrible griterío, pero en su carrera la princesa ni siquiera se percató. La escalera era angosta y empinada. Al final de ella, vio la puerta de una mazmorra custodiada por un guardia armado con un mosquete. Se ocultó rápida antes de que él pudiera verla. Tomó aire. Este blanco estaba inmóvil y cerca. «Esta vez, solo esta vez —rezó para sus adentros—. Aunque no vuelvas a acertar a un blanco en la vida». Entonces se asomó, apuntó y, antes de que el guardia pudiera hacer lo mismo, disparó. El balazo le dio en el pecho y lo lanzó contra la puerta, y el hombre cayó inerte. Victoria se apresuró a llegar hasta la celda y se asomó dentro. Y entonces el corazón le rebotó en el pecho al ver a Jerusha, y a Bonny, y a las gemelas. Miró a su alrededor buscando la llave y la encontró en el cinto del guardia. Abrió la puerta y las chicas salieron corriendo, con los ojos llenos de lágrimas, a abrazarla. Glenne, la escocesa, le sonrió.

—Dios a veces tiene misericordia con sus ovejas más descarriadas.

Victoria le devolvió la sonrisa.

—Aún no hemos salido, Glenne. Deprisa. Subid por la escalera y veréis una puerta que da a las murallas. Por allí huiremos a las caballerizas.

Las chicas obedecieron y comenzaron a subir la escalera. Pero entonces Jerusha agarró la manga del vestido de Victoria y, señalando una mesa larga en el pasillo que llevaba hacia el interior de la Torre, a la sala de torturas, le dijo:

—Esperad, las pistolas de Simonette.

En aquella mesa estaban, en efecto, las dos pistolas de Simonette, pero también las armas de las demás. Victoria asintió, llamó a las chicas y corrieron a cogerlas. Los cuchillos de Inés, el mosquete de Helen, varios arcos largos, aljabas llenas de flechas..., solo faltaba su espada toledana. Las siete jóvenes y la niña se armaron con todo lo que había allí antes de subir de nuevo por las escaleras, preparadas para luchar con lo que se toparan. Jerusha se escondió las pistolas de Simonette dentro del vestido y se las ató con el cinturón de cuchillos de Inés. Victoria miró a las mujeres que acababa de liberar. Estaban Emily, las gemelas, Bonny, Mary, Glenne y Jerusha. Sabía que ellas no eran precisamente las mejores en el combate. Las mejores guerreras estaban a punto de ser ahorcadas. Salvo que ellas lo impidieran. Corrieron escaleras arriba con las armas empuñadas, pero no había nadie arriba. La fiesta estaba en el patio.

Sigfried Braukings había llegado a tiempo a la ejecución y observaba descompuesto cómo la gente huía a riadas y las jóvenes se refugiaban en el patíbulo.

—¡Cerrad el rastrillo! —ordenó—. ¡Que no salga nadie!

Soltaron el rastrillo y entonces llegó la segunda explosión, cuando la pesada reja de hierro cayó sobre el barril de pólvora, lo partió y esta se derramó sobre el bastón encendido que había dejado allí Sha. El hierro chirrió y la puerta salió volando a cien pies de la plaza, llevándose por delante a varios guardias y a algunos mirones. El resto de las personas se habían tirado al suelo de la plaza, lo que facilitaba a las mujeres el acertar a los guardias que trataban de prenderlas. El cadalso de madera hacía un excelente fortín. No había forma de que la guardia llegara hasta ellas. El público se arrastraba por el suelo hacia la salida chillando y llorando. Solo los ancianos de John's Pipe, que permanecían agachados en silencio, y Fred, con la espalda pegada al muro de la Torre —incapaz de ayudar en nada, pero velando por ellas desde allí—, guardaban una cierta compostura en mitad de aquel fuego cruzado.

—¡Se nos acaban las flechas! —gritó Úrsula al tiempo que acertaba una entre los ojos de un soldado de la Torre.

—¡Puede ser un buen momento para huir hacia la puerta! —propuso Shatidje—. La explosión se ha llevado a varios guardias, pero no tardarán en

llegar más.

—¡Shatidje! —gritó Inés por encima del fuego—. ¡Se me antoja igual de difícil salir de aquí por esa puerta que tratar de tomar la Torre!

Los soldados se apostaban en la Torre para dispararles. Y, si bien era cierto que no lograban llegar hasta ellas, acertarles a ellos resultaba igual o más difícil.

—¿Estás pensando en ir por Victoria y las demás? —preguntó incrédula la turca.

Inés asintió.

—Acaso no tengamos otra ocasión como esta.

—¡Entrar en la Torre es un suicidio! —bramó Charleen—. ¡Los refuerzos estarán al caer!

—¡Todo este plan es una temeridad y aquí están Inés y Shatidje! —exclamó Simonette—. ¿Se te olvida que ahora mismo deberías estar colgando de ahí arriba? Úrsula, si me cubres, voy por las demás. ¿Quién me sigue?

—¡Prendamos el otro barril y aprovechemos para cruzar la plaza! —ordenó Inés.

—¡Demasiado tarde! —gritó Helen después de acertar a otro soldado de la Torre con el mosquete. Señaló hacia el rastrillo—. ¿Oís los caballos? ¡Llegan los refuerzos!

En efecto, los adoquines de la plaza comenzaron a temblar con el resonar de unos cascos al galope, y con ellos también tembló el ánimo de las muchachas.

—¡Cubridme! —gritó Shatidje—. ¡Voy a hacer rodar hacia allá el otro barril! ¡Después lo volamos!

Los cascos de los caballos habían hecho entrar en pánico a las pocas personas que aún quedaban tiradas por el suelo y que se apresuraron a salir de allí. Fred se pegó aún más al muro, para que no lo pisara la caballería, y se preparó para disparar sus cuchillos contra los refuerzos y comprarles algo de tiempo a las muchachas aprovechando que aún no lo habían descubierto. Shatidje respiró hondo y contó en voz alta:

—¡Una!, ¡dos!...

—¡Espera! —gritó Helen de nuevo.

La turca se detuvo a tiempo de ver cómo por la puerta de la reja reventada entraban a galope tendido una veintena de caballos, la mayoría sin jinete ni montura, en aparente estampida y, sobre el primero de todos ellos, un enorme semental blanco, ataviada con su hermoso vestido de princesa, iba

Victoria con la espada en la mano y sus ojos azules echando chispas, como si se tratara de la misma Victoria alada de Samotracia. Por los flancos y al final, cerrando la manada para que no se separara, iban montadas Glenne, Emily y las gemelas, Mary, Bonny y Jerusha.

—¡Cubridlas! —gritó Inés con el corazón desbordado por el júbilo.

Y las condenadas concentraron el fuego en los soldados que trataban de acertar a las recién llegadas.

Los caballos irrumpieron en la plaza desbocados, resbalándose con los adoquines mojados de sangre y derechos hacia el cadalso, como si fueran ellos los determinados a morir. Los soldados de la Torre abrieron fuego a unos blancos más fáciles y, a pesar del fuego de cobertura de las arqueras y de Helen, a pesar de que Fred también las cubría desde más cerca lanzando sus cuchillos a los guardias del suelo, un balazo le reventó la cabeza a Madge.

—¡Maldita sea! —exclamó entonces John, el viejo tabernero de John's Pipe, aún agachado cerca de la Torre—. ¡Al carajo los meses de vida que me queden!

Y se puso en pie delante de los guardias abriendo los brazos en cruz y cubriendo con su cuerpo a las muchachas que huían del patíbulo para subirse a los caballos.

Las balas lo acribillaron, pero antes de que cayera al suelo, junto a los otros ancianos, el padre de Simonette masculló con una sonrisa:

—¡Ningún padre debería enterrar a sus hijos! ¡Henry, zorro, me voy contigo! —y también se puso en pie, protegiendo con su cuerpo huesudo a su hija y a las demás piratas, impidiendo a los soldados disparar ni hacer blanco.

Y con él, se levantaron el resto de los ancianos y caminaron hacia los guardias, dándoles a las jóvenes el tiempo necesario para saltar como podían sobre los caballos que galopaban en círculos en la plaza. Úrsula y Shatidje fueron las últimas en montar. La turca, antes de subirse en la grupa del caballo de Inés, empujó el barril de pólvora hacia la Torre y la arquera lo hizo volar en pedazos con una flecha encendida. Fred tuvo que tirarse al suelo y cubrirse con el cadáver de un soldado para resguardarse de la explosión. Y ante la mirada de pánico de Braukings, que observaba descompuesto desde la muralla cómo su carrera militar se desvanecía, las veintiuna mujeres huyeron de la plaza del cadalso al galope, sin volver la vista y sin dejar atrás nada salvo el cuerpo sin vida de Madge, el corazón de su hermana Sally, y su

eterna gratitud a los ancianos de John's Pipe que habían dado sus vidas porque ellas llevaran a cabo los sueños que ellos siempre albergaron.

—¿Hacia dónde? —preguntó Victoria elevando la voz sobre el repicar de los cascos al galope.

Cabalgaban todas juntas por las calles embarradas y la gente asustada se apartaba a su paso. Victoria iba delante. Inés, con Shatidje en la grupa de su montura, la seguía a solo una cabeza. Mary también llevaba a Bonny detrás montada de lado. La mujer había tratado de montar a horcajadas al huir de la Torre, pero, antes de que el caballo se pusiera a trotar, su mueca de dolor había hecho que Mary, en un gesto propio de un caballero, aproximara su montura, la tomara con el brazo por debajo del pecho y la colocara sentada de lado sobre la grupa de su animal. Las demás mujeres llevaban cada una un caballo, y había algunos animales que galopaban aún sin jinete, empujados por la manada.

—¡La *Black* está en los astilleros! —gritó la turca—. ¡Le han arreglado el bauprés!

—¿Y tiene jarcias?

—¡Le falta la mesana blanca que nos rompieron, pero la negra debe de estar aún allí!

Victoria asintió y enfiló su montura de regreso hacia el río con las otras detrás, los caballos formando una manada, sin necesidad de que guiaran a otro más que al primero, formando un solo cuerpo, al igual que las muchachas, que volvían a ser una sola tripulación, la tripulación de la *Black Shadow*. Muy pronto recuperarían su navío. Si nada se torcía, por supuesto.

La reina Isabel, estupefacta, sostenía el libro de poesía de Victoria mientras escuchaba las noticias que le daba su secretario.

—¿Y la hija de Braukings? —preguntó.

—Es difícil saberlo con certeza, pero parece ser que también estaba allí. Todas, majestad.

En aquel momento el chambelán anunció la llegada de Braukings. La reina dio orden para que lo hicieran pasar a la sala de detrás del trono. El hombre se tiró a los pies de la reina.

—¡Majestad!

—Almirante Braukings, os prescribo que me deis una explicación creíble para lo que acaba de ocurrir.

El hombre apretaba los puños arrodillado en el suelo y, cuando habló, alzó la vista hacia la reina, con los ojos echando chispas de rabia.

—Lo que ha ocurrido, majestad, es que hemos sido muy blandos con ellas. Debimos hundir su navío y colgarlas a todas, todas —repitió enfatizando mucho esta palabra— las que hubieran sobrevivido de lo alto de la verga. Así no habrían podido ayudarse a escapar las unas a las otras, ni planear esta huida que es una vergüenza para nuestras tropas.

—Pero ¿cómo han podido organizarse estando separadas?

Sigfried apretó aún más los puños.

—Lo ignoro, majestad, pero lo han conseguido.

—¿Y dónde están ahora?

—Han sido vistas por última vez galopando por en medio de Londres. Tengo a todos los soldados de la ciudad esperando órdenes para lanzarse tras ellas antes de que vuelvan a desaparecer. Pero, majestad, no podemos volver a ser el hazmerreír de Londres. Los soldados deben tener permiso para disparar contra ellas, matarlas a todas, nada de apresarlas y decidir si se las castiga a esto o a esto otro o si se muestra clemencia con la niña, la embarazada o la puta bruja judía.

Al decir esto elevó la voz e hizo chocar su puño derecho contra su mano izquierda. Tenía el rostro rojo de furia. La reina lo observó en silencio y luego miró el libro de poesía de Victoria, y recordó a su hija arrodillada a sus pies implorándole que la dejara morir con las demás. Después pensó en la explicación que le diera el secretario de cómo había logrado huir de la Torre, matando a un guardia e hiriendo al otro de gravedad. Suspiró.

—¡Levantaos, Braukings! —ordenó—. Os concederé lo que me pedís y os daré permiso para hacer esto a vuestra manera. Vuestros hombres pueden disparar contra todas, también contra vuestra hija y mi doncella, si eso es lo que pedís.

El hombre se levantó e hizo una reverencia agradecido ante las palabras de la reina.

—Pero os advierto una cosa, Braukings —añadió la reina con severidad—. Si no las encontráis, si se os escapan de nuevo y desaparecen, os prometo que no solo perderéis el cargo de almirante y el título de conde de Frieson, sino que además me aseguraré de que ese título desaparezca y que borren vuestro nombre de todos los anales de la historia. Y ahora marchad a buscarlas.

Los astilleros de Londres no eran muy grandes, pues el Támesis no lo navegaban embarcaciones de gran calado, pero tenía una explanada amplia en la que hibernaban tafurcas, galeotes, carracas..., todas fuera del agua, algunas con el casco vuelto hacia arriba como una panza enorme. También había pilas de tablones, cestos de estopa y barriles de brea, lo que daba a aquel lugar el aspecto de un cementerio de barcos. La mayoría de los trabajadores del astillero lo hacían dentro de los barracones, pero algunos carpinteros y cargadores paseaban entre los cascos de madera. Al final de la explanada, dentro del río, amarrada a un pantalán, flotaba la *Black Shadow*, más hermosa que todas las demás embarcaciones.

Eran cerca de las nueve de la mañana y a aquella hora las puertas del recinto del astillero estaban abiertas de par en par. Las mujeres las cruzaron al galope y, sorteando las embarcaciones varadas en la explanada, se dirigieron al pantalán y frenaron a las agotadas bestias para detenerlas. No se había apeado aún ninguna de las muchachas cuando, de detrás de las pilas de tablas, del interior de los navíos y ocultos tras los cascos de madera, comenzaron a asomar soldados ataviados con petos y morriones y armados con mosquetes. Walcott apareció por detrás de una pila de jarcias que había junto al río, interponiéndose entre el pantalán y las mujeres. Con él había otro soldado más. Victoria se volvió rápida a mirar la puerta por la que habían entrado y vio cómo dos soldados la cerraban detrás de ellas. Todos llevaban la banda roja que caracterizaba a los soldados ingleses. Estaban atrapadas, a tan solo unos pies de su navío, rodeadas de soldados armados que les apuntaban escudados detrás de los cascos de madera de las embarcaciones. Habían llegado hasta allí, habían logrado huir del cadalso de la Torre de Londres, pero no podían continuar. Las mujeres miraban a su alrededor buscando una salida. Bonny se dobló de dolor por una contracción. Apoyó la mano en la grupa del caballo, entre sus piernas, y vio que estaba empapado. Con la tensión, el miedo y el intento de montar a horcajadas, había roto aguas en el peor momento. Apretó los dientes y no dijo nada. Ninguna lo hizo. Fue Walcott el que habló.

—Hétenos aquí a todos —dijo el prometido de Inés pavoneándose frente a ellas—. ¿Para qué luchar en la plaza del cadalso? Sabía que vendríais a por vuestra nao. ¡Dejad las armas! Huelga decir que estáis rodeadas.

Inés apretaba los dientes. Tenía el pesado cuchillo de combate en la mano, pero no era un cuchillo fácil de lanzar. ¡Lo que habría dado por un

cuchillo ligero, por alguno de los suyos que ella ignoraba que los tenía Jerusha!

—¿Y lo de esperarnos aquí se os ha ocurrido a vos solito o también os lo ha sugerido Saavedra? —preguntó la turca escupiéndole las palabras, aún sentada en la grupa de la montura de Inés.

Walcott observó a la mujer con interés.

—Vos debéis de ser Shatidje. Al fin nos conocemos —dijo inclinando la cabeza a modo de saludo.

Victoria se volvió a mirar a su contramaestre sin entender.

—¿Saavedra? ¿Qué tiene que ver el capitán en esto...? —preguntó sin querer pensar en lo que se infería de aquellas palabras.

—Te lo explicaré luego —masculló Inés con los dientes aún apretados.

—Lo cierto, Inés querida, es que habéis hecho un excelente trabajo —comenzó a decir Walcott, al tiempo que le hacía un gesto a un soldado para que se acercara a desarmarlas.

Inés se quedó atónita al ver que el hombre de nariz aguileña y aspecto de buitre que se acercaba a ellas no era otro que Greg, el guardia que se apostaba en la entrada secreta del palacio King John's Barn. Sin duda la reina lo había degradado cuando ellas huyeron. Inés miró a Victoria. La princesa, concentrada en las palabras de Shatidje, no se había percatado. Greg caminó hasta Inés y tomó el enorme cuchillo de combate. Sus ojos de rapaz se clavaron un instante en los de la condesa y a Inés le pareció ver que el hombre asentía. Victoria soltó la espada en la mano de aquel hombre, con los dientes apretados, tratando de pensar. Walcott seguía hablando, golpeando los guantes asidos en su mano derecha contra la mano izquierda, aquellos guantes que tantas veces había estrellado en la cara de Inés:

—No solo me traéis a la pirata que nos faltaba, querida, sino que venís todas aquí a que os apresen mis hombres para que pueda colgarme yo esta medalla.

Las mujeres se miraron entre ellas. Greg estaba ahora al lado de Simonette y le quitaba el mosquete. A la timonel le costó más soltar el arma. Inés sentía la rabia bullir ante lo que Robert insinuaba e imaginó lo que debían de estar pensando las mujeres. Pensarían que las había vendido, que las había llevado derechas a la boca del lobo para su prometido.

—Excelente trabajo, sí —decía Walcott—. Creo que podremos adelantar nuestra boda.

Entonces Shatidje, asida detrás de la condesa, le empujó el talón derecho con la punta del pie. Inés bajó la vista al pie de la turca un instante y ella pegó su bota a la pierna de la condesa. Inés volvió a mirar a Walcott y, muy despacio, procurando mantener la vista en él para que él no mirara hacia donde ella dirigía la mano, tanteó la bota de Shatidje. ¡Bravo! Sus dedos rozaron el mango frío de un cuchillo. Shatidje no había dudado de ella. Con cuidado lo sacó. Walcott proseguía su soliloquio.

—Aunque lamento, querida, que, por más que adelantemos nuestros esponsales, ninguna podrá estar presente, pues todas tienen una cita con la horca.

Greg comprobaba que el mosquete que le había quitado a Simonette estaba cargado. Walcott le dirigió una mirada de reproche al soldado por tomarse tanto tiempo en desarmar a las chicas, pero Greg no le prestaba atención.

—Es una lástima, Robert —masculló Inés, con el pequeño cuchillo escondido en el interior de su mano—. Al final, aunque haya intentado evitarlo, me obligas a matarte.

Robert volvió a mirar a su prometida y rio.

—Inés —dijo meneando la cabeza condescendiente—. A fe mía que sois testaruda. ¿Y cómo pensáis matarme desarmada como estáis y rodeada por mis hombres?

—No me importan tus hombres —respondió ella con el odio brillándole en los ojos—. Tú vas a morir.

Y diciendo esto le lanzó el pequeño cuchillo que salió volando equilibrado, preciso, como solo volaban los cuchillos de Stowe, y se clavó perfecto en el pecho de Walcott, cerca de la axila. Antes de que los demás soldados pudieran reaccionar, Greg disparó el mosquete contra el hombre que escoltaba a Walcott y se interponía entre las chicas y la *Black Shadow*.

—¡Al suelo! —gritó Inés tirándose del caballo para que el animal la escudara.

Shatidje saltó con ella y el resto de las chicas obedecieron rápidas y se lanzaron al suelo a protegerse con los caballos. Los soldados, aun sin su capitán, abrieron fuego contra las mujeres acribillando a tiros a los animales. Solo uno acertó a Mary en la espalda y otro a Bonny en el hombro, que cayó sosteniéndose la tripa, más dolorida por el parto que por el balazo. Pero a Úrsula y sus arqueras aún les quedaban un par de flechas en cada aljaba y, a

aquella distancia y parapetadas detrás de las monturas, dispararon a los soldados que recargaban sus mosquetes sin fallar un solo blanco.

—¡A por ellos! —gritó Shatidje saltando de detrás del cuerpo del caballo con su alfanje en la mano.

Inés tomó el cuchillo que Greg había soltado en el suelo al disparar el mosquete y corrió detrás de la turca. Charleen, Victoria, Alice, Claire y Bert se lanzaron también a por los hombres que quedaban, junto con las arqueras que se habían quedado sin flechas, que se unieron también. Helen y Greg las cubrían. Simonette, llamando a Emily, corrió hacia la *Black Shadow*. La nave estaba amarrada al pantalán y no necesitaban un bote para llegar hasta ella, bastaba con cruzar el tablón de madera que habían puesto a modo de pasarela. Emily obedeció y, seguida por Sally y Dora, corrieron detrás de la timonel.

—¡Comprobad que estén todas las velas! ¡Preparaos para largarlas y marcharnos de aquí! —gritaba Simonette.

Las chicas dieron cuenta de los hombres que recargaban escondidos. Uno de ellos alzó las manos para rendirse e Inés le hundió el enorme cuchillo en el vientre, bajo el peto. Victoria, a su lado, preguntó espantada:

—¿Qué haces?

—Salvar a Greg —contestó Inés sacando el cuchillo de nuevo—. Solo él puede sobrevivir.

Victoria se volvió a mirar al hombre que las protegía desde detrás de los caballos muertos, disparando junto a Helen, y entonces comprendió y asintió con la cabeza.

—¡Capitán! —gritó Simonette desde el timón. La *Black* tenía de nuevo la mesana negra aparejada e izada, y estaba dispuesta para dejarse llevar por el viento y la corriente lejos de Londres—. ¡Listas para zarpar!

Victoria asintió.

—¡Todas a bordo!

Las arqueras se apresuraron a recuperar las flechas que pudieron. Charleen, Shatidje y Alice remataban a los moribundos. Ruth, con ayuda de Helen, cargaba con Mary para subirla a bordo, aun cuando sabía que no había mucho que hacer. Bonny, doblada por el dolor de las contracciones, se apoyaba en Jerusha.

—¡Aprisa! —urgió Victoria.

Y se apresuró en llegar hasta Greg, que se había acercado a Inés y le preguntaba si pretendían huir por el río. Inés asintió.

—¿Y cómo vais a hacerlo? —preguntó el hombre preocupado—. Os cerrarán el paso en Gravesend, en el baluarte de la Ermita.

—Pensaremos algo —respondió Victoria.

El hombre de nariz aguileña asintió mudo. Entonces se desató la banda roja apresuradamente, se quitó el peto de acero, miró a su alrededor y desató la banda roja de un muerto a su lado.

—¿Qué hacéis? —preguntó Victoria.

—Llevaos algunos uniformes. Acaso os sirvan para huir.

Inés asintió y desató los petos de otros tres hombres y tomó las bandas rojas y los morriones. Shatidje, impaciente, había vuelto a apearse de la *Black* y los ayudó a llevarlos.

Victoria, sosteniendo un peto, dos bandas rojas y un morrión, se volvió hacia el soldado.

—Gracias —le dijo—. Una vez más os debemos nuestra libertad.

El soldado asintió.

—Será mejor que os coloquéis entre los otros soldados para que os encuentren allí —añadió la princesa.

El hombre volvió a asentir. Inés soltó un momento los pedazos de armadura en el suelo, dio el paso que la separaba del hombre y lo abrazó.

—Gracias, Greg. Gracias —susurró la joven.

El hombre no se atrevió a devolverle el abrazo. Ya era una mujer.

—Espero que no volvamos a verte nunca más —bromeó Inés con una sonrisa triste.

La condesa lo soltó y el hombre asintió por tercera vez.

—También yo lo espero así —contestó, aunque seguía sin saber cómo iban a lograr huir.

Shatidje y Victoria se apresuraron hacia la *Black Shadow* cargadas con los uniformes. No tenían muy claro para qué les podían servir más que para entorpecerlas, pues los petos eran muy grandes y ellas no acostumbraban a cubrirse la cabeza, pero los subieron a bordo igualmente. Inés se detuvo un momento junto al cuerpo de Walcott. Estaba tirado de espaldas, detrás de la pila de jarcias, y un hilo de sangre le caía por la boca. También le sangraba la cabeza. Debía de haberse golpeado con algo al caer. Inés le arrancó el cuchillo que le prestó Shatidje y, cuando lo hizo, el oficial recuperó la consciencia y abrió los ojos. Inés lo miró. Después miró a su alrededor para comprobar que, desde el punto en el que había caído, no hubiera podido ver a Greg. Dudó. Sería tan sencillo degollarlo... Sus ojos estaban llenos de miedo.

—No mereces ni siquiera que te mate —le dijo, y se puso en pie.

Lo que no dijo aunque lo pensó fue: «No quiero más fantasmas de rostros conocidos por las noches». Y, tomando las piezas de uniforme que había dejado en el suelo, se subió en la *Black*, dejando a su prometido allí agonizando, mientras ellas se alejaban de Londres tan rápido como lo permitían las velas de su nao y la corriente del Támesis, conscientes de que aún no eran libres, de que la lucha aún no había terminado y de que las perseguirían hasta encontrarlas.

Era treinta de marzo de 1580.

## CAPÍTULO XVIII

En cuanto estuvieron todas a bordo, soltaron amarras y la *Black Shadow* comenzó a alejarse de Londres. Simonette, desde el timón, preguntó a Victoria hacia dónde iban. La princesa se apresuró a subir al puente para contestar.

—Por el momento, a mar abierto, y a todo trapo. Aquí no tienen barcos de guerra, pero cuando llegemos al mar sí los tendrán y apenas queda munición. Habrá que ver qué podemos utilizar para combatir.

—Con suerte los galeones más cercanos se encontrarán en Dover —apuntó Shatidje—. Y tardarán unas cinco horas en avisarlos y ellos otras diez en llegar a la desembocadura con el viento a favor.

Inés negó con la cabeza.

—Aquí no tienen navíos de combate, pero hay tres fuertes antes de llegar al mar, cerca de Gravesend. En Tilbury está el baluarte de la Ermita y, en la otra ribera del río, el fuerte de Higham —explicó tratando de hacer memoria de lo que hablaba su padre con Walcott cuando este venía a cenar. Hacía mucho de aquello. Antes de que su prometido se convirtiera en el sádico de los guantes de cuero al que había acuchillado. Inés apartó de su mente la imagen del oficial agonizando—. Y, tres millas más abajo, el fuerte Coalhouse.

—Con más razón para ir a todo trapo —coincidió Victoria—. Si la corriente y el viento nos ayudan, nosotras tardaremos unas seis horas en salir a mar abierto. Tal vez lleguemos antes de que los hayan alertado.

En el combés, Ruth, a pesar de tener el lado izquierdo del rostro en carne viva, le sacaba a Bonny la bala del hombro con la punta de un cuchillo. La prostituta aullaba del dolor de la operación y de las contracciones, retorciéndose sobre la cubierta. Las demás mujeres habían hecho un círculo a su alrededor. Cuando la judía tuvo el proyectil entre sus dedos, cosió la

herida y le ordenó a Bonny que bajara a la enfermería y se quedara allí pasara lo que pasara en cubierta.

—Jerusha, ayúdala —le ordenó, y volviéndose hacia Bert le pidió que pusiera agua a hervir.

—Veré qué encuentro para encender un fuego —asintió la cocinera, y bajó hacia la cubierta de artillería.

Ruth se volvió entonces hacia Mary, la giró de lado para poder apretarle la herida que la bala le había hecho en la espalda. Después la volvió a girar para que pudiera apoyar la espalda en la baranda y la tapó con una manta que había traído Claire. La grumete temblaba, convulsionándose, y un reguero de sangre le escapaba de la boca. Victoria descendió desde el puente, se acercó hasta el corro y, señalando con el mentón a Mary, le preguntó a la judía cómo estaba. Ruth negó con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó entonces a la físico—. Tienes la cara abrasada.

—La herida está cauterizada y el ojo intacto. Solo debo cuidar de que no se me infecte.

—¡Ahora sí que pareces una bruja! —apuntó Claire.

Todas las mujeres miraron a la estibadora con gesto reprobador.

—¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. ¡Es verdad!

Mary trató de decir algo y Ruth se apresuró a acercar la oreja derecha a sus labios para oírla. La explosión la había dejado sorda del oído izquierdo para varias horas. Mary volvió a repetir lo mismo en voz muy queda.

—Capitán —tradujo la judía—. Quiere hablaros.

Victoria se agachó junto a la grumete y le cogió la mano al tiempo que se acercaba a escucharla. La joven malherida miró la mano de su capitán y la apretó.

—Gracias —dijo en un hilo de voz y, aprovechando lo cerca que tenía el rostro de Victoria, estiró los labios y le imprimió un beso en la mejilla. Entonces cerró los ojos y se apagó.

Victoria le apretó la mano una vez más, sintiendo todo el peso de la muerte de la que había sido la última en incorporarse a su tripulación pirata.

—Estaba enamorada de vos, ¿lo sabíais? —explicó Claire.

De nuevo todas las piratas la miraron con gesto de reproche.

—Claire, ¿por qué no revisas la cubierta de artillería y la bodega a ver qué queda? —preguntó Shatidje.

Victoria se lo agradeció a su conrmaestre con la mirada. Se puso en pie y, dirigiéndose al corro de piratas, preguntó con voz grave:

—¿Hemos perdido a alguna más?

—Hemos perdido a mi hermana —contestó la gemela de la pata de palo en un hilo de voz.

Victoria asintió con pesar.

—Lo sé, Sally. Lo sé. La perdimos en la plaza. Y de veras que lo siento. Ni Mary ni Madge estaban condenadas a muerte.

Sally negó con la cabeza.

—Capitán, hemos luchado en muchos combates y no hemos elegido ninguno. Pero sé que, si hubiéramos podido elegir en qué combate pelear, tanto mi hermana como yo habríamos escogido este.

Victoria agradeció las palabras de la muchacha, aunque no cambiaban lo que ella sabía: había perdido a dos de las chicas, mientras que, si se hubiera limitado a liberarlas y no las hubiera conducido hasta la plaza del cadalso, tal vez estarían todas vivas.

—¡Capitán! —gritó Helen desde lo alto del palo mayor—. ¡Nos persiguen!

La princesa corrió de nuevo al puente. Se llevó la mano al cinto buscando su catalejo en un movimiento inconsciente. Arrugó la nariz. Le gustaba aquel catalejo. Lo extrañaría, como iba a extrañar su espada y su brújula y sus cartas náuticas, y la treintena de derroteros que había ido acumulando... Y sobre todo como extrañaría a Madge y Rosalyn. Sí, sobre todo a Rosalyn. Trató de apartar de su mente aquellos pensamientos que no conducían a ningún lugar y, haciendo visera con la mano, miró hacia popa. En efecto, una nao las seguía río abajo. Pero no podía ver más.

—¿Qué es, Helen?

La mujer tampoco tenía catalejo, pero su vista era muy aguda.

—Una nao con seis cañones por banda y repleta de oficiales ingleses.

—Si la Corona cree que una carraca cargada con soldados y artillería va a alcanzar a la *Black* sin carga es que no se ha informado mucho sobre nosotras —masculló Simonette, la decisión pintada en sus ojos azules—. Pero, capitán —añadió con prudencia—, nunca antes he navegado el Támesis, y no tenemos un mal derrotero de estas aguas.

Victoria asintió.

—Procura navegar a la *Black* por donde parezca más profundo y evita los márgenes. No podemos ir más despacio, Simonette. Debemos dejar atrás la otra nao y llegar rápido a Gravesend.

A continuación, Victoria se llevó la mano a la boca para que el viento no le arrancara las palabras, y le gritó a la vigía:

—¡Helen! ¡Presta atención a los bancos de arena!

La vigía asintió. Realmente ella también echaba en falta un catalejo.

Inés se acercó a su amiga y le dijo con gravedad:

—Capitán, nos faltan Rosalyn, Katherine, Madge, Mary y Bonny. Y estamos sin munición.

En aquel momento aparecieron Claire y Jerusha por las escaleras de la bodega.

—No del todo —repuso la estibadora con una sonrisa radiante—. No tenemos comida ni agua, porque sacaron todos los bienes perecederos y el agua se derramó. Pero no sacaron las balas de cañón ni los cinco barriles de pólvora de la santabárbara.

Pólvora. Tenían pólvora y balas de cañón. Y el Támesis las proveería de agua dulce. Incluso si lograban algo de cebo, podrían hasta pescar. La capitán asintió con la cabeza.

—De modo que tenemos munición para la artillería de la *Black*, las armas que conseguisteis —dijo Victoria dirigiéndose a Inés—, lo que encontramos en la Torre y los petos y la munición para los arcabuces que les quitamos a los guardias.

Claire asintió con la cabeza.

—Jerusha, quiero que abras el fardo con los arcos y flechas que había en la Torre y los repartas entre las mujeres de Úrsula —ordenó Victoria.

Después miró hacia popa. Se estaban alejando de la carraca.

—Voy a vestirme para el combate —explicó la princesa mirándose el suntuoso vestido—. Avisadme si logra acortarnos distancia.

Y, antes de entrar en su camarote, llamó a Inés y a Shatidje para que la acompañaran. Había algo más dando vueltas en el interior de su cabeza.

Volver a entrar en su camarote, ver su cama, el baúl con sus escasas pertenencias, la puerta que daba acceso al camarote de Inés..., le produjo la sensación de estar de vuelta en el hogar. Abrió el baúl para coger algo de ropa más masculina. Toda la ropa de valor se la habían llevado, pero habían dejado un par de pantalones, varias camisas y los jubones-corpiños de cuero que les cosieran Sally y Madge. Los sacó del baúl y se volvió hacia Inés y Shatidje.

—¿Y bien? —preguntó impaciente, con el corazón en carne viva—. ¿Qué es lo que ocurre con el capitán Saavedra y Walcott?

Inés y Shatidje se miraron y la turca le hizo un gesto a la condesa para que hablara ella. Inés titubeó:

—Shatidje cree... —comenzó a decir, pero la turca la interrumpió y dijo sin rodeos:

—Cuando fui a pedirle ayuda a Saavedra para liberaros, me confesó haberos traicionado. Él fue quien planeó la trampa de Bristol.

Las palabras de la turca sacudieron a Victoria. «Traición. Trampa». Sintió un zumbido en los oídos, cada vez más fuerte, y supo que se caería al suelo si no se sentaba, de modo que tanteó hasta encontrar la cama detrás de ella y se sentó, descompuesta. Miguel planeó la emboscada de Bristol. Miguel hizo que las apresaran. Miguel había matado a Rosalyn, y a Madge, y a Mary, y a Kate. Inés y Shatidje la observaban preocupadas. En algún lugar, por encima del zumbido, oyó a Inés musitar: «Lo siento, Victoria. A pesar de lo que pudiéramos haberte dicho, a todas nos ha cogido por sorpresa. No logro entender por qué puede haberlo hecho...».

—Es un pirata —interrumpió Victoria, y oír su propia voz acallando las abejas la sobresaltó—. Es un pirata —repitió ahora con más firmeza—. Yo no le dije el puerto al que llegarían los galeones y él buscó el modo de obtener esa información. No hay nada que explicar.

Inés miraba a su amiga desconcertada por la falta de pasión con la que había hablado. Victoria seguía sentada, con la vista perdida en el suelo y la mirada hueca.

—Lo asombroso no ha sido su traición —prosiguió Victoria con apatía—. Lo asombroso ha sido que haya tardado tanto en vendernos cuando él no ganaba nada con nuestra amistad.

Shatidje apretaba los dientes, conteniendo las palabras. Inés miraba a su amiga con preocupación.

—Y ahora, si me permitís —terminó Victoria con la mirada aún perdida—, voy a cambiarme de ropa.

Hizo un leve gesto hacia la puerta e Inés, después de suspirar, comenzó a caminar hacia ella. Se detuvo para decir algo, pero no supo qué, y reinició su camino hacia el exterior. Shatidje la siguió. La condesa abrió y salió. La turca se volvió hacia Victoria antes de hacer lo propio.

—Capitán, por más que deseéis estar sola... —dijo la turca—. Esto aún no ha acabado. Os necesitamos en cubierta.

Victoria asintió.

—Solo voy a vestirme, Sha. No tardaré.

La turca asintió y salió cerrando la puerta tras de sí.

Cuando Victoria se quedó sola, se echó sobre la cama y rompió a llorar. El zumbido volvió a sus oídos, y sintió ganas de vomitar y un vacío en el estómago que parecía querer taladrarla. El dolor le resultaba casi físico. Le mordía por dentro. Si le hubieran dicho que Miguel había muerto, no le habría dolido ni una cuarta parte. Pero aquella traición, aquel desengaño... Aquello... cambiaba toda la realidad, todos sus recuerdos que ahora pasaban raudos por su mente, vistos desde un nuevo prisma. Ahora entendía las palabras de Miguel diciendo que no quería verla más. Realmente, siempre había intentado deshacerse de ellas. Y todo lo demás: las lecciones de esgrima, los poemas, el único beso que le había robado y que le robaría jamás, todo había sido una mentira, un sueño, una ilusión absurda de cría. Se había dejado llevar por sus anhelos y había inventado amor donde nunca hubo nada. Nada. Y al hacerlo, había puesto en peligro a sus chicas, las había conducido a la horca, y había matado a Rosalyn, a Kate, pero sobre todo había matado a Madge y a Mary; a la pobre Mary, que no hizo otra cosa en su vida que amarla, la entregaba a la muerte por un amor estúpido y menos correspondido aún. ¡Qué absurda se sentía! ¡Qué tonta! ¡Qué niña ilusa! Cerró los párpados con fuerza.

—Gracias por la última lección, capitán Saavedra —masculló, con su amor trocado en odio en un momento. Pero lo cierto era que no lograba odiarlo más que unos instantes, ni siquiera lo culpaba. Porque sentía que la única culpable de todo lo ocurrido era ella.

Él le había ofrecido la mitad del botín si se mantenían al margen del asalto. Le había dado una oportunidad. Y no la había engañado. Le había dicho que la prefería lejos de él. Era ella la que se había ilusionado con aquel amor inexistente, ella la que había rechazado la oferta de venderle la información, ella la que había conducido a las chicas a Bristol y la que había matado a Rosalyn y a Kate, a Madge y a Mary. Él nunca la había querido. Y aunque sería más fácil soportar la culpa si pudiera cedérsela a él, no era tan sencillo.

Se secó las lágrimas y, con un enorme vacío creciendo donde antes residía la adoración hacia el pirata, con el dolor aún partiéndola en dos, tomó una daga, se giró hacia su propia espalda y, alcanzando donde esta se unía a la cintura, cortó los cordones del vestido para podérselo sacar.

A pesar de lo que le había dicho a Shatidje, se demoró casi tres horas en salir a cubierta y subir al puente. Cuando lo hizo, el sol estaba en lo más alto del horizonte. Era un sol cálido, que picaba y derretía la nieve en las dos orillas del Támesis. Miró hacia popa.

—¿La carraca?

—La perdimos hará más de una hora —contestó Shatidje.

—¿Y no ha habido otras señales de la guardia?

—Helen nos ha advertido varias veces de que veía a oficiales a caballo galopar río abajo —añadió Inés señalando hacia la ribera sur.

La princesa asintió con la cabeza, con la vista puesta en el lugar que había señalado su primer oficial. Pero, en aquel momento, en la ribera solo había árboles y, muy esporádicamente, algo de nieve que había sobrevivido al comienzo de la primavera. Un hermoso paisaje que no reflejaba el peligro que les aguardaba río abajo.

La princesa alzó la voz para que todas pudieran oírla. El tono que empleó hizo que las muchachas se acercaran al puente a escucharla. Helen bajó de la cofa. Solo faltaban Bonny, que seguía de parto, y Ruth, que la atendía en la enfermería.

—Nos quedan unas dos horas para llegar a la desembocadura, no más de tres —dijo Victoria— y, aunque no habrán tenido tiempo de enviar sus galeones, es fácil que nos estén esperando en Gravesend. Debemos armarnos para afrontar otro combate más.

—Capitán... —interrumpió entonces la voz de Inés.

Victoria se volvió hacia ella con curiosidad.

—¿Oficial?

Inés titubeó. Habría preferido hablar aquello a solas, sin todas las chicas presentes.

—Pensaba que... Acaso... Acaso sea más sensato que nos separemos. Toda Inglaterra busca a la *Black* y a un grupo de mujeres jóvenes. Y, como decís, es a la *Black* a la que esperan río abajo. Si nos separamos..., tendremos más opciones de seguir vivas —dijo por fin.

Después de su intervención hubo un silencio, solo el ruido del agua arremolinándose alrededor de la carabela. Entonces, Dora, la carpintera menuda, preguntó:

—¿Abandonar la *Black*? ¿Proponéis que abandonemos la *Black* para huir y robemos otra nao más adelante?

Todas las miradas estaban fijas en Inés, la de Victoria también.

—No, Dora —aclaró la condesa—. Propongo... —eran unas palabras difíciles de pronunciar. De nuevo deseó poder hablar primero a solas con Victoria—, propongo abandonar la *Black* y seguir con nuestras vidas por separado, sin volver a ser piratas.

Otro silencio que obligó a Inés a explicarse.

—La providencia ha querido salvarnos de la muerte cuando ya teníamos el dogal al cuello. Ruth os lo podría decir mejor que nadie —dijo pensando en la judía y en cómo, además de tener la cara abrasada, le había quedado la marca roja de la soga en el cuello—. Acabamos de huir del cadalso de la Torre de Londres. Y, sinceramente, no creo que el destino vaya a darnos otra oportunidad.

El silencio. Uno, dos, tres, cuatro segundos.

—Regresar a nuestras vidas —repitió entonces Shatidje—. Volver a ser pescadoras, o camareras, o putas.

Inés asintió, aun consciente de que Shatidje no estaba prestando atención a lo importante: seguir vivas. Poder contarlo. Poder disfrutar de muchos amaneceres y muchas puestas de sol, de la libertad, de mirar el mar desde la orilla, de ser amadas, u odiadas..., de estar vivas. Pero, desde la caña, Simonette protestó:

—Yo no voy a ser pescadora sin mi padre —dijo la timonel con voz hosca—. Él ha muerto para que yo pudiera ser una pirata, y no voy a regresar a John's Pipe sin él.

La condesa se volvió hacia el timón.

—Simonette, las cosas han cambiado —explicó con suavidad, consciente de que la pirata acababa de perder a su padre—. Toda Inglaterra nos busca.

Entonces intervino Charleen con su tono arrogante y seguro:

—¿Realmente han cambiado? —preguntó—. Porque cuando yo llegué a la *Black* las cabezas de su tripulación ya tenían precio. Hace meses que nos buscan y solo nos han encontrado una vez, y fue porque variamos nuestros hábitos y salimos a la luz del día. ¿Qué ha cambiado? —repitió apelando a las demás, pero no dio tiempo a que contestaran—. Porque yo sí sé qué ha cambiado: lo que ha cambiado es que ahora luchamos mejor. Ha cambiado que en cada mes vivido como piratas hemos librado más combates de los que cualquiera de los soldados de una nao han librado en su vida. Eso es lo que ha cambiado. Ahora sabemos luchar. Todas —añadió, como si quisiera dejar claro que ella ya luchaba antes.

Algunos murmullos se levantaron.

—Inés, estoy con Charleen —intervino Shatidje—. Sí han cambiado las cosas. No tanto porque nos busquen, sino por nosotras mismas. Antes de la *Wakes'* sabíamos que nuestras vidas eran miserables, pero no conocíamos otra cosa. Ahora... Ahora hemos vivido el mar, la libertad, la fortuna... ¿De veras crees que podremos regresar a la miseria de antes? Si ya entonces nos pareció tan mala como para huir de ella, ahora que conocemos otra realidad, ¿cómo vamos a soportarla?

Victoria se había cruzado de brazos y escuchaba el debate con atención. Glenne también observaba con interés.

—Sha, es una temeridad —protestó la condesa atónita, sin poder creer que su amiga dijera aquello después de haberla acusado de temeraria por querer salvar a las demás.

—Inés, permitidme corregiros —intervino Emily, la gavieta—. Una temeridad fue dejar los astilleros para embarcarme en una nao con una decena de mujeres que no sabían nada de barcos ni de piratería. Si yo quisiera volver a los astilleros, acaso encontrara trabajo, pero ahora... no quiero coser velas, quiero largarlas. Y no me parece más temerario seguir navegando junto con las demás ahora que hace ocho meses, cuando hundíamos cada barco que pisábamos.

Sobre el ruido de la corriente del río volvieron a alzarse los murmullos de las muchachas.

—Mi hermana ha muerto —decía Sally—. No tengo nada que perder.

—Yo no tengo nada tampoco —contestaba Helen.

Victoria las acalló con un gesto de las manos. Cuando se hizo el silencio, habló:

—Entonces, ¿es esto lo que queréis? —preguntó—. ¿Queréis seguir en la *Black* aunque acaso signifique morir en un par de horas? Inés nos ha planteado una alternativa. Acercamos la *Black* a una orilla y huimos a pie. Tenemos toda Inglaterra para escondernos. Abandonamos la *Black*, abandonamos esta vida, pero seguimos vivas. ¿De verdad estáis dispuestas a volver al cadalso en vez de tomar la vida que se nos ofrece?

Inés agradeció que su amiga sí la hubiera entendido. Pero de nuevo la cubierta se había llenado de murmullos de aprobación, en los que las muchachas daban su opinión a favor de seguir en la *Black*. Ruth asomó por las escaleras.

—¿Qué ocurre, capitán?

Las mujeres se callaron para permitir hablar a la maestre y a la capitán.

—Inés ha propuesto que abandonemos la *Black* para siempre y nos dispersemos para seguir vivas, pero Shatidje, Charleen y... —Victoria se encogió de hombros—, bueno, todas las demás quieren luchar y seguir siendo piratas. ¿Tú qué opinas, Ruth?

La mujer tardó en contestar, midiendo sus palabras.

—Para mí la respuesta es fácil. Me van a perseguir de todos modos, y no creo que pueda ejercer de maestre, físico y artillera en ningún otro lugar. Y la *Black* es demasiado valiosa como para abandonarla.

La princesa asintió. Por último, se volvió hacia Inés:

—¿Inés? —preguntó.

—¿Capitán? —respondió la segundo de a bordo si entender.

—¿Tú qué es lo que decides?

Inés frunció el ceño ofendida.

—¿Decidir? —preguntó—. Capitán, yo ya decidí anoche cuando hui de todo para poder morir junto a las demás. He intentado convencerlos de la locura que es seguir siendo piratas, mas..., ¡demonios! Si todas vais a continuar, yo no pienso vivir sabiendo que acaso mis cuchillos podrían haber decidido el próximo combate. No voy a dejar la *Black* mientras vos la capitaneéis.

Y, aunque no lo dijo, su mirada añadía un: «¿Por qué preguntas, Victoria? ¿Cuándo te he dejado sola ante el peligro?». Victoria sonrió, con aquella sonrisa abierta y llena de luz que contagiaba de alegría.

—¡Sin duda tengo la tripulación con menos seso de Inglaterra! —exclamó—. Y la más valiente. Una vez más, estoy orgullosa de vosotras. ¡Cargad los cañones! ¡Preparaos! En breve llegaremos a Gravesend y seguro que nos estarán esperando.

Helen corrió a lo alto del palo de nuevo y Ruth subió al puente junto a la princesa.

—Capitán, lo que las mujeres necesitarían ahora sería algo para comer. Están agotadas y no han comido nada. No están en condiciones de librar una batalla. Y Bonny sigue de parto. En la bodega hay pólvora, cierto, pero no hay ni un mal mendrugo de pan y, en cuanto lleguemos al mar, nos despediremos del agua dulce, y no tenemos ni un barril. Como físico, debo advertiros de lo urgente que es aprovisionarnos.

Victoria escuchaba a la maestre cuando Helen gritó:

—¡Capitán! ¡A proa! ¡Han cerrado el Támesis a aproximadamente una milla, entre los fuertes!

La capitán colocó su mano en el hombro de la maestre.

—Creo que es el momento de aprovisionarnos —dijo guiñándole un ojo. Y, a continuación, gritó:

—¡Velas al paio! ¡Lastrad la *Black*!

—Capitán —masculló Simonette—, os recuerdo que nos persigue una carraca con doce cañones.

—Confío en que le hayamos ganado suficiente distancia —respondió la capitán—. ¡Helen! ¡Necesito que te fijes bien en cómo es el parapeto con el que han cerrado el río y que bajas aquí a pintármelo!

La vigía asintió. Inés agarró a Victoria del brazo.

—¿Qué pretendes? —susurró—. Allí habrá por lo menos un centenar de hombres armados esperándonos.

La princesa se volvió hacia su amiga y le contestó también en susurros.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que a mí me seduce la idea de meterme de lleno en su emboscada? Sé que tenemos una carraca detrás de nosotros y un fortín improvisado delante. Pero si queremos seguir en la *Black*, y todas quieren hacerlo, solo hay un lugar hacia el que podemos ir —contestó la princesa señalando hacia el mar—. Y para eso tenemos que cruzar entre los dos fuertes y atravesar la barricada flotante que nos hayan preparado.

Helen descendió hasta el puente.

—¡Sígueme! —ordenó Victoria—. Inés, Shatidje, vosotras también. ¡Simonette! —apretó el hombro de su timonel—, procura ganarnos tiempo para no llegar hasta ellos aún. Y procura hacerlo sin que se note que los hemos visto.

Victoria, seguida por sus oficiales y por la vigía, entró atropelladamente en el comedor de oficiales. La capitán rebuscó entre los escasos objetos que habían dejado allí hasta encontrar un pliego de papel que arrancó de un libro, una pluma y algo de tinta. Se los tendió a Helen.

—¿Qué has podido ver?

—Han tendido una serie de embarcaciones de lado a lado del Támesis, amarradas entre sí. En los espacios en los que no hay ninguna nave, me ha parecido ver que han lanzado unos cabos, o unas redes, aunque... Puedo haberlos imaginado. Están demasiado lejos.

—No lo has imaginado —dijo Inés—. Cuando quieren cortar el río lanzan una cadena del baluarte de la Ermita al blocao de Higham.

—Una nave aquí, una carraca grande aquí, aquí otra...

Mientras Helen hablaba, pintaba en el papel lo que había visto. De norte a sur, una nave pequeña paralela a la ribera, a continuación otra más grande atravesada, con la popa hacia la ribera norte, un espacio amplio por el que cabría la *Black* sin problemas, dos carracas grandes abarloadas en paralelo a la ribera, con la proa hacia Londres, otra carraca atravesada y otra más en la ribera: en total había seis naos bloqueando el paso y un fuerte a cada lado. Victoria señaló al hueco entre la carraca norte y las dos abarloadas.

—Parece que el mejor sitio para pasar es por aquí, ¿no?

—Creo que es lo que quieren que pensemos —contestó la vigía—. Pero en esta carraca —señaló la que estaba más al norte— y en esta otra —señaló la que estaba abarloada junto al espacio abierto— podrían haber dispuesto la mayor parte de la artillería. Con un catalejo os lo podría decir —se excusó la vigía.

—Lo sé, Helen.

—Habrán preparado un fuego cruzado —dijo Shatidje pensando en voz alta—. Lo razonable es dirigirnos al hueco, pero si han dispuesto toda la artillería aquí, aquí y aquí —señaló las dos naves que había junto al hueco y la que estaba atravesada más al sur—, nos harían pedazos al tratar de pasar. Probablemente esta carraca —señaló la que estaba al norte del hueco, atravesada en la corriente— tenga los cañones dispuestos río arriba. Si aguantamos la primera andanada bastará con que corten la cadena del ancla, la proa virará río abajo, y ese mismo flanco en el que tienen toda la artillería quedará apuntando al hueco en un fuego cruzado con la carraca esta —señaló la que estaba al sur del hueco—. Es imposible atravesarlo sin que nos hundan.

—¿Y los fuertes? Inés, ¿qué sabes de los fuertes?

—No sé mucho, Victoria. Los fuertes los construyó Enrique VIII para prevenir una posible invasión europea que viniera desde el mar. En tiempos de paz, apenas tienen tropas destacadas. Pero los fuertes son lo de menos. Sus cañones apuntan río abajo. Sin embargo, Sha está en lo cierto. El problema principal es que no podemos atravesar el bloqueo de barcos que han dispuesto sin que nos hundan.

—No —contestó Victoria tamborileando con los dedos en sus labios—. No es tan difícil.

—¿¡Que no es tan difícil!?! —exclamó Inés incrédula.

—Solo tenemos que evitar pasar por donde ellos esperan que pasemos. Helen, la nao que está más al norte, la pequeña que abastece a la carraca esta —señaló a la primera nao que había pintado la timonel, pegada al baluarte de la ribera norte—, ¿sabes hacia dónde tiene la proa?

Helen asintió:

—Proa al mar.

—¿Y se puede acceder a ella sin entrar en el fuerte?

La vigía dudó.

—No me ha dado la impresión de que estuviera realmente «pegada» al fuerte. Creo que está algo más arriba.

Victoria sonrió, pero Inés meneaba la cabeza.

—Victoria, tienen todo el río cubierto. Hay seis naves y habrá lo menos dos centenares de hombres allí, y no sabemos cuánta artillería. Nos están esperando. No podemos pasar.

—¡Claro que podemos! Solo no hay que pasar por el río.

—¿Solo no...?

Inés no entendía nada. Shatidje sonreía divertida observando a su capitán.

—Gracias, Helen. Regresa a la cofa —ordenó Victoria, y volviéndose a la turca preguntó:

—Sha, aún tenemos el batel, ¿no es cierto?

—Solo el pequeño, capitán. El otro lo empleé yo para huir y para darles un funeral digno a Rosalyn y a Kate.

Victoria asintió.

—El pequeño bastará. Necesitaremos... —Victoria seguía mirando el dibujo de Helen, concentrada en cómo hacerlo—, necesitaremos subir dos barriles de pólvora. Y necesitaré a Claire, probablemente a Emily..., a Úrsula..., a Charleen... Y a vosotras dos, por supuesto. ¡Ah! ¡Y tomad los uniformes ingleses!

—Prepararé el bote con dos barriles de pólvora —asintió Shatidje, y salió por la puerta.

—Inés —dijo Victoria.

La condesa meneaba la cabeza, la vista fija en el dibujo.

—Inés —repitió Victoria.

La segundo de a bordo finalmente levantó sus ojos hasta los ojos azules de su amiga.

—¿Puedo contar contigo para esto?

Y la mirada que Inés le devolvió habría sido capaz de encender un barril de pólvora.

Antes de subirse al bote con las demás, Victoria le recordó a Simonette las instrucciones.

—Mantened a la *Black* lastrada. Acercaos despacio hacia el centro del hueco, con todos los cañones asomados por las portas, tanto a babor como a estribor. Haced ruido, disparad los arcabuces... Pero no os acerquéis a distancia de tiro de sus cañones hasta que nos oigáis. Después, venid a todo trapo por nosotras. Ya sabéis dónde estaremos.

La timonel asintió.

—Si en una hora no oís nuestra señal, colocad toda la pólvora en proa, atad la caña, abandonad la *Black* y utilizadla como si fuera un brulote, y tratad de llegar a John's Pipe por vuestra cuenta.

La timonel asintió de nuevo.

—Capitán —dijo la hija del pescador—, que Dios os ayude.

—Siempre lo hace —respondió Victoria con un guiño.

—Rezaré por vosotras —añadió Glenne.

Y Victoria se lo agradeció con una sonrisa. Porque, aunque quisiera transmitirles que estaba convencida de que todo funcionaría, su plan tenía demasiados cabos sueltos. Demasiados como para estar tranquila.

Cuando el bote tocó la ribera norte del Támesis, las siete muchachas saltaron a la nieve y después arrastraron la pequeña barca fuera del agua.

—¿Y ahora? —preguntó Charleen.

Victoria se recogió el pelo y lo escondió bajo el morrión, se tizó ligeramente la zona de la barba con un carbón y se ató el peto y la banda roja encima. Shatidje, Inés, Emily y Úrsula la imitaron. A Claire no le hizo falta recogerse el pelo, corto como lo tenía.

—Ahora arrastramos el bote con los dos barriles por el barro procurando que no nos vea nadie.

—En marcha entonces —dijo Charleen atándose la banda roja como las demás. Y las muchachas empujaron la barca por el barro como si de un trineo se tratara.

El blocao de Tilbury, conocido como «el baluarte de la Ermita» porque utilizaron piedras de una ermita abandonada para construirlo, era un pequeño fortín en forma de «D», con la artillería apuntando río abajo para evitar la entrada de una armada enemiga. Su puerta, una puerta enorme con volutas, estaba abierta y custodiada por dos guardias. A unos cien pasos de él, flotando en el río algo más arriba, estaba la nao pequeña que había pintado Helen, la que abastecía a la carraca grande cargada de artillería para el fuego cruzado. Era una nave pequeña, de un solo palo, y con tan poco calado que, anclada en la vera del río, podía accederse a ella por una pasarela de madera que custodiaba un guardia. Entre el guardia de la nao y la puerta del fuerte había un enorme enebro que tapaba en algo la vista. La nave se mantenía en el sitio gracias a un rezón lanzado por la popa y a dos cabos que la amarraban a tierra firme. Tal y como había dicho Helen, tenía la proa hacia el mar.

Las mujeres abandonaron el bote en la espesura y salieron al camino. Caminaban con el aire más marcial del que fueron capaces, encabezadas por Claire, que, pese a no haberse tizado la cara, seguía siendo la que más aspecto de muchacho tenía. La estibadora iba armada de espada y arcabuz y con una daga veneciana en la parte de atrás del cinto. Shatidje y Úrsula llevaban en brazos sendos barriles de pólvora. Cargar con los barriles llevando los petos de acero no resultaba nada fácil, pero la distancia no era demasiado larga. Las otras cuatro mujeres, armadas igualmente de espada, daga y arcabuz, las seguían. Al pasar cerca de la entrada del fortín, Claire alzó la mano para saludar a los guardias y prosiguieron hasta la pasarela de la nao. El soldado apostado allí las miraba con curiosidad.

—Refuerzos —dijo la estibadora con la voz más masculina de que fue capaz—. Traigo más pólvora y media docena de arcabuceros.

El guardia se apartó, y Claire permaneció a su lado mientras las seis mujeres subían por la pasarela.

—Más refuerzos —repitió el soldado con sarcasmo—. Y todo esto para detener a una veintena de mujeres. Una correa de cuero es lo que necesitaría yo para ponerlas en su sitio, nada más —meneó la cabeza—. Hemos perdido el seso.

Claire asentía mirando nerviosa de reojo hacia los soldados del fortín. El bendito enebro los tapaba. El soldado observaba a las chicas subir.

—Tus soldados —le dijo entonces a Claire— no son muy fornidos.

—Son buenos tiradores —respondió la mujerona falseando la voz—. Como aquellos que salen del fuerte —añadió señalando hacia el enebro, a la

derecha del guardia.

El hombre se volvió a mirar hacia donde le indicaba Claire, y la pirata aprovechó para sacarse la daga del cinto y clavársela al soldado en un riñón, al tiempo que le tapaba la boca y lo sostenía para que cayera al suelo despacio. Entonces lo apuntilló en la nuca y lo echó al agua. Silbó, e Inés, que era la última en subir por la pasarela, se dio la vuelta y corrió hacia ella. Miró la sangre en la tierra.

—¡Sube rápido! Yo limpio esto y me quedo aquí —dijo la condesa, y se apresuró en revolver la tierra y ocupar el puesto del guardia mientras Claire corría por la pasarela a bordo de la nao.

En proa, en la cubierta, un soldado tenía un fuego encendido y un perol enorme aún sobre él. El olor de la comida hizo babear a las muchachas. Charleen se acercó la primera, mientras Shatidje y Úrsula depositaban con cuidado los barriles sobre la cubierta.

—Huele bien —dijo Charleen enronqueciendo la voz para llegar hasta el cocinero.

El hombre se volvió a mirar a las chicas.

—Llegáis tarde —dijo.

Charleen miró a su alrededor. A babor, el enebro las ocultaba del fuerte. A estribor, una pasarela conducía a la carraca grande, fondeada con la enorme popa alterosa hacia ellas. Pero en la otra embarcación, de la decena de hombres que había en cubierta nadie les prestaba atención, y la mujer aprovechó para clavarle la daga por la espalda al cocinero y sentarlo con cautela contra la borda de estribor, fuera de la vista de los curiosos. Después corrió al perol.

—¡Hideputa! ¡Decía la verdad! ¡Aquí no queda nada!

Shatidje y Victoria le chistaron a la vez. La capitán, en susurros, le indicó a Claire que llevara los barriles a la carraca, tal y como habían previsto, y a Shatidje y a Charleen que revisaran la bodega deprisa. Victoria desenvainó la espada y se dirigió al interior de la tolda, donde estaban las dependencias de los oficiales.

Dado el escaso tamaño de la nao, en la tolda había una única sala que hacía las veces de chupeta del capitán y sala de oficiales. La princesa llamó a la puerta y la empujó sin esperar respuesta. En el interior había una mesa rectangular que ocupaba la mayoría de la estancia, con cuatro sillas a su alrededor. En la primera, de espaldas a la puerta, estaba sentado el capitán de la nave, que garabateaba algo en un libro. A la izquierda había una litera

vacía. Sobre la mesa había una hermosa sobera plateada, y estaba dispuesto el plato y los cubiertos del capitán, que, al parecer, aún no había comido.

—¿Han llegado ya? —preguntó el hombre sin alzar la vista de lo que hacía.

Victoria le colocó la punta de la espada en la nuca, congelando al hombre cuya mano quedó inmóvil sobre el papel.

—Han llegado —contestó ella—. Ahora levantaos muy despacio y no os pasará nada.

El hombre levantó las manos y se puso en pie despacio. Se volvió lentamente para poder mirar a la mujer que lo había amenazado. Pero, al verla tan joven y con aquel aire inocente, no pudo por menos que tratar de desenvainar su espada. Fue lo último que hizo.

Victoria se apresuró a registrar el escritorio. Algunas cartas náuticas del sur de Inglaterra, una brújula, un catalejo grande y otro más pequeño... Al final miró dentro de la sobera. Coles rehogadas. Algo era algo. Corrió a popa, abrió la ventana y vio el cable del rezón. Ahí tendría que cortar para liberar la nao. Aprovechó para desatar la amarra de popa. Así sería más rápido.

Mientras tanto, las muchachas seguían con el plan. Emily trepó a la verga del palo mayor; Inés permaneció de guardia en tierra; Claire tomó en brazos un barril de pólvora y comenzó a cruzar la pasarela que llevaba hasta la carraca; Úrsula, agazapada en proa junto a la borda, desató su arco camuflado con el cañón del arcabuz y lo tensó, preparándolo para disparar. Había traído consigo media docena de flechas —no tenían muchas más—, pero confiaba en que bastara con un par.

Claire llegó a la cubierta de la carraca con el enorme barril en brazos. En ella había una decena de hombres, todos pendientes de la *Black* que se acercaba lenta por el río.

—Traigo más pólvora.

Ni siquiera así le hicieron caso, de modo que Claire tomó el barril y lo bajó a la cubierta de artillería. En aquella cubierta todo era ruido y voces. El aire estaba enrarecido por el gentío. Habría al menos tres docenas de hombres agrupados en torno a los cañones de babor, en aparente anarquía, si bien cada cual tenía bien establecidas sus funciones en su cañón. Varios miraron con interés a Claire.

—Traigo más pólvora —repitió la estibadora—. ¿La santabárbara?

Al instante, Claire se dio cuenta de lo absurdo de su pregunta.

—Abajo, en popa —respondió un oficial mirándola con suspicacia.

Claire se dio la vuelta para poder dejar el barril en el suelo, aunque su verdadera finalidad era volverse para que aquel hombre no la pudiera seguir estudiando. Empujó el barril hacia popa y, sin girarse para hablar y tratando de que no le temblara la voz, contestó:

—Eso ya lo sé. Me refiero a si está cerrada con llave.

El hombre se encogió de hombros. Claire se secó el sudor de la frente y se volvió, finalmente, a mirarlo.

—Hay que bajar este barril de pólvora —explicó la pirata, y dejó el barril lo más a popa y pegado a la pared de estribor que pudo, junto al primer cañón de la borda que no estaban utilizando—. Yo voy a buscar más.

Claire se apresuró en salir de allí. Cuando llegó a cubierta y pudo respirar el aire limpio, la mujer se llenó los pulmones. El corazón le latía desbocado. Se apresuró en regresar a la nao pequeña por la pasarela. Shatidje y Charleen ya habían salido de la bodega. Shatidje escalaba a la verga del palo mayor con Emily.

—¿Has podido dejarlo? —le susurró Charleen.

Claire asintió.

—¿Sobre la santabárbara?

La estibadora asintió de nuevo.

—¡Necesito que me abras la porta del cañón! —demandó Úrsula.

—¡Ya lo sé! —protestó Claire—. ¡Entra tú ahí si quieres! ¡Están todos los soldados de Inglaterra ahí dentro!

—¡Eso está bien! —contestó Charleen—. Cuantos más, mejor.

—Sí, para ti que no tienes que volver ahí —masculló Claire y, cogiendo el otro barril, regresó a la abarrotada cubierta de artillería de la carraca.

Inés observaba nerviosa la gruesa cadena que salía de la pared del fuerte y cruzaba el Támesis. Dada su longitud y su peso, hacia la mitad del río se hundía en el agua. No podía evitar preguntarse si la proa de la *Black* la rompería o se partiría al chocar contra ella. Lo que veía difícil era que la cadena no reventara la proa de la navecilla en la que estaban sus amigas. Se sacó por la cabeza el pellejo de pólvora para el mosquete y lo sopesó con la mano. Después se asomó a mirar a los dos guardias del fortín. Estaban de charla. Con cautela, abandonó su posición junto a la pasarela y corrió agachada hacia la cadena.

Cuando Claire vio que el primer barril seguía donde lo había dejado, respiró aliviada. Estaba depositando el otro a su lado cuando un botafuego la vio y le dijo que no podía dejar eso ahí.

—Lo sé —gruñó la estibadora, empezando a cansarse de que todo el mundo le dijera lo que tenía que hacer—. Ahora lo bajo a la santabárbara. Es que está cerrada. Lo he puesto aquí porque no estuviera en medio si abrí fuego. Si ordenas a alguien abrirme la bodega y me prestas ayuda con los que aún tengo que traer, será más fácil.

—¿Cuántos te faltan?

—Dos más —improvisó Claire. Las manos le temblaban. ¿Por qué demonios la habían elegido a ella? Mentía fatal.

El hombre debió de pensar algo parecido.

—¿Te ocurre algo? Estás sudando.

Claire, pálida, se dirigió a la porta del cañón de popa de babor y la abrió. Tenía que abrirla. Y además necesitaba aire. Si la descubrían, que al menos Úrsula pudiera hacer su parte.

—¡Hace un calor del demonio aquí dentro! —exclamó—. ¿Mandas a alguien a que me ayude o no?

El botafuego asintió, y le dijo a uno de sus chicos que acompañara a Claire mientras le decía a otro que comprobara que la bodega estuviera abierta. La estibadora salió casi corriendo de la cubierta de artillería, mientras el hombre al que habían asignado la tarea de ayudarla protestaba de por qué corría tanto. Claire no se detuvo. Atravesó la cubierta en cuatro zancadas y corrió por la pasarela hacia la otra nao, mientras el hombre le decía que le esperara. Los soldados que estaban en la cubierta tolda se giraron a mirar qué ocurría, extrañados, en el preciso instante en que Victoria salía de la chupeta del capitán.

—¿Quién es...? —comenzó a decir el capitán de la carraca grande señalando a Victoria.

A su vez, en la cubierta de artillería de la carraca, el hombre al que habían mandado a abrir la bodega comprobaba que ya estaba abierta. El botafuego, con el ceño fruncido, se apresuró a subir a informar al capitán.

Úrsula, agazapada junto a la borda de la nao, suficientemente a proa como para tener un tiro limpio, apuntaba a la porta recién abierta con una flecha encendida. Miró un momento a Victoria mientras Claire llegaba hasta la nao pequeña.

—¡Qué demonios...! —exclamaba el capitán de la carraca sin entender.

Entonces Victoria asintió. Úrsula volvió a fijar un instante la vista en su objetivo, soltó la cuerda de su arco y la flecha salió rauda, perfecta, por

encima de la baranda, a través de la porta abierta, y se clavó en el barril de pólvora.

—¡Inés! —gritó Victoria tirándose al suelo.

Inés no estaba junto a la pasarela, sino junto al muro del fuerte. Había atado la bolsita de pólvora del arcabuz a la cadena y amontonaba unas ramitas finas en el suelo, bajo el pellejo, dispuesta a prenderlas. Al oír a Victoria, tiró la mecha para encender el arcabuz entre las ramas y comenzó a correr hacia la nave. Entonces llegó la explosión.

Al estallar los barriles, la pasarela que unía las dos naves salió despedida y también lanzó a Claire contra las tablas, mientras que astillas y pedazos de la carraca volaron por los aires.

Inés corría hacia la nave. Los dos soldados del fortín corrían hacia la nave.

Úrsula prendió otra flecha.

—¿Qué haces? —le preguntó Charleen con la barriga pegada a la cubierta.

—Todavía no ha estallado la santabárbara.

—¿Todavía no...? —comenzó a repetir Charleen y, al ver que la arquera colocaba la siguiente flecha en la cuerda, se tapó los oídos y apoyó la cabeza en las tablas.

La primera explosión había abierto un agujero en la pared de la cubierta de artillería y en el suelo, de modo que ahora se podía ver la santabárbara. Los hombres a los que no había alcanzado el estallido se ponían en pie y tomaban sus armas, dispuestos a abordar la pequeña nao.

Victoria había corrido al interior de la chupeta del capitán y, asomándose por la ventana de popa, comenzó a cortar el cable del rezón que mantenía la nave sujeta. Inés estaba cortando la amarra de proa para liberar la nao cuando uno de los dos soldados del fortín la vio y se encaró su arcabuz. Shatidje y Emily se abrazaban con fuerza a la verga del palo mayor.

Úrsula apuntó bien con aquella sangre fría que la caracterizaba al agujero en el suelo de la carraca a través del boquete de la pared. Uno, dos, tres. Soltó la flecha, que se coló perfecta por la abertura del suelo hasta clavarse en otro barril.

—¡Ahora sí! —le dio tiempo a decir.

El segundo estallido fue ensordecedor. La carraca explotó en pedazos. Los hombres salieron volando en un amasijo de madera, hierros, carne y carbón. Las tablas de la nao pequeña crujieron y se aflojaron, dejando entrar

hilos de agua, y algunas tablas de la baranda y de la pared de la chupeta del capitán reventaron. Todos los cristales de las ventanas habían saltado y Victoria, tumbada en el suelo, estaba rodeada por ellos. Se apresuró a levantarse, sin poder creer que no se hubiera cortado con ninguno. Sonrió y corrió al exterior. Debía llegar al timón.

El estruendo de la explosión hizo que los dos soldados del fortín se lanzaran al suelo sin que ninguno disparara a Inés. La condesa, aún protegida por la nao, se cayó de espaldas. La pasarela que había dispuesta entre la nao pequeña y la ribera también había salido despedida, y la nao, libre de las amarras y del rezón, se deslizó lenta aguas abajo.

Las dos detonaciones camuflaron otra mucho menor, producida cuando las llamas de la minúscula hoguera alcanzaron la bolsita de pólvora que Inés había atado a la cadena. Pese al tamaño de la carga, la cadena se rompió, y cayó al suelo y se fue hundiendo en el Támesis, a tiempo para que la nao pudiera pasar por encima.

Victoria, en cubierta, miraba a todos lados.

—¡Capitán! —gritaba Shatidje, abrazada como un mono a la verga del palo mayor—. ¿Largamos velas?

Victoria miró hacia atrás, río arriba. La *Black* se acercaba a todo trapo y en la otra ribera reinaba el desconcierto. Las mujeres debían aprovechar el caos sembrado. Pero Victoria no veía a Inés. Charleen, sin esperar respuesta, subió al puente e izó la mesana. La pequeña nave comenzó a ganar velocidad.

—¡Esperad! —gritó Victoria—. ¡Falta Inés!

La condesa estaba tirada en el suelo. Los oídos le zumbaban, pero no oía nada más, y una sensación extraña la recorría de los pies a la cabeza, como si su cuerpo no fuera su cuerpo, como si todo lo que la rodeaba fuera una pintura. Uno de los dos soldados se había levantado y caminaba hacia ella gritándole cosas que ella no oía. Entonces, volvió el sonido.

—¡Inés! —oyó gritar a Victoria.

El hombre había llegado hasta ella y le apuntaba con el arcabuz. El cabo que Inés acababa de desatar resbalaba por su mano, y por fin la joven reaccionó. Asiéndose a él, rodó sobre sí misma en el instante en que el hombre disparaba. Falló. Entonces Inés tanteó en su cinturón buscando el cuchillo de Shatidje y se lo lanzó al tiempo que se incorporaba. Lo sintió salir de su mano perfecto, equilibrado, y supo que no iba a fallar. El cuchillo se le clavó al hombre en el ojo. «El cuchillo de Sha», pensó Inés. La pequeña nave con sus amigas se alejaba, pero rauda se puso en pie, le arrancó el cuchillo

del ojo, se lo metió de nuevo en el cinto y corrió dentro del río a asirse a la punta del cabo que se alejaba. El otro soldado había tomado su arcabuz y se disponía a dispararle pero un flechazo en el cuello lo detuvo.

—¡Halad! —gritó Victoria desde el puente cuando vio que Inés estaba sujeta al cabo.

Claire y Charleen se apresuraron a tirar del cabo y Úrsula soltó el arco y corrió a ayudarlas.

El agua del Támesis estaba helada, y el peto pesaba casi tanto como la propia Inés. La condesa se asió con todas sus fuerzas y dejó que las mujeres la izaran. Cuando por fin la levantaron sobre la baranda y la dejaron desplomarse en el suelo de cubierta, Victoria se tiró al suelo de rodillas para abrazarla.

—¿Estás bien?

Inés miró hacia atrás, los pedazos de la carraca en llamas y la *Black* cada vez más cerca. Después miró al fuerte a su izquierda: el baluarte de la Ermita.

—¡Largad velas y dadme un arma, deprisa! —gritó.

Victoria no la entendía, pero le hizo una señal a Emily y a Shatidje en lo alto del palo para que largaran la mayor, y pidió un arma para Inés. Claire le tendió un arcabuz.

—No está cargado —advirtió la estibadora, y de un salto bajó del puente al combés para hacer firme la vela mayor que liberaban Emily y Sha. Úrsula se apresuró a ayudarla. Charleen sostenía la caña.

Inés tomó el arcabuz y arrancó la bolsita de pólvora del cinto de Victoria, echó una buena cantidad dentro, apuntó al baluarte y disparó.

—¿Qué haces? —exclamó Victoria—. ¡No has metido munición!

—No es preciso. Los estoy provocando. Tenemos que conseguir que la artillería del baluarte abra fuego sobre nosotras —explicó Inés.

Victoria se quedó muda un instante, y luego sonrió.

—Si disparan a esta nao estarán recargando cuando pase la *Black* —musitó pensando en voz alta.

Inés asintió.

—¿Queréis que nos disparen? —exclamó Charleen incrédula desde la caña—. ¿No os ha parecido suficiente?

Shatidje y Emily se descolgaban de las escalas y llegaban a cubierta. Victoria se puso en pie y relevó a Charleen en la caña. De inmediato abrió el rumbo hacia el centro del río para alejarse del fuerte que tenían a su izquierda.

—¡Tomad los arcabuces, abrid fuego contra el baluarte, y poneos a cubierto! —ordenó Victoria.

Pero Charleen no estaba por la labor de obedecer.

—¡Yo no voy a ser el maldito cebo para que no les pase nada a las demás! —masculló—. ¡Bueno está que siempre luchemos las mismas, pero no voy a ser una mártir!

—Esta nao se hunde, Charleen —explicó Shatidje—. Le ha explotado la carraca al lado. Un par de agujeros más no cambiarán nada. Si quieres vivir, necesitas la *Black* entera, como las demás. ¡Vamos!

La pirata, a regañadientes, siguió a la contramaestre a la tolda y las dos se apostaron junto a Úrsula, en la baranda de babor. La ribera, con el baluarte de piedra, pasaba rauda a su izquierda. Pronto estarían delante de la línea de artillería pesada. Seis cañones de treinta y seis libras a menos de cien yardas. Victoria mantuvo el rumbo para tratar de alejarse de la ribera. Aunque en el otro margen del río, además del blocao de Higham, estaban las otras cuatro embarcaciones en las que, poco a poco, volvía a instaurarse el orden. Estaban liberando la carraca grande que se hallaba más cerca del hueco, probablemente con la intención de alcanzarlas, pero todavía tenían que soltarla y largar velas y, con toda la artillería que llevaba encima, les iba a costar darles caza.

—Inés, en la cabina del capitán hay ropa seca —dijo la princesa con la vista fija en el centro del Támesis.

—¿Y tú? ¿Te quedas aquí? ¿No te cubres?

Sonó un disparo. Úrsula, siguiendo el ejemplo de Inés, había disparado su arcabuz.

—Alguien tiene que pilotar la nao, Inés —contestó Victoria en el puente.

—¡Diantre, Victoria! ¡No te hagas la heroína conmigo! —bufó la condesa.

Y tomando el cabo con el que la habían izado, ató la caña a la baranda de estribor, de modo que no pudiera girarse el timón.

—¿Qué pretendes? ¡Esto es un río! —exclamó la princesa—. ¡Tenemos que corregir el rumbo o terminaremos subidas en el margen!

Tronó un arcabuz en el fuerte, y oyeron la bala silbarles cerca. Inés agarró a Victoria y tiró de ella escaleras abajo hasta el combés, detrás de la baranda de babor, donde se apostaban las mujeres.

—Esto va a durar poco —gruñó Inés a su amiga—. Después subes al timón y yo me visto con ropa seca. Pero, primero, sobrevivimos las dos.

Shatidje las recibió con una sonrisa antes de disparar su arcabuz. También disparó Charleen, pero, lejos de sonreír, la pirata no hacía más que refunfuñar.

—Vamos a acabar incrustadas en la baranda por una bala del treinta y seis —farfullaba—, igual que Kate.

En aquel momento apareció Claire asomando la cabeza por las escaleras de la bodega.

—¿Qué haces? —preguntó Victoria—. ¡Deberías estar aquí disparando! La estibadora depositó entonces un enorme saco sobre la cubierta.

—Arena —explicó, y subió otro saco igual—. Para cubrirnos. Ponedlos pegados a la borda.

Shatidje y Charleen tiraron de los sacos y los colocaron como había dicho la estibadora. Mientras lo hacían, Úrsula disparó el arcabuz y un soldado del baluarte cayó muerto.

—¡Buen tiro! —apuntó Sha—. Ignoraba que supieras disparar un trasto de estos.

—Dije que no me gustan los *arrcabuces* —respondió la mujer con su acento nórdico—, no que no sepa *usarrlos*.

Estaban frente al fuerte. Había llegado el momento. Inés disparó su arcabuz una vez más sin dar a ningún blanco, y entonces llegó la respuesta. Los seis cañones tronaron seguidos: Bum, bum, bum, bum, bum, bum, y las balas silbaron antes de estrellarse contra la pequeña embarcación. Dos balas les pasaron por encima sin hacer blanco, una rozó el palo astillándolo por proa, otra se incrustó en la chupeta del capitán, otra perforó la mesana y la sexta dio en la aleta del casco, un poco por debajo de la borda.

—¿Daños? —preguntó Victoria nada más cesar los estallidos.

Shatidje se asomó y rompió a reír.

—¡De momento parece que aguantamos, capitán!

Claire también rompió a reír, nerviosa, sin creer que lo estuvieran logrando.

—Aún no ha terminado —advirtió Inés.

—No, pero para cuando vuelvan a disparar, estaremos más lejos, y de popa —apuntó Sha optimista—. ¡Y mirad!

Las mujeres se pusieron en pie y el disparo de un arcabuz les recordó que debían ser más precavidas. Volvieron a asomarse con cautela y vieron a

la *Black* pasar al lado del fuerte, dejando caer una lluvia de flechas encendidas sobre los soldados artilleros.

Victoria, agazapada, corrió a la caña para enderezar el rumbo. Viró a babor, de nuevo acercándose a la ribera norte, y a continuación lo hizo a estribor, ralentizando el descenso de la nave por el río. Después de la maniobra, la *Black* quedó a una yarda de distancia. Las mujeres de Úrsula estaban en cubierta armadas con sus arcos, y Dora estaba subida al bauprés tratando de sondear las aguas revueltas del Támesis con la vista, vigilando que nada pudiera dañar el casco de aquella embarcación a la que mimaba como si se tratara de un amante.

—¡Dora! —gritó Victoria haciendo pantalla con la mano para que el viento no se llevara sus palabras—. ¡Cubríos con nosotras!

Y, al decir esto, hizo un gesto amplio con el brazo para que las adelantaran. A la *Black* no le costó ningún esfuerzo rebasar la pequeña nao por estribor. Bert, desde la borda, gritó si estaban bien.

—¡De momento todas vivas! —gritó Claire.

Se acababan de colocar delante, a escasos cincuenta pies, cuando llegó la siguiente andanada del baluarte. Pero Shatidje había estado en lo cierto. Si no habían logrado hundirlas cuando las tenían a trescientas yardas, no lo iban a hacer ahora que estaban a casi ochocientas y de popa. Con todo, de los seis disparos, dos acertaron en la popa de la embarcación y se hundieron en la chupeta del capitán, uno a la altura del suelo, casi en la santabárbara, y el otro se coló por una ventana y se quedó incrustado en la pared de proa. Inés, que había entrado a coger ropa seca, palideció cuando la bala pasó a dos pies de ella.

—¿Daños? —preguntó Victoria.

Shatidje se asomó por la baranda y repasó el estado del casco.

—Seguimos a flote.

Victoria asintió. Inés, aún lívida por el frío y el susto, subió al puente. Al final había optado por echarse una capa seca sobre los hombros en lugar de cambiarse de ropa.

—Capitán, el siguiente fuerte está tres millas río abajo. ¿Qué proponéis?

—Tu idea ha sido buena, Inés. Utilizaremos esta nave para cubrir a la *Black*.

Charleen, con el ceño fruncido, subió al puente.

—¿Y no sería lo mismo que estuviera vacía? —gruñó—. ¿O acaso vamos a seguir prestándonos de diana?

Victoria sonrió.

—¿Qué encontrasteis en la bodega?

Charleen se cruzó de brazos aguardando a que le respondieran a ella primero.

—Algunos mosquetes y arcabuces, munición... —contestó Shatidje.

—¿Algo que se pueda comer? —interrumpió la princesa.

Shatidje sonrió.

—Poca cosa, pero sí. Tres sacos de pan duro, uno con quesos, un barril de coles, otro con cebollas, y dos jaulones de pollos. No sé si los barriles de agua habrán aguantado la explosión y si los pollos se habrán ahogado...

—Comprobadlo y subidlo todo a cubierta. En cuanto dejemos de estar a tiro, nos subiremos en la *Black* y abandonaremos este cascarón.

La tercera andanada no se hizo esperar, pero a más de mil yardas fallaron los seis disparos. Entonces Victoria llamó a Simonette, que se apresuró en dejar la mayor al paio para que la pequeña no pudiera alcanzarlas. La maniobra fue sencilla. Abarloaron las embarcaciones aproximándolas con cabos, cruzaron un tablón de una a otra, y las mujeres, cargadas con los víveres, se apresuraron a regresar a su navío. Los pollos se habían ahogado, pero podrían cenarlos esa noche y usar la piel como cebos para pescar y, en lo relativo al agua, solo se había perdido uno de los dos barriles. Las muchachas que habían aguardado en la carabela recibieron a las otras como heroínas y los sacos de pan duro y queso como si fueran el mejor manjar. Victoria le dio instrucciones a Bert para que repartiera un pan, un queso y un jarro de agua entre la tripulación. Tardarían unos veinte minutos en llegar al siguiente fuerte.

—Claire, Dora —llamó la capitán—. Debéis subir uno de los dos botes de la nao y sacos de arena al puente de la *Black*. Claire, quiero que improviséis un muro como el que preparaste para cubrirnos de la artillería del baluarte, pero este que proteja a Simonette. Reforzadla a babor y a popa.

La estibadora asintió.

—Usad el bote más estropeado. El que esté en mejor estado nos lo quedaremos para la *Black*.

Bert se acercó a Inés, que acababa de regresar con ropa seca, y le ofreció un pan y un queso. La condesa negó con la cabeza.

—Cuando todo haya terminado, Bert —explicó—. Ahora sería un desperdicio.

La cocinera sonrió.

—Al menos bebed agua. Confío en que ya no la tengáis en el estómago cuando haya que luchar.

E Inés aceptó la oferta.

Shatidje, con su pedazo de queso y el currusco de su pan, se acercó a Victoria, que supervisaba la barricada preparada por Dora y Claire. La turca miró a su capitán, ilesa como estaba, sin un mísero corte, ni siquiera un arañazo.

—En verdad, capitán, que tenéis un ángel que os guarda —le dijo.

La princesa se volvió a mirar a su contramaestre, que esperaba de pie a su lado con el alfanje al cinto, y después, de modo instintivo, buscó entre la tripulación a su amiga, que aún tenía el pelo mojado y un moretón en la sien.

—Tengo dos —contestó la princesa—. Y se llaman Inés y Shatidje.

*El Miguel* flotaba manso, fondeado junto a la isla de Saint Mary's, en el río Medway, que también desembocaba en el delta del Támesis. Su capitán estaba almorzando solo en el comedor de oficiales. No tenía demasiadas ganas de socializar. Sobre la mesa tenía abierto el *Cancionero* de Petrarca, pero tampoco tenía el ánimo para leer, ni siquiera poesía. Comía sin apetito cuando, de pronto, oyó las explosiones. Primero una, muy leve, que no habría podido aseverar que no hubiera sido fruto de su imaginación. Casi de inmediato otra mayor. De esa no tenía dudas. Se puso en pie y salió a cubierta. Sus hombres se habían acercado a la baranda a otear el horizonte. João buscaba el humo con su catalejo.

—¿Lo habéis oído? —preguntó al capitán al verlo a su lado.

—Lo hemos oído yo y media Inglaterra —dijo el español llevándose su catalejo al ojo derecho.

—No era un cañonazo.

—No, era algo mucho mayor.

Por fin el capitán localizó la nube de humo al norte.

—Gravesend —dijo apartándose el catalejo del rostro.

—¿Y qué ha podido ser?

—Lo ignoro —contestó.

Entonces Miguel vio algo que le hizo volver a mirar a través del catalejo.

—Pero intuyo que muy pronto tendremos algunas respuestas —añadió, y volvió a apartarse el catalejo de la vista.

El enorme timonel se apresuró a mirar con el suyo hacia donde había estado mirando su capitán, pero, antes de que le diera tiempo a localizar lo que fuera que este hubiera visto, MacMillan gritó:

—¡Capitán!, ¡es Stowe!, ¡viene galopando a caballo!

Y toda la tripulación se agolpó contra la borda.

—En cuanto llegue, enviadlo al comedor de oficiales —ordenó Miguel con aparente desgana, y regresó al comedor a tratar de terminar su comida.

Aunque Miguel no hubiera dado orden expresa a Fred de que fuera a verlo en cuanto llegara, el contraamaestre lo habría hecho de todos modos. Irrumpió en el comedor sin llamar, con la ropa llena de sangre seca, el rostro tiznado de pólvora y apestando a caballo, pero con una sonrisa que no le cabía en su rostro moreno.

—Estáis vivo —se limitó a constatar Miguel cuando lo vio.

—¡Capitán! —exclamó Stowe radiante, y apoyó sus manos morenas y nervudas en la mesa en la que Miguel trataba de acabar su almuerzo—. ¡Capitán, lo han conseguido! ¡Han logrado escapar del cadalso de la Torre! ¡Vivas!

Miguel detuvo la pinchada a medio camino entre su boca y el plato.

—¿Quiénes están vivas?

—¿Quiénes están vivas? ¿Cómo que quiénes están vivas? ¡Las tres, capitán! ¡Las tres lo están! ¡Bueno, casi todas han salido vivas! Y Richards tenía razón. ¡Yo apenas las he ayudado!

Miguel había devuelto el tenedor al plato y observaba a su contraamaestre con los ojos muy abiertos. Fred había abandonado su posición sobre la mesa y daba vueltas por el comedor, haciendo aspavientos y riendo mientras hablaba, sin terminar de creerse él mismo lo que estaba contando.

—¡Habrían podido hacerlo sin mí! —decía—. Yo no habré matado ni a media docena de oficiales. —Y, percatándose del ceño fruncido de su capitán, aclaró—: Quedaos tranquilo. No he comprometido a *El Miguel*. Nadie me vio y, además, como os decía, podrían haberlo logrado sin mí.

—Pero ¿de qué estáis hablando, Stowe? ¡Hablad claro, diantre! —exclamó Miguel apabullado ante semejante verborrea—. ¿Qué tres están vivas?

—¡Las tres, capitán! Inés, Shatidje y la princesita loca..., es decir..., eeeh... ¡Lady Dudley! Que... que, bueno, resulta que es una princesa realmente, de modo que... Lo importante es que están vivas las tres.

Miguel se puso en pie como un resorte.

—¿Lady Dudley? ¿Lady Dudley está con Inés y con Shatidje?  
Fred lo miró aturdido.

—Es lo que intento deciros, sí. Inés estaba oculta bajo la tarima del patíbulo, y Shatidje entre la gente; y tenían armas, y pólvora, mucha pólvora, y... ¡volaron la reja! —explicó imitando la explosión con las manos—, y entonces, la princesita..., lady Dudley, entró por la puerta con una manada entera de caballos, y ella... ella iba vestida... como una princesa, como si fuera la maldita reina de Inglaterra, pero en el caballo... ¡Teníais que haberla visto, capitán! Parecía la mismísima Atenea.

Miguel se había dejado caer de nuevo en la silla y hundía la frente en la mano. Entre el cúmulo de cavilaciones que se agolparon en su mente, pensó que nunca había visto a Atenea representada a caballo. Apartó aquel pensamiento absurdo. Victoria estaba con Shatidje.

—¿Y sabéis si siguen vivas? ¿Sabéis si están en la *Hermosa Negra*? ¿Conocéis qué es lo que ha explotado en Gravesend? —se apresuró a preguntar.

Fred meneó la cabeza, contrariado por la actitud de su capitán ante lo que él creía eran muy buenas noticias.

—No, capitán. No lo sé. Cuando ellas huyeron de la plaza del cadalso hicieron detonar otro barril de pólvora y yo quedé cubierto de restos de soldados muertos. Así que aguardé allí, entre la gente, y fingí estar asustado como los demás para no levantar sospechas hasta que llegaron más soldados y nos ayudaron a salir. Cuando estuve fuera, tomé un caballo y no he parado de galopar hasta llegar aquí. Me detuve en Gravesend, sí, para ver si habíais atracado allí, como otras veces, pero cuando vi que no era así, continué hacia este caladero. Pero, capitán —prosiguió en un tono tranquilizador, confundiendo los motivos de preocupación del español—, sé que Inés y lady Dudley estarán bien. No sé por qué motivo Dios las protege, pero lo hace.

Miguel alzó la vista hasta su contramaestre con el ceño aún fruncido.

—¿Queréis saber por qué Dios las protege? —preguntó con acidez—. Lo hace para atormentarme a mí.

Fred se cruzó de brazos y lo observó desconcertado, apenas empezando a entender.

—¿Atormentaros? —repitió en un murmullo—. ¿Acaso habríais preferido que no hubieran logrado escapar?

Miguel alzó la vista a su contramaestre, observó su rostro pintado de suspicacia y suspiró.

—No, Fred. Claro que no. Me alegra saber que están vivas y que han logrado escapar, pero... veremos lo que tarda la reina en buscarme para que la ayude.

Richards golpeó la puerta del comedor y, sin esperar respuesta, la empujó para abrirla.

—Capitán —anunció—. Acaba de llegar un oficial de la Corona a caballo. Dice tener que hablar urgentemente con vos. ¿Le hago pasar?

Miguel cruzó una mirada con Fred que parecía decir: «¿Lo veis?», y a continuación se dirigió a su mayordomo.

—Por supuesto, señor Richards.

Cuando este volvió a cerrar la puerta, añadió:

—Ha sido más rápido de lo que esperaba.

A continuación se dirigió a Fred:

—Tratad de descansar, Stowe. Y, aunque no sea costumbre en Inglaterra, daos un baño. Apestáis a caballo.

Navegar abarloadas a la pequeña embarcación, por más que esta fuera ligera, les restaba velocidad y, antes de llegar al fuerte de Coalhouse, Helen, haciendo uso del catalejo que le acababa de procurar la capitán, advirtió que las seguían.

—¡Una nave de dos palos, capitán! ¡Sin artillería, pero con un centenar de soldados armados y con petos! ¡La mitad deben de ser arqueros y la otra mitad arcabuceros y mosqueteros!

Victoria suspiró cansada.

—Estamos muy cerca del fuerte —apuntó Inés señalándolo en la distancia—. No tienen cañones apuntados río arriba, pero, en cuanto lo rebasemos, abrirán fuego contra nosotras.

—Mantendremos abarloada la nave, protegiéndonos hasta pasar el fuerte. Después la liberaremos y les demostraremos cuán rápida puede ser la *Black*.

El fuerte de Coalhouse también había sido construido en forma de D, con las ocho piezas de artillería dispuestas para repeler amenazas que navegaran Támesis arriba. Victoria confiaba en que a los artilleros les costara alcanzarlas si ellas descendían por el río empujadas por la corriente. La capitán dio orden de recoger las velas de la *Black*.

—¿Recoger las velas? —cuestionó Simonette—. Nos quedaremos sin gobierno.

—No quiero que nos las agujereen. Nos empujarán la corriente y las velas de la otra nao. Cuando nos hayamos alejado seiscientas yardas del fuerte las izaremos de nuevo.

Las mujeres obedecieron. Recogieron las velas y todas, menos Simonette, se apresuraron a ocultarse en la cubierta de artillería de la *Black*. La timonel se mantuvo oculta tras su parapeto, rezando porque la otra nao hiciera un buen escudo. Las chicas se tumbaron en el suelo, rezando por lo mismo. Glenne oraba de rodillas, rogando piedad a todos los santos. Era su primer combate.

—Si hubiéramos tenido más sacos de arena... —repetía Claire.

—Está bien —la apaciguaba Dora—. Es difícil que dañen el casco de la *Black* con la otra nave delante. ¡Ojalá no la desarbolen!

Entonces llegaron los disparos. Tardaron más de lo que ellas pensaron, acaso porque en el fuerte dudaron si disparar o no contra una nave que no era la *Black*. Pero cuando dispararon, lo hicieron con los ocho a un tiempo, formando casi una única explosión, e instantes después las jóvenes oyeron las balas estrellarse y romper la madera de la otra nao.

—¿Daños? —preguntó Victoria.

Jerusha se asomó desde la bodega.

—Aquí ninguno —contestó la cría radiante.

—¿Y en la arboladura?

Helen se apresuró a asomarse.

Los artilleros del fuerte habían hecho un gran trabajo y habían centrado sus disparos en el casco de la otra nao, que se llenaba rápido de agua. Pero la arboladura estaba intacta.

—La arboladura y Simonette siguen enteras —respondió la vigía antes de regresar a la bodega.

—¡Capitán! —gritó la timonel desde el puente—. ¡La nao nos lastra demasiado! ¡Nos va a hundir!

—Es hora de volar río abajo —masculló Victoria.

Y las mujeres corrieron a cubierta a cortar las amarras que las mantenían abarloadas a la pequeña nao y a izar las velas en la maniobra más rápida que hicieran nunca. Apenas tardaron dos minutos. Pero dos minutos fue lo que tardaron los artilleros en recargar. Al oír la andanada, las mujeres tuvieron el tiempo justo para tirarse al suelo. Los soldados del fuerte volvieron a disparar

al casco, acaso porque fueran conscientes de que, incluso sin alguna vela, el río las empujaría alejándolas de allí. Por suerte, el casco de la nave que se hundía, aquella pequeña embarcación que tanto las había ayudado, quiso prestarse una vez más a apoyarlas, y la mitad de los disparos se perdieron contra él sin lograr traspasarlo. La maniobra de Simonette, virando a estribor, dándoles apenas los treinta pies de manga que tenía la nao en la popa, hizo que otros cuatro cañonazos acabaran en el agua. Uno llegó a rozar el casco, llevándose una voluta de popa y haciendo que saltaran astillas, pero solo era un arañazo.

No obstante, se oyó un aullido de dolor.

—¿Daños? —preguntó Victoria preocupada.

Ruth se asomó a la puerta de la enfermería con el rostro en carne viva.

—¡Ha sido Bonny! —respondió la judía—. ¡Ya le queda poco!

Y las chicas respiraron aliviadas.

Los soldados del fuerte tardaron más en recargar la tercera vez. Mover cañones de cuatro toneladas de peso en dos minutos no es algo que se pueda repetir más de tres veces. Y la *Black* era rápida. En los casi cuatro minutos que tardaron en volver a recargar, estaba a más de setecientas yardas. Con todo, las mujeres se tiraron al suelo cuando abrieron fuego, y Simonette viró hacia babor, ofreciendo más flanco, pero cogiendo el viento de través, lo que aceleró a la *Black*. Recibió dos balazos: uno en el casco, a la altura de la cubierta de la artillería, junto a una porta que ganó otro pie de anchura antes de que la bala quedara incrustada en la cureña del cañón; el otro reventó un saco de arena de los que protegían a Simonette y desmontó la barricada, que casi se le cae a la timonel encima.

—¿Daños?

Las piratas pusieron a la capitán al corriente.

—Seguimos vivas —masculló Inés—. Otro poco más.

—Otro poco más —repitió la princesa con una sonrisa, incapaz de creer su suerte—. Veremos cuánto dura.

Claire y Dora se apresuraron a levantar de nuevo la barricada, sacando el saco de arena roto, y aguardaron detrás de ella, junto a Simonette, sin atreverse a volver a bajar. Diez padrenuestros, veinte padrenuestros, treinta padrenuestros... Estaban tardando en volver a disparar. Y la *Black* estaba ya a más de media milla. La nao que iba en su zaga, la carraca con el centenar de soldados armados hasta los dientes, pasaba en aquel instante por delante de la línea de artillería del fuerte. Fue entonces cuando las mujeres comprendieron

que desde el fuerte de Coalhouse no iban a dispararles más por no dañar a su propia nao. Y entonces las piratas comenzaron a dar saltos de alegría, sin creerse su suerte, sin querer pensar que estaban casi en el delta del río y que muy pronto llegarían al mar. Y forzándose a pensar que, aunque hubieran desbaratado el bloqueo, aunque hubieran pasado los fuertes del río Támesis, aún no había terminado, y aún tenían una nave con un centenar de soldados persiguiéndolas.

Poco a poco, las mujeres salieron a la cubierta superior. Helen regresó a la cofa y las demás se arremolinaron alrededor de la capitán para saber cuál habría de ser el próximo paso.

—Capitán, sé que estamos todas agotadas y que lo último que deseamos es seguir luchando, pero si queremos perder de vista a las tropas de la Corona, acaso sería mejor deshacernos de la nave que nos sigue antes de llegar al mar —apuntó Shatidje—. Más adelante será una compañía incómoda.

—En esa nao llevan tropas regulares —les recordó Inés—. Arqueros y arcabuceros entrenados y con armaduras. Y sabemos mejor que nadie el daño que pueden hacer unos buenos arqueros.

—Sí —dijo Úrsula con su calma habitual—. Los arqueros nos pueden hacer daño. Pero a fe mía que nos vendrían bien esas flechas.

—Tenemos que deshacernos de ellos —concluyó Victoria—. A mí tampoco me gusta este combate, pero, aunque no nos alcancen, si no logramos perderlos de vista, podrán informar de hacia dónde nos dirigimos, dónde estamos..., y si logran coger el viento de popa, terminarán por alcanzarnos. Debemos deshacernos de ellos y aprovechar que no tienen artillería. Si ralentizamos la *Black*, tratarán de abordarnos, de modo que esta vez nos toca a nosotros hundirlos. Avisad a Ruth.

Inés suspiró.

—Sé que todo lo que decís es cierto —le dijo a su amiga—. Pero... no puedo evitar pensar que estamos provocando demasiado a la fortuna, que la suerte no nos va a durar para siempre.

—Tendrá que hacerlo. Al menos, un par de horas más —respondió Victoria colocándole a su amiga la mano sobre el hombro y clavándole sus ojos azules.

Inés fijó la vista en los ojos de la princesa y leyó lo que su amiga le quería decir. Sus ojos no brillaban con la emoción de otras veces, con la ilusión temeraria de otros combates, anticipando victorias imposibles. La

mirada de la princesa había cambiado. Seguía habiendo determinación en sus ojos azules, pero no había pasión, e Inés comprendió que su amiga tomaba esa decisión porque no le quedaba otra. Por una vez, Inés sintió que Victoria no veía el combate que se avecinaba como un juego. Fuera por la traición de Miguel o por la muerte de las cuatro piratas, Victoria estaba tan desencantada como ella. Pero la princesa sabía que tenía que buscar soluciones y no problemas, que aquellas mujeres dependían de ellas dos. Había que seguir hacia adelante. No les quedaba otra opción. E Inés asintió. Al fin y al cabo, cuando había amanecido aquella mañana, Inés ya había dado por sentado que sería su último amanecer. Ella misma había elegido aquel camino. Si se había hecho ilusiones de salir con vida de aquella, ese había sido su error.

La judía no tardó en subir. Venía secándose las manos en un trapo. Bonny seguía de parto. Llevaba ya seis horas.

—Pronto podrás volver a ayudarla —explicó Victoria—, pero primero necesito que hundas esa nao —añadió la princesa, y señaló a la carraca que las seguía—. Como las mujeres de Úrsula están sin flechas, te ayudarán a disparar. Si pudieras disparar los cañones de dos en dos...

—Me faltan Madge y Bonny en la artillería —interrumpió Ruth—, y os recuerdo que no íbamos muy sobradas ahí abajo. Y también falta Mary, que traía los cartuchos de pólvora.

—¡Yo puedo hacer lo que hacía Mary! —se ofreció Jerusha con su voz infantil.

Victoria, Shatidje e Inés le dijeron que no a la vez.

—¡Sé que es peligroso! —protestó la niña contraviniendo por primera vez en su vida la negativa de las oficiales—. Pero si hunden la *Black* o la quemán, también yo moriré ahogada.

Ruth se encogió de hombros.

—La cría tiene razón y a fe mía que me sería útil trayendo la pólvora.

Victoria asintió resignada. Tomó a Jerusha por los hombros y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Ten mucho cuidado. Lleva los cartuchos y quédate en la bodega o en la cocina o donde quiera que te suelas esconder. Esta vez van a abordarnos y no quiero que estés a la vista si suben soldados a la *Black*. Son órdenes, ¿entendido?

La niña asintió radiante. Era la única ilusionada con aquel combate.

—¡Úrsula! —llamó Victoria—. Dado que tus mujeres y tú no tenéis apenas flechas, bajaréis a la cubierta de artillería con Ruth y ayudaréis a abrir fuego contra la nao antes de subir a repeler el ataque. Cuando subáis, es preferible que disparéis a los hombres que nos aborden una vez estén en la *Black* a que lancéis flechas a la otra nave.

La nórdica asintió.

Helen advirtió de la proximidad de la nao pequeña y Victoria ordenó a Simonette refrenar un poco la *Black* para permitir que las alcanzaran.

—Pero que no se den cuenta de que nos dejamos atrapar —previno.

La timonel miró a su capitán con el ceño fruncido. A menudo, no podía evitar pensar que la capitán tenía una idea demasiado elevada de ella.

—¡Ruth!, prepara la artillería —proseguía Victoria—. Espera a que estén encima de nosotros. Los quiero nadando en el Támesis. ¡Todas, menos Helen y Simonette, a la cubierta de artillería! ¡En cuanto abráis fuego, subid a repeler el abordaje!

La judía asintió y se llevó a toda la tripulación bajo cubierta.

—¿Crees que podrás aguantar la posición tú sola? —le preguntó Victoria a Simonette.

—La aguantaría mejor con mis pistolas —gruñó la mujer, pero asintió con la cabeza.

—¡Tus pistolas! —recordó entonces la princesa, y bajó a la cubierta de artillería, buscando a Jerusha.

La niña estaba detrás de Ruth, con un cartucho de pólvora en cada mano, cuando la capitán le pidió las pistolas de Simonette. Entonces la niña se acordó también de los cuchillos de la condesa. Corrió hasta el hueco de la bodega en el que se escondía y guardaba sus cosas y sacó el cinturón de cuchillos y las pistolas para la capitán. Cuando le tendió la ristra de aceros a Inés, la joven se apresuró a atársela a la cintura y abrazar a Jerusha en un gesto de gratitud.

Antes de que Simonette pudiera entender adónde había ido su capitán, Victoria regresó con las pistolas. La timonel soltó la caña y las aferró de prisa, observándolas como si en lugar de tratarse de dos armas, se tratara del amor de su vida. Victoria la entendía y la envidiaba. Ella echaba en falta su espada.

—¿Podrás disparar?

Simonette bajó la vista azorada.

—Capitán, os agradezco muchísimo que hayáis recuperado mis pistolas, pero... estoy sin munición.

La princesa la miró contrariada. En aquel momento sonó un disparo y las dos mujeres se agacharon detrás de los sacos.

—¿No te sirve la de los arcabuces?

Simonette negó con la cabeza.

—Acaso... —La pescadora pensaba en voz alta. Helen devolvió el disparo a la nao—. Yo guardaba munición en la enfermería. Puede ser que no la hayan encontrado.

Victoria asintió. Miró a la nao aproximarse. Pronto estarían a tiro de los arcos.

—¡Ve a buscarla! ¡Rápido! —ordenó la princesa—. Yo me quedaré al timón.

La mujer corrió hacia la cubierta de artillería, seguida muy de cerca por los disparos de varios arcabuces y arcos de la pequeña nao, que estaba tan solo a cincuenta yardas. La nao seguía aproximándose. Ya quedaba poco para el choque. En escasos minutos lanzarían los garfios para abordarlas y ellas abrirían fuego. Entonces, si Simonette no había regresado aún al puente, Victoria debía virar para darles la borda de babor y que Ruth pudiera abrir fuego con toda la artillería de esa banda. La capitán se concentró en el delta del Támesis, cuyas aguas se arremolinaban alrededor de la carabela. No era lo mismo pilotar la *Black* en alta mar que hacerlo en las turbias aguas del estuario y perseguidos por el tronar de los arcabuces de la otra nao, pero seguía siendo mucho más ligera y maniobrable que el navío que habían hundido frente a Coalhouse.

Simonette corría por detrás de la línea de cañones de babor. Todos estaban cargados y trincados con la munición dentro, lo cual era peligroso, pero no tenían otra opción. Iban a dispararlos de dos en dos en cuanto Victoria virara la carabela. Las piratas miraron contrariadas a la timonel, sin entender qué demonios hacía allí abajo.

—El capitán está al timón —bufó Simonette a modo de explicación, y siguió corriendo hasta colarse en la enfermería.

Bonny estaba sudando, sentada sobre la camilla que Ruth utilizaba como cama, con los pies separados sobre las tablas y respirando muy deprisa. Se había quitado el pantalón y se medio tapaba con una sábana. Dio un alarido, echó la cabeza hacia atrás y empujó.

Simonette se quedó paralizada un momento sin saber muy bien qué hacer. Sonrió incómoda y se agachó a buscar su bolsita de munición que escondía tras una tabla debajo de la camilla. Entonces la embarcación viró, se

oyó el grito de Victoria y tronaron los dos primeros cañones. Con los disparos, la embarcación se tambaleó como si estuviera en medio de una tormenta, y Bonny tuvo que asirse a la camilla con las dos manos y poner un pie en la pared. Simonette se cayó sentada. Soltó una imprecación, volvió a colocarse de cuclillas y siguió buscando. Por fin dio con la tabla, la levantó y, ¡bravo!, ahí estaba su bolsita de piel llena de balas de acero. Volvía a tapar el hueco con la tabla cuando tronaron los siguientes dos cañones. El estallido se mezcló con el alarido de Bonny y Simonette tuvo que agarrarse a las patas de la camilla para no caerse de nuevo. Cuando la nao dejó de tambalearse, Simonette terminó de colocar la tabla, y ya se iba a levantar cuando llegó la tercera andanada. Entonces todo ocurrió a la vez: Bonny acabó de alumbrar a su bebé sobre la sábana de la camilla, Simonette se puso en pie, los cañones tronaron, la *Black Shadow* se sacudió, y el bebé, que había roto a llorar, rodó hasta el borde de la camilla precipitándose hacia el vacío. Simonette lo agarró de una pierna en un acto reflejo, evitando que se estrellara contra el suelo. Entre el griterío de las mujeres corriendo a cubierta para luchar cuerpo a cuerpo contra los soldados que las abordaban, Simonette y Bonny se quedaron congeladas observándose, Simonette con el bebé berreando sanguinolento cogido por una pierna y aún unido a su madre por el cordón; Bonny sudorosa, asida como podía a la camilla y con el pánico pintado en los ojos. Entonces la timonel, sin poder disimular el asco que sentía, cogió al bebé levantándole la espalda, sonrió en una mueca y le tendió la criatura a su madre.

—Es un niño —le dijo al tiempo que se lo daba.

Ruth irrumpió en la enfermería con el segundo balde de agua hervida y miró a las dos mujeres sin comprender qué hacía la timonel allí. Simonette habría sido la última mujer de la tripulación a la que habría pedido que la asistiera en un parto. La timonel vio el balde de agua, sonrió aliviada, metió las manos dentro para lavárselas y, sin mediar palabra y ante las miradas atónitas de las otras dos mujeres, salió de la enfermería cerrando la puerta tras de sí. Fue entonces cuando Simonette vio a Inés bajar las escaleras hacia la bodega y, extrañada, la siguió.

Repeler el abordaje habría sido pan comido si las arqueras hubieran tenido flechas suficientes. Los hombres en las escalas de la nao, dispuestos a saltar, presentaban un blanco fácil a pesar de los petos de acero, pero solo

Helen pudo disparar a los primeros desde lo alto de la cofa, pues, cuando los primeros hombres saltaron dentro, las chicas todavía estaban en la cubierta de artillería. Los marineros descubrieron a Victoria y fueron por ella. Helen, desde lo alto del palo mayor, trató de cubrirla, pero Úrsula tenía razón en lo relativo a cuánto se tarda en recargar un mosquete, y la mitad de los soldados llevaban arcos, lo que los hacía más rápidos. Victoria se escondía como podía tras el timón y los sacos, maldiciéndose por no haber atado la caña como hiciera Inés y por haberle dicho a Simonette que podía ir a buscar munición. Por fortuna, las mujeres lanzaron la tercera andanada rápido y salieron raudas al exterior, a plantar cara a los soldados que acababan de llegar a cubierta y disparaban a Victoria. La segunda oleada de hombres se lanzaba desde los cables, pero la mayoría de los que cayeron en la *Black* lo hicieron ya con alguna flecha en el cuerpo. Úrsula y sus mujeres, parapetadas tras la baranda, arrancaban flechas del suelo a su alrededor sin preocuparse de si se rompían, pues, a continuación, procedían a atarles un trozo de trapo, a prenderlas y a dispararlas a las velas de la otra nao para sembrar el desconcierto. Ruth, antes de retirarse como siempre del combate cuerpo a cuerpo para practicar su labor de físico, había hecho muy bien su trabajo de artillera. Las seis balas de cañón habían acertado en la nao, dos habían barrido la cubierta y cuatro habían penetrado el casco a la altura de la lumbre del agua, y la nao se hundía despacio en las aguas del Támesis. Con la nao hundiéndose y las velas ardiendo, los hombres se apresuraban a ponerse a salvo en las chalupas, a tirarse al agua si sabían nadar, o a abordar la *Black*, que seguía de una pieza. Más de una treintena de hombres había logrado lanzarse dentro de la carabela, pero muchos habían llegado ya heridos a la cubierta y, tanto los heridos como los ilesos, todos morían ahora a manos de las chicas mientras su nao se quedaba atrás zozobrando.

Glenné, la pastora, se había apresurado hacia cubierta detrás de las demás cuando dispararon los dos últimos cañones. Shatidje la había visto y la había detenido.

—Será mejor que te quedes aquí y ayudes a Ruth.

—Estaba presente en vuestra conversación con la capitán, y no me ha dado la impresión de que estéis sobradas de mujeres —había contestado la pastora con su fuerte acento escocés.

Shatidje había asentido y le había dado una espada diciéndole:

—En ese caso, quédate detrás de mí todo el tiempo.

La pastora, en mitad de la cubierta, miraba la espada sin saber muy bien qué hacer con ella.

—¿No tienes nada más largo? —le preguntó a Shatidje. Y, con su extraño sentido del humor, añadió—: Una horca, un tridente..., un rastrillo aunque sea.

Shatidje abría en canal a un hombre con su alfanje. Miró rápida a su alrededor y vio lo que buscaba: un alabardero que luchaba contra Charleen a pocos pasos de donde se encontraban. Se acercó en dos zancadas y le descargó un golpe con el alfanje en el espinazo.

—No necesitaba ayuda —gruñó Charleen al tiempo que se volvía hacia otro hombre, armado como ella con una espada, y empezaba un nuevo combate.

—Lo sé. Necesitaba esto —contestó Shatidje alzando la voz sobre el chocar de las espadas; y, tomando la alabarda, se la lanzó a Glenne—. Ahí tienes tu guadaña —le dijo a la pastora, y dio una vuelta completa sobre sí misma para buscar otro contrincante.

Glenne encontró un rival herido en la pierna y lo ensartó con la alabarda. Victoria, todavía al timón, se batía con una espada contra otro. Las chicas habían corrido a socorrerla y solo tenía que lidiar con aquel soldado que no parecía demasiado ducho en duelos. Las arqueras daban cuenta de las últimas flechas del suelo antes de sacar sus dagas. Fue entonces cuando Shatidje vio a un hombre armado de mecha y arcabuz que se deslizaba escaleras abajo hacia la cubierta de artillería y salió detrás de él. Inés, con el sabor a bilis aún en la boca y la cara salpicada de sangre del último soldado al que acababa de matar, se limpió con el dorso de la mano y buscó también otro objetivo. Vio al soldado de la mecha y a Shatidje, y los siguió también.

El soldado que había bajado las escaleras pasó la cubierta de artillería sin siquiera mirar a los lados y continuó bajando hacia la bodega. Shatidje lo seguía a pocos pasos, pero en la oscuridad de la bodega lo perdió. Sin embargo, la turca sabía adónde iba. Sorteando los toneles vacíos, las redes de pesca y los sacos de arena, corrió hacia la popa. Debía evitar que llegara a la santabárbara.

El polvorín, a popa de la bodega, estaba separado por una fina pared de tablas y una puerta con candado, pero la puerta permanecía abierta durante los combates para permitir a la grumete bajar rápido a por pólvora. Shatidje se precipitó al interior y, nada más pasar la puerta abierta, sintió el fuerte golpe de la culata del arcabuz en la derecha de su cabeza y cayó al suelo.

Antes de que pudiera reaccionar, el hombre le dio una patada a su alfanje arrancándoselo de la mano, la levantó agarrándola del pelo y le puso una daga en el cuello, bajo el mentón. Shatidje trató de forcejear, pero ni siquiera acertaba a ponerse de pie.

—¡Quieta o te corto la cabeza! —gritó el hombre.

En aquel momento, Inés llegó hasta la puerta de la santabárbara. En la tenue luz de la mecha encendida que asomaba del bolsillo del hombre, descubrió a la turca pataleando y al soldado agarrándola del pelo sin dejarla ponerse de pie mientras sostenía la punta de la daga contra su garganta. Inés se sacó un cuchillo del cinto y se dispuso a lanzarlo, pero el hombre se escudaba con la turca e Inés no se decidió.

—¡Suelta eso! —ordenó el hombre al ver que Inés vacilaba—. ¡Suelta el cuchillo o le corto el gaznate a tu amiga!

El hombre, mientras hablaba, refulaba muy despacio tirando de Shatidje hacia los barriles de pólvora.

—¡No, Inés! —gritó Shatidje forcejeando por liberarse, pero el hombre era mucho más fuerte que ella—. ¡No le dejes llegar a la pólvora! ¡Dispara!

Inés volvió a sopesar el cuchillo en su mano. Era su cuchillo favorito. Lo conocía bien: ligero, equilibrado. Pero no tenía blanco posible. Estaba oscuro y el hombre se cubría por completo con su amiga. A veces asomaba la cara, podría dispararle al ojo, pero... se movía y se escudaba con Shatidje a cada instante. La condesa sintió el pánico agarrotándole los músculos.

—¡No puedo darle sin darte a ti! —lloró Inés.

Shatidje apretó los dientes.

—¡Eso ya lo sé! —masculló la turca—. ¡Dispárame a mí primero!

Inés apuntó echando el brazo hacia atrás. El hombre refuló otro paso. Estaba casi al lado de los barriles de pólvora. Las lágrimas corrían por el rostro de la condesa, incapaz de lanzar el puñal. Sabía que si el hombre llegaba hasta la pólvora, volarían todos en pedazos, pero no era capaz de lanzar el cuchillo que podría darle a su amiga.

—¡Suelta el cuchillo! —ordenó el hombre—. ¡Dejadme preparar una mecha larga y saldremos todos de aquí antes de que el barco vuele en pedazos! ¡Yo tampoco quiero morir si no es preciso!

—¡Inés, no lo escuches! —mascullaba la turca—. Dispara ya. ¡Voy a morir de todos modos!

Y entonces llegó Simonette hasta la puerta de la santabárbara y no necesitó explicación para entender lo que ocurría. El disparo de su pistola

tronó en la santabárbara y el cabello rizado de la turca se salpicó de sangre y sesos, y la pirata cayó al suelo con el hombre.

A Inés también le fallaron las rodillas y cayó sobre ellas. Simonette dio entonces los cinco pasos que la separaban del oficial, le sacó la mecha del bolsillo y la apagó con los dedos.

—Ese... —balbuceó Inés, las lágrimas cayéndole por el rostro— ha sido el disparo más increíble que he visto jamás —logró decir aún incrédula.

—Es más fácil cuando no te importa fallar —contestó Simonette tendiéndole la mano a Shatidje para ayudarla a levantarse.

La turca, manchada con los sesos y la sangre del soldado, se puso en pie y a tientas buscó su alfanje.

—¡Hideputa! —masculló Shatidje—. Por poco no nos vuela a todos.

Por fin encontró su arma cerca de la puerta.

—Inés —añadió la contramaestre poniéndole la mano en el hombro a la condesa a la vez que la ayudaba a incorporarse—, la próxima vez, lanza el cuchillo.

Y las dos mujeres de John's Pipe, las dos hijas de pirata, abandonaron la santabárbara y se dirigieron a cubierta para terminar el combate, dejando a Inés allí, de pie, petrificada, sin acabar de comprender lo que acababa de ocurrir, pero aliviada de saber que nada había cambiado, que la turca seguía viva y la *Black Shadow* entera. Y que todavía seguían vivas. Otro poco más, como había dicho Victoria. Otro poco más.

## CAPÍTULO XIX

En cubierta el combate estaba resuelto. Victoria sostenía el timón y, al ver a Simonette y a Shatidje subir desde la cubierta de artillería, frunció el ceño y gritó:

—¿Dónde os habíais metido?

Las dos mujeres cruzaron el combés sorteando los cuerpos que las otras remataban y subieron al puente.

—Un soldado ha intentado volar la santabárbara. Por poco lo consigue —explicó la turca.

—Aquí los arqueros han hecho estragos. No hemos perdido a nadie, pero la que más y la que menos tiene una flecha inglesa —repuso Victoria, y le cedió la caña a la timonel—. Sha, llama a Ruth para que atienda a las heridas.

Shatidje asintió, observando un instante a su capitán. ¿Era posible que a ella no le hubieran rozado las flechas? Después se apresuró a obedecer. En la escalera se cruzó con Inés, que salía a cubierta, aún pálida. La condesa se dirigió al puente. Al pasar junto a Charleen, esta se desató el peto de hierro y se lo sacó por la cabeza.

—¡Podría acostumbrarme a luchar con esto! —bramó con una sonrisa triunfal—. Hacía ya muchos combates que no salía ilesa.

Inés le sonrió y prosiguió hasta llegar junto a Victoria. Úrsula se acercó a preguntarles qué hacer con los soldados.

—¡Quitadles las armas y los petos y lanzad los cuerpos al agua! —contestó la capitán.

—¿Y los vivos? —preguntó Úrsula.

En efecto, varios hombres se habían rendido y aguardaban de rodillas con las manos en la nuca. Victoria pensó en Mary y en Madge.

—Los vivos también —contestó.

Uno de los soldados lloriqueó que no sabía nadar e imploró que no lo lanzaran al agua.

—Debisteis pensarlo antes de abordar la *Hermosa Negra* —respondió Úrsula.

El hombre continuó gimoteando mientras la nórdica lo empujaba con la daga para obligarlo a saltar. En su lloriqueo repetía que no habían matado a ninguna. Victoria miró a su tripulación y suspiró. Era cierto. No habían perdido a ninguna más.

—¡Úrsula! —llamó Victoria interrumpiendo a la arquera justo cuando se disponía a empujar al soldado al agua—. A los vivos abandonadlos en el bote agujereado.

Y señaló la chalupa que había usado Dora para reforzar la barricada de Simonette.

Ruth llegó a cubierta y comenzó a sacar flechas y coser heridas. Parecía satisfecha del resultado del combate. También Victoria lo estaba. Cuando la judía llegó hasta las dos oficiales, les preguntó si estaban heridas. Inés y Victoria negaron con la cabeza. Ruth sonrió a la condesa:

—Debe de ser el primer combate en el que no tengo que coseros, Inés.

Emily y Sally, con las heridas ya vendadas, se colgaron de sendos cabos de las vergas y comenzaron a remendar los agujeros que las balas y las flechas habían horadado en las velas de la *Black*. Llegaban a mar abierto y cada nudo que ganaran sería decisivo.

Las aguas del mar del Norte las recibieron como un familiar recibe a otro más joven, prestándose a protegerlas una vez más. Aquellas aguas, sus aguas. Frías, revueltas, ariscas, traicioneras..., pero no para las jóvenes. No para Simonette, que clavaba la vista en ellas como si se tratara de una calzada romana, adoquinada, libre de peligros...

Ruth puso a Victoria al corriente del parto de Bonny. Le contó que finalmente había alumbrado un niño sano y que tanto él como su madre descansaban ya en la cubierta de artillería, fuera de peligro. La enfermería estaba limpia. Victoria asintió. Se volvió hacia Simonette y le propuso que se retirara a descansar a su camarote, aprovechando la calma que no sabían cuánto duraría. Ella llevaría el timón.

—¿Y vos? ¿No descansáis? —preguntó la judía observando a la capitán. Como siempre, desde que ella había llegado a la *Crazy Swell*, la capitán estaba ilesa, sin necesidad de atención por su parte. Pero, a pesar de no estar herida, parecía cansada.

—Más tarde. Yo he tenido muchos días para acumular fuerzas mientras estabais en el calabozo.

A continuación, la capitán dio la orden a la tripulación para que se retiraran a descansar.

—Solo necesito a alguien en cubierta conmigo y a Helen en la cofa.

Se disculpó ante Helen por no poderle dar descanso, pero la necesitaba a ella; no le servía nadie más. Inés se ofreció a quedarse en el puente con ella. Y las demás bajaron a la cubierta de artillería a acomodarse en sus hamacas, o taparse con pieles e intentar, si no dormir, al menos descansar y recuperar fuerzas. Shatidje también bajó con las demás, pero, mientras Ruth comprobaba el estado de Bonny, la turca caminó hasta la enfermería y golpeó la puerta con los nudillos. Simonette abrió la puerta con el ceño fruncido.

—¿Puedo pasar?

La mujer de los tirabuzones rubios, con su gesto de desconfianza habitual, abrió la puerta un poco más, lo justo para dejar pasar a la contramaestre, y cerró detrás de ella.

—¿Qué quieres? —preguntó con sequedad.

—Vengo a darte las gracias por lo de la santabárbara.

—No me las des. Solo he hecho mi trabajo. Y es más fácil cuando no te importa la persona con la que te coaccionan.

La timonel se sentó en la litera y comenzó a sacarse las botas.

—Como quieras —contestó Shatidje—. Pero te debo la vida.

Simonette no contestó y Shatidje abrió la puerta disponiéndose a regalarle la soledad que buscaba. Pero entonces la voz de Simonette la detuvo.

—Cuando estábamos en el cadalso —Sha entornó la puerta y se volvió para escucharla mejor—, cuando estábamos en el cadalso, pensaba en que... —Simonette se humedeció los labios con la lengua antes de encontrar la forma de decir lo que quería—. Nunca te he dado las gracias por esta otra vida.

Sha sonrió quitándole importancia.

—Solo hacía mi trabajo —contestó parafraseando a la timonel.

Pero Simonette negó con la cabeza.

—No me refiero solo a cuando viniste a buscarme para formar parte de la tripulación, Shatidje, sino también a...

Sha asintió evitándole decir lo que no quería decir, y volvió a apoyar la mano en la puerta para marcharse. Pero Simonette no había terminado aún.

—Jess... no era mejor que los primeros hombres a los que matamos, ¿verdad? En la *Wakes*'.

Al instante, vino a la mente de Shatidje el recuerdo del que fuera el prometido de Simonette, de cómo, aquella tarde ya tan lejana, la agarró del pelo obligándola a arrodillarse en el suelo mientras se desataba el pantalón, de cómo ella huyó de él golpeándole en la entrepierna y saltando por encima de la cama para tomar su alfanje, de cómo él la persiguió con su espada por aquel cuartucho, y la última imagen de Jess en el suelo, sujetándose las tripas, llamándola puta antes de que ella le rebanara el cuello.

—No —contestó Sha—, no lo era.

Simonette asintió en silencio y la turca, consciente de que ya no tenían nada más que decirse, salió de la enfermería y subió al puente.

El oficial que había llegado hasta *El Miguel* era un muchacho joven, con la cara aún cubierta de granos, que, no obstante, caminaba tan tieso como si le hubieran empalado en una vida anterior. El capitán lo invitó a sentarse en las sillas de brazos que rodeaban la mesita baja del comedor, pero el joven declinó la invitación.

—Capitán, seré breve, pues apenas dispongo de tiempo. Esta mañana una veintena de piratas de una nave conocida como la *Hermosa Negra* han huido del cadalso en Londres cuando iban a ser ejecutadas. Tengo instrucciones de galopar por la ribera del Támesis y por la costa disponiendo a todos los navíos con artillería para que salgan en persecución de esa nao y nos ayuden a atraparlas.

Miguel frunció el ceño, apoyado en la mesa del comedor.

—¿No es Su Majestad quien os envía por mí?

La pregunta ofendió al muchacho.

—Mis órdenes provienen de la Corona, capitán. Todas las naves que puedan combatir deben dejar lo que estén haciendo y ayudarnos a detener a las piratas, a hundirlas. He visto que vuestro navío está dotado de artillería, y queda por lo tanto sujeto a las órdenes de la Corona.

Miguel sonrió con condescendencia. Aquel muchacho no era más joven que él mismo, pero se le antojaba un crío. Los granos no ayudaban.

—Quedad tranquilo. Podéis comunicarle a la Corona que *El Miguel* zarpa ahora mismo en pos de la *Hermosa Negra*.

—¡No! —le detuvo el oficial—. No debéis zarpar aún. Os haré llegar un centenar de soldados para que embarquen y os presten su ayuda.

Miguel se cruzó de brazos.

—Os lo agradezco, mas no necesito un centenar de hombres para atrapar a veinte piratas.

El joven frunció el ceño en un gesto demasiado severo para alguien de su rango.

—Capitán, no las subestiméis. Esa veintena de piratas han matado y herido a más de un centenar de oficiales solo en esta mañana, han volado una carraca cargada de artillería y han roto el bloqueo que se les había preparado en Gravesend. La Corona dispone de hombres. De lo que no dispone es de naves. Haré que os envíen los soldados con la mayor celeridad.

—Con el debido respeto, oficial —respondió Miguel con severidad—, sé más de la *Hermosa Negra* de lo que vos sabréis jamás: yo mismo ayudé a atraparlas la primera vez. Son piratas, y son hábiles, pero no lo son más que los piratas del Mediterráneo contra los que he luchado en numerosas ocasiones. Y si han matado a más de un centenar de oficiales de la Corona y han volado sus naves es porque no se necesita un centenar de oficiales para atraparlas, sino una treintena de hombres que sepan lo que hay que hacer. Mi navío puede alcanzarlas y hundirlas, y mis hombres pueden dar cuenta de lo que quede si, llegado el momento, hay que abordarlas. Pero nada de esto será posible si me obligáis a llevar a un centenar de soldados que jamás han estado a bordo de una nao y que lo único que harán en *El Miguel* será lastrarlo.

El rostro del muchacho enrojeció, tal vez de ira, tal vez de vergüenza. Finalmente preguntó:

—¿Cuestionáis las órdenes de la Corona? El almirante Braukings sabrá de esto, capitán...

—... Saavedra, capitán Saavedra. Y sí, hacédselo saber a Sigfried si sois tan amable. Decidle que el capitán Saavedra se ha negado a perder una tarde entera esperando a que llegara el centenar de hombres que me queréis enviar, y que ha zarpado él solo con su nave en pos de las mujeres que a él se le han escapado. No, aguardad. Dado que vuestras órdenes vienen directamente de la Corona —añadió con su acidez habitual—, decídselo también a la reina Isabel, que sabe más de estrategia naval que cualquiera de vosotros y no dudará en darme la razón.

El soldado, aún rojo de ira, se quedó mudo.

—Y ahora, si me disculpáis —añadió Miguel—, debo zarpar en su busca. La *Black Shadow* es una nave muy ligera, y cada minuto que ganan hará más difícil alcanzarlas.

El oficial seguía ahí, congelado en medio del comedor.

—Cuando desembarquéis —siguió diciendo Miguel—, veréis un caballo ensillado en la orilla. Podéis tomarlo como caballo de refresco para continuar reclutando naos. Es un regalo mío, como muestra de mi buena voluntad.

Finalmente, y sin mediar palabra, el muchacho abandonó la sala de oficiales. Miguel lo siguió hasta el exterior y lo ayudó a embarcar en el bote que lo llevaría hasta la orilla. Cuando el oficial se alejó de *El Miguel*, el capitán se volvió hacia sus hombres, que lo miraban expectantes.

—En cuanto regrese Dorek, levamos anclas. Rumbo a Burnmouth, señor Ferreira.

Y regresó al comedor. Ya tendría que esperar a la cena para poder comer tranquilo.

La *Black Shadow* navegaba hacia el norte, hacia Burnmouth, a dos o tres millas de la costa que se adivinaba a babor. Tenían tres días de travesía por delante navegando día y noche. Eso si no las encontraban primero. En la cofa, Helen, envuelta en una piel de oveja, observaba el mar, la línea clara de la costa a su izquierda, la infinidad del mar a su derecha. Le gustaba volver a estar ahí arriba, en aquella extraña soledad que había aprendido a aceptar como su vida, como su día a día, mirando el mar.

En el puente, Victoria llevaba el timón. Inés permanecía de pie a su lado, en silencio. La condesa había traído una capa para taparse, pero a primera hora de la tarde de aquel día de sol no le hacía falta y la tenía doblada sobre el brazo. Había llegado la primavera. Victoria se volvió hacia ella.

—Sin duda, este está siendo el día más largo de mi vida —comentó.

Inés sonrió.

—No me lo digas a mí. Desde que me desperté ayer por la mañana, apenas he descansado. Pasar la noche bajo el cadalso, con el frío y la sensación de que te van a descubrir en cualquier momento...

Victoria frunció el ceño.

—Deberías descansar. ¿Por qué no te vas a tu camarote y duermes algo?

Inés meneó la cabeza.

—Ayer, cuando esperaba junto a la ventana a que llegara Robert para cenar y miraba los palos de los barcos en el puerto, naranjas por la luz de aquella hora... —suspiró—, estaba convencida de que no volvería a ver otro atardecer. Y hoy... ya falta poco para el ocaso. No sé cuántos atardeceres nos

quedan, ni siquiera estoy segura de si veremos este o no. Así que... prefiero estar aquí, contigo. Acaso no tengamos ocasión de volver a hablar a solas las dos.

Victoria asintió.

—Antes, cuando has hablado a la tripulación sobre lo peligroso que va a ser de ahora en adelante..., tenías razón. Yo pensaba que tenías razón. Pero solo tú y yo lo pensábamos.

Inés se volvió hacia su amiga desconcertada ante lo que acababa de decir.

—Tú... ¿creías que debíamos dejarlo? ¿Y no has dicho nada?

—Ya escuchaste a Charleen, y a Shatidje, y a Simonette, y a Ruth...

—Pero, pero tú... ¿no quieres ser pirata?

—¡Claro que quiero ser pirata! Yo no sé si podría abandonar el mar, como han dicho Emily, o Simonette, pero de lo que estoy segura es de que no puedo abandonarlas a ellas... Quiero ser pirata, quiero lo que teníamos. El mar, la libertad de hacer lo que quisiéramos, navegar la *Black*, batirnos... Es solo que... esa vida... —se volvió a mirar a Inés—, esa vida, Inglaterra ya no nos la va a devolver, como no nos va a devolver a Rosalyn ni a Madge. Ya no somos piratas, somos los enemigos de Inglaterra. Este país está en guerra con nosotras y no nos va a dejar volver a vivir como antes.

—Y ¿entonces? ¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Inés, dispuesta a seguir a su amiga en la aventura que le propusiera.

—¿Entonces? —Victoria sonrió y abrió la mano abarcando el infinito—, entonces acaso debemos abandonar Inglaterra en vez de la *Black*.

Inés se quedó en silencio masticando las palabras que acababa de pronunciar su amiga.

—Abandonar Inglaterra —repitió.

La capitán asentía con la cabeza.

—No quise decirlo antes, porque quería hablarlo contigo primero. Porque para mí es más fácil. Yo... yo ya no tengo nada que me ate aquí, Inés. Nada. Todo lo que amo está en este navío y tengo intención de llevármelo conmigo. Pero tú... —Victoria se mordió el labio—. Bueno, tienes a Fred. Y entendería que quisieras quedarte aquí con él.

Inés se quedó muda. Fred. Fred estaba en Inglaterra, sí. Si abandonaban la vieja Inglaterra, resultaba difícil que volvieran a verse nunca más. La condesa pensó en las últimas tardes encerrada en la casa de sus padres, en cómo miraba por la ventana, en cómo, a veces, veía *El Miguel* en el puerto...

y en cuánto esperó que Fred apareciera a salvarla... Pero no lo hizo. Fred no apareció. En la tortura que habían sido aquellos días, en los continuos guantazos de Robert, en la soledad de su prisión, Fred no había acudido. La única que lo había hecho había sido Shatidje. Y Victoria, como siempre. Aún no sabía cómo había logrado escapar su amiga, pero lo cierto era que había huido para sacarla de debajo del patíbulo y conducirla hasta la *Black*.

—No —contestó—. Conocer otros lugares estaría bien. ¿Adónde tenías pensado ir?

—Podríamos ir al Nuevo Mundo, del que hablan maravillas. O regresar a Cabo Verde...

Inés sintió una punzada de dolor al pensar en la travesía a Cabo Verde en *El Miguel* hacía menos de un año, pero más de una vida.

—A Cabo Verde no. Ahí solo hay negreros. ¿Qué haríamos si abordáramos un barco con un cargamento de esclavos? No hemos sido capaces de vender las telas de la nao francesa...

Victoria asintió.

—Tienes razón. No podríamos coger solo el oro y abandonarlos en una nave sin gobierno... Y tampoco podríamos llevarlos con nosotras... Salvo que quisieran formar parte de nuestra tripulación...

—¿Los cuarenta o cincuenta que lleven? ¿De cada barco que abordemos? —preguntó Inés escéptica—. Imagina a Ruth haciendo cuentas de cuánto se reduciría su parte. Y Charleen se volvería loca.

Las dos rompieron a reír.

—El Nuevo Mundo entonces —concluyó Victoria—. Ahí no hay rey ni gobierno que logre poner orden. Dicen que hay islas habitadas solo por piratas. ¡Y los botines...! ¡Perlas! ¡Oro!

—Aguas cálidas todo el año, más que las de Inglaterra en verano.

—Tendré que aprender a nadar.

Shatidje subió a cubierta y las vio reír. Sonrió. Le gustaba verlas así. Victoria se apresuró a ponerla al día.

—¿Qué te parecería si tomamos lo poco que tengamos en John's Pipe y huimos hacia las Américas? Toda Inglaterra nos busca y allí solo seríamos unas piratas más. Hay cientos de islas donde ocultarse.

Shatidje asintió.

—Necesitaremos cartas náuticas. Y unos buenos derroteros.

Victoria asintió.

—Y a Simonette no le va a gustar la idea —apuntó la turca—. No conoce esas aguas.

—Se acostumbrará pronto. Tampoco conocía las del canal.

La turca sonrió.

—El nuevo mundo... Siempre he querido tener un loro —dijo.

Y las tres rompieron a reír, con una ilusión nueva, para tapar las heridas aún abiertas por otras ilusiones que nunca cuajaron y que se disponían a dejar tras ellas, hundirlas, hundiendo sus almas otra vez.

Miguel había desplegado sobre la mesa una carta de la costa este de Inglaterra y sus ojos se clavaban en ella, como si pudiera ver la *Black* pintada allí navegando por las aguas amarillas del papel. Sabía que Victoria había huido hacia el norte. Probablemente estarían sin cartas ni derroteros, de modo que lo normal era que navegaran relativamente cerca de tierra firme y que se mantuvieran en aguas conocidas. El sur, el canal, lo descartaba. Ellas debían saber que casi todos los galeones de la Corona estaban en Dover y en Bristol, como debían saber que la reina mantenía otro galeón más en Berwick. Pero ¿sabían que había dos más en la desembocadura del Tyne, cerca de Newcastle? Estaba embebido en estos pensamientos cuando llamaron a la puerta. Antes de que pudiera contestar, la enorme cabeza barbuda del timonel portugués apareció en el comedor.

—Capitán, será mejor que salgáis a cubierta.

Miguel alzó la vista a su segundo de a bordo. Hasta aquel momento no se había percatado de que, pese a sus órdenes, *El Miguel* seguía fondeado frente a Saint Mary's, en el Medway. Eso, unido al hecho de que hubiera sido João quien hubiera entrado a buscarlo, lo alarmó. Tomó el tahalí con su espada, que colgaba del respaldo de una silla, y acompañó al segundo de a bordo a cubierta.

Toda la tripulación aguardaba fuera, en pie, con los semblantes serios. La mayoría esperaba con los brazos cruzados en un gesto de cerrazón. Y, delante de ellos, también aguardando de brazos cruzados, estaba Fred. No se había lavado y, aparentemente, no solo había desobedecido en ese extremo.

Miguel se cruzó de brazos también, de frente a ellos, observando a cada hombre de su tripulación, la decisión pintada en sus rostros.

—Creí haber dado la orden de levar ancla en cuanto regresara Dorek y, por lo que veo, Dorek ya está aquí —dijo el capitán con cautela.

El leal pirata malencarado se mantuvo en silencio detrás de Stowe.

—Queremos saber si pretendéis ir tras la *Black Shadow* —respondió Fred.

Miguel apretó un instante los dientes antes de contestar:

—Así es, señor Stowe. Tenemos órdenes de la Corona de darles caza.

—Capitán —intervino João desde su lado—, todos sentimos que Inés, Shatidje y lady Dudley son de los nuestros. No queremos traicionarlas. Ninguno queremos.

—Cuando me enrolé en *El Miguel* —añadió Fred escupiendo las palabras. Su tono no era el tono conciliador del timonel portugués—, lo hice como pirata. Si hubiera querido ser corsario y aceptar órdenes de la reina, estaría en otro barco.

La cubierta se llenó de murmullos de asentimiento por parte de la tripulación. Miguel tardó en hablar, esperando a que cesaran.

—De modo —dijo entonces— que todos preferís morir como piratas que vivir ricos bajo la protección de la reina.

«¿Ricos?», se oyó preguntar a alguien.

—Porque vos mismo, señor Stowe —apuntó Miguel—, me reprochabais haré un par de semanas no tomar lo que la reina me ofrecía y que os haría ricos a todos.

Más murmullos en cubierta. Miguel y Fred permanecían inmóviles, cara a cara, en medio del bisbiseo de los susurros. El aire entre los dos se podría cortar.

—Yo prefiero morir como un pirata que ayudar a matar a las mujeres de la *Black Shadow* —respondió con firmeza el contraamaestre acallando las dudas.

—Y yo —le secundó Willie.

—Y yo también, capitán —se sumó Richards, ante el asombro de todos.

Y entonces la cubierta se llenó de un coro de voces que repetían: «y yo», «y yo», «y yo». Tan solo João, de pie al lado de Miguel, no se pronunció.

Miguel sonrió con desdén.

—Ya veo —dijo—. ¿Y también moriríais por la tripulación de otros barcos piratas si no tuvieran miradas dulces y caderas con curvas?

Abrió la mano señalando un punto cualquiera del horizonte.

—¿Moriríais por Morgan, o por Jack, o por Ian, con quienes hemos luchado alguna vez y que también conocen nuestro secreto? ¿Daríais vuestra vida por sacarlos del patíbulo? —alzó la voz, repitiendo la pregunta con otras

palabras—. ¿Estaríais dispuestos a dar vuestra vida por lady Dudley y lady Braukings si fueran hombres? —Cuando logró captar la atención de la tripulación, Miguel abandonó su pose hierática y comenzó a pasear de un lado a otro de cubierta—. Porque ellas son tan piratas como los otros que os he mentado. Sabían a qué se exponían desafiando a la Corona. Y no equivoquéis mi postura: ninguno aquí, salvo acaso Fred, aprecia a lady Dudley y a lady Braukings más que yo. Pero ese aprecio no me hace olvidar la realidad: son amigas, pero son piratas, y las han atrapado a ellas. Ellas no vendrían a salvarnos si hubiera ocurrido al revés —hizo una pausa antes de volver al nudo de su argumento—. ¿De veras queréis morir, o huir para siempre, sin el disfraz que nos da el fingirnos amigos de la reina? ¿De veras estáis dispuestos a perderlo todo, a despediros de vida, familia y amigos, de vuestras esposas los que las tenéis, por unas mujeres que no lo son? ¿Vais a morir por unas mujeres a las que ni siquiera os vais a llevar a la cama? ¡Por Dios! ¡Os creía con más seso!

Se había hecho el silencio en cubierta. Algunos hombres miraban a su capitán. Algunos habían bajado la vista. Miguel paró de dar vueltas y se detuvo de nuevo frente a ellos.

—Blake, Clavos..., todos. Estoy encantado de conocer vuestra opinión. Pero hasta que alguno de los aquí presentes demuestre que es capaz de mantener la cabeza fría cuando hay unas piernas de mujer de por medio, las decisiones las tomaré yo. Y ahora, ¡largad las malditas velas!

Y dando el paso que le separaba de Stowe y aferrando su espada con más fuerza de la necesaria, le dijo a su contraestre:

—Y tú, ¡ven conmigo al comedor! ¡Ahora!

Stowe siguió al capitán, y todos los hombres se dispersaron, reacios pero obedientes, a cumplir con sus funciones y poner *El Miguel* en marcha.

Stowe y Saavedra cruzaron el pasillo y llegaron al comedor. El capitán cerró la puerta detrás de su contraestre, acaso con más fuerza de la que habría sido necesaria, y le dijo que se sentara.

—Estoy bien de pie —contestó Fred con sequedad. El pirata ya no tenía los brazos cruzados, pero, en su lugar, mantenía los puños cerrados.

—¿Vais a explicarme qué ha sido eso?

Fred apretó los puños un poco más.

—Sabéis bien lo que ha sido.

—¡Habéis manipulado a esos hombres para que se amotinen! —exclamó Miguel.

—¿Manipularlos? —preguntó Fred, y rio con sarcasmo—. Acabáis de dar una perfecta lección de manipulación ahí fuera. Esas son vuestras artes, no las mías. Con esas artes me hicisteis abandonar a Inés, y ahora queréis que ayude a atraparla de nuevo —meneó la cabeza—. Podéis convencer a los demás, pero no a mí. No he ayudado a sacarlas del cadalso para volverlas a meter allí.

Miguel se apoyó en la mesa y miró a su contramaestre. Suspiró. Se sentía agotado de aquello.

—Fred —le dijo con suavidad—, no voy a engañarte: de veras admiro lo que has hecho. Amas a Inés y estás dispuesto a cualquier cosa por ella. Es... es loable. Y no me esperaría menos de alguien como tú.

Fred lo miró con escepticismo:

—Nada os impide hacer lo que yo he hecho. Si amáis a la princesita, ayudadla a escapar.

—¡Ojalá fuera tan sencillo! ¡Ojalá pudiera hacer lo que has hecho tú!

—Y ¿qué os lo impide? Sorprendedme con una buena respuesta que de verdad justifique lo que vais a hacer. Una respuesta de verdad. No me vengáis con que serían más felices en palacio cuando nadie se cree eso ya.

Miguel negó con la cabeza.

—Fred, sabes la respuesta. Y hasta que Inés apareció la has aplicado siempre.

El contramaestre lo miró con suspicacia. El aire entre los dos se había vuelto denso, como si hubieran disparado una batería de cañones en aquel comedor.

—El motivo por el que no me puedo dejar llevar por lo que siento son los treinta hombres de ahí fuera. Yo puedo morir por quien amo, pero si no hacemos esto no solo moriré yo. Morirán todos.

Miguel señaló hacia la puerta.

—Esos hombres han puesto sus vidas en nuestras manos, y no me parece justo derrocharlas por un amor que solo me incumbe a mí.

—¿Ahora me estáis reprochando que los he puesto en peligro? Son piratas, ¡por amor de Dios!

—Son piratas, sí, pero yo brego todos los días con cortesanos y aristócratas para que nadie lo sepa, para que, después del combate, tengan un lugar adonde ir. Gracias al modo en que hacemos las cosas, cuando están con sus familias, a quienes aman, pueden dormir tranquilos. ¿Qué te hace pensar que tu amor por Inés sea más válido o más puro que el que ellos sienten hacia

los suyos? ¡Eres el contramaestre! ¡Tú, Stowe, también eres responsable de ellos!

Fred miró a Miguel sorprendido.

—¿Queréis que me crea que todo lo que habéis hecho ha sido por amor a vuestra tripulación? ¡Ninguno de esos hombres os importa más que vos mismo!

Miguel contrajo la mandíbula y asintió.

—Ninguno de esos hombres me importa más que yo. Ni Gray, ni Jameson, ni João..., ni siquiera tú. Uno por uno, no siento por ninguno lo que puedo sentir hacia Victoria. Pero no son uno por uno. Son todos, Fred. Es *El Miguel*.

—*El Miguel*... —repitió el contramaestre—. Atesoráis este barco como si vuestro padre viviera en él. Pero a mí no me vais a cargar con su peso. Yo también perdí a mi padre y ningún barco del mundo lo va a hacer volver.

El capitán permaneció en silencio.

—Amo a Inés, capitán —prosiguió Fred—, y no voy a matarla ni por la tripulación de *El Miguel* ni por todas las vidas de Inglaterra. No voy a librar esta batalla. Entiendo vuestros motivos, pero habréis de hacerlo sin mí.

Y, diciendo esto, Stowe se dirigió hacia la puerta.

—Me parece justo —dijo Miguel deteniéndolo—. Entiendo que ser el contramaestre de *El Miguel* se ha vuelto más gravoso de lo que quieres soportar, y también yo te prefiero en tierra que amotinándome a la tripulación.

Fred asintió.

—Fred, solo te pido que seas consciente de lo que haces. Si te vas, si lo haces ahora, muchos hombres te seguirán. Y no todos pueden permitirse abandonar este navío.

Fred frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Capitán, dejad de cargar sobre mí la vida de todos. Yo no soy responsable de todos los demás.

—Sí lo eres, Fred. Y te lo has buscado tú al hacer que ellos te sigan.

Fred golpeó la mesa con la mano.

—¡Basta! ¡Os conozco demasiado bien como para que me manipuléis a mí también!

Miguel suspiró meneando la cabeza.

—Fred, ¡mira el maldito mapa! Ellas están navegando hacia el norte, de cabeza a encontrarse con tres galeones de la Corona. No lograrán llegar a su

escondite en John's Pipe. En tres días, a lo sumo, estarán muertas. Todas. He intentado evitar esto, a fe mía que lo he intentado. He preferido a Victoria y a Inés vivas en la corte que muertas en el mar. Pero ellas quieren morir. ¿Quieres marcharte? ¡Adelante! En tres días ya no estarán, y nosotros tendremos que seguir. ¿Por qué no jugar nuestro papel? Solo estaremos actuando tres días más para salvar la vida de nuestros hombres y no dejar que ellas nos arrastren. No podemos cambiar nada. A ellas no podemos salvarlas. Ayúdame a salvar a Willie, a Clavos y a todos los demás.

Fred cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. En tres días Inés estaría muerta. Muerta.

—¿Y qué planeas hacer? ¿Matarlas tú antes?

Miguel le mostró las palmas abiertas.

—¡Nada! ¡No vamos a hacer nada! Navegaremos hacia el norte, para que los galeones nos vean. No vamos a intervenir. Esta no es nuestra guerra. Solo quiero que crean que sí las buscamos. Quiero evitar que aborden cien oficiales en *El Miguel* y lo usen contra ellas. Y para eso tengo que simular que nosotros estamos tratando de cazarlas también. Solo se trata de hacer teatro, como hago yo con la reina.

El contramaestre dudó, pero se mantuvo firme.

—Ahí afuera no has hablado de actuar. Has hablado de ir tras ellas. No cambies ahora tu discurso para manipularme a mí.

Miguel suspiró y meneó la cabeza.

—Fred, hace años que me conoces. Confía en mí. Es cierto que intento salvar a nuestros hombres y es cierto que no las he ayudado a huir, pero nunca perjudicaría a Victoria. Ni tampoco a Inés. Ni siquiera a Shatidje.

Fred resopló y Miguel vio su duda.

—Fred, piénsalo. ¡Maldita sea! —señaló las cartas—. La reina ha encontrado en la *Black* un libro de poesía con mi caligrafía y una espada con mi nombre. ¿Por qué crees que los tenía Victoria? Y ahora tengo el aliento de Braukings en el cogote convencido de que fuimos nosotros quienes las convertimos en piratas. Estamos a un paso de la horca. Si quiero salvar a mi tripulación, tengo que seguir esta farsa. Yo salvo a mis hombres y ellas se salvan solas. Tú lo dijiste. Vivan o mueran, no nos necesitan.

Fred miró al suelo meneando la cabeza. Tras unos instantes levantó la vista hacia Miguel.

—No intervendremos —admitió el contramaestre acercándose mucho al capitán, en un gesto amenazador—. Y si las encontramos nosotros antes, me

permitirás que las advierta de lo que ocurre.

Miguel inclinó la cabeza.

—Por supuesto.

Fred respiró hondo.

—Está bien. Démonos prisa entonces. Haré volar *El Miguel*.

—Y Fred —el contramaestre se giró—, insisto en que deberías lavarte.

Fred se volvió hacia el capitán y le devolvió su sonrisa blanca. De pronto un nuevo pensamiento había iluminado su alma: encontrar antes a la *Hermosa Negra* y advertir a las mujeres del peligro, poder ver a Inés y pedirle que le perdonara por no haberla ayudado a huir.

—Cuando estemos a todo trapo, capitán. No antes.

El capitán asintió. Cuando Fred salió por la puerta, Miguel apoyó las dos manos sobre la mesa y miró la carta náutica. Apretaba con fuerza la mandíbula y sus ojos echaban chispas. Entonces agarró la carta, tiró de ella y la lanzó hacia la pared con rabia. Odiaba mentir a sus hombres. Sobre todo, odiaba mentir a Fred.

La tarde discurrió tranquila en la *Black Shadow*. Llegaron a Mersea Island al anochecer, la isla que había sido uno de sus caladeros favoritos, pero no se detuvieron. Bert guisó cinco pollos con las coles para la cena, un banquete para celebrar que seguían vivas. Victoria lamentó que hubieran vaciado su bodega de vinos. Habían acumulado una buena cantidad de vinos franceses y españoles. El pollo tuvo que ir acompañado de agua.

Acabada la cena, cambiaron los turnos. Victoria, Inés, Shatidje y Helen se fueron a acostar, dejando la *Black* en las expertas manos de Simonette. Glenne se ofreció a hacer de vigía durante la noche. La pastora también tenía buena vista y conocía el mar. Nunca había hecho una guardia nocturna, pero prometió que si empezaba a quedarse dormida avisaría a Dora, a quien le correspondía la guardia del amanecer. No obstante, y a pesar de las precauciones, la noche transcurrió tranquila. Se cruzaron con un par de navíos que navegaban hacia el sur, pero se mantuvieron en la distancia y estos no alteraron su rumbo.

El amanecer las descubrió cerca de Suffolk.

El desayuno fue triste. De nuevo un pedazo de pan duro y queso. Simonette tomó lo suyo y le devolvió el timón a Victoria. La princesa había dormido mal. A pesar del cansancio, se había agitado en sueños, atormentada

por pesadillas en las que Miguel mataba a Rosalyn, o a Shatidje... La princesa se tiraba a sus pies rogándole que se apiadara de sus almas, pero él la apartaba de una patada. La luz del amanecer la sorprendió cuando al fin lograba descansar, y se despertó cansada y con una extraña sensación de vacío dentro. Se lavó la cara en una escudilla de agua fría, con el ánimo decidido a sobreponerse de lo ocurrido y resuelta a hacer las paces con su alma.

Inés había dormido mejor, aunque había descubierto que, aun sin haber matado a Robert Walcott, este tenía la capacidad de atormentarla de noche. Cuando cerraba los ojos, lo veía sobre el pantalán, con la cabeza sangrándole y la mirada llena de miedo mientras Inés le arrancaba el cuchillo. Pero la condesa estaba realmente agotada, y le bastó recordar un instante los guantazos que su prometido le propinaba y sus amenazas de hacerle daño a Jerusha para lograr conciliar el sueño.

Ahora se hallaban todas en cubierta. Incluso Bonny había salido a ver el nuevo día. En los brazos, enrollado en mantas y pieles, llevaba a su bebé, Thomas, un niño rubicundo y rosado. Victoria supo que era el momento de poner a las mujeres al corriente de sus planes. Las llamó a su alrededor, junto al timón, le dejó este a Jerusha y les contó la conclusión a la que habían llegado la tarde anterior: Inglaterra era demasiado peligrosa. Si querían ser piratas, deberían serlo en otra parte del mundo: América.

Tras recibir la noticia, se hizo el silencio en cubierta. Las mujeres, en pie, asimilaban las palabras de su capitán. Al cabo de unos instantes que a Victoria se le hicieron eternos, fue Simonette la que lo rompió.

—Yo no conozco esas aguas, capitán. No sé si seré capaz de gobernar a la *Black* allí. Dicen que hay arrecifes de coral que crecen cada día.

Victoria sonrió recordando que Shatidje ya la había prevenido de que eso ocurriría.

—Simonette, eres la mejor timonel que existe, y lo eres aquí o en el Nuevo Mundo. Tardarás menos en conocer los caladeros de lo que has tardado en conocer los del canal. ¡Ya lo verás! Y podrás nadar todos los días. Dicen que allí nunca es invierno.

—Yo digo que nos quedemos —contravino Charleen—. Nos atraparon por ir a aguas desconocidas. Si nos quedamos aquí, en esta costa, no podrán contra nosotras.

Hubo murmullos de aprobación.

—Charleen —explicó Victoria con suavidad—, esta costa no es segura. Encontraron a Jerusha en Burnmouth. Y encontraron a Glenne. Es cuestión de tiempo que nos encuentren a todas y entonces volverán a enviar galeones a nuestra caza. No podremos avituallarnos en ningún puerto, pueblo o ciudad.

—¿Y en el Nuevo Mundo sí? —preguntó la mujer con desdén—. No sabemos nada de ese «Nuevo Mundo». Sigamos en Inglaterra, navegando de noche. No nos encontrarán. O naveguemos más al norte.

—El hielo es peligroso —apuntó Simonette.

Victoria volvió a intervenir en tono pausado:

—En Europa no estamos seguras. Tienen guardias, oficinas portuarias, correos de posta, tropas... Pueden hacer llegar una orden por tierra a cualquier territorio antes de que nosotras lleguemos allí. En aquellas islas, sin embargo, las autoridades de los distintos reyes tienen fuertes y dominios, pero no lo acaparan todo. Hay multitud de islas sin orden, ni jurisdicción, ni nadie que las vigile. Islas de nadie, que todavía no han sido pisadas. Y en ellas crece la fruta sin necesidad de que la cultiven. Allí podemos toparnos con un galeón y que intente apresarnos, pero no mandarán a toda una flota por nosotras. Será más fácil huir. Podremos fondear en calas en las que estemos solas. Y, además, la mayoría de las riquezas que robamos aquí provienen de allí. Perlas, oro...

Charleen negó con la cabeza.

—La última vez que te hicimos caso y nos alejamos de Burnmouth acabamos subidas en el patíbulo. Y todo por obedecer tu plan —masculló la mujer apuntando a Victoria con el dedo.

—¡Mide tus palabras, Charleen! —le advirtió Shatidje—. Estás hablando a la capitán.

—¿A la capitán? —repitió Charleen riendo con sarcasmo—. ¿Y quién la ha nombrado capitán? Acaso pudiera ser la capitán de las otras naves, esas que ella hundió, porque las pagó con su dinero de noble —Charleen hablaba con rabia, escupiendo las palabras—. Pero, como habéis contado un centenar de veces, la *Black* la robasteis entre todas. Y la acabamos de volver a robar. Nos pertenece a todas. Y yo digo que no quiero que mi capitán sea una cría que toma las decisiones basándose en sus caprichos. ¡Miradla! Sabe menos de barcos que Simonette, menos de artillería que Ruth, y menos de combate que Shatidje o que yo misma. ¿Quién la ha nombrado capitán? No es una de nosotras. Y, si nos atrapan, ya ha demostrado que no morirá con nosotras.

Las mujeres se habían quedado congeladas mirando a la pirata. Victoria estaba pálida escuchando cómo aquella mujer ponía en palabras todos sus miedos. Inés no reaccionaba. Solo Shatidje intervino alzando la voz:

—¡Basta, Charleen! Si abres otra vez esa boca estúpida que tienes, te pasaré por la quilla.

—Esto no va contigo, Shatidje —amenazó Charleen.

La turca se dispuso a contestar cuando Victoria intervino:

—Tiene razón, Sha. Esto solo tiene que ver conmigo. Con la aristócrata —dijo con retintín—. Y los aristócratas, cuando insultan nuestro honor, lo resolvemos de una sola manera: con la espada.

Hablaba sin pasión, sin ganas. No parecía que se hubiera acalorado y la furia la envalentonara. A pesar de ello, Inés y Shatidje se apresuraron a sujetarla antes de que pudieran desenvainar y la empujaron hasta la baranda de popa.

—¿Has perdido el seso? —preguntó Inés.

—¡Capitán!, ¡no entréis en su juego! —susurró la turca tranquilizadora—. ¡Un combate es exactamente lo que quiere! Y no podemos perder más vidas. ¿No veis que nadie más que ella piensa eso que ha dicho? Sois nuestro capitán. Acabáis de burlar un bloqueo y tres fuertes. Nadie pone en duda vuestro valor. Permitidme que la pase por la quilla y reservemos las espadas para los ingleses.

Victoria forcejeó para soltarse.

—¿Es que no lo entendéis? Charleen tiene razón —susurró con tristeza—. Cada cosa que ha dicho es cierta. Y si quiero seguir siendo capitán, solo hay un modo de hacerlo. Y es luchando con ella para demostrarle que se equivoca y que merezco lideraros. No soy la mejor piloto, ni la mejor espada..., al menos debo ser la más valiente.

—No eres la mejor piloto, ni la mejor espada, pero eres la mejor capitán —respondió Inés—. ¡Tú nos has sacado de Londres!

—¡No a sus ojos! ¿Recuerdas la valentona de Fred haciéndose pasar por la quilla? Ahora me toca a mí, Inés. Si quiero mantener a mi tripulación, me toca a mí.

Inés y Shatidje se miraron un instante y la soltaron, pero continuaron interponiéndose entre la princesa y Charleen, que aguardaba detrás de ellas. El resto de las mujeres de la tripulación se mantenían en silencio, expectantes.

—Entonces dejadme que me bata yo por vos —repuso la turca—. Yo lucharé con Charleen por vuestro honor.

—¿Y convertirme aún más a los ojos de todas en la damisela desvalida? Shatidje, tengo que luchar con ella, y debo hacerlo yo —la miró a sus ojos verde oliva—. Lo sabes.

Shatidje suspiró y se apartó. Inés negó con la cabeza y la sostuvo de nuevo por la camisa.

—Es por Miguel, ¿verdad? Como Miguel te ha traicionado ya nada importa. Te da igual vivir o morir. Victoria, lo ocurrido en Bristol no es culpa tuya. El único culpable es él. Olvídalo y sigue viva. Habrá otros hombres.

Victoria sonrió a su amiga con condescendencia.

—Inés, esto no es por Miguel. O bueno, sí lo es, pero no porque me haya traicionado. Miguel me enseñó que lo más importante que tiene un capitán es el respeto de su tripulación. Dos navíos hundidos me han corroborado esto. Lo único que tengo, lo único que quiero y que me importa es esta tripulación. Y si no lucho con Charleen, la voy a perder. Acaso no hoy, pero sí la siguiente vez que me equivoque. Y sé que me equivocaré, ¿cómo no hacerlo? Entonces las chicas dudarán de mí, y recordarán estas palabras... No tengo opción.

—Pero ella lucha como si hubiera nacido con una espada en la mano, Victoria. ¡Sabes que lucha mejor que tú!

—Eso no es cierto —dijo Sha, y tomó a Victoria por los hombros—. Charleen no es invencible. Lo que la hace ser mejor es que es fuerte y que pelea sucio. Y peleará sucio en esta ocasión, capitán. Irá a por vuestras manos, tratará de distraeros, os molestará... No dejéis que aparte vuestra atención del combate. Mantened la concentración y recordad lo que os dije acerca de cómo agarrar la espada.

Victoria asintió.

—Con firmeza pero sin apretar, como si sostuviera un pájaro dentro.

Inés hundió la boca en la mano. Aquello no le gustaba. No le gustaba nada.

—Victoria, no tienes que hacer esto.

—¡Claro que sí!—contestó la rubia con una sonrisa.

Pero Inés la conocía. Y sabía que esa sonrisa era una mueca y que estaba muerta de miedo.

—¡Acabemos esto, Charleen! —dijo la princesa alzando la voz, y esta le tembló al decirlo.

—¿Solas las dos? ¿No intervendrán vuestras camareras, ni vuestros chambelanes, ni guardaespaldas...?

Inés apretó la mandíbula y se llevó la mano a la empuñadura de su cuchillo.

—Tú y yo solas —contestaba Victoria—. Para matarte no necesito a nadie.

Inés no pensaba lo mismo. Shatidje la sujetó.

—Debe hacerlo ella —le susurró.

—¡Al cuerno con vuestro honor! —masculló Inés—. ¡Te advierto que no dejaré que la mate!

—¿Y creéis que yo sí? —contestó Shatidje en otro susurro.

Inés miró a la contraamaestre. Estaba seria, pero no parecía preocupada. Respiró hondo. Al menos tenían a Ruth.

Las dos rivales bajaron a la cubierta principal, y las mujeres se echaron hacia atrás para dejarles espacio.

—¿Queréis luchar a primera sangre, como hacen los de vuestra clase?

Victoria meneó la cabeza.

—Sin reglas. No voy a daros la satisfacción de poner unas que sin duda romperéis.

Charleen sonrió divertida. Estaba disfrutando con aquello. ¿Cuántas veces lo habría soñado? Ya paladeaba su victoria. Pensaba cómo hacerla más humillante. No quería matarla deprisa. No sería tan divertido.

—Como queráis, vos sois la capitán —dijo burlona.

Victoria tomó la espada y cortó el aire un par de veces. Extrañaba su acero toledano. Aquella espada no era tan ligera, ni tan flexible, y la guardia, apenas unos gavilanes no muy largos, no le cubría en absoluto la mano. Y sabía que Charleen iría a por su mano. Victoria cerró los ojos solo un instante y recordó el combate de la pirata con Shatidje y las palabras de su contraamaestre. Los abrió y asintió con la cabeza.

—Adelante —dijo tratando de controlar su miedo.

Charleen no dudó y se lanzó sobre ella, a fondo. Victoria defendió la estocada, rápida, y contraatacó, pero Charleen defendió también su contraataque sin problemas. De nuevo Charleen se lanzó por ella, al muslo, y Victoria nuevamente defendió, pero era una treta. El ataque solo fue una finta y, cuando la princesa quiso darse cuenta, Charleen le lanzaba un tajo rápido

al rostro. Victoria tuvo el tiempo justo para saltar hacia atrás y que la espada solo le rozara la barbilla en un corte leve.

—¡Suerte que no habéis querido un combate a primera sangre! Ya habríais perdido —rio Charleen.

Victoria se tanteó la barbilla y se miró los dedos teñidos de rojo.

—¿La esperabais azul?

La princesa no le prestó atención. Observaba la sangre de sus dedos absorta, extrañada. La rozó con el pulgar, como si quisiera comprobar su consistencia.

—Resulta que la *Hermosa Negra* sí que sangra —añadió su rival burlona—. Me temo que ni Dios ni vuestro famoso ángel de la guarda os va a salvar de esta. Aunque podéis rendiros.

La princesa por fin la miró. Y meneó la cabeza. Su sonrisa blanca, contagiosa, le iluminó el rostro.

—¿No hacéis mucha fiesta por un rasguño? —preguntó entonces—. Cualquiera diría que no os creíais capaz.

Hubo risas en cubierta. Charleen arrugó la nariz y se lanzó de nuevo contra ella. Un, dos, tres. Atacaba con fiereza, golpeando tan fuerte que Victoria a duras penas podía evitar que sus envites no rompieran su defensa. El tercero fue a la mano. Victoria bajó la empuñadura a tiempo y defendió justo por encima de los gavilanes. Entonces la princesa, aprovechando que tenía la espada de Charleen enganchada en su guardia, la envolvió con su acero y la lanzó. Pero la pirata tenía bien aferrada la empuñadura, y lo único que logró Victoria fue abrirle la guardia. Cuando la princesa contraatacó, Charleen apartó el acero con la mano y le descargó una patada al pecho. Aquello pilló a Victoria desprevenida, que trastabilló hacia atrás, a punto de caer. Charleen aprovechó para tirarle un tajo al pecho. La espada cortó el cuero del corpiño y le originó un corte a la princesa en una costilla, dos pulgadas por debajo del pecho izquierdo. Inés saltó hacia adelante, pero Shatidje la sujetó.

—¿Sangráis de nuevo, *milady*? —rio Charleen.

—Creo que montáis mucha bulla cada vez que os hieren —replicó Victoria—. Estoy viendo que no es para tanto.

Charleen, furiosa, volvió a cebarse en ella. Los ataques le venían por todos lados y Victoria apenas sí podía defenderlos. Charleen tiraba igual a la mano que al muslo o al pie y, a pesar de las palabras de Shatidje, la princesa tenía que defender con todas sus fuerzas para que su rival no le rompiera la

guardia. Pero Victoria sabía que en cualquier momento llegaría la finta, ella defendería lo que no debía y se encontraría con la estocada de Charleen. Debía pensar. Debía ser más inteligente que ella. Entonces recordó su último combate con Miguel, aquel en el que él había fingido que ella le acorralaba para luego apartarse y que ella cayera al agua. Y comenzó a recular hacia la tolda. En cada ataque de Charleen, Victoria perdía un paso, hasta que se encontró con la espalda en la pared. Charleen sonrió y cesó un instante en sus golpes para disfrutar del momento, y luego le lanzó el último ataque: una estocada al pecho. Victoria no lo defendió. Tampoco habría tenido fuerzas ni espacio para hacerlo. En su lugar se agachó, se tiró al suelo de cuclillas, apoyando las nalgas en sus talones, y la espada de Charleen se clavó en la madera de la tolda. A Charleen solo le costó un instante desclavarla, pero Victoria no necesitaba más. Levantándose del suelo, se metió en su espacio, como hacía Inés cuando luchaba cuerpo a cuerpo, y le colocó el filo de la espada en el cuello mientras con la mano izquierda le apartaba el brazo del arma, sosteniéndolo hacia fuera.

Charleen sintió el acero cortándole la piel de la garganta y soltó la espada, mostrando las dos manos vacías en señal de rendición. Victoria, asiendo a la pirata aún del brazo derecho y con el acero en su cuello, la giró y la empujó contra la pared contra la que, segundos antes, la mujer la había acorralado. Toda la tripulación las observaba. Alice se tapaba la boca con las manos sin creerlo. Victoria apretó un poco más, y un hilo de sangre comenzó a resbalar por la hoja. Entonces, acercándose mucho a ella, la princesa mascullo:

—Soy joven, eso te lo concedo; pero acaso por ese motivo aprendo más deprisa que tú. Y, rodeada de las mujeres que habéis mencionado, imaginad lo que me queda por aprender. Cada día que pase seré un poco mejor. Mientras que tú..., tú ya no vas a luchar mejor de lo que lo has hecho hoy — dijo, y dio un paso atrás.

Charleen, temblando, fue a apartarse de la pared, pero Victoria volvió a colocarle la punta de la espada en el cuello, recordándole que no podía moverse si ella no se lo permitía. Entonces Inés, que se había mantenido en silencio, tomó el extremo de un cabo de los que pasaban por una polea del palo mayor y lo lanzó al suelo, junto a las dos mujeres.

—¡Colgadla del palo! —ordenó.

Todas las mujeres la miraron sorprendidas, incluida Victoria. Pero Inés no vaciló. Su mirada se mantenía firme y decidida. Y había dado una orden.

Shatidje tomó el cabo del suelo, hizo el nudo de cuatro vueltas de los ahorcados y le pasó el lazo a Charleen por la cabeza. La mujer miraba a la segundo de a bordo con los ojos desorbitados. Pero no había piedad en la mirada de la condesa. Claire pasó el otro extremo del cabo por el cabestrante y comenzó a izar a la pirata. Unas pulgadas, un pie..., la mujer trataba de meter las manos entre la soga y su cuello, separando el nudo que le impedía respirar, mientras estiraba las puntas de los pies hacia un suelo que estaba demasiado lejos. Inés hizo un gesto con la mano a Claire para que no la izara más y se acercó a Charleen, que pendía del cabo a un pie de altura.

—Ayer por la mañana, ibas a morir colgada no porque nuestra capitán fuera descuidada y trazara un mal plan, sino porque, como nosotras, eres una pirata y te busca la Corona, y nos encontró. Ayer la soga te habría apretado el cuello, como ahora —Charleen pataleaba, su rostro tornándose azul. Inés hablaba con rabia, escupiendo las palabras—. Pero Victoria, tu capitán, Shatidje, tu contramaestre, y yo, tu segundo de a bordo, dejamos nuestros entretenimientos de nobles, nuestro té y nuestros naipes y nos jugamos la vida para rescataros del patíbulo. Nos pusimos delante de sus arcabuces, como tú, volamos contigo el bloqueo en el Támesis y, en lugar de volver a nuestra vida de nobles, seguimos luchando con vosotras para que podáis vivir un día más como piratas.

La vida se le escapaba a Charleen, sus ojos, en blanco en un rostro azul, adelantaban que se iba a desmayar. Inés avanzó un paso, se sacó del cinto el cuchillo que le diera Shatidje y cortó la soga. El cuerpo de la mujer cayó al suelo rotundo, y Charleen, en su último hilo de vida, trató de aflojarse el nudo sin lograrlo. Inés se agachó a su lado.

—Deberías-estar-agradecida —dijo separando cada palabra.

Y aflojó el nudo por ella.

Charleen dio una bocanada de aire y Ruth se apresuró a agacharse a su lado, a sacarle el cabo y comprobar que estaba bien. Poco a poco, el color fue volviendo al rostro de la pirata.

Inés se puso en pie.

—¡Vamos! ¡Cada cual a su puesto! Antes de que nuestros enemigos de verdad, los oficiales ingleses, nos atrapen —gruñó—. Y si alguien no quiere ir a América, puede hablar con la capitán. Siempre que no olvide que es eso: vuestra capitán.

Victoria y Shatidje la miraban con asombro.

—Harías un buen contramaestre —sonrió Shatidje.

—Ya tenemos contra maestre —dijo Inés agarrándose al mástil para no caerse. De pronto se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba.

Victoria le preguntó a Jerusha si podía seguir a la caña mientras Simonette descansaba. La niña asintió, feliz por la responsabilidad y porque le encantaba pilotar la *Black*. Victoria le dijo a Shatidje que llevara a Charleen al comedor de oficiales, y le hizo un gesto a Inés con la cabeza para que la siguiera. Todas las mujeres obedecieron.

—¡Esperad! —dijo Ruth.

Las oficiales se volvieron a mirar a la judía, que a su vez las miraba pasmada.

—Debo... Capitán, debo coseros.

Victoria recordó entonces el corte de la barbilla y el del torso.

—Es cierto —contestó. Y, en un balbuceo, añadió—: Eso... ¿eso duele? E Inés y Shatidje rompieron a reír.

—Lo vais a comprobar —sonrió la contra maestre.

El corte de la barbilla no era profundo y no precisó de puntos. El de la costilla era algo más grave, pero nada que no pudiera arreglar Ruth con aguja e hilo. Victoria protestaba cada vez que la físico le pinchaba.

—¡Duele más la cura que la herida!

—Bebed *whisky* —recomendaba Ruth, absorta en su trabajo.

Seis puntos en la costilla. Ruth habría preferido darle más, pero la capitán no se lo habría permitido. Sally, a su lado, cosía el corpiño de cuero.

—Habéis luchado bien, capitán —la felicitó la turca tratando de abstraerla de la operación.

Victoria sonrió recordando el combate y le dio las gracias a su maestra.

En cuanto acabó la sesión de enfermería, las tres oficiales entraron en el comedor y llamaron a Charleen. La mujer, doblugada, obedeció y se sentó cuando le ofrecieron una silla. Como era costumbre entre las tres, Inés aguardaba apoyada contra la pared, Shatidje asentada en la mesa y Victoria había apartado la silla de al lado de Charleen y descansaba la bota en ella, en su posición intimidatoria favorita. Pero no hacía falta intimidar a Charleen. La mujer aguardaba sumisa, con la mirada en el suelo y la marca del cabo en el cuello. Finalmente, la capitán optó por sentarse en la silla que había junto a ella, apartándola un poco más.

—Charleen, la *Black* no es un barco de esclavos. Nadie permanece en ella en contra de su voluntad. Nosotras zarparemos hacia América en cuanto nos hayamos avituallado en John's Pipe y nos sería útil tu espada. Pero, como

te decía, puedes venir con nosotras, acatando todas nuestras órdenes y sin volver a cuestionar nuestra autoridad jamás, o puedes quedarte en el próximo puerto. La decisión es tuya.

La mujer dudó. Apagada como estaba, costaba reconocerla.

—Me... —balbuceó—, me gustaría..., me gustaría permanecer a bordo de la *Black*.

Inés apretó la mandíbula antes de decir:

—Si permaneces en la *Black*, jamás volverás a llamar a la capitán cría ni niñata ni ninguna otra estupidez así, ni a mentar nuestra alcurnia.

Charleen asintió, con la vista aún en el suelo.

—Y acatarás todas nuestras órdenes.

Charleen volvió a asentir.

—Incluidas las órdenes de Simonette.

Esta vez fue la pirata rebelde la que apretó la mandíbula.

—Has perdido todo el estatus que pudieras haber ganado aquí —recordó Shatidje.

Charleen suspiró.

—Incluidas las órdenes de Simonette.

—Ve a que Ruth te cure —ordenó entonces Victoria, observando el corte que le había hecho a la mujer cuando esta había defendido la espada de la capitán con la mano.

La mujer asintió de nuevo y se levantó. Cuando iba a llegar a la puerta, Victoria la detuvo.

—Charleen, has tomado la decisión correcta.

Y la mujer se volvió hacia la princesa, la miró un instante y le sonrió con pesar.

Toda la tripulación, menos Simonette, que se había retirado a dormir, aguardaba fuera.

—¿Qué te han dicho? —se apresuró a preguntar Alice.

—Lo que has hecho ha sido una memez —le dijo Claire con su sinceridad habitual—. Nunca he visto a Inés así. Habrías merecido que te colgaran.

Charleen le dirigió una mirada que oscilaba entre la ira y la vergüenza.

—Eso ya lo sé —masculló—. Pero ya la oísteis. Los enemigos son los ingleses. Volvamos a nuestras tareas. Yo tengo que ir a que Ruth me cure la mano.

Bonny estaba en cubierta con las demás. Llevaba a su bebé envuelto en un hatillo. Se acercó a la pirata amotinada y con su voz dulce preguntó:

—¿Te permiten quedarte?

Charleen asintió con la cabeza, queriendo acabar con aquellas preguntas ya. Pero Bonny no había terminado.

—¿Sin ningún castigo?

Charleen abrió mucho los ojos y se señaló el cuello.

—Sin ningún castigo más —matizó.

Bonny asintió y cogió aire. Le tocaba a ella entonces. Se acercó al castillo de popa y golpeó la puerta con los nudillos. Las voces de las tres oficiales la invitaron a pasar a la vez.

A Victoria le agradó ver que la pirata estaba recuperada y con el bebé en brazos. Le preguntó por su estado, se asomó a mirar al niño, el precioso crío rubicundo al que la prostituta había llamado como a su padre, y después le preguntó qué era lo que quería. Bonny miró nerviosa hacia Inés y hacia Shatidje.

—Capitán —dijo con la voz temblándole—, sé que mientras yo estaba de parto decidisteis que seguiríamos siendo piratas y que seguiríamos en la *Black* y, recientemente, nos habéis comunicado que nos dirigimos a América.

—Así es —respondió Victoria con suspicacia.

—Yo... —los ojos se le llenaron de lágrimas a la preciosa mujer—. ¡Ojalá pudiera deciros que también yo os seguiré a do quiera que vayáis!

Victoria le tendió un pañuelo sin decir nada. La mujer lo tomó y rompió a llorar sin tapujos.

—Capitán, sabéis que yo subí a bordo de la *Crazy Swell* dejando la prostitución por mantener vivo el fruto de mi vientre, y ahora que lo tengo entre mis brazos, veo claro que..., si quiero mantenerlo a salvo, debo abandonar la piratería y volver al burdel.

Ninguna de las tres oficiales habló, obligándola a explicarse.

—Si mi criatura hubiera nacido niña, acaso habría dudado, pues bien sabéis que aborrezco ser puta, y el temor a que ella siguiera mis pasos me habría mantenido aquí. Pero ha querido Dios que tenga un varón, que puede limpiar su nombre con la espada, y recuperar su honra, y tener la vida que jamás tendré yo —mezclado con el llanto, había un tinte de orgullo en su voz—. Y no puedo arriesgarme a que la pierda por permanecer yo a bordo.

Victoria sonrió.

—Si vos me lo permitís, capitán —se apresuró a añadir la prostituta—, preferiría abandonar la *Black*. Aun cuando, lo sabe Dios, si solo mi vida estuviera en juego, moriría a vuestro lado sin dudar.

Victoria miró un instante a Shatidje y a Inés, de pie junto a la pared. Las dos asintieron.

—Te entendemos, Bonny —le dijo entonces—. Y eres libre de dejarnos cuando lo estimes. En dos días llegaremos a John's Pipe y podrás desembarcar allí con tu hijo.

La preciosa mujer cerró los párpados y suspiró aliviada. Entonces, todo estaba bien. Finalmente se cerraba su vida de pirata. Dio las gracias, abandonó el comedor y regresó a cubierta a enseñar a Thomas a todas sus compañeras, de las que muy pronto se tendría que despedir.

Todo estaba en orden, pues. Había que regresar a cubierta y llegar a John's Pipe. Dos días. Solo quedaban dos días y estarían a salvo en su gruta. Pero ¡qué días tan largos!

Después de almorzar los capones que quedaban con los últimos trozos de pan, Ruth se acercó a hablar con la capitán. Estaban sin comida, casi sin agua, y a dos días todavía de John's Pipe. Victoria le dijo que esa noche se abastecerían, y dio orden a las mujeres de que descansaran, pues aprovecharían la oscuridad para aproximarse al primer navío no armado que encontrarán. Cuando Simonette se enteró, se apresuró a buscar a la capitán. Victoria estaba en su camarote, sentada en su litera, recapacitando sobre todo lo sucedido. La timonel irrumpió sin llamar.

—Capitán, dicen las mujeres que esta noche vamos a asaltar la primera nave no armada que encontremos.

La princesa asintió.

—No estamos en condiciones de luchar.

Simonette, con el ceño fruncido, negaba con la cabeza.

—Cuando habláis de la primera nave, no os referís a pescadores, ¿verdad?

Victoria se levantó de la cama y se acercó a su timonel.

—Simonette, necesitamos agua para llegar a John's Pipe. Si son pescadores..., la tomaremos igual.

—No me hice pirata para robar a pescadores, capitán —dijo Simonette escupiendo las palabras—. Y menos aún considerando lo que les debemos.

La princesa suspiró.

—Creo saber cómo te sientes, Simonette. No ignoro que, sin el sacrificio de los pescadores de John's Pipe, no todas estaríamos aquí. Pero no todos los pescadores darían sus vidas por nosotras. Y no vamos a hacerles daño. Solo tomar algo de agua y de comida para lo que nos queda de travesía.

—Robarles, capitán.

Victoria comenzaba a frustrarse, como le ocurría casi siempre que hablaba con la timonel.

—Simonette, si tuviera con qué pagarles, lo haría. Si te sientes mejor, podemos dejarles unas corazas en pago de lo que tomemos. No tenemos opción. Abordaremos el primer navío no armado que nos crucemos al caer el sol.

Y la preciosa mujer rubia resopló, pero se marchó sin decir nada más.

En efecto, y tal y como había previsto Simonette, la primera nave que se cruzaron después del anochecer fue una chalupa grande que regresaba a Inglaterra después de hacer el bacalao. Tenía casi cuarenta pies, ocho hombres de tripulación y, cuando se aproximaron a ella, los hombres las recibieron a tiros de arcabuz. Victoria se agachó cuando una bala silbó cerca de su oreja.

—¡Por todos los demonios! ¡No nos matan los oficiales y nos van a matar unos pescadores! ¡Todas a cubierto!

Las mujeres se cubrieron y Úrsula y las suyas se apresuraron a encender sus flechas.

—¡No! —ordenó Victoria—. Intentémoslo de nuevo. ¡Ruth! ¡Necesito un cañonazo de aviso!

La judía arrugó la nariz. Tener que mover las casi tres toneladas de peso del cañón solo para lanzar un aviso se le antojaba un esfuerzo absurdo. Pero obedeció. Destrincaron uno de los dos cañones de proa de la cubierta superior, aquellos que nunca usaban por estar demasiado expuestos y ser solo de doce libras. Pero un cañón de doce libras pesaba unas mil doscientas libras menos que los de la cubierta de artillería de dieciocho y, considerando la función que iba a desempeñar, a Ruth le pareció un buen momento para estrenarlos. Lo cargaron solo con pólvora —doble carga— y dispararon. El estallido rompió el silencio de la noche y, aprovechando los instantes de quietud que siempre les conseguía la artillería, con o sin carga, Simonette

aprovechó para acercarse a la *Black* deprisa, por barlovento, cortándole el aire al pesquero. Las mujeres se mantuvieron a cubierto. Solo Victoria se subió a la escala para gritar que dejaran las armas, que no las obligaran a hundirlos, que no querían hacer daño a nadie. Los pescadores vacilaron, pero finalmente obedecieron y en un breve espacio de tiempo estaban abarloadas a él.

—¿Puede saberse qué defendéis con tanto ánimo? Naos cargadas de oro nos han presentado menos resistencia —gruñó Victoria al saltar dentro, seguida de Inés y de Shatidje.

El capitán del barco, un hombre con el rostro curtido por el sol y una voz profunda y seca, contestó:

—Llevamos casi un mes fuera de casa faenando, y no vamos a permitir que nadie nos robe lo que tanto trabajo nos ha costado pescar —sacudió el arcabuz que aún tenía en la mano—. Ni la *Hermosa Negra* ni nadie.

Shatidje sonrió divertida. El resto de los pescadores sostenían las armas con decisión.

—Ahora ¡marchaos! Aquí no hay más que bacalao —añadió el capitán.

—¿Y estáis dispuestos a morir por unos pescados? —preguntó Victoria incrédula.

—Esto es lo que da de comer a nuestras familias. Lo defenderemos con nuestras vidas.

Inés tampoco podía creérselo.

—No hemos venido a robar vuestro cargamento de pescado —explicó la turca—. Solo necesitamos agua y alimento para veinte mujeres un par de días. No nos vamos a llevar más que eso.

El capitán apuntó a la turca con el mosquete.

—¿Quién dice que os vais a llevar nada?

Victoria resopló.

—Capitán, no queremos matar a nadie. No nos obliguéis a hacerlo. Nos vamos a llevar el agua y algo de comida. Tenéis la costa a un par de horas y podéis beber cuanto queráis. Nosotras no podemos acercarnos a tierra. De modo que podéis elegir si prendemos fuego a vuestra barcaza y pasamos a vuestros hombres a cuchillo o si nos dais lo que necesitamos y regresáis a vuestros hogares con vuestra pesca.

El hombre dudó. No le gustaba rendirse. Su corazón no estaba hecho para rendirse.

—Cuando lleguéis a la costa siempre podéis buscar a algún oficial de la Corona y hacerle saber que nos habéis visto aquí —apuntó Inés—. Acaso os

ofrezcan una recompensa que pague lo que vamos a tomar prestado.

Otro hombre, uno muy alto, con la cara chupada y los ojos algo saltones, contestó por el capitán:

—Os traeré una caja de bacalaos. Tendréis suficiente para dos días.

—Y agua —apuntó Victoria.

—Toda la que nos queda.

Los hombres, más tranquilos, se pusieron en marcha. Trajeron un tonel de agua y una caja de bacalaos en salazón y ayudaron a cargarla en la *Black*. El capitán se mantenía desconfiado, con el ceño fruncido.

—¿Y no tenéis alguna otra cosa? —preguntó la princesa algo descorazonada al ver lo que se llevaban—. ¿Fruta, almendras, pan...?

—Llevamos casi un mes fuera de casa y estamos a unas horas de regresar —contestó el capitán escupiendo las palabras—. ¿Qué esperabais?

Y, a continuación, se volvió hacia un muchacho joven, de unos dieciséis años, probablemente su hijo por el enorme parecido, y le ordenó que trajera el pan. El muchacho se apresuró a traer un saco de panes duros. Shatidje tomó el saco y lo llevó a la *Black*. Regresó de inmediato.

—Ha sido un placer hacer negocios con vosotros —dijo Victoria a modo de despedida.

Entonces, el muchacho joven les pidió que esperaran. Se metió en la bodega y salió con una caja de arenques.

—Para el desayuno —dijo ofreciéndosela.

El capitán se enfureció, y le habría golpeado con el arcabuz si Shatidje no se lo hubiera arrancado de las manos.

—¡Es la *Hermosa Negra*! —exclamó el muchacho cubriéndose del golpe que no llegó—. ¿Qué es una caja de arenques cuando podemos contar que las hemos visto?

Inés sonrió y la turca dejó escapar una carcajada. Entonces la turca cruzó la distancia que la separaba del joven, tomó la caja de arenques, la dejó en el suelo y, abrazándose a él, lo besó con toda la lascivia de la que fue capaz, que era mucha, mordiéndole el labio inferior al tiempo que le estrujaba sendas nalgas con las manos. La erección del pescador fue inmediata y la turca volvió a reír. Entonces se agachó a tomar la caja de arenques, le dio un beso fugaz en la mejilla y le susurró:

—No hay tiempo para más.

Y Victoria, Inés y ella regresaron a la *Black*, dando gracias en silencio porque la providencia les hubiera permitido vivir un día más para reírse

juntas de aquello.

Cuando Bert abrió el saco de panes, miró a Ruth incrédula y le preguntó:

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Repartirlo, para que las mujeres cojan fuerzas hasta el desayuno — contestó Ruth encogiéndose de hombros.

La cocinera volvió a mirar dentro del saco.

—¿Tú has mirado cómo están los panes?

Ruth suspiró.

—Nadie enferma por comer gusanos. ¿Qué esperabais conseguir de un bacaladero que regresa?

Bert seguía mirando el interior del saco, en el que cientos de gusanos se paseaban por los mendrugos de pan duro.

—Los coceré de nuevo —resolvió—. Al menos no estarán vivos.

Ruth asintió. No era la primera vez que comía pan agusanado. Agusanado y recién cocido sí que iba a ser una novedad. Pero en menos de dos días llegarían a John's Pipe. Si llegaban. Y entonces podrían disfrazarse de mujeres y comer lo que quisieran.

El día siguiente transcurrió lento y pesado, como caminar en arena blanda. Las horas pasaban despacio, demasiado despacio, mientras observaban la costa que parecía siempre la misma, como si la *Black* no se moviera a pesar de llevar el viento de popa. Habían estado tan cerca de la muerte, todas, que el anhelo de llegar a John's Pipe y ponerse a salvo las ahogaba. Pero todavía no estaban en John's Pipe. Aún quedaban todo aquel día y el siguiente para llegar. Eso si el viento no cambiaba. Aún podían truncarse demasiadas cosas. Dos días dan para mucho. Más aún considerando a la velocidad a la que transcurrían las horas.

La comida no ayudaba. El pan agusanado del desayuno, solo acompañado de arenques ahumados, el bacalao del mediodía desamparado, sin nada más, y el agua racionada... Les daba la sensación de que ese día sobraba, la molesta impresión de estar perdiendo el tiempo, la impotencia de no poder hacer nada más. Solo el clima estaba a su favor, pues, cosa extraña en Inglaterra, no había una sola nube en el cielo y el sol de abril picaba en la

piel, llamando a la primavera. Pero también aquel cielo sin nubes parecía estático, pues solo el sol se movía en él, y el sol se mueve muy despacio.

Por la noche, después de más bacalao rehogado con las últimas coles, las muchachas se sentaron en cubierta a aprovechar la atípicamente cálida noche de abril. La madera oscura de la *Black* guardaba el calor del día y resultaba agradable sentarse sobre las tablas. Si todo iba bien, al día siguiente a esa hora estarían en John's Pipe y, aunque las muchachas no querían hacerse ilusiones, la esperanza iba calando en sus ánimos. Podían llegar. Podían salvarse, huir de la Corona.

Simonette acababa de tomar el relevo en el timón y Glenne estaba en la cofa. Victoria se había retirado a su camarote con Inés. Las demás conversaban en dos círculos, como habían hecho tantas otras veces, uno formado por Úrsula y sus mujeres y otro por las demás. Pero, en el de las inglesas, faltaba Rosalyn. Por lo general era la puta la que llevaba el peso de las conversaciones con sus anécdotas que hacían reír a todas. Ahora, sin ella, el coloquio consistía en frases breves que no iban a ningún sitio, que se perdían en el silencio hasta que alguna de las mujeres intentaba de nuevo empezar otra, sin más éxito que la anterior. Al final la conversación las llevó a hablar de la vieja prostituta, de sus aventuras, de sus amores. Shatidje rio recordándoles a todas cuánto le gustaban a Rosalyn el *whisky* y los hombres.

—¡Como si a ti te gustaran poco los hombres! —protestó Claire defendiendo a su manera a la que no estaba allí—. ¿O tienes otra explicación para lo del pesquero de ayer?

Las muchachas rieron recordando lo ocurrido con el joven marinero.

—Los hombres me gustan para un rato —contestó la turca quitándole importancia a lo ocurrido—. Luego ya no me gustan más.

—¿Nunca has estado enamorada? —preguntó Bonny incrédula, con Thomas dormido en sus brazos.

Shatidje se encogió de hombros.

—¿Quién no lo ha estado alguna vez?

—¡Nos lo tienes que contar! —pidió Emily.

—No hay nada que contar —se negó Shatidje.

Pero una historia nueva a aquellas alturas valía demasiado. Emily, Bonny y Dora insistieron en que no iba a salirse con la suya. Claire se cruzó de brazos y miró al horizonte. Ella sí conocía aquella historia. Helen también. Aunque ninguna de las dos había oído nunca a Sha hablar de ella.

—Realmente hay bien poco que contar —comenzó a decir la turca.

Inés acababa de salir a cubierta. Vio el círculo de mujeres y se aproximó a ellas para oír de qué hablaban. Se quedó detrás de Sha a escuchar su historia.

—Me enamoré, como tantas, de un cabrón encantador —explicó la turca—. De esos que tienen una amante en cada puerto y una palabra hermosa siempre en los labios. Y este tenía además la sonrisa más hermosa del mundo... y el don de hacerte sentir especial.

Shatidje hizo una pausa, absorta en sus recuerdos, pero Bonny la sacó de ellos instigándola a seguir.

—Yo sabía qué clase de hombre era —continuó Shatidje—. Ni siquiera se esforzaba en mentir sobre las demás. No le hacía falta. Y como nos conocíamos desde críos y él confiaba en mí, cometí el error de confundir su amistad con amor, de creer que yo era especial para él.

—¿Qué ocurrió? —insistió Bonny.

—No ocurrió nada —contestó Sha con la mirada perdida. Sus ojos verde oliva se habían apagado. Su voz ronca sonó aún más ronca—. El día que entendí que era solo una más me rompió el corazón en tantos pedazos que todavía hoy no he logrado reunirlos todos.

—¿Y vive? —preguntó Charleen.

—A fe mía que sí —rio Sha—. Anda por ahí —hizo un gesto abarcando el horizonte—, navegando y rompiendo corazones. —Y añadió en tono de broma—: Acaso deba matarlo para poderlo olvidar de una vez.

—Debiste matarlo hace años, para que no pudiera romperle el corazón a nadie más —intervino entonces Inés, y todas las miradas se volvieron hacia ella.

Shatidje se volvió a mirarla también, pues no la había visto hasta entonces. La condesa estaba descolorida. La turca suspiró y, mirando a su amiga, añadió con dulzura:

—Tenía la esperanza de que, si lo dejaba vivir, algún día encontraría a una mujer extraordinaria de la que sí se enamoraría, y que le haría sufrir tanto o más de lo que él me hubiera podido hacer sufrir a mí.

Inés apretó la mandíbula.

—No debes amarlo mucho si deseas que se enamore de otra mujer —contestó con amargura.

Shatidje no contestó, solo miró a Inés a los ojos, e Inés le devolvió la mirada estudiándola, tratando de entender.

—¡Oh, Shatidje! ¡Sí que lo amas! —dijo leyendo en los ojos verdes de la turca lo que aún sentía—. Lo que no es cierto es que desees que ame a otra que no seas tú.

Shatidje no contestó. Nadie dijo nada. Incluso en el círculo de Úrsula se había hecho el silencio y miraban hacia allí. Entonces Inés clavó el cuchillo de la turca a su lado, en el suelo, y le dijo:

—Tómalo. Te pertenece.

Y se dio la vuelta y volvió hacia la tolda.

Shatidje tomó el cuchillo, se puso en pie de un salto y se apresuró a detener a Inés asiéndola del hombro antes de que entrara en el camarote de Victoria.

—¡Quédatelo! —le dijo—. Yo no sé defenderme con él.

—¡Está visto que yo tampoco! —contestó Inés escupiendo las palabras—. He estado ciega... Todo este tiempo. Todo este tiempo en el que me aconsejabas que me mantuviera lejos de él creí que lo hacías por mí y era por ti. Porque aún le amas.

—¡Eso no es cierto! —protestó Shatidje—. Es cierto que aún le amo, pero cada cosa que te dije sobre amar a un pirata... la dije para prevenirte, no para alejarte de él y que fuera mío. Inés —la agarró por los hombros—, yo sé que Fred no está enamorado de mí: no lo ha estado jamás, y que tú estés o no con él no va a cambiar eso —suspiró—. Yo te previne solo para que no pasaras por lo mismo que he pasado, porque no pensé que Fred pudiera amar a ninguna mujer de verdad.

Inés negó con la cabeza.

—Si no querías que pasara por lo mismo que has pasado, ¿por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me contaste tu historia? Creí que éramos amigas.

—¡Y somos amigas! Inés, mi historia no cambia nada. Yo solo fui una más de tantas, de esas que ya sabías que existían. A mí no me paseó por la cubierta de *El Miguel* cogida de la mano, ni me llevó a una taberna con sus amigos, ni me invitó a acompañarlo a casa de mi padre a comer, ni me enseñó a lanzar cuchillos...

—¡Te regaló uno para que te defendieras! —interrumpió la condesa.

—¡Sí! ¡Me regaló uno! ¡Y puedes quedártelo! —dijo tomando la mano de Inés, metiéndole el arma entre los dedos y cerrándoselos después—. Me lo dio porque yo era la hija de Henry, porque... porque me veía como a una hermana.

—Sabiendo lo que ha habido entre vosotros, lo que acabas de decir es asqueroso.

Shatidje resopló:

—Inés, Fred nunca sintió celos de las docenas de hombres con los que estuve solo para ver si así lo provocaba. Solo fui una de tantas.

Inés volvió a negar con la cabeza:

—Aún lo amas.

—Hay muchas formas de amar, Inés. Y eso no cambia un ápice lo que él pueda sentir por ti, y menos aún lo que tú puedas sentir por él. Inés, yo solo formo parte de su pasado.

Inés bajó la vista pensando en lo que Shatidje le decía, deseando creerla. Pero había demasiadas ideas agitándose en ella. La miró, volvió a clavar la vista en sus ojos verdes.

—Respóndeme a una única duda, Sha: la tarde del entierro de tu padre en John's Pipe... ¿la pasaste con él?

Hubo un silencio, y Shatidje soltó los hombros de Inés y miró al suelo. Respiró hondo y al final contestó:

—No puedes entenderlo —dijo—. Él quería muchísimo a mi padre, y yo necesitaba compartir mi dolor. Yo no sabía..., no podía saber que iba a ser vuestra última oportunidad de estar juntos.

Inés sintió como si la desgarraran por dentro, de arriba abajo. Abrió la mano y dejó caer el cuchillo al suelo.

—Nunca vuelvas a llamarme tu amiga —dijo con voz hueca—. Jamás.

Y empujó la puerta y entró en el camarote de Victoria. Nada más hacerlo, se apoyó contra las tablas y rompió a llorar.

La capitán estaba sentada en la cama, en su camisón, tratando de escribir en unos pliegos de papel los versos que recordaba de los poemas de la antología de Miguel. Al ver a Inés, se puso en pie de un salto y corrió a su lado a abrazarla.

—¿Qué ha ocurrido? Cuéntame qué ha ocurrido.

Inés le devolvió el abrazo.

—Es Shatidje —sollozó—. Acabo de saber que ella y Fred...

Victoria cerró los ojos y suspiró.

—Vamos, Inés —le dijo con suavidad—. Ya conoces a Fred. Acabarías antes contándome quiénes no han sido sus amantes.

Inés se apartó con brusquedad de su amiga, pero Victoria la mantuvo sujeta por los hombros.

—Pero eso no significa que él no te quiera. Sé que te quiere —añadió.

—Pero... Shatidje... —trató de decir mientras se limpiaba las lágrimas del rostro con el dorso de la mano.

Victoria la empujó hasta sentarla en su cama.

—Shatidje también te quiere. Tanto o más que Fred.

Le tendió un pañuelo.

—Lo que quiera que haya pasado entre ellos ya ha pasado.

—¡No! —lloró Inés—. ¡No ha pasado! Todo..., todo lo que he vivido, todo lo que he sentido por ellos dos ha sido una mentira. Ellos me han ocultado que seguían juntos.

Victoria rio con tristeza:

—¿Una mentira? —meneó la cabeza—. Inés, tienes un hombre fabuloso que te adora y una amiga que te cuida tanto que me he sentido celosa de vuestra amistad. Lo que sientes por Fred y lo que Fred siente por ti es real. Real —repitió—. ¿Cómo puedes hablar de mentiras? Una mentira es amar a un hombre con toda tu alma y descubrir que no significas nada para él. Es creer que conoces a alguien y equivocarte. Es desear pasar cada minuto de tu vida a su lado y que él te traicione. Fred no te ha traicionado, Inés. Y estoy segura de que, dondequiera que esté y aunque no lo vuelvas a ver, te amará siempre.

Inés bajó la vista, con las lágrimas corriéndole por el rostro.

—Pero... pero todos mis temores, el miedo a que eligiera a otra antes que a mí, a que me mintiera..., todos se han cumplido. ¡Y con Shatidje! ¡Ella sabía lo que él significaba para mí, y lo permitió! ¿Cómo puedes decir que Shatidje me quiere? ¿Cómo puedes decir que el amor de Fred es real? ¡No me ama! Si me amara, no me habría abandonado en Londres.

Victoria suspiró:

—Inés, eso no hace que los días y las horas a su lado no hayan sido reales. Yo he visto su dolor cuando creyó que habías muerto. Esa imagen la guardaré siempre. Y Shatidje..., ¿cómo puedes hablar de traición? Ella escapó en Bristol y volvió de cabeza al avispero por nosotras. Por ti.

Ella no estaba tan segura, pero sabía que no podía hablarle a Victoria de traiciones, no después de la traición de Miguel. Aunque estuviera partida por el dolor, no podía contárselo a Victoria. Y ahora tampoco a Shatidje, y aquello le hizo sentirse sola y desamparada. Pero en un esfuerzo dijo:

—Lo siento, Victoria. Aquí estoy yo, llorándote por algo que acaso no tenga importancia, cuando tú..., a ti... —alzó la vista hacia su amiga—. Algún

día mataré a Miguel. Te lo juro. Lamento tanto lo que te ha ocurrido.

Victoria meneó la cabeza negando.

—No, no lo laments —contestó la princesa—. Miguel ha resultado ser un traidor y un cobarde, pero... él me ha enseñado a ser pirata y mis sentimientos por él, aunque no estuvieran correspondidos y nuestro amor no fuera real..., ese amor me ha ayudado a escapar de la Torre de Londres, me ha dado la fuerza que necesitaba para huir. Por más que lo odie, le debo también lo que soy.

—¡No le debes nada! —exclamó Inés furiosa.

Victoria sonrió.

—Yo también estaba llena de rabia, pero he comprendido el sentido de todo este dolor. Y me he quedado con el lado bueno de lo ocurrido.

—Miguel no tiene un lado bueno.

La princesa asintió.

—Lo sé. Y si me cruzo con él, habré de matarlo. Pero..., Inés, sabes que podemos morir mañana. Incluso esta noche. ¿De veras quieres que yo siga pensando en la traición de Miguel, y tú dedicarle un minuto más a torturarte pensando en cómo Fred y Shatidje te han traicionado, o prefieres disfrutar pensando en lo feliz que has sido con él? No vamos a llegar a ancianas, Inés. No dejes que un mal recuerdo te impida disfrutar los buenos.

—No puedo perdonar a todo el mundo, Victoria. No soy como tú.

La princesa se sentó en la cama a su lado.

—No tienes que ser como yo —susurró sonriendo—. Con una inconsciente caprichosa que vive en su mundo ya hay bastante. Tienes que ser como eres, para traerme de regreso a la realidad. Además, me gusta cómo eres. A todo el mundo le gusta cómo eres, Inés. Acaso a la que menos le gustes sea a ti.

Se quedaron las dos en silencio en el camarote, a la escasa luz de la vela. La *Black* se agitaba por el oleaje, meciéndolas. Victoria suspiró:

—De modo que volvemos a estar solas las dos —dijo apoyando su cabeza en la de Inés.

Inés asintió.

—Es nuestro destino. Así empezamos hace casi un año.

Un año... No había pasado un año..., pero habían pasado tantas cosas...

Fuera, sentada en las tablas de proa, con la cabeza apoyada en la baranda, Shatidje observaba la luna, grande, redonda, recortándose contra la negrura del cielo. Apretó los puños y los ojos se le humedecieron. Pero no

lloró. Los piratas no lloran. Aunque a veces los sentimientos duelan más que fragmentos de bala.

## CAPÍTULO XX

Aquella noche volvieron a hacer guardia Simonette en la caña y Glenne en la cofa. De madrugada, Dora subió a lo alto del mástil para relevar a la escocesa. Se cruzaron con un bote pequeño, un pesquero, que flotaba a la deriva con dos hombres en él y al que no prestaron atención. Lo dejaron atrás y, nada más perderlo de vista, sonaron dos disparos de arcabuz seguidos, luego otros dos, el tiempo justo para recargar, y otros dos más. Shatidje se levantó alarmada y subió a cubierta. Úrsula acababa de llegar afuera.

—¿Qué ocurre? —preguntó la turca a Dora.

La carpintera se descolgó por la escala hasta llegar junto a ellas.

—No lo sé —explicó la carpintera—. Dejamos atrás un bote a la deriva con dos hombres y, cuando los perdí de vista, sonaron los disparos. Deben de ser ellos.

Shatidje y Úrsula se miraron con gravedad y asintieron con la cabeza.

En aquel momento, se abrió la puerta de la chupeta del capitán y apareció Victoria con la camisa medio abierta y enfundándose un pantalón.

—¿Qué ocurre, Sha?

—Ocurre que nos han encontrado —respondió la turca con voz ronca.

Poco a poco la cubierta fue llenándose con las chicas, que salían a enterarse de qué pasaba. Victoria se apresuró al puente.

—Simonette, ¿sabes dónde estamos?

La timonel tensó la mandíbula.

—De noche es difícil decirlo, capitán. Estimo que estaremos a una hora de la desembocadura del Tyne.

—Newcastle —murmuró Victoria.

Simonette asintió.

—¿Crees que nos esperan allí? —preguntó Inés subiendo al puente.

—Así es..., intento recordar qué tenían en Newcastle.

—Dos galeones —respondió la segundo de a bordo—. Cuando íbamos a tomarnos algo en la taberna de allí para sonsacar a los marineros... solía haber

dos galeones.

Victoria miró hacia la costa, una línea más oscura en la negrura del horizonte. Después miró hacia el lado opuesto. Clareaba. Apenas quedaba una hora para el amanecer. Y, finalmente, al frente: John's Pipe estaba allí. Detrás, toda Inglaterra, los bloqueos, los galeones de Dover...

—¿Cambiamos el rumbo, capitán? —preguntó Simonette.

Victoria negó con la cabeza.

—Tan solo ábrelo hacia el este. Debemos alejarnos de la costa todo lo que podamos sin perderla de vista. ¡Una maldita carta y un sextante ayudarían! —masculló.

La pirata obedeció y abrió el rumbo a la derecha.

—Y, Simonette —añadió Victoria—, en cuanto termine de vestirme vendré a relevarte. Te necesitaré descansada si nos alcanzan.

Bajó las escaleras que llevaban al combés y dio orden a Helen de que fuera ella quien subiera a la cofa.

—Las demás, tratad de descansar y coger fuerzas. Esto aún no ha terminado.

Amaneció de nuevo un día de sol, más propio de junio que de primeros de abril. Claire llevaba la caña. Helen estaba en la cofa. Las muchachas, en silencio, se repartían por cubierta. Victoria miraba hacia babor con el catalejo robado. En efecto, Helen no se equivocaba. Inés tampoco lo había hecho. Dos galeones las seguían a un par de millas de distancia. Navegaban entre la costa y la *Black*, impidiéndoles acercarse a tierra.

Victoria lamentaba haber enviado a Simonette a descansar. Sabía que, si los galeones se acercaban, necesitaría a la piloto repuesta de toda una noche en vela, pero quería preguntarle si ella creía que podían perderlos; quería que la hija del pescador le corrigiera la respuesta a la que ella misma había llegado: que con el viento de popa no iba a ser fácil.

Inés, a su lado, se entretenía en sacar con la punta del cuchillo los gusanos quemados del pan.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, como si pudiera leer sus pensamientos.

—Tratar de perderlos —contestó sin dejar de mirar.

—¿Con el viento de popa y sin podernos alejar de la costa? —preguntó Inés sacando un gusano grande y echándolo por la borda.

Victoria se apartó el catalejo de la vista, molesta porque su amiga hubiera confirmado sus peores vaticinios.

—El plan es continuar navegando hacia el norte con la esperanza de perderlos, o de que role el viento y seamos más rápidas que ellos. Si, llegados a las islas Farne, aún los llevamos encima, entonces habrá que plantarles cara. Pero lo haremos en nuestras aguas.

—Las islas Farne —repitió Inés, y su mente voló, como hacía siempre que oía mentar las islas, al día en que naufragó la *Wakes'* y hubo de nadar hasta llegar a Staple Island—. ¡Ojalá lleguemos allí!

Victoria la sostuvo del brazo. A ella tampoco le gustaba que las hubieran encontrado cuando creía que estaba todo hecho. Pero no necesitaba el pesimismo de su amiga en aquel momento.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Tienes acaso una idea mejor?

Inés meneó la cabeza.

—No, Victoria —respondió con sinceridad—. Lo que tengo es un mal presentimiento sobre todo esto.

Victoria frunció el ceño:

—Tienes un mal presentimiento porque ayer discutiste con Shatidje y sigues afligida.

La condesa se encogió de hombros.

—Acaso sea así. Mas... algo en mí insiste en gritarme que no llegaremos a John's Pipe.

Victoria apretó los dientes. Volvió a mirar por el catalejo. Dos millas al suroeste. Si se cerraban de nuevo hacia tierra, perderían distancia, pero al menos estarían en el interior y podrían aprovechar los vientos cambiantes de la costa y jugar con la profundidad de las aguas y los arrecifes. Pero para eso necesitaba a Simonette.

—¡Avísame en cuanto se despierte Simonette! ¡Y deja ya de sacar gusanos, por Dios! —exclamó, y se marchó hacia su camarote.

Inés miró asombrada hacia donde se había ido su amiga.

—Cómetelos tú si quieres —farfulló, y siguió con su tarea.

A mediodía Simonette llamó a la puerta del camarote de Victoria. La capitán la invitó a pasar. Estaba sentada en el borde de la cama afilando su espada.

—¿Me buscabais? —preguntó la timonel.

Victoria asintió.

—Tenemos que acercarnos a la costa. Tengo intención de perder a los galeones en las islas Farne. ¿Crees que podrás hacerlo?

Simonette preguntó con cautela:

—¿Acercarnos a la costa o perderlos en las islas Farne?

—Acercarnos a la costa y perderlos en las islas Farne —respondió Victoria molesta.

—Los debemos de tener a unas dos millas al suroeste. Puedo acercar la *Black* a la costa y aún estaremos delante de ellos, pero perderemos distancia.

—¿Cuánta?

Simonette sopesó la respuesta.

—La *Black* es rápida navegando de largo. Acaso solo una milla.

Victoria asintió.

—Hagámoslo.

—En cuanto a lo de perderlos en las Farne... —contestó Simonette, sin aceptar la nueva orden hasta haber terminado—, depende de si nos siguen por el interior y el canal de Goldstone o si se mantienen al este, siguiéndonos de lejos.

—Confiemos en que se equivoquen. Y ahora, acerquémonos a la costa. Hay otra razón por la que quiero estar cerca de tierra.

Simonette obedeció y se dirigió a la caña. Victoria dio orden de que prepararan el bote.

—¿Prepararlo para qué? —preguntó Claire sin entender.

—Para Bonny —contestó la capitán—. Id a buscarlos a ella y al niño.

Simonette, desde la caña, cerraba a la *Black* hacia la costa. Entre Emily e Inés ciñeron las velas para coger más aire con el nuevo rumbo. La nao pareció alegrarse de coger un largo. No había nave más rápida que ella en un largo, y a Simonette se le dibujó una sonrisa en su gesto de concentración. En media hora estarían a solo un par de millas de la costa. Los galeones estaban a tres.

Bonny no tardó en llegar al combés con el pequeño Thomas en brazos. Shatidje amarraba el bote al cabestrante.

—¿Capitán? —preguntó la prostituta.

—En cuanto nos acerquemos a la costa, te subirás en el bote, te echaremos al agua y remarás a tierra.

Los ojos de la mujer se llenaron de miedo.

—Pero... —trató de protestar.

—Sé que es una distancia grande, pero puedes hacerlo. Los galeones no te seguirán.

—Todas vais a John's Pipe —volvió a protestar la prostituta—. Puedo continuar con vosotras hasta allí. Puedo ser útil a bordo.

Inés llegó hasta ellas. Se acercó a Bonny y le puso la mano en el hombro.

—Puede que no lleguemos a John's Pipe —le explicó.

Y Victoria asintió con la cabeza.

—Coge tus cosas —le ordenó.

Bonny, abatida, obedeció.

La maniobra de Simonette salió mejor de lo esperado. Cruzaron por delante de los galeones a más de una milla de distancia del primero y se acercaron a la costa para dejar a la prostituta. Inés tomó al bebé en brazos mientras su madre se acomodaba en el bote. Le acarició el rostro rosado. Estaba dormido.

—Si Dios quiere, nos veremos en John's Pipe —dijo Victoria.

Shatidje le apretó los hombros a la prostituta para darle ánimos.

—Cuando llegues a John's Pipe —le dijo—, puedes irte a mi casa y quedarte allí. Sabes cuál es, ¿verdad?

La prostituta asintió.

—La llave está escondida en una piedra bajo la hiedra que sube por la ventana.

Bonny asintió de nuevo.

—Siempre hay algo de dinero en el cofrecito del salón, pero si en dos días no llegamos —prosiguió Shatidje—, quiero que tires el muro que separa mi cuarto del de mi padre. Allí dentro escondimos las telas de seda que robamos al navío francés.

—¡No! —balbuceó la mujer—. Esas telas nos pertenecen a todas. Anne murió por aquel botín.

—Bonny, esas telas nos pertenecen a todas, pero nunca logramos venderlas —insistió Shatidje sujetándola aún por los hombros—. Si no regresamos, véndelas de una en una para no levantar sospechas. Cuando necesites el dinero.

La hermosa prostituta negaba con la cabeza sin querer aceptarlo.

—Valen demasiado... Yo...

—Tú no quieres ser puta y ninguna de nosotras queremos que lo seas. Véndelas para que a Thomas no le falte de nada. Y háblale de nosotras con orgullo.

Bonny rompió a llorar. Miró a Victoria, y la capitán asintió con la cabeza y le dijo:

—Hazlo, Bonny. Es una orden.

Inés le acarició el rostro a Thomas y se lo dio a su madre.

—Nos veremos en John's Pipe, ¿verdad? —preguntó la mujer entre sollozos.

—Nos veremos en John's Pipe —repitió Inés, y de nuevo su corazonada le contestó que estaba diciendo una mentira.

Izaron el bote sobre la borda y lo soltaron en el mar. Bonny soltó el cabo y comenzó a remar, distanciándose de la *Black*, que se alejaba a su vez rápida hacia el norte. Inés, Victoria y Shatidje se apoyaron en la baranda para ver por última vez a la mujer.

—Que Dios te cuide —murmuró Victoria.

«Hasta siempre», pensó Inés.

La condesa y Shatidje se miraron un instante. Los ojos verdes de la turca rebosaban contrición. Inés apretó la mandíbula y apartó la vista.

Entonces Victoria, ajena a la batalla muda que libraban sus dos oficiales y deseando romper el vacío que sentía por la marcha de Bonny, le preguntó a Inés con tono burlón:

—¿Satisfecha? ¿El salvar a Bonny alivia tu conciencia y tu presentimiento de que vamos a morir todas hoy?

Shatidje frunció el ceño. La condesa sonrió.

—Bastante satisfecha. Si olvidamos el hecho de que nos has dejado sin el único bote que teníamos en caso de hundirnos...

—Así podremos morir todas juntas en la *Black* —repuso Victoria aún con sarcasmo.

Y cambiando el tono por uno más serio ordenó a Shatidje que fuera a buscar a Simonette y que, en cuanto pudiera dejar la caña, se reunieran con ella en el comedor de oficiales.

En cuanto Simonette fijó el rumbo en un tramo de costa en el que no había arrecifes ni rocas a poca profundidad, dejó la caña de nuevo en manos de Claire y bajó de un salto al combés para entrar en el comedor de oficiales. Shatidje la siguió. Allí, junto a la mesa, estaban Inés y Victoria. Victoria había sacado un pliego grande de papel y trazaba con una pluma un bosquejo

de las islas Farne y Holy Island. Las dos hijas de pirata se acercaron a mirar. La capitán, satisfecha de su obra, comenzó a explicar:

—Esto es Holy Island —dijo señalando el garabato de más arriba, una mancha con apariencia de sombra de murciélago—, aquí está la costa —señaló la línea vertical de la izquierda—, y aquí están las islas Farne —dos nubecitas aparecían algo más abajo, una al lado de la otra.

Shatidje trató de no reírse. Inés miraba a Victoria atónita. Simonette optó por quitarle la pluma al tiempo que decía:

—¿Me permitís?

Victoria asintió y, cuando vio que la timonel miraba para todos los lados, entendió lo que buscaba y le procuró otro pliego de papel. Entonces la timonel mojó la punta de la pluma y, con la vista clavada en el papel y el mismo gesto de concentración que cuando miraba el mar, comenzó a pintar. Trazó la línea de la costa de arriba abajo, a la izquierda, marcando cada saliente y cada golfo. Hacia la mitad del papel, se metió aún más a la izquierda para pintar la bahía de Budle Bay, donde estaba su caladero de Warren Mill. Abajo del lienzo, pintó el cabo Snook, donde la costa le ganaba terreno al mar formando una punta para luego volver a meterse hacia el oeste. Después comenzó a pintar las islas. Arriba del todo, Holy Island, con su forma de piel de toro con una pata más larga, que se agrandaba en el extremo formando algo parecido a otra isla que era la que se unía a tierra cuando la marea estaba baja convirtiendo a Holy Island en la península que era. A su derecha, al este, Simonette pintó las distintas rocas —Plough, Goldstone...— que conformaban el canal de Goldstone y por las que era realmente difícil navegar. Más al sur, por debajo de Budle Bay, Simonette pintó el complejo de las islas Farne, diciendo sus nombres a medida que las dibujaba: Inner Farne, la más cercana a la costa, y más al noreste, Staple Island, al otro lado del estrecho de Staple, Brownsman, South Wamses, North Wamses, Big Harcar, Little Harcar..., más de dieciocho islas e islotes y cada una de las rocas, The Kettle, Solan Rock —donde encontraron a Inés—, Crumstone, Knivestone, Whirlrock y, por supuesto, una milla al norte de Inner Farne, la conocida Megstone, en la cual habían encallado la *Wakes' Goddess*. No contenta con el resultado, Simonette procedió a sombrear la zona de arrecifes —el arrecife Knoxes— y demás zonas de poco fondo. Victoria miraba pasmada la carta improvisada de su timonel, asombrada por el nuevo talento desplegado ante sus ojos. Cuando terminó, todas observaron el resultado. Un sinfín de rocas, islas, picos, arrecifes... En cuanto se doblaba la punta de

North Sunderland, el cabo Snook, se llegaba a aquel infierno para navegantes. Y era ese infierno el que tenía que ayudarlas ahora a ellas.

—Simonette, ¿dónde podemos hacerlos encallar?

La timonel se encogió de hombros.

—Si nos siguen de cerca..., en casi cualquier sitio.

—¿Y aquí? —preguntó Inés señalando el espacio que había entre tierra firme y Holy Island—. ¿Podríamos repetir lo que hicimos aquella vez? ¿Podríamos cruzar por aquí hacia mar abierto para que ellos encallen?

—Bloody Bay —murmuró Simonette—. Aquello fue una locura. No sé si la *Black* lo aguantaría de nuevo, aunque... la marea estará alta. Podría volverse a intentar. Eso siempre que los restos del galeón que ya hundimos allí se hayan esparcido y no los alerten. Si no, lo prudente sería salir por Goldstone Channel. Cuando la corriente es fuerte, es muy difícil de navegar, y acaso no acertarían a seguirnos.

Victoria asintió, con la vista fija en lo que sería su «campo de batalla».

—Trataremos de hacerles encallar antes. Si la marea está alta, acaso logremos subirlos a lo alto de Megstone. Si no, habrá que intentar que nos sigan por Bloody Bay.

—Eso siempre y cuando muerdan el anzuelo y nos sigan de cerca —apuntó Shatidje—. Si navegan al otro lado de las Farne, no habrá nada que hacer.

—Si navegan al otro lado de las Farne —resolvió Victoria—, nos esconderemos en Warren Mill o detrás de Inner Farne hasta que entren a buscarnos o se cansen de esperar.

Las tres oficiales asintieron.

—Ahora, Simonette, hay que dejarles que acorten distancia lentamente, que crean que pueden alcanzarnos. Cuando doblemos Snook deben estar a menos de media milla. Lo justo para que no puedan abrir fuego.

La timonel asintió de nuevo y abandonó el comedor. Estaban a una hora de aquel cabo.

—Shatidje —ordenó Victoria—, asegúrate de que las mujeres están armadas y listas para entrar en combate. Debemos prepararnos para lo peor. Y dile a Bert que almorzaremos ya.

La turca asintió y también ella salió a cubierta. Inés y Victoria se miraron.

—Olvidaste decirle que se esmere, que acaso sea nuestra última comida —apuntó la condesa.

—De modo que el presentimiento no mejora, ¿eh?

Inés se encogió de hombros.

—No quieres saberlo.

—Ve a comer algo tú también —ordenó Victoria—. Así no vomitarás con el estómago vacío.

Las chicas comieron en silencio, esparcidas por la cubierta, con las armas a su lado. Bert había cocinado el bacalao al horno y, aun sin salsas ni adobos, estaba fresco y jugoso. Pero ninguna lo apreciaba. Cada cual tenía la mente en sus cosas. Charleen, Alice, Úrsula y sus mujeres, en el combate que había de llegar de un modo u otro. Ruth observando los dos enormes buques en la lejanía, calculando por dónde serían más vulnerables, tratando de encontrar el modo de hundirlos con su artillería de dieciocho libras. Bert, mientras fregaba la bandeja, pensaba en que, aun si lograba llegar a John's Pipe, probablemente no podría ver a Philip antes de que zarparan para América. Él estaría regresando de Londres aún. La cocinera se sentía culpable de apenas haber pensado en él en las últimas semanas, los últimos meses incluso. Y estaba convencida de que lo mejor que le podía ocurrir al bueno de Phil era que ella falleciera en combate o desapareciera en el Nuevo Mundo y que él así pudiera seguir su vida sin esperarla más. Quien no esperaría más a su esposa sería el marido de Helen. La vigía lo vio muerto en el suelo cuando salían del patíbulo a caballo, y desde entonces se sentía fuerte, confiada... El mundo era un lugar mejor sin él, y los dos galeones que se acercaban por popa no iban a cambiar eso. Glenne, la pastora, observaba la costa de Inglaterra. Nadie le había preguntado a ella qué iba a hacer. Volver a hacerse un nombre, lograr una clientela, conocer secretos... se le antojaba difícil. Pero no sabía nada del mar. Tenía miedo de llegar a John's Pipe y tener que decidir su destino, pues, hasta entonces, las decisiones habían sido mucho más fáciles. Dora acariciaba la madera de la *Black* mientras le susurraba palabras de ánimo muy bajito. «Saldremos de esta —le decía—. No voy a dejar que te hundas». Sally pensaba en su hermana Madge. Sentía que, sin ella, le faltaba una mitad. Acaso se reunieran pronto. Emily, mirando las velas, tenía la sensación de que estaban haciendo algo mal, algo al revés. No tenía sentido navegar con el viento de popa. ¡Al cuerno John's Pipe! Si querían perder dos galeones, acaso debieran navegar en sentido contrario. Le habría gustado ver la cara de los dos capitanes ingleses cuando vieran a la *Black* volar de ceñida, casi contra el viento. No quería que el combate se resolviera con la artillería. No contra dos galeones. Claire pensaba en el

pescado, en que le había salido muy rico a Bert y en cuánto le apetecía una cerveza. Se tostaba al sol de principios de abril. Hacía un día precioso. No parecía abril. Simonette se concentraba en el rumbo, en perder velocidad de forma sutil, en imaginar por dónde haría pasar la *Black*. Y Shatidje pensaba en Fred. No solía hacerlo, no pensaba en él casi nunca. Y sin embargo, desde la noche anterior, no se lo quitaba de la cabeza. Porque en aquel momento habría dado cualquier cosa por poder regresar al pasado, al día del entierro de su padre, para no repetir el error de pedirle al pirata que la acompañara esa tarde. Se habría ido sola a su casa y habría vivido sola aquellos momentos, pero, de haberlo hecho así, no estaría sola entonces. Estaría con Inés. Combatirían codo con codo, guardándose las espaldas mutuamente, y bromearían sobre cualquier trivialidad para hacer el miedo más soportable. La turca fijó sus ojos en la condesa. Sentada en el suelo de cubierta, con la cabeza apoyada contra una tabla y los ojos entrecerrados... Pensó en sentarse a su lado y pedirle perdón, en decirle que la quería a ella más que a Fred y que había llegado a desear que el marinero del Támesis le rajara el cuello en la santabárbara para ahorrarle el dolor que ella le había producido la noche anterior. Respiró hondo y caminó hacia ella. Pero entonces Victoria gritó que llegaban al cabo Snook y que las quería a todas en sus puestos. Iba a comenzar. La huida o la batalla, el principio o el final... Las confesiones tendrían que esperar.

Doblaron el Snook y las islas Farne aparecieron ante ellas, primero las más exteriores, luego hasta Inner Farne. La marea estaba alta, pero el mar se hallaba en calma y la luz del sol lo bañaba todo. Mal día para estrellar otra nao contra un bajío. Se pegaron a la costa y el cabo les tapó un instante la vista de los galeones, pero pronto los volvieron a ver al sur. Las mujeres mantenían la vista fija en los galeones. Y entonces, para desconcierto de Victoria, las dos naos se separaron. El que estaba más cerca las siguió junto a la costa y el otro se alejó y comenzó a abrirse. Iba a pasar las Farne por fuera, navegar más al este y así poder esperarlas pasado Holy Island, sin peligro.

—¡Capitán!, ¡se separan! —gritó Helen haciendo real lo que ya habían visto.

Aquella era la jugada inteligente. Victoria apretó los dientes en el puente. Inés subió para estar a su lado.

—¿Y ahora?

—Esto no cambia nada —contestó la princesa, aun cuando sabía que no era así—. Primero hundimos a este y después forzamos al otro a que venga a buscarnos.

Simonette asintió y arrimó la *Black* a la costa, pasándola casi sobre Islestone. Pero el agua estaba transparente y el galeón que las seguía a menos de setecientas yardas la vio y la esquivó. Entonces la timonel abrió el rumbo para pasar cerca de Megstone. Pero de nuevo el agua transparente las traicionó. Desde la borda, se podían ver hasta los restos de la *Wakes*. El galeón que llevaban detrás no solo no encalló, sino que aprovechó para abrir fuego. Tronaron los cañones en la lejanía y alguna bala se quedó más cerca, pero ninguna tocó la *Black*. Victoria, con el catalejo, miró hacia los oficiales del puente. ¿Aquel que estaba de pie junto al capitán era Braukings? ¿Braukings iba en el galeón que las perseguía? Prefirió no decirle nada a Inés y buscó con el catalejo el otro galeón. Estaba pasando las islas Farne por fuera.

—¿El canal o Bloody Bay? —preguntó Simonette.

Victoria, descorazonada, meneó la cabeza.

—No tiene sentido jugarnos la *Black* en Bloody Bay. El otro galeón nos estará esperando fuera.

Simonette asintió.

—Acaso si tomamos rápido el canal, con la corriente tan fuerte que tiene, logremos dejar a los dos galeones atrás. Después, con un poco de ayuda del viento, podremos ganarles la suficiente distancia como para poder esconder a la *Black* en John's Pipe —dijo la timonel.

Victoria asintió, pero aquello no le gustaba. Quería haberlo resuelto allí. Quería haberse quitado de encima a los malditos galeones y no llevarlos detrás hasta Escocia. Y menos aún si Braukings iba en uno de ellos.

Entonces ocurrió algo aún peor. Cuando se acercaban al canal que había junto a Holy Island, la voz de Helen advirtió de que había un tercer galeón.

Los ojos de Victoria se desorbitaron.

—¿Dónde? —preguntó.

Helen señaló hacia el frente, hacia el canal y la isla de Holy. Un tercer galeón navegaba lento, con el viento y la corriente en contra. Era el galeón de Berwick, que las esperaba. ¡Estaban rodeadas! ¡Como en Bristol! Tenían el galeón de Berwick enfrente, el galeón de Newcastle que se había mantenido lejos de la costa, a su derecha, a su izquierda solo tierra y el castillo de

Bamburgh deshabitado y, detrás de ellas, el primer galeón de todos, el que había abierto fuego y en el que Victoria había visto a Braukings.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó Simonette.

Victoria dudaba. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

—¡Da la vuelta, Simonette! —ordenó.

La timonel la miró sin entender.

—Viraremos alrededor de Megstone y trataremos de coger la corriente del estrecho de Staple.

—¿Queréis que pasemos entre Inner Farne y Staple Island?

—Esa corriente le salvó la vida a Inés. Veamos si nos la salva a todas. Ellos no podrán navegar de ceñida. Los perderemos.

Simonette asintió. Ruth, que aguardaba órdenes junto a la escalera del puente, se apresuró a subir.

—Capitán, si vamos a pasar al lado de un galeón con veinte piezas de artillería por banda, sugiero que lo hagamos cuando estén recargando.

A Victoria le pareció una propuesta razonable.

—¡Frenemos un poco la *Black!*, ¡dejémosles abrir fuego de nuevo, y luego viremos tan rápido como podamos hacia el sur para pasar a su lado volando!

Shatidje sonrió. Le gustaba el plan.

Frenaron la *Black*, tenían al galeón de Braukings a tan solo ciento cincuenta yardas y este volvió a abrir fuego. Pero acertar a un navío de popa no es fácil, y menos aún con una timonel como Simonette. Una bala se incrustó en la tolda, dentro del camarote de Inés, pero no hubo más daños. Entonces iniciaron la maniobra. Un viraje en una nao de vela latina puede ser muy rápido. No así en un galeón. El viento empujó la popa de la *Black*, la nao quedó de través y, en un momento, estaba casi de proa al viento, en una ceñida imposible para un navío de velas cuadradas. Pasaron de nuevo al lado de Megstone, que asomaba entre las aguas cubierto de charranes, y junto al galeón de Braukings. Pasaron tan cerca que Inés pudo ver a su padre sin necesidad de catalejo. Los arcabuceros abrieron fuego, obligando a las chicas a cubrirse, pero antes de que los oficiales pudieran hacerles algún daño, la *Black* tomaba el estrecho canal que pasaba entre las dos islas y su fuerte corriente hacia el sur. Los dos galeones de Newcastle maniobraban para virar, pero para ello debían recoger o dejar al paio todas sus velas cuadradas y navegar solo con el foque y la mesana. Podían hacerlo, pero mucho más lentos que la *Black*.

«Por fin», pensó Emily.

La estrategia funcionaba. No iban a hundir ningún galeón, pero podían perderlos y vivir un día más. Al fin y al cabo, se trataba de eso, de vivir un día más.

La *Black* navegaba hacia el sur dejando las islas Farne detrás, empujada por aquella corriente de casi cuatro nudos y por el viento en las velas negras, ceñidas, tirantes.

—¡Pégate al cabo todo lo que puedas! —ordenó Victoria señalando la punta del sur, el cabo Snook.

Viraron de nuevo, ciñendo ahora con el viento de babor, y se dispusieron a doblar. El galeón de Braukings había logrado hacer la maniobra y volver sobre su estela, regresando entre la costa e Inner Farne, pero volvía a estar a más de trescientas yardas de distancia, y alejándose.

Tenían el cabo Snook a estribor, estaban a punto de doblarlo cuando de pronto las peores pesadillas de Victoria se hicieron realidad. Porque allí, doblando el cabo en sentido contrario, mostrándose enorme, blanco, majestuoso e implacable, apareció *El Miguel*. Venía muy rápido, con el viento de popa, y la blancura de sus velas, impoluta, no podía hacer mayor contraste con la oscuridad que su presencia traía. *El Miguel*, blanco como el fantasma de un mal sueño, a cien yardas, en rumbo de colisión con ellas, su mesana asemejándose a la cuchilla de una guadaña.

Victoria se quedó paralizada sin acertar a hablar, ni siquiera a mover los labios. El pánico le inundó el corazón, como si hubiera visto al mismísimo ángel caído. Y en verdad sus velas parecían las alas de Lucifer. Inés tampoco reaccionó. Tuvo que ser Simonette la que viró de nuevo la *Black* al escuchar el trueno de los cañones y Shatidje la que liberó la botavara, sin apenas tiempo de advertir a las demás para que se agacharan. El palo horizontal barrió el puente de estribor a babor, a cinco pies del suelo, y golpeó en la cabeza a Victoria, que miraba por aquella borda hacia su muerte, tirándola al mar. Inés tuvo el tiempo justo para agacharse y corrió a atar la botavara en la otra borda, y Emily, Claire, Sally y Dora se apresuraron a recoger las velas mayor y mesana y largarlas de nuevo por babor. Con el ruido, los nervios, la maniobra desesperada, el miedo a los cañonazos tan cerca, nadie se dio cuenta de que Victoria había caído al agua helada de abril y se hundía en ella lentamente.

Miguel había navegado dos días y medio en pos de la *Black*. Con el viento de popa y a toda vela, tenía una posibilidad aunque remota de alcanzar a la escurridiza carabela. Aquella mañana con el viento de popa habían logrado alcanzar los nueve nudos en algún momento. Y entonces MacMillan había visto los galeones. Sin duda, eran los dos galeones de Newcastle, y si estaban cerca de la punta de North Sunderland era porque las habían visto y las estaban siguiendo. Los vio separarse al llegar a Snook, uno lejos de la costa, otro muy próximo a tierra, demasiado próximo a tierra para un galeón. Y entendió que debía de tener a la *Hermosa Negra* muy cerca.

Arrimó el navío a la costa para mantenerlo oculto por la orografía, y calculó que a esa velocidad tardarían menos de diez minutos en doblar el cabo y encontrarse la acción. Llamó a Ferreira y sacó a Gray de la santabárbara ordenándoles subir al comedor. Solo podía confiar en ellos. Ellos obedecerían. Ellos entenderían que, si llegado el caso el teatro no era suficiente, habrían de tratar de apresarlas de verdad. Y que si tenían que entregar las piratas a la reina, habrían de hacerlo tratando de mantener a Inés y a Victoria con vida, pues serían las únicas a las que la reina podría llegar a perdonar, si perdonaba a alguna. Las demás, lamentablemente, eran prescindibles, pues ya habían sido sentenciadas a muerte. Sí, Ferreira entendería que el favor de la reina dependía de su capacidad de cazar a la *Hermosa Negra*, que, tal vez, no bastaría con fingir. Aunque lo intentarían. Eso se lo debía a Fred. Los sentó a la mesa y les contó su plan. Gray entendió. João también. Entonces el capitán llamó a Richards y le pidió brea y un pedazo grande de vela. El marinero pelirrojo no tardó en traérselo y Miguel escribió con pez en la vela algunas palabras en español. Después enrolló la vela y se la tendió a Richards.

—¡En cuanto abramos fuego, dáselo a MacMillan para que lo despliegue! —ordenó el capitán, y Ferreira y él subieron al puente, donde João relevó a Dorek en el timón y Miguel observó el horizonte con el catalejo.

Richards, aun sin entender contra quién quería abrir fuego el capitán, obedeció y subió el lienzo de la vela a lo alto del palo mayor.

El viento continuaba soplando de popa en el velamen desplegado de *El Miguel* y lo empujaba a más de ocho nudos. Doblaron Snook. Y entonces se la encontraron de frente: la *Black*, navegando de ceñida contra el viento, haciendo alarde de su belleza y su habilidad. Antes de que Miguel y el resto de su tripulación pudieran reaccionar lo hizo Gray. Gray no tenía tantos

escrúpulos como el resto. Y *El Miguel* retumbó cuando seis de sus doce cañones abrieron fuego. Y la *Black* viró. Y Victoria cayó al agua, golpeada por la botavara.

Miguel dejó escapar una imprecación.

—¡João! —gritó, y sin decir nada más señaló un rumbo en el horizonte.

El portugués asintió y, antes de que nadie más entendiera qué ocurría y de que Fred pudiera sujetarlo para interrogarlo, Miguel volvió a maldecir y se tiró al agua.

La impresión del agua tan fría reanimó a la princesa, que se descubrió hundiéndose en las aguas gélidas del mar del Norte. La *Black*, como una sombra negra que se recortaba contra el espejo de la superficie, se alejaba, y lo que le pareció una infinidad de proyectiles llovieron a su alrededor formando surcos en el agua, que tan solo duraban un instante antes de que las balas se perdieran en la oscuridad. En aquel instante eterno bajo el agua, Victoria recordó la otra vez que se había hundido en el mar, recordó cómo Miguel la sacó a la superficie y las palabras de Fred cuando estuvieron en el bote, ¡las palabras de Fred! Victoria estiró la cabeza hacia atrás y pataleó y se empujó hacia arriba, y de pronto su cabeza emergió entre las olas. Tratando de mantener el pecho fuera, como le dijera el contramaestre de *El Miguel*, pataleó y luchó contra el agua, rezando porque la *Black* volviera por ella, aun sin batel. Una sombra enorme pasó un centenar de pasos por detrás de ella, acaso *El Miguel*, acaso el galeón de Braukings. No lograba mantener la cabeza fuera del agua el tiempo suficiente como para ver nada. Sus extremidades se cansaban y dudaba del sentido de seguir luchando. Sería tan fácil dejarse ir, hundirse en esas aguas tan frías... Entonces sintió que la agarraban por debajo del mentón y dudó que no fuera un sueño. Le sacaron la cara fuera del agua y sintió un cuerpo bajo el de ella, un cuerpo cálido en aquel frío, un cuerpo que sí sabía nadar y que la mantenía a flote. Recordó las palabras de Miguel instruyéndola acerca de cómo debía quedarse quieta y dejarse arrastrar para no hundir a su salvador.

—Definitivamente, debo enseñarte a nadar.

La voz, aquella voz... no era un sueño. ¡Era Miguel! Estaba allí, con ella, manteniéndola a flote. Era Miguel. Era Miguel Saavedra. Entonces Victoria reaccionó. Comenzó a dar patadas y tratar de zafarse, al tiempo que

desenvainaba su espada. Miguel, el traidor, Miguel el culpable de la muerte de Rosalyn...

—¡Estate quieta! —ordenó él luchando por escapar de sus patadas sin soltarla—. ¡Nos vas a ahogar a los dos!

—¡No me...! —a Victoria le entró un buche de agua en la boca y la escupió—. ¡No me importa ahogarme si así consigo ahogarte a ti!

Miguel le arrancó la espada de la mano y la soltó. El acero se hundió rápido. A continuación, el español le retorció a Victoria el brazo izquierdo por detrás de la espalda. La princesa pensó que se lo iba a partir. Dejó escapar un alarido y arqueó la espalda sacando el pecho, pero consciente de que la acababa de inmovilizar.

—Has leído demasiados romances, Victoria. La muerte no tiene nada de hermoso.

En la *Black* reinaba el caos.

—¿Dónde está Victoria? —preguntaba Inés desesperada. ¿Cómo podía la capitán haber desaparecido en aquel momento?

Nadie la encontraba. Nadie entendía qué ocurría, ni sabían qué hacer.

—¡Hijos de puta! —mascullaba Shatidje sin dar crédito a lo ocurrido—. ¡Han abierto fuego contra nosotras!

—¡Capitán! —gritó Helen sin saber que Victoria no estaba, y señaló hacia *El Miguel*.

En lo alto del palo mayor, el vigía de la nao acababa de desplegar un pedazo de lienzo con algo escrito.

—¿Qué pone? —preguntó Inés.

Helen meneó la cabeza.

—¡No lo entiendo! ¡No está en inglés!

Inés miró a su alrededor y entonces vio el catalejo de Victoria rodando por el puente con el vaivén de las olas. «Victoria», susurró, pero tomó el catalejo y miró ella misma el lienzo. En él, en español, estaban escritas las palabras «Os hundiremos en el infierno si no rezáis veinte padrenuestros y os ponéis de proa a *El Miguel*». Lo leyó y lo tradujo al inglés. Aquello no tenía sentido.

—Quieren... —musitó—. Quieren que pongamos la *Black* de proa a *El Miguel*.

La *Black* se alejaba del combate ciñendo hacia el sureste.

—No te fíes de él —le dijo Shatidje.

Inés negaba con la cabeza. Nada tenía sentido. Ni la molestia de la amenaza ni su contenido...

—Inés, ¿qué hacemos? —preguntó Simonette—. Eres la segundo de a bordo.

Rezar veinte padrenuestros... ¿Por qué veinte?

—Quieren que viremos para acercarnos y hundirnos —previno Sha.

Inés meneó la cabeza.

—Gray no necesita que nos acerquemos para hundirnos. Gray...

Entonces se dio cuenta de algo que había pasado por alto.

—¿Cuáles han sido los daños de la andanada? —se apresuró a preguntar.

Dora meneó la cabeza respondiendo desde cubierta:

—Ninguno, Inés. No nos han tocado.

Entonces una sonrisa se encendió en el rostro de la condesa y sintió que la sangre le volvía al cuerpo.

—Gray no falla. Y menos a cien pies —empezaba a entender, empezaba a entender...—. ¿Cuánto se tarda en rezar veinte padrenuestros?

—Unos... cinco minutos —respondió Glenne desde cubierta.

¡Cinco minutos!

—¡Vira a estribor! —ordenó Inés a Simonette—. ¡Ahora!

La maniobra y la segunda andanada de *El Miguel* ocurrieron a un tiempo. Esta vez, la carraca del español disparó con sus doce cañones en el instante en que la *Black* se ponía de proa hacia ellos. Las otras seis balas les llovieron por ambos lados, tan cerca, demasiado cerca..., pero ninguna la tocó.

Braukings, desde el galeón que seguía la estela de la *Black* y que ahora mantenía una discreta segunda posición detrás de *El Miguel*, observaba con su catalejo el resultado de la artillería.

—¡A esa nave la protege el demonio! —exclamó al ver cómo las balas se hundían a su alrededor.

—¡Qué temeridad la de su piloto poniéndose de proa al atacante! —manifestó con asombro el capitán a su lado.

—¡Capitán! —bramó un marinero—. ¡Hay dos hombres en el agua! ¡Uno de ellos nos hace señales! ¡No! ¡Un hombre y una mujer!

Braukings frunció el ceño sin entender.

—¡Lanzadles un cabo y recogedlos!

—En lugar de patalear deberías agradecerme las molestias que me tomo para manteneros con vida —dijo Miguel escupiendo el agua cada cuatro palabras.

—¿También he de agradeceros... lo de Bristol? —preguntó Victoria llorando de rabia e impotencia.

Miguel alcanzó el cabo que le lanzaban desde el galeón y sostuvo con fuerza a Victoria para izarla con él.

—Victoria, sabía que no te colgarían. En la corte estabas a salvo. Era el único lugar en el que podías estar a salvo.

—¡Pues debiste preguntarme! ¡Porque prefiero morir con mis mujeres a regresar allí! —respondió ella con los ojos llenos de lágrimas.

Los marineros del galeón los izaron. Miguel sujetaba a la princesa por debajo del pecho. Ella pataleaba y, en cuanto estuvo a bordo, saltó para alejarse del pirata. Miguel se secó el rostro con la mano, miró a Braukings, que lo observaba atónito, y le dijo:

—Creo que Su Majestad se alegrará de que le entreguéis a esta fiera. Es la capitán de la *Black Shadow*, la famosa *Hermosa Negra*.

El agua del rostro de Victoria se confundía con sus lágrimas, y al oírlo tornó a llorar con más rabia. Una cosa era que le contaran que él la había traicionado y otra distinta verlo con sus propios ojos.

—¡Traidor hideputa! —lloró—. A él es a quien deberíais prender y no a mí —gritó a aquellos hombres—. ¡Es un pirata embustero!

Braukings se había quedado perplejo al escuchar las palabras de la joven. ¡Ella también lo sabía! ¡Ella lo sabía!

Toda la tripulación del galeón observaba al español, que miraba a su vez a Victoria. Le tendieron una manta de piel para que se cubriera. A pesar del día de sol, seguían estando a primeros de abril.

—No parece teneros en demasiada estima —apuntó el capitán del galeón, un hombre apuesto que rondaba la treintena.

—Es la segunda vez que la atrapo, capitán —explicó Miguel—. Es la rabia la que habla por ella.

—¿La rabia? —repitió Victoria—. ¿Por qué no les decís la verdad? ¡Decidles que sois un pirata, decidles que vos me enseñasteis cuanto sé!

Victoria lloraba abatida, doblada por la cintura en mitad de la cubierta del galeón, deseando morir allí mismo antes de que la llevaran de regreso a Londres, antes de que Miguel regresara a su barco y continuara su vida como si nada hubiera ocurrido. Se giró hacia Braukings, que apretaba los puños, e imploró:

—*Milord*, vos siempre lo habéis sospechado. Estabais en lo cierto. ¡Es un pirata! ¡Él me ha enseñado cuanto sé! ¡Prendedlo!

Braukings escuchaba rojo de rabia, y Victoria sintió la impotencia que el viejo almirante llevaba años sintiendo. Porque aun teniendo a Miguel delante, lo cierto era que, a los ojos de todos, ella era una pirata y Saavedra un súbdito leal de la Corona, el héroe que los había ayudado a atraparlas. El hombre permanecía mudo, con los puños cerrados.

—*Milady*, desbordáis imaginación —le dijo Miguel con severidad, mirándola a los ojos, y su mirada, sus ojos miel, penetraron en el alma de Victoria desarmándola, desnudándola como tantas otras veces. No, ella no quería amarlo. No quería amarlo.

El capitán del galeón sonreía. Solo Braukings escuchaba las acusaciones de la princesa.

—Acaso... deberíamos prender también al capitán Saavedra —titubeó al fin.

El capitán del galeón miró a Braukings con el ceño fruncido.

—¿A quien nos ha entregado dos veces a *la Hermosa Negra*? —respondió poniendo en palabras lo que todos pensaban—. ¿Solo porque esta pirata lo acuse para salvarse?

Victoria se dejó caer al suelo de rodillas, consciente de que nadie la iba a creer, que nadie iba a ayudarla, y continuó expresando su rabia entre sollozos:

—¡Sois un cobarde hideputa!, ¡un ladrón!, ¡un asesino! ¡Sois mucho peor que yo! —lloraba, sin entender cómo su corazón podía volver a romperse en pedazos cuando había creído que ya no quedaba nada en él.

Miguel terminó de secarse observándola con dureza. Se acercó con un paño seco a ella, empapada, tiritando, y entonces ella se abalanzó sobre él, y un marinero tuvo que agarrarla por los hombros.

—¡Pirata cobarde! —gritó—. ¡No quiero nada de ti!

El español dio un paso atrás.

—¡Medid vuestras palabras, *milady*! No voy a tolerar ni un insulto más. ¿Acaso no apreciáis estar viva? ¿No... no tenéis miedo a morir?

Victoria miró a Miguel y rechinó los dientes. ¿Se lo estaba preguntando de verdad? ¿Para qué quería saber si temía la muerte? La muerte... Ella nunca había tenido demasiado miedo a morir y en aquel momento menos que nunca. No le importaba. No le importaba la vida. Lo único que deseaba era poder odiar a Miguel tanto como se decía que lo odiaba. Deseaba que él no le importara, deseaba que su voz no la hechizara, y olvidarlo para siempre. Si había de morir para ello, que así fuera. Pero no quería seguir amándolo. No quería amarlo más. Le dolía tanto tanto.

Alzó la vista desafiante y contestó escupiendo las palabras:

—No me importa morir. Prefiero la muerte a lo que me espera. Y más si puedo llevaros conmigo; si puedo hacerle el favor a la tierra de mataros. Por hideputa, por traidor y por cobarde —y por haberme roto el corazón, pensó, aunque esto último no lo dijo.

Miguel la estudiaba. ¿Quería comprobar si era cierto? ¿Si mentía? Victoria lo miró a los ojos, le clavó sus ojos azules llenos de decisión. Ella quería que viera que no tenía miedo a morir. Él apretó la mandíbula y respiró hondo.

—Sea —respondió él—. Dadme otra espada —pidió.

Los hombres del galeón lo miraron sin entender. Miguel desenvainó su espada y se la lanzó a Victoria, que la cogió en el aire, al tiempo que el español insistía:

—La reina no ha precisado que la quiera viva, y ya he escuchado demasiados insultos contra mi persona como para no hacer de esto algo personal. ¡Que aquí se haya dudado de mi lealtad por sus calumnias! Dadme una espada —repitió en su tono autoritario— para que podamos batirnos.

Braukings se clavaba las uñas rojo de rabia, sin avenirse a pensar que Saavedra fuera a salirse de nuevo con la suya matando a su único testigo. Pero el propio capitán del galeón se sacó su espada del tahalí y se la dio al pirata.

Miguel cortó el aire con ella un par de veces para cogerle el peso. Victoria temblaba con la espada del español en la mano. Ella no necesitaba cortar el aire, no necesitaba medirla porque, en el instante en que la había tomado, había reconocido en el arma su pequeña espada toledana, aquella con la que aprendió a luchar, la que Miguel le regaló, su preciada espada de lazo. No necesitaba girarla para leer en ella las iniciales del pirata. Pero el peso de aquel arma, de lo que fue su regalo, le traía demasiados recuerdos dolorosos, recuerdos de otros duelos por la cubierta de *El Miguel*, cuando el pirata la

instruía en los saberes más básicos, recuerdos de la tarde en que se batieron después de que él la besara... ¿Por qué llevaba Miguel su espada? ¿Qué sentiría él ahora que iban a batirse de verdad? ¿Acaso no sentía nada por ella? ¿Nada? Los otros combates, lo vivido juntos..., ¿tan fácil le resultaba dejarlo a un lado para matarla?

—¿Estáis preparada? —preguntó él, y sus ojos miel brillaron un instante.

A Victoria le costaba ver a través de las lágrimas. Se las secó y asintió con la cabeza. Estaba preparada. Más que nunca. Había vencido a Charleen el día anterior, llevaba decenas de duelos...; al menos le vendería su muerte bien cara. Se puso en guardia. «Si tienes ocasión, Victoria —se dijo—, habrás de matarlo, porque él no dudará».

Miguel se puso en guardia también y los dos rivales se observaron, y dieron una vuelta dentro del círculo que los marineros del galeón habían hecho a su alrededor estudiándose. Entonces, cuando Miguel pasó al lado de uno de los oficiales, dio un paso atrás, le arrancó la pistola del cinto, la utilizó para abrir fuego con ella contra el pecho del capitán del galeón y le clavó la espada al segundo de a bordo.

La acción del español cogió a todos por sorpresa, lo que le brindó unos preciados segundos en los que el pirata se guardó la pistola en el cinto, cortó el cabo que sostenía la vela mayor, que comenzó a restallar y a fustigarlos a todos, y le clavó la espada en el pecho a otro oficial que tenía cerca. Solo entonces Victoria reaccionó, sin entender, pero sabiendo qué debía hacer, y hundió su acero en otro de los soldados que conformaban el círculo, y se agachó en el momento en el que el cabo de la vela fustigaba, apartándose de su trayectoria.

Los ingleses se lanzaron al suelo para que el maldito cabo, semejante a un látigo furioso, no los golpeará. Braukings, tumbado y con la cabeza entre las manos, gritaba que los prendieran. Miguel corrió a cortar el cable que afianzaba la trinqueta, y Victoria lo siguió, defendiendo el ataque de otro soldado y devolviéndole una estocada al hombro. El cuerpo de la princesa sabía lo que tenía que hacer. Su cabeza no. Y su corazón latía acelerado por el combate y porque Miguel estuviera luchando con ella. La princesa trató de ordenar sus sentimientos y, al llegar al lado del pirata, le preguntó:

—¿Por qué haces esto?

Miguel defendió el ataque de un marinero y le clavó la espada en el pecho al contraatacar.

—¿Aún no lo sabes?

Se mantenían espalda con espalda, cubriendo todos los flancos. Victoria defendió el ataque de otro. Negaba con la cabeza.

—No. No lo sé.

Miguel la agarró de la cintura, se asió a un cabo de la jarcia, lo cortó y los dos salieron despedidos hacia arriba, balanceándose y barriendo con los pies a media decena de soldados. Miguel se dejó caer cerca de la otra borda y aprovechó para atacar por la espalda a un soldado que no había reaccionado.

—Porque supongo que, a pesar de creerme más inteligente y sensato que el resto, soy tan estúpido como el que más.

Hablaba con rabia, apretando los dientes, luchando a la vez. Realmente no parecía sentirse muy orgulloso de lo que estaba haciendo. Victoria seguía sin entender. Él envolvió con su toledana la espada del soldado que le atacaba y la lanzó al mar.

—¿Estúpido? —repitió la princesa buscando una aclaración.

Un marinero apuntó a Miguel con una pistola. El capitán lanzó su capa sobre su brazo, inmovilizándoselo, le dio una patada en el pecho, le clavó la espada al soldado que aprovechaba para atacarle por la espalda, y después remató al de la pistola de una estocada en el pecho y le arrancó el saquito de balas y la pólvora. Victoria lo miró sorprendida. Nunca lo había visto batirse de verdad y era algo digno de ser visto. Los soldados recularon unos pasos. Miguel aprovechó para volverse un instante hacia la princesa.

—Victoria, estoy aquí porque, por más que he intentado luchar contra ello, he descubierto que prefiero morir contigo a vivir sin ti —explicó sacando la pistola que le había robado al primer oficial para cargarla de pólvora y meterle una bala dentro.

Victoria no creía lo que oía. No quería creerlo. Una luz blanca y enorme se abría paso en algún lugar de su interior. No, no iba a creerlo. Meneó la cabeza...

—¿Quieres...? ¿Quieres morir? —preguntó ella bajando la guardia.

Miguel disparó al primer soldado que se le acercó, reventándole el pecho. Sus ojos miel volvieron a brillar divertidos, llenos de juventud.

—La parte importante de la frase —dijo defendiendo otro ataque con su espada y hundiéndola en su adversario— era el «contigo».

Y, tras la aclaración, agarró a Victoria por la camisa, la atrajo hacia él y la besó, con un beso rápido pero apasionado; no había tiempo para más. La princesa se quedó inmóvil. La cabeza le daba vueltas, el estómago se le había

encogido y nada a su alrededor parecía real. Las avispas habían vuelto, y zumbaban. No sentía el suelo de la cubierta. Estaba flotando. Y nada, absolutamente nada era real. «Me he ahogado y estoy muerta», pensó.

Miguel defendió un ataque justo sobre su cabeza.

—¡Victoria, pelea! —ordenó él—. O el «contigo» va a durar poco.

La princesa reaccionó y comenzó a batirse con otro soldado. Miguel descubrió que le apuntaban con un mosquete y alargó la mano para tomar por la manga a un soldado que aguardaba cerca esperando a reunir agallas suficientes para lanzarse por el pirata. Miguel se cubrió con él y el disparo del mosquete le abrió las tripas. Después empujó aquel cuerpo inerte contra otro soldado que se le acercaba y pudo así enfrascarse en un combate con un tercero. Victoria luchaba como Miguel y Shatidje y decenas de combates le habían enseñado, pero nunca había luchado contra tantos adversarios a la vez, y su mente, por lo general resuelta y concentrada, no ayudaba en nada aquella tarde. Los dos recularon hacia el castillo de proa. Las cosas se estaban poniendo feas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Victoria luchando a la vez con los ingleses y con sus propios sentimientos, para no hacerse ilusiones—. Cuando esto acabe os olvidaréis de esta conversación y querréis que siga con mi vida, sin volver a vernos más. Funciona así, ¿no es cierto?

—Victoria —Miguel se agachó para esquivar una estocada, y le clavó su acero a otro soldado en un muslo. Tomó también la espada de este. Ahora tenía dos—. Lamento decepcionarte, pero no creo que vivamos más allá de este combate.

La espada era demasiado larga para luchar a dos manos. La clavó en un soldado y la dejó ahí. Necesitaba una daga. Victoria hirió a otro inglés en el hombro, pero tuvo que recular ante el ataque de otro más. Su espalda se topó con el castillo de proa y se encontró apoyada en él, con Miguel a su lado, y rodeados de soldados. Estaban acorralados.

—No os zaféis de mi pregunta —protestó Victoria mirando al círculo de soldados—. Yo no tengo intención de morir hoy.

Miguel se volvió a mirarla atónito.

—¿No? Eso debisteis pensarlo antes de decirme que estabais dispuesta a morir.

Los soldados los habían acorralado, pero ninguno parecía dispuesto a ser el primero en lanzarse por ellos.

—Solo si no puedo evitarlo.

Miguel los miraba, esperando a ver cuál era el siguiente en acercarse y morir bajo su espada.

—¿Y cómo queréis salir de esta?

Victoria sonrió mirando el bauprés de la *Black* y su hermosa proa oscura aparecer por detrás de la borda del galeón.

—Con ayuda de mi tripulación, por supuesto.

Lo primero que llegó fue el disparo de Helen desde la cofa. Después la lluvia de flechas de las arqueras, a la vez que Ruth, con ayuda de todas las demás salvo Shatidje, Inés y Charleen, que aguardaban en los cables de las vergas, abría fuego con los cañones de doce libras del alcázar de proa y barría la cubierta del galeón. Entonces Shatidje, Inés y Charleen saltaron dentro del galeón, abriéndose paso entre los soldados a fuerza de sus aceros.

Cuando Inés había descubierto que *El Miguel* no pretendía hundirlas, sino que las protegía del galeón de Braukings, volvió a buscar a Victoria. Una vez más fue Helen quien la descubrió en la cubierta del galeón con Saavedra. La condesa tomó el catalejo y pudo ver a su adorada amiga batirse contra toda la tripulación del navío inglés ayudada por Miguel.

—¡Simonette! —ordenó—. ¡Rumbo al norte! ¡Debemos rescatar al capitán!

Los ojos de todas se habían clavado en el galeón en el que dos figuras diminutas parecían mantener a raya a medio centenar de hombres.

Shatidje sonrió.

—¡Otra vez! —resopló Charleen, pero no se le ocurrió cuestionar la orden.

En el galeón reinaba el caos. Con el capitán, el segundo de a bordo, el contramaestre y varios oficiales más muertos, los soldados no sabían muy bien qué debían hacer y, desde luego, no había nadie para dar la orden de disparar los cañones. Braukings había desaparecido y todos los soldados se amontonaban desordenados alrededor de los dos piratas, sin que se les ocurriera darse la vuelta. Por eso, cuando Inés saltó adentro seguida de Shatidje y Charleen, el ir hundiéndose el cuchillo en hígados y tripas resultó más fácil que nunca.

La cubierta resbalaba, roja de sangre. Los soldados muertos y heridos se amontonaban por doquier, y los que estaban ilesos o no estaban heridos de gravedad trataban de recomponerse para luchar por sus vidas. Charleen, Shatidje e Inés se abrían camino entre ellos con las armas goteando sangre.

Antes de lo que pudieran haber imaginado, estaban junto a Victoria y el español.

—¡Condesa! —sonrió él burlón, con la alegría que le daba el pensar que acaso pudiera sobrevivir a pesar de su decisión—. Para haberos quedado tan bajita, tenéis una fuerza extraordinaria.

Las muchachas formaban un cuadro extraño, casi hermoso.

Inés se limpió la sangre del rostro con el dorso de la mano y lo miró desafiante. Se había jurado a sí misma que el día que se cruzara con Saavedra lo mataría. Pero ahora él estaba allí, igual de odioso que siempre, pero estaba allí, en un galeón lleno de soldados ingleses, luchando con Victoria. Y aquello era mucho más, muchísimo más de lo que Fred había hecho por ella.

En aquel momento, un soldado se lanzó hacia Victoria por su espalda, y antes de que Miguel pudiera defenderla, Inés le lanzó un cuchillo que se le clavó en un ojo. El hombre cayó al suelo y la condesa se acercó a rematarlo.

—Eso ha sido muy impresionante —concedió el capitán sacándose el pistolón del cinto y comenzando a cargarlo. Y, como si pudiera leer los pensamientos de la condesa, añadió—: Casi puedo perdonaros que me hayáis estropeado a Stowe.

Inés, agachada junto al cuerpo para recuperar su cuchillo, miró a Miguel con suspicacia. ¿Por qué tenía que mencionar Saavedra a Fred? ¿Qué quería decir con que ella lo había estropeado? Solo escuchar el nombre del pirata escocía. Y si escocía ahora, en el frenesí del combate, Inés no pudo evitar pensar que, como todas las heridas, escocería mucho más cuando intentara coserla. Trató de no escuchar, de no pensar. De apagar su mente y entregarse a la lucha. Se guardó el cuchillo en el cinto y preparó el más grande para combatir cuerpo a cuerpo.

Pero Miguel sí era capaz de luchar y hablar.

—Abandonó *El Miguel*, amotinó a mi tripulación... —explicó el español metiendo la bala en la pistola—. Si sobrevivimos, os lo cuento.

Una nueva cascada de flechas de la *Black* regó la cubierta. A Miguel le costó encontrar un blanco al que disparar. ¡Bam!

Un soldado salió del castillo de popa y Victoria se enzarzó en un nuevo duelo. Inés se había puesto en pie, luchando porque las palabras del pirata no

calaran el muro de hielo que su corazón había creado y que ahora se rompía, y la condesa se debatía entre abandonarse al calor que empezaba a sentir o seguir batallando contra él.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó la condesa escupiendo con cada palabra el dolor que sentía.

—En *El Miguel*. Haciendo su trabajo, por supuesto —contestó el español.

En aquel momento tronaron los cañones de *El Miguel* y el otro galeón de Newcastle, el que estaba más lejos de la costa, tembló antes de empezar a hundirse. Miguel sonrió ante la destreza de sus hombres. El momento había sido el perfecto.

Inés sentía como si amaneciera en su pecho. Fred no la había abandonado. Nunca la había abandonado. Acaso Shatidje tuviera razón. Acaso él la amaba después de todo. Hizo otro esfuerzo por apartar los sentimientos de su mente y volver al galeón en el que se jugaba la vida.

Dos soldados ingleses interrumpieron la explicación con sus acometidas. Inés se giró rápida buscando las entrañas del primero. Miguel defendió el ataque del segundo y le clavó la espada en el estómago en el contraataque. Victoria había acorralado al suyo, que había vuelto a huir al interior del castillo.

—¡Vayamos por los oficiales! —propuso la princesa señalando el interior del alcázar.

Miguel asintió, inclinó la cabeza como despedida a Inés y siguió a la princesa en pos de Braukings. Inés se quedó cubriéndoles la espalda.

El español abrió la puerta de una patada. Había media decena de oficiales allí dentro. Les echó un vistazo rápido. No eran tantos.

—Volviendo a vuestra pregunta y considerando la posibilidad remota de que sobrevivamos al día de hoy —dijo Miguel ensartando al primero con la espada mientras Victoria iba por otro—, así como el hecho de que vos sois una aristócrata y yo un caballero de honor —disparó la pistola en un segundo—, lo correcto sería casarnos.

Miguel comenzó a cargar, llenando la pistola de pólvora mientras Victoria lo defendía.

—¿Casarnos? —repitió Victoria atónita, y se detuvo a mirar al pirata, con la espada aún clavada en el gáznate del oficial con el que luchaba—. ¿Te burlas de mí?

El último oficial de la sala aprovechó que Miguel no había metido aún la bala en la pistola para apuntarle con su espada.

—Aún no habéis terminado de cargar —masculló el hombre.

Miguel le colocó la pistola en la frente y disparó solo con la pólvora. La explosión le voló la cabeza.

—Memo —murmuró Miguel.

En la habitación solo quedaron ellos dos frente a la puerta que llevaba al despacho del almirante.

Miguel se volvió a Victoria y le explicó:

—No me burlo de ti. Soy español y como tal soy un hombre de Dios. No voy a vivir en pecado contigo, piratilla descreída.

Victoria meneaba la cabeza pasmada.

—Pero yo... —limpió la espada en el colete del oficial. Le costaba encontrar el modo de expresar lo que sentía—, yo no confío en ti —dijo al llegar a su lado.

Miguel sonrió divertido, con aquella sonrisa suya cargada de sarcasmo y que tenía el don de desarmar a Victoria.

—No lo hagas nunca —contestó él, y volvió a besarla con pasión, con violencia, como eran sus besos, como era su vida.

Shatidje irrumpió en el comedor.

—Lamento interrumpir, pero he puesto una mecha para volar la santabárbara. Deberéis dejar la reconciliación para la *Black*.

Miguel se apartó de Victoria y sonrió a la turca.

—¿Me da tiempo a ir por Braukings?

Shatidje se encogió de hombros.

—Tenéis... —calculó— unos tres minutos.

Miguel asintió y se apresuró a abrir la puerta de popa, que conducía al camarote del armador. Braukings se había escondido en la esquina del fondo. Al ver a Miguel, disparó, pero falló por tres pies. Entonces levantó las manos en señal de rendición. El capitán español cruzó la habitación hasta llegar a su lado.

—Creo que sabéis las ganas que tengo de mataros —le dijo—, como también sabéis que nunca dejo supervivientes.

El almirante temblaba, con su rostro de perro de presa descompuesto.

—No obstante, considerando que os debo la educación que le habéis dado a Inés, convirtiéndola en parte en la excelente pirata y persona que es hoy, haré una excepción y os dejaré vivir. De todos modos, la reina nunca os

cree cuando le decís que soy un pirata, y acabo de prometerme en matrimonio con su protegida.

Braukings lo miraba sin creer sus palabras. Pero era evidente que Miguel estaba de buen humor. Del mejor humor con el que lo hubiera visto nunca.

—Así que apresuraos en tomar un bote y lanzaros al mar, porque este galeón está a punto de volar en pedazos.

Y, dicho esto, Miguel abandonó el castillo de popa, tomó un cabo y se lanzó dentro de la *Black*. Inés tuvo que apartar el cañón de la pistola de Simonette para que esta no le descerrajara un tiro.

—Aunque cueste creerlo —explicó la condesa a la timonel—, está con nosotras.

Instantes más tarde llegó la explosión, y el galeón estalló por su popa y comenzó a hundirse.

*El Miguel* había volado con su artillería la línea de flotación del galeón que estaba más lejos de la costa y este también se hundía rápido en las aguas del mar del Norte. Fred, de pie en el puente junto a João, y ya al tanto de la situación, le pidió que se acercara al navío.

—¿Acercarnos? —bramó el timonel y segundo de a bordo—. ¿Y qué sugieres que hagamos con el tropel de hombres que tratarán de abordarnos si nos acercamos?

—Repelerlos —contestó Fred con la decisión pintada en sus ojos oscuros.

—¿Repelerlos? —João no se lo creía—. Estarán desesperados por abandonar un navío que se hunde.

—Solo necesito el tiempo que tardáis en recargar los cañones —explicó Fred—. He visto que Walcott está en ese galeón.

—¡No me jodas, Fred! —bramó João—. El capitán no quería comprometer *El Miguel*. No quería que sus hombres lucharan y acabamos de hundir un galeón de la Corona. ¿Voy a ser yo al final el único que no piensa con la entropierna?

—Por favor —pidió el contramaestre—. ¿No te apetece matar unos cuantos ingleses?

El enorme timonel resopló.

—Te doy el tiempo que tardo en trasluchar.

Los hombres del galeón se apresuraban en abandonar la nave tratando de subir a los botes. Fred subió por la escala del palo mayor de *El Miguel* y saltó dentro del navío de combate, mientras que una docena de ingleses se tiraban dentro de la carraca creyendo estúpidamente que así podrían salvar sus vidas. Fred se abrió paso con su cuchillo entre los marineros que se interponían en su camino hasta Walcott. Lo hacía rápido, matando a diestro y siniestro, sin pasión, casi sin violencia, como el que hace su trabajo. Hasta que llegó al prometido de Inés.

El oficial, de pose señorial y bigote retorcido, ayudaba a sus hombres a subir a un bote. Aún llevaba el hombro vendado. La herida en la cabeza ya estaba curada.

—Walcott —lo llamó Fred mientras guardaba el cuchillo más grande en su vaina.

El que fuera el prometido de Inés miró al pirata sin entender.

—No sabéis las veces que he soñado con mataros —dijo Stowe.

—¿A mí? —preguntó el oficial esforzándose por recordar quién podía ser aquel hombre. Pero solo reconocía en él al contraмаestre de *El Miguel* y no recordaba tener deudas pendientes con él—. Yo, sin embargo, apenas sí sé quién sois.

Pero Walcott era un hombre prevenido, y aunque no recordara el motivo de ese odio, no iba a esperar a que se lo revelaran. Sacó de prisa su pistola y disparó. En el instante en que lo hacía, el mango de un cuchillo le golpeó en el pulgar de la mano con la que sostenía el arma, haciéndole abrir los dedos. La pistola cayó al suelo y el disparo se perdió en el aire. Entonces Walcott volvió a mirar al contraмаestre de *El Miguel*, que ya tenía el siguiente cuchillo listo en su mano derecha. Recordó el lanzamiento de Inés en el astillero y la rabia lo llenó por dentro.

—Ahora sí sé quién sois. Y el placer de mataros va a ser mío —dijo desenvainando su espada.

—Lástima que estéis herido —masculló Fred, y se guardó el cuchillo pequeño en el cinto para volver a sacar el más grande—. Me habría gustado que estuvierais en plenas facultades.

El oficial rechinó los dientes.

—Para matar a escoria como tú me sobran facultades —contestó, lanzándole un tajo al pirata.

Fred lo esquivó con facilidad.

El galeón gimió y se escoró. Los dos hombres siguieron concentrados el uno en el otro. No quedaba nadie más a bordo.

—¿De verdad creías que, por enseñarle a lanzar cuchillos, podría amarte? ¿Una mujer como Inés? —dijo Walcott lanzándole otro ataque.

Fred volvió a esquivarlo sin apenas moverse.

—Sé que no la merezco —contestó el pirata—. Pero Inés me ama. Y tú mereces morir por no haberla sabido amar cuando pudiste hacerlo.

Walcott se lanzó furioso sobre Fred, pero Fred defendió la estocada hacia fuera con su cuchillo, agarró a Walcott del pelo con la mano izquierda y le clavó el cuchillo en el corazón.

El gemido de Walcott se unió al del galeón, las tablas de la cubierta crujieron antes de partirse y Fred tuvo el tiempo justo de recuperar su cuchillo, asirse a una jarcia, cortarla y descolgarse con ella dentro de su nao, en la que sus hombres habían dado cuenta rápida y limpiamente de los ilusos que creyeron que podían salvarse tomando *El Miguel*.

El combate continuaba en la *Black*. Cuando Inés, Shatidje y Charleen habían abordado el galeón, una veintena de ingleses habían saltado adentro, y ahora, con su nave hundida, luchaban por tomar la *Hermosa Negra*. Y el tercer galeón, el que venía de Berwick, prevenido de lo que estaba ocurriendo, se acercaba a distancia suficiente como para abrir fuego.

—Si por azar salierais vivos de esta, ¿cuál es vuestro plan? —preguntó Miguel a Victoria mientras le quitaba un soldado de encima a Glenne, menos ducha en estas lides.

Victoria estaba agotada. El combate con aquel soldado le estaba resultando casi tan penoso como luchar contra Charleen.

—Avituallarnos en John's Pipe —defendió el tajo, pero no logró contraatacar— y, después —añadió casi sin resuello—, huir a América.

Miguel se apresuró a socorrerla y a atravesar a aquel soldado con su espada.

—No podéis ir a John's Pipe —le dijo el capitán alzando la voz por encima del ruido de la batalla—. No podéis pisar Inglaterra. Habréis de zarpar a América ya, y habréis de navegar por el norte, sin acercaros a Dover.

Victoria se detuvo un instante, las manos apoyadas en las rodillas, recuperando el ánimo.

—No podemos ir a América sin avituallarnos —respondió jadeando—, y no podemos navegar al norte sin cartas ni un sextante.

—Yo tengo cartas, un sextante y suficientes provisiones para llegar a Canarias con tu tripulación y mi tripulación —dijo Miguel desarmando a otro soldado. Inmediatamente y sin dar tregua, le clavó la espada en el pecho y lo lanzó al mar de una patada.

Victoria se incorporó.

—¿Tu tripulación y mi tripulación? —preguntó.

Miguel miró a su alrededor. Quedaban pocos ingleses. La situación parecía estar controlada a bordo. Ahora había que ver si el tercer galeón abría fuego. Se tomó un instante en contestar.

—Acabo de condenar mi disfraz y mi relación con la reina. Para mantener el anonimato deberíamos hundir también ese galeón —señaló la nave que estaba a menos de trescientas yardas— y asegurarme de perseguir a los que han huido en botes para pasarlos a cuchillo.

—Supongo que ha llegado el momento de que aprendáis a convivir con la fama —respondió Victoria.

Miguel frunció el ceño.

—No podrás agradecerme esto en años de matrimonio —dijo en tono de mofa.

Victoria lo miró desconfiada. Las mujeres, extenuadas, remataban a los últimos ingleses. Pero todavía quedaba el otro galeón.

—Si salimos de esta, nos casemos o no, habrás de respetar que yo soy el único capitán de la *Black* —explicó Victoria—. No tendrás jamás ningún derecho sobre mi barco y mucho menos ningún derecho sobre mi tripulación, que solo responde ante mí.

Miguel rio.

—Y yo que creía que si me casaba contigo podía teneros a todas... —bromeó de nuevo.

Pero antes de que Victoria pudiera regañarle, el grito de Helen cortó el aire.

—¡El galeón va a abrir fuego!

En efecto, el galeón abría el rumbo para presentarles la borda de estribor.

—¡A cubierto! —gritó Victoria.

Miguel la cubrió con su cuerpo tirándose los dos sobre el suelo y entonces, en el instante en que el galeón disparaba, tronó también la artillería

de *El Miguel*, que se aproximaba a quinientas yardas.

La andanada de *El Miguel* no hundió el galeón, pero la mitad de los doce proyectiles lo impactaron en el casco algo por encima de la línea de flotación y a la altura de la cubierta de artillería, abriendo vías y, sobre todo, haciéndolo sacudirse de tal modo que la andanada que este disparó a la santabárbara de la *Black* salió más arriba de lo esperado. Las balas del galeón silbaron por el cielo. Shatidje, en el puente, tuvo el tiempo justo de empujar a Simonette a un lado y apartarla de la trayectoria de una bala que atravesó la empalizada de sacos de arena, derribando uno y continuando hacia el timón. Otra bala le hizo un agujero a la vela mayor. Las demás se perdieron en el agua.

—¿Daños? —preguntó Victoria cuando cesaron el ruido y el vaivén.

Y entonces, en el silencio que sucede a una detonación, se oyó el grito desgarrado de Simonette:

—¡Ruth! ¡Aquí!

Aquel grito reavivó el mal presagio de Inés. La condesa se puso en pie y corrió al puente, donde Simonette volvía el cuerpo maltrecho de Shatidje y lo apoyaba en la baranda. La turca había empujado a la timonel para apartarla de la trayectoria de la bala que se dirigía a la caña, pero no había tenido tiempo de apartarse ella también y el proyectil le había impactado en la espalda, partiéndole la columna y aplastándole las costillas contra los pulmones y el corazón. Inés llegó hasta ella. Un hilo de sangre le manaba a Shatidje de la boca, y sus piernas estaban muertas ya, adelantando lo que en breves momentos le llegaría al resto de su ser.

—¡Sha! —lloró Inés sin creerlo agarrando a su amiga por los hombros.

Volvió el rostro hacia la proa y llamó a Ruth de nuevo. La turca abrió los ojos.

—Inés —susurró Shatidje cogiéndole la mano a la condesa—, perdóname.

Inés negaba con la cabeza sin creer lo que ocurría, sin querer creerlo.

—¡Ruth! —gritó de nuevo.

La judía había llegado al puente y estaba de pie a su lado, pero sabía que no había nada que hacer. Victoria también había llegado allí y se tapaba la boca con las dos manos, en una mueca de horror. Toda la tripulación se apretaba alrededor de la turca. Helen bajaba rápida del palo para llegar también al lado de su amiga, que siempre la había protegido.

—Ruth no puede ayudarme —explicó Sha alzando la vista un instante a la maestre para volver a mirar a Inés—, pero tú sí. Inés, necesito que me perdones.

Inés lloraba. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡No te mueras, Sha! ¡No te mueras!

Cogió la mano de su amiga y la apretó.

—Inés, no me arrepiento de nada en mi vida salvo de aquella tarde en John's Pipe —dijo Sha con esfuerzo—. Necesito que me perdones... Por favor.

Inés asintió con la cabeza, incapaz de hablar, y se abrazó a su amiga, y Shatidje sonrió con tristeza. Victoria se agachó a su lado también y, con los ojos llenos de lágrimas, murmuró:

—No te puedes morir, Sha. No puedes. Te ordeno que no te mueras.

La turca miró un instante a su capitán y le sonrió con dulzura. Miguel estaba detrás de ella apoyando las manos en sus hombros. Estaba allí. Con ella.

—Capitán —dijo Sha estirando las fuerzas que la abandonaban—, os ruego que no me pidáis algo así. No... no querría marcharme de esta vida habiéndoos fallado en vuestra última orden.

Victoria la agarró de la otra mano y rompió a llorar con más fuerza.

—No, Sha. Tú nunca me has fallado. Has sido la pirata más leal, la más valiente y la mejor amiga. Nada de esto sería posible sin ti. Todo lo que hemos sido ha sido por ti.

Shatidje miró de nuevo a Miguel y luego a Victoria.

—Ya no me... necesitáis más... Ya puedo... irme.

Inés seguía llorando abrazada a su pecho, apretándole la mano.

Simonette había vuelto a tomar la caña y dirigía la *Black* hacia el sur.

—Capitán —murmuró sin atreverse a interrumpir—, ¿qué rumbo...?

Pero Victoria no contestaba.

En aquel momento, *El Miguel* llegó junto a la *Black* y Fred saltó adentro llamando a Inés. Entonces vio lo ocurrido.

—Sha —murmuró, y se abrió paso entre las chicas hasta quedar detrás de Inés. Se puso en cuclillas, junto a las piernas inertes de su amiga de la infancia, detrás de la condesa.

La turca lo vio y le sonrió, apenas una mueca en su rostro blanco, tomado ya por la muerte.

—Fred... —dijo mirando al pirata—. Fred... —repitió—, cuida... cuida de mi Inés.

Aquellas fueron sus últimas palabras. E Inés se dio cuenta de que no había llegado a pronunciar que le perdonaba, que no había nada que perdonar, que quien tenía que perdonarla era ella por haber sido tan terca y no entender que su amistad estaba por encima de aquello. Nunca le había dicho cuánto la quería y cuánto la necesitaba. No le había dado jamás las gracias por ser su maestra, su amiga, su confidente; por haberla rescatado en Londres cuando no había nadie más, y haber luchado a su lado siempre, cada vez, sin miedo a dar su vida, como la daba ahora.

—Capitán... —insistía Simonette.

—Poned rumbo a mar abierto —contestó Victoria finalmente, aún sin soltar la mano de Shatidje.

Inés lloraba asida al cuerpo de la turca, y Fred tiró de su hombro con suavidad para apartarla y poder abrazarla él, y consolarla. Inés le dejó hacer y hundió la cara en el pecho del pirata al que amaba, y que no la había olvidado, no la había abandonado. Pero no soltó la mano de su amiga.

—Fred, no le he pedido perdón —sollozaba—. Ni le he dicho que la perdonaba. Debí decírselo. Debí decirle cuánto la quería.

—Ella lo sabía, Inés. Ella lo sabía.

¿Lo sabía? ¿Sabía Shatidje cuánto había significado para Inés? A la mente de la joven regresó el día en que la conocieron en Burnmouth, lo perdidas que estaban hasta que ella llegó, y cómo luchó con los hombres en el motín, salvándolas a todas; y recordó su rostro el día que la recogieron de las islas Farne, tras el naufragio, y cómo jamás le reprochó el que al principio no hubiera querido ser pirata ni participar en los combates; y recordó su voz cantando canciones para que aprendieran todas a recoger la vela a un tiempo, y las risas, y la paciencia infinita con Rosalyn, y la conversación tras la muerte de Anne, en la que le enseñó a entender la vida de las piratas; recordó cómo había pedido a las demás que esperaran por si aparecía Victoria cuando se hundió la *Crazy*, y cómo venció a Charleen cuando Victoria se lo pidió; y recordó los *whiskies* juntas, y los rones, y las conversaciones solas las dos, y el día en que fueron juntas a buscar a Glenne, y cuando le enseñaron a Victoria la *Black Shadow* y regresaron paseando, y robaron los caballos, y se rieron las tres... Recordó su rostro tras los barrotes de casa de su padre, devolviéndole la esperanza cuando creía que todo estaba perdido; recordó cómo ella no había dudado jamás de su lealtad, a pesar de las palabras de

Walcott, cómo estaba dispuesta a que Inés la matara por no dejar que volaran la *Black*, y cómo había insistido en que Bonny se quedara su casa y las telas, solo porque Inés había dicho que tenía un mal presentimiento. Y por último, Inés pensó en la tarde, hacía solo dos días, en que Victoria había propuesto que fueran a América, en la ilusión, su ilusión, por conocer el Nuevo Mundo, que ya nunca conocería, el mar Caribe hacia el que iban a navegar sin ella. Quería tener un loro... Y en su lugar, Shatidje estaba muerta. No tendría nada ya. No habría más risas, ni más rones, ni más consejos. Su amiga se marchaba a reunirse con su padre en aquel lugar del cielo reservado a los valientes, a los que habían vivido como leones, a Anne, y a Kate, y a Rosalyn, y a Madge..., y ahora a Sha, su amiga, su amiga para siempre.

Victoria miró a Inés, agazapada y minúscula entre los brazos de Fred, y buscó su mano libre, y la apretó con fuerza. Y así permanecieron las tres, asidas de la mano, inseparables, como permanecerían largo rato, como permanecerían para siempre, porque la muerte no podría robarles nunca su amistad.

Su Majestad, la reina Isabel I de Inglaterra, estaba sentada en el salón del trono del palacio King John's Barn. Frente a la reina, postrado de rodillas, estaba el almirante Braukings. Solo los acompañaban algunos miembros de la guardia, el secretario, el chambelán y algunas doncellas de confianza de Su Majestad. Isabel miraba al conde con severidad.

—Explicadme vos mismo, Braukings, cómo es posible que esas veinte mujeres en su barquito ligero hayan hundido dos de mis galeones, hayan enviado a otro de regreso a los astilleros y hayan logrado huir.

—Es lo que quiero explicaros, majestad. Ha sido Saavedra. *El Miguel* hundió el galeón que comandaba Walcott y dañó el galeón de Berwick. Ellas... La *Hermosa Negra* solo voló el galeón en el que yo iba, y también con ayuda de Saavedra.

La reina arqueó una ceja.

—¿«Solo», lord Braukings? ¿Ese barquito «solo» hundió un galeón de la Corona? Medid vuestras palabras y dadme una explicación razonable. Y que no sea, una vez más, acusar al capitán Saavedra, que tanto nos ha ayudado en esta materia.

Braukings sudaba. Se aflojó la gorguera.

—Majestad, os ruego que me escuchéis. Esta vez no son meras sospechas. El mismo Saavedra liberó a vuestra doncella matando a mis hombres. Mató al capitán y al segundo de a bordo del galeón en el que yo viajaba. Y yo vi a *El Miguel* disparar y hundir el galeón de Walcott. Su traición nos pilló tan de sorpresa que, a pesar del tamaño de su navío, no pudimos reaccionar a tiempo. Los soldados que han sobrevivido podrán corroborarlo. El barco de Saavedra apareció allí y, cuando creíamos que nos estaba ayudando..., las ayudó a escapar.

Isabel escuchaba a Braukings con atención.

—Al parecer, Saavedra ha sabido todo el tiempo que vuestra doncella era la *Hermosa Negra*. Es más, parece que... cuando las ayudó a huir de Londres... de algún modo... las instruyó en la piratería...

—¡No empecéis de nuevo con eso, Braukings! —interrumpió la reina.

El conde bajó la cabeza y unió las palmas de las manos en un ruego.

—Saavedra me dejó intuir que... que se iba a casar con lady Dudley. Se conocían, majestad. Os puedo jurar que se conocían de hace tiempo. Y el modo en que lucharon juntos... Majestad, ¡él me perdonó la vida para que os hiciera saber que se iba a casar con lady Dudley!

Isabel meditó sobre aquellas palabras. Luego, apartándolas de su mente, frunció el ceño.

—En cualquier caso —dijo—, la realidad es que habéis perdido a la *Hermosa Negra*.

—¡No! —exclamó el conde—. Aún no la he perdido. *El Miguel* no es tan rápido como la *Black Shadow* y, si navegan juntos, la lastrará. Con los galeones que han llegado de Dover puedo darles caza. Tengo hombres repartidos por toda la costa que me avisarán si avistan a cualquiera de los dos navíos. Debo ir tras ella antes de que se alejen de Inglaterra.

La reina se echó hacia adelante en el trono.

—¿Y cuántos galeones más, cuántos hombres creéis que voy a daros? —preguntó la reina con los ojos brillándole de rabia—. Los muertos sobrepasan el centenar. Los heridos... ni quiero contarlos. No, Braukings. No voy a seguir poniendo barcos y tropas en vuestras manos para que las perdáis. Reagruparé mis galeones y a mis hombres, y esperaremos a que la *Hermosa Negra* se equivoque para atraparla.

El conde tragó saliva. Sudaba profusamente. Meneó la cabeza.

—¡Majestad! Si no vamos tras ellos ahora, se harán fuertes... ¡Escaparán!

La reina se puso en pie.

—¡Ya han escapado! —gritó furiosa—. ¡Se os han escapado! ¡Y teníamos un acuerdo! ¡Habéis perdido todos vuestros privilegios, Braukings! ¡No quiero veros más!

Y volviéndose hacia el capitán de su guardia le ordenó que se lo llevara. Braukings gritó y lloró rogando por otra oportunidad, pero la reina abandonó la tarima del trono y se dirigió hacia la ventana en la que sus doncellas hilaban. En una mesita incrustada de marfil reposaba la antología de poemas que acompañó a Victoria en la Torre, aquel libro de poemas en español que el capitán Saavedra le regaló a su hija y que le había dado fuerzas para escapar. Isabel lo tomó con suavidad y una sonrisa bailó en su rostro, al tiempo que meneaba la cabeza incrédula. Lo hojeó. Las páginas escritas con la caligrafía apretada de Miguel, alguna nota hecha en inglés con la caligrafía de Victoria... Lo cerró y lo apretó contra su pecho.

—Hace un día demasiado hermoso para estar dentro de palacio, ¿no os parece? —les dijo a sus damas—. Salgamos al jardín.

## EPÍLOGO

---

El tres de abril de 1585, después de muchos botines, la *Black Shadow* y *El Miguel* fueron hundidos junto a las costas de Puerto Rico por un pequeño convoy de galeones españoles. Las órdenes de los españoles fueron no tomar prisioneros. El cuerpo de Inés Braukings nunca se encontró. Ese día hacía cinco años de la muerte de Shatidje.

Según cuentan los criados de Braukings, un día de abril, no mucho después de aquella fecha, la condesa entró en el despacho en el que Sigfried redactaba una carta, apartó la pistola y los papeles que este tenía sobre el escritorio y se sentó en él mirando al conde a los ojos.

—¿Os ocurre algo, querida? —oyeron los criados preguntar al conde—.  
Estáis algo pálida.

La respuesta de ella tardó en llegar.

—¿Alguna vez os ha dicho alguien que os odia?

El conde suspiró.

—Sí, querida.

A lo que la condesa respondió con voz fría.

—Nadie tanto como yo.

Entonces sonó un disparo y, a los pocos segundos, la madre de Inés salió de la habitación, ordenó a los criados que le pidieran un coche y nunca nadie la volvió a ver.

En 1593 la reina Isabel de Inglaterra accedió a entrevistarse con la pirata irlandesa Grace O'Malley en Greenwich. Se desconoce el contenido exacto de la entrevista, pero se sabe que, como resultado de la misma, Isabel no solo no arrestó y ajustició a quien fuera su enemiga, sino que, además, una vez concluida la audiencia, ordenó que también pusieran en libertad al hermano y

al hijo de Grace, que habían sido apresados previamente. Hasta hoy, solo se ha podido especular sobre los motivos que movieron a la mujer más poderosa de la tierra a semejante acto de clemencia con una pirata, enemiga de su país.

Soplaba el viento e Inés, sentada en la playa, observaba a los pelícanos pescar en las aguas turquesa del norte de Puerto Rico. A escasos pies de ella y rebozado de arena, su hijo gateaba detrás de un cangrejo ermitaño, pero Inés apenas le prestaba atención, la vista fija en aquellas aves mágicas que se suspendían en el cielo, inmóviles, sin aletear, empujadas por la corriente como si el mismo Dios las sostuviera por las alas. Fred apareció entre unas palmeras con una red de pescar sobre el hombro derecho. Al verlo, su hijo comenzó a emitir unos sonidos guturales que se convirtieron en carcajadas cuando su padre lo levantó con el brazo sano y lo lanzó al aire. Inés los miró un instante. Fred había envejecido. Sus ojos estaban rodeados de pequeñas arrugas claras y alguna cana jaspeaba su pelo oscuro. En lugar de la mano derecha, ahora tenía un garfio de acero. Pero su sonrisa, aquella sonrisa capaz de arrancarle el aliento, seguía intacta. Fred dejó al niño en el suelo y caminó hasta ella. Le puso la mano izquierda en el hombro y preguntó:

—¿Lo echas de menos? Navegar, largar velas, los combates...

—... arrancar vidas a inocentes, las heridas, las quemaduras, los fantasmas... —Inés meneó la cabeza—. No —dijo—. Solo a ellas.

Y apoyando la cara en la mano de Fred repitió muy bajito:

—Solo a ellas.

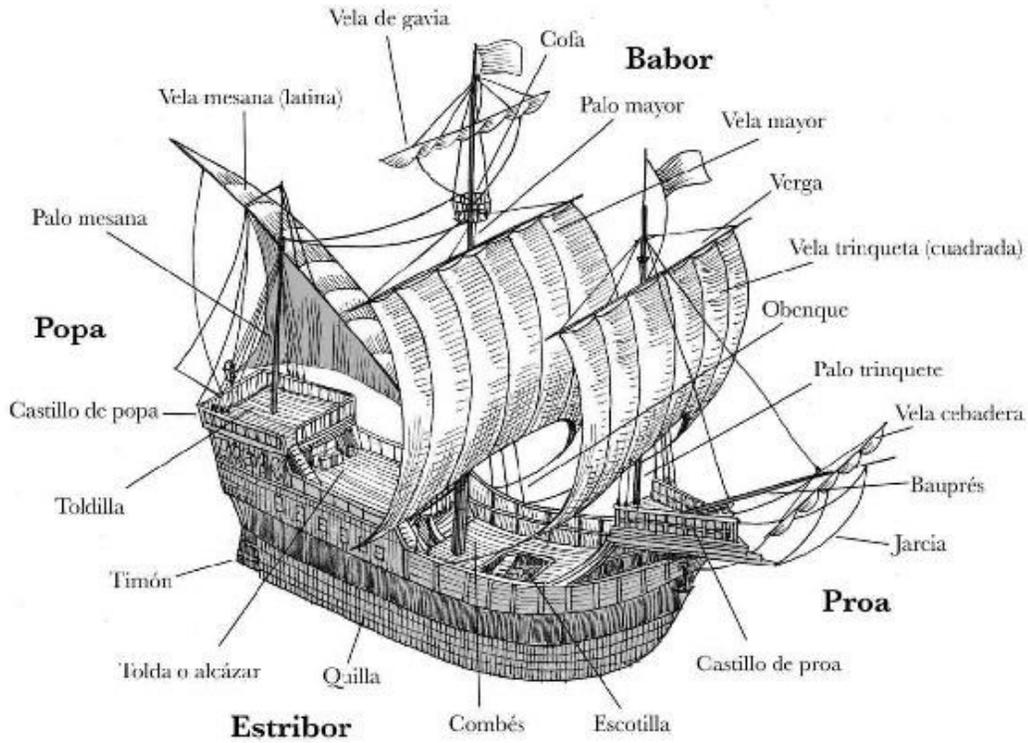
En época mucho más reciente, unos cazadores de fortuna, siguiendo el contenido de unos manuscritos, buscaron en el acantilado al sur de Eyemouth la tumba de un pastor católico enterrado allí a finales del siglo XVI, con la convicción de que hallarían un pequeño tesoro en moneda de la época. Hallaron la lápida gastada, con la inscripción casi borrada, y levantaron la losa ilusionados, pero no hallaron ningún tesoro. En su lugar solo encontraron una espada toledana de lazo, un alfanje turco y una ristra de cuchillos; y en el interior de la lápida de piedra, esculpido de forma tosca, alguien había escrito:

*Victoria, Inés, Shatidje.*

*La amistad no muere nunca.*

En San Juan de Puerto Rico, a 16 de marzo de 2014

# ILUSTRACIÓN DE UNA CARRACA DEL SIGLO XVI



# MAPA DE GRAN BRETAÑA EN EL SIGLO XVI



## AGRADECIMIENTOS

---

Escribir una novela de más de novecientas páginas durante veinte años parece que le da a uno derecho a escribir una larga lista de agradecimientos, de modo que me acogeré a él. Pero os ruego que no os confundáis: no podría hacer una lista más corta. Más larga sí; pero no podría quitar un solo nombre, pues a todos ellos debo agradecer el resultado de esta obra —o culparlos por ello.

En primer lugar, debo empezar por dar las gracias a mis maestras, desde Georgina, que me enseñó a leer, Mari Carmen Dayo, que con seis años me puso como deberes escribir el que sería mi primer cuento y me animó a continuar con otros, a Marillanos, Soledad, Nora y Amparo, que me acompañaron en mi niñez, y, por supuesto, a Luisa y María Dolores, mis profesoras de Lengua y Literatura de secundaria que, lejos de apagar mi amor por la escritura, me enseñaron a amarla con pasión.

En segundo lugar, debo dar las gracias a los que me han ayudado con la parte técnica: el maestro Jesús Esperanza, mi maestro de esgrima clásica, que podría ser un personaje del Siglo de Oro; la Fundación Nao Victoria, que me hizo cambiar toda la novela cuando la estaba terminando porque los barcos no eran como yo creía que eran; a la catedrática de Literatura del Siglo de Oro de la UNED Ana Suárez Miramón, que me empapó del espíritu de la época, y a mi querido amigo-enciclopedia, anterior a la wiki, Jorge J. García.

En tercer lugar —ya quedan menos—, tengo que dar las gracias a todos los familiares y amigos que os habéis leído mi breve novelita de más de novecientas páginas hasta dos y tres veces para ayudarme a corregirla. Gracias por vuestras opiniones sinceras.

Y dentro de este grupo, aunque no están las cuatro realmente en este grupo, sino que estuvieron mucho antes, quiero darles las gracias a María, Diana y Blanquita por sentarse a mi lado en los recreos, cuando aún no teníamos catorce años, a escuchar mi lectura de cada fragmento que escribía

del *Piratas* original, en lugar de emplear ese tiempo en otras actividades más populares, y a Anita, que empleó un verano en pasármelo a ordenador.

Por último, aunque todos sabemos que los últimos siempre son los primeros en los que pensamos, debo dar las gracias a tres personas sin las cuales *La leyenda de las dos piratas* no habría sido posible: a Paloma, mi ángel de la guarda, que me ha ayudado como nadie a que mi proyecto viera la luz de la imprenta; a mi esposo, por acceder a compartirme con Inés, con Fred, con Miguel y con Shatidje —con Victoria menos—, vivir mi ilusión y demostrarme que el amor de las novelas puede ser real. Y a mi hermana, la persona a la que debo no haber dejado nunca de escribir, la persona a la que, siendo niñas, he leído cada relato, cuento, novela o poema que escribía, y que me ha apoyado siempre, incondicionalmente, para que no abandonara mi pasión y lo que me hace más feliz: escribir.

*La leyenda de las dos piratas*

María Vila

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© María Vila, 2017

© de las ilustraciones, Òscar Sarramia

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17403-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**

